SAN JERÓNIMO

Comentario a Isaías

Commentarium in Isaiam

SABBATISMUS

San Jerónimo (347–420)
Commentarium in Isaiam · Comentario a Isaías

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

LOS DIECIOCHO LIBROS DE LOS COMENTARIOS SOBRE EL PROFETA ISAÍAS DE SAN EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBÍTERO. (C)

Prólogo.

Habiendo completado, apenas después de un largo tiempo, los veinte libros de explicaciones sobre los doce Profetas y los Comentarios sobre Daniel, me obligas, oh Eustaquia, virgen de Cristo, a pasar a Isaías y a entregarte lo que prometí a tu santa madre Paula mientras vivía. Recuerdo, en efecto, haber prometido esto también a aquel eruditísimo varón, tu hermano Pamaquio; y aunque en afecto eres igual, le vences por tu presencia. Así pues, a ti y a él por tu mediación entrego lo que debo, obediente a los preceptos de Cristo, que dice: "Escudriñad las Escrituras" (Juan 5:39); y, "Buscad y encontraréis" (Mateo 7:76). Para no oír aquello con los judíos: "Erráis, no conociendo las Escrituras, ni el poder de Dios" (Mateo 22:29). Pues si, según el apóstol Pablo (cf. 1 Cor 1:24), Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios, y quien no conoce las Escrituras, no conoce el poder de Dios y su sabiduría: la ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo. Por lo cual, sostenido por el auxilio de tus oraciones, tú que meditas día y noche en la ley de Dios y eres templo del Espíritu Santo, imitaré al padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas; y a la esposa que dice en el Cantar de los Cantares: "Cosas nuevas y viejas, amado mío, he guardado para ti" (Cant. 7:13); y así expondré a Isaías, para

mostrar que no solo es Profeta, sino también evangelista y Apóstol. Pues él mismo dice de sí y de los demás evangelistas: "¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian el bien, de los que anuncian la paz!" (Isaías 52:7). Y a él, como a un Apóstol, le habla Dios: "¿A quién enviaré, y quién irá a este pueblo?" Y él respondió: "Heme aquí, envíame" (Isaías 6:8).

Y que nadie piense que deseo comprender el argumento de este volumen en un breve discurso, puesto que la presente Escritura contiene todos los misterios (*sacramenta*) del Señor; y se le proclama tanto como Emmanuel nacido de la Virgen, como autor de obras y signos ilustres: muerto y sepultado, y resucitando de entre los muertos, y Salvador de todas las gentes. ¿Qué diré de la física, la ética y la lógica? Todo lo que pertenece a las Sagradas Escrituras, todo lo que la lengua humana puede proferir y el entendimiento de los mortales puede recibir, se contiene en este volumen. De cuyos misterios testifica el mismo que lo escribió: "Y la visión de todo esto será para vosotros como las palabras de un libro sellado, que cuando lo den a uno que sabe leer, le dirán: 'Lee esto'". Y él responderá: "No puedo, porque está sellado". Y se dará el libro a quien no sabe leer, y se le dirá: "Lee", y responderá: "No sé leer" (cf. Isaías 29:11-12). Por tanto, ya sea que des este libro al pueblo de las naciones que no sabe leer, responderá: "No puedo leer, porque no he aprendido las letras de las Escrituras"; ya sea que lo des a los escribas y fariseos, que se jactan de conocer las letras del Rey, responderán: "No

podemos leer, porque el libro está sellado". ¿Por qué, por esa razón, está sellado para ellos? Porque no recibieron a Aquel a quien el Padre ha sellado (Juan 6:27), que tiene la llave de David: "El que abre y nadie cierra; el que cierra y nadie abre" (Apocalipsis 3:7).

Y en verdad, no como Montano sueña con sus mujeres insensatas, los Profetas hablaron en éxtasis, de modo que no supieran lo que decían, y mientras instruían a otros, ellos mismos ignoraran lo que decían. De los cuales dice el Apóstol: *Ignorando lo que hablan, ni de qué afirman* (1 Tim. 1:7); pero según Salomón, que habla en los Proverbios: *El sabio entiende lo que profiere de su boca; y en sus labios llevará la ciencia* (Prov. 16:23), también ellos sabían lo que decían. Pues si los Profetas eran sabios, lo cual no podemos negar; y Moisés, instruido en toda sabiduría, hablaba al Señor, y el Señor le respondía; y de Daniel se dice al príncipe de Tiro: *¿Acaso eres más sabio que Daniel?* (Ez. 28:3)? y David era sabio, que se gloriaba en el Salmo: *Las cosas inciertas y ocultas de tu sabiduría me las manifestaste* (Sal. 50:8), ¿cómo, pues, los sabios Profetas, a semejanza de los animales brutos, ignoraban lo que decían? Leemos también en otro lugar del Apóstol: *Los espíritus de los Profetas están sujetos a los Profetas* (1 Cor. 14:32): de modo que está en su potestad cuándo callar y cuándo hablar. Y si a alguien esto le parece débil, oiga aquello del mismo Apóstol: *Hablen dos o tres profetas, y los demás juzguen; pero si a otro que está sentado le fuere revelado algo, calle el primero* (Ibíd., 29). ¿Con

qué razón pueden callar, puesto que el espíritu que habla por los Profetas está bajo su potestad para callar o para hablar? Si, por tanto, entendían lo que decían, todo está lleno de sabiduría y de razón. Y no era el aire golpeado por una voz lo que llegaba a sus oídos; sino que Dios hablaba en el alma de los Profetas, según aquello que otro Profeta dice: *El Ángel que hablaba en mí* (Zac. 1:9), y: *Clamando en nuestros corazones: Abba, Padre* (Gál. 4:6). Y: *Oiré lo que hablará en mí el Señor Dios* (Sal. 84:9).

De donde, después de la verdad de la historia, todo ha de ser tomado espiritualmente: y así Judea y Jerusalén, Babilonia y Filistea, y Moab y Damasco, Egipto y el desierto del mar, Idumea y Arabia, y el valle de la Visión, y finalmente Tiro, y la Visión de los cuadrúpedos han de ser entendidos; de modo que busquemos todas las cosas en su sentido espiritual, y en todas ellas, como sabio arquitecto, el apóstol Pablo ponga el fundamento, que no es otro que Cristo Jesús. Y es de gran trabajo y esfuerzo querer exponer todo el libro de Isaías, en el que se han afanado los ingenios de nuestros mayores: de los griegos digo. Por lo demás, entre los latinos hay un gran silencio, a excepción del mártir Victorino de santa memoria, que podía decir con el Apóstol: *Aunque sea rudo en la palabra, no lo soy en la ciencia* (2 Cor. 11:9). Pues Orígenes escribió treinta volúmenes sobre este Profeta según las cuatro ediciones, hasta la Visión de los cuadrúpedos en el desierto, de los cuales no se encuentra el libro vigésimo sexto. Se divulgan también bajo su nombre otros dos libros

sobre la Visión de los cuadrúpedos (tetrapodon) dirigidos a Grato, que se consideran pseudógrafos; y veinticinco Homilías, y *Semeioseis*, que nosotros podemos llamar *Excerpta*. Eusebio de Pánfilo también publicó quince volúmenes según la explicación histórica; y Dídimo, de cuya amistad hemos gozado recientemente, publicó dieciocho tomos desde aquel lugar donde está escrito: *Consolad, consolad a mi pueblo, sacerdotes: hablad al corazón de Jerusalén* (Is. 40:1), hasta el final del libro. Apolinar, en cambio, a su manera, lo expone todo de tal modo que lo recorre por encima, y con ciertos puntos e intervalos, o más bien atajos, sobrevuela grandes trechos del camino: de modo que creemos leer no tanto Comentarios como índices de capítulos. Por lo cual adviertes cuán difícil es que nuestros latinos, cuyos oídos son delicados y que sienten náuseas ante la comprensión de las sagradas Escrituras, deleitándose solo con el aplauso de la elocuencia, me perdonen si he hablado con demasiada prolijidad; puesto que Isaías, según el número de sus versos, es igual o mayor que los doce Profetas. Pero dondequiera que, habiendo omitido a los Setenta, he discutido desde el hebreo, la causa es que la mayoría de las cosas son o las mismas o similares a las demás, y propuesta una doble edición, no quise extender los libros de explicación, que incluso en una simple explicación exceden la medida de la brevedad. Pero ya prosigamos con nuestro propósito.

LIBRO PRIMERO.

La visión de Isaías, hijo de Amós, que vio sobre Judá y Jerusalén, en los días de Ozías, Joatam, Acaz y Ezequías, reyes de Judá.

En lugar de "Judá", con lo que se significan dos tribus, los Setenta y Teodoción pusieron "Judea", que muestra toda la tierra de las doce tribus. Y en cuanto a lo que nosotros traducimos del hebreo como "sobre Judá y Jerusalén", ellos lo interpretaron como "contra Judea y Jerusalén". Símaco, a su manera más explícita, traduce "de Judá y Jerusalén", para que el título no indique ni cosas prósperas ni adversas, sino aquellas que el discurso profético predijo sobre Judá y Jerusalén en ambos sentidos. Por lo tanto, Isaías habla principalmente de dos tribus, Judá y Benjamín, a excepción de las diez que estaban en Samaria y se llamaban Efraín e Israel, y a las cuales, bajo Ozías, rey de Judá y de Jerusalén, Pul, rey de los asirios, ya había comenzado a devastar. Finalmente, en el año quincuagésimo segundo de su imperio, reinando en Samaria Pécaj, hijo de Remalías, vino Teglatfalasar, rey de los asirios, y tomó Ayón y Abel, la casa de Maaca, y Janoé y Cedes y Asor y Galaad y Galilea, toda la tierra de Neftalí, y los deportó a Asiria (IV Reyes XV, 18-19). De lo cual se demuestra que todas estas cosas se narran como una advertencia para las dos tribus, ante la inminente destrucción de Samaria.

Ahora bien, Ozías es el mismo que Azarías, con un doble nombre. Y por los reyes que se mencionan en el título, sabemos que Isaías, Oseas, Joel y Amós profetizaron en un mismo y único tiempo; pero el principio de la palabra del Señor fue en Oseas, hijo de Beerí. Sin embargo, Amós,

el padre de Isaías, no es, como muchos suponen, el tercero de los doce Profetas, sino otra persona; y se escriben con letras distintas en hebreo. El primero tiene como primera y última letra ÁLEF y SADE; el segundo, AIN y SÁMEC: y el primero, según algunos, se interpreta como *fortaleza* o *robusto*; el segundo, *pueblo duro* o *pesado*: de lo cual hemos hablado más ampliamente en Amós. Además, no solo este profeta, sino también otros, aunque tengan en su título: "Visión que vio Isaías", o Abdías, no declaran qué vieron. Por ejemplo: "Vi al Señor de Sabaoth sentado sobre un trono excelso y elevado y a dos Serafines en su derredor"; pero narran lo que se dijo, es decir: "Oye, cielo, y escucha con tus oídos, tierra" (Is. 6:1-2). Y: "Esto dice el Señor Dios a Idumea. He oído un rumor de parte del Señor, y ha enviado un legado a las naciones" (Abd. 1:1). Pues los profetas antiguamente eran llamados videntes (*videntes*), los cuales podían decir: "Nuestros ojos están siempre hacia el Señor" (Sal. 14:15). Y: "A ti he levantado mis ojos, que habitas en el cielo" (Sal. 122:1). De donde también el Salvador manda a los Apóstoles: "Levantad vuestros ojos y ved las regiones, porque ya están blancas para la siega" (Jn. 4:35). Estos ojos del corazón también los tenía la esposa en el Cantar de los Cantares, a quien el esposo dice: "Heriste mi corazón, hermana mía, esposa, con uno de tus ojos" (Cant. 4:9). Y en el Evangelio leemos: "La lámpara de tu cuerpo es tu ojo" (Mat. 6:22). También en el Antiguo Testamento se dice que el pueblo vio la voz de Dios (Ex. 20:18). Por esto, que enmudezcan los delirios

de los montanistas, quienes piensan que los profetas hablaron del futuro en éxtasis y locura del corazón: pues no podían ver lo que ignoraban. Sé que algunos interpretan Judea y Jerusalén en sentido celestial, e Isaías bajo la persona del Señor Salvador: que preanuncia la cautividad de aquella provincia en nuestra tierra, y después el retorno y la subida al monte santo en los últimos días. Juzgando estas cosas como contrarias a la fe de los cristianos, las despreciamos todas, y siguiendo la verdad de la historia, las interpretamos espiritualmente de tal modo que todo lo que ellos sueñan sobre la Jerusalén celestial, lo referimos a la Iglesia de Cristo, y a aquellos que o bien salen de ella por sus pecados, o bien regresan a su antiguo lugar por la penitencia, sobre lo cual creemos que también se dice aquello en este mismo Profeta: "Ilumínate, ilumínate, Jerusalén, porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor sobre ti ha nacido; y, En ti aparecerá el Señor, y su gloria sobre ti se mostrará; y caminarán los reyes en tu luz, y las gentes en tu esplendor: cuando vendrán todos sus hijos de lejos, y sus hijas serán llevadas en hombros, y la cubrirán los camellos de Madián y de Efa, trayendo oro e incienso; y los rebaños de Cedar se congregarán en Jerusalén, y los carneros de Nebaiot se apresurarán, y serán hostias agradables sobre el altar del Señor" (Is. 60:1 y ss.).

Y el que se ponga en el título que profetizó bajo Ozías, y Joatám, y Acaz, y Ezequías, reyes de Judá, no debe entenderse confusamente como en otros Profetas, de modo que no sepamos qué se dijo es-

pecíficamente bajo qué rey; sino que hasta el final del volumen se refiere por escrito qué le fue revelado por el Señor por separado bajo Ozías, y qué bajo Joatám, y qué bajo Acaz, y qué bajo Ezequías. Sepamos también que Ezequías comenzó a reinar en Jerusalén en el duodécimo año de Rómulo, quien fundó en Italia la ciudad de su nombre, para que aparezca claramente cuánto más antiguas son nuestras historias que las de las demás naciones. Además, Isaías se interpreta como 'salvación del Señor'; Judá, 'confesión'; Jerusalén, 'visión de paz'; Ozías, 'fortaleza del Señor'; Joatám, 'perfección del Señor'; Acaz, 'que sostiene' o 'robusto'; Ezequías, 'imperio del Señor'. Por tanto, el que es salvado bajo la presidencia del Señor, y es hijo de Amós, es decir, del fuerte y robusto, discierne espiritualmente una visión de confesión, mientras deplora sus antiguos pecados; y de paz, mientras después de la penitencia pasa a la luz y descansa en la paz eterna; y todos sus tiempos transcurren bajo la fortaleza del Señor, y su perfección y poder. Y cuando haya hecho todas las cosas, dirá aquella sentencia del Evangelio: 'Siervos inútiles somos; pues lo que debíamos hacer, hicimos' (Lucas 17:10).

(Vers. 2.) Oye, cielo, y escucha, tierra, porque ha hablado el Señor.

Arriba, en el título se ha mostrado quién era el profeta, de quién era hijo, qué vio contra Judá y Jerusalén, o sobre Judá y Jerusalén, y en qué tiempo; ahora convoca al cielo y a la tierra para que oigan. Con 'cielo' significa las potestades celestiales y angélicas; con 'tierra' el género de los mortales,

metonímicamente (*μετωνυμικῶς*) nombrando lo contenido a partir de lo que lo contiene. O bien, porque por medio de Moisés el Señor había llamado como testigos al cielo y a la tierra al dar su ley al pueblo de Israel, y había dicho: 'Escuchad, cielos, y hablaré; y oiga la tierra las palabras de mi boca' (Deut. 31:1), después de la prevaricación del pueblo, los vuelve a llamar como testimonio, para que todos los elementos conozcan que Dios es justamente incitado a la ira para vengar sus mandamientos. En lugar de 'cielo', el hebreo SAMAIM () significa 'cielos', en número plural, máxime cuando dijo 'oíd' (audite), es decir, SEMU (), que se expresa en plural, no en singular. Pero algunos quieren que 'cielos' se diga en plural pero se entienda en singular, así como llamamos a ciudades individuales Tebas y Atenas. Y es un idiotismo del carácter hebreo que todas las palabras que terminan en la sílaba IM () son masculinas y plurales, como Querubim y Serafim. Y las que terminan en OTH (), femeninas y plurales, como Sabaoth. Y hay que notar que a los cielos se les dice 'oíd', y a la tierra 'escucha'; pues las cosas que son excelsas tienen una mayor inteligencia, mientras que las que son más humildes están envueltas en sentidos terrenos. De donde también el Salvador en el Evangelio dice: 'El que tiene oídos para oír, oiga' (Mat. 11:15). Si alguien, por tanto, es cielo y tiene su ciudadanía en los cielos, que oiga místicamente lo que se dice. Si alguien es terrenal, que siga la historia simple. También debe advertirse que no dijo: 'Oye, cielo, y escucha, tierra, lo que el Señor os ha hablado'; sino lo que me ha hablado

a mí, para que lo que yo he oído en espíritu, os lo refiera a vosotros, que no merecéis oírle hablar a Él mismo. Algunos (los Origenistas) piensan que el cielo y la tierra son provocados a oír como si fueran seres animados, según aquello que se dice de la tierra en otro lugar: 'El que mira la tierra, y la hace temblar' (Sal. 103:32), cuando esto es cuestión del poder de Dios, no de la inteligencia de la tierra.

"Hijos engendré y exalté, pero ellos me han despreciado." Por lo cual, Símaco y Teodoción tradujeron así: "Hijos nutrí y exalté" (Éxodo IV, 22). Desde este punto, el Profeta narra lo que el Señor ha hablado: que convirtió en hijos al pueblo de Israel, a quienes había hecho siervos por la ley común de la creación, y dijo: "Israel es mi hijo primogénito". Finalmente, también el Señor en el Evangelio promete a los Apóstoles que, si hicieren su voluntad, ya no los llamará siervos, sino amigos (Juan 15:15). Pero si Israel se ensoberbeciera al oír que es el primogénito, entienda que se le llama primogénito por esta razón: porque se significan segundos hijos de entre los gentiles. Pues no se le llama unigénito, lo que excluiría a los demás hermanos, sino primogénito, para mostrar que otros también seguirán; y, sin embargo, según los misterios de las Escrituras, no son los primogénitos quienes reciben la herencia, sino los segundos. Caín fue el primogénito, pero las ofrendas de Abel agradaron a Dios. Ismael fue el primogénito, pero Isaac recibió la herencia. Esaú fue el primogénito, pero Jacob, el suplantador, arrebató la bendición del padre. Rubén fue el primogénito, pero, sin em-

bargo, la bendición de la descendencia de Cristo se transfirió a Judá. Así pues, ellos, según el orden de la vocación, fueron los primeros y eran llamados cabeza; nosotros, los segundos, que éramos llamados cola, hemos sido convertidos en cabeza y somos llamados hijos de Dios. "Pues a cuantos le recibieron, les dio el poder de hacerse hijos de Dios" (Juan 1:12). Y no hemos recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez en temor, sino el espíritu de adopción, en el cual clamamos: "Abba, Padre" (Rom. 8:15), porque "el perfecto amor echa fuera el temor" (1 Juan 4:18). Es mejor, sin embargo, leer según el hebreo, "Hijos nutrí", en lugar de "engendré", para que no parezca contradecir aquella sentencia que leemos en la Epístola de Juan: "Todo el que es nacido de Dios, no peca" (1 Juan 3:9). Por tanto, si estos han nacido de Dios, ¿cómo pudieron pecar, cuando todo el que es nacido de Dios no puede pecar?

(Versículo 3) El buey conoció a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor. Israel no conoció, mi pueblo no entendió. En lugar de lo cual, solo los Setenta tradujeron: "Pero Israel no me conoció, y el pueblo no me entendió". De modo que, según los demás y el hebreo, Israel no conoció a su dueño, y el pueblo no entendió el pesebre de su Señor. Y el sentido es claro: Yo los adopté como hijos, y los hice un pueblo peculiar, y mi porción y el cordel de mi heredad, y los llamé primogénitos; pero ellos ni siquiera hicieron lo que hacen los animales brutos, para ser vencidos por los beneficios y entender a su pastor y sustentador. Y no los comparó con los perros, que es el género más

sagaz de los animales y por un poco de comida defienden las casas de sus dueños, sino con el buey y el asno, de sentido más torpe, de los cuales uno, tirando de los carros, revuelve con el arado los durísimos terrones de la tierra, mientras que el otro lleva cargas y alivia el trabajo de los hombres al caminar; de donde también se les llama *jumenta* (bestias de carga), por el hecho de que ayudan (*juvent*) a los hombres. Este pasaje puede entenderse también de Dios Padre, pero se refiere más al Hijo, a quien el pueblo de Israel no conoció ni recibió; cuyo día vio Abraham y se alegró, y de cuya venida pendían los anhelos de todos los Profetas. Él es quien también habla a Jerusalén en el Evangelio: "¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus pollluelos debajo de las alas, y no quisiste!" (Mateo 23:37). Preguntamos dónde hemos leído juntos sobre el buey y el asno. En el Deuteronomio está escrito: "No ararás juntamente con un buey y un asno" (Deut. 22:10). Y en este mismo Isaías: "Bienaventurado el que siembra junto a todas las aguas, donde pisan el buey y el asno" (Is. 32:20). Ebión, digno por la bajeza de su entendimiento según la pobreza de su nombre, ara juntamente con el buey y el asno; pues recibe el Evangelio de tal manera que no abandona las ceremonias de las supersticiones judaicas, que precedieron en sombra e imagen. Pero bienaventurado es el que siembra en las palabras de las Escrituras tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, y pisa las aguas de la letra que mata, para segar el fruto del espíritu que vivifica. El buey, según el sentido

anagógico (*anagogen*), se refiere a Israel, que llevó el yugo de la Ley y es un animal puro. El asno, sobrecargado por el peso de los pecados, se entiende como el pueblo de los gentiles, a quien el Señor hablaba: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mat. 11:28). Por tanto, mientras los fariseos y los escribas, que tenían la llave y el conocimiento de la Ley y eran verdaderamente llamados Israel, es decir, "mente que ve a Dios", no creían, una parte del pueblo judío sí creyó, de modo que en un día creyeron tres mil a la vez, y en otro día, cinco mil. Igualmente, mientras los sabios del mundo no recibieron la cruz de Cristo, la multitud indocta de las naciones la aceptó. De donde también el Apóstol hablaba: "Mirad vuestra vocación, hermanos: que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte" (1 Cor. 1:26-27). Pero esta es una interpretación forzada; la anterior es la verdadera.

(Versículo 4). ¡Ay de la nación pecadora, del pueblo cargado de iniquidad, de la descendencia de malvados, de los hijos corruptos! Han abandonado al Señor, han blasfemado al Santo de Israel, se han apartado y vuelto atrás. Esto último que puse, "se han apartado y vuelto atrás," no lo tienen los Setenta Intérpretes; y en lugar de "blasfemaron", en su versión está escrito, "provocaron a ira"; y en lugar de "semilla de malvados", "semilla pésima". Siguiendo esto, los demás interpretaron

el hebreo MEREIM como "de los peores", para que no sea tanto un vicio de la semilla (no sea que se piense que el bien y el mal son de naturaleza diversa) como de la malicia de aquellos que por su propia voluntad abandonaron al Señor.

Al principio del volumen está el título, que conmemora la persona, la causa y el tiempo; en la segunda parte, hace atentos a los oyentes; en la tercera, narra lo que ha hablado el Señor; en la cuarta, como en excesos, increpa a la nación pecadora y al pueblo lleno o cargado de iniquidad. No es que la nación sea una cosa y el pueblo otra, como algunos piensan, sino que el mismo Israel es llamado tanto nación como pueblo, e hijos malvados o inicuos: de modo que los que primero fueron llamados hijos del Señor por su beneficio, después, por su propia culpa, fueron llamados hijos de la iniquidad; o como los demás dijeron a una voz, "hijos corruptores", esto es [supl. υἱοὶ], διαφθείροντες, que por su propio vicio perdieron el bien de la naturaleza. Y lo que se añade: "Blasfemaron contra el Santo de Israel", se dice propiamente de los judíos que clamaban: "No tenemos más rey que al César" (Juan 19:15); y: "¿No es este el hijo del carpintero?" (Mateo 13:55); y, "Tiene un demonio y es samaritano" (Juan 8:48). Porque, por tanto, abandonaron a Cristo y blasfemaron contra el Santo de Israel, por eso fueron enajenados y se volvieron atrás, de modo que los que eran llamados parte e hijos de Dios, después fueron llamados: "Hijos extraños me han mentido" (Sal. 17:46). El Salvador mandó que, habiendo tomado el arado, no miremos hacia atrás (Lucas

9:62), para no imitar a la mujer de Lot. De ahí que también el Apóstol, extendiéndose hacia lo que está delante, se olvida de lo que queda atrás (Filipenses 3:13). Mas lo que dijo según los Setenta, "un pueblo lleno de pecados" (Zac. 5:7), muestra que ninguna especie de pecado estuvo ausente en el pueblo de Israel. Pero si leemos, como está en el hebreo, "un pueblo cargado de iniquidad", recordemos aquel testimonio de que la iniquidad se sienta sobre un talento de plomo, y se dice en la persona del pecador en el salmo treinta y siete: "Mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza: como una carga pesada, son demasiado pesadas para mí" (Sal. 37:5). Pasamos por alto las cosas manifiestas, para detenernos en las más oscuras y en aquellas que requieren explicación.

(Vers. 5). ¿Con qué os heriré más, vosotros que añadís prevaricación? Por este testimonio aprendemos que el Señor hiere a los delincuentes por esta razón: para corregir a los heridos, y no es tanto un castigo como una enmienda. Y el sentido es: No encuentro qué medicina pueda aplicar a vuestras plagas: todos vuestros miembros están llenos de heridas: no encuentro ninguna parte del cuerpo que no haya sido herida antes. O ciertamente de este modo: no encuentro plagas con las que pueda quebrar vuestra dureza. Pues cuanto mayores son los tormentos, tanto más crece la impiedad y la iniquidad, o, como tradujo Teodoción, la "declinación", para que os apartéis y os desviéis del Señor. Tal es aquello de Jeremías: "En vano he herido a vuestros hijos: no habéis recibido la disciplina" (Jer. 2:30). De donde, aira-

do, habla por Oseas: "No visitaré a vuestras hijas cuando forniquen, ni a vuestras nueras cuando adulteren" (Os. 4:14). Y por Ezequiel: "Mi celo se apartará de ti, y no me enojaré más contigo" (Ez. 16:42). De los cuales también leemos en los Salmos: "No hay firmeza en su plaga; y no están en los trabajos de los hombres, ni serán azotados con los hombres" (Sal. 72:4-5).

Toda cabeza está lánguida, y todo corazón doliente. La alegría del alma a veces mitiga el dolor del cuerpo; pero si a la enfermedad del cuerpo se añade la enfermedad del alma, la debilidad se duplica. Entre los mismos sentidos, y todos los miembros del cuerpo, la cabeza ocupa el lugar principal, en la cual están la vista y el olfato, el oído y el gusto. Por tanto, cuando la cabeza ha dolido, todos los miembros están débiles. Y por una metáfora enseña que desde los príncipes hasta la plebe más baja, desde los doctores hasta el vulgo ignorante, en nadie hay sanidad; sino que todos consienten en la impiedad con igual ardor.

Desde la planta del pie hasta la coronilla, no hay en él sanidad: herida, y contusión, y llaga hinchada. Mantiene la metáfora comenzada: desde los pies hasta la coronilla, esto es, desde lo más bajo hasta lo más alto, desde los últimos hasta los primeros, han sido traspasados en todo el cuerpo. Herida, dice, y contusión y llaga hinchada: pues o los cuerpos se amoratan por los golpes, o se hinchan por las llagas, o se abren con las heridas. Nos preguntamos a qué tiempo deben adaptarse estas cosas. Después de la cautividad babilónica, bajo Zorobabel, Esdras y Nehemías, Israel regresó

a Judea y recuperó su antiguo estado. También, bajo diversos príncipes y reyes, el templo fue edificado de forma más augusta, hasta tal punto que merecieron incluso la amistad de pueblos extranjeros, de los lacedemonios, de los atenienses y de los romanos. Por tanto, lo que dice: *No hay en él sanidad*, lo refiere a la cautividad final: cuando después de Tito y Vespasiano, y la última destrucción de Jerusalén, bajo Elio Adriano hasta el tiempo presente no hay remedio alguno: y se cumple lo que está escrito: *Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno* (Rom. 3:12). Y lo que sigue, *no hay en él sanidad*, entiéndelo ya sea del pueblo, o del cuerpo, o de la cabeza.

(Vers. 6). *No ha sido vendada, ni curada con medicina, ni suavizada con aceite.* En lugar de lo cual, los Setenta tradujeron: *No hay que poner emplasto, ni aceite, ni vendas.* Hasta el día de hoy, la herida y la contusión y la llaga hinchada del pueblo de Israel no ha sido vendada con fajas, ni curada con medicina. Lo que Aquila interpretó como *μότωσιν*, es decir, pequeños lienzos que se introducen en las heridas para secar la sanies y extraer las purulencias. *Ni suavizada con aceite*: para que su dureza se ablandara con las lágrimas de la penitencia. En lugar de *fajas*, con las que de ninguna manera han sido vendadas las heridas de Israel, los Setenta tradujeron *emplasto*. Yace, pues, Israel traspasado y masacrado, porque mató al médico que había venido a curar a la casa de Israel. De ahí que también en Jeremías, los Ángeles hablan trópicamente bajo

la persona de Babilonia: *Hemos curado a Babilonia, y no ha sanado* (Jer. 51:9), es decir, la ciudad de la confusión y de los vicios. Y en el Evangelio (Lc. 10) leemos que el que descendía de Jerusalén a Jericó fue herido por ladrones y curado por el Samaritano: y después de la austeridad del vino, fue infundida en sus heridas la suavidad del aceite. Por tanto, desde aquel lugar donde había dicho antes: *¿En qué os heriré?*; y: *toda cabeza está lánguida*, hasta lo que sigue: *No ha sido curada con medicina, ni suavizada con aceite*, se mantiene la semejanza de la metáfora, y la descripción de las heridas incurables expresa la cautividad eterna de los judíos.

(Vers. 7). *Vuestra tierra está desierta; vuestras ciudades incendiadas a fuego; vuestra región, a vuestra vista, la devoran extranjeros, y será desolada como en una devastación hostil.* Estas cosas se cumplieron en parte bajo los babilonios, incendiado el templo, destruida Jerusalén, cuando los samaritanos poseyeron la región de las diez tribus, y la tierra prometida fue reducida a tal soledad que fue devastada por leones. Pero se describe de manera más plena y perfecta lo que habría de suceder bajo la cautividad romana: cuando el ejército romano devastó toda Judea, y las ciudades fueron incendiadas, y en la actualidad extranjeros devoran su región, y la devastación de los judíos perseverará hasta el fin del mundo. Podemos, sin embargo, tomar estas cosas tropológicamente (*tropologice*) acerca de los pecadores que han caído de su santidad prístina, después de haber sido entregados a po-

testades contrarias: que todos sus bienes llegan a la desolación, y Dios no se acuerda de su justicia anterior; y todo es incendiado por el fuego del diablo; y se convierten en pasto de las bestias, de las cuales también está escrito en otro lugar: *No entregues a las bestias el alma que te confiesa* (Sal. 73:19).

(Versículo 8) La hija de Sion será abandonada como una cabaña en una viña, y como una choza en un pepinar. Que todo Israel fue llamado viña, el mismo Profeta lo atestigua en los pasajes siguientes, diciendo: "Pues la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel, y el varón de Judá, su plantación nueva y amada" (Infra, cap. V, 7); y en el Salmo: "Trasladaste una viña de Egipto; expulsaste a las gentes y la plantaste" (Salmo 79:9). Mientras esta viña produjo los más abundantes frutos, tuvo a Dios por guardián, de quien está escrito: "No dormitará ni dormirá el que guarda a Israel" (Salmo 120:4). Pero después que todos los que pasan por el camino la vendimiaron, y el jabalí del bosque la devastó, el Señor abandonó su templo y, levantándose airado, dijo: "Levantaos, vámonos de aquí"; y: "Vuestra casa os será dejada desierta" (Mateo 23:38). Y por Jeremías: "He abandonado mi casa; he dejado mi heredad." "Mi heredad se ha vuelto para mí como un león en la selva; ha alzado su voz contra mí, por eso la he odiado" (Jeremías 12:7). Además, la semejanza de la devastación del Templo y de Jerusalén se toma de los agricultores, quienes, mientras la viña está llena de uvas, ponen guardias en las cabañas. También en el pepinar, que

los Setenta llaman "guarda de frutos", se hacen pequeñas casuchas para protegerse del ardor y los rayos del sol; y desde allí ahuyentan tanto a los hombres como a las alimañas que suelen acechar los frutos recién nacidos. Pero cuando se han recogido tales productos, quedan secos los cobertizos de los arbustos y las casuchas, al retirarse el guardián, porque ya no tiene nada que custodiar. Por tanto, también Dios todopoderoso abandonó el Templo e hizo que la ciudad quedara desierta: lo cual no es necesario probar con palabras, especialmente para nosotros, que vemos a Sion desierta, a Jerusalén derribada y el Templo arrasado hasta los cimientos. Pero que la llame "hija de Sion" muestra el afecto de un padre clementísimo. Y no es de extrañar que Sion sea llamada hija, cuando también Babilonia es muy a menudo llamada hija. Pues todos somos por naturaleza hijos de Dios, pero por nuestro propio vicio nos hacemos extraños. Según el sentido anagógico (anagogen), nuestra alma puede ser llamada la viña de Dios y un paraíso de frutos: si la mente, es decir, el nous (νοῦς), la preside, tiene a Dios como guardián de la mente; pero si los vicios nos han depredado como ciertas bestias, somos abandonados por Dios nuestro guardián, y todo lo nuestro será reducido a la soledad.

Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado un germen, habríamos sido como Sodoma, y seríamos semejantes a Gomorra. Este pasaje lo discute más plenamente el apóstol Pablo a los Romanos, escribiendo: Digo, pues, ¿acaso ha desechado Dios a su pueblo? De ningún modo: pues

también yo soy israelita, del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció (Rom. 11:1, 2). Y un poco después: Así también en este tiempo ha quedado un remanente salvo por elección de gracia (Ibíd., 5). De lo cual se demuestra que las amenazas anteriores que la palabra profética pronunció contra Jerusalén y Judá no deben referirse al tiempo de la cautividad de Babilonia, sino a la última de los romanos, cuando en los Apóstoles se salvó un remanente del pueblo judío; y en un día creyeron tres mil, y en otro cinco mil, y el Evangelio fue sembrado por todo el orbe. En lugar de 'Señor de los ejércitos', que nosotros, siguiendo a Aquila, hemos traducido al latín, en hebreo se lee 'Señor sabaoth', que los setenta intérpretes, según la cualidad de los pasajes, traducen de dos maneras: o 'Señor de las virtudes' o 'Señor omnipotente'. Y hay que preguntar si esto se dice del Padre o del Hijo. Y no hay duda de que aquello que se lee en el salmo vigésimo tercero [o cuarto]: 'Alzad, oh príncipes, vuestras puertas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? El Señor sabaoth (Sal. 23:7, 8), es decir, el Señor de las virtudes, él es el Rey de gloria', se refiere a Cristo, quien, tras el triunfo de su pasión, ascendió victorioso a los cielos. Y en otro lugar se dice del Señor que es el Rey de gloria: 'Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria' (I Cor. 2:8). Por tanto, no solo según el Apocalipsis de Juan y el apóstol Pablo, sino también en el Antiguo Testamento, Cristo es llamado 'Señor

sabaoth', esto es, 'Omnipotente'. Pues si todas las cosas del Padre son del Hijo; y como él mismo dice en el Evangelio: 'Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra' (Mat. 28:18); y: 'Todo lo mío es tuyo, y soy glorificado en ellos'; ¿por qué no ha de referirse también a Cristo el nombre de Omnipotente, para que así como es Dios de Dios, y Señor de Señor, así sea el Hijo Omnipotente del Omnipotente?

(Versículo 10.) Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma; escuchad con vuestros oídos la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. Después de que el remanente del pueblo de Israel fue salvado por medio de los Apóstoles, la palabra profética se vuelve hacia los escribas y fariseos, y hacia el pueblo que aclamaba: «Crucifícalo, crucifícalo» (Juan 19:6); y los llama príncipes de Sodoma y pueblo de Gomorra, según aquello que leemos en lo que sigue: «Anunciaron y mostraron su iniquidad como Sodoma». ¡Ay de su alma!, porque han maquinado un pésimo consejo contra sí mismos, diciendo: «Atémos al justo, porque nos es inútil» (Infra III). Por tanto, por esta razón son llamados príncipes de Sodoma y pueblo de Gomorra: porque maquinaron un pésimo consejo, y ataron al justo, y dijeron: «No tenemos más rey que al César» (Juan 19:15). Y de nuevo: «Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios; pero este, no sabemos quién es» (Juan 9:29). Y al mismo tiempo, gloriándose en el Evangelio: «Somos descendencia de Abraham y nunca hemos sido esclavos de nadie» (Juan 8:53), oyen del Señor Salvador: «Si fuerais hijos de Abraham,

ciertamente haríais las obras de Abraham»; y de nuevo: «Vosotros habéis nacido del diablo, vuestro padre, y queréis hacer las obras de vuestro padre» (Ibíd., 39, 44). Algo semejante dice también Ezequiel a Jerusalén: «Tu padre era amorreo y tu madre getea» (Ezequiel 16:45). Dicen los hebreos que Isaías fue muerto por dos causas: porque los llamó príncipes de Sodoma y pueblo de Gomorra, y porque, habiendo dicho el Señor a Moisés: «No podrás ver mi rostro» (Éxodo 33:20), este se atrevió a decir: «Vi al Señor sentado sobre un trono excelso y elevado» (Infra VI, 1); sin considerar que los serafines cubrieron el rostro y los pies de Dios —o los suyos propios, pues en hebreo se lee ambiguamente— y que Isaías escribe haber visto solamente sus partes medias. Por tanto, el hombre no puede ver el rostro de Dios. Mas los ángeles, incluso de los más pequeños en la Iglesia, siempre ven el rostro de Dios (Mateo 18:10). Y: «Ahora vemos en un espejo y en enigma, pero entonces veremos cara a cara» (1 Cor. 13:12): cuando hayamos progresado de hombres a ángeles, y podamos decir con el Apóstol: «Mas todos nosotros, contemplando a cara descubierta la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor» (2 Cor. 3:18). Aunque ninguna criatura pueda ver el rostro de Dios según la propiedad de su naturaleza: y entonces es percibido por la mente cuando se cree que es invisible.

(Versículo 11.) «¿Para qué a mí la multitud de vuestras víctimas?», dice el Señor. «Estoy harto». «No he querido los holocaustos de carneros, ni

la grasa de los animales cebados, ni la sangre de los becerros, ni de los corderos, ni de los machos cabríos». En lugar de lo que es «no he querido» (nolui), los Setenta tradujeron «no quiero» (nolo), el tiempo presente por el pretérito. Además, según el texto hebreo, Dios demuestra que nunca quiso los sacrificios de los judíos, lo cual también leemos en el salmo cuadragésimo noveno: «No tomaré becerros de tu casa, ni machos cabríos de tus rebaños, porque mías son todas las fieras de las selvas, los animales en los montes y los bueyes». «Conozco todas las aves del cielo, y la belleza del campo está conmigo». «Si tuviera hambre, no te lo diría, pues mío es el orbe de la tierra y su plenitud». «¿Acaso comeré carne de toros, o beberé sangre de machos cabríos?» (Salmo 49, ss.). Y habiendo rechazado las ceremonias de la Antigua Ley, pasa a la pureza evangélica y muestra qué desea en lugar de estas: «Ofrece a Dios sacrificio de alabanza y cumple tus votos al Altísimo». «E invócame en el día de la tribulación, y te libraré, y me honrarás». Por tanto, todo el contenido de este capítulo, hasta el lugar donde dice: «Juzgad al huérfano, defended a la viuda, y venid, y disputemos», rechaza los sacrificios de víctimas y enseña que la obediencia al Evangelio está por encima del sacrificio. Y lo que añadió, «Estoy harto», debe entenderse en este sentido: no necesito nada, «Del Señor es la tierra y su plenitud» (Salmo 23:1). De donde también todos nosotros hemos recibido de su plenitud. Esto también puede entenderse de aquellos que, no cumpliendo los preceptos de Dios, creen que

pueden redimir a Dios con dones y ofrendas; o de aquellos que ofrecen en el altar y a los pobres cosas arrebatadas por la rapiña y la avaricia.

(Vers. 12.) ¿Pues quién ha requerido estas cosas de vuestras manos? Oigan los ebionitas, que piensan que la Ley abolida debe ser observada después de la pasión de Cristo. Oigan los socios de los ebionitas, que decretan que estas cosas deben ser guardadas solo por los judíos y los de la estirpe del género israelita. Por tanto, los sacrificios y la inmolación de víctimas no fueron principalmente buscados por Dios, sino para que no se hicieran a los ídolos, y para que de las víctimas carnales pasáramos, como por un tipo e imagen, a los sacrificios espirituales. Mas al decir que no buscó sacrificios, muestra que la Ley es espiritual, y que todas las cosas que los judíos hacen carnalmente, han de ser cumplidas por nosotros espiritualmente.

(Vers. 13.) No volveréis a pisar mi atrio. Observa que después de la devastación de Babilonia, el Templo fue reconstruido por Zorobabel, y durante una larga serie de años se ofrecieron sacrificios en el Templo (I Esdras, V). Por tanto, indica la destrucción final del Templo bajo Vespasiano y Tito, la cual ha de perseverar hasta la consumación del mundo.

(Vers. 14.) Vuestras neomenias, y sábados, y otras festividades no las soportaré: inicuas son vuestras asambleas. Toda asamblea que no ofrece sacrificios espirituales, ni oye aquello que se canta en el salmo quincuagésimo: 'Sacrificio para Dios es un espíritu atribulado; un corazón

contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecias', es abominable para Dios. Y por eso añade y dice: 'Vuestras calendas y vuestras solemnidades.' Para no llamar a las festividades suyas, sino de aquellos que abusan mal de ellas. Y en cuanto a lo que los Setenta interpretaron como 'ayuno y ocio', podemos decir que aquel ayuno es recibido por Dios que no implica ocio de buenas obras. 'Odia mi alma.' Esto se dice antropopáticamente (*Ἀνθρωποπάθως*), no porque Dios tenga alma, sino que habla según nuestro afecto humano.

(Vers. 15.) Os habéis convertido en un hastío para mí; de ninguna manera perdonaré vuestros pecados. En lugar de lo cual, Áquila interpretó: 'He trabajado, sosteniendo.' Símaco tradujo ἐκοπώθην ἱλασκόμενος, que es, 'me he cansado de compadecer'; para mostrar que de ninguna manera se compadecerá más, porque una cosa es matar a los siervos enviados a ellos, y otra al Hijo. Este mismo sentido también lo leemos en el profeta Oseas: 'Tu perdición, oh Israel; solamente en mí está tu auxilio' (Oseas XIII, 9). Lo cual se entiende así: Perezcas, oh Israel, porque no por tu mérito, sino solo por mi auxilio eres salvado.

Vuestras manos están llenas de sangre. Manifiesta la causa por la cual Dios aparta de ellos sus ojos y no escucha su oración multiplicada: porque derramaron la sangre del justo, y los peores colonos mataron al heredero enviado a ellos. De donde también el Salvador les habla: 'Y vosotros, colmad la medida de vuestros padres' (Mateo XXIII, 31). Pues ellos mataron a los Profetas enviados a ellos; vosotros habéis de degollar al Hijo del

Padre de familia. Se ha de usar este testimonio también contra aquellos que, teniendo las manos llenas de sangre por sus obras cotidianas, unen días y noches en oración.

(Vers. 16.) Lavaos, estad limpios. En lugar de las víctimas anteriores, y los holocaustos, y la grasa de los animales cebados, y la sangre de toros y machos cabríos; y en lugar del incienso y las neomenias, el sábado, el día de fiesta y los ayunos, las calendas y otras solemnidades, me agrada la religión del Evangelio: que seáis bautizados en mi sangre por el lavacro de la regeneración (*lavacrum regenerationis*), que es lo único que puede perdonar los pecados. Pues si uno no nace de nuevo del agua y del Espíritu, no entrará en el reino de los cielos (Juan III, 5). El mismo Señor también, ascendiendo al Padre, dijo: 'Id, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo' (Mateo XXVIII, 19).

Quitad el mal de vuestros pensamientos de delante de mis ojos. Esto es lo que decía Juan el Bautista: '¡Engendros de víboras!, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira venidera?' 'Producid, pues, frutos dignos de penitencia' (Mateo III, 7; Lucas III, 7): para que quien ha conseguido el bautismo de Cristo, quite el mal de su corazón, y cese de obrar perversamente, y después aprenda a hacer el bien, según aquello que se prescribe en otro lugar: 'Apártate del mal y haz el bien' (Salmo XXXVI, 27).

Aprended a hacer el bien. Por tanto, la virtud debe ser aprendida, ni basta el bien de la natura-

leza para la justicia, a no ser que uno sea instruido en las disciplinas congruentes (I Pe. II, 11). También Jesús hijo de Sirac dice algo parecido: 'Si deseaste la sabiduría, guarda los mandamientos, y el Señor te la dará'. Y en lo que sigue, el mismo Isaías menciona: 'Todo el que no aprendiere la justicia sobre la tierra, no hará la verdad' (Cap. XXVI, 10, según los LXX). Se ha de aprender, pues, la justicia, y se han de desgastar los umbrales de los maestros de la sabiduría.

(Vers. 18.) Buscad el juicio, socorred al oprimido, juzgad al pupilo, defended a la viuda: y venid, y argüidme, dice el Señor. Los mandatos evangélicos suceden a las víctimas de los judíos, y por eso se provee para los huérfanos y las viudas, para que, seguros de la tutela de sus cónyuges e hijos, los mártires avancen a las guerras. Cuando, dice, hayáis hecho estas cosas, argüidme, si no hubiere devuelto los premios que prometí. Pero cuando dice: 'Buscad el juicio', muestra que no es de todos juzgar rectamente, sino de aquellos que son prudentes. Finalmente, también Salomón en una visión por un sueño, pidió esto al Señor: que, recibida la sabiduría, juzgara al pueblo justamente.

Si vuestros pecados fueren como la escarlata: se blanquearán como la nieve. Y si fueren rojos, como el carmesí: serán como lana blanca. Un orden principal: pues no basta haber dicho: 'lavaos', si no añade: 'estad limpios', para que después del lavacro del agua tengan pureza de corazón. 'Pues bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios' (Mat. V, 8). Y cuando hubieren tenido pureza de corazón, deben quitar el mal de

sus mentes, no a la vista de los hombres, sino a la vista de Dios, a quien nada puede ocultársele. Y lo que añade: 'Cesad de obrar perversamente', suena a aquello del Evangelio: 'Mira que has sido sanado: ya no quieras pecar, para que no te suceda algo peor' (Juan V, 14). Por tanto, alejándose de los vicios, aprenda el bien, busque el juicio, socorra al oprimido, sustente al pupilo y a la viuda: y si hiciere esto, entonces los pecados, que antes habían sido sanguinolentos al modo de la escarlata, serán perdonados: y las obras de sangre y de crueldad se mudarán con la vestidura del Señor, que está hecha del vellón del cordero, al cual siguen en el Apocalipsis (Cap. V), los que resplandecen con la blancura de la virginidad.

(Vers. 19, 20.) Si quisiereis y oyereis, comeréis los bienes de la tierra: si no quisiereis y no oyereis (o como tiene en el hebreo) y me provocareis a ira, la espada os devorará. Porque la boca del Señor lo ha hablado. Conserva el libre albedrío (*liberum arbitrium*), para que en ambas partes, no por prejuicio de Dios, sino por los méritos de cada uno, haya o castigo o premio. Pero pienso que aquellos bienes de la tierra se dicen de los que leemos en el salmo: 'Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes' (Salm. XXVI, 13); y: 'Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra' (Mateo V, 3). Or ciertamente porque hablaba a los judíos, que aún no podían captar las cosas espirituales, les promete los bienes del siglo presente, para que al menos invitados por los presentes hagan lo que se ha prescrito. Y porque no quisieron oír, sino que, por el contrario, provo-

caron a ira al Santo de Israel: por eso la espada los devoró, esto es, el ejército romano los destruyó. Y todas estas cosas, dice, sucederán: 'Porque la boca del Señor lo ha hablado'. Cuya sentencia, permaneciendo los pecados de los hombres, no puede ser cambiada.

(Vers. 21.) ¡Cómo se ha convertido en ramera la ciudad fiel, llena de juicio! La justicia descansó en ella: pero ahora homicidas. La palabra hebrea *YALIN*, por la cual los LXX tradujeron 'durmió', y 'descansó', y 'descansará', esto es, significa tanto el tiempo pasado como el futuro. De donde tanto Aquila como Teodoción hablan como del futuro. Pero se maravilla con espíritu profético de que la ciudad que en otro tiempo fue fiel, o receptáculo de fieles, de repente se haya convertido en ramera. Lo cual ciertamente puede entenderse también en los tiempos de Isaías: pero más plenamente se refiere a la pasión de Cristo, cuando 'todos se desviaron, a una se hicieron inútiles' (Salm. XIII, 3). Y aunque en el hebreo no se halle 'Sión', sin embargo los LXX, para hacer el sentido más manifiesto, lo añadieron. Sión es el monte en el cual fue fundada la ciudad de Jerusalén: la cual, después que fue capturada por David, fue llamada ciudad de David. Ni dudo que hubo en ella varones santos, cuando tuvo el tabernáculo de Dios, y después fue edificado el Templo: cuando Natán y Gad profetizaron: y sobre los coros (que en el libro de los Días [Crónicas] se describen más plenamente) fueron constituidos Asaf, e Iditún, y Emán, y los hijos de Coré, para que poco a poco la religión pasara de los sacrificios de víctimas a

las alabanzas del Señor (I Par. XXV). Por tanto, la ciudad de los fieles, que antes estuvo llena de juicio, y la justicia descansó en ella, ahora está llena de homicidas: que mataron a los profetas y al mismo Señor Salvador. Además, Ezequiel prosigue la fornicación de Jerusalén, cómo abrió sus piernas a todo transeúnte, bajo el nombre de *Ooliba*: que se interpreta 'mi tabernáculo en ella': lo cual ahora se dice con otras palabras 'la justicia descansó en ella'. Por 'justicia', en el hebreo está escrito *SEDEC*, que suena más a 'justo' que a 'justicia': para que entendamos que antes habitó en ella el Señor, de quien se dice en otra parte: 'Pero el Justo ¿qué hizo? El Señor está en su santo templo: el trono del Señor está en el cielo' (Salm. X, 5). Todas estas cosas podemos referirlas según la Anagogía al alma de un varón en otro tiempo santo, en la cual antes habitó la justicia de Dios, si después pecare, y en lugar de Dios como huésped, los demonios homicidas hubieren entrado en ella.

(Vers. 22.) Tu plata se ha convertido en escoria. Habla a la ciudad de Sión, en la cual antes descansó la justicia: que su plata, a saber, la doctrina de las Escrituras, de la cual leemos en los Salmos: 'Las palabras del Señor son palabras castas: plata examinada por el fuego, probada en la tierra, purificada siete veces' (Salm. XI, 7), se ha convertido en escoria, que en hebreo se llama *SIGIM*: a saber, el orín de los metales, o los desechos y suciedades que se consumen por el fuego, para que, habiendo mencionado la plata, conserve la metáfora. Pero también puede decirse esto: que

los varones justos y santos que antes habitaron en la ciudad, después se convirtieron en suciedades de pecados.

Tus taberneros mezclan el vino con agua. Por lo cual Símaco tradujo: 'Tu vino está mezclado con agua'. Y el sentido es: La Ley de Dios, pura y sincera, y (por así decir) apoyada en la pura verdad (Mateo XV), ha sido violada por las tradiciones de los fariseos: lo cual el Señor enseña más plenamente en el Evangelio, que ellos han omitido la ley de Dios y siguen los mandatos de los hombres. Y todo doctor que vuelve la austeridad de las Escrituras, por la cual puede corregir a los oyentes, hacia el favor: y habla de tal modo que no corrige, sino que deleita a los oyentes: viola el vino de las sagradas Escrituras y lo corrompe con su propio sentido. Los herejes también corrompen la verdad evangélica con una interpretación depravada, y son taberneros pésimos, haciendo agua del vino, cuando por el contrario nuestro Señor convirtió las aguas en vino (Juan II), y un vino tal que el maestresala se maravilló: tal como también la reina de Sabá se maravilló en el convite de Salomón, alabando con su propia voz a sus copoperos y ministros del vino (II Par. IX). Pero también el Eclesiastés describe los ministerios del vino y de su convite con un discurso místico (Ecl. II). De donde, en lugar de vino, Aquila interpretó *symposion*, esto es, 'convite', que entre los griegos se llama así por la bebida (*apo tou potou*), y entre nosotros se llama más rectamente por la convivencia (*a convictu*).

(Vers. 23.) Tus príncipes son desobedientes, compañeros de ladrones. Por 'desobedientes', Aquila interpretó 'que se apartan': Símaco, 'que se desvían'. Llama príncipes a los escribas y fariseos, quienes apartándose del Señor, o más bien dejando la senda de la verdad, caminaron por un itinerario perverso, y fueron compañeros del traidor y ladrón Judas. Lo cual ciertamente también nosotros debemos evitar, no sea que recibiendo de los hombres del siglo dones, que congregan riquezas mediante rapiñas y las lágrimas de los míseros, seamos llamados no tanto ladrones nosotros mismos, sino compañeros de ladrones: y se nos diga: 'Veías al ladrón y corrías con él, y con los adúlteros ponías tu porción' (Salm. XLIX, 18).

Todos aman los dones, siguen las recompensas. En el catálogo de los vicios se cuentan también estos que aman los dones. No dijo 'que reciben', pues esto a menudo sucede por necesidad; sino los que no consideran amigos sino a aquellos de quienes han percibido dones: ni consideran la boca de los amigos, sino las manos: y juzgan santos a aquellos cuyo bolsillo agotan: de los cuales también habla el Eclesiastés: 'Quien ama el dinero, no se hartará de dinero' (Ecl. V, 9). Tales personas siguen las recompensas, de modo que alaban a aquellos de quienes han recibido algo, o ciertamente no dan nada a nadie, sino a aquel de quien han pensado que han de recibir. Por 'recompensas', Símaco interpretó 'vicisitudes' [reciprocidades], o 'venganzas', de modo que estos también estén en culpa, los que devuelven mal por mal, y diente por diente, ojo por ojo

(Exod. XXI). Y no imitan aquello de David: 'Si he devuelto a los que me retribuían males' (Salm. VII, 5). Y de Jeremías diciendo del justo: 'Dará su mejilla al que le hiere, se hartará de oprobios' (Tren. III, 30). Para que cumpla lo del varón evangélico, al cual se le dice: 'Al que te hiere en una mejilla, preséntale también la otra' (Mat. V, 39).

(Vers. 24.) Por esto dice el Señor de los ejércitos, el Fuerte de Israel. Por 'el Fuerte de Israel', que todos tradujeron de modo similar, solo los LXX, queriendo no sé qué, pusieron: '¡Ay de los fuertes de Israel!'; lo cual nosotros podemos explicar así: diciendo que también los príncipes son corregidos, y los robustos, de quienes está escrito: 'Los poderosos padecerán poderosamente tormentos' (Sab. VI, 7); y: 'A quien más se le da, más se le exigirá' (Luc. XII, 48). Y usamos este testimonio si alguna vez fuere necesario contra los príncipes de la Iglesia que destruyen con sus obras su propia dignidad.

¡Ay!, me consolaré sobre mis enemigos, y me vengaré de mis enemigos. De nuevo también en esto, lo cual no se halla en el hebreo, ponen los LXX: 'Pues no cesó mi furor contra mis enemigos'. Pero reprende a los escribas y fariseos, de los cuales también habla en el Evangelio: '¡Ay de vosotros, escribas y fariseos!' (Mat. XXIII, 13 ss.). Y en otro lugar: 'La generación adúltera y perversa busca una señal: y no se le dará señal, sino la señal de Jonás el profeta' (Mat. XII, 39). El padre clementísimo llora a los príncipes delincuentes y los llama sus adversarios, y los nombra enemigos, porque perecen, por el hecho de que no quieren

hacer penitencia, porque no le recibieron cuando venía. Pues acercándose a Jerusalén, lloró y dijo: '¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y apedreas a los que han sido enviados a ti, ¡cuántas veces quise congregar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos, y no quisiste!' (Mat. XXIII, 37). Por tanto, el consuelo de Dios sobre sus adversarios y enemigos es: que quienes no sintieron los beneficios, sean corregidos por los suplicios.

(Vers. 25.) Y volveré mi mano hacia ti; y consumiré hasta la pureza tu escoria, y quitaré todo tu estaño. Por 'escoria', lo cual interpretó Símaco, Aquila interpretó *stemmophyla*, esto es, 'hollejos de uva'; Teodoción interpretó *gigartodes*, esto es, 'pepita de uva': solo los LXX, 'incrédulos' o 'desobedientes', traduciendo el sentido más que las palabras. Pues como había dicho arriba: 'Tu plata se ha convertido en escoria', ahora conserva la metáfora, para que vuelva sobre ella, esto es, extienda su mano para castigar y purgar, y consuma todas las suciedades y vicios de los pecados: para que, separado el estaño, permanezca la plata pura, lo cual no puede hacerse sin fuego: por lo cual significa que ellos han de padecer tormentos. Leemos también en Malaquías sobre el Señor: 'Él mismo saldrá como fuego de fundición, y como hierba de bataneros: y se sentará fundiendo y purificando como plata y oro: y purificará a los hijos de Leví' (Mal. III, 2, 3); para que después de que hubieren sido purificados, se diga de ellos: 'Y serán oferentes al Señor de víctimas en justicia'. Ezequiel también dice que toda la casa de Israel está mezclada con bronce, y hierro,

y plomo, y estaño, y después ha de ser purgada: para que después de que hubiere sido purgada, conozca que Él mismo es el Señor (Ezeq. XXII, 18). Pero también en el Evangelio bajo otra metáfora se muestra el mismo sentido: 'Cuyo bieldo está en su mano, y purará su era, y limpiará el trigo, y congregará el grano en los graneros: pero la paja la quemará con fuego inextinguible' (Mat. III, 12).

(Vers. 26.) Y restituiré tus jueces como fueron antes, y tus consejeros como antiguamente. En la ciudad fiel Sión, que después se convirtió en ramera; y en lugar del justo, o de la justicia, habitaron en ella homicidas. Por eso el Señor vuelve su mano, para que la consuma hasta la pureza y quite todo su estaño, y restituya sus jueces, como fueron desde el principio, y los consejeros como antiguamente. Los jueces anteriores fueron Moisés, y Josué hijo de Nun, y los demás de quienes también un libro de la sagrada Escritura tomó el nombre: y después David y otros reyes justos. Restituirá, pues, la semejanza de los Jueces: o después de la cautividad babilónica, como quieren los judíos, Zorobabel, Esdras y Nehemías y los demás príncipes que presidieron al pueblo hasta Hircano, a quien Herodes sucedió en el reino. O ciertamente más verdadera y rectamente, los Apóstoles, y quienes por los Apóstoles creyeron, y fueron constituidos príncipes de las Iglesias, como dijimos al principio de esta visión, que tanto la conminación como la promesa pertenecen al tiempo de la pasión del Señor, y a la fe que después de su pasión fundó la Iglesia.

Después de esto serás llamada ciudad del Justo, urbe fiel. El discurso profético comprende claramente estas cosas sobre la Iglesia, que ha de creer en el Señor tanto de los judíos como de las naciones. Además, la ciudad del Justo, esto es, del Señor Salvador, o ella misma será llamada justa, de la cual se ha dicho: 'No puede ocultarse una ciudad puesta sobre un monte' (Mat. V, 14). Llamándola también fiel, o metrópoli según los LXX, muestra que ha de ser llamada así por aquellos que han de creer en el Señor.

(Vers. 27-29.) Sión será redimida en el juicio, y la volverán a la justicia, y quebrantará a los malvados y a los pecadores a una; y los que abandonaron al Señor serán consumidos; pues serán confundidos por los ídolos a los que sacrificaron, y os avergonzaréis sobre los huertos que habíais elegido. No todos serán redimidos, ni todos se salvarán, sino las reliquias, de las cuales también se ha dicho arriba. Serán vueltos en justicia, cuando los malvados y pecadores hubieren sido quebrantados, y los que dejaron al Señor, consumidos. Y cuando hubieren sido salvados, se confundirán los que antes habían sacrificado a los ídolos: y se avergonzarán en los huertos que habían elegido. Significa los lugares de lujuria, los bosques y las selvas.

(Vers. 30.) Pues serán como terebinto de hojas que caen; y como huerto, o paraíso, sin agua. Hasta hoy los judíos, leyendo las sagradas Escrituras, son un terebinto, o una encina, como interpretó Símaco. Y según el Evangelio (Mat. XXI), la higuera que se secó, en la cual habiendo el Señor

buscado frutos y no habiéndolos hallado, la maldijo con una sequedad eterna. Pero incluso las mismas hojas y frutos de las palabras han cesado ya de estar entre ellos: el huerto regado también, esto es, la ciencia de las Escrituras, o el paraíso de diversos árboles, que está sin la gracia espiritual, ni siquiera produce las hortalizas de las cuales habla el Apóstol: 'El que es débil, coma hortalizas' (Rom. XIV, 2): y secadas las raíces, todo verdor se ha convertido en sequedad y escualidez.

(Vers. 31.) Y vuestra fortaleza será como brizna de estopa. Por 'brizna', Símaco interpretó *apotinagma*: cuando se peina la estopa, y cualquier suciedad que tiene, se arroja. Por tanto, toda la fortaleza y soberbia de los pecadores y malvados de Israel, que abandonaron al Señor y por eso fueron consumidos, y sacrificaron a los ídolos, y se avergonzarán en los huertos que eligieron; serán reducidos a los desechos de la estopa, que son devorados por un leve incendio. Pues sigue: 'Y su obra', esto es, de vuestra fortaleza, o de la idolatría en la que habíais errado, una pequeña centella la consumirá.

Y ambos se encenderán a una, y no habrá quien lo apague. A saber, tanto la ciencia de los judíos como todas las obras que hacen, o tanto el ídolo como Jerusalén, en la cual estuvo el ídolo: y encendiéndolo el Señor, nadie podrá apagarlo. Todo lo cual podemos tomarlo también respecto a los dogmas contrarios: que tanto los maestros como los discípulos perezcan por igual, y toda su obra sea alimento del fuego.

(Cap. II.—Vers. 1.) La palabra que vio Isaías, hijo de Amós, sobre Judá y Jerusalén. También en la anterior Visión, que ya hemos expuesto, donde los LXX tradujeron 'que vio contra Judea y contra Jerusalén', en el hebreo está escrito *AL JUDA UJERUSALEM*: y en esta que es la segunda, se contiene de modo similar en el hebreo. Y me maravillo de por qué los Intérpretes LXX dijeron en aquella 'contra Judea y Jerusalén', y en esta 'de Judea y de Jerusalén'; a no ser que tal vez porque allí se llama nación pecadora, pueblo lleno de pecados, semilla pésima, hijos de iniquidad, y príncipes de Sodoma, y pueblo de Gomorra, y ciudad ramera, y otras cosas de este tipo, tradujeron el sentido más que la palabra. Y aquí, porque inmediatamente se prometen cosas prósperas: 'Sucederá en los últimos días que será manifiesto el monte del Señor, y la casa de Dios en la cumbre de los montes', entendieron la profecía no contra Judea y Jerusalén, sino de Judea y Jerusalén. Aunque también en aquella leímos cosas prósperas después de la conminación: 'Restituiré tus jueces como fueron antes, y tus consejeros como antiguamente: después de esto serás llamada ciudad del Justo, urbe fiel'; y en esta, después de las cosas prósperas, haya una conminación truculenta. 'He aquí que el dominador Señor de los ejércitos quitará de Jerusalén y de Judá al válido y al fuerte, todo el vigor del pan y todo el vigor del agua', y lo demás. Por tanto, según el hebreo, tanto en aquella visión como en este discurso que vio Isaías, hijo de Amós, se ha de entender sobre Judá y Jerusalén: no contra Judea y Jerusalén: o

por Judá y Jerusalén, como tradujo Símaco: sino absolutamente, de Judá y Jerusalén, en lo cual pueden contenerse tanto las cosas alegres como las tristes. Y esto ha de considerarse: que allí ve una visión; aquí la Palabra, que estaba en el principio junto a Dios: y en aquella, amenazando a los judíos, llega a la salvación de las naciones; en esta, comenzando desde la salvación de las naciones, castigado Israel, congrega en la Iglesia de Cristo a los creyentes de ambas vocaciones.

(Vers. 2.) Y sucederá en los últimos días que el monte de la casa del Señor será preparado en la cumbre de los montes. También leemos sobre los «últimos días» en el Génesis, cuando Jacob, llamando a sus hijos, dijo: Venid, para que os anuncie lo que ha de suceder en los últimos días (Gén. 49, 1); y después dijo a Judá, de cuya simiente nació Cristo: No faltará el príncipe de Judá, ni el caudillo de sus muslos, hasta que venga aquel para quien está reservado; y él será la expectativa de las naciones. En estos últimos días será la «última hora», de la que habla el Apóstol Juan: Hijitos míos, es la última hora (1 Jn 2, 18); en la cual la piedra cortada del monte sin manos creció hasta convertirse en un gran monte y llenó toda la tierra; por la cual se dice en Ezequiel que el príncipe de Tiro fue herido (Ez 28, 16, según la LXX). Este monte está en la casa del Señor, por la cual suspira el Profeta, diciendo: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré: que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida (Sal 26, 4); y de la cual Pablo escribe a Timoteo: Y si tardo, para que sepas cómo te conviene conversar en la casa

de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y firmamento de la verdad (1 Tim 3, 15). Esta casa ha sido edificada sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas, quienes también ellos mismos son montes, como imitadores de Cristo (Ef 2). Sobre esta casa de Jerusalén, el Salmista clama diciendo: Los que confían en el Señor son como el monte Sion: no será conmovido para siempre el que habita en Jerusalén. Los montes están en su contorno, y el Señor está en el contorno de su pueblo (Sal 124, 1). Por lo cual también Cristo funda la Iglesia sobre uno de los montes, y le dice: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Mt 16, 18). Algo semejante dice el santo a su alma, que desea y ansía con impaciencia ver la casa de Dios: ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me conturbas? (Sal 41, 6). Y de nuevo: De estas cosas me acordé y derramé en mí mi alma: porque pasaré al lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios, con voz de exultación.

Y será elevado sobre las colinas. Aquel que fue mostrado y preparado en las cumbres de los montes, este mismo será elevado sobre las colinas. De estos montes y colinas habla también la esposa en el Cantar de los Cantares: La voz de mi amado: he aquí que viene saltando sobre los montes, brincando sobre las colinas: es mi amado semejante a una corza o a un cervatillo en los montes de Betel (Cant 2, 8. 9).

Y acudirán a él todas las naciones, e irán muchos pueblos. Pues todas las naciones le servirán, a aquel a quien se le dijo: Pídeme, y te daré las

naciones por herencia tuya, y por posesión tuya los confines de la tierra (Sal 2, 8): para que le sirvan, según Sofonías, bajo un solo yugo; de los cuales el mismo profeta testifica: Desde los confines de los ríos de Etiopía te traerán ofrendas (Sof 3, 10). Y en el salmo setenta y uno leemos: En su presencia se postrarán los etíopes (Sal 71, 9). Pues en el nombre de Jesús toda rodilla se doblará, de los celestiales, terrestres e infernales (Fil 2).

(Vers. 3.) Y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob: y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Las naciones y los pueblos, de ningún modo contentos con su propia salvación, se exhortarán mutuamente y dirán: Venid, subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob. Sobre los cuales ya dijimos arriba: cuál es el monte del Señor preparado y cuál es la casa del Señor sobre la cumbre de los montes. Pues la casa del Señor es llamada casa del Dios de Jacob para que recibamos el Antiguo Testamento, y no busquemos, según el maniqueo, otra casa fuera de la casa del Dios de Jacob. Y cuando estemos en la casa del Dios de Jacob, entonces nos enseñará sus caminos, por los cuales caminemos hacia él, y caminaremos por sus sendas, las cuales también otros han asignado. Finalmente, también Jesús, subiendo al monte, enseñaba a sus discípulos las ocho bienaventuranzas y lo demás que el discurso evangélico comprende (Lc 6). Primero, pues, se han de aprender los caminos del Señor, y después se ha de caminar por sus sendas.

Porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén. Todas las naciones y muchos pueblos se exhortarán por eso mutuamente y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y lo demás que sigue: Porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén: de ningún modo del Sinaí, ni de la soledad, ni del monte Horeb; sino del monte Sion, en el que está edificada Jerusalén; y de Jerusalén, en la que están el Templo y la religión de Dios. Leemos que el Señor enseñó a menudo en el Templo (Mt 13) y que no convenía que un profeta muriera fuera de Jerusalén; y arriba se mencionaron igualmente la palabra y la ley. A los príncipes se les manda oír la palabra; al pueblo, percibir la ley con los oídos. Pues quien primero haya cumplido la ley, después llega al sermón de Dios. Pero también en Jerusalén, la Iglesia fundada primero sembró las Iglesias de todo el orbe. Y ha de decirse esto: que quienquiera que esté en la atalaya y en la visión de la paz, en este se ha establecido tanto la ley como la palabra del Señor. Y bellamente no dijo: en Sion y en Jerusalén estará y permanecerá la palabra y la ley del Señor; sino que «saldrá», para significar que desde aquella fuente todas las naciones han de ser regadas por la doctrina de Dios.

Y juzgará a las naciones, y reprenderá a muchos pueblos. Por tanto, también se ha de juzgar entre las naciones; ni todos los incrédulos han de ser condenados con igual sentencia, sino que según la diversidad de los méritos sufrirán cosas diversas. Pero después de que haya juzgado a las naciones, entonces reprenderá a muchos pueblos

o, como tradujeron los LXX, al pueblo numeroso. Y nótese el orden: las naciones serán juzgadas porque han de creer: Pues el que no cree, ya está juzgado (Jn 3, 18). Pero el pueblo numeroso, que se entiende por Israel, de ningún modo será juzgado, sino reprendido, porque no recibió al Hijo de Dios enviado a él.

(Vers. 4.) Y fundirán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces. Todo afán de guerrear se convertirá en paz, y en lugar de la discordia habrá concordia en todo el orbe. Las espadas se cambiarán en rejas de arado y las lanzas en hoces para que, omitido el furor de guerrear, sirvan a la agricultura y sieguen abundantísimas cosechas con las hoces. Lo cual, por cierto, también puede entenderse espiritualmente, cuando toda la dureza de nuestro corazón es quebrantada por el arado de Cristo y son arrancadas las espinas de los vicios, para que la siembra de la palabra de Dios crezca en frutos; y después comamos los trabajos de nuestras manos, cuando viniendo vendrán con exultación, trayendo sus gavillas (Sal 125, 6).

No levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más para la guerra. Revolvamos las antiguas historias y hallaremos que hasta el año vigésimo octavo de César Augusto (en cuyo año cuadragésimo primero nació Cristo en Judea) hubo discordia en todo el orbe de la tierra, y cada una de las naciones ardía con el afán de guerrear contra las naciones vecinas, de modo que mataban y eran matados. Pero al nacer el Señor Salvador, cuando bajo el gobernador de Siria,

Cirino, se hizo el primer empadronamiento en el orbe de la tierra y la paz del imperio romano fue preparada para la paz de la doctrina evangélica; entonces cesaron todas las guerras y de ningún modo se ejercitaban para las batallas por las ciudades y aldeas; sino que el afán de guerrear quedó delegado al cultivo de los campos y solo a los soldados y legiones romanas contra las naciones bárbaras. Cuando se cumplió aquel cántico de los ángeles: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lc 2, 14); y en sus días nació la justicia y la multitud de la paz.

(Vers. 5, 6.) Casa de Jacob, venid y caminemos en la luz del Señor: porque has desechado a tu pueblo, la casa de Jacob. Después de la vocación de las naciones y de mostrar el monte del Señor sobre la cumbre de los montes, el Profeta se vuelve a su pueblo, esto es, al pueblo de los judíos, que es llamado casa de Jacob, y los exhorta para que los que andan en las tinieblas del error reciban la luz de la verdad y caminen en la luz del Señor. Y de algún modo canta aquello davídico: Acercaos a él y sed iluminados, y vuestros rostros no se avergonzarán (Sal 33, 6). Pues todo el que obra el mal odia la luz y no viene a la luz para que sus obras no sean reprendidas. Pero vosotros, casa de Jacob, casa de mi pueblo, venid conmigo y caminemos igualmente en la luz del Señor: recibamos el Evangelio de Cristo, seamos iluminados por aquel que dice: Yo soy la luz del mundo (Jn 8, 12). Y habiendo dicho esto al pueblo de los judíos, viendo su corazón impenitente y su alma durísima por la incredulidad, hace una apóstrofe

al Señor y dice: Por eso los exhorto a que vengan a ti y disfruten conmigo de tu luz, porque por el mérito de sus pecados has dejado a tu pueblo, la casa del que antes fue Jacob.

(Vers. 7.) Porque están llenos desde antiguo y tuvieron agoreros, como los filisteos. Por filisteos, los LXX siempre interpretaron extranjeros, nombre común por el propio, que es hoy la nación de los palestinos, como si fuera de los filisteos, porque el habla hebrea no tiene la letra P; sino que en su lugar usa la PHI griega. Por lo cual aquello que se dice en los Salmos, con la enumeración de las demás naciones: Los extranjeros me están sometidos (Sal 59, 10), no significa todas las naciones exteriores, sino propiamente a los palestinos. Y da las razones de por qué Dios desechó a su pueblo, la casa de Jacob: porque están llenos, dice, como estuvieron al principio, de agoreros y de augurios, y de todas las suciedades de la idolatría. Sabemos, por los escritos de Moisés, que no se ha de atender a augurios ni agüeros, los cuales tuvieron las naciones que el Señor expulsó de la presencia de Israel: cananeos, amorreos y heteos. Los tratadistas de la Iglesia explican este pasaje de diversas maneras. Pues algunos quieren que se signifique esto: que, desechado el pueblo de los judíos, entró en la tierra que antes fue de la promesa el ejército romano; y expulsados los judíos, habitaron en Judea extranjeros, que son pobladores de todo el orbe de diversas naciones, traídos por Titus, Vespasian y Hadrian, y los demás príncipes. Otros, en cambio, piensan que esto no pertenece a los tiempos romanos, sino a

los anteriores, antes de que fueran asolados por los babilonios, porque se narra que estuvieron bajo reyes impíos y fueron desamparados por el Señor.

Y se adhirieron a muchachos extranjeros. Por lo cual los LXX tradujeron: Y les nacieron muchos hijos extranjeros. Símaco: Y aplaudieron con los hijos extranjeros. Por lo cual está escrito en hebreo JESPHICU (), que los hebreos interpretan esphenothesan y nosotros vertimos como se adhirieron, para que se muestre la torpeza de los vicios en la nación de los judíos. Hasta tal punto, sin embargo, los griegos y los romanos trabajaron antes en este vicio que incluso los más ilustres de los filósofos de Grecia tenían públicamente concubinos; y Adriano, instruido en las artes de la filosofía, consagró a Antínoo como dios, y le instituyó un templo, víctimas y sacerdotes, y de él recibió su nombre una ciudad y una región de Egipto. También entre las rameras, en los lupanares de los espectáculos, estuvieron muchachos expuestos a la lujuria pública; hasta que bajo el emperador Constantino, al resplandecer el Evangelio de Cristo, se borró tanto la infidelidad de todas las naciones como la torpeza. Además, los LXX significan que sus esposas fueron violadas al engendrar hijos extranjeros para los judíos. Símaco, con un cierto discurso indirecto y honesto de los que aplauden, demostró la misma torpeza con los muchachos.

(Vers. 8.) Y la tierra se llenó de plata y oro, y no hay fin de sus tesoros. Entre los demás vicios de la tierra de la casa de Jacob, también se numera

la multitud de oro y plata. Entre los agüeros y los agoreros, los caballos y las cuadrigas, que Dios prohibió multiplicar a los reyes de Israel; entre los ídolos, que son obras de las manos de los hombres, se condena la avaricia. Por lo cual el Señor mandó en el Evangelio que no atesoremos tesoros para nosotros en la tierra, y que no hagamos tesoros de los que el ladrón pueda arrebatar, infiriendo al final: No podéis servir a Dios y a las riquezas (Mt 6, 24). Pero bellamente el Profeta significó aquel inciso del versículo: Siempre el avaro tiene necesidad, diciendo con otras palabras: Y no hay fin de sus tesoros. No porque los tesoros no tengan fin, sino porque el ánimo de los que los poseen no se llena. Pero ambas naciones, tanto la de los judíos como la de los romanos, son reprendidas por estas palabras de avaricia. Lo cual narran tanto las historias griegas como las latinas: que nada hay más avaro que la nación de los judíos y de los romanos. Por lo cual también se estableció la ley de repetundae (concusión), y diariamente vemos que se cumple aquello apostólico: Tú que predicas que no se ha de robar, robas (Rom 2, 21). Un juez más ladrón oye y condena al ladrón, profiriendo en otro sentencia sobre sí mismo.

Y su tierra se llenó de caballos y sus cuadrigas son innumerables. Pues no es digno de número lo que se posee contra el imperio de Dios. Por lo cual también se dice en los Salmos: Falaz es el caballo para la salvación (Sal 32, 17). Y en el Éxodo: Al caballo y al jinete arrojó al mar (Éx 15, 1). Y en otro salmo: Estos en carros y aquellos en caballos;

nosotros, en cambio, invocaremos el nombre del Señor Dios nuestro (Sal 19, 8). Pero puede entenderse de ambas maneras: que tanto el pueblo de los judíos multiplicó para sí caballos y cuadrigas contra el precepto de Dios, como que la tierra de Judea se llenó de los caballos y carros de los vencedores.

(Vers. 9.) Y su tierra se llenó de ídolos: adoraron la obra de sus manos, lo que hicieron sus dedos; y se encorvó el hombre y el varón fue humillado. Donde antes estaba el Templo y la religión de Dios, allí se colocó la estatua de Adriano y el ídolo de Júpiter. Lo cual muchos interpretan sobre aquel testimonio que leemos en el Evangelio: Cuando viereis la abominación de la desolación en el lugar santo (Mc 13, 14). Y se inclinaron ante la obra de sus manos: y el hombre, animal racional, adoró el bronce y la piedra. Hay, sin embargo, quienes interpretan esto sobre los judíos: que antes de ser capturados por los babilonios hicieron todas estas cosas y por eso fueron abandonados por Dios. Por lo cual también se pone al final del capítulo: No los perdones, pues. Podemos decir según la anagogía también esto: que todo dogma contrario a la verdad adora las obras de sus manos y constituye ídolos en su tierra, y se encorva el hombre y se humilla el varón, y no puede erguirse; porque está atado por el diablo, a no ser que lo erija el Señor, a ejemplo de aquella mujer a la que Satanás había atado durante dieciocho años, para que de ningún modo mirara al cielo, sino siempre a la tierra (Lc 13).

No los perdones, pues. Por lo cual los LXX interpretaron: Y no los perdonaré. Si habla Dios, ha de entenderse así: Puesto que hicieron tales cosas, no los perdonaré, ni les remitiré pecados tan innumerables. Si el Profeta, así ha de sentirse: no los perdones, pues, a ellos que han perpetrado tan grandes crímenes. Que si lo entendemos sobre los romanos, más verdadera es la interpretación: ellos que, subvirtiendo el templo de Dios, no adoraron a aquel que les dio la victoria, sino a los ídolos de sus manos. En cambio, si sobre los judíos, es la truculenta sentencia del Profeta, de modo que parece orar contra su pueblo, al cual arriba había dicho: Casa de Jacob, venid y caminemos en la luz del Señor.

(Vers. 10.) Entra en la peña, escóndete en la fosa en el suelo ante el rostro del temor del Señor y ante la gloria de su majestad. Yo ciertamente exhorté al pueblo diciendo: Casa de Jacob, venid y caminemos en la luz del Señor. Pero porque el Señor desechó al pueblo de Jacob (y lo desechó porque o bien hicieron o bien sufrieron lo que arriba expusimos), por eso os anuncio de antemano los males que han de venir y os exhorto a que entréis en las peñas y os escondáis en las cuevas ante el rostro del ejército babilonio o romano, cuando todo sea asolado, según aquello que leemos en el Evangelio: Entonces dirán a los montes: caed sobre nosotros; y a las peñas: escondednos (Lc 23, 30). Según la anagogía, ciertamente, se nos manda ante el rostro de la majestad del Señor que asumamos la fortaleza de la peña, de la cual se dijo: La peña es refugio para los erizos (Sal

103, 18). Y: En la peña me exaltaste (Sal 26, 6). También Moisés es puesto en la hendidura de la peña para que vea las espaldas de Dios (Éx 33). Y: El pueblo bebía de la peña espiritual que los seguía (1 Cor 10, 4). Y se esconde en la peña el que entra en su aposento y, cerrada la puerta, adora al Padre, para que, constituido en un cuerpo terrenal, no sienta la tempestad del mundo que pasa.

(Vers. 11.) Los ojos sublimes del hombre han sido humillados y se encorvará la altura de los varones: pero el Señor solo será exaltado en aquel día. Cuando vengan los enemigos y el acero babilonio o romano haya asolado toda la provincia, y las filas de los guerreros hayan rodeado Jerusalén, entonces ni las riquezas, ni la nobleza de linaje, ni la potencia de las dignidades podrán defender a nadie; sino que de todos será una sola la cautividad, y solo Dios será exaltado, cuya ira nadie podrá declinar. Muchos entienden esto sobre el día del juicio: que toda criatura, en comparación con la gloria divina, será humillada y encorvada, y sentirá que no es nada.

(Vers. 12.) Pues el día del Señor de los ejércitos sobre todo soberbio y excelso, y sobre todo arrogante. Y esto se une a lo anterior. En aquel día, dice, en que solo el Señor será exaltado, esto es, en el día de la venganza del Señor, todos los excelsos y arrogantes y sublimes estarán sujetos a la cautividad y a la espada. Metafóricamente, sin embargo, el discurso es sobre los grandes y los príncipes: que cuanto más se hayan ensoberbecido, tanto más sean abatidos. Pues el Señor resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (1

Pe 5). Quienes entienden esto sobre el día del juicio, piensan que al soberbio, excelso, sublime y arrogante se le llama el diablo. El cual, ensoberbecido, dice: Sobre las estrellas del cielo pondré mi trono: me sentaré en un monte excelso, sobre todos los montes excelsos al aquilón: subiré sobre las nubes, seré semejante al Altísimo (Is 14, 13. 14): cuando de la boca de los niños y de los que maman se perfeccione la alabanza para que sea destruido el enemigo y el vengador (Sal 8, 3).

(Vers. 13.) Y sobre todos los cedros del Líbano sublimes y erguidos, y sobre todas las encinas de Basán. Y en el salmo vigésimo octavo se canta: Voz del Señor que quebranta los cedros: quebrantará el Señor los cedros del Líbano, y los desmenuzará como a un becerro del Líbano (Sal 28, 3-5). Y en el salmo trigésimo sexto: Vi al impío exaltado y elevado como los cedros del Líbano, y pasé, y ya no era, y lo busqué, y no fue hallado su lugar (Sal 36, 35-36). También las encinas de Basán, que Aquila interpretó como dryas (δρύας), y Símaco y Teodoción como balanous (βαλάνους), sabemos que son belloteras; las cuales, aunque hayan dado frutos, son alimento de cerdos, no de hombres. Basán es una región de Arabia sobre la que imperó Og, que fue llamado rey de Basán; y se interpreta como aischyne (αἰχύνη), esto es, ignominia, la cual, si quisiéramos traducirla como confusión, significa más bien synchysis (σύγχυσιν), esto es, Babilonia, que Basán. Por lo tanto, contra todos los que se elevan en soberbia, y hacen obras de ignominia, y se revuelcan en el fango de las liviandades, surgirá la venganza del Señor. Pero si el

lector prudente preguntara por qué en el templo del Señor fueron puestas maderas de cedro, y en el salmo centésimo tercero leemos según la verdad hebraica: Se saciarán los árboles del Señor, y los cedros del Líbano que tú plantaste: allí los pájaros anidarán (Sal 103, 16-17); y entre los demás árboles incluso los cedros son provocados a las alabanzas del Señor: y en el advenimiento del Salvador, cuando todos los árboles y las maderas del campo aplaudan con sus ramas, esté escrito: Pondré en la tierra reseca el cedro y el boj, y el ciprés y el pino (Is 41, 19, según los LXX): ¿y ahora el discurso profético amenaza el día del Señor sobre los cedros del Líbano? Debe decirse esto: que del mismo género de hombres, unos son sublimados al reino, otros son arrastrados a la pena; y los cedros del Líbano, que son quebrantados a causa de la soberbia, son elegidos cuando han sido de buen olor, y han dicho con el Apóstol: Buen olor de Cristo somos (2 Cor 2, 15).

(Vers. 14.) Y sobre todos los montes excelsos, y sobre todas las colinas elevadas. Así como en buena parte, por la variedad de las virtudes, se llaman montes y colinas, así entre los impíos, por la diversidad de los vicios, y máxime de la soberbia, unos son montes, otros colinas, sobre los cuales será el día del Señor; de los cuales está escrito en Ezequiel: Esto dice Adonai el Señor a los montes y a las colinas: he aquí que yo traeré sobre vosotros la espada, y serán disipados vuestros lugares excelsos, y serán quebrantadas vuestras aras, y lo demás (Ez 6, 3).

(Vers. 15.) Y sobre toda torre excelsa, y sobre todo muro fortificado. Quienes refieren esto a los tiempos de Vespasiano y Adriano dicen que se cumplió corporalmente lo que está escrito: que ninguna torre excelsa, ningún muro firmísimo, ninguna multitud de naves ni industria de negociación pudo prevalecer contra la fuerza del ejército romano; sino que los habitantes de Judea llegaron a tan gran temor que ellos mismos con sus esposas e hijos, con el oro y la plata que estimaban que les sería de auxilio, se sumergieron en fosas de la tierra y buscaron las cavernas más profundas. Pues si para los voraces y lujuriosos el vientre es su Dios, ¿por qué para los avarientos no habría de llamarse Dios al oro y a la plata? Otros refieren esto a los tiempos de Babilonia. Por lo tanto, según las leyes de la tropología, recorreré cada detalle. La torre se edifica o para la fortificación de la ciudad o para atalaya, para que se divise al enemigo que viene de lejos. Cada uno de nosotros, por tanto, debe edificar una torre, calculados primero los gastos, no sea que, según la parábola evangélica (Lc 14), al no poder completar la obra, se rían de él. Esta torre, bien construida, persiste. Pero si, levantada en soberbia, no tuviere firmes cimientos, caerá sobre aquel por quien fue edificada: como aquella en Siloé que mató a dieciocho hombres. Por lo cual también el Señor dice a los oyentes: Y vosotros, si no hiciereis penitencia, pereceréis de igual modo (Lc 13, 3). En lo que sigue también leeremos que el Señor edificó una torre en su viña, e hizo un lagar, y la rodeó con una cerca, pero todas estas cosas fueron destruidas y

asoladas porque se hincharon con el vano ceño de la soberbia (Is 5). También se conrtruyen muros excelsos para que la ciudad no sea pronto destruida ni esté expuesta a los enemigos, porque las Iglesias están rodeadas de varones sapientísimos y se fortalecen con toda razón para que ningún dogma perverso prevalezca contra la verdad. Sobre muros de esta clase habla Dios a Jerusalén: He aquí que en mis manos he dibujado tus muros, y están siempre ante mi vista (Is 49, 16, según los LXX). Pero si estos que antes habían impugnado a la Iglesia, conocida la verdad, pasaren a la fe y lucharen por ella (la que antes impugnaban), entonces se cumplirá aquello: Pronto serás edificada por aquellos por quienes habías sido destruida (ibíd., 17). En el Levítico también leemos que la casa que esté en ciudades amuralladas, si no fuere redimida dentro de un año, se confirma al comprador en posesión eterna; en cambio, si estuviere en villas y aldeas que no tengan muros, siempre puede ser redimida, y el precio del comprador fluctúa (Lv 25).

(Vers. 16.) Y sobre todas las naves de Tarsis, y sobre todo lo que es bello a la vista. En lugar de Tarsis, que todos tradujeron de modo similar, solo los LXX lo interpretaron como el mar. Los hebreos piensan que en su propia lengua el mar se llama THARSIS, pero que cuando se dice IAM, no se llama así en lengua hebrea, sino en siriaco. También Josafat tuvo naves que enviaba a Tarsis (3 Re 22, 49), pero fueron destrozadas en Esión-guéber. También Salomón tuvo las que iban a Tarsis (3 Re 10, 22), y después de tres años volvían

y traían al rey plata y oro, marfil y simios. Pero porque ambos reyes habían pecado, uno entregado a la voluptuosidad y amante de mujeres de naciones extranjeras, el otro uniéndose al rey de Samaria (ambas cosas se refieren a los paganos y a los heréticos, en quienes no hay otra cosa sino el fulgor de la elocuencia, y un sentido construido por arte diabólico, y un discurso muerto, que se interpreta en los dientes [el marfil], y una semejanza de la razón humana, que se siente en los simios); por lo cual leemos en los Salmos: Con espíritu violento quebrantarás las naves de Tarsis (Sal 47, 8). Y de estas naves habla el mismo Isaías: ¡Ay de las alas de las naves que están más allá de Etiopía! (Is 18, 1, según los LXX). Por el contrario, hay también naves buenas, de las cuales se dice en los mismos salmos: Los que descienden al mar en naves y hacen su obra en las muchas aguas. Ellos vieron las obras del Señor y sus maravillas en el profundo (Sal 106, 23-24). Pues quienes en los flujos de este siglo no están ociosos, sino que trabajan y portan las mercancías dominicales, y se apresuran a llegar al puerto del reposo, ellos mismos ven las obras del Señor y sus maravillas en el profundo, cuando han llegado a la profunda ciencia y, escrutándolo todo, esto es, incluso lo profundo de Dios, han contemplado sus maravillas. Josefo estima que Tarsis es Tarso, ciudad de Cilicia; otros piensan que es una región de la India, y que con este nombre también se llama a una piedra de las doce gemas, que entre nosotros se llama Crisólito, por la semejanza con el color marino. Pero es mejor tomar Tarsis absolu-

tamente como el mar o el océano. Pues Jonás, navegando desde Jope, no podía llegar a la India, a la cual no se puede navegar por aquel mar; sino simplemente ir al océano y dirigirse a cualesquiera islas. Y lo que sigue: Y sobre todo lo que es bello a la vista: o como tradujeron los LXX, Y sobre toda visión de la belleza de las naves: ha de tomarse en el mismo sentido: que sea destruido por el día del Señor todo lo que parece bello en las palabras y construido por la razón humana, si se eleva contra la ciencia de Dios.

(Vers. 18). Y se encorvará la sublimidad de los hombres, y se humillará la altura de los varones, y será exaltado el Señor solo en aquel día, y los ídolos serán totalmente quebrantados. Tanto tiempo parece tener razón el discurso humano, cuanto no haya sido comparado con la ciencia divina. Pero cuando la mentira se ha acercado a la verdad, como el rastrojo al fuego, pronto es devorada y perece, y todos los dogmas de la falsedad, que ahora se llaman ídolos por el hecho de ser simulados y fingidos, serán totalmente quebrantados.

(Vers. 19). En aquel día el hombre arrojará los ídolos de su plata y los simulacros de su oro, que se había hecho para adorar a los topos y a los murciélagos, y entrará en las fisuras de las peñas y en las cavernas de las piedras ante el rostro del pavor del Señor y ante la gloria de su majestad: cuando se levante para herir la tierra. A menudo hemos dicho que la plata y el oro se toman por el discurso y el sentido, los cuales, aunque fueron dados por Dios a los hombres para que hablaran

de Dios o lo sintieran y alabaran a su Creador, ellos abusan de este don en la simulación de los ídolos; según aquello que está escrito: Les di plata y oro; pero ellos, de mi plata y mi oro, fabricaron a Baal (Os 2, 8). Por tanto, cuando alguien, aterrado por el pavor del Señor, primero haya escondido los ídolos en la cueva de su propio pecho y los haya ocultado en las vorágines de la tierra, no atreviéndose a proferir lo que malamente había fingido, ha pasado a un segundo grado: que arroje primero lo esculpido y no tolere que esté en sí. En lugar de topos, que nosotros interpretamos, los LXX tradujeron cosas vanas, Aquila orykta (ὀρυκτὰ), Símaco infructuosas, y Teodoción puso la misma palabra hebrea, PHARPHAROTH [Haphorperoth]. Es un animal sin ojos que siempre cava la tierra y remueve el mantillo, y comiendo las raíces por debajo, es nocivo para los frutos; al cual los griegos llaman aspalaka (ἀσπάλακα). El murciélago, en cambio, es un ave nocturna que recibió de ellos un nombre congruente, nykteris (νυκτερίς), por el hecho de que vuela en la noche; es un animal pequeño y semejante a los ratones, que resuena no tanto por la voz y el canto como por el chirrido, el cual, aunque parece volar, huye de la luz y no soporta ver el sol. A animales de esta clase han sido comparados los ídolos, que ciegos y tenebrosos son adorados por ciegos, y todos los dogmas contrarios a la verdad. Cuando estos hayan sido abandonados en el día del Señor, entrarán estos que los hayan arrojado en las fisuras de las peñas y en las cavernas de las piedras, para que no se ocupen en el polvo de la tierra y en el vil

lodo, sino en la firme razón, y hallen para sí diversos orificios de las virtudes por los cuales puedan llegar a la verdad. Esto, según la anagogía, lo he tocado en breve discurso como pude, cosas que los hebreos refieren a los tiempos de Babilonia y a la subversión de Jerusalén, cuando se levantó el Señor para herir la tierra de los judíos.

(Vers. 20.) Cesad, pues, ante el hombre cuyo espíritu está en sus narices, porque él mismo es reputado excelso. Esto lo omitieron los LXX, y en los ejemplares griegos fue añadido por Orígenes bajo asteriscos a partir de la edición de Aquila, lo cual en hebreo se lee así: HEDALU LACHEM MEN AADAM ASER NASAMA BAAPHPHO CHI BAMA NESAB HU. Donde nosotros dijimos él mismo es reputado excelso, Aquila interpretó en el cual es reputado este. La palabra hebrea BAMA o bien se dice hypsoma (ὕψωμα), esto es, excelso o lugar alto, lo cual leemos tanto en los libros de los Reyes como en Ezequiel; o ciertamente en el cual, y se escribe con las mismas letras: BETH, MEM, HE. Y según la calidad de los lugares, si quisiéramos leer en el cual, decimos BAMMA; pero si excelso o altura, leemos BAMA. Por tanto, entendiendo los judíos que la profecía era sobre Cristo, interpretaron la palabra ambigua en el sentido peor, para que pareciera que no alababan a Cristo, sino que lo tenían en nada. Pues, ¿cuál es la consecuencia de las palabras, y qué orden de razón y de sentido hay en que digamos: «Puesto que esto es así, y ha de venir el día del Señor en el cual todo el estado de Judea ha de ser subvertido y todo ha de ser quebrantado, os amonesto y os

mando que ceséis ante el hombre que así respira y vive como nosotros los hombres, porque ha de ser computado en nada»? ¿Acaso algún hombre alabaría así a alguien como para decir: «Cuidado con ofender a aquel que no es nada en absoluto»? Por lo tanto, al contrario, ha de entenderse así: «Puesto que todo esto os ha de venir y se predica por el espíritu profético, os amonesto y os mando que ceséis ante aquel que según la carne ciertamente es hombre, y tiene alma, y así respira y atrae el aliento por las narices como nosotros los hombres respiramos y vivimos; pero que según la majestad divina es, y es reputado y es creído excelso». Tratando esto en mi mente silenciosa, no puedo hallar la razón por la cual los LXX no quisieron verter al griego una profecía tan perspicua sobre Cristo. Pues los otros, que ciertamente la vertieron pero arrastraron el discurso ambiguo al sentido de la impiedad, no es de extrañar por qué interpretaron mal ni quisieron decir nada glorioso sobre Cristo, en quien no creían: a saber, judíos o semijudíos, esto es, ebionitas. Por lo demás, que Cristo es excelso o altísimo (quien con otro nombre entre los hebreos se llama ELION), lo leemos en el salmo ochenta y seis: ¿Acaso dirá el hombre a Sión: y el hombre nació en ella; y el mismo Altísimo la fundó (Sal 86, 5)? Y en el Evangelio: Y tú, niño, serás llamado Profeta del Altísimo (Lc 1, 76). Y para no alargarme demasiado (pues en la exposición de las sagradas Escrituras debemos seguir la verdad, no la contienda), en este lugar BAMA entre los hebreos no se dice excelso [masculino], sino altura [neutro], esto es, la misma altitud y

sublimidad: como si dijéramos de alguien: «no es divino, sino la divinidad»; «no es un río, sino la fuente»; «no es hombre, sino la misma humanidad». Orígenes interpretó este lugar así: porque se dice singularmente de un solo hombre, puede referirse también al Señor Salvador, mandando el Profeta que cesen ante aquel que es reputado en algo grande, aunque al presente sea visto como hombre y tenga aliento en las narices, tal como respiran los demás hombres.

LIBRO SEGUNDO.

Terminado el primer volumen sobre Isaías, el cual dicté en discurso rápido como pude, no como quise, buscando más el sentido de las Escrituras que las palabras de una oración compuesta: ahora pasaré al segundo; y cuanto de fuerzas haya en mí, y de voluntad inclinada hacia el Señor, se lo ofreceré a aquel que habló por el Profeta: Yo multipliqué las visiones, y en manos de los profetas fui comparado (Os 12, 10). Por lo cual te suplico, virgen de Cristo Eustoquio, que mientras nosotros nos esforzamos en la explicación de las Escrituras, tú con Moisés eleves las manos al Señor: para que nosotros, que saliendo de Egipto cruzamos el Mar Rojo, venzamos a Amalec, que se interpreta como devorador y lamedor; y podamos decir contigo: Bendito sea el Señor mi Dios, que adiestra mis manos para la batalla y mis dedos para la guerra (Sal 143, 1).

(Cap. III.—Vers. 1.) Porque he aquí que el Dominador, el Señor de los ejércitos, quitará de Jerusalén y de Judá al válido y al fuerte: todo el vigor del pan y todo el vigor del agua. Hasta aquí piensan que se habla del juicio. Lo que sigue, sobre la cautividad venidera, que unos refieren a los babilonios y otros a los romanos. Pero es mejor, como dijimos arriba, que todo se refiera a la pasión dominical. Pues después de la muerte

de aquel, todas las gracias y dones fueron quitados a los judíos, según lo que está escrito en el Evangelio: La Ley y los Profetas hasta Juan el Bautista (Mt 11, 13). Y el orden es: Puesto que no quisisteis cesar ante el hombre cuyo espíritu está en sus narices, que es reputado excelso, sino que al contrario derramasteis la sangre del justo y pensasteis un consejo pésimo, diciendo: Atemos al justo porque nos es inútil (Sab 2, 12); por eso comeréis el fruto de vuestras invenciones. Nada hay entre los judíos después de la Pasión del Señor que sea fuerte, nada válido, sino todo enfermo y lánguido. Ni puede nadie entre ellos decir: Todo lo puedo en aquel que me conforta (Flp 4, 13), Cristo Jesús nuestro Señor. Y porque según los LXX leemos válido y válida, al válido podemos acoplarlo así: Hasta que todos nos encontremos en el varón perfecto, en la medida de la edad de la plenitud de Cristo (Ef 4, 13). Por lo demás, a la válida: Quiero, dice, exhibiros a todos vosotros como una virgen casta para Cristo (2 Cor 11, 2). En cuanto a la fortaleza del pan y la fortaleza del agua, se toma por todo alimento y bebida. Leemos que Moisés estuvo en el monte Sinaí y por cuarenta días no comió pan ni bebió agua (Éx 34, 28). También aquello que se dice a Adán: Con el sudor de tu rostro comerás tu pan hasta que vuelvas a la tierra de la cual fuiste tomado (Gén 3, 19), ha de oírse de modo similar. Así como lo que dice el Salvador: No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale por la boca de Dios (Mt 4, 4). Por tanto, la fortaleza del pan les será quitada: aquel que dice: Yo soy el pan vivo que

bajó del cielo (Jn 6, 51). Y la fortaleza del agua, de la cual hablaba el mismo Señor: Todo el que beba de esta agua tendrá sed otra vez; pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed eternamente, sino que el agua que yo le daré se hará en él una fuente de agua que salta para la vida eterna (Jn 4, 13-14). De panes de esta clase leemos también en los Proverbios: Abre tus ojos y sáciate de panes (Prov 20, 13). Tienen los judíos pan, pero sin fortaleza; tienen aguas, pero sin vigor. Pues leen las Escrituras, pero no las entienden; tienen los pergaminos, pero han perdido a Cristo, que está escrito en los pergaminos (1 Cor 3). Pues se alimentan con leche, como pequeñuelos, y no con alimento sólido. Y porque perdieron la fortaleza y están enfermos, por eso comen legumbres. En cambio, el alimento sólido de los atletas es el que sustenta la vida humana y proporciona fortaleza a los vivientes (Rom 14). Sobre pan y agua de esta clase, que sean quitados a los judíos, también otro Profeta testifica diciendo: He aquí que vendrán días, dice el Señor, y enviaré hambre sobre la tierra: no hambre de pan, ni sed de agua, sino hambre de oír las palabras del Señor (Amós 8, 11).

(Vers. 2.) Al fuerte y al varón guerrero, al juez y al Profeta, y al adivino y al anciano. En lugar de fuerte, que es lo único que hay en el hebreo, los LXX tradujeron dos cosas a la vez: al gigante y al fuerte, queriendo que sea el mismo el gigante que el fuerte. Sobre el fuerte ya se ha dicho arriba. Por el contrario, leemos sobre un gigante en buena parte, esto es, sobre el Señor Salvador, en el salmo decimoctavo: Se regocijó como gigante para

correr su camino; su salida es desde el extremo del cielo, y su curso hasta el extremo de aquel (Sal 18, 6-7). En cambio, si leemos sobre Nemrod el gigante (Gén 10), que fue cazador ante el Señor, y sobre los gigantes (Gén 6) por los cuales vino el diluvio sobre la tierra, han de ser tomados en la parte contraria. También al varón guerrero lo entendemos según la historia de este modo: que han sido capturados y sirven hasta el día de hoy, y no han depuesto el yugo de la servidumbre. Pero ni siquiera tienen jueces propios, y están sujetos a los jueces romanos; a tal punto que de sus propios príncipes, que parecen estar entre el pueblo, juzgan los príncipes romanos. Pero también debe decirse esto: que no hay entre ellos ningún guerrero en la ley que tenga la ciencia de juzgar; sino que todas las cosas son vanas y caducas, y llenas de estulticia. Por lo demás, que el Profeta haya cesado de estar entre ellos es duda para nadie. Preguntamos según el hebreo cómo interpretaremos hariolum [el adivino], al cual todos interpretaron como divinum [divino/adivino], excepto los LXX, que tradujeron conjectorem [conjeturador] en lugar de esto. Y debe decirse que a menudo incluso por los adivinos se dicen cosas futuras, como leemos en Balaam el adivino, y en los adivinos de las cinco ciudades palestinas (Gaza y Ascalón, Gat, Ecrón y Azoto), que dan el consejo de cómo ha de ser devuelta el arca del Señor (1 Sam 6). Y el sentido es: Tanto lo verdadero como lo falso les será quitado a los judíos por igual. También entiende que el anciano (al cual los LXX tradujeron presbyterum) ha sido

quitado de los judíos aquel que sepa que en las sagradas Escrituras los presbíteros se eligen por el mérito y la sabiduría, no por la edad. Pues no han cesado de haber ancianos entre los judíos, a los cuales a menudo vemos llegar hasta una decrepita senectud. Y leemos sobre los dos presbíteros «envejecidos en días malos» según Teodoción en el principio de Daniel (Dan 13). Pues también a Moisés se le manda que elija presbíteros a los que sabe que son presbíteros (Éx 18). Y el apóstol Pablo escribe plenísimamente a Timoteo sobre qué clase de presbítero debe ser elegido (1 Tim 5). Por lo cual también se dice en los Proverbios: La gloria de los ancianos es la canicie (Prov 20, 29). ¿Qué canicie es esa? Sin duda que la sabiduría, sobre la cual está escrito: La canicie de los hombres es la prudencia (Sab 4, 8). Y puesto que leemos que los hombres vivieron novecientos y más años desde Adán hasta Abraham (Gén 24), ningún otro fue llamado antes presbyter, esto es, anciano, sino Abraham, de quien se comprueba que vivió por muchos menos años. Por lo cual también escribe Juan, después de los niños y los jóvenes, incluso a los ancianos diciendo: Os he escrito, padres, porque habéis conocido a aquel que es desde el principio (1 Jn 2, 13). Y Roboam hijo de Salomón perdió el reino por eso: porque no quiso oír a los ancianos (3 Re 12).

(Vers. 3.) Príncipe sobre cincuenta. Por sinécdoque (synecdoche), la parte por el todo. Pues así como se llaman Centuriones a los que están al frente de cien soldados, y Quiliarcas a los que están al frente de mil, a quienes nosotros llama-

mos Tribunos por el hecho de estar al frente de una tribu: así en el ejército israelita se llamaban "Quincuagenarios" (Quinquagenarii) a los que estaban a la cabeza de cincuenta soldados. De donde también decimos "Decanos" (Decanos) a los que están al frente de diez hombres. Y no es de maravillar si entre los judíos ha perecido toda dignidad de guerreros, cuando no tienen la potestad de militar bajo la espada ni de portar armas. Porque ciertamente el número cincuenta se refiere siempre a la penitencia: y el príncipe de la penitencia, y la cabeza de aquellos que se salvan por la penitencia, es Cristo: expongamos brevemente los misterios (sacramenta) de este número. En el Génesis leemos, hablando Abraham al Señor, que dijo que la ciudad debía ser salvada primero por cincuenta justos, si se hallaban en la ciudad. Y en Números está la celebérrima festividad de las siete semanas, esto es, Pentecostés. El Jubileo también, esto es, el año de la remisión, que se teje por siete semanas de años, esto es, cuarenta y nueve años, en el cual suenan las trompetas y vuelve a todos la antigua posesión, contiene este misterio. De donde también David escribe en el número cincuenta el Salmo de la penitencia. Leemos también en el mismo libro de los Números, que de la presa y los despojos, los sacerdotes reciben la quincuagésima cabeza, tanto de hombres como de bestias, y los levitas reciben la quincuagésima, que custodian las puertas del tabernáculo. Aquella parábola del Evangelio también (Lucas 7 y 16), en la cual se mencionan dos deudores, uno que debía quinientos denarios

y otro cincuenta, se refiere a este entendimiento. De donde también el Apóstol entre los efesios, a quienes había disuelto todas las cosas místicas, quiere permanecer hasta Pentecostés, para que se conviertan perfectamente al Señor, diciendo: Porque se me ha abierto una puerta grande y evidente, pero hay muchos adversarios (1 Cor 16, 9). Pero el diablo también imita al ejército israelita, sobre el cual Jetró había dado consejo de su género a Moisés, para que constituyera sobre el pueblo tribunos y centuriones y quincuagenarios (Éx 18). Por lo cual el impío rey (4 Reyes 1) envía dos quincuagenarios con los soldados sujetos a ellos para que trajeran a Elías: los cuales fueron consumidos por fuego divino. Pero el tercero de ellos se salva, el cual, habiéndose vuelto a las oraciones, había conocido los misterios de la penitencia. De donde también los judíos, no queriendo que el Señor sea perfecto ni el príncipe quincuagenario, le dicen: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? (Juan 8, 57). Y él, sabiendo que él era no solo el príncipe de los penitentes, sino también de los justos, respondió: Antes que Abraham fuera hecho, yo soy (ibíd., 58). Que el Señor es el Príncipe Quincuagenario lo podemos entender por una festividad, de la cual dice: El hijo del hombre es Señor del sábado (Mt 12, 8). Pues si del sábado, también de las calendas. Si de las calendas, también de la Pascua, esto es, de los Ázimos. Si de la Pascua, también del Jubileo. Si del Jubileo, también de los Tabernáculos. Si de los Tabernáculos, también de Pentecostés, que se refiere al número cincuenta.

Y al honorable de rostro, y al consejero. Por los dos, esto es, honorable de rostro y consejero, los LXX tradujeron uno solo: un hombre admirable consejero. Entre las demás gracias, el Señor quitará también esto de Judea, para que no tengan ningún consejero: sino que hagan todas las cosas sin consejo. Y es laudable y admirable aquella sentencia de los poetas griegos: «Primero es bienaventurado aquel que es sabio por sí mismo; segundo, aquel que oye al sabio». Pero aquel que carece de ambos, este es inútil, tanto para sí como para todos. De donde también leemos esto en nuestros libros: Sean muchos tus amigos, pero tu consejero uno entre mil (Eclo 6, 6). Y de nuevo: Haz todas las cosas con consejo (Prov 13, 10): y la prudencia te dará un admirable consejero. También se llaman consulta a los decretos del Senado, y los líderes romanos fueron una vez llamados cónsules, ya sea por consultar a los ciudadanos, o por regir todas las cosas con consejo. Y nosotros tenemos en la Iglesia nuestro senado, la asamblea de los presbíteros (presbyterorum). Cuando, por lo tanto, entre otras cosas, Judea haya perdido también a los ancianos, ¿cómo podrá tener consejo, que propiamente es de los ancianos?

Y al sabio arquitecto. En lugar de lo cual Aquila tradujo el más sabio de los artífices, para mostrar que ellos una vez tuvieron muchos artífices: como fue aquel Beseleel, hijo de Urí, hijo de Hur, de la tribu de Judá, a quien Dios llenó del espíritu de sabiduría, y de entendimiento, y de conocimiento, para que en toda obra fuera un artífice perfectísimo, no solo en oro y plata, sino también en

bronce, y en las demás cosas que Moisés enumera, el cual edificó el Tabernáculo de Dios (Éx 31). Al perder ellos a los arquitectos, toda la gracia de edificar se ha trasladado a la Iglesia. De donde el apóstol Pablo dice: Como sabio arquitecto puse el fundamento (1 Cor 3, 10). Y Jeremías era un arquitecto, que no solo arrancaba, y destruía, y perdía, sino que también edificaba (Jer 18): de donde el mismo Apóstol habla: Somos agricultura de Dios, edificación de Dios (1 Cor 3, 9). Nuestro Señor es también llamado constructor de vallados (structor maceriarum) (Ef 2). Y en el Evangelio se le moteja como el hijo del carpintero, a aquel que creó todas las cosas (Mt 13). También leemos en el libro de los Reyes que el rey Salomón envió y trajo a Hiram de Tiro, hijo de una mujer viuda, que era de la tribu de Neftalí, y tenía un padre tirio, artífice en bronce. Y entró al rey Salomón e hizo todas las obras para el rey Salomón: en lo cual hay un tipo de la Iglesia que ha de ser edificada, la cual fue engendrada no solo de la tribu de Judá, sino también de Neftalí, y de padre tirio, y tuvo una madre viuda; porque había perdido a su anterior marido (1 Re 7). Y mucho más numerosos son los hijos de la desolada que los de la que tiene marido (Is 15). Pero también leemos en el libro de las Crónicas del valle de los artífices: Seraías engendró a Joab, padre del valle de los artífices: pues allí había artífices (1 Cró 4, 14). De quienes se dice que habitan en el valle por esta razón, porque el conocimiento no los inflaba, sino que seguían al humilde y manso Jesús, y podían decir con el Apóstol: Porque yo soy el mínimo de los Apósto-

les, que no soy digno de ser llamado Apóstol (1 Cor 15, 9). Y en otro lugar: En parte conocemos, y en parte profetizamos, y ahora vemos por un espejo en enigma (1 Cor 13, 9. 12).

Y al prudente en el discurso místico. En lugar de lo cual los LXX interpretaron el prudente oyente; Teodoción, el prudente encantador; Aquila, el prudente susurrador; Símaco, el prudente en el discurso místico, a quien nosotros también hemos seguido en este lugar. Debe decirse primero, según los LXX, que entre las demás gracias espirituales, también un prudente oyente es necesario en la Iglesia. A otro se le da profecía; a otro, la discreción de espíritus (1 Cor 12, 10). De donde también estaban constituidos en el pueblo de los judíos grados sacerdotales que distinguieran entre profetas y pseudoprofetas: esto es, que entendieran quiénes hablaban por el Espíritu de Dios y quiénes por el contrario. Leamos a Jeremías. Pero el prudente en el discurso místico (Jer 14), o susurrador, y como quiso Teodoción, encantador, me parece ser un hombre erudito y ejercitado tanto en la Ley y los Profetas como en el Evangelio y los Apóstoles, que pueda sanar cada una de las perturbaciones del alma con su doctrina y reducirlas a un estado mental estable: mientras el fornicario recibe la castidad, y el glotón la frugalidad, y el que una vez fue avaro da limosna. Bielda todas las sinagogas de los judíos y no podrás encontrar ningún doctor que prescriba cosas santas y que, habiendo despreciado las riquezas, enseñe que debe seguirse la pobreza. Sobre tales encantadores contra las serpientes y los áspides,

esto es, contra los pecadores que han abandonado la justicia de Dios, hablaba David en el Salmo: Los pecadores se han enajenado desde el vientre; se han extraviado desde el vientre, han hablado mentiras. Su furor es según la semejanza de la serpiente: como la del áspid sordo que cierra sus oídos, que no oye la voz de los encantadores, ni del mago que medica sabiamente (Sal 58, 4 ss.). Todo discurso del Apóstol contra las serpientes y los áspides es un encantamiento, el cual no oyen los pecadores ni los herejes, porque cierran sus oídos para no oír la verdad.

(Vers. 4.) Y les daré niños por príncipes. Si se dice en persona del Profeta: Porque he aquí que el Dominador, el Señor de los ejércitos, quitará de Jerusalén y de Judá al valiente y a la valiente: todo el vigor del pan, y todo el vigor del agua, y lo demás: ¿cómo habla ahora el mismo profeta: Les daré niños por príncipes, y los afeminados dominarán sobre ellos? Por lo tanto, según la costumbre profética, mientras habla el Profeta, de repente Dios habla por el Profeta en su propia persona y dice: Les daré niños por príncipes: pues habiendo sido quitadas aquellas cosas que antes había dado, y que airado había quitado como si fueran bienes, ahora por el contrario daré males. Quité al anciano y al quincuagenario, y al admirable consejero, y al sabio arquitecto y al prudente oyente, etc. En lugar de estos daré niños por príncipes. Pues los que han perdido al anciano, tal como mostró el discurso anterior, y como Abraham fue el primero llamado anciano, rectamente reciben a jóvenes por príncipes (Gén 7).

Sobre los cuales también leemos en el Eclesiastés: ¡Ay de ti, ciudad, cuyo rey es un joven, y cuyos príncipes comen por la mañana! Bienaventurada la tierra cuyo rey es hijo de nobles (Ecl 10, 16). Tal fue el rey joven Roboam hijo de Salomón, que siguió los consejos de los jóvenes (3 Re 12). No porque fuera joven en edad, sino en sabiduría. De otro modo se narra que recibió el reino cuando tenía cuarenta y más años. Y por el contrario, Salomón tenía doce años cuando recibió el imperio, y porque tenía sabiduría, por eso no fue llamado joven. Pues había en él una latitud de corazón y una magnitud de sabiduría como la arena que está en las riberas del mar. De donde también el Apóstol escribe a Timoteo: Nadie desprecie tu juventud (1 Tim 4, 12). Pues el que es joven en edad, es anciano en madurez. And Daniel, según Teodoción, antes de juzgar fue llamado niño (Dan 13). Pero después que Dios excitó en él el espíritu y juzgó a los ancianos, recibió la dignidad del presbiterio (presbyterii). A Jeremías también, que había dicho al Señor que lo enviaba: Oh Señor Dominador: he aquí que no sé hablar, porque soy joven (Jer 1, 6), le respondió el Señor: No digas: soy joven; porque antes que te formara en el vientre te conocí, y antes que salieras del vientre de tu madre te santifiqué, y te puse por profeta entre las naciones. Por esta causa creo que incluso a las viudas jóvenes se les manda por el Apóstol (1 Tim 5) que tomen maridos, y sean madres de familia, y críen a sus hijos, porque muchas se han vuelto atrás tras Satanás. Y cuando se han vuelto lúbricas en Cristo, quieren casarse, teniendo con-

denación porque anularon su primera fe. Ni la viuda es sustentada con los alimentos eclesiásticos sino la que tiene sesenta años y tiene madurez de costumbres a la par que la edad. Piense alguno que también aquello que el Apóstol prohíbe (1 Tim 3), que el neófito sea hecho obispo, pertenece a esto, porque es pequeño en la fe, no sea que, elevado en soberbia, caiga en el juicio del diablo. Pero el juicio del diablo no es otro sino la soberbia, por la cual cayó de los cielos. De donde también el Salvador habla: Veía a Satanás caer del cielo como un relámpago (Lc 10, 18).

Y los afeminados dominarán sobre ellos. En lugar de lo cual en hebreo está escrito THALULIM, a quienes los LXX y Teodoción interpretaron como ilusionistas (burladores), Aquila como enallaktas, los que se mudan y practican los turnos de la torpeza. Tales como los que leemos en el libro de los Jueces sobre la concubina del levita en Gabaa (Jue 19). Consideremos a los Patriarcas de los judíos, y a los jóvenes o niños, y a los afeminados y abundantes en delicias, y veremos cumplida la profecía. Podemos llamar ilusionistas también a los maestros del pueblo de Israel, que devoran al pueblo de Dios como alimento de pan, e interpretan perversamente las Sagradas Escrituras y se burlan de la necedad de los discípulos.

(Vers. 5.) Y el pueblo se lanzará hombre contra hombre, cada cual contra su prójimo: el niño se amotinará contra el anciano, y el innoble contra el noble. Cuando los jóvenes sean príncipes, e ilusionistas del Señor, tales como describe el dis-

curso profético, entonces no se guardará ningún orden de dignidad, ni de edad, ni de conocimiento; sino que los niños se rebelarán contra los ancianos, y los innobles contra los nobles, y caerán mutuamente. Y se cumplirá aquello de los Apóstoles: Mordiéndoos unos a otros, sois consumidos los unos por los otros (Gál 5, 15). Josefo escribe (Libro 5 de la Guerra Judía) que estas cosas sucedieron al pueblo de los judíos bajo Tito hijo de Vespasiano: y que, cuando eran expugnados por los romanos, Jerusalén estuvo dividida en tres partes por la sedición: y unos ocuparon la fortaleza y el Templo, otros la parte inferior de la ciudad, y otros la superior.

(Vers. 6.) Porque el hombre asirá a su hermano, doméstico de su padre. diciendo: Tienes vestido, sé nuestro príncipe: y sea esta ruina bajo tu mano. En lugar de ruina, Símaco y Teodoción tradujeron enfermedad, los LXX alimento. Pero significa la escasez de hombres, y sobre todo la penuria de todas las cosas, de modo que aquel que tuviera alimento y vestido sería creído poderoso, y rico, e ínclito. Pero aquello que dice según el hebreo: Y sea esta ruina bajo tu mano, tiene este sentido: Que nuestra miseria y calamidad sea sustentada y protegida por tu auxilio. Y ha de considerarse esto, que cada uno elige para sí a sus propios príncipes, y en la elección de los príncipes hay sedición, mientras unos piensan que unos son dignos del principado, y otros piensan que otros. Y no les dicen: tus posesiones, y riquezas, y rentas podrán sustentarnos, sino que esta enfer-

medad, o mi alimento, será sanado y dependerá de tu arbitrio.

(Vers. 7.) Y responderá en aquel día, diciendo: No soy médico, y en mi casa no hay pan ni vestido; no me constituyáis príncipe del pueblo. En lugar de médico, Símaco y los LXX tradujeron príncipe: Teodoción, epidesmeuonta, el que liga las heridas y provee a la sanidad. Responderá no se encuentra en el hebreo, sino que fue añadido de los LXX. Pues en el hebreo se une a aquellas cosas que fueron escritas arriba: En aquel día dirá: No soy médico, y lo demás. Pero dirá esto aquel que haya sido elegido príncipe. Y así como el pueblo, que desea tener por príncipe a aquel que entiende ser más rico en comparación con ellos mismos, así el que es elegido, considerando su pobreza y su imbecilidad, atestigua que es indigno del honor que se le ofrece, ni puede sanar los vicios, esto es, curar a los languidecientes, dar alimento a los hambrientos, ni vestir a los desnudos, él que apenas puede sustentarse a sí mismo. Por lo tanto, no asintamos de inmediato al juicio de la multitud, sino que, elegidos para un principado, conozcamos nuestra medida y humillémonos bajo la potente mano de Dios: porque Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (1 Pe 5). Cuántos, no teniendo pan ni vestido, mientras ellos mismos están hambrientos y desnudos, y no tienen alimentos espirituales, ni han reservado íntegra la túnica de Cristo, prometen a otros tanto el sustento como el vestido, y estando llenos de heridas, se jactan de ser médicos; ni guardan aquello de Moisés: Provee a otro a quien envíes: y

aquel otro mandato: No busques ser hecho juez: no sea que tal vez no puedas quitar las iniquidades (Eclo 7, 6). Solo Jesús sana todos los lánguidos y las enfermedades, sobre quien está escrito: El que sana a los contritos de corazón y liga sus quebrantos (Sal 147, 3).

(Vers. 8, 9.) Porque Jerusalén está arruinada, y Judá ha caído: porque su lengua y sus invenciones son contra el Señor, para provocar los ojos de su majestad. El reconocimiento de su rostro les respondió: y pregonaron su pecado como Sodoma, y no lo escondieron. Esto lo dice el Profeta, no, como muchos piensan, aquel que había sido elegido príncipe. Y dice que por esta razón nadie quiere estar al frente de un pueblo pecador, porque tanto Judá como Jerusalén, tanto la ciudad como la provincia de Judea, o la tribu de Judá, han caído a la par. Y da las causas de su impiedad, porque blasfemaron contra el Señor y dijeron: Quita, quita, crucifica a tal hombre, no tenemos más rey que el César (Juan 19, 15, 16): y provocaron a amargura al clementísimo Señor por el furor de su lengua. El reconocimiento de su rostro les respondió: esto es, recibieron de vuelta sus propios pecados, o como tradujeron los Setenta: la confusión de su rostro se les opuso: esto es, tuvieron siempre ante sus ojos sus propios delitos. Y así como los sodomitas, pecando con toda libertad y no teniendo siquiera vergüenza alguna en su maldad, dijeron a Lot: Saca fuera a los hombres, para que nos acostemos con ellos (Gén 19, 5): así también estos, pregonando públicamente, predicaron su propio pecado, ni tuvieron ninguna vergüenza

al blasfemar. Pues es una segunda tabla tras el naufragio, y un consuelo de las miserias, esconder la propia impiedad. Por lo cual también son llamados príncipes de Sodoma, porque tuvieron pecados sodomíticos.

(Vers. 10, 11.) ¡Ay de su alma!, porque les han sido devueltos males. Decid al justo que bien, porque han comido el fruto de sus invenciones. ¡Ay del impío en el mal!, porque la retribución de sus manos se le hará a él. Según el hebreo y los demás Intérpretes tiene este sentido: Ay de ellos porque recibieron sus propios crímenes. Por lo cual vosotros que oís, o que leéis el libro del Profeta, alabad la justicia de Dios, porque ha obrado bien: porque los impíos han comido los trabajos de sus manos. Y ay del pueblo impío en el mal: pues recibió lo que merecía. Y quien entregó a su príncipe a la potestad romana, ese mismo está sujeto a la servidumbre romana. Según los Intérpretes LXX, en cambio, que dijeron: ¡Ay de su alma!, porque pensaron un consejo péssimo contra sí mismos, diciendo: Atemos al justo, porque nos es inútil: por lo tanto comerán los frutos de sus obras, se dice claramente sobre la pasión de Cristo, que iniciaron un consejo péssimo, no tanto contra el justo como contra sí mismos y su propia alma: y ahora comen los frutos de sus obras. Pues lo que el hombre sembrare, eso también segará (Gál 6, 7-8), y cada cual llevará su propia carga.

(Vers. 12.) A mi pueblo, sus exactores lo despojaron: y mujeres dominaron sobre ellos. En lugar de mujeres, que solo Símaco interpretó, y en he-

breo se dicen NASIM: Aquila y los LXX tradujeron apaitountas, que significa exactores: Teodoción daneistas, esto es, usureros. Habla, pues, el discurso profético contra los escribas y fariseos, que por causa de un lucro torpe, para recibir los diezmos y las primicias, negaron al Hijo de Dios. Y no los llama maestros, escribas y doctores, sino exactores (Lc 20), que piensan que el lucro es la piedad: y devoran, no según el Apóstol, solo las casas de las viudas, sino a todo el pueblo; y acusando su lujuria y su torpe conversación, no solo los llama exactores, de modo que parezca que exigen dinero a los que no quieren; sino mujeres: porque por causa de la libido hacen todas las cosas y están entregados a los placeres. Guardémonos, pues, también nosotros de ser exactores entre el pueblo; no sea que, según el impío Porfirio, las matronas y las mujeres sean nuestro senado, las cuales dominan en las Iglesias, y el favor de las mujeres juzgue sobre el grado sacerdotal.

(Vers. 13.) Pueblo mío, los que te dicen bienaventurado, ellos mismos te engañan, y disipan, o conturban, el camino de tus pasos. Había llamado a los escribas y fariseos "exactores", no maestros; y arriba "ilusionistas" (*illusores*), quienes por causa de los dones, que ciegan los ojos incluso de los sabios, no solo no corregían a los pecadores en el pueblo, sino que por las riquezas y ganancias los colmaban de alabanzas: llamándolos bienaventurados, y columnas de la casa de Dios, y lo demás que suelen decir los aduladores. Aquel es, pues, un doctor eclesiástico

(*doctor Ecclesiasticus*) que mueve a las lágrimas, no a la risa, que corrige a los pecadores, que a nadie llama bienaventurado, a nadie dice que es feliz; ni se anticipa a la sentencia de su Juez, diciendo la Sagrada Escritura (Eclo 11, 30): "No llames bienaventurado a hombre alguno antes de su muerte". Pero también en otro lugar leemos (Prov 27, 14): "Quien bendice a su amigo por la mañana a gran voz, en nada difiere de quien lo maldice". Por lo cual, despreciando los juicios de los hombres, ni seamos ensalzados por sus alabanzas, ni nos entristezcamos por sus detracciones: sino entremos en el camino recto, y por las sendas trilladas por los santos profetas: y oigamos al profeta Jeremías diciendo: "Paraos en los caminos, y ved: e interrogad por las sendas eternas del Señor, cuál sea el camino bueno: y andad por él" (Jer 6, 16). Que si alguna vez erráramos, y como hombres camináramos por un itinerario perverso, esperemos las promesas del Señor a través de Ezequiel que dice: "Les daré otro camino, y otro corazón" (Ez 36, 26). Pero los exactores pervirtieron y turbaron el camino del Señor: de modo que, teniendo la llave de la ciencia, ni ellos mismos entraban, ni permitían entrar al pueblo; sino que los hacían perder el camino de la verdad, que habla en el Evangelio: "Yo soy el camino, y la vida, y la verdad" (Jn 14, 6).

(Vers. 13, 14.) El Señor está en pie para juzgar: y está en pie para juzgar a los pueblos. El Señor vendrá a juicio con los ancianos de su pueblo, y con sus príncipes. El pueblo, que por simplicidad e impericia fue engañado, todavía es llamado

pueblo de Dios: y por eso es juzgado, para que sea salvado. Ni se sienta el Señor en hábito de quien juzga, como leemos en Daniel: "Los tronos fueron puestos, y los libros fueron abiertos" (Dan 7, 9): sino que está en pie para juzgar: y está en pie para que el pueblo juzgue, queriendo que estén en pie aquellos cuyo camino había sido disipado. Contra los príncipes, pues, y los presbíteros de su pueblo viene a juicio, no para juzgar, sino para ser juzgado a la par: dándoles lugar de defensa, si pudieran tener algo que responder, según aquello que se dice en el salmo quincuagésimo: "Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fueris juzgado" (Sal 50, 6). En el profeta Miqueas también leemos algo semejante (Cap. 6), que interpretamos en su lugar. Por tanto, el presente pasaje se entiende contra los fariseos y *deuterotas* (*Δευτερωτὰς*). Entre los ancianos, pues, y los príncipes, pienso que hubo en el antiguo pueblo lo mismo que ahora hay entre los presbíteros y los obispos.

Porque vosotros habéis devorado mi viña; la rapiña del pobre está en vuestra casa. ¿Por qué quebrantáis a mi pueblo, y ablandáis, o trituráis, las caras de los pobres?", y como interpretaron los LXX, "los confundís". Conserva la costumbre profética de cambiar repentinamente de personas: pues arriba el mismo Señor había dicho: "Pueblo mío, los que te dicen bienaventurado, ellos mismos te engañan"; y después el Profeta había añadido: "El Señor está en pie para juzgar: el Señor vendrá al juicio". Por tanto, después del profeta, el mismo Señor, que había venido al juicio con los

ancianos de su pueblo y sus príncipes, les habla y corrige a los delincuentes: "¿Por qué devoráis mi viña?", sobre la cual está escrito: "Trasladaste una viña de Egipto" (Sal 79, 9). Y en este mismo profeta: "La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel" (Is 5, 7). A esta viña también el Señor en el Evangelio la puso con unos labradores pésimos, que mataron al hijo del padre de familia enviado a ellos (Mt 21). "La rapiña", dice, "del pobre está en vuestras casas". Entiende "al pobre" o bien simplemente, como quien necesita limosna: o ciertamente como "pobre de espíritu", de quien está escrito: "Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre" (Sal 40, 1). Y el Apóstol Pablo: "Tan solo", dice, "que fuéramos memoriosos de los pobres" (Gál 2, 10). Y lo que sigue: "¿Por qué quebrantáis a mi pueblo, y ablandáis, o confundís, las caras de los pobres?", se dice manifiestamente a los príncipes de los judíos. Pero también puede referirse a nuestros príncipes, si quebrantan a la plebe que les está sujeta, y arguyen y confunden públicamente a los pobres delincuentes, mientras que a los ricos que pecan peor no se atreven ni a decirles "mu". Y la rapiña de los pobres está en sus casas cuando llenan sus tesoros y abusan de las riquezas de la Iglesia en delicias, y o bien se reservan para sí, o distribuyen a sus parientes, las colectas públicas que fueron dadas para el sustento de los pobres, y hacen de la indigencia ajena las riquezas propias y de los suyos.

(Vers. 15.) Y dijo el Señor: por cuanto se han ensoberbecido las hijas de Sión, y han caminado

con el cuello erguido, e iban con señas de los ojos, y daban palmadas, y caminaban, y con sus pies avanzaban con paso compuesto. Arriba, tanto el profeta como el Señor habían corregido tanto al pueblo como a los príncipes; ahora el discurso profético se vuelve hacia las mujeres de las cuales antes había dicho: "Y mujeres dominaron sobre ellos", para que no se consideren ajenas al crimen, por cuyas delicias y lujuria los exactores han devorado la viña del Señor: y la rapiña del pobre está en sus casas, y quebrantaron a su pueblo, y confundieron las caras de los pobres. A las cuales algunos piensan que son verdaderamente mujeres de los judíos; otros consideran que se dice metafóricamente de las ciudades de Judea, que son llamadas hijas de Sión: a saber, las ciudades menores, aldeas y fortalezas. Por lo cual también en el libro de Josué se ponen por cada tribu los nombres de las ciudades (Jos 15), y después se describen las villas y los castros, y son llamadas hijas. Otros, según la tropología, consideran que las mujeres son las almas, las cuales, si caminaren con el cuello erguido y se elevaren en soberbia, y no hubieren seguido la dureza varonil sino la disolución de las mujeres, sean corregidas por el discurso profético, y pierdan todos los ornamentos de las virtudes, que se describen bajo las lúnulas (*lunulae*), los collares (*torques*), los brazaletes (*monilia* y *armillae*), las mitras (*mitrae*), los pasadores (*discriminalia*) y otros de esta clase. Hay que servirse de este testimonio también contra las mujeres de la Iglesia, que caminan con el cuello erguido, y hablan con

señas de los ojos, y dan palmadas tanto con las manos como con los pies, y para que avancen con paso compuesto, no siguen a la naturaleza como guía, sino que contratan a actores como preceptores.

(Vers. 16.) El Señor dejará calva la coronilla de las hijas de Sión, y desnudará su cabello, e ignominia habrá por adorno. Esto nos sucederá también a nosotros cuyos pecados están ocultos, cuando se cumpliere aquello que está escrito: "Nada hay oculto que no haya de ser revelado" (Lc 8, 17). Pues mientras somos protegidos por el cabello, y por el vestido de la ignorancia, y los hombres nos consideran "sepulcros blanqueados" (Mt 23), que por dentro estamos llenos de huesos de muertos, parecemos tener algo de limpieza. Mas cuando se hiciere patente lo que está oculto, se quitará toda la cabellera, y una torpe calvicie aparecerá a todos.

(Vers. 17.) En aquel día quitará el Señor el adorno de los calzados. ¿En qué día? Los judíos consideran que en el de la cautividad babilónica. Nosotros demostramos que es más verdaderamente cuando fueron capturados por los romanos, y perdieron todos los ornamentos de los vestidos y de las gemas, y del oro y de los collares, y diversos ajuares. O, por la metáfora de las mujeres, se narra que todo el ornato de las ciudades ha sido destruido. Entiende los ornamentos de las ciudades en las plazas y pórticos, en el foro y los gimnasios, y en los muros públicos. Los cuales, si los referimos al estado de las almas, recordemos haber leído sobre los pies calzados de aquel que

va a comer las carnes del cordero y a celebrar la Pascua, y que para los que pasaban por la soledad ni los vestidos ni los calzados se consumieron. ¿Qué son estos calzados? Aquellos sobre los que el Apóstol escribe a los Efesios: "Calzados los pies con la preparación del Evangelio de la paz" (Ef 6, 15). Estos calzados las almas están a punto de perder cuando caminen con el cuello erguido, y arrastren los vestidos con los pies, y en lugar de la limpieza matronal, barran la suciedad de la tierra.

(Vers. 18-21.) Y las lúnulas (*lunulae*), y los collares (*torques*), y los brazaletes (*monilia*), y las armillas (*armillae*), y las mitras (*mitrae*), y los pasadores (*discriminalia*), y las periscelidas (*periscelides*), y las murenulas (*murenulae*), y los pomos de olor (*olfactoriola*), y los pendientes (*inaures*), y los anillos (*annuli*) y las gemas que cuelgan en la frente. Describe los collares de las mujeres, y a través de estos las insignias de las ciudades: o según la anagogía, los ornamentos de las diversas virtudes. Tienen las mujeres unas burbujitas que cuelgan a semejanza de la luna, las cuales nosotros trasladamos a los ornamentos de la Iglesia, que es iluminada por el sol de justicia. También los collares, que colgando hasta el pecho, demuestran la inteligencia y el "principio rector" (*principale* / *ἡγεμονικὸν*) de la mente en el corazón. Y "monilia", que en una sola palabra significa todos los ornamentos: y de las "armillae" las buenas obras; tales como Rebeca recibió en sus esponsales (Gén 24): y las mitras, ornamentos de la cabeza; los pasadores

(*discriminalia*), para que tenga juicio de cada una de las cosas: y las periscelidas, con las que nuestro paso es adornado, para que oigamos: "Tu pie no tropezará" (Sal 90); y: "Librará mis pies de la caída" (Sal 55); y las murenulas, que son tejidas con varillas de oro y de plata, a saber, por el sentido y los discursos de las Escrituras: y los pomos de olor (*olfactoriola*), para que seamos el buen olor de Cristo (2 Cor 2, 15); y los pendientes (*inaures*), para que no oigamos el juicio de la sangre, sino las palabras del Señor que dice: "Quien tiene oídos para oír, que oiga" (Lc 8, 18): y los anillos, con los que somos sellados para la milicia del Señor, a quien Dios Padre selló. Por lo cual se dice al príncipe de Tiro: "Tú eres el sello de la semejanza" (Ez 28, 12). El hijo pródigo también recibió un anillo con la estola (Lc 15), y calzados, y gemas que cuelgan en la frente, con las que nuestros rostros son decorados. Sobre el ornamento de cuya cabeza también leemos en el salmo: "Como el ungüento en la cabeza, que desciende a la barba, la barba de Aarón" (Sal 132, 1). Todas estas cosas, aunque los Intérpretes LXX, Aquila, y Símaco, y Teodoción las interpreten de diversos modos, nosotros, como pudimos, las hemos tejido o bien del hebreo, o bien de la traducción de ellos: ni queremos demorarnos más en cada una, para que no sea frívola la exposición y cause fastidio al lector prudente.

(Vers. 22.) Y las mudas de ropa, y los mantos, y los lienzos. En lugar de "lienzos", los LXX interpretaron "lacónicos transparentes", queriendo significar vestiduras finísimas con las que se cu-

brían los cuerpos de los lacedemonios, quienes fueron muy prestos para las guerras y de una vida más austera: aunque "lacónico" ni está en el hebreo, ni en ningún otro de los intérpretes. Pero las "mudas de ropa" y los "mantos", que Símaco tradujo con más significado como *anabolaia* (*ἀναβολαια*), son ornamentos de las vestiduras mujeriles con los que se protegen los hombros y los pechos. Según la anagogía, las "mudas de ropa" son aquellas de las que se dice: "Irán de virtud en virtud" (Sal 83, 8): y los "lienzos", para que lavados en el Señor disfrutemos de las delicias, según aquello que está escrito en los Salmos: "Los abrevarás con el torrente de tu placer" (Sal 35, 9). Todas estas cosas perdieron las hijas de Sión porque caminaron con el cuello erguido, y con señas de los ojos mostraron soberbia: pensando que lo que tenían era de su propia potencia, y no de la gracia del Señor.

(Vers. 23.) Y los alfileres, y los espejos, y las sidonas (*sindones*), y las vendas, y los mantoncillos de verano (*theristra*). Tienen las mujeres alfileres con los que se retiene la composición de los cabellos adornados, para que no fluyan con demasiada soltura y se disipen en cabellos esparcidos. Tienen también espejos, en los que consideran su rostro, y si vieren que algo falta, lo añaden al ornato. Tienen sidonas (*sindones*), que se llaman "amictoria": y vendas, con las que se ligan los cabellos, a las que llaman "tainias" (*ταινίας*). Tienen también "theristra", que nosotros podemos llamar mantos: con lo cual también se envolvió Rebeca. Y hoy también se cubren

las mujeres de Arabia y Mesopotamia: que en hebreo se dicen ARDIDIM, en griego *theristra*: por el hecho de que en el *therei* (*θάρει*), esto es, en el verano y el calor, protegen los cuerpos de las mujeres. Las hijas de Sión, pues, por causa de su soberbia perdieron los alfileres, con los que se apretaba la regla de todos los preceptos. Perdieron los espejos, que ofrecieron en el Éxodo las mujeres que permanecían en las puertas del tabernáculo para fabricar la fuente del Señor (Éx 38): sobre los cuales también hablaba el apóstol Pablo: "Vemos ahora por un espejo en enigma" (1 Cor 13, 12). Perdieron las sidonas y las vendas con las que cubrían los hombros y constreñían el ánimo que fluía hacia aquí y hacia allá: y los "theristra", con los que se cubrían con un sombreado segurísimo en los calores. Decimos esto para que no parezca que huimos totalmente de la tropología de este lugar. Por lo demás, es de un trabajo máximo demorarse en cada cosa y buscar una explicación dilatada.

(Vers. 24.) Y habrá, en lugar de suave olor, hedor: y en lugar de zona, un cordel. El penitente dice que los pecados huelen mal: "Se pudrieron y se corrompieron mis cicatrices a causa de mi insipiencia" (Sal 37, 6). El Apóstol mandó ceñir los lomos con una zona, diciendo: "Estad ceñidos vuestros lomos en la verdad" (Ef 6, 14). Y sobre el pecador leemos: "Cada uno es constreñido por las cuerdas de sus pecados" (Prov 5, 22). Por tanto, en lugar del buen olor de las virtudes, las hijas de Sión tendrán la podredumbre de los pecados: y en lugar del cíngulo de la verdad, serán ligadas

con los cordeles de la mentira, los cuales tuvieron sobre sus cabezas quienes con harapos y suciedades suplicaban por su vida al rey de Siria.

(Vers. 24.) Y en lugar de faja pectoral, un cilicio. En lugar de faja pectoral, que interpretó Símaco, los LXX tradujeron "túnica bordada de púrpura" (*mesoporphyran*), esto es, listada de púrpura: lo cual Aquila expresó como "cíngulo de exultación". Teodoción puso la misma palabra hebrea PHTHIGIL (*pethigil*), que es un género de ornamento mujeril. La faja cubre el pecho, y posee aquel lugar en las mujeres que el Racional (*Rationale* / *Urim y Thummim*) tiene en los Pontífices. Sobre esta faja pectoral también Jeremías decía en discurso místico: "¿Acaso puede la esposa olvidarse de su ornato, o la virgen de su faja pectoral? y yo me olvidaré de ti, dice el Señor" (Jer 2, 32). La virgen, tal como el Apóstol desea presentarnos a Cristo (2 Cor 11), mientras no es corrompida en Egipto, ni son quebrados sus pechos, que están ligados por la faja pectoral, se une al esposo: y aunque diariamente genere hijos de las virtudes, de ninguna manera deja de ser virgen. Pero si alguna vez hubiere abierto sus pies a todo transeúnte, y hubiere seguido a sus amantes: y según el vaticinio de Oseas, el Señor hubiere cercado sus caminos e intercluido sus sendas, volverá a su marido primero, y oirá: "Quítate los vestidos de luto, y vístete con los vestidos de tu gloria" (Os 2).

(Vers. 25.) También tus hombres hermosísimos caerán a espada: y tus fuertes en la batalla. En lugar de hombres hermosísimos, los LXX in-

terpretaron: "y tu hijo hermosísimo, al que amas, caerá a espada". Lo cual si entendemos sobre el estado del alma, que después de las virtudes pecare, tomemos a su "hijo hermísimo" como las buenas obras, que cayeron por la espada hostil: y que los "fuertes" también han perecido en la batalla, porque "la justicia del justo no lo librará en cualquier día que errare" (Ez 33, 12). Mas si seguimos la historia, seremos enseñados por estos discursos que el discurso del profeta no es sobre las mujeres, cuyos maridos cayeron en la batalla; sino sobre las ciudades de Judea, a las cuales llamó hijas de Sión, y cuyos guerreros cayeron en el certamen. Finalmente, sobre la misma Sión habla el siguiente versículo.

(Vers. 26.) Y gemirán y lamentarán sus puertas, y la misma ciudad desolada se sentará en tierra. Lo cual hasta el día de hoy percibimos con los ojos. Fácil es la interpretación según la tropología: que quienquiera que diere lugar al diablo, y no guardare su corazón con toda custodia, lamenten sus puertas: y ausente el esposo, esté siempre en luto, y cayendo de lo excelso, se siente en el polvo de la tierra.

(Cap. IV.---Vers. 1.) Y aprehenderán siete mujeres a un hombre solo en aquel día, diciendo: Nuestro pan comeremos, y con nuestros vestidos nos cubriremos, tan solo sea invocado tu nombre sobre nosotras: quita nuestro oprobio. Cuando los hermosísimos de la ciudad de Jerusalén hubieren caído a espada, y los fuertes hubieren perecido en la batalla; y hubieren gemido y lamentado sus puertas; y ella misma hubiere

sido desolada por la excesiva rareza de hombres, muertos los guerreros, siete mujeres aprehenderán a un hombre solo, deseando tener simiente en Sión, y domésticos en Jerusalén: diciendo que ellas tienen comida y vestido: tan solo para que no parezca que están sin marido, y subyacer a aquella maldición que está escrita: "Maldita la estéril, y la que no hace simiente en Israel" (Dt 7). Zacarías también concuerda con este sentido: "En aquellos días aprehenderán diez hombres de todas las lenguas de las gentes la orla de un hombre judío diciendo: Iremos con vosotros, pues hemos oído que Dios está con vosotros" (Zac 8, 23). El número septenario y el denario, por causa del sábado y de los diez preceptos de la ley, es familiar a los judíos: y por eso frecuentemente abusan de esto: aunque según la ambigüedad del discurso hebreo, que interpreta la palabra SABA (*sheba*) ahora como "siete", ahora como "muchos", ahora como "juramento", pueda en este lugar no significar "siete" sino "muchos". Esto según la letra. Por lo demás, en el advenimiento del Señor Salvador, siete mujeres, esto es, las siete gracias del Espíritu Santo, de las cuales en lo que sigue el mismo Profeta ha de decir: "Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una flor de su raíz subirá: y descansará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad: y lo llenará el espíritu del temor del Señor" (Is 11, 1, 2); aprehenderán a Jesús, a quien por mucho tiempo habían deseado, porque a ningún otro habían podido encontrar en quien descansaran en

eterna mansión. Por lo cual también Juan el Bautista refiere en el Evangelio: "Y el que me envió, él mismo me dijo: Sobre quien vieres al Espíritu Santo descendiendo y permaneciendo en él, ese es" (Jn 1, 33).

(Vers. 2, 3.) En aquel día será el germen del Señor en magnificencia y en gloria: y el fruto de la tierra sublime, y exultación para aquellos que hubieren sido salvados de Israel. Y será que todo el que hubiere quedado en Sión, y el residuo en Jerusalén, será llamado santo, todo el que está escrito en la vida en Jerusalén. Cuando las hijas de Sión por causa de la soberbia hubieren perdido todo el ornato: y hubieren gemido y lamentado sus puertas, y ella misma desolada hubiere caído, y todos sus guerreros hubieren perecido en la batalla, en tanto que muchas mujeres apenas puedan tener un hombre: entonces brotará el germen del nombre cristiano, "y la tierra dará su fruto": y habrá exultación para aquellos que de Israel hubieren sido salvados, de los cuales también arriba se dijo: "Si el Señor de los ejércitos no nos hubiese dejado una simiente, seríamos como Sodoma, y habríamos sido semejantes a Gomorra" (Is 1, 9). Y nota que no todo Israel se salva, sino las reliquias del pueblo de Sión, y el residuo en Jerusalén: todo el que está escrito en la vida en Jerusalén, a quienes también el Señor hablaba: "Alegraos, porque vuestros nombres están escritos en los cielos" (Lc 10, 20). Significa, pues, a los Apóstoles y a los que por los Apóstoles creyeron.

(Vers. 4.) Cuando el Señor hubiere lavado las suciedades de las hijas de Sión, y hubiere lavado

la sangre de Jerusalén de medio de ella en espíritu de juicio y espíritu de combustión. Entonces se salvarán las reliquias de Israel, cuando en el bautismo del Salvador les fueren perdonados los pecados, y lavada aquella sangre que el pueblo errante imprecó sobre sí: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos (Mt 27, 25). Por lo cual arriba leímos: Cuando extendiereis las manos, no os escucharé: pues vuestras manos están llenas de sangre (Is 1, 15. 16). Y después, provocándolos a la penitencia, añade: Lavaos, sed limpios. And nota que lavó las suciedades de las hijas de Sión con espíritu de juicio, mas la sangre de Jerusalén, con espíritu de combustión. Pues lo que es leve, se lava: lo que es más grave, se quema. Sobre este espíritu de juicio, y espíritu de combustión, hablaba Juan el Bautista en el Evangelio: Yo os bautizo en agua, pero el que viene tras de mí, él os bautizará en el Espíritu Santo, y en fuego (Mt 3, 11). De lo cual aprendemos que el hombre solo atribuye el agua: mas Dios el Espíritu Santo, con el cual tanto se lavan las suciedades, como se purgan los pecados de sangre.

(Vers. 5.) Y creará el Señor sobre todo lugar del monte Sión, y donde fuere invocado, una nube por el día, y humo y esplendor de fuego llameante en la noche. En Cristo, pues, hay una nueva criatura, de la cual en otra parte leemos: Las cosas viejas pasaron: he aquí que todas han sido hechas nuevas (2 Cor 5, 17). En lugar de lo cual los LXX tradujeron: Y vendrá, y será todo lugar del monte Sión, y todas las cosas que están en su circuito, las protegerá una nube por el día, y la luz de un fuego

llameante en la noche. ¿Quién, pues, vendrá sino aquel de quien está escrito: Vendrá de Sión el que libre (Is 59, 20, según los LXX)? Y de quien otro profeta conmemora: Todavía un poco, un poquito, el que ha de venir vendrá, y no tardará (Hab 2, 3). Cuando él viniere, se le devolverá al pueblo la felicidad prístina que alguna vez tuvieron en el yermo; precediéndolos el Señor por el día en una columna de nube, y por la noche en una columna de fuego (Ex 13): para que ni en las cosas prósperas, ni en las adversas, sean alguna vez turbados. Lo cual también se dice en el salmo: Por el día el sol no te quemará, ni la luna por la noche (Sal 120, 6). Mas el humo en este lugar no significa el error y la ignorancia, sino la gloria, según aquello que en este mismo profeta, según la opinión de algunos, hemos de leer (Infra c. 6): Y la casa fue llena de humo. Y en Joel, sobre la gracia del Espíritu Santo que descendió sobre los apóstoles, se dice: Derramaré de mi espíritu, y profetizarán (Jl 2). Y: Daré prodigios en el cielo arriba, y señales en la tierra abajo, sangre y fuego y vapor de humo (Hch 2, 17). Pienso que eso mismo significa también aquello de los Salmos: El que toca los montes, y humearán (Sal 103, 32).

(Vers. 6.) Mas sobre toda gloria habrá protección. Y habrá un tabernáculo para sombra del día contra el calor, y para seguridad, y para escondite contra el torbellino y contra la lluvia. Los judíos refieren este lugar al Anticristo, a quien estiman que se significa por el torbellino y la tempestad, cuando el Señor los ha de defender de un poderosísimo adversario. Mas nosotros refiramos todo

al primer advenimiento de Cristo, de quien también leemos en los salmos: Me protegió en lo escondido de su tabernáculo: sobre piedra me exaltó (Sal 26, 9. 10): sobre la cual, fundada la Iglesia, no es sacudida por ninguna tempestad, ni subvertida por ningún torbellino y vientos. Muchísimos de los judíos entienden tanto esto como todo lo que a esto se asocia sobre la cautividad babilónica y el regreso a Jerusalén bajo Zorobabel y Esdras y Nehemías.

(Cap. V.---Vers. 1.) Cantaré ahora a mi amado el cántico de mi primo, sobre su viña. Canta el profeta un canto lamentable al pueblo de Israel, que compuso aquel de quien está escrito en el Evangelio: Cuando la hubo visto (sin duda Jerusalén), lloró sobre ella, y dijo: Si conocieses también tú lo que es para tu paz, porque vendrán días sobre ti, y te rodearán tus enemigos con trincheras, y te cercarán, y te derribarán a ti y a tus hijos (Lc 19, 41 ss.). Y de nuevo: ¿Cuántas veces quise congregar a tus hijos, como la gallina congrega a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste? He aquí que se os dejará vuestra casa desierta (Mt 23, 37. 38): a lo cual es semejante esto que ahora se dice en este cántico: Abandonaré mi viña. Mas que Cristo sea llamado amado y carísimo, a quien Aquila interpretó patradelphon, tío, o primo, nos lo enseña la inscripción del salmo cuadragésimo cuarto: Cántico por el amado. Y la voz de Dios Padre en el Evangelio: Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido (Mt 3, 17). Y en el salmo sexagésimo séptimo leemos: El Señor dará la palabra a las que evangelizan con gran virtud. El

Rey de las virtudes del amado (Sal 67, 12. 13). Este amado, pues, hizo un canto lúgubre a su viña, el cual yo cantaré a mi pueblo amado y miserable. O ciertamente debe entenderse así: Cantaré al Omnipotente Dios Padre el cántico de Cristo, que es mi primo, esto es, generado de la misma estirpe conmigo. Mas que el pueblo de Israel sea llamado viña de Dios, lo leemos también al fin de este cántico: La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel, y el varón de Judá su germen laudable. Y en el salmo septuagésimo noveno (Vers. 9): Trasladaste una viña de Egipto, echaste fuera a las gentes, y la plantaste. En el Evangelio también, casi con las mismas palabras con que el Profeta ahora habla, el Señor tejió la parábola: Un hombre era padre de familia, el cual plantó una viña, y la rodeó con una cerca: y cavó en ella un lagar, y edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, etc. (Mt 21, 33). Y en Jeremías leemos: Yo te planté como viña fructífera.

Una viña fue hecha para mi amado en un cuerno, hijo de aceite. Esto, según el hebreo, lo tradujeron Teodoción y Aquila: mas Símaco, según su costumbre, más manifiestamente: Una viña fue hecha para mi amado en un cuerno en medio de los olivares. Por lo demás, los LXX interpretaron más el sentido que la palabra: Una viña fue hecha para mi amado en un cuerno, en lugar pingüe, o ubérrimo, pues pion significa ambas cosas. Y en verdad nada hay más pingüe que la Tierra de la Promisión, si no consideras solo los montes y los desiertos, sino toda su latitud, desde el río de Egipto hasta el gran río Éufrates hacia

el Oriente: y hacia la plaga septentrional hasta el monte Tauro y el Cefirio de Cilicia: que domina el mar. Mas que el cuerno significa el reino, y la potencia, a menudo lo leemos, como es aquello del Evangelio: Suscitó un cuerno de salvación para nosotros en la casa de su siervo David (Lc 1, 69). Y: En ti aventaremos a nuestros enemigos con el cuerno (Sal 43, 6). Y en Zacarías cuatro cuernos demuestran cuatro poderosísimos reinos (Zac 1). Los hebreos explican este lugar así: La viña para Cristo fue plantada en un cuerno, esto es, en lugar fuerte y sublime, que se llama hijo de aceite, o porque necesite de la misericordia de Dios y se sustente con su auxilio: o porque ofreció a todas las naciones la clara luz del conocimiento de Dios.

(Vers. 2.) Y la cercó, y eligió de ella las piedras, y plantó la viña Sorec, y edificó una torre en medio de ella, y construyó un lagar en ella. Por metáfora, como dijimos antes, de la viña, describe al pueblo de los judíos, al cual cercó con el auxilio de los ángeles. Y eligió de él las piedras, o los ídolos, o todas las cosas que podían impedir el culto de Dios. Y la plantó como viña Sorec, la cual solo Símaco interpretó como elegida, no expresando palabra por palabra, según me parece, sino el sentido que se contiene en la palabra. Dicen, pues, los hebreos que Sorec es un género de vid óptima, que produce frutos ubérrimos y perpetuos. Finalmente, Sorec es interpretado por algunos como kallikarpos: lo cual nosotros podemos verter como frutos hermosísimos. Edificó también una torre en medio de ella, a saber, el templo en medio de la ciudad: y construyó un

lagar en ella, que algunos piensan que se significa el altar. Pues así como al lagar son llevadas y pisadas todas las uvas para que de ellas se extraiga el vino, así el altar recibe los frutos de todo el pueblo, y devora las hostias inmoladas; según aquello que de Benjamín, en cuya tribu estuvo el templo y el altar, leemos: Benjamín lobo rapaz, por la mañana comerá: y por la tarde dará comida (Gén 49, 27). Todo lo que se dice de la viña puede referirse también al estado del alma humana, la cual, plantada por Dios para el bien, no produjo uvas, sino labruscas; y después sea entregada a las bestias para ser conculcada: ni reciba la lluvia divina de las doctrinas, porque despreció los dones pasados.

Y esperé a que hiciese uvas, e hizo labruscas. En lugar de labruscas, que nosotros vertimos, en el hebreo está escrito BUSIM: lo cual Aquila interpretó saprias, esto es, frutos pésimos; Símaco atele, esto es, imperfectos; los LXX y Teodoción espinas, con las cuales los judíos coronaron al Señor. Pues esperando él que al tiempo de la vendimia llevasen uvas a los lagares, por los cuales el salmo octavo y el octogésimo tercero tienen títulos, estos, sumergiéndose en los cuidados y vicios del siglo, que en el Evangelio (Mc 4) se interpretan como espinas, ofrecieron los aguijones de las blasfemias. Pienso, pues, que es mejor que Busim se entienda como labruscas que como espinas, para que se conserve la similitud de la traducción comenzada. Por lo cual también el Salvador dice en el Evangelio: ¿Acaso recogen de las espinas uvas, o de los abrojos higos? (Mt 7, 16).

(Vers. 3, 4.) Ahora, pues, habitantes de Jerusalén, y varones de Judá, juzgad entre mí y mi viña: ¿qué es lo que debí hacer de más a mi viña y no le haya hecho? ¿Acaso que esperé a que hiciese uvas, e hizo labruscas? Hice, dice, todo lo que debí: planté la viña en lugar ubérrimo, la rodeé de una cerca, elegí las piedras, y levanté sus sarmientos con estacas y cañas: la vid misma no fue una de tantas, sino elegida y kallikarpos. Edificó también una torre en medio de ella, a saber, el templo en medio de la ciudad: y construyó un lagar en ella, que algunos piensan que se significa el altar. Construyó un lagar, para que en ese mismo lugar principalmente se pisasen las uvas y vertiesen el vino. Puesto que hice estas cosas, las cuales debí hacer, respóndanme los habitantes de Jerusalén y de Judá: más bien, juzguen entre mí y mi viña, ¿qué es lo que debí hacer, y no haya hecho? Y callando ellos, él mismo se responde: Si no es que acaso erré en esto, en que por mi labor esperé que hiciese uvas, no labruscas, las cuales la viña inculta y desierta suele producir. Algo tal habla también el profeta Natán enviado a David (2 Sam 12), y lo interroga por una parábola, para que mientras juzga de otro, de sí mismo profiera la sentencia. Así pues, también aquí el pueblo es interrogado casi sobre la viña, para que contra sí mismo responda. Este lugar en el Evangelio lo ejecuta más plenamente el Salvador (Mt 21), y lo que aquí se ha pasado por alto, interroga a los escribas y fariseos. En Isaías, pues, nada se ha dicho de los labradores, ni se indica qué han de padecer; sino que solo se habla de la viña: allí, en cambio,

como si una fuese la viña y otros los labradores, así habla del pueblo y de los maestros, para que a los malos malamente los pierda, y arriende la viña a otros labradores; significando a los apóstoles y a los que a los apóstoles han de suceder. Ni verdaderamente hay tautología, como muchísimos estiman en aquello que dice: ¿Acaso que esperé a que hiciese uvas, e hizo labruscas? Pues arriba habla tácito para sí, mas aquí lo que había pensado lo interroga a otros.

(Vers. 5, 6.) Y ahora os mostraré qué haré yo a mi viña: Quitaré su seto, y será para rapiña: derribaré su cerca, y será para conculcación. Y la pondré desierta; no será podada, ni será cavada: y subirán sobre ella zarzas y espinas. Os provoqué arriba, oh habitantes de Jerusalén, y varones de la tribu de Judá, para que juzgaseis entre mí y mi viña, e interrogué para que dijeseis qué debí haber hecho que no haya hecho. Y puesto que según la parábola evangélica no queréis responder a lo que pregunto, yo me responderé a mí mismo por vosotros, indicando qué he de hacer: Puesto que hice a mi viña todo lo que debí, y en lugar de uvas produjo labruscas, quitaré todo lo que había dado. Quitaré los auxilios de los ángeles, de los cuales en los salmos está escrito: El ángel del Señor acampa en derredor de los que le temen, y los librará (Sal 33, 8): y será rapiñada por los adversarios. Destruiré los muros, y subyacerá a las naciones enemigas, y será desierta y no será podada eternamente, ni será cavada, para que se convierta en zarzas: y subirán en ella espinas. Estas cosas, pues, bajo la metáfora de la viña, se dicen sobre

la soledad de Jerusalén y de Judea, lo cual muchísimos de los judíos piensan que sucedió bajo los babilonios: lo cual también nosotros en parte no podemos negar que se haya hecho. Pero puesto que sigue: Y a las nubes mandaré que no lluevan sobre ella lluvia, esto en aquella cautividad no puede entenderse. Puesto que también Jeremías, tomada ya la ciudad, profetizó en el pueblo: y Ezequiel, Daniel también y los tres niños, se narra que o profetizaron, o hicieron también señales admirables en la cautividad: y después Ageo y Zacarías dijeron cosas futuras para consolación del pueblo que servía. Mas se quita el auxilio de Dios de aquellos que son indignos: para que, ya que no habían sentido a Dios por los beneficios, lo sientan por los suplicios. O por eso conmina algunas cosas truculentas y ásperas, para que convertidos a la penitencia, eviten los tormentos inminentes. La palabra hebrea SAITH () todos con voz similar la interpretaron como espinas. Si pues Saith en el presente lugar se dicen espinas según Aquila y Teodoción y los LXX, respondan cómo arriba leyeron Busim labruscas. Y a las nubes mandaré que no lluevan sobre ella lluvia. Estas son las nubes que sacó el Señor del extremo de la tierra, de las cuales también leemos en el salmo: Tu verdad llega hasta las nubes (Sal 35, 6). Estas nubes, puesto que bajo Elías todos eran idólatras, por tres años y seis meses no llovieron sobre la tierra de Israel (1 Rey 18). Lo cual ciertamente no solo de los profetas, sino de los apóstoles podemos entenderlo: que después de la pasión del Señor, ni profetas, ni apóstoles tuvieron los judíos, para

que no en lugar de uvas produjesen espinas, sino que por su esterilidad y aridez suplicasen a aquel que puede ofrecer lluvias de virtudes. Por lo cual también en el Levítico les habla: Pondré el cielo para vosotros de hierro, y la tierra de bronce (Lev 26, 19). Y en el Deuteronomio: Será el cielo sobre tu cabeza de bronce, y la tierra debajo de ti de hierro (Dt 28, 23. 24). Y de nuevo: Dará el Señor lluvia a tu tierra. Y: Ceniza del cielo descenderá sobre ti, hasta que te erradique y te borre; porque la tierra que frecuentemente recibe sobre sí la lluvia que viene, y no produce mies, sino espinas y abrojos, es réproba y próxima a la maldición, cuyo fin es la combustión.

(Vers. 7.) Mas la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel: y los varones de Judá su germen deleitable. Esto es, de Dios: o como tradujeron los LXX, plantación nueva amadísima. Israel y Judá en esto difieren entre sí: que todo el pueblo antes se llamaba Israel, y después, reinando David sobre la tribu de Judá, y Roboam hijo de Salomón sobre las dos tribus, Judá y Benjamín, estos que estaban en Samaria, esto es, las diez tribus, se llamaban Israel; y en los que reinaban del linaje de David, se llamaban Judá. Y puesto que por Israel eran adorados los becerros en Dan y en Betel, por eso por los asirios primero fue tomada Samaria; y mucho tiempo después Judá fue llevado por los caldeos a Babilonia, porque habían pecado menos. Por lo cual también en Ezequiel, para purgar los pecados de ambos pueblos, los de Israel son puestos en el lado izquierdo, según los Setenta, ciento noventa días, o como más verda-

deramente se contiene en el hebreo, trescientos noventa: mas Judá cuarenta días (Ez 4, según los LXX y según el hebreo). Esto digo para que, por comparación con Israel, esto es, las diez tribus, muestre a Judá amable y amado, en el cual estaban los sacerdotes y levitas, y la religión de Dios versaba en aquel tiempo en que el profeta Isaías hablaba al pueblo. Y bellamente Israel, esto es, todo el pueblo, es la casa: mas Judá, que brotó después separadas las tribus, se dice renuevo deleitable. Pero también esto debe notarse: que según la costumbre profética, lo que antes se dijo por metáfora o por parábola, después se expone más manifiestamente: que la viña y la nueva plantación sea Israel y Judá.

Y esperé a que hiciese juicio, y he aquí iniquidad: y justicia, y he aquí clamor, o como tradujeron los LXX: Esperé a que hiciese juicio, e hizo iniquidad, y no justicia, sino clamor. Queremos insinuar a los oídos latinos lo que aprendimos de los hebreos: Juicio, entre ellos se llama MESPHAT: iniquidad, o disipación, como interpretó Aquila, MESPHAA. Por otra parte, justicia se dice SADACA: mas el clamor se llama SAACA. Así pues, o añadida una letra, o mudada, así templó la similitud de las palabras que en lugar de MESPHAT pusiese MESPHAA: y en lugar de SADACA pusiese SAACA, y devolviese la elegante estructura y el sonido de las palabras según la lengua hebrea. Mas esperó Dios a que el pueblo de los judíos hiciese juicio, esto es, uvas: e hizo iniquidad, esto es, labruscas: y esperó justicia, para que recibiese al dador de tantos dones enviado por el Padre, e

hizo clamor, con el cual vociferó contra el Señor, y clamó diciendo: Quita, quita, crucifica a tal (Jn 19, 15). Por lo cual también el apóstol Pablo escribe: Toda ira y clamor y blasfemia sea quitada de vosotros con toda malicia (Ef 4, 31). O ciertamente, puesto que habían derramado la sangre del justo, la sangre de la pasión del Señor clamaba al Señor: por eso devolvieron clamor por justicia, según aquello que leemos en el Génesis: La voz de la sangre de tu hermano Abel clama a mí (Gén 4, 10).

(Vers. 8.) ¡Ay de vosotros que juntáis casa a casa, y acopláis campo a campo hasta el término del lugar! ¿Acaso habitaréis solos vosotros sobre la tierra? En lugar de lo que nosotros dijimos, "hasta el término del lugar", los LXX tradujeron: "o quitéis al prójimo"; Símaco y Teodoción: "hasta que falte", o "no haya lugar"; para que faltando la tierra, de ninguna manera se sature la avaricia. Lo cual ciertamente pienso que se dijo tanto generalmente contra todos aquellos para quienes nada es suficiente, como especialmente contra la viña del Señor, que en lugar de uvas hizo labruscas, esto es, en lugar de juicio iniquidad, y en lugar de justicia clamor. ¿Pues qué rabia es, debiendo tenerse techos y campos para repeler las lluvias y para sembrar los frutos, desear tener aquellos en los cuales no podáis habitar todos, y los cuales no seáis suficientes para cultivar: y de la necesidad del otro hacer vuestro placer? Según la tropología, algunos juzgan que esto fue dicho contra los heréticos: quienes, cuando movían sus pies desde el Oriente, vienen al campo de Sennaar (Sinar), que se interpreta como "crujir de dien-

tes": y edifican la ciudad de la confusión, y la torre de la soberbia, y oyen bajo otras palabras: "Oíd esto, jefes de la casa de Jacob, y residuo de la casa de Israel, que abomináis el juicio y pervertís todas las cosas rectas, que edificáis a Sión con sangres y a Jerusalén con iniquidad" (Miq 3, 9. 10). Estos juntan casas a casas, esto es, dogmas a dogmas; a los cuales se les dice por Miqueas: "No edifiquéis escarnio en la casa" (Miq 2?), no sea que sobre el fundamento de Cristo, que puso el apóstol Pablo (1 Cor 3) y en el cual debieron edificar oro, plata, piedras preciosas: por el contrario edifiquen madera, heno, paja, cuyo fin es el incendio. De tales casas habla el Salvador en el Evangelio: "Todo el que oyere mis palabras y no las hiciere, será semejante al hombre necio que edificó su casa sobre la arena. Cayó la lluvia, vinieron los ríos, soplaron los vientos e impactaron contra aquella casa, y cayó: y fue grande la ruina de aquella casa" (Mt 7, 26. 27). Pues tanto tiempo buscan los heréticos juntar cosas nuevas a las viejas, y las mismas más recientes...

(Vers. 9.) En mis oídos están estas cosas del Señor de los ejércitos: Si muchas casas no fueren desiertas, grandes y hermosas sin habitante. En lugar de lo que nosotros vertimos según el hebreo, "En mis oídos están estas cosas del Señor de los ejércitos", esto es, las palabras que habló el Señor todavía resuenan en mis oídos: los LXX tradujeron: "Oídas fueron estas cosas en los oídos del Señor de los ejércitos". No que el profeta oyese las palabras del Señor, sino que en los oídos del Señor fuesen oídas las cosas que el profeta ha de

decir: siendo más consecuente entender que el profeta oyó lo que el Señor habló. El Señor, empero, habló que después de la cautividad, las casas grandes y hermosísimas han de estar desiertas, no teniendo habitante.

(Vers. 10.) Pues diez yugadas de viñas darán una laguncula [frasquito], y treinta modios de sementera darán tres modios. Por 'laguncula', que solo los LXX tradujeron, todos los demás interpretaron 'bato', que en hebreo se dice *BETH*. Y por 'treinta modios', que nosotros pusimos por 'coro', que en hebreo se dice *HOMER*, los LXX vertieron 'seis artabas': la cual es una medida egipcia, y hace veinte modios. Por tanto, en la esterilidad excesiva que sigue a la cautividad, diez yugadas de viñas darán un bato, esto es, tres ánforas: y treinta modios de semilla, esto es, un coro, dará un efá, que los LXX interpretaron como 'tres medidas', esto es, tres modios. El 'bato' empero se dice en las especies líquidas, y el 'efá', o 'epha', de la misma medida en las áridas. Como leemos en Ezequiel según el hebreo: «Un efá justo y un bato justo tendréis. El efá y el bato serán iguales y de una sola medida, de modo que el bato contenga la décima parte de un coro, y el efá la décima parte de un coro: según la medida del coro será su igual peso» (Ezeq. XLV, 10, 11).

Buscamos según la anagogía cómo las casas de los herejes son grandes y bellas, las cuales, cuando llegue el tiempo del juicio, no tendrán habitante alguno. Pues toda la pompa y estructura de las palabras, y los argumentos dialécticos serán reducidos a la nada. Y porque según el

apóstol Pablo (II Cor. III) no solo somos edificación de Dios, sino también agricultura, imitando la cual los herejes son socavados y erradicados por Jeremías: por eso, donde diez yugadas de viñas, o donde diez yuntas de bueyes trabajan, darán un bato, y treinta modios de sementera darán un efá (Jerem. XVIII), para que del número denario [diez], que en las sagradas Escrituras es místico y perfecto, y del tricenario [treinta], en el cual profetizó Ezequiel (Ezeq. I) y el Señor fue bautizado (Luc. III), sean reducidos al efá, que en comparación con el número múltiple, se restringe a la unidad.

Que empero la edificación y la agricultura se refieran a la inteligencia espiritual, también en otro lugar lo enseña el apóstol Pablo (Efes. IV), atestiguando que los creyentes están fundados y radicados en la caridad. De donde también el Eclesiastés (Ecl. II) no solo se edificó casas, sino que plantó viñas, e hizo huertos y pomares, e instituyó todos los árboles pomíferos, y construyó piscinas para regar el bosque. Por lo demás, los herejes, teniendo solo la imagen y sombra de las virtudes, y no la verdad misma, prometen hojas de palabras sin el fruto de las obras. Sobre cuyos árboles dice el Señor: «Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será erradicada» (Mat. XV, 13). Pues de la viña de Sodoma es la viña de ellos, y su vástago de Gomorra: su uva es uva de hiel, y el racimo de amargura es para ellos; furor de dragones es su vino, y furor de áspides incurable (Deut. XXXII, 32 ss.).

(Vers. 11, 12.) ¡Ay de vosotros que os levantáis de mañana para seguir la embriaguez y beber hasta el atardecer, para que os encendáis con el vino! La cítara, y la lira, el tímpano, y la flauta, y el vino hay en vuestros convites: y no miráis la obra del Señor, ni consideráis las obras de sus manos. Por la 'embriaguez', que interpretaron Aquila y Símaco, los LXX pusieron el mismo hebreo *SICERA*, que significa toda bebida que puede embriagar y trastornar el estado de la mente. Pero reprende, según la consecuencia de la explicación comenzada, a los agricultores de la viña, los cuales, ante la inminente esterilidad y el cercano incendio en el que han de ser quemados los abrojos y las espinas, se entregaron a la lujuria y a los placeres: no solo en el comer y el beber, sino también en el deleite de los oídos y en los diversos géneros del arte musical. Quienes, al hacer estas cosas, no miran la obra del Señor, ni consideran las cosas que han de venir.

Usemos este testimonio contra los príncipes de la Iglesia, que se levantan de mañana para seguir la *sicera* y beber hasta el atardecer: de los cuales se dice en otro lugar: «¡Ay de ti, ciudad, cuyo rey es un joven, y tus príncipes comen de mañana!» (Ecl. X, 16). Quienes, ocupados en las delicias, por las criaturas no entienden al Creador, ni consideran las obras de sus manos, de las cuales leemos: «Por la palabra del Señor los cielos fueron reafirmados, y por el espíritu de su boca toda la virtud de ellos» (Salm. XXXII, 6). Puede, según una inteligencia más alta, llamarse embriaguez a toda perturbación del alma, la cual

se concibe del vino del furor de los dragones y del veneno de áspides incurable, que algunos beben desde la adolescencia hasta la senectud, esto es, desde la mañana hasta el atardecer (Deut. XXXII). Otros verdaderamente a la hora tercera, sexta, o novena, y undécima son despertados del convite, y se les dice: «Despertaos, los que estáis ebrios por el vino». Sobre este vino, y sobre racimos y viñas de este tipo, llovió el Señor azufre y fuego de parte del Señor: y cualquiera que bebiere de su vino, se enciende y se consume. Busca la cítara y el salterio, cuyo inventor es Jubal, generado de la estirpe de Caín (Gén. IV), ni oye al Señor diciendo a Aarón: «Vino y *sicera* no beberéis tú y tus hijos, cuando entréis en el tabernáculo del testimonio, o accedáis al altar» (Lev. X, 8). Estas cítaras, y liras, y el tímpano, y las flautas las tuvo el rey babilonio, con cuyas consonancias los pueblos de todas las naciones se postraban en tierra y adoraban la estatua de oro (Dan. III).

Que empero el primer tiempo de la sabiduría humana, cuando salimos de la niñez y llegamos a la edad racional, se entienda por 'mañana' en las Escrituras, muchos testimonios nos podrán enseñar: de los cuales, por vía de ejemplo, han de ponerse pocos: «De mañana enviaba a los profetas»; y: «De mañana oirás mi oración». «De mañana estaré presente ante ti, y veré» (Salm. V, 4, 5); y: «De noche se levantará mi espíritu» (Salm. LXII, 1); y: «Dios, Dios mío, a ti de madrugada vigilo» (Salm. C, 8); y: «En las mañanas mataba a todos los pecadores de la tierra, para dispersar de la ciudad del Señor a todos los que

obran iniquidad» (Salm. XXIX, 7); y en otro lugar: «Al atardecer demorará el llanto, y a la mañana la alegría», y otras cosas similares a estas. Nos levantamos de mañana cuando dejamos los vicios en la niñez, y podemos decir: «De los pecados de mi juventud y de mis ignorancias no te acuerdes» (Salm. XXIV, 7). Y habiendo salido para nosotros el sol de justicia, se ahuyentan las tinieblas, e inmediatamente matamos todos los pensamientos que nos provocan a los pecados, y de la ciudad de nuestra mente dispersamos a aquellos pecadores de los cuales habla el Salvador: «Del corazón salen los malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias» (Mat. XV, 19), y lo demás. Infelicísimos son empero quienes, desde la mañana hasta el atardecer, ocupados en la embriaguez, la gula y diversos placeres, no entienden en sí las obras del Señor, ni consideran por qué fueron creados.

(Vers. 13.) Por eso fue llevado cautivo mi pueblo, porque no tuvo ciencia: y sus nobles perecieron de hambre, y su multitud se secó de sed. Que estas cosas sucedieron según la letra al pueblo de los judíos bajo Vespasiano y Tito, príncipes romanos, lo narra la historia tanto griega como latina. Lo cual ciertamente también hoy padecen espiritualmente, sosteniendo no hambre de pan, ni sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios: porque ni miraron la obra del Señor, ni consideraron las obras de sus manos, ni tuvieron la ciencia de aquel que siempre habló por los profetas (Amós 8). Por lo cual también en los Salmos se dice de ellos: "Se convertirán a la tarde,

y padecerán hambre como perros, y rodearán la ciudad" (Sal 59, 16). Mas que todo discurso de doctrina se llame pan y agua, lo enseña aquel pasaje evangélico: "No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Lc 4, 4); y: "Quienquiera que bebiere del agua que yo le diere, no tendrá sed eternamente" (Jn 4, 13). Y en el salmo se dice: "Sobre las aguas de la recreación me educó" (Sal 23, 2). Por lo cual también el Señor no quiere dejar a los que tienen hambre en el desierto, no sea que desfallezcan, y caigan, y sean muertos por el hambre (Mt 15). Y del hombre justo se dice: "Joven fui, y he envejecido, y no he visto al justo desamparado, ni a su simiente buscando pan" (Sal 37, 25). Algunos quieren interpretar esto que se dice: "Fue llevado cautivo mi pueblo, porque no tuvo ciencia: y sus nobles perecieron de hambre, y su multitud se secó de sed", generalmente sobre los infiernos y la gehena, en la cual será castigado todo el que no hubiere tenido la ciencia de Dios.

(Vers. 14, 15.) Por eso dilató el infierno su alma, y abrió su boca sin término alguno, y descenderán sus fuertes, y su pueblo, y sus sublimes y gloriosos a él. Y se encorvará el hombre, y será humillado el varón, y los ojos de los sublimes serán deprimidos. Los que se levantaron de mañana para seguir la sicera, y permanecieron en la embriaguez hasta la tarde, y ocupados en el placer y las delicias, no quisieron mirar la obra del Señor, ni contemplaron las obras de sus manos, por eso fueron llevados a la cautividad, porque no tuvieron la ciencia del Hijo de Dios, diciendo él mismo a ellos: "Ni me

conocéis a mí, ni al que me envió" (Jn 8, 19), y en la misma cautividad perecieron de hambre, y se secaron de sed. Por lo cual el infierno y la muerte dilató su alma, y abrió su boca, y sin número alguno y sin saciedad devoró a los que han de ser castigados perpetuamente: de modo que los príncipes y el pueblo, y los sublimes y gloriosos de la tierra de Judá descendiesen a él, y fuera humillada toda soberbia, y los ojos de los sublimes fueran deprimidos, entendiendo que eran mortales; y todas las cosas se cumplieran con los hechos que el Señor había anunciado que vendrían por los profetas. El infierno, empero, se dice que tiene alma, no porque sea un animal, según el error de algunos; sino porque con palabras de la costumbre humana, expresamos el afecto de las cosas insensibles, de que es insaciable, y nunca se llena con la multitud de los muertos. Del modo que también en la mano de la lengua se dice que está la muerte (Prov 18), y Dios omnipotente habla de que su alma odia los sábados y las neomenias de los judíos (Is 1). Todo lo que dijimos del pueblo de los judíos, puede referirse tropológicamente a aquellos que, ocupados en las delicias del siglo, ni mirando las obras de Dios, son llevados cautivos al pecado, y no tienen la ciencia de Dios: y por eso perecen por el hambre y la sed de las buenas obras y de las virtudes, y serán arrastrados a la gehena, y allí destinados a eternos suplicios, verán su potencia y soberbia cambiarse por la miseria y la humildad.

(Vers. 16.) Y será exaltado el Señor de los ejércitos en el juicio: y el Dios santo será santificado

en la justicia. Cuando el pueblo hubiere sido llevado cautivo, porque no tuvo ciencia, y hubiere perecido de hambre, y se hubiere secado de sed, y el infierno hubiere dilatado su alma: y hubieren descendido los fuertes y sublimes y gloriosos a lo profundo, y se hubiere encorvado el hombre, y el varón hubiere sido humillado, y todos hubieren recibido según sus méritos: entonces será exaltado el Señor en el juicio, cuyo juicio antes parecía ser injusto, y el Dios santo será santificado por todos en la justicia, para que se cumpla aquello que se dice en el Evangelio: "Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre" (Mt 6, 9); y: "Padre justo, el mundo no te conoció" (Jn 17, 25). Por lo cual debemos cuidarnos de no prevenir el juicio de Dios, cuyos juicios son grandes e inenarrables, y de quien habla el Apóstol: "Inescrutables sus juicios, e investigables sus caminos" (Rom 11, 33), hasta que ilumine lo escondido de las tinieblas, y abra los pensamientos de los corazones (1 Cor 4, 5), el cual dice en el Evangelio: "No juzguéis, para que no seáis juzgados" (Mt 7, 1). Congruente con esta sentencia, el apóstol Pablo mandó: "¿Tú quién eres que juzgas al siervo ajeno? Para su propio Señor está en pie o cae. Mas estará en pie: pues poderoso es Dios para hacerle estar en pie" (Rom 14, 4).

(Vers. 17.) Y se apacentarán los corderos según su orden: y los advenas comerán los desiertos vueltos en abundancia. En lugar de apacentarse los corderos según su orden, lo cual se toma en buena parte, no sé con qué intención tradujeron los LXX: "se apacentarán los arrebatados

como toros"; entendiendo toros por corderos, y de nuevo interpretando corderos por advenas. Mas cuando el Señor hubiere sido exaltado en el juicio, y el santo santificado en su justicia, para que los malos labradores perezcan malamente, y el cedro exaltado sea cortado por el hacha del Señor; entonces los que fueren del número de los corderos, no de los cabritos, se apacentarán en los prados de la Iglesia, y dirán: "El Señor me apacienta, y nada me faltará" (Sal 23, 1); y el pueblo de las gentes comerá lo que por los judíos fue dejado desierto, vuelto en abundancia. Estas cosas según la tropología. Por lo demás, para que completemos el orden de la historia, eso mismo se dice con otras palabras de lo cual arriba leemos: "Vuestra región en vuestra presencia los extraños la devoran, y está desierta y subvertida por pueblos extraños" (Is 1, 7). Pues de todo el orbe una multitud congregada de gentes habita en Judea, y expulsados los pueblos anteriores, por eso se ha hecho la ceguera en parte para la casa de Israel, para que entrase la plenitud de las gentes (Rom 11). Y bellamente según los LXX fueron arrebatados y devastados y llevados a la cautividad como toros, de los cuales el Señor había dicho: "Toros pingües me han cercado", para que los lugares de los toros los ocupasen los corderos.

(Vers. 18, 19.) ¡Ay de los que traéis la iniquidad con cuerdas de vanidad, y el pecado como con soga de carro! Que decís: Apresúrese y venga pronto su obra, para que la veamos; y acérquese y venga el consejo del Santo de Israel, y lo conozcamos. En lugar de "soga de carro", los LXX

tradujeron "correa de yugo de becerra" o "vaca". Por otra parte, leemos muy frecuentemente que se dice que los pecados son cadenas. Entre las cuales está aquello: "Cada uno es constreñido por las cuerdas de sus propios pecados" (Prov 5, 22). Y el Señor, reprendiendo al pueblo delincuente, que había asociado pecados a pecados, hizo un látigo de cordeles, mostrándoles cómo habían hecho de la casa de Dios una cueva de ladrones (Jn 2), y habían convertido la sede de la oración en casa de negocios (Mt 21). También el convidado a la cena del Señor, no teniendo vestido nupcial, atado de pies y manos es arrojado a las tinieblas exteriores (Mt 22). Y el Señor vino para decir a los que estaban en cadenas: "Salid" (Is 49, 9); y a los que versaban en tinieblas: "Sed revelados" (Sal 146, 8). Pues él mismo suelta a los encadenados e ilumina a los ciegos: a quienes Jeremías llama los encadenados de la tierra. Ni llora a los que comenzaron a pecar e inmediatamente cesaron: pues no hay justo sobre la tierra que haga el bien y alguna vez no peque (Ecl 7, 21); sino a los que hubieren prolongado los pecados con una cuerda larga. Por lo cual también leemos en Números (Cap. 19), que la vaca roja, cuya ceniza es la expiación del pueblo, no de otro modo es inmolada y ofrecida al altar del Señor sino la que no hubiere hecho obras terrenas, y no hubiere tirado del yugo, ni hubiere sido ligada con las cadenas del yugo de Nabucodonosor. Y en este mismo profeta, en lugar del ceñidor de la verdad, las hijas de Sión son ceñidas con una cuerda. También Aquitofel y Judas [uno de los cuales traicionó a

David, el otro al Señor], arrastrando sus pecados con una soga larguísima, perecieron por ahorcamiento; pensando que el mal de la conciencia se terminaba con la muerte presente, y que nada hay después de la muerte. Por lo demás, porque según el hebreo y todos los otros intérpretes se llaman "cuerdas de vanidad", esto significa que para los que hacen el pecado se teje fácilmente, y es tan vano y fácil como se tejen los hilos de las arañas.

(Vers. 20.) ¡Ay de los que decís al mal bien, y al bien mal; que ponéis las tinieblas por luz, y la luz por tinieblas; que ponéis lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo! Del mismo crimen es llamar al bien, a la luz y a lo dulce con nombres contrarios, que llamar al mal, a las tinieblas y a lo amargo con los vocablos de las virtudes. Esto es contra los que no piensan que es pecado si detractan de lo bueno, y no estiman que es delito si alaban lo malo. Mas los judíos ponen lo bueno por malo, y la luz por tinieblas, y lo dulce por amargo, recibiendo a Barrabás, autor del latrocinio y de la sedición, y crucificando a Jesús, que no había venido sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel, para salvar lo que había perecido. En Barrabás entendamos al diablo, quien aunque sea noche y tinieblas, se transfigura en Ángel de luz (Mt 27). Por lo cual también habla el Apóstol: "¿Qué participación tiene la justicia con la iniquidad? ¿Qué sociedad tiene la luz con las tinieblas? ¿Qué consenso tiene Cristo con Belial?" (2 Cor 6, 14. 15). Pues ni la lámpara ha de ser quitada y puesta bajo el almud o bajo el lecho, sino sobre el candelero, para que luzca a todos. Ni el árbol

que produce malos frutos ha de ser llamado con el vocablo de árbol bueno (Mt 5). Por lo cual también en el Génesis se narra con discurso místico que dividió Dios entre la luz y las tinieblas, que al principio eran llevadas sobre el abismo (Gén 1). Por lo demás, que sea llamado el buen Salvador, él mismo habla en el Evangelio: "El buen pastor pone su vida por sus ovejas" (Jn 10, 11). También dice que él es la luz: "Yo soy la luz del mundo" (Jn 8, 12), y diariamente saciados con el pan celestial decimos: "Gustad y ved cuán dulce es el Señor" (Sal 34, 9). Al contrario, cuando decimos: "Líbranos del mal" (Mt 6, 13); y: "El mundo está puesto en el maligno" (1 Jn 5, 19), deseamos ser librados de las insidias del diablo. Mas que él mismo sea significado con los nombres de tinieblas y de amargura, lo leemos muy frecuentemente. Pero también podemos decir esto: que todos los dogmas contrarios a la verdad son amargos, y solo la verdad es dulce. Por lo cual debe evitarse no sea que por la verdad sigamos la mentira, y por la luz las tinieblas. Pues hay muchos caminos que parecen a los hombres rectos.

(Vers. 21.) ¡Ay de los que sois sabios en vuestros propios ojos, y ante vosotros mismos prudentes! Que a vosotros mismos, dice, os parece que sois sabios, que seguís la prudencia no de Dios, sino de los hombres; y cuando no recibís la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, pensáis que sois sabios (1 Cor 1). Entre la sabiduría y la prudencia dicen los estoicos que este interés media: que la sabiduría es el conocimiento de las cosas divinas y humanas; mas la prudencia solo de las morta-

les. Consecuentemente, sin embargo, estas cosas se dicen contra los escribas y fariseos, que teniendo la llave de la ciencia, ni ellos mismos entran a Cristo ni permiten entrar a otros (Lc 11).

(Vers. 22.) ¡Ay de los que sois potentes para beber vino, y varones fuertes para mezclar sicera, esto es, la embriaguez! De los cuales arriba les había dicho: "¡Ay de los que os levantáis temprano para seguir la embriaguez, y beber hasta la tarde para que os acaloréis con el vino!"; de ellos también habla ahora: los que son potentes para beber vino, y varones fuertes para mezclar la sicera (Dt 32). Quienes, embriagados con el vino del dragón y con el veneno incurable de los áspides, calumniaban la virtud del Señor. Y ellos mismos, ebrios, embriagaban a los pueblos, para que, delirando con igual furor, clamasen juntos contra el Señor. Según la tropología ya dijimos antes: que los sacerdotes que han de entrar al Tabernáculo de Dios no deben beber vino ni sicera (Lev 10). A lo cual ahora añadimos: que también a los nazareos se les prescribió, quienes se santifican al Señor, que no beban vino ni sicera, ni todo lo que es de las uvas, ni coman siquiera uva pasa, ni vinagre de vino (Núm 6). Pero también en los Proverbios se prescribe: "Los potentes que son iracundos, no beban vino, no sea que cuando hubieren bebido, se olviden de la sabiduría". Entre el vino y la sicera, según la anagogía, estimo que esto es lo que hay: que el vino es una perturbación de entre muchas, por ejemplo, de la libido, del ayuno, de la gula y de la envidia. Mas la sicera, esto es, la embriaguez, contiene en sí todas las pasio-

nes de los vicios, que más rectamente podemos llamar en lengua latina "perturbaciones", porque subvierten el estado de la mente y hacen que los ebrios no sepan lo que hacen. Los que, pues, presiden, muchísimo deben carecer de vicios, y máxime de la ira, que es próxima al furor: no sea que cuanto más puedan, tanto más dañen a los súbditos. Mezcla sicera quien, aunque esté lleno de embriaguez, para engañar a los hombres, simula que tiene ciertas sombras e imágenes de las virtudes.

(Vers. 23.) Los que justificáis al impío por dones, y la justicia del justo quitáis de él. Y esta es parte de los vicios de la viña, que en lugar de uvas produjo labruscas, y esperando el Señor a que hiciese juicio, hizo iniquidad, justificando al impío por dones, y no considerando las causas, sino los dones, los cuales ciegan incluso los ojos de los sabios. Por lo cual debe evitarse no sea que nos embriaguemos con el vino, en el cual está la lujuria (Dt 16, 19; Ef 5), y se desnuden los muslos de nuestra torpeza (Gén 9), y adulemos a los impíos por los dones, y la justicia del justo por la indigencia la despreciemos. Lo cual también se prescribe en la Epístola de Santiago: que no honrando a los impíos ricos, y despreciando a los santos pobres, nos hagamos jueces de iniquidad.

(Vers. 24.) Por tanto, como la lengua de fuego devora la paja, y el calor de la llama la consume, así la raíz de ellos será como ceniza, y su germen ascenderá como polvo. Porque desecharon la ley del Señor de los ejércitos, y blasfemaron la palabra del Santo de Israel. Por las causas superiores

de soberbia, y de embriaguez, y de avaricia, porque en lugar de uvas trajeron espinas, y heno, leña, paja, y matorrales que han de arder; por tanto la raíz de su malicia será reducida a ceniza, y toda la flor y hermosura de las riquezas y del cuerpo será comparada al polvo (1 Cor 3). Pues no solo hicieron aquellas cosas, sino que por estos grados llegaron a la blasfemia, para no recibir la ley del Señor, y blasfemaron la palabra del Santo de Israel; de los cuales arriba leímos: "De Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén" (Is 2, 3). La raíz puede entenderse en los malos pensamientos, mas el fruto y el germen en las malas obras y palabras, para que lo que late en la raíz se muestre en el germen: ambas cosas serán devoradas por el incendio del Señor. Por lo cual también el Apóstol (Heb 12, 15) habla de la raíz de amargura de los malos, que germina hacia arriba.

(Vers. 26 ss.) Y alzará bandera en las naciones de lejos, y silbará a él desde los confines de la tierra, y he aquí que vendrá velozmente a toda prisa. Y no habrá quien desfallezca ni trabaje en él: no dormitará, ni dormirá, ni se soltará el ceñidor de sus lomos, ni se romperá la correa de su calzado. Sus saetas agudas, y todos sus arcos tensos: las pezuñas de sus caballos como pedernal, y sus ruedas como el ímpetu de la tempestad. Su rugido como de león, rugirá como cachorros de león, y rechinará los dientes, y atrapará la presa, y la abrazará, y no habrá quien la arrebate. Y sonará sobre él en aquel día como el estrépito del mar: miraremos hacia la tierra, y he aquí tinieblas de tribulación, y la luz se ha oscurecido por su calina.

Los hebreos entienden que este lugar se profetiza sobre los babilonios y Nabucodonosor, que por voluntad de Dios fue conducido a Judea y Jerusalén, y subvirtió el templo. Nosotros empero, siguiendo el orden y uniendo lo que sigue a lo anterior, decimos que por eso se alzó bandera en las naciones de lejos, y que el Señor silbó, o los atrajo desde los confines de la tierra, porque rechazaron la ley del Evangelio y blasfemaron contra la palabra santa. Pues si el discurso fuera sobre los babilonios, según la costumbre profética habría dicho: «Llamaré al que viene del Norte», por el hecho de que, según la situación de Judea, los asirios y caldeos están en la región septentrional. O ciertamente describiría más abiertamente a los babilonios y asirios. Ahora verdaderamente, al decir: «Alzará bandera en las naciones de lejos, y silbará a él desde los confines de la tierra», significa a gentes situadas lejos, y que moran en los confines de la tierra: sin duda que a los romanos, y a todos los pueblos de Italia, de las Galias y de España, que bajo Vespasiano y Adriano estaban sujetos al imperio romano. De donde también Italia, por el hecho de que allí se oculta Héspero [el lucero vespertino], antiguamente era llamada Hesperia. Y al venir este [ejército], [el pueblo] fue herido, y todos los montes de Judea fueron 'turbados', como interpretaron Teodoción y Símaco, o 'conmovidos', como puso Aquila, o 'exacerbados', como tradujeron los LXX, de modo que por el ímpetu de los enemigos todas las plazas se llenaran con los cadáveres de los muertos. Describe, pues, el discurso divino la velocidad del ejército

que viene, el cual no vino por su propia voluntad, sino por la del Señor; más bien fue atraído y provocado por su silbido, porque no desfalleció, ni trabajó en tan gran itinerario, y por el deseo de rapiñar, no admitió el sueño en sus ojos, sus calzados tampoco se desgastaron, [menciona] la multitud de sagitarios, las turbas de jinetes, el fervor de los carros y cuadrigas, que a semejanza del león, vino no tanto para pelear cuanto para rapiñar y devorar, y el aullido del ejército vencedor se compara con las olas marinas. De lo cual hay que notar en cualquier parte donde se mencione el 'sonido del mar' en las Escrituras, qué significa. Cuando, pues, viniere el ejército romano, y atrapare la presa, y no hubiere quien la rescate, el Profeta con afecto compasivo se une al pueblo y dice: «Miraremos hacia la tierra y he aquí tinieblas de tribulación». Pues no osaremos mirar al cielo, a cuyo Habitante ofendimos: y nuestra luz que siempre teníamos en Dios, ha sido oscurecida por la calina de las tribulaciones. He leído en los comentarios de cierto autor que esto que se dice: «Alzará bandera en las naciones de lejos, y silbará a él desde los confines de la tierra», debe entenderse sobre la vocación de las naciones, porque alzado el signo de la Cruz, y depositadas las cargas de los pecados, velozmente vinieron y creyeron. Pero no sé cómo puedan congruir con este sentido las cosas que siguen.

LIBRO TERCERO.

Me basta la magnitud de los volúmenes que se tejen en la explicación del profeta Isaías, donde omitir algo es un daño para la inteligencia. Por lo cual, en cada uno de los libros, que significan tanto número y orden, he puesto breves prefaciunios. Y a ti, virgen de Cristo Eustoquio, te ruego que en la exposición de esta dificilísima visión me ayudes con tus oraciones: en la cual Dios omnipotente es discernido en su majestad; y dos Serafines estando en su circuito y clamando: «Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria»; y conmovido el umbral del templo y sacudido, y la casa judaica llena de las tinieblas del error. Y por la comparación con la gloria divina, el Profeta diciendo que tiene labios inmundos, y que habita en medio de un pueblo blasfemo, que con voz consona de impiedad clamaba: «Crucifícalo, crucifícalo a ese»; y: «No tenemos más rey que al César» (Juan XIX, 6 y 15). Y uno de los Serafines enviado a Isaías, el cual con las tenazas, tomado un carbón del altar, purgara los labios del profeta, y el pueblo permaneciera inmundo. Por tanto, el tercer libro sobre Isaías tiene este exordio.

(Cap. VI.---Vers. 1.) El año en que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un solio excelso y elevado. Que Isaías profetizó bajo cuatro reyes,

sobre Judá y Jerusalén, quedó demostrado por el título de la primera visión; esto es, bajo Ozías, Joatán, Acaz y Ezequías. Muerto, pues, Ozías, bajo el cual se dijeron todas las cosas que expusimos arriba, le sucedió su hijo Joatán, que reinó dieciséis años, e hizo lo recto ante los ojos del Señor, y edificó la puerta excelsa del templo. Bajo su imperio, vio Isaías al Señor sentado sobre un solio excelso y elevado, para mostrar el hábito de quien reina.

LIBRO TERCERO.

Me basta la magnitud de los volúmenes que se tejen en la explicación del profeta Isaías, donde omitir algo es daño para la inteligencia. Por lo cual, en cada uno de los libros, que solo significan el número y el orden, he puesto breves prefaciunculos. A ti, virgen de Cristo, Eustoquio, te ruego que en la exposición de la dificilísima visión me ayudes con tus oraciones: en la cual Dios omnipotente es visto en su majestad; y dos Serafines de pie en su circuito y clamando: "Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria"; y el umbral del templo movido y sacudido, y la casa judaica llena con las tinieblas del error. Y por comparación con la gloria divina, diciendo el Profeta que tiene los labios inmundos, y que habita en medio de un pueblo blasfemo, que con la voz consonante de la impiedad clamaba: "Crucifica, crucifica a tal"; y: "No tenemos más rey que al César" (Jn 19, 6. 15). Y uno de los Serafines enviado a Isaías, el cual, con un carbón tomado del altar con las tenazas, purgase los labios del profeta, y el pueblo permaneciese inmundo. El tercer libro sobre Isaías tiene, pues, este comienzo.

(Cap. VI, Vers. 1.) En el año que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un solio excelso y elevado. Que Isaías profetizó bajo cuatro reyes

sobre Judá y Jerusalén, en el título de la primera visión se demostró; esto es, bajo Ozías, Joatán, Acaz y Ezequías. Muerto, pues, Ozías, bajo el cual se dijeron todas las cosas que arriba hemos expuesto, sucedió su hijo Joatán, que reinó dieciséis años e hizo lo recto en la presencia del Señor, y edificó la puerta excelsa del templo. Imperando este, vio Isaías al Señor sentado sobre un solio excelso y elevado, para mostrar el hábito del que reina.

(Vers. 2.) "Los serafines estaban sobre él; seis alas tenía uno, y seis alas el otro: con dos cubrían su faz, y con dos cubrían sus pies, y con dos volaban." "Y clamaban el uno al otro, y decían: Santo, Santo, Santo, Señor de los ejércitos; llena está toda la tierra de su gloria". Esto que nosotros —siguiendo a otros intérpretes y a la verdad hebrea, en la cual está escrito MEMMALLO, esto es, ἐπάνω αὐτοῦ, lo cual en latín se dice "sobre él"—hemos vertido; los LXX lo tradujeron "en su circuito" (alrededor de él), de modo que los serafines no se describen como estando sobre el Templo, sino en el circuito del Señor. De nuevo, donde nosotros dijimos que uno de los serafines velaba su faz y sus pies, por lo cual se entiende "de Dios", en el hebreo se tiene escrito PHANAU y REGLAU, lo cual puede interpretarse tanto como "su" (de él) como "su propia": de modo que los serafines, según la ambigüedad del discurso hebreo, se dice que cubren tanto la faz y los pies de Dios, como su propia faz y sus propios pies. En el salmo setenta y nueve leemos: "Tú que te sientas sobre los querubines, manifiéstate" (Sal.

79, 3); los cuales en nuestra lengua se interpretan como "multitud de ciencia". Por lo cual también el Señor, a la manera de un auriga, se muestra sentado abiertamente sobre los querubines.

Pero a los serafines, fuera de este lugar, no recuerdo haberlos leído en otra parte de las Escrituras Canónicas, los cuales se dice que están sobre el Templo, o en el circuito del Señor. Por tanto, yerran los que suelen decir en las preces: "Tú que te sientas sobre los querubines y los serafines", cosa que la Escritura no enseñó. Pues los serafines se interpretan como ἐμπρησταὶ, lo cual nosotros podemos llamar "incendiarios" o "comburentes", según aquello que leemos en otra parte: "El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros fuego abrasador" (Sal. 103, 5). Por lo cual también el apóstol Pablo en la epístola a los Hebreos, que la costumbre latina no recibe: "¿No son todos", dice, "espíritus ministradores, enviados en ministerio por causa de los que han de recibir la herencia de la salvación" (Heb. 1, 14)? Daniel también, habiendo descrito al Señor en hábito de reinante, añadió: "Miles de miles le ministraban, y diez mil veces cien miles le asistían" (Dan. 7, 10). En los querubines, por tanto, se muestra el Señor; en los serafines se muestra en parte, y en parte se oculta. Pues cubren su faz y sus pies, porque no podemos saber ni las cosas pasadas antes del mundo, ni las futuras después del mundo; sino que contemplamos solo las cosas intermedias que fueron hechas en los seis días. Ni es de maravillar creer esto de los serafines, cuando también los apóstoles abren el Salvador a los

que creen, pero lo esconden de los infieles; y hubo un velo ante el Arca del Testamento (Éx. 40).

También se dice que tienen alas por la velocidad y el discurrir por todas las cosas; o porque siempre moran en las cosas más altas. Ni aquello que se dice de los vientos: "El que anda sobre las plumas de los vientos" (Sal. 103, 4), testifica que los vientos—según las fábulas de los poetas y la licencia de los pintores—tengan verdaderamente plumas, sino el veloz discurrir por todas las cosas. Y cada uno seis alas, porque solo conocemos de la fabricación del mundo y del presente siglo. En cuanto a que claman "el uno al otro", o, según los hebreos, "este a aquel", esto es, "uno a uno", se exhortan mutuamente a las alabanzas del Señor, y dicen: "Santo, Santo, Santo, Señor de los ejércitos", para que demuestren el misterio de la Trinidad en una sola Divinidad. Y para testificar que de ninguna manera el Templo de los judíos, como antes, sino que toda la tierra está llena de su gloria, de aquel que por nuestra salvación se dignó asumir un cuerpo humano y descender a las tierras. Finalmente, también a Moisés, cuando rogaba al Señor por el becerro adorado para que perdonara al pueblo pecador, le respondió el Señor: "Le seré propicio." No obstante, vivo yo, y vive mi nombre: porque se llenará de mi gloria toda la tierra (Núm. 14, 20-21). Y el salmo setenta y uno canta: "Se llenará de su gloria toda la tierra" (Sal. 71, 19). Por lo cual también los ángeles clamaban a los pastores: "Gloria a Dios en las alturas, y sobre la tierra paz a los hombres de buena voluntad" (Lc. 2, 14).

Impíamente, por tanto, cierto autor entiende por los dos serafines al Hijo y al Espíritu Santo; cuando, según el evangelista Juan y el apóstol Pablo, enseñamos que el Hijo de Dios fue visto en la majestad del reinante, y que el Espíritu Santo habló. Algunos de los latinos entienden por los dos serafines el antiguo y el nuevo Instrumento (Testamento), que solo hablan del presente siglo. Por lo cual también se dice que tienen seis alas, y que velan la faz de Dios y sus pies, y que profieren a porfía el testimonio de la verdad, y que muestran que todo lo que claman son los sacramentos de la Trinidad. Y que se maravillen mutuamente de que el Señor de los ejércitos, puesto en la forma de Dios Padre, haya tomado la forma de siervo, y se haya humillado a sí mismo hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil. 2), y que de ninguna manera lo conozcan solo las cosas celestiales como antes, sino también las terrenales.

(Vers. 4.) "Y se conmovieron los umbrales de los quicios a la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo". Clamando los serafines, y predicando en toda la tierra el misterio de la Trinidad, cuando la tierra entera conoció la pasión del Señor Salvador, al punto se conmovió, o fue quitado el umbral del Templo, y todos sus quicios cayeron, cumpliéndose la conminación del Salvador, que dice: "Se os dejará vuestra casa desierta" (Mt. 23, 38). ¡Y qué hermoso orden de palabras! Después de que la tierra fue llena de la gloria del Señor de los ejércitos, el Templo de los judíos fue lleno de las tinieblas de la ignorancia, y de calígine, y de humo, que es nocivo para los ojos. O

ciertamente, por el humo del Templo se muestra el incendio. Pues primero se predicó el Evangelio del Salvador en todo el orbe, y cuarenta y dos años después de la pasión del Señor, fue tomada Jerusalén y el Templo fue incendiado. Los judíos piensan que el Templo lleno de humo significa el timiama, esto es, el incienso, y por esto la llegada de la divina majestad.

(Vers. 5.) "Y dije: ¡Ay de mí, porque he callado!, porque soy un hombre de labios pollutos, y habito en medio de un pueblo que tiene los labios pollutos, y he visto con mis ojos al Rey, el Señor de los ejércitos". También Abraham, después de que vio al Señor y oyó su voz, dice que él es tierra y ceniza (Gén. 18); e Isaías, según los LXX intérpretes, testifica que se sintió compungido, no por otros crímenes, sino porque tenía los labios inmundos. Feliz conciencia, que solo pecó en el habla, no por vicio propio, sino por la sociedad del pueblo que tenía los labios pollutos, con el cual se veía obligado a hablar frecuentísimamente. De lo cual se muestra que es nocivo vivir con los pecadores: "Pues el que toca la pez, se manchará con ella" (Ecli. 13, 1). Pero como en el hebreo leemos: "¡Ay de mí, porque he callado!", el Profeta se lamenta porque no ha sido digno de alabar al Señor de los ejércitos con los serafines, a quienes entendemos como fortalezas angélicas. No se atrevió, pues, a alabar al Señor porque tenía los labios inmundos. Y por eso tenía los labios inmundos, porque convivía con el pueblo pecador. O ciertamente debe entenderse así: "Porque callé y no reprendí audazmente al impío rey Ozías, por eso

mis labios son inmundos, y no me atrevo a cantar las alabanzas del Señor con los ángeles, para que no se me diga: '¿Por qué tú narras mis justicias, y asumes mi testamento por tu boca?'" (Sal. 49, 16). Pues no es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Ecli. 15, 9). Pero decimos esto, no porque enseñemos que Isaías haya sido tal; sino porque él mismo, por humildad, y solo por sus labios inmundos, se confiesa indigno de la alabanza de Dios.

(Vers. 6.) "Y voló hacia mí uno de los serafines, y en su mano un carbón encendido (cálculo), que con la tenaza había tomado del altar; y tocó mi boca, y dijo: He aquí que he tocado con esto tus labios, y será quitada tu iniquidad, y tu pecado será limpiado". Voló, o fue enviado uno de los serafines, que se interpreta como "incendiario", para que purificara los labios inmundos del Profeta, y con la brasa o cálculo que había tomado del altar, los acrisolara. Muchos, sin embargo, piensan que son dos los serafines, porque clamaba el uno al otro, siendo así que incluso siendo muchos pueden clamar unos a otros individualmente; y la edición de los LXX significa más bien una multitud, pues interpretaron: "Los serafines estaban en su circuito". Que si se dijera de dos, no habrían dicho "en el circuito", sino "de cada lado". Y esto conviene a la multitud de los ángeles, que está preparada para el ministerio de Dios. *Serafines* se llaman en número plural, y *Seraf* en singular; al igual que *Querubines* y *Querub*. En cuanto a que el altar bajo el cual están las almas de los mártires se vea en el cielo, también Juan lo dice en

el Apocalipsis (Apoc. 6); y este "cálculo" que solo por los LXX fue interpretado como ἄνθρας, esto es, carbunclo, puede no significar un carbón o una brasa, como la mayoría estima, sino ἄνθραις, esto es, la piedra carbunclo, que por la similitud de su color flamígero se llama ígnea. Por lo cual entendemos que el altar de Dios está lleno de carbunclos, esto es, de cálculos y brasas encendidas, que purgan los pecados. Por lo cual leemos escrito de Dios: "Carbones fueron encendidos por él" (Sal. 17, 9). Y del mismo Señor se dice que es fuego consumidor. Y el Salvador en el Evangelio: "Fuego vine a meter sobre la tierra" (Lc. 12, 49), para que bautizara en el Espíritu Santo y en el fuego. Pues el fuego probará cuál sea la obra de cada uno (1 Cor. 3). And he who is to be saved, shall so be saved, as if he had passed through fire.

Y esto ha de notarse: que a Jeremías, a quien se le dijo: "Antes de que te formara en el útero te conocí, y en la vulva de tu madre te santifiqué" (Jer. 1, 5), porque no tenía los labios inmundos, sino que solo había dicho: "No sé hablar, porque soy un joven", el mismo Señor extendió su mano y tocó su boca, y dijo: "He aquí que he puesto mis palabras en tu boca". En cambio, a Isaías, que había dicho: "Soy un hombre de labios pollutos, y habito en medio de un pueblo que tiene los labios pollutos", no se le alarga la mano de Dios, sino que un serafín es enviado por Dios, o vuela por su propia voluntad, porque está consagrado a este oficio. Y en su mano tiene un cálculo que, según los LXX y Teodoción, tomó con la "tenaza" (forcipe); según Aquila y Simaco, que siguieron el

hebreo, con "tenazas" (forcipibus), esto es, MALCAIM, para que tocara su boca y purgara los antiguos delitos. Pero se envía una mano, tanto de parte de Dios como del serafín, para que el Profeta, viendo un miembro de su cuerpo, no se aterre por un contacto externo. Algunos de los nuestros piensan que la tenaza con la que se sujeta el cálculo son los dos Testamentos, que se asocian entre sí por la unión del Espíritu Santo. Pero como se introduce al Señor sentado, y sentado en el Templo, y la casa está llena de humo, como piensan los judíos, del incienso; consecuentemente se ponen también las tenazas, que leemos también en el ministerio sacerdotal (Éx. 37).

(Vers. 8.) "Y oí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Y dije: Heme aquí, envíame". En lugar de aquello que tanto nosotros como todos los demás intérpretes tradujimos como "por nosotros", que en hebreo se dice LANU, no sé qué queriendo los LXX pusieron "a este pueblo", lo cual en absoluto se tiene en el hebreo. Pero cuando se dice desde la persona de Dios "por nosotros", ha de tomarse en aquel sentido en que también se lee en el Génesis: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gén. 1, 26), para que indique el sacramento de la Trinidad. Pues así como leemos en el Evangelio, diciendo el Señor: "Yo y el Padre uno somos" (Jn. 10, 30); y el "uno" lo referimos a la naturaleza, el "somos" a la diversidad de las personas: así, por mandato del Señor, la Trinidad impera. Además, el Señor no dice a quién ordena ir, sino que propone la opción a los oyentes, para que la voluntad

consiga un premio. Y el Profeta no se promete ir por temeridad y arrogancia de su propia conciencia, sino por confianza: porque han sido purgados sus labios, y quitada su iniquidad, y limpiado su pecado.

Así pues, también Moisés, a quien el Señor le había dicho: "Ven, te enviaré al Faraón rey de Egipto" (Éx. 3, 10), y él dijo: "Te ruego, Señor, no soy digno, provéete de otro a quien envíes", o como se lee en el hebreo: "Envía a quien has de enviar" (Éx. 4, 13), respondió no por desprecio, sino por humildad, porque nada había oído sobre la purificación de sus labios, él que había sido instruido en toda la sabiduría de los egipcios. E Isaías, no por su propio mérito, sino por la gracia del Señor con la que fue purgado, se ofrece al ministerio. Otros, sin embargo, piensan que Isaías se ofreció por esto: porque estimaba que se habían de anunciar cosas prósperas al pueblo; pero como oyó: "Ve, di a este pueblo: De oído oiréis, y no entenderéis, y viendo veréis, y no conoceréis" (Is. 6, 9), por eso en lo que sigue, diciéndole la voz del Señor: "Clama", no clama al punto, sino que pregunta: "¿Qué clamaré?". Y Jeremías, a quien se le había dicho: "Toma el cáliz, y darás a beber a todas las naciones a las que yo te enviaré" (Jer. 25, 15), recibiendo gustoso el cáliz de los suplicios para dárselo a beber a las naciones adversarias, y que bebieran, y vomitaran, y cayeran, después de que oyó: "Ve, y primero darás a beber a Jerusalén", respondió: "Me engañaste, Señor, y engañado estoy" (Jer. 20, 7). Esta es la observación de los hebreos. Por lo demás, nosotros decimos que no

fue por temeridad, sino por obediencia, que se ofreció al Señor para ser enviado.

(Vers. 9 ss.) "Y dijo: Ve, y dirás a este pueblo: Oíd de oído, y no queráis entender; y ved con la vista, y no queráis conocer. Ciega el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y cierra sus ojos, no sea que por ventura vea con sus ojos, y oiga con sus oídos, y entienda con su corazón, y se convierta y sea sanado". Los LXX han interpretado este lugar de tal manera como lo puso el evangelista Lucas en los Hechos de los Apóstoles: "Y no estando de acuerdo entre ellos", sin duda los judíos, "se retiraban, diciendo Pablo una palabra: Bien habló el Espíritu Santo por el profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: Ve a este pueblo, y di: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis; porque se ha engrosado el corazón de este pueblo, y con los oídos oyeron pesadamente, y sus ojos cerraron; no sea que por ventura vean con los ojos, y oigan con los oídos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane" (Hech. 28, 25 ss.). En qué tiempo se haya cumplido esta profecía, el mismo apóstol Pablo lo dice en lo que sigue: "Séaos, pues, notorio que a las naciones es enviada esta salvación de Dios, y ellas mismas oirán" (Hech. 28, 28). De donde también en los mismos Hechos de los Apóstoles leemos que Pablo y Bernabé, no queriendo creer los judíos, dijeron: "A vosotros os convenía hablar primero la palabra de Dios; pero puesto que la habéis rechazado, y os habéis juzgado indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a las naciones" (Hech. 13, 46. 47). Pues así nos lo

mandó el Señor: "Te he puesto por luz para las naciones, para que seas para salvación hasta lo último de la tierra" (Is. 49, 6).

Por tanto, según los LXX la interpretación es fácil: que el profeta Isaías, por mandato del Señor, predica lo que el pueblo ha de hacer. En el hebreo hay una dificultad: cómo el mismo Dios ordena al pueblo que de oído oiga y no entienda, y viendo vea y no reconozca, y después se introduzca al profeta hablando, y ruegue al Señor y diga: "Ciega el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y cierra sus ojos, no sea que por ventura vea con sus ojos, y oiga con sus oídos, y entienda con su corazón, y se convierta, y sea sanado" (Is. 6, 10). ¿Y primero ha de resolverse aquella cuestión que se nos puede objetar: ¿por qué el apóstol Pablo, disputando con los hebreos, no habló según el hebreo, que sabía que era lo correcto, sino según los LXX? Refieren los antiguos tratadistas de la Iglesia que el evangelista Lucas fue peritísimo en el arte de la medicina, y que conocía las letras griegas más que las hebreas. Por lo cual también su discurso, tanto en el Evangelio como en los Hechos de los Apóstoles, esto es, en ambos volúmenes, es más pulido y sabe a elocuencia secular, y usa más los testimonios griegos que los hebreos. En cambio Mateo y Juan, de los cuales uno tejió los Evangelios en lengua hebrea y el otro en griega, proferte testimonios del hebreo, como es aquel: "De Egipto llamé a mi hijo" (Os. 11, 1). Y: "Porque Nazareno será llamado" (Mt. 2, 23). Y: "Ríos de agua viva fluirán de su vientre" (Jn. 7, 38). Y: "Verán a aquel a quien traspasaron"

(Zac. 12, 10; Jn. 19, 37), y otros semejantes a estos. A la Epístola a los Hebreos también se le contradice por esto: porque escribiendo a los hebreos usa testimonios que no se tienen en los volúmenes hebreos. Que si alguien dijera que los libros hebreos fueron después falseados por los judíos, oiga a Orígenes lo que en el octavo volumen de las Explanaciones de Isaías responde a esta cuestioncilla: que nunca el Señor y los Apóstoles, que arguyen los demás crímenes en los escribas y fariseos, habrían callado sobre este crimen, que era el máximo. Pero si dijeran que después de la venida del Señor Salvador y de la predicación de los Apóstoles los libros hebreos fueron falseados, no podré contener la risa de que el Salvador y los Evangelistas y los Apóstoles hayan proferido testimonios de tal modo que los judíos los hubieran de falsear después.

Sobre el presente lugar, sin embargo, ha de decirse esto: que en vano nos refugiamos en la traducción de los LXX para que no parezca blasfemo lo que se dice según el hebreo: "Oíd de oído, y no queráis entender; y ved la visión, y no queráis conocer", cuando encontramos testimonios de este género incluso en los LXX intérpretes, como es aquel del Éxodo que se dice al Faraón: "Por esto te he suscitado, para mostrar en ti mi virtud" (Éx. 9, 16). Pues si él mismo lo suscitó, e endureció el corazón del Faraón para que no creyera; y de otros se dice: "Les dio Dios espíritu de compunción, ojos para que no vean, y oídos para que no oigan" (Rom. 11, 8); y en los Salmos: "Hágase su mesa un lazo, y una trampa, y un escándalo, y una retri-

bución; oscurézcanse sus ojos para que no vean, y sus espaldas siempre encorva" (Sal. 68, 23-24): no están en culpa los que no ven, sino aquel que dio ojos para no ver. Por tanto, incluso sin este testimonio que ahora intentamos exponer, permanece la misma cuestión en las Iglesias, y o con esta se resolverán las demás, o con las demás también esta será indisoluble.

Este lugar lo explica más plenamente el bienaventurado apóstol Pablo a los Romanos, y lo que él prosiguió en casi toda la epístola, lo hacemos superfluo si quisiéramos comprenderlo en un breve discurso. Pues dice después de muchas cosas: "Encerró Dios todas las cosas en la incredulidad, para tener misericordia de todos" (Rom. 11, 32). Y admirando los sacramentos del Señor, introdujo: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!, ¡cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos!". Y de nuevo, disputando sobre la incredulidad de los judíos, dice: "¿Acaso pecaron de tal modo que cayeran? En ninguna manera; sino que por su delito se hizo la salvación de las naciones para emularlos a ellos" (Rom. 11, 11). Y después de un poco: "Porque si su reprobación es la reconciliación del mundo, ¿qué será su asunción, sino vida de entre los muertos?". Y de nuevo: "No quiero que ignoréis, hermanos, este misterio, para que no seáis prudentes en vosotros mismos: que la ceguera ha sucedido en parte en Israel hasta que entre la plenitud de las naciones, y entonces todo Israel sea salvo". Y después de un poquito (Rom. 11, 25): "Según el Evangelio cierta-

mente son enemigos por causa de vosotros, pero según la elección son amados por causa de los padres: pues sin arrepentimiento son los dones y la vocación de Dios". "Porque así como vosotros", dice, "alguna vez no creísteis a Dios, pero ahora habéis conseguido misericordia por la incredulidad de ellos: así también estos ahora no han creído en vuestra misericordia, para que también ellos consigan misericordia." Pues encerró Dios a todos bajo el pecado, para tener misericordia de todos.

Por tanto, no es crueldad de Dios, sino misericordia, que perezca una nación para que todas se salven: que una parte de los judíos no vea, para que todo el mundo mire. De donde también el mismo Señor en el Evangelio vuelve el sacramento del ciego de nacimiento, que había recibido los ojos, a la Tropología, y dice: "Para juicio yo vine a este mundo, para que los que ven no vean, y los que no ven vean" (Jn. 9, 39). Y en otro lugar habla Simeón: "He aquí que este ha sido puesto para la ruina y para la resurrección de muchos" (Lc. 2, 34). Ellos, pues, no viendo, nosotros vemos; ellos cayendo, nosotros resurgimos. Lo cual entendiendo el Profeta, dice en cierto modo con otras palabras: "Oh Señor, me ordenas hablar al pueblo de los judíos para que oigan y no entiendan al Salvador, y lo vean y no lo reconozcan." "Si quieres que se cumpla tu mandato, y que todo el mundo se salve, lo cual también yo deseo que suceda, tú ciega el corazón de este pueblo y agrava sus oídos, y cierra sus ojos, para que no entiendan, para que no oigan, para que no vean." "Pues si ellos

vieran, y se convirtieran, y entendieran, y fueran sanados, todo el mundo no recibiría la sanidad". De lo cual advertimos que, por grave que sea el pecado, si alguien se convierte, puede ser sanado. Y a la vez también debe entenderse esto: que por la magnitud del crimen incluso fueron juzgados indignos de penitencia. Diciendo el mismo Señor a Jerusalén: "Cuántas veces quise congregar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste" (Mt. 23, 37).

(Vers. 11-13.) Y dije: "¿Hasta cuándo, Señor?". Y dijo: "Hasta que sean desoladas las ciudades sin habitante, y las casas sin hombres, y la tierra quede desierta. Y el Señor alejará a los hombres, y se multiplicará lo que había sido abandonado en medio de la tierra. Y todavía habrá en ella una décima parte, y de nuevo será para el saqueo, como el terebinto y como la encina que arroja sus frutos; semilla santa será lo que quedare en ella".

Diciendo el Señor: "Ve, y di a este pueblo: Escuchad, y no oigáis; ved, y no veáis". Pero por esta razón no oigan ni vean: porque no han de entender las palabras del Señor, ni conocer sus obras, y puesto que se han engrosado, y dilatado, y olvidado de su Creador (Deut. 32). El profeta responde, y pregunta solícito por su pueblo: "¿Hasta cuándo, Señor, permanecerá esta sentencia, para que el que oye no oiga, y el que ve no vea?". A lo cual respondió el Señor: "Durante tanto tiempo no oirán, y no verán, y tendrán el corazón cegado, hasta que las ciudades de Judea, luchando Vespasiano y Tito, sean enteramente subvertidas, hasta el punto de que ni siquiera el nombre antiguo

permanezca, y las casas, si quedaren algunas, estén sin habitante, y la tierra sea reducida a la soledad; y ya sea por la fuga o por la cautividad, el pueblo judío sea dispersado por todo el orbe: y de ningún modo en Judea, como antes, sino en todas las naciones se multiplique el pueblo de los judíos".

Al decir "se multiplique", tal será la infelicidad del pueblo restante que, en comparación con la multitud anterior, apenas quedará la décima parte. Y cuando también en la misma tierra hubiere soledad (pues de dos maneras puede entenderse este pasaje: que la décima parte apenas quede en todo el orbe, y que en la misma Judea apenas se reserve una pequeña parte del pueblo), de nuevo las mismas reliquias serán para el saqueo, cuando después de casi cincuenta años venga Adriano, y haya saqueado enteramente la tierra de Judea, hasta tal punto que sea comparada con el terebinto y con la encina que ha perdido sus bellotas. Finalmente, tras la extrema devastación, incluso las leyes públicas fueron promulgadas, y se les prohibió a los judíos entrar en la tierra de la cual habían sido expulsados.

Pero si alguno creyere en Cristo, y se hubiere cumplido aquello que arriba leímos: "Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado una semilla, como Sodoma seríamos, y semejantes a Gomorra habríamos sido" (Is. 1, 9): cuando según el Apóstol (Rom. 9), las reliquias serán salvadas; esta semilla será santa, y del germen de los Apóstoles brotarán todas las Iglesias. Lo que dijimos: "semilla santa será lo que quedare en ella", o

según Aquila: "semilla santa será el germen de ella", no se encuentra en los Setenta Intérpretes, sino que fue añadido por Orígenes del hebreo y de la edición de Teodoción; se contiene en los ejemplares de la Iglesia, para que después de que entre la plenitud de las naciones, entonces todo Israel sea salvo; y se cumpla también en esto la palabra del Señor, que dice: "Yo mataré, y yo haré vivir; yo heriré, y yo sanaré" (Deut. 32, 39).

(Cap. VII.---Vers. 1, 2.) Y sucedió en los días de Acaz, hijo de Joatam, hijo de Ozías, rey de Judá, que subió Rasín, rey de Siria, y Facée, hijo de Romelía, rey de Israel, a Jerusalén para pelear contra ella, y no pudieron vencerla. Y anunciaron a la casa de David diciendo: "Siria ha consentido con Efraín", y se conmovió su corazón, y el corazón de aquel pueblo, como se mueven los árboles de los bosques a la vista del viento.

Ozías, que también es Azarías, rey de Judá, reinó en Jerusalén cincuenta y dos años (4 Re. 15). En su tiempo postrero vio Isaías las cosas que el discurso anterior expuso. Muerto este, y reinando en su lugar su hijo Joatam, rey justísimo, vio inmediatamente el profeta al Señor Salvador reinando en su majestad, y anunciando la ceguera del pueblo judaico, y la subversión de Jerusalén y de las demás ciudades bajo Vespasiano y Adriano; y cómo en los Apóstoles han de ser salvadas las reliquias. Al tercer rey, hijo de Joatam, le sucede Acaz, impiísimo (4 Re. 16; 2 Crón. 28), el cual cerró las puertas del templo, y en el valle de Ben-Hinnom (Benbannom) adoró a Baalim, y consagró a su hijo a los ídolos. De tal manera que quitó el

altar de bronce que Salomón había hecho, y puso en el Templo de Dios un altar de ídolos, cuyo modelo había recibido de Damasco.

Justamente, pues, fue abandonado por el auxilio del Señor, y se levantaron contra él Rasín, rey de Siria, es decir, Aram, y Facée, hijo de Romelía, rey de Israel en Samaria, y vinieron a Jerusalén para expugnarla (Ibid.). Leemos en el libro de Paralipómenos que el rey Rasín de Damasco, vencido Acaz, trasladó a muchos de Judea a Damasco; y que Facée, hijo de Romelía, rey de las diez tribus que se llamaban Israel y reinaba en Samaria, en un solo día mató a ciento veinte mil hombres de Judá, guerreros, y llevó cautivos a Samaria a doscientos mil mujeres, niños y niñas con infinito botín. Sobre este combate el profeta calló ahora, pero refiere la segunda batalla, cuando, teniendo ya experiencia de su fuerza y victoria, e invitados por la magnitud del botín, vuelven de nuevo a Judea y desean vencer a Jerusalén, y no pudieron, porque el Señor le auxilió, para que bajo la ocasión de la misericordia con la que liberaba al pueblo sitiado, anunciara que su Hijo nacería de una Virgen.

(Vers. 3, 4 et seq.) Y dijo el Señor a Isaías: "Sal al encuentro de Acaz, tú y tu hijo Sear-jasub (Jasub), al extremo del acueducto de la piscina superior, en el camino del campo del batanero. Y le dirás: Mira que estés callado; no temas, y no se acobarde tu corazón ante estas dos colas de tizones humeantes, por la ira del furor de Rasín y de Siria, y del hijo de Romelía, porque Siria ha tomado contra ti un mal consejo, junto con Efraín

y el hijo de Romelía, diciendo: Subamos a Judá, y despertémoslo, y arranquémoslo para nosotros, y pongamos por rey en medio de él al hijo de Tabeel." Esto dice el Señor Dios: "No se mantendrá, y esto no será; sino que la cabeza de Siria es Damasco, y la cabeza de Damasco es Rasín; y aún dentro de sesenta y cinco años Efraín dejará de ser pueblo. Y la cabeza de Efraín es Samaria, y la cabeza de Samaria es el hijo de Romelía. Si no creyereis, no permaneceréis."

Sear-jasub (Jasub), el hijo de Isaías, que se interpreta como "un resto" y "que vuelve", como tipo del pueblo de Judá, que debía ser librado de las manos de dos reyes, recibe la orden de salir con su padre y encontrar al rey Acaz de Judá en el lugar del acueducto de la piscina superior, en el camino del campo del batanero, donde después leeremos que, bajo el rey Ezequías de Judá, estuvo Rabsaces y, por mandato de Senaquerib rey de los asirios, blasfemó contra el pueblo de Dios. A ese lugar salieron los príncipes de la ciudad enviados por Ezequías, como leemos en el libro de los Reyes. Y se le ordena a Acaz (2 Reyes 18), aunque sea un rey impío, por la misericordia del Señor, que guarde silencio y no se aterre, ni se acobarde su corazón, pensando que sufrirá cosas semejantes a las que antes había soportado. Además, llama "dos colas de tizones", es decir, de antorchas humeantes, a Rasín rey de Siria y a Facée hijo de Romelía rey de Samaria, porque en ellos se acabó el reino de Siria —esto es, de Damasco— y el reino de Samaria —esto es, de las diez tribus, que eran llamadas con otro nombre, Efraín. Pues está

escrito (2 Reyes 16) que Tiglat-pileser, rey de los asirios, bajo el rey Acaz subió a Damasco y la devastó, y trasladó a sus habitantes a Cirene, y mató a Rasín. y que Oseas hijo de Ela puso celadas a Facée hijo de Romelía, y lo hirió y lo mató, y reinó en su lugar en Israel durante nueve años; y que vino Salmanasar rey de Asur y sitió a Samaria —que ahora se llama Sebaste— durante tres años; y en el noveno año del reinado de Oseas la tomó, y puso a Oseas encadenado en la cárcel, y trasladó a Israel a los asirios, y los puso en Halah y en Habor junto al río Gozán en las ciudades, o, como los Setenta tradujeron, "en los montes de los medos" (2 Reyes 17).

Pues aunque estos dos reyes malísimos tomaron consejo para subir a Judá, cuya región está situada en los montes, y para despertar a quien estaba quieto y, por así decirlo, durmiendo, y para subyugarlo a su imperio, y para poner sobre él como rey al hijo de Tabeel —que se interpreta como "buen Dios", para indicar o a un hombre con este nombre o a un ídolo—, sin embargo, así dice el Señor Dios: "No se mantendrá este consejo". Sino que, por lo pronto, Damasco será la cabeza de las ciudades de Siria, y en la misma metrópoli Damasco imperará Rasín. Además, en Efraín, por causa de Jeroboam hijo de Nabat, que reinó primero de Efraín, la cabeza será Samaria —esto es, la casa real en la ciudad de Samaria— y la cabeza de Samaria será el hijo de Romelía, esto es, Facée. Pero el reino de las diez tribus, esto es, del pueblo de Efraín, después de sesenta y cinco años dejará de ser. A menos que prestemos atención

a esto con más diligencia, no podrá sostenerse. Pues en el duodécimo año de Acaz hijo de Jotam en la tribu de Judá, reinó Oseas sobre Samaria, y en el noveno año de su imperio fue capturado (2 Reyes 17). Ahora bien, Acaz reinó sobre Judá dieciséis años (2 Reyes 16), y después de su muerte, en el séptimo año de su reinado [de Ezequías], Oseas fue capturado y Samaria destruida, y todo el pueblo fue trasladado a los medos; de modo que si quisiéramos poner dieciséis años de Acaz y siete de Oseas [dentro del reinado de Ezequías], se harían veintitrés años, o a lo sumo veinticuatro; ¿y dónde estarán los sesenta y cinco años en los que se dice que el reino de Israel ha de terminarse?

Por tanto, los hebreos explican este pasaje de este modo: que Amós, que comenzó a profetizar bajo Ozías, cuando también Isaías tuvo el comienzo de su profecía, profetizó primero contra Israel, diciendo: "Israel será llevado cautivo de su propia tierra" (Amós 7:11, 17). También existe el título de su profecía contra Samaria; y comenzó a profetizar en los días de Ozías rey de Judá, dos años antes del terremoto, el cual afirman que ocurrió en aquel tiempo en que Ozías, entrando en el Templo de Dios, reclamó para sí el sacerdocio, y la tierra fue herida, y las cenizas del altar se derramaron, y el mismo rey fue herido de lepra (2 Crónicas 26). Afirman que era el vigésimo quinto año de Ozías cuando estas cosas ocurrieron, de los cuales los años restantes son veintisiete. Pues Ozías reinó cincuenta y dos años (2 Reyes 15), después de él reinó su hijo Jotam dieciséis años,

y su hijo Acaz otros dieciséis años; después del cual reinó Ezequías, en cuyo sexto año de imperio fue tomada Samaria, y así se completan juntos sesenta y cinco años (2 Reyes 16). Prediciendo el Señor estas cosas por el profeta, tanto Acaz como el pueblo no creyeron los sucesos futuros. Por lo cual se añade: "Si no creyereis, no permaneceréis", como tradujo Símaco —esto es, tampoco vosotros permaneceréis en vuestro reino, sino que seréis llevados al cautiverio, sufriendo las penas de aquellos cuya infidelidad imitasteis. O ciertamente, según los Setenta: "no entenderéis". Y el sentido es: porque no creéis las cosas que el Señor dice que sucederán, no tendréis entendimiento.

Estas cosas hemos dicho según la historia. Por lo demás, según la tropología comenzada, debe considerarse que a Isaías se le ordena salir al encuentro del rey impío, saliendo de su lugar, no al principio del acueducto, sino en los términos extremos de la piscina superior, que estaba en el campo del batanero, donde se purgaban las suciedades y las manchas. Pues aunque Acaz reinaba sobre Judá, sin embargo, porque era impío, permanecía en los términos extremos de la piscina superior. Por tanto, Dios no se compadece tanto del rey, a quien juzgaba indigno de la salvación, sino de su pueblo. Además, como dijimos antes, llama "dos colas de tizones humeantes" a la sabiduría secular y al discurso herético, cuyo fin es el incendio. Estos en vano tomaron consejo para subir contra Judá, y capturarlo como descuidado y durmiendo, y unirlo a sus errores, y poner

sobre él como rey al hijo de Tabeel, esto es, "buen Dios." Pues cada adversario piensa que la verdad está con él, y que la mejor doctrina está con él. Finalmente, el hereje Marción piensa que Cristo es hijo del "buen Dios" —esto es, de otro — y no del "justo" de quien son estos Profetas, al cual llama sanguinario, cruel y juez. Mientras ellos dicen estas cosas, el Señor amenaza con que no se mantendrá el consejo de ellos, sino que, por lo pronto, mientras este mundo esté en pie, tanto aquellas cosas que son del mundo dominen en sus términos y en sus ciudades. Pero cuando llegue el tiempo de la consumación —esto es, los sesenta y cinco años— y tanto las cosas del mundo que fueron hechas en seis días como todas las que pertenecen a los cinco sentidos hayan recibido su fin, entonces todo ha de disolverse, lo cual los gentiles y los herejes no creen que sucederá, y por la infidelidad no entienden lo que se dice.

(Vers. 10, 11.) Y añadió el Señor a hablar a Acaz, diciendo: "Pide para ti una señal del Señor tu Dios, en lo profundo del infierno, o en lo alto de arriba." El que antes había hablado por el profeta a Acaz, "Mira que estés callado, no temas," y lo demás —puesto que él [Acaz] no creía, y por tanto no entendía— ahora Él mismo habla a Acaz, para que al menos, aterrado por la autoridad del Señor, reciba lo que se dice. "Porque," dice, "te parece difícil que reinos poderosísimos hayan de acabarse en breve tiempo, y que tú con tu pueblo seas librado de un gran peligro; pide para ti una señal, de ningún modo de los ídolos por cuyo error eres retenido, sino del Señor tu Dios que

te promete auxilio; y la misma señal es de tu elección de dónde la pidas, ya sea de lo profundo o de lo alto." Aunque solo los Setenta dijeron esto [simplemente "profundo"], los demás tradujeron con más significado según el hebreo, "de lo profundo del infierno." Por tanto, así como "profundo" significa el infierno, así debemos entender "alto" como por encima de los cielos, para que cuando hayas recibido una señal del infierno o de lo alto, creas las cosas futuras que he dicho. "¿Quieres," dice, "que se parta la tierra y se abran con una gran abertura las regiones inferiores, que se dicen estar en el corazón de la tierra; o que se abran los cielos?" Lo cual ambos pertenecen al tipo de la muerte del Señor y su ascensión: "Pues el que descendió es el mismo que también ascendió" (Efesios 4:10). Y leemos en el Apóstol: "No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? esto es, para hacer bajar a Cristo. O: ¿Quién descenderá al abismo? esto es, para hacer volver a Cristo de entre los muertos" (Romanos 10:6, 7). Y en otro lugar, disputando sobre Cristo, dice: "Cuál sea la anchura, y la longitud, y lo alto, y lo profundo de la sobreeminente ciencia y amor de Cristo" (Efesios 3:18). Esto en cuanto pertenece a los entendimientos místicos.

Por lo demás, también Moisés recibió señales de la tierra, sobre las cuales leemos en los Salmos: "Envió señales y prodigios en medio de ti, Egipto" (Salmo 135:9) —ranas, langostas, cinifes y la mosca del perro; y del cielo, granizo y fuego y tres días de tinieblas. Yo también creo que Ezequías, cuando el sol retrocedió diez líneas, recibió una

señal del cielo (2 Reyes 20); y Josué hijo de Nun en Gabaón y Ayalón, al estar quietos el sol y la luna (Josué 10). Muchos piensan que Saúl recibió una señal de la tierra, y de lo profundo del infierno, cuando pareció haber resucitado a Samuel por encantamientos y artes mágicas (1 Samuel 28). Pero también el profeta Jonás, librado del abismo y de lo profundo y de las fauces de la muerte, dio y recibió una señal del infierno (Jonás 2). He leído en los comentarios de alguien que este pasaje fue adelgazado por la alegoría, para que entendiera lo "profundo" y lo "alto" como *aisthēta* y *noēta*, que nosotros podemos llamar "sensibles" e "inteligibles", de los cuales uno se refiere a los sentidos y el otro a la mente y la razón. También interpreta "la virgen" como el alma que no está corrompida por ninguna conciencia de pecado, y puede engendrar de sí al Emmanuel, "Dios con nosotros" —esto es, la palabra presente de Dios. Pero nosotros no comemos la carne cocida del cordero (Éxodo 12), sino asada, y tal que pueda secar en nosotros todas las pituítas de los placeres, no sea que descuidemos el sacramento de nuestra fe mientras sabemos más de lo que conviene saber.

(Vers. 12.) Y dijo Acaz: "No pediré, y no tentaré al Señor." No es por humildad, sino por soberbia, que no quiere pedir una señal al Señor. Pues aunque esté escrito en el Deuteronomio: "No tentarás al Señor tu Dios" (Deuteronomio 6:16), y el Salvador haya usado este testimonio contra el diablo (Mateo 4): sin embargo, habiéndosele ordenado que pidiera, debió cumplir el precepto en

obediencia, especialmente cuando tanto Gedeón como Manué pidieron y recibieron una señal (Jueces 6 y 13). Aunque, según la ambigüedad de la palabra hebrea en la que está escrito *ULO ENASSE ADONAI*, y todos tradujeron de modo semejante "no tentaré al Señor," podría leerse "no exaltaré al Señor." Pues sabía el rey impío que si pedía una señal, la recibiría, y el Señor sería glorificado. Por tanto, como adorador de ídolos, que en todas las esquinas de las plazas y en los montes y en los bosques sombríos había establecido aras, y en lugar de levitas tenía a fanáticos, no quiere pedir la señal que se le ordenó.

(Vers. 13.) Y dijo: "Oíd, pues, casa de David: ¿Os parece poco ser molestos a los hombres, que sois molestos también a mi Dios?" ¿Quién es este que dijo: "Oíd, pues, casa de David"? De ningún modo Dios, que arriba había dicho a Acaz: "Pide para ti una señal del Señor tu Dios"; sino el Profeta, como se comprueba por lo que sigue: "Porque sois molestos también a mi Dios." Y el sentido es: porque no solo perseguís a los profetas y despreciáis sus dichos, sino que también contradecís la sentencia de Dios presente y mandante; de modo que le causáis fatiga a Aquel que en otro lugar dice: "He trabajado sosteniendo" (Isaías 1:14). Por lo tanto, el Señor hará lo que sigue. En lugar de "trabajo" y "molestia", que tradujeron Áquila y Símaco, los Setenta y Teodoción interpretaron "agonía", esto es, "lucha" y "certamen", porque los contenciosos no someten el cuello a la servidumbre del Señor, sino que, queriendo Él curar sus heridas, rechazan la sanidad. Y debe notarse esto: que al

no querer el rey impidísimo Acaz pedir una señal, el sermón profético se dirige a la casa de David, esto es, a la tribu real, de la cual leímos arriba: "Y anunciaron estas cosas a la casa de David, diciendo: Se han aliado Siria y Efraín."

(Vers. 14.) Por tanto, el mismo Señor os dará una señal. He aquí que una Virgen concebirá y parirá, y llamarás su nombre Emmanuel. De ningún modo "en múltiples partes", según el apóstol Pablo, y "en muchos modos" hablará Dios (Hebreos 1); ni según otro profeta (Oseas 12), será asimilado "en las manos de los profetas"; sino que Aquel que antes hablaba por medio de otros, dirá Él mismo: "Aquí estoy" (Isaías 58). Sobre lo cual también la Esposa pedía en el Cantar de los Cantares: "Béseme con el beso de su boca" (Cantar 1:2). Pues el Señor de las virtudes es Él mismo el rey de la gloria (Salmo 24:10); Él mismo descenderá al útero virginal, e ingresará y saldrá por la puerta oriental que siempre está cerrada (Ezequiel 44); sobre la cual Gabriel dice a la Virgen: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te sombreará; por tanto, lo santo que nazca en ti será llamado Hijo de Dios" (Lucas 1:35). Y en los Proverbios: "La Sabiduría se ha edificado una casa" (Proverbios 9:1).

Ahora bien, cuando se dice: "El mismo Señor os dará una señal", debe ser algo nuevo y admirable. Pues si una joven o muchacha, como quieren los judíos, y no una virgen pare, ¿qué clase de señal podrá llamarse, siendo este un nombre de edad y no de integridad? Y en verdad, para trabar combate con los judíos, y de ningún modo

ofrecerles con una cuerda contenciosa la risa de nuestra ignorancia, a la virgen en hebreo se le llama BETHULA, la cual no se escribe en el presente pasaje; sino que en lugar de esta palabra se ha puesto ALMA, que todos excepto los Setenta tradujeron como "jovencita" (adolescentula). Además, ALMA es entre ellos una palabra ambigua: pues se dice tanto de la "jovencita" como de la "escondida", esto es, apokryphos. De donde también en el título del salmo noveno, donde en el hebreo se ha puesto ALAMOTH, los demás Intérpretes tradujeron "por la juventud", lo que los Setenta interpretaron "por las cosas escondidas". Y leemos en el Génesis donde Rebeca es llamada alma (Génesis 24), que Áquila tradujo no "jovencita" ni "muchacha", sino "escondida". También la mujer sunamita, habiendo perdido a su hijo, cuando se había postrado a los pies de Eliseo y Guejazí se lo prohibía, oyó del Profeta: "Déjala, porque está en dolor, y el Señor me lo ha escondido" (2 Reyes 4:27). Por lo que se dice en latín "me lo ha escondido", en hebreo está escrito EELIM MEMMENNI. Por tanto, alma significa no solo "muchacha" o "virgen", sino que con énfasis (epitasis) se dice de la "virgen escondida y secreta", que nunca haya estado expuesta a las miradas de los varones, sino que haya sido custodiada con gran diligencia por sus padres. También la lengua púnica, que se dice manar de las fuentes de los hebreos, llama propiamente alma a la virgen. Y para ofrecer risa a los judíos, en nuestra propia lengua "alma" significa "santa". Y los hebreos usan palabras de casi todas las len-

guas: como aquello en el Cantar de los Cantares (3:9) del griego phoreion, esto es, "litera", que Salomón se hizo para sí, lo cual también leemos así en hebreo. También llaman a las "naderías" (nugas) y a la "medida" del mismo modo y con los mismos sentidos. Y por cuanto lucho con mi memoria, nunca creo haber leído alma referido a una mujer casada, sino a aquella que es virgen: de modo que no solo sea virgen, sino virgen de edad temprana y en los años de la adolescencia. Pues puede suceder que una virgen sea anciana, pero esta virgen estaba en sus años de muchacha. O ciertamente virgen, no una niña pequeña, y que aún no pudiera conocer varón, sino ya núbil. Finalmente, en el Deuteronomio (22:25 ss.) bajo el nombre de muchacha y jovencita se entiende la virgen: "Si hallare", dice, "un hombre en el campo a una muchacha desposada, y forzándola durmiere con ella, mataréis solo al hombre que se acostó con ella, y a la muchacha no le haréis nada; no hay en la jovencita pecado de muerte. Porque como si alguien se levantara en acechanza contra su prójimo y matara su alma, así sucedió este asunto. En el campo la halló; clamó la muchacha desposada, y no se halló quien la auxiliara." Y en el libro de los Reyes leemos (1 Reyes 1) que buscaron a una muchacha virgen de nombre Abisag, y la introdujeron ante el rey para que durmiera con él y lo abrigara; y era la muchacha hermosa en extremo, y le ministraba, y el rey no la conoció.

Y lo que sigue: "Y llamarás su nombre Emmanuel", tanto los Setenta como los otros tres tradujeron de modo semejante; en lugar de lo cual

en Mateo está escrito "llamarán", lo cual no se encuentra en el hebreo. Por tanto, este niño que nacerá de la Virgen, oh casa de David, sea ahora llamado por ti Emmanuel, esto es, "Dios con nosotros", porque probarás por los hechos mismos, habiendo sido librada de dos reyes enemigos, que tienes a Dios presente; y el que después será llamado Jesús, esto es, "Salvador", por cuanto ha de salvar a todo el género humano, sea llamado ahora por ti con el vocablo de Emmanuel. La palabra CARATHI, que todos interpretaron "llamarás", puede entenderse también como "llamará": es decir, que la misma Virgen que concebirá y parirá llamará a Cristo con este nombre. En muchos testimonios que los Evangelistas o los Apóstoles tomaron de los libros antiguos, debe observarse con mayor curiosidad que no siguieron el orden de las palabras, sino el sentido. De donde también en el presente lugar, en lugar de "concebirá en el útero", Mateo puso "tendrá en el útero" (Mateo 1:23); y en lugar de "llamarás", "llamarán".

Los hebreos piensan que esto se profetiza sobre Ezequías hijo de Acaz, porque reinando él fue capturada Samaria; lo cual de ningún modo puede probarse. Puesto que Acaz, hijo de Jotam, reinó sobre Judá y Jerusalén dieciséis años (2 Reyes 16); al cual sucedió en el reino su hijo Ezequías, de veinticinco años de edad, y reinó sobre Judá y Jerusalén veintinueve años. ¿Cómo, pues —aunque concedamos que esta profecía se le hizo a Acaz en su primer año—, se dice de la concepción y el nacimiento de Ezequías, si en aquel tiempo

en que Acaz comenzó a reinar Ezequías ya tenía nueve años? A menos que quizá digan que el sexto año del reinado de Ezequías, en el que fue tomada Samaria, se llame su "infancia", no de edad, sino de imperio. Lo cual es evidente incluso para los necios que es forzado y violento. Cierto autor de los nuestros sostiene que el profeta Isaías tuvo dos hijos, Jasub y Emmanuel; y que Emmanuel fue engendrado de su mujer la profetisa, como tipo del Señor Salvador: de modo que el primer hijo Jasub, que se interpreta "resto" o "que vuelve", signifique al pueblo judío, que fue dejado y que después ha de volver. Pero el segundo, esto es, Emmanuel y "Dios con nosotros", la vocación de las naciones después de que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

(Vers. 15.) Manteca y miel comerá, para que sepa reprobar el mal y elegir el bien. En lugar de lo cual los Setenta tradujeron: "antes que sepa"; y lo que sigue, "tomar el mal", no se encuentra en el hebreo. Y el sentido es: Oh casa de David, a quien se ordena por la palabra de Dios que llames —esto es, invoques— en el peligro el nombre de Emmanuel, esto es, "Dios con nosotros"; no te maravilles por la novedad de la cosa si una Virgen pare a Dios, quien tiene tan gran poder que, habiendo de nacer mucho tiempo después, te libera ahora al ser invocado; pues Él es quien se apareció a Abraham y habló con Moses. Diré otra cosa más admirable: para que no pienses que ha de nacer en un fantasma, usará los alimentos de la infancia; comerá manteca y leche [o miel]. Y aunque muchos siglos después el Evangelista

testifique de Él: "El niño crecía en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y los hombres" (Lucas 2:52); y esto se diga para que se apruebe la verdad del cuerpo humano; sin embargo, aún envuelto en pañales y alimentado con manteca y miel, tendrá el juicio del bien y del mal, para que reprobando lo malo, elija lo bueno. No que hiciera esto, o reprobara, o eligiera; sino que "supiera" reprobar y elegir, para que por estas palabras sepamos que la infancia del cuerpo humano no perjudicó a la sabiduría divina. Finalmente, los Ángeles anuncian a los pastores que yace en el pesebre; los Magos lo adoran viniendo del Oriente, quienes ciertamente debe creerse que fueron elegidos. Y por el contrario, Herodes, los Escribas y los Fariseos son reprobados (Mateo 2), porque por causa de un solo infante degollaron a muchos miles de párvulos.

(Vers. 16.) Porque antes que el niño sepa reprobar el mal y elegir el bien, la tierra que tú detestas será abandonada ante la faz de sus dos reyes. En el sexto año del imperio de Ezequías fue tomada Samaria por los asirios (2 Reyes 18), esto es, en el trigésimo primer año de su propia edad. Así, pues, este que ha de nacer —ya sea de la Virgen, como nosotros probamos, o de la jovencita, como quieren los judíos— comerá manteca y miel, y será tan pequeño que no podrá discernir lo malo de lo bueno, y antes de que pase el tiempo de la infancia, la tierra de Siria y Samaria ha de ser devastada por los asirios: respondan los hebreos cómo se predica que Ezequías es un infante a los treinta y un años, y de edad tan ruda que,

comiendo miel y manteca, al igual que los niños ninivitas, no conoce ni la izquierda ni la derecha, esto es, ni el mal ni el bien. Pero referido a Emmanuel, que se interpreta "Dios con nosotros", tendrá una fácil inteligencia: que por el misterio y la invocación de su nombre la tierra de Siria y de Samaria sea devastada por el predominio asirio, y la casa de David sea librada de los dos reyes a quienes teme, a saber, Rasín y Facée.

(Vers. 17.) Traerá el Señor sobre ti, y sobre tu pueblo, y sobre la casa de tu padre, días que no han venido desde los días de la separación de Efraín de Judá, con el rey de los asirios. Este pasaje debe leerse por hipérbaton. Finalmente, nosotros también, siguiendo la verdad hebrea, lo interpretamos así: Oh casa de David, escucha lo que digo, para que sea abandonada la tierra de Siria y de Samaria ante la faz de los dos reyes a quienes tú temes vehementísimamente; traerá el Señor días sobre ti y sobre la casa de tu padre David, cuales nunca tuviste desde aquel tiempo en que las diez tribus se separaron de las dos tribus y comenzaron a tener reino en Samaria. Pero traerá estos días, esto es, tiempos, con el rey de los asirios, para que superados y subvertidos aquellos, seas librada por la presencia de Emmanuel. Los Setenta vertieron este pasaje así: "Traerá el Señor sobre ti, y sobre tu pueblo, y sobre la casa de tu padre, días que aún no han venido, desde el día que quitó a Efraín de Judá, el rey de los asirios." Qué sentido tenga esto no podemos saberlo, a menos que quizá deba decirse esto: que por la magnitud de sus pecados Efraín —esto es, Samaria— hizo

primero declinar hacia sí el ímpetu de los asirios. De otro modo: Por lo pronto, ahora los dos reyes Rasín y Facée, que te asedian y se apresuran a devastarte, serán subvertidos en poco tiempo; pero aquel tiempo de tu devastación vendrá cuando, lo que nunca habías esperado —más aún, nunca habías temido—, venga el asirio. Por lo cual enseña a la casa de David que no a Siria y Samaria, sino a los asirios se debe temer. Por tanto, libra del temor presente y amenaza sobre el tiempo futuro.

(Vers. 18, 19). Y será en aquel día: silbará el Señor a la mosca que está en el extremo de los ríos de Egipto, y a la abeja que está en la tierra de Asur; y vendrán, y descansarán todas en los torrentes de los valles, y en las cavernas de las peñas, y en todos los matorrales, y en todos los agujeros. Cuando haya sido desertada la tierra de los dos reyes, Damasco y Samaria, a la cual tú ahora detestas y temes, entonces traerá el Señor, oh casa de Judá, sobre ti y sobre tu pueblo días que nunca antes viste, y al rey de los asirios. En vano, pues, temes las cosas presentes, tizones medio quemados que no tienen fuego alguno en su interior; pues debes saber que el Señor, con su silbido, ha de llamar a las moscas de Egipto y de sus ríos —sin duda refiriéndose a los siete brazos (diōrychas) del Nilo— y a la abeja que está en la tierra de Asur. Llama "moscas" a los egipcios por las suciedades de su idolatría y por ser un pueblo poco belicoso; y "abeja" a los asirios, cuyo reino en aquel tiempo era poderosísimo y muy pronto para las guerras; o bien por esto, porque casi toda la región de los asirios y de Persia

tenía el uso de las flechas. Estos, pues, y todos vendrán y ocuparán tu tierra en los torrentes de los valles, y en las cavernas de las peñas, y en todos los matorrales, y en los agujeros y bosques sombríos. Ahora bien, estas cosas se dicen por metáfora para que, habiendo nombrado una vez a las moscas y a las abejas, conservara la traslación en lo demás. Leamos los libros de los Reyes y de los Paralipómenos, y hallaremos que por los egipcios fue muerto el santo rey Josías, y el pueblo de Israel fue subyugado a la potestad egipcia (2 Reyes 23; 2 Crónicas 35), de modo que les constituyó un rey. Y después de no mucho tiempo, vino Nabucodonosor con una innumerable multitud de guerreros, y capturada Jerusalén y destruidas las demás ciudades de Judea, incendió el Templo y puso habitantes asirios en Judea (2 Reyes 24).

(Vers. 20.) En aquel día afeitará el Señor con navaja alquilada, con los que están al otro lado del río, con el rey de los asirios, la cabeza y los pelos de los pies y la barba entera. Algunos piensan que estas cosas se profetizan sobre los asirios —quienes por mil trescientos años, antes de que subvirtieran a Jerusalén, poseyeron el reino de Asia, Egipto y Libia—, que han de ser vencidos por los medos y persas y su imperio destruido. Otros, en cambio, consideran que los egipcios fueron muertos al otro lado del río Éufrates. Nosotros, sin embargo, consideramos que la navaja alquilada por precio es el mismo asirio, a quien en Jeremías, por la venganza del pueblo pecador, llama incluso su paloma (Jeremías 25). Finalmente, también en la visión de Tiro (Ezequiel 29), porque

Nabucodonosor había trabajado muchísimo en la construcción de fortificaciones y en el acarreo de terraplenes, y al huir ellos por la flota había sido privado de su paga, le fue dado Egipto como paga y por su trabajo. Por lo tanto, con esa navaja acutísima, y con los que habitan al otro lado del río Éufrates, a saber, en el rey asirio, afeitará el Señor de Judea todos los cabellos y los pelos de todo el cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, y el decoro de la barba, que es indicio de virilidad, para que nada fuerte, nada hermoso resida en ella, sino que sean comparados con hombres afeminados, más aún, con mujeres ignominiosas.

(Vers. 21 ss.) Y será en aquel día: un hombre criará una vaca de bueyes y dos ovejas; y por la abundancia de leche comerá manteca; pues manteca y miel comerá todo el que haya sido dejado en medio de la tierra. Y será en aquel día: todo lugar donde haya habido mil vides por mil siclos de plata, será para espinas y abrojos. Con saetas y arco entrarán allí; pues abrojos y espinas habrá en toda la tierra. Y a todos los montes que serán escardados con escardillo, no llegará allí el terror de las espinas y de los abrojos; y servirá para pasto de bueyes y para ser hollado por el ganado.

Después de la subversión de Jerusalén y el cautiverio del pueblo y el incendio del Templo, Nabuzardán, el jefe de la milicia —a quien los Setenta llaman archimageiros [jefe de cocina]—, dejó a unos pocos del pueblo, y a ellos pobres, en la tierra para que cultivaran las viñas y los campos. Finalmente, Godolías, que les había sido puesto al frente al quedar de la estirpe real, los

exhorta y dice: "No temáis a los caldeos; habitad en la tierra y servid al rey de Babilonia, y os irá bien" (2 Reyes 25:24). En aquel día, pues —esto es, en aquel tiempo en que todos los recursos de los judíos hayan sido trasladados a Caldea—, habrá tal soledad en la tierra de Judea, y una vastedad tan increíble, que de ningún modo tendrán hatos de bueyes ni rebaños de ovejas como antes solían tener; sino que apenas un raro habitante podrá criar una vaca y dos ovejas, no para arar, sino para alimento y vestido de leche y lana. Pues por la falta de trigo y de todo lo que la tierra produce para comer, se alimentarán de leche y manteca y miel silvestre. Y lo que dice: "Por la abundancia de leche comerá manteca", significa esto: que la tierra, por la rareza de cultivadores, es más fértil y más apta para pastos. En aquel tiempo, por la escasez de hombres, habrá tal falta de vino en las viñas desiertas —que por el temor al enemigo de ningún modo serán podadas—, que cada vid apenas podrá comprarse por sendos siclos de plata. Pues toda la tierra se convertirá en abrojos y espinas; y será tanto el temor, ensañándose las espadas por todas partes, que nadie se atreva a visitar su propio campo sin arco y saetas; y abandonados los lugares llanos, huyen a los montañosos, y allí, protegidos por la dificultad de los lugares, apenas excavan con la mano los ásperos montes, porque no tendrán bueyes, arados ni rejas. Si, pues, en alguna parte se hallara un raro cultivador en los montes, de allí sustentarán una vida miserable. Lo demás, sin embargo, quedará abierto para pastos y será hollado por animales

brutos sin guardián alguno. ¡Ojalá no supiéramos que estas cosas suelen suceder después de un cautiverio! Pero ahora una gran parte del mundo romano es semejante a lo que antes fue Judea; lo cual no creemos que haya sucedido sin la ira de Dios, quien de ningún modo venga el desprecio de sí mismo por medio de asirios y caldeos, sino por medio de gentes fieras, y antes para nosotros desconocidas, cuyo rostro y habla es terrible, y que ostentando rostros afeminados e incisos (entiende a los godos, que se afeitaban la barba), atraviesan las espaldas fugitivas de hombres bien barbados.

Sé que he leído en estos lugares una tropología amplísima e intrincada: que todo lo que hemos discutido según la historia les sucedió espiritualmente a los judíos, que apenas tienen una vaca y dos ovejas —a saber, animales limpios—, de modo que de ningún modo se alimentan con comida sólida, sino con la leche de la infancia, y comen la miel de las palabras que destila de los labios de una mujer meretriz; y no tienen vino, que alegra el corazón del hombre; sino que todas sus obras se convierten en espinas, de modo que son heridos por los adversarios que disparan en la oscuridad a los rectos de corazón (Salmo 11). Y si alguna vez quisieran saber algo más profundo, y sudando con excesivo trabajo encontrar algo místico de las Sagradas Escrituras, sin embargo no producen frutos de doctrina, sino que se llenan de abrojos y espinas, las cuales nacen en las manos de un borracho. Y de ningún modo sea su tierra y doctrina hollada por hombres, animales

racionales, sino por bueyes, de los cuales Dios no tiene cuidado, y por animales brutos.

(Cap. VIII.—Vers. 1-4.) Y dijo el Señor a mí: "Toma para ti un libro grande, y escribe en él con estilo de hombre: 'Velozmente quita los despojos, apresúrate a saquear'." Y me busqué testigos fieles, al sacerdote Urías y a Zacarías hijo de Berequías [Baraquías]; y me acerqué a la profetisa, y concibió y parió un hijo. Y dijo el Señor a mí: "Llama su nombre: 'Acelera, quita los despojos, apresúrate a saquear'; porque antes que el niño sepa llamar a su padre y a su madre, será quitada la fortaleza de Damasco y los despojos de Samaria ante el rey de los asirios."

Los Setenta, en lugar de "libro grande", interpretaron "libro nuevo y grande". Y por lo que se tiene en el hebreo, "me busqué testigos fieles", dijeron: "pues está presente, y hazme testigos a hombres fieles". Y por "sacerdote Urías", solo "Urías"; lo demás de modo semejante. Primero el Profeta fue enviado a Acaz (Isaías 7), para que le predijera lo que la Escritura conmemora; y no queriendo él oír, el mismo Señor habla a Acaz y le mandó que pidiera para sí una señal en lo profundo o en lo alto. Al responder él: "No pediré y no tentaré al Señor", despedido el rey impío, las palabras de Dios se dirigen a la casa de David, y se le promete una Virgen que parirá un hijo cuyo nombre sea Emmanuel, esto es, "Dios con nosotros". El cual, si fuera invocado con frecuencia, Samaria y Siria serían subvertidas; subvertidas, sin embargo, por el rey de los asirios, quien también después ha de capturar al mismo Judá, de

modo que toda la tierra de Judea se convierta en soledad.

Por tanto, de nuevo bajo otra figura se describe el parto virginal. Y dijo el Señor al Profeta que de ningún modo manifieste a los pueblos el arcano del nuevo nacimiento, sino que lo escriba en ese gran volumen que ahora leemos. Y para que sea más admirable, comprenda los sacramentos de Dios con palabras humanas y con el estilo con que los hombres suelen escribir. ¿Qué es aquello que se escribe con estilo humano? "Que el niño nacido velozmente quite los despojos y se apresure a saquear", esto es, que no permita más que reine el diablo; ni envíe Ángeles ni Profetas, sino que Él mismo descienda para salvar a sus criaturas. Hace, pues, el Profeta lo que se le mandó, y se busca dos testigos fieles: al sacerdote Urías, que es doctor de la ley —diciendo Malaquías: "Los labios del sacerdote custodiarán la ciencia, y la ley requerirán de su boca, porque es el Ángel [mensajero] del Señor de los ejércitos" (Malaquías 2:7) — y a Zacarías hijo de Baraquías, de quien no hay duda que fue Profeta. Leemos que, reinando Acaz, Urías fue sacerdote del Templo del Señor (2 Reyes 16), a quien Acaz mandó que hiciera un altar semejante al altar de Damasco. Y el libro de los Días [Paralipómenos] narra (2 Crónicas 26/29) que Ezequías hijo de Acaz buscó al Señor en los días de Zacarías, instruido en el temor de Dios. Ahora bien, Isaías se mostró digno del espíritu profético y se acercó a la profetisa — esto es, al Espíritu Santo, que en la lengua hebrea se llama con género femenino RUA [Ruach]—,

según aquello que está escrito: "Acercaos al Señor y sed iluminados" (Salmo 34:6). Por el Espíritu Santo, pues, fue concebido el Señor. Y aunque el lenguaje humano no pueda explicar los misterios de su nacimiento, sin embargo Gabriel habla a la misma Virgen que concibió: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te sombreará; por tanto, lo santo que nazca de ti será llamado Hijo de Dios" (Lucas 1:35). Algunos interpretan que la profetisa es santa María, de quien no hay duda que fue profetisa; pues ella misma habla en el Evangelio: "He aquí que desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque me ha hecho cosas grandes el que es poderoso" (Lucas 1:48, 49), y lo demás. Y se le manda a Isaías que al mismo niño que antes se llamaba Emmanuel, ahora lo llame "acelera, quita los despojos, apresúrate a saquear". Pues "subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad; recibió dones para los hombres" (Salmo 68:18; Efesios 4:8). Y antes de que asumiera el cuerpo humano y, según la infancia, llamara padre a Dios y madre a María, será quitada la fortaleza de Damasco y los despojos de Samaria por el rey de los asirios; para que, aún no nacido, salvara a su pueblo, la casa de David, con la sola invocación. "Urías" se interpreta como "luz del Señor"; "Zacarías" como "memoria del Señor"; y "Baraquías" como "bendición del Señor"; con cuyos testigos se comprueba el nacimiento de Cristo. Pues Él mismo en el Evangelio, a los dos que iban a Emaús (Lucas 24), comenzando por Moisés y los Profetas, explicó que todos habían profetizado

sobre Él. Según la tropología: en el alma virginal y manchada por ninguna suciedad, la palabra de Dios concebida del Espíritu Santo velozmente quita los despojos de las potestades adversas y hace que todo le sirva. Y como ahora "ve en parte" y "profetiza en parte" (1 Corintios 13), antes de que pueda ser perfecto y con mérito llamar Padre a Dios y madre a su Jerusalén celestial, estando aún en la infancia y en el progreso, vencerá la fortaleza de Damasco —a saber, la doctrina de la sabiduría secular— y quitará los despojos de Samaria, con los que los herejes despojaron a la Iglesia, diciendo: "No tenemos parte en David, ni heredad en el hijo de Jesé" (1 Reyes 12:16), estando presente el mismo rey de los asirios, el diablo, que no podrá auxiliarlos. Tales hijos engendran no solo María a los Profetas, Virgen perpetua, sino también las santas mujeres a los patriarcas: Sara, que se interpreta archousa, esto es, "princesa"; y Rebeca, que en nuestra lengua suena a "paciencia".

(Vers. 5 ss.). Y añadió el Señor a hablarme todavía, diciendo: "Por cuanto desechó este pueblo las aguas de Siloé, que van con silencio, y tomó más bien a Rasín y al hijo de Romelía; por esto, he aquí que el Señor traerá sobre ellos las aguas del río, fuertes y muchas, al rey de los asirios y toda su gloria; y subirá sobre todos sus arroyos, y fluirá sobre todas sus riberas. E irá por Judá inundando, y pasando llegará hasta el cuello; y será la extensión de sus alas llenando la anchura de tu tierra, oh Emmanuel."

Había dicho arriba que la fortaleza de Damasco y los despojos de Samaria habían de ser quitados ante la vista del rey de los asirios, y que los dos reyes, combatiendo el asirio, habían de ser capturados. Ahora Dios habla al Profeta con el carácter habitual de las Escrituras, por la metáfora de la fuente de Siloé de Jerusalén y del río asirio violentísimo, el cual inunda toda la tierra de Israel con sus aguas y sale de las riberas de su cauce, y es llevado con tanto ímpetu que, después de haber ocupado la tierra de las diez tribus, llega hasta Judá y, pasando, alcanza hasta el cuello; por lo cual significa una cautividad cercana. Pues Judá no fue capturada entonces, sino que, subyugadas todas las ciudades de las dos tribus, sola quedó Jerusalén, la cual fue librada por la increíble misericordia de Dios. Por lo tanto, la potencia del asirio y de su innumerable ejército, que había descrito bajo la inundación de un río, ahora la muestra por otra metáfora: que con sus alas —esto es, sus jefes e infinita multitud— cubrió la tierra de Emmanuel, esto es, del Dios que la defiende; pero sin embargo no la poseyó, aunque "Emmanuel" es unido por los Setenta al capítulo siguiente, no con nombre propio como se llama entre los hebreos, sino interpretado, esto es, "Dios con nosotros". Ahora bien, no podemos dudar —especialmente nosotros que habitamos en esta provincia— que Siloé es una fuente a las raíces del monte Sión, la cual no brota con aguas perpetuas, sino en ciertas horas y días, y viene por los cóncavos de la tierra y antros de piedra durísima con un gran sonido.

Y el sentido es: porque el pueblo de las diez tribus quiso más bien estar sujeto a Rasín y al hijo de Romelía —esto es, a los reyes de Damasco y Samaria— que a la estirpe de David, la cual comenzó a reinar por mi juicio, haré que sirva de ningún modo a estos reyes que tomó, sino al rey asirio, cuya potencia al ocupar la tierra de Samaria se compara con la inundación de un río. Y se hace una apostrofe a Emmanuel, esto es, al Dios presente, porque en tanto se erigió el asirio que incluso intentó poseer su tierra, Judá.

Según la anagogía: todo hereje que haya unido a su auxilio la sabiduría secular y haya querido impugnar a Jerusalén —esto es, a la Iglesia—, abandonando las aguas de la fuente de Siloé (Juan 9), que se interpreta "enviado" y que salta para la vida eterna, será entregado al príncipe de los asirios (sobre cuyo gran sentido hemos de leer en lo posterior), a cuya potestad habiendo sido entregado, vendrá a lo profundo de los pecados. Pues es de tanta arrogancia que se atrevió a mostrar al Salvador todos los reinos de la tierra y decir: "Todo esto me ha sido entregado" (Mateo y Lucas 4). Intentará también entrar en Judá, esto es, en la casa de la confesión, y frecuentemente por medio de aquellos que son negligentes en la Iglesia llegará hasta el cuello, deseando sofocar a los que creen en Cristo, y extenderá sus alas llenando toda la región de Emmanuel; pero no podrá obtenerla, porque tiene Judá al Dios presente. Leemos en el Evangelio según Juan (Juan 9) que al ciego de nacimiento —cuyos ojos el Señor había ungido con lodo hecho de su saliva

— lo envió a las aguas de Siloé, con las cuales habiendo lavado el ciego el lodo, borrada la ceguera, recibió la clara luz de sus ojos; lo cual, después de la magnitud de la señal, indica que la ceguera de los judíos y de todo incrédulo no puede sanarse de otro modo sino por la doctrina de las aguas de Cristo, la cual fluye suavemente sin el estrépito ni el clamor de las palabras, para que se ahuyenten las tinieblas del error anterior. Esto que se lee en los Setenta: "Y andará sobre todo vuestro muro, y quitará de Judea al hombre que pueda levantar la cabeza o quizá hacer algo", no se tiene en el hebreo, y en los códices griegos está atravesado con el asador degollador [óbélo].

(Vers. 9, 10.) Congregaos, pueblos, y sed vencidos; y oíd todas las tierras lejanas: confortaos y sed vencidos. Ceñíos y sed vencidos: tomad consejo y se disipará: hablad una palabra y no se hará, porque Dios está con nosotros. En lugar de "congregaos", o "debilitaos" y "quebrantaos", como interpretaron otros, los Setenta pusieron "sabed". Pues entendieron la palabra hebrea ROU, por la semejanza de las letras RESH y DALETH, como DOU. Por tanto, oh pueblos de Samaria y Siria, conoced que sois débiles y flacos, y que estando Emmanuel presente, nada podéis contra Jerusalén, la ciudad de Dios; y esto no solo vosotros, que sois vecinos, sino que lo conozca toda tierra lejana. Pues aunque congreguéis un ejército y os ciñáis para la batalla, y sea mayor el número de los que asedian que el de los sitiados, sin embargo, no una sola vez, sino de nuevo diré: "sed vencidos". And cualquier consejo que toméis

contra Jerusalén se disipará. Y aunque hayáis dicho arriba (Isaías 7:6): "Subamos a Judá y despertémoslo mientras descansa, y pongamos por rey sobre él al hijo de Tabeel"; hablad ciertamente la palabra, pero no se hará, porque Dios está con nosotros, esto es, Emmanuel. Podemos también usar este testimonio contra los gentiles en el tiempo de la persecución: que aunque parezcan ser fuertes y superarnos en aquellos que han caído, sin embargo sean vencidos en aquellos que por Cristo derramaron su sangre, y que después de las guerras se devuelva la paz a las Iglesias; y todos sus consejos contra Emmanuel sean disipados, porque Dios está con nosotros. Los que contradicen la verdad también oirán provechosamente, para que al fin sean superados por la razón, y de ningún modo quieran vencer en la mentira, porque cualquier cosa que digan, nunca la perversidad podrá superar a lo que es recto.

(Vers. 11 ss.) Pues así dice el Señor a mí: Como con mano fuerte me instruyó, para que no fuera por el camino de este pueblo, diciendo: No digáis, "conjuración"; porque todo lo que habla este pueblo es conjuración: y no temáis su temor, ni os acobardéis. Santificad al mismo Señor de los ejércitos: sea Él vuestro temor, y sea Él vuestro pavor. Y será para vosotros en santificación, pero en piedra de tropiezo y en roca de escándalo para las dos casas de Israel: en lazo y en ruina para los habitantes de Jerusalén. Y tropezarán de entre ellos muchísimos, y caerán, y serán quebrantados, y serán enredados, y serán capturados.

Los Setenta interpretaron este lugar así: "Esto dice el Señor: Con mano fuerte se apartaron de la senda del camino de este pueblo diciendo: No sea que digan, 'Es duro'." Porque todas las cosas que habla este pueblo son duras; pero no temáis su temor, ni os turbéis. Santificad al mismo Señor de las virtudes, y Él mismo será vuestro temor, y si en Él hubieres confiado, será para ti en santificación, y no os encontraréis con Él como con piedra de tropiezo, ni como con roca de ruina. Pero la casa de Jacob estará en lazo y en valle para los que se sientan en Jerusalén: por eso muchísimos de entre ellos estarán enfermos, y caerán y serán quebrantados, y se acercarán y serán capturados.

Y lo que sigue, "hombres en protección", debe ser anotado con un óbelo. Porque el hebreo y la Edición Vulgata distan mucho entre sí: por eso hemos puesto ambos. Y primero se ha de discutir sobre el hebreo.

"Esto me habló el Señor". Yo que, por las buenas obras y la gracia que obtuve por las buenas obras; o bien con su mano fuerte me instruyó e instituyó, para que no caminara por el camino de este pueblo y fuera retenido en un error semejante: o ciertamente me hizo apartar del pésimo camino de este pueblo, y me dijo: No quieras temer la conjuración de los dos reyes; sino considera más bien esto, que todo lo que habla este pueblo contra mí es conjuración; y según Símaco, que interpretó antarsin (ἄνταρσιν), ha existido en mí un rebelde. Pero tú, Profeta, y estos que están contigo, no temáis las insidias del pueblo, sino temed al Señor, y sea Él mismo vuestro

temor. Pues "el principio de la sabiduría es el temor del Señor" (Prov. 1, 7; Sal. 110, 10).

El cual será para los que creen en santificación, pero para los incrédulos en piedra de tropiezo y en roca de escándalo, a saber, para las dos casas de Judá e Israel. Pero principalmente en lazo y en ruina para los habitantes de Jerusalén, en la cual tropezarán muchísimos, y caerán, y serán quebrantados, y enredados en los vínculos de sus pecados, serán llevados en cautividad.

Los nazarenos (que de tal modo reciben a Cristo que no omiten las observaciones de la antigua Ley) interpretan las dos casas como las dos familias, de Samay (Sammai) y Helel (Hellel), de las cuales nacieron los escribas y fariseos, cuya escuela recibió Akiba (Akibas) —a quien afirma ser el maestro de Aquila el prosélito— y después de él Meir (Meir), a quien sucedió Juan (Joannan) hijo de Zacai (Zachai), y después de él Eliezer (Eliezier), y por orden Telfón (Telphon), y de nuevo José el Galileo (Joseph Galilaeus), y hasta la cautividad de Jerusalén Josué (Josue). Samay y Helel, por tanto, nacieron en Judea no mucho antes de que naciera el Señor; el primero de los cuales se interpreta como "disipador", el segundo como "profano": porque a través de sus tradiciones y enseñanzas secundarias (deuterō-seis) disipó y manchó los preceptos de la Ley. Y que estas son las dos casas que no recibieron al Salvador, quien se ha convertido para ellos en ruina y escándalo.

Según los Setenta, con mano fuerte el pueblo de Dios resistió a la voluntad de Dios, y dice que

son duras todas las cosas que el Señor mandó, según aquello que leemos en el Evangelio: "¿Dura es esta palabra, quién podrá oírla?" (Jn. 6, 61). Por lo cual se les manda que oigan al Señor, y solo a Él teman. Pues si en Él hubieran confiado, lo tendrán por santificación, y no tropezarán como contra piedra de escándalo, y como contra roca de ruina.

De este lugar también el Apóstol toma testimonio, de que Cristo se ha hecho para los judíos "escándalo, pero para los gentiles necedad" (1 Cor. 1, 23). Y de nuevo: "Israel, siguiendo la ley de la justicia, no llegó a la ley de la justicia" (Rom. 9, 31). ¿Por qué? Porque no por la fe, sino como por las obras de la ley tropezaron en la piedra de tropiezo, como está escrito: "He aquí que pongo en Sion piedra de tropiezo y roca de escándalo: todo el que cree en Él no será confundido" (Rom. 9, 32-33). Por tanto, los que no recibieron a Emmanuel, sino que se convirtió para ellos en piedra de tropiezo y en roca de escándalo, serán quebrantados y llevados cautivos.

Y lo que dice: "Pero la casa de Jacob estará en lazo y en valle para los que se sientan en Jerusalén", significa esto, que no habitan en los montes, ni se mueven en los lugares excelsos de las Escrituras; sino que siempre entienden las cosas humildes, asociando pecados a pecados, y atados con los lazos de sus delitos.

124 (Vers. 16, 17.) Liga los testimonios, sella la ley entre mis discípulos, y esperaré al Señor, que esconde su rostro de la casa de Jacob, y le aguardaré.

La voz del Señor que habla al Profeta: porque, dice, el Señor se ha convertido en piedra de tropiezo y en roca de escándalo para las dos casas de Israel, y no quisieron recibir al Emmanuel enviado a ellos: Liga los testimonios del antiguo Testamento (Instrumenti), y entrégalos a mis discípulos que recibieron el Evangelio, a saber, los Apóstoles o varones apostólicos. O ciertamente, líguese entre ellos la ley y la profecía hasta Juan (Mt. 11), y esté cerrada y sellada, para que lo que leen no lo entiendan. Pues en lugar de "discípulos", según la ambigüedad del término hebreo, podemos interpretar también "doctrinas".

Por lo cual el Profeta respondió: puesto que al suceder el Evangelio, la Ley entre los judíos está cerrada y sellada, y mandas que de ningún modo se asigne a los judíos, sino a los gentiles: por tanto yo esperaré al Emmanuel, que prometes que ha de venir, de quien dijiste arriba que Él mismo es nuestro pavor, y Él mismo nuestro terror, y es para nosotros en santificación; y aguardaré al Señor que esconde su rostro de la casa de Jacob, esto es, de los judíos, porque no quisieron recibirle.

Los Setenta interpretaron este lugar así: "Entonces serán manifiestos los que son sellados, para que no aprendan la ley". Lo cual tiene este sentido: cuando muchísimos hayan caído, y hayan sido quebrantados, y hayan tropezado en la piedra de tropiezo y en la roca de escándalo, entonces serán manifiestos los que son sellados en el pueblo, para que de ningún modo aprendan la ley de Moisés; sino que obedezcan a los preceptos evangélicos.

(Vers. 18.) He aquí yo y mis hijos, que me dio el Señor por señales y por prodigios en Israel, de parte del Señor de los ejércitos que habita en el monte Sion.

Me mandó el Señor, dice el Profeta, que ligara el testimonio entre los judíos, y entregara y sellara la ley para sus discípulos, porque había escondido su rostro de la casa de Jacob: por tanto le aguardaré, y esperaré a mi Señor, y no solo yo, sino también los hijos que me dio el Señor, a saber, otros profetas e hijos de los profetas, que no nacieron de la voluntad de la carne ni de la sangre, sino de Dios (Jn. 1, 13). De los cuales también el Apóstol hablaba: "Hijitos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros" (Gál. 4, 19). Además, estos hijos, esto es, los profetas, fueron dados por señales y por prodigios en Israel, según aquello que leemos en Ezequiel: "Y os será Ezequiel por señal" (Ez. 24, 24). En Zacarías también, los varones santos y los discípulos de los profetas son llamados teratoskopoi (τερατοσκόποι), esto es, observadores de prodigios y señales, por el hecho de que siempre los Profetas precedieron como señal de las cosas futuras (Zac. 3, 8).

Esto, por el momento, según la letra. Pero el bienaventurado Apóstol, en la Epístola que se escribe a los Hebreos, enseña (aunque la costumbre latina no la reciba entre las Escrituras Canónicas) que este testimonio debe entenderse desde la persona del Señor Salvador. Por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: "Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en

medio de la Iglesia te alabaré" (Heb. 2, 12); y de nuevo: "Yo estaré confiando en Él" (Heb. 2, 13); y rursum: "He aquí yo y mis hijos, que me dio Dios". Puesto que, por tanto, los hijos comunicaron en la carne y la sangre, Él mismo igualmente fue hecho partícipe de las mismas pasiones (Heb. 2, 14; Is. 8, 18).

De qué modo, pues, estos hijos hayan sido por señal y por prodigio para la sabiduría del mundo y para la soberbia de los judíos, el mismo Apóstol lo enseña: quien dice que el Señor Salvador eligió lo necio del mundo y lo débil, para confundir a los sabios y a lo fuerte (1 Cor. 1, 27). De donde también a los Apóstoles decía el Salvador: "Si no os convirtiereis como uno de los niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt. 18, 3). Pues se hace niño como predicador del nuevo Evangelio quien depone al hombre viejo, que se corrompe en los deseos de seducción, y se viste del nuevo, que se renueva en el conocimiento según la imagen del Creador.

Que el Señor de los ejércitos habita en el monte Sion, el mismo Apóstol lo escribe: "Os habéis acercado al monte Sion y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial" (Heb. 12, 22). Por lo cual me maravillo de que cierto autor de los nuestros entienda por estos hijos a los dos hijos de Isaías, que engendró de la concepción de la mujer profetisa —a saber, Yasub (Jasub) y Emmanuel—: de los cuales el primero precedió en el rechazo del primer pueblo, y el siguiente en la asunción de los gentiles. Quien reciba esto, por consiguiente

también afirmará que el profeta Oseas verdaderamente tuvo por esposa a una meretriz.

(Vers. 19 ss.) Y cuando os digan: buscad a los pitones y a los adivinos, que chirrían en sus encantamientos, ¿acaso no el pueblo requiere de su Dios por los vivos a los muertos? A la ley más bien y al testimonio. Que si no dijeren según esta palabra, no habrá para ellos luz matutina. Y pasará por ella: caerá y tendrá hambre: y cuando tuviere hambre, se airará y maldecirá a su rey y a su Dios. Y mirará hacia arriba, y pondrá la vista en la tierra, y he aquí tribulación y tinieblas, disolución, angustia y oscuridad que persigue: y no podrá volar de su angustia.

Si es la voz del profeta Isaías, como estiman los judíos: "He aquí yo y mis hijos, que me dio el Señor por señal y por prodigio de Israel"; también esto que sigue se ha de creer que lo dice él mismo a sus discípulos. Cuando os digan, dice, las naciones y los pueblos de los que arriba se leyó: "Debilitaos, pueblos, y sed vencidos"; ¿por qué queréis oír a los profetas, ¿por qué os dejáis engañar por las palabras de Isaías, y pensáis que él conoce lo que ha de venir? Buscad más bien a los pitones y a los adivinos, que chirrían en sus encantamientos. Por los cuales los Setenta interpretaron: "Los que hablan de la tierra, los que claman del vientre". Pues todo el que es de la tierra, de la tierra habla (Jn. 3, 31). Y aquel cuyo dios es el vientre, y su gloria está en su confusión (Fil. 3, 19), se ha de creer que clama del vientre.

Vosotros respondedles y decid: "¿Acaso no el pueblo requiere de su Dios por los vivos a los

muertos?". Si vosotros, dice, por la variedad de vuestros ídolos (pues no tenéis uno, sino muchos dioses) consultáis a aquellos que juzgáis dioses; y a los muertos o a los simulacros de hombres muertos preguntáis sobre los vivientes: ¿cuánto más nosotros debemos oír a nuestro Dios por los profetas? Enseña, pues, a los discípulos; e introduce: "a la ley más bien y al testimonio". Si dudáis de algo, dice, sabed que está escrito: "Las naciones que el Señor tu Dios dispersará de delante de tu rostro, oyen sueños y adivinos: pero a ti no te lo entregó así el Señor tu Dios: Profeta os suscitará el Señor vuestro Dios de entre vuestros hermanos, como yo; a él oiréis" (Dt. 18, 14-15).

Por lo cual, si queréis conocer lo que es dudoso, entregaos más bien a la ley y a los testimonios de las Escrituras. Pero si vuestra congregación no quisiere buscar la palabra del Señor, no tendrá la luz de la verdad: sino que se moverá en el error y las tinieblas. La luz pasará por ella, esto es, por vuestra congregación o la tierra, y caeréis y tendréis hambre, y cuando tuviereis hambre, os airaréis, según aquello que está escrito: "Y cuando no fueren saciados, murmurarán" (Sal. 58, 16): y maldeciréis a Dios vuestro rey, y en las necesidades miraréis arriba al cielo, y abajo a la tierra: y he aquí tribulación y tinieblas, disolución de las rodillas y angustia de la mente, y oscuridad de los ojos, y no podréis ser arrancados de la angustia. Esto según los hebreos.

Por lo demás, como dijimos arriba, si es la persona de Cristo la que dice: "He aquí yo y mis hijos, que me dio Dios": también Él mismo habla esto a

los Apóstoles y a los creyentes de entre los gentiles que recibieron su Evangelio. Si os dijeren, dice, vuestros padres a los que habéis dejado: buscad a los ventrílocuos, que entendemos por pitones (como la sirvienta que leemos en los Hechos de los Apóstoles (Cap. 16), que era de ganancia para sus señores) y a los que hablan de la tierra, lo que en la evocación de las almas los magos prometen que hacen, y los demás géneros de artes maléficas; esto debéis saber: que cada nación consulta a sus propios dioses, y por la salud de los vivos interroga a los muertos. A vosotros, en cambio, Dios os dio la ley como auxilio, para que podáis decir: no es tal la adivinación de los étnicos, que a menudo engañan a sus cultores, como la nuestra, que sin ningún don se profiere de la ley.

De donde interpretaron los Setenta: "No como esta palabra, por la cual no se han de dar dones". Pues "gratis", dice, "recibisteis, gratis dad" (Mt. 10, 8). Vendrá, en cambio, sobre los incrédulos un hambre durísima, no hambre de pan ni sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios (Amós 8, 11). Y cuando tuviereis hambre, os contristaréis y maldeciréis a vuestro príncipe y a las tradiciones paternas, esto es, al diablo y a los antiguos errores. Esto, por otra parte, se lo dice a aquellos que hubieren padecido hambre de la verdad, y mirarán arriba al cielo y abajo a la tierra, y estarán en la angustia, en las tinieblas y en la tribulación: de modo que no vean hasta el tiempo en que también ellos se conviertan al Señor. Desean estos lugares una explicación dilatada: pero perdonamos la magnitud de los libros para quitar

el hastío de la lectura. Estas cosas hemos tocado brevemente según la traducción de los Setenta, que en muchísimas partes disuena del hebreo.

Por lo demás, los nazarenos explican este lugar de este modo. Cuando os digan los escribas y fariseos que los oigáis a ellos, que todo lo hacen por causa del vientre; y a la manera de los magos chirrían en sus encantamientos para engañaros, esto les debéis responder: no es de extrañar si vosotros seguís vuestras tradiciones, puesto que cada nación consulta a sus propios ídolos. Por tanto, tampoco nosotros debemos consultaros a vosotros, hombres muertos, sobre los vivientes: más bien Dios nos dio la ley y los testimonios de las Escrituras, los cuales, si no quisiereis seguir, no tendréis luz: sino que siempre la oscuridad os oprimirá, la cual pasará por vuestra tierra y doctrina: para que cuando, engañados por vosotros, se vean en el error y que padecen hambre de la verdad, entonces se contristen o se aíren y os maldigan a vosotros, a quienes juzgaban como sus dioses y reyes. Y en vano miren al cielo y a la tierra, estando siempre en tinieblas y no pudiendo volar de vuestras insidias.

(Cap. IX.---Vers. 1 ss.) En el primer tiempo fue aligerada la tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí: y en el último fue agravada la vía del mar tras el Jordán de la Galilea de las naciones. El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz: a los que habitaban en la región de la sombra de muerte, una luz les nació.

Los Setenta: "Bebe esto primero, hazlo rápido, región de Zabulón, tierra de Neftalín, y los demás

que estáis junto al mar tras el Jordán de la Galilea de las naciones." El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz: los que habitáis en la región y sombra de muerte, una luz os nacerá.

Hemos puesto la doble edición porque el testimonio es muy conocido y usado por el evangelista Mateo: para que se conozca o la diversidad de la interpretación o la semejanza. Y primero se ha de notar que el evangelista Mateo puso este testimonio no según los Setenta, sino según los hebreos. Pues dice el discurso evangélico: "Oyendo Jesús que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea; y dejando Nazaret, vino y habitó en Cafarnaúm, que está junto al mar en los confines de Zabulón y Neftalím: para que se cumpliera lo que fue dicho por el profeta Isaías, diciendo: Tierra de Zabulón y tierra de Neftalím, camino del mar tras el Jordán de la Galilea de las naciones: el pueblo que se sentaba en tinieblas vio una gran luz; a los que se sentaban en la región de la sombra de muerte, una luz les nació." Desde aquel tiempo comenzó Jesús a predicar y decir: Se ha acercado el reino de los cielos (Mt. 4, 12-17).

Y Juan el Evangelista refiere que Jesús, invitado con sus discípulos a unas bodas en Caná de Galilea, hizo allí el primer signo convirtiendo las aguas en vino: "Este hizo Jesús como principio de los signos en Caná de Galilea: y manifestó su gloria: y sus discípulos creyeron en Él" (Jn. 2, 11). De donde también en los Setenta se dice: "Bebe esto primero, hazlo rápido": porque la tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí fueron las primeras en ver los milagros de Cristo: para que bebiera

primero la poción de la fe la que primero había visto al Señor haciendo signos. Y, según el hebreo, en el primer tiempo se dice que fue aliviada del peso de los pecados: porque en las regiones de las dos tribus primero predicó el Salvador el Evangelio.

De donde también en el salmo sesenta y siete se dice: "Bendecid al Señor desde las fuentes de Israel." Allí está Benjamín el más joven (Sal. 67, 27-28; Hech. 9); Pablo el apóstol, "en exceso de la mente": quien también en otro lugar hablaba: "ya sea que salgamos de la mente, es para Dios" (2 Cor. 5, 13). "Los príncipes de Zabulón, los príncipes de Neftalí sus jefes"; porque en estas tribus estuvieron las aldeas de las cuales nuestros jefes los Apóstoles creyeron. Y creyeron según Símaco "rápidamente", como los que oyen: "Venid, y os haré pescadores de hombres" (Mt. 4, 19), al instante dejaron al padre y la barca.

En el último tiempo, en cambio, se agravó la fe de ellos, permaneciendo muchísimos de los judíos en el error. Llama aquí "mar" al lago de Genesaret, que se forma por el Jordán que influye; en cuya orilla están situadas Cafarnaúm, y Tiberiades, y Betsaida, y Corozaín: en cuya región especialmente moró el Señor; de modo que el pueblo, que o se sentaba o caminaba en tinieblas, viera una luz, de ningún modo pequeña como la de los otros profetas, sino grande, como la de Aquel que habla en el Evangelio: "Yo soy la luz del mundo" (Jn. 8, 12). Y a los que habitaban en la región de la sombra de muerte, una luz les nació.

Entre la muerte y la sombra de muerte, juzgo que hay esto: que la muerte es de aquellos que con obras muertas se dirigieron a los infiernos: "Pues el alma que pecare, ella misma morirá" (Ez. 18, 20); la sombra de muerte, en cambio, es de aquellos que, aunque pequen, aún no han salido de esta vida: pues pueden, si quieren, hacer penitencia. Por "Galilea de las naciones", Aquila interpretó thinas (θίνας) de las naciones, Símaco "los términos" de las naciones; entendemos por thinas los túmulos de arena que están o en los litorales o en las riberas.

Los hebreos que creen en Cristo explican este lugar de este modo. En el primer tiempo estas dos tribus de Zabulón y Neftalí fueron capturadas por los asirios y llevadas a tierra hostil; y Galilea fue desertada (2 Rey. 15), la cual dice ahora el profeta que ha sido aliviada por el hecho de que sostenía los pecados del pueblo. Después, en cambio, no solo las dos tribus, sino también las restantes que habitaban tras el Jordán y en Samaria, fueron llevadas a la cautividad (2 Rey. 17 y 18). Y esto, dicen, lo dice ahora la Escritura: que la región cuyo pueblo primero fue llevado en cautividad y comenzó a servir a los babilonios, y que antes se movía en las tinieblas del error, ella misma primero vio la luz de Cristo que predica, y desde ella el Evangelio fue sembrado en todas las naciones.

Los nazarenos, cuya opinión puse arriba, intentan explanar este lugar así: Al venir Cristo y resplandecer su predicación, primero la tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí fue liberada de los errores de los escribas y fariseos, y sacudió de

sus cervices el gravísimo yugo de las tradiciones judaicas. Después, en cambio, por el Evangelio del apóstol Pablo, que fue el último de todos los apóstoles, se agravó, esto es, se multiplicó la predicación: y en los términos de las naciones y el camino de todo el mar resplandeció el Evangelio de Cristo. Finalmente todo el orbe, que antes caminaba o se sentaba en tinieblas y estaba retenido por los vínculos de la idolatría y de la muerte, vio la clara luz del Evangelio.

(Vers. 2-4.) Multiplicaste la gente, no magnificaste la alegría: se alegrarán delante de Ti, como se alegran en la cosecha, como los vencedores exultan tomada la presa, cuando dividen los despojos. Pues el yugo de su carga, y la vara de su hombro, y el cetro de su exactor venciste, como en el día de Madián. Porque toda violenta depredación es con tumulto: y la vestimenta mezclada con sangre será para combustión y comida del fuego.

Los Setenta: "La mayor parte del pueblo condujiste en tu alegría: y se alegrarán en tu presencia, como suelen alegrarse en la cosecha, y como estos que dividen despojos: porque ha sido quitado el yugo que sobre ellos estaba puesto, y la vara de su cuello." Pues la vara de los exactores será disipada, como en el día de Madián. Porque toda estola congregada con dolo, y la vestimenta de mudanza devolverán: y desearán ser quemados por el fuego.

En los lugares oscuros ponemos ambas ediciones, para que el lector diligente reconozca cuánto

dista la traducción Vulgata de las demás ediciones y de la verdad hebrea.

Se hace una apóstrofe a la luz misma que apareció al pueblo constituido en tinieblas, esto es, al Señor Salvador. Y se le dice a Él: 131 "Multiplicaste la gente", esto es, llenaste a todas las naciones con tu noticia; pero "no magnificaste la alegría". Según lo que el Apóstol dice que su dolor es perpetuo por sus hermanos que son israelitas (Rom. 9, 2). Y Jonás se contrista de que de tal modo fueran salvados los ninivitas (Jon. 4), que la calabaza o kikeiōn (קִיקָיוֹן qāyōn) se secó. Y el mismo Señor habla en el Evangelio: "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mt. 15, 24). Y en la pasión: "Padre, si es posible —dice— pase de mí este cáliz" (Mt. 26, 39). El cual lugar tiene este sentido: Si puede hacerse que sin el perecimiento de los judíos crea la multitud de las naciones, rehúso la pasión. Pero si ellos han de ser cegados, vean todas las naciones; hágase, Padre, tu voluntad.

Cuando, por tanto, venga Cristo, y la nación de los cristianos de todas las naciones haya sido congregada: entonces se alegrarán los Apóstoles, como los segadores se alegran en la cosecha, de los cuales hablaba el Señor: "La cosecha es ciertamente mucha, pero los obreros pocos" (Mt. 9, 37). Y como exultan los vencedores que dividen la presa capturada. Pues cuando el fuerte ha sido capturado y atado, toda su casa es saqueada y se dividen los despojos (Mt. 12, 29).

Pero Tú, Señor y Salvador, el yugo de su carga, esto es, del diablo, que antes exultaba en el

mundo, que imperaba a todas las naciones, que oprimía el cuello de todos con el gravísimo yugo de la servidumbre; y la vara con la que golpeaba a todos, y les obligaba a devolverle los pecados como una especie de tributo, la quitaste de sus hombros. Y los hiciste servirte a Ti liberados, sin ejército alguno y sin efusión de sangre con mano oculta: como en otro tiempo bajo Gedeón proporcionaste al pueblo de Israel la victoria sobre los madianitas (Juec. 7). Pues como la vestidura que ha sido ensangrentada con sangre humana no puede lavarse, sino que infectada de sangre se quema con el fuego para que las manchas de la torpe sangre perezcan con la vestidura: así la violenta depredación del diablo y el tumulto y las turbas con las que se había sujetado al género humano, han sido destinadas a los fuegos de la gehena.

Los Setenta significan que no todos, sino cierta parte del pueblo creyó: aunque por lo que ellos dijeron, "condujiste en la alegría", otros interpretaron "magnificaste". Y aunque en lo demás mantienen el mismo sentido, añaden que devolverá la estola congregada con dolo y la vestimenta mudada, esto es, el diablo: que a saber, todas las almas a las que había desnudado del auxilio de Dios, las ha de devolver con sus ornamentos antiguos: no solo él mismo, sino también sus satélites los demonios: quienes, si se les diera la opción, elegirían más bien perecer en las llamas que perder la presa.

(Vers. 6.) Pues un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado: y el principado ha sido puesto

sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz. Se multiplicará su imperio, y de la paz no habrá fin: sobre el solio de David y sobre su reino, para que lo confirme y lo corrobore en juicio y justicia, desde ahora y para siempre. El celo del Señor de los ejércitos hará esto.

LXX: Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado, cuyo principado ha sido puesto sobre su hombro: y se llama su nombre Mensajero del gran consejo. Pues traeré paz sobre los príncipes, y su salud: grande es su principado, y de la paz no hay término, sobre el trono de David y su reino: para que lo corrija, y ayude en juicio y justicia: desde esto ahora y hasta el siglo. El celo del Señor de los ejércitos hará estas cosas.

Por eso el diablo, y toda su violenta depredación con la que había oprimido al género humano, y había mezclado sangre con sangre, será para combustión y alimento del fuego eterno: porque nos ha nacido de la Virgen el niño de quien se dijo arriba: "Antes que sepa el niño reprobar el mal y elegir el bien" (Is. 7, 16): y después en la generación de la Profetisa: "Antes que sepa el niño llamar a su padre y a su madre" (Is. 8, 4). Este niño, por tanto, que nació de la Virgen, es llamado Emmanuel, esto es, "con nosotros Dios": y de la Profetisa, esto es, engendrado del Espíritu Santo, fue nombrado: "acelera, quita los despojos, apresúrate a depredar": ahora es llamado con muchos nombres. Y aunque por lo que arriba había dicho, Emmanuel, esto es, "con

nosotros Dios", mostró que aquel es Dios: sin embargo ahora dice que su principado fue hecho sobre su hombro, o porque él mismo llevó su cruz: o mostrando por el hombro la fortaleza del brazo, diciendo el mismo Isaías: "Reveló el Señor Dios su brazo santo a todas las naciones" (Is. 52, 10). Y de nuevo: "Señor, ¿quién creyó a nuestro oído? ¿y el brazo del Señor a quién le fue revelado?" (Is. 53, 1). Se llamará, por tanto, después de los dos nombres, por otros seis nombres: Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz.

Pues no han de unirse los nombres de dos en dos, como piensan muchos, de modo que leamos "Admirable consejero", y de nuevo "Dios fuerte"; sino que ha de leerse separadamente "Admirable", que en hebreo se dice PHELE: y "Consejero" por separado, que en la lengua de ellos se llama IDES: y "Dios" separadamente, que en hebreo se dice EL. Finalmente, en lo que sigue donde leemos: "Pues tú eres Dios, y no lo sabíamos": Y otra vez: "Yo soy Dios, y no hay otro fuera de mí" (Is. 45, 5), y muchas cosas semejantes a estas: por lo que en latín se dice "Deus", en hebreo está escrito EL. Y lo que sigue, "Fuerte", en hebreo se llama GIBBOR. De donde también en aquel lugar donde el mismo profeta conmemora: "Estarán confiando sobre el Dios santo de Israel en verdad: y lo que es el residuo de Jacob sobre el Dios fuerte" (Is. 10, 20-21), por Dios fuerte en el hebreo tiene escrito EL GIBBOR. Pero Padre del siglo futuro y de la resurrección, lo cual se cumple en nuestra vocación; y príncipe de la paz, que habló a los

Apóstoles: "Mi paz os doy, mi paz os dejo" (Jn. 14, 27): no dudará quien leyere que el Salvador es nuestra paz según el apóstol Pablo.

Aterrados por la majestad de estos nombres, creo que los LXX no se atrevieron a decir del niño que abiertamente ha de ser llamado Dios, y lo demás: sino que en lugar de estos seis nombres pusieron lo que no se tiene en el hebreo: "Ángel del gran consejo, y traeré paz sobre los príncipes, y su salud". Lo cual me parece que tiene este sentido: es el Ángel del gran consejo, que nos anunció que Israel había de ser desechado por un tiempo, y que las naciones habían de ser salvas: y dio la paz a sus príncipes, los Apóstoles y varones apostólicos, y dejó la salud de sus dogmas a los creyentes.

Pero lo que sigue: "Se multiplicará su imperio, y de la paz no habrá fin": por lo cual los LXX tradujeron: "Grande es su principado": debemos saber que la palabra hebrea MESRA tanto aquí como arriba los LXX la interpretaron como archēn, esto es, principado. Por lo cual nosotros arriba vertimos "principado", aquí "imperio". Pero Aquila, engañado por la ambigüedad de la palabra, interpretó metron, esto es, medida, la cual tanto en hebreo como en latín se llama con el mismo nombre. Ni podrá dudar sobre el múltiple imperio del Salvador y su paz, que no tiene fin, quien leyere en los Salmos: "Pídeme, y te daré las naciones por tu herencia, y por tu posesión los términos de la tierra" (Sal. 2, 8); y de nuevo: "Y multitud de paz, hasta que sea quitada la luna" (Sal. 71, 7), esto es, hasta la consumación del siglo.

Pero su principado e imperio será sobre el solio y reino de David, que después del cautiverio babilónico había sido disipado, para que lo confirme y corrobore, y enseñe que es perpetuo (para que no pareciera vana la promesa de Dios) desde el tiempo de la Encarnación hasta la eternidad. Pero por eso el celo, esto es, la emulación del Señor de los ejércitos hizo esto, porque ellos lo provocaron a emulación en los que no eran dioses, y él los provocó a emular en una nación que no era nación (Dt. 32, 21).

La profecía del Emmanuel y del niño que nace de la Virgen, comenzada desde aquel lugar donde se dice a Acaz: "Pídete una señal del Señor tu Dios", terminó con este versículo por el que se introduce: "El celo del Señor de los ejércitos hará esto" (Is. 7, 11).

Ahora pasemos a lo demás.

Libro C

UARTO.

135 Dictamos libros desiguales, y según la diversidad de visiones y sentidos, uno se contrae, otro se extiende. Así pues, terminado el tercer volumen, pasamos al cuarto, que es menor que el anterior por una tercera medida de versos, especialmente porque el quinto, que hemos subordinado a este libro, es de explicación histórica, y tiene casi el doble número. Pues mientras no queremos dividir lo que está unido, ni pasar por alto lo interpretado tiempo atrás, hemos dirigido nuestra navecilla como entre dos Simplégades del mar Póntico, la cual, por el soplo del Espíritu Santo y el Señor Salvador dirigiendo nuestro curso, se desliza hacia el alta mar, diciendo tú, virgen de Cristo Eustoquio: "Ven, espíritu, de los cuatro vientos del cielo, y vivifica los huesos muertos" (Ez. 37, 9): para que lo que yacía en el polvo de la tierra, por el soplo del Señor, sea resucitado.

Cap. IX.---(Vers. 8 sigs.) "Palabra envió el Señor a Jacob, y cayó en Israel. Y sabrá todo el pueblo de Efraín y los habitantes de Samaria, en la soberbia y magnitud del corazón, diciendo: Los ladrillos cayeron, pero con piedras cuadradas edificaremos: los sicómoros cortaron, pero por cedros los mudaremos. Y elevará el Señor a los

enemigos de Rasín sobre él, y a sus enemigos los volverá en tumulto, a Siria del Oriente, y a los filisteos del Occidente, y devorarán a Israel con toda la boca. En todas estas cosas no se apartó su furor, sino que aún está su mano extendida, y el pueblo no se volvió al que lo hería, y al Señor de los ejércitos no buscaron".

Leímos arriba (IV Rey. 16) que en los días de Acaz hijo de Joatán, hijo de Ozías rey de Judá, subió Rasín rey de Siria, y Facee hijo de Romelía rey de Israel a Jerusalén para expugnarla. Y (Is. 7) que fue enviado el profeta Isaías al encuentro de Acaz con su hijo Jasub, para decirle que no temiera, y que su corazón no desfalleciera por los dos cabos de tizones humeantes, por cuanto en ellos el imperio de Siria y de Israel habría de ser terminado. Al no creer aquel por la magnitud del asunto y el peligro presente, se le manda que pida para sí una señal. Y porque era idólatra, tampoco quiso hacer esto: por eso el Señor de ninguna manera al mismo rey, sino a la casa de David da la señal de su hijo que ha de nacer de la Virgen, a cuya invocación han de ser librados del peligro inminente, y lo demás que hasta el presente lugar hemos interpretado.

136 Puestos en medio muchos misterios, ahora vuelve a lo que había comenzado, y vaticina la eversión de Rasín y de Efraín, esto es, de Siria y de Samaria: "Palabra", diciendo, "envió el Señor a Jacob, y cayó en Israel".

Entre los hebreos DABAR, que se escribe con tres letras consonantes DALETH, BETH y RES, según la calidad de los lugares, si se lee DABAR,

significa "palabra", si DEBER, "muerte" y "pestilencia". Por la cual causa muchísimos, engañados por la ambigüedad del habla, dicen no que fue enviada la "palabra", sino la "muerte". Envió, pues, el Señor la palabra a Jacob, y cayó en Israel. Quiso que reinara Judá, como Jacob profetiza en el Génesis (Cap. 49): e Israel, esto es, las diez tribus, se atribuyeron para sí el imperio, de las cuales se dijo: "Ellos reinaron, y no por mí" (Os. 8, 4). La dignidad del imperio, pues, que en la unción de Samuel después de desechado Saúl había comenzado en David, enviada a Jacob, esto es, a las doce tribus que en otro tiempo se llamaban Jacob, cayó en Israel: no como los LXX vertieron, "vino": pues cayó sobre los impíos: lo que estaba decretado dirigido a los santos.

Sabrá, pues, el pueblo de Efraín y los habitantes de Samaria, que por la multitud se elevan en soberbia, y dicen: Pequeño es el reino de Judá, y comparado con el nuestro el más vil. Por tanto, cayendo aquellos como ladrillos, nosotros con piedra cuadrada edifiquémonos una casa. Cortados los sicómoros de aquellos, que son maderas viles, por la incursión hostil, nosotros con cedros construiremos nuestro imperio, los cuales son incorruptibles, para que signifiquen un reino eterno.

137 Sepa esto, pues, todo el pueblo de Efraín y los habitantes de Samaria, que el sirio que ahora le sirve de auxilio, pasará a ser enemigo. O ciertamente contra el mismo sirio, surjan súbitas guerras de adversarios, y todos se vuelvan en tumulto: de modo que contra Israel se muevan

Siria del Oriente, y los filisteos, esto es, los palestinos del Occidente: y a la vez devoren a Israel. Y cuando hubieren hecho estas cosas, no obstante mi mano está extendida, o elevada sobre Israel, y no cesa de herirlos. Y heridos por Dios no se volverán al que los hiere, ni buscarán al Señor de los ejércitos, adorando becerros de oro en lugar de a Dios.

Según la anagogía, los nuestros explican este lugar así: Envió Dios a su Hijo a Jacob, esto es, a los judíos: y vino a Israel, esto es, al pueblo de las naciones, a los cuales también el Apóstol dice que se llama Israel (Rom. 9). Pero otros así: Su palabra envió el Señor a la Iglesia, que suplantó al pueblo anterior, y cayó en Israel, esto es, en los herejes, que se jactan de ver a Dios. Sepan, pues, sus príncipes, y todos los que habitan en Samaria, esto es, los que dicen que custodian la ley de Dios, y que están en la abundancia de las virtudes, y que dan frutos de justicia (pues esto se interpreta como Efraín), que en la soberbia de su corazón desprecian a la Iglesia, y considerando su simplicidad como ignorancia, dicen: En lugar de sus ladrillos, con piedras cuadradas y fortísimas edificaremos nuestras iglesias, y en lugar de árboles infructuosos y que pronto han de perecer, construiremos cedros sublimísimos, los cuales el Señor quebrantará, y los cuales el justo narra que bajo la persona del impío se vio a sí mismo, y no se halló su lugar (Sal. 35, 35-36). Dice, pues, el Señor, que Rasín, que se interpreta como sabiduría secular, de cuyo auxilio usaba Efraín, se volverá contra él y todos sus enemigos lucharán contra

aquel, y tanto del Oriente como del Occidente será expugnado, y han de devorar a Israel con toda la boca. Por lo cual los LXX interpretaron: "Y edifiquémonos una torre: y derribará Dios a los que se levantan contra el monte Sion, y disipará a sus enemigos". 138 Pues desean, a semejanza del Templo de Dios, edificarse un templo en Samaria; pero aunque movieron los pies del Oriente y dijeron: "Venid, edifiquemos una torre, y hagámonos un nombre antes que seamos dispersados" (Gén. 11, 4): impugnándolo el Señor se disolverá, y se disipará el consenso de ellos, y las lenguas de ellos se dividirán entre sí, para que consintiendo no se hagan peores, sino que por sí mismos sean destruidos. Y cuando así hayan sido heridos, y devorados por los enemigos, sin embargo no se volverán al Señor: sino que todavía su mano está preparada para herir, según aquello que leemos en Jeremías: "En vano herí a vuestros hijos: no recibisteis la disciplina" (Jer. 2, 30).

(Vers. 14 sigs.) "Y perderá el Señor de Israel la cabeza y la cola, al que se encorva y al que deprava en un solo día. El anciano y honorable, él es la cabeza; y el profeta que enseña la mentira, él es la cola. Y serán los que llaman bienaventurado a este pueblo, seductores, y los que son llamados bienaventurados, precipitados. Por esto sobre los jovencillos de él no se alegrará el Señor, y de sus pupilos y viudas no se compadecerá, porque todo es hipócrita y malvado, y toda boca ha hablado necedad. En todas estas cosas no se apartó su furor, sino que aún está su mano extendida. Pues se encendió como fuego la impiedad: la zarza y la

espina devorará, y se encenderá en la espesura del bosque, y será envuelta en la soberbia del humo. En la ira del Señor de los ejércitos se estremeció la tierra, y será el pueblo como alimento del fuego. El hombre a su hermano no perdonará, y declinará a la derecha y tendrá hambre, y comerá a la izquierda y no se saciará: cada uno devorará la carne de su propio brazo. Manasés a Efraín, y Efraín a Manasés, a la vez ellos contra Judá. En todas estas cosas no se apartó su furor, sino que aún está su mano extendida".

No solo elevará el Señor a los enemigos de Rasín contra él, y volverá a sus enemigos en tumulto, a Siria del Oriente, y a los filisteos del Occidente, para que devoren a Israel con toda la boca: sino que porque no se volvió al que lo hería, ni buscó al Señor de los ejércitos, extenderá la mano para herir, para que pierda de Israel la cabeza y la cola que se encorva y deprava, a aquel a saber que pervierte los caminos rectos (Jer. 2). Pero quién sea la cabeza, él mismo lo interpretó: "el anciano y honorable". Y quién sea la cola: "el profeta", dice, "que enseña la mentira", esto es, el pseudoprofeta. Dijo de los príncipes, ahora une al pueblo con los notables, porque tanto los maestros como los discípulos, tanto los eruditos como el vulgo indocto obedecen por igual. Pues los que llamaban bienaventurado al pueblo son seductores; y los que eran llamados bienaventurados, no por la virtud sino por los regalos, serán precipitados en la muerte. De donde también leímos arriba: "Pueblo mío, los que te llaman bienaventurado te seducen, y suplantan las sendas de

tus pies" (Is. 3, 12). En tal pueblo de ninguna persona se compadecerá Dios: ni del pupilo, ni de la viuda, porque todo es hipócrita, simulando una cosa y haciendo otra: prometiendo castidad y viviendo lujuriosamente: prefiriendo la pobreza y llenando la bolsa. De donde une y dice: "Y toda boca ha hablado necedad". Por todas estas cosas el Señor no cesa de airarse, sino que todavía eleva la mano para herir. Y porque hicieron aquellas cosas, se encenderá como fuego la impiedad, para que no el campo cultivado, sino las zarzas y las espinas devore, ni los árboles frutales, sino el bosque infructuoso en el que habitan las bestias, consuma la llama arrebatadora. Por lo cual se dice que la espesura del bosque, puesto el fuego debajo, es envuelta por la soberbia y la altura del humo. Pues todo lo que es excelso y surge hacia lo alto, puede llamarse soberbio. Por lo cual los LXX, queriendo no sé qué cosa, vertieron: "y devorará en el circuito de los collados todas las cosas". De donde también ante la ira del Señor la tierra se estremeció, y el pueblo fue hecho pasto del fuego, porque tanta fue en él la crueldad, que ni siquiera perdonaba al queridísimo nombre de la hermandad, sino que abandonando y despreciando la derecha, se saciaba en las cosas que eran de la izquierda: mientras padece hambre de placeres y de males, y siempre desea asociar cosas peores a los males. También los mismos Manasés y Efraín, que nacieron de un solo útero y fueron engendrados del mismo progenitor, prorrumpieron en tanta rabia que por odio hostil disentían entre sí. Leamos los volúmenes de los Reyes y de

los Paralipómenos, y hallaremos guerras civiles entre ellos en Samaria, mientras unos luchan por unos reyes y otros por otros, y cómo, muertos sus propios reyes, concuerdan en la expugnación de Judá.

Según la tropología, quitará el Señor la cabeza y la cola, al mayor igualmente que al menor. Llamando cola no a los hombres sino a los jumentos, demuestra que son los herejes, que usan este miembro para proteger los estiércoles y para alejar a los animales pequeños. 140 Y después de la cabeza, une la cola que se encorva y deprava, porque subvierten los preceptos de la ley y depravan el camino recto. También al anciano, porque es la cabeza, y al pseudoprofeta que es puesto en la cola, los perderá, y a los maestros igualmente que a los discípulos; a unos que por los regalos alaban a los pecadores: a otros que, alabados, no sienten sus propios males ni hacen penitencia. Por esto en los jóvenes de ellos no se alegrará el Señor: "Pues ¡ay de la ciudad cuyo rey es un adolescente!" (Ecl. 10, 16). Y los que perdieron a Dios Padre o al Señor verdadero, no alcanzarán misericordia. Pues todo hereje es hipócrita, haciendo una cosa y simulando otra, y todo lo que habla, aunque parezca ser sabiduría, sin embargo es necedad. Por estas cosas extiende su mano para castigar, y todas las impiedades de ellos, como espinas, las consumirá la llama voraz. Y las palabras sin virtudes, que se comparan con el bosque infructuoso, serán envueltas en la soberbia del humo. Ante el castigo de ellos se estremecerá todo el suelo, y los pueblos engañados serán entregados a los ardo-

res eternos, porque por causa de un torpe lucro ni siquiera perdonan a los suyos, sino que a porfía hacen presas de los pueblos engañados, dejando los bienes y permaneciendo en lo peor. Y aunque siempre hallen la izquierda, sin embargo nunca se sacian de sus errores, devorando la carne de su propio brazo y luchando contra la Iglesia con igual empeño. Por causa de la lujuria, y los placeres, y los lucros de los pueblos, tienen discordia entre sí, de modo que de una herejía se hacen dos, y de nuevo ellas mismas se dividen en partes, para llevarse sus propios rebaños y devorar las casas de las viudas y de las mujeres pecadoras, siempre aprendiendo y nunca llegando al conocimiento de la verdad (2 Tim. 3, 7). En todas estas cosas no se apartará el furor del Señor, consumiendo los vicios y subvirtiéndolos; pero cuanto más progresan ellos en el pecar, tanto más extiende aquel su mano para los castigos.

(Cap. X.---1 sigs.)---"¡Ay de los que establecen leyes inicuas, y escribiendo injusticia escribieron, para oprimir en juicio a los pobres, y hacer violencia a la causa de los humildes de mi pueblo, para que las viudas fueran su prey, y a los huérfanos despojaran. ¿Qué haréis en el día de la visitación, y de la calamidad que viene de lejos? ¿al auxilio de quién os acogeréis? 141 ¿y dónde dejaréis vuestra gloria? para que no os encorvéis bajo el vínculo, y con los muertos caigáis. Sobre todas estas cosas no se apartó su furor, sino que aún está su mano extendida".

Muchísimos piensan que estas cosas se dicen todavía contra las diez tribus que habitaban en

Samaria, porque asociaron incluso estas cosas a sus crímenes anteriores. Pero a nosotros nos parece que el discurso profético clama contra los jueces de la tribu de Judá y de Jerusalén, a saber, los Escribas y deuterotas, porque contra la ley de Dios escribieron leyes inicuas, y por sus tradiciones subvirtieron la verdad del juicio. Pues diciendo Dios: "Honra a tu padre y a tu madre" (Éx 20, 12): ellos por el contrario advirtieron a los hijos decir a los padres: "Cualquier don que de mí sea, te aprovechará, para que no honren a su padre y a su madre" (Mt 15, 5-6; Mc 7, 11), y otras cosas semejantes a estas. Pero por eso escribieron leyes pésimas, para oprimir a los pobres y humildes del pueblo, para hacer presas de las viudas y despojar a los huérfanos. A quienes se les pregunta qué han de hacer cuando llegue el día de la cautividad o del juicio, y de la calamidad que viene de lejos, la cual fue predicha mucho tiempo antes. ¿Al auxilio de quién, dice, huiréis, cuando hayáis ofendido a Dios, que es el verdadero auxiliador, y dónde dejaréis vuestra gloria? Pues no aprovecharán las riquezas en el día del furor, no sea que el asirio lleve a los cautivos a tierra hostil, no sea que caigáis en la batalla (Prov 11, 4). Y al final, como en lo anterior había dicho frecuentemente contra Samaria: "En todas estas cosas no se apartó su furor, sino que aún está su mano extendida", habla también contra Judá, que no es el fin de su mal la extrema cautividad, sino que incluso en tierra hostil la espada del Señor los persigue.

Según la anagogía, todo hereje escribe iniquidad para engañar a los pobres y humildes del pueblo, y despojar a las viudas y huérfanos. Pues quien es rico, de quien leemos: "La redención de la alma del hombre son sus propias riquezas" (Prov 13, 8), no sostiene la conminación, no es capturado pronto por ellos. Pero el pobre, y el que es humilde y pequeño en los pueblos, pronto es escandalizado por ellos. También la viuda, que perdió a su marido Dios, y el huérfano que perdió a su padre Creador, de quien está escrito: "Al Dios que te engendró abandonaste, y te olvidaste del Señor tu nutridor" (Dt 32, 18), fácilmente son suplantados. ¿Qué harán, pues, en el día del juicio, cuando a tantos hayan engañado, 142 y ante la calamidad que viene de lejos? Como pues se dice al hombre justo: "Cerca está la palabra en tu boca y en tu corazón" (Rom 10, 8); y en otro lugar: "El reino de Dios dentro de vosotros está" (Lc 17, 21); así la calamidad de los herejes vendrá de lejos, preparada para ellos por mucho tiempo. ¿A quién se acogerán, cuando tienen un Dios ficticio? ¿A quién entregarán su gloria, cuando todo es simulado? Ni podrán evadir el vínculo con el que ligaron a muchísimos. De donde también en la visión del valle de Sion, que fue abandonada por la altura de Dios y engañada por la humildad herética, se dice de los maestros de la ciencia de falso nombre: "Todos tus príncipes huyeron a la vez, y los que han sido capturados, duramente han sido ligados" (Is 22, 3): y que con cada uno de los muertos caen, y en la muerte de otros ellos mismos perecen, y aunque padezcan muchas co-

sas y llegue el día de la visitación, no sea el fin de ellos el perecimiento: sino que siempre teman la mano del Señor que pende sobre ellos.

Hasta aquí es la conminación de Dios contra las diez y dos tribus, esto es, contra Samaria y Jerusalén, la cual comenzó en el pueblo reinando todavía Acaz: de los cuales dos tribus y media fueron capturadas bajo él, y el resto bajo Ezequías, quien sucedió a Acaz en el reino (II Rey 16, 17). La siguiente profecía se escribe contra los asirios.

(Vers. 5 seqq.) "¡Ay de Asur, vara de mi furor, y el báculo mismo es la indignación en su mano! Contra una nación engañosa lo enviaré, y contra el pueblo de mi furor le mandaré que tome los despojos y arrebate la presa, y lo ponga para ser pisoteado como el lodo de las plazas. Pero él mismo no lo juzgó así, y su corazón no lo estimó así, sino que su corazón será para destruir y para el exterminio de muchísimas naciones. Pues dice: ¿Acaso no son mis príncipes al mismo tiempo reyes? ¿Acaso no es como Carquemis, así Calno [Al. Calán y Arfat], y como Arpad, así Jamat? ¿Acaso no es como Damasco, así Samaria? Como halló mi mano los reinos del ídolo, así también sus simulacros de Jerusalén y de Samaria. ¿Acaso no como hice a Samaria y a sus ídolos, así haré a Jerusalén y a sus simulacros?"

Pongamos en este lugar la traducción de los LXX, que discrepa del hebreo en muchísimas cosas. LXX: "¡Ay de los asirios!: la vara de mi furor es él mismo en sus manos, mi ira enviaré contra la nación inicua, y a mi pueblo mandaré que haga despojos y 143 presa, y pisotee las ciudades, y las

ponga en polvo: pero él mismo no lo pensó así, y no lo juzgó así; sino que para que destruya es su mente, y para que pierda muchísimas naciones. Que si le dijeren: Tú solo eres príncipe, responderá: No tomé la región que está sobre Babilonia, y Calane, donde fue edificada la torre. Pero tomé Arabia, y Damasco, y Samaria: como tomé estas, así tomaré todos los reinos. Aullad, esculturas en Jerusalén y Samaria; pues como hice a Samaria y a sus ídolos, así haré a Jerusalén y a sus simulacros".

Primero debe saberse que en el hebreo no tiene Calane, sino CHALANNO. Pues la última letra de este nombre no es IOD, como ellos pensaron, sino VAU, cuyas letras solo entre sí se distancian en magnitud. Pero la torre fue edificada en el campo de Senaar, en el cual estaban Arec [Al. Arce], Acad, y Calane, y Babilonia, que recibió el nombre por la confusión de las lenguas (Gén 11). Además, Arabia no se tiene en el hebreo, sino Jamat, a la cual los sirios hasta hoy llaman Epifanía. "Aullad" también y "esculturas en Jerusalén", añadieron de lo suyo. Y lo que arriba está escrito: "Si le dijeren a él, tú solo eres príncipe, responderá, no tomé aquella región y aquella, sino que tomé Arabia, y Damasco, y Samaria", sugiere este sentido: Cuando, dice, digan al asirio los que han sido capturados, tú eres el príncipe de todos, él sintiéndose todavía débil, responderá: ¿Cómo me llamáis príncipe, cuando solo haya tomado Arabia, y Damasco, y Samaria, y a las naciones puestas lejos más allá de Babilonia, todavía no haya sometido a mi potes-

tad? De qué modo pues tomé Arabia, Damasco y Samaria, así me someteré todos los reinos."

Pasemos al hebreo, y anotemos brevemente qué nos parece. "¡Ay del asirio!", esto es, Senaquerib, porque él mismo es la vara y el báculo de mi furor, pues en su mano está mi indignación, y por él heriré a la nación falacísima, que entre mí siempre y los ídolos claudicó, que mintió que iba a cumplir mis preceptos, y contra el pueblo de mi furor le mandaré a él mismo que lo despoje y lo deprede, y lo reduzca a polvo, y lo pisotee como al lodo de las plazas, esto es, que lo hiera y no lo mate, que lo llagué y no le quite la vida. Pero él mismo salió del modo de mi ira, y no solo contra Israel, al cual había sido dirigido, sino que se enfureció contra muchísimas naciones, 144 para que destruyera todos los reinos en derredor, y hasta el exterminio de muchísimas naciones su espada se encrueleciera. Pues erguido en soberbia, se atrevió a decir estas cosas: "Mis jefes son los reyes de otras naciones, y sujetos a mí, mandarán a todas las naciones. Como tomé Carquemis, así tomé también Calno: como Arpad, así obtuve también Jamat, como Damasco, así me sometí también a Samaria. Como sometí a mis pies los demás reinos, que servían al culto de los ídolos, así también a Jerusalén y a Samaria, en la cual están los mismos ídolos, someteré a mi potestad. Como tomé Samaria con sus ídolos, así también tomaré Jerusalén, porque venera a los mismos dioses". Por Carquemis, además, los LXX añadiendo de lo suyo, interpretaron "la región

más allá de Babilonia", y "Calane donde fue edificada la torre", dejando Arpad totalmente.

Podemos además, según la traducción de ellos y la libertad de la tropología, con tal que sea piadosa, decir también esto por lo que dice: "y mandaré a mi pueblo que haga despojos y presa, y pisotee las ciudades, y las ponga en polvo", que también esto diga, que diariamente a su pueblo mande el Señor, que las ciudades de los adversarios que se yerguen contra la ciencia de Dios, y de los herejes construidas con excesivo trabajo, las reduzca a polvo y demuestre que no son nada. Quien entendiendo la flaqueza del corazón humano, y que circundado de carne mortal, no puede tener la perfecta victoria de las virtudes, ni capturar a todas las naciones, aunque otros lo admiren y digan: "Tú solo eres príncipe", les responderá: "Muchas cosas hay que debo destruir, y todavía no he podido destruir: sé que no sé. Y aunque haya superado muchos argumentos de los adversarios: sin embargo hay muchísimos que todavía deben ser superados". Y al mismo tiempo, por la esperanza de las cosas futuras de estas que superó, también se repromete a sí mismo la victoria de los demás. Se manda además aullar a los simulacros de Jerusalén y Samaria: no a las cosas mismas que fueron fingidas; sino a estos que las fingieron: metonímicamente estos que las hicieron, por medio de las cosas que fueron hechas: para que no solo estos que en las herejías fabricaron ídolos, sino los que en la Iglesia por ignorancia defienden por verdad la mentira, con aullido y penitencia testifiquen que erraron.

(Vers. 12-14.) "Y será que, cuando hubiere cumplido el Señor todas sus obras en el monte Sión y en Jerusalén, 145 visitaré sobre el fruto del magnífico corazón del rey de Asur, y sobre la gloria de la altura de sus ojos. Pues dijo: En la fortaleza de mi mano lo hice, y en mi sabiduría entendí, y quité los términos de los pueblos, y a sus príncipes depredé, y derribé como poderoso a los que residían en lo sublime; y halló como un nido mi mano la fortaleza de los pueblos; y como se recogen los huevos que han sido abandonados, así toda la tierra yo congregué, y no hubo quien moviera el ala, y abriera la boca, y piara".

Los LXX por "fruto", interpretaron "sentido" o "mente grande". Después de la cautividad de Samaria, y de la victoria de los asirios, y de la conminación contra Jerusalén, porque habiendo imitado los simulacros de Samaria, con semejante sentencia había de ser herida; ahora contra el mismo asirio que se elevó en soberbia, y de su propia fortaleza pensó que era lo que venció, habla el Profeta. Pues dijo el asirio, jactándose con el tumor de su corazón, que en la fortaleza de su mano venció a todas las naciones, y con increíble sabiduría poseyó los términos de todos. Y según los LXX fue de tanta potencia, que a las ciudades de hombres belicosos destruyó hasta los cimientos, y a todo el orbe como a un nido aprehendió, y como a huevos abandonados por sus madres, los convirtió en su presa. Y porque una vez había tomado la metáfora de las aves, del nido y de los huevos, la conservó en lo demás, para decir: "No hubo quien moviera el ala, y abriera la boca, y

piara". Tanto, dice, fue el terror de mi fortaleza y de mi victoria, que ni siquiera el llanto y el gemido los vencidos prorrumpían libremente.

Hay quienes piensan que estas cosas se dicen generalmente contra el reino de los asirios, que después de que hubiere cumplido el Señor todas sus obras en el monte Sión y en Jerusalén, esto es, después de que hubiere sido subvertida Jerusalén, sea destruido el imperio de los asirios. Pero a mí, por estas cosas que siguen, propiamente contra Senaquerib rey de los asirios me parece la conminación. Lo que además dice: "Después de que hubiere cumplido el Señor todas sus obras en el monte Sión y en Jerusalén", no significa la subversión de la ciudad, sino el sitio, cuando vino Rabsaces jefe de Senaquerib, e hizo aquellas cosas que el mismo Profeta conmemora en lo posterior (Is 37, 17).

Según la tropología, cuando Samaria y Jerusalén hayan sostenido la 146 ira del Señor, y en la fabricación de los ídolos hayan sentido que erraron: entonces será destruido el sentido grande, el asirio, que en tanta soberbia contra el Señor se infló, que a su sabiduría estimó que todo cedería, y cualesquiera excelsos dogmas, y con arte dialéctica fortalecidos, que habían de ser sacudidos y totalmente destruidos: a tal punto que a semejanza de los polluelos de las aves, no valgan para elevarse a lo sublime, y todavía no animados sean insensibles y torpes, lo cual demuestra el ejemplo de los huevos, y que ni siquiera chisten, y muevan la lengua contra la razón y la fortaleza de su discurso.

(Vers. 15.) "¿Acaso se gloriará el hacha contra el que corta con ella, o se exaltará la sierra contra el que la tira? Como si se elevara la vara contra el que la eleva, y se exaltara el báculo, que por cierto es madera".

Contra Senaquerib, o como muchos piensan, Nabucodonosor, jactándose y diciendo: "En la fortaleza de mi mano lo hice, en mi sabiduría entendí", y lo demás, el santo Profeta respondió: ¡Oh nequísimo de los mortales!, ¿la ira de Dios piensas que es tu sabiduría, y su mandato lo refieres a tu fortaleza? Como si el hacha se gloriara contra el que tiene el hacha, y la sierra contra aquel por quien es tirada, y dijeran que todas las obras que se hacen por el hacha y la sierra, por su propia arte son perfeccionadas. Y si alguien elevara la vara, y exaltara el báculo para herir a quien quisiera, y la vara misma y el báculo se gloriaran, y dijeran que por ellos fue herido el que fue herido: así también tú cuando hayas sido el órgano de la voluntad de Dios, te eriges en soberbia, y de todas las cosas que se gestan, te glorías de que son de tu virtud.

Pero lo que sea que se dice al asirio, también puede referirse a la soberbia de los herejes, y al diablo, que es llamado hacha, y sierra, y vara en las Escrituras, por aquello de que por medio de él los árboles infructuosos son cortados, y divididos, y es serrada la dureza de los incrédulos, y son heridos con la vara los que no reciben la disciplina. Los herejes también, cuya boca es puesta en el cielo, y su lengua transita en la tierra, y el sentido que de Dios para buena parte recibieron, lo abusan para lo contrario y lo perverso, de modo que

hablen contra aquel por quien fueron fundados, 147 y el ministerio de la lengua, con el cual ha de ser alabado el Señor, lo conviertan en blasfemia (Sal 72).

(Vers. 16 seqq.) "Por esto enviará el dominador Señor de los ejércitos en sus pingües la flaqueza, y bajo su gloria un incendio arderá como la combustión de un fuego. Y será la luz de Israel en fuego, y su santo en llama: y se encenderá y será devorada su espina y sus zarzas en un solo día. Y la gloria de su bosque y de su Carmelo desde el alma hasta la carne será consumida, y será prófugo por el terror, y las reliquias de la madera de su bosque por la poquedad serán numeradas, y un niño las escribirá".

Porque hiciste estas cosas, y hablaste lo que arriba narré, por eso enviará el Señor a su Ángel, y en una noche ciento ochenta y cinco mil de tu ejército morirán: de modo que todos los más potentes, a los que llama pingües, sean reducidos a la flaqueza y a la nada: y como los hebreos transmiten, quedando ilesas las vestiduras de los asirios, los cuerpos sean quemados por un ardor oculto: entonces la luz de Israel y el santo, esto es, el ángel, estará en fuego y en llama, y todas las espinas y zarzas de los asirios, esto es, la malicia será consumida, no en mucho tiempo, sino en un solo día y momento. Y como el bosque y el Carmelo, que es un monte en Galilea poblado de arboledas, aplicado el fuego rápidamente se quema: así desde el alma hasta la carne toda la gloria del asirio será consumida. Entonces el ejército despojado huirá, lo cual el mismo Profeta

atestigua en lo subsiguiente, y de tan innumerable multitud que fue comparada al Carmelo y al bosque, vendrá a tanta poquedad, que un niño pequeño pueda numerarlos y describirlos. Pues transmiten los hebreos que solo diez de su ejército quedaron; algunos de los nuestros quieren que este rey sea tipo de la potestad adversaria. Y como en Daniel (Cap. 10) leemos de los príncipes del reino de los persas, y del reino de los medos, y del reino de los griegos, así también que hay un príncipe de los asirios, que por la soberbia es llamado sentido grande, y en el día del juicio sea entregado a los ardores de la gehenna, la cual está preparada para el diablo y sus ángeles. Y la luz de Israel y el santo, esto es, el mismo Señor enciende las zarzas y espinas del asirio, y toda su potencia e innumerables pueblos reduce a la nada. Entonces él aterrado por el temor, como culebra tortuosa y fugitiva, quiere evitar las penas inminentes.

Pero los que del bosque y 148 su confusión y maderas perecederas pudieren escapar, esos existen dignos de que sean numerados y descritos por el niño, cuyo principado está sobre sus hombros. Esto mismo también a los herejes puede referirse: que después de que la doctrina eclesiástica haya brillado, y todas sus trampas hayan quedado patentes, entonces vengan a tanta soledad, que del bosque y de los árboles infructuosos y de su innumerable multitud, a la cual con fraude herético habían engañado, apenas pocos residan que sigan su error. Por lo que nosotros vertimos: "enviará el Señor en sus pingües la flaqueza", los LXX tradujeron: "enviará el Señor en

tu honor la ignominia". Y por lo que nosotros dijimos: "y su santo en llama", ellos vertieron: "y lo santificará en el fuego": por lo cual algunos quieren que se entienda que las penas y tormentos para esto se aplican a los pecadores, para que con fuego divino sean purgados. Y lo que nosotros dijimos: "Y la gloria de su bosque, y de su Carmelo": ellos interpretaron: "Se extinguirán los montes, y collados, y bosques", por lo cual toda la claridad y soberbia, y multitud de los asirios sea humillada extinguida.

(Vers. 20 seqq.) "Y será en aquel día, no añadirá el residuo de Israel, y estos que salvados fueren de la casa de Jacob, el apoyarse sobre aquel que los hiere [Al. herirá], sino que se apoyará sobre el Señor el Santo de Israel en verdad. Las reliquias se convertirán, las reliquias, digo, de Jacob, al Dios fuerte. Pues si fuere tu pueblo Israel como la arena del mar, las reliquias se convertirán de él. La consumación abreviada inundará justicia. Pues la consumación y la abreviación el Señor Dios de los ejércitos hará en medio de toda la tierra".

Donde en el griego se dice: "Se convertirán las reliquias de Jacob al Dios fuerte", por "Dios fuerte", en el hebreo tiene escrito EL GIBBOR, dos nombres de los seis nombres con los cuales leemos arriba que el niño pequeño e hijo, que nos fue dado, fue llamado. Y por lo que está escrito: "Las reliquias se convertirán", por ello se dice en el hebreo en número singular: "lo que quedó se convertirá", esto es, τὸ ὑπόλειμμα ἐπιστρέψει; en el hebreo se escribe SHEAR JASHUB. Y por esta ocasión del vocablo piensan que Jasub hijo de

Isaías precedió como signo del pueblo que ha de ser salvado de Israel. Cuando pues la luz de Israel y el santo haya consumido el bosque y las zarzas del Carmelo, y el rey asirio con pocos haya huido: entonces los residuos de Israel, que con el príncipe Ezequías, capturadas las demás ciudades de Judea, 149 eran sitiados en Jerusalén, de ningún modo confiarán en el asirio: como ahora hacen bajo el rey Acaz, que envió mensajeros al rey de los asirios diciendo: "Siervo tuyo soy yo, sube y líbrame de la mano del rey de Siria, y de la mano del rey de Israel, que se han levantado contra mí" (2 Rey 16, 7); cuando tomó el oro y la plata que fue hallado en los tesoros de la casa del Señor y en la casa real, y envió dones al rey de los asirios, y lo oyó el rey de los asirios, y vino a Damasco, y la tomó, y la trasladó, e interfirió a Rasín; pero liberados por el mismo asirio percusor, que antes fue amigo y después resultó enemigo, se apoyarán y confiarán sobre el Señor el Santo de Israel, de ningún modo falsamente, como bajo los reyes anteriores habían hecho, sino en verdad.

Lo cual leemos que se hizo bajo Ezequías: de modo que abandonados los ídolos, se convirtieran al culto de Dios. Y porque había dicho que las reliquias habían de ser salvadas, pasa a los tiempos posteriores, y dice que la plena salvación ha de ser bajo el Cristo. Lo cual el apóstol Pablo también entendiendo escribe a los romanos: "Isaías empero clama por Israel. Si fuere el número de los hijos de Israel como la arena del mar, las reliquias serán salvas. Pues palabra consumante y abreviante en equidad, porque palabra abreviada

hará el Señor sobre la tierra" (Rom 9, 27). Y como dijo Isaías: "Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado semilla, como Sodoma habríamos sido hechos, y a Gomorra habríamos sido semejantes" (Is 1, 9). Donde pues la autoridad de tan gran varón precede, cese toda otra interpretación. Y en verdad si leemos a Josefo (Lib. 10, cap. 2), y cuán grande multitud de hombres hubo en Jerusalén y en Judea cuando padeció el Señor; entendemos que apenas pocos en los Apóstoles y varones apostólicos de entre los judíos fueron salvados [Al. han de ser salvados]. Además, abreviado y perfecto es el discurso evangélico, que por todas las prolijas ceremonias de la Ley, dio el brevísimo precepto de la dilección y de la fe, para que lo que para nosotros no quisiéramos que se hiciera, no lo hiciéramos al otro. De donde también el Señor en el Evangelio: "En estos dos mandamientos", dice, "pende toda la Ley y los Profetas" (Mt 22, 40). Algunos refieren este capítulo a aquellos tiempos cuando bajo Zorobabel hijo de Salatiel, y Josué hijo de Josedec, y Esdras, y Nehemías, una cierta parte del pueblo regresó a Judea. A quienes responderemos, 150 que ellos no guardan el orden de la historia, máxime cuando estas cosas que siguen, no contra los babilonios, cuyo rey fue Nabucodonosor, sino contra Senaquerib el rey de los asirios se digan.

(Vers. 24 sigs.) Por esto dice así el Señor Dios de los ejércitos: No temas, pueblo mío morador de Sión, a causa del asirio; con vara te herirá, y alzará su báculo sobre ti en el camino de Egipto. Pues todavía un poquito y un momento, y se

consumará mi indignación, y mi furor sobre la maldad de ellos. Y suscitará sobre él el Señor de los ejércitos un azote, según la plaga de Madián en la peña de Oreb, y su vara sobre el mar, y la alzará en el camino de Egipto. Y será en aquel día: será quitada su carga de tu hombro, y su yugo de tu cuello, y se pudrirá el yugo ante la faz del aceite.

Por "peña", lo que según el hebreo interpretó Aquila, Símaco y Teodoción pusieron la misma palabra hebrea SUR OREB. Por lo cual los LXX interpretaron "lugar de tribulación", de lo cual hablaremos en su propio lugar. Difícil, dice, te parece, oh morador de Sión, que habiendo sido subyugadas por el asirio todas las gentes en el contorno, tú solo seas librado de sus manos. Escucha lo que digo: no temas, pueblo mío, que seas capturado venciendo el asirio. Pues aunque en el año décimo cuarto del rey Ezequías (IV Rey 18) haya de subir Senaquerib rey asirio sobre todas las ciudades de Judá fortificadas para tomarlas, y haya de enviar a Rabsaces para que aterre al pueblo sitiado en Jerusalén; sin embargo, esto debes saber, que ha de herirte no con espada, sino con vara, y dirigiéndose contra Taraca rey de Etiopía, y los egipcios y el mar Rojo por el camino de Egipto, solo eleve su báculo contra ti, y no pueda herir. Pues todavía un poco, y habiendo regresado de Egipto con una infinita multitud de ejército, y deseando sitiarte, inmediatamente será herido por mi indignación, y aquel azote que antaño suscité contra los madianitas bajo Gedeón (Jue 7), quien con otro nombre se llamaba Jerobaal:

cuando Oreb y Zeeb príncipes de los madianitas fueron muertos sobre la peña durísima, esto es, el sílex, que en hebreo se llama SUR, de modo que de la peña y del rey que en ella fue muerto, el lugar recibió el nombre 151 de la peña de Oreb. Alzará, pues, su vara sobre el mar Rojo dirigiéndose contra los etiopes, y la alzará regresando a ti por el camino de Egipto: pero inmediatamente que venga de Egipto, será quitada la carga de tus hombros y el yugo de su imperio, y dejarás de servir. El cual yugo, esto es, la potencia del asirio, se pudrirá ante la faz del aceite, esto es, de la misericordia de Dios.

Podemos también entender esto que dijo: "Con vara te herirá, y alzará su báculo sobre ti en el camino de Egipto"; y de nuevo: "Y su vara sobre el mar, y la alzará en el camino de Egipto", aun así: que por eso hirió a muchísimos de la tribu de Judá y tomó en el contorno del reino de Jerusalén las ciudades, porque no en Dios, sino en los egipcios tuvieron confianza. De donde también Rabsaces les reprocha diciendo: "He aquí que confías sobre el báculo de caña quebrado sobre Egipto. en el cual si se apoyare el hombre, entrará en su mano y la perforará" (IV Rey 18, 21): así es Faraón rey de Egipto para todos los que confían en él. La historia de los madianitas está escrita en el libro de los Jueces (Jue 7), la cual también leemos en el Salmo: "Pon a sus príncipes como a Oreb y Zeeb, y Zeeb y Salmana" (Sal 82, 12). Yerran, pues, los que piensan que se significa aquel tiempo cuando en el libro de los Números (Cap. 25) los madianitas se refieren como degollados por Israel desde el

desierto de Shur hasta el monte de Dios, Horeb; las cuales se escriben con otras letras entre los hebreos, cuando en aquel tiempo no estuvieron en el monte Horeb, sino en la soledad de Setim.

Según la anagogía, se manda al pueblo que mora en la Iglesia que no tema a los adversarios, que siempre están listos para combatir y con su mucha disputa subvirtieron las almas. Pues por eso él puede recibir un poquito de potestad contra el pueblo de Dios, y herir no tanto con espada como con vara, esto es, no matar, sino amenazar, porque caminaron en el camino de Egipto y no confiaron en el Señor. Mas cuando se hayan convertido a Dios y hayan dejado el camino de Egipto, entonces ha de suscitarse el azote por el juicio de Dios contra los adversarios. Madián, en efecto, se interpreta "del juicio": para que por el espíritu de su boca y el aceite de la misericordia el yugo de los enemigos se pudra.

(Vers. 28 sigs.) Vendrá a Ayat, pasará a Migrón: en Micmás encomendará sus vasos. Pasaron de prisa por Geba, nuestra sede (o como encontramos escrito en otra parte: en la mansión permanecieron); 152 se pasmó Ramá, Guibeá de Saúl huyó. Relincha con tu voz, hija de Galim; atiende, Laisa, pobrecilla de Anatot: migró Madmena: moradores de Guebim, confortaos. Todavía es de día para que se esté en Nob: agitará su mano sobre el monte de la hija de Sión, el collado de Jerusalén. LXX: Pues vendrá a la ciudad de Hai, y pasará a Magedo: y en Micmás pondrá sus vasos: y pasará el valle, y vendrá a Hai. El temor aprehenderá a Ramá ciudad de Saúl: huirá la hija de Galim:

atiende Laisa: se oirá en Anatot: se pasmó Madmena, y los moradores de Guebim. Consolaos hoy en el camino, para que permanezca: consolad al monte de la hija de Sión, y al collado de Jerusalén.

Mucho discrepan los LXX del hebreo en este lugar: por lo cual hemos puesto ambas ediciones, para que digamos lo que nos parezca en cada una, inspirándonos Cristo, si lo hubiéramos merecido. Describe el discurso profético el camino y la pompa del asirio que regresa de Egipto a Jerusalén, y con cuánto estrépito y con cuánto curso vendrá a impugnarla. Y primero, dice, vendrá a Ayat, donde por la demasiada prisa no queriendo permanecer, pasará a Migrón, y tendrá tanta confianza de tomar la ciudad, que en Micmás encomiende sus bagajes, como si pronto hubiera de regresar subvertida la ciudad: los cuales depositados, la pasará de prisa, y en Geba tendrá su albergue: donde subsistiendo allí un poquito, para que reconforte al ejército cansado, Ramá ciudad vecina se aterrará: Guibeá de Saúl antaño ciudad huirá. Entonces también la hija de Galim, que en hebreo se dice BETH GALLIM, de tal modo aullará, que creas ser el relincho de los caballos. Por lo cual, oh Laisa, y pobrecilla, u obediente, o humilde Anatot (pues de tres modos puede interpretarse), atended diligentemente, y declinad el ímpetu del que corre, si podéis: pues ya migró de sus sedes la ciudad de Madmena. Mas vosotros que habitáis en los collados, que se interpreta Guebim, seguros por la altura de los lugares, confortaos, esto es, tomad las armas. Todavía restaba tanto del día que estando en el pueblecito de Nob, y viendo de

lejos la ciudad de Jerusalén; agitara su mano y la sacudiera sobre el monte Sión, o despreciándola y conteniéndola, o insultando y amenazando, y admirándose de que habiéndole sido sujeto todo el Oriente, tan pequeña ciudad ose repugnar a su potencia.

153 Estas cosas según los hebreos, como nos fue tradicionado por ellos, las hemos recorrido en un breve discurso. Ahora subyuguemos lo que los varones eclesiásticos sienten de este lugar según la edición de los LXX. Cuando el yugo del asirio, o como algunos mal piensan, del babilonio, haya sido quitado de tus hombros y corrompido, el asirio Senaquerib huyendo, con unas pocas reliquias vendrá a Hai, que no se tiene en el hebreo. Y tanta será la trepidación del que huye, que no ose permanecer allí, sino que pasará a Magedo, la cual ni la misma Escritura contiene. Y porque impedido por sus bagajes no podrá huir más velozmente, depondrá los vasos en Micmás, y con paso concitado pasará el valle, el cual ni el mismo discurso hebreo resuena: y de nuevo vendrá a Hai, que se pone dos veces en este lugar, y no se tiene en el hebreo. Al sonido de su huida contremecerá Ramá, ciudad de Saúl: lo cual es perspicuamente falso. Pues la ciudad de Saúl se llama Geba, como se contiene en el hebreo. Después vendrá a Galim: oirá Laisa, oirá Anatot, contremecerá Madmena. Mas los moradores de Guebim y los collados, que están en Jerusalén, esto es, todos los varones excelsos, son provocados a consolar a Jerusalén: no después de largo tiempo, sino al presente, y el mismo día mientras el asirio está en el camino;

para que permanezcan en sus lugares, y perturbados por el temor de ningún modo huyan.

Esto según la letra. Por lo demás, alguno en este lugar, como no pueda encontrar las etimologías de los nombres falsos según los LXX, ni testifique haberlas podido hallar en el libro de los Nombres Hebreos, nos envía a lo incierto, para decir que en el extremo tiempo del mundo y en la consumación de este siglo siendo inminentes las penas, un sentido grande, el príncipe de los asirios, ha de huir: y por diversos lugares y varios progresos desea huir de la ira de Dios. Y cuando él haya huido, los moradores de Guebim, esto es, todas las virtudes excelsas, son provocadas por el discurso profético, para que consuelen al que huye, y le enseñen que no huya, sino que permanezca en el camino, y espere la misericordia de Dios; y no solo consolar al que huye, o en las buenas obras revocar a la hija de Sión del luto, y provocarla a la salvación de la penitencia, y que estos son los collados en Jerusalén de los cuales leemos en la parte posterior 154 de este profeta: "Consolad, consolad a mi pueblo, sacerdotes: hablad al corazón de Jerusalén" (Is 40, 1). Esto dijo porque, constreñido por la verdad de la cosa, no tenía otra cosa que decir.

He aquí que el Dominador, el Señor de los ejércitos, quebrará la laguncula con terror, y los de alta estatura serán talados, y los sublimes serán humillados, y serán subvertidos los espesos del bosque con el hierro, y el Líbano caerá con sus excelsos. Piensan algunos que este lugar todavía se dice del asirio, que quebrantado él, todas las

naciones en el contorno, que estaban sujetas a su dominio, sean taladas y humilladas, y el bosque densísimo sea subvertido: por el cual quieren que se entienda metafóricamente el pueblo y los príncipes. También que el Líbano cae con sus excelsos, para que no resida en absoluto nada de la potencia de Asiria. Mas otros quieren que desde este lugar sea el principio acerca de Cristo: máxime cuando tanto las cosas que siguen, como nosotros acerca de él, y la Circuncisión [los judíos] confiesen estar escrito. Había dicho arriba el nombre del niño que ha de nacer de la Virgen, que se llamaría Emmanuel; y después concebido en el útero de la Profetisa se llamaría: "acelera, quita los despojos, apresúrate a depredar" (Is 8, 3), y él mismo sería la piedra de tropiezo y la roca de escándalo para las dos casas de Israel: cuyo principado estaría sobre su hombro, y sería llamado con seis nombres: Admirable, y Consejero, y Dios, y Fuerte, y Padre del siglo futuro, y Príncipe de la paz: y que se multiplicaría su imperio, y de la paz no habría fin. Ahora en el prólogo de su advenimiento, antes de que se diga que ha de nacer del género de Jesé y de David, por la metáfora de la laguncula rota se demuestra su pasión: que, queriendo Dios, por eso su carne fue entregada a la muerte, para que la sublimidad de los judíos sea destruida, y los antaño excelsos caigan en tierra; y el Líbano con sus cedros sea talado, de lo cual leemos en Zacarías: "Abre, oh Líbano, tus puertas, y coma el fuego tus cedros: aúlla, abeto, porque cayó el cedro, porque los magníficos han sido devastados" (Zac 11, 1. 2). Mas que se diga

haber sido quebrantado y herido por el Padre, también aquello es indicio: "Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas" (Zac 13, 7). Y otro testimonio: "Porque a quien tú heriste, ellos persiguieron" (Sal 68, 27). La palabra hebrea PHURA, que Aquila interpretó como "vasija de alfarero" (*kerameion*), Teodoción y Símaco vertieron como "lagar" (*lēnon*), el cual 155 mismo también según la inscripción de tres salmos significa la pasión del Señor, diciendo él mismo en Isaías: "El lagar pisé yo solo, y de las gentes no hubo varón conmigo" (Is 63, 3). Mas los LXX, infiriendo un nuevo sentido en vez de "lagar", interpretaron "gloriosos".

(Cap. XI.---Vers. 1, 2.) Y saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una flor de su raíz subirá: Y reposará sobre él el Espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y lo llenará el espíritu del temor del Señor. Hasta el principio de la Visión, o de la carga de Babilonia, que vio Isaías hijo de Amós, toda esta profecía es acerca de Cristo, la cual queremos explanar por partes, para que propuesta y disertada toda a la vez no confunda la memoria del lector. Los judíos interpretan la vara y la flor de la raíz de Jesé como el Señor mismo: que a saber en la vara se muestra la potencia del que reina, y en la flor la hermosura. Mas nosotros entendamos la vara de la raíz de Jesé como la santa Virgen María, que no tuvo ningún vástago adherido a sí; de la cual también arriba leímos: "He aquí que la Virgen concebirá y parirá un hijo" (Is 7, 14). Y la flor como

el Señor Salvador, que dice en el Cantar de los Cantares: "Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles" (Cant 2, 1). Por "raíz", la cual solo los LXX tradujeron, en el hebreo tiene escrito GEZA, que Aquila y Símaco y Teodoción interpretaron como *kormon*, esto es, "tronco". Y por "flor", que en hebreo se dice NESER, tradujeron "germén" o "vástago" (*germen*), para mostrar que mucho tiempo después de la cautividad babilónica, no poseyendo nadie de la estirpe de David la gloria del antiguo reino, como de un tronco nació María, y de María nació Cristo. Aquello que en el Evangelio de Mateo todos los eclesiásticos buscan y no encuentran donde esté escrito: "Porque será llamado Nazareno" (Mt 2:23), los eruditos de los hebreos piensan que ha sido tomado de este lugar. Pero debe saberse que este NESER se escribe con la letra *Tsade* (*Sade*): cuya propiedad y sonido entre la *z* y la *s* el discurso latino no expresa. Es, en efecto, estridente, y con los dientes apretados apenas con la impresión de la lengua se profiere: por la cual también se escribe la ciudad de Sión. Por lo demás, los nazareos (*Nazaraei*), a quienes los LXX tradujeron como "santificados" y Símaco como "separados", 156 siempre se escriben con el elemento *Zayin* (*Zain*).

Sobre esta flor, pues, que del tronco y de la raíz de Jesé por la Virgen María de repente surgirá, reposará el espíritu del Señor, porque en él plugo que habitara corporalmente toda la plenitud de la divinidad: de ningún modo por partes, como en los demás Santos; sino según el Evangelio que

escrito en discurso hebreo leen los nazarenos: "Descenderá sobre él toda la fuente del Espíritu Santo". Mas "el Señor es Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad" (2 Cor 3, 17). En el mismo volumen de Mateo leemos aquello que se escribe en las partes consecuentes: "He aquí mi siervo a quien elegí: mi elegido en quien plugo a mi alma: pondré mi espíritu sobre él: proferirá juicio a las gentes" (Mt 12, 18), refiriéndose a la inteligencia del Salvador, en quien reposó el Espíritu del Señor, esto es, permaneció con eterna habitación: no para que se alejara volando y de nuevo descendiera a él; sino que según el testimonio de Juan el Bautista permaneciera perpetuamente, quien dice: "Vi al Espíritu descendiendo como paloma del cielo, y permaneciendo sobre él, y yo no le conocía: mas el que me envió a bautizar en agua, él me dijo: Sobre quien vieres al Espíritu descendiendo y permaneciendo en él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo" (Jn 1:32. 33). Por lo demás, en el Evangelio del cual arriba hicimos mención, encontramos estas cosas escritas: "Y sucedió que cuando el Señor hubo ascendido del agua, descendió toda la fuente del Espíritu Santo y reposó sobre él, y le dijo: Hijo mío, en todos los profetas te esperaba, para que vinieras y reposara en ti. Pues tú eres mi reposo, tú eres mi hijo primogénito, que reinas para siempre". El cual Espíritu del Señor es llamado también Espíritu de sabiduría; pues "todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho" (Jn 1, 3). Y en los Salmos se canta: "¡Cuán magnificadas son tus obras,

Señor! todas las cosas hiciste en la sabiduría" (Sal 103, 24). Y el Apóstol escribe: "Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios" (1 Cor 1, 24). And in Proverbs it is read: "The Lord in his wisdom founded the earth, and prepared the heavens in prudence" (Prov. 3:19). Y del mismo modo que el mismo Verbo de Dios es llamado luz, y vida, y resurrección: así es llamado espíritu de sabiduría y de entendimiento, y de consejo y de fortaleza, y de ciencia, y de piedad, y de temor del Señor: no porque sea diverso 157 según las diferencias de los nombres, sino que uno y el mismo es la fuente y el principio de todas las virtudes. Sin Cristo, pues, nadie puede ser ni sabio, ni inteligente, ni consejero, ni fuerte, ni erudito, ni piadoso, ni lleno del temor de Dios. Y esto debe notarse, que el Espíritu del Señor, de sabiduría y de entendimiento, de consejo y de fortaleza, de ciencia y de piedad, y de temor del Señor —esto es, el número septenario, que son llamados los siete ojos en una sola piedra en Zacarías (Cap. 3)— reposa sobre la vara y la flor, que de Jesé, y por esto de la estirpe de David, surgió. Especialmente, sin embargo, el espíritu del temor del Señor lo habrá llenado a causa de aquellos que necesitan del temor del Señor: porque son pequeñitos, a quienes echa fuera la perfecta dilección. Pues el que teme tiene pena, y no es perfecto (1 Jn 4, 18). De donde también el Apóstol habla a los creyentes: "Pues no recibisteis el espíritu de servidumbre otra vez en el temor: sino que recibisteis el Espíritu de adopción, en el cual clamamos Abba Padre" (Rom 8, 15). Y en Malaquías leemos: "Si yo soy padre, ¿dónde

está mi gloria? y si yo soy Señor, ¿dónde está mi temor?" (Mal 1, 6); de cuyo temor se canta en el Salmo: "Venid, hijos, oídme: el temor del Señor os enseñaré" (Sal 33, 12).

(Vers. 3 sigs.) No juzgará según la visión de los ojos, ni argüirá según el oído de las orejas: sino que juzgará en justicia a los pobres, y argüirá en equidad por los mansos de la tierra, y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío. Y será la justicia el cíngulo de sus lomos, y la fe el cinctorio de sus riñones.

Estas cosas nosotros las referimos al primer advenimiento del Salvador: los judíos contienden que han de ser en el fin del mundo. Por lo demás, los LXX tradujeron: "No según la gloria juzgará, ni según el discurso argüirá: sino que juzgará con un juicio humilde, y argüirá a los humildes de la tierra". Pues de nadie acepta la persona en el juicio: sino que habla a los escribas y fariseos y a los príncipes: "¡Ay de vosotros, hipócritas!", y: "Será quitado de vosotros el reino de Dios, y será dado a una nación que haga los frutos de él" (Mt 23, 13, y 21, 43). Ni según el discurso y el oído de las orejas corrigió. Pues a aquellos que decían: "Maestro, sabemos que eres veraz, y enseñas el camino de Dios en verdad, y no te importa de nadie: pues no miras a la cara de los hombres" (Mt 22, 16): 158 conociendo la malicia de ellos, respondía: "¿Por qué me tentáis, hipócritas?", y otras cosas semejantes a estas. Juzgaba, pues, en justicia a los pobres de espíritu, de los cuales es el reino de Dios: y argüía en equidad a los mansos

y humildes de la tierra, diciendo a los Apóstoles: "¿Todavía también vosotros sois insipientes?" Y de nuevo: "¿Aún no sabéis ni entendéis?" Y a Pedro especialmente: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?" (Mc 8, 17, Mt 14, 31). O ciertamente por los humildes y mansos argüía a otros, que intentaban oprimirlos. Hirió también todas las obras terrenas con la vara, o como los LXX tradujeron, "con la palabra de su boca", hablando en el Evangelio: "No penséis que he venido a enviar paz sobre la tierra: pues no vine a enviar paz, sino espada. Y con el espíritu de sus labios matará al impío" (Mt 10, 34, y Lc 12, 51): de lo cual leemos en el noveno salmo: "Increpaste a las naciones, y pereció el impío: borraste el nombre de ellos por el siglo y por el siglo del siglo" (Sal 9, 6). Y el Apóstol Pablo escribe: "A quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca" (2 Tes 2, 8; Ef 6, 17). Herido, pues, el impío, se ciñó el Señor de justicia y verdad y fe. Pues él mismo fue hecho para nosotros por Dios sabiduría, y justicia, y santificación y redención (1 Cor 1, 30), quien también habla en el Evangelio: "Yo soy la luz, y la vida, y la verdad" (Jn 8, 12 y 14, 6). Y de los Salmos se dice: "La verdad brotó de la tierra: y la justicia miró desde el cielo" (Sal 84, 12). De donde también el Apóstol exhorta a los efesios: "Estad, pues, ceñidos vuestros lomos en la verdad, y vestidos con la loriga de la justicia" (Ef 6, 14). Que si en vez de verdad se lee "fe", aquello debe decirse, que el cíngulo del Señor, con el que fue ceñido Jeremías (Jer 13, 1), es la fe de los creyentes.

(Vers. 6 sigs.) Habitará el lobo con el cordero, y el pardo con el cabrito se acostará; el becerro, y el león, y la oveja morarán juntos, y un niño pequeño los guiará. El becerro y el oso pacerán: juntos descansarán sus cachorros, y el león como buey comerá pajas. Y se deleitará el infante de pecho sobre el agujero del áspid; y en la caverna del basilisco, el que hubiere sido destetado, su mano meterá. No dañarán, y no matarán en todo mi monte santo, porque llena está la tierra de la ciencia del Señor: como las aguas del mar que cubren.

Estas cosas también los judíos y nuestros judaizantes contienden que han de ser según la letra, para que en la claridad de Cristo, a quien piensan que ha de venir en el fin del mundo, todas las bestias 159 sean reducidas a la mansedumbre, y depuesta la antigua ferocidad, el lobo y el cordero pazcan juntos, y lo demás con lo demás, que ahora vemos que son contrarios entre sí. A quienes debemos preguntar si todas las cosas del presente lugar así se aceptan como están escritas, y nada se refiere a la inteligencia espiritual, según aquello del Apóstol que dice: Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo en toda bendición espiritual en los celestiales en Cristo (2 Cor 1, 3), ¿entonces tampoco la raíz, y la vara, y la flor se refieren al sentido?, ¿y la tierra herida por la palabra de Dios, y el impío muerto por el espíritu de sus labios, así se entiendan como están escritos?, ¿y se vean obligados a enseñar cómo con cosas incorpóreas, la justicia y la verdad, sean ceñidos los riñones del Señor?

Pero también esto preguntémosles: ¿qué cosa sea digna de la majestad del Señor, que el lobo y el cordero pazcan juntos, y el pardo con el cabrito se acueste, y el león coma pajas, y un niño pequeño meta su mano en el agujero de los áspides? a no ser que tal vez, según las fábulas de los poetas, nos restituyan el siglo de oro de Saturno, en el cual los lobos y los corderos pacerán juntos, y correrán ríos llenos de vino meloso, y de las hojas de los árboles destilarán mieles dulcísimas, y todas las cosas se llenarán de fuentes lácteas. Que si respondieren que estas cosas han de ser por la bienaventuranza de los tiempos, para que sin daño de nadie, los hombres disfruten de todos los bienes, oigan de nosotros que nada es bueno sino la virtud, y nada malo sino el vicio; y que esta es la felicidad del hombre, si estuviere lleno de la ciencia del Señor, y en su monte santo, esto es, en la Iglesia morare: donde no hay bestias, sino hombres que vigoran por la razón, que antes habían sido lobos, y pardos, y leones ferocísimos, pero después que recibieron la fe de Cristo, fueron hechos corderos, y cabritos, y becerros.

En aquel día la raíz de Jesé, que está por señal de los pueblos: a él las gentes suplicarán, y será su sepulcro glorioso. LXX: Y será en aquel día la raíz de Jesé, y el que surgirá para ser príncipe de las gentes, en él las gentes esperarán, y será su descanso honor. Por su descanso, en hebreo se ha puesto MNUATHO (), lo cual todos similarmente tradujeron. Por honor también en hebreo se lee CHABOD (), que perspicuamente suena a gloria. Y es el sentido: será su muerte gloriosa, para que

se cumpla aquello que el Salvador en el Evangelio suplica: Padre, glorifícame con la gloria que tuve ante ti antes que el mundo fuese (Jn 17, 5). Se ha dicho de su natividad, se ha dicho de los demás Sacramentos en medio: vino a la muerte, la cual no con el acostumbrado nombre de los mortales, sino porque en Cristo estaba la vida perpetua, se llama descanso. Nosotros, empero, para hacer manifiesto el sentido al que lee, en vez de dormición y descanso, con otro verbo, pero con el mismo sentido, vertimos sepulcro.

En aquel tiempo, pues, cuando el Evangelio de Cristo en todo el mundo coruscante, y llena fuere toda la tierra de la ciencia del Señor, como las aguas del mar que cubren la tierra, será la raíz de Jesé, y el que de su estirpe ascenderá por señal de todos los pueblos, para que vean los pueblos la señal del Hijo del hombre en el cielo (Mt 24). El cual tendrá cuernos en sus manos, en los cuales se esconderá su fortaleza, para que exaltado todo lo atraiga a sí (Hab 3). O como los LXX tradujeron, resurgirá de los muertos, para ser príncipe de todas las naciones, y las universas gentes 162 esperen en él. Lo cual también Jacob (Gen 49, 10) de la tribu de Judá con místico sermón testifica: No faltará príncipe de Judá, ni duque de sus muslos, hasta que venga aquel a quien le está guardado, y él mismo será la expectación de las gentes.

Y será en aquel día, añadirá el Señor por segunda vez su mano para poseer el residuo de su pueblo, que quedare de los asirios, y de Egipto, y de Fetros, y de Etiopía, y de Elam, y de Senaar, y de Jamat, y de las islas del mar. Y levantará señal

hacia las naciones, y congregará a los prófugos de Israel, y a los dispersos de Judá recogerá de las cuatro regiones de la tierra. Y se quitará el celo de Efraín, y los enemigos de Judá perecerán: Efraín no envidiará a Judá, y Judá no combatirá contra Efraín. Y volarán sobre los hombros de los filisteos por el mar: juntos depredarán a los hijos del Oriente: Edom y Moab el precepto de la mano de ellos, y los hijos de Amón obedientes serán.

Y desolará el Señor la lengua del mar de Egipto, y levantará su mano sobre el río en la fortaleza de su espíritu, y lo herirá en siete ríos: de modo que pasen por él calzados. Y habrá camino para el residuo de mi pueblo que quedare de los asirios, como lo hubo para Israel en el día en que ascendió de la tierra de Egipto.

Como Edom y Moab, y los hijos de Amón entregarán sus manos a los Apóstoles, para que obedezcan a la predicación evangélica, así el mismo Señor que en sus Apóstoles perfeccionó aquellas cosas, desolará no el mar según los LXX, sino según los hebreos, la lengua del mar de Egipto, que antes contra el Señor blasfemaba y a la superstición egipcia presidía. De donde también en los Salmos leemos: Este mar grande y espacioso, allí reptiles de los cuales no hay número (Sal 103, 25). A los cuales se añade: Ese dragón que formaste para que se burlara de él. Desolará, pues, o matará, esto es ἀναθεματίσει (anatematizará), como Teodoción, Aquila y Símaco tradujeron, la lengua del mar de Egipto, y levantará su mano sobre los ríos de Egipto en la fortaleza de su espíritu, o con

un espíritu violentísimo, lo cual entendemos que es el reino de los romanos.

Reinando, pues, César Augusto (Lc 2), cuando la flor de la raíz de Jesé ascendió, y en el orbe romano se hizo la primera descripción, el poderosísimo antes reino de los egipcios, que por muchas edades duró, con la muerte de Cleopatra fue destruido, 165 y fue herido el río egipcio en siete ríos, o en siete valles. Pues el Nilo de muchas aguas, que antes fluía por un solo álveo, y era intransitable, en siete valles humildísimos y ríos fue dividido y cortado, para que con los pies calzados se pasara. Esto, empero, tropológicamente significa que a la nación de los egipcios, tan entregada a la idolatría y a la vanísima superstición, que a los gavilanes, las lechuzas, los perros, y los machos cabríos, y los asnos, consagraran con nombre divino, de la infinita potencia del reino la distribuyó por cada uno de los jueces del imperio romano, para que otro juez tenga Tebas, otro Libia, otro Pentápolis, otro Egipto, otro Alejandría, y las diversas regiones que los egipcios llaman νόμους (nomos). Por eso, empero, bajo metáfora se dice que el Nilo ha sido dividido en siete ríos, para que el que antes bajo un solo rey y una sola superstición contra Dios se ensoberbecía, ahora en muchísimas divisiones rasgado, sea débil y pueda ser pasado por el pueblo residuo, que se salva de las gentes, y antes a la egipcia había vivido.

(CAP. XII.---Vers. 1, 2.) Y dirás en aquel día: Te confesaré, Señor, porque te airaste contra mí: se ha convertido tu furor, y me has consolado. He

aquí a Dios mi Salvador, actuaré fiduciariamente, y no temeré, porque mi fortaleza y mi alabanza es el Señor Dios, y ha sido hecho para mí en salvación.

Los que antes en la soledad habíais dicho, cuando ascendisteis de la tierra de Egipto, y el Mar Rojo fue secado: Cantemos al Señor, pues gloriosamente ha sido magnificado (Ex 15, 1), y lo demás: ahora, herida la lengua del mar de Egipto, y su río desecado y cortado, y humillado, glorificad al Señor, y decid: 166 Te confesaré, Señor: porque quien merecí tu ira y tu furor, he alcanzado misericordia; pues tú eres mi Salvador, esto es, Jesús, y de ningún modo tengo confianza en los ídolos, ni temeré las cosas que no son de temer; sino que tú eres mi fortaleza, y mi alabanza, que has sido hecho para mí en salvación.

Oiga la celosísima herejía que el Señor ha sido hecho para aquellos que se salvan, y de los cuales antes no era Señor, para que la creación en las Escrituras santas y la hechura, no siempre la entendamos como la condición de aquellas cosas que no eran, sino a veces como la gracia en aquellos que hubieren merecido que Dios se haga para ellos. Pues así como nuestro Señor Jesucristo, que según la divinidad siempre es, no se dice que ha sido hecho sino cuando nació de la Virgen María: así se dice que se hace Salvador, y redención, y paz, y justicia, y sanctificación, no porque antes no fuera, sino porque ha sido hecho para estos, que antes no tenían estas cosas.

(Vers. 3.) Sacaréis aguas con gozo, de las fuentes del Salvador. Al que arriba había llamado

Emmanuel, luego, quita los despojos, apresúrate a depredar, y con los demás nombres, para que no pareciera ser otro fuera de aquel que Gabriel anunció a la Virgen, diciendo: Y llamarás su nombre Jesús, pues él mismo salvará a su pueblo (Mt 1, 21): ahora llama Salvador, y de sus fuentes predica que se han de sacar aguas, de ningún modo de las aguas del río de Egipto, que han sido heridas, ni de las aguas del río de Rasín, sino de las fuentes de Jesús, pues con esto en la lengua de los hebreos se expresa Salvador.

De donde él mismo clamaba en el Evangelio: El que tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura: Ríos de su vientre fluirán de agua viva. Esto, empero, dice el Evangelista, decía del Espíritu Santo, que los que creyeran en él habían de recibir. Y en otro lugar del Evangelio él mismo habla: El que bebiere de la agua que yo le diere, no tendrá sed eternamente: sino que la agua que yo le daré, se hará en él fuente de agua que salte para la vida eterna (Jn 7, 37, 38; 4, 13, 14). Por fuentes del Salvador, entendamos la doctrina evangélica, de la cual en el sexagésimo séptimo salmo leemos: En las Iglesias bendecid a Dios el Señor de las fuentes de Israel (Sal 67, 27).

(Vers. 4, 5.) Y diréis en aquel día: confesaos al Señor e invocad su nombre: haced notas en los pueblos sus invenciones: acordaos de que excelso es su nombre. Cantad al Señor, porque magníficamente hizo: anunciad esto en toda la tierra. Estas cosas se prescriben por los Apóstoles y las reliquias de Israel a estos que de las gentes creyeron: para que solos confiesen al Señor, y dejados

los ídolos, invoquen su nombre: y todas sus obras prediquen a los infieles; 167 para que sepan que solo él es excelso: al cual se le ha de cantar porque magníficamente hizo, y en todo el orbe su misericordia sea predicada.

(Vers. 6.) Exulta y alaba, habitación de Sión: porque grande en medio de ti el Santo de Israel. Primero debe decirse según la letra: Oh habitación de Sión, exulta y alaba a tu Dios, porque el que antes parecía tu Dios, y se encerraba en las módicas angustias de la tierra de Judea, ahora ha llenado toda la tierra con su ciencia, y resurgiendo de la muerte, reina en las gentes, y a él mismo las naciones supliquen y adoren; de tal modo, al menos, que añada por segunda vez su mano para poseer lo que es el residuo de su pueblo, y para congregar a los prófugos de Israel, y para recoger a los dispersos de Judá de las cuatro regiones de la tierra: porque el seminario del Evangelio por los Apóstoles, que eran de los judíos, procedió de las fuentes de Israel. Mejor es, empero, que a Sión, esto es, a la atalaya colocada en lo sublime, interpretemos como la Iglesia, de la cual también el quincuagésimo salmo canta: Benignamente haz, Señor, en tu buena voluntad a Sión, y edifíquense los muros de Jerusalén (Sal 50, 20); para que sea aceptable en ella a Dios el sacrificio de justicia, las oblaciones, y los holocaustos, y el becerro, que el padre clementísimo inmoló por el hijo penitente (Lc 15).

(Cap. XIII.---Vers. 1.) La carga de Babilonia, que vio Isaías, hijo de Amós. La palabra hebrea MESSA, puede entenderse o como carga, o como

peso. Y dondequiera que fuera antepuesto, están llenas de amenazas las cosas que se dicen. De donde me maravillo que los LXX Traductores en un asunto triste hayan querido poner "visión"; pero sobre esto en otro lugar. Ahora prosigamos lo que hemos comenzado: Babilonia fue la metrópoli de los caldeos, cuyo rey Nabucodonosor, superadas todas las naciones hasta Etiopía, devastó entre otras también a Judea, y habiendo sitiado por mucho tiempo a Jerusalén la tomó en el undécimo año del reinado de Sedequías: al cual también llevó cautivo a Antioquía, que entonces se llamaba Reblata, y allí delante del padre muertos los hijos, mandó que se le quitaran los ojos a Sedequías, y enviado ciego a una jaula, lo arrastró al rito de las fieras hacia Babilonia; cumplido el vaticinio de Jeremías, que cantaba: Entrarás en Babilonia, y no la verás (Jer 34, 3; 39; 52). Para consuelo, pues, del pueblo de los judíos, se predice la ruina de Babilonia, porque así como Nínive, metrópoli de los asirios, cuyos reyes Ful, y Tiglatpileser, y Salmanasar, y Senaquerib, habían tomado las diez tribus, fue subvertida mientras el caldeo la devastaba: así también esta, que se ensoberbeció contra Dios, sea subvertida por el ímpetu de los medos y de los persas.

(Vers. 2.) En un monte caliginoso elevad el signo, exaltad la voz, levantad la mano. Por monte caliginoso, o tenebroso, que en hebreo se dice NESPHE, entiende a Babilonia a causa de la soberbia. Estos son los montes tenebrosos, que presentan tristeza y calígine, de los cuales dice Jeremías: Dad gloria al Señor Dios vuestro, antes

que tropiecen vuestros pies en los montes tenebrosos (Jer 13, 16). Y se prescribe o a los ángeles, o a cualesquiera ministros, que por mandato de Dios, y exaltada la mano de los mensajeros, se predique la venida de la cautividad a Babilonia.

(Vers. 3, 4.) Y entren por las puertas los jefes: yo he mandado a mis santificados, y he llamado a mis fuertes en mi ira que exultan en mi gloria. A los príncipes y gigantes según los LXX Traductores, Eusebio los interpreta como las virtudes angélicas, y los peores demonios, que fueron enviados para la eversión de Babilonia. Nosotros, empero, siguiendo el orden de la historia, decimos que son los medos. De los cuales en las cosas consecuentes la Escritura testifica más abiertamente, diciendo: He aquí que yo suscitaré sobre ellos a los medos, que no busquen plata, ni quieran oro. Ni es maravilla si llama a los medos santificados para la subversión de Babilonia, cuando por Jeremías al mismo Nabucodonosor, porque servía a su imperio, destruyendo a la prevaricadora Jerusalén, lo llamó su siervo y paloma. Por lo demás, lo que dice: Mis fuertes, y que exultan en mi gloria, muestra que ellos subvirtieron la potencia de tan sublime reino no por sus propias fuerzas, sino por la ira de Dios.

171 (Vers. 4, 5.) Voz de multitud en los montes, como de pueblos frecuentes: voz del sonido de los reyes de las gentes congregadas. El Señor de los ejércitos prescribió a la milicia de la guerra a los que vienen de tierra lejana desde la cumbre del cielo. El Señor y los vasos de su furor, para que disperse toda la tierra. Se describe el ímpetu

de los medos y de los persas: que congregados consigo muchos auxilios, precediendo el Señor el ejército de ellos, vienen a la vastedad de Babilonia, para que dispersen toda la tierra: no que hayan devastado todo el orbe, sino toda la tierra de Babilonia y de los caldeos. Es, pues, un idioma de la Sagrada Escritura, que signifique toda la tierra de aquella provincia de la cual es el sermón: lo cual algunos no entendiendo, lo arrastran a la subversión de todas las tierras.

(Vers. 6.) Aullad, porque cerca está el día del Señor: como vastedad vendrá del Señor. Se hace una apóstrofe al pueblo de los caldeos, para que los males venideros resuenen con llantos: ni duden de la ruina de la ciudad, cuando el Señor devastador advenga.

(Vers. 7, 8.) Por esto todas las manos se disolverán, y todo corazón de hombre desfallecerá y será quebrantado. Las torsiones y los dolores se apoderarán: como parturienta dolerán: cada uno se pasmará ante su prójimo: caras quemadas los rostros de ellos. Esto no necesita exposición: pero se indica brevemente, que tanto peso de males incumbe, que se suelte la mano de los combatientes de Babilonia, y el corazón languidezca por el pavor, y a la manera de las mujeres parturientas el dolor tuerza las vísceras, y cada uno busque el auxilio de otro, llevando la cara lívida por la palidez: pues es natural, que ante los males inminentes [o en los ingentes] pensemos que otros saben más.

(Vers. 9.) He aquí que el día del Señor viene cruel y lleno de indignación, y de ira y de furor, para poner la tierra en soledad, y para quebrantar

a sus pecadores de ella. Llama día cruel, no por mérito de él, sino del pueblo. Pues no es cruel el que degüella a los crueles: sino porque cruel a los que lo padecen les parece ser. Pues también el ladrón colgado en el patíbulo, piensa que el juez es cruel. Y a la vez se anuncia la soledad y vastedad de la tierra de Babilonia: y se expone la causa de la vastedad, porque a causa de sus moradores se hagan todas estas cosas.

(Vers. 10.) Porque las estrellas del cielo y el esplendor de ellas no expandirán su luz: se ha oscurecido el sol en su orto, y la luna no resplandecerá 172 en su lumbre. La palabra hebrea CHISILE los LXX la tradujeron como Orión. El hebreo, de quien yo usé como preceptor, lo interpretó como Arturo. Nosotros generalmente siguiendo a Símaco, hemos dicho "estrella" [o estrellas]. Es, empero, el sentido, que cuando el día del Señor cruel viniere, y el furor de él lo vastare todo, por la magnitud del temor para los mortales todo se oscurezca, y el sol mismo y la luna y los astros rutilantes parezcan negar su fulgor. De donde también el cielo se viste de saco, porque a saber las tinieblas lo cubren todo, y por los males que oprimen, nada más sientan los hombres, sino lo que la mente se ve obligada a ver.

(Vers. 11.) Y visitaré sobre el orbe los males, y contra los impíos la iniquidad de ellos: y haré cesar la soberbia de los infieles, y la arrogancia de los fuertes humillaré. De este lugar y del superior, donde está escrito, que se oscurece el sol en su orto, y la luna se llena de calígine, y las estrellas retiran su fulgor, y la iniquidad de todo el orbe

es visitada, algunos piensan que se predice no de la ruina de Babilonia, sino de la consumación del mundo: cuando ciertamente según lo superior tanto el orbe, que en hebreo se dice THEBEL, y en griego oikoumene, deba entenderse Babilonia. Oikoumene pues en nuestra lengua suena "habitada"; y habitada a causa de la ingente multitud del pueblo se dice Babilonia: para que donde antes había sido una innumerable turba de pueblos, allí sea vastedad y habitación de bestias.

(Vers. 12.) Más precioso será el varón que el oro, y el hombre que el mundo obrizo. Causa manifiesta por qué Dios visite la oikoumene, esto es, los males de Babilonia: para que desierta de habitante sea reducida a la soledad. Precioso, empero, se dice todo lo que es raro; como también arriba según la Historia, por la rareza de los hombres leemos que siete mujeres aprehenden a un varón, diciendo: Nuestro pan comeremos, y con nuestros vestidos nos cubriremos; solamente sea invocado tu nombre sobre nosotras, y quita nuestro oprobio (Is 4, 1). Y en el volumen de Samuel se contiene: La palabra del Señor era preciosa en aquellos días (1 Sam 3, 1), esto es, rara. Nota que en hebreo por el oro general se ha escrito PHAZ, por el obrizo OPHIR.

(Vers. 13.) Sobre esto el cielo turbaré, y se moverá la tierra de su lugar: por la indignación 173 del Señor de los ejércitos, y por el día de la ira de su furor. O acéptalo en aquel sentido, en que arriba sobre las estrellas, y el sol, y la luna, y el orbe expusimos: o hiperbólicamente, que por la indignación de Dios tanto el cielo esté triste, y la

tierra se mueva, y los elementos también todos reconozcan la ira del Creador.

(Vers. 14.) Y será como corza que huye, y como oveja, y no habrá quien congregue. Significa al pueblo babilonio y caldeo, que así pávido a la irrupción de los medos y de los persas huye, como corza y oveja al rugido del león y al aullido del lobo: ni tiene defensor o príncipe, cuyo imperio siga.

Cada uno se convertirá a su pueblo, y cada uno a su tierra huirá. Después que haya sido tomada Babilonia, y por sus puertas haya entrado el ejército hostil, todos los auxilios y las turbas de diversas naciones, con las cuales antes la ciudad era defendida, volverán a sus provincias.

(Vers. 15.) Todo el que fuere hallado, será muerto: y todo el que sobreviniere, caerá por la espada. El que no hubiere huido, será herido por el filo: el que verdaderamente o quisiere resistir, o volver, en tanto no aprovechará a la ciudad tomada, que él mismo también derrame sangre.

(Vers. 16.) Los infantes de ellos serán estrellados ante los ojos de ellos: serán saqueadas las casas de ellas, y las mujeres de ellos serán violadas. Esto es lo que David profetiza en espíritu: Hija de Babilonia miserable, bienaventurado el que te diere tu retribución, que tú nos retribuiste. Bienaventurado el que tomará y estrellará a tus párvulos contra la piedra (Sal 136, 8-9). Tanta será la vastedad de la ciudad y la sevicia de los vencedores, que ni a la edad inocente se perdone, que todas las riquezas de las casas sean

saqueadas, y en el aspecto marital sea violada la pudicicia de las mujeres.

(Vers. 17.) He aquí que yo suscitaré sobre ellos a los medos, que no busquen plata, ni quieran oro. Abierto está lo que estaba oculto: que de ningún modo los "fuertes" y "gigantes" deben entenderse Ángeles y demonios, sino la gente de los medos, cuyo príncipe Darío primero destruyó el imperio de los babilonios, muerto Baltasar nieto de Nabucodonosor, que fue hijo de Evilmerodac (Dan 5). Escribe, empero, tanta sevicia de los medos y de los persas, que por el ardor de derramar sangre, desprecien el oro y la plata, 174 y reputen por lodo las riquezas ofrecidas.

(Vers. 18.) Sino que con saetas a los párvulos matarán, y de los lactantes del útero no se compadecerán, y sobre los hijos no perdonará el ojo de ellos. Serán muertos los párvulos, cuyas heridas no serán menores que los cuerpos, y los úteros de las que están encinta serán cortados, y serán estrellados los infantes, y a los hijos apretados a los pechos el cruel vencedor matará.

(Vers. 19.) Y será aquella Babilonia gloriosa en los reinos, ínclita en la soberbia de los caldeos: como subvirtió el Señor a Sodoma y Gomorra: no será habitada hasta el fin, y no será fundada hasta generación y generación. Hemos oído de los medos, hemos oído de Babilonia, hemos oído de la ínclita en la soberbia de los caldeos: no queremos entender lo que fue, y buscamos oír lo que no fue. Y estas cosas decimos, no porque condenemos la inteligencia tropológica, sino porque la interpretación espiritual debe seguir el orden de la histo-

ria: lo cual ignorando muchos, vagan en un error linfático en las Escrituras. Hasta el presente día, pues, la profecía de Babilonia se cumple: y como subvirtió Dios a Sodoma y Gomorra: así también esta subvertida no será habitada eternamente. En lugar de ella pues hicieron a Seleucia y Ctesifonte ciudades ínclitas de los persas.

(Vers. 20-22.) Ni pondrá allí sus tiendas el árabe; ni los pastores descansarán allí: sino que estarán allí las bestias, se llenarán sus casas de dragones, y habitarán allí los avestruces, y los peludos [pilosi] saltarán allí. Y responderán las lechuzas en sus casas, y las sirenas en los santuarios de la voluptuosidad. En tanto Babilonia estará vastada y desierta, que ni para los pastos de los armentos y ganados sea útil. Pues no tenderá allí sus tiendas el árabe y el sarraceno, ni los pastores cansados por el trabajo descansarán tras las huellas de las greyes: sino que entre las ruinas y las estrecheces de las viejas ruinas habitarán los SIIM: lo cual solos los LXX tradujeron como "bestias": otros, por el nombre mismo que está escrito entre los hebreos, queriendo que se entiendan géneros de demonios o fantasmas. Y se llenarán, dice, las casas, como hemos dicho, de "dragones": como Aquila tradujo, "tifones", como Símaco "OHIM", expresando la palabra hebrea misma: los LXX verdaderamente y Teodoción interpretaron como "clamores" o "sonidos". Y lo que sigue: "Los peludos [pilosi] saltarán allí", entienden o íncubos, o sátiros, 175 o ciertos hombres silvestres, a los cuales algunos llaman "Fatuos de las higueras" [Fatuos ficarios], o géne-

ros de demonios. Por "lechuzas" también todos [usaron] la palabra hebrea misma, IIM, solos los LXX tradujeron como "onocentauros". Las Sirenas empero se llaman THENNIM, a las cuales nosotros interpretaremos o como demonios, o como ciertos monstruos, o ciertamente dragones grandes, que son crestados y voladores. Por todas las cuales cosas se muestran los signos de la vastedad y soledad: que tanta sea la despoblación de la ciudad en otro tiempo poderosísima, que ante la multitud de demonios y bestias ninguno de los pastores, esto es, buscador del desierto, se atreva a entrar en ella. Aprendimos de cierto hermano elamita, que saliendo de aquellos confines, ahora en Jerusalén pasa la vida de los monjes, que hay cacerías reales en Babilonia, y que bestias de todo género se contienen solo por el ámbito de sus muros.

(Cap. XIV.---Vers. 1.) Cerca está que venga su tiempo: y sus días no se prolongarán. Dice que insta el tiempo en que por los enemigos deba ser tomada. Pues tras la cautividad de Jerusalén, no mucho tiempo [pasó] en medio, y por los medos y persas fue vastada.

Pues se compadecerá el Señor de Jacob, e incluirá aún de Israel, y los hará descansar sobre su suelo. De esto Sofonías habla más plenamente: Alaba, hija de Sión; jubila, Israel; alégrate y exulta con todo el corazón, hija de Jerusalén: porque quitó el Señor tu juicio: apartó a tus enemigos (Sof 3, 14-15). Significa empero el tiempo en que Ciro rey de los persas permitió al pueblo cautivo volver a Jerusalén. Lee el libro de Esdras (1 Esdr

1), Ageo (Ag 1) y Zacarías (Zac 1), cuando bajo Zorobabel, y Jesús el gran sacerdote, y Esdras, y Nehemías, fueron edificados el altar, el Templo, y los muros de la ciudad.

(Vers. 2.) Se unirá el advenedizo a ellos, y se adherirá a la casa de Jacob, y los tomarán los pueblos, y los conducirán a su lugar, y los poseerá la casa de Israel sobre la tierra del Señor para siervos y siervas: y serán tomando a los que los habían tomado, y sujetarán a sus exactores. Conjeturamos que muchos de diversas naciones vinieron a Jerusalén con el pueblo de los judíos, creyendo en el Dios de Israel, y dejando los ídolos de los errores. Que fueran reducidos por las cartas del rey, y recibieran dones y los gastos del Templo, no hay ninguna duda. Solo en esto 176 parece estrecharse la inteligencia, cómo poseyó Israel en la tierra del Señor a sus vencedores en otro tiempo, y sujetaron a los exactores, y los tuvieron por siervos y siervas. A no ser que tal vez entendamos el todo por la parte sinécdoquicamente: que de tanta felicidad fueran después, que de diversas también naciones por el circuito para sí prepararan familias de siervos y siervas. Puede también entenderse en los tiempos de Asuero (Est 9; Judit 13), cuando muerto Holofernes el ejército hostil fue segado por Israel. Que yo me pegue a la letra, y a la manera de la serpiente coma la tierra, es de tu voluntad, que solo quisiste oír la interpretación histórica.

(Vers. 3.) Y será en aquel día cuando el Señor te haya dado descanso de tu trabajo, y de tu concusión, y de tu dura servidumbre en la que antes

serviste: tomarás esta parábola contra el rey de Babilonia, y dirás. El sermón se dirige a Israel, para que después que haya vuelto a Jerusalén, y sacudido el yugo de la servidumbre, se acuerde de la potencia en otro tiempo de Nabucodonosor, y de la cumbre babilónica, y con miserable voz lo deplore: porque haya llegado a tanta calamidad, que aun a sus propios enemigos parezca digno de conmiseración.

(Vers. 4-7.) ¿Cómo cesó el exactor: descansó el tributo? Quebrantó el Señor el báculo de los impíos, la vara de los dominadores que hería a los pueblos en la indignación: sujetando en el furor a las gentes con plaga incurable, persiguiendo cruelmente: descansó y calló: toda la tierra se gozó y exultó. Esta voz es del Israel que se lamenta y se compadece, cómo el Señor en otro tiempo y vencedor de las tierras, y devastando todo con tributos, haya sido quebrantado y reducido a nada. Aquel, digo, que fue báculo de los impíos, que como cetro y vara real hería furibundamente a todos, cuya plaga no podía sostenerse, que también a los que huían cruelmente perseguía: ¿cómo descansó y fue humillado, y a la ruina de él toda la tierra calló, emitiendo solo una voz de alegría que salta de gozo?

(Vers. 8.) Las abetos también se alegraron sobre ti y los cedros del Líbano: Desde que dormiste, no ascendió quien nos cortara. Por los abetos y los cedros del Líbano entiende a los príncipes de las gentes, que al herir Nabucodonosor fueron cortados, los cuales también ellos prorrumpiendo en voz de alegría dicen: Desde que a los infiernos

177 fuiste llevado, ningún otro pudo hallarse, que cortara a los grandes y poderosos.

(Vers. 9.) El infierno bajo ti se conturbó, en el encuentro de tu venida suscitó para ti a los gigantes: todos los príncipes de la tierra se levantaron de sus solios: todos los príncipes de las naciones universalmente responderán, y te dirán. Estas cosas se han de leer enfáticamente y a modo de escena; no que se hayan hecho, sino que se hayan podido hacer: a no ser que tal vez creamos que las almas de los reyes que había muerto, salieron al encuentro insultando al rey babioinio. Consuelo es pues de los males, cuando vieran que los enemigos sostienen lo mismo.

(Vers. 10, 11.) Y tú herido has sido como nosotros, semejante a nosotros has sido hecho: arrastrada ha sido a los infiernos tu soberbia: cayó tu cadáver, bajo ti se tenderá la tiña, y tu cobertura serán los gusanos. El sermón de los potentes y de los príncipes de la tierra, a los cuales arriba había llamado cedros y abetos, se dirige al rey babilonio constituido en los infiernos. Ya no nos dolemos de que nosotros hayamos sido cortados, cuando también tú por la misma segur hayas caído. Toda tu potencia, y tu soberbia elevada al cielo, a la tierra ha sido arrastrada. ¿Acaso pues también tu cadáver sostendrá a la tiña, y te cubrirá la multitud de gusanos que hierven? Sentirás por la muerte la vileza del hombre, tú que la potencia de Dios en ti ostentabas.

(Vers. 12-14.) ¿Cómo caíste del cielo, lucero, que por la mañana nacías: caíste en tierra el que herías a las gentes: el que decías en tu corazón:

Al cielo subiré, sobre los astros de Dios ensalzaré mi solio, me sentaré en el monte del testamento en los lados del Aquilón; subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo. Por aquello que nosotros interpretamos por la facilidad de la inteligencia: "¿Cómo caíste del cielo, lucero, que por la mañana nacías?", en hebreo, para que expresemos palabra por palabra, se lee: "¿Cómo caíste del cielo, aúlla hijo de la aurora?". Se significa empero con otras palabras el lucero; y se le dice que debe llorar y lamentar, el que en otro tiempo fue tan glorioso, que al fulgor del lucero fue comparado. Como, dice, el lucero sacudiendo las tinieblas, ardiente y rutilante amanece; así también tu progreso en los pueblos y lo público semejante a un claro astro parecía; pero caíste en tierra vulnerador de las gentes, el que por la soberbia hablabas: Tanta potencia he conseguido, 178 que el cielo me resta y los astros para que bajo mis pies lo superno deba subyacer. Aunque los judíos quieran que el cielo y los astros de Dios se entiendan [como ellos mismos], por aquello que sigue: "Me sentaré en el monte del testamento", esto es, en el Templo, donde las leyes de Dios están fundadas, "y en los lados del Aquilón", esto es, en Jerusalén. Escrito está pues: Los montes de Sión lados del Aquilón (Sal 47, 3). Ni había bastado a su soberbia desear lo celestial, si no hubiera prorrumpido en tanta insania, que la similitud de Dios para sí reivindicara.

(Vers. 15.) Sin embargo al infierno serás arrastrado en lo profundo del lago. El que por la soberbia había dicho: "Al cielo subiré, seré seme-

jante al Altísimo", no solo al infierno, sino al infierno último es arrastrado. Esto pues significa la profundidad del lago, por lo cual en el Evangelio leemos las tinieblas exteriores, donde es el llanto y el crujir de dientes (Lc 13, 28).

(Vers. 16, 17.) Los que te vieren, hacia ti se inclinarán, y te contemplarán (se sobrentiende diciendo): ¿Acaso este es el varón que conturbó la tierra, que sacudió los reinos, que puso el orbe desierto, y sus ciudades destruyó; a sus cautivos no abrió la cárcel? Y esta voz es de los que insultan y se maravillan, cómo el vastador de todo también él mismo haya sido vastado. ¿Lo que empero dice: "A sus cautivos no abrió la cárcel?" se expresa la magnitud de la crueldad e impiedad, que aun a los cautivos tuviera en la cárcel: y no bastaran a los míseros las cadenas, si no a ellos también el horror de las tinieblas los incluyera.

(Vers. 18, 19.) Todos los reyes de las gentes, todos durmieron en gloria, el varón en su casa. Tú empero has sido proyectado de tu sepulcro como vástago inútil, poluto y envuelto con estos que han sido muertos por la espada, y descendieron a los fundamentos del lago; como cadáver podrido no tendrás consorcio, ni con ellos en la sepultura. Cuentan los hebreos una fábula de este género: Evilmerodac que, viviendo su padre Nabucodonosor por siete años entre las bestias, antes había reinado, después que aquel fue restituido en el reino, hasta la muerte del padre con Joaquín rey de Judá estuvo en vínculos: muerto el cual, cuando de nuevo sucediera en el reino, y no fuera recibido por los príncipes, que temían no fuera que

viviera el que se decía extinguido; para dar fe del padre muerto, abrió el sepulcro, y su cadáver con un garfio y cuerdas arrastró. 179 Y es el sentido: Sepultados todos los que por ti han sido muertos, tú solo insepulto yacerás. Otros verdaderamente este lugar así lo interpretan: Todas las almas entre los infiernos alguna quietud recibirán, tú solo en las extremas tinieblas serás relegado. Pues de todos serás cubierto por la sangre, y de todos el cruor te oprimirá como envuelto en la sanie de los muertos. Símaco este lugar así lo tradujo: Aun con estos que son muertos en la guerra, no merecerás tener consorcio de sepultura. Por aquello empero que nosotros dijimos, "como vástago inútil", y en hebreo se lee: CHANESER NETHAB, Aquila interpretó, "como sanie poluta". NESER empero propiamente se llama el arbustillo que nace a las raíces de los árboles, y como inútil por los agricultores es amputado: podemos eso mismo sanie y podredumbre entender. A la vez aprendemos que el infierno bajo la tierra esté, diciendo la Escritura: Hasta los fundamentos del lago.

(Vers. 20.) Pues tú tu tierra perdiste, tú a tu pueblo mataste. Según los LXX Intérpretes que dijeron: "Porque mi tierra perdiste, y a mi pueblo mataste", qué digan, no hay ninguna duda. Pues a la tierra de Judea, y a su pueblo Israel Nabucodonosor mató y perdió. Según el hebreo es de difícil inteligencia, cómo su tierra haya perdido, y a su pueblo matado: a no ser que tal vez en este sentido deba aceptarse, a estos, que Dios para corrección te había dado, tú plenamente los perdiste. O de otro modo: el antiguo reino de los

asirios, tú soberbiando mucho y elevando contra Dios tu cerviz, fue del todo destruido. Pues si te hubieras conducido humildemente, y hubieras conocido tu medida, el asirio y el babilonio hasta ahora reinarían. O de este modo: tan cruel fuiste con los extraños, que aun a los pueblos sujetos a ti furibundo oprimieras.

(Vers. 21.) No se llamará para siempre la semilla de los pesimistas. Preparad a sus hijos para la matanza en la iniquidad de sus padres: no surgirán, ni heredarán la tierra, ni llenarán las faces del orbe con ciudades. Todas las historias consienten, que muerto Baltasar nieto de Nabucodonosor, y sucediendo Darío en el reino de los caldeos, 180 ninguno de la estirpe de Nabucodonosor de ahí en adelante reinara. Esto pues la Escritura predice, que en tanta vastedad vendrá Babilonia, que aun de la semilla regia ninguno permanezca, sino que por la impiedad del padre toda la prole sea borrada. Por aquello empero que nosotros en la última parte de la sentencia tradujimos, "ni llenarán las faces del orbe con ciudades", en hebreo está escrito por ciudades, ARIM, lo cual nosotros podemos traducir también "adversarios"; para que sea el sentido: ninguno de tu semilla que desee reparar el reino, como adversario será suscitado. Según los Setenta Intérpretes, que dijeron: "Semilla pesimista, prepara a tus hijos para la interfección por los pecados de tu padre", qué sentido tenga, no puedo saberlo.

(Vers. 22, 23.) Y surgiré sobre ellos, dice el Señor de los ejércitos: y perderé de Babilonia el nombre, y las reliquias, y el germen, y la progenie,

dice el Señor. Y la pondré en posesión del erizo, y en pantanos de aguas: y la barreré con escoba que limpia triturando, dice el Señor de los ejércitos. Que Babilonia haya sido poderosísima, y situada en las llanuras por cuadrado, de ángulo hasta ángulo del muro, dieciséis mil pasos haya tenido, esto es, a la vez por el circuito sesenta y cuatro, lo refiere Heródoto, y muchos otros que escribieron las historias griegas. La ciudadela empero, esto es, el Capitolio de aquella ciudad, es la torre que edificada tras el diluvio, en altura se dice que tiene cuatro mil pasos, poco a poco de lo ancho a lo estrecho coartada, para que el peso inminente más fácilmente por lo más ancho sea sustentado. Describen allí templos de mármol, estatuas de oro, plazas relucientes con piedras y oro, y muchas otras cosas que casi parecen increíbles. Todo esto lo hemos narrado, para que mostráramos que ante la ira de Dios toda potencia polvo sea, y a las chispas y ceniza sea comparada. Si fuera lícito entrar a las naciones bárbaras, y ver de tanta ciudad los últimos vestigios, veríamos la posesión del erizo, y los pantanos de aguas, y que verdaderamente se ha cumplido lo que ahora con las voces de Isaías se canta: "La barreré con escoba que limpia triturando"; pues exceptos los muros cocidos, que por las bestias que se han de encerrar tras 181 muchos años se instauran, todo el espacio en medio soledad es.

(Vers. 24, 25.) Juró el Señor de los ejércitos, diciendo: Si no como pensé, así será, y como traté en mi mente, así sucederá: que yo quebrante al asirio en mi tierra, y en mis montes lo huelle: y se

quitará de ellos su yugo, y su carga de su hombro será quitada. Vuelve a las cosas presentes, esto es, a Senaquerib rey de los asirios, que vastó Samaria y Judea, y excepta Jerusalén, destruyó por el circuito todo; y a las cosas de lejos que han de ser en el futuro asocia lo cercano, para que el temor inminente sea quitado: porque decir podían los que oían: Nosotros la presente obsesión padecemos, este después de muchos siglos las cosas venideras promete. Es pues el orden de la profecía, aunque tras muchos años Babilonia haya de ser destruida, y todo plenamente el seminario de la estirpe de los asirios y de Caldea haya de ser desperdiciado: sin embargo para que no temáis la cautividad vecina, jura el Señor (al cual aun no jurando se le debe creer) que su estimación no se engaña, y lo que en la mente concibió, no se haga írrito. Esto empero con afecto humano lo habla, que a saber no se engaña quien engañarse no puede: Quebrantaré, dice, al asirio en mi tierra, y en mis montes lo hollaré. En una noche pues ciento ochenta y cinco mil del ejército de los asirios por un ángel vastador fueron borrados (4 Rey 19). Y se quitará de estos que eran sitiados en Jerusalén, su yugo, y el grave imperio que sobre todos inminía, y el peso con el que eran oprimidos, en él mismo más bien será retruido. Huyendo pues el rey de los asirios a su tierra, libre con las reliquias del pueblo salió Ezequías.

(Vers. 26, 27.) Este es el consejo que pensé sobre toda la tierra, y esta es la mano extendida sobre todas las gentes. Pues el Señor de los ejércitos decretó, ¿y quién podrá infirmar? Y su mano

extendida, ¿y quién la apartará? En este lugar algunos estiman que es general contra todo el orbe la profecía, y que la vastedad de Babilonia y de la ciudad de Asiria tipo es de la consumación del mundo. A los quales de ningún modo contradecimos, mientras sepamos, que aquí toda la tierra de los asirios propiamente se significa, y todas las gentes socias del rey asirio son demostradas. Todo lo que empero por el Señor ha sido decretado, por la fuerza de ninguno se prohíbe. Y su mano extendida, y para herir preparada, nadie podrá coercer.

182 (Vers. 28.) El año en que murió el rey Acaz, fue hecha esta carga. Cuatro reyes de Judea leemos que están antepuestos al título del Profeta: Ozías, Joatán, Acaz, y Ezequías, cada uno sucediéndose a sí mismo por orden y prole, de los cuales a Ozías muerto arriba leímos, refiriendo Isaías: El año en que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un solio excelso y elevado. De lo cual entendemos tanto la Visión del Señor sentado, como aquello que se prescribe al Profeta, hasta aquel lugar donde está escrito (Cap. 6): Como el terebinto y como la encina que expande sus ramos: semilla santa será su germen, fue profetizado bajo el rey Joatán (ibid., 7). El tercero sucede Acaz hijo de Joatán hijo de Ozías rey de Judá, bajo el cual subió Rasín rey de Siria, y Facée hijo de Romelía, rey de Israel, a Jerusalén para pelear contra ella, y lo demás que la Escritura conmemora. Por tanto bajo Acaz hasta el presente lugar, que ahora nos esforzamos en exponer, todo lo que en medio ha sido puesto, lo conocemos vaticinado: muerto

el cual cuarto, esto es, último sucede Ezequías, bajo el cual todo el libro se teje hasta el fin.

(Vers. 29.) No te alegres Filistea toda tú, porque se ha conminuido la vara de tu percusor: pues de la raíz de la culebra saldrá un regulo, y su semilla absorbiendo al ave. Es natural lo que decimos: muerto el rey de las gentes adversas, siempre se alegran los enemigos, esperando de las cosas nuevas guerras civiles y sediciones e impericia de reinar. Muerto pues Acaz pecador, que había caminado en las vías de los reyes de Israel, y por parentesco a ellos había sido acoplado, entendemos que los filisteos de cerca se alegraron, e insultaron a Israel, porque perdido el rey maduro, a Ezequías joven subyacieran. Filisteos empero, como arriba dijimos, significa palestinos, a los cuales la edición Vulgata escribe "extraños" [alienigenas]: cuando este no de una sola gente, sino de todas las gentes externas sea el vocablo. No, dice, te alegres, oh Filistea, no insultes a mi pueblo, porque la vara de tu percusor Acaz se haya roto; porque el báculo que te solía herir, parezca por la muerte quebrantado; porque la culebra haya sido muerta. Pues por esto más nocivo nacerá Ezequías regulo, al cual los griegos llaman basilisco, que te mate con su aspecto, y con el espíritu de su boca te asesine. Como pues ningún ave puede pasar ilesa el aspecto del regulo: sino que aunque esté de lejos, por su boca es sorbida: 183 así también tú por el aspecto del rey Ezequías toda perecerás. Y bellamente guardó la metáfora: pues porque a la culebra y al regulo había nombrado, con su boca y espíritu dice que las volátiles

son devoradas. Que empero ninguno de los reyes de Judá así haya herido a los filisteos, como ellos fueron vastados por Ezequías, oye el libro de los Reyes: Él fue la percusión de los filisteos hasta Gaza, y hasta sus términos: desde la torre de los custodios hasta las ciudades munidas (4 Rey 18, 8). Por aquello empero que nosotros tradujimos "absorbiendo al ave", y en el hebreo está escrito SARAPH MOPHETH, interpretarse puede, "serpiente voladora": para que sea el sentido: de la raíz de la culebra nacerá un regulo, y el fruto de aquel, esto es, del regulo una serpiente voladora, para que un dragón volador entiendas.

(Vers. 30.) Y se apacentarán los primogénitos de los pobres, y los pobres fiduciariamente descansarán. Cuando te hiriere el regulo, y el dragón volador tus términos vastare, de ningún modo pondrás insidias a Judá, ni a mi pobrecillo pueblo con tu fraude aterrarás; sino que oprimida por tus propias estrecheces, llorarás tu calamidad. Los humildes empero y pobres, que no en las riquezas y en la potencia, sino en mi nombre confiaban, en segura paz descansarán, y el ímpetu de ningún enemigo temerán. Y haré morir en hambre tu raíz, y a tus reliquias mataré. Todo por figuras lo habla. Es empero el sentido, que, descansando fiduciariamente el pueblo de Dios, se seque la raíz de los filisteos, y todas las reliquias se consuman.

(Vers. 31.) Aúlla puerta, clama ciudad, postrada está Filistea toda: pues del aquilón un humo vendrá, y no hay quien escape de su agmen. Puerta llama por estos que en la puerta están, y ciudad por los moradores de la ciudad. El sermón

también dirige a las ciudades de los palestinos porque deban gemir, y llorar al venir Senaquerib, y a modo de torrente vastándolo todo. Pues bajo el rey Ezequías vino el asirio, y entre las demás naciones vastó a los filisteos. A los cuales habla Jeremías: He aquí que aguas ascenderán del aquilón, y serán como torrente inundando: y cubrirán la tierra y su plenitud, la ciudad y los moradores de ella (Jer 47, 2). Del aquilón pues vino el asirio, y de su ardor saliendo, subyugando a Nínive y a las demás naciones. 184 En aquel tiempo en que estas cosas se cantaban, el humo ascendía a lo excelso, esto es, el rumor en los pueblos vagaba por el orden de todas las gentes, que los fenicios también y los palestinos habían de ser vastados.

(Vers. 32.) ¿Qué responderá a los nuncios de la gente? porque el Señor fundó a Sión, y en ella esperarán los pobres de su pueblo. Porque había dicho, "No hay quien escape de su agmen", parecía que en la sentencia general también Judá estaba comprendida. Si, dice, preguntaran los Ángeles [nuncios] de la gente asiria, por qué solo Judá escapó, respondedles, porque el Señor fundó a Sión, y él mismo al humilde pueblo con su virtud protegió: Por "Ángeles" [MALACHE] los LXX tradujeron "reyes" [MELECHE], por el error de una sola letra ALEF engañados.

(Cap. XV.---Vers. 1.) Carga de Moab: porque de noche vastada es Ar, Moab calló: porque de noche vastado es el muro, Moab calló. Sobre la carga, y el peso una vez haber dicho baste. Esto solo brevemente amonesto, que a la carga siempre cosas tristes sigan. La visión empero o inmediatamente

alegres, o al fin alegres tras las tristes. Moab es una provincia de los árabes, en la cual fue Balac hijo de Beor (Núm 22); el cual condujo al adivino Balaam de Mesopotamia, para que maldijera a Israel, donde también fue iniciado el pueblo a Beelphegor (ibid., 25). De esta la metrópoli ciudad AR, la cual hoy compuesta del sermón hebreo y griego Areópolis se llama; no como muchísimos estiman que sea de Ares, esto es, de Marte la ciudad. Se interpreta empero Ar también como "adversario" [antidikos]. Cuánta empero fuera su potencia, Jeremías lo testifica (Jer 48, 2, 7 y ss.), diciendo: No hay más exultación en Moab. Y de nuevo: Tuviste confianza en tus municiones, y en tus tesoros. Y de nuevo: Fértil fue Moab desde su adolescencia, y descansó en sus heces, ni fue trasvasado de vaso en vaso, y a la transmigración no fue, y por tanto permaneció su gusto en él, y su olor no ha sido inmutado. Y en otro lugar (ibid., 25): ¿Cómo se ha roto la vara fuerte, el báculo glorioso? Y tras un poco: Oímos la soberbia de Moab, soberbio es sobremanera. Su sublimidad, y arrogancia, y soberbia, y la altitud de su corazón yo la sé, dice el Señor, y su jactancia. Como pues contra Babilonia, y los filisteos el Profeta vaticinó, porque oprimió al pueblo de los judíos; así ahora la vastedad de los moabitas se predice, esto es, de Arabia; por los asirios, y babilonios. Por ambas gentes pues fueron vastados, en aquel tiempo en que Senaquerib llevó cautivo a Israel, y cuando Nabucodonosor subvirtió Jerusalén (4 Rey 17 y 25). Había insultado pues a ambos enemigos de Efraín y de Judá, diciendo Jeremías: Estrellará la

mano Moab en su vómito, y estará en escarnio también él mismo. ¿Fue pues en escarnio para ti Israel, como si entre ladrones lo hubieras hallado? (Jer 48, 26, 27).

(Vers. 2.) Subió la casa, y Dibón a lo excelso en llanto sobre Nabo, y sobre Medaba Moab aullará. No te sea molesto que por la vía de la historia camine, pues para que esto hiciera, tú mismo lo quisiste. Se sobrentiende empero, la casa regia, y la ciudad Dibón a los ídolos que en lo alto han sido puestos subió: sobre Nabo, y sobre Medaba, nobles ciudades, aullará toda la provincia. En Nabo pues estaba el ídolo Camós consagrado, que con otro nombre se llama Beelphegor. En todas las cabezas de él calvicie, toda barba será raída. Entre los antiguos la rasura de la barba y de la cabeza fue indicio de luto. Por estas cosas pues la magnitud del moeror se muestra, clamando Jeremías contra Moab las mismas cosas: Toda cabeza calvicie, y toda barba será raída, y en todas las manos una ligadura, y sobre todo dorso el cilicio (Jer 48, 37).

(Vers. 3.) En sus encrucijadas están ceñidos de saco; sobre sus techos, y en sus plazas todo aullido descenderá en llanto. No serán privadas 186 las lágrimas, el luto público los lamentos públicos resonarán; ni las matronas, ni las vírgenes, ni la edad pequeña de los niños, ni los quebrantados pasos de los ancianos se contendrán por las casas, la extrema cautividad no conocerá pudor y flaqueza.

(Vers. 4.) Clamará Esebon y Eleale. Nombres de ciudades de la provincia moabita, de las cuales

Esebon fue una vez ciudad del rey de los amorreos, de la cual dice el mismo Jeremías: Fuego salió de Esebon, y llama de en medio de Seón. Se interpreta Esebon como "pensamiento", y por eso Jeremías, aludiendo al nombre, dice: contra Esebon pensaron males (Jer. 48).

Hasta Jaza se ha oído la voz de ellos. La ciudad de Jaza (o Jasa) está junto al Mar Muerto, donde está el término de la provincia de los moabitas. Esto indica, pues, que los aullidos resonarán hasta los confines extremos de la provincia. De donde también dice Jeremías: Del clamor de Esebon hasta Eleale y Jaza dieron su voz (Jer. 48, 34).

Sobre esto los ligeros de Moab aullarán, su alma aullará para sí. La palabra hebrea ELUSE (), por la cual Aquila interpretó exomous (ἐξώμους), esto es, "ligeros de armas" y "con los hombros descubiertos", y Símaco interpretó como "ceñidos", algunos piensan que no se entiende hombres, sino el nombre de una ciudad, que hoy se llama Eluza, y está situada en las partes de la Moabítida. Podemos también decir esto: que toda la fortaleza de los combatientes ha caído, y toda la tierra ha resonado con llantos mutuos. Pero si Eluse, como quiso Aquila, se entiende "con los hombros descubiertos", se nos sugiere este sentido: que para planir todos han desnudado sus pechos.

(Vers. 5.) Mi corazón clamará a Moab. El profeta habla con afecto de quien se duele, ya sea porque los enemigos son también criatura de Dios, sobre quienes sobrevienen tantos males; o porque han de ser oprimidos por tantas calami-

dades, que incluso se vuelven miserables para sus enemigos. Lo mismo dice Jeremías: Por eso mi corazón resonará para Moab como una flauta.

Sus cerrojos hasta Segor, becerra de tres años. Y Jeremías: Desde Segor, dice, hasta Oronaim, becerra de tres años. 187 De esto hemos hablado también en los libros de las Cuestiones Hebreas, y ahora anotamos brevemente que ella es la quinta ciudad después de Sodoma, y Gomorra, Adama y Seboim, la cual fue preservada pequeña a los ruegos de Lot. Y se llama Bala, esto es, "absorbida", transmitiendo los hebreos que fue postrada por un tercer terremoto. Ella es la que hoy en lengua siria se llama Zoora (o Zora), en hebreo Segor, en ambas "muy pequeña". Podemos tomar "becerra de tres años" (vitulam conternantem) por la edad perfecta. Pues así como el trigésimo año es en los hombres, así en los ganados y bestias de carga el tercero es el más robusto. Entiende también "cerrojos" por términos y fortaleza, por cuanto Segor está situada en los confines de los moabitas, dividiendo de ellos la tierra de los filisteos.

Pues por la subida de Luith subirá llorando. Y Jeremías: Por la subida de Luith subirá en llanto, planciendo. Entendemos que es una cuesta del camino que conduce a los asirios, y por esto se significa la cautividad.

Y en el camino de Oronaim levantarán clamor de contrición. De nuevo Jeremías: Voz de clamor de Oronaim, vastedad y contrición grande. Largo es, si quisiera decir de cada una, siendo patente que son nombres o de ciudades en Moab, o de lugares que desamparan los que emigran.

(Vers. 6.) Pues las aguas de Nemrim serán desiertas. Este lugar está sobre el Mar Muerto, con aguas saladas, y por eso mismo estériles. Ya sea que aludió al nombre, o porque antes no había sido así, sucedió tras la vastedad que incluso las aguas se convirtieran en amargura.

Porque se secó la hierba, faltó el germen, todo verdor pereció. No como piensan algunos, que verdaderamente por las aguas estériles de Nemrim se secó toda hierba, sino que la Escritura habla por metáfora. Y el sentido es: en todo Moab las aguas de Nemrim serán saladas y amargas; como allí no brota ninguna hierba, así la sequía seguirá a toda la provincia, esto es, desde Segor hasta Oronaim, de confines a confines. Lo mismo dice Jeremías: Las aguas de Nemrim serán pésimas (Jer. 48, 34).

(Vers. 7.) Según la grandeza de la obra, y la visitación de ellos: al torrente de los sauces los llevarán. Por sauces leemos en el hebreo 188 ARABIM (), que puede entenderse también por "árabes", y leerse ORBIM (), esto es, una villa situada en sus confines, cuyos habitantes dicen la mayoría que suministraron alimento a Elías en el monte Horeb: cuyo nombre, por la ambigüedad, se traslada también a "cuervos", y al "Occidente", y a "lugares campestres". El sentido es: según la grandeza de la enfermedad será la visitación. Toma aquí "visitación" no por remedio, sino por plaga. Visitaré, dice, en vara sus iniquidades, y en azotes sus pecados (Sal. 88, 33). Por "torrente de los sauces", toma los ríos de Babilonia, de los cuales dice David: En los sauces, en medio de ella,

colgamos nuestros instrumentos (Sal. 136, 2); o el valle de Arabia, por el cual se va a los asirios.

(Vers. 8.) Porque el clamor rodeará el término de Moab, hasta Agallim su aullido, y hasta el pozo de Elim su clamor. Jeremías escribe casi todas las mismas cosas. Son ciudades y lugares de los moabitas, en los cuales se describe el clamor y el gemido del pueblo cautivo.

(Vers. 9.) Porque las aguas de Dibon están llenas de sangre. Donde antes había lujo por los campos regados y las fuentes que manan continuamente, allí por la multitud de los muertos fluirán ríos de sangre. Pues pondré sobre Dibon aditamentos, a los que huyeren de Moab un león, y a las reliquias de la tierra. Para que nadie piense que es un vicio del escritor, y queriendo enmendar un error lo cometa, una misma ciudad se escribe tanto con la letra M como con la B: de las cuales Dimon interpretan "silencio"; Dibon, "fluyente". Puesto uno y otro nombre por las aguas que fluyen tácitamente, hasta hoy indistintamente se llama a este pueblito tanto Dimon como Dibon. En cuanto a lo que dice: Pondré sobre Dibon aditamentos, y parecía plantear la duda de qué sería, lo demostró en el versículo siguiente diciendo: A los que huyeren de Moab un león, y a las reliquias de la tierra: para que incluso quienes escaparon huyendo sean consumidos por las bestias. Aunque también por metáfora podemos entender por "el león" al rey de los enemigos, de modo que nadie pueda evadir su potencia, que es como un rugido.

(Cap. XVI.---Vers. 1.) Emite al Cordero, dominador de la tierra, de la piedra del desierto al monte de la hija de Sion. Lo que interpretamos no es historia, 189 sino profecía. Toda profecía está envuelta en enigmas, y con sentencias cortadas, mientras habla de una cosa pasa a otra; para que, si la Escritura conservara el orden, no fuera vaticinio, sino narración. Y el sentido es: Oh Moab, sobre la cual ha de ensañarse el león, y de la cual ni siquiera las reliquias podrán salvarse, ten este consuelo: saldrá de ti el Cordero inmaculado que quita los pecados del mundo, que domine en el orbe de las tierras. "De la piedra del desierto", esto es, de Rut, quien viuda por la muerte de su marido, de Booz engendró a Obed, y de Obed a Jesé, y de Jesé a David, y de David a Cristo. Por "el monte de la hija de Sion" interpretaremos o bien a la misma ciudad de Jerusalén, o según el entendimiento sagrado, la Iglesia, que está constituida en la cumbre de las virtudes.

(Vers. 2.) Y será, como ave que huye, y polluelos que vuelan del nido, así serán las hijas de Moab en el tránsito de Arnón. Vuelve al orden que había tomado: Cuando haya puesto, dice, para los que huyeren de Moab y para las reliquias de la tierra un león saquísimo, que quebrante sus miembros y huesos, entonces pavorosos volarán, y todas las "hijas", esto es, las villas y ciudades de la provincia de Moab, emigrarán en el tránsito de Arnón, que es el límite de los amorreos y de los moabitas. Poniendo también aquí "tránsito", significa la cautividad.

(Vers. 3, 4.) Toma consejo, convoca un concilio: pon tu sombra como la noche en el mediodía, esconde a los que huyen, y no traiciones a los vagos. Habitarán contigo mis prófugos: Moab, sé el escondrijo de ellos ante la faz del vastador, porque se acabó el polvo, se consumó el miserable, faltó quien conculcaba la tierra. Por "miserable" se lee en el hebreo SOD (), que puede entenderse también como "vastador". Habla a Moab para que halle consejo de salvación, y reunidos los ancianos, convoque un concilio saludable. ¿Quieres, dice, estar a salvo y merecer la misericordia de Dios? En la luz clara, y en la abierta fuga de mi pueblo, sé tú como noche y sombra, recibe a los que huyen, y no traiciones a los vagos. Y por qué dijo esto, lo añade inmediatamente: Habitarán contigo mis prófugos. Pues devastada Jerusalén y toda Judea que es confín de los moabitas, a ti emigrará mi pueblo. Sé, pues, su escondrijo, ni temas el ímpetu del vastador, porque como polvo pronto pasará: y el despoblador de toda la tierra, que la conculcaba 190 y la sujetaba bajo sus pies, perecerá al soplar el aura. Algunos interpretan este lugar mal sobre el Anticristo, pensando que los Santos en aquel tiempo, por la vecindad de la ciudad de Jerusalén, pasarán a los árabes, y que ahora se les manda no traicionar a los que huyen a ellos.

(Vers. 5.) Y se preparará en misericordia un trono, y se sentará sobre él en verdad, en el tabernáculo de David, juzgando y buscando el juicio, y devolviendo velozmente lo que es justo. Los hebreos interpretan este lugar así: Ahuyentado

el asirio, reinará en Judá Ezequías, varón justo, y retendrá el solio de David, juzgando en verdad al pueblo de Dios sujeto a él. Otros lo entienden de Cristo. Acabado el polvo del Anticristo, y quitado el vastador que conculcaba toda la tierra, vendrá el Rey Cristo, quien se sentará en el tabernáculo de David, y en el día del juicio dará a todos según sus obras. No hay duda de que este capítulo vaticina de Cristo. Pero nosotros podemos entender eso mismo en su primer advenimiento, y demostrar en el tabernáculo de la Iglesia que en toda la tierra de Moab los trofeos de las iglesias que se levantan testifican el imperio de Cristo.

(Vers. 6, 7.) Hemos oído la soberbia de Moab, es muy soberbio: su soberbia, y su arrogancia, y su indignación, es más que su fortaleza. Por eso aullará Moab a Moab, todo aullará: a los que se alegran sobre los muros de ladrillo cocido, habladles de sus plagas. De nuevo vuelve a las cosas presentes, y arguye de soberbia a Moab, de que está mucho más elevado de lo que su fortaleza exigía, y por esta soberbia ha de aullar Moab a Moab, esto es, el pueblo a la ciudad, o la metrópolis a la provincia, y toda la tierra resonará con aullidos sobre los muros de ladrillo cocido, de los cuales también dice Jeremías: Por eso sobre Moab aullaré, y a todo Moab [Al. a toda Moab] clamaré, lamentando a los varones del muro de arcilla (Jer. 48, 31). Por estas cosas muestra tanto la potencia de la pristina felicidad como las plagas de la repentina subversión.

(Vers. 8.) Porque los suburbios de Esebon están desiertos: la viña de Sabama. Entre Esebon

y Sabama hay apenas quinientos pasos, y por la metáfora de la viña, significa la vastedad de toda la provincia.

Los señores de las gentes cortaron sus sarmientos. Conserva la traducción que había comenzado, mostrando que los reyes de las gentes, que habían devastado Moab, despoblaron todas las aldeas y castillos.

191 Hasta Jazer llegaron: erraron en el desierto: sus vástagos han quedado atrás: pasaron el mar. Por sarmientos y vástagos entiende a su pueblo y a sus fugitivos: y por el tránsito del mar la cautividad en Babilonia, de la cual hemos de leer después, La carga del desierto del mar.

(Vers. 9.) Sobre esto lloraré en el llanto de Jazer, la viña de Sabama: te embriagaré con mi lágrima, Esebon y Eleale. Voz del Profeta planciente, que atestigua la magnitud de la vastedad con la magnitud de sus lágrimas, y que llora la viña de Jazer, y Sabama, y Esebon, y Eleale, ciudades antaño validísimas, cortadas según pensaba el asirio.

Porque sobre tu vendimia, y sobre tu mies el clamor de los que pisan ha irrumpido. Por los pisadores de uvas y los que congregan la alegría de la vendimia entiende los ejércitos de los enemigos, y que en el mismo tiempo de la alegría llegó el tiempo de la cautividad.

(Vers. 10.) Y se quitará la alegría y el júbilo del Carmelo. Es un idioma de las Escrituras que siempre compare al monte Carmelo, opulento y boscoso, que domina Ptolemaida y en el cual oró Elías, con la fertilidad y la abundancia, y por esto

significa que toda alegría y fertilidad ha de ser quitada de las ciudades antaño más ricas.

Y en las viñas no se regocijará, ni jubilará. Se sobrentiende "el antiguo vendimiador", esto es, el colono de la provincia moabítida. Finalmente, añadió inmediatamente: El vino en el lagar no lo pisará quien solía pisarlo: el clamor de los que pisan lo he quitado. De ningún modo el alegre vendimiador cantará su canto en la vendimia, sino que por todas partes surgirá la vastedad hostil y el clamor de los vencedores.

(Vers. 11.) Sobre esto mi vientre resonará para Moab como una cítara, y mis entrañas para el muro de ladrillo cocido. Para que nadie pensara que el llanto del Profeta era proferido por exultación, por la cual se alegrara de que los enemigos del pueblo de Israel fueran cautivos, dice que por afecto y por el íntimo dolor del corazón llora él a la antaño poderosísima ciudad derruida.

(Vers. 12.) Y será, cuando apareciere que Moab ha trabajado sobre sus lugares altos, entrará a sus santuarios para rogar, y no prevalecerá. Es la última miseria no tener auxilio ni siquiera en aquellos a quienes siempre se ha venerado. Desierta, dice, de tus fuerzas, y muertos todos los defensores, irás a los ídolos, venerarás los santuarios, ni 192 en ellos hallarás auxilio, a los cuales llegará una vastedad común contigo.

(Vers. 13.) Esta es la palabra que habló el Señor a Moab desde entonces. ¿Desde qué tiempo piensas? A saber, desde aquel en que fue creado Moab. And the Lord says: Los moabitas y amonitas no entrarán en la Iglesia de Dios (Deut. 23, 3). O bien

entendamos "desde entonces" por el tiempo antiguo, de que antaño por sentencia divina fueron decretadas estas cosas, no porque la presciencia de Dios trajera la causa de la vastedad, sino porque la vastedad futura fue conocida de antemano por la majestad de Dios.

(Vers. 14.) Y ahora habló el Señor, diciendo: En tres años, como los años de un mercenario, se quitará la gloria de Moab sobre todo el pueblo numeroso, y quedará un resto pequeño y módico, de ningún modo mucho. Esta profecía, como dijimos arriba, se dirige contra los moabitas tras la muerte de Acaz, reinando Ezequías, bajo el cual las diez tribus fueron llevadas a la cautividad por Senaquerib, rey de los asirios. Y así, como el mercenario espera el ocaso del sol, y aguarda día y noche el fin de su obra para recibir el salario estipulado; así también después de tres años Moab será borrado por la llegada del asirio, y apenas unos pocos quedarán en la tierra para habitar las ciudades derruidas y cultivar los campos desiertos. Puede también predecirse de la cautividad babilónica, que tras la toma de Jerusalén y el transcurso de tres años, Moab ha de ser devastada por los caldeos, o que en el espacio de tres años no se les ha de dar ningún descanso.

(Cap. XVII.---Vers. 1.) La carga de Damasco: He aquí que Damasco dejará de ser ciudad: y será como un montón de piedras en ruina. Las ciudades abandonadas de Aroer serán para los rebaños, y descansarán allí, y no habrá quien los espante. Y cesará el auxilio de Efraín, y el reino de Damasco, y las reliquias de Siria serán como

la gloria de los hijos de Israel, dice el Señor de los ejércitos. Después de Babilonia y los filisteos y Moab, el discurso se vuelve a Damasco, esto es, Siria (Aram), que también ella fue antaño una ciudad real, y tuvo el principado en toda Siria: aún no florecían Antioquía y Laodicea y Apamea, ciudades que, sabemos, fueron aumentadas tras Alejandro y el imperio de los macedonios. Puesto que, por lo tanto, siempre suministraba auxilio a las diez tribus contra Judá, como narra la historia de los Reyes y de las Crónicas: significa que la vastedad por los asirios se aproxima 193 incluso para ellos, diciendo el rey de los asirios: Tomé Arabia, y Damasco, y Samaria. Pues así como tomé aquellas, y todos los reinos, te tomaré también a ti. Y en el volumen de los Reyes leemos: Subió el rey de los asirios a Damasco, y la tomó, y la trasladó a Cirene (4 Rey. 16, 9). También mató a Rasín, que era el rey de Damasco: todo lo cual padeció ella reinando Ezequías en Jerusalén. He aquí, dice, Damasco dejará de ser ciudad; ya la cautividad está cerca: ya el asirio movió su ejército. Y será como un montón de piedras en ruina, de modo que solamente se demuestren los vestigios de la antigua potencia en la magnitud de las ruinas. Las ciudades abandonadas de Aroer serán para los rebaños. Aroer se interpreta "tamarisco" (myrice), árbol que propiamente nace en la soledad y el suelo salino, y por esto se demuestra la vastedad. Descansarán allí, se sobrentiende "los rebaños", y no habrá quien los espante. Pues tanta será la soledad, que ni siquiera se ha de temer al acechador. Y cesará el auxilio de Efraín: de ningún modo

tendrán en ella auxilio las diez tribus contra Judá. Y el reino de Damasco; apo koinou (de la edición vulgata o común) se sobrentiende, "cesará". Pero cuando dice que cesa el reino y descansa, no significa una vastedad perpetua, sino que quita por el presente la potencia por la cual antes reinaba en toda Siria. Y las reliquias de Siria serán como la gloria de los hijos de Israel, dice el Señor de los ejércitos. Así como, dice, las diez tribus fueron borradas por el asirio que las despoblaba, y toda su gloria fue llevada a la cautividad: así los pocos que queden en Damasco serán mudados, y tendrán la gloria de la nación socia. Toma la "gloria" dicha por ironía, por ignominia. Todo esto se hará porque el Señor habló, cuyas palabras no pueden ser irritas. Algunos piensan que esta profecía es la misma que leemos en Jeremías: Disuelta está Damasco, se ha vuelto en fuga, el temblor la aprehendió, la angustia y los dolores la tomaron como a mujer de parto (Jer. 49, 24, 27). Y otra vez: Encenderé fuego en el muro de Damasco, y devorará los muros de Benadab. Pero debe saberse que por Jeremías se describe la cautividad babilónica de la ciudad damascena, esto es, de los pocos que 194 el rey de los asirios había dejado en ella. Pero Isaías anuncia la cautividad cercana por los asirios. Otros estiman que se predice de la cautividad romana, cuando [Al. en que] también fue capturado el pueblo de los judíos; y Damasco, a la cual mandaba Aretas, sostuvo una servidumbre similar: de modo que todas las cosas escritas sobre ella se trasladen al tiempo de Cristo y a los misterios de los Apóstoles.

(Vers. 4.) Y será en aquel día, se adelgazará la gloria de Jacob, y las carnes pingües de él se marchitarán. Cuando, dice, Damasco haya sido tomada, y haya dejado de ser ciudad, y tal gloria la haya coronado cual coronó a Israel, esto es, a las diez tribus: entonces todo el presidio, y las carnes más pingües, y el refugio de Jacob se marchitará: pues de ningún modo tendrá a aquellos unidos con quienes devaste Jerusalén. Leímos arriba que subió Rasín rey de Siria y Facée hijo de Romelía, rey de Israel, a Jerusalén, para pelear contra ella: y fue anunciado a la casa de David: Reposó Siria sobre Efraín, de los cuales el Profeta habla a Acaz: No temas, y tu corazón no desmaye ante estas dos colas de tizones humeantes, en la ira del furor de Rasín rey de Siria, y del hijo de Romelía, por cuanto ha tomado mal consejo contra ti Siria, Efraín y el hijo de Romelía.

(Vers. 5, 6.) Y será como el que congrega en la mies lo que restare, y su brazo recogerá las espigas: y será como el que busca espigas en el valle de Rafaim. Y quedará en él como un racimo, y como el sacudimiento del olivo de dos o tres olivas en la cumbre de la rama, o cuatro o cinco en sus copas su fruto, dice el Señor Dios de Israel. Los que entienden la presente vastedad de Damasco bajo el reino romano, sostienen que estas cosas fueron significadas sobre los Apóstoles, que así como unas pocas espigas y olivas suelen quedar en el campo o en los árboles, así las reliquias de Israel se salven; máximamente porque sigue: En aquel día se inclinará el hombre a su hacedor, y sus ojos mirarán al Santo de Israel, esto es, a Cristo. Dos

olivas, y tres, y cuatro, y cinco, los interpretan como catorce Apóstoles, esto es, los doce que fueron elegidos, y el decimotercero Santiago, que es llamado hermano 195 del Señor; y también a Pablo Apóstol, vaso de elección (Hech. 9). Pero los que piensan que en tiempos de los asirios se cumplieron las cosas dichas, quieren que se entienda esto: que bajo la cautividad asiria Damasco no fue del todo borrada, sino que trasladados algunos a Cirene, otra parte de los cultivadores de la tierra fue dejada, la cual ella misma después fue borrada por el vastador babilónico; hasta que bajo los macedonios y ptolemeos de nuevo fuera instaurada, y en el advenimiento de Cristo fuera ciertamente ciudad, pero no de tanta potencia cual antes había sido. Y el sentido es: tan pocos quedarán en Damasco, como suelen quedar tras los segadores unas pocas espigas, que en el valle de Rafaim latísimo y poderosísimo suelen recoger los pobres: o en el olivo unas pocas olivas, que hayan escapado a la diligencia del que recoge.

(Vers. 7, 8.) En aquel día se inclinará el hombre a su hacedor, y sus ojos mirarán al Santo de Israel. Y no se inclinará a los altares que hicieron sus manos, y a lo que obraron sus dedos: y no mirarán a los bosques y santuarios. Esto piensan que se cumplió en tiempos de Cristo, cuando destruido el reino de Damasco, sucedió el imperio perpetuo del Salvador, y el error de la idolatría fue disminuido. Piadosa voluntad ciertamente de los que interpretan, pero no conservando el orden de la historia. Pero nosotros decimos que subvertida Damasco, y llevadas las diez tribus a los asirios,

los restos de las tribus que eran de Israel, a las cartas de Ezequías se convirtieron al culto de Dios, y llegaron al templo de Jerusalén, como narra la historia de las Crónicas (2 Crón. 30). Borrada, pues, Damasco, se convertirán los hombres a su hacedor, esto es, a aquel que los creó, y sus ojos de ningún modo a los ídolos que habían hecho en Betel y en Dan, sino a Dios mirarán, despreciando los santuarios y altares que obraron sus dedos.

(Vers. 9.) En aquel día serán las ciudades de su fortaleza abandonadas como arados, y las mieses que fueron abandonadas ante la faz de los hijos de Israel, y será desierta. Esto no lo habla contra Damasco, sino contra las diez tribus, que se llamaban Israel; para que así como al advenimiento de Egipto del pueblo de Dios, todas las gentes que habitaban la tierra de promisión, aterradas por un súbito pavor dejaron los arados, y los montones 196 de frutos y las obras a medias, buscando la salud con los pies: así también la tierra de Israel permanezca por mucho tiempo desolada. Por lo cual me maravillo de que por arados y montones de frutos Aquila haya querido interpretar testa y Emir; Símaco, bosque y Amir; los LXX, amorreos y eveos. Solo Teodoción puso la palabra hebrea, ARS ET EMIR: que entre ellos se lee más enmendadamente HORES () ET AMIR (), esto es, "rejas de arado" y "montones de mieses".

(Vers. 10.) Porque te olvidaste de Dios tu Salvador, y del fuerte auxiliador tuyo no te acordaste. Esto, dice, padecerás, oh Israel, porque dejaste a Dios tu Salvador, que te libró de Egipto, que te

sujetó gentes enemigas: y de tu auxiliador no te acordaste.

(Cap. XVIII, Vers. 1.) ¡Ay de la tierra del címbalo de alas que está más allá de los ríos de Etiopía! La palabra hebrea es *SELSEL* (צִלְצַל), que Símaco interpretó como "sonido", Teodoción como "aves", y nosotros hemos vertido como "címbalo". Aquila tradujo "doble sombra". Pero debe saberse que la sombra se llama *SEL* (צֵל), y aquí la sílaba misma se duplica. Por lo cual podemos entender lo dicho: "¡Ay de la tierra que promete auxilio a la sombra de sus alas!". Y diciendo la Escritura: "El que habita en el auxilio del Altísimo, en la protección del Dios del cielo morará" (Sal. 90, 1), por lo cual en el hebreo está escrito: "En la sombra del Omnipotente morará": jactándose de tener ella misma la semejanza de Dios, y establecida en peligros, promete favorecer a otros. Significa, además, o bien No, ciudad de Egipto, que ahora se llama Alejandría, o bien Egipto, en la cual Jerusalén siempre se ha apoyado como sobre una caña cascada, la cual, quebrada, perfora la mano del que se apoya. Y es este orden hermosísimo: para que así como en la Visión anterior el discurso profético amenazaba a Damasco, porque las diez tribus tuvieron auxilio en ella, rogando la misericordia de Dios: así también ahora se predique la vastedad a Egipto; por cuyo auxilio fue descuidada la invocación de Dios. Ella es, en efecto, la tierra que está más allá de los ríos de Etiopía, esto es, más allá de los arroyos del río Nilo, el cual nadie duda que fluye de Etiopía a Egipto. Puede Egipto ser llamada címbalo de

alas por la velocidad de sus frutos: pues el veloz y agitado vuelo de las aves rinde el sonido de un címbalo. Algunos, por lo que sigue: "Que envía legados en el mar, y en vasos de papiro sobre las aguas", entienden el reino romano y refieren toda la historia a los tiempos de Vespasiano y Tito, por quienes Jerusalén fue subvertida. Pero esto no conviene a nuestra fe, que el Señor amenace al reino romano porque subvirtió a una nación impía, y de nuevo diga que deben llevarse dones al monte Sión, a no ser que tal vez también aceptemos estas cosas espiritualmente en la Iglesia.

(Vers. 2.) Que envía legados en el mar, y en vasos de papiro sobre las aguas. Id, ángeles veloces, a la nación convulsa y dilacerada, al pueblo terrible, tras el cual no hay otro, a la nación que espera y es conculcada, cuya tierra arrebataron los ríos. Entre los hebreos, tanto Egipto como el egipcio y los egipcios se nombran con un solo vocablo, *MESRAIM* (מִצְרַיִם). Dígase esto para que nadie se detenga en la palabra cuando encuentre el género masculino por el femenino, esto es, el hombre por la tierra; porque también ahora se dice: "Que envía legados en el mar", esto es, el mismo Mizraim, el mismo egipcio, por cuanto desde Alejandría, que entonces, como dijimos, se llamaba No, fueron enviados legados a Jerusalén y en vasos de papiro, esto es, en epístolas, o en naves, prometiéndoles su auxilio, dijeran: "Id velozmente a la nación de los judíos convulsa, y por la impugnación de los asirios lacerada; al pueblo antes terrible, que usaba el imperio de Dios, a cuya potencia ningún otro ha de ser comparado: a

la nación que siempre esperaba el auxilio de Dios, y no obstante es conculcada por los hombres: cuya tierra los ríos, esto es, diversos reyes, han depoblado". Pero otros piensan que la apóstrofe se dirige al Señor, y que el sentido sea: Oh Dios, que envías al mar de este siglo a los Profetas, y como navegando por epístolas, amonestando al pueblo, mandas a tus nuncios: id velozmente a mi nación lacerada y convulsa, al pueblo robustísimo, que a todas las gentes en el circuito fue antes terror, que siempre esperó el auxilio de Dios, y por la magnitud de los pecados, lo que espera no merece recibir: cuya tierra los reyes de diversas naciones vastaron, y lo demás que sigue. Eusebio de Cesarea, prometiendo una interpretación histórica en el título, vaga por diversos sentidos; al leer yo sus libros, hallé algo muy distinto de lo que prometía en el índice. Pues dondequiera que la historia le falte, pasa a la alegoría, y de tal modo asocia cosas separadas, que me maravillo de que con una nueva fábrica de discurso conjugue en un solo cuerpo la piedra y el hierro. Esto advertí brevemente, para que nadie piense que nosotros hemos tomado prestado de sus fuentes lo que decimos; pues también en el presente capítulo dice que la profecía se dirige contra los judíos y Jerusalén, porque al principio de la fe cristiana enviaron epístolas a todas las gentes, para que no aceptaran la pasión de Cristo: y enviaron hasta Etiopía y la región occidental, y llenaron todo el orbe con la diseminación de esta blasfemia.

(Vers. 3.) Todos los moradores del orbe que habitáis en la tierra, cuando fuera alzada la señal

en los montes, veréis, y el clamor de la trompeta oiréis. Todas las gentes, dice, por el circuito, cuando oigáis mi mandato, como señal alzada en los montes, y mi imperio, como clamor de trompeta resonante en lo alto, entonces veréis lo que habré mandado.

(Vers. 4.) Porque esto dice el Señor a mí: Descansaré, y consideraré en mi lugar. ¿Qué es lo que habló el Señor al Profeta? Esto que sigue: hasta que vengan las cosas que mandé, descansaré en mi sede: como los judíos piensan, en el Templo; como nosotros, en las cosas celestiales. Y consideraré, dice, qué fin de las cosas llegue.

Como la luz meridiana es clara, y como nube de rocío en el día de la mies. Así como en todo el día nada hay más claro que el mediodía, cuando el sol resplandece desde medio cielo, e ilustra todo el orbe por igual, y como en el estío y calor torrente, cuando el segador desnudo se recuece, y el anhelo prueba la magnitud de la obra, gratísima es la templanza del rocío, si el humor matutino hace segables las aristas secas: así mi palabra, que consideraré en mi lugar, llegará grata a todos los que creen en mí.

(Vers. 5, 6.) Porque antes de la mies todo floreció, y la inmadura perfección germinó, y serán podados sus sarmientos con hoces, y lo que hubiere quedado, será cortado y sacudido. Y serán dejados juntamente a las aves de los montes y a las bestias de la tierra, y en estío perpetuo estarán sobre él las volátiles, y todas las bestias de la tierra sobre él invernarán. Porque había hablado del mediodía, y había antepuesto la nube de rocío

en el estío y la mies, y de la agricultura había tomado la metáfora, la conserva en lo demás, describiendo la soberbia de Egipto, y la vastedad de aquel pueblo, y los cadáveres por toda la provincia, que han de ser devorados por las aves. Pues como las mieses que brotan antes de la madurez, pronto perecen, y las que germinan antes de que llegue la perfección del tiempo son inútiles: así, dice, el pueblo egipcio como ramas inútiles será podado con hoces, y todos los renuevos serán desnudados. Y para que no pensaras que hablaba de una viña y no de hombres, vierte la metáfora en la verdad de la historia: "Y serán dejados", dice, "juntamente a las aves de los montes, y a las bestias de la tierra". Pues las aves y las bestias no devoran las ramas cortadas de los árboles, sino los cadáveres. Leamos más plenamente a Ezequiel, donde profetiza contra el Faraón y contra Egipto: y hallaremos todas estas cosas escritísimas con toda claridad (Ezeq. 29). Y lo que dice: "En estío perpetuo estarán sobre él las volátiles, y todas las bestias sobre él invernarán", o bien significa la multitud de los verdaderamente muertos, o por la misma metáfora demuestra que ha de ser vastado por todas las gentes.

(Vers. 7.) En aquel tiempo será llevado un don al Señor de los ejércitos de parte del pueblo divulso y dilacerado, del pueblo terrible, tras el cual no hubo otro: de la nación que espera, espera y es conculcada, cuya tierra arrebataron los ríos, al lugar del nombre del Señor de los ejércitos, el monte Sión. Tras la vastedad de Egipto y borrado su imperio, de ningún modo confiará Israel en la

vanidad de aquella sombra, sino que se convertirá al Señor, y llevará sus dones al monte Sión, esto es, a su templo, rogándole a él solo, cuyo auxilio es verdadero y eterno. Y esto entendemos que fue hecho bajo Zorobabel y Josué, y Esdras y Nehemías. Los LXX, por lo que nosotros dijimos: "que espera, espera", y en el hebreo está escrito "que espera, espera" (con esperanza), al contrario interpretaron *ἀνέλπιστον*, esto es, "que no espera". And por esta causa dieron ocasión a Eusebio para que pensara que esto debe entenderse más de las gentes, que ni tienen esperanza, ni Testamento de Dios, ni Profetas, que de los judíos: que de parte de ellos después han de ser enviados dones a la Iglesia, que ha sido constituida en atalaya, y ofrecidas víctimas espirituales.

(Cap. XIX.—Vers. 1.) Carga de Egipto. He aquí que el Señor ascenderá sobre una nube ligera, e ingresará en Egipto, y se conmoverán los simulacros de Egipto ante su faz, y el corazón de Egipto desfallecerá en medio de él. Es costumbre de las Escrituras subyuntar lo manifiesto a lo oscuro, y proferir con voz abierta lo que antes dijeron bajo enigmas. Por lo cual también en el presente lugar, porque contra Egipto había amenazado: "¡Ay de la tierra que sombrea con alas, que está más allá de los ríos de Etiopía!", y lo demás que el discurso profético entretejió: ahora hizo más manifiesta la inteligencia, y amenazando a la misma Egipto habla, diciendo que de ningún modo por medio de Ángeles, sino el mismo Señor viene sobre una nube ligera, esto es, veloz, e ingresa en Egipto, y los ídolos de Egipto tiemblan, y desfallece el

corazón de los fuertes, y se cumple el vaticinio de Ezequiel: "Dispersaré los simulacros, y haré cesar los ídolos de Menfis" (Ezeq. 30, 13). Algunos refieren toda esta profecía a los tiempos del Salvador, cuando ingresó sobre una nube ligera, esto es, el cuerpo humano que de la Virgen había asumido, no gravado por ninguna semilla de mezcla humana: o bien porque fue portado por una nube ligera, esto es, por el cuerpo Virginal, y a su ingreso todos los demonios temblaron, y entonces fue la primera ruina de los ídolos, no sosteniendo el llevar la presencia del Señor.

(Vers. 2.) Y haré que los egipcios concurran contra los egipcios, y luchará el hombre contra su hermano, y el hombre contra su amigo, ciudad contra ciudad, y reino contra reino. Habiendo el Señor ingresado en Egipto, y destruyendo por su presencia a la nación poderosísima, la primera victoria será que disientan los egipcios contra los egipcios, y combatan contra sí con odio rebelde: lo cual es manifiesto que se hizo en tiempos de los asirios y de Nabucodonosor rey de Babilonia, sentándose unos (cediendo), y repugnando otros. Que predica estas cosas sobre la cautividad babilónica, Jeremías es testigo, diciendo: "Becerra elegante y hermosa es Egipto, el estimulador del Aquilón vendrá a ella". Y de nuevo: "Confundida está la hija de Egipto, y entregada en mano del pueblo del Aquilón" (Jer. 46, 20, 24). Ezequiel también, consintiendo con igual autoridad de profecía: "Y haré", dice, "cesar la multitud de Egipto en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia". Y otra vez: "Confortaré los brazos del rey

de Babilonia, y daré mi espada en su mano, y quebrantaré los brazos de Faraón." Y sabrán que yo soy el Señor, cuando hubiere dado mi espada en la mano del rey de Babilonia, y la hubiere extendido sobre la tierra de Egipto, y dispersaré a Egipto entre las naciones (Ezeq. 30, 10, 24, y ss.). Pero si lo referimos a los tiempos del Salvador, tomemos aquel ejemplo del Evangelio: "No penséis que vine a enviar paz sobre la tierra: no vine a enviar paz, sino espada." Pues vine a dividir al hombre contra su prójimo, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre serán los domésticos suyos (Mat. 10, 34, ss.). Y de nuevo en otro lugar: "Estarán divididos dos contra tres, y tres contra dos: el padre contra el hijo, y la madre contra la hija, y la nuera contra la suegra" (Luc. 12, 52, 53).

(Vers. 3.) Y se romperá el espíritu de Egipto en sus vísceras, y su consejo precipitaré: e interrogarán a sus simulacros y a sus adivinos, y a los pitones y a los agoreros. Cuando la sedición haya surgido en Egipto, o bien entre los que desean servir al babilónico, o los que no quieren someter el cuello a su yugo: o bien entre unos que creen en Cristo y otros que repugnan, se romperá y se escindirá el espíritu de Egipto, no queriendo todos lo mismo, y todo el consejo de ellos será reducido a nada. Entonces irán a sus simulacros; e interrogarán a sus adivinos, y agoreros, y vates, y a los instruidos en artes mágicas, por qué han sucedido estas cosas.

(Vers. 4.) Y entregaré a Egipto en mano de señores crueles, y un rey fuerte dominará sobre

ellos, dice el Señor Dios de los ejércitos. Seguimos una doble inteligencia: o de los tiempos caldeos, cuando por Nabucodonosor fue expugnada Egipto; o del imperio romano, cuando vencidos Antonio y Cleopatra, Augusto César subyugó a Egipto. Que los babilónicos fueron crueles, toda la Escritura testifica, que no perdonaron a los párvulos, y con sus dardos los vulneraron, ni tuvieron misericordia de las preñadas. Que el reino romano es fortísimo, también la Escritura de Daniel testifica (Cap. 7), exponiendo la cuarta bestia que tiene dientes y uñas de hierro.

(Vers. 5-7.) Y se secará el agua del mar, y el río será desolado y se secará, y faltarán los ríos, se atenuarán y se secarán los arroyos de los montículos. La caña y el junco se marchitarán, se desnudará el cauce del río desde su fuente, e toda siembra de regadío se secará, se marchitará, y no existirá. Es natural que cuando por la ira de Dios venga la cautividad, su indignación sea seguida por la pestilencia, y contra aquellos que ofendieron a Dios, todos los elementos juntos se enfurezcan. De donde está escrito en otro Profeta (Jer. 12), que tanto las aves en el aire fallan, como los peces en las aguas, para que todas las cosas sean sustraídas del uso humano. Decimos esto, si quisiéramos aceptar simplemente la sequía del río Nilo y de sus arroyos. Pero si es por metáfora: entendemos en el río el reino, y en los arroyos sus jefes; y en el verdor y el junco y el papiro toda la abundancia de Egipto, para que por esas cosas, se describan las riquezas de Egipto, de las cuales Egipto es fertilísima. Leamos a Ezequiel, donde el

rey Faraón es descrito como un gran dragón que habita en los ríos, y dice: Mío es el río, y yo me hice a mí mismo. Y oye: Pondré un freno en tus mandíbulas, y pegaré los peces de tus ríos a tus escamas, y te extraeré del medio de tus ríos, y todos tus peces se adherirán a tus escamas, y te arrojaré en el desierto (Ezeq. 29:3, 4). Pero en el advenimiento de Cristo todas estas cosas deben entenderse tropológicamente, según aquello que leímos arriba: El Señor hará desierto el mar de Egipto. Y de nuevo: El Señor enviará su mano sobre el río violento de Egipto, y lo herirá en siete valles, de tal manera que uno lo atraviese con el pie calzado: que a saber, todo el error de las aguas egipcias, y las artes maléficas con las que ilusionaban a los pueblos sujetos, se sequen por el advenimiento de Cristo. Y lo que dice: Se secará el agua del mar, podemos aceptarlo también históricamente, no que se signifique el gran mar, sino el lago Mareótida, por el hecho de que la Escritura llame mares a todas las congregaciones de aguas. Pueden también entenderse como dichas por hipérbole. Y lo que sigue: Se desnudará el cauce del río desde su fuente, describe que el arroyo y la fuente se secan juntos.

(Vers. 8-10.) Y gemirán los pescadores, y se lamentarán todos los que echan en el río el anzuelo, y los que extienden la red sobre la faz del agua se marchitarán. Y se confundirán los que trabajan el lino, peinando y tejiendo cosas sutiles: y estarán sus regadíos languideciendo: todos los que hacían lagunas para capturar peces. Toma esto también doblemente: que devastada Egipto,

y toda la provincia secada por la aridez, gemirán los pescadores, y se lamentarán los que en el río echaban el anzuelo, y los que trabajaban redes y sagas, y tejían de junco vasijas de diverso género, esto es, los príncipes y del género regio, y los rectores: y que en el advenimiento de Cristo todos los pescadores de género perverso, que contra la disciplina Apostólica capturaban hombres para la perdición, y con necia sabiduría tejían redes y sagas con las que enredaran a los perdidos, han sido confundidos, y ninguno o raro en la tierra de Egipto sea tal pescador. Vemos cumplido por esta obra que los trofeos de las Iglesias se levantan, y en todo Egipto los ídolos cayeron.

(Vers. 11-13.) Los necios príncipes de Tanis, los sabios consejeros del Faraón han dado un consejo insípido: ¿cómo diréis al Faraón: soy hijo de sabios, hijo de reyes antiguos? ¿Dónde están ahora tus sabios? anuncien a ti e indiquen qué ha pensado el Señor de los ejércitos sobre Egipto. Los príncipes de Tanis se han vuelto necios, los príncipes de Menfis se han marchitado: han engañado a Egipto, el ángulo de sus pueblos. El Salmista también declara que Tanis fue metrópoli de Egipto, que allí Moisés hizo muchas señales que en el Éxodo se describen: Puso en Egipto sus señales, y sus prodigios en el campo de Tanis (Sal. 77:11). Las huellas del error de Menfis también muestran hasta el tiempo presente que estaba dedicada a las artes mágicas. Y esto brevemente se indica: que viniendo la devastación babilónica, todos los consejos de los Magos, y de los que prometían la ciencia de las cosas futuras, sean acu-

sados de necedad, y que en el advenimiento de Cristo todas las cosas sean reducidas a nada, no encontrando consejo los videntes de Egipto sobre cómo oprimir el dogma cristiano. Es modismo de las Escrituras poner 'ángulo' por 'reino', por el hecho de que contenga los pueblos, y sea como lo más fuerte en toda la casa. De donde también Cristo, que contiene las paredes de dos pueblos, es llamado piedra angular (Ef. 2). Y lo que añadió: ¿Cómo diréis al Faraón, soy hijo de sabios, hijo de reyes antiguos?, significa que los egipcios fingen a héroes y dioses autores de su gente, Horus, e Isis, y Osiris, y Tifón.

(Vers. 14, 15.) El Señor mezcló en medio de ella un espíritu de vértigo: e hicieron errar a Egipto en toda obra suya, como yerra el borracho y el que vomita: y no habrá para Egipto obra que haga, encorvando la cabeza y la cola, y lo que refrena. Primero hablemos de la interpretación, y después disertaremos sobre estas cosas que han sido escritas. Por espíritu de vértigo puede interpretarse también espíritu de error. En aquello también que nosotros tradujimos, encorvando y refrenando, podemos decir curvado y lascivo, para que entendamos el anciano y el niño. Pero nosotros, mientras rápidamente vertemos lo que está escrito, el término hebreo AGMON (אגמון), engañados por la ambigüedad, dijimos refrenando, lo que Aquila tradujo más significativamente στρεβλοῦντα, esto es, el que nada hace rectamente, sino todo perverso, para que significara a un niño. Es, pues, el sentido: Los príncipes de Tanis se han vuelto necios, y los sabios conse-

jeros del Faraón han dado un consejo necio, y los príncipes de Menfis se han marchitado, y han engañado a Egipto el ángulo de los pueblos, porque el Señor les mezcló espíritu de error y de vértigo, para que ignoren lo que dicen, y hagan errar a Egipto. Y como el borracho y el que vomita echa fuera lo que había ingerido, y no sabe dónde está, sino que yace con la mente ajena: así Egipto no tendrá obra ninguna, ni consejo, que o bien tenga cabeza, o fin, o convenga a los ancianos, o a los niños, de los cuales unos por la demasiada edad desvarían y deliran, otros por la lascivia e infancia ignoran lo que hacen. Esto, ya sea que quieras recibirlo en la devastación babilónica, o en el advenimiento de Cristo, tanto según la letra como según la inteligencia espiritual, tendrá consecuencia.

(Vers. 16, 17.) En aquel día Egipto será como mujeres, y se estupendizarán y temerán ante la faz de la conmoción de la mano del Señor de los ejércitos, que él mismo moverá sobre ella. Y la tierra de Judá será para Egipto un motivo de festividad: todo el que se acuerde de ella, temblará ante la faz del consejo del Señor de los ejércitos, que él mismo pensó sobre ella. Estimo que es mejor reprender incluso mi propio error, que por vergüenza de confesar mi impericia, persistir en el error. En aquello que traduje: Y la tierra de Judá será para Egipto un motivo de festividad, por festividad en hebreo se lee AGGA (חגא), que puede interpretarse tanto como festividad (de donde también Hageo se vierte como festivo) como temor, lo que Aquila tradujo más significativamen-

te γύρωσιν, cuando alguien pávido y tembloroso gira los ojos alrededor, y teme al enemigo que se acerca. Por tanto, si quisiéramos aceptarlo en buena parte, que el recuerdo de Judá sea gozo para Egipto, rectamente se dice festividad. Pero si, como creo, se vierte en temor en lugar de festividad, entendamos la pavor o el terror, porque cuando venga Nabucodonosor, y todas las manos de los hombres fuertes estén disueltas como las de las mujeres, incluso el nombre de Judá sea terror para Egipto, porque mientras quiso ofrecerle auxilio, padeció tan grandes males. Sobre nuestros tiempos nadie duda que, en comparación con los cristianos, todos los étnicos son como mujeres, teniendo sentencias débiles, y que todo lo que digan se convierta en necedad, mientras se estupendizan ante tan gran conversión de la gente, y se admiran y entienden la mano del Señor, y quienquiera de los gentiles que se acuerde del nombre cristiano, confiese por el temor la debilidad de la idolatría.

(Vers. 18.) En aquel día habrá cinco ciudades en la tierra de Egipto que hablen la lengua de Canaán, y que juren por el Señor de los ejércitos: una se llamará ciudad del sol. Por la ciudad del sol, no sé qué queriendo interpretar los LXX dijeron asedec, la cual alguno de los nuestros interpreta como ciudad de la justicia, y llevado por el error, porque según el hebreo está escrito ARES (חרס), piensa que es tierra, que se escribe con otras letras. Por lo tanto, Símaco tradujo mejor: una se llamará ciudad del sol: pues ARES es palabra ambigua y se dice tanto tiesto como sol, por el

hecho de que ambos sequen y estén secos. No entendiendo este lugar Onías, edificó un templo en Egipto en la ciudad de Heliópolis. Lee las Historias de Josefo (Jos. lib 12, cap 9). Otros quieren que por Ares, esto es, tiesto, se entienda la ciudad de Ostracine, y las demás ciudades junto a Rinocolura y Casio, de las cuales hasta hoy es manifiesto que hablan en Egipto la lengua cananita, esto es, siria: y piensan que de la cercanía los sirios y árabes fueron trasladados a aquella tierra por Nabucodonosor. Por lo demás, quienes disertan la profecía sobre el advenimiento de Cristo y el imperio romano, sienten que las cinco ciudades son o la ley del Señor, que fue interpretada primero en Alejandría, o cinco órdenes de la Iglesia: obispos, presbíteros, diáconos, fieles, catecúmenos: o ciertamente la inteligencia espiritual de la ley, de la cual también el Apóstol dice: Prefiero decir cinco palabras en las Iglesias en mi sentido, que diez mil palabras en lengua (1 Cor. 14): y que una de las cinco ciudades sea llamada ciudad del sol, a saber, de la justicia, en cuyas alas está la salud.

(Vers. 19-21.) En aquel día habrá un altar del Señor en medio de la tierra de Egipto, y un título junto a su término para el Señor. Y será por señal, y por testimonio al Señor de los ejércitos en la tierra de Egipto. Pues clamarán al Señor ante la faz del tribulador: y les enviará un Salvador, y un propugnador que los libre. Y será conocido el Señor por Egipto, y conocerán los egipcios al Señor en aquel día, y le darán culto en hostias, y dones, y votos votarán al Señor, y los cumplirán. Desde este lugar hasta el fin de

la Visión Egipcia, o del Ponderis, tanto los judíos como los nuestros quieren que se entienda sobre el advenimiento de Cristo; pero aquellos difieren sus votos al futuro, nosotros los retenemos como ya transcurridos. Toma 'día' por 'tiempo': aunque bajo Onías contienda Josefo que estas cosas se hicieron, quien prófugo en Egipto, con una turba muy numerosa de judíos edificó un templo, y un altar, e intentó cumplir la profecía de Cristo con vana temeridad. Pero se dice un altar, como una es la fe, y uno el bautismo, y una la Iglesia. Y un título junto a su término para el Señor, no hay duda de que significa el Evangelio y los escritos de los Apóstoles. Pues así como arriba, según la inteligencia tropológica, la tierra de Judá, formidable o solemne para Egipto, se entiende como el Antiguo Testamento: así también el título en los términos de Egipto, se demuestra como la historia de los Evangelios. Finalmente une: Y será por señal, y por testimonio, a saber, de la pasión del Señor. Entonces estos que hubieren creído, concurriendo egipcios contra egipcios, y luchando el hombre contra su hermano, y combatiendo ciudad contra ciudad: cuando el tiempo de la persecución sobreviniere, implorarán la misericordia del Señor, y al instante vendrá el Salvador, esto es, Jesús, pues esto suena en nuestra lengua. Y será conocido el Señor por los egipcios, y lo conocerán, ya sean los perseguidores que hubieren sido superados, o los creyentes librados por el auxilio presente. Y le darán culto en hostias y dones, y votos votarán al Señor y los cumplirán. Respondan los judíos: En la Ley está mandado

que no se haga altar sino en un solo lugar que hubiere elegido el Señor Dios, y las hostias solamente por los Sacerdotes de la tribu de Leví.

(Vers. 22.) Y herirá el Señor a Egipto con una plaga, y la sanará: y se convertirán al Señor, y él se aplacará con ellos, y los sanará. Pues a quien ama el Señor, reprende, y castiga a todo hijo que recibe. La persecución no pertenece a la negación de los creyentes, sino a la prueba y a la corona.

(Vers. 23.) En aquel día habrá un camino de Egipto a los asirios, y entrará el asirio en Egipto, y el egipcio en los asirios: y servirán los egipcios a Asur. Antes del advenimiento de Cristo cada gente tenía su rey, y de una nación a otra ninguno podía ir: en el imperio romano, en cambio, todas las cosas se hicieron una. El lector docto revuelva las antiguas historias, y conozca que desde el Éufrates hasta el Tigris, toda la región en medio fue de los asirios. Por tanto, a los que los antiguos llamaron asirios, nosotros ahora llamamos sirios, denominando el todo por la parte. Lo que además se dice: Los egipcios servirán a los sirios, o ha de aceptarse así, que las legiones romanas provistas de soldado sirio custodien Egipto, o que haya comercios entre ambas gentes entre sí, y las ciudades de Siria reciban la redundancia de Egipto, como por el contrario Egipto sea irrigado por los bienes de Palestina y Fenicia. Algunos de los nuestros refieren mal esto a los mil años, y al modo judaico pronuncian que estas cosas habrán de ser en la consumación del mundo, cuando el Anticristo viniendo de los asirios posea Egipto y Etiopía.

(Vers. 24, 25.) En aquel día Israel será el tercero para el egipcio y el asirio, una bendición en medio de la tierra, a la que bendijo el Señor de los ejércitos, diciendo: Bendito mi pueblo de Egipto, y la obra de mis manos para el asirio: mi heredad, en cambio, Israel. De ninguna manera será Israel aplastado en medio entre Egipto y el asirio, atrayendo ahora hacia sí el reino los Antíocos y los Demetrios, ahora reivindicando para sí su posesión los Tolomeos; sino que ella misma también, constituida bajo el imperio romano, y por esto el imperio de Cristo, será de aquella condición de la que son tanto Egipto como los asirios, y será bendecida en toda la tierra. Porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén. Entonces se dirá por el Señor: Bendito mi pueblo de Egipto: cuando no yendo delante Moisés, sino Cristo el Señor, infinitos miles de hombres hayan llenado las soledades, y sumergido el Faraón, hayan dicho en el desierto: Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido magnificado: al caballo y al jinete arrojó en el mar (Éx. 15:1). Entonces también la obra de las manos del Señor estará en los asirios; pues estas gentes, las más grandes, florecen con enjambres de monjes, Egipto y Mesopotamia, y contienden entre sí con igual piedad. La heredad de Cristo, en cambio, es Israel, esto es, los lugares de su nacimiento, y de su cruz, y de su resurrección, y de su ascensión, a los cuales se concurre desde todo el orbe.

(Cap. XX.---Vers. 1.) El año en que entró Tartán en Azoto, cuando lo hubo enviado Sargón, rey de los asirios, y hubo luchado contra Azoto, y la

hubo tomado. En aquel tiempo habló el Señor por mano de Isaías hijo de Amós, diciendo: Ve y suelta el saco de tus lomos, y quita el calzado de tus pies: y lo hizo así, andando desnudo y descalzo. Y dijo el Señor: Como anduvo mi siervo Isaías desnudo y descalzo, será señal y portento de tres años sobre Egipto, y sobre Etiopía. Así llevará el rey de los asirios la cautividad de Egipto, y la trasmigración de Etiopía, de jóvenes y de ancianos, desnuda y descalza, descubiertas las nalgas, para ignominia de Egipto. Y temerán, y se confundirán por Etiopía su esperanza, y por Egipto su gloria. Y dirá el habitante de esta isla en aquel día: He aquí, esta era nuestra esperanza, a los cuales nos refugiamos en busca de auxilio, para que nos librara de la faz del rey de los asirios, ¿y cómo podremos escapar nosotros?

Hemos puesto toda la continuación de este capítulo, para que por partes disertemos cada punto. Azoto, que en hebreo se dice ASDOD (אשדוד), fue una ciudad muy poderosa de Palestina de entre las cinco ciudades: a esta, Sargón rey de los asirios, que es llamado con siete nombres, habiendo enviado al jefe de su ejército, cuyo nombre era Tartán, la tomó y la retuvo. En aquel tiempo, pues, en que la ciudad vecina fue capturada, se prescribe a Isaías que, depuesta la túnica de saco (pues este era el hábito profético que lloraba los delitos del pueblo), y el calzado de los pies, que los LXX llaman cáligas, anduviera desnudo y descalzo, ofreciendo el tipo de la cautividad egipcia y de los etíopes, que habían sido auxilio para los egipcios: que como Isaías andaba desnudo,

y demostraba la fealdad a los que miraban con las nalgas desnudas, así todo Egipto y Etiopía, asolando el asirio, se volvieran desnudas, y nada absolutamente quedara en la tierra. Ni piense alguien que esto es contrario a la felicidad superior que se promete a los egipcios: porque allí, después de los males, se predica sobre la futura bienaventuranza; pero aquí se narra la presente cautividad, por la cual, destruidos Israel y Damasco, y los filisteos, por camino recto se dirigió a Egipto, y venció paritariamente a los mismos y a los etíopes. Para que esto no parezca ambiguo a nadie, pongamos el testimonio del mismo Isaías: Vuelto, pues, Rabsaces, encontró al rey de los asirios peleando contra Lobna: pues había oído que se había marchado de Laquis: y oyó acerca de Tharaca rey de Etiopía que decían: Ha salido para luchar contra ti (4 Reyes 19:8, 9). Y al mismo tiempo aprendemos la obediencia de los profetas, que un varón noble (pues transmiten los hebreos que Isaías fue suegro de Manasés hijo de Ezequías rey de Judá) no se avergonzó de andar desnudo; sino que juzgando nada más honesto que los preceptos de Dios, depuso el saco, arrojado el cual estuvo desnudo, teniendo antes una sola túnica, y esta de cilicio. Lo que además se dice: Señal y portento de tres años será sobre Egipto y sobre Etiopía, esto significa que por tres años Egipto y Etiopía habrán de ser devastadas por los asirios. Entonces, dice, dirá el habitante de esta isla, esto es, Jerusalén, que es golpeada por las olas de las gentes vecinas: ¿Esta era nuestra esperanza? ¿y a estos nos refugiamos para que nos prestaran au-

xilio, los cuales no pudieron librarse a sí mismos del mal de la cautividad? Es, pues, este el orden de la providencia de Dios, que dispensa a todo el género humano con inefable juicio. Contra la ira de Dios, Israel esperó en Damasco: sea destruida la ciudad que contra su voluntad presta auxilio a los impíos. Judá esperó en los egipcios: y sea destruido Egipto. Los egipcios confiaron en los etíopes: sean los etíopes también vencidos por los asirios. Los asirios se ensoberbecieron, no de Dios, sino de sus propias fuerzas juzgando que era la victoria: y sean ellos también vencidos por los babilonios. Babilonia elevó contra Dios la cabeza: y sea ella también superada por los medos y persas. Los persas y medos en parte persiguieron al pueblo de Dios, y el carnero saquísimo hacia el Oriente y Occidente ventiló a todos los pueblos; venga el macho cabrío Alejandro, y lo triture con sus pies. Y este que fue erigido más allá de la medida, muera por veneno, y su reino sea dividido en partes: y cuando por mucho tiempo se hubiere colisionado entre sí, venciendo el romano, sea asolado. El romano mismo con dientes de hierro y garras desgarró las carnes de los santos, y con boca sangrienta; sea cortada la piedra del monte sin manos, y el poderosísimo primer reino y férreo, después frágil y débil, lo triture al modo de los tiestos (Dan. 2).

(Cap. XXI.---Vers. 1.) La carga del desierto del mar. A menos que leyera en las partes siguientes de este capítulo: Babilonia amada se me ha convertido en milagro. Y de nuevo: Cayó, cayó Babilonia, y todas las esculturas de sus dioses

están trituradas en la tierra. Y arriba: Sube, Elam, y sitia, Medo: dudaría qué fuera esta Carga, que se impone al desierto del mar: Es perspicuo, pues, que el desierto del mar se llama Babilonia, diciendo Jeremías desde la persona de Dios: Y haré desierto su mar, y secaré la tierra de ella, y será Babilonia montones de arenas (Jer. 51:36, 37). Se llama mar, además, por la multitud de los habitantes. De donde también arriba la multitud de Egipto fue comparada al mar. El Señor hará desierto el mar de Egipto. Que los medos y persas, por otra parte, lucharon contra Babilonia y la subvirtieron, lo leemos en el mencionado Jeremías: Aguzad las saetas, llenad las aljabas. Suscitará el Señor el espíritu de los reyes de los Medos (Jer. 51) y contra Babilonia está su mente, para que la pierda, porque es la venganza del Señor, la venganza de su Templo. Sobre los muros de Babilonia levantad el signo, aumentad la custodia, elevad los custodios, preparad las celadas: porque pensó el Señor, e hizo todo lo que habló contra los habitantes de Babilonia. Y de nuevo: Levantad el signo en la tierra, tocad la bocina en las gentes, santificad sobre ella a las gentes, anunciad contra ella a los reyes de Ararat, Menni y Ascenez, numerad contra ella a Tapsar, traed al caballo como pulgón aguijonado. Santificad contra ella a las gentes, a los reyes de Media, a sus jefes y a todo su magistrado, y toda la tierra de su potestad. Y se conmoverá la tierra, y se turbará, porque vigiló contra Babilonia el pensamiento del Señor, para poner la tierra de Babilonia desierta e inhabitable (Jer. 51:27, sigs.).

(Vers. 1, 2.) Como los torbellinos vienen del Áfrico, del desierto viene de tierra horrible. Visión dura se me ha anunciado. Se introduce la voz del pueblo babilonio temiendo, o de la misma Babilonia, de que oiga que los medos y elamitas preparan el ejército contra ella, y vienen de la soledad, y pone un ejemplo de comparación. Como, dice, del viento Áfrico suele venir una tempestad vehemente: así de la soledad me viene la vastedad, de tierra horrible, cuyo nombre ni siquiera puedo oír sin pavor. Visión dura se me ha anunciado: ¿pues qué hay más duro que la presente cautividad? El que es incrédulo, actúa infielmente: y el que es despoblador, asola. Puede leerse así en el hebreo: El que matas, mata; y el que asolas, asola, para que al mismo elamita y medo se dirija el vaticinio de la profecía, exhortándolo a cumplir lo que empezó, a subir intrépido, a sitiar la poderosísima ciudad. Pero si se lee así, como nosotros tradujimos, como si se dijera de una tercera persona, el que es incrédulo, actúa infielmente: y el que es despoblador, asola: se ha de acoplar con lo superior, en lo cual Babilonia se predica que le ha sido anunciada una visión dura. Sube Elam, sitia Medo: hice cesar todo su gemido. No temas, dice, oh persa y medo, la multitud de Babilonia, ni de su pasada potencia te amedrentes: todo su gemido y carga, con que antes solía oprimirte, lo hice cesar: o porque ya ninguno gime y se duele oprimido por la potencia de Babilonia; o porque por tan grandes males esté oprimida la misma Babilonia, que ni siquiera tenga gemido libre.

(Vers. 3, 4.) Por eso mis lomos se han llenado de dolor: la angustia se apoderó de mí, como la angustia de la que da a luz: caí al oírlo, me conturbé al verlo. Se marchitó mi corazón, las tinieblas me han estupefacto. Babilonia, mi amada, se me ha convertido en milagro.

Los profetas son oscuros por esto mismo, porque en ellos se cambian muchísimas personas. Por tanto, también ahora se introduce la voz de Isaías lamentando a Babilonia en espíritu profético, porque tantos males han de venir sobre ella que él mismo que lo narra, superado por el temor, no puede prorrumpir en palabras, viendo derramarse la sangre de tanta multitud: y movido por el afecto de la misericordia (pues un hombre habla de hombres), no se duele menos de lo que una mujer suele aullar en el parto; sino que conturbado y trépido, y cayendo en tierra, con los ojos oscurecidos no sabe qué habla. En lugar de aquello que nosotros tradujimos: 'Babilonia, amada mía', en el hebreo se lee NESEPH ESCI (); y es la misma palabra que pusimos al principio de la Carga de Babilonia, 'sobre el monte caliginoso': pues en lugar de 'caliginoso' o 'tenebroso' está escrito Neseph. Y propiamente esta ciudad es llamada así por su altura y por la cumbre de su soberbia erigida hasta el cielo.

(Vers. 5.) Pon la mesa, contempla en la atalaya a los que comen y beben: levantaos, príncipes, tomad el escudo. Este pasaje se toma de dos maneras: oh Medos y Elamitas, a quienes dije arriba: 'sube Elam, sitia Medo', tomad alimento, preparaos para el futuro combate, no sea que después

de que llegue el tiempo de la lucha, el cansancio os retraiga. Y cuando hayáis comido y bebido, levantaos, tomad las armas, venced al babilonio. Y lo que dice, 'contempla en la atalaya', se lee en este sentido: mira diligentemente lo que ha de venir. También puede entenderse así: oh Babilonia, prepara para Baltasar, hijo de Evilmerodach, nieto de Nabucodonosor tu rey, la mesa y el convite, y mira qué sucede después de la comida, en la cual brindará a las meretrices y concubinas en los vasos del Señor. Oh príncipes, que os sentáis a la mesa con el rey, pero significa a los medos y persas, levantaos y tomad las armas para matar al rey. Esto lo aprendemos más plenamente en el volumen de Daniel (Cap. 5).

(Vers. 6 sigs.) Pues así me ha dicho el Señor: Ve y pon un centinela, y todo lo que vea, que lo anuncie. Y vio un carro de dos jinetes, un jinete en un asno, y un jinete en un camello. Y contempló diligentemente con mucha atención, y clamó como un león: Sobre la atalaya del Señor estoy yo de pie continuamente durante el día, y sobre mi guardia estoy yo de pie todas las noches. He aquí que viene este jinete, un hombre en un carro de jinetes, y respondió y dijo: Cayó, cayó Babilonia, y todas las esculturas de sus dioses están trituradas en la tierra. Trilla mía, e hijo de mi era, lo que oí del Señor de los ejércitos, Dios de Israel, os lo he anunciado.

Explica las causas del pavor anterior, por qué la angustia se apoderó de él como de una parturienta, y por qué cayó al oírlo, y se aterró, y se vio rodeado de un horror tenebroso. Estas

cosas, dice, me dijo el Señor: Ve y constituye un centinela, para que por espíritu profético te preanuncie lo futuro; al cual, cuando hube puesto en la atalaya, vio venir un carro de dos caballos, y al auriga encima, y a un asno y un camello tirando del carro. Significa, además, a Sargón, rey de los asirios, viniendo con un pequeño y gran imperio. Pues los persas antes de Ciro eran innobles, y no tenían lugar alguno entre las naciones: los medos fueron siempre poderosísimos. Por tanto, este único jinete, apoyado por el ejército de dos naciones, viene contra Babilonia: y aquel centinela que había sido puesto para divisar lo que había de venir, clamó como un león, o el mismo profeta es llamado león. Y porque había duda sobre la persona del centinela, que había visto subir a Ciro, él mismo lo expone más claramente, y dice: 'Sobre la atalaya del Señor estoy yo de pie continuamente durante el día', pronunciándose él mismo centinela del Señor, el cual, puesto siempre en el oficio profético, y obedeciendo al mandato del Señor día y noche, habla todo lo que Él ordene. ¿Qué clamó, pues, el león? 'He aquí que viene este jinete, un hombre en un carro de jinetes': sin duda que se indica a Ciro. Y respondió y dijo el mismo león que arriba había clamado: 'Cayó, cayó Babilonia, y todas las esculturas de sus dioses están trituradas en la tierra'. Pues devastándola el jinete del carro, Babilonia fue destruida hasta la eternidad, y el templo de Bel y todos los ídolos fueron arrasados hasta el suelo. Pero lo que sigue: 'Trilla mía, e hijo de mi era', hace una apóstrofe a Jerusalén y al Templo que está situado en la era

de Ornán, y le dice: oh Jerusalén, y oh pueblo hijo de mi Templo, no te parezca increíble lo que he dicho: pues no son mis palabras, sino del Señor, y por mi boca las palabras de Él han resonado. Algunos piensan, pero erróneamente, que esto no se dice a Jerusalén, sino a Babilonia, de la cual se dijo arriba: 'Babilonia mi amada ha sido puesta para mí como prodigio'; y que el sentido sea: tú que me trituraste, serás también tú misma triturada, no por mi palabra, sino por la potestad del Señor, que te prenuncia estas cosas venideras. Pero qué pretendieron los Setenta intérpretes en este lugar, al traducir 'urías' en vez de 'león', que en hebreo se dice ARIA, no lo entiendo suficientemente, sobre todo cuando el antedicho sacerdote Urías, que es invocado como testigo, está escrito con letras diferentes.

(Vers. 11, 12.) Profecía sobre Duma. Me clama desde Seir: Centinela, ¿qué hay de la noche? Centinela, ¿qué hay de la noche? Y dijo el centinela: Viene la mañana y también la noche; si buscáis, buscad; convertíos, venid. Por Duma, los Setenta ponen Idumea. Pero Duma no es toda la provincia de Idumea, sino cierta región de ella que mira hacia el Austro (Sur), y dista veinte millas de la ciudad de Palestina que hoy se llama Eleuterópolis: junto a la cual están los montes Seir, tomado el nombre de su autor; pues Seir se interpreta como erizado y velludo (hispidus et pilosus), que fue lo que era Esaú.

En el profeta Abdías se ha disputado por nosotros más plenamente sobre esta nación: en el cual fue necesario revolver la antigua historia, y traer

como testimonio las mismas Visiones de Ezequiel y de Jeremías, y especialmente la profecía contra el monte Seir (Ezeq. 25 y 35, Jerem. 49). Y aquello de los Salmos: «Sobre Idumea extenderé mi calzado». Y en otro lugar: «Los tabernáculos de los idumeos y los ismaelitas, Moab y los agarenos, Gebal y Ammón, y Amalec» (Sal. 59, 10; Sal. 82, 7, 8). Amós también dice: «Sobre tres crímenes de Edom, y sobre cuatro, no lo perdonaré, porque persiguió con la espada a su hermano, y violó su misericordia» (Amós 1, 11), o, como tradujo Teodoción, «sus propias entrañas», porque se atrevió a combatir contra pueblos parientes, y a disentir con odio hostil.

Mas la región [o reino] de Esaú estaba en la región de Duma, esto es, en los montes Seir. Creemos que esta, como metrópoli, según el orden de las Visiones anteriores, fue conquistada por los asirios, o por Nabucodonosor, y que, acordándose de su antiguo linaje, porque fue engendrada de la estirpe de Abraham y de Isaac, imploró el auxilio de Dios, y, obligándola la necesidad, demandó su clemencia.

Relata, pues, ahora el Señor: el que está sitiado en Seir, y está rodeado por los enemigos, implora mi auxilio, y dice: oh guardián de Israel, que proteges a tu pueblo con custodia sempiterna, y como en la noche, durmiendo ellos, vigilas, para que el enemigo no irrumpa; ¿por qué a nosotros también, que somos de su simiente, no nos proteges con similar clemencia? A los cuales yo, guardián y centinela, respondo, de quien está escrito: «No dormitará ni se dormirá el que guarda

a Israel» (Sal. 120, 4). Viene la mañana para mi pueblo, y la noche para la nación de los idumeos; a ellos les daré luz, a vosotros os dejaré en las tinieblas.

O ciertamente así: viene la luz pasada la noche; si invocáis mi auxilio, y sois de la estirpe de mi siervo Abraham, no me busquéis solo en las necesidades, sino convertíos a mí con toda el alma. Venid, y recibiré a los penitentes.

Dígase esto según la historia: por lo demás, por la semejanza de la letra, y por el hecho de que RES y DALETH no discrepan mucho entre sí, algunos de los hebreos leen «Roma» en lugar de «Duma», queriendo que la profecía se dirija contra el reino romano, con frívola persuasión, por la cual siempre piensan que en el nombre de Idumea se demuestra a los romanos: pero Duma se interpreta como silencio (silentium).

(Vers. 13 sigs.) Carga en Arabia. En el bosque por la tarde dormiréis, en las sendas de Dodanim. Saliendo al encuentro del sediento traed agua: los que habitáis la tierra del Austro, con panes salid al encuentro del que huye. Pues de la faz de las espadas huyeron, de la faz de la espada inminente, de la faz del arco tendido, de la faz de la grave batalla. Porque esto dice el Señor a mí: Aún en un año como en el año de un mercenario: y será quitada toda la gloria de Cedar, y las reliquias del número de los sagitarios fuertes de los hijos de Cedar se disminuirán: pues el Señor Dios de Israel ha hablado.

Buscando yo y tratando largamente con deliberación qué sería Arabia, a la cual se dirige el

sermón profético, si los moabitas, o los amonitas e idumeos, y todas las demás regiones que ahora se llaman Arabia, dio la ocasión en esta misma Visión lo que sigue: 'Será quitada toda la gloria de Cedar, y las reliquias del número de los sagitarios fuertes de los hijos de Cedar se disminuirán' (Isai. 21, 16. 17), que deben entenderse los ismaelitas. El libro del Génesis enseña que de Ismael nacieron Cedar y los agarenos, que por un nombre perverso son llamados sarracenos. Estos habitan por toda la soledad, de los cuales pienso que también el poeta dice: 'Y los barceos vagando ampliamente' (Virg. Eneid. IV); y el mencionado volumen: 'Contra la faz de todos sus hermanos habitará' (Gén. 16, 12): por cuanto el amplísimo eremo se extiende desde la India hasta Mauritania y el Océano Atlántico, lo cual pienso que suena el título de Jeremías: 'A Cedar y a los reinos de Asor, que hirió Nabucodonosor rey de Babilonia' (Jer. 49, 28); y enseguida sigue: 'Esto dice el Señor, levantaos y subid a Cedar, y devastad a los hijos del Oriente: sus tabernáculos y sus rebaños tomarán, sus pieles y todos los vasos, y tomarán para sí los camellos' (Ibid., 29): y de nuevo: 'Pues Nabucodonosor rey de Babilonia inició contra vosotros consejo, pensó contra vosotros pensamientos.' Levantaos y subid a la nación quieta, y que habita confiadamente, dice el Señor: ni puertas ni cerrojos para ellos: solos habitan. Y serán sus camellos para rapiña, y la multitud de sus jumentos para presa. Y los dispersaré a todo viento a los que están tonsurados en la cabellera: y de todo su confín traeré el exterminio sobre ellos, dice el Señor: y

será Asor habitación de dragones desierta para siempre; no permanecerá allí varón, ni la habitará hijo de hombre (Ibid., 30 sigs.). He puesto todo el testimonio de la profecía de Jeremías, para que entiendas sin duda qué es Cedar. Y considera cómo describió la nación de los ismaelitas, esto es, propiamente de los sarracenos, porque habitan en tiendas: los cuales ocupan las sedes que la noche los obligó: que tienen manadas y ganados y rebaños de camellos: que no tienen puertas ni cerrojos: pues no se mueven en ciudades, sino que habitan en la soledad. Y estos, por tanto, fueron borrados por los babilonios, por cuanto subvirtieron hasta el suelo la ciudad de Asor, que fue la metrópoli de aquella nación en el eremo: y sin embargo, aunque fueron capturados los rebaños de camellos y ovejas, y sus pieles y tiendas divididas por suerte: no se significa el exterminio de toda aquella nación, por cuanto en camellos dromedarios cien mil y más suelen huir en un solo día por la vasta soledad. 'Será quitada', dice, 'toda la gloria de Cedar': y disminuido el número de los sagitarios, porque valen máximamente por el arte de luchar: los demás que hayan huido, permanecerán. Porque entendimos qué es Cedar, y qué Arabia, y qué Asor, veamos qué dice el profeta Isaías: 'En el bosque por la tarde dormiréis, en las sendas de Dodanim.' La palabra ARAB (), como ya dijimos a menudo, se llama 'tarde', y 'Arabia', y 'cuervo', y 'llanura', y 'Occidente'. Y por aquello que nosotros tradujimos según los LXX, 'dormiréis', puede interpretarse 'permaneceréis' o 'habitaréis', esto es Î±á½Î»Î¹Î¸á½µÏƒÎµÏƒÎ¸Îµ,

que en hebreo se dice THALINU (). DODANIM () también se vierte en 'parientes' y 'allegados'. Así, pues, se predice ahora a los judíos, que pudieron huir del sitio babilonio, y pasar de la vastación de toda la provincia al eremo vecino, que han de habitar en la soledad de Arabia en el camino que lleva a los hermanos. Y de nuevo el sermón se vuelve a los ismaelitas, y los exhorta a la misericordia: corred, y a los hermanos cansados y que peligran por el ardor de la sed, llevad aguas saliéndoles al encuentro: pues tanto es el fervor del sol que, si no auxiliáis, perecerán en la soledad: y no solo aguas, sino también llevad pan a los que huyen, para que a quienes consumió el sitio, vuestra clemencia los alivie. Y al mismo tiempo da la causa por la que manda hacer esto, diciendo: huyeron de la espada babilonia, huyeron de los arcos de los elamitas, huyeron de la batalla inminente. Ni despreciéis a los míseros: pronto vendrá también vuestra cautividad. Pues como el año del mercenario es veloz, y piensa que todo trabajo es breve hasta que llega al deseado salario: así toda la gloria de los hijos de Cedar será quitada de vosotros, y vuestras saetas se triturarán, y permanecerá un pequeño número de luchadores. Algunos quieren, por aquello que se dice 'aún en un año, y será quitada toda la gloria de Cedar', que no se predica la cautividad babilonia, de la cual también habla Jeremías, sino la de los asirios, que después de un año de la vastación judaica, persiguieron a los sarracenos muy ampliamente. Aquel lugar, además, en el que nosotros tradujimos: 'Los que habitáis la tierra del Austro, con panes salid al encuentro

del que huye': y leemos casi desde la persona del Señor de modo imperativo, afirman que en el hebreo puede leerse así: 'Los que habitan la tierra del Austro, con panes salieron al encuentro del que huye'; para que cuando Dios les hubo dicho, 'al encuentro del sediento traed agua', ellos con mente enemiga llevaran panes sin aguas, para que con el alimento aumentaran la sed.

(Cap. XXII.---Vers. 1.) Carga del valle de la Visión. Los LXX, aunque no se tiene en el hebreo, tradujeron más claramente: la palabra del valle de Sión. Pues esta ciudad es el semillero de los profetas, en la cual se edificó el Templo y se multiplicaron las Visiones del Señor. Porque, por tanto, se pone entre las demás naciones, y es reputada como una de tantas, de ningún modo se llama monte, según aquel dicho profético: 'Sus fundamentos en los montes santos: ama el Señor las puertas de Sión sobre todos los tabernáculos de Jacob' (Sal. 86, 1); sino valle, por el hecho de que ha sido humillada. Con otras palabras dice esto mismo Jeremías: cuando recibió el cáliz lleno de vino, y lo da a todas las naciones, y últimamente lo alarga a Jerusalén, para que beba, y vomite, y caiga, y delire: significando que por los babilonios también esta ha de ser devastada (Jer. 25). Lo cual narra más plenamente la historia de los Reyes y de Jeremías. Por lo cual entendemos que el creador de todos es igualmente Dios, y que con el mismo juicio lo dispensa todo, según aquello que Él mismo habla por Amós: '¿Acaso no como hijos de etíopes sois vosotros para mí, hijos de Israel? dice el Señor.' ¿Acaso no hice subir a Israel de la

tierra de Egipto, y a los palestinos de Capadocia, y a los sirios de Cirene? He aquí los ojos del Señor sobre el reino pecador (Amos 9, 7). No pensaran los judíos que por eso tenían el privilegio de los méritos, porque habían sido sacados de Egipto, dice que también las demás naciones habían sido trasladadas a otras tierras por su imperio.

¿Qué te pasa a ti también, porque has subido también tú toda a los techos, llena de clamor, ciudad frecuente, ciudad exultante? Me refería un hebreo que la presente Visión no pertenece a aquel tiempo en que Nabucodonosor tomó Jerusalén, y llevó a Sedequías atado y privado de los ojos a Babilonia; sino a los tiempos de Senaquerib, cuando Sobna el Pontífice entregó gran parte de la ciudad, y solo Sión, esto es, la fortaleza y el Templo, y los nobles permanecieron, a ejemplo de la ciudad romana, que al irrumpir los galos, salvó a los patricios y a la flor de la juventud en la fortaleza. Nosotros, sin embargo, podemos hablar también de la cautividad babilonia: aunque Eusebio refiera todo al advenimiento de Cristo, y piense que en los tiempos de Vespasiano y Tito se completaron. Carpamos, pues, cada cosa, tocando brevemente la triple exposición. '¿Qué te pasa a ti también?' ¿qué tienes, dice, Sión, porque también tú subiste toda a los techos? Cuando dice 'también tú', muestra que los demás subieron antes. ¿Acaso también tú fuiste reputada entre las naciones, que eres sitiada por los enemigos, y subes a los techos llena de alarido y llanto de mujeres miserables, ciudad antaño regia?

(Vers. 3.) Tus muertos no muertos a espada, ni muertos en la guerra. Todos tus príncipes huyeron juntos: y fueron ligados duramente. Todos los que fueron hallados, fueron atados a la par: huyeron lejos. Si lo refieres a los tiempos de Senaquerib, cuando en parte fue capturada la ciudad, rectamente se dicen no haber sido vencidos a espada, ni muertos en la guerra, sino por traición, huyendo otros de la ciudad; otros, a quienes el enemigo oprimió, ligados con vínculos. Pero si a la cautividad babilonia, lo cual es también más verdadero: diremos que no por la lucha, sino por el sitio fueron superados. Pero si en el advenimiento de Cristo, según Eusebio, quisieras entenderlo tropológicamente: dirás que ellos fueron muertos no por la espada, sino por la infidelidad, y que todos sus príncipes se apartaron de Dios, y fueron ligados con las cuerdas de los pecados, ni hubo nadie de los fariseos que no estuviera ligado con las redes del diablo.

Por eso dije, apartaos de mí, amargamente lloraré: no os empeñéis en consolarme sobre la vastación de la hija de mi pueblo. Si en la vastación de Babilonia se lacrimea el Profeta con afecto de quien se lamenta, y dice: 'La angustia se apoderó de mí, como la angustia de la que da a luz: caí al oírlo, me conturbé al verlo, se marchitó mi corazón, las tinieblas me estupefactaron: Babilonia, mi amada, se me ha convertido en milagro', ¡cuánto más ahora en la ruina de su ciudad ninguna consolación puede recibir, entregándose todo a los llantos!

Pues es día de matanza, y de conculcación, y de llantos al Señor Dios de los ejércitos en el Valle de la visión. Da las causas según la triple inteligencia, por qué dijo: 'Apartaos de mí, amargamente lloraré'; porque ha sido conculcada Sión, monte antaño de visiones, y ahora valle de llantos.

(Vers. 6.) Escrutando el muro, y magnífico sobre el monte: y Elam tomó la aljaba, el carro del hombre jinete, y el escudo desnudó la pared. Se describe al ejército de Babilonia entrando en la ciudad, ocupando el templo e incidiendo soberbio con cuadrigas por las plazas. Y el hecho de que el escudo, que suele cubrir otras cosas, haya desnudado los postes dorados y las paredes revestidas con costras de mármol, resuena elegantemente en el hebreo, y el sentido es bellísimo: que el escudo no protegió a nadie, sino que lo desnudó, por el hecho de que por la robustez de los soldados todas las riquezas fueron arrancadas. Pero si los elamitas son puestos en la batalla, que es una ciudad de los aserios, no puede referirse a los tiempos de la subversión romana, a no ser que quizá lo interpretemos todo alegóricamente.

(Vers. 7-9.) Y tus valles elegidos estarán llenos de cuadrigas, y los jinetes pondrán sus sedes en la puerta. Y se revelará el cobertor de Judá, y verás en aquel día el arsenal de la casa del bosque, y veréis las roturas de la ciudad de David, porque se han multiplicado. Manifiestamente describe la cautividad, que se hizo en el undécimo año del rey Sedequías, de la cual también habla Jeremías: 'He aquí que yo convocaré a todas las familias de los reinos del Norte, dice el Señor, y vendrán,

y pondrá cada uno su solio en la entrada de las puertas de Jerusalén, y sobre todos sus muros en circuito' (Jer. 1, 15). Para que no pensemos que esto fue predicho de voz y no cumplido de obra, el mismo Jeremías dice: 'En el undécimo año de Sedequías, en el mes cuarto, el cinco del mes, se abrió la ciudad, y entraron todos los príncipes del rey de Babilonia, y se sentaron en la puerta media' (Jer. 39, 2). Entonces, pues, en el circuito de la ciudad de Jerusalén, se derramó un ejército innumerable, y se abrieron los Sancta sanctorum, y el arsenal, que había sido plantado de bosque, fue abierto por la población hostil, y por todas las partes de la ciudad el enemigo entró por los muros divididos.

(Vers. 10, 11.) Y congregasteis las aguas de la piscina inferior, y contasteis las casas de Jerusalén, y destruisteis las casas para fortificar el muro. E hicisteis un lago entre dos muros, y el agua de la piscina vieja: y no mirasteis hacia aquel que la había hecho, y al hacedor de ella desde lejos no visteis. Narra cómo prepararon la ciudad para el sitio, y las aguas de la piscina inferior, que podían ser tomadas, las trasladaron a la fortificación superior, y destruidas las casas, edificaron muros, y por cada una de las familias contaron cuánta agua debía recibir cada casa, e hicieron una cisterna entre los dos muros, e instauraron la piscina vieja para conservar las aguas: Y no invocaron más el auxilio de Dios, que es el fundador de la ciudad y el Señor de la piscina; como si con otras palabras hubiera dicho: Tuvisteis confianza en el hombre, y no en Dios, que es el hacedor

del hombre. Algunos, según entendimientos místicos, entienden por la piscina vieja la sombra de la Ley, y entre los dos muros el Nuevo y el Antiguo Testamento, un lago edificado por las tradiciones y mandatos de los fariseos, que no puede contener aguas: y que no miraron ellos al Hijo de Dios, ni creyeron en la presencia de aquel a quien antaño no vieron, porque siempre fueron incrédulos a los preceptos de Dios.

(Vers. 12-14.) Y llamará el Señor Dios de los ejércitos en aquel día al llanto, y al plancto, y a la calvicie, y al ceñidor de saco. Y he aquí gozo y alegría matar terneros, y degollar carneros, comer carnes y beber vino: comamos y bebamos, que mañana moriremos, y ha sido revelada en mis oídos por el Señor de los ejércitos: Si se os perdonará esta iniquidad hasta que muráis, dice el Señor Dios de los ejércitos. Estando presente la cautividad y sitiada Jerusalén, cuando el hierro, el hambre y la sed urgían a la ciudad, Jeremías provocaba al pueblo a la penitencia (Jer. 34), y por el contrario, los reyes y príncipes, y el vulgo miserable por la desesperación de los que perecen se entregaba a los banquetes. Nada, pues, ofende tanto a Dios como la cerviz erguida después de los pecados, y el desprecio por la desesperación. Lo cual también habla por Amós: 'Sobre tres y cuatro impiedades no lo apartaré'; porque tanto lo pensó como lo hizo, y no hizo penitencia: e incluso enseñó el mal. De donde también ahora se dice: 'Si se os perdonará esta iniquidad hasta que muráis' (Amós 1, 4). Piensan los intérpretes alegóricos que fue predicho de la pasión de Cristo, que

llamó Dios incluso después de la cruz del Señor Salvador al infeliz pueblo a la penitencia, y sin embargo aquel se entregó a la desesperación y a la voluptuosidad. Pues el principio de esta visión, en el cual dice: 'Llena de clamor, ciudad frecuente, ciudad exultante', lo refieren a aquel tiempo cuando, incitado el pueblo por los fariseos, resonaba con pareja voz contra Jesús: 'Crucifícale, crucifícale a tal uno: no tenemos más rey que al César' (Juan 19, 6-7). De este testimonio también abusó el Apóstol como ejemplo, escribiendo a los corintios sobre la resurrección: 'Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos' (1 Cor. 15, 32).

(Vers. 15 y ss.) Esto dice el Señor Dios de los ejércitos: ve, entra a aquel que habita en el tabernáculo, a Sobna, prepósito del Templo, y le dirás: ¿qué haces tú aquí? ¿o como si quién estuviera aquí, porque te has labrado aquí un sepulcro? Has labrado en lo alto un memorial, diligentemente en la roca un tabernáculo para ti. He aquí que el Señor te hará transportar: como se transporta un gallo, y como un manto así te levantará. Coronando te coronará con la tribulación, como una pelota te enviará a una tierra ancha y espaciosa: allí morirás, y allí estarán los carros de tu gloria; la ignominia de la casa de tu Señor. Y te expulsaré de tu puesto, y de tu ministerio te depondré. Y sucederá en aquel día: llamaré a mi siervo Eliacim, hijo de Helcías. Y le vestiré con tu túnica, y con tu ceñidor le confortaré, y tu potestad daré en su mano: y será como un padre para los habitantes de Jerusalén y para la casa de Judá. Y daré la llave

de la casa de David sobre su hombro, y abrirá, y no habrá quien cierre: y cerrará, y no habrá quien abra. Y le clavaré como un clavo en un lugar fiel, y será para solio de gloria a la casa de su padre. Y colgarán sobre él toda la gloria de la casa de su padre, diversos géneros de vasijas: toda vasija pequeña, desde las vasijas de los tazones hasta toda vasija de los músicos. En aquel día, dice el Señor de los ejércitos, se quitará el clavo que había sido fijado en lugar fiel, y se romperá y caerá, y perecerá lo que pendía en él, porque el Señor ha hablado.

Arriba hemos dicho que Sobna fue el pontífice que entregó la ciudad a los asirios. Pero porque esto es de tradición hebrea, y la Escritura no lo dice, entendámoslo como soberbio, hinchado y voluptuoso, y conculcando con sus pies a los pueblos: y porque hizo todo lo que el Profeta describe, su sacerdocio fue trasladado a Eliacim, hijo de Helcías, para que, eyectado aquel, se hiciera un nuevo Pontífice. De lo cual entendemos que con todo estudio se ha de declinar la soberbia, que ofende a Dios, y ni siquiera con el privilegio del pontificado puede estar segura. Este es Sobna (como algunos piensan) y Eliacim, sobre los cuales el mismo Profeta subañadió: 'Envió el rey de los asirios a Rabsaces desde Laquis a Jerusalén al rey Ezequías con mano pesada: y se detuvo en el acueducto de la piscina superior, en el camino del campo del batanero, y salió a él Eliacim hijo de Helcías, que estaba sobre la casa, y Sobna el escriba, y Johae hijo de Asaf el de las actas' (Is. 36, 2 y ss.). Se manda, pues, entrar al Profeta al pontí-

fice, que habitaba, según los LXX, en el pastoforio; según Aquila, en el tabernáculo: por lo cual, siguiendo la verdad hebrea, Teodoción dice: 'Entra a este Socen', lo que puede interpretarse como 'equitativo y recto' (para que, ciertamente, por antífrasis, se entienda como inicuo y depravado), al pontífice del templo, y le dirás: Tú que habitas en la casa de Dios, cuyos crímenes se desenfrenan en toda la ciudad, ¿por qué estás seguro en tus obras, como si no temieras la cautividad? ¿te has labrado en la roca un sepulcro, y tan soberbiamente has edificado, que la ambición te seguiría incluso en la muerte?

Oye cuál sea en ti la sentencia del Señor: como un gallo de corral es llevado en el hombro de quien lo transporta, y como cada hombre levanta en su espalda su palio: así será de fácil tu traslado a la cautividad. Tendrás una corona no de lámina de oro y de santificación del Señor, sino de tribulación y de angustia. Pues como una pelota, si es lanzada en pendiente, no puede detenerse, sino que rueda con veloz curso: así también tú serás llevado a una tierra anchísima, que podemos entender o como Egipto o como los campos de Babilonia, y allí morirás: y allí estarán los carros de tu gloria, todas las potencias y riquezas en las que ahora te apoyas al caminar. Allí sentirás la ignominia de la casa de tu Señor: porque por tus malas obras y el violado Templo de tu Dios padecerás estas cosas. Te retiraré de tu grado, y del oficio del pontificado te arrojaré, y por ti a Eliacim mi siervo, hijo de Helcías, vestiré con tus vestiduras, y con tu ceñidor lo adornaré: como

Eleazar fue revestido con las vestiduras de su padre Aarón. A él daré la potestad del Templo, quien tenga un pueblo no sujeto a sí como esclavo, sino amante de sí como hijo. Él mismo recibirá la llave de mi casa, y la llevará sobre su hombro; él mismo tendrá la potestad de todas las ceremonias. Y como si un clavo se clavase en la pared del Templo, y se colocase en un lugar firmísimo, todos los vasos de los sacerdotes y levitas, tanto los que son necesarios en los sacrificios como los de todo género de músicos, se suspenden en él: así todo el pueblo dependerá de la potestad de Eliacim mi siervo. Pero en cuanto a lo que dice: 'En aquel día se quitará el clavo que había sido fijado en lugar fiel, y se romperá, y caerá, y perecerá lo que pendía en él, porque el Señor ha hablado', muchos lo refieren a Sobna, que al ser fijado Eliacim como clavo, el primer clavo que había sido fijado se derrumba. Pero porque sigue: 'Y perecerá lo que pendía en él': lo cual al ser depuesto Sobna de ningún modo sucedió, entendemos que se dice esto porque, depuesto Sobna, recibió el Pontificado Eliacim, cuya dignidad de sacerdocio subvirtió la extrema cautividad. Los que reciben todo según la anagogía, quieren que en el Pontificado de Sobna caiga el sacerdocio de los judíos, y en la sucesión de Eliacim, que se interpreta como 'Dios que resurge', se muestren los sacramentos del culto evangélico: de modo que esto que sigue: 'En aquel día, dice el Señor de los ejércitos, se quitará el clavo que había sido fijado en lugar fiel, y se romperá y caerá', pertenezca a la ruina del pueblo anterior. Nadie, pues, duda, tanto según la historia como

según la alegoría, que porque había dicho 'clavo', se conserva la metáfora en la suspensión de vasos de diverso género: y que rotos los primeros, se suspendan otros.

(Cap. XXIII.---Vers. 1.) Carga de Tiro. Aullad, naves del mar, porque ha sido devastada la casa de donde solían venir: de la tierra de Quetim les ha sido revelado. Callad, los que habitáis en la isla, negociación de Sidón. Manifiestamente y más plenamente el profeta Ezequiel expone tanto la subversión de Tiro como las causas de la subversión, diciendo: 'Hijo de hombre, por cuanto dijo Tiro de Jerusalén: ¡Ea!, quebrantadas están las puertas de los pueblos, se ha vuelto a mí, yo seré llenada, ella está desierta. Por tanto, así dice el Señor Dios: He aquí que yo sobre ti, Tiro, y haré subir contra ti muchas naciones, como sube el mar fluctuante, y disiparé los muros de Tiro, y destruiré sus torres, y raeré de ella su polvo' (Ez. 26, 2 y ss.). Cuáles sean, pues, estas muchas naciones que inundarán a Tiro como el mar fluctuante, lo enseña nominalmente en lo que sigue: 'He aquí que yo traeré contra Tiro a Nabucodonosor, rey de Babilonia, desde el Norte, rey de reyes, con caballos, y carros, y jinetes, y con una asamblea y un pueblo grande. A tus hijas que están en el campo, matará a espada: y te cercará con fortificaciones: y comportará un terraplén en torno, y levantará contra ti el escudo, y templará viñas y arietes contra tus muros, y tus torres destruirá con su armadura', y lo demás que sigue hasta el fin de la visión. Pues también en otra profecía, que se ve contra los egipcios, la misma

Escritura entrelaza: 'Hijo de hombre, Nabucodonosor, rey de Babilonia, hizo servir a su ejército en una servidumbre grande contra Tiro: toda cabeza quedó calva, y todo hombro depilado, y no se le ha dado paga a él ni a su ejército de parte de Tiro' (Ez. 29, 18). Por lo cual significa que por mucho tiempo fue comportado un terraplén por el ejército de Babilonia, para que lo que después hizo Alejandro, asociando la isla a la tierra continente, él intentara hacerlo antes (Quinto Curcio, lib. IV). Como, pues, contra Babilonia, y los filisteos, y Moab, y Egipto, y los idumeos e ismaelitas, leímos arriba la conminación de Dios, porque insultaron la cautividad de su pueblo, así también ahora contra Tiro, enemiga e insultadora de la subversión de Jerusalén, se teje la profecía de que ella misma ha de ser destruida por el mismo enemigo. Leemos las historias de los griegos, y máxime de aquellos que describen las guerras de la nación asiria; y allí encontramos que después de la cautividad de Jerusalén, los palestinos, y los árabes, y los damascenos, y sucesivamente los egipcios, fueron subvertidos. Que siempre estas naciones, y especialmente Tiro, impugnaron a Israel y se alegraron de su subversión, el profeta Amós lo explica en el exordio de su volumen (Amós 1), y brevemente cantando alabanzas a Dios el Salmista lo declara: 'Dios, ¿quién será semejante a ti? no calles, ni te contengas, Dios. Porque he aquí que tus enemigos han sonado: y los que te odiaron levantaron la cabeza. Sobre tu pueblo malignaron su consejo, y pensaron contra tus santos. Dijeron: Venid, y dispersémoslos de entre la gente, y no

se mencione más el nombre de Israel. Porque pensaron unánimemente, a la par dispusieron un testamento contra ti: los tabernáculos de los idumeos, y los ismaelitas, Moab y los agarenos, Gebal y Amón, y Amalec, los extranjeros con los habitantes de Tiro' (Sal. 82, 1 y ss.). De todo lo cual aprendemos que el peso de la ira de Dios ha venido sobre Tiro, la meretriz, que aquí es descrita bajo la especie de una ramera, y en Ezequiel bajo la traslación de una nave (Ez. 26).

(Vers. 1.) 'Aullad', dice, 'naves del mar'. Por lo cual en los LXX leemos 'de Cartago': y se tiene en el hebreo TARSIS (תרשיש): sobre lo cual he disputado tanto en el profeta Jonás como en cierta epístola. Podemos, pues —porque Cartago es colonia de los tirios—, entender en el presente lugar por Tarsis a Cartago, no el mar generalmente: porque de ningún modo vienen naves a Tiro de África, ni de la tierra de Quetim, que algunos interpretan como Chipre: pues hasta hoy hay entre ellos la ciudad de Citio, de la cual fue Zenón, el jefe de la secta estoica: aunque la mayoría de los nuestros, y especialmente el principio de los Macabeos, estimen que Quetim son las islas de Italia y Macedonia. Pues esto conmemora la Escritura: que Alejandro, rey de los macedonios, salió de la tierra de Quetim. Al nombrarla isla, tampoco miente: pues después por Nabucodonosor, o por Alejandro, fue hecha continente de tierra firme, a causa de la expugnación con muchos terraplenes comportados en el breve estrecho. También la llama 'negociación de Sidón', según el versículo siguiente, en el cual dice: 'Avergüénzate, Sidón'.

Pues las historias transmiten que Tiro es colonia de Sidón.

(Vers. 3.) Cruzando el mar te llenaron, en muchas aguas la simiente del Nilo, la mies del río sus frutos. Que Tiro se goza en la negociación, y es el emporio de todo el orbe, tanto los tiempos presentes lo prueban, como Ezequiel lo describe con ancho sermón. Pues de que los negociadores en el transporte de mercancías crucen los mares, nadie hay que dude; ni tantas riquezas tiene la propia ciudad por la tierra de su región, que es muy estrecha y está apretada por los confines de Galilea y Damasco, como por el transporte de las naves. Todo el Nilo y la fertilidad de Egipto se infunde desde cerca en Tiro. Por el Nilo, que entre los hebreos leemos SIOR (שיחור), los LXX y Teodoción interpretaron 'negociantes'; cuya palabra significa 'turbio', y por esto significa las aguas del Nilo, testificando Jeremías: '¿Qué te pasa a ti y a Egipto, para que bebas las aguas de Geón?' (Jer. 2, 18): por lo cual en el hebreo se tiene 'Sior', esto es, 'turbias'.

(Vers. 4.) Avergüénzate, Sidón: pues dice el mar fortaleza del mar, diciendo: No estuve de parto, y no parí, y no amamanté jóvenes, ni llevé al incremento a las vírgenes. Dije arriba que Tiro es colonia de los sidonios. Oye, pues, madre, a todos los mares clamando a la par contra tu hija, y emitiendo en cierto modo una voz, los cuales por naturaleza no pueden hablar: 'En vano he comportado riquezas: sin causa de todo el orbe he traído riquezas a Tiro: ella, rica, ella, lujuriosa, y antaño gozosa por la multitud de los pueblos, en

la cual nacía turba de mortales, caterva de niños, enjambres de juventud, cuyas plazas resonaban con los juegos de vírgenes e infantes, y de jóvenes y doncellas: ahora ha sido reducida a la soledad'. Pues el hacer prosopopeyas de las cosas mudas es solemne.

(Vers. 5.) Cuando se oiga en Egipto, dolerán cuando oigan de Tiro. Esto es perspicuo: que los egipcios, después de que oigan que una nación potentísima y vecina ha sido borrada por un largo sitio, sepan que también para ellos se acerca el exterminio.

(Vers. 6.) Pasad los mares, aullad los que habitáis en la isla. De nuevo por 'mar' y 'Tarsis' los LXX tradujeron 'Cartago'. Leemos en las historias de los asirios que los tirios sitiados, después de que no veían esperanza alguna de escapar, embarcados en naves, huyeron a Cartago, o a otras islas del mar Jónico y Egeo. Por lo cual también se dice en Ezequiel: 'No se le dio paga a él, ni a su ejército por parte de Tiro' (Ez. 29, 18); por el hecho de que todas las riquezas de la ciudad fueron trasladadas, y todos los nobles la dejaron vacía.

(Vers. 7.) ¿Acaso no es esta vuestra ciudad, que se gloriaba desde los días antiguos en su antigüedad? Arguye de soberbia a Tiro, porque se glorió en la antigüedad de su condición y no miró a Dios: sino recordando los nombres de los padres, se pensó eterna. Sus pies la llevarán lejos a peregrinar. Dice de aquellos que habían permanecido en la ciudad, y fueron llevados cautivos a Babilonia.

(Vers. 8.) ¿Quién pensó esto sobre Tiro antaño coronada? De nuevo lee a Ezequiel (Ez. 27), y

conocerás de cuánta gloria fue Tiro, por la lamentación de su príncipe. La llama 'coronada' porque, así como un rey entre una numerosísima multitud de hombres levanta la cabeza adornada con diadema: así Tiro, fulgurante y excelsa en riquezas, y reluciente por el oro y las gemas y la seda y la púrpura, era estimada reina entre todas las naciones. Cuyos negociadores eran príncipes, sus institores los ínclitos de la tierra. Nos admiramos de que el legado de Pirro dijera antaño de la ciudad romana: 'He visto una ciudad de reyes'. He aquí que mucho antes de aquellos tiempos los negociadores e institores de Tiro son descritos como príncipes e ínclitos: para que por esto se muestre la magnitud de la opulencia, pudiendo ser rey un negociador de Tiro según las palabras de otro.

(Vers. 9.) El Señor de los ejércitos pensó esto, para detraer la soberbia de toda gloria: y llevar a la ignominia a todos los ínclitos de la tierra. Porque arriba había dicho a modo de quien interroga: '¿Quién pensó esto sobre Tiro antaño coronada?'. Ahora él mismo respondió: los hilos no han sido así deducidos por los hados, como piensan los necios; no ha corrido la rueda de la fortuna, sino que ha sido perfeccionado por el juicio de Dios y por su propia voluntad, el cual resiste a los soberbios y da gracia a los humildes (Sant. 4, 6): y amonesta a los arrogantes de su condición para que aprendan su potencia por la miseria, cuya clemencia no habían querido sentir por los beneficios.

(Vers. 18.) Y su negociación y su merced serán santificadas al Señor: no se guardarán ni se repondrán. Porque para los que habitaren delante del Señor será su negociación, para que coman hasta la saciedad y se vistan hasta la vejez.

Estas cosas según la historia aún no las hemos hallado cumplidas, a no ser que deba pensarse que después de la edificación de Jerusalén y la instauración de Tiro, las ciudades fueron amigas entre sí, y que Tiro envió frecuentemente dones al templo de Dios: como también leemos en Esdras (Esd. 13, 16) que a los tirios que vendían pescados los ahuyentó en el sábado y no les permitió entrar en la ciudad; y que por un solo comercio deba estimarse también lo demás.

Los judíos difieren en vanos votos para el futuro, recordando que estas cosas deben cumplirse después del Anticristo en mil años. Ni es de extrañar que finjan estas cosas quienes, despreciada la verdad de Cristo, han de recibir al Anticristo como órgano del diablo, cuando incluso los cristianos judaizantes sostienen que estas cosas se dicen de la bienaventuranza de mil años.

Yo, en cambio, así como en la visión de Babilonia entiendo bajo el tipo de su reversión el tiempo de la consumación, y en Egipto, destruidos los ídolos, refiero al tiempo de Cristo el altar del Señor allí colocado, y en la visión de Moab reconozco el trono del Salvador puesto en su tierra, y en las visiones de Damasco y en todas las demás no dudo que son sacramentos de nuestros tiempos: así también en la visión de Tiro, que es la última, interpreto el tiempo de la felicidad

cristiana: que después de haber sido edificada y de haber recuperado su antiguo estado, y de que todo negociador haya entrado en su puerto según la antigua costumbre, sus mercancías y su trabajo sean dedicados al Señor.

Veamos en Tiro las Iglesias de Cristo levantadas, consideremos las riquezas de todos, que no se reponen ni se atesoran, sino que se dan a los que habitan delante del Señor, quienes sirviendo al altar participan del altar (1 Cor. 9). Pues los tirios ministran no para las riquezas ni para acumular los bienes de los sacerdotes, sino para suministrar lo necesario para el sustento: para que, según el Apóstol, teniendo sustento y vestido, estemos con esto contentos (1 Tim. 6). Y nota que no dijo que las negociaciones y mercedes de Tiro, santificadas al Señor, deban darse a los que habitan en Jerusalén, como los judíos piensan; sino a los que están delante del Señor, que le sirven. Pues así también el Señor constituyó que los que predican el Evangelio vivan del Evangelio (1 Cor. 9). Pero servir al Señor y habitar delante de Él no es cuestión de lugar, sino de mérito.

Hasta aquí hemos discutido las visiones de Isaías, o las cargas que impuso a ciertas naciones, como mandaste y como pudimos, por interpretación histórica, siguiendo solamente las huellas de la verdad hebraica. Lo que sigue pertenece a todas las naciones y generalmente a la consumación de todo el mundo. Sobre lo cual ni tú pediste que escribiera, ni me fue ocioso, para que no dictara por exceso cosas no solicitadas, yo que apenas escribí las solicitadas.

LIBRO SEXTO.

233-234 Lo que prometí en el volumen precedente, que sobre los fundamentos de la historia, si Cristo asintiera a nuestra voluntad, construiría un edificio espiritual, y puesto el remate mostraría los ornamentos de la Iglesia perfecta, esto intentaré hacer en los dos libros siguientes, oh virgen de Cristo Eustoquia, por tus oraciones y por la misericordia del Señor, para que con el mismo trabajo con que el libro quinto comprendió la historia, el sexto y el séptimo abarquen la anagogía: no disertando sobre todo, para que no resulten muchos volúmenes, sino indicando brevemente lo que los varones eclesiásticos antes de nosotros han sentido.

(Cap. XIII.---Vers. 1.) Carga o visión contra Babilonia que vio Isaías, hijo de Amós. La vio no con los ojos de la carne, sino con los de la mente: cuán grande y pesado peso ha de ser impuesto a Babilonia. Y porque Babilonia, que en hebreo se dice BABEL, se interpreta confusión; debido a que allí se confundió el habla de los que edificaban la torre, espiritualmente se entiende este mundo, que está puesto en el maligno, y no sólo confunde las lenguas, sino las obras de cada uno y las mentes. De esta Babilonia el rey es el verdadero Nabucodonosor, que se ensoberbece contra el Señor, el cual dice en su corazón: Al cielo subiré,

sobre las estrellas del cielo pondré mi trono; me sentaré en el monte del Testamento en los lados del Aquilón, subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo. Éste es el que mostró al Señor todos los reinos del mundo y le dijo: Todas estas cosas me han sido entregadas, y a ti te las daré si postrándote me adorares (Mat. 4).

Finalmente, en lo que sigue 235 de ningún modo la conminación es contra Babilonia, sino contra el orbe de la tierra. El Señor Sabaoth mandó a una gente belicosísima que venga de tierra lejana, desde la cumbre del cielo, para que destruya el orbe de la tierra. Y de nuevo: He aquí que viene el día del furor y de la ira incurable, para poner el orbe de la tierra desierto y dispersar de él a los pecadores. Y luego: Mandaré al orbe de la tierra universo males, y a los impíos sus pecados. Por lo cual se prueba que todo lo que se dice contra Babilonia pertenece a la confusión y al exterminio de este mundo.

(Vers. 2.) Sobre el monte caliginoso, o campestre, levantad la señal. Se manda a los Apóstoles y a los varones apostólicos y maestros de las Iglesias que, para combatir contra Babilonia, eleven la señal de la cruz del Señor, no en un lugar humilde ni en valles profundos, sino en el monte caliginoso o campestre. De los cuales uno significa los sacramentos ocultos de la Iglesia, para ver los cuales Moisés, y para oír la voz de Dios, entró en las tinieblas y la calígine. Pues puso Dios las tinieblas como su escondite, y nubes y calígine en su circuito (Sal. 17). El otro enseña que así debemos nosotros ascender a lo excelso

de los dogmas eclesiásticos que, según el Apóstol Pablo, nos humillemos y digamos: Pues no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (1 Cor. 15, 9). El cual también elevó la señal en el monte campestre cuando con la humildad que le era propia decía: Pues juzgué no saber nada entre vosotros sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Pero esta señal también en lo superior la elevará aquel mismo que nació de la raíz de Jesé en las naciones para congregar a los perdidos de Israel.

Exaltad la voz, levantad la mano. En lugar de lo cual los LXX tradujeron: Consolad la mano. Exalta la voz el que habla de cosas sublimes y desprecia las presentes como breves y transitorias. El cual oye de aquel mismo Isaías: Sobre el monte excelso sube tú que evangelizas a Sion. Eleva con fortaleza tu voz tú que evangelizas a Jerusalén; eleva su mano aquel que puede decir con David: La elevación de mis manos sea sacrificio vespertino (Sal. 140, 2); y el que en todo lugar levanta manos santas, para que no sólo levante las manos, sino que también consuele con la mano: para que no diga al pobre: ven mañana y recibe; sino para que consuele su pobreza y necesidad con la presente misericordia.

236 Y entren los jefes por las puertas. LXX: Abrid, príncipes. Los jefes de la Iglesia entran por las puertas de los misterios de Dios y conocen los sacramentos de las Escrituras, teniendo la llave de la ciencia para abrirlas a los pueblos a ellos confiados. Por lo cual se manda que los maestros abran y los discípulos entren.

(Vers. 3.) Yo mandé a mis santificados. En lugar de lo cual los LXX: Yo mandaré, y yo los traeré. Pues él mismo santifica a sus ministros, para que tanto el que santifica como los que son santificados sean todos de uno solo. Quien también en otro lugar habla a los creyentes: Sed santos, porque también yo soy santo; él mismo manda, y traerá a sus príncipes, para que hagan lo que ha sido mandado (Lev. 19).

Y llamé a mis fuertes en mi ira: los que se regocijan en mi gloria. LXX: Gigantes vienen a cumplir mi furor, gozándose al mismo tiempo y cometiendo contumelia. Según el hebreo, esto se liga con lo anterior que se dice, que él mismo llamó a sus fuertes, los que se regocijan en su gloria, quienes había mandado a sus santificados. En cambio, según los LXX, los gigantes que vienen para cumplir el furor del Señor, gozándose en la injuria ajena y alegrándose, deben entenderse como las virtudes de la izquierda y contrarias, de las cuales leemos también en los salmos: Envió sobre ellos el furor de su ira, furor e ira y tribulación, una misión por medio de ángeles malos (Sal. 77, 49). De éstos es también el exterminador en Egipto, que no se atreve a entrar por los postes de la puerta untados con la sangre del cordero (Éx. 12), y aquel espíritu que, habiendo salido, se puso en presencia del Señor y dijo: Yo engañaré a Acab. Y le dijo el Señor: Engañarás y prevalecerás; sal y hazlo así (3 Rey. 22). Por lo cual en el mismo volumen de los Reyes dijo Miqueas: Vi al Señor de Israel sentado sobre su trono, y todo el ejército del cielo estaba alrededor de él a la derecha y a la

izquierda (Ibíd.). Las virtudes de la derecha son las de aquellos ángeles que son enviados para el bien; pero las de la izquierda son las de aquellos a quienes somos entregados para castigo. Por lo cual también el Apóstol: A los cuales entregué, dice, a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (1 Tim. 1). Pero el nombre de gigantes, en lugar del cual en el hebreo se puso GEBORIM, esto es, fuertes, los LXX y Teodoción lo vertieron a semejanza de las fábulas de los gentiles, así como nombran también Sirenas, y Titanes, y al Arturo, a las Híades y a Orión, que entre los hebreos se llaman con otros vocablos.

Pero si los gigantes son rebeldes a Dios, y 237 todas las herejías contrarias a la verdad se rebelan contra Dios: todos los heréticos son gigantes, que se gozan en su error, y entonces sobre todo se glorían cuando han hecho contumelia a la Iglesia.

(Vers. 5.) Voz de multitud en los montes como de pueblos frecuentes, voz de sonido de reyes de naciones congregadas. Por tres caminos se toma este lugar. Primero, para que, elevada la señal en el monte campestre, venga la multitud de las naciones, y ella misma constituida en los montes, la cual se divide en dos, a saber, en pueblos y en reyes, en discípulos y maestros, de los cuales hablaba el Salvador en el Evangelio: Muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos (Mat. 8, 11). Pero por esto se dice una sola voz y armoniosa, para que se pruebe aquello apostólico: Digáis todos lo mismo, y no haya entre vosotros cismas, sino que seáis perfectos en

el mismo sentido y en la misma sentencia (1 Cor. 1, 10). Segundo, se describe la soberbia de los heréticos, quienes creyendo estar en los montes, se erigen contra la ciencia de Dios, y hablan iniquidad en lo excelso, y ponen su boca en el cielo, los cuales también ellos tienen pueblos, tienen reyes, que devoran al pueblo engañado. La tercera interpretación es: porque arriba había dicho que vienen gigantes para cumplir mi furor, gozándose al mismo tiempo y cometiendo contumelia, describe la arrogancia de los mismos gigantes, y su consenso en la parte mala para castigar a los que les hayan sido entregados.

El Señor de los ejércitos dio orden a la milicia de la guerra, a los que vienen de tierra lejana, desde la cumbre del cielo: el Señor y los vasos de su furor, para que destruya toda la tierra. LXX: El Señor Sabaoth mandó a una gente belicosísima que venga de tierra lejana, desde lo más alto ÷ fundamento ** del cielo, el Señor y sus guerreros, para que destruyan el orbe universo. El fundamento debe ser marcado con óbelo. En el volumen de los Reyes y de los Paralipómenos leemos (2 Rey 24; 1 Par 21) que la ira de Dios se encendió sobre Israel cuando David numeró al pueblo y ofendió al Señor. En los Salmos también se escribe: Señor, no me arguyas en tu furor, ni en tu ira me corrijas, y otras cosas semejantes a éstas, en lugar de lo cual leí en los Comentarios de cierto autor (entiende a Basilio) que la ira de Dios puede entenderse como la fortaleza contraria a la cual somos entregados para castigo, de lo cual también se canta en el salmo octavo: Para

que destruyas al enemigo y al vengador (Sal. 8, 3). Pueden llamarse guerreros que vienen de tierra lejana 238 y de lo más alto del cielo también los ministros ángeles, que han de ser enviados en la consumación del mundo, para hacer manojos de cizaña y prepararlos, separados del trigo, para el incendio sempiterno (Mat. 13). También toda la tierra es destruida cuando las obras terrenas son subvertidas. Hay también otros guerreros del Señor instruidos con la armadura del Apóstol que cada día en la Iglesia, la cual se entiende como οἰκουμένη, esto es, orbe y habitada, los destruyen y matan a los que se erigen contra la ciencia de Dios.

(Vers. 6, 7.) Aullad, porque está cerca el día del Señor; como una vastación vendrá del Señor. Por tanto, todas las manos se disolverán, y todo corazón de hombre desfallecerá y se contristará. Puesto que los guerreros del Señor han de venir para destruir toda la tierra, aullad y haced penitencia vosotros a quienes ha de venir la pena. Pues está cerca el día del Señor, o de la consumación de todo el mundo y del juicio, o de la salida de cada uno de la vida. Pues viene del Señor la depredación, que nosotros hemos llamado vastación para conservar la metáfora, porque había antepuesto a los guerreros. Cuando el día del juicio o de la dormición llegue, todas las manos se disolverán, a las cuales se dice en otro lugar: Confortaos, manos disueltas. Pero se disolverán las manos porque ninguna obra digna de la justicia de Dios se hallará: Y no se justificará en su presencia todo viviente (Sal. 142, 2). Por lo cual el Profeta

dice en los salmos: Si observas las iniquidades, Señor, ¿quién sostendrá (Sal. 129, 3)? También todo corazón, o alma del hombre, desfallecerá; y pavorecerá la conciencia por su pecado. Éste es el día formidable y terrible del cual también habla Sofonías: Temed ante la faz del Señor, porque está cerca el día del Señor (Sof. 1, 14). Y de nuevo: Cerca está el día del Señor grande, cerca y veloz en exceso. Y Amós: Ay, dice, de los que desean el día del Señor: ¿para qué a vosotros el día del Señor, que es tiniebla y no luz (Amós 5, 18)? Y lo que según los LXX se añadió: se turbarán los legados y los dolores los aprehenderán; podemos interpretar a esos legados como aquellos que los ciudadanos habían enviado contra aquel que había marchado a tierra lejana para obtener para sí un reino (Luc. 19). Por lo cual él mismo habla en el Evangelio: Pero a mis enemigos, que no quisieron que yo reinara sobre ellos, traedlos acá y matadlos delante de mí.

(Vers. 8.) Las torsiones y los dolores los poseerán: como parturienta dolerán: cada uno se pasmará ante su prójimo: rostros quemados los rostros de ellos. Cuando vengan los guerreros del Señor 239 de tierra lejana, y todas las manos hayan sido disueltas, y el corazón pávido y contrito; entonces los strophomata, que nosotros hemos interpretado como torsiones del vientre, y los dolores los poseerán, semejantes a los dolores de las parturientas. Por lo cual se muestra que son atormentados por su propia conciencia, y que tienen los rostros quemados por aquel fuego que ellos mismos se habían encendido: porque no pueden

decir: Marcada ha sido sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Sal. 4, 7); y: Nosotros todos, con la faz revelada, contemplando la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen (2 Cor. 3, 18). Cada uno se pasmará ante su prójimo, viéndolo estar en los mismos tormentos por los que él mismo es crucificado.

(Vers. 9.) He aquí que viene el día del Señor, cruel y lleno de indignación, y de ira y de furor, para poner la tierra en soledad, y para quebrantar de ella a sus pecadores. En lugar de tierra, los Setenta interpretaron τὴν οἰκουμένην, esto es, el orbe; en lugar de cruel, incurable. Pues cuando el día o del juicio o de la muerte llegue, se cumplirá aquello que se lee en el salmo sexto: Pero en el infierno, ¿quién te confesará (Sal. 6, 6)? Pues no es aquel tiempo de penitencia, sino de penas. Y en otro lugar se dice: ¡Cuán grande multitud de tu dulzura, Señor, la cual escondiste para los que te temen! Por tanto, se esconde la mucha misericordia de Dios de aquellos que aún están puestos en el temor y no tienen la perfecta caridad de Dios, para que mientras oyen el cruel día del Señor, e incurable, y lleno de indignación y de furor, desistan de pecar. Se pondrá también el orbe o la tierra en soledad, y los pecadores serán quebrantados de ella, la cual antes estaba gravada por el peso de los pecados, para que, borrados y perdidos los crímenes, habite y reine en la tierra sola la justicia.

(Vers. 10.) Porque las estrellas del cielo y su esplendor no expandirán su luz: se ha oscurecido el sol en su orto, y la luna no resplandecerá en su luz.

LXX: Pues las estrellas del cielo y Orión, y todo el ornato del cielo no darán [Al. tendrán] su luz: y se oscurecerán al salir el sol, y la luna no dará su luz. Por aquello que nosotros hemos interpretado, el esplendor de ellas, no hay duda de que es de las estrellas; Aquila y Teodoción pusieron la misma palabra hebrea CHISILEEM: en lugar de lo cual los LXX tradujeron Orión, añadiendo de lo suyo: y todo el ornato del cielo, lo cual debe marcarse con óbelo.

240 Pero las fábulas de los gentiles dicen que Orión tiene veintidós estrellas, de las cuales cuatro son de tercera magnitud, nueve de cuarta, y de nuevo otras nueve de quinta, y por otros son llamadas Bootes. Leemos también en Job sobre las Híades, y el Vesper, y el Arturo, y los tesoros, o interiores del Austro (Job 9, 9), de los cuales debe decirse en su lugar. Ni debemos pensar que entre los hebreos estas estrellas se llamen con estos nombres que el lenguaje griego y latino resuenan: sino que tienen sus propios vocablos. Pues así como Dios llamó a la luz, día; y al firmamento, cielo; y a la árida, tierra; y a las congregaciones de las aguas, mares (Gén. 1); así también a cada una de las estrellas las llamó por sus nombres, cuya propiedad nuestra lengua no expresa. Está escrito de Dios en otro lugar: Quien numera la multitud de las estrellas: y a todas ellas llama por sus nombres.

Cuando, por tanto, el día del Señor venga para poner el orbe de la tierra en soledad, y para quitar de ella totalmente a los pecadores (Sal. 146, 4); entonces, en comparación con la divina

majestad, las estrellas del cielo y todo su esplendor retraerán su luz. Ni es de extrañar decir esto de las estrellas menores, cuando incluso el sol se oscurece en su orto y la luna no tiene su esplendor acostumbrado. Pero aquello que los LXX tradujeron, que las estrellas y Orión y todo el ornato del cielo se oscurezcan al salir el sol, no tiene nada de señal o de milagro [Al. milagro de señal]; pues esto sucede en todo tiempo, que al salir el sol, las estrellas que están en el cielo no aparezcan. Ni es de extrañar haber dicho esto del sol, cuando incluso con la luna llena, brillando toda la noche, la mayor parte de los astros no lucen. Pero que hay estrellas en el cielo incluso durante el día lo prueba el eclipse del sol; porque cuando la sombra de la tierra, como disputan los filósofos, y por la interposición del orbe lunar ha sido oscurecido, los astros más brillantes se ven en el cielo.

(Vers. 11.) Y visitaré sobre los males del orbe, y contra los impíos sus iniquidades. Cuando Dios visita y hiere, para esto hiere: para que enmiende. Pues cuando se indigna vehementemente contra los que no hacen penitencia: No visitaré, dice, sobre vuestras hijas cuando hayan fornicado, y sobre vuestras nueras cuando hayan adulterado (Os. 4, 14). Por el contrario, de los que han de creer en Cristo, se dice (Sal. 88, 33): Visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados: pero mi misericordia no la quitaré de ellos.

(Vers. 11.) Y visitaré sobre los males del orbe, y contra los impíos sus iniquidades. Cuando Dios visita y hiere, hiere para enmendar. Finalmente, cuando se irrita vehementemente sobre

los que no hacen penitencia: No visitaré, dice, sobre vuestras hijas cuando hubieren fornicado: y sobre vuestras nueras cuando hubieren adulterado (Oseas 4, 14). Por el contrario, de aquellos que han de creer en Cristo se dice (Sal. 88, 33): Visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes 241 sus pecados; pero mi misericordia no la quitaré de ellos.

Y haré descansar la soberbia de los infieles: y humillaré la arrogancia de los fuertes. LXX: Y perderé la injuria de los inicuos, y humillaré la injuria de los soberbios. La palabra hebrea GAON, que claramente suena a arrogancia y soberbia, Teodoción y los Setenta siempre la tradujeron como injuria, expresando el sentido más que la palabra: porque todo soberbio es pronto para la injuria. Por tanto, por esto el Señor visita sobre los males del orbe, y contra los impíos sus iniquidades, para comprimir la arrogancia de los soberbios y humillar la soberbia de los fuertes. Pues Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (1 Ped. 5). En los Proverbios leemos: Antes del quebrantamiento se eleva el corazón del varón, y antes de la gloria se humilla (Prov. 16, 18). Siempre a la soberbia sigue la ruina, y a la humildad la gloria: Pues el que se ensalza será humillado; y el que se humilla será ensalzado (Luc. 14). Leemos en otro lugar: Perderé la sabiduría de los sabios, y la inteligencia de los prudentes reprobaré (1 Cor. 1, 19). No porque la verdadera sabiduría y la verdadera prudencia sean perdidas por el Señor, sino la ciencia de falso nombre: los que atesoran para sí una lengua de mentira, y desfallecen escu-

driñando con escrutinio, y no encuentran nada, hablando iniquidad en lo excelso y poniendo su boca en el cielo. Por lo cual propiamente la soberbia de los heréticos se llama injuria de la verdad.

(Vers. 12.) Más precioso será el varón que el oro: y el hombre que el oro obrizo puro. LXX: Y serán los que hubieren quedado, honrados más que el oro acrisolado; y el hombre será más honorable que la piedra de Ofir. En la consumación del mundo, cuando el orbe haya sido reducido a soledad, y oscurecido el sol en su orto, y la luna no diere su esplendor, tantas señales y portentos se harán por el Anticristo que, creciendo la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos, para engañar incluso, si fuera posible, a los elegidos de Dios (Mat. 24). Entonces más precioso será el varón que el oro, que en hebreo se dice PHAZ, y Aquila interpretó como κιῤῥὸν, que es de un color óptimo y sanguíneo; y el hombre que el oro obrizo purísimo, que en hebreo se dice OFIR, y Aquila tradujo como σπήλωμα ὀφεὶρ, lo cual, queriendo no sé qué, los LXX 242 interpretaron como piedra de Ofir. Pero es un lugar de la India en el cual nace el oro óptimo; como leemos en el Génesis sobre el río Fisón: Éste es el que rodea toda la tierra de Evila, donde hay oro; y el oro de aquella tierra es óptimo; y allí hay carbunclo y piedra prásina (Gén. 2, 11). Pero se entiende más precioso por ser más raro. Pues todo lo que es raro es precioso, como también leemos en el volumen de Samuel: Y la palabra del Señor era preciosa en Israel (1 Rey. 3, 1).

(Vers. 13.) Sobre esto sacudiré el cielo, y se moverá la tierra de su lugar. LXX: Pues el cielo se enfurecerá, y la tierra se moverá de sus fundamentos. Cuando más precioso sea el varón que el oro, y el hombre que el oro obrizo puro, y se cumpla lo que está escrito: ¿Piensas que cuando venga el Hijo del hombre, hallará fe sobre la tierra (Luc. 18, 8)? entonces también se moverán los cielos y la tierra. Pues el cielo y la tierra pasarán, no por su propia voluntad ni por su propio arbitrio, como muchos estiman, creyendo que ellos son seres animados; sino por la indignación del Señor de los ejércitos y por el día de su furor, el cual mira a la tierra y la hace temblar. Por lo cual esto que en los LXX se dice, que el cielo se enfurecerá, debe tomarse metonímicamente por aquellos que moran en el cielo, como si dijéramos: toda la ciudad clamó, y toda la urbe salió al encuentro del juez. Pero sobre los fundamentos de la tierra también leemos en los Proverbios: Dios con sabiduría fundó la tierra (Prov. 3, 19). Y el Señor habla a Job: ¿Dónde estabas cuando yo fundaba la tierra (Job 38, 4)? No porque la tierra tenga fundamentos arrojados en una mole profunda; sino que la voluntad y la potestad de Dios, por la cual todo se contiene, deben llamarse fundamentos de ella. Pues él sobre los mares la fundó, y sobre los ríos la colocó, y él mismo la suspendió sobre nada (Sal. 23; Job 26).

(Vers. 14-16.) Y será como corza que huye, y como grey de ovejas, y no habrá quien las congregue: cada uno se convertirá a su pueblo, y cada cual huirá a su tierra. Todo el que fuere hallado

será muerto, y todo el que sobreviniere caerá a espada. Sus infantes serán estrellados ante sus ojos; serán saqueadas sus casas, y sus mujeres serán violadas.

Conmovidos el cielo y la tierra, huirá el diablo, la serpiente tortuosa, o todo dogma contrario a la verdad, 243 que se escinde en maestros y discípulos, de los cuales los primeros, por su ὀξυδέρκειαν (agudeza de vista), son llamados en lengua griega Dorcades, esto es, Corzas, siguiendo como animales brutos; y errando de aquí para allá no tienen quien los dirija: pues perdieron a aquel de quien está escrito: Por el Señor son dirigidos los pasos del hombre (Prov. 20, 24): los cuales, liberados de los peores maestros, se convertirán a su pueblo, y cada cual huirá a su tierra, de la cual nacieron: pero el que fuere hallado será muerto o degollado. Pero esto no sólo en la consumación del mundo, sino hasta hoy sucede en la Iglesia: cuando superados los maestros, la grey engañada vuelve a su pueblo y a su tierra; y en aquello que es hallada, es muerta, para que deje de ser herética, y cualquiera que sobreviniere caerá por la espada espiritual. Entonces a sus infantes y párvulos, que aún no han llegado a la edad perfecta del error, los estrellarán ante los ojos de los maestros, y saquearán sus casas, y violarán a sus mujeres, la depravada sabiduría y la doctrina perversa. Por lo cual, por tales padres cuyos párvulos han de ser muertos, debemos orar y decir: Dales, Señor. ¿Qué les darás? Matriz estéril y pechos secos (Oseas 9, 4). Pues parie-

ron iniquidad, concibieron dolor y engendraron injusticia.

(Vers. 17, 18.) He aquí que yo suscitaré sobre ellos a los Medos, que no busquen plata ni quieran oro: sino que con saetas maten a los párvulos, y no se compadezcan de los lactantes del vientre, y sobre los hijos no perdonará su ojo. Hallamos en el Génesis (Gén. 10) que Madai fue el autor de la gente de los Medos, el cual se interpreta medida, o bien por el potente o fuerte. Por tanto, contra los babilonios, que están confundidos en su mente, son suscitados por el potente y fuerte Dios ministros para el castigo de su fortaleza: para que den a cada uno según sus obras. Pues con la medida con que midieron, se les volverá a medir. Medida agitada y sacudida y llena y rebosante devolverán en sus senos (Mat. 7 y Luc. 6). Los cuales ni plata ni oro, esto es, ni la belleza de la elocuencia ni la agudeza del ingenio, en las que antes se aplaudían, recibirán: sino que afectarán con penas a los entregados; y 244 de los párvulos y lactantes del vientre no se compadecerán, para que más se compadezcan. ¡Y ojalá también nosotros seamos suscitados por el Señor, y se nos dé esta potestad, para que ni plata ni oro queramos de la elocuencia y sabiduría secular: sino que a los hijos de los heréticos, y de todos los que han sido engañados, los matemos con saetas espirituales, esto es, con los testimonios de las Escrituras: y los que son nutridos con la leche del error, sin misericordia alguna sean degollados, para que perezcan por una clemente crueldad, y de ninguna infancia nos compadezcamos, y seamos dignos de aquella

bienaventuranza: ¡Bienaventurado el que tomare y estrellare sus párvulos contra la piedra!

(Vers. 18 sigs.) Y aquella Babilonia, gloriosa en los reinos, ínclita en la soberbia de los caldeos, será como cuando Dios subvirtió a Sodoma y Gomorra. No será habitada hasta el fin, y no será fundada hasta generación y generación: ni pondrá allí sus tiendas el árabe, ni los pastores descansarán allí: sino que descansarán allí las bestias, y se llenarán sus casas de dragones: y habitarán allí los avestruces, y los peludos saltarán allí; y responderán allí las lechuzas en sus casas, y las sirenas en los templos de la voluptuosidad.

(Cap. XIV.---Vers. 1.) Cerca está de que venga su tiempo, y sus días no se prolongarán.

LXX: Y será Babilonia, la cual es llamada ínclita y gloriosa del rey de los caldeos, como cuando Dios subvirtió a Sodoma y Gomorra; no será habitada por siempre; ni entrará en ella nadie por muchas generaciones; ni pasarán por ella los árabes: ni los pastores descansarán en ella, sino que descansarán allí las bestias, y se llenarán las casas de sonido, y se echarán allí las sirenas, y los demonios saltarán allí, y los onocentauros allí habitarán, y los erizos harán cámaras en sus casas. Pronto vendrá y no tardará.

Lo que sigue: Y sus días no se prolongarán, debe marcarse con asteriscos, porque fueron añadidos de Teodoción. Suscitados los medos contra la ciudad de la confusión, los cuales ni reputan el oro entre los bienes, ni la plata; los cuales con saetas maten a los párvulos, y no se compadezcan de los lactantes del vientre, y sobre los hijos

no perdona su ojo: la ciudad antaño ínclita que estaba en la soberbia de los caldeos, los cuales se interpretan como demonios, así será subvertida como fue subvertida Sodoma y Gomorra; de modo que ningún vestigio de su antigua mansión permanezca en ella: sino que después de que 245 haya habido cielo nuevo y tierra nueva, y haya pasado la figura de este mundo (1 Cor. 7), no será habitada la ciudad de la confusión perpetuamente; y de ningún modo recuperará el mismo estado. Pues no pondrá allí, después de que haya dejado de estar en su antigua gloria, el árabe sus tiendas, el cual se interpreta como occidental y vespertino; como para que desee habitar en ella, viéndola desierta. Pero el árabe en el presente lugar se toma en buena parte: porque siempre tiende al fin, y olvidando lo pasado, se extiende hacia lo que está adelante. Ni descansarán allí los pastores, que suelen apacentar el mansísimo rebaño del Señor en Jerusalén; sino que, por el contrario, descansarán allí las bestias, a quienes detesta el Salmista diciendo: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. 73, 19). En lugar de lo cual Aquila, y Símaco, y Teodoción pusieron la misma palabra hebrea SIIM. Y se llenarán sus casas, esto es, de los babilonios, según los LXX y Teodoción de ἤχου, esto es, de sonido y clamores; según Aquila, de tifones, que nosotros traducimos como dragones; según Símaco OIIM, cuya palabra se contiene en el hebreo. Y habitarán allí los avestruces, animal que siempre apetece las soledades, del cual se escribe más plenamente en Job: el cual, aunque parezca tener alas, sin

embargo no se eleva más alto de la tierra: en lugar de lo cual los LXX interpretaron σειρῆνας, esto es, sirenas. Pero a los peludos, que en hebreo se dicen SIRIM, Teodoción los interpretó como de pelos erizados y erguidos. Símaco y los LXX los tradujeron como demonios. También en lugar de los onocentauros, que sólo los LXX interpretaron, imitando las fábulas de los gentiles que dicen que hubo hipocentauros, los otros tres intérpretes pusieron la misma palabra hebrea IIM, que nosotros traducimos como lechuzas. Pero donde los LXX dijeron que los erizos harán cubiles en sus casas, y en el hebreo está puesto THANNIM, Aquila y Símaco y Teodoción los interpretaron como sirenas; significando que son o ciertas bestias o demonios, que según el error de los gentiles cantan dulcemente y engañan a los hombres, que no pueden pasar el naufragio de este siglo con los oídos cerrados. Además, el nombre de onocentauro, compuesto de asnos y centauros, me parece significar a aquellos que en parte comprenden algo humano; y de nuevo son llevados a los vicios por los placeres y el cieno de la torpeza.

Se dice, pues, según la tropología, que al fin del mundo, o en la muerte de cada uno, toda la gloria y soberbia de los caldeos y la confusión del mundo se aparte de nosotros; y así todo sea subvertido como Dios subvirtió a Sodoma y Gomorra; y no haya más el estado de este mundo, sino que perezca para siempre. Ni ponga allí el árabe sus tiendas, del cual se dice en el salmo sexagésimo séptimo: Haced camino al que sube sobre el ocaso, el Señor es su nombre (Sal. 67, 5). Ni descansen

allí los pastores, es decir, los Ángeles que presiden sobre el género humano y diariamente ven la faz del Padre: sino que descansen allí las bestias y los dragones, y los avestruces, y los peludos, y las lechuzas, y las sirenas, a todas las cuales bestias entendemos en figura como Ángeles o demonios, y de aquellos a quienes somos entregados para ser castigados. Y en las casas de otrora voluptuosidad, donde había alegría y gozo, haya el llanto de las lechuzas, y la voz lamentable de las sirenas, que conduce a sus oyentes a la muerte. Pero que el tiempo del juicio es inminente y el día de la consumación de Babilonia no se aleja, de ninguna manera se asombrará quien cada día vea subvertida a Babilonia por varones santos en los que creen en el Señor; y comparada con la eternidad, toda longitud está cercana.

Brevemente hemos dicho sobre los géneros de bestias, o más bien de monstruos: porque en el libro anterior fueron en parte tocados según la historia. También debe considerarse esto, que después de que el sermón eclesiástico y la doctrina del Salvador hayan derribado la ciudad de la confusión, de modo que se compare con Sodoma y Gomorra; no sea habitada por varones santos, ni descansen en ella los pastores que solían apacentar el rebaño de Cristo: sino que por el contrario descansen allí las bestias, y los dragones, y los avestruces, y los peludos salten en ella. Pues todo lo que los herejes hablan en las sinagogas de Satanás no es doctrina del Señor, sino aullido de demonios y de peludos, a quienes Esaú imitaba. Y las sirenas descansarán en los templos de la

voluptuosidad, las cuales con dulce y mortífero canto arrastran las almas al profundo: para que al desencadenarse el naufragio, sean devoradas por lobos y perros. Cerca está, pues, e insta cada día el tiempo de la ruina de los herejes, y no se difiere su subversión.

Pues se compadecerá el Señor de Jacob, y elegirá aún de Israel, y los hará descansar sobre su suelo: se les unirá el advenedizo 247 a ellos, y se adherirá a la casa de Jacob. Y los tomarán los pueblos, y los llevarán a su lugar: y los poseerá la casa de Israel sobre la tierra del Señor para siervos y para siervas; y serán los que capturen a los que los habían capturado, y sujetarán a sus exactores. Y será en aquel día cuando Dios te haya dado descanso de tu trabajo, y de tu sacudida, y de la servidumbre dura en la que antes serviste: tomarás esta parábola contra el rey de Babilonia, y dirás.

En lugar de advenedizo, esto es, prosélito, los LXX interpretaron γηώραν: el cual en hebreo se dice GER. Por lo cual pienso que también el hijo de Moisés, que era advenedizo en la tierra, fue nombrado por su padre Gersán (Éx. 2). Por tanto, georas es una palabra hebrea declinada a la costumbre griega: aunque cierto ignorante de la lengua hebrea intente expresar en ella una etimología griega por el hecho de que tenga cuidado de la cosa terrena: pues γῆ, dice, se llama tierra, y ὥra, φροντὶς, esto es, solicitud. Por otra parte, en lugar de MASAL, que Aquila y Símaco y Teodoción tradujeron como parábola, a los cuales también nosotros hemos seguido, los LXX inter-

pretaron como llanto. Pero el orden es: después de que Babilonia haya sido desierta por siempre, de modo que sea habitación de bestias, se compadecerá el Señor de Jacob, a saber, de aquel que suplantó los vicios; y elegirá a Israel, a aquel que con la mente contempla a Dios. Y nota la propiedad de las palabras: de Jacob, que aún está puesto en la lucha, se compadecerá; pero a Israel, que recibió el nombre después de la victoria, no se le adapta la misericordia, sino la elección. También los hará descansar sobre su tierra, de la cual habla el Salvador: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Mat. 5, 4), y: Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Sal. 26, 13). Se unirán también a la casa de Jacob, los cuales han sido elegidos por los Apóstoles, la multitud de las naciones; y tomarán las reliquias de la casa de Israel, y los llevarán a su lugar, para que habiten en sus tabernáculos; y los poseerá la casa de Israel sobre la tierra del Señor para siervos y siervas. Pues aprovecha a los malos que sirvan a los buenos. Por eso también se dice a Esaú: Servirás a tu hermano. Y a Jacob: Te servirá tu hermano (Gén. 27). Y tomarán a los que antes los habían engañado con sofismas: y a sus exactores, que todo lo hacen por lucro, los reducirán a servidumbre. Pero después de que Jacob e Israel hayan descansado de su trabajo, con el cual mucho habían trabajado luchando contra el siglo y los herejes; y de su sacudida y servidumbre, con la cual antes habían servido a una maligna interpretación y a falsos dogmas: entonces tomará el llanto y la parábola contra el rey de Babilonia: es

decir, el discurso del error herético y de la confusión: y dirá lo que sigue.

Los judíos interpretan este lugar carnalmente, pero no podrán enseñar que se haya cumplido después de que regresaron de Babilonia. Pues ni los babilonios sirvieron a aquellos a quienes antes habían capturado; ni, vencidos los babilonios, poseyeron sus casas: ni los tuvieron como siervos y siervas. Resta, pues, que según sus fábulas piensen que esto ha de ser del imperio romano: a los cuales, superados en el último tiempo, les servirán las naciones a las cuales antes habían servido. Pero si, siguiendo la letra, se engañan con falsa esperanza, ¿quién les concederá que Roma se llame Babilonia, y Nabucodonosor rey del imperio romano?

(Vers. 5, 6.) ¿Cómo cesó el exactor, descansó el tributo? Quebrantó el Señor el báculo de los impíos: la vara de los dominadores, que hería a los pueblos en indignación con plaga incurable, que sujetaba en furor a las naciones, persiguiendo cruelmente.

En la Epístola de Pedro leemos: Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios (1 Ped. 4, 17). En Ezequiel se dice a los torturadores: Comenzad por mis santos (Ez. 9, 6). Pues según la diversidad del pecado se dispone el orden del juicio: para que los que menos hayan delinquido sean purificados antes. Pero el último enemigo en ser destruido es la muerte. Por tanto, cuando Israel haya sido liberado de la servidumbre dura, tomará la parábola contra el rey de Babilonia, la cual debemos entender como parábola. Pues

si el discurso es contra Nabucodonosor y es una simple exposición de la historia, ¿cómo se llama parábola, la cual a ninguna otra cosa se παραβάλλεται, esto es, se compara? Se admira, pues, Israel de cómo ha cesado el exactor, que solía exigir hasta el último cuadrante. Pero acostumbrado a exigir no a otros sino a los deudores, que dicen en la Oración Dominical: Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. 6, 12). A este exactor los deudores son entregados por el juez, el cual los envía a la cárcel y exige hasta el pecado mínimo. Finalmente, también el apóstol 249 Pablo entregó al exactor al corintio fornicario, que había tomado a la mujer de su padre, y también a Figelo y Hermógenes (1 Cor. 5; 2 Tim. 1). Y de estos exactores también se dice arriba: Pueblo mío, vuestros exactores os despojan; y los que reclaman son vuestros dominadores. En lugar de tributo, Aquila interpretó hambre. Pues quitado de nosotros el esposo, padecemos hambre de la palabra de Dios, y continuamente ayunamos del cuerpo del Señor. Y por eso la vara y el báculo de los impíos, en lugar de lo cual los Setenta interpretaron yugo, nos hiere o nos oprime; porque no quisimos sostener el yugo levísimo, el yugo del Salvador. Con este báculo, pues, y con esta vara, hería a las naciones con furor incurable, y a los que huían los perseguía cruelmente: no queriendo enmendar a los entregados, sino matarlos.

(Vers. 7 sig.) Descansó y calló toda la tierra: se alegró y saltó de gozo; también las hayas se alegraron sobre ti, y los cedros del Líbano. Desde

que te dormiste, no sube quien nos corte: el infierno abajo se turbó: al encuentro de tu llegada despertó para ti a los gigantes. Todos los príncipes de la tierra se levantaron de sus tronos; todos los príncipes de las naciones, todos responderán y te dirán: ¿También tú has sido herido como nosotros, te has vuelto semejante a nosotros? Tu soberbia ha sido abatida hasta el infierno, cayó tu cadáver; debajo de ti se tenderá la tiña, y los gusanos serán tu cobertura.

Ante la destrucción del rey impío, que hería a las naciones con plaga incurable y las perseguía cruelmente, toda la tierra descansó y calló, la cual antes estaba llena de turbulencias y de sedición, hasta tal punto que las hayas y los cedros del Líbano se alegraban, de los cuales está escrito en los salmos: Trasladaste una viña de Egipto, expulsaste a las naciones y la plantaste. Su sombra cubrió los montes, y sus sarmientos los cedros de Dios (Sal. 79, 9). A estos cedros de Dios, porque alguna vez pecaron, el Señor los entregó para ser quebrantados por los suplicios. De donde en otro salmo se dice: Quebrantará el Señor los cedros del Líbano (Sal. 28, 5). Por su parte, las hayas deben entenderse como todos los excelsos y sublimes en la servidumbre del Señor, las cuales dijeron con voz acorde: Desde que tú te dormiste. Nota que incluso a la muerte de la muerte se le llama dormir. No subirá quien nos corte. Pues vencido el fuerte y saqueados sus vasos, también los demás satélites cayeron. De donde también el Señor habla en el Evangelio: Id al fuego eterno, 250 que fue preparado para el diablo y sus ángeles (Mat.

25, 41). ¿A cuántos de estos maderos y árboles cortaron estos taladores con sus hachas e hicieron caer? También el infierno turbado, o vuelto en amargura, al encuentro de la llegada del verdadero Nabucodonosor, es el lugar de los suplicios y de los tormentos, en el cual se ve al rico vestido de púrpura: al cual también descendió el Señor, para soltar de la cárcel a los encadenados. Podemos decir que el infierno que sale al encuentro es también aquel ángel que está puesto al frente de las penas infernales, el cual despertó a todos los gigantes.

(Vers. 12.) ¿Cómo caíste del cielo, Lucero, que nacías por la mañana? ¿caíste en tierra, tú que herías a las naciones? Los Setenta: ¿Cómo cayó del cielo el Lucero, que nacía por la mañana? fue quebrantado en tierra el que enviaba a todas las naciones.

En lugar de Lucero, que en hebreo se dice ELIL, Aquila tradujo «el que aúlla hijo de la aurora». Pues verdaderamente debió aullar y gemir el que por su soberbia fue precipitado del cielo a la tierra, y quebrantado. De donde también el Salvador habla a los discípulos: Veía a Satanás como un relámpago caer del cielo (Luc. 10, 18). No sólo lo veo, sino que lo veía antes cuando cayó. Y si él por la soberbia cayó de tan gran magnitud, vosotros tampoco debéis gloriaros porque los demonios os estén sujetos: sino porque vuestros nombres están escritos en el cielo; para que de donde él cayó por la soberbia, vosotros ascendáis por la humildad. Este es el príncipe del mundo, que entre las demás estrellas nacía por la mañana,

y por su propio vicio de Lucero se convirtió en Véspero, y no naciente, sino poniente: el que hería a las naciones, o el que enviaba a las naciones a sus satélites, para engañar a todos con su fraude. Estos son los falsos apóstoles, obreros mendaces, que se transfiguran en apóstoles de Cristo, que sobresembraron cizaña sobre la buena semilla, estando dormidos los maestros de las Iglesias, y no queriendo o no pudiendo resistir a su malicia. Pero Jacob e Israel, de quien el Señor tuvo misericordia y a quien eligió, dice estas cosas todavía al diablo, o como quieren los Setenta, acerca del diablo, esto es, no a la segunda persona, sino a la tercera.

(Vers. 13, 14.) Tú que decías en tu corazón: al cielo subiré, sobre las estrellas de Dios ensalzaré mi solio: me sentaré en el monte del testamento, en los lados del Aquilón: subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo.

O bien decía esto antes de caer del cielo, o después de que cayó del cielo. Si todavía estaba puesto en el cielo, ¿cómo dice: subiré al cielo (Sal. 113, 16)? Pero porque leemos: El cielo del cielo es para el Señor, cuando estaba en el cielo, esto es, en el firmamento, deseaba subir al cielo donde está el trono del Señor, no por humildad, sino por soberbia. 252 Pero si después de que cayó del cielo dice estas palabras, debemos entender su arrogancia, que ni aun precipitado descansa, sino que todavía se promete a sí mismo grandes cosas, no para estar entre las estrellas, sino para estar sobre las estrellas de Dios. Y aunque el Señor diga a los apóstoles: Bástale al discípulo ser como su

maestro, y al siervo como su señor (Mat. 10, 25), y diga al Padre: Padre santo, da que así como yo y tú somos uno, así también estos sean uno en nosotros (Jn. 17, 11): aquel tanto se arroga, que jacta que pondrá su solio sobre las estrellas del cielo, las cuales no cayeron. Y lo que añade: Me sentaré en el monte del testamento en los lados del Aquilón; en lugar de lo cual los Setenta tradujeron: en el monte sublime, sobre los montes excelsos, que están al Aquilón, refirámoslo a aquello que se dice en Jeremías: Del Aquilón se encenderán los males sobre todos los habitantes de la tierra (Jer. 1, 14). Y que la olla hirviente se enciende desde la faz del Aquilón. Este es el Aquilón, viento durísimo, del cual quiere el Señor librar a sus cautivos y reducirlos a la ciudad santa diciendo: Diré al Aquilón, trae; y al Áfrico, no lo prohíbas, trae a mis hijos de tierra lejana (Is. 43, 6). Pero aquello que puede ser contrario a esto: los montes de Sión, los lados del Aquilón, la ciudad del gran rey, se resuelve fácilmente. Pues estos que antaño eran durísimos en los lados del Aquilón, después por la penitencia empezaron a estar en la ciudad de Dios. Siempre un Lucero de esta clase busca subir sobre aquellos que tienen la imagen de lo celestial, y que brillan en la Iglesia como astros de Dios: y sentarse en el monte del pacto o testamento, esto es, en la Iglesia, que está colocada en lo sublime, y de los lados que antes eran del Aquilón posee habitantes. El cual hasta tal punto se ha olvidado de sí que quiere subir sobre las nubes, a las cuales mandó el Señor que no lluevan sobre Israel, y a las cuales llega la verdad del Señor, a quien

también habla Abdías: Si te hubiereis exaltado como águila, y entre los astros del cielo hubieres puesto tu nido, de allí te arrastraré, dice el Señor (Abdías, 4). Infeliz Judas, que era enviado como nube con los demás Apóstoles para que lloviera sobre Israel, y era como estrella entre las demás estrellas, a quienes el Señor decía: Brille vuestra luz delante de los hombres (Mat. 5, 16), por su propio vicio recibió al diablo como su jinete, el cual, para cumplir las palabras de soberbia, osó incluso decir: Seré semejante al Altísimo, para que así como Cristo tiene a sus Profetas y Apóstoles, así también yo tenga pseudoapóstoles. Pero todas estas cosas deben referirse a los herejes, quienes, estando abajo, con su príncipe se jactan de ser excelsos.

(Vers. 15.) Pero serás abatido hasta el infierno, al profundo del lago. Los Setenta: Pero ahora descenderás al infierno, y a los fundamentos de la tierra.

No descenderás al infierno espontáneamente —pues esto es propio del Señor Salvador, para liberar a los encadenados de los infiernos—, sino que serás abatido al infierno contra tu voluntad, para que tú, que por las virtudes podías subir a las alturas, por los vicios seas abatido a las penas. Los santos tienen alas de águila y alas de paloma, y pueden decir: Volaré y descansaré (Sal. 54). Pero los impíos y los semejantes a los egipcios, se sumergieron como plomo en las aguas vehementísimas, y se sumergieron en el profundo como piedra (Éx. 15). De donde también la iniquidad, o como mejor se tiene en el hebreo, la impiedad,

se ve sentada sobre un talento de plomo (Zac. 5). Por tanto, aquello que leemos en otra parte: Todo el que se ensalza será humillado (Luc. 18, 14), también lo padeció el rey de la confusión, para ser abatido a los fundamentos de la tierra, o como más verdaderamente se tiene en el hebreo, al profundo del lago. Sobre los fundamentos de la tierra se escribe en el Deuteronomio: Un fuego se ha encendido en mi furor, arderá hasta el infierno novísimo. Devorará la tierra y sus fundamentos (Deut. 32, 22), a saber, a aquellos que son terrenales. Sobre el lago también, que por él se signifiquen las profundidades del infierno, estos son los testimonios: He sido igualado con los que descienden al lago. Y: Me pusieron en el lago novísimo (Sal. 87, 5. 7). Pues como el lago recibe las aguas que a él descienden, así el infierno recibe las almas: a este lago descendió Banayas en tiempo de nieve y de frío, y mató en él a un león (2 Re. 23 y 1 Crón. 11). De donde también los herejes abandonan la fuente de agua viva, el Señor, y se cavan para sí lagos rotos que no pueden contener el agua. Sobre estos lagos, que no tienen el fervor del Espíritu Santo; ni son semejantes al profeta Jeremías, que según los intérpretes Setenta hablaba: Hallé agua caliente en el desierto (Jer. 2); sino que al enfriarse la caridad, perdieron el calor del Espíritu Santo: aquel es el lago del cual el mismo Jeremías habla: Como el lago enfría el agua, así la malicia enfría a los que la poseen (Jer. 6, 7). Y: Mi heredad se me ha hecho como el lago (o fosa) de un león en la selva: ha dado su voz contra mí, por eso la aborrecí (Jer. 12, 8).

Al profundo del lago, pues, será abatido, porque abandonó las fuentes del Señor y se hizo fosas; las cuales son anchas en el principio o entrada, y angostas en el fondo. En todas estas cosas, pues, entendamos que se dice del Lucero y del rey de Babilonia, o del diablo.

(Vers. 16, 17.) Los que te vean se inclinarán hacia ti, 254 y te observarán. ¿Acaso es este el varón que conturbó la tierra, que sacudió los reinos? ¿que puso el orbe desierto, y destruyó sus ciudades, y a sus encadenados no abrió la cárcel? O como tradujeron los Setenta: ¿a los que eran llevados no soltó?

Los que vean al rey babilonio Nabucodonosor —no con la intuición de los ojos, sino del corazón — haber caído del cielo a los infiernos, se inclinarán con humildad, la cual es contraria a la soberbia, y lo observarán diciendo estas cosas: ¿No es este el varón, o el hombre, que conturbó o concitó la tierra? Y el sentido es: El que había dicho: Seré semejante al Altísimo, y se jactaba de ser Dios, se convence de ser hombre, de quien en el salmo noveno, que es propiamente contra el diablo, se dice: Levántate, Señor, no se fortalezca el hombre (Sal. 9, 1). En el Evangelio: El hombre enemigo sobresembró cizaña (Mat. 13, 25). De donde leemos que se dijo a él y a sus socios: Yo dije, dioses sois, y todos hijos del Excelso. Pero vosotros moriréis como hombres, y caeréis como uno de los príncipes (Sal. 81, 6). Y al mismo se le dice bajo la figura del príncipe de Tiro: Por cuanto se ensalzó tu corazón y dijiste: Dios soy yo, en la habitación de Dios habité en el corazón del mar;

pero tú eres hombre y no Dios, y diste tu corazón como corazón de Dios (Ez. 28, 2). Este varón y este hombre conturbó a toda la tierra, a saber, a aquellos que oyen con Adán: Tierra eres y a la tierra irás (Gén. 3, 19), y sacudió los reinos o a los reyes, cuyo corazón está en la mano del Señor (Prov. 21). Sacudió, dice, no subvirtió. De donde también uno de estos que habían sido sacudidos, y sin embargo no habían caído, hablaba: Pero mis pies casi se movieron (Sal. 72, 2). Y el apóstol habla a los creyentes, para que tomen la armadura de Dios y estén contra las insidias del diablo (Ef. 6). Pero la casa que está fundada sobre piedra no es sacudida por ninguna tempestad (Mat. 7). Sigue: El que puso el orbe de las tierras desierto, o como según el hebreo, fuera de los Setenta, todos los demás tradujeron: como desierto. Pues con los vicios y pecados al orbe, que en hebreo se dice THEBEL, lo puso como desierto, para destruir sus ciudades. Lo que sigue: Y a los cautivos, o a los que eran llevados prisioneros, no abrió la cárcel, retorcemos el sentido al diablo, que no abre la puerta de la penitencia a los pecadores: de los cuales habla también el Profeta: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas, y cuyos pecados han sido cubiertos (Sal. 31, 1). Pero por justo juicio aquel que a otros tenía en cadenas, él mismo es empujado a las cadenas, y así como no quiso abrir la cárcel, así él mismo es encerrado en el lago.

(Vers. 18, 19.) Todos los reyes de las naciones, todos durmieron en gloria, cada uno en su casa. Pero tú eres arrojado de tu sepulcro como una ra-

ma rechazada: poluto, envuelto con los muertos y los atravesados por la espada, que descienden a las piedras del lago. Los Setenta: Todos los reyes de las naciones durmieron en honor, el hombre en su casa. Pero tú serás arrojado en los montes como un aborto, abominable, y envuelto con los muertos por la espada que descienden a los fundamentos de la tierra.

Los reyes de las naciones a quienes Dios, según el Cántico del Deuteronomio, había confiado las naciones para ser gobernadas (Deut. 32), los cuales fueron sacudidos por Nabucodonosor y, sin embargo, no subvertidos, en los cuales de ningún modo reina el pecado; sino que, porque su corazón estaba en la mano de Dios, mínimamente cayeron. Pues así como el Salvador es llamado Dios de dioses, así también Señor de los que dominan y Rey de reyes. Estos reyes, pues, todos descansaron en su gloria, cada uno en su casa. Pues diversas son las mansiones en casa del Padre (Jn. 14): y según la variedad de las virtudes, hay diferencias de habitaciones. Por lo demás, Nabucodonosor fue arrojado de su sepulcro, ni en la muerte descansó de los tormentos. Fue arrojado, pues, como podre, que en hebreo se dice NESER, la cual Aquila interpretó como ícor, a saber, tabes y hedor, la cual Símaco llamó éctroma, esto es, aborto, los Setenta muerto, Teodoción germen: aunque esta misma palabra arriba (Cap. 11, 1), donde leemos acerca de Cristo: Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una flor de su raíz subirá, los Setenta la interpretaron como flor, Teodoción como germen, Aquila como acrémona, esto es, renuevo.

Pero propiamente Neser se llama al renuevo que nace a las raíces de los árboles, y arrancado por los agricultores es arrojado como inútil, de donde nosotros también tradujimos estirpe inútil. Por tanto, Nabucodonosor, como estirpe inútil preparada para el incendio, o como 256 podre poluta, y envuelto con estos que por él fueron muertos por la espada y descendieron hasta los fundamentos del lago, será abatido al profundo, y ni aun con estos a quienes mató tendrá el consorcio de la sepultura. Pues de una pena es el autor del delito, y de otra el que pecó involuntariamente. Y a los demás que mueren se les da en cierto modo un descanso: pero al autor del error y príncipe de la maldad, ni siquiera con aquellos otros por cuya causa él mismo pereció tendrá un tormento igual en el lugar penal; sino que con mayor tormento será atormentado, porque fue el autor de su calamidad.

(Vers. 20.) Como cadáver podrido no tendrás consorcio ni aun con ellos en la sepultura. Pues tú destruiste tu tierra, mataste a tu pueblo. Los Setenta: Como vestidura mezclada con sangre no será limpia, así tampoco tú serás limpio, porque perdiste mi tierra y mataste a mi pueblo.

Puesto que distan mucho entre sí el hebreo y la edición de los Setenta, discurramos por separado sobre cada uno. Como cadáver podrido, o como tradujo Aquila, pisoteado, no tendrás el consorcio de la sepultura ni aun con estos a quienes mataste. Pues tú eres el maestro, aquellos fueron los discípulos: y a quien más se le confió, más se le exige. Pues tú destruiste tu tierra, mataste a

tu pueblo, a saber, a aquellos que te fueron confiados para ser gobernados. De donde se atreve a decir al Salvador: Todo esto me ha sido entregado, y te lo daré si postrado me adorares (Mat. 4, 9). Pero sobre el cadáver podrido del diablo, por la magnitud de los pecados no podrá dudar quien haya leído que el pecado es fetidísimo, diciendo el mismo pecador: Se pudrieron y se corrompieron mis cicatrices a causa de mi insensatez (Sal. 37, 6). Por el contrario, la virtud es de buen olor: de donde también el amor de los hermanos espirituales se compara con el ungüento que desciende sobre la barba, la barba de Aarón, y sobre la orla de su vestidura (Sal. 132). Y el esposo habla a la esposa: 257 Tu olor es suave y tu rostro hermoso (Cant. 2, 14). Pero cómo el cadáver del diablo es espiritualmente pisoteado, nos lo enseña aquello del apóstol: Dios quebrantará a Satanás bajo vuestros pies velozmente (Rom. 16, 20). Y las palabras del Señor que dice: Como el lodo de las plazas los borraré (Sal. 17, 43). Este, porque perdió la tierra que se le había confiado y degolló al pueblo encomendado, no reservándolos vivos para Dios sino preparándolos como socios de su propia sepultura, por eso no será ni se llamará para siempre semilla de los malísimos. Por lo demás, según los Setenta tiene este sentido: oh Lucero que nacías por la mañana, que cuando tenías obras de virtud y de luz eras vestidura de Dios, y de ti se podía decir: Revestido de luz como de una vestidura (Sal. 103, 2), después de que derramaste sangre y como homicida perseguiste a los santos, tu vestidura se polluyó con sangre y de ningún

modo podrá ser limpia. Pues mudaste cruor por cruor; y porque destruiste mi tierra y mataste a mi pueblo, de ningún modo serás limpio, sino como vestidura teñida en sangre.

(Vers. 21, 22.) Semilla de los malísimos, preparad a vuestros hijos para la matanza por las iniquidades de sus padres: no se levanten ni hereden la tierra, ni llenen la faz del orbe de ciudades. Y me levantaré sobre ellos, dice el Señor de los ejércitos: y perderé el nombre de Babilonia y las reliquias, y el germen y la progenie, dice el Señor de los ejércitos. Los Setenta: Semilla malísima, prepara a tus hijos para la matanza por el pecado de tu padre: para que no se levanten y posean la tierra, y llenen la tierra de ciudades. E insurgiré contra ellos, dice el Señor de Sabaoth: y dispersaré su nombre y las reliquias y la semilla.

En lugar de la semilla malísima que tradujeron los Setenta, en el hebreo está escrito ZERA MRIM, que los demás interpretaron como semilla de los malísimos. No porque la semilla misma sea mala por sí misma: pues Dios hizo todas las cosas buenas (Gén. 1); sino que de estos que por su propia voluntad son malísimos, la semilla nacida es mala, lo cual sucede por la voluntad, no por la naturaleza. De donde también en Daniel leemos: Semilla de Canaán y no de Judá (Dan. 13, 56). Y sobre los hijos buenos dice el apóstol: En Cristo Jesús por el Evangelio yo os engendré (1 Cor. 4, 15). En el Evangelio: A cuantos le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Jn. 1, 12). Pues todo el que comete pecado, del diablo es. A esta semilla, pues, se le manda que a sus

hijos, a saber, todos los pensamientos malísimos y las obras malas, los prepare para la matanza, los cuales han nacido de padres impíos, sin duda que significa las potestades contrarias. Estos hijos malísimos son degollados por eso en las iniquidades de sus padres, para que no se levanten más y posean la tierra, la cual ha de ser poseída y llenada por los santos, para que se construyan en ella las ciudades del Señor. Y porque no es de los hombres la victoria perfecta: Pues si el Señor no guardare la ciudad, en vano vigilarán los que la guardan (Sal. 126, 2), por eso el mismo Señor se levantará contra los hijos de los malísimos y dispersará de la confusión su nombre y las reliquias, y todo germen y progenie, 259 para que no broten más en las ciudades del Señor. Leemos en el Evangelio (Jn. 8) que el diablo desde el principio es mentiroso y el padre de ella, esto es, de la mentira. Pues siempre habla cosas falsas, y con sus hijos, o más bien con sus mentiras, mata a los que oyen sus palabras. Toda mentira, pues, y toda herejía ha nacido del diablo como padre: cuya semilla e hijos manda Dios que sean preparados para la matanza, para que no se levanten más y pretendan poseer el reino del mundo.

(Vers. 23.) Y la pondré en posesión del erizo, y en lagunas de aguas: la barreré con escoba desgastándola, dice el Señor de los ejércitos. Los Setenta: Y pondré a Babilonia desierta, dice el Señor, de modo que habiten en ella los erizos, y será para nada. Y la pondré como vorágine de lodo, para perdición.

Cuando el Señor de los ejércitos haya perdido el nombre de Babilonia y las reliquias, y el germen y toda la progenie, no estará contento con su perdición, si no la diere en posesión del erizo y en lagunas de aguas, y la barriere no ligera y fortuitamente, sino desgastándola para que nada de sus antiguas suciedades resida en ella. En los Hechos de los Apóstoles se escribe (Hech. 10 y 11), en aquel vaso de lienzo que colgaba del cielo bajado por sus cuatro puntas, que se contenían todos los géneros de cuadrúpedos, y de reptiles y de volátiles, lo cual después el apóstol discurriendo, dice: Dios me mostró no llamar a ningún hombre inmundo. Las costumbres, pues, de los hombres se mostraban en diversos animales, al igual que los fariseos y saduceos por su malicia son llamados razas de víboras, y por sus engaños Herodes es llamado zorra (Luc. 3 y 13); y los lujuriosos e inclinados al placer son llamados caballos, que relinchan tras las mujeres (Jer. 5): Y no os hagáis como el caballo y el mulo, en los cuales no hay entendimiento (Sal. 34). Por el contrario, los inocentes son llamados palomas y ovejas. Por tanto, según la doctrina del Señor Salvador, que llamó espinas a las preocupaciones de este mundo y a la seducción de las riquezas, el erizo me parece ser aquel que, según el apóstol, se alegra en la incertidumbre de las riquezas (1 Tim. 6), y confía estar armado no con la armadura de Dios, sino con las espinas y los pecados de este mundo, a quien muy rectamente se le dice aquello evangélico: Necio, esta noche te quitarán tu alma; lo que preparaste, ¿de quién será? (Luc. 12, 20). Tales habitantes tie-

ne 260 Babilonia desierta de virtudes, donde no hay campo regadío que rinda frutos de diversas semillas, sino lagunas infértiles y limosas y lodosas, en las cuales reptan animales que se alegran en el cieno. Por lo cual el clementísimo Señor la barrió vehementísimamente desgastándola, y como con una cierta red purgando la congregación de suciedades, para que nada inmundo en ella ni de sus reliquias residiera. Esto hace diariamente en su Iglesia, cuando por los escándalos de los herejes y por la confusión de los dogmas perversos barre su era, para que solo los granos limpios permanezcan en ella.

(Vers. 24, 25.) Juró el Señor de los ejércitos diciendo: Si no como pensé así será, y como traté en mi mente así sucederá, que quebrante al asirio en mi tierra, y en mis montes lo pisotee. Y será quitado de ellos su yugo, y su carga será quitada de su hombro.

Después de que el erizo haya habitado en la Babilonia desierta, y en lugar de campos regadíos y fértiles las lagunas lo hayan cubierto todo, de modo que nada de la antigua semilla y abundancia resida en Babilonia, se cumplirá el juramento del Señor y sucederá lo que trató en su mente, que sea quebrantado el asirio en su tierra y en sus montes sea pisoteado. Pues el enemigo temerario no sólo se apresura a ocupar la tierra de Dios y todas las cosas más humildes, sino también a aquellos que en la servidumbre de Dios han progresado en las virtudes, de modo que sean comparados con los montes y se diga de ellos: Sus fundamentos en los montes santos (Sal. 86, 1). Y

nota la propiedad. En la tierra es quebrantado; en los montes de Dios por el mismo Señor es pisoteado. Pues cuando todos los enemigos hayan sido puestos bajo los pies de Cristo, de modo que el último enemigo en ser destruido sea la muerte, entonces será quitado de los santos el pesadísimo yugo del asirio, con el cual antes los había oprimido, y la carga —o como tradujeron los Setenta κῦδος, esto es, gloria— será quitada de su hombro, para que, quitado el yugo de los asirios, vean el descanso, porque es bueno, y la tierra, porque es uberrima, y sometan sus cervices al yugo de Cristo para trabajar, y se hagan hombres agricultores. De donde también Isacar, que se interpreta «hay una recompensa», recibió su nombre de las virtudes. Y en el Profeta leemos: Hay recompensa para los que sirven al Señor (Jer. 31, 16); y en otro lugar: He aquí el Señor, y su recompensa 261 con él (Is. 40, 10), el cual dará a cada uno según su obra. Que sean quebrantados y pisoteados los asirios, esto es, las potestades contrarias, también lo enseña aquello del Evangelio: He aquí que os he dado potestad de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda la virtud del enemigo (Luc. 10, 19). Y las palabras del apóstol atestiguan: Dios quebrantará a Satanás bajo vuestros pies velozmente (Rom. 16, 20).

(Vers. 26, 27.) Este es el consejo que pensó sobre toda la tierra, y esta es la mano extendida sobre todas las naciones. Pues el Señor de los ejércitos lo decretó, ¿y quién podrá debilitarlo? Y su mano está extendida, ¿y quién la apartará? En lugar de toda la tierra, los Setenta interpretaron

«todo el orbe» al final de la carga o visión contra Babilonia. Lo que estaba oculto se abre: que Dios ha pensado un consejo sobre toda la tierra, esto es, el orbe de las tierras, y no sólo contra la tierra de los caldeos y el rey asirio y caldeo; y su mano extendida o elevada sobre todas las naciones, y no sobre una sola nación babilonia. De lo cual se muestra que todo lo que se ha dicho no pertenece a una provincia en especial, sino contra el orbe de las tierras en general. Y lo que se dice: ¿Quién podrá debilitar, y quién la apartará?, no debemos tomarlo como algo difícil, al igual que se lee aquello: ¿Quién es sabio y entenderá esto? (Sal. 106, 43) ¿Y quién, piensas, es el dispensador fiel y prudente? (Luc. 12, 52) y otras cosas semejantes a estas; sino como algo imposible. Pues nadie podrá debilitar el consejo del Señor, ni apartar su mano extendida o sublime para que no hiera.

(Vers. 28 y ss.) En el año en que murió el rey Acaz, se hizo esta carga. No te alegres, Filistea toda tú, porque se ha quebrantado la vara de tu golpeador. Pues de la raíz de la culebra saldrá un basilisco, y su semilla un absorbente volátil. Y serán apacentados los primogénitos de los pobres, y los pobres descansarán confiadamente, y haré perecer de hambre tu raíz, y mataré a tus restos.

Setenta: El año en que murió el rey Acaz se hizo esta palabra: No os alegréis, extranjeros todos, pues se ha quebrantado el yugo del que os golpeaba. Puesto que de la semilla de la serpiente saldrán las crías de los áspides, y de sus crías saldrán serpientes aladas. Y los pobres serán apacentados por él, y los hombres pobres

descansarán en paz. Pero matará en el hambre tu semilla, y asesinará a tus restos.

Muerto Acaz, que se interpreta como kataschesis, esto es, obtención o posesión, a quien leemos que fue un rey impidísimo, se produce este peso sobre los filisteos, o palabra. Pues mientras él vivía y reinaba en los pecadores, ni podía producirse un peso contra los extranjeros, ni la palabra de Dios podía llegar al Profeta. Lo cual ciertamente recuerdo haber dicho antes, cuando muerto Ozías, Isaías vio al Señor sentado sobre un trono excelso y elevado. Y en el Éxodo leemos (Éx. 2), que después de que murió el rey de Egipto, los hijos de Israel gimieron por sus trabajos, y clamaron, y subió su clamor desde los trabajos, y el Señor escuchó sus gemidos. Pues si no fuera místico lo que se decía, más bien debieron haber clamado mientras él reinaba, cuando servían al lodo y a los ladrillos.

Se prescribe, pues, a los filisteos, a los que ahora llaman palestinos, y siempre son traducidos por los Setenta como allophyloi, esto es, extranjeros; y se les dice que no se gocen ni se alegren porque hayan quebrantado la vara, o el yugo de su golpeador (Heb. 12, 6). Pues a quien el Señor ama, lo reprende, y castiga a todo hijo que recibe. Y Dios nos instruye como a hijos cuando visita con la vara nuestras iniquidades, y con azotes nuestros pecados, para no quitar de nosotros su misericordia (Sal. 88). Esta es la vara que ha sido quebrantada, o el yugo del que los golpeaba: cuyo yugo puesto sobre todo creyente no se suelta por mérito propio, sino por la clemencia de Dios. Ni

deben gozarse y exultar como si ya no temieran al castigador; porque de la raíz de la culebra, esto es, del diablo, saldrá un basilisco, o más bien según los Setenta, crías de áspides, e hijos, o como dijimos antes, su semilla volante; esto es, que domina libremente en el espacio de este aire, al cual el apóstol llama príncipe de la potestad del aire (Ef. 2, 2).

...de la corrección, que fue quebrantada en la venida del Señor; y los hebreos dicen que, viviendo Acaz, los filisteos que eran tenidos cautivos por los judíos, muerto él, y languideciendo su sucesor Ezequías, prorrumpieron y recorrieron las ciudades de Judea, y de la soledad de ellas se hicieron un asiento para sí. A los cuales se les dice: No os alegréis, porque aunque Acaz haya muerto, el cual os tenía cautivos, sin embargo de su raíz, esto es, de la semilla de Jesé y de David, saldrá Ezequías, el cual os será tan nocivo como el basilisco a la culebra; y de su semilla, esto es, de Ezequías, nace Manasés, el cual os será mucho peor, y devastará todas vuestras cosas. Pero esto dicen los hebreos.

Nosotros, en cambio, digamos que de la semilla de los judíos, que antaño golpeaban a los filisteos, esto es, a los heréticos, con la vara de la corrección, después de que aquella vara fue quebrantada en la venida del Salvador, y después de la culebra, salió el basilisco, y su semilla un absorbente volátil: el cual consume a todos los que tenían dogmas ligeros y sentencias que revoloteaban por los aires, por la virtud de su espíritu. Y entonces serán apacentados los primogénitos

de los pobres, y los pobres descansarán confiadamente, de los cuales también leemos en el Evangelio: Bienaventurados los pobres de espíritu (Mat. 5, 3). Pues no son estos los pobres del siglo, sino los pobres de Dios, que no tienen las riquezas de los heréticos, sino que están contentos con la pobreza evangélica. Y entonces la raíz de los extranjeros perecerá de hambre, y sus restos serán muertos. Lo cual también leemos en Zacarías: Y quitaré su sangre de su boca, y sus abominaciones de en medio de sus dientes, y quedará él también para nuestro Dios (Zac. 9, 7).

(Vers. 31, 32.) Aúlla puerta, clama ciudad: postrada está Filistea toda. Pues del Aquilón viene el humo: y no hay quien escape a su tropa. ¿Y qué se responderá a los mensajeros de la nación, porque el Señor fundó a Sión, y en él esperarán los pobres de su pueblo?

En lugar de «mensajeros», esto es, «Ángeles», que sólo Símaco tradujo, todos interpretaron «reyes», engañados por la ambigüedad de la palabra, porque excepto por una letra ÁLEF, que se añade en el vocablo de los Ángeles, «reyes» y «Ángeles» son llamados con el mismo nombre entre los hebreos, esto es, MALACHE (Reyes, Ángeles). En el libro de los Nombres Hebreos encontré que filisteos se interpreta como «caídos de la copa». Por lo tanto, aquellos que se han embriagado con el cáliz de Babilonia, y han bebido el vino en el cual está la lujuria; y que entre otros vicios por causa de la embriaguez no hayan alcanzado el reino de Dios según el Apóstol (Ef. 5), a estos se les prescribe que su puerta aúlle

y clame la ciudad. La puerta, considero que es la boca de los heréticos, con la cual blasfeman; la ciudad, el alma, que es tesoro de malos pensamientos. Esta debe aullar y lamentarse, porque toda está postrada, y arrojada por tierra, y nada hay en ella de sana inteligencia y de la sabiduría de Dios.

¿Por qué aúlla la puerta? ¿Por qué causa clama la ciudad? Porque postrada está toda Filistea. Y por qué esté postrada, el verso siguiente lo muestra: «Del Aquilón viene el humo, y no hay quien escape a su tropa». Ese humo es levantado por los ardientes dardos del diablo, el cual es nocivo para los ojos y contrario a la luz, y nace del Aquilón, desde donde en Jeremías se enciende la olla (Jer. 1, 14), y desde donde se inflaman los males sobre todos los habitantes de la tierra, que no pueden decir: Soy colono y peregrino, como todos mis padres (Sal. 118, 19); sino que habitan en la tierra. De donde también en los Proverbios se lee: Aquilón, viento duro (Prov. 25, 23; Eclo. 43). Con otro nombre es llamado «derecho», el cual, aunque por sí mismo sea duro y siniestro, y con cerviz durísima no quiera recibir el yugo de Dios, es llamado derecho por aquellos que ponen lo dulce por amargo, y lo amargo por dulce; que ponen las tinieblas por luz, y la luz por tinieblas. Y no hay nadie que escape a la tropa de este humo, y pueda evadir su peso. A esto los mensajeros, o reyes, o Ángeles de esta nación, que antaño habían sido mensajeros de Dios, y reyes, o ciertamente Ángeles, lo cual es mejor, responderán que el Señor fundó a Sión, y en él esperarán los pobres de

su pueblo: para que contra todas las insidias del diablo y la calígine de este humo, la cual impide los ojos contra el fulgor del sol, la piedra de la fe establezca los fundamentos en Sión.

...pueda escapar, sino aquel que se haya fortificado en el fundamento del Señor en el monte Sión, y no en sí mismo, sino en el Señor haya esperado. Pues a este suelen ser enviados los mensajeros, esto es, los Ángeles, a los cuales se les prescribe ser enviados: Id, Ángeles veloces (Is. 18), y los que respondan a los Ángeles sobre la prosperidad del pueblo cristiano, que en el monte de la Iglesia el pueblo pobre de Espíritu descanse. Puesto que también nuestro Salvador, habiendo regresado a los Ángeles y al Padre, refiere que la Iglesia está fundada, contra la cual las puertas del infierno no prevalecerán (Mat. 16). En el hebreo, en lugar de «mensajeros de la nación», está escrito malache goi, que también Símaco interpretó como «reyes de la nación». Pero ya dijimos que una sola letra ÁLEF media entre ellos. Se responderá, pues, a los reyes de la nación, esto es, a aquellos que poseen los dogmas heréticos y la sabiduría de este mundo, que no en el hombre, sino en el Señor está fundada Sión, y en ella los pobres de su pueblo, que no tienen ni las riquezas del siglo ni la belleza de la elocuencia, descansarán con mente segura y fiel.

(Cap. 15.---Vers. 1.) Carga de Moab. Setenta: Palabra contra Moabitis. Símaco y Teodoción: Asunción de Moab. Así como la circuncisión es tanto carnal como espiritual, y de la espiritual dice el Apóstol: Pues nosotros somos la circunci-

sión, los que en espíritu servimos a Dios, y nos gloriamos en el Señor, y no confiamos en la carne (Fil. 3, 3); y de nuevo para distinción del Israel espiritual, se dice del carnal: Ved a Israel según la carne (1 Cor. 10, 18); y: Vosotros gentes en la carne (Ef. 2, 11); así Moab debe ser tomado espiritualmente, el cual se interpreta como «del padre», o «agua paterna», concebido del incesto y la embriaguez, que de algún modo en ausencia, más bien ignorancia del padre, parecería haber sido generado. En muchos lugares de las Escrituras leemos sobre Moab, y especialmente en el volumen de los Números, cuando Balac rey de los moabitas invitó a Balaam el adivino para maldecir, quien entre otras cosas también profetizó esto místico contra Moab: Nacerá una estrella de Jacob, y se levantará un hombre de Israel, y herirá a los príncipes de Moab (Núm. 24, 17).

(Vers. 1). Porque en la noche fue devastada Ar, Moab calló; porque en la noche fue devastado el muro, Moab calló. Setenta: En la noche pereció Moabitis, pues en la noche pereció el muro de Moabitis. En lugar de AR, que sólo Teodoción puso así, como se lee en el hebreo, Aquila y Símaco interpretaron «ciudad», no considerando que entre los elementos hebreos ÁIN y RES no tenía la letra JOD, la cual si estuviera, rectamente se llamaría ciudad. La sabiduría secular, de la cual el Señor habla por el Profeta: Perderé la sabiduría de los sabios, y la prudencia de los prudentes reprobaré (Abd. 8; 1 Cor. 1, 19): porque tiene por autor a su propio sentido, que se genera de la condición de Dios, parece ciertamente nacer del padre, que

se interpreta Moab; pero porque es adúltero y adversario del pueblo de Dios, se genera del incesto, y de la cueva y de la noche. Por lo cual en la noche pereció, esto es, en el error sempiterno. Y los egipcios en el Mar Rojo en la vigilia matutina, que muestra el tiempo nocturno, fueron sepultados por las olas (Éx. 14). Y Lot, pereciendo los sodomitas en la noche, vino a Segor, y le nació el sol (Gén. 19).

Lo cual entendiendo el bienaventurado Apóstol escribe sobre los santos y perfectos (1 Tes. 5, 6-7): 'No somos de la noche, ni de las tinieblas, sino que somos hijos del día.' Pues los que duermen, en la noche duermen, y los que se embriagan, en la noche están ebrios. Nosotros, en cambio, que somos del día, vigilemos revestidos con la loriga de la fe y de la caridad. Y porque había dejado la noche, y ya había comenzado a ser hijo del día, habla a los creyentes: La noche pasó, y el día se acercó, caminemos como en el día con honestidad, no en comilonas y embriagueces, no en lechos y lujuria (Rom. 13, 12). Pereciendo, pues, la noche moabitide, también su muro, que fue construido con arte dialéctica, en la misma noche fue devastado y destruido, y calló con eterno silencio. Además Ar, que se interpreta como antidikos, esto es, adversario, muestra esto: que esta sabiduría, que es adversaria de Dios, siendo combatida por el sermón eclesiástico, fue superada.

(Vers. 2.) Subió la casa, y Dimón a las alturas en llanto. Setenta: Contristaos en vosotros mismos, pues perecerá Dimón, donde está el altar: allí subiréis a llorar. Toda casa de la sabiduría

adversa, y Dibón, que se interpreta como «flujo de ellos», subió a las alturas en las cuales se había enorgullecido: no para inmolar hostias, sino para lamentar aquello en lo que antes había pecado. Y a la verdad la mentira pasa a semejanza de un río, y fluye, y nunca puede consistir en una mansión estable. Pero la palabra de Dios, que es compacta, es estable. De donde también el maná, que parece como hielo sobre la faz de la tierra, no fluye, sino que consiste. Además según los Setenta, se manda a los moabitas dolerse y llorar, no sobre otros —pues esto es de los perfectos— sino sobre sí mismos, porque también su Dibón, esto es, el sermón compuesto que fluía a modo de torrente, ha de perecer: en el cual tenían como el altar de su consecration, y todas las riquezas seculares. De donde también en el salmo se dice: Si las riquezas fluyen, no pongáis el corazón. El principio de la salud es entender y llorar los propios pecados.

(Vers. 3 y ss.) Sobre Nabo y sobre Medaba aullará Moab: en todas sus cabezas calvicie, toda barba será rasurada. En sus encrucijadas están ceñidos de saco; y sobre sus techos y en sus plazas todo el mundo aúlla: descenderá en llanto. Y clamará Esebon y Eleale: hasta Jasa se ha oído su voz: sobre esto los moabitas aprestados aullarán: su alma aullará para sí. Mi corazón clamará a Moab: sus cerrojos hasta Segor, becerra de tres años; pues por la subida de Luith ascenderá llorando, y en el camino de Oronaim levantarán clamor de quebranto; pues las aguas de Nemrim estarán desiertas, porque se secó la hierba, faltó el germen, todo verdor pereció. Según la magnitud

de la obra, así también su visitación: al torrente de los sauces los llevarán; porque el clamor rodea el término de Moab: hasta Agallim su aullido, y hasta el pozo de Elim su clamor; porque las aguas de Dimón están llenas de sangre. Pondré, pues, sobre Dimón aditamentos para los que hayan huido de Moab, un león, y para los restos de la tierra.

Porque casi todo el sentido de esta profecía es uno solo, para no lacerarla proponiéndola por partes, la he puesto toda junta a la vez, y lo que me parece según la anagogía en cada punto, lo recorreré en un breve discurso. Nabo se interpreta como «sesión» o «profecía»; Medaba, «del bosque»; Esebon, «pensamientos»; Eleale, «ascensión»; Jasa, «hecho» o «mandato»; Segor, «pequeña»; Luith, «mejillas»; Oronaim, «agujero de dolor»; Nemrim, «leopardos» o «prevaricadores»; Agallim, «terneros» o «túmulos de arenas»; Elim, «carneros» o «fuertes»; Dimón, «suficiente dolor». Por lo tanto, puesto que todo dogma contrario a la verdad, que nace sin la inspiración de Dios del sentido humano en las tinieblas del error, fue devastado en la noche, y sus argumentos, que se entienden como muros, fueron destruidos por el discurso eclesiástico; de modo que han callado en eterno silencio, hasta el punto de que toda su facción se convirtió a la penitencia y a las lágrimas; sobre Nabo, esto es, la profecía y la sesión, esto es, sus maestros, y sobre Medaba, donde no hay árboles fructíferos, sino un bosque infértil en el que habitan las bestias, de lo cual está escrito en el salmo veintiocho: La

voz del Señor que sacude el desierto, y conmoverá el Señor el desierto de Cades (Sal. 28, 8): aullará Moab, esto es, el que es de padre, que es el príncipe de los herejes: para que en la cabeza de todos los herejes se haga calvicie; y en lugar del ornamento de la cabellera y de las vestiduras y de los Ángeles, cuyo ornamento eran, lleven cierta torpeza y nota de deshonra.

...está escrito: Voz del Señor que rompe los cedros, y entre otras cosas: Voz del Señor que sacude el desierto, y moverá el Señor el desierto de Cades (Sal. 28, 5. 8). En estos maestros, pues, y en estos bosques en los que no hay fruto, sino vicios de bestias, aúlle todo error moabitide: de modo que se golpeen los pechos, y en todas sus cabezas haya calvicie, mientras deponen sus antiguos pensamientos; y toda barba sea rasurada, con la cual antes parecían haber llegado a la edad varonil. En sus encrucijadas también, esto es, en los anchos caminos que llevan a la muerte, cíñanse de saco de penitencia; y sobre sus techos y en sus plazas, donde antes se enorgullecían, ahora todo aúlle y descienda en llanto. Pero también los pensamientos de Moabitis, esto es, Esebon, y su ascensión, con la que se había erguido contra la ciencia de Dios (Eleale), hasta el hecho o mandato de ellos (Jasa), resuenen con clamor de penitencia. Sobre esto, pues, Moab aprestado y preparado para la lucha de Dios, aúlle; y su alma aúlle para sí, no para otros, sino para sí lamentando sus pecados. Entonces el corazón de los santos y de los que predican la verdad clamará a Moab, para que puedan encontrar acceso desde la

pequeña Segor hacia los montes. Pues los cerrojos de Moabitis y todas sus fortificaciones hasta Segor, y la becerra de tres años —que los Setenta interpretaron como becerra de tres ayunos, esto es, de tres años— perecerán. También Luith, esto es, afeando sus mejillas con el llanto, el pueblo de Moabitis tenderá hacia lo superior; y en el camino de Oronaim, esto es, en el agujero del dolor, levantará clamor de quebranto. Pues todas sus aguas que antes sacaban de Nemrim, esto es, del leopardo y del prevaricador, estarán desiertas: porque se secó su hierba, y su germen faltó, y todo verdor pereció.

Pero el Profeta vaticina que deben llorar tanto que, según la magnitud de su obra y de sus pecados, se produzca la visitación de Dios; y sean llevados al torrente de los sauces, donde también el pueblo de Israel cautivo en Babilonia colgó sus instrumentos (Sal. 136). Allí, pues, el clamor de Moabitis rodeará el término; y hasta los terneros, o hasta los túmulos de arena, su aullido; y hasta los carneros o fuertes, esto es, hasta Elim su clamor. Qué sean las aguas de Dimón, esto es, de dolor suficiente, llenas de sangre, y qué sea lo que se dice: «Pondré sobre Dimón aditamentos», no es difícil de entender: a saber, que después de que por sus pecados hayan llegado a las lágrimas y al dolor, que se llama dolor suficiente, tendrán los aditamentos del Señor, que están en lo siguiente: «Emite al cordero dominador de la tierra» (Is. 16, 1); y que para los restos de la tierra domine el león de la tribu de Judá.

(Cap. 16.---Vers. 1.) Emite al cordero dominador de la tierra, de la piedra del desierto, al monte de la hija de Sión. Y será como ave que huye, y polluelos que vuelan del nido: así serán las hijas de Moab en el paso de Arnón. Inicia consejo, reúne consejo: pon tu sombra como la noche en el mediodía: esconde a los que huyen, y no traiciones a los vagos. Habitarán contigo mis prófugos, Moab sé escondrijo para ellos ante la faz del vastador. Pues se acabó el polvo, se consumó el mísero, faltó el que pisoteaba la tierra. Y se preparará en misericordia el solio, y se sentará sobre él en verdad en el tabernáculo de David: juzgando y buscando el juicio, y devolviendo velozmente lo que es justo.

Esto que hemos interpretado del hebreo: «emite al cordero dominador de la tierra», puede leerse así: «emite al cordero para el dominador de la tierra», con lo cual a saber no el mismo cordero sea dominador de la tierra, como interpretamos según la historia, sino que al dominador de la tierra deba ser inmolado un cordero. Este cordero, pues, que o bien él mismo es dominador de la tierra, o es inmolado al dominador de la tierra, es de la nación de los moabitas, y de los que hayan huido de Moab y hayan merecido tener por príncipe al león. Significa, pues, a Rut, de la cual fue generado Cristo (Mat. 1, 5), a quien llama piedra del desierto, porque según el precepto de Dios, los moabitas y amonitas, hasta la décima generación y hasta la eternidad no entran en la Iglesia de Dios (Deut. 23). Pero quien haya huido del desierto de Moab —para que de la profecía vol-

vamos a la anagogía— y despreciada la mentira, haya permanecido en el monte de la verdad, será como ave que huye; y como polluelos que vuelan del nido, para no ser devorados por las serpientes moabíticas. Así, dice, serán todas las hijas, esto es, las almas moabíticas, en el paso de Arnón, que se interpreta «iluminación de ellos»: cuando abandonados los errores hayan pasado a la ciencia de la verdad. Se dice, por tanto, al mismo Moab, o al que haya escapado de Moab: Nada hagas sin consejo (Prov. 13); ni te dejes llevar por todo viento de doctrina, sino sigue a aquel que es el Ángel del gran consejo (Ef. 4); y reúne consejo para que de los vagos y errantes hagas la Iglesia de Dios. Pon tu cobertizo como noche en el mediodía, para que en el fervor de los vicios protejas con tu sombra a los que se han refugiado junto a ti. Esconde a los que huyen y no traiciones a los vagos, esto es, a los que han huido de los errores moabíticos, recíbelos: para que no a los que aún se hallan en el error, como traidor los muestres a aquellos de los cuales huyeron, para que regresen a su antiguo error.

...culo también debe ser la fe en los montes santos, la cual como noche proporcione sombra en el mediodía: y de los vicios del siglo y errores de los heréticos, que son como sol abrasador del alma, la proteja y defienda; para que esconda a los que huyen, y no traicione a los vagos, y sea escondrijo de los moabitas ante la faz del vastador. Pues después de que aquel polvo haya sido acabado, y consumado el pecador, y haya faltado el que pisoteaba la tierra, entonces se preparará en misericordia el solio de Cristo, y se sentará so-

bre él en verdad en el tabernáculo de David, esto es, en la Iglesia; juzgando y buscando el juicio, y devolviendo velozmente lo que es justo.

(Vers. 6 y ss.) Hemos oído la soberbia de Moab: es soberbio en extremo. Su soberbia, y su arrogancia, y su indignación, más que su fortaleza. Por eso aullará Moab a Moab, todo el mundo aullará: a los que se alegran sobre el muro de ladrillo cocido, habladle de sus plagas: porque los suburbios de Esebon han sido desertados, la viña de Sabama. Setenta: Hemos oído la injuria de Moab: es sumamente contumelioso: su soberbia, y su injuria, y su furor no como tu adivinación: no así aullará Moab: puesto que en Moab todos aullarán: pero para los habitantes de Deseth meditarás: y no serás confundido: los campos de Esebon lamentarán la viña de Sabama. Con cuántas oscuridades esté este lugar envuelto según los Setenta Intérpretes, por ello es perspicuo, porque apenas puede leerse. Digamos, pues, según el hebreo: es costumbre de las Escrituras que, después de haber aliviado la desesperación de la mente humana con un anuncio alegre, de nuevo disuadan a los negligentes y a los que no quieren hacer penitencia con una conminación, para que la bondad de Dios no endurezca nuestro corazón. De lo cual pongamos un solo ejemplo. En el salmo ciento cuarenta y cuatro leemos: Suave es el Señor para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras (Sal. 144, 9). Y después de un poco: Sostiene el Señor a todos los que caen, y levanta a todos los abatidos. Los ojos de todos esperan en ti, Señor, y tú les das su comida en tiempo

oportuno. Y como hubiera premisado: custodia el Señor a todos los que lo aman; para no hacer negligente al oyente, añadió: Y a todos los pecadores dispersará. Puesto que, por lo tanto, consumado el Anticristo y su padre el diablo, que pisoteaba toda la tierra, se vaticinó que debía prepararse un solio en la misericordia, y aquel que ha de sentarse en el tabernáculo de David, desde la persona de los santos que han sido salvados de Moab, y por su experiencia aprendieron su soberbia, el profeta habla: «Hemos oído la soberbia de Moab», o «la injuria», como tradujeron los Setenta. Pues ¿quién de los heréticos no es soberbio? el cual, despreciando la simplicidad eclesiástica, tiene a los hombres de la Iglesia como si fueran brutos animales, y tiene tanto tumor de soberbia e injuria, que habla más de lo que puede demostrar, y se arroga lo que no tiene, y tiene por grande su indignación, sin saber que hay más en el tumor de la soberbia que en la fortaleza de las fuerzas. Por eso Moab aullará a Moab, y todo el mundo aullará: porque sus muros fueron edificados con ladrillos cocidos, en los cuales otros se alegran; y por ellos recibirá plagas: y los suburbios de Esebon, esto es, de sus pensamientos, estarán desiertos.

...soberbia e injuria se eleva, que piensa que toda la ciencia de este mundo y todas las naciones son superadas por su discurso. Por eso aullará Moab a Moab, esto es, toda su facción, y a los que se deleitan sobre el muro de ladrillo —esto es, frágil y disoluble— les contará sus plagas. Puesto que sus suburbios han sido hechos desiertos,

y su viña de Sabama, que parecía ensalzarse a cosas más altas, ha sido totalmente podada por los Apóstoles y hombres apostólicos, que son los Señores de las naciones.

(Vers. 9, 10.) Los Señores de las naciones cortaron sus azotes: hasta Jazer llegaron. Erraron en el desierto: sus sarmientos han quedado: pasaron el mar. Sobre esto lloraré en el llanto de Jazer la viña de Sabama: te embriagaré con mi lágrima, Esebon y Eleale: porque sobre tu vendimia y sobre tu cosecha irrumpió la voz de los que pisan. Y será quitada la alegría y la exultación del Carmelo: y en las viñas no exultará, ni jubilará: no pisará el vino en el lagar el que solía pisarlo: quité la voz de los que pisan.

Los suburbios de Esebon, de los cuales hablamos arriba, están desiertos, y la viña de Sabama, que puede interpretarse no sólo como «ensalzando la altura», sino también como «alguna conversión»: porque parece en la región moabítica querer convertirse en alguna parte a la servidumbre del Señor. Por lo tanto, de esta viña de Sabama, los Señores de las naciones, los Apóstoles y hombres apostólicos, cortaron totalmente los azotes y sarmientos, para que de unas herejías no nacieran otras, y se hiciera una multitud infinita de errantes. Y no sólo cortaron los sarmientos de Sabama, sino que llegaron hasta Jazer, que se interpreta «la fortaleza de ellos»: esto es, a todos los dogmas más fuertes de los heréticos, y construidos con arte dialéctica, en los que parecían tener la fuerza de su error; y hasta tal punto se enfureció su espada, que por

último erraban en la soledad, y no tenían a quién matar. Y aunque aquellos cortaron sus azotes, sin embargo por el vicio de la raíz pésima, algunos sarmientos permanecieron. Los Señores de las naciones, en cambio, pasaron el mar, esto es, las tentaciones de este siglo, de las cuales leemos en el salmo: Vine al profundo del mar, y la tempestad me sumergió (Sal. 68, 3); y en otro lugar: Los que descienden al mar en naves, haciendo operaciones en muchas aguas: ellos vieron las obras del Señor, y sus maravillas en el profundo (Sal. 106, 23). Estos, pues, pasaron el mar para contemplar las obras del Señor y sus maravillas en el profundo de las tentaciones, mientras son librados de ellas. Por lo cual el discurso profético lamenta la fortaleza de los heréticos, esto es, Jazer, y la viña de Sabama; que se ensalza contra la ciencia de Dios. Y te embriagaré con mi lágrima, Esebon —sus pensamientos, a saber— y Eleale, por los cuales ascienden a cosas excelsas. ¿Pero por qué lamenta a Jazer la viña de Sabama, y embriaga a Esebon y Eleale con sus lágrimas? Para que mientras él mismo llora, les enseñe también a ellos a llorar. «Porque», dice, «sobre tu vendimia y sobre tu cosecha irrumpió la voz de los que pisan». Pues la viña de los moabitas, por la vecindad del lugar, es tal cual es también la viña de los sodomitas, de la cual se dice: «Pues de la viña de los sodomitas es la viña de ellos, y su sarmiento de Gomorra» (Deut. 32, 32). Y en el salmo septuagésimo séptimo, leemos de la viña egipcia, que Dios hirió con granizo. Las cosechas moabíticas también nacen en los valles que se llaman de los

Rafaim: y su falsa vendimia es de la viña de la cual se dice arriba: «Los Señores de las naciones cortaron sus azotes». Pues estos trituran las uvas amarguísimas, y las pisan con sus pies, para que no se expriman de ellas los venenos del dragón, y todos los que beben sean matados. También será quitada la alegría y la exultación de los heréticos, con la que antes solían gozarse: para que después de que hayan hecho penitencia, merezcan oír: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (Mt. 5, 4). Y lo que añadió, «del Carmelo», significa esto: no que los heréticos tengan verdaderamente el Carmelo, esto es, la noticia de la circuncisión espiritual; sino que falsamente se jactan de tenerlo. Y cuando hayan sido cortadas las viñas, y quitada la alegría y la exultación de la ciencia de falso nombre: entonces no habrá ninguno de los antiguos pisadores que pise las uvas que antes había pisado: y su voz enmudecerá en eterno silencio.

(Vers. 11 sigs.) Sobre esto mi vientre sonará como cítara para Moab: y mis entrañas para el muro de ladrillo cocido. Y será cuando aparezca que Moab ha trabajado en sus lugares excelsos, entrará en sus santuarios para suplicar, y no prevalecerá. Esta es la palabra que habló el Señor a Moab desde entonces.

Destruido el error moabítico: más bien cambiada la falsa alegría en luto y lágrimas, mi vientre —el del profeta, que a semejanza de una cítara está compuesto por arte musical, y que concibiendo del temor de Dios, ha procreado muchos hijos, de modo que no hay ninguna

cuerda que no rinda su sonido— resonará el luto de Moab que hace penitencia: y todas mis entrañas para el muro de ladrillo cocido: por lo cual Teodoción interpretó «al muro disipado». Pues todas las protecciones de los contrarios, en las que antes confiaban, serán destruidas y caerán. Estas son, pues, las entrañas e interioridades del profeta, de las cuales también David decía en el Salmo: «Bendice, alma mía, al Señor, y todas mis interioridades su santo nombre» (Sal. 102, 1). Pues así como la cítara no emite un sonido vocal y compuesto si al menos una cuerda se hubiera roto; así el vientre espiritual del profeta, si faltara en él una cuerda de las virtudes, no podrá resonar una dulce melodía; ni clamar con todas sus entrañas al muro de ladrillo. Es también sentencia de los filósofos que las virtudes están ligadas entre sí; y del Apóstol Santiago, que a quien faltara una, a este le faltan todas las virtudes. Mas cuando Moab comprenda que en vano trabajó en esos dogmas que antes pensaba excelsos, entrará en sus santuarios —no los que son santos por sí mismos, sino los que el errante arbitraba santos — y no podrá encontrar auxilio. O ciertamente, desierto el error de la mentira, intentará entrar en los santuarios de la Iglesia, para hacerlos suyos, y orar, y suplicar, pero no prevalecerá. Pues no inmediatamente como hayamos querido, podemos captar la virtud perfecta. Y lo que añade: «Esta es la palabra que habló el Señor a Moab desde entonces», sepamos que se ha devuelto un epílogo al proemio en el que había dicho, «la palabra contra Moab», o «la carga», de modo que lo que

allí había comenzado, aquí lo haya completado. «Desde entonces», sin embargo, ha de entenderse desde que comenzó a hablarle, para que todo lo que dijo sea una sola palabra de Dios, esto es, una sola sentencia. Por lo demás, según los Setenta que interpretaron: «Las interioridades del profeta como un muro renovado por Dios, y que él se avergüence», esto es, Moab, «y entre a las aras, y a aquellas cosas que han sido hechas a mano», así podemos discurrir de modo que digamos que siempre se renuevan las entrañas del profeta, y son hechas más fuertes por Dios, para que los adversarios se confundan, y comprendan que aquellas cosas que fueron fabricadas [Al. cosas fabricadas] por mano humana son vanas, y nada aprovechan para la salvación.

(Vers. 14.) Y ahora ha hablado el Señor, diciendo: En tres años, como los años de un mercenario, será quitada la gloria de Moab sobre todo su pueblo numeroso, y quedará un resto pequeño y módico, de ningún modo numeroso.

Los tres años en los que será quitada la gloria de Moab sobre todo su pueblo numeroso, o «muchas riquezas», como tradujeron los Setenta, han de ser entendidos místicamente. Pues así como la misericordia del Señor está en pesos y medida: así también los tormentos y suplicios tienen su medida, para que después de que hayan pasado tres años, en los cuales quedará un resto pequeño y módico, y de ningún modo numeroso, entonces deje de ser inglorioso. Y esto ha de notarse, que según la profecía de Ezequiel, cuando se cuentan días por años para Israel (Ez. 4), esto es, para las

diez tribus, que habían pecado más gravemente, se computan en las penas trescientos noventa años, como se contiene en el hebreo, no ciento noventa, como tiene la edición Vulgata: y para Judá, en el cual estaba el Templo de Dios, cuarenta años. Pues el que es pequeño merece misericordia: pero los potentes padecerán tormentos potentemente (Sab. 6, 7). Y el siervo que conoce la voluntad de su Señor, y no la hace, será azotado mucho (Lc. 12, 47). Moab, por lo tanto, porque era extraño, y no del pueblo de Dios, sino convertido habiendo dejado su error, quedará pequeño y módico e inglorioso no por muchos años, sino solo por tres. Estos son los años de los que leemos en otra parte: «Acordaos de los días del siglo» (Is. 46, 9), y de nuevo: «Pensé en los días antiguos, y tuve en la mente los años eternos» (Sal. 76, 6). Pues si Israel según la carne servía en sombras y ejemplares, y toda su solemnidad era tipo de las cosas futuras, ¿por qué no también los años del tiempo presente prefigurarían los tiempos futuros? Acerca de lo cual también leemos en otro lugar: «¿Qué haréis en los días de la asamblea, y en los días de la festividad del Señor?» (Os. 9, 5).

Y lo que se añade, «Como los años de un mercenario», muestra esto: que la falsa doctrina hace todas las cosas por lucro y beneficio. Pues todo mercenario, y el que no es pastor, de quien no son las ovejas, cuando ve venir al lobo huye, porque es mercenario, y las ovejas no le pertenecen (Jn. 10, 12-13). Por lo cual pienso que el advenedizo y el mercenario no comen de las cosas santas, ni los siervos son partícipes de las cosas santas. Pues no

por el amor del Señor, sino por la recompensa hacen todas las cosas, los que devoran las casas de las viudas, y traen sus propios rebaños, para vestirse con sus lanas y ordeñar su leche (Mt. 23, 14). Lo que hemos dicho de la doctrina mercenaria, refirámoslo a lo demás. Si doy limosna para ser glorificado por los hombres, ya recibí mi recompensa, y he de ser llamado mercenario. Si finjo que soy casto, y es otra cosa en mi conciencia, no tengo la gloria de mercenario, sino los suplicios de pecador. Y en la comparación de dos males, es un mal más leve pecar abiertamente, que simular y fingir santidad. Pero también en esto ha progresado Moab, que el que antes tenía muchos compañeros de su error, después es reducido a unos pocos; o el que antes era grande en las riquezas de los pecados, después de la penitencia es pequeño y pobre en malicia.

LIBRO SÉPTIMO.

El séptimo libro es el mismo que el segundo según la anagogía, o más bien el último. Pues en este termina la explicación tropológica de las diez visiones: el cual, cuando haya completado con tus oraciones, Eustoquio, y con la ayuda de Cristo, vendré al octavo, y explicaré ambas explicaciones por igual según los libros anteriores, hasta el cuarto.

(Cap. 17, Vers. 1.) La carga de Damasco. Símaco y Teodoción, «La asunción de Damasco»: los Setenta, «La palabra contra Damasco», añadiendo de su cosecha lo que hicieron al principio de Moab. Leemos por primera vez el nombre de Damasco en el Génesis, quien fue el siervo vernáculo de Abrahán antes de Isaac, y era considerado heredero, a no ser que fuera generado un hijo de Sara a partir de la promesa (Gén. 15). Se interpreta, sin embargo, ya sea como «beso de sangre», o «bebiendo sangre», o «sangre de cilicio», todas las cuales cosas convienen al pueblo de los gentiles, que antes de la fe de Cristo era amigo de la sangre y la crueldad, y hacía obras dignas de llanto y de cilicio. En el libro de los Días (2 Crón. 24) narra la historia que, cumplido el año, subió contra Joás rey de Judá el ejército de Siria, y vino a Jerusalén, e mató a todos los príncipes del pueblo, y envió todo el botín al rey de

Damasco, que había venido con pocos hombres: y Dios había entregado en su mano una multitud excesivamente grande, porque habían dejado al Señor Dios de sus padres: lo cual ha de ser considerado según la anagogía y como tipo de las cosas futuras, si somos capaces de referirlo al tiempo del advenimiento del Señor. Pues después del fin del año aceptable, en el cual fue predicado el Evangelio por el Salvador, subió de Damasco el ejército de las naciones con pocos hombres contra Judá y Jerusalén, que habían dejado al Señor: y se llevaron todas sus riquezas de la Ley y de los Profetas, y las enviaron al rey de Damasco, a saber, los hombres eclesiásticos y de la doctrina evangélica, quienes en comparación con todo el mundo, todavía entonces infiel, y con los judíos dispersos por todo el orbe, eran pocos; y sin embargo el Señor entregó Jerusalén en sus manos, porque habían abandonado al Hijo de Dios, que fue antes predicho por los profetas (Hech. 9). Por esta causa creo yo, tanto que Saulo —que después recibió el nombre de Pablo por la virtud — porque era celador de la Ley, fue a Damasco, y quiso luchar contra los creyentes de entre las naciones, y allí vencido, siguió a los que moraban en Damasco, para que desde allí subiera de nuevo a combatir a los judíos de Jerusalén. Ni le parezca a nadie que sea contrario si en el libro de los Paralipómenos se predican cosas alegres de Damasco, y ahora en Isaías cosas tristes: porque también del mismo Israel, que ciertamente es la porción de Dios, ahora se anuncian cosas adversas, ahora prósperas. Y así como se dice al Israel según la

carne, y a las naciones: «Vosotros naciones según la carne, que sois llamados prepucio por aquella que se llama circuncisión en la carne»: así al contrario existe el Israel según el espíritu, y existen las naciones según el espíritu, y entre las demás naciones está Damasco según el espíritu, para que no asintamos solo a las fábulas judaicas.

(Vers. 1 sigs.) He aquí que Damasco dejará de ser ciudad, y será como un montón de piedras en ruina. Las ciudades desiertas de Aroer serán para los rebaños, y descansarán allí, y no habrá quien los espante, y cesará el auxilio de Efraín, y el reino de Damasco, y las reliquias de Siria serán como la gloria de los hijos de Israel, dice el Señor de los ejércitos.

Como se ha demostrado en el título, por Damasco se significa la vocación de las naciones, que amaban o bebían sangre; las cuales, después de que hayan creído en Cristo, dejarán de ser ciudades de su antigua conversación, y serán como un montón de piedras en ruina. Pues así como los montones de piedras, que están dispersos en los campos, son comportados en un solo túmulo: así de todas las naciones el montón de los creyentes ha sido congregado en la ruina del pueblo de los judíos, cayendo ellos y surgiendo nosotros. Las ciudades desiertas también de AROER, esto es, mírice (tamarisco), serán para los rebaños eclesiásticos, para que las que los judíos desertaron, nosotros las habitemos: o bien, destruida la idolatría, sea edificado el Evangelio. Esto vemos que se ha cumplido también en nuestros tiempos: el Serapeo de Alejandría y el templo de Marnas

en Gaza han surgido como iglesias del Señor, y las ciudades de Aroer han sido preparadas para los rebaños evangélicos. Aroer, esto es, mírice, nace en lugares desiertos, según aquello que está escrito en la maldición de aquel hombre que confía en el hombre, y de cuyo corazón se aparta el Señor: «Será», dice, «como mírice en el desierto, y no verá el bien cuando venga; sino que habitará en la sequedad, en el desierto, en tierra de salinidad e inhabitable» (Jer. 17, 5-6). Otros, sin embargo, dicen que de este árbol se concitan «mistra», esto es, «odios», por artes maléficas. Por lo tanto, los que antes estaban en el desierto de los gentiles, y en el odio al nombre cristiano, servirán a los rebaños de Cristo, que descansarán en ellos, y no habrá quien los espante, porque el Señor habitará entre ellos, y estando presente el Pastor, no podrán temer al lobo.

Entonces cesará el auxilio de Dios de Efraín, que en este lugar se entienden como los escribas y fariseos, según la profecía de Oseas, que llama Efraín a los contrarios al pueblo de Dios (Os. 5 y 8). Y el reino cesará de Damasco, para que de ningún modo el pecado, y el príncipe del pecado el diablo, reine en Damasco, que antes amaba la sangre; sino que las reliquias de Siria, esto es, los que de entre las naciones creyeron, sean como antes habían sido los hijos de Israel, quitado de aquellos el reino de Dios y entregado a las naciones que hacen su fruto, tal como el Señor Dios de los ejércitos habló por todos sus profetas.

(Vers. 4-6.) Y será en aquel día, que se atenuará la gloria de Jacob, y la grasa de su carne enflaque-

cerá. Y será como el que congrega en la cosecha lo que hubiera quedado, y su brazo recogerá espigas, y será como el que busca espigas en el valle de los Rafaim. Y quedará en él como un racimo, y como el sacudimiento del olivo, de dos o tres olivas en la cima de una rama, o cuatro o cinco en las cumbres de su fruto, dice el Señor Dios de Israel.

Después de que las reliquias de Siria hayan sido como en otro tiempo había sido la gloria de los hijos de Israel, y por el delito de ellos la salvación fuera dada a las naciones, entonces se atenuará toda la gloria de los judíos, por la que eran gloriosos en todo el orbe, y la grasa de su carne enflaquecerá, no teniendo profetas, ni señales ni virtudes, ni el auxilio presente de Dios, ni la dignidad del sacerdocio: sino que todo el cuerpo de su nación se marchitará, y será reducido a nada. Y cuando se dice acerca de la vocación de las naciones: «La cosecha es mucha, pero los obreros pocos» (Mt. 9, 37), aquellos pobres recogerán las reliquias de la cosecha, que fueron salvadas por medio de los Apóstoles, y espigas raras, no de los montes y lugares elevados, sino en el valle de los Rafaim, esto es, en la vileza de la letra. Y considera que los Rafaim, que se interpretan «gigantes», al igual que Efraín arriba, significan a los fariseos y escribas. Finalmente, los Setenta, en lugar del valle de los Rafaim, interpretaron «el valle duro», para expresar la dureza del corazón judaico. De cuya humildad son elegidos como en el rastrojo las espigas y como en la vendimia los racimos, los que hubieran sido salvados: y como

el sacudimiento del olivo de dos o tres olivas, o cuatro o cinco. Pues cuando vino la percusión del pueblo de los judíos, aquel olivo del pueblo de Israel —que bajo Moisés tuvo seiscientos mil armados (Núm. 26), y bajo David, numerando Joab, un pueblo innumerable (2 Sam. 24)— apenas pudo ofrecer unos pocos frutos al Señor Salvador: dos olivas, Pablo y Bernabé; y tres olivas, Pedro, Santiago y Juan (Hech. 13), quienes también contemplaron al Señor transfigurado en el monte, y merecieron ir con el Señor a la hija del archisinagogo (Mt. 17). Mas cuatro y cinco olivas hacen los restantes nueve Apóstoles, en los cuales Matías obtuvo el lugar de Judas el traidor, quienes ciertamente por la diversidad de gracias, que nos es desconocida, fueron separados en cuatro y cinco olivas, para que demostraran en sí el número de los Evangelios y los volúmenes de la Ley, como predicadores de ambos Instrumentos (Hech. 1).

(Vers. 7, 8.) En aquel día se inclinará el hombre a su hacedor: y sus ojos mirarán al Santo de Israel. Y no se inclinará a las aras que hicieron sus manos, y a lo que trabajaron sus dedos: no mirarán los bosques y santuarios. En aquel tiempo, cuando del pueblo de Israel —al cual antes se decía: «Olivo fructífero te llamó el Señor tu Dios» (Jer. 11, 16); y de quien leemos en los Salmos: «Tus hijos como renuevos de olivo alrededor de tu mesa» (Sal. 127, 3)— por la sequedad de la gracia espiritual, apenas dos olivas, y tres, o cuatro, o cinco encuentre el Señor hambriento, entrará la plenitud de las naciones, y de ningún modo a los ídolos hechos a mano, sino a su Dios se inclina-

rán; y mirando al Santo de Israel, despreciarán las aras y los bosques y santuarios, sabiendo aquello que está escrito: «Toda plantación que no plantó el padre celestial, será erradicada» (Mt. 15, 13).

(Vers. 9, 10.) En aquel día las ciudades de su fortaleza serán abandonadas como los arados y las mieses, que fueron abandonados ante la faz de los hijos de Israel. Y será desierta, porque te has olvidado del Dios de tu Salvador, y de tu fuerte auxiliador no te has acordado. LXX: En aquel día tus ciudades serán abandonadas como abandonaron los amorreos y los heveos ante la faz de los hijos de Israel. Y serán desiertas, porque has abandonado a Dios tu Salvador, y del Señor tu auxiliador no te has acordado.

Al igual que bajo Moisés, y Josué hijo de Nun, los amorreos y los heveos, o las demás naciones que habitaban en la tierra de la promesa, abandonaron las rejas de arado, y las mieses, y los montones en los campos, y huyeron para no ser ocupados por los enemigos: así la tierra de Judea, y todas sus ciudades más robustas, devastando los romanos Judea y sitiando Jerusalén, fueron abandonadas por sus habitantes. Y se hace una apóstrofe a la misma tierra de Judea, esto es, a aquellos que habitaban en ella. Mas todo esto lo has padecido porque te has olvidado del Dios de tu Salvador, que se interpreta Jesús, a quien la Ley y los Profetas te anunciaban incesantemente que vendría: y de tu fuerte auxiliador, que siempre fue tu socorredor, no te has acordado. Por tanto, la causa de las ciudades desiertas de Judea es el olvido del Salvador, quien al principio de este

Profeta había dicho: «Israel no me conoció, y mi pueblo no me entendió».

(Vers. 11.) Por tanto plantarás una plantación fiel y sembrarás un germen ajeno. En el día de tu plantación la uva silvestre, y por la mañana tu semilla florecerá: ha sido quitada la cosecha en el día de la herencia, y dolerá gravemente. LXX: Por tanto plantarás una plantación infiel, y una semilla infiel, y en el día en que hubieres plantado, errarás. Mas si por la mañana hubieres sembrado, florecerá para la cosecha en el día de la herencia: cuando como el padre de un hombre da la herencia a sus hijos.

En lugar de lo que nosotros, siguiendo a Aquila y Símaco y los LXX, hemos interpretado como «en el día de la herencia», que en hebreo se dice BIOM NEHELA, puede leerse en hebreo «en el día pésimo». En lugar de lo que Aquila y Teodoción interpretaron como «y dolerá el hombre»: nosotros, enseñados por los hebreos, en lugar de «hombre», que en su lengua se dice ENOS, hemos interpretado ANUS, esto es, «gravemente»: sobre la ambigüedad de cuya palabra, si hubiere espacio en esta vida, disertaremos más plenamente en Jeremías, donde según los LXX se dice: «Y es hombre, ¿y quién lo conocerá?». Diré, pues, lo que me propuse: Porque te has olvidado, tierra de Judea, del Dios de tu Salvador, y de aquel que siempre te proporcionó fortaleza, no te has acordado; por tanto plantarás ciertamente una plantación fiel, o como Aquila y Teodoción interpretaron, hermosa; o como Símaco, buena, predicando a un solo Dios: pero sembrarás un germen

ajeno, no recibiendo al Padre, porque no recibes al Hijo. Pues quien cree en el Padre, cree también en el Hijo. Y porque sembraste un germen ajeno de blasfemia contra Jesús en las sinagogas de Satanás, por eso no vendimiarás la uva, sino la uva silvestre. Y cuando haya parecido florecer tu germen, y tener alguna sombra de piedad, mientras retiras a los hombres de los ídolos: sin embargo, cuando llegues a recoger los frutos en el día de la herencia dolerás gravemente, viendo que el pueblo de las naciones te es antepuesto. De donde también el Apóstol habla: «Tengo una gran tristeza, e incesante dolor en mi corazón. Pues yo mismo deseaba ser anatema de Cristo por mis hermanos, que son mis parientes según la carne, que son israelitas, de quienes es la adopción de hijos, y la legislación, y la gloria, y el testamento, y la promesa».

(Vers. 12 sigs.) ¡Ay!, multitud de muchos pueblos, como multitud de mar sonante; y el tumulto de las turbas, como el sonido de muchas aguas sonarán. Los pueblos como multitud de aguas inundantes sonarán: y él lo reprenderá, y huirá lejos, y será arrebatado como el polvo de los montes ante la faz del viento, y como el torbellino ante la tempestad. En el tiempo de la tarde, y he aquí la turbación: por la mañana, y no subsistirá. Esta es la parte de los que nos han devastado, y la suerte de los que nos despojan.

Arriba leímos bajo el nombre de Damasco la vocación de las naciones, y el rechazo de los judíos, y por los Apóstoles, y en los Apóstoles, la elección de unos pocos de entre los judíos

creyentes. Y puesto que en comparación con todo el mundo y con todas las naciones, una pequeña parte del pueblo creyó como cristiano, de quienes arriba se dijo: «Y las reliquias de Siria serán como la gloria de los hijos de Israel» (pues muchos son los llamados, pero pocos los elegidos (Mt. 22, 14)); y: «No es de todos la fe» (2 Tes. 3, 2): ahora consecuentemente se introduce no un llanto, sino un ay para estas naciones que no habían querido creer, y han perseguido al pueblo cristiano. Y se comparan a las moles de las olas y al mar bramante, y cuanto está en sí, deseando oprimir y ocupar todas las cosas. Pues los pueblos sonarán en los espectáculos de la lujuria teatral, y en la crueldad del anfiteatro, y en los furores del circo, como el sonido de aguas inundantes, cuando con voz consonante de impiedad blasfeman, y dicen que los cristianos sean arrojados a los leones y a las bestias, y otras cosas de este tipo. Pero bramando aquellos a semejanza del mar, el Señor reprenderá al autor de la sedición de ellos, y lo ahuyentará de su pueblo. Y como el polvo movido en los montes, cuanto más excelso es, tanto más fuertemente es arrebatado; y como el torbellino, que surge de la tierra, es llevado a lo sublime por una súbita tempestad: así también aquel, arrebatado, será separado del pueblo de Dios y huirá, para no ser relegado a los abismos. Y cuando llegare el día de la consumación, que se interpreta como tarde, entonces habrá turbación para quien conoce sus pecados. Y en el tiempo matutino, a saber, el día de la resurrección, no

subsistirá, lo cual los LXX tradujeron como «no será». Pero si no será, ¿qué responderá?

(Cap. XVIII — Vers. 1 sigs.) ¡Ay de la tierra del címbalo de alas, que está más allá de los ríos de Etiopía, que envía legados por mar, y en vasos de papiro sobre las aguas: id, Ángeles veloces, a la nación convulsa y despedazada: al pueblo horrible, después del cual no hay otro: a la nación que espera, que espera y es conculcada, cuyos ríos despojaron su tierra. Todos los habitantes del orbe, que moráis en la tierra, cuando se eleve la señal en los montes, veréis y oiréis el clamor de la trompeta. LXX: ¡Ay de la tierra de las naves de alas más allá de los ríos de Etiopía, que envías rehenes por el mar, y cartas biblinas sobre el agua. Pues irán nuncios ligeros a la nación excelsa, y al pueblo peregrino y pésimo, que está más allá de él: nación sin esperanza, y conculcada, ahora los ríos de toda la tierra son como la región que se habita [Al. será habitada]: será habitada la región de ellos, como si se elevara una señal desde el monte, y se oyera la voz de la trompeta.

He puesto ambas ediciones en una profecía oscurísima para que nada parezca faltar a los que quieren entender lo que está escrito. Y al mismo tiempo admiro vehementemente a aquellos que consideran que nuestra fe, y la esperanza cristiana, se contentan con la simplicidad, porque está escrito: «El mandato de Dios es lúcido, iluminando los ojos» (Sal. 18, 9): ni que debamos buscar más que se hagan las cosas que están mandadas: cuando por eso tanto toda la Escritura, como los Profetas especialmente, están envueltos en

misterios de las cosas futuras, para que nos provoquen al entendimiento, y a aquello que se dice en el Evangelio: «Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá». Puesto que, por tanto, según la historia y lo que se contiene en el hebreo, lo expuse en el quinto libro, ahora expondré lo que me parece según la anagogía. El prudente lector tal vez pregunte qué quiere decir [el profeta] en la Visión, o Carga de Damasco, por el címbalo de alas y lo demás que sigue. Después de que se habló de la vocación de las naciones, del rechazo de los judíos, y de la elección de aquellos que creyeron por los Apóstoles, y después de la multitud de las naciones y los perseguidores, que fueron comparados a los flujos del mar: seguía que el discurso profético anunciara también sobre las herejías que han vejado a la Iglesia, y hasta ahora la devastan, quienes, durmiendo el padre de familia, sobresembraron cizaña en el campo de la Iglesia (Mt. 13). Y se llaman címbalo, no teniendo la caridad de Dios, según aquello del Apóstol: «Si hablare las lenguas de los hombres y de los Ángeles: pero no tuviere caridad, he sido hecho como bronce que suena o címbalo que retiñe» (1 Cor. 13, 1). Y no solo címbalo que suena con sonido ronco, sino que por la ligereza del discurso herético que corre hacia diversas cosas, se llaman címbalo de alas, o según los Setenta, «alas de naves», que prometiendo grandes mercancías, navegan en los flujos de este siglo. Mas por alas de las naves, entiende las velas por las cuales son suspendidas y arrastradas. Y bellamente dijo alas de naves, pues todo herético promete cosas

excelsas, y jactándose de que tiene alas, sin embargo se queda pegado en los flujos salados, y no se aleja mucho de la tierra, y en medio del curso padece repentinamente naufragio. De donde Aquila, en lugar de címbalo, interpretó «la sombra de las alas», pues no tienen alas, sino la semejanza de las alas. Y lo que añade, «que está más allá de los ríos de Etiopía», significa esto: que en su impiedad todos los heréticos vencen. Por ejemplo: Dice Epicuro que no hay providencia, y que el placer es el máximo bien. En comparación con este, más criminal es Marción, y todos los heréticos que despedazan el Antiguo Testamento. Pues aunque admiten la providencia, acusan al Creador, y afirman que erró en muchísimas obras, y no lo hizo como debió haberlo hecho. Pues ¿a qué utilidad de los hombres pertenecen las serpientes, escorpiones, cocodrilos, y pulgas, chinches y mosquitos? Estos, pues, están más allá de los ríos de Etiopía, y envían legados al mar de este siglo, esto es, sus discípulos, quienes llevando sus volúmenes, rectamente se dicen llevar «vasos de papiro», esto es, de papel sobre las aguas, que se borran velozmente. Pues como los libros cerca de las aguas y la humedad pronto se oscurecen, se borran y perecen: así su discurso y doctrina, aunque al principio haya parecido poseer alguna fortaleza, pasa y se desliza. Por tanto, se dice a ellos por ironía: Oh Ángeles de los heréticos, id veloces. A quienes el bienaventurado apóstol Pablo llama falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se transfiguran en Apóstoles de Cristo (2 Cor. 11). E id a la nación arrancada y la-

cerada: arrancada de Dios, y despedazada por las mordeduras de los heréticos. Al pueblo horrible; pues nada es más horrible que la blasfemia, que pone su boca en lo excelso. Después del cual no hay otro pueblo: pues ciertamente todo pecado comparado con la blasfemia es más ligero. Nación que espera, que espera, y conculcada. Pues todos los heréticos se prometen a sí mismos cosas celestiales, y prometen cosas ingentes, y sin embargo son conculcados por los demonios. Cuya tierra despojaron los ríos, que no tienen aguas del cielo, sino de la tierra. Pues ¿qué rincón hay, qué extrema soledad de las tierras, a la cual no llegue el turbio discurso de los heréticos? Por tanto, todos los que habitan y moran en el orbe de las tierras, ante la señal de los heréticos, que se eleva como en los montes, erigen sus ojos, y oyen el clamor de la trompeta, esto es, de la doctrina de ellos. Esto según el hebreo.

Por lo demás, según los LXX se lamentan las alas de los heréticos, que a semejanza de naves vuelan por el mar de este siglo, y superan la impiedad de los étnicos [paganos], a quienes ahora la Escritura denomina etiopes: y se dice a su doctrina y discurso: Tú que envías libros al mar de este siglo, rehenes de tu perversidad, y cartas para engañar a los que han de leer. Marchan nuncios ligeros a la nación excelsa, y al pueblo peregrino y pésimo. Pues ninguno de los eclesiásticos tiene tanto estudio en el bien como los heréticos en el mal, y en ello piensan conseguir lucro, si engañan a otros, y perdidos ellos mismos pierdan a los demás. Mas la nación se llama excelsa por la

soberbia: y peregrina y pésima, porque es ajena a Dios. Verdaderamente nación sin esperanza, y conculcada, cuyos ríos en toda la tierra imitan la habitación de la Iglesia, para que hallen para sí hospicio y región en la cual eleven la señal de su doctrina, en la cual clamen con la trompeta de las Escrituras.

(Vers. 4 sigs.) Porque esto me dice el Señor: descansaré, y consideraré en mi lugar: como la luz del mediodía es clara, y como nube de rocío en el día de la cosecha. Pues antes de la cosecha todo floreció, y brotará una perfección inmadura, y sus sarmientos serán cortados con podaderas: y lo que hubiere quedado, será cortado, será sacudido. Y serán dejados juntos a las aves de los montes y a las bestias de la tierra, y en verano perpetuo estarán sobre él las volátiles, y todas las bestias de la tierra invernarán sobre él. En aquel tiempo se llevará un don al Señor de los ejércitos por un pueblo arrancado y despedazado, por un pueblo horrible, después del cual no hubo otro, por una nación que espera, que espera y conculcada, cuyos ríos despojaron su tierra, al lugar del nombre del Señor de los ejércitos, el monte Sión.

Descansa y contempla Dios en su lugar, o según Aquila, «en el firmamento», esto es, en la Iglesia, de la cual habla el apóstol Pablo: «Columna y firmamento de la verdad» (1 Tim. 3, 15). Mas contempla aquello que se hace en la Iglesia; y así como la luz del mediodía es clara, así lo recorre todo: según aquello que en el salmo dieciocho se dice según la anagogía sobre el sol de justicia: «Ni hay quien se esconda de su calor»

(Sal. 18, 7). Y como la nube de rocío en el día de la cosecha, y en el ferviente verano es gratísima, así el Señor refresca a los habitantes de su Iglesia, en cuya presencia todo florece. Y antes de que llegue el tiempo de la consumación —porque ahora conocemos en parte y profetizamos en parte— se hallarán muchos perfectos, de quienes habla el Apóstol: «Cuantos somos perfectos sintamos esto» (1 Cor. 13; Fil. 3, 15). Mas los sarmientos que son inútiles, serán cortados con podaderas, diciendo el Salvador en el Evangelio: «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el agricultor. Todo sarmiento en mí que no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo purgará, para que lleve más fruto» (Jn. 15, 1-2). Y lo que haya sido cortado, será dejado a las aves de los montes y a las bestias de la tierra. A las aves, que devastan lo sembrado junto al camino; y a las bestias, a las cuales se entrega el alma que no confiesa a Dios, de modo que quien haya sido cortado y arrojado por el Señor, y separado de su cuerpo, que es la Iglesia, tanto en verano como en invierno —esto es, en prosperidad y adversidad— sea mansión de volátiles y bestias. Mas así como estos que son inútiles e infructuosos en la Iglesia, son amputados y arrojados, para que un poco de levadura no corrompa toda la masa: así por el contrario puede suceder, que quienes habían sido engañados por el error herético, y arrancados del Señor y despedazados, y horribiles por la blasfemia, y esperando en vano mentiras, y conculcados por los demonios, y disipados en varias partes por los ríos, cuando se hayan acordado de su Dios, y

hayan abandonado a los peores maestros, ofrezcan un don al Señor de los ejércitos, no en otro lugar sino en el monte Sión, y en la atalaya, que se interpreta como la Iglesia. Decimos esto más brevemente, porque en el libro de explicación histórica ya dijimos muchas cosas.

(Cap. XIX.---Vers. 1.) La profecía sobre Egipto. Símaco y Teodoción: La asunción de Egipto. LXX: La visión de Egipto. Donde en hebreo está escrito MASSA MITZRAIM, que nosotros hemos traducido como La carga o el peso de Egipto; por lo cual Aquila tradujo ἄρμα [arma] de Egipto, podemos decir que, debido a que el profeta toma y lleva el yugo del Señor, resultó digno de ver o llevar la profecía de Egipto. Por lo cual me maravillo de que los LXX, tanto en Babilonia, interpretaran "Visión" en lugar de "Peso"; y en Filistea, y Moab, y Damasco, "Palabra"; y ahora en Egipto, "Visión" [Latín: Versionem]; cuando en hebreo, en todos estos, no se pone "Palabra" ni "Visión", sino MASSA, es decir, "Carga" o "Peso". Pero en cuanto a que Símaco y Teodoción siempre interpretaron "lemma", esto es, "asunción", debemos saber esto: que el profeta recibió del Señor la gracia espiritual para conocer los misterios de Egipto, o para mirarlos con los ojos de la mente, como tradujeron los LXX. Pero este no es aquel Egipto que los judíos piensan, como arbitró Josefo, quien refiere en los libros de las Antigüedades que el sacerdote Onías cumplió la profecía de Isaías, de modo que en el territorio de Heliópolis, que los egipcios llaman "nomo", construyó un templo a semejanza del Templo de Dios, y un altar. Pues sea así,

concedamos que esto se dijo de Onías y del altar que construyó en Egipto: ¿cuáles serán las cinco ciudades que en Egipto hablen la lengua cananea, de las cuales una, según los LXX, se llama Azedek; según otros intérpretes, la ciudad ARS o ARES, o la ciudad del sol? ¿Y quién será ese salvador que fue enviado a los egipcios para salvarlos, y para que los egipcios conocieran al Señor? ¿Cuándo lo adoraron en hostias y dones, y cumplieron sus votos? ¿Cuándo hirió el Señor a Egipto y lo sanó? ¿En qué tiempo podremos enseñar que se hizo, para que hubiera un camino de Egipto a los asirios, y entraran los asirios en Egipto, y los egipcios en los asirios; y sirvieran los egipcios a Asur? ¿Cuándo fue Israel el tercero en Egipto, y entre los asirios como una bendición en medio de la tierra: de modo que el Señor dijera: "Bendito sea mi pueblo de Egipto, y la obra de mis manos el asirio"? Está claro que estas cosas no pertenecen a aquel Egipto que los judíos estiman. Por lo tanto, podemos llamar "Egipto" a este lugar que habitamos, y al mundo que está puesto en la maldad; principalmente porque MITZRAIM, que se llama Egipto, se interpreta como ἐκθλίβουσα [ekthlíbousa], esto es, "atribulante", o "que reduce a la angustia". Sin embargo, debe saberse que muchas cosas de la "Carga de Egipto" o de la "Visión" pertenecen a la provincia de Egipto, la cual se habita y se ve hasta el día de hoy. Pero tanto en este como en otros lugares de las Escrituras se ponen muchas cosas que no podrían sostenerse según la historia, de modo que por la necesidad de las cosas

nos veamos obligados a buscar un entendimiento más elevado.

(Vers. 1 ss.) "He aquí que el Señor subirá sobre una nube ligera, y entrará en Egipto, y se moverán [Al. se conmoverán] los ídolos de Egipto ante su presencia, y el corazón de Egipto se derretirá en medio de él. Y haré que los egipcios concurran contra los egipcios, y luchará el hombre contra su hermano, y el hombre contra su amigo, ciudad contra ciudad, reino contra reino. Y se romperá el espíritu de Egipto en sus entrañas, y precipitaré su consejo; e interrogarán a sus ídolos y a sus adivinos, y a los espíritus de los muertos [pitones], y a los agoreros. Y entregaré a Egipto en manos de señores crueles, y un rey fuerte se enseñoreará de ellos, dice el Señor Dios de los ejércitos". He tratado la mayor parte de la profecía de Egipto, que Isaías tomó o vio, en la explicación histórica. Por lo tanto, ahora según la tropología, deben recogerse los puntos principales. El Señor sube sobre una nube ligera: el cuerpo de la santa Virgen María, que no fue agravado por ningún peso de semilla humana; o ciertamente su propio cuerpo, que fue concebido del Espíritu Santo. Y entró en el Egipto de este mundo; e inmediatamente todos los ídolos de Egipto fueron conmovidos: de modo que las adivinaciones y toda la fraude de la idolatría, que poseía el orbe engañado, se sintieron fracturadas; a tal punto que los Magos de Oriente, enseñados por los demonios, o según la profecía de Balaam (Núm. 24) entendiendo que había nacido el Hijo de Dios, que destruiría todo el poder de su arte, vinieron a Belén, y mostrándoles la

estrella, adoraron al niño (Mat. 2). Entonces todo el corazón de Egipto se consumió, y los egipcios se levantaron contra los egipcios, según aquello que el Señor habla en el Evangelio: "No penséis que he venido a traer paz a la tierra: no he venido a traer paz, sino espada. Porque he venido a dividir al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra" (Mat. 10, 34 ss.). En aquel tiempo también se cumplió aquello: "Los enemigos del hombre son los de su propia casa" (Miq. 7, 6). Y luchará el hombre contra su hermano, y el hombre contra su amigo. Pues estuvieron separados en una misma casa, dos contra tres, y tres contra dos, y se dividió el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre, ciudad contra ciudad, y reino contra reino—aquellos que no creyeron contra los que creyeron, o ciertamente aquellos que creyeron, deseando salvar a sus prójimos. Y se rompió el espíritu de Egipto en sus entrañas, para que de ninguna manera sintieran lo mismo; sino que, separados por una espada espiritual contra sí mismos, conocieran que todo su consejo había sido precipitado. Y no obstante, permaneciendo en su error antiguo, aquellos que no habían querido recibir la verdad de la fe, interrogarían a los ídolos, y a sus adivinos, y a los espíritus de los muertos [pitones], y a los agoreros. Y cuando hubieron hecho esto, el Señor los entregó en mano de señores crueles, según aquel dicho apostólico: "A quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar" (1 Tim. 1, 20); para que, oprimidos por la servidumbre más dura, vuelvan al Señor clementísimo. Y bellamente

llama a los demonios señores crueles, que no hay nada más cruel que ellos. El "rey fuerte" también, que es el señor de ellos, se entiende claramente como el diablo, a quien también en el Evangelio el Señor llama "el fuerte" [Texto latino: sortem, probablemente por fortem], el cual, habiendo sido atado y oprimido, los vasos de su casa y la presa son saqueados.

(Vers. 5 ss.) "Y se secará el agua del mar, y el río será desolado y se secará, y fallarán las corrientes; los canales de los terraplenes serán adelgazados y se secarán. La caña y el junco se marchitarán; el lecho del río será despojado desde su fuente, y todo semillero de regadío se secará: se marchitará y no existirá más. Y se entristecerán los pescadores, y lamentarán todos los que echan el anzuelo en el río, y los que extienden la red sobre la faz del agua se marchitarán. Y se confundirán los que trabajan el lino, los que cardan y tejen telas sutiles; y sus lugares de regadío estarán lánguidos, todos los que hacían estanques para capturar peces". Los príncipes de Tanis son necios, los sabios consejeros de Faraón han dado un consejo insensato.

Cuando el rey fuerte, el duro señor, haya dominado en Egipto, se secará toda la doctrina y la belleza de la elocuencia secular, y la fuente misma de todos los ríos, el diablo, de quien nacen todas las mentiras, será desolado: de modo que fallen los demás ríos y arroyos, que se llenaban de las turbias aguas del Nilo. También la caña y el junco se secarán por la excesiva sequedad. Por "junco", los LXX tradujeron "papiro", del cual se hace el papel, añadiendo de lo suyo "achi

verde", que no se encuentra en el hebreo. Cuando pregunté a hombres eruditos qué significaba esta palabra, oí que los egipcios llaman con este nombre en su lengua a todo lo que nace verde en un pantano. Pero según la tropología, la "caña" es el discurso vacío, que no tiene nada sólido en sí; y el "papiro" es aquello que parece tener médula y no está vacío, y sin embargo es frágil y se marchita pronto. También todos los arroyos, secada la cabeza de los arroyos, se secarán, y lo que antes era regado por las aguas egipcias, habiéndose secado, no existirá: para que se entristezcan los pescadores de Egipto, que son muy contrarios a los pescadores del Señor, y lamenten los que echaban el anzuelo en el río y extendían la red sobre la faz del agua. Los que engañan a cada uno individualmente, echan el anzuelo en las aguas turbias. Pero aquellos que [engañan] a muchos a la vez, de modo que hablan públicamente en las sinagogas de Satanás y se llevan los rebaños de los pueblos, estos extienden la red sobre las aguas egipcias. Se confundirán también los que trabajaban el lino, para hacer vestiduras para los sacerdotes; cardándolo y tejiendo telas sutiles: lo cual pertenece propiamente al arte de los dialécticos. Por "telas sutiles", los LXX tradujeron "biso", que también se teje en las vestiduras de los sacerdotes. Y lo que sigue: "Y sus lugares de regadío estarán lánguidos, todos los que hacían estanques para capturar peces", significa esto: que todas las trampas de los pescadores egipcios son destruidas y perecen. Por los "estanques" que se hacían para capturar peces, lo cual nosotros

hemos interpretado según el sentido, tanto en el hebreo como en todos los traductores, se ponen "almas" en el lugar de los peces, para que seamos llevados de la historia a la tropología: a saber, que estos pescadores, que hacían estanques y fosas, lo hicieron con este propósito, para engañar a las almas en ellos. Debe notarse que por "estanques" los LXX tradujeron *zython*, que es un tipo de bebida hecha de granos y agua, y vulgarmente en las provincias de Dalmacia y Panonia se llama *sabaium* en la lengua gentil y bárbara. Los egipcios usan esto especialmente, para no dar aguas puras a los que beben, sino turbias y semejantes a heces mezcladas, para que a través de una bebida de esta clase se muestre la doctrina de la depravación herética. Entonces serán necios los príncipes de Tanis, que se interpreta como "mandato humilde". Pues todos los heréticos enseñan una humildad contraria a la altura, y arrastran hacia los infiernos, y son príncipes de un mandato humilde y abatido. También los consejeros de Faraón —que es el rey de Egipto, y rectamente se expresa como "disipador" y "dividido" y separado en varias partes— serán argüidos de haber dado un consejo insensato, cuando el Señor destruya la sabiduría de los sabios y repruebe la inteligencia de los prudentes (1 Cor. 1).

(Vers. 12 ss.) "¿Cómo decís a Faraón: 'Hijo de sabios soy yo, hijo de reyes antiguos'? ¿Dónde están ahora tus sabios? Que te anuncien e indiquen qué ha pensado el Señor de los ejércitos sobre Egipto. Se han vuelto necios los príncipes de Tanis, se han marchitado los príncipes de Menfis,

han engañado a Egipto, piedra angular de sus pueblos. El Señor ha mezclado en medio de él un espíritu de vértigo, y han hecho errar a Egipto en toda su obra, como yerra el borracho y el que vomita. Y no habrá para Egipto obra que haga cabeza y cola, que encorve y que refrene".

Suelen los heréticos decir a su rey o Faraón: "Somos hijos de sabios, que desde el principio nos entregaron la doctrina apostólica; somos hijos de reyes antiguos, que son llamados reyes de los filósofos, y tenemos la ciencia de las Escrituras unida a la sabiduría secular." A estos interroga ahora —o al mismo rey de los heréticos— dónde están sus sabios que despreciaban la sencillez eclesiástica; y les obliga a responder qué ha pensado el Señor de los Ejércitos sobre el Egipto de este mundo, y qué ha de hacer en la consumación. Necios son los aprobados príncipes de Tanis que tuvieron el humilde mandato de los heréticos. Se marchitaron todos los príncipes de Menfis, que se contaminaron con la jactancia de la elocuencia y de la boca. Pues Menfis se interpreta como "boca" o "de la boca", y metafóricamente suena a discurso. Y lo que sigue: "Engañaron a Egipto, piedra angular de sus pueblos", o según los LXX: "engañarán a Egipto por tribus", significa esto: que el reino de la sabiduría secular se muestra necio, y los príncipes de cada dogma, que se interpretan como "tribus", son argüidos de haber tenido doctores necios. Pues el Señor les mezcló un espíritu de vértigo, o de errores, según aquello que está escrito: "Y como no probaron tener a Dios en su noticia, los entregó Dios a un sentido

réprobo" (Rom. 1, 24). Y así como el que es santo puede decir con Isaías: "¿Haremos el espíritu de tu salvación sobre la tierra?" (Is. 26, 18, LXX); así el que es pecador hará un espíritu de error, esto es, un espíritu de malicia: según lo que también leemos en Jeremías: "Tu apostasía te argüirá, y tu malicia te corregirá" (Jer. 2, 19). Pero si se escandaliza el herético, que no recibe el Antiguo Testamento, de que se diga que el Señor mezcla un espíritu de error o de vértigo, oiga lo que está escrito en el Apóstol, esto es, en el Nuevo Testamento: "Dios los entregó en los deseos de su corazón a la inmundicia" (Rom. 1, 24). Y otra vez: "Por eso los entregó Dios a pasiones de ignominia". Y de nuevo: "Dios los entregó a un sentido réprobo, para que hagan lo que no conviene". Son entregados, sin embargo, en los deseos de su corazón, porque cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles. Lo cual ciertamente leemos no solo en la Epístola a los Romanos, sino también a los Tesalonicenses sobre el Anticristo: "Por cuanto no recibieron la caridad de la verdad para ser salvos, les enviará Dios una operación de error, para que crean a la mentira, y sean juzgados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la mentira" (2 Tes. 2, 10): lo cual pienso que el apóstol Pablo tomó de la presente lectura de Isaías, en la que dice: "El Señor les mezcló espíritu de error, e hicieron errar a Egipto en todas sus obras, como yerra", dice, "el borracho y el que vomita", que se ha embriagado de vicios. De estos

borrachos habla Joel: "Ay de los que están borrachos sin vino". Y no solo borrachos, sino también vomitando el furor de los dragones y el furor incurable de los áspides, para que después de haber vomitado un vino de esta clase, entiendan su embriaguez y reconozcan que mientras estuvieron borrachos, ni tuvieron principio ni fin, esto es, ni cabeza ni cola: sino un animal truncado por ambas partes. Por principio y fin, que tanto Símaco como los LXX tradujeron, Teodoción a su modo puso las mismas palabras hebreas, *chaphphe* y *agmon*: que Aquila interpretó como "encorvado" y "perverso". En "encorvado", queriendo que se entiendan los ancianos; en "perverso", los niños lascivos, que hacen todas las cosas perversamente; y por esto es el sentido de que en Egipto no solo falte cabeza y cola, sino también ancianos y niños, esto es, tanto el principio como el fin.

(Vers. 16, 17.) "En aquel día será Egipto como las mujeres, y se estupificará, y temerá ante la presencia de la conmoción de la mano del Señor de los ejércitos, que él mismo moverá sobre él. Y será la tierra de Judá para Egipto motivo de festividad: todo el que se hubiere acordado de ella, pavorecerá ante la presencia del consejo del Señor de los ejércitos, que él mismo pensó sobre él".

En aquel tiempo —pues "día" significa esto, como frecuentemente hemos dicho—, cuando el Señor hubiere mezclado el espíritu de error y de vértigo, para que Egipto vomite el vino de los dragones y el furor incurable de los áspides, entendiendo su error y embriaguez antigua, Egipto

temerá como mujer, no con el temor fortuito que suele acontecer a los hombres, a quienes Egipto no ama, sino que sofoca y mata; sino con un temor femenino, las únicas que Faraón quiere que vivan. Temerá, además, la conmoción o la elevación de la mano del Señor, por la cual se muestran los suplicios, que él moverá y elevará para herir a Egipto. Entonces la tierra de Judá —esto es, la ciencia de las Escrituras, la Ley y los Profetas, los Evangelios y las epístolas de los Apóstoles — serán para Egipto motivo de festividad, si las conociere; o de temor, si por la comparación de la doctrina y la verdad de ellas se hubiere entendido que ha tenido la mentira. Todo el que se hubiere acordado de esta tierra, pavorecerá con aquel pavor que conduce a la vida: "Pues el principio de la sabiduría es el temor del Señor" (Prov. 9, 10). Y esto podemos aceptarlo no solo en la consumación del mundo, sino también en el tiempo presente: que todo herético teme al hombre eclesiástico, erudito en las doctrinas celestiales, y se aterra ante el recuerdo de él. Temerá, además, y pavorecerá el consejo del Señor, que pensó sobre el Egipto de este mundo. Transcurrimos brevemente por los puntos individuales para pasar a lo restante.

(Vers. 18.) "En aquel día habrá cinco ciudades en la tierra de Egipto que hablarán la lengua de Canaán, y jurarán por el Señor de los ejércitos: una será llamada la ciudad del sol". Mucho aprovecha la mano del Señor elevada o conmovida sobre Egipto, para que la tierra de Judá le sea motivo de temor, y todo el que se hubiere acor-

dado de ella, tiemble. En aquel tiempo, cinco ciudades en la tierra de Egipto hablarán la lengua de Canaán, las cuales la mayoría de los nuestros entienden como los cinco sentidos: vista, oído, olfato, gusto y tacto. Cuando vemos a una mujer para codiciarla, nuestra vista habla lengua egipcia. Cuando oímos un juicio de sangre —diciendo el Señor: "No recibirás audición vana" (4 Rey. 12, 21, según los LXX)—, nuestro oído habla lengua egipcia. Cuando según el profeta vivimos en delicias, y yacemos sobre lechos de marfil, y nos ungimos con los primeros [quizá *mejores*] ungüentos, nuestro olfato habla lengua egipcia. Cuando nuestro vientre es nuestro dios (Filip. 3), nuestro gusto habla lengua egipcia. Si no hubiéremos oído aquello que el Apóstol habla: "Bueno es para el hombre no tocar mujer" (1 Cor. 7), sino que al contrario nos unimos a una meretriz, nuestro tacto habla lengua egipcia. Pero si, por el contrario, hubiéremos elevado nuestros ojos y visto que las regiones ya están blancas para la mies, y de ninguna manera hubiéremos estado encorvados hacia la tierra, sino que según la mujer evangélica, que por dieciocho años no podía mirar al cielo (Lc. 13), hubiéremos elevado nuestros ojos y dicho: "A ti he levantado mis ojos, que habitas en los cielos" (Sal. 122, 1), nuestro ojo y vista hablan lengua cananea. Si hubiéremos circuncidado nuestros oídos y oído al Señor hablando: "El que tiene oídos para oír, oiga" (Lc. 8, 8), nuestro oído habla lengua cananea. El que pudiere decir al esposo: "Tras de ti corremos al olor de tus ungüentos" (Cant. 1, 3), y: "Buen olor

de Cristo somos en todo lugar" (1 Cor. 2, 15), el olfato de este habla lengua cananea. El gusto también se acepta en buena parte para aquel que come el pan que desciende del cielo, pan vivo y no muerto, y oye aquello: "Gustad y ved cuán dulce es el Señor" (Sal. 33, 9), inmediatamente habla lengua cananea. Pero también hay un tacto espiritual, del cual dice el apóstol Juan: "Nuestras manos palparon sobre el Verbo de vida" (1 Jn. 1, 1); y el que por la fe toca a Jesús, de modo que el Salvador pueda decir de él: "Alguien me ha tocado, pues yo sé que ha salido virtud de mí" (Lc. 8, 46).

Hemos aprendido cuántos bienes otorga la mano elevada del Señor; preguntemos por qué las cinco ciudades de Egipto hablan no lengua hebrea, sino lengua cananea. A lo cual intentaremos responder así: "Hebreo" suena a *peraten*, esto esto, "transeúnte", que pasa de un lugar a otro. Por lo tanto, también nosotros, aunque seamos santos, mientras estamos en Egipto y nos desenvolvemos en las tinieblas de este mundo, no podemos hablar lengua hebrea, sino lengua cananea, que es media entre la egipcia y la hebrea, y en gran parte confín de la hebrea. "Canaán" se interpreta como "casi conmoción" o "casi respondiendo". Cuando, por tanto, nos alejamos de Egipto y queremos salir de la potestad de Faraón, de modo que nuestra tierra y confesión sea formidable para Egipto: entonces somos movidos y casi respondemos a la voluntad del Señor; y sin embargo, porque todavía estamos en el presente siglo, no podemos aún hablar lengua hebrea. Y lo que sigue: "Jurar las cinco ciudades por el Señor

de los ejércitos", significa esto: que incluso puestos aquí, de ninguna manera nos acordemos de los demonios, sino de Dios omnipotente. De estas cinco ciudades, mientras que los nombres de las otras cuatro callan, una se llama "ciudad del sol", la cual me parece referirse a la vista. Pues así como para que se vea una ciudad se necesita del sol y de la luna; así para que nuestros ojos sean iluminados, necesitamos del Sol de Justicia.

(Vers. 19-21.) "En aquel día habrá un altar del Señor en medio de la tierra de Egipto, y un título [monumento] del Señor junto a su término. Y será por señal y por testimonio al Señor de los ejércitos en la tierra de Egipto. Pues clamarán al Señor ante la presencia del que los atribula: y les enviará un Salvador, y un propugnador que los libre: y el Señor será conocido por Egipto".

Consecuentemente a lo que arriba había dicho: "En aquel día habrá cinco ciudades en la tierra de Egipto que hablarán la lengua de Canaán, y jurarán por el Señor de los ejércitos", ahora se introduce: "Habrá un altar del Señor en medio de la tierra de Egipto, el cual Onías, según Josefo (Antig lib 13, cap 6), entendiéndolo mal, intentó cumplir. Y el título del Señor que contiene la pasión, en el cual fue escrito en letras hebreas, griegas y latinas: "Jesús Nazareno, rey de los judíos" (Jn. 19), para señal de la Cruz, y para testimonio de todas las naciones, que ahora son llamadas Egipto. Y cuando la persecución hubiere crecido ante la presencia de los que atribulan el nombre cristiano, entonces clamarán en sus corazones: "Abba, Padre" (Rom. 8). Y enviará

el Señor de los ejércitos un Salvador, esto esto, a Jesús, y un Juez, o un propugnador que los libre, para que liberados conozcan al Señor, y ellos mismos sean conocidos por el Señor; y donde abundó el pecado, sobreabunde la gracia (Rom. 5). Se dice, además, un solo altar de Egipto —esto es, de este mundo—, para que sepamos que todos los altares que se erigen contra el altar de la Iglesia, no son del Señor. Hasta el fin de la visión egipcia, en el libro de la Explicación Histórica, porque la profecía era manifiesta, dijimos que todas las cosas se refieren a Cristo.

(Vers. 20.) "Y conocerán los egipcios al Señor en aquel día: y lo adorarán con hostias y dones, y votarán votos al Señor y los cumplirán. Y herirá el Señor a Egipto con una plaga y lo sanará: y volverán al Señor, y se aplacará con ellos y los sanará".

Después de que los egipcios hubieren conocido al Señor, lo adorarán con hostias espirituales y dones; y votarán votos al Señor y los cumplirán; y dirán con David: "El sacrificio a Dios es el espíritu contribulado" (Sal. 50, 19); y: "La elevación de mis manos como sacrificio vespertino" (Sal. 140, 2); cuando creyendo en el Nazareno, ellos mismos fueren nazareos, no bebiendo vino ni sidra (Jn. 19), ni el vinagre que fue propinado al Señor, ni cualesquiera cosas que se hacen de la uva sodomítica. Y cuando hubieren cumplido sus votos con Abel, y Dios los hubiere mirado, envidiará el hermano mayor Caín, esto esto, el pueblo de la Circuncisión, y derramará la sangre cristiana, que clamará al Señor (Gén. 4); y por eso saldrá de la presencia de Dios, diciendo sobre el Salvador:

"Crucifícalo, crucifícalo" (Lc. 23, 11); y: "Nosotros no tenemos rey sino al César" (Jn. 19, 15). Ofrece y cumple el voto al Señor quien es santo en cuerpo y espíritu. Ofreció voto también Zaqueo, que reprometió la mitad de su sustancia a los pobres (Lc. 19). Se pregunta: si a los egipcios les ha sido enviado un salvador y un propugnador que los libre de las angustias, ¿cómo se dice ahora: "Herirá el Señor a Egipto con una plaga"? Pero consideremos lo que sigue: "Y lo sanará". Pues a quien el Señor ama, lo corrige (Heb. 12). Y el mismo Salvador en el salmo sesenta y ocho habla al Padre: "Porque a quien tú heriste, ellos persiguieron: y añadieron sobre el dolor de mis heridas" (Sal. 68, 27). Si, por tanto, no perdonó a su propio hijo, sino que lo entregó por nosotros, para que por su cardenal y sus heridas fuéramos sanados (Rom. 8): entregó el Señor también a los mártires a la pasión, pero de nuevo los sanará en la resurrección, para que por las heridas de ellos se confirme la fe de los creyentes. Por lo cual también se dice a Job: "¿Piensas que te he hablado de otro modo, sino para que aparecieras justo?" (Job 40, 8, LXX). Pues él mismo causa el dolor, y restaura a la salud prístina; y visita a sus siervos con la vara, para no quitar su misericordia de ellos. Por lo cual las hijas y nueras, que mucho pecaron y divulgaron sus pies a todo transeúnte, no son visitadas ni corregidas, diciendo el Señor: "No visitaré sobre vuestras hijas cuando hubieren fornicado: y sobre vuestras nueras cuando hubieren adulterado" (Os. 4, 14). Hiere, pues, a los egipcios el Señor, no con fuego, no con espada, sino con la vara. Pues

¿qué hijo es al que el padre no instruye? Para que después de que hubieren sido sanados, vuelvan al Señor, y se aplaque con ellos, y de nuevo los sane. Pues siempre necesitamos de la misericordia de Dios, y no hay fin de su clemencia.

(Vers. 23.) "En aquel día habrá un camino de Egipto hacia los asirios: y entrará el asirio en Egipto, y el egipcio en los asirios: y servirán los egipcios a los asirios". Así como demostramos que las demás cosas que preceden acontecieron a los egipcios en buena parte —a saber, las cinco ciudades en la tierra de ellos hablando lengua cananea, y jurando por el Señor, y el altar del Señor colocado en medio de la tierra de Egipto, y el título, y el testimonio, y la señal, y el salvador que los libraría; y que el Señor sería conocido por los egipcios, y ellos mismos lo conocerían; y que ofrecerían hostias y dones, y cumplirían votos, y heridos serían sanados, y volverían al Señor, y él se aplacaría con ellos, y de nuevo los sanaría— así también esto que sigue, que los egipcios sirvan a los asirios, debe aceptarse en buena parte. Pues también el Apóstol sirve a los creyentes para ganarlos (1 Cor. 9). Y Esaú es sujetado a su hermano Jacob (Gén. 33), para que se haga partícipe de sus bendiciones. Por tanto, los que primero de entre las naciones fueren salvados, y tuvieren en sí el altar del Señor, salvarán por su servicio a los que perseveran en la dureza, y por la mezcla y sociedad de ellos, ellos mismos irán a los asirios para conducir a los asirios a Egipto; y después puedan llegar al pueblo israelita. Por esta causa pienso que también la mujer fiel sirve al varón infiel,

para que poco a poco lo atraiga de Egipto y de los asirios a Judea.

(Vers. 25, 26.) "En aquel día será Israel el tercero con el egipcio y el asirio, bendición en medio de la tierra, a la cual bendijo el Señor de los ejércitos, diciendo: Bendito mi pueblo de Egipto, y el asirio obra de mis manos: pero mi heredad es Israel". El tercero será Israel en Egipto y en los asirios, para que mezcle con la levadura de su bendición toda la masa, y los que antes disentían hostilmente entre sí, se acoplen por esta fíbula de bendición; y sea pueblo de Dios Egipto, y obra de sus manos el asirio, y su heredad Israel. Bendito es el egipcio por el Señor, porque por la sociedad de Israel es bendecido. Y obra de sus manos el asirio, porque en él mostró su clemencia. Pero Israel solo puede decir: "Mi parte es el Señor" (Lam. 3, 24); quien contempla a Dios con la mente, y es llamado su heredad.

(Cap. XX.---Vers. 1 ss.) "En el año en que entró Tartán en Asdod: cuando lo hubo enviado Sargón rey de los asirios, y hubo luchado contra Asdod y la hubo tomado: en aquel tiempo habló el Señor por mano de Isaías hijo de Amós, diciendo: Ve y desata el saco de tus lomos, y quita tus sandalias de tus pies: y lo hizo así, yendo desnudo y descalzo. Y dijo el Señor: así como caminó mi siervo Isaías desnudo y descalzo, será señal y portento de tres años sobre Egipto y sobre Etiopía. Así conducirá el rey de los asirios la cautividad de Egipto y la transmigración de Etiopía, de jóvenes y de ancianos, desnuda y descalza, descubiertas las nalgas para ignominia de Egipto. Y temerán

y se confundirán por Etiopía su esperanza, y por Egipto su gloria. Y dirá el habitante de esta isla en aquel día: ¿Esta era nuestra esperanza? ¿A quiénes nos refugiamos en auxilio para que nos libraran de la presencia del rey de los asirios? ¿Y cómo podremos escapar nosotros?"

Por Tartán, los LXX tradujeron "Thanatan": y por Sargón, "Arna": lo que estos interpreten, no podemos saberlo. Pues no podemos fingir falsas etimologías de nombres falsos. Son, además, nombres no hebreos, sino asirios, de los cuales hemos conocido que "Tartán" suena como "dio una torre", o "superfluo", o "alargando". "Sargón", además, "príncipe del huerto". Este rey asirio, que arriba leímos como de "gran sentido", tiene muchísimos caudillos, uno de los cuales es Tartán, elevado en soberbia y avanzando lejos en la maldad, y más amplio que los demás: y es enviado a impugnar Asdod, que en hebreo se dice ASDOD y se interpreta como "fuego de la generación"; y el caudillo del rey asirio expugna a los que sirven a la generación y a la libido. Y bellamente el rey de los asirios, Sargón, príncipe de los huertos, se dice entregado a la voluptuosidad y a la lujuria. Finalmente, también Acab rey de Israel deseaba convertir la viña de Nabot en huerto (3 Rey. 21), lo cual aquel, entendiendo según las leyes de la tropología, prefirió morir que hacer, para que la herencia paterna y la antigua posesión no se convirtiera en delicias del rey impío. Se prescribe, además, al Profeta que, depuestos el saco y el calzado, camine desnudo y descalzo, y sea por señal y portento para los

egipcios y etíopes que persiguieron al pueblo de Dios, y por causa de la soberbia fueron humildes. Pues "Egipto" se interpreta como "persiguiendo" o "atribulando": "Etíopes", "humildes" y "abatidos": pues todo el que se ensalza, será humillado (Lc. 14, 11). Los cuales han de ser conducidos a la cautividad, y padecerán tormentos de tres años (Éx. 12), sobre cuyos años leemos en los Salmos: "Pensé en los días antiguos, y tuve en mente los años eternos" (Sal. 76, 6). Los cuales no pensemos que son suplicios pequeños, sino alargados por grandes tiempos. En la misma cautividad y transmigración de Egipto, irán jóvenes y ancianos, que en la malicia se han robustecido y han llegado a los vicios de la edad perfecta, desnudos, para que todos sus crímenes queden patentes (pues nada hay oculto que no haya de ser revelado [Lc. 8, 7]), y descalzos, porque no podrán comer la Pascua del Señor: la cual quien la come, tiene los lomos ceñidos y tiene el bastón en la mano, y está con los pies calzados, para que pasando por la soledad de este siglo, no sea mordido por las serpientes (Éx. 12). Entonces estarán descubiertas sus nalgas, por las cuales se eyecta el estiércol, y toda la ignominia de Egipto será demostrada, de modo que se confundan los que tuvieron esperanza en Egipto y en Etiopía, y hayan visto su gloria cambiada en confusión: a tal punto que el habitante de esta isla —esto es, del siglo—, que no es advenedizo ni peregrino, sino que deseaba tener la posesión perpetua del mundo, confuso diga: "¿Este es Egipto, y esta es Etiopía, de quienes esperábamos auxilio para que nos libraran del

príncipe de este mundo?" ¿Cómo pues podremos escapar, habiendo sido capturados estos en quienes teníamos esperanza?" Y esto debe notarse, que antes de que sea capturada Asdod, el Profeta está vestido de saco y con los pies calzados, para que llore ciertamente a los que están heridos por los dardos ardientes del diablo y sirven a la libido; pero no obstante él mismo camine calzado para que pueda pisar sobre serpientes y escorpiones, y caminar seguro por el yermo de este siglo, en el cual hay serpientes y escorpiones y sed de cosas buenas. Después de que Asdod hubiere sido capturada, sin embargo, en tipo de la cautividad de Egipto y de la transmigración de Etiopía, él mismo camine descalzo y desnudo. Pues ni en la Tierra Santa, a la cual se apresura a ir, vestido de saco y con los pies cubiertos de piel, podría o estar o caminar, diciendo el Señor: "Desata el calzado de tus pies, pues el lugar en que estás, tierra santa es" (Éx. 3, 5).

(Cap. XXI.---Vers. 1 ss.) La carga del desierto del mar. Como los torbellinos vienen del Africo, del desierto viene, de una tierra horrible. Una visión dura me ha sido anunciada: el que es incrédulo, actúa infielmente; y el que es despoblador, devasta. Asciende, Elam; sitia, Medo: he hecho cesar todo su gemido. Por eso mis lomos se han llenado de dolor: la angustia me ha poseído, como la angustia de la que pare.

LXX: Visión del desierto del mar. Como una tempestad pase desde el desierto, viniendo del desierto. De una tierra horrible una visión dura me ha sido anunciada: el prevaricador prevarica,

y el inicuo actúa inicuamente. Contra mí los elamitas y los legados de los persas vienen: ahora gemiré, y me consolaré: por eso mis lomos se han llenado de angustia, los dolores se apoderaron de mí, como de una parturienta.

Lo que nos parece según la Historia lo hemos dicho brevemente: ahora tomemos lo principal de la tropología. La visión, o peso, se percibe contra el mar de este siglo: y es percibida por el Profeta, de cuántas tentaciones está lleno este mundo. Que el siglo sea llamado mar (para pasar por alto muchas cosas), me contento con un solo testimonio del Salmo: "Los que descienden al mar en naves, haciendo operaciones en muchas aguas. Ellos vieron las obras del Señor, y sus maravillas en lo profundo" (Sal. 106, 23). Pues los que operan en este siglo la obra de Dios, y dicen con el Profeta: "Vine a lo profundo del mar", ellos mismos ven sus maravillas en lo profundo; y liberados de las tentaciones y angustias, dicen que han oído una visión horrible y dura. Esta misma tempestad, además, viene del desierto, en el cual también el Señor fue tentado (Mt. 4), e Israel estuvo expuesto a las mordeduras de la culebra y a los golpes de los escorpiones (Núm. 21). Y cuando viene, atraviesa y pasa: y entonces entiende aquel que soporta, que no prevarica sino el que es prevaricador, y no actúa inicuamente sino el inicuo. Que por tanto seamos abrumados por las fluctuaciones del mar, y nos oprima la saeva tempestad, es de nuestro vicio, nosotros que antes de la tempestad fuimos prevaricadores e inicuos. Y lo que dice: "Contra mí los elamitas y los legados

de los persas vienen", este es el sentido: 303 elamitas se interpretan como "despreciadores": persas, "tentadores". Vengan pues estos que suelen despreciar, desdeñar y tentar: pero yo gemiré, y mi gemido será mi consolación. Pero también mis lomos se han llenado de angustia, y me han obtenido dolores como de parturienta, para que por el temor del Señor conciba y dé a luz, y haga el espíritu de su salvación sobre la tierra. Rectamente, además, según el hebreo los torbellinos y las tempestades vienen del desierto, y de una tierra horrible, donde Dios no es habitante, y donde todas las cosas son terrenas: e cualquiera que es incrédulo actúa de forma congruente con su infidelidad, y el que es despoblador, devasta. Por lo cual habla audazmente contra los adversarios: "Asciende, Elam; sitia, Medo": todo el gemido del desierto del mar, y de la tierra horrible, y de la visión durísima que fue anunciada, lo he hecho cesar. Porque mis lomos, haciendo penitencia, de ninguna manera están como antes de placer, sino que están llenos de dolor; ni diré más: "Mis lomos están llenos de ilusiones" (Sal. 37, 7). Pues la angustia me ha poseído y la tribulación, como suele sostener a la parturienta. Mucho discrepan entre sí la edición Vulgata y el hebreo en este lugar: por eso brevemente tocaremos ambas, para no dejar a los "buscadores de faltas" (philengklēmosin) una ocasioncilla de criticarnos.

(Vers. 4, 5.) Caí cuando oí, me conturbé cuando vi: se marchitó mi corazón, las tinieblas me estupefactaron: Babilonia mi amada me ha sido puesta por milagro (u objeto de asombro). Pon la

mesa, contempla en la atalaya a los que comen y beben: surgid, príncipes, tomad el escudo.

LXX: Inicuamente actué para no oír, me apresuré para no ver, yerra mi corazón: la iniquidad inundó sobre mí; mi alma insiste en el temor. Prepara la mesa, observa la atalaya: comed, bebed: surgid, príncipes, preparad los escudos.

Ante el oído y la visión durísima que el Profeta veía que había de venir del mar del desierto, dice que cayó y que se turbó, y casi con los ojos caliginosos y la mente estupefacta, no supo qué veía. Pues aquella Babilonia (por la cual Aquila y Teodoción interpretaron "tinieblas", para significar este mundo, que está puesto en el maligno [1 Jn. 5], y cuyos príncipes son, según el apóstol Pablo [Ef. 6], los rectores de estas tinieblas), la cual en otro tiempo fue amable o para el Profeta o para Dios, se ha vuelto admirable en su subversión. Por lo cual al Profeta 304 se le prescribe que, comiendo en la mesa del Señor y saturado de su comida, contemple más diligentemente lo que ha de venir al mundo: y se dice por él a todos los creyentes, que comiendo y bebiendo el cuerpo y la sangre del Señor, se conviertan en príncipes de la Iglesia, y oigan con los Apóstoles: "Surgid"; y tomen el escudo de la fe de la armadura del apóstol Pablo (Ef. 6), en el cual puedan extinguir los dardos ardientes del diablo. Esto según el hebreo y la interpretación comenzada sobre el mundo. Pasemos a la edición de los LXX, que discrepa mucho de las anteriores. Se corrige a sí mismo el Profeta, o más bien bajo su persona confiesa el error de otros, que siguiendo la letra que mata, desprecian

el espíritu que vivifica; y dice que ha actuado inicuamente para no oír la ley espiritualmente: sino que al contrario se apresurara a no percibir los sacramentos de Dios, ni dijera con David: "Revela mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley" (Sal. 118, 18). Por eso yerra su corazón, y lleno de la superstición judaica, no consiste en la caridad de Dios, sino en el temor, para que tenga el espíritu de servidumbre en el temor, y de ninguna manera el espíritu de adopción, en el cual clamamos: Abba, Padre (Rom. 8). Por lo cual se le prescribe que acceda a la mesa de los manjares espirituales, y coman todos en ella los que siguen su ejemplo, y beban: y despreciado el viejo error, resurjan en el espíritu los que yacían en la letra, y se hagan príncipes, y digan con el Profeta: "Señor, como con escudo de tu buena voluntad nos coronaste" (Sal. 5, 15).

(Vers. 6, 7.) Pues esto me dijo el Señor: Ve y pon un atalaya, y lo que vea, que lo anuncie. Y vio un carro de dos jinetes, un jinete de asno y un jinete de camello, y contempló diligentemente con mucha intuición, y clamó un león.

LXX: Porque así me dijo el Señor: Ve y ponte un atalaya, y lo que veas, anúncialo. And I saw two rider horsemen, a rider of an ass, and a rider of a camel: I heard a great hearing, and I called Uriah to the watchtower.

Se le manda al Profeta poner en su corazón un atalaya, e intuir más diligentemente lo que ha de venir al mundo: y vio dos jinetes, un jinete de asno y un jinete de camello. A los cuales algunos interpretaron de tal modo que dijeran que el

jinete del asno, según la lectura evangélica (Mt. 21) y la profecía de Zacarías (Zac. 9), es Cristo; y por el contrario el jinete del camello, la potencia contraria, 305 por la fealdad del animal tortuoso. Otros, en cambio, refieren los dos jinetes de la letra y del espíritu a los dos Testamentos. Y aquello que en hebreo se dice ARIE, por lo cual Aquila y Símaco interpretaron "león" y "leona", los LXX, queriendo no sé qué, pusieron "ourias", lo cual algunos piensan que se interpreta como "luz del Señor", aunque con otras letras se escribe "luz del Señor", que aquí no se tiene, y con otras se escribe "león", que es lo que aquí se lee. Y quiere que aquel atalaya, que se le manda al Profeta poner en su corazón, se llame Urías, y por la interpretación del nombre lo refiere a la inteligencia de Cristo, para que habitando Él en nosotros, podamos percibir lo que ha de venir. Lo cual ciertamente podrá acoplarse también al león, porque Jacob (Gén. 49) y Balaam (Núm. 23 y 24) son nombrados bajo el misterio de Cristo.

(Vers. 8-10.) Sobre la atalaya del Señor estoy yo, de pie continuamente por el día, y sobre mi guardia estoy yo, de pie todas las noches. He aquí que viene este jinete, un hombre de un carro de caballos, y respondió y dijo: Cayó, cayó Babilonia, y todas las esculturas de sus dioses han sido trituradas en la tierra. Tritura mía, e hijos de mi era, lo que oí del Señor de los ejércitos Dios de Israel, os lo he anunciado.

LXX: El Señor dijo: Estuve durante todo el día, y sobre el campamento estuve toda la noche: y he aquí que él mismo viene, jinete de un carro, y

respondiendo dijo: Cayó, cayó Babilonia, y todos sus simulacros y cosas manufacturadas han sido trituradas en la tierra. Oíd los que habéis sido dejados y os doléis: oíd lo que oí del Señor Sabaoth, el Dios de Israel nos lo ha anunciado.

Está el Profeta en la atalaya del Señor, y constituido en su luz, prevé lo que ha de venir. Y tiene esta guardia, y este oficio delegado a él, para que en las tinieblas de este siglo vea lo que ha de venir. Behold this one, he says, comes, signifying by this which follows that he saw the Lord Savior coming, sitting upon a chariot, and joining into one chariot two horses—rather, living beings—the ass and the camel. El cual jinete del carro respondió al Profeta que deseaba y quería oír sus palabras, y dijo: "Cayó, cayó Babilonia", la confusión de todo el orbe: y en mi advenimiento cayó, en el cual asumí el cuerpo humano, y del todo ha de caer en la consummación del mundo. "Y todas sus esculturas han sido trituradas en la tierra". Por lo cual los Setenta interpretaron "simulacros y cosas manufacturadas", significando 306 la Escritura de los heréticos y los varios errores de las herejías, que son fabricantes de ídolos y adoran lo que han fingido de su propio corazón. Y lo que sigue de la persona del Profeta que dice: "Tritura mía, e hijo de mi era, lo que oí del Señor de los ejércitos Dios de Israel, os lo he anunciado", según el hebreo tiene este sentido: Oh pueblo, que has de ser guardado en mis graneros, a quien por eso trituré en varias angustias para sacudir de él la paja, y que el trigo purísimo fuera guardado en mis graneros, lo que oí del Señor de los

ejércitos Dios de Israel que ha de venir a todo el mundo, esto os lo he anunciado a todos vosotros que estáis en el mundo. Otros, en cambio, dicen que la persona es aún superior, a saber, del Señor Salvador, que Él mismo habla a los Apóstoles: "Lo que oí del Padre os lo he anunciado" (Jn. 15, 15). Y porque por esto en los LXX se lee: "oíd los que habéis sido dejados y os doléis", aquí me parece el sentido según la interpretación de ellos: Oh Apóstoles, de quienes escribe Isaías: "Si el Señor no nos hubiera dejado semilla, habríamos sido como Sodoma, y habríamos sido semejantes a Gomorra" (Is. 1, 9), cuyas reliquias también el Apóstol a los romanos enseña que han sido salvadas (Rom. 9): vosotros que habéis sido dejados del pueblo de los judíos para que fuerais salvos; y os doléis por la perdición de vuestra nación, de la cual también en otra parte leemos: "Hay tristeza en mi corazón y dolor continuo por mis hermanos, que son israelitas según la carne" (Rom. 9, 2. 3): esto que oí de Dios Padre, os lo anuncio, lo cual el Dios de Israel predice que os ha de venir.

(Vers. 11, 12.) La carga de Duma: me clama desde Seir: Atalaya, ¿qué de la noche? atalaya, ¿qué de la noche? Dijo el atalaya: Viene la mañana, y también la noche. Si buscáis, buscad: convertíos, y venid.

LXX: Visión de Idumea, me clama desde Seir: Guardad los baluartes, yo guardo mañana y noche; si buscas, busca: y habita conmigo.

La palabra hebrea ELAI, que todos interpretaron como "a mí", si quisieras leerla ELI, se interpreta como "Dios mío" o "fuerte mío". Y aquello

que dijimos, "clama" o "llama", esto es, kalei, según la ambigüedad del habla hebrea y griega puede decirse "clama" o "llama"; y es el sentido: Dios, que es mi guardián, día y noche me llama a la penitencia para que, dejando Seir, que se interpreta como "erizado" y "velludo", regrese y habite con Él. "Duma" suena como "similitud" o "silencio". "Idumea", en cambio, se vierte como "terrenal". El Señor, por tanto, 307 habla al coro de los Apóstoles y le prescribe: "Llamadme a los que son de Seir, para que me sirva la multitud de las gentes, la cual, a semejanza de Esaú, nada tiene en sí de blando y leve y nítido, sino que es erizada, fiera e intratable". Y oh vosotros, Apóstoles, después de que hayáis llamado a las naciones de Seir hacia mí, guardad los baluartes de la Iglesia, no sea que el enemigo irrumpa fácilmente: no sea que el león rugiente y circundante, que busca una entrada por la cual pueda entrar, desgarre y disperse a la grey encerrada en la Iglesia. Y respondió la multitud de la Iglesia: "No solo en las cosas prósperas, sino en las adversas —esto es, tanto en el día como en la noche—, Dios mío, guardaré tus preceptos". A la cual habla Dios: "Si verdaderamente me buscas, muestra con la obra que me buscas; ni te baste haber buscado una vez; sino que a quien hayas encontrado, siempre inquiere; y para que lo poseas más perfectamente, olvida a tu pueblo y la casa de tu padre, y abandonado el error de los gentiles, mora conmigo en la Iglesia". Esto lo habremos dicho según los LXX, que ponen la visión de Idumea —esto es, de la "terrenal"— en el título, para mostrar que

son llamados los que antes servían a las obras terrenales. Por lo demás, según Aquila, que puso "Duma", esto es, "silencio" o "similitud", así podemos entenderlo: que la multitud de las naciones sea provocada a la semejanza del pueblo de Israel, y donde antes había habido silencio de la ley de Dios, allí esté el clamor de la confesión: y el acebuche sea injertado en el buen olivo. Leemos también en la parábola del Evangelio que fueron enviados siervos que llamaran a buenos y malos, y llenaran de cualesquiera el convite del padre de familia, porque los primeros no quisieron venir (Mt. 22). Puede también la Iglesia narrar que el Señor vocifera hacia ella desde Seir —esto es, desde los lugares terrenales— y se provoca a sí mismo a la salvación, y dice al mismo Señor: "Oh guardián, ¿por qué surgiendo de la noche te ocupas en las tinieblas? ¿por qué sin pecado estás en la carne pecadora? ¿por qué causa quisiste asumir un cuerpo humano?". Respondió el guardián —esto es, el Samaritano, que en el Evangelio reportó al herido sobre sus hombros hasta el establo (Lc. 10)—: "Viene la mañana y la noche". Y es el sentido: Para la multitud de las gentes ha nacido el sol de justicia, y para los judíos han venido las tinieblas. Según lo que se dice por el Señor: "Para juicio de este mundo vine, para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos" (Jn. 9, 39). Y el mismo guardián que había dicho: "Viene la mañana y la noche", habla a la multitud de las gentes: "Si me buscáis, buscad más estudiosamente. 308 Convertíos a mí, hijos que os convertís, y yo sanaré vuestras contricio-

nes, y venid a mí". Los lugares son difíciles, y como según la historia se abren mínimamente, nos vemos obligados a seguir diversas opiniones según la anagogía (anagogen).

(Vers. 13.) La carga en Arabia. Esto no se tiene en la edición de los LXX Intérpretes: sino lo que sigue: "En el bosque a la tarde dormiréis en las sendas de Dodanim", está unido con la visión anterior, de modo que se lea: "si buscas, busca: y habita conmigo en el bosque". "Arabia" en nuestra lengua suena como "tarde" (vesperam), la cual es el principio de la noche y de las tinieblas, y todo el que tiene un inicio de pecados, se encuentra en la tarde. El que en cambio llega a lo sumo, consiste en la media noche. Por lo cual también en Egipto los primogénitos son matados a la media noche (Éx. 12). Y el apóstol Pedro, antes de que el gallo cantara, negó tres veces al Señor, lo cual se entiende como la media noche (Mt. 26): Después de que la noche hubo precedido, sin embargo, y empezó a acercarse el día, superadas las tinieblas de la media noche, y resonando el gallo mensajero de la luz, lloró amargamente, y entendió su pecado, y en aquel tiempo pudo decir: "A la tarde demorará el llanto, y a la mañana la alegría" (Sal. 29, 6). Esto entretanto sobre el presente lugar. Por lo demás, el nombre de Arabia, esto es, de la tarde y del Occidente, en otros lugares de las Escrituras recibe diversas inteligencias.

En el bosque a la tarde dormiréis, en las sendas de Dodanim. LXX: En el bosque a la tarde dormiréis en la vía de Dedán. Los que han empezado a estar en la malicia e ingresan en el camino de

los pecados, no duermen ni moran en los campos sembrados y barbechos, ni en los prados y mieses, que el Salvador enseña que están blancos para la siega, ni entre los árboles pomíferos; sino en bosques infructuosos, donde hay zarzas y espinas, y moran las bestias. De un bosque de este tipo leemos también en el volumen de los Reyes, que devoró a más la selva o el bosque que los que fueron muertos por la espada, cuando Absalón se levantó como rebelde contra su padre (2 Rey. 18). Y rectamente, porque la tarde es el principio de los males, se dice que habitan en la vía y en las sendas, y en la vía de Dedán, que se interpreta como "juicios". Pues cuantos géneros de pecados tienen, tantas sentencias de juicios merecen. Puede además "Dedán" interpretarse como "gran juicio".

(Vers. 14, 15.) Saliendo al encuentro del sediento traed agua, los que habitáis la tierra del Austro, con panes salid al encuentro del que huye. Pues de la presencia de las espadas huyeron, de la presencia de la espada inminente, de la presencia 309 del arco extendido, de la presencia de la grave batalla.

LXX: Al encuentro del sediento traed agua los que habitáis en la región de Temán, con panes salid al encuentro de los que huyen por la multitud de los muertos, por la turba de los que yerran, por la multitud de la espada, y por la multitud de los arcos tensos, y por la multitud de los que caen en la guerra.

Vosotros que estáis en Temán, que se interpreta como "Austro" (Sur) y "perfección", y os

encontráis en aquel lugar del que está escrito: "Dios vendrá del Austro" (Hab. 3, 4), y que habéis sido consumados y perfeccionados, y tenéis en vosotros la luz de la ciencia de las Escrituras, a los que huyen de Arabia y del bosque, salidles al encuentro con agua y panes, y no esperéis hasta que ellos mismos vengan a vosotros; sino imitad a aquel padre de la parábola evangélica, que salió al encuentro del hijo que regresaba. Y él ciertamente dio la estola, ofreció el anillo (Lc. 15): pero vosotros, ofreced aguas y panes a los que huyen, para que los que estaban cansados y agotados, sean sustentados por vuestra misericordia, y pasen más pronto a vuestras sedes. Huyeron de las espadas de los heréticos, de la doctrina de los gentiles, de las blasfemias de los judíos. Y porque vieron a muchos muertos por sus dardos, y que habían caído muchísimos en la batalla, ellos mismos desean ser liberados por vuestro auxilio. El lugar aquí propiamente puede entenderse contra aquellos que, entregándose al ocio y a la desidia, están contentos con su propia salvación, ni alargan la mano a los penitentes y convertidos.

(Vers. 16, 17.) Porque así dice el Señor a mí: Aún en un año, como en un año de mercenario, y será quitada toda la gloria de Cedar y las reliquias del número de los arqueros de los hijos de Cedar serán fuertemente disminuidas. Pues el Señor Dios de Israel ha hablado. Por eso os digo que salgáis al encuentro con agua y panes de los que huyen del bosque y de Arabia: porque el Señor ha prometido estas cosas futuras. Como el año del mercenario pronto pasa, el cual diariamente nada más espera

sino el salario de su trabajo, o ciertamente siempre está en la obra y el trabajo para recibir el salario del trabajo: así toda la gloria de Cedar, que se interpreta como "tinieblas", de lo cual también leemos en el Salmo: "Habité con los habitantes de Cedar" (Sal. 119, 5), velozmente será quitada, y todo el número de los arqueros, esto es, de los diversos dogmas, que hería a los constituidos en el bosque de Arabia, será reducido a nada, después de que los que huyen del bosque hayan sido liberados: y hayan recibido el agua 310 del bautismo saludable, y hayan comido el pan celestial. Pues el Señor de todos, y propiamente el Dios de Israel, esto es, de los que ven a Dios con la mente, ha hablado estas cosas futuras.

(Cap. XXII.---Vers. 1.) La carga del valle de la visión. LXX: La palabra del valle de Sión.

En el libro de los Nombres Hebreos hemos puesto que "Sión" se interpreta como "atalaya", la cual, situada en las alturas, contempla las cosas que vienen de lejos. Puesto que Sión, según las leyes de la tropología, se refiere a la Iglesia, como es aquello en el segundo salmo de la persona del Señor Salvador: "Yo en cambio he sido constituido rey por él sobre Sión su monte santo" (Sal. 2, 6); y: "Los que confían en el Señor son como el monte Sión" (Sal. 124, 1); y: "Ama el Señor las puertas de Sión sobre todos los tabernáculos de Jacob" (Sal. 86, 1); y más manifiestamente el Apóstol: "Os habéis acercado", dice, "al monte Sión y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial" (Heb. 12, 22): preguntamos por qué en la presente visión se dice "valle de Sión". Y por la misma consecuencia de

las palabras somos arrastrados a la inteligencia espiritual, para que sepamos que todos los príncipes de los dogmas perversos, que cayeron de la sublimidad del sentido de las santas Escrituras y fueron arrojados a las cosas humildes, se encuentran en el valle de Sión. Algo de este tipo pienso que dice también Salomón en los Proverbios: "Al ojo que se burla del padre y desprecia la vejez de la madre, sáquenlo los cuervos de los valles, y comanlo los polluelos de las águilas" (Prov. 30, 17). Pues tan pronto como el sentido de los heréticos se haya burlado del Padre Creador y haya despreciado la vejez de la Madre Iglesia, es sacado por las tétricas e inmundas aves, que se refieren a las potencias contrarias. Ni pueden los de este tipo decir: "Levanté mis ojos a los montes, de donde me venga el auxilio" (Sal. 120, 1): sino que a modo de animales brutos están deprimidos hacia las cosas terrenas.

¿Qué tienes tú también, porque subiste tú también toda a los techos? LXX: "¿Qué te ha pasado ahora, porque subisteis todos a los techos vanos?" Esto que según los intérpretes LXX se pregunta en el volumen de los Reyes, qué quiera decir Eliseo (4 Rey. 2, 14): "¿Dónde está el Dios de Elías APHPHO?", en el presente lugar se pone más manifiestamente por lo que los Setenta tradujeron "ahora"; en el hebreo tiene APHPHO, que nosotros interpretamos como "ahora también", y Aquila, queriendo conservar el idioma hebreo, puso "kaipertoi", cuya conjunción 311 el habla latina no explica. Cuando en cambio dice: "¿qué tienes tú también?", pregunta por qué entre otros

también ella suba, y por la opinión de cosas sublimes more en cosas humildes. Y es el sentido: puesto que los Filósofos se hinchan, y toda la sabiduría secular disputando de cosas sublimes desprecia la simplicidad de la Iglesia, ¿por qué tú también sigues cosas excelsas?, lo cual los LXX, más significativamente (semantikōteron), interpretaron como "techos vanos" (dōmata mataia), para mostrar que hay también otro techo del cual el Salvador prohíbe descender (Mt. 24): el cual sin embargo no sea un techo vano. Finalmente, también el apóstol Pedro a la hora sexta de la oración subió al techo (Hech. 10). Ahora en cambio, para mostrar la mucha variedad de las herejías, no nombró un solo techo, sino muchísimos techos.

(Vers. 2.) Llena de clamor, urbe frecuentada (populosa), ciudad exultante. LXX: Repleta está la ciudad de los que claman, urbe exultante. La doctrina de los heréticos no se ocupa en el sentido, sino en el multiloquio y el clamor. Por lo cual, debido a la multitud de los engañados, se llama urbe frecuentada, y exultante por la soberbia. Pues inflados se hinchan, y se glorían de haber encontrado cosas más sagradas.

Tus muertos no fueron muertos por la espada, ni muertos en la guerra. LXX: Tus heridos no fueron heridos por la espada, ni tus muertos muertos en la guerra. La mayor parte, sin ningún certamen ni disputa, es suplantada por los engaños de los heréticos, y esta es una turba muchísima. Los muertos, por tanto, o como los Setenta tradujeron, los "heridos" del valle de Sión, no son muertos ni heridos por la espada, sino que

por voluntad propia pasaron a los heréticos, y en comparación con aquellos que fueron vencidos después de la batalla, más infelizmente está herido y muerto el que se entregó espontáneamente. Como también en el martirio, el que vencido después de las penas se rindió, es de menor pena que aquel que sin ninguna necesidad ni dolor de tormentos negó a Cristo.

(Vers. 3.) Todos tus príncipes huyeron a la vez, y duramente fueron ligados. En este lugar hemos seguido la interpretación de los Setenta, porque no dista mucho del hebreo en el sentido. Por lo demás, para verter palabra por palabra del hebreo, así se lee entre ellos: "Todos tus primates migraron a la vez, por el arco fueron ligados", cuya edición también otros intérpretes siguieron. Pues migraron todos los príncipes de los heréticos a la sinagoga de Satanás 312 desde la Iglesia de Cristo, y pasaron a la vez discordes en la perfidia, concordes en el tránsito, y fueron ligados por el arco, del cual está escrito en el Salmo: "He aquí que los pecadores tensaron el arco, prepararon sus saetas en la aljaba, para saetear en lo oscuro a los rectos de corazón" (Sal. 10, 2), y enviar los dardos ardientes del diablo que hieren por igual y ligan. Y por eso duramente fueron ligados, porque obturaron sus oídos como áspides sordas, y obturando los oídos, que no oirán las voces de los encantadores, ni del mago que encanta sabiamente. Por cuya causa también el apóstol Pablo prescribe que el herético, después de una amonestación, sea abandonado a su perversidad (Tit. 3), porque es perverso y por su propio juicio

está condenado. "Pues de nosotros salieron, pero no eran de nosotros: pues si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido ciertamente con nosotros" (1 Jn. 2, 19). De estos príncipes fugitivos aquel príncipe es al que el mismo Isaías llama dragón fugitivo, culebra tortuosa, el cual, cuando ha enviado palabras mortíferas a los oídos de los engañados, duramente los liga, y no permite que salgan de sus vínculos: de los cuales el santo rescatado se congratulaba en el Salmo: "Mi alma como un gorrión ha sido rescatada del lazo de los cazadores" (Sal. 123, 7). Y en otro lugar gozando de haber escapado, habla; Mi protector eres tú, y mi refugio. Dios mío, esperaré en Él. Porque Él mismo me rescató del lazo de los cazadores, y de la palabra áspera (Sal. 90, 2. 3), o "turbulenta", lo cual propiamente significa la doctrina de los heréticos.

Todos los que fueron hallados en ti, fueron ligados a la vez, huyeron lejos. LXX: Y los fuertes en ti huyeron lejos. Todavía el discurso del Profeta es contra el valle de Sión, cuyos habitantes subieron a techos vanos, y clamaron con clamor confuso, y fueron heridos sin batalla, cuyos príncipes todos huyeron, y duramente fueron ligados, y los que eran fuertes entre ellos huyeron más lejos. Pues cuanto más prudente es alguien en la perversidad herética, tanto más lejos retrocede del Señor. Pero en cuanto a lo que dice según el hebreo: "Todos han sido hallados en ti", debemos notar esto: que también los heréticos dicen haber "hallado" a aquellos a quienes engañaron; pero el hallazgo de ellos es perdición. Finalmente, sean

recogidos por igual y huyan lejos. Ni me agrada aquella exposición de que, según la diversidad de las herejías, sean diversos también los espacios de los que huyen, cuando la sagrada Escritura dice (Lc. 11, 23): todos los que han sido hallados por los heréticos están ligados por igual y han huido lejísimos, diciendo el Señor: 313 "El que no está conmigo, contra mí está; y el que conmigo no recoge, desparrama". Por lo cual se dice de Moisés (Éx. 24), que Moisés solo se acercaba a Dios, los demás en cambio no se acercaban. Pues para sus santos, Dios es un Dios que se acerca, y no de lejos, dice el Señor.

(Vers. 4-6.) Por eso dije: Apartaos de mí, amargamente lloraré: no os empeñéis en consolarme sobre la vastedad (devastación) de la hija de mi pueblo. Pues es día de matanza y de conculcación y de llantos del Señor Dios de los ejércitos en el valle de la visión, escrutando el muro y magnífico sobre el monte.

LXX: Por eso dije: Dejadme, amargamente lloraré: no contendáis por consolarme sobre la contrición de la hija de mi estirpe: porque es día de tumulto, y de perdición, y de conculcación, y error del Señor Dios Sabaoth en el valle de Sión; yerran desde el mínimo hasta el máximo: yerran sobre los montes.

También Samuel lloraba a Saúl (1 Sam. 15), y el Señor y Salvador lloraba sobre Jerusalén (Lc. 19; 2 Cor. 12, 21): y el Apóstol escribe a los corintios: "No sea que cuando vuelva de nuevo a vosotros, me humille Dios, y llore a muchos que antes pecaron y no hicieron penitencia". Por lo

cual, con afecto de compasión, habla también a otros: "¿Quién enferma y yo no enfermo? ¿quién se escandaliza y yo no me quemo?" (2 Cor. 11, 29). Así pues, también el Profeta, viendo que el pueblo de la que antes fue visión sube a techos vanos y se ocupa en el clamor; y que todos sus príncipes han huido y están ligados con los vínculos de los pecados, estalla en lágrimas y rechaza a los que lo consuelan, y atestigua que llora con llanto amarguísimo, no sobre los hijos, sino sobre la hija de su pueblo, que perdió la dignidad de la virilidad. Pues el día del juicio, y de la matanza, y de la conculcación, de ninguna manera será Jerusalén, que se interpreta como "visión de paz"; sino del antiguo nombre Jebús, que se interpreta como "conculcación"; de llantos también o de "error", como tradujeron los Setenta, de parte del Señor Sabaoth, no porque el llanto y el error sean del Señor; sino que por ocasión de las santas Escrituras, que el Señor dio para ser leídas, les nace ocasión de error a aquellos que pueden decir: "¿Por qué nos hiciste errar de tu camino?" (Is. 63, 17). Y en otro lugar: "El Señor les mezcló espíritu de error" (cf. Is. 19, 14): para que no consistieran en el monte de la Visión, sino en el valle de Sión. Este mismo día, además, que nace del Señor de los ejércitos en el valle de la Visión para mostrar las obras de cada uno, escruta el muro de los heréticos, que construyeron contra la Iglesia como un baluarte firmísimo; y al magnífico 314 y glorioso, esto es, a los doctores de ellos, que se glorían de consistir sobre el monte Cristo. Del cual en otra parte leemos: "Venid, subamos al monte del

Señor y a la casa del Dios de Jacob: y nos anunciará su camino" (Is. 2, 3). Por lo demás, lo que los LXX tradujeron: "yerran desde el mínimo hasta el máximo, yerran sobre los montes", debemos sentir esto: que están en mayor maldad los que son mayores, y sin embargo desde el mínimo hasta el máximo yerran todos, y yerran sobre los montes: Moisés, Jeremías y los demás Profetas, Evangelistas y Apóstoles. Y encontrándose en el valle, de modo admirable yerran en los montes:

(Vers. 7-9.) Y Elam tomó la aljaba, el carro del hombre jinete, y el escudo desnudó el muro. Y tus valles elegidos estarán llenos de cuadrigas: Y los jinetes pondrán sus sedes en la puerta. Y será revelado el velo (cobertura) de Judá: y verás en aquel día el arsenal de la casa del bosque: y veréis las roturas (cisuras) de la ciudad de David, porque se han multiplicado.

LXX: Pero los elamitas tomaron aljabas: jinetes: hombres sobre caballos: y la congregación de los que luchan: y tus valles elegidos serán, se llenarán de cuadrigas, y los jinetes apiñarán tus puertas: y revelarán las puertas de Judá: y mirarán en aquel día hacia las casas elegidas de la ciudad: y revelarán las cosas escondidas de las casas de la ciudadela de David, y verán que son más.

Elam, que se interpreta como "el ascenso de ellos", o los Elamitas, como tradujeron los LXX, a quienes vertemos como "despreciadores", tomaron la aljaba para agitar en lo oscuro a los rectos de corazón, que son jinetes de hombres en un carro, para que desnuden el muro de Sión y los firmamentos de la Iglesia con su escudo e

impugnación. Estarán en cambio, dice, tus valles elegidos y los dogmas humildes, oh valle de Sión, llenos de cuadrigas, las cuales el Señor sumergió con Faraón, cuyos jinetes y conductores pondrán sus sedes en tus puertas, para no permitir que salgan los sitiados y encerrados en ti. Entonces el Dios Omnipotente, por medio de varones eclesiásticos, revelará los velos de Judá; y todos los secretos de aquellos que han sido constituidos en la confesión de la fe, y entonces verás, oh valle de Sión, en aquel día y en la clara luz de la verdad, toda la armadura del Apóstol, y de la casa del bosque, en la cual consiste la turba de las naciones. Como también se canta en el salmo 131: "He aquí que la oímos en Éfrata: la hallamos en los campos de la selva" (Sal. 131, 6). Cuando en cambio el velo de Judá y el secreto, que antes por causa del misterio 315 se ocultaba, haya sido revelado, y veas la armadura de la Iglesia; entonces entenderás los cismas de la ciudad de David, que multiplicaste para congregar para ti a los pueblos engañados. Estos elamitas, según la edición de los LXX, no tienen una sola aljaba, sino muchas; y son jinetes de hombres, en cuyas almas cabalgan; y es una multitud muchísima la que se prepara para la lucha contra la Iglesia: de tal modo que todos sus valles se llenen; y los jinetes obturen los sentidos de ellos, y con su combate provoquen al varón eclesiástico, que se interpreta como Judá, a contender: el cual, presentando los testimonios de las Escrituras y redarguyendo todas las mentiras, verán los heréticos las casas de la ciudad de David, y conocerán todos los secretos anteriores,

cómo en la ciudadela de David —que se interpreta "fuerte de mano", esto es, de Cristo— todos son dogmas de la verdad. Son lugares oscuros, no solo según la historia, sino según la anagogía (anagogen). A quienes, por tanto, nuestras explicaciones desagraden, deben presentar las suyas, para que, si fueran verdaderas, nos rindamos a su explicación.

(Vers. 10, 11.) Y congregasteis las aguas de la piscina inferior: y las casas de Jerusalén contasteis: y destruisteis las casas para fortificar el muro. Y el lago hicisteis entre los dos muros, y el agua de la piscina vieja: y no mirasteis a aquel que la había hecho, y al hacedor de ella desde lejos no lo visteis.

LXX: Y desviaron el agua de la antigua piscina hacia la ciudad: y destruyeron las casas de Jerusalén para fortalecer los muros de la ciudad: e hicisteis para vosotros agua entre los dos muros dentro de la piscina antigua: y no mirasteis a aquel que desde el principio la hizo: y al creador de ella no lo visteis.

Vosotros que veréis o veis las roturas (cisuras) de la ciudad de David, esto es, de la Iglesia, que en todo el orbe se han multiplicado; que congregasteis las aguas de vuestra piscina y doctrina, no de la superior, sino de la inferior, y las casas de Jerusalén contasteis, o destruisteis, para que fortificaseis vuestro muro, no cavasteis pozos que tuvieran aguas vitales y eternas, sino cisternas rotas (lacus contritos) que no pueden contener el agua. Y los hicisteis entre los dos muros del Nuevo y el Antiguo Testamento (Instrumenti), y

el agua de la piscina vieja descuidasteis, ni considerasteis a Dios dador de la ley, y al hacedor del mundo lo descuidasteis totalmente. Esto según el hebreo. Por lo demás, según los LXX, los heréticos se consideraron a sí mismos, que eran muchos, y confiando en esta multitud, desviaron la doctrina del Antiguo Testamento de la ciudad de Dios, 316 que es la Iglesia, y destruyeron las casas de Jerusalén para edificar los conciliábulos de los malignos; y mientras reprueban el Antiguo Testamento (Instrumentum), no siguieron el Nuevo, porque el Nuevo se robustece con los testimonios del Antiguo Testamento. Por eso, entre los dos muros, el antiguo y el nuevo, se hicieron aguas nuevas, que piensan que son interiores y que contienen misterios mayores que los que se contienen en el Antiguo Testamento: y no respetaron a Dios, que es el fundador del Antiguo Testamento, y a su hacedor ni siquiera de lejos quisieron verlo.

(Vers. 12 y ss.) Y llamará el Señor Dios de los ejércitos en aquel día al llanto y al lamento, a la calvicie y al ceñidor de saco: y he aquí gozo y alegría, matar becerros y degollar carneros, comer carnes y beber vino: comamos y bebamos, pues mañana moriremos. Y se reveló en mis oídos del Señor de los ejércitos: si se perdonará esta iniquidad a vosotros hasta que muráis, dice el Señor Dios de los ejércitos.

Diariamente el Señor Dios de los ejércitos provoca a los heréticos a la penitencia, los cuales, despreciando entre los dos muros el agua de la piscina vieja, cavaron para sí un lago, y congregaron el agua de la piscina inferior, que tiene

aguas no del cielo, sino de la tierra; y los llama al llanto; pues "bienaventurados los que lloran: porque ellos reirán" (Mat. 5, 5). Y al lamento, para que después no oigan: "Os lamentamos, y no os lamentasteis" (Id. 11, 17). Y a la calvicie, para que rapan todas las obras de muerte, y quiten de su cuerpo lo que no vive en el cuerpo. Y al ceñidor de saco, para que después, junto a Jerusalén, no sean ceñidos con una cuerda por ceñidor. Ellos en cambio, por el contrario, por el llanto y el lamento, la calvicie y el cilicio, tuvieron gozo y alegría, y como si con la muerte se acabaran todas las cosas, matando becerros y degollando carneros, para comer carnes y beber vino, hablaron las palabras de los blasfemos. Mientras estamos en el siglo presente, abundemos en delicias. Pues el día de mañana, esto es, el tiempo futuro, será sin sentido. Al decir ellos estas cosas, oyó el Señor las palabras de blasfemia, y amenazó con que no perdonaría esta iniquidad hasta que o bien mueran al pecado y a los vicios, o sean arrastrados con sus delitos a los infiernos (inferos). Lo cual ciertamente no solo de los heréticos, sino de todo pecador puede entenderse, el cual, descuidando sus pecados, se vuelve peor por la desesperación; y enredado en placeres, une al pecado la blasfemia, de modo que piense que todo 317 sentido de los vivientes se acaba con la muerte, diciendo aquel [dicho] de Epicuro: "Después de la muerte nada hay, y la muerte misma nada es".

(Vers. 15, 16 y ss.) Esto dice el Señor Dios de los ejércitos: Ve, entra a aquel que habita en el tabernáculo, a Sebna (Sobnam) el prepósito del

templo, y le dirás: ¿Qué haces tú aquí: o como quién estás aquí? ¿porque te has labrado aquí un sepulcro? labraste en lo alto una memoria (memoriale), diligentemente en la piedra un tabernáculo para ti. He aquí que el Señor te hará ser transportado como es transportado un gallo: y como un manto así te levantará. Coronándote te coronará con tribulación: como una pelota te enviará a una tierra ancha y espaciosa: allí morirás, y allí estará el carro de tu gloria, la ignominia de la casa de tu Señor. Y te expulsaré de tu puesto: y de tu ministerio te depondré. Y será en aquel día, llamaré a mi siervo Eliacim hijo de Helcías: y lo vestiré con tu túnica, y con tu ceñidor lo confortaré: y tu potestad daré en su mano, y será como un padre para los habitantes de Jerusalén, y para la casa de Judá. Y daré la llave de la casa de David sobre su hombro: y abrirá, y no habrá quien cierre; y cerrará, y no habrá quien abra. Y lo hincaré como estaca (paxillum) en un lugar fiel, y estará en el solio de la casa (solium gloriae domui) de su padre. Y colgarán sobre él toda la gloria de la casa de su padre, diversos géneros de vasos, todo vaso pequeño desde los vasos de cráteras hasta todo vaso de músicos. En aquel día dice el Señor de los ejércitos: Será quitada la estaca que había sido hincada en lugar fiel, y se romperá y caerá: y perecerá lo que colgaba de ella, porque el Señor ha hablado.

LXX: Esto dice el Señor Sabaoth: Ve al pastoforio a Somna el cuestor, y le dirás: ¿Qué haces tú aquí? ¿o qué tienes tú aquí? puesto que te labraste un sepulcro, e hiciste para ti en lo alto

una memoria: ¿y te describiste en la tierra un tabernáculo? He aquí que el Señor Sabaoth arrojará, y quebrantará al varón, y quitará tu estola y tu corona gloriosa, y te arrojará a una región grande y sin medida, y allí morirás: y pondrá tu mejor carro en ignominia, y la casa de tu príncipe en conculcación (conculcationem). Y serás quitado de tu dispensación, y de tu grado. Y será en aquel día, llamaré a mi niño Eliacim hijo de Helcías, y lo vestiré con tu estola, y tu corona le daré fuertemente, y tu dispensación daré en sus manos, y será como un padre para los habitantes de Jerusalén, 318 y de Judá, y le daré la gloria de la casa de David a él, y tendrá el principado, y no habrá quien contradiga. Y daré la llave de la casa de David sobre su hombro, y abrirá, y no habrá quien cierre; y cerrará, y no habrá quien abra. Lo constituiré príncipe en lugar fiel, y en el solio de gloria de la casa de su padre, y estará confiado sobre él todo glorioso en la casa de su padre desde el mínimo hasta el máximo. Todos los vasos pequeños desde los vasos de aganoth: y colgarán sobre él. En aquel día esto dice el Señor Sabaoth: Se moverá el hombre que había sido estabilizado en lugar fiel: y será quitado, y caerá, y perecerá la gloria que había en él: porque el Señor ha hablado.

Se le manda al profeta Isaías que entre a aquel que habita en el tabernáculo, que en hebreo se dice SOCHEN, a Sebna (Sobnam) el prepósito del templo, o como los LXX tradujeron, tamian, esto es, cuestor y dispensador de los tesoros de la casa de Dios. Sochen, por su parte, se interpreta o como tabernáculo, o como pastoforio, esto es,

tálamo (thalamus) en el que habita el prepósito del templo. ¿Quién es otro que habitó en el tabernáculo de los judíos, y en la casa que fue de Dios, sino la palabra y razón de la ley judía, que se ha ocupado en la lectura del Antiguo Testamento (Instrumenti)? A esta tradición, por tanto, y doctrina se le dice: ¿qué haces aquí? ¿Por qué quieres edificarte una casa en la letra que mata, e hincar tu tabernáculo, que no tiene fundamento, en la firmeza de la piedra: lo cual debe ser llamado no tanto tabernáculo y casa, cuanto sepulcro y memoria? Por eso te digo que no debes trabajar en el labrado del sepulcro, porque el Señor trasladará tu sacerdocio; tal como suele ser trasladado GEBER, que todos interpretaron como "varón". El hebreo, en cambio, que nos instruyó en la lectura del Antiguo Testamento (Instrumenti), lo tradujo como "gallo" (gallum gallinaceum). Tal como, dice, el gallo es trasladado en el hombro del portador de un lugar a otro, así el Señor te transportará de tu lugar ligeramente. Y tú que antes tenías la corona del pontífice, y la sanctificación en la lámina de oro, en la cual estaba escrito el nombre de Dios (Éxod. 28), serás coronado con tribulación y angustia. Y como si una esfera fuera enviada en un lugar inclinado y espacioso, no puede estar firme, sino que se rueda hacia lo inmenso: así todo tu pueblo será dispersado por los confines del orbe. Y allí morirás con tu letra, y toda tu gloria, y los carros en los que antes eras llevado ínclito; y el esplendor de la casa de Dios se tornará en ignominia. Pues te quitará el Señor de tu puesto, y de tu ministerio, esto es, de las

ceremonias de las víctimas, para que se cumpla aquello que se escribe a los hebreos: "Trasladado el sacerdocio, es necesario que se haga el traslado de la ley" (Hebr. 7, 12). Cuando en cambio tú hayas sido expulsado de tu ministerio, llamaré a mi niño Eliacim, a quien dije también en otro lugar: "Grande es para ti que seas llamado mi niño" (Isa. 49, 6, según los LXX). Eliacim se interpreta como "Dios que resucita", o "resurrección de Dios". Este Dios que resucita, pues, que es el hijo de Helcías, esto es, de la "parte del Señor", recibirá tu lugar, y será vestido con tu estola, y con tu ceñidor será confortado, para que lo que tú tenías en la letra, él lo posea en el espíritu, y será padre de los habitantes en Jerusalén, esto es, en la visión de la paz (visio pacis), que se interpreta como la Iglesia, y para la casa de Judá, donde está la verdadera confesión de la fe. De donde él mismo habla a los Apóstoles: "Hijitos, todavía un poco estoy con vosotros" (Juan 13, 33). Y a otro: "Hijo, se te perdonan tus pecados" (Mat. 9, 2). Y a otra: "Hija, tu fe te ha salvado" (Luc. 7, 50). Dará, dice, a él la llave de la casa de David, el que abre y nadie cierra; el que cierra y nadie abre (Apoc. 3). Y esta misma llave estará sobre su hombro, esto es, en la pasión, según aquello que se escribe en otro lugar: "Cuyo principado está sobre su hombro" (Isa. 9, 6). Pues lo que él haya abierto con su pasión, no podrá cerrarse; y lo que haya cerrado en las ceremonias de los judíos, por ningún otro será abierto. Pues hincaré aquella estaca (paxillum) en lugar fiel, donde está la asamblea de los Fieles. De donde también los creyentes en Cristo son

llamados fieles. Y será para solio de gloria de la casa de su padre, esto es, de la Iglesia: y colgarán sobre él toda la gloria de la casa de su padre. De donde también se escribe en el Evangelio: "Todo el pueblo pendía de él" (Luc. 19). Lo cual ciertamente no solo se hizo en aquel tiempo, sino que se cumple hasta el día de hoy, para que pendan de él como diversos vasos de Dios, la sabiduría y la justicia, y todas las cosas por las que Cristo es llamado. Diversos géneros de vasos, por los cuales Aquila interpretó SASAIM y SEPHOTH, que Simaco vertió como "nietos y mezclados": para que tanto los Apóstoles como todos los creyentes, esto es, los hijos de los hijos, y los mezclados de todas las naciones, pendan sobre él. Desde los vasos de cráteras, por los cuales Teodoción puso AGANOTH, pues tanto los pequeños 320 como los grandes han de creer en el Señor. Las cráteras, por mi parte, pienso que son los Apóstoles llenos de aguas vitales. De los cuales se dice: "Bendecid a Dios desde las fuentes de Israel" (Sal. 67, 27), en cuyas cráteras mezcló la sabiduría su vino. Y todo vaso de músicos, dice, de aquellos que en todo tiempo resuenan en las alabanzas de Dios. Lo que sigue parece ser contrario a nuestro sentido, cómo esta estaca, que había sido hincada en lugar fiel, sea quitada y se rompa: y caiga y perezca lo que había colgado de ella, y esto se haga porque el Señor ha hablado. Lo cual así puede resolverse si leemos aquello del Evangelio, que en los últimos días se enfriará la caridad de muchos (Mat. 24); y el mismo Señor diga: "¿Piensas que el hijo del hombre al venir hallará fe sobre la tierra?" (Luc.

18, 8). No, por tanto, se romperá la estaca y caerá y perecerá, lo cual es impío decir: sino que la estaca será quitada del lugar fiel, esto es, de la Iglesia a causa de la impiedad que diariamente crece por debajo, y los que antes habían colgado de él por la fe, después por la infidelidad se romperán y caerán y perecerán. Esto, en cambio, se hará en los últimos días, porque el Señor ha hablado. Por la estaca, que en hebreo se dice YATHED, y por todos se expresa de modo similar, solo los LXX interpretaron arriba como "príncipe", aquí como "hombre". Y lo que casi se nos pasó por alto en la celeridad del dictado, Sebna (Sobnas) se interpreta como "conviértete ahora", o "conversión". Se le dice, por tanto, al príncipe de los judíos que se convierta de la Ley al Evangelio: y dejadas las imágenes de las víctimas, se traslade a la verdad del sacrificio espiritual.

(Cap. XXIII.---Vers. 1.) La palabra de Tiro. Qué nos parecería sobre la carga o palabra y asunción de Tiro según los hebreos, lo dijimos arriba en el libro de las diez Visiones de explicación histórica. Ahora recorreremos brevemente toda la profecía contra Tiro según la anagogía (anagogen) y la edición de los LXX. Tiro en lengua hebrea se dice SOR, y se traslada a nuestro sermón como "angustia" (angustia). Toda alma, por tanto, ocupada por los vicios y los pensamientos depravados, puede ser llamada "sor".

Aullad, naves de Cartago, porque perecieron y no vendrán más. De la tierra de los citios (Citiorum), fue llevada cautiva. A la cual se hicieron semejantes los habitantes de la isla, los negocian-

tes de Fenicia, que atraviesan el mar en muchas aguas, semilla de negociantes como de mieses traídas, negociantes de las naciones. Por Cartago en el hebreo se escribe THARSIS, lo cual todos tradujeron de modo similar. Tharsis, por su parte, se interpreta como "contemplación" o "exploración de gozo". Los citios también, que en hebreo se dice CHETIM, se interpreta como "mar que se congela": y por Fenicia entre ellos se lee Sidón. Se reprende, pues, a estos a quienes rodea la turba de los malos pensamientos, y que queriendo según el Apóstol enriquecerse, caen en tentaciones y lazos del diablo, y deseos muchos y nocivos, que hunden a los hombres en el profundo (1 Tim. 6). Y se les dice que deben aullar, sabiendo que todas las negociaciones de este mundo han de perecer, y la contemplación del gozo y la alegría ha de tornarse en luto y lágrimas. Pues este mar ya no podrá ser navegado, sino que todas las cosas se congelarán: y las colonias de los tirios serán llevadas cautivas a las penas. Pues no son semejantes a otros los que habitan en esa isla, sino a los negociantes, o traductores que son llevados de acá para allá por todo viento de doctrina, y pasan de unos vicios a otros. Habitamos, en cambio, en una isla mientras somos golpeados por las tentaciones de este siglo: y de todas partes nuestra isla y navecilla es herida por los oleajes del mar. Los negociantes de esta isla son de Sidón, que se interpreta como "cazadora", y en la cual habitan muchísimos cazadores. De los cuales está escrito: "Él te librará del lazo de los cazadores" (Sal. 90, 3). Y en otro lugar se alegra el santo de haber

sido librado de sus asechanzas diciendo: "Nuestra alma, como un gorrión, ha sido arrebatada del lazo de los cazadores" (Sal. 123, 7). Todos los negociantes de las naciones se comparan con las mieses que pronto se secan, o con las mieses del río que no tienen lluvia del cielo sino de la tierra: y por eso han de perecer con las naciones. Donde nosotros leemos "semilla de negociantes", en el hebreo está escrito "semilla de Sior" (semen sior), que se sobreentiende el Nilo, por tener aguas turbias con las que se riegan las mieses de Egipto.

(Vers. 4-5.) Avergüenzate, Sidón, dijo el mar; pues la fortaleza del mar dice: No estuve de parto, ni parí, ni crié jóvenes, ni exalté vírgenes. Mas cuando se hubiere oído en Egipto, los aprehenderá el dolor sobre Tiro. El mar de este siglo, en el que habitan animales pequeños con grandes, y el dragón que Dios plasmó para jugar en él, viendo capturados por los cazadores de Cristo —que cazan desde todo monte y colina— a los que antes habían sido capturados por los demonios, habla a la fortaleza contraria de los cazadores, que se interpreta como 322 Sidón, y le dice: Avergüenzate, Sidón; pues no estuve de parto, ni parí, ni crié a los jóvenes capturados por ti, ni elevé a las vírgenes cuya estulticia se condena en el Evangelio (Mat. 25). Pues mi parto, y nacimiento, y alimento, y elevación de las vírgenes, ha sido borrada por el parto de los Apóstoles de Cristo; de los cuales uno hablaba: "Hijitos míos, por quienes vuelvo a estar de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros" (Gál. 4, 19). Y: "Os di leche por bebida, no manjar" (1 Cor. 3, 2).

Y de nuevo: "Quiero, en cambio, exhibiros a todos como una virgen casta para Cristo" (2 Cor. 11). Cuando Egipto oyere esto, que en hebreo se dice MESRAIM, que se interpreta como ekthliboúsa, esto es, "tribulante" y "coartante", también ella misma se aterrará, entendiendo que ella también ha de padecer lo mismo que Tiro padeció. Lo cual, aunque se refiera a todos los vicios, puede sentirse también en la diversidad de las herejías, cuando capturada una herejía, otra se estremece, y en la confusión de una, otra siente que ha de ser capturada. Como, en cambio, se dice de Sodoma: "Puesto que si se hubieran hecho en ellas los signos que se han hecho en Cafarnaúm, hubieran permanecido hasta hoy"; y se añade: "No obstante, más tolerable será para Sodoma en el día del juicio que para vosotros": así de Tiro y Sidón aprendemos por el Salvador diciendo: "No obstante, para Tiro y Sidón será más leve en el día del juicio que para aquella ciudad" (Mat. 11, 21 y ss.). De donde también la cananea, que ante la oración de Cristo, entendía que su hija —esto es, su alma— era vejada por un gravísimo demonio, se dice que salió de los confines de Tiro y Sidón. Pues ni podía de otro modo encontrarse con el Salvador, si no hubiera dejado los términos de Tiro y Sidón.

(Vers. 6, 7.) Id a Cartago: aullad los que habitáis en esta isla. ¿No es esta vuestra contumelia desde el principio antes de que fuera entregada? Sus pies la conducirán lejos a peregrinar. Lo que sigue: "Sus pies la conducirán lejos a peregrinar", se añadió del hebreo, y se anota con asterisco,

esto es, con estrellas iluminantes. Oh tirios que habitáis en la angustia (angustia) y permanecéis en una isla, que de todas partes estáis expuestos a los oleajes de las tentaciones, retiraos de ella e id a Cartago, esto es, Tharsis, y apresuraos al verdadero gozo, lamentando los antiguos pecados y la vieja contumelia que o bien vosotros mismos inferíais a otros, o padecíais de ellos. Esto, en cambio, lo mando por eso, porque veis que Tiro vuestra ciudad ha de emigrar de sus sedes y propósito a otros términos, 323 cuando depuesto el viejo error, hayan sometido sus cuellos al Evangelio del Salvador, para que los que antes habitaban en la angustia (angustia), se retiren más lejos, y sean advenedizos e inquilinos de la doctrina del Señor Salvador.

(Vers. 8, 9.) ¿Quién pensó estas cosas sobre Tiro? ¿Acaso es menor, o no prevalece? Sus negociantes son los príncipes de Canaán, los ínclitos de la tierra. El Señor Sabaoth pensó disolver toda la contumelia de los que se glorían, y deshonrar todo lo que es ínclito sobre la tierra. La palabra "Canaán" se añadió de la edición de Teodoción, por la cual Aquila tradujo "negociantes". Interroga, pues, el Espíritu Santo, o más bien confirma con la interrogación, que el Señor pensó estas cosas contra los príncipes de Tiro, cuya industria toda es buscar riquezas mediante negociaciones. Y tal como leemos en el Evangelio de los negociantes de perlas (Mat. 13), que vendidas todas las cosas desean comprar una perla, y que ciertamente deben ser llamados ínclitos negociantes no de la tierra, sino del cielo: así por el contrario

los negociantes de Tiro, esto es, de la tribulación y de la angustia (angustiae), deben ser llamados ínclitos de la tierra, porque todo lo que hacen mira a la tierra: y príncipes de Canaán, que se interpreta como "fluctuantes" y "conmovidos". Pues no asientan sobre la piedra sus pies, ni puede decirse de ellos: "La piedra es refugio para los erizos" (Sal. 103, 18), o "para las liebres"; sino que más bien sostienen aquello que el justo casi padeció: "Mis pies en cambio casi se movieron: casi se derramaron mis pasos" (Sal. 72, 2). El Señor de los ejércitos, por tanto, pensó este consejo, para disolver los peores vínculos de los negociantes, o más bien para disipar la injuria compacta por la cual se ensoberbecen todos los que están sometidos a Tiro. Y lo que añadió, "y deshonrar todo lo que es glorioso sobre la tierra", el Señor no es autor del deshonor, sino que lo que por sí mismo está expuesto a la ignominia, muestra que es ignominioso. Lo cual ciertamente leemos también de los sacerdotes en el Levítico: "Con contaminación lo contaminó" (Lev. 21), sin duda que el sacerdote: no porque sea autor de la contaminación, sino porque muestra contaminado a aquel que antes parecía limpio a muchísimos.

(Vers. 10, 11.) Trabaja tu tierra: pues ciertamente las naves de ningún modo vienen de Cartago, y tu mano de ningún modo prevalece, la cual en el mar provoca a los reyes. Mucho discrepa la edición de los LXX de los demás intérpretes y del mismo hebreo en este lugar, pero prosigamos nuestro propósito. Arriba había dicho: "Id a Cartago, aullad los que habitáis 324

en la isla". Ahora dice lo contrario, porque las naves de Cartago ya no vienen, "trabaja tu tierra". Pues le aprovechó a Tiro que perecieran las naves extranjeras, para que se vea obligada a trabajar su tierra. De la cual se dice en los Proverbios: "El que trabaja su tierra se saciará de panes" (Prov. 28, 19), para que de ningún modo viva del incierto riesgo de los oleajes y los naufragios, sino de los frutos de su trabajo. De los cuales se canta en los salmos al justo: "Comerás los trabajos de tus manos" (Sal. 127, 2). Está escrito en Oseas que los caminos de la meretriz fueron cercados por el Señor con espinas, para que no pudiera seguir a sus amantes, para que obligada por esta necesidad regresara a su marido primero. Lo cual también advertimos frecuentemente en las cosas del siglo, que muchos que por la prosperidad y abundancia de todas las cosas no podían sentir al Señor, entienden por la penuria, y se convierten a las obras de la justicia, después de que su mano no haya prevalecido para disfrutar de la felicidad de este siglo, la cual antes en el mar provocaba a los reyes, o según Simaco los "conturbaba"; cuyo corazón está en la mano de Dios. ¡Y ojalá también nosotros, despreciada la negociación de este mar, trabajemos nuestra tierra, y de ningún modo esperemos las naves de Cartago, o las naves de Tiro que solían ir a Cartago, para no ser sometidos a la potestad del dragón que domina en el mar! Sino que fijemos un paso estable en la tierra, o más bien apresurándonos a las cosas celestiales, trabajemos nuestra tierra, para que sembrando aquí, cosechemos allá. Nuestra mano también,

que antes se ocupaba en los negocios del mundo, y por la potencia y la felicidad podía conmover incluso a los reyes, esto es, a los santos, de su estado, se vuelva imbecil en las cosas del mar, para que sea fuerte en el trabajo de su tierra.

(Vers. 12.) «El Señor de los Ejércitos ha mandado acerca de Canaán destruir su fortaleza, y dirán: de ningún modo volveréis a hacer injuria e iniquidad a la virgen hija de Sidón». Que Tiro y Sidón están en la tierra de Canaán, también lo mostramos arriba, proponiendo el testimonio del Evangelio, en el cual se lee que la mujer cananea o sirofenicia salió de los confines de Tiro y Sidón y salió al encuentro del Señor Salvador. Pues toda alma que está puesta en los flujos del siglo, y es llevada por todo viento de doctrina, debe llamarse Canaán, que se interpreta como "casi fluctuación" o "conmoción". De donde también se dice al anciano adúltero: «Semilla de Canaán y no de Judá, la belleza te engañó» (Dan. 13). Conviene, pues, a Tiro y a sus angustias que perezca la fortaleza cananea, para que se diga a sus habitantes que ya no prevalezcan para hacer injurias y oprimir por la iniquidad a la virgen hija de Sidón. Cualquiera que es capturado por el diablo en la perturbación de diversos vicios, y es entregado a los insultos de la ignominia, para que manche el cuerpo con los placeres y la torpeza, ese es hijo o hija de Sidón. Y esto debe saberse: que "Sabaoth" no se tiene en hebreo, y al contrario "virgen" ha sido añadida del hebreo.

(Vers. 13.) «Si fueres a los citios, ni allí habrá descanso para ti; y si a la tierra de los caldeos,

también ella ha sido devastada por los asirios». «Siyim la fundó, establecieron sus baluartes, levantaron su torre: su muro cayó». Y lo que sigue de la edición de Teodoción, ha sido añadido bajo asteriscos: «Siyim la fundó, establecieron sus baluartes: levantaron su torre», y sin asteriscos se une: «su muro cayó». Los citios se interpretan como "llaga consumada" o "perfecta"; los caldeos en este lugar, "como ubres"; los asirios, "reprochadores". La etimología de Siyim ni nosotros pudimos encontrarla, y los demás intérpretes la tradujeron por el mismo nombre con que se escribe entre los hebreos. Se dice, pues, a Tiro, que aunque pretenda ir a los citios y evitar la llaga de sus angustias, ni siquiera allí puede encontrar un descanso perfecto. Y de nuevo, si deseara ir a los caldeos y disfrutar de su ubre y de la abundancia de todas las cosas, también a ellos los encuentre desolados, reprochando los asirios su esterilidad, según lo que también el Apóstol entregó a los pecadores a Satanás (1 Tim. 1), para que aprendan a no blasfemar: los cuales son entregados a la perdición de la carne para que el espíritu sea salvo. Pues los Siyim de los caldeos echaron los fundamentos, a los cuales entiendo como los peores demonios, que también levantaron baluartes y torres soberbísimas de la ciudad caldea contra la ciencia del Señor. Pero toda su edificación cayó en ruinas; pues sigue: «su muro cayó». «Si el Señor no edificare la casa, en vano trabajaron los que la edifican» (Sal. 126, 1). A menudo vemos en el siglo a algunos pasar de un propósito a otro. Por ejemplo, que los que han experimentado mal la

milicia, pasen a la negociación. De nuevo, que los abogados tomen las armas de los guerreros. Mudan la industria para mudar la infelicidad; y no obstante, por la dispensación de Dios a estos a quienes se digna salvar, todas las cosas resultan contrarias a los que se esfuerzan: para que por la penuria y las miserias se vean obligados a tener confianza no en sí mismos, sino en su Creador.

(Vers. 14.) «Aullad, naves de Cartago: porque pereció vuestra fortaleza». A las naves de Cartago, esto es Tarsis, se les manda aullar: pues de ningún modo perecieron, como arriba, o no vendrán; sino que pereció su fortaleza. Pues Tarsis, según otra interpretación, se vierte a nuestra lengua como "consumación de seis" o "de alegría". Pues en seis días leemos que fue hecho este mundo, que según las tradiciones eclesiásticas después será consumado. Todos los bienes, pues, de este siglo, y todo el trabajo de los mortales, se compara al incierto curso de las naves, porque pronto han de perecer, y se disuelve toda la fortaleza de los navegantes. De donde también en Salomón está escrito: «Ciudades firmes ascendió el sabio: y destruyó sus municiones» (Prov. 21, 22). Pues todo lo que se compone por el arte de los herejes y de la sabiduría secular y de los dogmas contrarios, el hombre eclesiástico lo destruye y enseña que está sujeto a sus pies.

(Vers. 15 y ss.) «Y será en aquel día: Tiro será olvidada setenta años, como el tiempo de un rey; como el tiempo de un hombre». «Y después de setenta años, será Tiro como el cántico de una meretriz». «Toma la cítara, vaga, ciudad me-

retriz, entregada al olvido». «Toca bien la cítara, canta muchísimo, para que haya memoria de ti». «Pues después de setenta años, Dios hará una visitación a Tiro: y de nuevo será restituida a lo antiguo; y su negociación será para todos los reinos del orbe de las tierras sobre la faz de la tierra». «Y será su negociación y su merced santa al Señor; pero no se congregará para ellos, sino para los que habitan ante el Señor». «Toda su negociación es comer y beber y llenarse en colecta, un memorial ante el Señor». Esto que se dice: «memorial ante el Señor», y «sobre la faz de la tierra», y «como el tiempo de un hombre», no se tiene en hebreo, sino que ha sido añadido en griego. Pues por setenta años Tiro, antes coartada, es dejada, para que cumplido el tiempo de la soledad, convierta su antiguo canto meretricio en alabanzas de Dios, y asumiendo la cítara tenga todas las cuerdas sonando al unísono: para que después de que haya cantado bien y haya cantado mucho, se haga su memoria ante Dios, la cual por causa de la fornicación había sido entregada al olvido: y sea restituida al estado prístino, y tenga las riquezas de los reinos de todo el orbe, y las mercedes de su trabajo de ningún modo se congreguen para los tirios; sino para los que habitan en la presencia del Señor, y coman y beban, y se llenen de todos los bienes que hayan sido reunidos por el trabajo de todos para la alegría del convite. La palabra divina exhorta a Sidón y a Tiro a la penitencia, y promete que sus trabajos y sus mercedes han de ser santificados al Señor. ¿Quién de los pecadores no tendría esperanza de

salud, si sin embargo cantara bien, y las cuerdas universales de las virtudes, que antes habían estado relajadas, se compusieran para alabanzas del Señor? Leemos en el salmo cuarenta y cuatro, que pertenece especialmente a la unión del esposo y la esposa, esto es, al Señor Salvador y a los sacramentos de la Iglesia, que se dice entre otras cosas: «Las hijas de Tiro con presentes, el rostro tuyo suplicarán los ricos de la plebe» (Sal. 44, 13). Y el mismo esposo de nuevo habla a la esposa tiria: «Oye, hija, y ve, e inclina tu oído; y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre, porque el rey deseará tu belleza» (Ibíd. 11, 12). De donde también en la descripción de su hermosura se añade: «Estuvo la reina a tu derecha, con vestido dorado, rodeada de variedad» (Ibíd. 10). De nuevo: «Toda la gloria de la hija del rey está en lo íntimo» (Ibíd. 14). Pues si el rey deseó la hermosura de la tiria penitente, y de la que tiene los ornamentos de varias virtudes, ¡cuánto más su merced y negociación, no de los que permanecen en Tiro, sino que será de aquellos que habitan en la presencia del Señor! Quienes, después de que hayan hecho penitencia, oirán del Señor Salvador: «Comed, amigos míos, y bebed, e embriagaos, carísimos» (Cant. 5, 1). Pues qué sea comer y beber, y saciarse por la colecta de todas las virtudes, el fiel lector lo entiende. Que por setenta años estuvo desolado el templo, tanto Jeremías (Cap 29) como Daniel (Cap 9) y Zacarías (Cap 7) lo enseñan. Y en Ezequiel (Cap 16) leemos acerca de Sodoma, que es restituida a lo antiguo, y acerca de Egipto, que después de la desolación de la tierra de Egipto y la

aridez de los siete ríos, recibe su antigua ubertad. Pues el número septenario y el septuagésimo, que se confecciona o bien de los días singulares, o bien de las siete décadas, significa una penitencia perfecta y consumada: para que justamente Tiro, cumplido el tiempo de la penitencia, vuelva al estado antiguo. Acerca de esta meretriz pienso que también aquello en los Proverbios de Salomón se señala con discurso místico: «No atiendas a la mujer pésima; pues miel destila de los labios de la mujer meretriz, que por breve tiempo engorda tus fauces, y después la hallarás más amarga que la hiel» (Prov. 5, 2-4). Pues por la ventana de su casa mira hacia las plazas (Mat. 7): porque ancha es y espaciosa la vía que conduce a la muerte, y a cualquier joven insensato que viere —pues a los sabios por cierto no se atreve a tentar— y que pasen junto a las esquinas, los cuales perdieron la línea recta: le habla en las tinieblas y en la calígine, y bajo especie de placeres como a una víctima lo conduce a la muerte. Esta, si se hubiere convertido, y hubiere cantado bien, y hubiere cumplido el tiempo de los años de la penitencia perfecta, comerá y beberá, y se saciará. Oiga Novaciano, y calle.

LIBRO OCTAVO.

327-328 Los libros sexto y séptimo anteriores contienen la alegoría del quinto volumen, el cual antaño dicté con explicación histórica. La presente obra, esto es, el libro octavo, vuelve a la interpretación comenzada, para que discurra igualmente tanto la historia como la tropología según ambas ediciones. Si estas te parecieran largas, oh virgen de Cristo Eustoquio, no me lo imputes a mí, sino a la dificultad de la Sagrada Escritura, y especialmente del profeta Isaías, que está envuelto en tan grandes oscuridades que, ante la magnitud de la cosa, considero breve la explicación que por sí misma es larga. Por cierto escribimos para los estudiosos, y para los que desean conocer la Sagrada Escritura, no para los fastidiosos y los que sienten náuseas ante cada detalle. Quienes, si desean un río de elocuencia y elegantes declamaciones, que lean a Tulio, Quintiliano, Galión, Gabiniano, y para venir a los nuestros, a Tertuliano, Cipriano, Minucio, Arnobio, Lactancio, Hilario. Nosotros tenemos como propósito que Isaías sea entendido por nosotros, y de ningún modo que nuestras palabras sean alabadas bajo la ocasión de Isaías.

329 (Cap 24, vers 1 y ss) «He aquí que el Señor disipará la tierra, y la desnudará, y afligirá su faz, y dispersará a sus habitantes: y será como el pue-

blo, así el sacerdote: y como el siervo, así su señor: como la sierva, así su señora: como el comprador, así aquel que vende: como el prestamista, así el que recibe el préstamo: como el que reclama, así el que debe: por disipación será disipada la tierra, y por saqueo será despojada: pues el Señor ha hablado esta palabra». Después de la reprensión especial de cada una de las naciones —de Judea, de Babilonia, de los filisteos, de Moab, de Damasco, de Israel, de Egipto, del mar del desierto, de Idumea y Arabia, del valle de la visión, y al final de Tiro— en cuya explicación dijimos lo que pudimos, ahora el discurso profético describe qué ha de padecer todo el orbe en la consumación, y de ningún modo se profetiza acerca de naciones singulares, sino acerca de todas igualmente. Y primero ciertamente qué tormentos han de padecer los impíos: y cómo según el Evangelio y el Apóstol, pasen el cielo y la tierra, y la figura de este mundo (Mat 24; 1 Cor 7), y sean conducidos los pecadores al infierno (Sal 30), de los cuales está escrito: «Entrarán a los extremos de la tierra, serán entregados en manos de la espada, porciones de zorras serán» (Sal 62, 10). Luego, porque según la cualidad de los méritos muchas son las moradas en casa del Padre, se dice cómo los santos son arrebatados en las nubes al encuentro del Señor en el aire, y siempre han de estar con Él (Juan 14; 1 Tes 4). En lugar de «tierra disipada», los Setenta interpretaron «orbe corrompido»; y en lugar de «su faz afligida», esto es, de la tierra, los mismos tradujeron: «y revelará su faz»; para que procedan los muertos de sus sepulcros: o «la

desnudará», para que todas sus obras sean proferidas en público, y sean dispersados sus habitantes en diversos lugares, destinados a premios o suplicios. Entonces no habrá ninguna diversidad entre el noble y el innoble, el sacerdote y el laico, el siervo y el señor, la sierva y la señora, el rico y el pobre, el prestamista y aquel que es oprimido por la deuda, el que compra y el que vende. Pues todos por igual estarán ante el tribunal de Cristo, ni habrá acepción de personas ante Dios (Rom 14; Col 3). De lo cual también Job habla con casi las mismas palabras: «El pequeño y el grande están allí, y el siervo no temiendo a su señor» (Job 3, 19). Y el Salvador en el Evangelio, a quien todo juicio ha sido entregado, testifica con discurso pleno. Será disipada, pues, la tierra, y todas las obras terrenas serán reducidas a la nada, para que abolida la imagen de lo terreno (choïkoû), permanezca la imagen supercelestial. «Pues el primer hombre de la tierra es terreno, y el segundo de cielo es celestial: cual es el terreno, tales también los terrenos; y cual es el supercelestial, tales también los supercelestiales: para que así como portamos la imagen del terreno, portemos también la imagen del supercelestial» (1 Cor 15, 47-49). De donde el mismo Apóstol habla: «La carne y la sangre no poseerán el reino de Dios» (Ibíd 50). No porque según los herejes desaparezca la naturaleza de los cuerpos, sino porque esto corruptivo vista la incorrupción, y esto mortal vista la inmortalidad. Y todas estas cosas se harán: porque lo que ha de ser, el Señor lo ha hablado por los profetas.

(Vers. 4, 5.) «Lloró y se desvaneció la tierra, y se debilitó: se desvaneció el orbe, se debilitó la altura del pueblo de la tierra, y la tierra fue muerta por sus habitantes». LXX: «Lloró la tierra, corrompido fue el orbe, lloraron los excelsos de la tierra, la tierra empero obró impíamente por sus habitantes». «Dios resiste a los soberbios, y a los humildes da gracia» (Sant. 4, 6). De donde la primera sentencia es contra aquellos que son excelsos de la tierra, para que se debiliten todas las cosas que ahora son fuertes por causa de aquellos que mezclaron sangre con sangre, e hicieron que, al modo de la sangre de Abel, el cruor de los muertos clamara a Dios (Gén. 4).

(Vers. 6.) «Porque traspasaron la ley, mudaron el derecho, disiparon el pacto sempiterno». Por esto la maldición devorará la tierra, y pecarán sus habitantes: por eso enloquecerán sus cultivadores, y quedarán pocos hombres. LXX: «Porque prevaricaron la ley, mudaron los preceptos, el testamento eterno». Por esto la maldición devorará la tierra, porque pecaron sus habitantes: por eso pobres serán los habitantes de la tierra, y serán dejados pocos hombres. Oigan los judíos, que se glorían de haber recibido ellos solos la ley del Señor, que todas las naciones primero y todo el orbe recibió la ley natural, y por eso después fue dada la ley por Moisés, porque la primera ley fue disipada. De la cual el Apóstol habla: «Porque cuando las gentes, que no tienen ley, hacen por naturaleza las cosas que son de la ley, estos no teniendo ley, son ley para sí mismos: quienes muestran la obra de la ley escrita en sus corazo-

nes» (Rom. 2, 14). Quienes, pues, hubieren observado estas leyes, conseguirán premios: quienes empero las hubieren descuidado, sufrirán lo que ahora el discurso profético conmina. Y como al principio bendijo Dios a toda criatura que había hecho (Gén. 1): así en la consumación del mundo maldecirá a estos que son terrenos, y no hubieren sido peregrinos, sino habitantes de la tierra, y en ella hubieren pecado; quienes olvidados de su condición, unos contra otros con furor desvariaron. Y pocos permanecerán que tengan la imagen supercelestial: o bien, según los LXX, «pobres serán los habitantes de la tierra», porque perdieron las riquezas espirituales.

(Vers. 7 y ss.) «Lloró la vendimia, se debilitó la vid, gimieron todos los que se alegraban de corazón». «Cesó el gozo de los panderos, descansó el sonido de los que se alegraban, calló la dulzura de la cítara, con cántico no beberán vino, amarga será la poción para los que la beben». «Desgastada está la ciudad de la vanidad, cerrada está toda casa sin que nadie entre». «Clamor habrá por el vino en las plazas, desierta está toda alegría, trasladado ha sido el gozo de la tierra». «Y dejada está en la ciudad la soledad, y la calamidad oprimirá las puertas: porque estas cosas serán en medio de la tierra, en medio de los pueblos».

En la consumación del mundo, el recuerdo de las delicias pasadas será materia de tormentos. De donde también aquel rico purpurado en el convite, que había recibido sus bienes en su vida, elevando sus ojos del infierno, ve a Lázaro en el descanso (Luc. 16). Y el Señor, increpando a los

ricos y lujuriosos y a los que ríen, habla en el Evangelio: «¡Ay de vosotros, ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo!» «¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados, porque tendréis hambre!» «¡Ay de vosotros, los que ahora reís, porque lutos tendréis y lloraréis!» (Ibíd. 24, 25). Cuando, pues, fuere la resurrección de los muertos, y llegare el día del juicio, entonces llorará el vino y la vendimia, de la cual Moisés habla: «De la viña de Sodoma es la viña de ellos, y su vástago de Gomorra». «Su uva, uva de hiel, su racimo de amargura». «Furor de dragones su vino, y furor de áspides incurable» (Deut. 32, 33). Entonces toda poción, o como se dice en hebreo, sicera, esto es, embriaguez, que trastorna el estado de la mente y no permite a los hombres velar, se conmutará en amargura, la cual por un tiempo finge mieles a los que de ella usan, y en lo último se hallará más amarga que la hiel. Entonces toda dulzura de los que se alegran y el sonido de los panderos y de la cítara se convertirá en llanto y gemido. Ingerimos este testimonio a aquellos que en los convites no solo con la gula y la embriaguez, sino también con los oídos se entregan al lujo, para que por todos los sentidos se ablande la fortaleza del alma. Se desgastará la ciudad de la vanidad, o toda ciudad, o la Babilonia espiritual, que se sienta purpurada sobre siete montes, cuyos suplicios leemos en el Apocalipsis de Juan (Apoc. 18). And bellamente dijo «ciudad de la vanidad». Pues si del cielo y de la tierra, y de todas las cosas que son terrenas se dice: «Vanidad de vanidades, y todo vanidad» (Ecl. 1, 2); ¡cuánto más ha de decirse es-

to de una sola ciudad, que es una parte mínima de todo el orbe! Entonces las casas que ahora tienen los techos dorados, mientras los pobres sin techo y sin choza mueren de frío, y las paredes de ellas se visten con costras de mármoles y resplandecen con el brillo del marfil cortado, permanecerán vacías. Clamor habrá en las plazas por el vino, no en la senda estrecha y angosta que conduce a la vida: sino en la ancha y espaciosa que conduce a la muerte (Mat. 7). Por el vino y la embriaguez del error de aquellos que durmieron su sueño, y nada hallaron todos los hombres de riquezas in sus manos (Sal. 75). Trasladado ha sido por cierto a los cielos el gozo de la tierra, y ha sido dejada en la ciudad antaño celebérrima la soledad, y la calamidad de los habitantes oprimirá las puertas de las vías frecuentadas por las cuales afluían las tropas de los pueblos. Y para que supiéramos claramente que se anuncia el perecimiento de todo el orbe, añadió: «Estas cosas serán en medio de la tierra: en medio de las gentes» o «pueblos».

(Vers. 13-15.) «Como si unas pocas olivas, que quedaron, fueran sacudidas del olivo, y racimos cuando hubiere terminado la vendimia. Estos alzarán su voz y alabarán, cuando el Señor hubiere sido glorificado, relincharán desde el mar: por esto glorificad al Señor en las doctrinas: en las islas del mar el nombre del Señor Dios de Israel». Cuánto dista en este lugar la traducción de los Setenta (LXX) de la verdad hebrea, lo mostrarán las siguientes palabras. LXX: «Como si alguien sacudiera el olivo, así los sacudirán a ellos: y si cesara la vendimia, estos vociferarán con clamor.

Pero los que hubieren quedado sobre la tierra, se alegrarán juntamente con la gloria del Señor, se conturbará el agua del mar; por esto la gloria del Señor estará en las islas del mar, el nombre del Señor será glorioso, del Señor Dios de Israel».

Quedando pocos hombres, cuando la maldición hubiere devorado la tierra, y hubiere soledad en la ciudad, y todas estas cosas hubieren acontecido en medio de la tierra, en medio de los pueblos y las naciones, tanta será la escasez de los santos, de los cuales habla el Señor en el Evangelio: «Muchos son los llamados, y pocos los elegidos» (Mat. 20, 16); y tan vehemente la presión sobre los justos, que sean tentados, si es posible, incluso los elegidos de Dios; y su escasez se compare con las rarísimas bayas de los olivos, las cuales, cuando hubieren sido sacudidas y recolectadas, apenas unas pocas quedan en la cima de las ramas; y como cuando hubiere terminado la vendimia, suelen los pobres, obligados por la necesidad, recorrer las vides vacías y recoger unos pocos granos de uvas.

Estos, pues, que hubieren quedado, y después de la vendimia del mundo y de la tribulación (pressuram), hubieren podido escapar de las manos del Anticristo perseguidor, o de los ardores de la pena inminente, alzarán sus voces a lo alto y alabarán a Dios. Cuando venga el Señor en la gloria de su Padre, con los Ángeles santos, y lo vean reinando en majestad, entonces relincharán a semejanza de los caballos, saltando por la magnitud de la alegría, y relincharán desde el mar de este siglo. Por tanto, los que ahora estáis instrui-

dos en las Sagradas Escrituras, y sabéis que se os reserva tanto gozo y tantos premios, glorificad al Señor en las doctrinas, oyendo aquello que está escrito: «El que se gloría, gloríese en el Señor» (2 Cor. 10, 17). De ninguna manera en la tierra de Judea, sino en las islas, esto es, en las Iglesias de este mar y siglo, en las cuales es bendecido y alabado el nombre del Señor Dios antaño de Israel, o bien, del «hombre que ve a Dios». Según los LXX, todas aquellas cosas que hemos entendido sobre los santos pueden referirse a los impíos, que cuando hubiere terminado la vendimia, entonces ellos clamen constituidos en suplicios. Pero los que hubieren evadido el número de los impíos, alégrense en la gloria del Señor, y contúrbense las aguas de los pueblos de este siglo.

(Vers. 16.) «Desde los confines de la tierra oímos alabanzas, la gloria del Justo, y dije: Mi secreto para mí, mi secreto para mí: ¡ay de mí!». LXX: «De las alas de la tierra oímos portentos: esperanza al justo, y dirán + mi misterio para mí **».

Esto que se dice «mi misterio para mí», no se halla en los LXX, sino que ha sido añadido en el griego de la traducción de Teodoción. De nuevo, en lugar de aquello que ellos pusieron «ay», para que se uniera al versículo siguiente, en el hebreo se dice *OI LI* (), que propiamente suena «¡ay de mí!». También por «confines» lo que nosotros, para la explicación del sentido, pusimos más claramente, en hebreo se tiene *MECCHENAPH* (), que suena «ala», no «confín».

Estos, pues, de los que se ha dicho arriba: «Alzarán su voz y alabarán», cuando hubieren relinchado desde el mar, y glorificado al Señor en las doctrinas, y visto que se alaba en las islas del mar el nombre del Señor Dios de Israel, entonces cantarán con voz unísona, y dirán: «De las alas de la tierra», esto es, de los profetas y de los santos del Señor, los cuales, habiendo tomado las alas de la paloma, se apresuran a los reinos de los cielos, oímos que se predican sus alabanzas: y que la gloria o esperanza del Justo no es vana, sino que todas las cosas se cumplen con los hechos.

Diciendo, pues, los santos estas cosas, y relinchando desde el mar, y alzando su voz y alabando, el Profeta habla consigo mismo: «Cuando —dice— hube oído estas cosas, y percibí que la profecía de los Profetas debía cumplirse en la subversión del orbe, hablé conmigo mismo con el afecto interno del corazón: No puedo narrar todo lo que veo. Se pega la lengua a mis fauces, la voz se cierra por el dolor. ¡Ay de mí, cuánta serie de penas se revuelve ante mis ojos! Veo como presentes las cosas que son futuras». Yerran, empero, los que piensan que esto debe entenderse de la persona de Dios, no siguiendo el orden de las cosas. Y me maravillo en qué sentido los LXX interpretaron «portentos» por «salmos» y «alabanzas», que en hebreo se lee *ZEMROTH* (), a no ser que tal vez sea signo y portentoso que, excluido el pueblo de los judíos, se salve la antes incrédula muchedumbre de las naciones.

(Vers. 17, 18.) «Los prevaricadores han prevaricado, y con la prevaricación de los transgresores

han prevaricado. El pavor y la fosa y el lazo sobre ti, que eres habitante de la tierra; y será que el que huyere de la voz del pavor caerá en la fosa, y el que se hubiere zafado de la fosa, será apresado por el lazo». LXX: «¡Ay de los prevaricadores que prevarican la ley! Temor y fosa y lazo sobre vosotros que habitáis la tierra. Y será que el que huyere del temor, caerá en la fosa, y el que saliere de la fosa, será capturado por el lazo». Esta es la causa de mi luto y mi gemido, por la cual dije por segunda vez «mi secreto para mí, mi secreto para mí»: porque todos han prevaricado la ley de Dios, y de ninguna manera se difiere la pena del Señor, ni se predice como futura, sino que es inminente, y tiene capturados a los habitantes de la tierra. Y cuando hubieren pensado haber huido, caerán de una cosa en otra, y a cualquier parte que se vuelvan, no escaparán de la inminente ira del Señor.

(Vers. 19, 20.) «Porque las cataratas de lo alto se han abierto, y se sacudirán los fundamentos de la tierra. Con quebranto se quebrantará la tierra, con trituración se triturará la tierra, con conmoción se conmoverá la tierra. Con agitación se agitará la tierra como un borracho, y será quitada como un tabernáculo de una sola noche, y la gravará su iniquidad, y caerá, y no añadirá que resurja».

Por tanto, nadie escapará al pavor y al lazo y a la fosa del Señor, porque las cataratas de lo alto —o como los LXX tradujeron más claramente, las ventanas del cielo— están abiertas, para que el Señor mirara desde arriba todos los pecados de los hombres, los cuales antes, porque no los

castigaba, parecía a los pecadores ignorar. Pero después de que, abiertas las ventanas, vio todas las obras de los mortales, se sacudieron los fundamentos de la tierra, según aquello que en otro lugar está escrito sobre el mirar de Dios: «El que mira la tierra, y la hará temblar» (Sal. 103, 32); entonces se quebrantará y se triturará, y se conmoverá y se agitará la tierra a semejanza de un borracho: no porque la tierra misma sea reducida a polvo y a la nada; sino porque todas las cosas terrenas pasan, y sucede otra conversación.

Y como el borracho no sabe qué hace, sino que, embotándose los nervios por la embriaguez, ni el pie ni la mente se mantienen en su oficio: así toda la tierra, esto es, todos los hombres que se ocupan en la tierra, estarán borrachos por la magnitud de los males y de las penas, y se estupefactarán ante todas las cosas que vean. Y como el tabernáculo y la tienda de una sola noche se traslada de lugar en lugar, y el lugar de la tienda antigua es dejado por el viajero, de modo que no queda ningún vestigio de la pasada mansión: así pasará la figura de este mundo, y será tierra desierta la que ha sido gravada por su iniquidad, cuyo peso y gravísima carga se escribe en Zacarías: «La que se sentaba sobre un talento de plomo» (Zac. 5, 32).

Y caerá, dice, y no añadirá que resurja. No porque se niegue la resurrección de los hombres y de todos los que se ocupaban en la tierra, sino que de ninguna manera habrá una conversación terrena y el estado de la vida antigua, pues para esto resurgirán los cuerpos humanos: para que las almas se vistan de los mismos cuerpos que

antes habían dejado, y reciban de Dios ya sea lo bueno, ya sea lo malo, que hicieron sobre la tierra.

(Vers. 21 y ss.) «Y será en aquel día: visitará el Señor sobre la milicia del cielo en lo alto, y sobre los reyes de la tierra que están sobre la tierra. Y serán congregados en la congregación de un solo haz en el lago, y serán encerrados allí en la cárcel, y después de muchos días serán visitados. Y se sonrojará la luna, y se confundirá el sol, cuando hubiere reinado el Señor de los ejércitos en el monte Sion y en Jerusalén, y en presencia de sus ancianos hubiere sido glorificado».

Por aquello que nosotros interpretamos «y se sonrojará la luna, y se confundirá el sol», los Setenta tradujeron «licuarse el ladrillo, y caer el muro»: qué causa haya para el error, lo mostrarán las siguientes palabras. El sol en lengua hebrea se llama de tres géneros [nombres]: *SEMES* (), y *HAMMA* (), que se interpreta «calor», y *HERES* (), que suena *óstrakon*, esto es, «teja» o «aridez». *MAOR* (), empero, que en griego es *phōstēr*, en latín se dice «luminaria» (*luminare*), es común al sol y a la luna. Por otro lado, la luna se llama *JAREE* (), que en griego se dice *mēnē*, por cuanto por el circuito de treinta días efectúa el mes, y *LABANA* (), esto es, «blanca» o «cándida».

En el presente lugar, pues, por *LABANA*, esto es, «luna», los Setenta interpretaron «ladrillo», que en hebreo se llama *LEBENA*, engañados por la ambigüedad de la palabra. De nuevo, por *HAMMA*, esto es, «calor», por el cual se entiende el «sol», pusieron «muro», que en hebreo se

dice *HOMA* (). Y es este el sentido de todo el capítulo: las ventanas del cielo se han abierto, para que, mirando el Señor los pecados terrenos, toda figura de las obras terrenas pasara, y cayera, y de ninguna manera resurgiera más al estado antiguo.

En aquel día, esto es, en el día del juicio, visitará el Señor sobre la milicia, o sobre el ornato del cielo en lo alto, para que no solo lo terreno, sino también lo celestial juzgue. Quién sea, empero, el ornato del cielo o milicia, aprendámoslo de lo que escribe Moisés: «Cuidado no sea que alzando la vista al cielo, y viendo el sol y la luna, las estrellas y todo el ornato del cielo, seas engañado y los adores» (Deut. 4, 19). Visitará, empero, el Señor, según el modismo de las Escrituras, como a una milicia enferma y al ejército del cielo que necesita de hierro y de cauterios, según aquello: «Visitaré con vara sus pecados, y con azotes sus iniquidades» (Sal. 88, 33). Pues también en lo que sigue leemos: «Embriagada está mi espada en el cielo» (Infra 34, 5); y en Job: «Las estrellas no están limpias en su presencia» (Job 25, 5). Y: «Contra sus Ángeles halló algo perverso» (Job 4, 18).

Visitará también sobre los reyes y príncipes de la tierra, los rectores de estas tinieblas, y las maldades espirituales en los cielos. Sobre los cuales príncipes que presiden diversas provincias también se escribe en Daniel: «Salió a mi encuentro el príncipe del reino de los persas, y el príncipe del reino de los medos, y el príncipe del reino de los griegos» (Dan. 10). A estos príncipes, pues, que no guardaron su propio grado, los congregará el

Señor en el día del juicio, como atados paritariamente en un solo haz, y los enviará al lago del infierno, para que en ellos también se cumpla lo que de los impíos se escribe: «El lago abrió, y lo excavó, e incidió en la fosa que hizo» (Sal. 7, 16).

Y serán encerrados en la cárcel, según aquello que dice el Señor: «Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles» (Mat. 25, 41). Lo que empero sigue: «Y después de muchos días serán visitados», parece aplaudir a mis amigos, que dan penitencia al diablo y a los demonios, porque mucho tiempo después serían visitados por el Señor. Pero consideren que no dijo abiertamente la divina Escritura «serán visitados por el Señor», o «serán visitados por los ángeles», sino absolutamente «serán visitados». De cuya ambigüedad de la palabra puede entenderse tanto el remedio como la corrección, de que después de que los justos hubieren recibido sus premios, aquellos sean visitados en penas perpetuas. Es, no obstante, de saber, que la fragilidad humana no puede conocer el juicio de Dios, ni proferir sentencia sobre la magnitud y medida de las penas, la cual ha sido dejada al arbitrio del Señor.

Entonces «se sonrojará la luna, y se confundirá el sol», según aquello que dice el Apóstol: «Pues la criatura misma gime y está de parto» (Rom. 8, 22), viendo a los hombres que gozaban de su luz no haber hecho nada digno de la bondad de Dios, que hace salir su sol sobre justos e injustos (Mat. 5). Como si el dispensador y el mayordomo, viniendo el Señor, viera a la familia

sometida a varios cruciatos, y de ninguna manera haber cumplido sus preceptos. De este mismo lugar enseña más plenamente el Salvador en el Evangelio: «El sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos se conmoverán, cuando apareciere el signo del Hijo del hombre en el cielo, y se lamentaren todas las tribus de la tierra, y vieren al Hijo del hombre viniendo con las nubes del cielo, en virtud y gloria mucha» (Mat. 24, 29, 30).

Hemos aprendido la subversión de la tierra, la visitación de la milicia del cielo, la congregación de los reyes y príncipes en un solo haz, y la detrusión en el lago, y la custodia de la cárcel, y la visitación de los encerrados después de largo tiempo, el rubor de la luna y la confusión del sol. Después de todas estas cosas reinará el Señor de los ejércitos en el monte Sion y en la Jerusalén celestial, de la cual también se escribe en la Epístola a los Hebreos: «Y en presencia de sus ancianos se gloriará» (Hebr. 12, 22-23). Tal anciano fue Abraham, que murió en buena senectud, y fue agregado a sus padres (Gén. 25, 8). Tales como se manda también a Moisés elegir presbíteros, a los que sabe ser presbíteros (Núm. 11): pues la canicie del hombre es su sabiduría (Sab. 4, 8), los cuales imitan al Anciano de días, cuya cabellera se describe blanca, para que se muestre la longitud de la edad (Dan. 7, 9). Puede esto entenderse también del grado eclesiástico, si es que no destruyen con sus obras la dignidad.

(Cap. XXV.—Vers. 1 y ss.) «Señor, Dios mío eres tú: te exaltaré, confesaré a tu nombre, porque has hecho maravillas, pensamientos antiguos fieles: amén. Porque pusiste la ciudad en un túmulo, la ciudad fuerte en ruina, la casa de los extraños: para que no sea ciudad, y por siempre no sea edificada. Sobre esto te alabará el pueblo fuerte, la ciudad de las naciones robustas te temerá. Porque has sido hecho fortaleza para el pobre, fortaleza para el necesitado en su tribulación, esperanza contra el torbellino, sombra contra el calor: pues el espíritu de los robustos es como un torbellino que impulsa la pared. Como el calor en la sed, humillarás el tumulto de los extraños: y como con calor bajo nube ardiente, harás marchitar el vástago de los fuertes».

LXX: «Señor Dios mío, te glorificaré: alabaré tu nombre, porque has hecho cosas admirables, el consejo antiguo verdadero, hágase. Porque pusiste las ciudades en un túmulo: ciudades fuertes, para que cayeran sus fundamentos. Las ciudades de los impíos por la eternidad no serán edificadas. Por esto te bendecirá el pueblo de los pobres, y las ciudades de los hombres que sostienen la iniquidad te bendecirán.

Pues fuiste para toda ciudad humilde un auxiliador, y para los tristes por la penuria una protección: de los hombres pésimos los librarás: sombra de los sedientos, y el espíritu de los hombres que sostienen la iniquidad como hombres pusilánimes sedientos en Sion de los hombres impíos, a los cuales nos entregaste».

Doble es la exposición de este lugar. Los judíos piensan que es la voz de los santos y del pueblo creyente: cuando Dios hubiere hecho contra todo el orbe las cosas que arriba se han dicho, y se hubieren cumplido los vaticinios de todos los profetas; e interpretan la ciudad subvertida como Roma, la cual ha de ser destruida por completo, y el pueblo fuerte, que alaba al Señor, y para el cual el Señor ha sido hecho fortaleza en su tribulación y angustia, lo refieren a Israel, que de la persecución de las gentes como en un calor ardientísimo y en la sed ha sido librado. Otros, empero, y mejor y más rectamente, entienden que se dice de la persona del profeta, refiriendo gracias al Padre por la pasión del Señor Salvador, porque hizo maravillas y cumplió con la verdad los pensamientos antiguos, cuando estando a la derecha oigan: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la constitución del mundo» (Mat. 25, 34). Lo cual también Pablo entendiendo hablaba: «Como nos eligió en él antes de la constitución del mundo, para que fuéramos santos e inmaculados» (Ef. 1, 4); y deseando que se haga lo que profetiza, añade la palabra hebrea AMÉN () por la cual los LXX tradujeron «hágase» (*fiat*). Y el Señor en el Evangelio usa a menudo esta palabra: «Amén, amén», esto es, «en verdad, en verdad os digo» (Juan 6, 54). Por qué empero alabe y confiese al nombre del Señor, y cuáles sean aquellas maravillas y pensamientos antiguos, que demostró verdaderos con la obra, sigue: «Porque pusiste la ciudad en un túmulo, la ciudad fuerte en ruina, la

casa de los extraños, para que no sea ciudad, y por la eternidad no sea edificada». Se entiende la ciudad antaño fuerte, Jerusalén, que ha sido hecha casa de extraños; de los cuales dice el Salvador en el salmo: «Los hijos extraños me mintieron, los hijos extraños envejecieron y claudicaron en sus sendas» (Sal. 17, 46). Esta ciudad cuando hubiere sido destruida, por la eternidad no será edificada, para que los sueños del reino de mil años y de la Jerusalén áurea y enjoyada descansen.

Destruida, pues, Jerusalén por su impiedad, alabará al Señor el pueblo fuerte. Quién sea, empero, el pueblo fuerte, lo muestra el versículo siguiente: «La ciudad de las naciones robustas te temerá». Blasphemando aquellos, el pueblo de las gentes te temerá. «Pues el principio de la sabiduría es el temor del Señor» (Prov. 9, 10). Y te alabará el pueblo fuerte, y la ciudad de las naciones robustas te temerá, esto es, la Iglesia congregada de entre las gentes. «Porque has sido hecho fortaleza para el pobre», para tu Cristo, de quien también en los Salmos leemos: «Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre» (Sal. 40, 1). Y en Zacarías según la verdad hebrea, el pobre, esto es *EBION* (), se describe sentado sobre el pollino de una asna (Zac. 9). Fortaleza para el necesitado, en la tribulación de su pasión, esperanza contra el torbellino del patíbulo [la cruz], y sombra contra el calor, cuando habló: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Luc. 23, 46). Pues como si el viento se lanzara contra la pared y pasara de largo: así el torbellino de los judíos blasfemantes no pudo dañarlo. Y

para que use otra semejanza, como el vástago se tuesta por el gravísimo calor y se marchita, así el tumulto y el clamor de los extraños, esto es, de los que se han hecho extraños para ti, los harás marchitar y perecer. Según los traductores LXX, no digo el sentido, sino el orden y la consecuencia de las palabras, no pude hallar en este lugar. Y por aquel lugar, donde nosotros interpretamos «como el calor en la sed», por el cual en el hebreo está escrito *BASAION* (), que entre ellos se dice «invío» o «sed»; por qué ellos en lugar de «invío» y «en la sed» vertieron «en Sion»; el error es perspicuo, por la semejanza de la palabra *SAYON* y *SION* (ambas), que se señala con los mismos elementos.

(Vers. 6-8.) «Y hará el Señor de los ejércitos para todos los pueblos en este monte un convite de viandas pingües, un convite de vendimia: de pingües medulados, de vendimia purificada. Y precipitará en este monte la faz del vínculo atado sobre todos los pueblos, y la tela que urdió sobre todas las naciones. Y precipitará la muerte por siempre, y quitará el Señor Dios la lágrima de toda faz, y el oprobio de su pueblo quitará de toda la tierra: porque el Señor ha hablado».

LXX: «Y hará el Señor Sabaoth para todas las gentes sobre este monte, beberán alegría, beberán vino. Se ungirán con ungüento en este monte. Entrega todas estas cosas a las gentes, pues este consejo es sobre todas las gentes: devoró la muerte prevaleciente». Y de nuevo: «Quitó el Señor Dios toda lágrima de toda faz, y el oprobio de su

pueblo quitó de toda la tierra. Pues la boca del Señor ha hablado».

Por aquello que nosotros vertimos, «la faz del vínculo atado sobre todos los pueblos», Aquila interpretó «la faz de las tinieblas sobre todos los pueblos». Y aunque Aquila dijo dos veces «tinieblas», Teodoción nombró las tinieblas una sola vez, lo demás de igual modo. Por lo cual Símaco tradujo «la faz del Dominador que domina sobre todos los pueblos».

Qué quisieran empero decir los Setenta por este lugar: «Entrega todas estas cosas a las gentes», es perspicuo para el que lee, porque no pusieron las palabras de la Escritura, sino su propio sentido, por cuanto todos los misterios de la Ley y del Templo han de ser trasladados a las Iglesias de las naciones. Después de la pasión del Señor, pues, cuando lo hubiere librado de la sed y del calor y del torbellino, hará el Señor no ya para el pueblo de los judíos, sino para todas las naciones en el monte Sion un convite pingüe, holocaustos medulados, y vino de vendimia purificada, para que precipite y haga ser absorbida la faz de la muerte y del vínculo con que todos los pueblos estaban atados; y romperá la red de la muerte, y la tela que había atrapado a todas las naciones.

Y según el Apóstol, será absorbida la muerte para siempre (1 Cor. 15). Y quitará el Señor la lágrima de toda faz, cuando, superada la muerte, viniere el reino de Cristo: y el oprobio del género humano, que a imagen del Creador había sido fundado, escape de la servidumbre del diablo y de la muerte. Ni es de maravillar si según Símaco

se llame «dueña» [dominadora] a la muerte, habiendo dicho el bendito Apóstol: «Reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, incluso sobre los que no pecaron, a semejanza de la prevaricación de Adán» (Rom. 5, 14). Al dominador de todos los pueblos, o la faz de las tinieblas sobre todos los pueblos, y la tela que ha sido urdida sobre todas las gentes, algunos quieren que se entienda el Anticristo, el cual ha de ser consumido en el monte de los Olivos, lo que también dijimos en la última visión de Daniel. Según los LXX, para todas las gentes en el monte Sion se prepara un convite de alegría, en el cual beberán vino, el cual prometió el Señor que bebería con sus santos en el reino de su Padre (Mat. XX y Luc. XXII): y se ungirán con ungüento, para que, renacidos en Cristo, se conviertan en pueblo nuevo; de donde se dice: «Entrega todas estas cosas a las gentes», las cuales antaño Israel celebraba en tipo e imagen. Pues este es el consejo del Señor, que todas las cosas se trasladen a las naciones, porque la muerte ha sido absorbida (1 Cor. 15) y toda lágrima enjugada, y el oprobio de toda la tierra, sucediendo el imperio de Cristo, ha sido borrado.

(Vers. 9 y ss.) «Y dirán en aquel día: He aquí que este es nuestro Dios, lo esperamos, y nos salvará: este es el Señor, lo sostuvimos [lo aguardamos], exultaremos y nos alegraremos en su salvación. Porque descansará la mano del Señor en este monte; y Moab será triturado bajo él como se trituran las pajas en el carro. Y extenderá sus manos bajo él, como extiende el que nada para nadar, y será humillada su gloria con el choque

de sus manos. Y las fortificaciones de tus altos muros caerán, y serán humilladas y arrastradas a la tierra hasta el polvo».

Absorbida la muerte para siempre, el pueblo de Dios que hubiere sido librado de la mano de la muerte, dirá al Señor: «He aquí que este es nuestro Dios», a quien los incrédulos pensaban solo hombre; y «lo esperamos», esto es, creímos en sus palabras, porque cumplirá sus promesas y nos salvará. Por tanto, arrebatados de las fauces de la muerte por su auxilio, exultaremos y nos alegraremos en él: y la mano y su potencia descansará en este monte. Sobre el cual leímos arriba: «Cuando hubiere reinado el Señor de los ejércitos en el monte Sion y en Jerusalén, y en presencia de sus ancianos hubiere sido glorificado» (Isa. 24, 23).

Moab, empero, que se interpreta «del padre», será de tal modo quebrantado, como suelen quebrantarse las pajas por el carro. Esto lo dice según el rito de Palestina y de muchas provincias de Oriente, las cuales por la penuria de prados y de heno, preparan pajas para el alimento de los animales. Hay empero carros herrados, con ruedas que se vuelven por el medio a modo de sierras, las cuales trituran el rastrojo y lo desmenuzan en pajas. De qué modo, pues, por los carros herrados se trituran las pajas, así será triturado Moab bajo él, ya sea bajo la potencia de Dios, ya sea en sí mismo, de modo que nada íntegro quede en él. Y como suele el que nada extender todo el cuerpo: así él por su propia potencia será chocado contra la tierra, y cayendo hará estruendo. También

todas las fortificaciones de sus hombres excelsos —o de sus muros, como se contiene en el hebreo — caerán y serán humilladas, y serán arrastradas a la tierra desmenuzadas hasta el polvo.

Por tanto, el discurso profético, aunque teja un vaticinio sobre la consumación del mundo en general, sin embargo, para que no parezca descuidar del todo las cosas presentes, nombra a Moab, que fue enemigo de Israel, hasta el punto de hacerlos fornicar con las madianitas, y ser consagrados al ídolo Beelfegor, que se interpreta Priapo, contra el cual habla Jeremías: «Saldrá Camós al cautiverio, sus sacerdotes y sus príncipes juntamente» (Jer. 48, 7); y de nuevo: «Se confundirá Moab en Camós, como se confundió la casa de Israel en Betel» (Ibíd. 13), y lo demás semejante a esto: y a partir de un solo ídolo y demonio, que presidía a este ídolo, indica que todas las fortalezas contrarias han de ser humilladas y conducidas al tártaro, y trituradas a semejanza del polvo. Si empero esto será así, ¿dónde está la penitencia del diablo?

(Cap. XXVI. --- Vers. 1.) «En aquel día se cantará este cántico en la tierra de Judá: Nuestra ciudad de fortaleza, el Salvador será puesto en ella por muro y antemuro». LXX: «En aquel día cantarán este cántico sobre la tierra de Judea: He aquí una ciudad fuerte, y nuestra salvación pondrá un muro y un contramuro».

Cuando Moab haya sido humillado y abatido hasta la tierra, hasta el polvo, y todos los enemigos hayan sido sometidos bajo los pies de Cristo, entonces se cantará este cántico en la tierra de

Judá o Judea, que en ambos casos se interpreta como «confesión»: para que, así como entendimos a Sión y Jerusalén como la ciudad celestial, así también entendamos la región de esta ciudad como la confesión celestial. Finalmente, los santos en tierra extraña, no queriendo cantar el cántico de Judea, dicen: «¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña?» (Sal. 136, 4). Pienso que este es el cántico del cual en otro lugar se manda a los santos: «Cantad al Señor un cántico nuevo» (Sal. 95, 1). Y este cántico será el que sigue: «El Salvador es nuestra ciudad de fortaleza» (Mt. 5). ¿Cuál es esta ciudad? Aquella que, situada sobre un monte, no puede ocultarse. De la cual también en otro lugar está escrito: «El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios» (Sal. 45, 4); y de nuevo: «Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios» (Sal. 86, 2). De esta ciudad es fundador aquel de quien habla el Padre: «este edificó mi ciudad»; más bien, el Salvador es nuestra ciudad de fortaleza, esto es, Jesús. Y se pondrá en ella muro y antemuro. Muro de buenas obras y antemuro de recta fe, para que esté protegida por un doble cercado. Pues no basta tener el muro de la fe, si la fe misma no se confirma con las buenas obras. Este muro y este antemuro o contramuro se construye con piedras vivas, que según el profeta ruedan sobre la tierra. En lugar de lo que nosotros vertimos como «antemuro», Símaco interpretó «firmamento»: para que los mismos muros estén rodeados de fortificaciones, y de vallado y foso y otros muros, que en la edifi-

cación de campamentos suelen llamar «corazas» (loriculas).

(Vers. 2-4.) «Abrid las puertas, e ingrese la gente justa, que guarda la verdad. El error antiguo pasó, guardarás la paz: la paz, porque en ti hemos esperado. Esperasteis en el Señor por los siglos eternos». LXX: «Abrid las puertas, ingrese el pueblo que guarda la justicia, y que guarda la verdad, aprehendiendo la verdad, y guardando la paz: la paz, porque en ti han esperado, Señor, hasta la eternidad».

Todo este cántico que los santos han de cantar en la tierra de la confesión y de la alabanza, cambia de repente las personas, y se teje como por interrogación y respuesta. Había dicho el pueblo de Dios: «nuestra ciudad de fortaleza es el Salvador, se pondrá en ella muro y antemuro». Respondió el Señor, o más bien mandó, no a los que habían dicho esto, sino a los Ángeles que presidían las puertas de la ciudad dominica, que abran las puertas, e ingrese por ellas la gente justa, que guarda la verdad, o como se dice en hebreo EMMUNIM, que en nuestra lengua se vierte «fe», en número plural, no singular. ¿Cuáles son las puertas que son abiertas por los Ángeles, para que ingrese no el pueblo de los judíos, que fue desechado, sino la gente justa, que recibió su nombre de la fe de los creyentes? Ciertamente aquellas de las que habla el santo: «Abridme las puertas de la justicia, entrando en ellas confesaré al Señor» (Sal. 117, 19). Pero nadie podrá entrar por estas puertas, sino aquel que haya sido liberado de las puertas de la muerte; y cuando el Sal-

mista dijo: «Tú que me exaltas de las puertas de la muerte, para que anuncie todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sión» (Sal. 9, 15). Pues cuando hayamos sido arrebatados de las puertas de la muerte, entonces en las puertas de la hija de Sión podremos cantar todas las alabanzas del Señor. Y así como considero que las puertas de la muerte son los pecados, de los cuales se dice a Pedro: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ti» (Mt. 16, 18): así las puertas de la justicia son todas las obras de las virtudes, por las cuales quien haya entrado, encontrará una sola puerta, de la que se dice: «Esta es la puerta del Señor, los justos entrarán por ella» (Sal. 117, 19). Y así como por varias margaritas se llega a una sola margarita: así por muchos caminos y puertas llegamos a aquel que dice ser él mismo el camino y la puerta, por la cual entramos al Padre.

Después del discurso de Dios, respondió el pueblo en hebreo JESER SAMUCH, que Aquila y Símaco tradujeron de modo semejante, plasma epereismenon, esto es, «nuestro error ha sido quitado», o bien «nuestro pensamiento ha sido confirmado», el cual antes fluctuaba entre ti y los ídolos, para que de ningún modo seamos llevados por todo viento de doctrina, sino que creamos con toda la mente en ti, el Señor Salvador. Por lo cual nosotros, para que el sentido se hiciera más manifiesto, tradujimos: «el error antiguo pasó». Y porque nuestro pensamiento ha sido confirmado, por eso nos guardarás la paz que prometiste a los Apóstoles, diciendo: «Mi paz os doy, mi paz os dejo» (Jn. 14, 27); y no solo una vez, sino

por segunda vez, para que sea segura la retribución que se promete con doble palabra, según aquello que también decía el Apóstol: «Alegraos, de nuevo digo alegraos» (Flp. 4, 4). Esto empero lo consigue aquel de quien se dice en el Levítico: «Hombre, hombre, de los hijos de Israel» (Lev. 17). Y en el libro de los Números: «Varón, varón, cuya mujer haya manchado el lecho» (Núm. 5, 12): para que el hombre doble y el varón doble, consigan la paz doble. Merecemos empero la paz, dicen, porque en ti confiamos con toda la mente.

Después de las palabras del pueblo y de la respuesta del Señor, y de nuevo la voz del pueblo, el Profeta habla a los creyentes: «Esperasteis», o bien «esperad en el Señor, en los siglos eternos», y lo demás que sigue. Según los LXX, aquel entra por las puertas del Señor que guarda la justicia en las buenas obras, y observa o abraza la verdad en la verdad de la fe, para que por las buenas obras y la fe llegue a la paz que sobrepuja todo sentido, y merezca recibir esa misma paz; porque creyó en Dios, que es el remunerador eterno de las buenas obras (Flp. 4). De donde también en otro lugar se escribe: «Deseaste la sabiduría, guarda los mandatos, y el Señor te la concederá» (Ecli. 1, 33).

(Vers. 5, 6.) «En el Señor Dios fuerte por siempre: porque encorvará a los que habitan en lo alto: humillará a la ciudad sublime, la humillará hasta la tierra: la abatirá hasta el polvo. La pisoteará el pie, los pies del pobre, los pasos de los necesitados». LXX: «Dios grande eterno, que humillaste, y abatiste a los que habitan en las alturas, destruirás las ciudades robustas, y las conducirás

hasta el pavimento, y las pisotearán los pies de los mansos y de los humildes».

Y estas cosas dice el Profeta, que respondió desde aquel lugar en que arriba había dicho: «Esperad en el Señor por los siglos eternos»; y le une lo que ahora hemos propuesto: «En el Señor Dios fuerte por siempre», y lo demás. En lugar de «Señor Dios fuerte», en hebreo tiene tres nombres, IA, ADONAI y SUR, de los cuales uno suena como «invisible», otro «inefable», otro «robusto», el primero de los cuales se pone en la última sílaba de ALELUYA. Y esto observe el diligente lector, que a veces dividimos el texto en la propuesta del testimonio: porque una versión de los LXX produce un sentido, y otra la traducción expresada palabra por palabra del hebreo. Dice pues el Profeta: «Esperad en el Señor por los siglos eternos: en el Señor Dios fuerte por siempre», cuyo auxilio es sempiterno. Él mismo en efecto encorvará a los que habitan en lo alto, porque todo el que se ensalza será humillado; los que se jactaban de tener por padre a Abraham, y hablaban para escarnio del Señor: «Nosotros no hemos nacido de fornicación» (Jn. 8, 41). Él mismo humillará a la ciudad sublime, como piensan los judíos, a Roma: como nosotros con más rectitud demostramos, a Jerusalén, que mató a los Profetas, y apedreó a los que le habían sido enviados, y al final mató al hijo del padre de familia, para que degollado el heredero, pereciera la herencia (Lc. 13). Ni se llama ciudad, que en hebreo se dice IR, sino CARIA, que Aquila interpretó polichnen, la cual nosotros podemos

llamar o «ciudadela», o «aldea», o «pueblecito», y frecuentemente en las Escrituras se llama con este nombre a Jerusalén. Y bellamente puso una doble humildad: «Humillará, humillará a ella», primero bajo los babilonios, cuando el templo fue destruido, segundo bajo Tito y Vespasiano, cuya ruina permanece hasta el fin. «La pisoteará el pie», y repite y acopla «los pies del pobre», sin duda de Cristo. Del cual también arriba dijimos: «Se hizo fortaleza para el pobre; fortaleza para el necesitado en su tribulación». «Los pasos de los necesitados», de los Apóstoles a saber, que imitando la pobreza del Señor, consiguieron también el privilegio de su virtud; quienes, no siendo recibidos, sacudieron sobre ella el polvo de sus pies. Y porque se dice con palabras del Salvador: «Todo el que se ensalza, será humillado: y el que se humilla, será ensalzado» (Lc. 14, 11), podemos referir esto no solo a los hombres, sino también a las potestades contrarias. Según los LXX, el Profeta canta alabanzas a Dios, porque humilla a todos los soberbios, y derriba los baluartes de todas las ciudades hasta el suelo, y los pies de los santos y de los mansos y humildes los pisotean.

(Vers. 7-9.) «La senda del justo es recta, recto el camino del justo para caminar: y en la senda de tus juicios, Señor, te hemos sustentado, tu nombre y tu memorial en el deseo del alma: mi alma te ha deseado en la noche». LXX: «El camino de los justos es recto, recto se ha hecho el camino de los justos, y preparado. Pues el camino del Señor es juicio, esperamos en tu nombre: y en la memoria que desea nuestra alma».

Todavía habla el Profeta de Cristo, del cual arriba había dicho: «Lo pisoteará el pie, los pies del pobre». Por tanto, la senda de este justo es recta, o bien, para acuñar una palabra nueva, «rectitudes» (rectitudines), que los griegos llaman euthytetas, y nosotros podemos llamar «equidades» (aequitates) más latinamente, y se dicen en hebreo MESSARIM. En la única senda de Cristo, por tanto, se encuentran todas las justicias, y por eso la pisó y trilló con su pie, para que cualquiera que quiera caminar por ella, camine con paso inofensivo. En esta senda de los juicios del Señor, los santos le sustentaron, y esperaron en él, porque la esperanza no confunde. Y tuvieron su nombre y memorial en el deseo del alma, diciendo: «Codició mi alma desear tus juicios en todo tiempo» (Sal. 118, 20); y de nuevo: «Desea mi alma, y desfalleció en tu salvación» (Ibíd. 81). El que empero tiene el nombre del Señor en el deseo, otra cosa no desea. Y esto hay que notar, que el deseo del Señor no está en la carne, sino en el alma, según aquello que leemos en otro salmo: «Mi alma tuvo sed de Dios, el fuerte, el vivo» (Sal. 51, 2). Pues la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gál. 5). Estas cosas en efecto se oponen entre sí, para que no hagamos lo que queremos. Y lo que sigue: «En la noche», según los LXX, se une al capítulo siguiente, según el hebreo al anterior. Aquel empero puede decir: «Mi alma te deseó en la noche», que habla confiadamente con el Salmista: «Lavaré por cada noche mi lecho, con lágrimas regaré mi estrado» (Sal. 6, 7). Puede la noche y las tinieblas tomarse por la

tribulación y las angustias. De donde también en otro salmo sobre la seguridad del justo canta el Profeta: «De día el sol no te quemará, ni la luna por la noche» (Sal. 120, 6), esto es, ni en las cosas prósperas ni en las adversas te moverás nunca de tu paso.

«Pero también con mi espíritu en mis entrañas, de mañana vigilaré para ti». LXX: «De noche se levanta mi espíritu hacia ti, Dios: porque tus juicios son luz sobre la tierra». Queremos tanto seguir el hebreo como no pasar por alto del todo la edición Vulgata, y por esta necesidad de las cosas nos vemos obligados a buscar diversas inteligencias en diverso orden y discurso. Por tanto lo que se dice, «de noche», según los LXX, es el principio de este capítulo, como dijimos: según el hebreo, el fin del superior; aunque pueda también según los LXX tomarse al fin del testimonio superior, para que sea el sentido: Desea mi alma hacia ti de noche; y después comience, de mañana se levanta mi espíritu hacia ti, Dios. Por eso empero se levanta de mañana, porque tus preceptos son luz sobre la tierra. Pues guardando tus mandatos, e iluminado por el lumbre de ellos, de los cuales se dice: «El precepto del Señor es lúcido, iluminando los ojos» (Sal. 18, 9), no puedo dormir, sino que deseándote en todo tiempo, con mi espíritu me levanto hacia ti. Y esto hay que observar, que situados todavía en la noche, deseamos al Señor con el ánimo. Después empero que nuestro espíritu en nuestras entrañas se haya movido con toda la mente hacia Dios, de mañana vigilemos hacia él, y para que lo diga más manifiestamente,

a la alma se le une la noche y el deseo, pero al espíritu la mañana y la vigilia. Por lo demás, en sus entrañas vigila hacia Dios aquel espíritu que puede decir: «De lo profundo clamé a ti, Señor» (Sal. 129, 1).

(Vers. 10.) «Cuando hayas hecho tus juicios en la tierra, la justicia aprenderán los habitantes del orbe. Tengamos piedad del impío, y no aprenderá la justicia, en la tierra de los santos obró inicuamente, y no verá la gloria del Señor». LXX: «Aprended la justicia, los que habitáis sobre la tierra. Pues cesó el impío, y no aprenderá la justicia sobre la tierra, la verdad no hará, sea quitado el impío, para que no vea la gloria del Señor».

Digamos primero según el hebreo, y si quisiéramos expresar el sentido del Profeta, entonces pasemos a los Setenta Intérpretes. Mientras no ejerces tus juicios sobre la tierra, y ni a los buenos retribuyes bienes, ni a los malos males, tu justicia, oh Señor Dios, es ignorada en la tierra. Mas cuando en el día del juicio hayas devuelto a cada uno lo que merece según la calidad de las obras, entonces tu justicia será conocida en el orbe de la tierra, la cual antes entre los incrédulos parecía injusta, de modo que uno de los santos también decía: «Casi empero se movieron mis pies, casi se derramaron mis pasos: porque tuve celo sobre los inicuos, viendo la paz de los pecadores» (Sal. 72, 2). A lo cual respondió el Señor: «Tengamos piedad del impío»; lo cual, exceptuados los Setenta, todos tradujeron de modo semejante. Y es el sentido: que más bien el impío consiga misericordia, y aprenda mi clemencia; mientras

también él mismo es salvado. De nuevo, al Señor que habla, desde la persona de la impaciencia humana respondió el Profeta: «Y no aprenderá la justicia». ¿y cómo podrá conocer tu justicia, si solo habrá experimentado la clemencia? Y devuelve las causas de por qué quiere que él aprenda la justicia de Dios: porque en la tierra de los santos obró inicuamente, y contra tus santos luchó de continuo, debe sentir los tormentos. Y de nuevo el Señor moderando la sentencia, «Y no vea», dice, o bien «no verá la gloria del Señor». Y es el sentido: le basta por toda pena, que no me verá con mis santos reinando en mi majestad. Algunos quieren que por el impío, esto es, RESA, se entienda al diablo, del cual en el noveno salmo se escribe: «Increpaste a las gentes, y pereció el impío: borraste el nombre de ellos para siempre y por el siglo del siglo. Las espadas del enemigo faltaron hasta el fin, y sus ciudades destruiste» (Sal. 9, 6). Nosotros empero generalmente tomemos al impío o por el pecador, o por aquel que no tiene el culto de Dios.

Según los Setenta se manda a los habitantes de la tierra aprender la justicia. Pues todo varón le parece a sí mismo justo; Dios empero conoce los corazones de todos, el cual devolverá a cada uno según sus obras (Prov. 21). Y en otro lugar del mismo volumen se dice: «Hay caminos del varón que parecen rectos; lo último empero de ellos mira hacia lo profundo del infierno» (Prov. 14, 12). De donde debemos aprender la justicia, ni confiar en el propio juicio. Pues hay justo que perezca en su justicia (Ecl. 7); no porque sea justo, sino

porque justo a sí mismo le parezca ser. Si empero Cristo ha sido hecho para nosotros por Dios sabiduría, y justicia, santificación y redención (1 Cor. 1), a quienes se manda que conozcan la justicia, se les manda esto: que aprendan y conozcan a Cristo. Por eso empero mando, dice, a vosotros que aprendáis la justicia, porque ha sido quitado el impío; y el reino de aquel ha sido destruido, el cual mientras reinaba en la tierra, la justicia saber no podía, ni hacer la verdad. De la cual en otra parte se escribe que la gracia y la verdad han sido hechas por Jesucristo (Jn. 17). Y porque en la tierra la verdad no hace el impío, será quitado: pues no merece ver al Señor reinando.

(Vers. 11). «Señor, ensalzada sea tu mano, y no vean: vean, y confúndase el celo del pueblo, e ignis devore a tus enemigos». LXX: «Señor, excelso es tu brazo, y no sabían, sabiendo empero se confundirán: el celo aprehenderá al pueblo inculto, y ahora el fuego comerá a los adversarios».

Esto que arriba había dicho: «y no verá la gloria del Señor», puede entenderse así: Pides, oh Profeta, que no tenga piedad del impío, no sea que si tuviera piedad de él, comience a no saber la justicia el que en la tierra de los santos obró inicuamente; yo te respondo, ¿no verá entonces la gloria del Señor? ¿no divisará entonces mis triunfos aquel que más bien debe verme reinando, para que sepa de cuánto bien carece? Y esto ha de leerse más apretadamente con voz de quien interroga. A lo cual respondió el Profeta: Señor, ensalzada sea tu mano, y extendida para herir, para que no te vean los impíos, y de tu

gloria, ni siquiera para arrepentirse, disfruten de la lumbre. A lo cual respondió el Señor: Vean más bien y se confundan, o el celo del pueblo, o los celantes del pueblo, e ignis a tus adversarios, esto es, del pueblo de los santos, devore y consuma. El fuego empero de la penitencia, que excite sus corazones, por haber perdido a tal Señor. Puede esto también entenderse sobre los judíos, que no conocieron a Cristo brazo del Señor, y cuando lo vean y lo conozcan, a quien habían fijado al patíbulo, se confundirán. Entonces el pueblo inculto y desconocedor de la ley de Dios, por los estímulos del celo será incitado, cuando vea que las naciones han sucedido en su lugar, y arda con el fuego de la penitencia, o con el dolor del suplicio, cuando oiga aquello que está escrito: «Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles» (Mt. 25, 41).

(Vers. 12.) «Señor, nos darás la paz: todas las cosas en efecto obraste para nosotros». LXX: «Señor Dios nuestro, danos la paz: todas las cosas en efecto nos devolviste».

Hay que notar que después que nos devuelva nuestras obras, nos ha de dar la paz, y cómo expone las causas por las que pide la paz. Por todas las obras en efecto que obraron sobre la tierra, dicen haber sostenido tormentos, y ser justo que después de los suplicios y crueldades, consigan misericordia. O de otro modo: Porque vino la consumación del mundo, y todas las cosas que por los Profetas hablaste se han cumplido con los hechos, y devolviste todas las cosas que prometiste, concédenos la paz, que sobrepuja todo sentido.

(Vers. 13.) «Señor Dios nuestro, nos poseyeron señores sin ti: solo en ti nos acordemos de tu nombre». LXX: «Señor Dios nuestro, poséenos: Señor; fuera de ti a otro no conocemos, tu nombre invocamos».

Por eso buscamos misericordia y paz, que después de todas las cosas ha de ser otorgada, porque nos poseyeron señores sin ti, los ídolos a saber, o los demonios que asisten a los ídolos: y ninguna otra cosa pedimos, sino que seamos dignos, después de muchísimos errores, de acordarnos de tu nombre. Según los LXX, los que dijeron: «Señor Dios, poséenos», suplican esto, para que después de la paz devuelta a ellos se conviertan en posesión de Dios. Lo cual ciertamente también sobre la Sabiduría leemos, la cual según el hebreo habla en los Proverbios: «Dios me poseyó al inicio de sus caminos» (Prov. 8, 22), aunque algunos ejemplares erróneamente en lugar de posesión tengan «criatura». Finalmente sigue: «Antes empero de todos los collados me engendró». ¿Cómo en efecto podrá adaptarse la generación de la criatura, la cual más bien cuadra a la posesión? Está escrito en el Deuteronomio: «¿Acaso no es este tu padre que te poseyó, y te hizo, y te creó?» (Deut. 32, 6). Y esto ha de considerarse, que no dijo «Señor», o «Dios, te poseyó, y te hizo, y te creó»; sino «padre», para que la clemencia del nombre mitigara la austeridad de la potencia. Y lo que sigue: «Señor, fuera de ti a otro no conocemos», no excluye al Hijo, sino que lo une al Padre, pues no dijo «A otro no conocemos», sino «Fuera de ti a otro no conocemos». Pues diciendo el Hijo: «Yo en el

Padre y el Padre en mí», fuera del Padre no conocemos al Hijo (Jn. 14, 10), porque en el Padre lo conocemos a él. Finalmente también su nombre nombramos diciendo en la Oración Dominica: «Padre nuestro que estás en los cielos» (Mt. 6, 9).

352 (Vers. 14). Los moribundos no vivan: los gigantes no resuciten. Por eso los visitaste y los trituraste, y perdiste toda memoria de ellos. LXX: «Los muertos en efecto la vida no verán: ni los médicos los suscitarán.» Por eso los indujiste, y los perdiste, y quitaste todo varón [Al. todo masculino] de ellos». Símaco a su modo más manifiestamente: «Los muertos no vivificarán: los gigantes no suscitarán. Por eso los visitaste, y los trituraste, y perdiste toda memoria de ellos».

Digamos primero según los LXX: La cuestión parece ser difícil, ¿cómo los muertos no vean la vida? La cual así se resuelve: que tanto tiempo no ven ellos la vida, cuanto tiempo están muertos. Como si dijéramos, el ciego no ve la luz mientras es ciego; mas si hubiera recibido la salud, la luz contemplará: así también el que por la iniquidad está muerto y por los pecados, antes de que sea vivificado por la justicia y por las virtudes, por aquel que dice «Yo soy la vida» (Jn. 14), vivir no podrá. De donde también se dice Dios de vivos, no de muertos (Mt. 22). «El alma en efecto que pecare, ella misma morirá» (Ez. 18, 4). Leemos en la Epístola que se escribe a los Hebreos: «Para que no de nuevo echemos el fundamento de la penitencia de las obras muertas» (Heb. 6, 1). Si empero los pecados se llaman obras muertas: ¿por qué no al contrario las virtudes se llamen

obras vivas? Lo que sigue, «Ni los médicos suscitarán», el sentido es perspicuo, que se condenan las fábulas de los poetas, que por Esculapio jactan haber sido suscitado Virbio. No solo empero esto sobre los muertos, sino sobre toda enfermedad ha de decirse, que sin la misericordia de Dios nada vale el arte de curar. ¿Pero cómo? «Si el Señor no edificare la casa, en vano trabajaron los que la edifican: Si el Señor no guardare la ciudad, en vano vigiló el que la guarda» (Sal. 126, 1. 2). Así, si el Señor no curare la languidez, en vano trabajan los médicos que desean sanar a los lánguidos. Si el Señor no guardare la salud, en vano guardan los que también preceptos de guardar la salud editan en sus propios libros: y siempre hay que aprender no solo en la salud del cuerpo, sino también en la de la alma: «Bendice, alma mía, al Señor, que sana todas tus languideces» (Sal. 102, 1. 3). Por lo demás, los que en el pecado muertos perseveran, y por ninguna arte de medicina pueden recibir la salud de la alma, estos se perderán y serán quitados por el Señor, y todo lo que robusto es en ellos, lo que se llama masculino, penosamente será quitado. De donde también Faraón no quiere matar al sexo femenino, que por sí es frágil y fácilmente puede perecer, sino a todo masculino, que si adulto fuera, y a la edad viril llegara, con dificultad se mata (Éx. 1). Según Símaco, los muertos no vivificarán, porque muertos por el pecado, a otros vivificar no pueden, ni es bella la alabanza en la boca del pecador. Y los gigantes, esto es, RAPHAIM, no suscitarán a otros, que ellos mismos según el libro del Génesis se llaman «caí-

dos». Y los visita el Señor, para que de los muertos y de los gigantes toda se borre la memoria. Solo en efecto es el que suscita a los muertos de quien se dice: «Como el Padre suscita a los muertos y vivifica, así también el Hijo vivifica a quienes quiere» (Jn. 5, 21). Podemos llamar muertos a los simulacros de los hombres muertos, y gigantes a los demonios, que a los simulacros de ellos asisten. Ni debe aterrarnos por qué los LXX «varón», y los demás Intérpretes «memoria» tradujeron, cuando con las mismas tres letras ZAI, y CHAPH, y RES ambas cosas se escriban entre los hebreos. Pero cuando «memorial» decimos, se lee ZACHAR; cuando «varón», ZOCHOR. Y por esta ambigüedad del verbo piensan que fue engañado Saúl, cuando luchó contra Amalec e interfirió todo masculino de ellos (1 Sam. 15). Pues mandando Dios que borrara toda «memoria» de Amalec bajo el cielo, él por la memoria, no tanto por error, cuanto seducido por la codicia de la presa, interpretó «varones», no sabiendo aquello del Apóstol: «No erréis, Dios no es burlado» (Gál. 6, 7).

(Vers. 15.) Indulgente has sido con la gente, Señor, indulgente has sido con la gente. ¿Acaso has sido glorificado? prolongaste todos los términos de la tierra. LXX: «Añádeles males, Señor, añade males a los gloriosos de la tierra: lejos hiciste todos los términos de la tierra».

Los «males» que los LXX pusieron por segunda vez, no se tienen en el hebreo; pero porque arriba había dicho: «Por eso los indujiste y los perdiste, y quitaste todo varón [Al. todo mas-

culino] de ellos», siguiendo el mismo sentido, añadieron de lo suyo, «males»: para que los que gloriosos son en la tierra, por males dobles sean oprimidos. Por lo demás, según los hebreos es mucho de otro modo el sentido, y congruente con la disputa anterior. Había dicho el Señor: «Tengamos piedad del impío». El Profeta había respondido: ¿Y dónde está tu justicia? especialmente habiendo obrado tantos males contra tus santos. A lo cual el Señor: «Y no verá», dijo, «la gloria del Señor». De nuevo el Profeta: Ensalzada sea tu mano para herir, y no vean tu gloria, la cual no merecen contemplar. A lo cual el Señor: «Vean» más bien «y se confundan». De nuevo el Profeta: Señor, danos la paz, y poséenos a nosotros, que de tu nombre nos acordamos. Los impíos empero y soberbios no vivan, ni resuciten en gloria, sino tritura toda memoria de ellos. Y devuelve las causas de por qué desea que perezcan. «Indulgente has sido con la gente, Señor, indulgente has sido con la gente, ¿acaso has sido glorificado?». Y es el sentido: A menudo te has apiadado de las gentes, esto es, del género humano, y has ejercido con ellas una clemencia increíble, ¿acaso te conocieron? ¿acaso glorificaron tu nombre? ¿No es cierto que al contrario de ti lejos se apartaron? La seguridad en efecto pare la negligencia, la negligencia el desprecio.

(Vers. 16.) «Señor, en la angustia te requirieron, en la tribulación del murmullo tu doctrina a ellos». LXX: «Señor, en la tribulación me acordé de ti, en la tribulación pequeña tu doctrina a nosotros». Porque siendo indulgente a menudo has

sido despreciado, ni glorificado; sino al contrario todos de tu ciencia se apartaron; por eso, Señor, hiérelos, para que en la angustia te requieran, y en la tribulación del murmullo tu doctrina sea para ellos: cuando tanto peso de males les incumba, que ni clamar siquiera osen confiadamente, sino su dolor en el silencio devoren. Según los LXX, en la tribulación el Profeta del Señor se acuerda, según aquello que en el salmo se dice: «Desde la tribulación invoqué al Señor, y me oyó en la latitud» (Sal. 117, 5). Y en otro lugar: «Al Señor cuando era tribulado clamé, y me oyó» (Sal. 119, 1). De donde el Apóstol habla: «Somos tribulados, mas no angustiados: persecución padecemos, mas no somos abandonados» (1 Cor. 4, 12). Y en otro lugar: «No son condignas las pasiones de este tiempo para la futura gloria que se revelará en nosotros» (Rom. 8, 18). Si empero la pequeña tribulación enseña, y enmienda, y corrige, ¡cuánto más la grande, cuando somos amonestados de nuestra condición, y de la potencia de Dios nos acordamos!

(Vers. 17, 18.) «Como la que concibió cuando se acerque al parto, doliéndose clama en sus dolores: así hemos sido hechos ante tu faz, Señor. Concebimos y como que estuvimos de parto, y parimos espíritu». LXX: «Y como la que está de parto cuando se acerca al parto en su dolor clama: así hemos sido hechos ÷ para tu amado ** por tu temor, Señor, en el útero recibimos, y estuvimos de parto, y parimos el espíritu de tu salvación, la cual hicimos sobre la tierra».

Como la mujer que se acerca al parto, por el dolor es obligada a exclamar: así nosotros en la angustia te requerimos, y ante la faz de tu pavor concebimos, y estuvimos de parto, y parimos, no hijos de la carne, sino del espíritu: para que con toda la mente creamos en ti, para que a quien por los beneficios no sentimos, por los tormentos aprendamos. Esto que los LXX añadieron, «así hemos sido hechos para tu amado»; por lo cual otros tradujeron «así hemos sido hechos ante tu faz, Señor», ha de anotarse con óbelo. Podemos empero por el amado del Señor entender a Cristo, por cuyo temor concebimos, y estamos de parto, y parimos, y hacemos el espíritu de salvación sobre la tierra. Puede esto también decirlo el varón Apostólico, cuando instruye a los pueblos e imita al apóstol Pablo: «Hijitos míos, a quienes de nuevo de parto estoy, hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gál. 4, 19). ¿O hay que dudar de que Pablo apóstol hizo el espíritu de salvación sobre la tierra, el cual desde Jerusalén hasta el Ilírico predicó el Evangelio (Rom. 15), y como sabio arquitecto puso el fundamento, fuera del cual ningún otro puede poner, que es Cristo Jesús (1 Cor. 3)? Sea pues que leamos «por tu temor, Señor, en el útero recibimos»: o bien según el hebreo «ante tu faz, Señor, concebimos, y en el útero recibimos», lo uno y lo otro a esto pertenece, que por el temor y el recuerdo del Señor concibamos la palabra de Dios, e ilumine nuestro corazón de los que dicen: «Señalado ha sido sobre nosotros el lumbre de tu rostro, Señor» (Sal. 4, 7). Y «muestra tu faz, y salvos seremos» (Sal. 79, 4).

«Salvaciones no hicimos en la tierra: por eso no cayeron los habitantes del orbe». LXX: «No caeremos, sino que caerán los habitantes de la tierra».

La diversa interpretación es necesario que tenga también diverso sentido. Según el hebreo esto se dice: Porque nada digno hicimos de tu misericordia, por eso los impíos no han caído, sino que hasta hoy prevalecen y poseen la tierra. Los LXX empero esto aseguran, que haciendo los santos espíritu de salvación sobre la tierra, los que de la tierra habitantes son caigan, aunque entre el «orbe», que en hebreo es THEBEL, y en griego se dice oikoumene, y la «tierra», mucha diversidad haya. Caerán por tanto cualesquiera que a la habitación de la tierra se dieron, y en las obras terrenas con fija raíz están fundados; y no caerán los que se sientan en el orbe de la tierra y descansan en la Iglesia, la cual habitáculo del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo es.

(Vers. 19.) «Vivan tus muertos, mis muertos resuciten: despertad y alabad, los que habitáitis en el polvo, porque rocío de lumbres es tu rocío, y la tierra de los gigantes abatirás en ruina». LXX: «Resucitarán los muertos, y resucitarán de los sepulcros, y se alegrarán los que están en la tierra. El rocío en efecto tuyo salud de ellos, la tierra empero de los impíos caerá».

Estando los santos de parto y pariendo el espíritu, y cayendo los habitantes de la tierra, porque no hicieron salvaciones en la tierra, estos a quienes el Apóstol llama muertos en Cristo, y por el nombre del Señor fueron muertos, resucitarán en

gloria (1 Tes. 4). Y porque la muerte de ellos es sueño, de ningún modo según los LXX resucitar, sino despertarse y vigilar se dicen. De donde también Lázaro que había de ser despertado, por el Señor durmiente es llamado (Jn. 11). Todos los mártires por tanto y varones santos, que por Cristo derramaron la sangre, y cuya fue toda la vida un martirio, resucitarán y despertarán, y alabarán a Dios su Creador, los que ahora habitan en el polvo, de los cuales en Daniel está escrito: «Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra resucitarán, estos para la vida eterna, y estos para oprobio y confusión eterna» (Dan. 12, 1). Y en Juan el Evangelista leemos: «Vendrá la hora, y ahora es, cuando los que en los sepulcros están oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oyeran vivirán, y saldrán los que bien hicieron a la resurrección de la vida, y los que mal, a la resurrección del juicio» (Jn. 5, 28. 29). El rocío en efecto del Señor, según las fábulas de los Poetas venciendo a todas las hierbas Peonias, vivificará los cuerpos de los muertos. Y así como echadas en la tierra las semillas, el rocío poco a poco hace crecer las hierbas, y llegar a los frutos de su género: así el rocío del Señor que por misericordia se pone, rocío será de muchísimas lumbres, lo que en hebreo se dice OROTH. La tierra empero, esto es, los cuerpos de los Raphaim, de los gigantes a saber y de los impíos, el Señor a penas abatirá sempiternas. Finalmente por RAPHAIM solos los LXX «impíos» tradujeron. Y porque arriba leímos: «Los muertos la vida no verán, ni los médicos suscitarán», por lo cual Aquila y Símaco, «Raphaim y gigantes»

interpretaron: preguntamos cuál sea la causa del error, para que por el RAPHAIM hebreo, unos «gigantes», otros «médicos» pusieran. El verbo hebreo RAPHAIM si después de RES primera letra la siguiente tiene VAU, se lee ROPHAIM y significa «médicos»; si empero sin la letra VAU se escribe, se lee RAPHAIM, y se vierte en «gigantes». Y al mismo tiempo porque arriba había dicho: «Los muertos la vida no verán», para que más manifiestamente demostrara no decirse allí de los muertos por la ley de la naturaleza, y la separación de la alma y del cuerpo; sino de aquellos que por el pecado están muertos: ahora al contrario dice a Dios: Vivan tus muertos, que fueron muertos por ti, que no absolutamente muertos, como los LXX tradujeron; sino según el hebreo donde se dice JEJU METHECA, «muertos tuyos» son llamados.

Vete, pueblo mío, entra en tus cámaras, cierra tus puertas sobre ti: escóndete un poquito por un momento, hasta que pase la indignación. Porque he aquí que el Señor saldrá de su lugar para visitar la iniquidad del habitante de la tierra contra él, y revelará la tierra su sangre, y no cubrirá más a sus muertos. LXX: Vete, pueblo mío, entra en tus cámaras, cierra tu puerta: escóndete un poquito, por pequeño que sea, hasta que pase la ira del Señor. Porque he aquí que el Señor desde el lugar santo traerá la ira sobre los habitantes de la tierra, y revelará la tierra su sangre, y no esconderá más a los muertos.

Arriba de los Santos había dicho: Resucitarán los muertos, y resucitarán los que en los sepulcros

están; porque el rocío de ti salud de ellos es: y al contrario de los impíos, la tierra empero de los impíos caerá; ahora a los santos habla, porque a vosotros la resurrección ha sido prometida, hasta que en los pecadores e impíos la ira de Dios se ensañe: entrad en vuestros sepulcros, y escondeos, breve en efecto es el tiempo hasta que del Dios pase la indignación. Puesto que sale el Señor de su lugar, porque misericordioso y compasivo es el Señor, y el clementísimo padre a los hijos negligentes herir es compelido, y en cierto modo de su sentencia ser cambiado, para que visite y traiga su ira sobre los habitantes de la tierra, de los cuales se dice en Oseas: Maldición y mentira, y adulterio, y hurto se han derramado sobre los habitantes de la tierra (Os. 4, 2). Y en el Apocalipsis terceramente leemos: ¡Ay sobre los habitantes de la tierra! (Apoc. 8, 13). Por lo demás los justos, aunque parecen estar en la tierra, sin embargo la conversación de ellos en los cielos está, los cuales pueden decir: Advenedizo yo soy en la tierra, y peregrino como todos mis padres (Sal. 38, 13), y disfrutan de la habitación del Altísimo, de los cuales el santo habla: El que habita en el auxilio del Altísimo, en la protección del Dios del cielo morará (Sal. 90, 1). Entonces revelará la tierra su sangre, de lo cual Dios habla a Caín: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano de tu mano (Gén. 4, 10. 11). Puede también esto de los Mártires entenderse, que por Cristo derramaron la sangre, y bajo el altar de Dios claman: ¿Hasta cuándo, Señor, no vengas

nuestra sangre de los que habitan sobre la tierra (Apoc. 6, 10)? De los cuales también Moisés dice en el Cántico: La sangre de sus hijos será vengada y se vengará, y retribuirá venganza a los enemigos (Deut. 32, 43). Esta sangre que la tierra había recibido, la revelará, y a los muertos del Señor de ningún modo cubrirá; sino que los producirá al público para condenación de aquellos que a los Mártires mataron. Esto de la simple resurrección sea entendido.

Se preceptúa empero según la Anagogía al pueblo de Dios, que entre en sus cámaras o sótanos, tameia por cierto ambas cosas significa: para que cierre según el precepto Evangélico la puerta de su cámara (Mt. 6), y diga con el Profeta: Pon, Señor, custodia a mi boca, y puerta fortificada a mis labios (Sal. 140, 3). Y sea escondido un poquito, por pequeño que sea, hasta que pase la ira del Señor, para que nada por causa de la gloria haga; sino que disfrute del bien de la conciencia, y al solo juez espere a Dios. Son empero sótanos los que han de ser cerrados y escondidos por aquellos que ricos se han hecho en las obras y en los sermones: prudencia, templanza, fortaleza, justicia, para que no sepa la izquierda qué hace la derecha, para que de la Ley y de los Profetas, y del Evangelio de las riquezas disfrutemos. Que empero todos los días de nuestra vida sean breves y pequeños, Jacob excediendo los años ciento habla: Pequeños son y pesadísimos mis días (Gén. 47, 9). La ira empero del Señor que ha de pasar aquella es, que atesoran para sí, los que no quieren hacer penitencia; la cual después que haya pasado, de

ningún modo los sótanos más serán cerrados, sino que se cumplirá lo que escrito está: Nada oculto que no será revelado, y escondido que no sea manifestado (Lc. 8, 17).

Y lo que sigue: Porque he aquí que el Señor desde el santo lugar traerá su ira: aquello significa, que por los santos de Dios la ira comience, o que toda aquella su venganza justa y santa sea, no de la perturbación de la mente descendiendo, como en los hombres suele; sino por el deseo de corregir. La tierra empero de los habitantes aquella pienso, de la cual escrito está: Oiga la tierra las palabras de mi boca (Deut. 32, 1). Y: Con los oídos percibe, tierra (Is. 1, 2). Y otra vez: Tierra, tierra, oye la palabra del Señor (Jer. 22, 27). Pues así como los que en la tierra habitan, así los que en la carne están, a Dios complacer no pueden (Rom. 8). La tierra empero en este lugar significa el alma que vive carnalmente. Y revelará su sangre, si a alguien escandalizara, y con Caín merece oír: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano (Gén. 4, 10. 11). Toda por tanto la sangre en el día del juicio será requerida, ni esconderá la tierra su sangre; y a los muertos que mató, o queriendo, o por negligencia, producirá en medio.

(Cap. 27.—Vers. 1.) En aquel día visitará el Señor con su espada dura, y grande, y fuerte sobre Leviatán la serpiente barra, y sobre Leviatán la serpiente tortuosa, y matará a la ballena que está en el mar. LXX: En aquel día traerá Dios la espada santa, y grande, y fuerte, sobre el dragón culebra

que huye, sobre el dragón culebra tortuosa, y matará al dragón que está en el mar.

Traducen los Hebreos que el diablo, esto es, el acusador, que es nombre griego, en hebreo se llama SATÁN, esto es, el adversario. De donde también en Zacarías se dice: «Estaba Satán», esto es, el adversario, «a su diestra para serle adversario» (Zac. 3, 1). Y se llama también BELIAL, esto es, apóstata, prevaricador, y sin yugo. De donde también el Apóstol: «Qué», dice, «comunicación de Cristo a Belial» (2 Cor. 6, 15)? y dondequiera que los LXX ponen «hijos de la pestilencia», en el hebreo está escrito, «hijos de Belial». De donde también aquello que en el salmo se canta del misterio del Salvador: «El hijo de la iniquidad no añadirá dañarle» (Sal. 88, 23), en el hebreo se dice, «hijo de Belial». Y se llama con otros nombres, como en otro salmo está escrito: «Sobre el áspid y el basilisco caminarás, y conculcarás al león y al dragón» (Sal. 90, 13). El cual dragón propiamente en el sermón hebreo se llama LEVIATÁN. Él mismo es la gran ballena, de la cual, que por Cristo ha de ser capturada, místico en Job en el sermón se narra: «Quien ha de capturar a la gran ballena» (Job 40, 20); pues también allí por «ballena», Leviatán se pone; y otra vez: «Llevarás empero al dragón en el anzuelo, rodearás el ronzal a sus narices»; e inmediatamente: «Este es el principio de la creación del Señor que fue hecha, para que se burlen de él sus Ángeles». En el salmo: «Este mar grande y espacioso: allí reptiles de los cuales no hay número: animales pequeños con los grandes. Este dragón que formaste para

burlarte de él» (Sal. 103, 25. 26). De este también en el Apocalipsis escribe Juan: «Se hizo una lucha en el cielo: Miguel y sus Ángeles luchaban con el dragón, y el dragón luchaba y sus Ángeles, y no prevalecieron, ni se encontró lugar para ellos en el cielo» (Apoc. 12, 7 y ss.). Y: «Fue lanzado el gran dragón, la culebra antigua, que se llama diablo y Satanás, que hace errar al orbe de las tierras universal; y fue lanzado a la tierra, y sus Ángeles con él; y allí se dice: «Fue lanzado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba delante de nuestro Dios» (Ibíd., v. 10). Y aquello ha de notarse que en el salmo y en Job, por eso se diga hecho el dragón, esto es, Leviatán, para que se burlaran de él los Ángeles. De donde también los Apóstoles reciben potestad, para que pisen sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda la virtud del enemigo (Lc. 10). Puesto que por tanto desde aquel lugar donde escrito está: «He aquí el Señor disipará la tierra, y la desnudará» (Arriba, 24, 1); o según los LXX: «He aquí el Señor perderá al orbe de las tierras, y lo desolará», hasta el presente capítulo, contra el orbe en la consumación del mundo el juicio ha sido predicado, y el novísimo enemigo será destruida la muerte (1 Cor. 15): por eso contra el diablo la extrema sentencia es, que se traiga sobre él la espada santa, y grande, y fuerte, o según el Hebreo y los demás Intérpretes, «espada dura». Pues no como los LXX arbitraron se dice CADESA, que si fuera, «santa» sonaría; sino CASA, que propiamente se vierte en «dura». De donde también Cis el padre de Saúl, «duro» se llama.

La espada empero santa, o dura, por el sentido de aquel que padece, algunos de los nuestros entienden el Verbo de Dios, del cual dice el Apóstol: «Vivo empero el sermón de Dios y eficaz, y agudo sobre toda espada de ambos lados aguda» (Heb. 4, 12). De donde también en otro lugar de la boca del Salvador una espada de dos filos salir leemos (Apoc. 19). Cuando empero en el fin del mundo contra Leviatán, que en el principio del Génesis se llama «serpiente prudentísima» sobre todas las bestias (Gén. 3, 1), que estaban en la tierra, la espada santa o dura, y grande, y fuerte hubiera sido traída, huirá quien nunca huir solía, no sabiendo aquello escrito: «¿A dónde iré de tu espíritu, o de tu faz a dónde huiré» (Sal. 138, 7)? Bellamente un cierto poeta en la Gigantomaquia sobre Encélado jugó: «¿A dónde huyes, Encélado? cualesquiera playas a las que accedas, bajo Dios siempre estarás». Este empero Leviatán culebra que huye, en hebreo se llama BARI, lo que Aquila interpretó «barra», Símaco «encerrador», Teodoción «robusto». La barra empero o encerrador pienso que se llama, porque a muchos en su cárcel encerró, y a la propia sujetó potestad, y nada en sí recto tiene, y por eso se dice tortuoso, ni imitar puede la vara del Señor, de la cual escrito está: «Vara de dirección, vara de tu reino» (Sal. 44). A quien el Señor matará con el espíritu de su boca (2 Tes. 2), al habitante antaño del mar, de falsas y amargas ondas.

Los que dicen que el diablo ha de hacer penitencia y ha de conseguir perdón, que nos interpreten cómo reciben esto, que escrito está:

«Y matará al dragón que está en el mar», o a la «ballena». Pues en el segundo lugar en el presente capítulo, en el hebreo no se llama Leviatán, sino THANNIN, que propiamente suena a «ballena». De donde los Hebreos suponen que Leviatán habita bajo la tierra y en el éter: los Thanniim empero en el mar, lo cual es fábula judaica. Y lo que se dice en el extremo de este capítulo, «en aquel día», Eusebio al anterior une capítulo, para que la siguiente profecía a este tiempo no sea coaptada. Los Hebreos empero y los demás explanadores al siguiente, que ahora hemos de proponer.

(Vers. 2, 3.) En aquel día cantará para él una viña de vino puro. Yo el Señor soy quien la guardo, de repente le daré de beber: no sea que tal vez sea visitada contra ella, de noche y de día la guardo. LXX: En aquel día viña buena es su deseo, para que él sea su príncipe. Yo soy ciudad fuerte, ciudad que es combatida: en vano le daré de beber. Pues serán capturados de noche, de día empero caerá el muro.

Mucho el Hebreo en este lugar de la edición de los LXX discrepa, por tanto cada una de las cosas como propusimos discurramos. La viña de la cual arriba habla Isaías: «Se hizo una viña para el amado en un cuerno, en un lugar fértil», la cual deba ser entendida, enseñando él mismo aprendamos: «Pues la viña del Señor de los Ejércitos la casa es de Israel» (Is. 5, 1), de la cual en el salmo se canta: «Una viña de Egipto trasladaste», etc. (Sal. 79, 9). A esta también por Jeremías ofrece un cáliz purísimo (Jer. 25). Pues cuando lo hubiera enviado para dar de beber a todas las gentes, y

a este oficio el Profeta de grado se hubiera ofrecido, primero embriagar a Jerusalén se manda. De donde dice: «Me engañaste, Señor, y engañado fui» (Jer. 20, 7). Beberá por tanto Jerusalén, y se le ofrece una poción pura, para que el llanto aprenda y el lamento. Y dice el Señor que por mucho tiempo la custodió, y dio lugar a la penitencia, y porque convertirse no quiso, de repente ha de ser embriagada. Pues dice que esto por días hizo o por noches, para que por el auxilio de él mismo siempre fuera preservada.

Los LXX empero a la misma llaman hermosa viña, en la cual fue la Ley y los Profetas, el sacerdocio, y el pontificado, y el conocimiento de Dios, diciendo la Escritura: «Conocido en Judea Dios, en Israel grande el nombre de él» (Sal. 75, 1). Lo cual otros piensan, según la edición de ellos pertenecer a la Iglesia, de la cual nada es más hermoso. Y de la cual se dijo: «Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios» (Sal. 85, 3): la cual es la princesa de su madre, y dice en el Cantar de los Cantares: «Los hijos de mi madre lucharon contra mí» (Cant. 1, 5). Y habla: «Yo ciudad firme, ciudad que es combatida». Y bellamente «es combatida» dijo, no «es expugnada». E inmediatamente une sobre la Sinagoga, que de la cabeza se volvió en la cola: En vano a ella el beber de mis doctrinas le concedo, pues será capturada en las tinieblas de su error. Y porque la luz abierta no recibió, por el día cayó su muro, esto es, todo lo que para sí pensaba auxilio, y no habrá ninguno de los adversarios que no la capture, lo cual de las contrarias debemos entender potestades.

(Vers. 4, 5.) Indignación no hay en mí: ¿quién me dará espina y zarza en la batalla? Caminaré sobre ella: la encenderé a la vez. ¿O más bien detendré mi fortaleza? hará la paz para mí, la paz hará para mí. LXX: No hay la que no la aprehenda. ¿Quién me pondrá por custodio de la estopa en el campo? por causa de esta adversaria la repelí. Por eso hizo el Señor todas las cosas que dispuso: quemada estoy; dirán los habitantes de ella, hagamos la paz para él: hagamos la paz para él.

Según el Hebreo este es el sentido: Yo que por días y noches siempre mi viña conservé, para que no la exterminara el jabalí de la selva, para que las bestias no la devoraran. ¿Acaso indignación no tengo, y no sé herir al que peca, y dar a cada uno lo que merece? Donde Aquila puso «espina», y «zarza», en el hebreo está escrito SAMIR y SAITH, que «diamante», y «lugares de abrojos llenos» significa. De donde dice: ¿Quién me enseñará para que duro sea, y a mi clemencia venza, y en la batalla y en el certamen truculento camine: para que camine sobre la viña, que antes guardé, y encienda a la que con mi muro había cercado? ¿O más bien eso hará mi fortaleza, para que la ira difiera, y salve por la clemencia del Evangelio a aquellos que de ningún modo por la autoridad de la Ley han sido guardados? Enfáticamente empero según el Hebreo ha de leerse: ¿Quién me hará duro y cruel, para que venza mi naturaleza? Esto por cierto en el desierto se significa y en las espinas: para que a ella como en la batalla la quebrante y la encienda, a la que siempre con mi diligencia custodié. ¿O más bien detendré mi

fortaleza, la cual que sea Cristo no es duda, y de la cual leemos: «Cristo virtud de Dios y sabiduría de Dios» (1 Cor. 1, 24), para que ella misma para mí haga la paz, y al mundo reconcilie?

Según los LXX este es el sentido, para que de la persona recibamos de la Iglesia: Yo ciudad firme, ciudad por muchos rodeada de enemigos, que en vano di los vasos a mi enemiga la Sinagoga. Pues será capturada de noche, y caerá su muro, y no habrá ninguna de las adversarias potestades, que no la aprehenda. Otra vez hablaré: ¿Qué a mí me aprovecha custodiarla, la cual estopa en sí tenga, no trigos: la cual de tal modo inculta está, que de zarzas llena esté y de espinas, a la que salvar quise? Pero porque hostilmente conmigo actúa, me retiré de ella. Y dijeron en mí y de mí nacidos los Apóstoles: «A vosotros por cierto era oportuno primero hablar la palabra de Dios: pero puesto que la repelisteis, y por indignos a vosotros mismos juzgasteis de la vida eterna, he aquí que nos convertimos a las naciones» (Hech. 13, 46). Por eso hará el Señor lo que amenazó, para que todos en ella ardan por el fuego romano rodeados. O ciertamente ardan por los vicios y los pecados, para que no puedan los ardientes dardos del diablo extinguir. «Pues todos los que adulteran como un horno los corazones de ellos». Y aquellos que antes habitaban en ella, después que hubieran clamado, capturada está la ciudad y encendida, la dejarán, y reconciliando al mundo con Dios, dirán: Hagamos la paz para él, la paz hagamos para él, esto es, para Cristo, siempre escribiendo en sus Epístolas: «Gracia a vosotros

y paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús Señor nuestro» (1 Cor. 1, 3). De los cuales en este mismo Profeta leemos: «¡Cuán hermosos los pies de los que evangelizan la paz» (Is. 52, 7)! Algunos este lugar a las Iglesias refieren, que sean custodiadas por cierto por Dios; pero muchos en ellas frutos no hagan; y por eso de un buen doctor sean sucedidos por los ardores, para que clamen y confiesen su error, y después hagan la paz con Dios, los cuales verdaderamente sean llamados hijos de Jacob.

(Vers. 6.) Los que salen de la raíz de Jacob, florecerá y germinará Israel: y llenarán la faz del orbe con la semilla. LXX: Los que vienen hijos de Jacob: germinará y florecerá Israel: y llenará al orbe de las tierras el fruto de él. Después que los Apóstoles en todo el orbe el Evangelio predicando, hubieran dicho: Hagamos la paz para Cristo, la paz hagamos para él, los que en las alturas hubieran sido de la semilla de Jacob, y a la apostólica dignidad hubieran llegado, se llamarán hijos de Jacob. Entonces germinará y florecerá Israel, viendo por la doctrina de sus hijos al universo orbe haber sido completado, y haber traído frutos riquísimos, los cuales en Judea permaneciendo no había traído.

(Vers. 7.) ¿Acaso según la llaga del que le hería, le hirió: o como mató a sus muertos, así ha sido muerto? Este lugar doblemente se entiende. O contra Jerusalén, para que diga que ella no así por Dios ha sido herida, como ella misma hirió a Cristo y a sus Apóstoles: o contra la multitud de las gentes, porque persiguiendo ellas y derra-

mando la sangre cristiana, los Apóstoles y los varones apostólicos no obstante de la salvación de ellos han tenido cuidado y los han reconciliado con Dios.

(Vers. 8.) En medida contra medida cuando hubiera sido desechada, la juzgarás. LXX: Riñendo y reprochando los emitirá. Según el Hebreo este es el sentido: Así como hizo Jerusalén, así recibirá, y según la medida con que midió, se le volverá a medir. Y entonces la medida colmada recibirá, cuando el tiempo del juicio hubiera llegado y la hubiera desechado Dios. Según los LXX depende de lo anterior lo que se dice. Pues no Israel así como hirió, será herido; ni así como mató, será muerto. El que litigaba contra los Apóstoles, y reprochaba a sus doctores, y preceptuaba que no en el nombre de Cristo hablaran. Por eso el Señor los desechará, y de su grey los expelerá.

Meditó en su espíritu duro por el día del calor. LXX: ¿Acaso no eras tú quien meditabas con espíritu duro matarlos, con espíritu de furor? Según el Hebreo esto se dice, en la medida con que midió, Jerusalén recibirá: por eso Dios en su espíritu duro y vehemente meditó, o habló contra ella en el día del calor, esto es, en el tiempo de la persecución, cuando más ardiente el día de la indignación es y de las penas. Según los LXX, a la misma se dice Jerusalén, o a Israel: ¿Acaso no eras tú la que en tu espíritu durísimo y cruel, y en el furor de tus blasfemias, a los Apóstoles del Señor y a los doctores matar deseabas?

(Vers. 9.) Por eso sobre estos se perdonará la iniquidad a la casa de Jacob, y este todo el fruto,

para que se quite el pecado de ella: porque puso todas las piedras del altar como piedras de ceniza quebrantadas: no estarán en pie los bosques y santuarios. LXX: Por eso se quitará la iniquidad de Jacob, y esta será su bendición cuando hubiera quitado su pecado, cuando hubiera puesto todas las piedras de las aras contritas como ceniza desmenuzada, y no perseverarán sus árboles e ídolos. Las causas rinde de por qué después que los judíos en el Señor enviaron las manos, el perdón consigan, si quisieran hacer penitencia, para que se cumpla la oración del Salvador: «Padre, perdónalos; pues lo que hacen, no saben» (Lc. 23, 34). Por eso, dice, se perdonará la iniquidad a la casa de Jacob, y se quitará su pecado, para que merezca la bendición de Dios, quien para sí la maldición se había imprecado, diciendo: «Su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos» (Mt. 27, 25). Porque por los Apóstoles de la estirpe de Israel en todo el orbe el Evangelio será sembrado, y se destruirá la idolatría, y se desmenuzarán las aras hasta el polvo, se talarán los bosques, los santuarios caerán, y del Dios uno bajo el misterio de la Trinidad la noticia será predicada.

(Vers. 10.) Pues la ciudad fortificada desolada estará: la hermosa será dejada, y será abandonada como un desierto. Allí pacerá el becerro, y allí se echará y consumirá las cumbres de ella. LXX: Los ídolos de ellos serán talados, como un bosque, y la grey que habita lejos será abandonada como una grey desamparada, y estará mucho tiempo en pasto, y allí descansarán las greyes, y

después de mucho tiempo no habrá en ella nada verde, porque se ha secado.

Jerusalén ciudad antaño firme y fortificada, porque no recibió al hijo del padre de familia, sino que dijo: «Venid, matémoslo, porque este es el heredero y nuestra será la herencia» (Mt. 21, 38), desolada estará. Y la que antaño fue hermosa, de la cual también en Ezequiel se dice: «Flor de harina, y miel y aceite comiste, y hermosa te hiciste vehementemente en exceso» (Ez. 16, 13), y en la cual habita aquel de quien escrito está: «Hermoso en la forma sobre los hijos de los hombres» (Sal. 44, 3), será dejada y abandonada como un desierto, diciendo el Señor a los Apóstoles: «Levantaos, vámonos de aquí» (Jn. 14, 31). Allí pacerá el becerro, el ejército romano, del cual también en otro lugar bajo el nombre de jabalí se dijo: «La devastará el jabalí de la selva: y una fiera singular la depastó» (Sal. 79, 14). Y allí se echará y consumirá las cumbres de ella bajo la metáfora de la viña y de sus sarmientos, para que nada verde, nada de los vástagos permanezca en ella, sino que todo lo consuma el enemigo. Según los LXX, porque no recibieron al pastor bueno: por eso serán como grey desamparada, y estarán patentes a las mordeduras de las bestias; y nada verde en ellos permanecerá, porque la sequedad todo lo poseerá.

(Vers. 11.) En la sequedad de la mies de ella serán quebrantadas las mujeres que vienen y la enseñan. Pues no es un pueblo sabio: por eso no se compadecerá de él quien lo hizo: y quien lo formó, no le perdonará. LXX: Mujeres que vienen

de un espectáculo, venid: pues no es un pueblo que tenga inteligencia; por eso no se compadecerá de ellos quien los hizo; y quien los formó, no perdonará.

Esto que se dice: «En la sequedad de la mies de ella serán quebrantadas», por lo cual los Setenta interpretaron: «no habrá en ella nada verde, porque se secó», según el Hebreo a lo siguiente se acopla; según los LXX, al sentido anterior. Digamos por tanto primero según el Hebreo. Cuando el tiempo de la sequedad y de la siega de Jerusalén, y para que más abiertamente hable, de la vastación llegara, de todo el orbe la turba de las sinagogas concurrirá, para que ploren a Jerusalén y los males de ella consuelen. O abiertamente de las mujeres habla, que con los pechos desnudos, sangrantes hieren los brazos, y se cumplirá el vaticinio del Señor: «Hijas de Jerusalén, no me lloréis a mí, sino plored sobre vosotras y sobre vuestros hijos» (Lc. 23, 28). Y grande infelicidad del pueblo, de las mujeres los cánticos de lamentación aprender; así como reprensión fue del pueblo de Israel, cuando en el libro de los Jueces (Juec. 4), en la mano de la mujer Débora hizo la salvación el Señor, y al tiempo de la cercana cautividad, callando los varones, Holda la mujer profetizó (4 Rey. 22). Por eso empero las mujeres por el largo camino serán quebrantadas, por la imbecilidad, el hambre y el escuálido aspecto consumidas, y enseñarán al pueblo miserable, porque no es pueblo sabio, ni entendió a su Creador, quien descuidado por ellos y despreciado no

se compadecerá de la hechura, y no perdonará a su criatura.

Según los LXX, de María se dice la Magdalena, y de la otra María, y de las demás mujeres, que primero vieron al Señor resucitando, y sostuvieron sus pies, y de él oír merecieron: «No temáis: Id, nunciad a mis hermanos que vayan a Galilea, y allí me verán» (Mt. 28, 10). De estas mujeres mucho antes que nacieran, el sermón profético preanuncia, y las llama del espectáculo de la Pasión y Resurrección del Señor, para que el Evangelio prediquen, y, según el Hebreo, enseñen a Jerusalén o a la tierra de Israel, que este sea el Señor y Dios. Pues no teniendo sabiduría el pueblo de Israel en aquel tiempo, cuando padeció el Señor, y se cumplió el vaticinio profetall: «Sálvame, Señor, puesto que desfalleció el santo» (Sal. 11, 1). Y: «Todos declinaron, a la vez inútiles se han hecho: no hay quien haga el bien, no hay ni hasta uno» (Sal. 13, 4), son llamadas las mujeres del espectáculo, para que lo que ellas mismas vieron a los Apóstoles nuncien. Israel empero de quien se dijo (Arriba, 1, 3): «Israel no me conoció, y mi pueblo no entendió», al clementísimo Creador y hacedor suyo provocó en amargura, para que de ningún modo de él se compadezca. Estas cosas piadosamente por cierto se dicen; pero cómo con las demás congruan, y a los tiempos de la consumación del mundo se coapten, difícil interpretación es.

(Vers. 12.) Y será en aquel día, herirá el Señor desde el cauce del río hasta el torrente de Egipto. LXX: Y será en aquel día, encerrará el Señor desde

el foso del río hasta Rinocurura. Si no hubiera unido: «en aquel día», por lo cual somos enseñados, que aquellas cosas que ha de decir a las superiores han de ser acopladas, podíamos como propio el sentido de este capítulo exponer; ahora empero a las superiores han de ser referidas todas las cosas. Puesto que la ciudad fortificada desolada estará, y la hermosa antaño será dejada como un desierto, y allí el becerro se echará, y consumirá los sarmientos de la viña, y todas las cosas se secarán, puesto que no es pueblo que tenga intelecto, y por la estulticia de él, ninguna del Creador suyo misericordia ha conseguido. Por eso herirá, o encerrará el Señor desde el cauce o arroyo del río hasta el torrente de Egipto, para que en la universal Judea, que antaño de la promesa tierra fue, ningún se encuentre sermón de doctrina, nada de ciencia de las Escrituras, de las cuales también el Apóstol habla: «Para que no atendamos a las fábulas judaicas y a los mandatos de los hombres, que se apartan de la verdad» (Tit. 1, 14); y otra vez: «Son pues muchos y no súbditos y vanílocuos, y seductores, a los cuales conviene redargüir, principalmente de la circuncisión» (Ibíd., 10). El cauce empero, o arroyo del río según la historia el Éufrates podemos decir, así como también en el septuagésimo primer salmo está escrito: «Dominará de mar a mar, y desde el río hasta el fin [Al. los fines], del orbe de la tierra» (Sal. 71, 8). Otros piensan que el Jordán. Y esto ha de notarse, que en los términos de Judea, «río» se llame; en los fines de Egipto, «torrente», que turbias aguas tiene, y no perpetuas. Por el torrente de Egipto,

los LXX Rinocurura tradujeron, que es un oppido en el confin de Egipto y de Palestina, no tanto las palabras de las Escrituras, cuanto el sentido de las palabras expresando. Que empero nosotros dijimos: «herirá», por lo cual los LXX symphraxei, esto es, «encerrará», tradujeron: Aquila y Teodoción, rabdesei interpretaron, que o «con la vara herirá», o «a la vara censará» el número de su grey, puede ser entendido: para que no en mala, sino en buena parte sea recibido.

Y vosotros seréis congregados uno a uno, hijos de Israel. LXX: Vosotros empero congregad uno y uno, a los hijos de Israel. Oh hijos de Israel, por lo cual interpretó Símaco: «casa de Israel»: heridos vuestros adversarios desde el arroyo del río, hasta el torrente de Egipto, esto es, desde el Éufrates hasta el Nilo, vosotros o vosotros mismos seréis congregados a la fe del Señor uno a uno, porque la turba de los judíos no creyó, por lo cual significa, que pocos de los judíos en el Salvador Señor han de creer. O ciertamente, oh Apóstoles y varones apostólicos, no creyendo la multitud de los judíos, vosotros de todo el orbe, a los que pudiereis, como ovejas mórbidas referid a los apriscos del Señor, y congregadlas con el pueblo de las gentes, para que se cumpla aquello, que Pablo Apóstol y Bernabé hablan a los judíos: «A vosotros por cierto primero era oportuno anunciar la palabra de Dios; pero porque indignos a vosotros mismos juzgasteis de la salvación, he aquí que nos convertimos a las naciones» (Hech. 13, 46).

(Vers. 13.) Y será en aquel día: se tocará con la trompeta grande; y vendrán los que habían pere-

cido de la tierra de los Asirios, y los que habían sido arrojados a la tierra de Egipto: y adorarán al Señor en el monte santo en Jerusalén. LXX: Y será en aquel día, cantarán con la trompeta grande; y vendrán los que habían perecido en la región de los Asirios, y los que habían perecido en Egipto: y adorarán al Señor sobre el monte santo en Jerusalén.

En este lugar los judíos se prometen vanos votos, que en la consumación del mundo, cuando el Anticristo, o su «ungido» como se dice, viniera, de los Asirios y de la tierra de Egipto el pueblo disperso se congregue, y venga a Jerusalén, y edificado el templo, adore al Señor Dios suyo. Lo cual según la letra de ningún modo puede estar en pie. Pues ni de los Asirios solamente y de Egipto, sino de todo el orbe de las tierras, los que en Cristo han de creer, serán llamados. Por tanto esto significa, que en la novísima trompeta, según el Apóstol Pablo (1 Cor. 15), todos los que habían perecido en los Asirios y en Egipto al Señor vengan: Ni dijo «todos los hijos de Israel», sino «todos los que habían perecido», por lo cual significa la multitud de las gentes, que tanto a la idolatría, como a las mágicas, y de la filosofía artes obligados, vengan a la fe de Cristo, y lo adoren en la Iglesia. La trompeta empero grande puede entenderse el sermón evangélico, del cual también en este mismo Profeta leemos: «Sobre el monte excelso asciende, tú que evangelizas a Sión: exalta tu voz, tú que evangelizas a Jerusalén» (Abajo, 40, 9). Por tanto el monte santo y Jerusalén aquella es, de la cual a menudo dijimos: «Habéis accedido al

monte Sión y a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén celestial, y a los millares de muchos Ángeles; y a la Iglesia de los primogénitos, que están escritos en los cielos» (Heb. 12, 22). Hasta aquí de la consumación del mundo se ha dicho desde aquel lugar en que a exponer comenzamos: «He aquí el Señor disipará la tierra, y la desnudará» (Arriba, 24, 1), lo cual en el presente volumen se contiene. Ahora ayudándonos, imno inspirándonos Cristo, pasemos al noveno [volumen], que de otra profecía tendrá el exordio.

LIBRO NOVENO.

Ocupados en diversas molestias, las explanaciones en el profeta Isaías por intervalos dictamos. De donde completado el octavo volumen, ahora después de algún espacio de tiempo pasamos al noveno: no sin la mordedura y las detracciones de los envidiosos, quienes ignorantes de qué oyen, de qué hablan, de aquello osan juzgar que no saben, y antes desprecian que prueben, y eruditos se estiman y disertis, si de todos los Escritores detractan. De los cuales el livor y la musitación garrula contemniendo, de Dios pidamos el auxilio, y con la imprecación del Salmista digamos: «Disipa a las gentes que las guerras quieren» (Sal. 67, 32). Pues el lugar del Señor en la paz está, que exsupera todo sentido. La cual también el Profeta desea clamando: «Señor Dios nuestro, danos la paz: pues todas las cosas nos has devuelto» (Is. 26, 12). Pero ya propongamos el capítulo de Isaías, y con Moisés entremos en la nube y la calígine, para que se clarifique nuestro vulto, y, según el Hebreo, cornuda sea la faz: y sean oídos y rutilen los truenos y los relámpagos, que la plebe más vil ver no pudo (Éx. 19).

371 (Cap. XXVIII.—Vers. 1.) ¡Ay de la corona de soberbia para los ebrios de Efraín, y a la flor que cae de la gloria de su exultación, que estaban en la cima del valle más pingüe, errantes por el vino!

He aquí, el fuerte y poderoso del Señor, como el ímpetu del granizo, un torbellino que quebranta; como el ímpetu de muchas aguas inundando y enviadas sobre una tierra espaciosa. Con los pies será conculcada la corona de la soberbia de los ebrios de Efraín. Y será la flor que cae de la gloria de su exultación, la cual está sobre la cima del valle de los pingües, como un fruto temprano antes de la madurez del otoño, el cual cuando un observador lo ha visto, tan pronto como lo ha tomado en mano, lo devora.

LXX: ¡Ay de la corona de la injuria del mercenario de Efraín: la flor que cae de la gloria sobre la cima del monte pingüe, vosotros que estáis ebrios sin vino! He aquí, el fuerte y duro furor del Señor, como el granizo que es llevado hacia abajo, no teniendo refugio, el cual violentamente cae como una multitud de aguas arrastrando la tierra, y haciéndose espacio para sí: con las manos y los pies será conculcada la corona de la injuria del mercenario de Efraín. Y será la flor que cayó de la esperanza de la gloria en la cumbre del monte excelso, como un higo temprano, el cual quien lo viera, antes de que lo tome en mano, desea devorarlo.

Hablemos primero según la historia, luego según la tropología, y al final según el vaticinio profético. Habla la palabra divina contra las diez tribus que reinaban en Samaria, y por causa de Jeroboam, que fue de la tribu de Efraín, eran llamados Efraín. Y los llama corona de soberbia: porque comparados con las dos tribus que se llamaban Judá, eran más sublimes tanto en número

como en fuerza. Y los llama ebrios de Efraín, quienes no comprenden a su Creador, sino que por el Señor adoran becerros de oro en Dan y Betel. Estos estuvieron una vez en la flor del Señor, y en la gloria, cuando eran regidos por David y Salomón, y estaban en las doce tribus adorando a Dios en el templo de Jerusalén; ellos estuvieron en la cima del valle más pingüe, que en hebreo se dice GE SEMANIM. Significa además el lugar donde el Señor fue entregado; sobre la cima de cuyo valle el templo del Señor estuvo situado. Estos fueron embriagados con el vino del error y de la demencia, 372 que Jeroboam mezcló para ellos.

Por lo cual el Señor les amenaza con la pena, que así como un torbellino de granizo quebranta todo, y el ímpetu de las aguas inundantes arrebata cualquier cosa que encuentra a su paso: así sean destruidos por el ejército de los asirios, y lo que quede sea transferido a los montes o ciudades de Media. Compara además la gloria de las diez tribus a una corona de diversas flores, la cual tuvo tanta belleza que, así como si alguien antes de que llegue el verano y el otoño, viendo un higo prematuro (prodromon) en el árbol, tan pronto como lo ha tomado con la mano, lo devora: así también cuando el asirio vea a las diez tribus, las asole y las devore, y no deje nada en absoluto del antiguo pueblo en Samaria. Esto se haya dicho brevemente según la historia.

Pasemos a la alegoría. Según la exposición del profeta Oseas, en la cual referimos a Efraín y a José y a Samaria y a las diez tribus, que fueron desgarradas del cuerpo de las doce tribus y deja-

ron el templo del Señor, a los heréticos, que verdaderamente según la edición de los Setenta son corona de injuria, blasfemando al Señor, y hacen todas las cosas por causa de la recompensa, y cayeron de la gloria del Señor: ni siguen la delgadez del maná y la humildad eclesiástica; sino que en el monte más pingüe moran ebrios sin vino. Por eso, el fuerte y duro furor del Señor, que los ha de castigar, se compara al granizo precipitado, que no cae en los techos sino en las cabezas de los mortales, y a muchas inundaciones de aguas, que arrastran lo que encuentran a su paso. Esta corona de injuria, los mercenarios son llamados Efraín, quienes según el Apóstol, por causa del lucro torpe, cayeron de la flor y de la esperanza y de la gloria de la fe antigua, y moran en la soberbia, y son el dulcísimo alimento del diablo, que los devora diariamente (1 Pe 5).

Según la profecía podemos decir que llama corona de injuria a los escribas y fariseos, que blasfemaban al Señor. Y eran llamados mercenarios de Efraín por causa de Judas, quien, siendo de la tribu de Efraín y de la aldea de Iscariote de la misma tribu, vendió al Señor por un precio; el cual verdaderamente como flor de la gloria apostólica cayó sobre el monte 373 más pingüe, de lo cual pensamos que se dijo: «Comió y bebió Jacob, y fue saciado, y se engordó, y recalcitró el amado» (Dt 32, 15). O según el hebreo: sobre el valle de los pingües, esto es, Getsemaní (Gessemanim): en el cual también se significa el nombre del lugar en el cual Judas entregó al Señor. Además se llama valle de los pingües por la abundancia, y por los

escribas y fariseos que allí aprehendieron al Señor: de los cuales está escrito en el salmo: «Toros pingües me han sitiado» (Sal 21, 13). Este valle de los pingües, esto es, Getsemaní (Gessemanim), es llamado por segunda vez en este capítulo; y me admiro cómo los Setenta primero lo llamaron monte pingüe, y después monte excelso. Además el traidor estuvo ebrio no de vino, sino de avaricia y de furor de áspides incurable, y del alimento del diablo, que después del bocado entró en él (Jn 13), y fue totalmente devorado, porque su oración se convirtió en pecado, y ni siquiera su penitencia tuvo el fruto de la salvación. La palabra hebrea SACCHORE es ambigua, y suena ya sea como ebrios o como mercenarios. De donde también Isacar se interpreta como «es recompensa» (est merces): y SACHAR es methysma, esto es, embriaguez (ebrietas): y los demás tradujeron ebrios; solo los Setenta tradujeron mercenarios.

(Vers. 5 sigs.) En aquel día será el Señor de los ejércitos corona de gloria, y guirnalda de exultación para el residuo de su pueblo, y espíritu de juicio para el que se sienta sobre el juicio, y fortaleza para los que vuelven de la guerra a la puerta. Pero estos también por el vino no supieron y por la embriaguez erraron; el sacerdote y el profeta no supieron: por la embriaguez fueron absorbidos por el vino, erraron en la embriaguez: no conocieron al que ve, ignoraron el juicio, o maravillosamente. Pues todas las mesas están llenas de vómito y de suciedades, de modo que no hay más lugar.

LXX: En aquel día será el Señor Sabaot corona de esperanza, que está tejida para el residuo del pueblo de gloria. Serán dejados en espíritu de juicio sobre el juicio, y prohibiendo la fortaleza de matar. Pues estos por el vino fueron engañados: erran por causa de la sicera (siceram); el sacerdote y el profeta desfallecieron de mente por causa de la sicera; fueron absorbidos por causa del vino, vacilaron, esto es, phasma; la maldición comerá este consejo: ya que aquel consejo es por causa de la avaricia.

Después de que toda la tierra de Samaria, esto es, de las diez tribus, haya sido borrada por el asirio inundante, y conculcada por los pies la corona de la soberbia de los ebrios de 374 Efraín, y devorada al modo de un higo temprano: entonces para el residuo del pueblo de Israel, esto es, de las dos tribus, Judá y Benjamín, el mismo Señor será corona de victoria; y espíritu de juicio para el que se sienta sobre el juicio, sin duda para el rey Ezequías de Judá; y fortaleza de aquellos que, asolada toda la región, volviendo de la batalla, se encerraron en la ciudad. Lo cual hemos de leer en este mismo profeta (Infra 37), cuando ciento ochenta y cinco mil hombres armados del ejército de los asirios fueron borrados por el Ángel que hirió. Pero estos también, esto es, Judá y Benjamín, fueron embriagados con el vino de la idolatría, y despreciada la religión del templo, veneraron los simulacros de los demonios, y no conocieron al Señor que ve, que todo lo considera. Pues todas sus mesas y su religión entera se llenaron de vómito y de suciedades, de modo que no solo

en el templo, sino en la cima de los montes y en los lugares boscosos, lo completaron todo con las suciedades de la idolatría, y el Señor no tenía en ellos lugar de habitación. Esto se haya dicho según la letra.

Además, según la tropología, sigamos la inteligencia anterior, ni dejemos intactos a los Setenta Intérpretes. Pues devorados los heréticos por la boca del diablo, que ascendieron al monte de soberbia más pingüe, el Señor será corona de gloria para estos que moran en la Iglesia, y comparados con la multitud de los muchísimos que erran, son pequeños en número. Además será en espíritu de juicio sobre el juicio: porque lavará el Señor las suciedades de los hijos y de las hijas de Sion con espíritu de juicio. Pero si alguno tuviere sangre, de ningún modo será purificado por el espíritu de juicio, sino por el fuego de la combustión; y será fortaleza para el pueblo, y le prohibirá ser muerto por estos que están embriagados con el vino de los dragones, y erraron por causa de la sicera (siceram). Muchas veces hemos dicho que es vino el que se hace de las viñas. Pero sicera (siceram) es toda poción que puede embriagar y subvertir el estado de la mente, la cual Aquila propiamente tradujo como embriaguez (ebrietatem), ya sea que se confeccione de trigo, o de cebada, o de mijo, o del zumo de las manzanas, y del fruto de las palmas, y de cualquier otro género. Por tanto, los sacerdotes y los profetas de los heréticos desfallecieron de mente por causa de la sicera, y fueron absorbidos por causa del vino, tales como fueron Prisca y Maximila y su jefe 375 Montano:

y qué dijeran, no sabían. Con vino se embriagan cuando las Sagradas Escrituras mal entienden y pervierten. Con sicera, cuando abusan de la sabiduría secular y de las trampas de los dialécticos, que no tanto han de ser llamadas vínculos como phasmata, esto es, ciertas sombras e imágenes que pronto perecen y se disuelven. La maldición poseerá un consejo de este tipo, quienes piensan que la ganancia es la piedad, y todo lo hacen por causa de la avaricia. De este phasma también el Apóstol hablaba: «Atendiendo a espíritus de error y a doctrinas de demonios, de los que hablan mentira en hipocresía» (1 Tim 4, 1-2).

La tercera explanación es que después de que el Señor subvierta a los escribas y fariseos, y a su socio Judas el traidor, que desde el principio había sido ladrón, pues él mismo llevaba las bolsas del dinero de los pobres (Jn 12 y 13): entonces sea para esperanza y para corona de gloria para estos de los judíos que hayan creído en el Señor, sin duda que significa a los apóstoles, a quienes reservó para la predicación del Evangelio, y no permitió inmediatamente derramar su sangre por Cristo. Pues todos los escribas y fariseos con vino y sicera, de los que arriba dijimos, fueron embriagados, tanto los sacerdotes como los pseudoprofetas. Pero sus trampas y asechanzas fueron para nada, porque también Judas mismo que entregó, lo hizo por causa del dinero, y los sacerdotes que corrompieron al traidor con dinero lo hicieron por causa del miedo de su propia abyección. Pues él mismo haciendo un azote de cordeles, arrojó del templo a los que vendían bueyes y ovejas, y las

cátedras de los que vendían palomas y las mesas de los cambistas con su autoridad subvirtió, diciéndoles: «Escrito está: La casa de mi Padre casa de oración será llamada, pero vosotros la habéis hecho casa de negociación, o cueva de ladrones» (Mt 21, 13).

Según la anagogía, aquella parte hebrea en la cual dijimos: «Pues todas las mesas de ellos están llenas de vómito y de suciedades, de modo que no hay más lugar», puede ser referida a los heréticos, y a los escribas y fariseos de tal modo que digamos que su doctrina universal y todos sus misterios están llenos de vómito y de suciedades, mientras que no digieren los alimentos de las sagradas escrituras, ni hacen que sean vitales para el cuerpo entero; sino que inmaduros y fétidos los expulsaron, de modo que Dios no encuentra 376 en ellos ningún lugar. Además me admiro qué habrá querido Teodoción para que por la palabra hebrea que se dice CISOA, por la cual Aquila interpretó «vómito de suciedades», y Símaco tanto como «vómito», él dijera emetón dysalías, esto es, el vómito de dysalia, cuya palabra dónde haya sido leída entre los griegos no pude hallar, a no ser que tal vez para una cosa nueva haya fingido un nombre nuevo. Ya que también entre los hebreos es compuesta, porque el vómito se llama CI y la suciedad SOA. Por tanto, cualquier cosa que haga náusea y vómito puede ser llamada dysalia.

(Vers. 10 sigs.) ¿A quién enseñará la ciencia, y a quién hará entender lo oído? A los ablactados del leche, a los arrancados de los pechos: porque manda, remanda; manda, remanda; espera, rees-

pera; espera, reespera; un poco allí, un poco allí. Pues en la lengua de los labios y en lengua otra hablará a este pueblo, al cual dijo: Este es mi descanso; recread al cansado, y este es mi refrigerio, y no quisieron oír. Y será para ellos la palabra del Señor: manda, remanda; manda, remanda; espera, reespera; espera, reespera; un poco allí, un poco allí; para que vayan y caigan hacia atrás, y sean quebrantados, y sean enlazados y capturados.

LXX: ¿A quién anunciaremos males, y a quién anunciaremos el nuncio? Los que son ablactados de la leche: los que son abstraídos del pecho. Tribulación sobre tribulación espera; aguarda la esperanza sobre la esperanza; todavía un poco, todavía un poco: por causa de la irrisión de los labios, por causa de la lengua otra con que hablarán a este pueblo diciéndoles: Este es el descanso para el hambriento, y este el quebrantamiento, y no quisieron oír. Y será para ellos la palabra del Señor: Tribulación sobre tribulación: espera, espera; esperanza sobre esperanza: todavía un poco, todavía un poco; para que vayan y caigan hacia atrás, y sean quebrantados, y peligren, y sean capturados.

¿Quién, dice, es digno de la doctrina del Señor, quién de las palabras del Salvador que dice: «El que tiene oídos para oír, oiga» (Mt 11, 15): para que lo que por los oídos bebiere, con el corazón lo entienda? Quiénes sean aquellos, el verso siguiente lo muestra: «Ablactados de la leche, arrancados del pecho», quienes de ningún modo se nutren con la leche de la infancia, sino que

se alimentan con comida sólida; quienes fueron arrancados del pecho con Isaac: por cuya alegría Abraham hizo un gran convite (Gén 21); estos merecen oír los misterios del Señor, y entender 377 lo que el sacerdote y el profeta no saben, embriagados y absorbidos por el vino, quienes erraron y no conocieron al que ve, porque todas sus mesas están llenas de vómito y de suciedades; aquellos que, cuando los profetas anunciaban las cosas venideras, y amenazaban con tormentos a menos que hicieran lo que se les había mandado, solían decir burlándose: «Manda, remanda; manda, remanda», esto es, prescribe, prescribe, ordena lo que debemos hacer. Y como abusaran de la paciencia de Dios, que difiere la ira para ofrecer misericordia: solían también decir esto en persona de los profetas, jugando: «Espera un poco, aguarda un poquito, vendrán las cosas que predijimos que serían». Todo esto hablaban en el pueblo, porque no creían a las palabras de Dios; e inmediatamente añade el profeta: De ningún modo os hablará Dios con estas palabras, para prescribir lo que debáis hacer, y aguardéis las cosas que han de venir, sino que os hablará en el furor presente, el cual antes había dicho al pueblo: «Este es mi descanso, recread al cansado», por mucho tiempo he trabajado, en ninguno he hallado descanso. «Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza» (Mt 8, 20; Lc 9, 58). «Y este es mi refrigerio, para que en vosotros alguna vez descanse». Los cuales no quisieron oír, y mis avisos despreciaron; por lo

cual lo que solían decir jugando a los profetas: «Manda, remanda; manda, remanda: espera, reespera; espera, reespera: un poco allí, un poco allí», y burlarse de mi paciencia, cuando consideran que amenazo cosas que nunca he de hacer: sientan que se cumple con los hechos, para que vayan a la perdición, y caigan hacia atrás con un retroceso (opisthotono) incurable; y nunca aprovechen hacia las cosas anteriores, ni puedan decir con el Apóstol: «Olvidados de lo pasado, hacia lo que está delante nos extendemos» (Fil 3, 13); sino que sean quebrantados y enlazados, y ya sea por el ejército babilonio o por el romano sean capturados.

En lugar de lo que dijimos: «Manda, remanda; manda, remanda: espera, reespera; espera, reespera; un poco allí, un poco allí», en el hebreo está escrito así: SAU LASAU, 378 SAU LASAU; CAU LACAU, CAU LACAU: ZER SAM, ZER SAM; y de estas palabras suele abusar la herética más inmunda ante todos los simples y engañados, para infundir terror con la novedad de las palabras, a saber que quien conociere estas palabras, y en el coito de ellos se acordare, sin duda alguna pase a los reinos de los cielos. Leemos en el Apóstol: «En otras lenguas y en otros labios hablaré a este pueblo, y ni así me oirán, dice el Señor» (1 Cor 14, 21). Lo cual me parece, según el hebreo, tomado del presente capítulo; y esto hemos observado en el Antiguo Testamento (excepto unos pocos testimonios de los que Lucas solo abusa, quien más conocimiento tuvo de la lengua griega), que dondequiera que se dice algo del antiguo

instrumento, no lo ponen según los Setenta, sino según el hebreo, no siguiendo la interpretación de nadie, sino vertiendo el sentido hebreo en su propio discurso. Símaco, Teodoción y los Setenta sintieron cosas diversas acerca de este lugar, y porque es largo hablar de todos, recorramos brevemente a los Setenta Intérpretes, que se leen en las Iglesias.

Rechazado el pueblo de los judíos, los Sacerdotes y los Profetas, que fueron embriagados con sicera, y erraron y la maldición devoró su consejo, que iniciaron por causa de la avaricia, ¿a quién anunciaremos las futuras tribulaciones por Cristo? ¿a quién los males para los cuales se prepara la corona de las virtudes? Ciertamente a estos que son ablactados de la leche, que fueron arrancados del pecho, lo cual sin duda significa a los apóstoles: «Tribulación sobre tribulación espera». Habla pues al coro de los apóstoles y de todos los creyentes, para que no a una, sino a muchas tribulaciones se prepare, para que cuando fuere atribulado y deprimido, de nuevo espere, y tenga esperanza sobre esperanza. Y si tardaren un poquito las cosas que fueron prometidas, no sea incrédulo: Pues en un poco y en un poquitito vendrán las cosas que fueron prometidas. «Pues la tribulación produce paciencia; la paciencia, la prueba; la prueba, la esperanza; pero la esperanza no confunde» (Rom 5, 3-5). Y esta misma tribulación se duplicará con la detracción 379 de los labios, y con las blasfemias de los perseguidores, con las cuales contra el pueblo de Dios con boca rabiosa se ensañan. Además los apóstoles y los

varones apostólicos hablarán al pueblo de los judíos, diciendo: «Este es el descanso para el hambriento» de justicia, «y este el quebrantamiento» y la angustia que conduce a la vida. Predicando ellos estas cosas, los impíos no quisieron oír. Por lo cual esto que se decía al pueblo de Dios: «Sostén la tribulación, sostén la tribulación; espera la esperanza, espera la esperanza: todavía un poco, todavía un poco», se les volverá en pena a aquellos que no quisieron oír la palabra del Señor, para que caigan y vayan hacia atrás, e incurran en el peligro del asedio y de la muerte, y sin fin alguno de miserias sean capturados. Pero que la palabra hebrea DEA, que todos vertieron «ciencia», solo los Setenta interpretaron «males», es un error manifiesto. Pues la primera letra DALETH o RES se distinguen por un pequeño ápice. Si pues se lee DEA, suena «ciencia»; si REA, «malicia» [o maldad]; no por el mal que es contrario al bien, sino por la angustia.

(Vers. 14, 15.) Por esto oíd la palabra del Señor, varones ilusores, que domináis sobre mi pueblo que está en Jerusalén. Pues dijisteis: Hemos herido un pacto con la muerte, y con el infierno hicimos un pacto: el azote inundante cuando pasare, no vendrá sobre nosotros, porque pusimos la mentira por esperanza nuestra, y con la mentira somos protegidos.

LXX: Por tanto oíd la palabra del Señor varones, atribulados y príncipes de este pueblo, que está en Jerusalén: Porque dijisteis: Hicimos un testamento con el infierno, y con la muerte un pacto: la tempestad que pasa si irrumpiere, no

vendrá sobre nosotros, puesto que pusimos la mentira por esperanza nuestra, y con la mentira seremos protegidos.

Lo que arriba dijimos que con irrisión solían los príncipes de los judíos decir a los profetas: «Manda, remanda; espera, reespera», y las demás cosas semejantes a estas, por las cuales se muestra que de ningún modo creyeron a las palabras de los profetas, sino que tuvieron su profecía por desprecio: lo muestra el presente capítulo, por el cual son llamados «varones ilusores». Pues son los escribas y fariseos que dominan sobre el pueblo de Dios en Jerusalén, a quienes los Setenta llaman «varones atribulados» y «príncipes del pueblo de Jerusalén». Pues dijeron no con el discurso, sino con la obra: Somos como las demás naciones: tenemos pacto y alianza con el infierno y con la muerte: una 380 vez desesperamos de la salvación. Ciertamente la cautividad ha de venir mucho tiempo después, diciéndoos vosotros: «Todavía un poco, todavía un poco: espera, de nuevo espera». Por tanto, cuando hayamos muerto, este azote de la cautividad y esta tempestad no sentiremos. Pues una vez creímos a la mentira, esto es, en vano tuvimos esperanza en Dios y en su Ley. Y por eso con la mentira somos protegidos, porque muertos declinamos la inminente cautividad. La palabra hebrea SOT, Aquila y Símaco interpretaron como «azote» (flagellum), los Setenta como «tempestad» (tempestatem); también CHASAB todos vertieron como «mentira» (mendacium), en la cual esperaron los judíos,

de la cual según el evangelista Juan, el padre es el diablo.

(Vers. 16 sigs.) Por eso esto dice el Señor Dios: He aquí que yo enviaré en los fundamentos de Sion una piedra probada, angular, preciosa, fundada con fundamento: quien creyere, no se apresure. Y pondré el juicio en el peso, y la justicia en la medida: y subvertirá el granizo la esperanza de la mentira, y la protección las aguas inundarán. Y será borrado vuestro pacto con la muerte, y vuestro convenio con el infierno no permanecerá; el azote inundante cuando pasare, seréis para él en conculcación. Cuando quiera que pasare, os arrebatará: porque de mañana al alba pasará en el día y en la noche, y solamente la sola vejación dará el entendimiento al oído: Pues se ha estrechado el lecho, de modo que el otro caiga: y el palio breve a ambos cubrir no puede.

LXX: Por tanto así dice el Señor: He aquí yo enviaré a los fundamentos de Sion una piedra preciosa, elegida, angular, honorable en sus fundamentos; y quien creyere, no será confundido. Y pondré el juicio en la esperanza: pero mi misericordia en el peso, y los que creen en vano a la mentira, puesto que no pasará por nosotros la tempestad, y no nos quitará el testamento de la muerte, y vuestra esperanza en el infierno no permanecerá. La tempestad que viene si pasare, seréis para ella en conculcación: cuando pasare, os arrebatará mañana tras mañana, pasará: en el día y en la noche será la esperanza pésima. Aprended a oír los que estáis en tribulación: No

podemos luchar, pero nosotros mismos somos débiles para ser congregados.

Había dicho, dice, a vosotros: Oíd la palabra del Señor, varones ilusores, o atribulados príncipes de mi pueblo, y no queráis tener pacto con la muerte, ni convenio con el infierno, vosotros que despreciando mis preceptos, pusisteis la mentira por esperanza vuestra, y gloriándoos, 381 más bien desesperando decís: «Con la mentira seremos protegidos». Por eso el misericordioso y compasivo Señor, paciente y de mucha misericordia (Sal 144), no queriendo vosotros, dice que enviará en los fundamentos de Sion una piedra elegida, y probada, y preciosa, y angular. De la cual también el Apóstol habla: «Como sabio arquitecto puse el fundamento» (1 Cor 3, 10); y de nuevo: «Pues nadie puede poner otro fundamento fuera del que ha sido puesto, el cual es Cristo Jesús» (Ibíd. 11). Esta piedra verdadera y por segunda vez se llama piedra, así como también en el Levítico «hombre, hombre» se dice dos veces; y es piedra angular, porque acopló a los pueblos de la Circuncisión y de las Gentes, de la cual también en el salmo se dice: «La piedra que reprobaron los edificadores, esta ha sido hecha en cabeza de ángulo» (Sal 117, 22). Pero estos son los edificadores y albañiles, que ahora son llamados varones ilusores y príncipes del pueblo que está en Jerusalén. De esta piedra también en Daniel leemos, que fue cortada del monte sin manos, y llenó el orbe entero (Dan 2): por cuanto la dispensación del germen divino asumió el cuerpo humano, y habitó en él la plenitud de la Divinidad corporal-

mente. Sobre esta piedra, que con otro nombre se llama peña (petra), Cristo edificó la Iglesia, y con firme fundamento, según el hebreo, la fundó, en el cual quien creyere «no será confundido», o, según el hebreo, «no se apresure»: para que a saber no le parezca tardío el advenimiento de Cristo. Pues si tardare según Habacuc, nadie desespere: porque viniendo vendrá, y sus promesas cumplirá (Hab 2). Promete también Dios que pondrá en él el «juicio del peso»: «Pues el Padre no juzga a nadie, sino que todo el juicio lo entregó al Hijo» (Jn 5, 22). Y la «justicia» o misericordia «en la medida», para que rinda a cada uno según sus obras, y temple la justicia y la misericordia una con otra, según aquello que también en los salmos leemos: «La misericordia y la verdad se encontraron: la justicia y la paz se besaron» (Sal 84, 11). Dice también que el granizo de mis suplicios subvertirá vuestra esperanza y la mentira, esto es, al diablo padre de toda mentira. Y la protección, bajo la cual vosotros pensabais que estaríais seguros, la tempestad válida y la multitud de las aguas borrará, de modo que la amistad y el pacto que teníais con la muerte y con el infierno, esto es, con el diablo, 382 perezca para siempre. Y el azote 382 o tempestad, del cual habíais dicho: «El azote inundante cuando pasare, no vendrá sobre nosotros»: vendrá, y seréis para él en conculcación, esto es, sufriréis todos los tormentos, que vosotros pensabais con ánimo de desesperación que de ningún modo habíais de sufrir. Pues siempre irrumpirá sobre vosotros, y tanto en lo próspero como en lo adverso sentiréis la ira del

Señor, y la muerte saeva os asolará. ¿Qué diré de las penas? El solo temor de las penas y el miedo de los tormentos os corregirá para la salvación, y hará entender vuestros males. Y cuando hayáis sido vejados, entonces sabréis que mis Profetas dijeron cosas verdaderas. Y lo que sigue: «Pues se ha estrechado el lecho, de modo que el otro caiga, y el palio breve a ambos cubrir no puede», tiene aquel sentido que leemos en el Apóstol: «No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios». No podéis ser partícipes de la mesa del Señor y de la mesa de los ídolos (1 Cor 10, 21); y en otra parte: «¿Qué participación tiene la justicia con la iniquidad? ¿Qué sociedad de la luz con las tinieblas? ¿Qué convención de Cristo con Belial? ¿Qué parte tiene el fiel con el infiel? ¿Qué consenso del templo de Dios con los ídolos» (2 Cor 6, 14-15)? Pues habla bajo la metáfora del marido pudicísimo, que dice a la mujer adúltera: Un solo lecho no puede contenernos a mí y al adúltero contigo, y un palio breve no prevalece para cubrir al marido y al mozo. Oh por tanto Jerusalén, a la cual también en Ezequiel bajo la persona de la mujer habla fornicaria (Ez 16, 21), y a la cual en el principio de Oseas llama ramera y adúltera (Os 3), si quieres ser acoplada en mis abrazos, arroja los ídolos: si sirvieres a los ídolos, no podrás tenerme. Esto según el hebreo. Además lo que en los Setenta se lee: «Aprended a oír los que estáis atribulados: no podemos luchar, pero nosotros mismos somos débiles para ser congregados», qué sentido tenga, y cómo se acople a lo superior, lo ignoro totalmente. A no ser que tal

vez el discurso divino hable a los príncipes del pueblo, y los exhorte para que tengan esperanza en Dios, y no en la muerte y en el infierno, y aprendan a oír los vaticinios de los profetas: y ellos respondan que por la debilidad de sus fuerzas no pueden luchar contra las potestades contrarias, ni ser congregados entre el pueblo de Dios.

(Vers. 21, 22.) Pues como en el monte de las divisiones estará el Señor, como en el valle de Gabaón se airará, para hacer su obra, obra ajena la suya, para obrar su obra, peregrina es la obra de él. Y ahora no queráis ilusionar: no sea que 383 se aprieten vuestros vínculos. Pues la consumación y la abreviación oí del Señor Dios de los ejércitos sobre la tierra universal.

LXX: Como el monte de los impíos se levantará el Señor, y estará en el valle de Gabaón, con furor hará sus obras, obra de amargura y su furor como a ajenos abusará: y ajena la amargura de él. Y vosotros no queráis alegraros, no sea que se conforten vuestros vínculos, porque cosas consumadas y abreviadas oí del Señor Dios Sabaot, las cuales ha de hacer sobre toda la tierra.

Poner una piedra preciosa en los fundamentos de Sion el Señor prometió, para que subvirtiera el granizo la mentira y la esperanza de los impíos; y el pacto con la muerte y el convenio con el infierno la tempestad válida borrara. Al cual porque los príncipes ilusores no quisieron recibir, así como una vez contra los extranjeros (Allophylos), reinando David, en el monte de las divisiones, que en hebreo se llamaba PHARASIM, el Señor derribó a sus adversarios, de donde también el lugar

tomó el nombre. Y así como en el valle de Gabaón, bajo el caudillo Josué, cuando con la confianza de Dios habitando en sí habló: «Detente sol en Gabaón, y la luna contra el valle de Ayalón» (Jos 10, 12): y se detuvo el sol por el espacio de un día; y muchos de los extranjeros perecieron: así contra los impíos e ilusores se airará el Señor, para hacer su obra. Pues no es obra del Señor perder a los que creó; sino hacer una obra ajena, que a la crueldad más que a la clemencia pertenece. Y de nuevo eso mismo con otras palabras repite, «para que obre su obra». No es obra suya castigar a los que pecan, sino peregrino, y ajeno de él, que castigue el que es Salvador. Por cuanto por tanto de su paciencia ha de resurgir el Señor, y de ningún modo ha de perdonar: así como no perdonó en el monte Pharasim, y en el valle de Gabaón: os aviso, oh varones ilusores, que de ningún modo os riáis de mis profetas, y no penséis que no han de venir las cosas que anuncian, no sea que si permaneciereis en ilusionar, se aprieten los vínculos de vuestros pecados (Pues con las cuerdas de sus propios pecados cada uno es apretado [Prov 5, 22]), o llegue para vosotros el tiempo de la cautividad. Ya que lo que el Señor por tiempo difería los vínculos, la cautividad y los suplicios, o el último día del juicio, ya con los hechos ha de cumplir, y consumar, y abreviar. Por tanto yo el profeta, las cosas que de parte del 384 Señor Dios omnipotente conocí que habían de ser sobre la tierra universal, estas os anuncio, para que prevengáis la inminente ira con la penitencia.

Según los Setenta el mismo Señor como monte de los impíos se dice que ha de levantarse y ha de estar en el valle de Gabaón, para hacer sus obras, las cuales todas una sola obra es de amargura: lo cual de ningún modo parezca ser blasfemo. Pues no dice que ha de ser el Señor monte de los impíos, sino como monte, que a los impíos y a los que lo sostienen parezca ser gravísimo. Al modo de si un hijo negligente y otro enfermo, pensaran que el padre y el médico son crueles, si por los azotes y el cauterio de la disciplina los restituyen a la sanidad. Pues se levantará el Señor y estará en el valle de Gabaón, por causa de aquellos que aunque por los pecados consistan en lugar humilde, por el tumor del ánimo se erigen en soberbia. Pues Gabaón se interpreta como «colina»: para hacer sus obras que son obras de amargura; cuando es compelido a cambiar la clemencia, y en vez de dulce, se hace amargo. Por tanto vosotros que habéis de padecer estas cosas alguna vez, ahora no queráis alegraros con aquella alegría con que se alegraba también el rico purpurado en el convite, y neglegiendo al pobre Lázaro (Lc 16): no sea que tal vez se hagan vuestros vínculos más fuertes. Pues las cosas que ha de hacer el Señor, y con los hechos su sentencia ha de cumplir, estas yo oí, y os anuncié todas. Y lo que añadió: «Sobre toda la tierra», según la historia, entiende los términos de Judea; según la anagogía, de todo el mundo.

(Vers. 23 ss.) Percibid con los oídos y oíd mi voz; atended y oíd mi palabra. ¿Acaso todo el día arará el que ara para sembrar, y abrirá y

escardará su tierra? ¿No es verdad que cuando haya igualado su superficie, sembrará la neguilla, y esparcirá el comino, y pondrá el trigo por orden, y la cebada, y el mijo, y la veza en sus términos? Y lo instruirá en el juicio; su Dios lo enseñará. Pues no se trillará con sierras la neguilla, ni la rueda del carro dará vueltas sobre el comino; sino que con vara se sacudirá la neguilla, y el comino con el báculo: pero el pan será desmenuzado. Pero no para siempre el que trilla lo trillará, ni lo vejará la rueda del carro, ni con sus pezuñas lo desmenuzará. Y esto salió del Dios de los ejércitos, para hacer admirable su consejo y magnificar la justicia. LXX: Percibid con los oídos y oíd mi voz; atended y oíd mis sermones. ¿Acaso todo el día arará el que ara, o preparará la simiente antes que prepare la tierra? ¿Acaso cuando haya igualado su superficie, entonces sembrará la neguilla y el comino, y de nuevo sembrará el trigo, y la cebada, y el mijo, y la escanda en tus términos, y serás instruido por el juicio de Dios, y te alegrarás? Pues no con dureza se limpia la neguilla, ni la rueda del carro da vueltas sobre el comino; sino que con vara se sacude la neguilla, y el comino con pan se come. Pues no para siempre me airaré con vosotros: ni la voz de mi amargura os pisoteará, y estas maravillas han salido del Señor. Tomad consejo, exaltad la vana consolación.

Ahora habla también a los mismos a quienes arriba había dicho: «Oíd la palabra de Dios, varones ilusores, que domináis sobre mi pueblo que está en Jerusalén»: y les manda que oigan su voz y atiendan diligentemente a su palabra. ¿Acaso,

dice, siempre arará el agricultor para lanzar la simiente? ¿No es verdad que antes abrirá la tierra, y con el arado revolverá los surcos, y quebrará con el rastro y el escardillo los terrones que yacen: para que cuando haya igualado la superficie de la tierra, y ablandado los campos antes duros, entonces esparza la neguilla, o el comino; y siembre el trigo, y la cebada, y el mijo, y la escanda en sus términos, según la variedad de la tierra y de los tiempos: pues no todas las cosas se siembran al mismo tiempo. Por la escanda que los griegos llaman «zea», algunos entienden la veza. Y al mismo agricultor, es decir, al sembrador, Dios lo instruye naturalmente con su juicio, y le enseña para que sepa qué cultivo aplicar a qué simiente. Finalmente cuando haya llegado el tiempo de segar, la neguilla y el comino, que son simientes más débiles, no se trillan por las ruedas de los carros, las cuales a semejanza de sierras se hacen girar siendo de hierro y se arrastran sobre las mieses segadas; sino que con vara se sacuden y con báculo, los cuales vulgarmente se llaman flagelos.

Pero el pan, es decir, el trigo del cual se hace el pan, por ruedas de hierro se trilla, y toda su estipula es desmenuzada en pajas. No obstante no siempre es vejado y trillado, ni en todo tiempo por las pezuñas de las ruedas es desmenuzado; por las cuales en hebreo se dice «de sus caballos»: para que puesto que había dicho pezuñas de las ruedas, conservara la metáfora en lo restante. Algunos quieren por aquello de que nombró pezuñas y caballos, que se muestran las greyes de

yeguas, que a trillar los trigos en las eras suelen ser enviadas: pero no podía la Escritura decir lo que la provincia de Judea no tenía. Pero esto, es decir, que la neguilla y el comino con vara sean sacudidos y con báculo: el trigo y la cebada, y la escanda, tal vez también el mijo, con ruedas de hierro sean triturados, no para siempre es el juicio de Dios, el cual en todas las cosas muestra su admirable consejo, y la magnitud de la justicia demuestra en todas.

Estas cosas hemos dicho parafrásticamente (*paraphrastikōs*), para que más fácilmente el sentido por el cual estas cosas se dicen, podamos entender. Dios de diversos modos dispensa al género humano: ahora castiga, ahora se compadece; ahora corrige, ahora defiende; es decir, ahora ara, ahora siembra, ahora las maduras mieses siega, y las segadas en las eras trilla, y su orbe gobierna como quisiere. La neguilla y el comino, es decir, todas las gentes que no recibieron la noticia de él, ni tuvieron los preceptos de la Ley, con vara enmienda y con báculo: pero al trigo, es decir, al pueblo de los judíos, con grandes suplicios atormentará.

Pues a quien más se le confía, más se le exigirá. Y el siervo que sabe la voluntad de su Señor, y no la hiciere, será azotado con muchos golpes (Lc 12, 47); y en otro lugar está escrito: «Los potentes potentemente padecerán tormentos» (Sab 6, 7). No obstante no los atormentará para siempre.

Pues una cosa es ser impío, otra ser pecador. Lo que nosotros sobre las gentes y los judíos hemos interpretado, otros lo exponen sobre el

pueblo y los sacerdotes: que el vulgo indocto en el día del juicio como la neguilla y el comino sea corregido con vara y báculo; pero los sacerdotes que tuvieron la llave de la ciencia, con grandes suplicios sean atormentados: y esto se haga por el juicio del Señor, que muestra en todas las cosas su admirable consejo y la verdad de la justicia, para que de quienes más recibieron, más se les exija. Por lo que nosotros hemos interpretado: «con vara se sacudirá la neguilla, y el comino con el báculo», no sé qué queriendo los Setenta vertieron: «pero el comino con pan se come». Finalmente también los antiguos intérpretes de Grecia disertando sobre el hebreo, sobre este sermón callaron, porque tal vez no tenían qué decir. Pero aquello en que nosotros según el hebreo pusimos: «Pero no para siempre el que trilla lo trillará, ni lo vejará la rueda del carro, ni con sus pezuñas lo desmenuzará», los Setenta no según la palabra, sino según el sentido lo interpretaron: «Pues no para siempre yo me airaré con vosotros, ni la voz de mi amargura os pisoteará»: mostrando que habrá refrigerios para los pecadores después de los tormentos, y que estas cosas como portentos y maravillas han salido del Señor. Por lo cual se manda a los pecadores que después han de ser castigados, que tomen consejo, y exalten su consolación, de ningún modo «vana», como por los Setenta ha sido añadido, sino absolutamente consolación. Pues nunca Dios mandaría que exaltaran su vana consolación, la cual no les había de aprovechar.

(Cap. XXIX. — Vers. 1, ss.) «¡Ay de Ariel, Ariel la ciudad que expugnó David! Se ha añadido año tras año, las solemnidades han pasado. Rodearé a Ariel, y estará triste y doliente; y será para mí como Ariel. Y te rodearé como una esfera en tu circuito, y lanzaré contra ti un terraplén, y pondré baluartes para tu asedio. Serás humillada, desde la tierra hablarás, y desde el suelo se oirá tu elocución, y será como de un pitón desde la tierra tu voz, y desde el suelo tu elocución musitará. Y será como polvo menudo la multitud de los que te aventan, y como tamo que pasa la multitud de aquellos que contra ti prevalecieron. Y será de repente, en un punto: por el Señor de los ejércitos será visitada con trueno y conmoción de la tierra, y con gran voz de torbellino y tempestad, y llama de fuego devorador. Y será como un sueño de visión nocturna la multitud de todas las gentes que combatieron contra Ariel, y todos los que militaron, y asediaron, y prevalecieron contra ella. Como sueña el hambriento y come, mas cuando hubiere despertado, vacía está su alma; y como sueña el sediento y bebe, después que hubiere despertado, cansado todavía tiene sed, y su alma está vacía: así será la multitud de todas las gentes que combatieron contra el monte Sión».

LXX: «¡Ay de Ariel, Ariel la ciudad que expugnó David! Congregad los frutos, comed año tras año, pues comeréis con Moab: pues angustiaré a Ariel, y su fortaleza y riquezas serán para mí, y la rodearé como David sobre ti: y enviaré un vallado en tu circuito, y pondré en derredor tuyo torres, y se humillarán en la tierra tus sermones: y en la tierra

se hundirán tus palabras. Y será como de los que hablan desde la tierra tu voz, y hasta el pavimento tu voz se debilitará. Y serán como polvo de rueda las riquezas de los impíos: y como tamo que es arrebatado, la multitud de los que te oprimieron: y será en un punto de repente por el Señor de los ejércitos. Pues la visitación será con trueno, y conmoción y gran voz, tempestad válida, y llama de fuego devorador. Y serán como quien ve un sueño en la noche, la multitud de todas las gentes cuantas combatieron contra Ariel, y todos aquellos que combatieron contra Jerusalén, y todos los que se congregaron contra ella y la angustiaron: y como los que sueñan en el sueño que comen, y habiéndose levantado el sueño es vano; y de qué modo el que tiene sed sueña como si bebiese, y habiéndose levantado todavía tiene sed, y su alma ha esperado en vano: así será la multitud de todas las gentes cuantas combatieron contra el monte Sión».

Ariel se interpreta como «León de Dios», o «Altar de Dios», el cual también se llama *Ariel* en la edificación del Templo (Ez 43, 15). Se refiere a Jerusalén, la cual David en otro tiempo tomó luchando contra los jebuseos, y la cual también se llamaba «Visión de Paz» (*Visio Pacis*). Dice: «Ay del Altar de Dios», porque sobre él se ofrecían las víctimas que eran tipo y figuras de la futura víctima, la cual los judíos no quisieron recibir. O «Ay del León de Dios», que antes era fortísimo y había prevalecido contra todas las naciones, pero ahora es asediado por los romanos. Y por esto se añade: «Se ha añadido año tras año, las solemni-

dades han pasado». Pues después de la pasión del Señor, cumplidos cuarenta y dos años, vino el ejército romano, y tomó la ciudad «triste y doliente», la cual antes había sido «Ariel», esto es, «Altar» o «León de Dios». Y fue rodeada «como una esfera», lo que los griegos llaman *sphaira* (σφαῖra), por el circuito del ejército romano. «Y lanzaré —dice— contra ti un terraplén, y pondré baluartes para tu asedio». Esto lo hizo Tito, como escribe Josefo en la historia de la cautividad judaica. «Serás humillada —dice—, desde la tierra hablarás». Pues después de la destrucción del Templo y de la ciudad, no tienen palabra de Dios, ni hablan cosas celestiales, sino que su elocución musita desde el suelo; y al modo de aquellos que se llaman *pitones*, con voz delgada y baja hablan.

Y compara la multitud de los enemigos al «polvo menudo» y al «tamo que pasa», y dice que la ciudad será visitada «por el Señor de los ejércitos con trueno y conmoción de la tierra», y en «llama de fuego devorador», porque la ciudad fue quemada por el fuego. Y compara la multitud de todas las gentes que combatieron contra Ariel con el «sueño de visión nocturna». Pues cuando hayan sido destruidos, parecerá haber sido un sueño; o ciertamente, así como en el sueño el que tiene hambre piensa que come, y el que tiene sed piensa que bebe, mas habiéndose despertado todavía siente la misma hambre y sed: así las gentes que combatieron contra el monte Sión y Jerusalén, y devoraron y bebieron la sangre de los judíos, cuando lleguen al juicio de Dios, hallarán

que su alma está vacía, y serán castigados por aquello mismo que pensaban que hacían como por mandato de Dios.

(Vers. 9 ss.) «Pasmaos y admiraos: fluctuad y vacilad, embriagaos, y no de vino, moveos, y no de ebriedad. Porque mezcló para vosotros el Señor espíritu de sopor: cerrará vuestros ojos, a vuestros profetas y vuestros príncipes que ven visiones, cubrirá. Y será para vosotros la visión de todas las cosas como palabras de un libro sellado, el cual cuando dieren a quien sabe letras, dirán: lee este, y responderá: no puedo, pues sellado está. Y se dará el libro al que no sabe letras, y se le dirá: lee, y responderá: no sé letras».

Por «espíritu de sopor», los Setenta vertieron «compunción»; Teodoción, «éxtasis de la mente»; Aquila interpretó *kataphorán* (καταφορὰν), esto es, «sueño pesado», el cual en hebreo se dice *THARDEMA* (מהדתר), el cual en Adán enviado por Dios la Escritura conmemora (Gén 2), cuando de la costilla de su costado fue hecha la mujer. Y Jonás roncaba con este mismo sueño en la nave (Jon 1). Mas toda profecía después de la subversión de Jerusalén y del Templo, esto es, de Ariel, es contra los escribas y fariseos, los cuales teniendo la llave de la ciencia, ni ellos entran, ni permiten entrar a los que quieren. Y se les manda que con estupor y milagro, o más bien según los Setenta con la disolución de todo el cuerpo y éxtasis de la mente se embriaguen, y se muevan y fluctúen: vacilantes no por el vino ni por la sicera, sino por el espíritu de sopor, o de compunción del Señor, para que entendiendo

su mal, hagan alguna vez penitencia, y digan con el profeta: «He sido vuelto en mi enfermedad, mientras se me clava la espina» (Sal 31, 4). Sabed pues, oh escribas y fariseos, que sois los príncipes de los judíos, que os devolverá el Señor vuestra reciprocidad. Pues vosotros oyendo al Señor Salvador, no quisisteis entender, y cerrasteis vuestros ojos para no verlo, y agravasteis vuestros oídos para no oír. Por eso también él cerrará vuestros ojos, que son los profetas, por los cuales veíais la ciencia de Dios. O cerrará vuestros ojos y los de los profetas, que son vuestros príncipes. Pues «la Ley y los Profetas hasta Juan el Bautista» (Lc 16, 16): para que no viendo vosotros, vean aquellos de quienes el sermón inferior (Ad vers. 18) testifica.

«Y toda profecía —dice— será para vosotros como las palabras de un libro sellado». Para los escribas y fariseos, que parecen saber las letras de la Ley, el libro de los Profetas y de la Ley está sellado: y si se les dice: «Lee», responden: «No podemos leer, pues está sellado». Esto no se dice del pergamino físico y del volumen de los libros, sino del sentido interno y de los misterios ocultos, los cuales no son capaces de ver. Al pueblo también y a los indoctos, que no saben letras, si se les da el libro para leer, responden: «No sabemos letras». Por tanto ambos están en el error: tanto los maestros, porque se enorgullecen de la ciencia de las letras y el libro les está sellado; como los discípulos, porque no saben las letras, y no pueden leer lo que recibieron. O ciertamente puede entenderse de este modo: que los judíos no tienen la ciencia de las Escrituras, y las gentes, que son

indoctas y sin Ley, si se les manda leer la Ley del Señor, dicen que no saben las letras de la Ley. Pero después mostrará que los ojos de los ciegos han de ver, y los oídos de los sordos han de oír, y los indoctos han de saber la ciencia de las letras.

(Vers. 13, 14). «Y dijo el Señor: Por cuanto se acerca este pueblo con su boca, y con sus labios me glorifican; mas su corazón lejos está de mí, y me temieron por el mandato de hombres, y por doctrinas. Por tanto, he aquí que yo añadiré para hacer una admiración a este pueblo con un milagro grande y estupendo: pues perecerá la sabiduría de sus sabios, y el entendimiento de sus prudentes se esconderá».

LXX: «Y dijo el Señor: Se acerca a mí este pueblo con su boca, y con sus labios me honran; mas su corazón lejos está de mí: en vano me dan culto, enseñando preceptos de hombres y doctrinas. Por tanto, he aquí que yo añadiré que trasladaré a este pueblo: pues los trasladaré, y perderé la sabiduría de los sabios, y el entendimiento de los prudentes esconderé».

De este testimonio usó el Señor contra los fariseos en el Evangelio de Mateo, diciendo: «¿Por qué también vosotros traspasáis el mandato de Dios por vuestras tradiciones?» (Mt 15, 3). Y de nuevo: «Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: Este pueblo con los labios me honra, mas su corazón lejos está de mí. Mas en vano me dan culto enseñando doctrinas y preceptos de hombres» (Ibíd., 7-9). En lo cual debemos notar aquello que frecuentemente hemos advertido, que los Evangelistas y los Apóstoles no

interpretaron palabra por palabra; ni siguieron la autoridad de los Setenta Intérpretes, cuya edición ya en aquel tiempo se leía; sino que como hebreos e instruidos en la Ley, sin daño de los sentidos usaron sus propias palabras. Mas se acerca el pueblo de los judíos con su boca y con sus labios a Dios; porque se gloría de tener el culto de un solo Dios y de rechazar los ídolos; mas su corazón está lejos de él, porque no recibe al Señor Jesucristo. Pues quien no recibe al Hijo, no recibe al Padre. Y al mismo tiempo aprendamos de qué modo alguien se acerca a Dios, o se hace lejos de él. El cual también por Jeremías habla: «¿Soy yo Dios que se acerca, y no de lejos?, dice el Señor» (Jer 23, 23, según los LXX). Mas nos acercamos a Dios con la mente, no con el cuerpo; como también de Moisés leemos: «Se acercó Moisés solo a Dios: mas los demás no se acercaban» (Éx 24, 2). Pues oraba a Dios en espíritu y verdad, y en lo profundo del corazón estaba unido a él. Mas aquellos que dan culto a Dios por las tradiciones de hombres, y no por los preceptos de Dios, tienen el corazón lejos de él. Y por tanto Dios quitará la sabiduría de los sabios, y esconderá el entendimiento de los prudentes, porque prefirieron las tradiciones de hombres al mandato de Dios. Esto también sucede a los heréticos, que siguen las doctrinas de hombres y no la palabra de Dios.

(Vers. 15, 16.) «¡Ay de vosotros que sois profundos de corazón, para que al Señor ocultéis el consejo, cuyas obras están en tinieblas, y dicen: ¿Quién nos ve?, y ¿quién nos conoce? Perversa es esta vuestra cogitación, como si el lodo contra el

alfarero cogitase, y dijese la obra a su hacedor: no me hiciste; y la cosa formada dijese a su formador: no entiendes».

LXX: «¡Ay de los que hacen profundo el consejo, y estarán en tinieblas sus obras, y dicen: ¿Quién nos ve?, ¿quién nos conocerá, y qué cosas hacemos? ¿No seréis reputados como lodo de alfarero? ¿Acaso dirá la hechura a su hacedor: no me hiciste sabiamente, o la cosa formada a su formador: no tú me hiciste?»

Contra los mismos de quienes arriba había dicho: «perderé la sabiduría de los sabios, y la inteligencia de los prudentes reprobaré», o como el profeta escribe: «esconderé»: ahora también se dirige la palabra de Dios, los cuales son sabios en sí mismos, y ante su vista prudentes. De los cuales rectísimamente aquello puede entenderse: «Defallecieron escudriñando con escrutinio» (Sal 63, 7); habiendo sido escrito sobre la sabiduría de Dios: «Pues si alguien fuere perfecto entre los hijos de los hombres sin tu sabiduría, en nada será reputado» (Sab 9, 6). Los cuales por eso arbitran que Dios no conoce sus consejos, porque en tinieblas están sus obras, y dicen: «¿Quién nos ve?, ¿quién nos conoce?». Mas estas cosas las dicen tanto los sabios de este siglo, como los maestros de los heréticos, y los fariseos de los judíos, que nadie los entiende; no recordando aquello que a Dios se dice: «Las tinieblas no se oscurecerán por ti: y la noche como el día se iluminará» (Sal 138, 12). Y: «Como sus tinieblas, así también su luz» (Gén 3?). De este error engañados Adán y Eva, oyendo el sonido de los pies de Dios que deambu-

laba en el paraíso, se escondieron bajo el árbol, en el cual estaba la ciencia del bien y del mal; y Caín también diciendo: «Si me echas hoy de tu faz, me esconderé» (Gén 4, 14), con semejante estulticia arbitró que Dios ignoraba. Y por Amós sobre los impíos y pecadores se dice: «Si se escondieren de mis ojos en lo profundo del mar: allí mandaré al dragón, y los morderá» (Amós 9, 3).

Por lo cual, aunque alguien sea sabio y de ingenio más ferviente, si no tuviere la sabiduría y doctrina de Dios, digamos de él: «Si el Señor no edificare la casa, en vano trabajaron los que la edifican. Si el Señor no guardare la ciudad, en vano vigilará quien la guarda» (Sal 126, 1-2). A lo cual nosotros hagamos algo semejante: Si el Señor no ayudare a la ciencia, en vano trabaja quien se piensa ser sabio. Si el Señor con toda custodia no guardare nuestro corazón, en vano vigila quien piensa que aquel puede ser guardado por su propia diligencia. «Perversa es», dice, «esta vuestra cogitación», para que penséis que el hacedor ignora lo que hizo, y que el Creador desconoce su criatura, como si el lodo y la obra dijesen al alfarero y a su hacedor, no me hiciste, o no me hiciste bien, ni entiendes tu hechura. De este testimonio usa el Apóstol con otras palabras a los Romanos, donde disputa sobre la profunda ciencia de Dios, y quiere confutar la calumnia de los hombres: «Oh hombre, ¿quién eres tú para que respondas a Dios? ¿Acaso dice la cosa formada a su formador: por qué me hiciste así? ¿O no tiene potestad el alfarero de la misma masa de lodo de hacer un vaso para honor, y otro para

contumelia?» (Rom. 9, 20-21). En todas las cuales cosas siempre debe observarse aquella regla: que los Evangelistas y Apóstoles interpretaron al griego desde el hebreo como les pareció bien, sin pérdida de los sentidos.

(Vers. 17 ss.) «¿Acaso no todavía en un poco y en breve se convertirá el Líbano en Carmelo: y el Carmelo en bosque será reputado? Y oirán en aquel día los sordos las palabras del libro; y de las tinieblas y la calígine los ojos de los ciegos verán. Y añadirán los mansos en el Señor alegría: y los hombres pobres en el Santo de Israel exultarán: porque desfalleció quien prevalecía. Consumado está el ilusor: y han sido cortados todos los que vigilaban sobre la iniquidad. Los que hacían pecar a los hombres en la palabra, y al que reprendía en la puerta suplantaban; y se apartaron en vano del justo».

Respondan los judíos y los amigos de la sola historia simple, que no buscan frutos en el árbol, sino solo hojas y la sombra de las palabras, la cual pronto se seca y perece, ¿cómo en el advenimiento del Señor Salvador (porque desde los tiempos de Isaías hasta la dispensación de la carne asumida, en comparación de la eternidad es un breve y módico espacio de tiempo) el monte Líbano de Fenicia haya sido convertido y trasladado al monte Carmelo?, el cual en hebreo se dice *CHERMEL* (כרמל); y en el confín de Palestina y Fenicia domina sobre Ptolemaida: aunque también otro monte Carmelo en las Escrituras santas es llamado, en el cual estuvo Nabal el carmelita (1 Sam 25), hombre estulto e inicuo, que tuvo por

mujer a Abigail, la cual muerto el varón, casó con David; pues viviendo aquel, al varón David recibir no podía, para no ser llamada adúltera si fuere a otro varón asociada; ¿y cómo el Carmelo sea reputado como bosque, y en árboles infructuosos? Lo cual, no habiendo podido decir, oigan que el *Líbano*, que se interpreta como «blanqueo» (*dealbatio*), se refiere al pueblo de las gentes, que lavado en el Señor y purgadas las suciedades pristinas, todo el mundo ascendiendo, se apoya bajo la persona de la Iglesia en el Salvador, y de él en el Cantar de los Cantares se dice: «¿Quién es esta que asciende blanqueada, apoyándose sobre su cuñado?» (Cant 8, 5): y que este pueblo es trasladado al *Carmelo*, esto es, a la «ciencia de la circuncisión» (*circumcisionis scientiam*), para que los misterios de la espiritual y verdadera circuncisión reconozca: y esté en el lugar del otrora pueblo de los judíos: mas aquellos que a Cristo recibir no quisieron sean reputados como bosque, y en árboles infructuosos.

«Y oirán en aquel día —dice—», en que el Líbano se convierte en Carmelo, «los sordos», de quienes arriba había dicho: «mezcló para vosotros el Señor espíritu de sopor», «las palabras del libro», que antes les estaba sellado. «Y de las tinieblas y la calígine los ojos de los ciegos verán». Pues «los que se sentaban en tinieblas vieron una gran luz» (Is 9, 2). «Y añadirán los mansos en el Señor alegría». No los soberbios que se jactaban en la Ley, sino los mansos, y aquellos que «exultarán en el Santo de Israel», el cual antes era «santo» solo para los judíos, mas ahora es el

«Santo de Israel» y de todas las gentes. «Porque desfalleció quien prevalecía». Esto es, el diablo, que antes prevalecía contra el género humano. «Consumado está el ilusor». O el diablo, o el pueblo de los judíos que se burló del Señor. «Y han sido cortados todos los que vigilaban sobre la iniquidad». Los que no dormían, sino que vigilaban, para hacer el mal. «Los que hacían pecar a los hombres en la palabra». O enseñando perversamente, o acusando a los justos. «Y al que reprendía en la puerta suplantaban». Esto es, a los Apóstoles y a los doctores de la Iglesia, que los reprendían en la puerta de la Ley. «Y se apartaron en vano del justo». Apartándose de Cristo, que es el «Justo», y siguiendo sus propias tradiciones en vano.

(Vers. 22 ss.) «Por esto así dice el Señor a la casa de Jacob, que redimió a Abrahán: No ahora será confundido Jacob, ni ahora su rostro se avergonzará; sino que cuando viere a sus hijos, obras de mis manos, en medio de sí santificantes mi nombre: y santificarán al Santo de Jacob, y al Dios de Israel predicarán; y conocerán los que yerran en espíritu el entendimiento, y los murmuradores aprenderán la Ley».

LXX: «Por tanto, así dice el Señor sobre la casa de Jacob, a la cual apartó de Abrahán: No ahora será confundido Jacob, ni ahora cambiará su rostro; sino que cuando viere a sus hijos mis obras: por mí santificarán mi nombre, y santificarán al Santo de Jacob: y al Dios de Israel temerán: y conocerán los que yerran en espíritu, la inteligencia: y los murmuradores aprenderán la obediencia».

Y lo que sigue: «y las lenguas balbucientes aprenderán a hablar paz», debe anotarse con un óbelo.

Cuando oyeren —dice— los sordos las palabras del libro, y los ojos de los ciegos vieren, y el Líbano fuere convertido en Carmelo, y el Carmelo reputado como bosque, de modo que los mansos y los pobres se alegren en el Señor, y el soberbio y el ilusor desfallezcan: entonces será confundido Jacob, que por ahora no es confundido. Mas significa los tiempos de Isaías. Y su rostro se avergonzará, para que el rubor y la confusión sean ocasión de salud, principalmente cuando viere a sus hijos, esto es, a los Apóstoles y varones apostólicos, que fueron del linaje de los judíos, perpetrar en medio de las naciones las virtudes del Señor, y predicar el nombre de Cristo a las gentes, y decir: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre» (Mt 6, 9). Pues ellos santificarán al Santo que nació de Jacob, y enseñarán al Dios de Israel entre las gentes, para que, abandonados los ídolos, digan: cuán falsos ídolos poseyeron nuestros padres, y no hay en ellos quien haga llover; y entonces conocerán los que ahora yerran en espíritu, la inteligencia de Dios, y los que antaño en la soledad murmuraban contra el Señor, aprenderán la Ley, de la cual antes noticia no tenían.

Pues si hubieran recibido a Moisés, habrían recibido también al Señor Jesucristo, porque Moisés de él hablaba. Lo que al principio del capítulo según el hebreo tradujimos: «Esto dice el Señor a la casa de Jacob, que redimió antaño a Abrahán, y lo sacó de los caldeos, y lo introdujo en la tierra

de la promesa» (Gén 11), patente queda. Mas aquello que los Setenta tradujeron: «Esto dice el Señor sobre la casa de Jacob a la cual separó de Abrahán», así puede entenderse: que a los escribas y fariseos, que blasfemaban del Señor, los separó de Abrahán, el cual vio el día del Señor, y se gozó (Jn 8). Pues si hubieran sido hijos de Abrahán, habrían hecho las obras de Abrahán. Y el Apóstol disputa que han de ser llamados hijos de Abrahán (Heb 11) los que tuvieren la similitud de la fe de Abrahán, esto es, el pueblo de las gentes, el cual no por las obras, sino por la fe, fue llamado hijo de Abrahán.

(Cap. 30 — Vers. 1 ss.) «¡Ay de los hijos desertores, dice el Señor: para que hicierais consejo, y no de mí: y ordierais la tela, y no por mi Espíritu: para que añadiérais pecado sobre pecado! Que camináis para descender a Egipto: y mi boca no interrogasteis, esperando auxilio en la fortaleza del Faraón, y teniendo confianza en la sombra de Egipto. Y será para vosotros la fortaleza del Faraón en confusión, y la confianza de la sombra de Egipto en ignominia. Pues estuvieron en Tanis tus príncipes: y tus nuncios hasta Hanes llegaron. Todos fueron confundidos sobre el pueblo que no les podrá aprovechar: no fueron para auxilio ni para alguna utilidad, sino para confusión y para oprobio».

LXX: «¡Ay de los hijos prevaricadores, dice el Señor! Hicisteis consejo, y no por mí; y pacto, no por mi espíritu: para que añadiérais pecados a los pecados:" que vais para descender a Egipto; y a mí no me interrogasteis, para que recibáis auxilio del

Faraón, y seáis protegidos por los egipcios. Será para vosotros la protección del Faraón en confusión; y para estos, que confían en Egipto, oprobio. Pues hay en Tanis príncipes, nuncios pésimos. En vano trabajarán para el pueblo, que no les aprovechará para auxiliar: ni para utilidad, sino para confusión y oprobio».

Tras la profecía contra Ariel, y lo demás que hasta este lugar el discurso pasado disertó: ahora es el exordio de otra vaticinación, la cual ciento cincuenta años después, que fueron entre Isaías y Jeremías, se prueba haber sido completada. Pues predice aquella historia que leemos en el volumen de Jeremías (Jer 41), cuando subvertida Jerusalén y trasladadas a Babilonia todas las riquezas y los príncipes, fue puesto al frente de los que habían quedado en Judea Godolías, hijo de Ahicam, de estirpe regia; el cual muerto por dolo junto con sus socios caldeos, todos los príncipes de los guerreros, y Johanán hijo de Caree, y Jeconías hijo de Oseas, y el resto del vulgo desde el pequeño hasta el grande, se acercaron al profeta Jeremías, y le dijeron: «Caiga nuestra oración en tu presencia, y ora por nosotros al Señor tu Dios por todos estos restos. Porque hemos quedado pocos de muchos, como tus ojos nos contemplan; y anúncienos el Señor tu Dios el camino por el que vayamos, y la palabra que hagamos» (Jer 42, 2. 3).

Y habiendo respondido Jeremías después de diez días por la palabra del Señor: «Esto dice el Señor Dios de Israel: Si quietos permaneciereis en esta tierra, os edificaré y no destruiré, os plantaré y no arrancaré, porque estoy aplacado sobre el

mal que os hice." No temáis ante la faz del rey de Babilonia, al cual vosotros pavorosos teméis» (Ibíd. 10. 11). Y después de un poco: «Mas si dijereis: no habitaremos en esta tierra; y pusiereis vuestro rostro para entrar en Egipto, y entrareis para habitar allí; la espada que vosotros teméis, allí os alcanzará: y el hambre por la que estáis solícitos, se os pegará en Egipto, y allí moriréis» (Ibíd. 42, 13. 15. 16).

Respondieron los varones soberbios, diciendo a Jeremías: «Mentira dices tú: no te envió el Señor nuestro Dios, diciendo: No entréis en Egipto para habitar allí;" sino que Baruc hijo de Nerías te incita contra nosotros, para entregarnos en manos de los caldeos, para que nos mate y nos haga trasladar a Babilonia» (Jer 43, 2. 3).

Finalmente, todos los príncipes del pueblo, congregados los restos con las mujeres y los parvulitos y las hijas del rey, no oyendo la voz del Señor, entraron en Egipto, llevados consigo Jeremías y Baruc, y llegaron a Tafnas, de modo que Jeremías en signo de la futura cautividad profetizara contra el pueblo inobediente aquellas cosas que en su libro se contienen.

Lo que, por tanto, después habría de ser, es predicho muchos años antes, y hijos «desertores» y «prevaricadores» son llamados los que, desierto el consejo de Dios que habían recibido por Jeremías, siguieron su propia voluntad, y «ordieron la tela», no por el espíritu de Dios, que les resonaba por la boca de Jeremías. Mas puso «ordir la tela» metafóricamente, para demostrar el depravado consejo, y esto hicieron para que

aumentaran los pecados prístinos con el pecado de la contención y de la soberbia.

«Que descendéis —dice— a Egipto, y mi boca no interrogasteis». No porque no interrogaran, sino porque el consejo del profeta oír no quisieron, esperando auxilio en la fortaleza del Faraón, y teniendo confianza en la protección, o sombra de Egipto. Por la «fortaleza del Faraón», que en este lugar se pone dos veces, en hebreo tiene escrito *MAOZ* (מעוז). Esto anotamos para que lo que leemos en la última visión de Daniel (Dn 11) sobre el dios *MAOZIM*, no como Porphyrio sueña, como el dios del pueblecito de Modín, sino como un dios robusto y fuerte lo entendamos. Pues Faraón entre los egipcios es nombre de la potestad regia; y cada uno es llamado con vocablo especial, como Faraón Necao, y Faraón Vafrés: al modo como si nosotros pusiéramos «Césares» y «Augustos» antes de los vocablos propios de los reyes. «Y será —dice— para vosotros la fortaleza del Faraón en confusión, y la confianza de la sombra de Egipto en ignominia».

Escribe el mismo Jeremías que en la ciudad de Tafnas de Egipto enterró piedras en la puerta de la casa del Faraón, y dijo a los varones judíos: «Esto dice el Señor de los ejércitos Dios de Israel: He aquí que yo enviaré y tomaré a Nabucodonosor rey de Babilonia mi siervo, y pondré su trono sobre estas piedras que escondí, y fijará su solio sobre ellas.» Y viniendo herirá la tierra de Egipto, a los que para muerte, para muerte: y a los que para cautividad, para cautividad: y a los que para espada, para espada: y encenderá fuego en los

santuarios de los dioses de Egipto, y los quemará, y cautivos los llevará. Y se vestirá la tierra de Egipto, como se viste el pastor con su manto, y saldrá de allí en paz» (Jer 43, 10-12). Pues superados los egipcios, fueron capturados también los judíos que a los egipcios habían huido.

Y lo que sigue: «Pues estuvieron en Tanis tus príncipes, y tus nuncios hasta Hanes llegaron», con irrisión y enfáticamente ha de leerse, porque despreciado el consejo de Dios, a sus príncipes a la ciudad de Tanis de Egipto enviaron, en la cual estuvo la casa regia del Faraón, y bajo Moisés signos y portentos muchísimos fueron perpetrados, diciendo el Salmista: «Que hizo maravillas en la tierra de Egipto, en el campo de Tanis» (Sal 77, 43). Y el mismo Isaías contra Egipto habla: «¿Dónde están ahora tus sabios? Anúnnciennte, y digan, qué haya pensado el Señor de los ejércitos contra Egipto." Desfallecieron los príncipes de Tanis» (Is 19, 12. 13), a los cuales en aquel tiempo desfallecer conmemora, cuando el Señor entró en Egipto sobre una nube ligera. Mas la ciudad de Hanes de Egipto en otro lugar no la leemos, sino que de aquello que dice: «Tus nuncios hasta Hanes llegaron», entendemos que es la última ciudad de Egipto junto a los etíopes y blemis, por lo cual los LXX interpretaron: «Nuncios pésimos en vano trabajarán», los cuales confiaron sobre el pueblo de Egipto, que no les pudo aprovechar, y fueron para oprobio sempiterno.

Algunos piensan que este lugar contra las diez tribus en Samaria fue escrito, porque pidiendo

auxilios a los egipcios, fueron capturados por los asirios.

Según la tropología: Todos los que, despreciada la religión de Dios, vuelven a su vómito, y perdido el nombre de hijos, perros impudentísimos son llamados, inician consejo, no por el Señor, y sellan pacto, no por el espíritu del Señor, y añaden pecados a los pecados: para que superados por los vicios lisonjeros, reciban también la depravación de los dogmas, y desciendan a las tinieblas de Egipto, buscando el auxilio del Faraón, que reina en Egipto, cuya protección conduce a la ignominia, y al oprobio sempiterno.

Pues están en Tanis, esto es, en un mandato ciertamente humilde y abatido, sus príncipes, nuncios pésimos, que en vano trabajan sobre el pueblo que no les podrá aprovechar. Pues así como a los santos maestros ayuda la salud de los discípulos, así la perdición de los seducidos pierde a los patriarcas de aquellos que al auxilio de Egipto se acogieron.

«La carga de las bestias del Sur». Por lo cual en hebreo se dice *MASSA BEHEMOTH NEGEB* (משא בהמות נב), que los LXX tradujeron: «La visión de los cuadrúpedos en el desierto».

La exposición superior, que muy ampliamente hemos tejido con la replicación de la historia, es la interpretación de este lugar: que según la costumbre profética, la «carga», esto es, el peso y fardo de los tormentos y penas, no solo sobre Babilonia y Filistea, y Moab, y Damasco, y Egipto, y el mar del desierto, también sobre Idumea y Arabia, y el valle de Són, y al final sobre Tiro, sino

también sobre las bestias del Sur ha llegado, que los LXX tradujeron «cuadrúpedos en el desierto».

Significa, pues, a la tribu de Judá, la cual situada en la parte austral, es limítrofe con el yermo; y a aquellos que rechazando la vaticinación de Jeremías, capturada Jerusalén, no quisieron habitar en Judea, sino que por el desierto a los egipcios huyeron. Y rectamente son llamados «bestias del Sur», o «cuadrúpedos en el desierto», porque rechazaron la noticia de Dios, y despreciado su imperio, a los simulacros de Egipto huyeron, teniendo esperanza en el Faraón, sobre el cual quien se apoyare, es como si se apoyara sobre una caña, la cual rota heriría la mano del que se apoya. Sobre esta suerte de bestias también los hijos de Coré hablaban en el salmo: «El hombre, estando en honor, no entendió: fue comparado a las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas» (Sal 47, 13). Y lo que sigue: «Este camino de ellos es su escándalo», rectamente sobre el presente capítulo puede entenderse: que el camino del desierto les fue para ruina.

Sé que he leído que las «bestias del Sur» y los «cuadrúpedos en el desierto», que dejando los términos de Judea, huyeron a las tinieblas de Egipto, se refieren a las maldades espirituales en los cielos; y a los rectores de estas tinieblas, que perdieron todas las riquezas y prístinas opulencias de Egipto por el deseo. Esto diga aquel. Nosotros según la tropología, para que disertemos lo que aún no hemos propuesto, decimos que todos los que desierto el Creador, se entregaron a los errores del siglo, son cuadrúpedos en el desierto

de este siglo, del cual en vano esperan auxilio, habiendo abandonado el verdadero auxilio de Dios.

(Vers. 6, 7.) «En tierra de tribulación y angustia la leona y el león: de ellos la víbora y el regulo volador: llevando sobre los hombros de las bestias sus riquezas; y sobre la jiba de los camellos sus tesoros a un pueblo que no les podrá aprovechar: Egipto en vano y sin provecho auxiliará».

LXX: «En la tribulación y angustia el león y el cachorro del león: de allí áspides y generaciones de áspides voladores: que llevaban sobre los asnos y camellos sus riquezas a la gente, que no les aprovechará: los egipcios cosas inanes y vacuas os aprovecharán».

Por el «león», en hebreo tiene escrito *LEIS* (ליש) [Al. LEHIS], y por el «regulo volador», que los LXX tradujeron «generaciones de áspides voladores», en hebreo se dice *emprystēs* (comburente) y «volador», al cual nosotros podemos llamar «comburente», y en hebreo se llama *SARAPH* (שׂרף). A su vez, en aquel lugar donde nosotros interpretamos «llevando sobre los hombros de las bestias», por las «bestias» todos similarmente tradujeron *polous*, esto es, pollinos de asnos.

Mas la «tierra de tribulación y angustia» significa la amplísima vastedad del yermo, por la cual las reliquias de Jerusalén con Johanán hijo de Caree y las hijas del rey Sedequías, llevadas todas las cosas que podían tener, a Egipto huyeron. A la «leona» también y al «cachorro del león», Jerusalén y su pueblo entiéndelo metafóricamente, diciendo Balaam en los Números: «He aquí que el

pueblo como leona se levantará, y como león se erigirá: No se echará hasta que devore la presa, y la sangre de los muertos beba» (Núm 23, 24). En Ezequiel también está escrito: «Asume el llanto sobre el príncipe de Israel, y dirás: ¿Por qué tu madre leona entre leones se echó, en medio de los leoncillos crió a sus cachorros?» (Ez 19, 1. 2).

Y para que no pensáramos que la santa Escritura verdaderamente sobre la leona y el león dice, habla contra la naturaleza de las cosas: que de la leona y el león haya nacido la víbora y el regulo volador, o las generaciones de áspides voladores; que a saber de malos padres peores hayan sido engendrados los hijos, de los cuales también el Evangelio hablaba: «Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?» (Mt 3, 7). Y a la tierra de Israel se dice: «Tú eres tierra en la cual no llovió, ni el aguacero vino sobre ti en el día de la ira, cuyos príncipes en medio de ella, como leones rugientes, arrebatando la presa, las almas devorando por la potencia» (Ez 22, 24-25, y supra 5).

Estas generaciones de víboras, o de áspides voladores, esto es, los príncipes del pueblo y toda la turba de los impíos, fueron al pueblo que no les pudo aprovechar, diciendo Jeremías (Jer 44, 30) que entregaría el Señor al Faraón Vafré rey de Egipto en mano de sus enemigos, y en manos de los que buscaban su alma, y serían consumidos todos los varones de Judá que estaban en la tierra de Egipto por la espada y el hambre hasta el exterminio; a tal punto que transmiten los hebreos que, antes de que Nabucodonosor

capturara Egipto, Jeremías y Baruc evitaron con la muerte la inminente cautividad.

A la leona y al cachorro del león alguno la Jerusalén celestial y al pueblo decepcionado de ella expuso; y al regulo volador, y a las víboras, y a las generaciones de áspides, a aquel de quien arriba leímos (supra 14 y 27), el colubro tortuoso, y de quien el Salvador en el Evangelio hablaba: «Veía a Satanás como un rayo caer del cielo» (Lc 10, 18): el cual llamado dragón en el Apocalipsis (Apoc 12), la tercera parte de las estrellas consigo arrastró a la tierra, las cuales por la perversidad de su sentencia las prístinas riquezas perdieron, abandonándolas en el Egipto de este siglo.

«Por tanto clamé sobre esto: soberbia solo es: descansa». Por lo cual, no sé qué queriendo, los Setenta Intérpretes tradujeron: «Anuncia estas cosas, pues vana es esta consolación vuestra». Además Símaco interpretó: *tarachai eisin katoikein*, esto es, «tumultos son para que habiten». La palabra hebrea *RAAB* (רהב), Aquila la interpretó como *hormēma*, esto es, «ímpetu» y «soberbia»; Símaco, «turbación»; los LXX, «vanidad»; Teodoción, «latitud»; la cual se escribe con tres letras, *RESH* y *HE* y *BETH*, y es lo mismo que se lee en los Salmos: «Me acordaré de Rahab y de Babilonia de los que me conocen» (Sal 86, 4). Y es el sentido: Puesto que en los egipcios hay vano auxilio, mandé a ella, esto es, a Jerusalén, o clamé, que los egipcios solo tendrían el vocablo de reino, y soberbia sin fuerzas: e Israel en su tierra sentarse o habitar debería, ni en vano de los enfermos auxilio pedir.

(Vers. 8.) «Ahora pues entra, escribe para ellos sobre boj, y en un libro diligentemente grábalo: y será en el día novísimo en testimonio hasta la eternidad». Dicen los hebreos que, puesto que en los Profetas uno es el espíritu, y todos los tiempos ante el Señor están unidos, a Jeremías se le manda, y de Dios es el mandato, que habiendo entrado en Egipto les escriba sobre boj, que es madera imputrescible; o, como Símaco tradujo *epi ptychi*, esto es, «sobre una tabla amplísima». Para «ellon», sin duda que para los judíos: y que en un libro lo explique diligentemente, de modo que ninguna dificultad haya de lectura, para que cuando la vaticinación hubiere sido en los hechos cumplida, entonces entiendan que verdadero es el sermón de los Profetas. Las cosas manifiestas recorremos, para que en las más oscuras nos demoremos.

(Vers. 9 ss.) «Pues el pueblo es provocador a la ira: e hijos mentirosos, hijos que no quieren oír la ley de Dios. Que dicen a los videntes: no veáis; y a los que miran: no miréis para nosotros las cosas que son rectas: habladnos cosas placenteras; ved para nosotros errores.» «Quitad de mí el camino: apartad de mí la senda: cese de nuestra presencia el Santo de Israel».

Perspicuo es que provocaron a la ira al Señor, no queriendo oír las palabras de Jeremías (Jer 43). Los cuales le dijeron: No nos veas lo que no queremos: no nos prohíbas el camino de Egipto ni lo que es recto prediques; sino habla lo que nos place, para que vayamos a Egipto, lo cual acumule pecados sobre pecados. ¿Por qué nos ingieres lo

que no de buen grado oímos? ¿Por qué muestras el camino por el que no queremos entrar? ¿Por qué frecuentemente repites en nuestros oídos: «Esto dice el Señor el Santo de Israel»? Cese de nosotros esa predicación.

Según la tropología, todos los herejes hijos mentirosos son llamados. «Pues de nosotros salieron, pero no eran de nosotros» (1 Jn 2, 19); que no oyen con los oídos del hombre interior la Ley de Dios, y dicen a los maestros de las Iglesias: No nos veáis lo que es recto, ni las llamas de la gehenna conminéis; sino prometednos los reinos de los cielos, para que tras la lujuria y las delicias, se nos abra el paraíso. ¿Por qué me muestras el camino del Señor, por el que no entro de buen grado? ¿Por qué replicas el nombre del Santo de Israel, o la palabra de Israel, que los arcanos de mi pecho no penetra? Lo cual ciertamente también al pueblo de la Iglesia negligente se dice, si se aparta de la austeridad de los maestros, y a los aduladores favorece.

(Vers. 12-14.) Por tanto, así dice el Señor, el Santo de Israel: Por cuanto habéis rechazado esta palabra, y habéis esperado en la calumnia y en el tumulto, y os habéis apoyado en ello: por tanto, os será esta iniquidad como una brecha que cae, y buscada en un muro alto: porque de repente, cuando no se espera, vendrá su destrucción. Y se quebrará como se rompe la vasija del alfarero con una rotura muy fuerte: y no se hallará entre sus fragmentos un tiesto en el que se lleve un poco de fuego del incendio, o se saque un poco de agua del hoyo. Porque, dice, arriba dijisteis: Cese de

nuestra presencia el Santo de Israel, o como tradujeron los LXX, quitad de nosotros la palabra de Israel; por eso así dice el Señor, el Santo de Israel, y se os impone aunque no queráis, para que sintáis castigando a quien despreciasteis cuando os amonestaba. Tuvisteis confianza en la calumnia y mentira de los egipcios, y os apoyasteis en su tumulto, o contradicción y soberbia, como interpretaron Símaco y Teodoción, por tanto se os volverá esta iniquidad o pecado, para que seáis como el muro de una ciudad muy firme y capturada que cae de repente, cuya ruina sobrevendrá inesperadamente, pues así tradujeron los LXX. Y el sentido según el hebreo es: Como la brecha de un muro muy alto que ha arrastrado una larga ruina, difícilmente puede ser restaurada y recuperar su antiguo decoro: así os vendrá una repentina destrucción. Y para usar otra semejanza: Como la vasija de alfarero, si se rompe con una rotura muy fuerte, así se desmenuza en pedazos, que apenas un pequeño tiesto 408 queda de los fragmentos, en el cual se lleve un poco de fuego, o se saque un poquito de agua de la cisterna y del hoyo; así vosotros, cuando hayáis ido a Egipto, persiguiéndoos allí Nabucodonosor, pereceréis hasta el exterminio. También los herejes y todo dogma contrario a la verdad confían en la calumnia y en la mentira, y murmuran según los LXX contra su Creador. Por tanto, la ciudad de su impiedad será destruida, la cual edificó Caín, a la cual vendrá repentina perdición, cuando haya sido capturada por varones eclesiásticos, e igualmente destruida y desmenuzada, que nada quede en ella que pue-

da volver a encender un fuego muerto, y al menos ofrecer agua cenagosa y pequeñita a los pueblos sedientos.

(Vers. 15 sigs.) Porque así dice el Señor Dios, el Santo de Israel: Si os volviereis y descansareis, seréis salvos: en el silencio y en la esperanza estará vuestra fortaleza; y no quisisteis, y dijisteis: De ninguna manera; sino que huiremos en caballos: por tanto huiréis; y sobre veloces cabalgaremos: por tanto veloces serán los que os persigan. Mil hombres ante la cara del terror de uno: y ante la cara del terror de cinco huiréis. LXX: Así dice el Señor Dios, el Santo de Israel: Cuando volviéndote hubieres gemido, entonces serás salvo, y sabrás dónde habías estado: porque confiabas sobre cosas vanas, vana se ha hecho vuestra fortaleza; y no quisisteis oír: sino que dijisteis, sobre caballos huiremos: por tanto huiréis; y sobre ligeros jinetes estaremos: por tanto ligeros serán los que os persigan. Mil a la voz de uno huirán: y a la voz de cinco huirán muchos. El Santo, dice, cuyo nombre arriba había callado, él mismo es el Señor Dios, que os habla tanto por mí como por Jeremías (Jer. 12): Si hiciereis penitencia, y o bien dejareis los vicios, o el error del mal consejo: y permaneciereis en Judea, no temiendo el ímpetu de los babilonios, sino mis preceptos, seréis salvos. Descansad y esperad en el Señor, y tomad el vigor de la fe en mis promesas, vosotros que, despreciando los preceptos vitales, dijisteis por desesperación, de ninguna manera será como hablas; sino que a los caballos egipcios nos refugiaremos, y con paso excitado hacia ellos y veloz marcharemos.

Porque por tanto dijisteis estas cosas, huiréis ciertamente y con curso pernicioso entraréis en Egipto; pero más veloces serán los babilonios, que os perseguirán hasta Egipto, y tanto terror y pavor se apoderará de Egipto, que mil egipcios 409 no podrán resistir a un solo caldeo, y ante cinco enemigos, una grandísima multitud de los que huyen, según aquello que leemos en el Deuteronomio: Te dará el Señor para que caigas en presencia de tus enemigos. Por un camino saldrás contra ellos, y por siete caminos huirás de su cara, y estarás en dispersión en todos los reinos de la tierra (Dt 28, 25). Según la anagogía y la edición de los LXX, a todos los pecadores a la penitencia, y principalmente a los herejes, exhorta el sermón divino, que cuando vueltos de los vicios hubieren gemido, y hubieren hecho penitencia, sean salvos; y entonces entiendan dónde antes estuvieron, y que en vano en cosas vanas esperaron. Y mientras los exhorta a la penitencia, ellos por el contrario confían en falsos maestros, y en la incertidumbre del siglo: y no queriendo oír las palabras de Dios, desean los caballos egipcios, y en su velocidad se alegran, los cuales el Señor prohibió multiplicar (Dt 17). Por eso los varones eclesiásticos los perseguirán velozmente, y la voz de un solo guerrero, o de cinco combatientes (lo cual debemos referir a la mente y a los cinco sentidos) mil hombres y la turba desordenada de los que huyen no podrán sostener.

(Vers. 17.) Hasta que quedéis como el mástil de una nave en la cumbre del monte, y como una señal sobre la colina. Escribe también Jeremías

que muertos por la espada y el hambre aquellos que se habían refugiado en Egipto, pocos quedaron que regresaran a Judea (Jer. 46). Y como si rota la nave y disuelta su armazón, solo el madero que se llama mástil quede, y se ponga por señal en la cumbre del monte, o en una colina elevada: así por señal y vestigio, apenas uno u otro residan, para demostrar la potencia de Dios. Y entonces, dice, sabrán todos los restos de Judá, que ahora entran en la tierra de Egipto para habitar allí, cuando hayan vuelto a la tierra de Judea, de quién se cumple la palabra, si la mía o la de ellos.

(Vers. 18.) Por tanto, espera el Señor para tener misericordia de vosotros, y por eso será exaltado perdonándoos, porque Dios de juicio es el Señor: bienaventurados todos los que lo esperan. Grande es la clemencia de Dios, que espera nuestra penitencia, y hasta que nosotros nos convirtamos de los vicios, él retrae su mano potente, para no verse obligado a herir. Pero por eso tiene misericordia y perdona, para que sea exaltada su misericordia, y la bondad del Creador sea conocida por todos. O ciertamente según aquello que habla en el Evangelio (Jn 12, 32): Cuando fuere exaltado, todo lo atraeré a mí mismo, por eso es exaltado en la cruz, para perdonar a todos. Pues él mismo es el Dios del juicio; y bienaventurados son todos los que esperan al Señor que espera su conversión. Pero de quiénes sea, y cuál sea esta conversión, las siguientes palabras lo mostrarán.

(Vers. 19.) Porque el pueblo de Sion habitará en Jerusalén. Los judíos refieren esto a los tiempos de Ciro, cuando de Babilonia a Judea volvió el

pueblo bajo Zorobabel y Jesús el Pontífice. Nosotros, en cambio, como ya hemos dicho a menudo, refiramos todas las promesas que exceden la mediocridad de aquel tiempo al advenimiento de Cristo, en el cual el pueblo antaño cautivo, liberado por la pasión del Señor, habitó en Sion y Jerusalén, a saber, en la atalaya y en la visión de paz, esto es, en la Iglesia. Además, en cuanto a que en los LXX se añade la palabra de santidad, quienes dijeron: porque un pueblo santo en Sion habita, así lo podemos interpretar, diciendo que nadie habita en Sion sino aquel que sea santo, y oiga al Señor decir: Sed santos, porque también yo soy santo (Lev 11, 44).

(Vers. 20.) Llorando de ninguna manera llorarás, teniendo misericordia tendrá misericordia de ti: a la voz de tu clamor, en cuanto lo hubiere oído, te responderá. Cuando hubieres vuelto a Sion, y hubieres habitado en Jerusalén, de ninguna manera llorarás, como antes habías llorado, sino que tu llanto se volverá en gozo: Bienaventurados, pues, los que lloran, porque ellos reirán (Lc 6, 21). Y después que hubieres clamado, y hubieres dicho al Señor: Clamé con todo mi corazón, escúchame, Señor (Sal 118, 145). Y otra vez: Clamé, ten misericordia de mí, y guardaré tus mandatos (Sal 85). Y en otro lugar: Esperé en la mañana y clamé (Sal 118, 147), y tan clara fuere tu voz, que penetre los cielos: al instante te responderá el Señor, y serás semejante a Moisés, de quien está escrito: Hablaba Moisés, y el Señor le respondía (Éx 19, 20).

(Vers. 21.) Y os dará el Señor pan estrecho y agua breve. Si referimos esto a los tiempos de Zorobabel, fácil es la interpretación; que no hubo bajo él una perfecta alegría, diciendo David: Cuando convertía el Señor la cautividad de Sion, fuimos hechos como consolados: de modo que no recibieran una consolación plena y perfecta, sino una semejanza de consolación. Pero si al advenimiento del Salvador, el pan estrecho y el agua breve, según el apóstol Pablo y este mismo profeta Isaías, es predicho el sermón evangélico, el cual en lugar de las farragosas observaciones y mandatos de la Ley, en una sola palabra recapituló todo: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pues un sermón consumado y abreviado hizo el Señor sobre la tierra (Gál 5).

(Vers. 22.) Y no hará volar de ti más a tu doctor, y tus ojos estarán viendo a tu preceptor, y tus oídos oirán la palabra de quien advierte a tus espaldas: Este es el camino, caminad por él, ni a la derecha ni a la izquierda. LXX: Y de ninguna manera se acercarán más a ti los que te engañen, porque tus ojos verán a los que te sedujeron, y tus oídos oirán las palabras de los que engañan tras de ti, los cuales dijeron: Este es el camino, caminemos por él, sea a la derecha o a la izquierda. Mucho en este lugar la edición de los LXX y el hebreo discrepan. Primero, pues, trataremos sobre la edición Vulgata, y después seguiremos el orden de la verdad. Cuando hubieren entendido y percibido los ojos del corazón la verdad, y a aquellos que antes los habían engañado hubieren conocido con toda la razón de la mente, y con

oídos instruidos hubieren percibido las palabras de los que engañan a sus espaldas. Pues siempre se apresuran a engañar la parte ciega del cuerpo, según aquello que leemos en el salmo: Para asaetear en lo oscuro a los rectos de corazón (Sal 10, 2). Los cuales se arrogan tanta autoridad que ya sea que enseñen cosas de la derecha o de la izquierda, esto es, ya sea buenas o malas, no quieren que los discípulos discutan por la razón, sino que los sigan a ellos como antecesores. Entonces estos que antes engañaban de ninguna manera podrán ya acercarse a ellos después que se sientan entendidos. Además, según el hebreo la explicación es fácil y verdadera. Pues cuando el Señor hubiere dado a los creyentes pan estrecho y agua breve, de ninguna manera hará ya volar de ellos a aquel que enseña al hombre la ciencia. Sino que siempre verán sus ojos a su preceptor, y sus oídos oirán la palabra de quien advierte a sus espaldas y dice: Este camino es recto, caminad por él, ni a la derecha ni a la izquierda. Según aquello que se lee en otra parte: Ni a la derecha ni a la izquierda declinaremos, por el camino real marcharemos (Núm 20, 17). Pues en ambas partes, lo que sea sobre la medida está en el vicio. Y de las partes derechas se dice: No seas justo mucho (Ecl 7, 16). Pero de las izquierdas, no hay duda de que se ponen en la parte de los cabritos y de los que perecen.

(Vers. 23.) Y contaminarás las láminas de las esculturas de tu plata, 412 y la vestidura del oro fundido tuyo, y las dispersarás como la inmundicia de la menstruante: Sal, le dirás. LXX: Y contaminarás los ídolos plateados y dorados: los

desmenuzarás y los dispersarás como el agua de la menstruante, y como estiércol los arrojarás. Cuando hubieres entendido la verdad, y los que engañan no se hubieren acercado a ti, sino que tus ojos hubieren visto a tu preceptor, y tus oídos siempre hubieren oído: Este es el camino, caminad por él, ni a la derecha ni a la izquierda; Entonces todos los errores e ídolos, y las semejanzas de la verdad, que la lengua artífice había compuesto en el esplendor de la elocuencia, lo cual se interpreta como plata, y en la razón de la sabiduría, que el oro suena, los desmenuzarás y dispersarás. Y así los juzgarás inmundos, que los compares con la sangre sucísima de la mujer menstruante, lo que en otras palabras tradujeron los Setenta como agua de la menstruante.

(Vers. 24.) Y se dará lluvia a tu semilla dondequiera que hubieres sembrado en la tierra, y el pan de los frutos de la tierra será uberrimo y pingüe. LXX: Entonces habrá lluvia para la semilla de tu tierra, y el pan de los frutos de tu tierra será abundante y pingüe. Está escrito en el volumen de los Reyes (3 Rey 18), que después que fueron muertos por Elías los pseudoprofetas, fue dada lluvia a la tierra de Israel: Y que el pan de Eliseo y después del Salvador fue uberrimo y pinguísimo, y tuvo tanta plenitud, que muchos miles de hombres de él fueron saciados (4 Rey 4; Jn 6). Así también en el presente lugar, no antes se dará lluvia a la semilla espiritual, y el pan de la tierra uberrimo y pinguísimo, a no ser que los ídolos plateados y dorados hubieren sido desme-

nuzados, y reputados como muladar. Pues si no se retiran los vicios, las virtudes no entran.

(Vers. 25.) Pastará en tu posesión en aquel día el cordero espaciosamente. Y tus toros y los pollrinos de las asnas que trabajan la tierra, comerán mezcla mixta como ha sido aventada en la era. LXX: Y pastarán tus ganados en aquel día en lugar pingüe y espacioso. Vuestros toros y vuestros bueyes que trabajan la tierra, comerán pajas mezcladas en cebada aventada. En la abundancia de todas las cosas, descendiendo la lluvia celestial, y aquel pan que desciende del cielo, el cual quien comiere, nunca tendrá hambre, pacerán los corderos en un lugar espaciosísimo, los cuales siguen al cordero a dondequiera que va, y los cuales siempre están a la derecha. Pero los toros son 413 los príncipes de la grey, de los cuales leemos: Congregación de toros en las vacas de los pueblos (Sal 67, 31): y los pollrinos de las asnas, en los cuales sentado el Señor entró en Jerusalén (Mt 21), que trabajan la tierra, así comerán de la era, según hubiere sido aventado, para que nada ciertamente en su comida haya mezclado de pajas, de las cuales en Jeremías está escrito: ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?, dice el Señor (Jer 23, 28)? Y las cuales en el Evangelio son quemadas con fuego inextinguible (Lc 3, 17). Además, según los LXX, los ganados, que todavía no están llenos de razón y sabiduría, y de los cuales uno habla a Dios: Como un jumento he sido hecho ante ti (Sal 72, 23), pacerán en un lugar pinguísimo y espacioso, que no produce espinas ni abrojos, sino que como la tierra de Israel mana leche y miel,

y concede plena libertad a los que pastan. Pero los toros y bueyes que trabajan la tierra, esto es, los Apóstoles y varones apostólicos, de los cuales también el apóstol Pablo interpreta lo escrito: No bozalearás al buey que trilla. Y, ¿acaso tiene Dios cuidado de los bueyes? (1 Cor 9, 9)? Sino que ciertamente lo dice de estos, que trabajan su tierra, y de los cuales el mismo dice: Agricultura de Dios, edificación de Dios somos (1 Cor 3, 9). Pues el Padre es el agricultor, y Cristo la vid (Jn 15): comerán pajas mezcladas con cebada aventada. Leemos que Isaac sembró cebada, y porque estaba entre los alófilos, recibió el fruto de la cebada al céntuplo (Gén 26). Y Oseas por un coro y medio coro de cebada alquiló a una mujer adúltera (Os 3). El Salvador también a cinco mil varones que todavía servían a los sentidos del cuerpo, y seguían la Ley de Moisés, había saciado con panes de cebada (Jn 6). Quien en otro lugar rompiendo los siete panes de la Ley y desmenuzándolos en pedazos, llenó a cuatro mil varones con panes de trigo, los cuales seguían el número evangélico (Mt 15). Pueblos de esta clase comen también una parte de las pajas; mientras en algunas cosas siguen la letra, y sin embargo por las pajas y la cebada poco a poco progresan, para que pasen al trigo.

(Vers. 25.) Y habrá sobre todo monte excelso y sobre todo collado elevado ríos de aguas corrientes en el día de la matanza de muchos, cuando cayeren las torres. En este lugar los judíos refieren los muchos muertos y las torres que caen a la potencia del imperio romano, de los cuales también el Apóstol habla (2 Tes 2): Solo que el que ahora

retiene, 414 retenga, hasta que sea quitado de en medio. Que a saber en aquel tiempo habrá tanta bienaventuranza del pueblo de Israel, que no solo los valles y las llanuras, sino todos los montes y collados sean irrigados con aguas fluyentes. Nosotros, en cambio, entendamos los montes y collados como aquellos que por las virtudes han sido elevados a lo alto, que tienen hambre y sed de justicia (Mt 5), a los cuales el Señor provoca a beber. Pues quien bebiere de sus aguas no tendrá sed eternamente (Jn 4). De donde también leemos en el salmo: Bendecid al Señor de las fuentes de Israel (Sal 67, 27). Y en el Evangelio se dice que todo el que bebiere de las aguas de Jesús, ríos de agua viva manarán de su vientre (Jn 7). Y a Dios el Santo habla: Porque en ti está la fuente de la vida (Sal 35, 10), de la cual sale un río purísimo, sobre el cual de nuevo la Escritura conmemora: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal 45, 5). Y en otro lugar: El río de Dios está lleno de aguas (Sal 64, 10); aquel a saber que habla por Jeremías: Me abandonaron a mí, fuente de agua viva (Jer 2, 13). Esto empero sucederá entonces, cuando hubieren sido muertos o hubieren perecido muchísimos: Pues muchos son los llamados, pocos empero los elegidos (Mt 20). Y cuando hubieren caído las torres, o bien las potestades de los demonios, o bien cualesquiera soberbios y arrogantes y grandes en este siglo. De los cuales también se dice en los salmos: Vi al impío elevado, y exaltado como los cedros del Líbano, y pasé, y he aquí que no estaba, lo busqué y no fue hallado su lugar (Sal 36, 35). Estas torres

querían edificar (Gén 11) quienes movieron sus pies desde el Oriente, cuyas lenguas en Babilonia fueron confundidas, y aquellos sobre los cuales cayó la torre de Siloé (Lc 13).

(Vers. 26.) Y será la luz de la luna como la luz del sol, y la lumbre del sol será séptuple como la luz de siete días, en el día en que el Señor hubiere vendado la herida de su pueblo, y hubiere sanado la llaga de su plaga. LXX: Y será la lumbre de la luna como la lumbre del sol, y la lumbre del sol séptuple, en el día cuando el Señor hubiere sanado el quebranto de su pueblo, y el dolor de tu plaga hubiere curado. Me maravillo cómo en el presente lugar las palabras hebreas LABANA y HAMMA, que Aquila interpreta como "blanca" y "calor", por las cuales significa la luna y el sol, arriba los mismos LXX las tradujeron como "ladrillo" y "muro", en aquel lugar donde está escrito: Y se avergonzará la luna, y el sol se confundirá. Por lo cual ellos interpretaron: se licuarán los ladrillos, y caerá el muro, y ahora siguiendo el mismo hebreo, 415 la luna y el sol tradujeron. De donde se me da la sospecha, no de que ellos erraran desde el principio, sino que poco a poco por vicio de los escritores fueron depravados. Pues no puede ser que quienes en este lugar las mismas palabras bien interpretaron, en los superiores hubieran errado. En el día, pues, de la matanza de muchos, cuando los arrogantes y soberbios hubieren caído, y los que pusieron en el cielo su boca hubieren aprendido que ellos son tierra, será la lumbre de la luna como la lumbre del sol: cuando el Señor hubiere dado un cielo nuevo y una tierra nueva, y

hubiere pasado la figura de este mundo, para que la luna y el sol los premios de su trabajo y de su curso consigan. Pues la expectación de la criatura aguarda la revelación de los hijos de Dios: porque también la misma criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción, para la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom 8, 19). aunque algunos, entendiéndolos como órganos de luz, sostengan que son insensibles. La luna, pues, recibirá el fulgor del sol. Ni es maravilla sentir esto sobre el elemento clarísimo, al cual el principado de la noche fue entregado, cuando de los santos también está escrito: Brillarán los justos como el sol (Mt 13, 43). Y el sol recibirá una lumbre séptuple: como fue la luz de siete días, cuando desde el principio fue creado el mundo (aunque "siete días" los Setenta no tradujeron) cuando el Señor hubiere vendado la herida de su pueblo, o hubiere sanado el quebranto de su pueblo. Cuando se cumpliere 416 aquello que está escrito: Huirá el dolor, y el pesar, y el gemido (Is 35, 10). Cuando entrando la plenitud de las naciones, todo Israel sea salvo; o ciertamente cuando la venganza de ellos viniere, cuyas almas claman bajo el altar: ¿Hasta cuándo no vengas nuestra sangre de los que habitan en la tierra? (Apoc 6, 10). Y considera esto, que no haya dicho "cuando sanare el quebranto de su pueblo Israel o Jacob"; sino absolutamente "de su pueblo", para que signifique a todos los que sirven a Dios. Algunos refieren este lugar y todo lo que en este capítulo de promesas se contiene a la Jerusalén celestial, y al regreso de su pueblo, cuando se cumpliere aquello que está

escrito: El cielo y la tierra pasarán (Mt 24, 35). Otros a los tiempos de Elías, y dicen que él mismo es de quien arriba se ha escrito: Estarán tus ojos viendo a tu preceptor y tus oídos oirán la palabra de quien advierte a tus espaldas. Entonces de los montes y collados, según las fábulas de los poetas y el siglo de oro de Saturno, fluyen ríos de leche, y de las hojas de los árboles gotea miel purísima. Quienes reciben estas cosas, también la fábula de los mil años y el imperio terreno del Salvador por un error judaico aceptarán, no entendiendo que el Apocalipsis de Juan en la superficie de la letra, entreteje los medulosos sacramentos de la Iglesia.

Libro D

ÉCIMO.

415-416 El décimo libro, que ahora tenemos entre manos, será menor que el noveno y el undécimo en número de versos, aunque no en la magnitud de los sentidos. Pues le sigue la historia de Senaquerib y del Rabsaces, y del rey Ezequías, la cual ni pudo unirse con las precedentes por la enorme magnitud del volumen, ni dividirse por la continuidad de los hechos. Por tanto, como quisiste, virgen de Cristo Eustoquio, y como en común plugo, así como dicté los anteriores, también dictaré este y los restantes libros, si Cristo lo permitiere: para acoplar las profecías entre sí, y no las lacere ni las despedace entre el fin de uno y el principio de otro. Oigo además que el escorpión, animal mudo y venenoso, sobre una respuesta de mi antiguo Commentariolus sobre el profeta Daniel, murmura no sé qué, o mejor intenta herir, destinado a morir en su propia podre. Cuyas ninias y lúgubres cantilenas aún no me han sido entregadas, y por ello se dilata la respuesta: y más bien se debe obedecerte a ti, y al santo y eruditísimo varón tu hermano Pammachio, quien con insaciable estudio me obliga por cartas, terminado Isaías, a pasar a Ezequiel, cuando yo, consumido por la debilidad de la edad

y del cuerpo, y por la penuria de notarios que pudieran ayudarme con sus servicios, todavía me atasco en el mismo lodo, y creo que apenas acabaré la parte media de Isaías en este volumen. Pero si, por tu oración, lo completare, deberán emprenderse también los restantes, que tendrán su inicio desde el decimocuarto año del rey Ezequías.

417 (Vers. 27 y ss.) He aquí que el nombre del Señor viene de lejos: su furor ardiente y grave de llevar. Sus labios están llenos de indignación, y su lengua como fuego devorador. Su espíritu como torrente inundante hasta medio del cuello, para perder a las gentes hacia la nada, y el freno del error que estaba en las quijadas de los pueblos. Cantar habrá para vosotros, como noche de santificada solemnidad, y alegría de corazón, como quien camina con flauta, para entrar en el monte del Señor al fuerte de Israel. LXX: He aquí que el nombre del Señor viene después de mucho tiempo: furor ardiente con gloria, elocución de sus labios, elocución llena de ira, e ira de furor como fuego devorará, y su espíritu como agua en valle, arrastrando vendrá hasta el cuello, y se dividirá para conturbar a las naciones sobre error vano, y será arrojado el error, y los tomará en presencia de ellos. ¿Acaso siempre os conviene alegraros y entrar en mis cosas santas continuamente, como celebrando fiestas y gozando, para que entréis con flauta al monte del Señor al Dios de Israel?

Digamos primero según el hebreo. Penden de los superiores las cosas que se dicen. Había corregido el sermón profético a aquellos que, despre-

ciado el auxilio de Dios, por el miedo a los babilonios se refugiaban con los egipcios, y amenazó a los que descendían con que allí habrían de morir. Y de nuevo, tras las penas, a los que hubieren querido [Al. no hubieren querido] oírlo, no solo bajo Zorobabel, Esdras y Neemías en Jerusalén habitarán promete, sino una mayor bienaventuranza a todos los que creen en la palabra de Dios, en la consumación del mundo promete, cuando por todos los montes y collados corran ríos de aguas, e interfectos muchos, caigan las torres. La luna también y el sol una lumbre más clara recibirán, cuando la herida de su pueblo el Señor hubiere vendado y sanado. Aunque estas cosas algunos hiperbólicamente, 418 en tiempos de Ciro, que relajó la cautividad del pueblo, en la tierra de Judea cumplidas sostengan. Ya que, por tanto, a los buenos y obedientes los premios han sido prometidos, ahora por el contrario a los malos y despreciadores los suplicios se anuncian, porque el Señor cumple su pensamiento, y para castigar largo tiempo después viene a los pecadores, y contra todos profiere sentencia, y por el espíritu de su boca mate al impío, a quien llama freno que fue de los pueblos: no para que rigiera a los sujetos, sino para que arrastrara a los súbditos a sí hacia la ruina. Pone también la semejanza de un torrente inundando hasta el cuello, para testificar que el fin de todos ha venido. Pues así como el torrente sofoca a aquel a cuyo cuello hubiere llegado: así el juicio de Dios a nadie permitirá irse impune. Pero cuando el freno, que en las quijadas estaba de todas las naciones, con las naciones a

él súbditas hubiere perdido, y a nada hubiere reducido: entonces para vosotros, dice, santos, que obedecéis mis mandatos, habrá cantar, como noche de santificada solemnidad, cuando salisteis de Egipto, y en la solemnidad de la Pascua el yugo de la servidumbre egipcia arrojasteis, diciendo en el mar Rojo sumergido el Faraón: Cantemos al Señor, pues gloriosamente ha sido magnificado (Éx. 15:1). Y con tanta alegría de corazón, que imitéis a los que, llevando las primicias al templo y depositando en los lagares de Dios los dones, caminan con flautas, las alegrías del corazón con un canto demostrando. Estas cosas según el hebreo con breve sermón he tocado.

En ambas ediciones, sin embargo, debe notarse que no el Señor, sino el nombre del Señor después de mucho tiempo adviene, de quien en los Salmos se dice: Bendito el que viene en el nombre del Señor, Dios es el Señor, y nos ha iluminado (Sal 117, 26). Y él mismo habla en el Evangelio: Yo vine en el nombre 419 de mi Padre, y no me recibisteis (Jn 5, 43). Y bellamente se dice que viene después de mucho tiempo, hablando la humana impaciencia: ¿Hasta cuándo, Señor, te olvidarás de mí hasta el fin? ¿cuánto tiempo apartas tu rostro de mí? (Sal 12, 1). Su furor ardiente también viene con gloria, para que a quien en la humildad despreciamos, en la majestad temamos. Esto mismo también en los salmos está escrito: Dios manifiestamente vendrá, Dios nuestro y no callará. Fuego en su presencia arderá, y en su circuito tempestad válida (Sal 49, 3. 4). Pues él mismo habla en el Evangelio (Lc 12, 49): ¡Fuego

vine a enviar sobre la tierra, y cuánto quiero que arda! De nuevo en otro salmo se lee: Voz del Señor que corta la llama del fuego (Sal 28, 7), para que cuanto en el mundo hay de heno, leña y estopa, la llama arrebatadora lo consuma. De donde también Dios se dice que es fuego consumidor (Dt 4). Y lo que se infiere: La ira de su furor como fuego devorará, muchos de los nuestros interpretan la ira del furor del Señor como el diablo, a quien somos entregados para el castigo, quien según el libro de Samuel conmovió a David para que numerara al pueblo de Dios (2 Sam 24). Y el Apóstol habla: entregar a tal clase a Satanás para la perdición de la carne, para que el espíritu sea salvo (1 Cor 5, 5). Pero este furor mismo, y así la ira del furor del Señor, nada hará por su arbitrio, sino lo que le fuere mandado. De donde sigue: Elocución de sus labios, elocución llena de ira. Su espíritu también como agua en valle, arrastrando vendrá hasta el cuello, para hacer que los suplicios sobre los pecadores redunden. El cual se dividirá por la calidad de los méritos, para que pierda y conturbe a las naciones, a las cuales el vano error había seducido, y ellas mismas se entiendan suplantadas. De donde a tal clase de hombres se dice, que en la potencia de este mundo prevalecían, y en su error se deleitaban, que no siempre habrían de hacer esto. Y principalmente este lugar y toda la continuidad del capítulo contra los herejes y todos los dogmas, que son contrarios a la verdad, dicen algunos de los nuestros que han sido dichos, porque cuando el tiempo del juicio viniere, de ningún modo entren en sus cosas santas y en el

monte, esto es, en la Iglesia del Señor: no sea que bajo el nombre de religión congreguen riquezas, y abusen del lujo, como si las fiestas del Señor celebraran. Los judíos sobre las naciones de Gog y Magog, que piensan que han de venir del Norte, esto es, de las partes de Escitia, entienden estas cosas, 420 sobre las cuales Ezequiel habla más plenamente (Ez 39).

(Vers. 30 y ss.) Y hará el Señor oída la gloria de su voz, y el terror de su brazo mostrará en conminación de furor y llama de fuego devorador: despedazará en torbellino y en piedra de granizo. Pues a la voz del Señor pavorecerá Asur la vara golpeada, y será el tránsito de la vara fundado: la cual el Señor hará descansar sobre él con tímpanos y con cítaras, y en batallas principales los expugnará. Pues preparada ha sido desde ayer Tofet, preparada por el rey profunda y dilatada, sus nutrimentos fuego, y mucha leña: el soplo del Señor como torrente de azufre encendiéndola.

LXX: Y hará el Señor oída la gloria de su voz, y el furor de su brazo mostrará con furor e ira: y con llama de fuego devoradora fulminará vehementemente, y como agua y granizo descendiendo con fuerza. Pues a la voz del Señor serán vencidos los asirios por la plaga con que los herirá, y estará para él en circuito, de donde tenía esperanza de auxilio, en que confiaba, ellos mismos con tímpano y cítara pugnarán contra él por mudanza. Pues tú antes de los días serás engañado: ¿acaso también para ti el reino ha sido preparado? Valle profundo, leña puesta, fuego y leña de muchos; el furor del Señor, como valle encendido con azufre.

Podría indicar corriendo para los lectores qué me parece según el hebreo; ¿pero qué haré con el estudio de algunos, que si no diserto también sobre la edición de los LXX Intérpretes, denuncian que habré de tener una obra imperfecta? Seguiré, pues, el orden de disertar comenzado. La voz del Señor y su mandato a todos serán conocidos, y la fortaleza de su brazo a todos será patente, cuando el tiempo de la retribución adviniere, y por la magnitud de la llama y del torbellino, y del granizo, y por el peso de las piedras sea desamparado. Sobre lo cual Ezequiel en la profecía, como dijimos, sobre Gog y Magog, con pleno sermón escribe (Ez 38 y 39). Al imperio de su voz pavorecerá Asur la vara golpeada. Todo impío, todo imitador de la nación enemiga: no porque en el día del juicio solo haya de ser herido el asirio, sino porque por el asirio entendamos al diablo. Finalmente sigue: Y será el tránsito de la vara fundado, la cual el Señor hará descansar sobre él. Y es el sentido: De ningún modo lo herirá la vara, y la levantará de nuevo, y al modo de los que golpean pondrá fin al azotar; sino que como fundada y de alta raíz fijada, en sus penas 421 hará que permanezca. Lo cual, si así se entiende, ¿dónde estará la penitencia del diablo?: especialmente cuando se dice a los pecadores: Id al fuego eterno, que preparó Dios para el diablo y sus ángeles (Mt 25, 41). Con tímpanos y con cítaras, y en batallas principales los expugnará, a saber, a los demonios y a todos los impíos con el gozo de todos el Señor expugnará. Desde ayer ciertamente y desde el tiempo pasado ha sido preparada por el rey Señor Tofet, esto es,

la dilatada y espaciosa gehenna, que los abrase con eternos ardores. Su nutrimento y fomento es el fuego, y mucha leña, esto es, llama perpetua y los suplicios de los pecadores. Y puesto que, como sobre el camino y la hornalla de fuego ardiente el sermón profético había predicho, conserva la metáfora, para que por el soplo y el espíritu y la voluntad del Señor sepamos que esta se enciende, mezclado el azufre, que excita las llamas, para que haga más agrios los tormentos. Por lo demás, lo que según los LXX se dice: A la voz del Señor serán vencidos los asirios por la plaga, cuando los heriere, y estará para él en circuito de donde había sido también la esperanza del auxilio, en que confiaba: ellos mismos con tímpano y cítara pugnarán contra él por mudanza, aquello significa, que contra el diablo se levanten quienes le habían sido en otro tiempo súbditos, y con gozo y alegría luchen contra él por una mudanza súbita: mientras, entendiendo su error, destruyen a aquel por quien habían sido engañados. Y se le dice a él, que desde el principio él mismo se engañó, arbitrando su reino sempiterno, para quien está preparada la gehenna y los eternos suplicios.

(Cap. XXXI.—Vers. 1 y ss.) ¡Ay de los que descienden a Egipto por auxilio, esperando en caballos, y tienen confianza sobre cuadrigas, porque son muchas, y sobre jinetes, porque son prevalidos en exceso, y no han confiado sobre el Santo de Israel: y al Señor no requirieron! Él mismo, sin embargo, sabio, trajo el mal, y sus palabras no retiró, y se levantará contra la casa de los pésimos, y contra el auxilio de los que obran la iniquidad.

Egipto es hombre y no Dios: y sus caballos carne, y no espíritu: y el Señor inclinará su mano, y caerá el auxiliador, y caerá aquel a quien se presta el auxilio, y a la vez todos serán consumidos.

Después de la carga de las jumentas del Austro, y de los que llevaban a Egipto sus riquezas a un pueblo que no les podía aprovechar, que esperaban auxilio 422 en la fortaleza del Faraón y tenían confianza en la sombra de Egipto, bajo la especie del regreso a Jerusalén y de la cautividad que habría de relajarse bajo Ciro, sobre la consumación del siglo y sobre la perfecta bienaventuranza de los justos el sermón profético había anunciado: ahora regresa a los mismos, a los cuales arriba había hablado para que no descendieran a Egipto. Y esto hay entre el presente lugar y el pasado: que allí se preceptúa a la tribu de Judá que no desciendan a Egipto; aquí, porque despreciado el imperio del Señor han de descender, se profetiza: y que por Nabucodonosor rey babilonio, tanto Israel como los egipcios, tanto los prófugos como los auxiliadores igualmente sean degollados. De lo cual Jeremías plenísimamente habla (Jer 42). ¡Ay, pues, de aquellos que descienden a Egipto, y por miedo a los caldeos desprecian los mandatos del Señor, esperando en idólatras, que se jactan de tener el culto de Dios; y confiando en el auxilio de los caballos, no saben que está escrito: Falaz es el caballo para la salud (Sal 32, 17); y tienen confianza sobre cuadrigas y carros y jinetes; ni se acuerdan de aquel Cántico: Al caballo y al jinete arrojó al mar (Éx 15, 1). Y no han confiado sobre el Santo de Israel, quien a los

que permanecían en la tierra de Judea su auxilio por Jeremías prometía. Y al Señor no requirieron; no porque no lo hayan requerido; sino porque requeridos despreciaron las palabras. De donde también sobre los malos sacerdotes se dice: Que devoran a mi pueblo, al Señor no invocaron (Sal 52, 5. 6). Pero él mismo sabio, esto es, el Señor, trajo el mal sobre ellos, y al pésimo, a saber, Nabucodonosor, o absolutamente el mal, significando la cosa, no la persona: y sus palabras no retiró, las cuales había hablado por los Profetas. Por lo cual se levantará sobre la tribu de Judá, la casa de los pésimos, y contra el auxilio de los egipcios, que obran la iniquidad. Egipto pues, o el egipcio, como los LXX tradujeron, es hombre y no Dios: y sus caballos carne, y no espíritu. De donde también en Jeremías está escrito: Maldito el hombre que tiene esperanza en el hombre, y afirmó la carne de su brazo, y del Señor se apartó su corazón. Y será como tamarisco en el desierto, que no verá cuando vinieren los bienes (Jer 17, 5. 6). En otro lugar está escrito: Vana la salud del hombre (Sal 59, 13), o, como mejor se tiene en el hebreo, en el hombre. Y cuando el Señor hubiere extendido su mano 423 para castigar, o la hubiere declinado, bajo la metáfora de un auriga, y los frenos de los caballos que corren relajare, caerá el auxiliador egipcio, e Israel a quien se prestaba el auxilio. Las cuales cosas ciertamente podemos entender también sobre aquellos que en tiempo de persecución y de tribulación y de angustia no confían en el Señor, sino en el auxilio de los egipcios, esto es, de los hombres seculares; no sabiendo que

Abraham peligró en Egipto, y que el pueblo de Dios con lodo y ladrillos en aquella región sirvió, la cual espiritualmente se llama horno de hierro. De donde también en el Apocalipsis de Juan se lee: El lugar en que fue crucificado el Señor, espiritualmente se llama Sodoma y Egipto (Apoc 11, 8).

(Vers. 4, 5.) Porque estas cosas dice el Señor a mí: como si rugiere el león y el cachorro del león sobre su presa, cuando le saliere al encuentro multitud de pastores, por la voz de ellos no formidará, y por la multitud de ellos no pavorecerá: así descenderá el Señor de los ejércitos, para pelear sobre el monte Sión, y sobre su colina. Como aves volando, así protegerá el Señor de los ejércitos a Jerusalén, protegiendo y liberando, pasando y salvando.

En las cosas manifiestas ponemos una sola edición, máxime donde ninguna diversidad de sentidos hay. Caídos en Egipto los israelitas y egipcios, en cuyo auxilio confiaban, regresarán a Jerusalén, reinando Ciro, los cautivos. Y por dos similitudes, la fortaleza del Señor, que había prometido que él sería auxiliador, se muestra. Como el león y el cachorro del león hambriento, si ve el rebaño de las ovejas, por ninguna voz de pastores se aterra, y a la multitud de ellos consciente de sus fuerzas desprecia: así el Señor de los ejércitos peleará, no contra el monte Sión y su colina, sino sobre el monte Sión contra los adversarios de aquel. Digamos también otra comparación: Al modo que las aves para defender a sus fetos, sobrevuelan los nidos, y ya vean a una serpiente,

ya a un hombre, y a otras aves acercarse a sus polluelos, olvidadas de su imbecilidad, con el pico luchan y con las uñas, y el dolor del pecho con garrula voz congeiminan: así el Señor protegerá a Jerusalén, y la liberará pasando, y la salvará. Por "pasando", en el hebreo se pone PHASE: en tres intérpretes, además de los LXX, se pone hyperbaínon [pasando por encima]. De lo cual es manifiesto que la Pascua, esto es, la Fase del Señor, 424 no significa "pasión", sino "tránsito". Que el Señor, además, en semejanza de las aves haya sido protector sobre Jerusalén, en el Evangelio él mismo lo testifica: Jerusalén, Jerusalén, que matas a los Profetas, y apedreas a los que a ti han sido enviados (Mt 23, 37): ¿cuántas veces quise congregar a tus hijos, como la gallina congrega a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste? Y en el Deuteronomio se dice sobre el Señor: Extendió sus alas, y los tomó, y los llevó sobre sus hombros (Dt 32, 11).

(Vers. 6 y ss.) "Convertíos, tal como os habíais apartado a lo profundo, hijos de Israel. Pues en aquel día cada hombre arrojará sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que vuestras propias manos os han fabricado para pecado. Y caerá Asur por la espada, no de un hombre, y la espada, no de un hombre, lo devorará; y huirá no ante la faz de la espada, y sus jóvenes serán tributarios. Y su fortaleza pasará por el terror, y sus príncipes que huyen temerán, dijo el Señor, cuyo fuego está en Sion, y su horno en Jerusalén". La Septuaginta (LXX) dice: "Convertíos, tal como os habíais apartado a lo profundo, hijos de Israel. Pues en aquel

día cada hombre arrojará sus ídolos de plata, y sus ídolos de oro que vuestras propias manos os han fabricado para pecado. Y caerá Asur por la espada, no de un hombre, y la espada, no de un hombre, lo devorará, y huirá no ante la faz de la espada; sus jóvenes serán vencidos: pues serán rodeados por una roca como por un muro, y serán conquistados; y el que huyere, será atrapado. Esto dice el Señor: Bienaventurado el que tiene semilla en Sion, y domésticos en Jerusalén".

Luchando el Señor sobre el monte Sion contra sus adversarios, y protegiéndola a semejanza de las aves: "Convertíos, oh hijos de Israel"; o como tradujo Simaco: "Haced penitencia, los que con profundo consejo y pecado os habéis apartado del Señor". Pues si hacéis esto, arrojando los ídolos de oro y de plata, que os fueron para pecado, por causa de los cuales vuestra ciudad fue capturada: caerá Asur, de cuyo miedo ahora huís, no por la espada de los hombres, ni por el vigor de un ejército, sino por la potencia de Dios. Esto significa al Ángel, por quien ciento ochenta y cinco mil asirios fueron destruidos en una sola noche. El mismo rey asirio también huirá, no de la espada de los hombres, sino de la ira de Dios: de modo que sus jóvenes y robustos se conviertan en tributarios de los medos, de quienes se dice arriba contra Babilonia: "He aquí que yo suscitaré contra vosotros a los medos". Y la fortaleza del asirio pasará y se desvanecerá por el terror del Señor, y todos sus príncipes temblarán. Pues el Señor lo ha dicho y prometido, para quien el haber dicho es haber hecho: y el que tiene fuego en Sion, y horno

en Jerusalén, para que el fuego saliendo de Jerusalén consuma a sus adversarios como a la paja y la leña.

Muchos interpretan este pasaje respecto al Anticristo, que cae no por la espada de los hombres, sino por la potencia de Dios. Cuyo fuego está en Sion, para quemar a los pecadores; y el horno en Jerusalén, para que como el oro en el horno, así sea probada la fe de los justos. Y bellamente se dice: "Bienaventurado el que tiene semilla en Sion, y domésticos en Jerusalén". Pues si en Sion está la fuente de las gracias, y en Jerusalén la visión de la paz, bienaventurado el que tiene en ellas semilla, para que recoja fruto de tierra buena; y el que tiene domésticos, para que sea doméstico de Dios, y no extraño: y de quienes se dice: "Ya no sois huéspedes y extranjeros, sino que sois ciudadanos de los santos y domésticos de Dios" (Ef 2, 19).

(Cap. 32.---Vers. 1 y ss.) "He aquí que un rey reinará con justicia, y los príncipes presidirán con juicio. Y será un varón como quien se esconde del viento, y se oculta de la tempestad: como arroyos de aguas en la sed, y como la sombra de una roca prominente en tierra desierta. No se nublarán los ojos de los que ven, y los oídos de los que oyen escucharán diligentemente. Y el corazón de los necios entenderá la ciencia, y la lengua de los balbucientes hablará veloz y llanamente. No se llamará más príncipe al que es insensato, ni el fraudulento será llamado grande. Pues el fatuo hablará necedades, y su corazón cometerá iniquidad, para perfeccionar la simulación, y ha-

blar al Señor fraudulentamente, y vaciar el alma del hambriento, y quitar la bebida al sediento. Los vasos del fraudulento son pésimos: pues él mismo ha urdido pensamientos para perder a los mansos con palabra de mentira: cuando el pobre hablaba juicio. El príncipe, en cambio, pensará las cosas que son dignas de un príncipe, y él mismo estará sobre los jefes".

La Septuaginta (LXX) dice: "Pues he aquí que un rey justo reinará, y los príncipes presidirán con juicio. Y será un hombre que oculta sus palabras, y se esconderá como del agua que es llevada: y aparecerá en Sion, como un río que corre, ínclito en tierra sedienta, y de ninguna manera confiarán en los hombres: sino que darán sus oídos para oír, y el corazón de los débiles atenderá al oído: y las lenguas de los balbucientes aprenderán pronto a hablar paz: y de ninguna manera dirán al necio que sea príncipe, ni dirán más tus ministros: calla. Pues el fatuo hablará necedades, y su corazón entenderá cosas vanas para perfeccionar la iniquidad, y hablar al Señor el error, para dispersar las almas hambrientas, y vaciar las almas sedientas. Pues el consejo de los peores pensará cosas inicuas: para matar a los humildes con palabras inicuas, y disipar las palabras de los humildes en el juicio. Los piadosos, en cambio, pensaron la sabiduría, y este consejo permanece".

Según los Setenta Traductores que dijeron: "Pues he aquí que un rey justo reinará, y los príncipes presidirán con juicio", lo que sigue debe unirse a lo anterior, a saber, aquello en lo que ter-

minó el capítulo previo: "Bienaventurado el que tiene semilla en Sion, y domésticos en Jerusalén". Y el sentido es: Allí será bienaventurado el que tiene semilla y domésticos, donde un rey justo reinará, a saber, Cristo: y sus príncipes, los Apóstoles, presidirán con juicio. De quienes también se lee en el Evangelio: "Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel" (Mt 19, 28). Y será aquel varón, a saber, el rey y el que ha de reinar, como quien se esconde del viento, y se oculta de la tempestad. Por el viento y la tempestad, quiere que se entienda la rabia de los perseguidores: de los cuales se esconderá Cristo, y de quienes se dice en otra parte: "Escóndete un poco hasta que pase la ira del Señor" (Is 26, 20). O ciertamente será aquel varón, cuyo reino predecimos, el refrigerio de los hambrientos, y como arroyos de aguas en la sed, y la sombra de una roca prominente en tierra desierta, según aquello: "Pero la roca era Cristo" (1 Co 10, 4). Entonces no se nublarán los ojos de los que ven, y los oídos de los que oyen escucharán diligentemente. Ni habrá nadie que diga que ignora a Dios, ni en las sagradas escrituras, que antes estaban cerradas, habrá nube alguna: sino que el corazón de los necios, que antes seguían la sabiduría del mundo, entenderá la ciencia de la Palabra de Dios: y la lengua de los balbucientes, que antes con voz impedida hablaban, y no podían confesar ante Dios, hablará veloz y llanamente. O como tradujeron los Setenta: "Las lenguas de los balbucientes aprenderán pronto a hablar paz", esto es,

a Cristo: pues él mismo es nuestra paz, que hizo de ambos uno solo (Ef 2, 14).

(Vers. 9 y ss.) "Mujeres opulentas, levantaos y oíd mi voz: hijas confiadas, percibid con vuestros oídos mi elocuencia. Después de días y un año, también vosotras os turbaréis, vosotras las confiadas: pues se ha consumado la vendimia: la recolección no vendrá más. Aturdíos, opulentas, turbaos, confiadas: despojaos, y avergonzaos". Por lo cual Simaco interpretó, "desnudaos"; sigue: "Ceñid vuestros lomos, lamentaos sobre los pechos, sobre la región deseable, sobre la viña fértil: sobre el suelo de mi pueblo subirán la espina y los abrojos: ¿cuánto más sobre todas las casas de alegría de la ciudad exultante? Pues la casa ha sido abandonada: la multitud de la ciudad ha sido dejada: las tinieblas y la palpación se han hecho sobre las cuevas para siempre: gozo de los onagros, pasto de los rebaños. Hasta que sea derramado sobre nosotros el espíritu de lo alto: y será el desierto como el Carmelo, y el Carmelo será reputado como bosque. Y habitará en la soledad el juicio, y la justicia se sentará en el Carmelo. Y será la obra de la justicia la paz: y el culto de la justicia el silencio: y la seguridad hasta la eternidad. Y se sentará mi pueblo en la hermosura de la paz, y en los tabernáculos de la confianza, y en el descanso opulento. El granizo, en cambio, en el descenso del bosque, y la ciudad será humillada con humildad. Bienaventurados los que sembráis sobre todas las aguas, metiendo el pie del buey y del asno".

La Septuaginta (LXX), en lugar de "tinieblas y palpación, que se han hecho sobre las cuevas para siempre", tradujeron, "y serán tus villas cuevas para siempre": lo cual en hebreo se dice Ofel y Been, las cuales los hebreos piensan que fueron dos torres en Jerusalén, excelsas y muy firmes, que se llaman con estos nombres. De las cuales la primera se interpreta como "tinieblas", o "nublado", porque elevaría su cabeza hasta las nubes. La otra, "probamiento" y "firmeza", o, como vierte Simaco, "inquisición": debido a que al contemplar su cumbre los ojos se engañaban. Al final del capítulo también interpretaron así: "Bienaventurados los que siembran sobre toda agua, donde el buey y el asno pisan".

Después de la vocación de las gentes, cuando Cristo rey haya mandado con justicia, y sus príncipes, los Apóstoles y sus sucesores, hayan presidido con juicio, y hayan sido todas las cosas que se han dicho arriba; de nuevo el profeta vuelve a Judea y a Jerusalén, que arriba es llamada mujer opulenta e hija confiada: opulenta por las riquezas de las escrituras; confiada, porque por el ocio y la seguridad guardaba la ley. A las cuales se les dice que se levanten de su ocio, y oigan la voz de Dios, que les predice las cosas futuras: "Después de días y un año", esto es, pasado un pequeño tiempo, después de que yo haya venido a vosotras, os turbaréis vosotras las confiadas, y las que os parecía tener confianza, seréis llenadas de todo pavor: pues se ha consumado vuestra vendimia, y la recolección no vendrá. Porque puesto que no recibisteis mi semilla, por eso vuestra recolección

cesó, y ningún fruto ha nacido de vosotras. Despojaos, por tanto, y desnudaos, y ceñid vuestros lomos, y lamentaos sobre los pechos, esto es, sobre aquellas cosas que os son carísimas: porque vuestra tierra, en lugar de fertilidad, tendrá espinas y abrojos, y la ciudad antes exultante, tendrá casas desiertas, y Jerusalén que antes era frecuentísima, será reducida a una soledad. Y serán las cuevas, que se llaman Ofel y Been, en lugar de habitáculos de hombres, para eternas tinieblas y palpación, tal como se hizo en Egipto; y serán pastos de rebaños y gozo de onagros, que en la soledad suelen habitar.

Y esto será por tanto tiempo, hasta que sea derramado el espíritu de lo alto: pero significa al Espíritu Santo, que fue derramado en el día de Pentecostés sobre los nombres de los ciento veinte creyentes (Hch 2, 1). Y cuando aquel haya sido derramado, entonces lo que antes había sido desierto, esto es, la congregación de las gentes, Carmelo, esto es, comenzará a hacerse la viña de Dios; y la que antes parecía viña, esto es, el pueblo de los israelitas, Carmelo, será reputada como bosque, y como selva en la que no haya frutos, sino esterilidad. Y habitará en aquella soledad, que antes había estado sin Dios, el juicio de Cristo y su justicia. Y habrá paz, y silencio, y seguridad, para que ya no por el miedo de los israelitas se turbe el pueblo cristiano, que ha sido congregado de las gentes: sino que en tabernáculos de confianza, y en descanso opulento repose. Lo que sigue, además: "El granizo, en cambio, en el descenso del bosque, y la ciudad será humillada

con humildad", quiere que se entienda así, que cuando Israel por vana jactancia se asilvestrará, y sea a semejanza de un bosque estéril, entonces el granizo, esto es, la ira de Dios, descienda sobre él; y la ciudad de Jerusalén, que contra Dios se había erguido, será humillada con humildad. Por lo cual bienaventurados son los que siembran sobre las aguas del Espíritu Santo, esto es, sobre las Gentes; tirando el buey limpio y el asno inmundo, el pueblo, en un solo arado del Evangelio.

(Cap. 33.---Vers. 1.) "¡Ay de ti que saqueas!: ¿no serás tú también saqueado? ¿Y tú que desprecias!: ¿no serás tú también despreciado? Cuando hayas acabado el saqueo, serás saqueado: cuando cansado dejes de despreciar, serás despreciado". La Septuaginta (LXX) dice: "¡Ay de los que os hacen miserables!: pues nadie os hace miserables. Y los que os reprueban, no os reprueban a vosotros: serán atrapados los que reprueban, y serán entregados, y como polilla en el vestido así serán vencidos".

Había hablado de los Apóstoles, y de los maestros de las iglesias: "Bienaventurados los que siembran sobre toda agua, donde el buey y el asno pisan": ahora dirige una maldición a sus perseguidores; más aún, contra el príncipe de ellos, que posee los corazones de los impíos, para que reciban cualquier cosa que hayan hecho; y la potencia presente sea materia de los tormentos futuros. Por lo cual, según los Setenta se dice: "¡Ay de aquellos que os hacen miserables!: pues nadie os hace miserables." Y el sentido es: en cuanto está en ellos, cuando os persiguen y os afligen con

diversos suplicios, consideran miserables a los muertos y torturados. Pero nadie puede haceros miserables, pues no tienen potestad en el alma, sino en el cuerpo. Y el que os reprueba, no os reprueba a vosotros, sino a aquel que os envió, según aquello que el Salvador dice a los discípulos: "El que os reprueba, me reprueba a mí: y el que me reprueba, reprueba a aquel que me envió" (Lc 10, 16). Serán atrapados, por tanto, los perseguidores, y serán entregados a los ardores eternos. Y como la polilla al vestido, así la llama continua los consumirá. Lo cual también se escribe al final de esta profecía: "Su gusano no morirá, y su fuego no se extinguirá".

(Vers. 2 y ss.) "Señor, ten misericordia de nosotros: pues en ti hemos esperado: sé su [o: nuestro] brazo por la mañana, y nuestra salvación en el tiempo de la tribulación. A la voz del Ángel huyeron los pueblos, por tu exaltación las naciones fueron dispersadas. Y se recogerán vuestros despojos, como se recoge el pulgón, como cuando las fosas están llenas de él. Magnificado ha sido el Señor, porque habitó en lo alto: llenó a Sion de juicio y de justicia. Y habrá fe en tus tiempos: las riquezas de la salvación son la sabiduría y la ciencia: el temor del Señor es su tesoro".

La Septuaginta (LXX) dice: "Señor, ten misericordia de nosotros, pues en ti confiamos: ha sido hecha la semilla de los incrédulos para perdición, pero nuestra salvación en el tiempo de la tribulación: a causa de la voz del temor se aturdieron los pueblos por tu temor, y las naciones fueron dispersadas. Pero ahora se recogerán vuestros

despojos pequeños y grandes: como si alguien recogiera langostas, así se burlarán de vosotros: santo es Dios que habita en las alturas. Llenada está Sion de juicio y de justicia, en la ley serán entregados, en los tesoros nuestra salvación: vino la sabiduría, y la instrucción, y la piedad del Señor, estos son los tesoros de la justicia".

Los hebreos piensan que el capítulo anterior, en el cual se lee: "¡Ay de ti que saqueas!: ¿no serás tú también saqueado?" y lo demás hasta el final, fue dicho contra Senaquerib rey de los asirios, porque después de que subvirtiera las ciudades de las diez tribus, que se llamaban Israel; y exceptuada Jerusalén, tomara también las ciudades de Judea, él mismo fuera vencido, y por el golpe del Ángel, su ejército fuera destruido. Por lo cual sostienen que estas cosas que se contienen en el presente capítulo fueron dichas desde la persona del pueblo que da gracias a Dios, y dice: "Señor, ten misericordia de nosotros, te hemos esperado", que él mismo fue el brazo y la fuerza del pueblo cercado por el asedio en el tiempo matutino, y la salvación en la necesidad y la angustia. Pues a la voz del Ángel, a quien Simaco tradujo tal como está escrito en hebreo, AMUN, a quien los hebreos afirman ser Gabriel, y que tiene la etimología de "pueblo"; huyó el asirio, y por la exaltación de Dios, las naciones que estaban con él fueron dispersadas por aquí y por allá. Al huir estos, el pueblo que había estado sitiado en Jerusalén saldrá a recoger los despojos, y así congregará las riquezas de los asirios, de la manera que el pulgón suele devorar en poco tiempo una

inmensa multitud de la mies, o como las fosas han estado llenas de pulgón, así Jerusalén se llenará con los despojos de los asirios. Significa, además, que por la subversión del asirio ha sido magnificado el Señor, que habitó en lo alto, y llenó a Sion de juicio y justicia, no refugiándose de ninguna manera en el auxilio de los egipcios, sino esperando la clemencia de Dios. Y habrá, dice, fe en tus tiempos, oh Ezequías, o en tus tiempos, oh pueblo que has sido liberado: de modo que la fe y las riquezas de tu salvación no estén en las armas y el ejército, sino en la sabiduría y la ciencia de Dios. Pues el temor del Señor es su tesoro, el cual confirió todas estas cosas: pues no el temor del rey de los asirios, sino el temor de Dios libró a Jerusalén.

(Vers. 7 sig.) "He aquí que los videntes clamarán fuera: los ángeles de paz llorarán amargamente." "Desoladas están las vías, cesó el que pasaba por la senda, irritado ha sido el pacto, proyectó las ciudades, no reputó a los hombres." "Lloró y languideció la tierra, confundido está el Líbano y se entorpeció, y Sarón ha sido hecho como un desierto, y sacudidos están Basán y el Carmelo." "Ahora me levantaré, dice el Señor: ahora seré exaltado, ahora me elevaré." "Concebiréis ardor, pariréis estípula, vuestro espíritu como fuego os devorará." "Y serán los pueblos como ceniza de incendio: las espinas congregadas serán quemadas por el fuego." Respecto a la palabra hebrea ARELLAM, que Aquila, Simaco y Teodoción interpretaron como 'me apareceré a ellos', dividiendo la última sílaba y leyendo ARE LAHEM,

los hebreos consideran que significa 'Ángeles', y que es una profecía, después de la vocación de las gentes y las riquezas de la Iglesia, sobre la subversión del Templo, que llorarán los Ángeles, de ningún modo habitando dentro, sino saliendo fuera: y los que antes eran nuncios de paz, llorarán amargamente. O bien los mismos Apóstoles que habían sido enviados para anunciar la paz a Jerusalén, a la cual el Señor hablaba: 'Si conocieras también tú las cosas que son para tu paz' (Lc 19, 42): a quienes se apareció el Señor para confortarlos con su aspecto, llorarán a Jerusalén porque no recibió su predicación, por cuanto desoladas están las vías y cesó el que pasaba por la senda justa, según aquello que se dice en las Lamentaciones de Jeremías: 'Las vías de Sión lloran, por no haber quienes vengan a la solemnidad' (Lam 1, 4). También el pacto hecho con Abraham, Isaac y Jacob ha sido invalidado: 'Proyectó las ciudades' de Judea: 'no reputó a los hombres', que por su propio vicio quisieron ser jumentos. 'Lloró y languideció la tierra' por los que moraban en la tierra (Gén 15 y 22). 'Confundido está el Líbano y se entorpeció', no cabe duda de que significa el Templo, de lo cual leemos en Zacarías: 'Abre, Líbano, tus puertas, y devore el fuego tus cedros' (Zac 11, 1). O Jerusalén, que en Ezequiel es llamada Líbano, diciendo el Profeta: 'Un águila grande de grandes alas, que tiene facultad de entrar en el Líbano' (Ez 17, 3), lo cual interpretando después la palabra divina, cuando, dice, venga Nabucodonosor a Jerusalén: explicando perspicuamente al Águila como el rey babilonio, y al Líbano como Je-

rusalén. "Sarón ha sido hecho como un desierto, y sacudidos están Basán y el Carmelo." Por Basán, los LXX tradujeron 'Galilea', una provincia, por un lugar de la provincia. Sarón, sin embargo, es llamada toda la región junto a Jope y Lida, en la cual se extienden amplísimos y fértiles campos. Basán también es una región al otro lado del Jordán, que las dos tribus y media poseyeron, y que se interpreta como 'ubérrima' y 'pingüe' (Deut 3): y el Carmelo, de lo cual hablamos arriba. Los lugares de Judea, por tanto, en otro tiempo fértiles, se convertirán en soledad, por lo cual metafóricamente (metaphorikōs) se muestra que toda la opulencia de los judíos ha de ser conmutada por la indigencia y la penuria. Por cuanto, pues, no quisieron recibir el sermón de los Apóstoles, el Líbano fue confundido, y Sarón se convirtió en soledad, y Basán y el Carmelo fueron sacudidos. Por esto el Señor, ya sea por su excesiva paciencia, o por haber de resucitar de entre los muertos, dice que será exaltado entre las gentes y elevado en la cruz. Y hace una apóstrofe a los mismos judíos: 'Concebiréis ardor y pariréis estípula', y vuestro espíritu os soplará el incendio, para que la llama voraz consuma lo concebido y lo parido. Y serán, dice, los pueblos de los judíos como ceniza de incendio, demostrando con los restos de la favila la magnitud de su infelicidad. Pues sus espinas, que por la multitud de los pecados fueron congregadas, serán devoradas por el incendio, lo cual la mayoría refiere a la extrema cautividad y subversión de Jerusalén. Otros confirman que sucederá

más plena y perfectamente en el tiempo del juicio.

(Vers. 13 y sigs.) Oíd, los que estáis lejos, lo que he hecho, y conoced, los que estáis cerca, mi fortaleza. Aterrados están los pecadores en Sión, el temblor ha poseído a los hipócritas. ¿Quién de vosotros podrá habitar con el fuego devorador? ¿Quién de vosotros habitará con los ardores sempiternos? El que camina en justicias, y habla la verdad, el que arroja la avaricia nacida de la calumnia, y sacude sus manos de todo soborno, el que tapa sus oídos para no oír de sangre, y cierra sus ojos para no ver el mal. Éste habitará en las alturas, la sublimidad de las rocas será su fortaleza: se le ha dado pan, sus aguas son fieles. Sus ojos verán al rey en su hermosura: contemplarán la tierra desde lejos. Tu corazón meditará el temor. ¿Dónde está el escriba? ¿dónde el que pesa las palabras de la ley? ¿dónde el maestro de los pequeñuelos? No verás al pueblo imprudente, 437 pueblo de elevado lenguaje, de tal modo que no puedas entender la elocuencia de su lengua, en la cual no hay sabiduría. LXX: Oirán los que están lejos lo que hicieron: sabrán los que se acercan mi fortaleza. Se apartaron los inicuos que estaban en Sión, el temblor se apoderará de los impíos. ¿Quién os anunciará que el fuego arde? ¿quién os anunciará el lugar eterno? el que camina en justicia, y habla el recto camino, y odia la impiedad y la iniquidad, y sacude sus manos de los sobornos, y tapa sus oídos, para no oír el juicio de sangre, y cierra sus ojos, para que no vean la iniquidad, éste habitará en la excelsa cueva de la roca fortísima.

Se le dará pan, y su agua es fiel: vuestros ojos verán al rey con gloria, verán la tierra desde lejos; vuestra alma meditará el temor. ¿Dónde están los gramáticos? ¿dónde los consejeros? ¿dónde está el que numera a los que alimentan al pueblo pequeño y grande? a quien no dio consejo; ni conocía su voz profunda, de modo que el pueblo despreciado no oía, y no hay inteligencia para el que oye. Porque los caminos han sido disipados, cesó el que pasaba por las sendas, quedó anulado el pacto con el pueblo de los judíos, Dios desechó sus ciudades, no los contó entre los hombres; por eso vosotros, los que estáis lejos, oíd lo que he hecho, y acercaos para que reconozcáis mi fortaleza. Aterrados están, o se apartaron, los pecadores o impíos que estaban en Sión, y el temblor poseyó [Otros: poseerá] a los hipócritas, a quienes el Señor decía en el Evangelio: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!» (Matth. XXIII, 14). ¿Quién de vosotros podrá habitar con aquel que es fuego devorador? ¿quién habitará con los ardores sempiternos? O bien, según los LXX: «¿Quién os anunciará [Otros: anunció] que arde el fuego eterno, que Dios preparó para el diablo y sus ángeles?» ¿Quién, pues, podrá habitar con Dios, o anunciar los suplicios venideros? Todo el que es de esta condición, cual lo describe la palabra profética, el que camina en muchas justicias, y no una vez, sino siempre ama las justicias, y no una sola vez, sino continuamente habla verdades: el que arroja la avaricia, que es madre de la calumnia. Pues el dinero no se acumula para uno sino con daño y mal de otro. Y sacude sus

manos de todo soborno. Pues los sobornos ciegan los ojos, aun de los sabios. El que tapa 438 sus oídos para no oír el juicio de sangre. Toda iniquidad y opresión e injusticia es juicio de sangre: y aunque no mate con espada, sin embargo mata con la voluntad. Y cierra sus ojos para no ver el mal. Feliz la conciencia que ni oye ni mira el mal. El que, pues, es tal, habitará en las alturas, esto es, en el reino de los cielos, o en la excelsa cueva de la roca fortísima, en Cristo Jesús: cuya roca seguía al pueblo de Israel, para que bebiese de ella, y fuese protegido por su fortaleza. Se le dará pan, y sus aguas son fieles: lo cual las fábulas de los gentiles entienden como ambrosía y néctar. Nosotros, en cambio, interpretaremos el pan y las aguas fidelísimas como la ley de Dios. El que, pues, es tal, contemplará al rey Cristo en su esplendor, de quien se dijo arriba (Ad cap. XXXII, 1): «He aquí que un rey justo reinará, y los príncipes gobernarán en juicio.» Y sus ojos verán la tierra desde lejos, la cual habían deseado por mucho tiempo, la tierra de los mansos y de los apacibles, de la cual está escrito en el Evangelio: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra» (Matth. V, 4): o bien, puestos en el cielo, despreciarán las cosas terrenas. «Tu corazón meditará el temor»: para que, cuando hayas alcanzado todas las cosas, digas con el Apóstol: «Que no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios» (I Cor. XV, 9). Porque el temor del Señor es el principio de la sabiduría. «¿Dónde está el escriba? ¿dónde el que pesa las palabras de la ley? ¿dónde el maestro de los pequeñuelos?»

(Prov. IX, 1). ¿Dónde están, dice, los escribas y fariseos, que, sopesando las palabras de la Ley, engañaban al infeliz pueblo? a quienes ahora la Escritura llama pequeñuelos, pequeñuelos en el sentido, pequeñuelos en la inteligencia. Mas cuando los ojos del creyente hayan contemplado al rey en su majestad, y su corazón haya meditado el temor, entonces no verá al pueblo imprudente, al pueblo de los judíos, o de los filósofos y oradores del mundo, que se aplauden a sí mismos en la erudición y elocuencia secular, de los cuales ahora dice: «Pueblo de elevado lenguaje: de tal modo que no puedas entender la elocuencia de su lengua»; cuyo adorno todo está en las palabras, que tienen solamente las hojas y la sombra de los discursos, y no poseen el fruto de la verdad. Finalmente sigue: «En la cual no hay sabiduría», de los cuales también se dice en otro lugar: «Destruiré la sabiduría de los sabios, y reprobaré la inteligencia de los prudentes» (I Cor. I, 19). ¿Por qué? porque Dios hizo necia 439 la sabiduría de este mundo.

(Vers. 20 sig.) "Mira a Sión, la ciudad de nuestra solemnidad: tus ojos verán a Jerusalén, habitación opulenta: tabernáculo que de ningún modo podrá ser trasladado, ni se quitarán sus clavos para siempre, y todas sus cuerdas no se romperán." "Porque solo allí es magnífico nuestro Señor: lugar de ríos, arroyos latísimos y patentes, no pasará por él nave de remeros: ni trireme grande lo atravesará." "Pues el Señor es nuestro juez, el Señor nuestro legislador, el Señor nuestro rey: él mismo nos salvará." "Aflojadas están tus

cuerdas y no prevalecerán: así será tu mástil que no puedas dilatar la enseña." "Entonces se dividirán los despojos de muchas presas: los cojos arrebatarán la rapiña." "Ni dirá el vecino: languidecí: al pueblo que habita en ella se le quitará la iniquidad." LXX: "He aquí Sión, ciudad de nuestra salud: tus ojos verán a Jerusalén, ciudad rica, tabernáculos que no se moverán:" ni se quitarán las estacas de su tabernáculo para siempre, y sus cuerdas no se arrebatarán: porque el nombre del Señor es grande para vosotros:" vuestro lugar serán ríos y arroyos latísimos y espaciosos: no entrará por ella nave agitada por el remo:" pues mi Dios (o Señor) es grande: no me pasará de largo el Señor nuestro juez, el Señor nuestro príncipe, el Señor nuestro rey, el Señor mismo nos salvará." "Rotas (o arrebatadas) están tus cuerdas, porque no prevalecieron: tu mástil está inclinado, para que suelte las velas: no elevará la enseña, hasta que sea entregado a la vastedad." "Muchos cojos, por tanto, harán presas: y no dirán: trabajaré; al pueblo que habita en ellos, se les perdonará el delito." Oh justo, a quien arriba se dijo: 'tu corazón meditará el temor'; y: 'al pueblo imprudente no verás'; y que antes habías oído: 'al rey en su decoro verán tus ojos', contempla a Sión, ciudad de nuestra solemnidad, mira a la Iglesia de Cristo, en la cual está la verdadera solemnidad: tus ojos verán la visión de paz, y las riquezas inesperadas que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni subieron al corazón del hombre, y el tabernáculo que de ningún modo podrá ser trasladado. Pues el primer tabernáculo que tuvo el pueblo de los judíos fue

trasladado y quitado. 'Ni se moverán sus clavos para siempre, y todas sus cuerdas serán firmes'; de modo que el Señor habite en él, que es lugar de todos los ríos y arroyos que corren, por los cuales ninguno de la parte adversa podrá navegar: 'ni trireme grande', que se interpreta como el diablo, podrá atravesarlo: porque el Señor mismo es nuestro juez, y príncipe, y rey, y Salvador, y protegiéndonos él, no temeremos las insidias de nadie. Estas cosas se han dicho de Sión, ciudad de nuestra solemnidad, y de Jerusalén, habitación riquísima, la cual el Señor mismo rodeará y amurallará con sus ríos. Pero ahora habla a la Jerusalén terrena, de que han sido aflojadas las cuerdas de su tabernáculo, y no han podido sostener la tienda, y su mástil, en el cual en otro tiempo pendían hermosísimas velas, ha caído por las sogas rotas, de modo que es inútil no solo para la navegación, sino también para la enseña. Pero después de que la nave de ellos haya sido disuelta, y el tabernáculo disipado, de modo que en ambas partes se rompan las cuerdas, la presa se dividirá para los vencedores: que serán tan imbéciles en sus propias fuerzas que serán llamados cojos; y no obstante, atribuyéndoles fortaleza la ira de Dios, ninguna enfermedad sentirán, ni dirán: 'trabajé'. Pues quien estuviere entre ellos, se le quitará la iniquidad y el pecado, porque ha seguido la voluntad de Dios.

(Cap. 34:1 sig.) "Acercaos, gentes, y oíd, y pueblos, atended: oiga la tierra y su plenitud, el orbe y todo su germen." "Porque la indignación del Señor está sobre todas las gentes, y el furor

sobre toda la milicia de ellas: las interfectó y las entregó a la occisión." "Los occisos de ellas serán proyectados: y de sus cadáveres ascenderá el hedor: se derretirán los montes con la sangre de ellas." "Y se derretirá toda la milicia de los cielos: se plegarán (o se complicarán) como un libro del cielo:" y toda su milicia refluirá, como refluye la hoja de la viña y de la higuera, porque se ha embriagado en el cielo mi espada." "He aquí que sobre Idumea descenderá, y sobre el pueblo de mi occisión para el juicio." "La espada del Señor está llena de sangre, incrasada con el adipe: de la sangre de los corderos y de los machos cabríos, de la sangre de los carneros medulosos; pues hay víctima del Señor en Bosra: y occisión grande en la tierra de Edom." "Y descenderán los unicornios con ellos, y los toros con los potentes. Se embriagará la tierra con la sangre de ellos, y su humus con el adipe de los pingües." Después de la subversión de Jerusalén y el naufragio de la que en otro tiempo fue nave solidísima, y la rapiña de todo su ajuar, se habla de la muerte de todas las naciones y de la consumación del mundo, que será en el día futuro del juicio. Por lo cual todas las gentes y pueblos de la tierra y su plenitud, el orbe y todos sus genímenes, tanto los lugares que se habitan como los que son inhabitables por la demasía del frío y del calor, son mandados oír, y conocer con todo temblor de mente lo que ha de venir. Pues la indignación del Señor de ningún modo es sobre una sola nación, la judía, y los asirios y caldeos, egipcios, moabitas y amonitas, y filisteos: sino que se describe como viniendo

contra todas las gentes, y sobre toda la milicia, o como los LXX tradujeron, el 'número' de ellas, la cual las interfecte y haga ascender a lo alto el hedor de los cuerpos putrescentes: significando los pecados de todas las naciones: de modo que con la sanie de ellas y la suciedad, y la sangre, se llenen los montes: cualesquiera virtudes sublimes y Ángeles que presidían a cada una de las gentes; y se derrita toda la milicia o fortaleza de los cielos: pliéguense, o complíquense los cielos como un libro, y toda su milicia y ejército, y como los LXX tradujeron, 'y las estrellas refluyan', a semejanza de las hojas que, al aproximarse el frío, áridas y contraídas, refluyen de la viña y la higuera. Lo cual también el Salvador habla en el Evangelio: 'Las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos se moverán, y entonces aparecerá el signo del Hijo del hombre en el cielo' (Mt 24, 29. 30). Y esto debe considerarse, que no diga que perecen los cielos, sino que se pliegan o complican, como un libro, para que después de que todos los pecados hayan sido abiertos y releídos, se compliquen los que antes habían estado abiertos, para que de ningún modo se escriban más en ellos los delitos de muchos. De libros de esta clase habla Daniel en su volumen: 'El juicio se sentó, y los libros fueron abiertos' (Dan 7, 10), en los cuales estaban descritas las obras de cada uno. Mas la mayoría considera que las estrellas han de caer, según el Apocalipsis de Juan (Apoc 6 y 8). y aquello que en otro lugar está escrito: 'Todas las estrellas ardientes se disolverán, y el cielo y la tierra pasarán' (Lc 10, 2). Pues pasa la figura de este mundo.

Algunos consideran que se dice de estas estrellas que rutilan en el cielo, para que en la parte se muestre el todo, a saber, que por la ruina de las estrellas también se muestre el interito de los cielos (2 Cor 7). Otros en verdad consideran que estas estrellas que han de caer son aquellas de las cuales también el Apóstol Pablo escribe: 'No es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los rectores de estas tinieblas, contra las espirituales nequicias en los celestiales' (Ef 6, 12). Ni es de admirar si los demonios que habitan en el aire son llamados celestiales, cuando también a las aves del cielo, que por cierto no vuelan en el cielo, sino en el aire, la Escritura las denomina así. Pues también Satanás se transfigura en Ángel de luz (2 Cor 11), simulando ser una estrella. Y el Salvador lo vio como un relámpago cayendo del cielo (Lc 10). Y tropológicamente se dice de él como de una gran estrella: '¿Cómo caíste, Lucero, que nacías por la mañana?' (Is 14, 12). Todo esto se hará porque se ha embriagado en el cielo su espada, la pena y sentencia, y la venganza contra los pecadores, que es proferida por el Señor. Cuál espada y máquer en Ezequiel (Ez 21) se aguza contra los impíos; y habiendo muerto a muchísimos, se le manda entrar en su vaina. Y cuando se hubiere embriagado y llenado en el cielo, esto es, en el aire, que por la costumbre de las Escrituras es llamado cielo, entonces descenderá también a Idumea, esto es, a lo terreno: para que después de la pena de los demonios, también las almas de los hombres sean juzgadas. Pues Idumea en nuestra

lengua suena 'terrena'. Y está llena de sangre, e incrasada con el adipe de los corderos y de los machos cabríos, y de los carneros medulosos y de los toros: para que signifique que tanto los príncipes como el pueblo paritariamente han de ser castigados. Pues hay víctima del Señor en Bosra, y occisión grande en la tierra de Edom. De la cual Bosra e Idumea también en lo subsiguiente (Sobre 63, 1) el mismo Propheta testifica diciendo: '¿Quién es este que viene de Edom: rojas sus vestiduras de Bosra?' Y algunos estiman, porque Bosor se llama 'carne', que por la víctima del Señor en Bosra se muestran los tormentos de todos en la carne: quienes yerran por un error piadoso. Pues en el presente lugar no se escribe con la letra SIN, que se pone en BOSOR, esto es, en 'carne': sino que se escribe con SADE, y se llama BOSRA, la cual según Josué y Jeremías se encuentra no en Edom, esto es, Idumea; sino en la tierra de Moab (Jer 48). Bosra, sin embargo, en nuestra lengua suena 'municionada' y 'rodeada', o bien 'firmada': para que enseñe que el orbe de las tierras por voluntad del Señor ha sido solidado, según aquello que se canta en el salmo: 'Él sobre los mares lo fundó, y sobre los ríos lo colocó' (Sal 23, 2); y sobre la firmeza de la tierra se dice desde la persona de Dios: 'Yo afirmé sus columnas' (Sal 74, 3). Y cuando la víctima del Señor fuere en Bosra, y su occisión en Idumea, descenderán los unicornios con los toros potentes, a saber, los reyes y príncipes de la tierra; y todas las cosas se llenarán de occisión y de sangre, y con el adipe de los que en otro tiempo fueron ricos y potentes. Por cuyas palabras,

según la humana costumbre que incute terror a los oyentes, se muestran los tormentos contra todos los príncipes y potentes, y los pueblos y los pequeños. Bosra, esto es, 'municionada' y 'firmada', y Edom, o Duma, e Idumea, los maestros de los judíos quieren que se entienda por Roma, y que todo se diga de ella lo que se contiene en el capítulo siguiente.

(Vers. 8 sig.) "Porque es el día de la venganza del Señor, el año de las retribuciones para el juicio de Sión." "Y se convertirán sus torrentes en pez, y su humus en azufre: y será su tierra en pez ardiente." "De noche y de día no se extinguirá, para siempre ascenderá su humo: de generación en generación será desolada, por los siglos de los siglos no habrá quien pase por ella." "Y la poseerán el pelícano y el erizo, y el ibis y el cuervo habitarán en ella: y se extenderá sobre ella la medida: para que sea reducida a la nada, y la plomada a la desolación." "Sus nobles no estarán allí: al rey más bien invocarán, y todos sus príncipes serán en nada." "Y nacerán en sus casas (o habitaciones) espinas y ortigas, y el paliuro en sus municiones: y será cubil de dragones y pasto de avestruces." "Y se encontrarán los demonios con los onocentauros, y el velloso clamará el uno al otro: allí se echó (o se acostó) la lamia, e invenit (o encontró) para sí reposo." "Allí tuvo su fosa el erizo, y nutrió a sus cachorros, y cavó alrededor, y los abrigó en su sombra: allí se congregaron los milanos, el uno con el otro." "Buscad diligentemente en el libro del Señor, y leed: uno de ellos no faltó, el uno no buscó al otro: porque

lo que de mi boca procede, él lo mandó, y su espíritu, él mismo los congregó." "Y él mismo les (o le) envió la suerte, y su mano se la dividió en medida: para siempre la poseerán: de generación en generación habitarán en ella." Los hebreos, como dijimos arriba, contienden que estas cosas han sido profetizadas sobre el imperio romano, y que para venganza de Sión se predice la vastedad de un reino en otro tiempo potentísimo, lo cual según la letra muchos de los nuestros consideran escrito también en el Apocalipsis de Juan. Nosotros, sin embargo, por aquello que se dice: 'día de la venganza del Señor, año de las retribuciones para el juicio de Sión', consideramos que este es el año del cual habla el mismo Salvador: 'El Espíritu del Señor sobre mí, por cuanto me ungió, me envió a evangelizar a los pobres, a predicar a los cautivos la remisión, y a los ciegos que vean, a llamar al año del Señor aceptable, y al día de la retribución para nuestro Dios: a consolar a todos los que lloran, y a dar gloria a los que gimen por Sión' (Lc 4, 18. 19; Is 61, 1-3): y de lo cual arriba se dijo: 'Mujeres opulentas, levantaos' (Is 32, 5): y recordad los días del año con dolor y con esperanza, y por esto, después de la consumación general de todo el orbe, la Escritura vuelve a Jerusalén, a la cual hablaba en aquel tiempo, y su vastedad es descrita con pleno sermón: a saber, que después de que llegue el tiempo de la asidión romana, todas las cosas se llenen de pez y azufre y llamas ardientes, y su humo permanezca para siempre, y habiten allí el pelícano y el erizo, y el ibis y el cuervo, los cuales animales suelen

habitar en lugares desiertos: y esto suceda porque la cuerda del Señor y la plomada, esto es, su sentencia, no puede ser mudada. Sus nobles, esto es, los Apóstoles y los creyentes, no estarán allí, ni se conjugarán con el número de los perdidos: sino que invocarán más bien al Rey Cristo. Todos sus príncipes, sin embargo, a saber, los escribas y fariseos, serán reducidos a la nada, y en las casas en otro tiempo ornatísimas nacerán espinas y ortigas y el paliuro. Y será cubil de dragones y pasto de avestruces, que también ellos son signos de extrema soledad. Y se encontrarán en ella, según los LXX, diversos fantasmas de demonios, o como todos los otros tradujeron según el hebreo, SIIM e IIM, onocentauros y vellosos, y la lamia, que las fábulas de los gentiles y los fingimientos de los poetas describen. También el erizo allí nutre a sus cachorros y tiene una estación fidelísima: allí se congregan los milanos, ave rapacísima, que en hebreo se llama DAJOTH, o como los LXX tradujeron, 'ciervos', de los cuales diremos abajo. Entre cuyas cosas el Profeta habla a los oyentes: Oh hombres (o todos) los que me oís hablar, lo que pronuncio que ha de venir, con la realidad todo se cumplirá. Pues en el libro del Señor están escritas, y su sentencia definida, y ni una siquiera será irrita. Pues lo que procede de mi boca, él lo mandó, esto es, yo por cierto hablo; pero las palabras son del Señor, y por su espíritu lo que se ha dicho será perpetrado. Por su decreto y medida cada cosa se cumplirá: y hasta en las generaciones sempiternas no dejarán su orden. Esto se diga según el hebreo y la explicación histórica. Por lo demás,

quienes siguen la tropología, expulsado el pueblo de los judíos bajo los nombres de las bestias y los portentos, confirman que los idólatras y los que sirven a varias supersticiones han de habitar en Jerusalén: y que estos son los pelícanos y erizos, el ibis y el cuervo, los dragones y avestruces, y los onocentauros, y los demonios, y los vellosos, y la lamia, que en hebreo se llama LILITH; y solo por Simaco fue traducida como 'lamia', la cual algunos de los hebreos sospechan que es una furia (erinnyen). Y en verdad, si consideramos las colonias de diversas gentes traídas a Jerusalén, y que según el rito de sus provincias cada familia cultivó los portentos de sus propios demonios, afirmaremos que todas estas cosas habitaron en Jerusalén. Y lo que los LXX tradujeron: 'Allí se encontraron entre sí los ciervos, y vieron sus caras: pasaron en número, uno de ellos no pereció, ni buscó al otro. Pues el Señor les mandó, y su espíritu los congregó: y él mismo les dio las suertes, y su mano se las divide: para que se apacienten para siempre y posean de generación en generación, y descansen en ella': así lo interpretaremos alegóricamente, para enseñar que los ciervos, esto es, los Apóstoles y todos los santos doctores, de quienes está escrito: 'como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así desea mi alma a ti, Dios' (Sal 41, 1); y en otro lugar: 'Voz del Señor que perfecciona a los ciervos' (Sal 28, 9); y de nuevo: 'El ciervo de la amistad y el cachorro de tus gracias te hablen' (Prov 5); y en Job: 'Custodiaste las mentes de los ciervos, y emitirás sus partos' (Job 39, 2); y en el Cantar de los Cantares se dice: 'Semejante es el

hijo de mi hermano a la corza, o al cervatillo de los ciervos sobre los montes de los aromas' (Cant 2, 9); se encontraron entre sí en Jerusalén y vieron sus mutuos conspectos, y pasaron y la dejaron, y marcharon a diversas provincias, porque el Señor les mandó: 'Id y enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo' (Mt 28, 19); y su espíritu los congregó, y les dio las suertes y los dividió, para que uno fuera a los indios, otro a las Hispanias, otro al Ilírico, otro a Grecia: y cada uno descansara en la provincia de su Evangelio y doctrina. Lo que nosotros dijimos que se profetizaba sobre Jerusalén, y los judíos sospechan que se dice sobre el imperio romano, algunos lo refieren al orbe, para no parecer que discrepan de los anteriores.

(Cap. XXXV. — Vers. 1, 2.) "Se alegrará el desierto y la tierra sin camino, y exultará la soledad, y florecerá como el lirio. Germinando germinará: y exultará jubilosa y alabando. La gloria del Líbano le ha sido dada, el decoro del Carmelo y de Sarón. Ellos mismos verán la gloria del Señor: y el decoro de nuestro Dios". Los LXX: "Alégrate, desierto sediento, y exulte la soledad, y florezca como el lirio. Florecerán y exultarán los desiertos del Jordán: la gloria del Líbano le ha sido dada, y el honor del Carmelo: y mi pueblo verá la gloria del Señor, y la altura de nuestro Dios".

Puesto que Jerusalén ha sido convertida en pez y su humo asciende sempiterno, y habitan en ella el pelícano y el erizo, el ibis y el cuervo, los dragones y las avestruces, los demonios y los onocentauros, la lamia y los vellosos: y se ha

cumplido sobre ella la sentencia del Señor: "Se os dejará vuestra casa desierta" (Lc 13, 35): por eso la que antes había sido desierto, de la cual se dice en el salmo: "Voz del Señor que sacude la soledad [o: el desierto], y conmoverá el Señor el desierto de Cades. Voz del Señor que prepara a los ciervos; y revelará lo espeso de las selvas" (Sal 28, 8. 9), se mudará en abundancia de todas las cosas, y al luchar los ciervos, las bestias que antes las poseían serán expulsadas de todos los sotos de las naciones, para que se cumpla aquello que se dice en este mismo Profeta: "Alégrate, estéril, la que no pares: prorrumpe y clama, la que no estás de parto; porque muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido" (Is 54, 1). Esta estaba antes sedienta, o sin camino, no teniendo las aguas vitales, y el Señor no caminaba por ella, la cual ahora florecerá en lirio, o como lo expresó más significativamente Aquila, *kalykosis*, que nosotros podemos llamar rosa que brota y aún no dilatada en sus pétalos. Florecerá, además, para que con el Apóstol proclame: "Buen olor de Cristo somos en todo lugar" (2 Cor 2, 15). Y aquello del Cantar de los Cantares: "Las flores se han visto en la tierra: las mandrágoras dieron su olor" (Cant 7, 12. 13). Y eso que se pone en los LXX, "y exultarán los desiertos del Jordán", por cierto no se tiene en el hebreo, pero podemos decir de Juan:

(Vers. 3, 4.) "Fortaleced las manos flojas, y robusteced las rodillas débiles. Decid a los pusilánimes (o miedosos): Esforzaos, y no temáis; he aquí que vuestro Dios traerá la venganza de la retribución: Dios mismo vendrá, y os salvará" (o

como tradujeron los LXX: *nos*). "Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos se abrirán" (o: *oirán*). "Entonces saltará el cojo como un ciervo, y será abierta la lengua de los mudos, porque han brotado aguas en el desierto, y torrentes en la soledad. Y la que era tierra árida se convertirá en estanque" (o: *paludes*), "y la sedienta en fuentes de aguas. En los cubiles en los que antes habitaban los dragones, nacerá el verdor de la caña y del junco" (por lo cual los LXX tradujeron: *Habrá allí alegría de las aves, y apriscos de los rebaños*). "Y habrá allí una senda y un camino" (o: *camino limpio*) "y será llamado camino santo, no pasará por él el manchado. Y este será para nosotros un camino derecho: de modo que los necios no erren por él" (o como tradujeron los LXX: *ni habrá allí camino inmundo, sino que los que fueron dispersados pasarán por él, y no errarán. No habrá*, dice, *allí león, y la mala bestia no subirá por él, ni se hallará allí, sino que caminarán por él los que hubieren sido liberados. Y los redimidos por el Señor se convertirán, y vendrán a Sion con alabanza, y alegría sempiterna sobre su cabeza. Obtendrán gozo y alegría: y huirá el dolor y el gemido. (Is 35, 10)*"

Hemos mezclado ambas ediciones para que, al proponer cada una individualmente, no se extienda la magnitud de los libros, la cual ya excede el modo de la brevedad. A los Apóstoles, de quienes arriba se dijo: "Ellos mismos verán la gloria del Señor y el decoro de nuestro Dios", se les manda que conforten las manos flojas en las naciones, y robustezcan las rodillas débiles; para

que quienes antes con manos flojas no podían hacer la obra de Dios, y tenían la diestra árida, la extiendan a las buenas obras. Y quienes hace poco cojeaban entre los ídolos en diversos errores, caminen con paso firme sobre la verdad: y confirmando a los pusilánimes o miedosos con la fe del Señor, hagan que no teman, y el miedo al único Dios expulse los temores del error universal. La causa, además, de la seguridad y la constancia es que vendrá Cristo, a quien el Padre dio todo juicio: y devolverá a cada uno según sus obras (Jn 5). Él mismo vendrá y os salvará, a quienes se dice "no temáis": o *nos*, para que los Apóstoles digan que la salvación les es común con los creyentes. "Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces saltará el cojo como un ciervo: y será abierta la lengua de los mudos".

Lo cual, aunque se haya cumplido por la magnitud de los signos, cuando el Señor hablaba a los discípulos de Juan, que habían sido enviados a Él: "Id y anunciad a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia el evangelio" (Lc 7, 22); sin embargo, diariamente se cumple en las naciones, cuando quienes antes eran ciegos, y tropezaban en leños y piedras, miran la luz de la verdad. Y quienes no podían oír las palabras de las Escrituras con oídos sordos, ahora se alegran ante los preceptos de Dios; cuando quienes antes eran cojos, y no mantenían el camino recto, saltan como ciervos, imitando a sus doctores, y se abre

la lengua de los mudos, cuyas bocas Satanás había cerrado para que no pudieran confesar al único Señor. Por eso se abrirán los ojos, oirán los oídos, saltarán los cojos y se abrirá la lengua de los mudos, porque han brotado, o han surgido en el desierto que antes era la Iglesia, las aguas del bautismo saludable, y torrentes y arroyos en la soledad, a saber, diversas gracias espirituales: y la que era árida, se ha convertido en estanque y marismas, para que no solo careciera del ardor de la sed, sino que fuera navegable e irrigada, y tuviera muchísimas fuentes, que el ciervo desea, de las cuales quien beba puede bendecir al Señor, según aquello que está escrito: "Bendecid al Señor desde las fuentes de Israel" (Sal 67, 27). En los cubiles de las almas de los gentiles, en los que antes habitaban los dragones, habrá caña y junco, con los que se escriba la fe del Señor, y en los que descansen los miembros antes cansados; o habrá alegría de las aves, y apriscos de los rebaños: para que tomen las alas de la paloma y, dejando lo humilde, se apresuren a lo alto, y puedan decir con el Salmista: "El Señor me pastorea, y nada me faltará: en lugar de pastos allí me colocó: sobre aguas de refrigerio me educó". Allí habrá una senda, y un camino limpísimo, que será llamado santo, y que dice de sí mismo: "Yo soy el camino" (Jn 14, 6), por el cual quien está manchado no podrá pasar. Por lo cual también en el salmo se dice: "Bienaventurados los inmaculados en el camino" (Sal 118, 1). Y este camino será para nosotros, esto es, nuestro Dios, tan recto y plano y liso que no tenga ningún error: y los necios e insensatos

puedan entrar por él, a quienes en los Proverbios habla la Sabiduría: "Si alguno es párvulo, venga a mí". Y a los insipientes habló: "Venid y comed mi pan, y bebed el vino que he mezclado para vosotros. Dejad la infancia y vivid, y caminad por las vías de la prudencia" (Prov 9, 4-6). Pues Dios eligió lo necio del mundo (1 Cor 1): de cuyos necios el príncipe habla en el salmo: "Dios, tú sabes mi insensatez. Y lo necio de Dios es más sabio que los hombres" (Sal 68, 6; 1 Cor 1, 25). Por lo cual los LXX tradujeron: "Y los que habían sido dispersados", y separados de la sociedad del Señor, de ninguna manera errarán. Sigue: "No habrá allí león": nuestro adversario el diablo, que ronda rugiendo, viendo cómo puede entrar en el redil del Señor (1 Pe 5). Y las malas bestias, sus satélites, no subirán por él. Pues ni siquiera el rastro de la culebra puede hallarse en la roca. Caminarán, empero, por él los que hayan sido liberados de los vínculos de los pecados, y redimidos por la sangre del Salvador, y hayan hecho penitencia; y hayan venido a Sion, de la cual muy a menudo hemos dicho: "Os habéis acercado al monte Sion, y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial" (Heb 12, 22); para que al modo judaico no busquemos una Sion de oro y una Jerusalén enjoyada, la cual, según la profecía de Daniel, se ha disuelto en cenizas eternas (Dan 9). Y habrá alegría sempiterna de los que alaban al Señor sobre su cabeza, para que después de que hayan vencido al mundo, puedan decir con el Apóstol y el Profeta: "He consumado mi carrera, he guardado la fe, por lo demás me está reservada la corona de la justicia"

(2 Tim 4, 7. 8): y: "Señor, como con escudo de tu buena voluntad nos coronaste" (Sal 5, 13). Entonces, sucediendo el gozo y la alegría, huirá el dolor y el gemido, cuando venga de Sion quien libre. Todas estas cosas nosotros, según el apóstol Pablo, las interpretamos en el primer advenimiento del Salvador: pero los judíos y nuestros judaizantes las refieren al segundo, por ocasión de un solo versículo: "Se convertirán y vendrán a Sion con alabanza", deseando la sangre de las víctimas, y la servidumbre de todas las naciones, y la belleza de las esposas.

LIBRO UNDÉCIMO.

451-452 Es difícil, más aún imposible, complacer a todos: ni hay tanta diversidad de rostros como de opiniones. En la explicación de los doce profetas les parecí a algunos más largo de lo que convenía; y por esta causa en los Pequeños Comentarios sobre Daniel estudié la brevedad, excepto en la última y penúltima visión, en las cuales me fue necesario, por la magnitud de la oscuridad, extender el sermón: y principalmente en la exposición de las setenta y sesenta y dos y una semanas, en cuya discusión qué Africano, el escritor de los tiempos, qué Orígenes, y Eusebio de Cesarea, Clemente también presbítero de la Iglesia de Alejandría, y Apolinar de Laodicea. e Hipólito, y los hebreos, y Tertuliano sintieron, comprendí brevemente: dejando al arbitrio del lector qué elegir de entre muchos. Por tanto, lo que nosotros hicimos por modestia de juzgar, y en honor de los que iban a leer, quizás a algunos no agrade, quienes no desean conocer las opiniones de los antiguos, sino nuestra propia sentencia. Para los cuales la respuesta es fácil: que no quise recibir a uno de tal modo que pareciera condenar a los otros. Y ciertamente si hombres tan grandes y tan eruditos desagradan a los lectores fastidiosos, ¿qué iban a hacer conmigo, que por la delgadez de mi pequeño ingenio estoy expuesto a

las mordeduras de los envidiosos? Mas si nombré a los hombres sobredichos como maestros de la Iglesia, entiendan esto: que no apruebo la fe de todos, los cuales ciertamente son contrarios entre sí; sino que lo dije por distinción de Josefo y Porfirio, que disputaron muchísimas cosas sobre esta cuestión. Pero si en la exposición de la estatua y de sus pies, y en la discrepancia de los dedos, interpreté el hierro y el tiesto sobre el reino romano, el cual la Escritura presagia primero fuerte, luego débil, no me lo imputen a mí, sino al Profeta. Pues ni se ha de adular de tal modo a los príncipes que se descuide la verdad de las santas Escrituras, ni una disputa general es injuria de una sola persona. La cual, aunque era precavida por el benigno estudio de los míos, por el juicio de Dios fue súbitamente quitada: para que se mostraran los estudios de los amigos hacia mí, y las acechanzas de los émulos. Pero esto en otro lugar: ahora ejecutemos lo que empezamos. El undécimo libro sobre Isaías, oh virgen de Cristo Eustoquio, porque ha de disertar una gran parte de la historia, será más fácil en sus principios, y hasta en sus dos partes; lo demás ha de ser dictado de modo semejante: y así ha de estudiarse la brevedad, de modo que no se haga ningún daño a la inteligencia.

(Cap. XXXVI. — Vers. 1 y ss.) "Y sucedió en el decimocuarto año del rey Ezequías, que subió Senaquerib rey de los asirios sobre todas las ciudades amuralladas de Judá y las tomó. Y envió el rey de los asirios a Rabsaces desde Laquis a Jerusalén, al rey Ezequías, con mano pesada, y se detuvo junto al acueducto del estanque superior,

en el camino del campo del batanero. Y salió a él Eliacim hijo de Helcías, que estaba sobre la casa, y Sobna el escriba, y Joahe hijo de Asaf el de las crónicas. Y les dijo Rabsaces: Decid a Ezequías: Esto dice el gran rey, el rey de los asirios: ¿Qué confianza es esa en la que confías? ¿o con qué consejo y fortaleza dispones rebelarte? ¿en quién tienes confianza, que te has apartado de mí? He aquí que confías sobre este báculo de caña quebrado, sobre Egipto: sobre el cual si se apoyara un hombre, entrará en su mano y la perforará: así es Faraón rey de Egipto para todos los que confían en él. Mas si me respondieras: En el Señor Dios nuestro confiamos; ¿no es él aquel cuyas alturas y altares Ezequías quitó, y dijo a Judá y a Jerusalén: Delante de este altar adoraréis? Y ahora entrégate a mi señor el rey de los asirios, y te daré dos mil caballos, y tú no podrás por tu parte ofrecer jinetes para ellos. ¿Y cómo sostendrás la cara de un juez de un solo lugar de entre los siervos menores de mi señor? pero si confías en Egipto: y en las cuadrigas, y en los jinetes: ¿y ahora acaso sin el Señor he subido a esta tierra para dispersarla? El Señor me dijo: Sube sobre esta tierra y dispérsala".

La historia es manifiesta y no necesita interpretación: y más plenamente en los volúmenes de los Reyes y de los Días se refieren estos mismos escritos, que en el tercer año de Oseas hijo de Ela rey de Israel, reinó Ezequías hijo de Acaz rey de Judá. "De veinticinco años era", dice, "cuando comenzó a reinar, y veintinueve años reinó en Jerusalén, e hizo lo que era bueno ante el Señor,

conforme a todo lo que había hecho David su padre". Y después de un poco: "En el Señor Dios de Israel esperó, y después de él no hubo semejante a él de entre todos los reyes de Judá, ni entre los que fueron antes de él: se adhirió al Señor y no se apartó de sus huellas: e hizo sus mandamientos que el Señor había mandado a Moisés: por lo cual también el Señor estaba con él, y en todo aquello a lo que procedía, se conducía sabiamente" (2 Rey 18, 2. 7). Se rebeló, empero, contra el rey de los asirios y no le sirvió: en cuyo sexto año de imperio, Salmanasar rey de los asirios tomó Samaria y las diez tribus que se llamaban Israel; y las trasladó a los asirios, y las colocó en Hala y Habor ríos de Gozán, en las ciudades de los medos (2 Rey 17 y 18). Mas después de siete años, esto es, en el decimocuarto año de Ezequías, el rey de los asirios Senaquerib, habiendo entrado en Judea, sitió sus ciudades amuralladas, queriendo tomarlas. Y cuando sitiaba Laquis, Ezequías le envió mensajeros, diciendo: "Pequé, apártate de mí, y todo lo que me impongas, lo llevaré". Y habiendo pagado trescientos talentos de plata y treinta de oro al imperio del rey, rotas las puertas del Templo del Señor y quitadas sus láminas, que él mismo había fijado, envió el rey de los asirios a Tartán y Rabsaces desde Laquis al rey Ezequías con mano fuerte a Jerusalén: los cuales, habiendo subido, vinieron a Jerusalén y se detuvieron frente al acueducto del estanque superior, que está en el camino del campo del batanero, y llamaron hacia sí al rey. Salió, empero, a ellos Eliacim hijo de Helcías el prepósito de la casa, y Sobna el escriba, y Joahe

hijo de Asaf, el de las crónicas; y les dijo Rabsaces: "Hablad a Ezequías: Esto dijo el gran rey, el rey de los asirios", y lo demás que se contiene en la historia.

En lo cual se ha de considerar la arrogancia de Rabsaces, que como una cierta fortaleza contraria imita la costumbre de los Profetas, de modo que lo que ellos suelen poner en los prólogos: "Esto dice el Señor", para mostrar la autoridad y magnitud del que habla, este haya dicho ahora: "Esto dice el gran rey, el rey de los asirios". Salió, empero, a él Eliacim hijo de Helcías que era prepósito de la casa, y Sobna el escriba, y Joahe hijo de Asaf, el de las crónicas. Este es aquel Eliacim hijo de Helcías, de quien leemos arriba en la Visión del valle de Sion (sobre el cap. 22, 20. 21): "Llamaré a mi siervo Eliacim hijo de Helcías, y le vestiré con tu túnica, y con tu cinto le confortaré, y tu potestad daré en su mano, y será como un padre para los habitantes de Jerusalén y para la casa de Judá", y lo demás. Estas cosas, empero, se dicen a Sobna, quien antes de él fue prepósito del Templo, de quien en la misma visión está escrito: "Ve y entra a aquel que habita en el tabernáculo, a Sobna el prepósito del Templo" (Ibíd., 15), de quien refieren los hebreos que, aterrado por la conminación de Rabsaces, entregó sus manos a los asirios y traicionó la parte inferior de Jerusalén a los adversarios, y que, exceptuando la fortaleza de Sion y el Templo, nada más quedó que no tuviera el asirio. Por lo cual yerran quienes piensan que Sobna, que ahora sale con Eliacim y Joahe ante Rabsaces, es el mismo que arriba. Pues allí se

pone a Sobna como prepósito del Templo, quien se dice que ha de ser capturado por los asirios: mas aquí Sobna es un escriba, esto es, *grammateus*, quien en hebreo es llamado *SOPHER*, y es homónimo del superior. A Rabsaces, empero, que habló en lengua hebrea, los judíos lo afirman ser hijo del Profeta Isaías, el cual también él habría sido traidor: y que el otro hijo de Isaías que quedó se llamaba Jasub, que en nuestra lengua suena "dejado" (*relictum*). Por lo demás, otros piensan que fue samaritano, y que por eso supo el habla hebrea, y blasfemaba al Señor tan audaz e impíamente. Consideremos, pues, las palabras de Rabsaces; y primero lo que dice: "Confías sobre este báculo de caña quebrado, sobre Egipto", es falso: pues ninguna historia narra que Ezequías haya enviado a los egipcios y postulado el auxilio de Faraón. Y lo que añade: "Si me respondieras: En el Señor Dios nuestro confiamos", es verdadero. Pero de nuevo une la mentira a la verdad, que Ezequías haya quitado sus alturas y altares. Pues esto lo había hecho no contra Dios, sino por Dios; para que, destruida la idolatría y el viejo error, mandara que Dios fuera adorado en Jerusalén, donde estaba su Templo: aunque leamos que por pésima costumbre, en los montes y colinas, habiéndose levantado ya altar, el pueblo inmolaba víctimas a Dios. Y eso que, queriendo mostrar la escasez de los sitiados, promete dos mil caballos, de los cuales Ezequías no pudiera ofrecer jinetes, no viene de la debilidad del pueblo de los judíos que careciera de la ciencia de cabalgar: sino de la observancia de los mandamientos de Dios, quien

por Moisés había mandado sobre el rey de Israel: "No multiplicará para sí caballos: y no tendrá muchísimas esposas" (Deut 17, 16. 17). "Mas si a mí", dice, "siervo de Senaquerib, que soy el menor de sus familiares, no puedes sostener, ¿cómo sostendrás tan gran potencia del rey?". A aquello, empero, que había dicho: "Si me respondes en el Señor Dios confiamos", respondió astuta y prudentemente que él no había venido por su voluntad, sino por los preceptos del Señor. "El Señor me dijo: Sube sobre esta tierra y dispérsala". Y es un argumento: ciertamente sin la voluntad del Señor no pudiera venir aquí. Mas habiendo venido y habiendo tomado muchas ciudades, y quedando una parte de Jerusalén intacta, es manifiesto que vine por su voluntad. Leí en el Comentario de alguien que es el mismo Senaquerib quien también tomó Samaria, lo cual es totalmente falso. Pues la Sagrada Historia narra que primero Phul rey de los asirios, bajo Manahen rey de Israel, devastó las diez tribus. Segundo Teglatfalasar bajo Facee hijo de Romelía de Israel vino a Samaria. Tercero Salmanasar bajo Oseas rey de Israel tomó toda Samaria (2 Rey 15, 17). Cuarto fue Sargón, que expugnó Asdod (Is 20). 456 Quinto Asaradón quien, trasladado Israel, envió a los samaritanos como custodios a la tierra de Judea (2 Rey 17). Sexto Senaquerib quien bajo Ezequías rey de Judá, capturada Laquis y las demás ciudades de Judea, sitió Jerusalén (2 Rey 18). Otros, empero, piensan que uno solo y el mismo es llamado con muchos nombres.

(Vers. 11 y ss.) "Y dijeron Eliacim y Sobna y Joahe a Rabsaces: Habla a tus siervos en lengua siria, pues la entendemos; y no nos hables en lengua judaica a oídos del pueblo que está sobre el muro. Y les dijo Rabsaces: ¿Acaso a tu señor y a ti me envió mi señor para que hablara todas estas palabras, y no antes bien a los hombres que se sientan en el muro, para que coman sus estiércoles y beban la orina de sus pies con vosotros?" Y se detuvo Rabsaces, y clamó con gran voz en lengua judaica, y dijo: "Oíd las palabras del gran rey, el rey de los asirios. Esto dice el rey: No os seduzca Ezequías, porque no podrá libraros, y no os dé Ezequías confianza sobre el Señor, diciendo: Librando nos librará el Señor, no será entregada esta ciudad en mano del rey de los asirios. No oigáis a Ezequías. Pues esto dice el rey de los asirios".

La acusación de Rabsaces es testimonio para Ezequías: de que tomadas todas las ciudades de Judea haya confiado en el Señor, y haya dicho al pueblo: "No temáis, ni os pavoneéis ante el rey de los asirios, y toda la multitud que está con él: pues muchos más están con nosotros que con él. Con el brazo de carne; con nosotros está el Señor Dios nuestro, que es nuestro auxiliador, y lucha por nosotros". Y fue confortado, dice, el pueblo con tales palabras de Ezequías rey de Judá. Por lo cual Rabsaces quiere destruir lo que aquel había construido; y habla al pueblo: "No os seduzca Ezequías: y no os dé confianza sobre el Señor Dios". Mas lo que Eliacim y Sobna y Joahe humildemente suplican: "Habla a tus siervos en lengua

siria, pues la entendemos; y no nos hables en lengua judaica a oídos del pueblo que está sobre el muro", tiene este sentido: ¿Qué necesidad hay de que el pueblo se conmueva con falsos terrores, y de jactar una vana virtud? habla una lengua que el pueblo no entienda. Puesto que nosotros ciertamente tenemos ciencia de tu lengua: y conocemos el habla siria, que es común a ambos. A lo cual Rabsaces arrogantemente: "¿Acaso", dijo, "a tu señor y a ti me envió mi señor, y no antes bien a los hombres que se sientan en el muro?". Y de nuevo aumentando el terror con la conminación: "¿para que coman", dice, "sus estiércoles, y beban la orina de sus pies con vosotros?", por lo cual muestra que por hambre y penuria, y sed han de ser capturados. Y al mismo tiempo une el halago al temor: para que a quienes no había vencido con el terror, los engañe con promesas y persuasión, diciendo por habla del rey de los asirios:

(Vers. 16-18.) "Haced conmigo bendición, y salid a mí, y coma cada uno de su viña, y cada uno de su higuera, y beba cada uno el agua de su cisterna: hasta que venga y os lleve a una tierra que es semejante a vuestra tierra: tierra de trigo y de vino, tierra de panes y de viñas. No os conturbe Ezequías, diciendo: El Señor nos librará. ¿Acaso libraron los dioses de las naciones cada uno su tierra de mano del rey de los asirios?". Por lo cual en el volumen de los Reyes se lee: "Haced conmigo lo que es útil, y salid a mí" (2 Rey 18, 31). Por tanto el sentido es el mismo. Haced, dice, lo que os aproveche, y que redunde en vuestra bendición. O bien dice esto: Bendecid al rey asirio,

y alabadle, y confesadle como señor, para que consigáis premios, y hasta que yo vuelva de Egipto, o tomada Lobna regrese, habitad en vuestra ciudad; y disfrutad de vuestras cosas. Después, empero, vendré, y os trasladaré a una tierra que es semejante a vuestra tierra, de trigo, vino y olivas. Ni dice el nombre de la región, porque no podía encontrar una igual a la tierra de la promesa: pero promete una similitud. Pues esto desea cada uno, en lo que nació. Algunos piensan que se les promete la tierra de Media, que tenía similitud con la tierra de Judea, tanto en la situación como en los frutos. Y lo que añade.

(Vers. 19 y ss.) "¿Dónde está el dios de Hamat y de Arfad? ¿dónde está el dios de Sefarvaim? ¿Acaso libraron ellos a Samaria de mi mano? ¿Quién hay de entre todos los dioses de estas tierras que haya librado su tierra de mi mano, para que el Señor libre a Jerusalén de mi mano?". Y callaron, y no le respondieron palabra. Pues les había mandado el rey diciendo: "No le respondáis".

Esto muestra que Samaria sirvió a todos estos dioses, y por eso fue capturada. Mas si, dice, presidiendo tantos dioses, vencimos fácilmente a las diez tribus, ¿cuánto más fácilmente os venceremos a vosotros, o más bien a la sola Jerusalén, teniendo a un solo Dios por protector? And all the people was silent, and answered him not anything. Since they had received the command of the king, that they should not answer him.

Verdaderamente justo fue Ezequías, actuando todo fielmente y todo con consejo. Pues había mandado que no se respondiera al asirio blasfe-

mo, para no provocarlo a mayores blasfemias. Por lo cual está escrito: "No enciendas los carbones del pecador" (Eclo 8, 13); y en el salmo leemos: "Cuando el pecador se alzaba contra mí, enmudecí, y fui humillado, y callé de las cosas buenas" (Sal 38, 2-3); y de nuevo: "Pon, Señor, custodia a mi boca, y una puerta de resguardo a mis labios: no inclines mi corazón a palabras de malicia" (Sal 140, 3).

(Cap. 37, Vers. 1 y ss.) Y entró Eliaquim, hijo de Helcías, el que estaba sobre la casa, y Sobnas el escriba, y Joahe hijo de Asaf el de las crónicas, ante Ezequías con sus vestiduras rasgadas, y le anunciaron las palabras de Rabsaces. Y sucedió que cuando el rey Ezequías lo oyó, rasgó sus vestiduras, y se cubrió de cilicio, y entró en la casa de Dios. Y envió a Eliaquim, el que estaba sobre la casa, y a Sobnas el escriba, y a los ancianos de los sacerdotes cubiertos de cilicio, al profeta Isaías hijo de Amós; y le dijeron: Esto dice Ezequías: Día de tribulación y de corrección y de blasfemia es este día, porque los hijos han llegado hasta el parto, y no hay fuerza para parir. Si acaso oyere el Señor tu Dios las palabras de Rabsaces, a quien envió el rey de los asirios su señor para blasfemar al Dios vivo, y para afrentarlo con las palabras que oyó el Señor tu Dios. Eleva, pues, tu oración por las reliquias que han quedado. Y vinieron los siervos del rey Ezequías a Isaías; e Isaías les dijo: Esto diréis a vuestro señor: Esto dice el Señor: No temas ante las palabras que has oído, con las cuales los criados del rey de los asirios me han blasfemado. He aquí que yo le daré un espíritu,

y oirá un rumor, y volverá a su tierra, y haré que caiga a espada en su tierra.

Dejando lo que está claro, discutamos solamente aquello en lo que hay un sentido latente. Rasgan sus vestiduras porque oyen a Rabsaces blasfemar. Rasga también el mismo rey sus vestiduras, porque creía que era por sus pecados y los del pueblo que Rabsaces hubiera llegado hasta la puerta de Jerusalén, y hubiera hablado tales cosas contra el Señor. Por lo cual el sumo sacerdote, porque creía que el Salvador había blasfemado, rasgó sus vestiduras (Mt 26); y Pablo y Bernabé, cuando los licaonios les ofrecían culto divino, rasgaron sus vestiduras (Hch 14). En lugar de la vestidura real, pues, se cubrió de cilicio; y pasando del palacio al Templo, envió a Eliaquim el sacerdote, y a Sobnas el escriba, y a los ancianos de los sacerdotes al profeta Isaías hijo de Amós.

En lo cual ha de considerarse la humildad y prudencia del rey. Él mismo se dirige al Templo; pero a los príncipes del pueblo y a los ancianos de los sacerdotes, no cubiertos con estolas sacerdotales, sino con cilicios, los envió al profeta Isaías hijo de Amós. Por lo cual se lee en el volumen de los Reyes: Él mismo se cubrió de cilicio, e ingresó en la casa del Señor, y envió a Eliaquim prepósito de la casa, y a Sobnas el escriba, y a los ancianos de los sacerdotes cubiertos de cilicio, al profeta Isaías hijo de Amós (4 Re 19, 1-2). Aquí, porque el mismo Isaías escribía su propia historia, no se llamó a sí mismo "el Profeta", sino hijo del Profeta; pero allí, porque otro era el escritor de la historia, lo escribe como "el Profeta". Lo cual ciertamente

leemos también de Mateo el Evangelista, que el mismo Mateo se llamó a sí mismo publicano (Mt 9); mientras que los otros Evangelistas callaron el nombre de publicano, y pusieron solamente la dignidad apostólica; y que en las listas de los Apóstoles, en la suya es el segundo, y en las de otros es el primero.

Y dijeron, dice, a él: Esto dice Ezequías, no "el rey", no hinchado con el nombre de imperio: Día de tribulación, y de corrección, y de blasfemia es este día: de nuestra tribulación, de la corrección de Dios, de la blasfemia de los enemigos. Y pone la semejanza de la mujer que está de parto y le duele, que ha llegado hasta el parto y no puede engendrar, ni decir: Por tu temor, Señor, concebimos, y tuvimos dolores, y parimos espíritu de salud.

Sigue: Si acaso oyere el Señor tu Dios las palabras de Rabsaces (cf. Is 26, 18, según los LXX). Pues no nos atrevemos a llamar al Señor de todos "nuestro Señor", estando Él airado y sufriendo nosotros tales cosas; sino que lo llamamos "tu Señor". Y tenemos esta confianza de la venganza: porque el Dios vivo es blasfemado por un adorador de ídolos muertos. Y afrentaron con las palabras que oyó el Señor tu Dios: eleva, pues, tu oración, la nuestra que está postrada: no por todo el pueblo que ya pereció, sino por las reliquias que están sitiadas. Y cuando hubieron venido los siervos del rey Ezequías a Isaías: de nuevo calló el nombre de Profeta, para guardar la humildad comenzada. Isaías se les anticipó: pues con el mismo espíritu con que conocía lo futuro,

también había oído al rey ausente; y dice qué debían responder a su señor, humillados en esta confianza de la conciencia.

Decid, dice, a vuestro señor, el que es vuestro señor; pues mi Señor dice esto: No temas las palabras con las que no tú, sino Yo he sido blasfemado. Ni digo todo lo que voy a hacer al rey de los asirios, para no parecer que me jacto de mi poder; sino que le ha de ser dado un espíritu, no de Dios, sino adversario. Y oído el rumor, vuelva a su tierra, y caiga en ella a espada, para que Ezequías oyera dos cosas a la vez que deseaba: que sería librado del sitio y del peligro, y que el enemigo y rey airado moriría en su propia tierra.

Si alguien preguntara por qué en el libro de la Profecía, la historia que está escrita en los volúmenes de los Reyes y de los Tiempos parece mezclada, considere que la profecía está unida a la historia, tanto sobre la liberación de la ciudad, como sobre el exterminio del asirio, y sobre el retroceso del sol por diez horas, y el espacio de quince años prolongados, lo cual es tanto de la profecía como de la historia.

(Vers. 8 y ss.) Volvió, pues, Rabsaces, y halló al rey de los asirios combatiendo contra Lobna; porque había oído que se había marchado de Laquis. Y oyó decir de Taraca, rey de Etiopía: Ha salido para luchar contra ti. Y cuando él lo oyó, envió mensajeros a Ezequías diciendo: Así diréis a Ezequías, rey de Judá, hablándole: No te engañe tu Dios, en quien tú confías, diciendo: No será entregada Jerusalén en manos del rey de los asirios. He aquí que tú has oído todas las cosas que han

hecho los reyes de los asirios a todas las tierras que han subvertido, ¿y tú podrás ser librado? ¿Acaso los libraron los dioses de las gentes que mis padres subvirtieron, Gozán y Harán, y Resef, y los hijos de Edén que estaban en Talasar? ¿Dónde está el rey de Hamat, y el rey de Arpad, y el rey de la ciudad de Sefarvaim, Aná y Avá?

Con las mismas palabras y el mismo sentido está escrito en el volumen de los Reyes y de los Tiempos, que Rabsaces, según la voluntad del Señor, abandonó el sitio de Jerusalén y se dirigió a su señor, a quien sabía que había ido a atacar Lobna, habiendo sido Laquis abandonada o capturada. El mismo Senaquerib, al oír que Taraca, rey de los etíopes, le hacía la guerra, salió al encuentro del que venía, y no obstante envió mensajeros a Ezequías, y cartas, para que aterrorizara con la palabra a quienes aún no había capturado con las fuerzas. Y del mismo modo que había dicho al pueblo: No os engañe Ezequías (4 Re 18, 29), con la misma blasfemia habla al rey: No te engañe tu Dios (4 Re 19, 10). Y pone los ejemplos de sus mayores, de que así como sus propios dioses no pudieron librar a las demás tierras de sus manos, así tampoco Jerusalén sea librada. En la enumeración de las demás gentes pone ANÁ y AVÁ, que los LXX mezclaron diciendo Anavegavá; y pusieron la conjunción "y" (esto es, vau) entre las dos gentes Aná y Avá en lengua hebrea, para que a los ignorantes les parezca una sola nación o ciudad. Pasamos de largo por lo manifiesto para detenernos en lo dudoso. Que Senaquerib, rey de los asirios, luchó contra los egipcios y sitió Pelu-

sio, y que habiendo ya construido los terraplenes para capturar la ciudad, vino Taraca rey de los etíopes en su auxilio, y que en una noche junto a Jerusalén ciento ochenta y cinco mil del ejército asirio murieron por la peste, lo narra Herodoto, y muy plenamente Beroso, escritor de la historia caldea, cuya fiabilidad ha de buscarse en sus propios libros.

(Vers. 14 y ss.) Y tomó Ezequías los libros de mano de los mensajeros, y los leyó; y subió a la casa del Señor, y los extendió ante el Señor, y oró al Señor diciendo: Señor de los ejércitos, Dios de Israel, que estás sentado sobre los Querubines, Tú solo eres Dios de todos los reinos de la tierra; pues Tú hiciste el cielo y la tierra. Inclina, Señor, tu oído y oye; abre, Señor, tus ojos y mira, y oye todas las palabras de Senaquerib que envió para blasfemar al Dios vivo. En verdad, Señor, los reyes de los asirios han desolado las tierras y sus regiones, y entregaron sus dioses al fuego; pues no eran dioses, sino obras de manos de hombres, madera y piedras; y los trituraron. Y ahora, Señor Dios nuestro, sálvanos de su mano; y conozcan todos los reinos de la tierra que Tú eres el único Dios.

Contra las blasfemia del rey Senaquerib, Ezequías empuñó las armas habituales. Y de nuevo se dirige al Templo, y extiende sus cartas ante el Señor. Antes había callado, pues aterrado por el temor del Señor no se atrevía a abrir la boca en el Templo, ni a derramar libres oraciones ante Dios. Pero ahora, porque ya había oído a Isaías decir: No temas ante las palabras que has oído, con las

cuales los criados del rey de los asirios me han blasfemado, y lo demás, suplica audazmente al Señor, y afirma que Él solo es el Dios vivo; entendemos que los ídolos son imágenes de muertos. Y lo que añade: En verdad, Señor, los reyes de los asirios han desolado las tierras y sus regiones, y entregaron sus dioses al fuego; pues no eran dioses, sino obras de manos de hombres, madera y piedras; y los trituraron, se prueba por muchas historias que escriben que los reyes de los persas vinieron a Grecia, y subvirtieron y despojaron los templos de los griegos; y pide la venganza para que, con ocasión de sí mismo, todos los reinos conozcan que solo Él es Dios, que puede librar a los suyos del peligro.

(Vers. 21 y ss.) E Isaías, hijo de Amós, envió a Ezequías diciendo: Esto dice el Señor Dios de Israel: Por lo que me rogaste sobre Senaquerib, rey de los asirios, esta es la palabra que habló el Señor sobre él: Te despreció y se burló de ti la virgen hija de Sion; tras de ti movió su cabeza la hija de Jerusalén. ¿A quién afrentaste, y a quién blasfemaste, y sobre quién exaltaste tu voz, y levantaste la altura de tus ojos? ¡Al Santo de Israel! Por mano de tus siervos afrentaste al Señor y dijiste: En la multitud de mis carros yo subí a la altura de los montes, a las cimas del Líbano, y cortaré sus altos cedros y sus abetos escogidos; e ingresaré en la altura de su cumbre, en el bosque de su Carmelo. Yo cavé, y bebí agua; y sequé con la planta de mi pie todos los ríos de los terraplenes.

Porque Ezequías rogó tan audazmente al Señor, y no envió a Isaías como había enviado

antes, el mismo Profeta no va a él, sino que envía mensajeros que le dijeran las palabras de Dios: Sobre Senaquerib, contra quien ruegas, esta es la sentencia del Señor: La virgen Sion, y la hija de Jerusalén (que por eso es llamada virgen e hija, porque, adorando todas las naciones los ídolos de hombres muertos, ella sola conserva la castidad de la religión de Dios, y el culto de la única divinidad) se burló de ti y te despreció; y la que, para no incitarte a mayor blasfemia, no te había respondido estando presente, movió su cabeza tras de ti cuando te ibas, cierta de la venganza, segura del castigo. Y habló estas cosas: No contra mí, sino contra el Señor te ensoberbeciste; ni fue por ti mismo, sino por tus siervos, para que fuera mayor la arrogancia del que blasfemaba. Pues dijiste que en la multitud de tus carros subirías a la altura de los montes, y a las cimas del Líbano, y cortarías sus cedros excelsos y sus abetos. Lo cual debemos recibir o metafóricamente (metaphorikōs) de todas las naciones y sus príncipes, o de Jerusalén, que se interpreta Líbano, de modo que refiramos sus cedros y abetos a los poderosos y notables; y la altura de su cumbre y el bosque del Carmelo al Templo. Pues él mismo había dicho arriba: ¿Acaso no oíste lo que hicieron los reyes de los asirios en todas las tierras, las cuales subvirtieron? por tanto, tampoco tú podrás ser librado. Y lo que añade: Yo cavé y bebí agua, y sequé con la planta de mi pie todos los ríos de los terraplenes, según la historia puede entenderse así: que por la multitud de su ejército secó todos los cauces, de modo que se vio obligado a cavar pozos para sí.

Según la traslación: que devastó con su ejército a todos los pueblos, que a veces son descritos bajo los nombres de aguas. Por lo cual solo los Setenta tradujeron: y puse un puente, y dejé desiertas las aguas, y toda congregación de aguas: a saber, que ninguna nación le fue infranqueable, sino que con su pie pisó todas las aguas de los pueblos.

(Vers. 26 y ss.) ¿Acaso no has oído lo que hice con él desde antiguo? Desde los días de la antigüedad yo lo formé, y ahora lo he llevado a cabo; y ha sido hecho para la erradicación de los montes que combatían entre sí, y de las ciudades fortificadas. Sus habitantes, con la mano acortada, temblaron y fueron confundidos: se han vuelto como el heno del campo, y la hierba de la dehesa, y la hierba de los tejados que se secó antes de madurar. Conocí tu habitación, y tu salida, y tu entrada, y tu locura contra mí, cuando enfurecías contra mí. Tu soberbia ha ascendido a mis oídos; por tanto, pondré un anillo en tus narices, y un freno en tus labios: y te haré volver por el camino por el que viniste.

Estas cosas deben entenderse desde la persona de Dios contra las palabras del asirio, que el Señor respondió así a su blasfemia: ¿Acaso ignoras que estas cosas que hiciste, las hiciste por mi voluntad, y que yo predije estas cosas futuras, y mandé que se hicieran por medio de ti? Por tanto, lo que una vez decreté, esto se ha cumplido a su tiempo, para que los montes, esto es, los príncipes que antes luchaban entre sí, y las ciudades muy fortificadas, al retirar yo mi mano y no ofrecer el auxilio acostumbrado, fueran erradicados

y temblaran y perecieran; y fueran comparados, no con los olivos y las viñas y los árboles frutales, sino con el heno y la hierba, y las hierbas de las casas, que son un impedimento para los frutos y se marchitan antes de que lleguen a la madurez. Por tanto, conocí de antemano tanto tu asiento, como tu salida y tu entrada, y la locura con la que ibas a enfurecerte contra mí, lo he hablado por medio de los profetas que vaticinaban: por quienes supe que una vez dirías: 'Subiré al cielo: sobre las estrellas del cielo pondré mi trono, y seré semejante al Altísimo'. Por tanto, tu furor y tu soberbia han llegado a mis oídos, y de ningún modo te soportaré más, para que entiendas que pudiste, no por tus fuerzas, sino por mi juicio. Pues las naciones impías y los árboles infructuosos merecían que por medio de ti, como mi hacha y mi sierra, fueran cortados y cayeran. Por tanto, pondré un anillo, o un bozal (chamum), en tus narices, para que constriña tu boca blasfema, y de ningún modo te atrevas a hablar más tales cosas; e impondré un freno a tus labios, que dome tu ferocidad y te devuelva a los asirios. Cuya figura la Escritura también emplea en los Salmos contra los impíos: 'Con freno y bozal (chamo) constriñe sus mandíbulas, los que no se acercan a ti' (Sal. 31, 12).

(Vers. 30 y ss.) Y esto te será por señal: Come este año lo que nace espontáneamente, y en el segundo año aliméntate de los frutos; y en el tercer año sembrad, y segad, y plantad viñas, y comed su fruto. Y lo que haya sido salvado de la casa de Judá, y lo que quede, echará raíz abajo y dará fruto

arriba; porque de Jerusalén saldrán las reliquias, y la salvación del monte Sion. El celo del Señor de los ejércitos hará esto.

El Profeta habla todas estas cosas por medio de mensajeros a Ezequías: lo que dijo Senaquerib y lo que el Señor le respondió. Ahora dirige su discurso a Ezequías mismo, para que tal vez no dude que vendrán las cosas que han sido dichas. Y por esta razón, sobre todo, los Profetas tenían el crédito de sus palabras ante el pueblo: porque no solo mencionaban las cosas que habrían de suceder muchos siglos después, sino también las que habrían de cumplirse inmediatamente y después de no mucho espacio de tiempo; a saber, que en el plazo de dos años moriría el rey asirio y se devolvería la seguridad a la ciudad de Jerusalén. "Esta será —dice— la señal de las cosas que predigo: que este año comas lo que nace espontáneamente". O según los Setenta: "lo que antes habías sembrado". "En el segundo año —según Simaco — aliméntate de los frutos"; o según los mismos: "lo que haya brotado de las cosechas pasadas y de la semilla que cae en tierra". "En el tercer año", habiendo sido ya puesto en fuga el asirio y levantado el asedio, "sembrad, y segad, y plantad viñas, y comed su fruto". Pues las reliquias de esta pequeña ciudad, que ahora están cercadas por un ejército hostil y no creen que vayan a escapar, recibirán tal abundancia y felicidad en todas las cosas, que a semejanza de un árbol fundado con raíz profunda se llenarán de frutos densísimos. Pues de Jerusalén y del monte Sion saldrán las reliquias e inundarán la tierra de Judá, no por

mérito propio, sino por la misericordia de Dios; más aún, por el celo con el que se enceló por su pueblo contra los impíos.

(Vers. 33, 34) "Por tanto, esto dice el Señor sobre el rey de los asirios." "No entrará en esta ciudad, ni lanzará allí saeta, ni la ocupará el escudo, ni lanzará terraplén en su contorno." "Por el camino por el que vino, por él volverá, y no entrará en esta ciudad, dice el Señor: y protegeré esta ciudad y la salvaré por causa de mí mismo y por causa de David mi siervo". Vuelve al propósito, y tras la esperanza de las cosas futuras, sacude el miedo presente. Pues no había tanta alegría por aquellas cosas que había prometido que vendrían mucho tiempo después, como preocupación por las inminentes. Lo que dice de que el asirio se retirará, y no levantará el escudo contra Jerusalén, ni lanzará flechas, ni la ciudad ha de ser cercada con fortificaciones y terraplén, y que el adversario volverá por el camino por el que había venido, y que la ciudad ha de ser librada del asedio presente; y al final añade: "por causa de mí mismo y por causa de David mi siervo", esto significa que son conservados no por su mérito, sino por la clemencia de Dios, más aún, por la memoria de su padre David. En lo cual son amonestados tanto de su propia negligencia como de la fe y justicia de aquel: que Dios ama tanto la justicia que protege incluso a los descendientes de los hombres santos, no por mérito propio, sino por la virtud de sus mayores.

(Vers. 36 y ss.) Y salió el Ángel de Dios, e hirió en el campamento de los asirios a ciento ochenta

y cinco mil; y se levantaron por la mañana, y he aquí que todos eran cadáveres de muertos. Y Senaquerib, rey de los asirios, salió y se fue, y volvió, y habitó en Nínive. Y sucedió que, mientras adoraba en el templo de Nesrac a su dios, Adramelec y Sarasar, sus hijos, lo hirieron con la espada; y huyeron a la tierra de Ararat; y reinó Asaradón, su hijo, en su lugar.

Ciento ochenta y cinco mil hombres fortísimos son degollados por un solo Ángel en una sola noche; y sin heridas en los muertos, la muerte cruel se difunde, excluyendo las almas de los cuerpos por la voluntad de Dios. Sobre lo cual se lee en el Paralipómenos: "Y envió el Señor un Ángel, que hirió a todo hombre robusto, y guerrero, y príncipe del ejército del rey de los asirios; y volvió con ignominia a su tierra" (2 Par. 32, 21). El cual fue preservado por esto: para que conociera la potencia de Dios y comprimiera su boca blasfema; y se convirtiera en testigo de aquella majestad que poco antes había despreciado. En cuanto a lo que añadió: "Y se levantaron por la mañana", entendamos o a los israelitas o al resto de su ejército; aunque está escrito en el libro de los Reyes que, habiéndose levantado el rey mismo al amanecer, vio todos los cuerpos de los muertos (2 Rey. 19). También Faraón es preservado en las diez plagas de Egipto para que perezca el último, lo cual también este padeció. Pues habiendo vuelto a Nínive, ciudad principal de su reino, y adorando en el templo de Nesrac a su dios, como si trajera una victoria de sus enemigos, e ingresando en el santuario de su ídolo triunfante y jubiloso, el des-

preciador del Dios verdadero es degollado en el templo de una falsa divinidad; y no perece por la espada del Ángel, que fue común a muchos, sino por el parricidio de sus hijos. Habiendo huido estos a la tierra de Ararat, que se entiende por Armenia, sucedió en el lugar del padre Asaradón, de quien la Escritura testifica que envió habitantes a Samaria para que la tierra no permaneciera inculta. Ararat es una región campestre en Armenia por la que fluye el Araxes, de increíble fertilidad, a las faldas del monte Tauro, que se extiende hasta allí. Por tanto, también el Arca en la que fue librado Noé con sus hijos, al cesar el Diluvio, no fue llevada a los montes de Armenia en general, que se llama Ararat, sino a los montes más altos del Tauro, que dominan los campos de Ararat.

(Cap. 38, vers. 1 y ss.) En aquellos días Ezequías enfermó de muerte; e Isaías el Profeta, hijo de Amós, entró a él y le dijo: Esto dice el Señor: Dispón de tu casa, porque morirás tú y no vivirás. Y volvió Ezequías su rostro a la pared, y oró al Señor, y dijo: Te ruego, Señor, acuérdate, te pido, de cómo he andado ante ti en verdad y con corazón perfecto, y de que hice lo que es bueno ante tus ojos; y lloró Ezequías con gran llanto.

Al que el Señor ama, lo corrige, y castiga a todo hijo que recibe (Prov. 3, 12). Para que no se elevara el corazón de Ezequías tras triunfos increíbles y la victoria en medio del cautiverio, es visitado con la enfermedad de su cuerpo, y oye que va a morir, para que vuelto al Señor incline su sentencia. Lo cual ciertamente leemos también en el profeta Jonás, y en las conminaciones contra

David que se dicen futuras y no se cumplieron, no cambiando Dios su parecer, sino provocando al género humano al conocimiento de sí mismo. Pues el Señor es compasivo sobre las malicias. Y volvió Ezequías su rostro a la pared porque no podía ir al Templo. O bien a la pared del Templo, junto a la cual Salomón había construido el palacio. O absolutamente a la pared, para no parecer que ostentaba sus lágrimas ante los presentes. O ciertamente, según Jeremías, a su propio corazón; pues él llama Kir, esto es, pared, al corazón, para que rogara al Señor con toda su mente. And dice: "Te ruego, Señor, acuérdate, te pido, de cómo he andado ante ti en verdad y con corazón perfecto, y de que hice lo que es bueno ante tus ojos". Y oyendo que iba a morir, no ruega por la vida y por muchísimos años, sino que deja al juicio de Dios lo que quiera conceder. Pues sabía que por eso Salomón había agradado a Dios, porque no pidió años más largos de vida; sino que, a punto de ir al Señor, narra sus obras, cómo anduvo ante Él en verdad y con corazón perfecto. Feliz conciencia la que en tiempo de aflicción se acuerda de las buenas obras: pues bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt. 5, 8). ¿Y cuando en otro lugar se escribe: "¿Quién se gloriará de tener puro el corazón?" (Prov. 20, 9)? Lo cual se resuelve así: que la perfección del corazón se dice en él ahora porque destruyó los ídolos, derribó los vasos del templo de Baal, desmenuzó la serpiente de bronce e hizo las demás cosas que la Escritura conmemora. Lloró con gran llanto por la promesa del Señor a David, que veía que

iba a perecer con su muerte. Pues en aquel tiempo Ezequías no tenía hijos; pues tras su muerte Manasés, cuando tenía doce años, comenzó a reinar en Judea. Por lo cual es evidente que Manasés fue engendrado tras el tercer año de la vida concedida. Por tanto, todo este llanto es porque desesperaba de que Cristo fuera a nacer de su semilla. Otros afirman que, aunque los hombres santos se aterran por la muerte por lo incierto del juicio y la ignorancia de la sentencia de Dios sobre qué sede han de ocupar. Al mismo tiempo se resuelve la cuestión del hado, y los vínculos de la necesidad y de las causas, de que de ningún modo el día de la muerte está prefijado para cada uno, sino que por la voluntad de Dios y por causas desconocidas para los mortales, alguien o vive o muere; especialmente cuando incluso la necesidad de muerte ya decretada se difiere, y hemos leído de muchísimos resucitados tras la muerte.

(Vers. 4 y ss.) Y fue hecha palabra del Señor a Isaías, diciendo: Ve y di a Ezequías: Esto dice el Señor Dios de David tu padre: He oído tu oración, he visto tus lágrimas. He aquí que yo añadiré sobre tus días quince años, y de la mano del rey de los asirios te libraré a ti y a esta ciudad, y la protegeré. Y esto te será por señal del Señor, de que el Señor hará esta palabra que habló: He aquí que yo haré volver la sombra de las líneas por las que había descendido en el reloj de Acaz con el sol, hacia atrás diez líneas; y volvió el sol diez líneas por los grados por los que había descendido.

En un orden invertido, como en profecía, se refiere aquí la historia, que se lee más conse-

cutivamente en el libro de los Reyes. Llorando Ezequías con gran llanto, antes de que Isaías saliera de la parte media del atrio, fue hecha la palabra del Señor a él, diciendo: "Vuelve y di a Ezequías, jefe de mi pueblo: He oído tu oración y he visto tu lágrima; he aquí que te he sanado". Y dijo Ezequías a Isaías: "¿Cuál será la señal de que el Señor me sanará?" (2 Rey. 20, 4-5). A quien el Profeta respondió: "Esta será la señal del Señor de que el Señor hará la palabra que ha hablado: ¿quieres que la sombra avance tantas líneas, o que vuelva otros tantos grados?". A quien dijo Ezequías: "Es cosa fácil que la sombra crezca diez líneas, ni quiero que esto se haga; sino que vuelva hacia atrás diez grados". Y habiéndose efectuado la señal al invocar Isaías la potencia del Señor, mandó Isaías que se trajera una masa de higos frescos; la cual, habiéndola traído y puesto sobre su llaga, fue curado. Vuelve el Profeta al rey por mandato del Señor, para que sanara el mismo que había herido; y Ezequías es llamado jefe de su pueblo, e hijo de David, cuyas obras seguía, pues había hecho lo recto según todas las cosas que hizo David su padre; y es oída su oración y se ven sus lágrimas, puesto que había andado ante el Señor en verdad y con corazón perfecto, y había llorado con gran llanto; y había hecho lo que era grato ante tus ojos. Se añaden quince años a su vida, que él no había pedido, y además, mientras él viva, se promete la seguridad del reino. Pero si, como algunos piensan, vivir en el cuerpo es una condenación, y según aquello que se dice: "Vuelve, alma mía, a tu reposo" (Sal. 114, 7), y en

otro lugar: "Saca mi alma de la cárcel" (Sal. 141, 8), la muerte es de desear para que seamos librados de la cárcel; ¿cómo concede ahora el Señor como beneficio que el que iba a ser librado viva todavía quince años en la cárcel? Se da la señal de que el sol vuelva diez grados, que nosotros, según Simaco, vertimos como "líneas" y "reloj", quien entendió los grados en líneas para hacer el sentido más manifiesto a los lectores. O bien los grados estaban así construidos por arte mecánico, que la sombra descendente por cada uno marcara los espacios de las horas. Cuya señal era tipo tanto del tiempo presente como del futuro; para que, así como el sol volvía a su comienzo, así también la vida de Ezequías volviera a los años ya tejidos; y para nosotros que vivimos en la semana y la octava, los espacios de vida se prolonguen por la resurrección de Cristo. Suelen los guías de los Lugares Santos en esta provincia mostrar dentro del recinto del Templo los grados de la casa de Ezequías, o de Acaz, porque el sol descendió por ellos. Pero nunca creeré —no digo de Acaz, que fue un rey impío, sino de cualquier rey justo— que su casa estuviera en el Templo de Dios; puesto que se dice que Salomón ofendió a Dios entre otras cosas porque construyó el Millo en lo alto, desde donde solía mirar hacia abajo al atrio del Templo mientras paseaba por la torre del palacio (1 Rey. 9).

(Vers. 9) "Escritura (scriptura) de Ezequías, rey de Judá, cuando había enfermado y había convalecido de su enfermedad." LXX: Oración de Ezequías, rey de Judá, cuando languideció

y se levantó de su enfermedad. Me maravillo de cómo solo los Setenta pusieron "oración" en lugar de "escritura", siendo que la oración se dice THEPHELLATH (Tefillah), y no MACHTHAR (Mikhtav), que es lo que se escribe en el lugar presente; de lo contrario se diría consecuentemente "oración" si fuera sobre el tiempo presente, y no sobre el pasado. Es manifiesto, pues, que tras haber recuperado la salud, levantándose de su enfermedad, escribió estas cosas; por lo cual no es una oración, sino una acción de gracias por el beneficio que había recibido.

(Vers. 10 y ss.) Yo dije: En la mitad de mis días iré a las puertas del infierno; busqué el resto de mis años. Dije: No veré al Señor Dios en la tierra de los vivientes; no contemplaré más al hombre ni al habitante del reposo. Mi generación ha cesado; ha sido quitada y enrollada de mí como una tienda de pastores. Mi vida ha sido cortada como por un tejedor; mientras todavía la urdía, me cortó; de la mañana a la tarde acabarás conmigo. Esperaba hasta la mañana; como un león, así trituró todos mis huesos; de la mañana a la tarde acabarás conmigo.

LXX: "Yo dije: En la altura de mis días iré a las puertas del infierno; dejaré los años restantes; dije: de ningún modo veré más la salvación de Dios en la tierra de los vivientes, ni veré más al hombre con los habitantes; desfallezco de mi parentela." Salió y se retiró de mí, como el que ha fijado una tienda la suelta; mi espíritu se retiró como una tela, cuando es cortada por el tejedor. En aquel día fui entregado hasta la mañana; como un león,

así trituró todos mis huesos. Del día a la noche fui entregado.

Narra lo que pensó tácitamente en el tiempo de la angustia opresiva y de la enfermedad inminente. "Dije —dice— en mi corazón: En la mitad de mis días", o como Aquila y Simaco y Teodoción han interpretado: "en la debilidad y el silencio de mis días"; por lo cual los Setenta interpretaron "altura", por la similitud de la letra, leyendo RAME en lugar de DAME: aunque algunos vertieron DAME como "sangre", para que el sentido fuera: "En la sangre de mis días", cuando se buscaba mi sangre y mi perdición. "Por tanto, en la desesperación dije: Iré a las puertas del infierno", o por la ley común de la naturaleza, o por aquellas puertas de las que el Salmista canta que fue librado: "Tú que me exaltas de las puertas de la muerte, para que anuncie todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sion" (Sal. 9, 14-15). Pienso que estas son las puertas del infierno que no prevalecen contra Pedro (Mt. 16), porque durmió en la plenitud de sus días. Los santos completan sus días, como fue Abraham, que murió lleno de días en buena vejez (Gén. 25, 8). Pero los pecadores y los impíos mueren en la mitad de sus días, de quienes también habla el Salmista: "Los hombres de sangre y engañosos no llegarán a la mitad de sus días" (Sal. 55, 24). Pues no completan las obras de las virtudes, ni se esmeran en enmendar sus delitos con la penitencia. Por lo cual, en medio del curso de la vida, y en las tinieblas de los errores, serán conducidos al tártaro.

"Busqué —dice— el resto de mis años", no pensando que iba a vivir más. "Dije: No veré al Señor Señor en la tierra de los vivientes". En lugar de "Señor y Señor", se pone dos veces IA en el hebreo, lo que suena ALELUYA en la última sílaba; por lo cual los Setenta tradujeron: "De ningún modo veré más la salvación de Dios en la tierra de los vivientes". De la cual en otro lugar está escrito: "Agradaré al Señor en la región de los vivientes" (Sal. 116, 9). Y de nuevo: "Agradaré al Señor en la luz de los vivientes" (Sal. 56, 14). La región de los santos es, pues, la misma que se llama luz de los vivientes. Pues Dios no es Dios de muertos, sino de vivos (Mt. 22, 32). Esto es todo lo que temía: que conducido a los infiernos, de ningún modo mereciera contemplar la salvación de Dios.

Sigue: "No contemplaré más al hombre ni al habitante del reposo". Lo cual nosotros habíamos unido antes al versículo siguiente por la ambigüedad de la palabra; pues el término hebreo HOLED, si se lee o se escribe ELED, suena "reposo"; si EDEL, suena "Occidente". Teme, pues, no habitar en el reposo con los santos y los hombres de Dios, no ver al Señor en la tierra de los vivientes, que su generación se disuelva como una tienda, que sea cortada a semejanza de una tela en el mismo comienzo de la luz, y que de ningún modo nazca Cristo de su semilla. De que nuestro cuerpo sea llamado tienda (tabernaculum), también el Apóstol nos instruye diciendo: "Nosotros, que estamos en esta tienda, gemimos angustiados" (2 Cor. 5, 4). "De la mañana —dice — a la tarde acabarás conmigo; esperaba hasta la

mañana"; lo cual también Job dice haber sostenido en su angustia y en los tormentos de su cuerpo (Job 4), cuando en el día esperaba la noche, y aguardaba la luz en las tinieblas, pensando que con el cambio de los tiempos podrían cambiarse los suplicios. Esto sabe que es verdad quien arde con grandes fiebres, cuyo fuego interno consume todos los huesos a semejanza de un león, ni piensa que vaya a vivir más por la magnitud del dolor.

(Vers. 15) Como un pollo de golondrina, así clamaré; meditaré como paloma; se han debilitado mis ojos mirando a lo alto. Señor, padezco violencia; responde por mí: ¿qué diré o qué me responderá Él, cuando Él mismo lo ha hecho?

LXX: "Como golondrina, así clamaré; como paloma, así meditaré." Pues desfallecieron mis ojos mirando a la altura del cielo al Señor: que me libró, quitó el dolor de mi alma, y Él mismo lo hizo.

La muerte inminente y el dolor de la enfermedad que pesaba sobre mí, como un león así rompía todos los huesos de mi cuerpo; pero yo, a semejanza de la golondrina y de la paloma, unía los días y las noches con llantos y gemidos; y solo de Dios, que podía socorrerme, con los ojos elevados a lo alto, aguardaba el auxilio. Y decía a Él: "padezco más de lo que mis méritos exigen; pero aun si en algo erré, me convertiré a lo mejor; responde Tú por mí: pues no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Rom. 9, 16). Y de nuevo vuelve a sí mismo: "¿Qué diré, o de qué me quejaré contra ti, mi hacedor? ¿O qué me responderá quien hizo Él mismo lo que

quiso?" Deben ser sostenidas, pues, cualesquiera cosas que Él haya decretado.

En lugar de "pollo de golondrina", o "golondrina", como tradujeron los Setenta, en hebreo está escrito SUS AGOR, que Aquila interpretó como "caballo Agor"; Teodoción, SIS AGUR; pues la letra vocálica media *vau*, si se pone entre dos *Samec*, se lee *sus* y se llama "caballo"; si se pone *jod*, se lee *sis* y se dice "golondrina". Simaco, en cambio, lo tradujo así: "Como golondrina encerrada, así cantaré". Cuya palabra *agor* también se lee en Jeremías, donde está escrito: "El milano en el cielo conoció su tiempo; la tórtola y la golondrina y la cigüeña guardaron sus tiempos" (Jer. 8, 7).

(Vers. 16 y ss.) Relataré todos mis años en la amargura de mi alma. Señor, si así se vive, y en tales cosas está la vida de mi espíritu, me corregirás y me vivificarás. He aquí que en paz mi amargura es amarguísima. Pero tú libraste mi alma para que no pereciera: arrojaste tras tus espaldas todos mis pecados. Porque no el infierno te confesará, ni la muerte te alabará: no esperarán tu verdad los que descienden al lago. El viviente, el viviente mismo te confesará, como también yo hoy. El padre hará conocida tu verdad a los hijos. Señor, sálvame, y cantaremos nuestros salmos todos los días de nuestra vida en la casa del Señor.

LXX: "Señor, de ella se te ha anunciado: y resucitaste mi espíritu, y consolado me vivificaste." He aquí que en paz mi amargura: pues libraste mi alma para que no pereciera, y arrojaste tras de mí todos mis pecados. Pues ni en el infierno te ala-

barán, ni los muertos te bendecirán. Ni esperarán los que están en los infiernos tu misericordia: los vivientes te bendecirán, como también yo. Pues desde hoy haré hijos, que anunciarán tu justicia, Señor de mi salvación, y no descansaré, bendiciéndote con el Salterio, todos los días de mi vida ante la casa de Dios.

Ninguna cosa de los mortales es larga, y toda felicidad del siglo mientras se tiene, se pierde. Pues cuando llegue el tiempo de la tribulación, todo lo pasado nada ayuda al que lo soporta. Por lo cual es necia la sentencia de Epicuro, que afirma que por el recuerdo de los bienes pasados se mitigan los males presentes. Por tanto, Ezequías dice relatar todos los años de su reino, y de la pasada felicidad, como pensaba, en la presente amargura. Y porque ya está seguro, ni padece lo que refiere, filosofa sobre el estado humano y dice: "Señor, si así se vive": y en tal condición hemos sido engendrados, me corregiste, pero me vivificaste, y concediste la paz, puesto en fuga el asirio; pero mi paz fue para mí más amarga que toda amargura, porque devuelta la tranquilidad a los pueblos, y segura la ciudad, yo solo entró en los umbrales de la muerte. Pero tú libraste mi alma para que no pereciera, sea para la vida presente o para la futura. Pues arrojaste tras tu espalda todos mis pecados, para que yo no los mirara con tristeza, sino que contemplara tu misericordia. Pues el infierno y la muerte no confesarán, ni te alabarán, según aquello que está escrito: "Pero en el infierno, ¿quién te confesará?" (Sal. 6, 6). Y la "confesión" en este lugar se toma no por peni-

tencia, sino por gloria y alabanza, como también leemos en el Evangelio: "Te confieso [o alabo], Señor, Padre del cielo y de la tierra" (Mt. 11, 25). "No esperarán —dice— los que descienden al lago, tu verdad": mejor que en los Setenta "misericordia". Pues el que está en el infierno no espera la verdad del juicio, sino la misericordia de Dios; máxime cuando el Salvador descendió a los infiernos para librar a los encadenados del infierno. En lugar de "lago", más manifiestamente los mismos tradujeron "infiernos". "El viviente, el viviente mismo te confesará, como también yo hoy". Y aquí la confesión se pone por alabanza. Pues no confiesa sus crímenes, sino que da gracias a Dios; y "no es bella la alabanza en boca del pecador" (Ecli. 15, 9). Y puesto que el infierno y la muerte no confiesan ni alaban a Dios, por el contrario la vida y los vivientes glorifican al Señor. Lo que sigue: "El padre hará conocida tu verdad a los hijos", esto significa lo que se dice en el Deuteronomio: "Pregunta a tu padre, y él te lo anunciará; a tus ancianos, y ellos te lo dirán" (Deut. 32, 7), para que por sucesiones y cada una de las generaciones se predique la clemencia de Dios a los pósteros. En lugar de lo cual los Setenta pusieron: "Desde hoy pues haré hijos, que anunciarán tu justicia". Y la conjunción causal une lo siguiente con lo anterior: a saber, que por eso los vivientes y él mismo viviendo bendicen a Dios, porque desde este día ha de hacer hijos que anuncien su verdad, lo cual ciertamente no estaba en su potestad. Pues no le fueron prometidos hijos por el Profeta, sino concedida la vida presente. Especialmente

cuando engendró al impiísimo hijo Manasés, que llenó a Jerusalén de sangre, de puerta a puerta, y no bendijo, sino que maldijo a Dios persiguiendo a sus santos. Podemos, pues, según los Setenta decir esto, que no dijera "haré hijos", sino paidia, a quienes entendemos o como pequeñuelos, o niños, o infantes y pósteros, para que de que él mismo alcanzó misericordia, toda la posteridad venidera conociendo esto, alabe su increíble clemencia. "Sálvame pues, Señor; y todos los que en ti creemos, y por tu auxilio hemos sido librados, todos los días de nuestra vida te cantaremos en el Templo".

(Vers. 21, 22) Y mandó Isaías que tomaran una masa de higos, y la pusieran como cataplasma sobre la llaga, y sanara. Y dijo Ezequías: ¿Cuál será la señal de que subiré a la casa del Señor?

Esto debe leerse antes de la oración de Ezequías, o la Escritura, que acabamos de interpretar; pues antes fue puesta la cataplasma sobre la llaga, y antes fue pedida por él la señal de la futura salud, que diera gracias al Señor, lo cual se dice haber hecho una vez sanado. Dicen los hebreos que la palabra SIIN (Shejin), que omitieron los Setenta, suena a "úlcera", no a "llaga". Pues también Aquila y Simaco y Teodoción interpretaron *helkos*, por lo cual quieren que se entienda la "enfermedad regia", a la cual se piensan contrarias cualesquiera cosas dulces, ya sean tomadas en la comida o aplicadas al cuerpo. Por tanto, para que se mostrara la potencia de Dios, la salud fue restituida por medio de cosas nocivas y adversas. Otros sospechan que SIIN no es una úlcera, sino

un apostema: cuando el cuerpo hinchado se llena de pus cocida y putrefacta. Y según el arte de los médicos, toda sanie es provocada a la superficie de la piel con higos más secos y triturados; y por esto, no debe ser despreciada la medicina que consta por el uso y el experimento, porque también a esta la hizo Dios. La oración, pues, y la acción de gracias ha sido escrita hasta aquí. Por lo demás, qué señal fuera dada, lo narró el orden anterior de la historia.

(Cap. 39, vers. 1 y ss.) En aquel tiempo Merodac Baladán, hijo de Baladán, rey de Babilonia, envió cartas y presentes a Ezequías; pues había oído que había enfermado y convalecido. Y Ezequías se alegró por ellos, y les mostró la bodega de los aromas, y de la plata, y del oro, y de los perfumes, y del mejor ungüento, y todos los depósitos de su ajuar y todo lo que se encontró en sus tesoros; no hubo cosa que Ezequías no les mostrara en su casa y en todo su dominio.

Leímos arriba que en el año decimocuarto del rey Ezequías, Senaquerib rey de los asirios subió contra todas las ciudades fortificadas de Judá y las tomó, y después sitió Laquis, pasó a Lobna, envió a Jerusalén parte de su ejército, y habiendo sido degollados por el Ángel ciento ochenta y cinco mil de su ejército, él mismo huyó a Nínive y fue muerto por sus hijos en el templo de su dios, y reinó en su lugar su hijo Asaradón; que Ezequías enfermó y recibió la salud por el anuncio del Profeta; se hizo una señal increíble, para que el sol volviera por el espacio de diez horas a su orto, y se hiciera casi un día doble. Ahora leemos que

en aquel tiempo, esto es, en el mismo año en que se gestaron todas estas cosas, Merodac Baladán, hijo de Baladán, rey de Babilonia, envió cartas y presentes a Ezequías; no Asaradón, que había sucedido en el reino a su padre Senaquerib entre los asirios, de cuya muerte o vida la Escritura calló. Por lo cual es manifiesto que era entonces un reino el de los asirios y otro el de los babilonios. Finalmente, los asirios tomaron Samaria, esto es, las diez tribus. Pero leemos que después los caldeos, cuyo rey fue Nabucodonosor, tomaron Judá y Jerusalén.

Y porque entre ellos hay observación de los astros, y el curso de las estrellas es conocido por largo uso y ejercicio, lo cual también se muestra en el nacimiento del Señor: entendieron que el sol vuelto atrás, duplicados los espacios del día, servía a Aquel a quien solo pensaban que era Dios. Y al inquirir las causas y la razón de este milagro, volando la fama por todas las naciones, aprendieron que por la enfermedad del rey de Judá se había conmutado incluso el curso de la señal más clara. Que esta no es mi opinión sino la fe de la santa Escritura, lo testifican las palabras de los Paralipómenos, que dijeron tras otras cosas: "Él es aquel Ezequías que obstruyó la fuente superior de las aguas de Guijón, y las desvió por debajo al occidente de la ciudad de David." "En todas sus obras hizo prósperamente lo que quiso; sin embargo, en la legación de los príncipes de Babilonia, que habían sido enviados a él para preguntar sobre el portento que había acaeciddo sobre la tierra, Dios lo dejó para que fuera tenta-

do, y se hicieran conocidas todas las cosas que estaban en su corazón" (2 Par. 32, 30-31).

Fue dejado a la tentación por esta razón: porque tras tan gran victoria, y el regreso del sol, y la felicitación de un reino poderosísimo, su corazón se elevó. Finalmente, en el mismo volumen se escribe: "Muchos traían víctimas y sacrificios al Señor en Jerusalén, y presentes a Ezequías rey de Judá; y fue exaltado ante todas las naciones." "En aquellos días enfermó de muerte, y oró al Señor; y Él lo escuchó, y le dio una señal; pero no retribuyó según los beneficios que había recibido, porque se exaltó su corazón, y se hizo ira contra él, y contra Judá y Jerusalén" (2 Par. 32, 23-25). Y de nuevo la santa Escritura dice que la elación de su corazón fue mitigada por la penitencia, añadiendo: "Y se humilló después, por el hecho de que se hubiera exaltado su corazón, tanto él como los habitantes de Jerusalén; y por eso no vino sobre ellos la ira del Señor en los días de Ezequías."

Se alegró pues ante la llegada de los legados de Merodac, de quien los hebreos afirman que fue padre de Nabucodonosor; y en la ofrenda de los presentes y en la felicitación por su salud. Y les mostró, según los Setenta, la casa de NECHOTHA, por la cual Simaco tradujo "de sus aromas"; y los tesoros de plata y de oro y de perfumes y del mejor ungüento; lo que en hebreo se escribe "de buen aceite"; y todos los tesoros de los vasos de la gaza, o, como allí se lee, de sus vasos. *Gaza* en lengua de los persas se llaman las riquezas; ni es término hebreo, sino bárbaro. "No hubo —dice— palabra" (que según la costumbre hebrea se toma

frecuentemente por "cosa"), "que no les mostrara en su casa y en todo su dominio". De donde la ira de Dios es justísima, puesto que no solo mostró sus propios tesoros y los del palacio, sino también los del Templo; lo cual ciertamente fue de su dominio, de cuyas puertas ya antes había quitado las láminas de oro.

(Vers. 3 ss.) El profeta Isaías entró entonces al rey Ezequías, y le dijo: «¿Qué dijeron estos hombres? ¿Y de dónde vinieron a ti?». Y Ezequías dijo: «De una tierra lejana vinieron a mí, de Babilonia». Y él dijo: «¿Qué han visto en tu casa?». Y Ezequías dijo: «Todo lo que hay en mi casa han visto: no hubo palabra, o cosa, que no les haya mostrado en mis tesoros». Y dijo Isaías a Ezequías: «Oye la palabra del Señor de los ejércitos. He aquí que vendrán días, y serán llevadas a Babilonia todas las cosas que hay en tu casa, y las que tus padres han atesorado hasta este día: no quedará nada, dijo el Señor. Y de tus hijos que saldrán de ti, a quienes engendres, los tomarán: y serán eunucos en el palacio del rey de Babilonia». Y dijo Ezequías a Isaías: «Buena es la palabra del Señor que ha hablado». Y añadió: «Haya solamente paz y verdad en mis días».

Los hebreos transmiten que Ezequías enfermó por esta razón: porque después de la inaudita victoria de los judíos y la destrucción del rey asirio, no cantó alabanzas al Señor, las cuales cantó Moisés al ser sumergido el Faraón (Éx. XV), y Débora tras la muerte de Sísara (Juec. IV), y Ana al nacer Samuel (I Rey. II). Por lo cual fue advertido de su fragilidad. Y de nuevo, tras la sanidad de su

cuerpo y la magnitud de la señal, se le ofreció otra ocasión de soberbia, que, como hombre prudente y adorador de Dios, debió haber evitado; ni debió mostrar a extranjeros sus riquezas, que poseía por donación de Dios.

De lo cual aprendemos también, según las leyes de la tropología, que no se han de echar perlas a los puercos, ni dar lo santo a los perros (Mt. VII). Pues el que es fiel de espíritu oculta los asuntos; y cualquiera que no haga esto, toda su virtud se debilita; y perece su posteridad, y perdido el vigor viril, es reducido a la blandura mujeril (Prov. XI, 13-15). Entra, pues, Isaías al rey y, como si lo ignorara, pregunta. «¿Qué dijeron estos hombres y de dónde vinieron?». Pregunta dos cosas: qué hablaron y de dónde vinieron. Él respondió a una, omitiendo la otra: lo cual ha de leerse con énfasis y altivez: «De una tierra lejana vinieron a mí, de Babilonia».

(Cap. XL. --- Vers. 1 ss.) «Consolaos, consolaos, pueblo mío», dice vuestro Dios: «Hablad al corazón de Jerusalén, y llamadla; porque se ha completado su malicia, se ha perdonado su iniquidad." Ha recibido de la mano del Señor el doble por todos sus pecados».

Los LXX: «Consolaos, consolaos, pueblo mío», dice Dios; «sacerdotes, hablad al corazón de Jerusalén: consoladla: porque se ha cumplido su humillación." Se ha soltado su pecado, porque recibió de la mano del Señor el doble por sus pecados».

Según los demás intérpretes, se manda a otros que consuelen igualmente al pueblo de Dios y a

Jerusalén; según el hebreo, se manda al mismo pueblo que sea consolado, y que hable al corazón de Jerusalén, y que la llame.

Además, hablar al corazón de Jerusalén es un idiotismo de las Escrituras. Pues el que habla al que está de luto, y es un consolador halagüeño, se dice que «habla al corazón». Enséñenoslo Siquem, hijo de Hemor, quien, tras haber corrompido a Dina, habló a su corazón y la consoló (Gén. XXXIV). And wherever you find something similar, it has this meaning. Y la causa de la consolación es la remisión de los pecados; y la causa de la remisión es que ha recibido de la mano del Señor el doble por todos sus pecados. Pues el que conoce la voluntad de su Señor y peca, recibirá muchos azotes (Lc. XII).

Y todo aquel que tiene en sí como habitante al Espíritu Santo, a quien el Salvador prometía a los Apóstoles, diciendo: «Rogaré a mi Padre, y os dará otro consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad» (Jn. XIV, 16); y de nuevo: «Pero cuando venga el consolador, el Espíritu Santo, que enviará mi Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas» (ibíd., 26); y de nuevo: «Cuando venga el consolador que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí» (Jn. XV, 26); y: «Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el consolador no vendrá a vosotros» (Jn. XVI, 7); es un consolador, a quien también ahora se le manda que consuele al pueblo de Dios. De donde también el apóstol Pablo hablaba a los creyentes: «Bendito sea el Dios y Padre de nues-

tro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda nuestra tribulación» (2 Cor. I, 3).

(Vers. 3 ss.) «Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, haced rectas en la soledad las sendas de nuestro Dios.» Todo valle será ensalzado, y todo monte y colina será humillado; y lo torcido se hará derecho, y lo áspero caminos llanos, y se revelará la gloria del Señor, y verá toda carne juntamente que la boca del Señor ha hablado».

Los LXX: «Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor: haced rectas las sendas de nuestro Dios." Todo valle será rellenado: y todo monte y colina será humillado; y lo torcido se hará derecho, y lo áspero en llanuras. Y aparecerá la gloria del Señor: y verá toda carne la salud de Dios, porque el Señor ha hablado».

Teniendo presente esta voz, los escribas y fariseos y príncipes de los judíos, cuando oyeron que Juan predicaba en la soledad el bautismo de la penitencia y enseñaba al pueblo, envían quienes le pregunten si él mismo era el Cristo, o Elías, o el Profeta. Y como hubiera respondido que no era ninguno de estos, le preguntan de nuevo: «Dinos, pues, ¿quién eres? para que demos respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo?». Y él respondió: «Yo soy la voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor; como dijo el profeta Isaías» (Jn. I, 22, 23). En lo cual ha de advertirse que los caminos rectos del Señor y las sendas de nuestro Dios; el relleno de los valles y de los montes, y la humillación de las colinas, y la

corrección de lo torcido, y lo llano de lo áspero y de los peñascos; y la gloria del Señor y la salud de nuestro Dios, no se predican en Jerusalén, sino en la soledad de la Iglesia y en la desierta multitud de las naciones, de la cual leímos arriba (Sobre el cap. XXXV, 1): «Alégrate, desierto sediento: exulte la soledad y florezca como el lirio». Pues este desierto era el conocimiento de Dios, y estaba poseído por los ídolos, humilde en la confesión, erguido en la soberbia, áspero e intratable en la ferocidad. Pero después que apareció la gloria del Señor y vio toda carne la salud de Dios, todas las cosas cambiaron de repente y se preparó el camino del Señor, de modo que apareciera en la soledad la gloria de Dios; cuando el Señor fue bautizado en el Jordán y se abrieron los cielos, y el Espíritu Santo en especie de paloma descendió y permaneció sobre Él; y la voz del Padre resonó desde lo alto: «Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido» (Mt. III, 17).

(Vers. 6 ss.) «Voz del que decía: Clama." Y dije: ¿Qué clamaré? Toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del campo. Se secó el heno, cayó la flor; porque el espíritu de Dios sopló en él: verdaderamente el pueblo es heno. Se secó el heno, cayó la flor; pero la palabra de nuestro Señor permanecerá para siempre».

Los LXX: «Voz del que decía, clama: y dije, ¿Qué clamaré? Toda carne es heno, y toda la gloria del hombre como la flor del heno." Se marchitó el heno, y cayó la flor + porque el espíritu de Dios sopló en él + verdaderamente el pueblo es heno +

se secó el heno, cayó la flor ** pero la palabra de nuestro Dios permanece en la eternidad».

Esto que se nota con asteriscos: «porque el espíritu de Dios sopló en él: verdaderamente el pueblo es heno: se marchitó el heno, cayó la flor», ha sido añadido del hebreo y de la edición de Teodoción. Por lo cual es manifiesto que o bien fue omitido por los LXX, o bien fue abolido poco a poco por vicio de los amanuenses, puesto que tanto el verso anterior como el siguiente terminan en «flor».

Arriba leímos que el profeta decía: «Y oí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá a este pueblo? Y dije: Heme aquí, envíame; y dijo: Ve y di a este pueblo: Con el oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no veréis», y lo demás. Habiendo padecido duras pruebas en aquella predicación, ahora, al decir la voz del Señor: «Clama», y temiendo cosas semejantes, pregunta qué debe clamar; y empezando por lo general: «Toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del heno», llega a lo especial, de modo que dice igualmente del pueblo: «Verdaderamente el pueblo es heno».

Y en verdad, si alguien observa la fragilidad de la carne, y que por los momentos de las horas crecemos y decrecemos, y no permanecemos en el mismo estado; y que esto mismo que hablamos, dictamos y escribimos vuela de la parte de nuestra vida: no dudará en llamar a la carne heno, y a su gloria como la flor del heno o de los prados de los campos. El que hace poco era infante, de pronto es niño; el que era niño, de repente es

joven; y hasta la vejez se cambia por espacios inciertos; y se comprende a sí mismo anciano antes de que se maraville de no ser ya joven. La mujer hermosa que hace poco arrastraba tras de sí greyes de adolescentes, con la frente arada se contrae en arrugas; y la que era para otros deleite, ahora se desagrada a sí misma.

(Vers. 9 ss.) «Sube sobre un monte excelso tú que evangelizas a Sión; exalta con fortaleza tu voz tú que evangelizas a Jerusalén; exháltala, no temas, di a las ciudades de Judá: He aquí vuestro Dios; he aquí que el Señor Dios vendrá con fortaleza, y su brazo dominará." He aquí su recompensa con Él, y su obra delante de Él. Como pastor apacentará su grey; en su brazo recogerá los corderos, y en su seno los alzará; Él mismo llevará a las paridas».

Los LXX: «Sube sobre un monte excelso el que evangelizas a Sión; exalta con fortaleza tu voz el que evangelizas a Jerusalén; exháltala, no temas: di a las ciudades de Judá: He aquí vuestro Dios, he aquí que el Señor Dios vendrá con virtud, y su brazo con dominación; he aquí su recompensa con Él, y su obra en su presencia." Como pastor apacentará su pueblo, y en su brazo recogerá los corderos; y consolará a las que están encintas».

Se manda al coro de los Apóstoles que, para la predicación a toda carne que ha de ver la salud de Dios, ascienda a lo excelso; y que, debiendo hablar de cosas grandes, moren en las alturas. Además, el hebreo y los demás intérpretes ponen en género femenino: «tú que evangelizas a Sión, y tú que evangelizas a Jerusalén». Esta palabra

es ambigua según los griegos, de modo que podemos entender o bien a la que anuncia, o bien a aquella a quien se le anuncia. Por tanto, ya sea que Sión y Jerusalén anuncien la palabra de Dios y la salud del Señor —«porque de Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén» (Is. II, 3)—, o ya sea que se les anuncie a ellas por los Apóstoles, deben ascender a lo excelso y pasar a las montañas. Y de modo admirable, siendo Sión misma un monte, diciendo la Escritura: «El monte Sión en el cual habitaste» (Sal. LXXIII, 3), se le manda subir a otro monte más alto, desde el cual fue herido el príncipe de Tiro. Y porque muchas cosas habrían de ser contrarias a la doctrina de los Apóstoles, y eran llevados ante los gobernantes y tribunales establecidos, se añade: «exháltala, no temas; di a las ciudades de Judá», a saber, a las sinagogas y pueblos de los judíos, de quienes el Señor decía: «No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt. XV, 24). Y el apóstol Pablo: «A vosotros —dijo— os convenía que se anunciara primero la palabra de Dios; pero porque la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles» (Hech. XIII, 46).

(Vers. 12 y ss.) ¿Quién midió con su puño las aguas, y ponderó el cielo con su palma? ¿Quién equilibró con tres dedos la mole de la tierra, y pesó en un peso los montes, y los collados en una balanza? ¿Quién ayudó al espíritu del Señor, o quién fue su consejero y se lo mostró? ¿Con quién entró en consejo, y lo instruyó, y le enseñó la senda de la justicia, y lo eruditó en la ciencia,

y le mostró el camino de la prudencia? He aquí que las naciones son como una gota de un cubo, y son reputadas como el momento de la balanza; he aquí que las islas son como polvo exiguo. Y el Líbano no basta para encender, y sus animales no bastarán para el holocausto. Todas las naciones son ante él como si no fueran, y así son ante él, y han sido reputadas como nada y vacío para él.

LXX: ¿Quién midió con su mano el agua, y el cielo con la palma, y toda la tierra con el puño? ¿Quién estableció los montes con peso, y las rocas con balanza? ¿Quién conoció la mente del Señor, o quién fue su consejero? ¿Quién le enseñó, de quién recibió consejo, y lo instruyó? ¿O quién le mostró el juicio, y quién le mostró el camino de la inteligencia? Si todas las naciones son como una gota de un cubo, y han sido reputadas como el momento de la balanza, y han sido reputadas como saliva. El Líbano no basta para quemar, y todos los cuadrúpedos no bastan para el holocausto, y todas las naciones son como nada, y en nada han sido reputadas para él.

Para que nadie pensara que era difícil la vocación de las naciones, y que «toda carne vería la salvación de Dios»; se les mandaría subir sobre un monte excelso a los que evangelizan a Sion; y el mismo Señor vendría con fortaleza, y daría a cada uno según su obra; e instando como pastor, favorecería a los corderos en su seno, y él mismo llevaría a las que están criando: se describe su magnitud, que nada le es imposible; y que quien fundó el universo, y es el Creador de todo, también sea capaz de perpetrar estas cosas que, en

comparación de aquellas, son pequeñas. Pero en cuanto a que llama «puño» y «palma», utiliza palabras y medidas de la costumbre humana, para que aprendamos la potencia de Dios a través de nuestras palabras. En aquello donde los LXX tradujeron: «¿Quién midió con la mano el agua?», o como nosotros vertimos: «¿Quién midió con su puño las aguas?», Aquila tradujo: «¿Quién midió con el dedo meñique las aguas?». Pues esto suena lichás: para que, por supuesto, no con toda la mano, sino con el dedo pequeño, al que vulgarmente llaman «probador» (gustatorem), se pondere toda la vastedad de las aguas. Spithamé, en cambio, esto es, la palma, significa la mano extendida desde el pulgar hasta el dedo extremo. Pero si contraemos la mano, se forma el puño: para que a través de la palma y el puño conozcamos los cielos extendidos y el globo de la tierra. Por el «puño» que los LXX tradujeron en la comprensión de la tierra, en hebreo está escrito SALIS, que Símaco interpretó tríton, Aquila trísomon: y nosotros, para hacerlo más manifiesto, lo vertimos como «tres dedos»; porque, por supuesto, equilibró la mole de la tierra y las alturas de los montes y collados como con tres deditos y con un pequeño momento de la balanza: por lo cual se demuestra la majestad de Dios y la potencia del Creador.

«¿Quién —dice— ayudó al espíritu del Señor, o quién fue su consejero y se lo mostró?», etc. Por lo cual Símaco interpretó: «¿Quién preparó el espíritu del Señor, y quién le mostró al varón de su consejo? ¿Con quién entró en consejo, y le

dio inteligencia, y le enseñó el camino del juicio, y lo instruyó en la ciencia, y le mostró el camino de la prudencia?». Por lo cual muestra más manifiestamente el espíritu preparado, o que aquel fue afirmado, de quien se lee en el Apóstol: «El Señor, empero, es el Espíritu». Y: «Sobre quien descansó el Espíritu de Dios, Espíritu de sabiduría e inteligencia», y lo demás. Quien dice en lo que sigue: «El Espíritu del Señor sobre mí: por lo cual me ungió» (Is. 61, 1). Pues él mismo es el espíritu del Señor, y el varón de su consejo, en quien habitó toda la plenitud de la divinidad corporalmente (Col. 2). Con él entró en consejo, de quien dijimos arriba (Al cap. 11, 6): «Admirable, consejero». Y en los Proverbios está escrito: «Dios con la sabiduría fundó la tierra; empero preparó los cielos con la prudencia» (Prov. 3, 19). Por lo demás, los LXX que dijeron: «¿Quién conoció la mente del Señor, y quién fue su consejero?», quieren que esto se entienda como que la mente y la razón y el sentido de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, y sin el cual nada ha sido hecho, sea aquel de quien se canta en los Salmos: «Por la palabra del Señor han sido afirmados los cielos, y por el espíritu de su boca toda la virtud de ellos» (Sal. 32, 6).

Todas las naciones que no conocían a su Creador, o bien todo el género de los mortales, en comparación de Dios son como una gota de un cubo, y como el momento de la balanza, que por un leve peso se inclina hacia la otra parte. Y del mismo modo que si de un cubo fluye una gota módica, es descuidada por el que lo lleva;

así toda la multitud de las naciones, comparada con los ministerios celestiales y la multitud de los ángeles, es tenida por nada. Las islas también son reputadas como saliva, o como Símaco y Teodoción, poniendo el mismo hebreo, como DOC, que cae: por lo cual Aquila tradujo leptón ballómenon. Dicen, empero, los hebreos que con esta palabra se significa el polvo finísimo que, arrebatado por el viento, a menudo se mete en los ojos, y se siente más de lo que se ve. Por tanto, los fragmentos de polvo más menudos y casi invisibles se llaman con esta palabra: a los cuales tal vez Demócrito con su Epicuro llama átomos. Y hay muchos nombres que así se leen en griego como han sido puestos en hebreo, por la dificultad de interpretar y por la pobreza tanto del sermón griego como del latino en comparación con la lengua hebrea. Y al mismo tiempo, para que poco a poco abstraiga a los hombres de la idolatría, quita las ceremonias de las víctimas; y enseña que todas las maderas del Líbano y los rebaños que en él pacen no pueden bastar para sus holocaustos. Pero si todas las naciones son así en su presencia como si no fueran, y son reputadas como nada y vacío (en todas las naciones está también Israel), por lo tanto, él mismo también es así como si no fuera, y es reputado en nada y en vacío. Esto lo decimos para que se quebrante su soberbia, y sepan que son semejantes a las demás naciones.

(Vers. 18 y ss.) «¿A quién, pues, habéis hecho semejante a Dios, o qué imagen le pondréis? ¿Acaso el artesano fundió una escultura, o el orífice la figuró con oro, y el argentario con láminas

de plata? Tal vez el artesano sabio eligió madera imputrescible, y buscará cómo establecer un simulacro que no se mueva».

Habiendo descrito la magnitud de Dios y mostrado en parte su potencia, y siendo las naciones e islas reputadas como una gota de un cubo y el momento de la balanza, y como polvo, y habiendo refutado las ceremonias de las hostias, enseña en lo que sigue por qué todas las naciones son ante su vista como nada y son reputadas como vacío: «¿A quién habéis hecho semejante a Dios, o qué imagen le pondréis?», a aquel que es espíritu, y está en todas las cosas, y discurre por todas partes, y contiene la tierra como en su puño. Y al mismo tiempo se burla de la estolidez de las naciones, porque un artesano, ya sea herrero, orífice o argentario, se fabrique un dios para sí, y lo ensamble con láminas y clavos y lo establezca con fuerza para que no sea derribado por los soplos de los vientos. Y aquello que introdujo: «tal vez el artesano sabio eligió madera imputrescible», en hebreo se dice AMSUCHAN; el cual es un género de madera imputrescible del que se hacen sobre todo los ídolos. Dice, empero, estas cosas para que, reprobados los ídolos, prepare el camino de la doctrina evangélica, y todas las cosas torcidas se dirijan a lo recto; se exalten los valles y se humillen los collados, y se revele la gloria del Señor para que toda carne vea la salvación de Dios.

Según la tropología podemos decir que se increpa a los príncipes de los heréticos, que fingen diversos ídolos de su propio corazón; ya sea con la belleza del elocuencia, que se interpreta como

plata; o con el esplendor del oro, que se refiere al sentido; o con madera imputrescible, que son los dogmas más viles: y son pensados perpetuos por los que los fingen, y son afirmados con el arte dialéctico para que no se muevan ni caigan, sino que consistan en una raíz sólida.

(Vers. 21 y ss.) ¿Acaso no sabréis? ¿acaso no oiréis? ¿acaso no os ha sido anunciado desde el principio? ¿acaso no habéis entendido los fundamentos de la tierra? El que se sienta sobre el círculo de la tierra, y sus habitantes son como langostas. El que extiende como nada los cielos, y los expande como un tabernáculo para habitar. El que hace que los escrutadores de secretos sean como si no fueran; a los jueces de la tierra los hizo como vacío. Ciertamente ni fue plantado, ni sembrado, ni enraizado en la tierra su tronco; de repente sopló sobre ellos y se secaron, y el torbellino se los llevará como paja. ¿Y a quién me habéis asimilado e igualado?, dice el Santo. Levantad a lo alto vuestros ojos y ved quién creó estas cosas: el que saca por número la milicia de ellos y a todos llama por su nombre. Por la multitud de su fortaleza y de su fuerza y de su virtud: ni siquiera uno quedó».

LXX: ¿No sabréis? ¿no oiréis? ¿no os ha sido anunciado desde el principio? ¿No conocisteis los fundamentos de la tierra? El que tiene el círculo de la tierra, y sus habitantes como langostas. El que estableció como una cámara el cielo, y lo extendió como tabernáculo para habitar. El que da a los príncipes reinar para nada; a la tierra, empero, la hizo como nada. Puesto que no serán planta-

dos, ni serán sembrados, ni se solidificará en la tierra su raíz. Sopló sobre ellos y se agostaron, y la tempestad se los llevará como paja. Ahora, pues, ¿a quién me habéis asimilado? ¿seré igualado a ellos?, dijo el Santo. Elevad a lo alto vuestros ojos y ved quién mostró todas estas cosas. El que saca según el número su ornato, a todos llamará por nombre, por la mucha gloria y en el roble de su fortaleza: nada se te oculta».

Desde el principio, dice, os enseñé por ley natural, y después por la Ley escrita a través de Moisés testifiqué que los ídolos no eran nada, y que el Creador del mundo era Dios mismo, que había fundado tanta mole de tierra sobre los mares y la había colocado sobre los ríos: para que el elemento más pesado colgara sobre las tenues aguas por el arbitrio de Dios, que se sienta como un rey sobre el círculo de la tierra: por lo cual algunos contienen que esta es como un punto y un globo, y sus habitantes como langostas. Pues si en todo el orbe consideramos las diversas naciones, y desde el Océano hasta el Océano, esto es, desde el mar Índico hasta el Británico, y desde el Atlántico hasta el rigor del Septentrión, en el que se congelan las aguas y se concretan hermosos ámbares, vemos que todo el género humano habita en medio como langostas. ¿Por qué, pues, se ensoberbece la tierra y la ceniza? Porque el cielo, o mejor, para usar la autoridad de las Escrituras, los cielos se extienden como una cámara; o, como se contiene en el hebreo, como DOC, de lo que dijimos arriba: por lo cual los LXX allí tradujeron «saliva»: y tradujeron una sola palabra ya como

«esputo», ya como «cámara», esto es, «bóveda»; y extendió tanta latitud de ellos como un tabernáculo y un pabellón por encima, para que en semejanza de techo cubriera a los hombres e hiciera habitar como en una casa amplísima: ¿qué nos admiramos si los cuerpos pequeños de los hombres son reputados como langostas y seres vivos diminutos?

De nuevo, también en este lugar contienen que un semicírculo (hemiquiclo) de cielo amenaza a las tierras, y que el cielo es en semejanza de esfera; abusan del nombre de bóveda porque, por supuesto, la parte media de la esfera cubriría las tierras: cuando en hebreo no leímos «bóveda», sino DOC, esto es, polvo finísimo. Por lo cual la saliva que se proyecta en la tierra y se mezcla con el polvo y perece, muestra que toda la magnitud de los cuerpos debe ser reputada por nada.

Pero el que extiende los cielos y los expande: para que ya habitaran arriba las multitudes de los ángeles, ya moraran abajo los hombres, y como que hizo una gran casa para las criaturas racionales: él mismo, según la cualidad de los tiempos, constituyó príncipes, o escrutadores de secretos, para que sean como si no fueran; y a los jueces de la tierra los hizo como vacío. Por lo cual los LXX tradujeron: «a la tierra, empero, la hizo como nada»; puesto que también en el principio del Génesis donde está escrito: «La tierra, empero, era invisible y descompuesta» (Gén. 1, 1), los demás tradujeron: «La tierra, empero, era vacío y nada». ¡Cuántos reyes narra la historia griega, bárbara y romana! ¿Dónde está aquel ejército innumerable

de Jerjes? ¿Dónde la multitud israelita en el desierto? ¿Dónde la increíble potencia de los reyes? ¿Qué diré de los antiguos? Los ejemplos presentes nos enseñen que los príncipes son como nada, y los jueces de la tierra son reputados como vacío. Los cuales príncipes y jueces de la tierra (o, como otros sospechan, del cielo) ni han sido sembrados, ni plantados, ni solidificados con raíz firme, y de repente por mandato de Dios son así arrebatados y perecen, como la paja es arrebatada por el torbellino y la tempestad; según aquello que está escrito: «Y pasé, y no estaba; y lo busqué, y no fue hallado su lugar» (Sal. 36, 36).

Siendo, pues, tanta la potencia del Creador y su majestad, ¿a qué semejanza comparáis a Dios? ¿y no entendéis más bien al autor por la magnitud de las criaturas? Si no creéis a las palabras, al menos creed a vuestros ojos; y por la servidumbre de los cielos y de todos los elementos, pensad en la potestad del Señor. «El que saca por número la milicia de ellos», esto es, de los cielos; «y a todos llama por su nombre», se sobrentiende, a las «estrellas». De las cuales también se canta en los Salmos: «El que numera la multitud de las estrellas, y a todas ellas llama por su nombre» (Sal. 146, 4). O si interpretamos la milicia del cielo como los ángeles y todos los ejércitos de los cielos, de los cuales también habla Daniel: «Millares de millares le ministraban, y diez veces cien mil le asistían» (Dan. 7, 10). De donde también es llamado «Señor de los ejércitos» (Sabaoth), que en nuestra lengua se dice «Señor de la milicia» y «de los ejércitos», o «de las virtudes». Saca, empero,

según el número la milicia de los cielos: para que tanto el sol como la luna y las demás estrellas, que Abraham no pudo numerar, le sean numeradas a él y sirvan en el oficio delegado (Gén. 15): mientras que el sol completa el mismo curso del cielo en un año, el lucero de la mañana y de la tarde en dos años, la luna en cada mes, y todas las estrellas lo recorren en tiempos ciertos; y algunas de ellas son llamadas «errantes», y vemos sus movimientos desiguales con los ojos, no con la mente, ni los entendemos tanto como los admiramos. Pues la magnitud de la fortaleza de Dios hace que todas las cosas sirvan en su propio orden. O según los Setenta, por la multitud de la gloria y de la potencia de su virtud, nada puede ocultársele: sino que conoce las vías, razones y cursos de todos por la majestad del Creador.

Libro D

UODÉCIMO.

Ningún escritor es tan imperito que no encuentre un lector semejante a sí mismo: y mucho mayor es la parte de los que revuelven las fábulas milesias que los libros de Platón. Pues en uno hay juego y deleite, en el otro dificultad y sudor mezclado con el trabajo. Finalmente, el Timeo, que disputa sobre la armonía del mundo y el curso y números de los astros, el mismo Tulio que lo interpretó confiesa que no lo entiende. En cambio, el Testamento de Grunnio Corocotta Porcello lo cantan en las escuelas las huestes de niños que sueltan carcajadas. Por lo tanto, que nuestro Luscio Lanunino disfrute de sus testigos, o mejor de sus favorecedores; y que venza por la multitud, ya que tal vez venza por el ingenio. A mí me basta el testimonio de unos pocos, y estoy contento con la alabanza de los amigos que, al pedir mis opúsculos, se dejan llevar por el amor hacia nosotros y por el estudio de las Escrituras; y creo que habrá algunos que pretenderán que esto mismo, el hecho de que te dirija la palabra a ti, Eustoquio, esté expuesto a la detracción, sin considerar que Holda y Ana y Débora profetizaron mientras los varones callaban: y que en la servidumbre de Cristo de ninguna manera vale la

diferencia de sexos, sino de las mentes. El duodécimo libro, por tanto, de las explicaciones sobre Isaías tendrá este exordio.

(Vers. 27 y ss.) «¿Por qué dices, Jacob, y hablas, Israel: Mi camino está oculto para el Señor, y mi juicio pasará de largo para mi Dios? ¿Acaso no sabes, o no has oído? El Dios sempiterno, el Señor que creó los confines de la tierra, no desfallecerá ni trabajará, ni hay investigación de su sabiduría. El que da virtud al cansado, y a los que no tienen fortaleza, les multiplica el roble. Desfallecerán los niños y trabajarán, y los jóvenes caerán en la enfermedad. Los que, empero, esperan en el Señor, mudarán su fortaleza, asumirán plumas como de águilas, correrán y no trabajarán; caminarán y no desfallecerán».

LXX: «Pues no digas, Jacob, y ¿qué has hablado, Israel: Mi camino está oculto para Dios, y mi Dios mi juicio quitó y se retiró? ¿Y ahora no sabes y no has oído? El Dios eterno, el Dios que creó los confines de la tierra: no tendrá hambre, ni trabajará, ni hay invención de su prudencia. El que da fortaleza a los que tienen hambre, y a los que no se duelen, pesadumbre. Pues tendrán hambre los jóvenes y trabajarán los adolescentes, y los elegidos estarán enfermos. Los que, empero, esperan a Dios, mudarán su fortaleza. Asumirán alas casi como águilas: correrán y no trabajarán; caminarán y no tendrán hambre».

Siendo tanta la magnitud de Dios Omnipotente que nada se le oculta y todas las cosas se gobiernan por su arbitrio, ¿por qué dices Jacob, esto es, las dos tribus que se llamaban Judá; y

hablas Israel, las otras diez tribus en Samaria, que ya habéis sido llevadas cautivas a los asirios: «Mi camino está oculto para el Señor, y de mi Dios mi juicio pasará de largo»? Y el sentido es: Decís que las cosas terrenas no pertenecen a Dios, ni considera qué hace cada uno de nosotros. De donde también somos oprimidos injustamente por los enemigos, y en semejanza de jumentos y peces, según Habacuc, somos dispersados sin ningún rector (Hab. 1). A los cuales respondió Dios: «¿Acaso no sabes?»; ni las palabras de las Escrituras precedentes te enseñaron, o según los LXX ignoras porque no has oído, que el Dios eterno y Señor Creador de todo todo lo conoce, todo lo contiene, todo lo dispensa con su majestad. ¿Ni alguna vez desfallece, ni trabaja, para que no entienda tu juicio y estén ocultas de él tus vías? Ni hay, dice, investigación de su sabiduría; de cuyo lugar creo que ha sido tomado aquello del Apóstol: «Incomprensibles sus juicios e ininvestigables sus vías» (Rom. 11, 33); o, como tradujeron los LXX, «no tendrá hambre y no trabajará». Pues donde hay comida, allí frecuentemente hay hambre si quitas la comida; y donde hay hambre, allí también trabajo. Pero como en Dios esto no se da, ¿por qué le unís pasiones humanas? Más bien él mismo da fortaleza a los hambrientos y cansados, y a los que parecen ser en el siglo como nada, les multiplica la virtud y el roble; o según los LXX, que atribuye «pesadumbre a los que no se duelen», pues hay una tristeza que conduce a la muerte y hay una tristeza que conduce a la vida. De donde a los que tienen un corazón

impenitente les da tristeza para que entiendan sus pecados. Y porque muchos se gozan en la sanidad del cuerpo y piensan que la adolescencia y la niñez son perpetuas, añade y dice que la edad floreciente cae pronto y los cuerpos robustos se marchitan. Los que, empero, no en sus propias fuerzas, sino en Dios tienen confianza y esperan siempre su misericordia, muden su fortaleza y vayan de virtud en virtud: y asuman plumas como águilas, y oigan: «Se renovará como la del águila tu juventud» (Sal. 102, 5); corran hacia el Señor y por el deseo de él no trabajen; caminen y nunca desfallezcan. Frecuentemente hemos dicho que la vejez de las águilas reverdece por el cambio de las plumas, y que son las únicas que miran el rayo del sol y pueden contemplar el esplendor de sus rayos con ojos centelleantes: y prueben a sus polluelos si son generosos con este experimento. Así también los santos rejuvenecen y, asumido el cuerpo inmortal, no sienten el trabajo de los mortales, sino que son arrebatados en las nubes al encuentro de Cristo, y de ninguna manera según los LXX tienen hambre, porque tienen al Señor presente como alimento.

(Cap. XLI.---Vers. 1 sigs.) Callen ante mí las islas, y las gentes muden fortaleza: acérquense, y entonces hablen: juntos acerquémonos al juicio. ¿Quién suscitó del Oriente al Justo: lo llamó para que lo siguiera? Dará en su presencia a las gentes, y obtendrá a los reyes. Los dará como polvo a su espada, como estopa arrebatada por el viento a su arco. Los perseguirá: pasará en paz, la senda en sus pies no aparecerá. ¿Quién obró y hizo estas

cosas: llamando a las generaciones desde el principio? Yo el Señor, el primero y el novísimo soy yo. Vieron las islas, y temieron: los extremos de la tierra se estupendecieron, se aproximaron y se acercaron. Cada uno auxiliará a su prójimo: y a su hermano dirá [Al. dice]: Confortate. Confortó [Al. confortará] el herrero golpeando con el martillo al que forjaba en aquel tiempo, diciendo: con el pegamento es bueno: y lo confortó con clavos, para que no se mueva [Al. se moviera]. LXX: Renuévense ante mí las islas, pues los príncipes mudarán la virtud: aproxímense y hablen juntos: entonces anuncien el juicio: ¿Quién suscitó de Oriente la justicia: la llamó a sus pies y andará? Dará en presencia de las gentes: y enviará a los reyes al estupor, y dará a la tierra sus espadas: y como estopa arrojada sus arcos: y los perseguirá, pasará en paz la vía de sus pies. ¿Quién obró y hizo estas cosas? la llamará, el que la llama desde el principio de las generaciones. Yo Dios el primero, y en estas cosas que han de venir soy yo. Vieron las gentes y temieron: los términos de la tierra se estupendecieron 496 y se acercaron: vinieron juntos, juzgando cada uno auxiliar a su prójimo y a su hermano: y dirá: prevaleció el varón artífice y el herrero golpeando con el martillo a la vez produciendo: algunas veces ciertamente dice: la soldadura es buena. Las confortaron, en clavos las pondrán: y no se moverán.

Las gentes, esto es, las islas, que son golpeadas por los falsos y amargos flujos de este siglo, se les manda oír y cerrar la boca, y conocer aquello que fue dicho a Israel: Oye, Israel, y calla; y mudar for-

taleza, no sea que por la imbecilidad antigua, no puedan oír el sermón de Dios, para que se acerquen primero al Señor, y que no estén contentas con su propia salud; sino que lo que aprendieron, lo enseñen a los demás, y disputen con el Señor, si el Dios de todos ha guardado cosas justas. Así pues los interroga, y los provoca a responder, para que por la interrogación enseñe lo que ignoran: ¿Quién suscitó del Oriente al justo, o a la justicia? Pues no es solo Dios de los judíos, sino también de las gentes, el que llamó a Cristo Señor Salvador, que fue hecho para nosotros sabiduría de Dios, justicia y santidad, y redención (I Cor. I). En quien según el mismo Apóstol se revela la justicia de Dios (Ibíd.). Lo llamó, pues, para que lo siguiera en todas las cosas, y hiciera las obras del Padre; y cumpliera aquello diciendo: Dios, quise hacer tu voluntad (Sal. XXXIX, 9). En su presencia los reyes y las gentes someterán los cuellos, y a su espada y saetas las potestades adversarias, como estopa serán sometidas, y polvo. Los perseguirá, a saber, a los reyes y príncipes de cada una de las gentes: Y pasará en paz, llamando a todos a la paz, para que se reconcilien con Dios. La senda en sus pies no aparecerá, esto es, no sentirá el trabajo del camino, ni ninguna lasitud de la imbecilidad humana; sino que beberá del torrente en el camino, y por eso levantará la cabeza (Sal. CIX). ¿Quién, dice, obró y hizo estas cosas? ¿Quién suscitó al justo, o a la justicia? ¿Quién le entregó las gentes y los reyes? ¿Quién sometió a su espada y arco todas las cosas? ciertamente aquel que desde el principio del mundo predijo

estas cosas futuras, que es el creador de todos. Y porque había dicho con afecto de quien pregunta: ¿Quién suscitó del Oriente al justo, etc., callando todos se respondió a sí mismo: Yo soy el Señor, el primero y el novísimo soy yo. Él mismo es el que también en el Apocalipsis de Juan 497 habla: Yo soy el alfa y la omega, principio y fin (Apoc. I, 8; y XXII, 13). Vieron las islas, esto es, las gentes, o las Iglesias congregadas de las gentes, que sostienen las tempestades de este mundo; y temieron al Señor: Pues el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Prov. IX, 10). Todos los términos de las tierras temblaron ante las palabras de los Apóstoles, aproximándose, y acercándose pariter al Evangelio de Cristo. Y cuando se vieron a sí mismos salvados, aquello que arriba habían oído: acérquense, y entonces hablen, lo completaron con la obra; para que auxiliaran a sus prójimos, y quisieran confortar en el Señor a sus hermanos, y les dijeran: Apartaos de los ídolos, despreciad los simulacros antiguos de los demonios, que fingió la mano humana, que fueron producidos por el martillo que golpea, que compactados con pegamento, que estabilizados con clavos, para que no se muevan; y cuando estén en pie, no puedan caminar.

Lo que nosotros hemos interpretado sobre la persona de Cristo y la vocación de las gentes y la predicación del Evangelio y la condenación de los ídolos, algunos lo refieren a Ciro rey de los persas, que lo suscitó contra los babilonios del Oriente, y lo hizo obedecer a su mandato, postrando ante él muchísimas gentes, y sometiendo todas las cosas

a su espada y arco: y las demás cosas que siguen las refieren a su persona, a saber, que a los babilonios no les aprovecharon sus ídolos, que fueron hechos por el estudio humano, y suscitados por el arte del herrero. Algunos de los hebreos piensan que se dijo de Abraham, que fue llamado justo del Oriente, esto es, de los caldeos, por cuanto solo él fue hallado justo; y lo siguió, saliendo de su patria a la tierra que no conocía, y entregó los reyes en su mano, que habían venido contra Sodoma y Gomorra; y ante su espada y arco los hizo ser como estopa y polvo; y los persiguió, y regresó en paz, y no sintió el curso del largo itinerario, y esto no por sus fuerzas, sino por la misericordia del Señor, que desde el principio conoció estas cosas futuras. Vieron, dice, las islas, esto es, las gentes en el circuito, y fueron aterrorizadas por su virtud: y los extremos de la tierra. Sem a saber hijo de Noé, que en el tiempo extremo de las tierras con el padre y con los hermanos había escapado del Diluvio; y hasta aquel tiempo había sido reservado (Gén. XIV): a quien quieren que se entienda por Melquisedec, 498 y que vino al encuentro de Abraham que regresaba de la batalla, y lo recibió, y lo bendijo, y lo corroboró con las bendiciones de Dios: y que él mismo es el herrero que forjó a Abraham, y con el martillo de su arte lo produjo a cosas mejores: y le dijo: Es bueno, para que por el temor del Señor te pegues y te unas a él. Lo confortó, o lo consolidó en los clavos de los preceptos del Señor, para que no se moviera, sino que permaneciera en su temor.

(Vers. 8 sigs.) Y tú, Israel siervo mío, Jacob a quien elegí, semilla de Abraham mi amigo. En quien te aprehendí de los extremos de la tierra, y de sus lugares lejanos te llamé, y te dije: Siervo mío eres tú: te elegí, y no te deseché. No temas, porque contigo estoy yo: no declines, porque yo soy tu Dios, te conforté, y te auxilié: y te sostuvo la diestra de mi justo. He aquí que se confundirán y se avergonzarán todos los que luchan contra ti: serán como si no fueran: y perecerán los varones que te contradicen. Los buscarás, y no los hallarás: tus varones rebeldes serán como si no fueran: y como consunción los hombres que guerrean contra ti. Porque yo el Señor tu Dios aprehendí tu mano, diciéndote: No temas, yo te ayudé. No temas, gusano de Jacob, los que estáis muertos de Israel. Yo te auxilié, dice el Señor: y tu redentor el Santo de Israel. Yo te puse como un trillo nuevo, que tiene sierras cortantes. Trillarás los montes y los desmenuzarás; y pondrás los collados como polvo. Los aventarás, y el viento los llevará, y el torbellino los dispersará: y tú te regocijarás en el Señor, en el Santo de Israel te alegrarás. LXX: Pero tú, Israel mi niño, Jacob, a quien elegí, semilla de Abraham a quien amé, a quien asumí de los extremos de la tierra, y de sus cimas te llamé, y te dije: Mi niño eres: te elegí, y no te desamparé. No temas, pues contigo estoy para que no yerres; pues yo soy tu Dios que te conforté, y te auxilié, y te robore con mi diestra justa. He aquí que se confundirán, y se avergonzarán todos tus adversarios: pues serán como si no fueran: y perecerán todos tus enemigos. Los buscarás, y no

los hallarás, hombres que enloquecerán contra ti. Pues serán como si no fueran, y no habrá quienes luchen contra ti. Porque yo el Señor tu Dios que sostengo tu diestra: que te digo, no temas Jacob, pequeño Israel. Yo te auxilié, dice Dios: el que te redime Santo de Israel. He aquí que te hice como ruedas de trillo nuevas 499 a modo de sierras: y trillarás los montes, y desmenuzarás los collados: y como polvo los pondrás y los aventarás, y el viento los llevará, y la tempestad los dispersará. Pero tú te alegrarás en el Señor y en los Santos de Israel.

Que Jacob e Israel son carnal y espiritual, lo enseña el Apóstol Pablo: Ved a Israel según la carne (I Cor. X). Por lo cual entendemos que existe también otro según el espíritu; y que al carnal se le dice Israel: Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham. A los cuales también arriba (Al cap. XL, 27) se les dice: ¿Por qué dices, Jacob, y hablas, Israel: Mi camino está escondido del Señor: y de mi Dios pasó mi juicio? Por el contrario ahora Dios habla al Israel espiritual, que recibió el advenimiento de su Señor, a quien primero llama siervo, después elegido, y al final semilla de Abraham. Pues antes recibimos el espíritu de servidumbre en el temor (Rom. VIII); y después elegidos, nos unimos en la amistad de Dios. Después de la vocación de las gentes, por tanto, cuando las islas vieron y temieron, los extremos de la tierra se estupendecieron; se aproximaron y se acercaron, son llamadas las reliquias, según la elección de la gracia, de las cuales escribe también el Evangelio: Jesús eligió a estos doce, a quie-

nes también nombró Apóstoles (Luc. VI), quienes después de la servidumbre de la Ley pedagoga, fueron elegidos en el Evangelio; y merecieron ser semilla de Abraham amigo de Dios. En aquel pues los aprehendió del extremo de la tierra, y de sus lejanos confines llamó a Israel de todas las naciones, congregando primero al pueblo de los judíos, de quienes también el Apóstol Pablo dice: A vosotros os convenía que primero se os predicara el sermón: pero por cuanto nos rechazáis, vamos a las gentes (Hech. XIII, 46). A ti, pues, que eres mi siervo, y mi elegido, que vas a predicar entre las gentes, y vas a padecer muchísimas persecuciones, te digo que no temas, porque contigo estoy, a quien hablo en el Evangelio: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo (Mat. últ., 20). No yerres, ni declines de la verdad, ni te engañes con falsa persuasión, de que con tus fuerzas, imperito y desnudo, penetres la selva de las gentes, y llames a las naciones más feroces a la mansedumbre. Yo soy el que te conforté, y te auxilié; y te sostuvo, o protegió, la diestra de mi justo, esto es, del Señor Salvador, o mi diestra, como los LXX tradujeron. He aquí pues que tus adversarios, el pueblo de los judíos 500 y todos los que luchan contra ti, y tus perseguidores serán convertidos en nada, y buscarás a tus adversarios, y no los hallarás. Y se da la causa por la cual no hallará a sus adversarios: Porque serán como si no fueran. Los cuales adversarios se dice que enloquecen contra los Apóstoles, o según el hebreo, que han sido consumidos.

Por eso pues no debes temer, porque yo aprehendí tu mano, que te digo, No temas: yo te ayudé; no temas, gusano de Jacob, los que estáis muertos de Israel, o como los LXX, poquísimos de Israel. Esto que pusimos, yo te ayudé: no temas gusano de Jacob, no se tiene en los LXX. Pero el gusano que en hebreo se dice THOLATH (תּוֹלָע), por la humildad y el desprecio es llamado el coro de los Apóstoles, imitando al Salvador, que habla en el salmo: Yo soy gusano, y no hombre: oprobio de los hombres, y abyección del pueblo (Sal. XXI, 7). Como pues el gusano penetra la tierra: así el sermón apostólico penetró las ciudades de las gentes, e ingresó primero en los corazones más duros. Y rectamente son llamados pocos de Israel, porque en comparación con todo el orbe, poquísimos de la nación judaica creyeron, a quienes en el Evangelio el Señor habla: No temas rebaño pequeñuelo (Luc. XII, 32). O según el hebreo, muertos de Israel, que con el Apóstol dicen: Cada día muero (I Cor. XV, 31). Y en otro lugar: Con Cristo estoy crucificado. Vivo yo, pero no yo; sino que vive en mí Cristo (Gál. II, 20). Y lo que sigue: Yo te puse como un trillo nuevo, que tiene sierras cortantes, esto significa que la predicación evangélica quebranta las potestades adversarias, y la malicia espiritual que se eleva contra la ciencia de Dios: las cuales por la variedad de la soberbia son llamadas montes y collados. Y habiendo sido estos quitados, y dispersados a modo de torbellino, exulte Israel y alégrese en el Señor Santo de Israel. Podemos también decir que el varón eclesiástico que tiene las sierras cortantes de la predicación

evangélica en el trillo nuevo, que de ninguna manera obra en la vetustez de la letra, sino en la novedad del espíritu, quebranta los corazones más duros de los incrédulos: separando el trigo de la paja, y desmenuzando los montes y collados, esto es, a todos los príncipes de los herejes, que desmenuzados y contritos, sean reducidos a polvo, y se enseñe que no son nada, para que quienes mal habían sido congregados, sean divididos para su bien.

(Vers. 17 sigs.) Los necesitados y los pobres buscan aguas, y no las hay: su lengua por la sed se secó. Yo el Señor los escucharé: Dios de Israel, no los desampararé. Abriré en los collados inclinados ríos: y en medio de los campos fuentes. Pondré el desierto en estanque de aguas y la tierra inviable en arroyos de aguas. Daré en la soledad el cedro y la espina, y el mirto, y el leño de olivo. Pondré en el desierto el abeto, el olmo y el boj a la vez: para que vean, y sepan, y recapaciten, y entiendan pariter, que la mano del Señor hizo esto, y el Santo de Israel lo creó. LXX: Y se regocijarán los pobres y los indigentes: pues buscarán agua, y no habrá: su lengua por la sed se secó del todo. Yo el Señor Dios los escucharé Dios de Israel: y no los desampararé: sino que abriré en los montes ríos, y en medio de los campos fuentes: haré el desierto en pantanos, y la tierra sedienta en acueductos. Pondré en la tierra sin agua el cedro, y el boj, y el mirto, y el ciprés, y el álamo: para que vean, y sepan, y piensen, y conozcan juntos que la mano del Señor hizo estas cosas, y el Santo de Israel las mostró.

El pueblo de las gentes pobre y tenue, que no tenía la ciencia de la verdad, busca por diversos maestros, y variados dogmas de los filósofos aguas salubres: y no las halla, porque no las hay; su lengua por la sed se secó, sin la Ley ni los Profetas. Pues toda su sustancia, según la fe del Evangelio, la había consumido en médicos (Luc. VIII); y de la sangre de la idolatría, y la sangre de las víctimas no podía ser liberado. Por eso el Señor Dios de Israel no los desamparó del todo, ni permitió que perecieran para siempre; sino que abrió en los collados inclinados, o en los montes ríos, y en medio de los campos fuentes. Los cuales ríos trajeron su principio de aquel flujo, que en los Salmos se lee: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4). Y en otro lugar: El río de Dios está lleno de aguas. Las cuales aguas y fuentes manaron de aquella fuente, que por Jeremías habla: Me abandonaron a mí fuente de agua viva (Jer. II, 13). Y arriba en este mismo Profeta se dice: Beberán aguas de las fuentes del Salvador. De las cuales también en los Salmos se canta: Bendecid al Señor Dios de las fuentes de Israel (Sal. LXVII, 27). Y puso, dice, el desierto en estanque de aguas, y la tierra inviable en arroyos de aguas. De las cuales aguas también el Salvador en el Evangelio en sermón místico decía (Juan IV, 13, 14): El que bebiere de la 502 agua, que yo le daré, no tendrá sed para siempre: sino que la agua que yo le daré, se hará en él fuente de agua que salta para la vida eterna. Y otra vez: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que bebiere de la agua que yo le daré, ríos de su vientre fluirán de agua viva (Ibíd. VII,

37, 38, 39). Pero esto, dice el Evangelista, decía del Espíritu Santo, que los creyentes en él iban a recibir.

Porque por tanto la desierta en otro tiempo multitud de la Iglesia, había sido irrigada con aguas vitales, por eso según los LXX nacen en ella el cedro, y el boj, y el mirto, y el ciprés, y el álamo: según el hebreo, y los demás intérpretes, el cedro, la acacia (setta), y el mirto, y el leño de olivo, y el abeto, y el olmo y el boj a la vez. Las cuales variedades de árboles, significan la diversidad de la gracia espiritual. Y porque a todos es conocida la naturaleza de ellos, disertemos sobre la SETTA (שִׁטָּה) solo del hebreo, que Teodoción tradujo como espina. Es pues un género de árbol que nace en el ermo, que tiene similitud con la espina blanca; de donde todos los leños del arca, y los instrumentos del tabernáculo fueron hechos, que se llaman Settim (Éx. XXXVII): el cual leño imputrescible y ligerísimo, supera la solidez y hermosura de todos los leños, tanto en fortaleza como en brillo. Pero el cedro y el ciprés, y el mirto, son de óptimo olor, e imputrescibles. El olmo también y el álamo, o el boj, o se unen a las vides para casarlas, o son aptísimas para diversas obras. Pero todas estas cosas pariter se ponen en la soledad, para que ni siquiera una cuerda de la cítara del Señor, y alguna virtud de las gracias parezca faltar a la Iglesia. Para que todos entiendan, y pariter conozcan con la mente, que la mano del Señor ha perfeccionado todas estas cosas, para que en la aridez de las gentes se hallaran fluentes de virtudes, y en la tierra en otro tiempo desierta

y llena de salinidad, nacieran el cedro y el ciprés, y otros árboles, cuya sublimidad y cima que se apresura a las cosas celestiales, iluminara el leño de olivo, que es nutrimento de luz, y descanso de los que trabajan.

(Vers. 21 sigs.) Acercaos a vuestro juicio, dice el Señor: traed si por ventura tenéis algo, dijo el rey Jacob. Acérquense, y anúnciennos cualesquiera cosas que han de venir: las cosas anteriores que fueron, anunciadlas: y pondremos nuestro corazón, y sabremos lo novísimo de ellas: y [Al. estas] cosas que han de venir, indicádnoslas. Anunciad las cosas que han de venir en el futuro: y sabremos que sois dioses vosotros. Haced también bien o mal si podéis, y hablemos, y veamos juntos. He aquí que vosotros sois para nada [Vulg. de la nada]: y vuestra obra de aquello que no es: abominación es el que os eligió. LXX: Cerca está vuestro juicio, dice el Señor Dios: vinieron y se aproximaron vuestros consejos, dice el rey Jacob. Aproxímense [Al. acérquense] y anúnciennos las cosas que han de venir: o decid las cosas anteriores que eran: y pondremos el sentido: y sabremos cuáles son las novísimas. Decidnos también las cosas venideras, y anunciad las cosas que han de venir en lo novísimo: y sabremos que sois dioses. Haced el bien y el mal, y nos admiraremos: y veremos juntos de dónde sois vosotros, y de dónde es vuestra obra: de la tierra de las abominaciones os eligieron.

Como arriba dijimos que es doble Jacob e Israel, de los que no creen y de los que creen en el Señor Salvador: así llamadas las gentes, y bro-

tando en el desierto en otro tiempo de la Iglesia ríos y fuentes, y de modo admirable floreciendo la variedad de los árboles, todos ellos llenísimos de ubertad, los que de entre las gentes no quisieron creer en Cristo, son provocados al juicio, para que respondan por qué no quisieron ver, y saber y recapacitar, y entender, que la mano del Señor hizo estas cosas, y el Santo de Israel lo creó todo. Acérquense, dice, vuestros ídolos, que pensáis que son fortísimos. O traed, si por ventura tenéis algo en vosotros; y abrid vuestros consejos, con qué razón, con qué sentido no quisisteis recibir la verdad abierta. Y a la vez se hace una apóstrofe a los mismos ídolos, que son insensibles, y no poseen la facultad ni de oír ni de responder. Decidnos, dice, o las cosas pasadas, o las futuras, y por los eventos de las cosas demostrad vuestra potencia. Esto pues significa que después del advenimiento de Cristo todos los ídolos callaron: ¿dónde el Apolo Délfico, y Loxias, y el Delio, y el Clario, y los demás ídolos, que prometían la ciencia de las cosas futuras, que engañaron a reyes potentísimos? ¿Por qué nada pudieron predecir de Cristo; nada de sus Apóstoles; nada de las ruinas y abolición de los templos? Si por tanto no pudieron predecir su propia perdición, ¿cómo pudieron anunciar las cosas ajenas, o las malas, o las buenas? Que si alguno dijere que muchas cosas fueron predichas por los ídolos, ha de saberse esto: que siempre unieron la mentira a la verdad, y de tal modo templaron las sentencias, que ya ocurriera algo bueno o malo, ambos pudieran entenderse. Como es aquello de Pirro rey de los epirotas: Digo

que tú, Eácida, a los romanos puedes vencer. And of Creso: Creso, habiendo atravesado el Halis, los máximos reinos perderá.

Otra señal también es que los ídolos no son dioses, porque ni bien pueden hacer, ni mal. No porque los ídolos, o los demonios que asisten a los ídolos, no hayan hecho a menudo males; sino porque a menos que les fuera concedida potestad por el Señor, no pueden hacer esto. Finalmente en el Evangelio suplican que tengan potestad en la manada de los puercos (Mat. VIII). Y en Job leemos que sin el mandato del Señor él (el Diablo) no valió para dispersar ni siquiera los jumentos y las posesiones del varón santo (Job I). Ni es de admirar esto de Dios, cuando también el Apóstol Pablo entrega a algunos a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I). O ha de decirse esto: que los mudos simulacros de los hombres e insensibles, ni bien pueden hacer, ni mal, ni conocer las cosas pasadas, ni las futuras, porque son de la nada, y de aquello que no es, y no tanto ellos mismos, sino el que los cultiva, sea digno de abominación. Pues los ídolos de las gentes son plata y oro, obras de las manos de los hombres. Boca tienen, y no hablarán (Sal. CXIII, 13). ¿Cómo pues pueden saber y anunciar las cosas venideras, o narrar las pasadas, y hacer el bien o el mal, las cuales ni tienen sentido de hombres, ni de los brutos animales? Ni interesa de qué materia parezcan hechos, siendo todo terrenal.

(Vers. 25 sig.) Suscitó del Aquilón, y vendrá del orto del sol: llamará [Al. llamó] mi nombre, y conducirá a los magistrados como lodo: y como alfa-

rero conculcando [Al. conculcó] el suelo. ¿Quién lo anunció desde el exordio, para que sepamos: y desde el principio, para que digamos: Justo eres? No hay ni quien anuncie, ni quien prediga, ni quien oiga vuestros sermones. El primero dirá a Sión: He aquí que están presentes, y a Jerusalén daré un evangelista. Y vi, y no había de entre estos nadie que iniciara un consejo: y preguntado respondiera una palabra. He aquí 505 todos injustos, y vanas las obras de ellos: viento y vacuos los simulacros de ellos. LXX: Pero yo lo suscité al que está del Aquilón, y al que del orto del sol: serán llamados por mi nombre. Vengan los príncipes y como lodo de alfarero: y como alfarero conculcando el lodo, así seréis conculcados. Pues ¿quién os anunciará las cosas que son desde el principio, para que conozcamos las que han de ser en el futuro: y diremos que es verdad: no hay quien predique [Al. predica], ni quien oiga vuestras palabras. Daré el principio a Sión: y a Jerusalén consolaré en la vía: pues de las gentes nadie es, y de los simulacros de ellos no había quien anunciara: y si los interrogare: ¿de dónde sois?, no me responderán: pues son vuestros hacedores, y en vano os seducen.

Todavía habla contra los ídolos, y contra aquellos que después del advenimiento de Cristo, no quisieron dejarlos. Y permaneciendo ellos en el error, él dice que ha suscitado del Aquilón al pueblo de las naciones. Pues del Aquilón se encenderán los males sobre todos los habitantes de la tierra. Y a Jeremías se le dice: ¿Qué ves tú, Jeremías? Y él respondió: Una olla encendida: y

su faz desde la faz del Aquilón (Jer. I, 13). Son suscitados, pues, del Aquilón, para que crean en aquel que vino del orto del sol. De quien arriba leímos: ¿Quién suscitó del Oriente al justo, o a la justicia? Y en otro lugar: He aquí el varón, Oriente es su nombre (Zac. VI, 12). El cual los llamará [Al. llamó] en mi nombre, para que dejados los simulacros, cultiven a un solo Dios. Pues él mismo habla en el Evangelio: Yo vine en nombre de mi Padre, y no me recibisteis: otro vendrá en su nombre, y a ese lo recibiréis (Juan V, 43). Él mismo conculcará a los príncipes y magistrados, y toda la soberbia del mundo, y le serán sometidos como lodo al alfarero, para que haga de ellos un vaso para honor, y otro para contumelia (Rom. IX). Estas cosas que yo según la costumbre profética digo que he hecho, como si ya fueran pasadas, o según Símaco, las prometo como futuras, ninguno de los demonios e ídolos puede predecirlas. Por lo cual todos los oráculos callaron, porque no hay nadie que anuncie, nadie que oiga, mientras los brutos corazones de los gentiles entendieron primero su error, y dejaron los falsos vaticinios.

Y primero el Señor hablará a Sión, esto es, a su Iglesia y le dirá: He aquí que están presentes tus hijos, que te he donado por mi fe. Significa pues a los Apóstoles, que en todo el orbe predicaron el Evangelio 506. Sión y Jerusalén difieren en los nombres; por lo demás, como es una sola ciudad, así también es una sola Iglesia. Todas las gentes, por tanto, que siguen el error de los ídolos, sean interrogadas por nosotros, para que respondan de dónde son. Y esta será la respuesta de todas,

que todas siguen la vanidad y los vientos, y adoran las obras de sus manos. Todo lo que hemos dicho de los ídolos y las gentes, refirámoslo a los dogmas de la depravación; y a sus príncipes los heresiarcas, que anunciando Cristo la paz de la Iglesia, y mostrándoles la vía de la verdad, ellos mismos sigan el error; y sean comparados al viento y al torbellino. Los hebreos interpretan al suscitado del Aquilón, y que viene del orto del sol, como al asirio y al persa, que vinieron a Jerusalén, y conculcaron a todos sus príncipes; y ninguno de los ídolos que cultivaban, supo que esto iba a venir, sino solo el Señor, que se vengó de ellos por sus pecados.

(Is. 42:1 sig.) He aquí mi siervo, yo le sostendré: mi elegido, mi alma se ha complacido en él. He puesto mi espíritu sobre él: él dará juicio a las naciones. No clamará, ni aceptará personas: ni se oirá fuera su voz. La caña cascada no quebrará: y el lino que humea no apagará: en verdad sacará el juicio. No estará triste ni será turbulento, hasta que ponga en la tierra el juicio: y las islas esperarán su ley. LXX: Jacob mi siervo, yo le asumiré: Israel mi elegido, mi alma lo ha recibido. He puesto mi espíritu sobre él: sacará el juicio a las naciones: no clamará, ni desistirá: ni se oirá fuera su voz. La caña quebrada no quebrará, y el lino que humea no apagará: sino que en verdad sacará el juicio: brillará, y no será quebrantado, hasta que ponga sobre la tierra el juicio: y en su nombre las naciones esperarán. 'Jacob' e 'Israel' no se encuentran en el presente pasaje, lo cual tampoco puso el Evangelista Mateo, siguiendo la verdad

hebraica. Decimos esto para reproche de aquellos que desprecian nuestro trabajo. Sobre lo cual se ha disputado más plenamente en los Pequeños Comentarios sobre Mateo, y en el libro que recientemente escribimos a Algasia. Y entretanto, debe notarse que donde se escribe sobre el coro de los Apóstoles, son llamados tanto 'Jacob' como 'Israel,' y 'semilla de Abraham': a quienes, como a hombres y siervos, se les dice consecuentemente: 'No temas, gusanillo Jacob, y pequeño en número Israel.' Pero donde hay una profecía sobre Cristo, se lee sin 'Jacob' e 'Israel': 'He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi elegido, mi alma se ha complacido en él.' Y en lo que sigue: 'Te he dado por alianza del pueblo, para luz de las naciones: para abrir los ojos de los ciegos, y para sacar de los vínculos a los atados, y de la casa de la cárcel a los que habitan en tinieblas.' Ni es de extrañar si se le llama 'siervo,' hecho de mujer, y hecho bajo la ley (Gál. 4); quien, estando en forma de Dios, se humilló a sí mismo, tomando forma de siervo, e hallado en su hábito como hombre (Fil. 2). En quien se complació el alma de Dios, viendo en él todas las virtudes: o más bien, que él mismo es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios. 'He puesto,' dice, 'mi espíritu sobre él': el cual descendió en especie de paloma.

'Dará juicio a las naciones,' lo cual antes no sabían. 'No clamará': pues será manso y suave; 'y no aceptará personas en el juicio,' o más bien, se sobrentiende 'no elevará su voz en lo alto.' O según Símaco, 'no será engañado,' entendiendo todas las insidias del diablo: o, según los LXX,

'no abandonará,' a saber, al pueblo de los judíos, llamándolo a la penitencia. 'Ni se oirá fuera su voz,' pues ni fuera de Galilea y Judea predicó el Evangelio en otras naciones. Porque si leemos que estuvo en los términos de Tiro y Sidón (Mt. 15), o en el confín de Cesarea de Filipo, que ahora se llama Paneas: sin embargo, debe saberse que no está escrito que haya entrado en esas mismas ciudades. 'La caña cascada,' o 'quebrada, no quebrará.' Pues será aplacable para todos, y dará el perdón a los pecadores, diciendo a la mujer: 'Confía, hija, tus pecados te son perdonados' (Lc. 7, 48). 'Y el lino que humea,' o como otros tradujeron, 'oscuro' y 'tenebroso, no apagará': los que estaban vecinos a la extinción, eran preservados por la clemencia del Señor (cosas que hemos disertado sobre los judíos y las naciones en los opúsculos sobredichos); pero con verdad juzgará todas las cosas, no temiendo de ninguna manera a los escribas y fariseos, a quienes llamaba con confianza hipócritas (Mt. 7, 15, 22, 23 por todo, y Lc. 6, 12). Pero lo que sigue: 'Brillará, y no será quebrantado, hasta que ponga sobre la tierra el juicio,' el Evangelista Mateo no lo puso (Mt. 12): o bien entre un 'juicio' y el otro 'juicio,' las partes medias fueron quitadas por error de un escriba. Pero significa que resucitando de entre los muertos, iluminó a todos, y no fue quebrantado por la muerte, hasta que pusiera sobre la tierra el juicio: quien hablaba en el Evangelio: 'Para juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos' (Jn. 9, 39). Por lo cual nosotros hemos interpretado:

'No estará triste, ni será turbulento'; sino que conservará la igualdad del rostro en todo tiempo: de lo cual falsamente se glorían los filósofos sobre Sócrates, que nunca estuvo, más de lo habitual, ni triste ni alegre. Por lo cual Aquila y Teodoción interpretaron: 'No oscurecerá, y no correrá, hasta que ponga en la tierra el juicio.' Y el sentido es: la tristeza de ningún rostro lo disuadirá, ni se apresurará al castigo, quien reservó la verdad del juicio para el tiempo último. Y lo que sigue: 'y las islas esperarán su ley,' los LXX lo pusieron más manifiestamente: 'en su nombre las naciones esperarán': las cuales en las Escrituras son llamadas 'islas,' porque están abiertas por todas partes a las incursiones de los proyectores. Pero entendamos su 'ley,' no la que fue dada por Moisés, sino el Evangelio: 'Porque de Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén' (Supra, 2). Sobre la cual ley también Jeremías profetiza: 'He aquí que vienen los días, dice el Señor: y pondré una alianza nueva, no según la alianza que en otro tiempo pacté con sus padres' (Jer. 31, 31, 32).

(Vers. 5, 6 sig.) Esto dice el Señor Dios: El que creó los cielos, y los extendió: el que afianzó la tierra, y las cosas que brotan de ella: que da aliento al pueblo sobre ella, y espíritu a los que la pisan. Yo el Señor te he llamado en justicia, y he tomado tu mano, y te he guardado: y te he dado por alianza del pueblo, para luz de las naciones. Para que abrieras los ojos de los ciegos, y sacaras de la conclusión al atado, de la casa de la cárcel a los que se sientan en tinieblas. Yo el Señor, este es mi nombre; no daré mi gloria a otro, ni mi

alabanza a las esculturas. Las cosas que habían sido primero, he aquí que han venido; yo también anuncio cosas nuevas: antes de que broten, os las haré oír. Era incierto quién había dicho antes: 'He aquí mi siervo, yo le sostendré: mi elegido, mi alma se ha complacido en él.' 'He puesto mi espíritu sobre él: él dará juicio a las naciones.' Pues tras la condenación de los ídolos, había brotado un discurso súbito. 'He aquí mi siervo,' y lo demás, que nosotros interpretamos de parte del Padre sobre Cristo. Por tanto, para que no dejara ambiguo quién había dicho las cosas anteriores, añade y dice: 'Esto dice el Señor Dios, que creó los cielos, y los extendió.' O según tradujeron los LXX: 'El que hizo el cielo, y lo fijó.' El Creador y Señor del universo, por tanto, prometió él mismo el advenimiento de su Cristo, quien no solo extendió los cielos y los fijó; sino que también afianzó la tierra con su alta mole, y todas las cosas que de ella nacen: para que 'sus cosas invisibles a partir de las cosas que han sido hechas, siendo entendidas, sean contempladas' (Rom. 1); su sempiterna virtud también y divinidad.

Quien dio el hálito a todos los que viven en la tierra, por la primera ley de los mortales. Pues 'sopló Dios en el rostro de Adán espíritu de vida, y fue hecho en alma viviente' (Gén. 2). Pero 'espíritu' propiamente a estos que pisan la tierra; y someten la sabiduría de la carne a su propio poder. Aquel, pues, cuyos heraldos son tan grandes, habló estas cosas a aquel cuya ley esperan las islas y las naciones: 'Yo el Señor te he llamado en justicia': sobre lo cual él mismo habla en el Evan-

gelio, 'Padre justo, el mundo no te conoció' (Jn. 17, 25); para que fuera Dios no solo de los judíos, sino también de las naciones. 'Y he tomado tu mano,' porque cuanto obra el Hijo, obra el Padre. 'Y te he guardado,' tú que conservas todas las cosas. 'Y te he dado por alianza del pueblo' de Israel, a quien te había prometido antes que vendrías. 'Y para luz de las naciones,' que se sentaban en tinieblas y en sombra de muerte, 'para que abrieras los ojos de los ciegos' que antes no veían a Dios. 'Y sacaras de la conclusión al atado' (Prov. 5); pues cada uno es constreñido por las sogas de sus propios pecados. Y en el Evangelio, el Señor soltó a quien Satanás había atado (Mt. 8). 'De la casa de la cárcel a los que se sientan en tinieblas,' que se veían envueltos en la noche y la calígine del error. Y lo que infiere: 'Yo el Señor, este es mi nombre; no daré mi gloria a otro,' no excluye al Hijo, a quien, cuando decía en el Evangelio: 'Padre, glorifícame con la gloria que tuve junto a ti antes de que el mundo fuera' (Jn. 17, 5), él mismo respondió: 'Y la he glorificado, y la glorificaré.' Pues no dijo: 'No daré mi gloria a nadie,' pues si lo hubiera dicho, habría excluido también al Hijo; sino 'no daré mi gloria a otro,' fuera de ti, a quien la he dado, a quien se la daré. Por lo cual admiro sobremanera la propiedad de la santa Escritura, que la palabra AHER todos los Intérpretes tradujeron con voz consonante como 'otro,' los cuales en muchas otras cosas suelen discrepar. Pero para que sepamos que por esta sentencia no se excluye al Hijo, sino a los ídolos, las palabras siguientes lo atestiguan: 'Y mi alabanza a las esculturas.' Por

lo cual los LXX: 'ni mis virtudes a los simulacros.' Pues siendo Cristo la virtud de Dios, y la sabiduría de Dios, contiene en sí todas las virtudes del Padre. Sigue: 'Las cosas que fueron primero, he aquí que han venido.' Y el sentido es: Las cosas que hablé, las que prometí por Moisés y los Profetas, todas se han cumplido. Ahora, empero, os anuncio el Evangelio, la vocación de las naciones, la pasión de Cristo, la novedad de la fe: para que así como veis las cosas anteriores cumplidas por los hechos, así también creáis que estas cosas que ahora prometo han de venir.

(Vers. 10, 11 sig.) Cantad a Dios un cántico nuevo: su alabanza es desde los extremos de la tierra: los que descendéis al mar, y su plenitud; las islas y sus habitantes. Que se eleve el desierto y sus ciudades: en casas habitará Cedar, alabad, habitantes de Petra, desde la cumbre de los montes clamarán. Pondrán al Señor gloria, y su alabanza en las islas anunciarán. El Señor como fuerte saldrá, como varón guerrero suscitará el celo: vociferará y clamará: sobre sus enemigos se confortará. Callé siempre, silencié, fui paciente: como parturienta hablaré: disiparé y absorberé a la vez. Desiertos haré los montes y collados, y toda su hierba desecaré, y pondré los ríos en islas, y los estanques secaré. Y conduciré a los ciegos por el camino que no saben, y en las sendas que ignoran los haré caminar. Pondré las tinieblas ante ellos en luz, y lo torcido en recto: estas palabras les hice, y no los desamparé. Se volvieron atrás: confúndanse con confusión los que confían

en la escultura, los que dicen a lo fundido: Vosotros sois nuestros dioses.

LXX: Cantad al Señor un cántico nuevo: su principado es glorificado, y su nombre desde la cumbre de la tierra: los que descienden al mar y lo navegan, las islas y sus habitantes: alégrese el desierto y sus aldeas: las villas y los habitantes de Cedar. Se alegrarán los que habitan en Petra: desde la cumbre de los montes clamarán. Darán a Dios gloria, sus virtudes en las islas anunciarán. El Señor Dios de las virtudes saldrá y quebrantará la guerra, suscitará el celo, y clamará sobre sus enemigos con fortaleza. Callé desde el principio, ¿acaso siempre callaré y sostendré? como parturienta actué pacientemente, prorrumpiré y desecaré a la vez, devastaré montes y collados, y todo su heno desecaré. Y pondré los ríos en islas, y las paludes secaré. Y aduciré a los ciegos por el camino que no saben, y las sendas que ignoraron, los haré pisar; les haré las tinieblas en luz, y lo torcido en recto. Estas palabras les haré, y no los desamparé, ellos empero se volvieron atrás; confundíos con confusión, los que confiáis sobre las esculturas, los que decís a lo fundido, vosotros sois nuestros dioses.

Aquel que antes había dicho: 'Las cosas que fueron primero, he aquí que han venido; también anuncio cosas nuevas: antes de que broten, os las haré oír'; y se había prometido que diría lo que ignoraban: cuáles sean esas cosas nuevas, lo atestigua en el discurso siguiente, mandando a los Apóstoles y a los varones apostólicos que canten un cántico nuevo, de ninguna manera en

la vetustez de la letra, sino en la novedad del espíritu. Y no solo en el antiguo Instrumento, sino en el nuevo; y que su alabanza penetre hasta los extremos de la tierra. 'Pues desde lo más alto del cielo es su salida, y su encuentro hasta lo más alto de él' (Sal. 18). 'Por toda la tierra salió el sonido de los Apóstoles, y hasta los confines del orbe sus palabras.' O según los LXX: 'Glorificad su nombre en los confines de la tierra': para que en el universo mundo el nombre de Cristo sea anunciado a las naciones. Pero quiénes sean estos que deban cantar el cántico nuevo, las palabras siguientes lo atestiguan: 'Los que descendéis,' dice, 'al mar, y lo navegáis,' o 'la plenitud del mar.' Pues Jesús, viendo a los Apóstoles en la orilla junto al mar de Genesaret reparando sus redes, los llamó y envió al gran mar (Lc. 5); para que de pescadores de peces hiciera pescadores de hombres, los cuales desde Jerusalén hasta el Ilírico y las Españas predicaron el Evangelio: capturando en breve tiempo también la misma potencia de la ciudad romana. O ciertamente descendieron al mar y lo navegaron, sosteniendo las tempestades y persecuciones de este siglo. Entiende por las 'islas' y sus 'habitantes,' o la diversidad de las naciones, o la multitud de las Iglesias. 'Eleve,' dice, 'el desierto y sus ciudades su voz,' de lo cual también hablamos arriba. O alégrese el desierto y sus aldeas, y Cedar, que en otro tiempo fue región inhabitable al otro lado de la Arabia de los sarracenos. Y los habitantes de Petra, que es también ciudad de Palestina. Esto empero significa que el pueblo de las naciones, desierto antes

de la noticia de Dios y ligado por los errores de la idolatría, se convierta a las alabanzas del Señor. O porque 'Cedar' se interpreta como 'tinieblas,' y según el Apóstol (1 Cor. 10) 'la piedra es Cristo,' se manda a todos los creyentes que, quienes antes estaban en tinieblas y ahora creen en el Señor Salvador, clamen desde la cumbre de los montes y prediquen abiertamente a Cristo, a quienes también se dijo arriba (Sobre el cap. 40, 9): 'Sube al monte excelso, tú que evangelizas a Sión.' 'Eleva con fortaleza tu voz, tú que evangelizas a Jerusalén.' 'Y pondré su gloria en las islas,' de las cuales hablamos antes. Y describe el discurso profético el glorioso advenimiento del Salvador, de quien también habla el Apóstol Pablo: 'Según la iluminación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo' (2 Cor. 4; 2 Tim. 1, 10); y lo compara con un varón fortísimo, que ha de luchar contra sus adversarios, y ha de suscitar el celo. Sobre lo cual también se profetizó en el Cántico del Deuteronomio: 'Ellos me movieron a celo en aquello que no era Dios, e irritaron en sus ídolos; y yo los moveré a celo en una nación que no es, y en una nación estupidísima los irritaré' (Dt. 32, 21). Vociferará también y clamará contra sus enemigos, reprobando abiertamente su infidelidad, y pronunciando con clamor: 'Callé, siempre silencié, fui paciente,' o como tradujeron los LXX: 'Callé, ¿acaso siempre callaré?' (Ecl. 3, 7). Para que se cumpla aquello que se dice por Salomón: 'Tiempo de callar, y tiempo de hablar.' Y el sentido es: Mucho tiempo os he soportado a menudo en vuestras delincuencias; pero porque

antes había callado, de ninguna manera callaré más. Y como la parturienta saca a la luz al infante, y hace manifiesto lo que antes se tenía cerrado en las vísceras: así yo mi dolor y la disimulación que siempre tuve sobre vuestros crímenes, ahora los proferiré, y disiparé vuestros consejos: y en un solo tiempo absorberé a la nación entera, y toda la soberbia de los montes y la hinchazón de vuestros collados. Y el heno, de que se dijo arriba: 'Verdaderamente heno es el pueblo,' esto es, tanto los príncipes como el vulgo innoble, los reduciré a desierto. Lo cual en los LXX fue añadido de la edición de Teodoción, que había callado estas palabras (Véase arriba, cap. 4, 7). Y cuando os haya desecado y borrado desde la cabeza hasta los pies, entonces los ríos de mi doctrina haré correr en las islas de las naciones, y vuestros estanques o paludes los reduciré a sequedad, para que en las naciones esté la ciencia de las Escrituras, y en vosotros la aridez de la doctrina. Y conduciré a los ciegos por el camino que antes no sabían, sobre quienes también leímos arriba: 'Te he dado por alianza del pueblo, para luz de las naciones, para que abrieras los ojos de los ciegos.' Estos serán conducidos por el camino del que habla Cristo. 'Yo soy el camino,' o más bien el camino de la ciencia de Dios, y por las sendas profetales los haré caminar. Entonces sus tinieblas se cambiarán en luz, y lo torcido se volverá en recto, para que entiendan lo que leen, y con los ojos del corazón aspiren a la clara luz de Cristo en el Antiguo Testamento. Y a la vez infiere: 'Estas palabras que hice,' o 'les haré,' de ninguna manera

prometiendo cosas futuras para más adelante; sino rindiendo lo que antes había prometido. Al decir yo empero estas cosas, el pueblo de los judíos se volvió atrás, para no creer al que prometía, y se confundiera en sus errores, y descuidara la promesa de Dios, quien antes había creído en los ídolos. O cuando haya entrado la plenitud de las naciones, entonces también el pueblo de Israel se convertirá (Rom. 11), y se arrepentirá de su error, por el cual antes había servido a los ídolos. O ciertamente tras la vocación de las naciones volverá al principio: para que diga que todas las naciones, que no quisieron creer al Evangelio, han de ser confundidas en sus ídolos.

(Vers. 18, 19 sigs.) Sordos, oíd, y ciegos, mirad para ver. ¿Quién es ciego, sino mi siervo? ¿y sordo, sino aquel a quien envié mis mensajeros? ¿Quién es ciego, sino el que ha sido vendido? ¿y quién es ciego, sino el siervo del Señor? Tú que ves muchas cosas, ¿acaso no las guardarás? tú que tienes los oídos abiertos, ¿no oirás? Y el Señor quiso que lo santificara, y magnificara la ley, y la ensalzara. Pero el pueblo mismo ha sido saqueado y devastado: todos ellos son lazo de jóvenes, y en casas de cárceles han sido escondidos: han sido hechos presa, y no hay quien los libre: en saqueo, y no hay quien diga: Restituye. ¿Quién hay entre vosotros que oiga esto, atienda y escuche las cosas futuras? ¿Quién dio a Jacob en saqueo, e Israel a los que lo devastan? ¿No fue el Señor mismo, contra quien pecamos? Y no quisieron andar en sus caminos, y no oyeron su ley. Y derramó sobre él la indignación de su furor, y una fuerte guerra: y lo quemó

en derredor, y no conoció: y lo encendió, y no entendió.

LXX: Sordos, oíd, y ciegos, mirad hacia arriba, para que veáis. ¿Quién es ciego, sino mis hijos: y sordos, sino los que se enseñorean de ellos? ¿Quién es ciego (Según la edición Complutense de los LXX) sino el que ha recibido: y han sido cegados los siervos de Dios. Habéis visto a menudo, y no habéis guardado: se han abierto los oídos, y no habéis oído. El Señor Dios quiso que fuera justificado, y magnificara la alabanza. Y vi, y era un pueblo devastado y saqueado. Pues hay lazo en las recámaras por todas partes, y en las casas a la vez, en las cuales los escondieron. Han sido hechos en saqueo: y no había quien librara la presa: y no había quien dijera: Restituye. ¿Quién hay entre vosotros que oiga estas cosas, y conozca las futuras? ¿Quién dio en saqueo a Jacob, e Israel a los que lo devastan? ¿No fue Dios, contra quien pecaron? y no quisisteis andar en sus caminos, ni oír su ley. E indujo sobre ellos la ira de su furor: y prevaleció contra ellos la guerra, y quienes los quemaban por el contorno: y no conoció cada uno, ni lo pusieron sobre el alma.

Para que nadie pensara que esto que se dice: 'Sordos, oíd, y ciegos, mirad para ver,' pertenece al pueblo de las naciones, que antes había sido sordo y ciego (como los judíos contienden por aprobar mediante una estúpida interpretación), el mismo discurso profético demuestra quiénes deben ser entendidos por sordos y ciegos. '¿Quién,' dice, 'es ciego, sino mi siervo: y sordo, sino aquel a quien envié mis mensajeros?' No hay

duda de que significa a los Profetas. ¿Quién es ciego, sino el que ha sido vendido por sus pecados? ¿Quién es ciego, sino el que antes fue siervo del Señor? A quien se dice: 'Oh Israel que ves muchas cosas, y tienes muchísimos Profetas por quienes conozcas los mandatos de Dios, ¿acaso no guardarás lo que te ha sido preceptuado?' Tú que tienes los oídos abiertos, ¿no oirás lo que se dice, sobre lo cual también leímos arriba: 'De oído oiréis, y no entenderéis: y viendo veréis, y no veréis: pues se ha engordado el corazón de este pueblo' (Is. 6, 9). El Señor, dice, quiso que lo santificara, y magnificara su Ley, y ensalzara y elevara al pueblo postrado. Pero aquel pueblo no quiso hacer la voluntad de Dios: y por eso ha sido saqueado y devastado por sus adversarios, a quienes debemos entender o como demonios, o como enemigos. 'Todos ellos son lazo de jóvenes, y en casas de cárceles han sido escondidos.' O como tradujeron los LXX: 'Lazo en las recámaras por todas partes: y en las casas a la vez, en las cuales los escondieron': significando a los escribas y fariseos, que engañaron a la plebe miserable, y en todas partes pusieron insidias contra el Señor Salvador y sus Apóstoles (Lc. 11): teniendo la llave de la ciencia, ni entrando ellos mismos, y prohibiendo entrar a los otros que querían. Y bellamente llamó 'cárceles' a sus pechos, en los cuales habitaban los peores pensamientos. Por eso fueron hechos en rapiña y en saqueo: ni hubo quien los librara, y hiciera un discurso por ellos. Y a la vez el Profeta los exhorta a que, si todos no pueden oír, al menos unos pocos conozcan

y entiendan las cosas futuras, y de quién hayan padecido estas cosas. Y reconozcan las causas de su devastación, ellos que ni quisieron oír ni hacer lo que por la Ley les ha sido preceptuado. Por eso derramó el Señor sobre ellos toda su ira e indignación plena de furor, para que quien antes había callado, de ninguna manera callara más, ni los corrigiera con palabras, sino con penas y tormentos, y los comprendiera una guerra fortísima, que de ninguna manera pudieran evadir, mostrando la ferocidad de los romanos. Y cuando ha sido quemado por todas partes, y nada tiene en sí de sanidad, sin embargo no entiende la causa de su pena, que por eso ha sido castigado, porque no recibió al Hijo de Dios.

(Is. 43:1 sigs.) Y ahora así dice el Señor que te creó, Jacob, y que te formó, Israel: No temas, porque yo te he redimido, y te he llamado por tu nombre: mío eres tú. Cuando pases por el agua [Vulg. aguas], contigo estaré, y los ríos no te cubrirán. Cuando camines en el fuego, no te quemarás, y la llama no arderá en ti: porque yo soy el Señor Dios tuyo, el Santo de Israel, tu Salvador, he dado por tu propiciación a Egipto, a Etiopía y a Saba por ti. Puesto que has sido hecho honorable a mis ojos y glorioso: yo te he amado, y daré hombres por ti, y pueblos por tu alma. No temas, porque contigo yo soy: del Oriente traeré tu semilla, y del Occidente te recogeré. Diré al Aquilón: da; y al Austro: no prohíbas; trae a mis hijos de lejos, y a mis hijas del extremo de la tierra. Y a todo el que invoca mi nombre, para gloria mi yo lo he creado, y lo he formado, y lo

he hecho. Saca fuera al pueblo ciego, que tiene ojos; al sordo, que tiene oídos. Todas las naciones se han congregado a la vez, y se han reunido las tribus. ¿Quién hay entre vosotros que anuncie esto, y las cosas que son primeras nos haga oír? den sus testigos, y justifíquense: y oigan, y digan: Verdaderamente vosotros sois mis testigos, dice el Señor, y mi siervo a quien elegí, para que sepáis y me creáis, y entendáis que yo mismo soy. Antes de mí no fue formado Dios, y después de mí no lo habrá. Yo soy, yo soy el Señor, y no hay Salvador fuera de mí. Yo anuncié, y salvé: lo hice oír, y no hubo entre vosotros extraño. Vosotros sois mis testigos, dice el Señor, y yo soy Dios, y desde el principio yo mismo, y no hay quien de mi mano libre: obraré, y ¿quién lo evitará?

LXX: Y ahora así dice el Señor que te hizo, Jacob, y te creó, Israel: No temas, porque te he redimido: te he llamado por tu nombre, mío eres tú: y si pasares por el agua, contigo soy, y los ríos no te cubrirán. Y si pasares por el fuego, no te quemarás: la llama no te abrasará: porque yo soy el Señor Dios tuyo el Santo de Israel, tu salvador. Hice tu cambio por Egipto, y Etiopía y Siene por ti. Puesto que has sido hecho honorable, y en mi presencia has sido glorificado: y yo te he amado, y daré hombres por ti, y príncipes por tu cabeza. No temas, porque contigo soy: de Oriente traeré tu semilla, y del Occidente te recogeré. Diré al Aquilón: trae; y al Africo: no prohíbas; trae a mis hijos de tierra lejana, y a mis hijas de los confines de la tierra, a todos los que son llamados por mi nombre: pues en mi gloria lo creé, y lo plasmé, y

lo hice: y saqué al pueblo ciego, que tienen ojos, y son ciegos, y sordos son sus oídos. Todas las naciones se han congregado a la vez, y se han reunido sus príncipes. ¿Quién anunciará estas cosas? ¿o quién os anunciará las cosas desde el principio? traigan sus testigos, y justifíquense, y oigan y hablen verdades. Sedme testigos, y yo testigo, dice el Señor Dios, y mi hijo a quien elegí, para que sepáis y creáis y entendáis que yo soy: Antes de mí no hubo otro Dios y después de mí no lo habrá. Yo soy Dios, y no hay Salvador fuera de mí. Yo anuncié, y los hice salvos: reproché y no había entre vosotros extraño. Vosotros sois mis testigos, y yo el Señor Dios desde el principio, y no hay quien de mis manos libre. Haré, y ¿quién lo evitará?

Los hebreos interpretan estas cosas sobre el segundo advenimiento del Salvador, cuando tras la plenitud de las naciones todo Israel haya de ser salvo. Nosotros empero de ninguna manera pensamos que se haga la promesa a aquellos a quienes se dijo arriba: '¿Quién es ciego, sino mis hijos, y quiénes sordos, sino los que se enseñorean de ellos? y han sido cegados los siervos de Dios.' Y de nuevo: 'Ha sido hecho un pueblo devastado y saqueado,' y cosas semejantes a estas. Finalmente infiere: 'Derramó sobre él la indignación de su furor, y una fuerte guerra: y lo quemó en derredor, y no conoció, y lo encendió, y no entendió.' Por tanto, lo que dijimos arriba, que hay dos Jacob y dos Israel, uno carnal y el otro espiritual, de aquellos que no quisieron creer en el Salvador, y de aquellos que recibieron al Hijo de Dios: esto

también debe entenderse ahora, que se convoca al coro de los Apóstoles, y a la primera Iglesia de Cristo congregada del pueblo de los judíos, para que entienda a su Creador y hacedor, que es el artífice tanto de su alma como de su cuerpo. Ni tema a los perseguidores porque ha sido redimida por la sangre de Cristo, quien la ha llamado por su nombre: y por familiaridad llama especialmente a su pueblo; sino que predique sin vacilación, y no tema ningún peligro. Y lo que infiere: las aguas y los ríos, y el fuego y las llamas, describe el ímpetu y el furor de los perseguidores, que envidian la salvación de las naciones, y no quieren que se predique el sermón evangélico. Aunque los judíos quieran que en las aguas se entiendan los egipcios, en los ríos los babilonios, en el fuego los macedonios, y en la llama los romanos. Por eso empero les manda que no teman, porque el Señor Dios Salvador de ellos, y el santo de Israel está con ellos, quien los ha hecho predicar en Egipto, Etiopía y Siene, y en los extremos confines del mundo. Por Siene, los restantes Intérpretes pusieron SABA, de donde fue la reina del Austro, que vino a oír la sabiduría de Salomón (3 Rey. 10). Por lo cual ha sido hecho honorable el coro de los Apóstoles en la presencia de Dios, y amado por él: y la salvación de todos los hombres y pueblos, que por ellos han sido llamados al Evangelio, y serán reputados para la salvación de sus almas. Por lo cual une y dice: 'No temas, yo estoy contigo,' yo que os hablo en el Evangelio: 'He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo' (Mt. últ. 20). Pues del Oriente y del

Occidente traeré a tus hijos, que descansen en el seno de Abraham, y de todas las partes del mundo se congregará el pueblo de mis hijos e hijas, que o bien invoquen mi nombre, o sean llamados por mi nombre, para que se llamen cristianos para gloria de su hacedor. Y lo que sigue: 'Saca fuera al pueblo ciego, y que tiene ojos; al sordo, y tiene oídos,' muchos piensan que se dice del pueblo de las naciones, que por la doctrina de los Apóstoles empezaron a oír y a ver. Pero nosotros entendamos estas cosas también sobre el Israel disperso, que haya sido llamado por los Apóstoles, y primero haya creído; a quienes habla también Pablo: 'A vosotros primero era oportuno que se predicara el sermón de Dios' (Hech. 13, 46). Y el Señor mismo en el Evangelio: 'Id a las ovejas perdidas de la casa de Israel' (Mt. 10, 6). Finalmente sigue: 'Todas las naciones se han congregado a la vez, y se han reunido las tribus,' esto es, con el pueblo que creyó de entre los judíos, para que haya una doble vocación, de la circuncisión y del prepucio. Lo que empero se dice, 'Saca,' el discurso es para el Hijo. O, según los LXX, el Padre habla del Hijo, de que haya sacado a su pueblo ciego y sordo, y lo haya acoplado a las naciones, y haya hecho de ellos muchos príncipes de la Iglesia. Y se maravilla el profeta de que nadie en las naciones haya podido prescindir de estas cosas, ni conocer los consejos de Dios; sino solo su pueblo que recibió la Ley, y tuvo profetas: 'Pues conocido es Dios en Judea; en Israel es grande su nombre' (Sal. 75, 1). O el mismo Dios sea testigo de sus propios sermones, y realizador, y su hijo y siervo a quien eligió. No

hay duda de que significa a Cristo, a quien también dice arriba: 'Gran cosa es para ti ser llamado mi hijo.' Y todas estas cosas se harán para que la verdad sea predicada al mundo, y sepan, y crean, y entiendan, cuya mente antes era bruta e insensible, que fuera del único Dios no hay ningún otro Dios, ni antes ni después. Pues el artífice de los tiempos no tiene en algún momento principio, siendo esto mismo, 'en algún momento,' algo del tiempo. Y como ahora ha hablado: 'Yo soy testigo, dice el Señor Dios; y el hijo a quien elegí,' diciendo esto mismo el Señor en el Evangelio: 'El testimonio de dos hombres es verdadero.' 'Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el que me envió, el Padre' (Jn. 8, 17, 18). Así también debe sentirse de su divinidad, que ninguno es Dios sino él mismo que habla, y su hijo a quien eligió. Y bellamente fuera de Dios Padre ningún otro es Dios: porque Cristo es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios (1 Cor. 1), quien habla en el Evangelio: 'Yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí' (Jn. 14, 11). Pues como un solo Cristo el Señor no quita al Padre que sea el Señor: así un solo Dios Padre, no quita al Hijo que sea Dios: quien 'en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y Dios era el Verbo: este estaba en el principio junto a Dios' (Jn. 1, 1, 2). Y lo que sigue: 'Y no hay Salvador fuera de mí,' muestra que en el Padre el Hijo salva todas las cosas. De quien el mismo profeta testifica: 'Y les enviará el Señor un Salvador, que los hará salvos' (Is. 19). Pues Dios, sabio y fuerte, no puede estar sin su propia sabiduría y virtud. Habiendo pues yo predicho desde el principio estas cosas futu-

ras, ninguno habrá que renuncie a mi voluntad: o más bien, lo que yo hiciere, pudiera hacerlo irritante. Estas cosas se dicen ciertamente a Jacob e Israel, pero se refieren al coro apostólico y a todos los que del pueblo de los judíos hubieren querido creer en Cristo.

(Vers. 14.) Esto dice el Señor vuestro Redentor, el Santo de Israel. Por amor de vosotros envié a Babilonia, y derribé todos los cerrojos, y a los caldeos que se glorían en sus naves: yo soy el Señor vuestro Santo, vuestro Creador, el Rey de Israel. LXX: Así dice el Señor Dios, que os redimió, el Santo de Israel: Por amor de vosotros enviaré a Babilonia, y suscitaré a todos los fugitivos, y los caldeos serán atados en naves. Yo soy el Señor Dios, el Santo de Israel, que mostré a Israel vuestro Rey. Según el hebreo, el discurso profético todavía se dirige a Israel, porque el Señor su Redentor y el Santo de Israel les ha hablado estas cosas: Por amor de vosotros, que predicáis conmigo el Evangelio, a quienes dije arriba: 'No temas, porque yo estoy contigo', que sois testigos de mi voluntad, y anunciáis a mi Siervo como otro testigo al mundo incrédulo, envié a mi Hijo a Babilonia y a la confusión de este mundo. Y derribé todos sus cerrojos, que en hebreo se llaman BARIHIM, y que Teodoción tradujo como 'fuertes'. Y a los caldeos, dice â€”se entiende en común (apo koinou)â€” derribé, los cuales se gloriaban en sus naves: a saber, en aquellos que, a semejanza de naves, fluctuaban entre los ídolos. Sobre los caldeos, nadie duda que significan 'demonios'. Yo, el Señor, predije estas cosas futuras, yo que

soy vuestro Creador y el rey de Israel. Además, según los LXX, el sentido es muy diferente: Yo soy el Señor que te libré de los peligros, y el Santo de Israel: por amor de vosotros enviaré al rey de los medos y de los persas a Babilonia, y haré huir a sus habitantes: y los caldeos que os habían capturado, atados a través del mar Caspio, serán trasladados a otras naciones. Yo, el Señor, decreté estas cosas futuras, que mostré que Israel sería el Rey de los creyentes.

(Vers. 16, 17 ss.) Esto dice el Señor, que dio camino en el mar, y senda en las aguas impetuosas. El que sacó el carro y el caballo, el ejército y el robusto: a una durmieron, y no resurgirán; fueron quebrantados como el lino, fueron extinguidos. No os acordéis de las cosas pasadas, y no miréis las antiguas. He aquí que yo hago cosas nuevas, ahora brotarán; ciertamente las conoceréis. Pondré camino en el desierto, y ríos en el lugar inaccesible. Me glorificará la bestia del campo, los dragones y los avestruces; porque di aguas en el desierto, ríos en el lugar inaccesible, para dar de beber a mi pueblo, a mi elegido. A este pueblo formé para mí; contarán mi alabanza. LXX: Porque así dice el Señor, que da camino en el mar, y senda en el agua vehemente. El que saca carros, y caballos, y una multitud robustísima. Pero durmieron, y no resurgirán: fueron extinguidos como lino extinguido. No os acordéis de las cosas pasadas, y no recapacitéis sobre las cosas viejas. He aquí que yo haré cosas nuevas, que ahora brotarán, y las conoceréis, y haré camino en el desierto, y ríos en la tierra sin agua. Me bende-

cirán las bestias del campo, las sirenas y las hijas de los avestruces, porque di agua en el desierto, y ríos en la tierra sin agua, para hacer beber a mi linaje elegido, a mi pueblo, al que adquirí, para que cuente mis virtudes. El Señor que destruyó y arrojó a Babilonia, y derribó a sus más fuertes de la potencia e hizo cautivos a todos los caldeos que navegaban felizmente en las fluctuaciones de este mundo: él mismo encontró camino en las aguas impetuosas del Mar Rojo, para que pasara su pueblo liberado de Egipto. O el que dio camino en el Mar Rojo, él mismo también encontró senda en las aguas impetuosas del río Jordán, para que tanto la salida de Egipto como la entrada en la tierra de la promesa tuvieran un milagro. Ã‰l mismo sumergió los carros y caballos y todo el ejército de Faraón en lo profundo, los cuales durmieron un sueño perpetuo. Fueron quebrantados y extinguidos, como el lino en un breve espacio de tiempo, y en un punto y momento. Pues el lino aún no arrebatado por el fuego, por la ligereza de su sustancia, inmediatamente extinguido, se disuelve en ceniza. Por tanto, os mando esto, para que entre mis signos y milagros, por los cuales la ciudad de Babilonia, poderosísima, fue derruida, y por los cuales en el Mar Rojo y en el Jordán se abrió camino a mi pueblo, de ningún modo os acordéis de las cosas viejas, pues en el Evangelio voy a hacer cosas mucho mayores; en comparación con las cuales, las pasadas deben silenciarse. Pues de ningún modo encontraré camino más allá en el Mar Rojo, sino en el desierto de todo el mundo. Ni brotará un solo río, o fuente, de la

piedra, sino muchos ríos, que no reconforten los cuerpos como antes, sino las almas sedientas, y se cumpla aquello que arriba leemos: 'Beberéis aguas de las fuentes del Salvador' (Al cap. 12, 3). Entonces se hará lo que nunca se hizo, para que todas las bestias y los dragones, y los avestruces que moraban en la soledad de las gentes, y por la sangre de la idolatría y la ferocidad de las costumbres eran semejantes a las bestias, me glorifiquen y alaben a la vez. En lugar de 'dragones', a los cuales solo Teodoción llamó THANNIM, como está escrito en hebreo, los demás interpretaron como 'Sirenas', animales portentosos, que con un canto dulce y mortífero precipitaban a los navegantes para ser destrozados por los perros de Escila. Y esto significa que los que antes estaban entregados al placer y al lujo, se conviertan a la servidumbre del Señor: aunque es mejor que se entiendan 'dragones', porque se añaden también los 'avestruces', para que, ya que hablaba una vez de las bestias de la soledad, pusiera estos seres vivientes que son familiares al desierto. Me alabarán, dice, y me glorificarán las bestias del campo, y los dragones, y los avestruces, porque di en el desierto de las gentes aguas, y en la aridez de las naciones ríos, para que bebiera mi pueblo, al que elegí para mí, o mi linaje elegido, y el pueblo que adquirí con mi sangre, para que contara mis alabanzas y virtudes.

(Vers. 22, 23 ss.) No me invocaste, Jacob; ni trabajaste en mí, Israel. No me ofreciste el carnero de tu holocausto, y con tus víctimas no me glorificaste. No te hice servir en la oblación, ni te di

trabajo en el incienso. No me compraste con plata el cálamo, y con el adobo de tus víctimas no me embriagaste. Pero me hiciste servir en tus pecados: me diste trabajo en tus iniquidades. LXX: No te llamé ahora, Jacob, ni te hice trabajar, Israel. No me trajiste las ovejas de tu holocausto: ni en tus víctimas me magnificaste: ni te hice servir en las hostias, ni te di trabajo en el incienso, ni me compraste con plata el incienso, ni el adobo de tus hostias deseé, sino que en tus pecados te defendí, y en tus iniquidades.

Alabandome las bestias del campo, los dragones y los avestruces, tú Jacob, de ningún modo quisiste invocarme, ni después trabajar, para enmendar el pecado con penitencia. Mas lo que piensas haberme ofrecido como víctimas, y haber inmolado carneros, sabe que no fueron recibidos por mí, porque eran comunes a mí y a los ídolos. Y repite aquel sentido del que arriba había dicho: «¿Para qué me ofrecéis la multitud de vuestras víctimas, dice el Señor? Lleno estoy del holocausto de carneros, y del adobo de los corderos, y no quiero la sangre de los toros y los machos cabríos». Pues ni, dice, requerí de ti algo precioso: para que al prepararlos, te hiciera trabajar. No te exigí oblaciones, ni busqué inciensos: ni el cálamo, ni el incienso, y diversos pigmentos del género, con cuyo humo me embriagaras y saciaras. Sino la obediencia, que está por encima del sacrificio: y el sacrificio del que en los Salmos David dice: «El sacrificio para Dios es un espíritu atribulado: el corazón contrito y humillado Dios

no lo desprecia» (Sal. 50, 19), esas cosas quise, esas cosas busqué.

Pero tú me hiciste servir y trabajar en tus pecados, de modo que me viera obligado a decir: «He trabajado sosteniendo»; y de ningún modo puedo soportarte más. De donde también por Oseas el mismo Dios habla: «¿Qué te haré, Efraín: te protegeré, Israel?» (Oseas 11, 8). «¿Qué te haré? ¿te pondré como a Admá, y como a Seboím?». Mas lo que los LXX pusieron, «sino que en tus pecados te defendí, y en tus iniquidades», así puede unirse a lo anterior: que sea trabajo de Dios, y cansancio defender a los pecadores.

(Vers. 25, 26 ss.) Yo soy, yo soy aquel que borra tus iniquidades por causa de mí, y de tus pecados no me acordaré. Tráeme a la memoria, para que seamos juzgados juntos: narra si tienes algo para que seas justificado. Tu primer padre pecó, y tus intérpretes prevaricaron contra mí. Y contaminé a los príncipes santos, entregué a Jacob a la matanza, y a Israel a la blasfemia.

LXX: Yo soy, yo soy el que borra tus iniquidades, y no me acordaré. Tú en cambio recuerda, y seamos juzgados. Di tú tus iniquidades primero, para que seas justificado. Vuestros padres pecaron, y vuestros príncipes obraron inicuamente contra mí, y contaminaron los príncipes mis cosas santas. Y entregué para que pereciera Jacob, y a Israel al oprobio.

Tú, dice, Jacob e Israel, me hiciste trabajar en tus pecados, y apenas pude llevar las cargas de tus iniquidades, a quienes de ningún modo llamo mis siervos ni mis niños, sino que os llamo

con el simple nombre de Jacob e Israel, para mostrar y argüir a los pecadores. Yo, empero, por causa de mí, porque soy misericordioso y paciente, y de muchas miseraciones, borraré todas tus iniquidades en la aspersión y sangre del Nuevo Testamento: borraré el antiguo quirógrafo que estaba escrito contra ti; y de tus pecados no me acordaré más, los cuales, si quisieres creer, te voy a perdonar en el bautismo. Tráeme, pues, a la memoria: si tienes algo justo que responderme, lo recibiré gustosamente: para que seamos juzgados juntos, y arguyas que no hice por ti lo que debí hacer. Cuyo sentido leemos más plenamente en Miqueas: «Pueblo mío, ¿qué te hice, y en qué te fui molesto? respóndeme: porque te saqué de la tierra de Egipto y de la casa de la servidumbre te libré, y envié ante tu faz a Moisés y a Aarón y a María». Y en el salmo quincuagésimo David habla a Dios: «Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fueres juzgado» (Sal. 50, 6). Narra, pues, si tienes algo, para que seas justificado.

Y es el sentido: Yo no hablaré primero contra ti, no sea que digas que has sido oprimido por la multiplicación de las palabras; sino para que, si tienes algo justo, tú mismo hables por ti; para que parezca que esto que padeces, lo sostienes inmerecidamente. Y para que sepas que me compadezco de ti, no por tu mérito, sino por mi clemencia, repetiré desde tus padres y mayores, para que entiendas que has sido engendrado de pecadores: «Tu primer padre pecó» en la soledad: a saber, todo el pueblo de Israel. O el autor de tu

linaje, Abraham, es convencido de haber pecado, cuando al prometer el Señor la tierra de la promesa a su simiente, respondió: «¿En qué sabré que la poseeré?» (Gén. 15, 8). Y «tus intérpretes», dice, «prevaricaron contra mí»: Aarón y Moisés ante el agua de la contradicción, los cuales hablaban como mediadores entre mí y ti (Éxod. 17).

Y para que entendamos que no es una exposición violenta, sigue: «Y contaminé a los príncipes santos», de los cuales también se canta en el salmo: «Fueron absorbidos junto a la piedra sus jueces» (Sal. 140, 6). A los cuales dice que contaminó por esto: porque no entraron en la tierra de la promesa. Y entregué a Jacob a la matanza, y a Israel a la blasfemia; para que ninguno, fuera de dos de entre los que habían salido de Egipto, entrara en Judea: sino que sus cadáveres yacieran en la soledad.

Según los LXX, que añadieron de su parte: «Di tú primero tus iniquidades, para que seas justificado», a la penitencia los provoca Dios, para que entiendan sus crímenes y pecados, y consigan el perdón. Pues está escrito también en otro lugar: «El justo es acusador de sí mismo al principio de su discurso» (Prov. 18, 17). Y se dice que sus príncipes y padres violaron las cosas santas del Señor, no sirviendo a la Ley de Dios: sino buscando las tradiciones y mandatos de los hombres: por causa de los cuales pereció Jacob, y fue dado al oprobio Israel, expulsado de su provincia, y exiliado y peregrino de todo el orbe.

(Cap. XLIV.---Vers. 1 ss.) Y ahora oye, Jacob siervo mío, e Israel, a quien elegí. Esto dice el

Señor, que te hace y te forma desde el útero, tu auxiliador. No temas, siervo mío Jacob, y Rectísimo a quien elegí. Pues derramaré aguas sobre el sediento, y corrientes sobre la tierra árida: derramaré mi espíritu sobre tu simiente, y mi bendición sobre tu estirpe. Y germinarán entre las hierbas, como sauces junto a las aguas que fluyen. Este dirá: Yo soy del Señor; y aquel llamará en el nombre de Jacob, y este escribirá con su mano: Al Señor; y en el nombre de Israel se asimilará.

LXX: Ahora empero oye, Jacob niño mío, e Israel a quien elegí. Yo el Señor Dios, que te hice y te plasmé desde el vientre, aún tendrás auxilio. No temas, niño mío Jacob, y amado Israel a quien elegí, aún yo daré agua en la sed a los que caminan en lugar inacuoso: pondré mi espíritu sobre tu simiente, y mis bendiciones sobre tus hijos. Y brotarán como en medio del agua el heno, y como el sauce junto a las aguas que fluyen. Este dirá: De Dios soy; este clamará en el nombre de Jacob. Y otro escribirá en su mano: De Dios soy yo, y en el nombre de Israel clamará.

Donde se acusa al pueblo de los judíos por la incredulidad y la blasfemia, sin ninguna dignidad de nombre, se le llama con puros vocablos: «No me invocaste, Jacob, ni trabajaste en mí, Israel»; y de nuevo: «Entregué a Jacob a la matanza, e Israel a la blasfemia» (Supra, 43, 22, 28). En cambio, donde dirige el discurso al coro de los Apóstoles, que es de entre los judíos, se unen también los privilegios de los nombres. «Oye, Jacob siervo mío, e Israel a quien elegí»: para que primero sea la servidumbre, segundo la elección. Esto dice el

Señor, tu hacedor y formador, que desde el útero te auxilió (Gén. 25): para que ya en el vientre de la madre agarraras el talón del hermano. O el que al principio de la naciente Iglesia te conservó de los perseguidores.

No temas la crueldad de ellos, siervo mío Jacob, y Rectísimo a quien elegí. Llama a Israel con otro nombre; pues ISURUN (Jesurún) es la palabra hebrea, que los demás interpretaron como euthytaton o euthe, esto es, «rectísimo» y «recto»: solo los LXX «amadísimo», añadiendo de su parte, «Israel». Pues propiamente según los hebreos y la fidelidad de las letras, ISRAEL se dice «recto de Dios». En cambio, «varón que ve a Dios» no está en los elementos, sino en el sonido de la voz. De donde también el libro del Génesis es llamado eutheis, esto es, «de los justos», a saber, Abraham, Isaac e Israel.

No temas, pues, Jacob e Israel, porque derramaré aguas sobre el sediento y la tierra árida, de la que a menudo se ha dicho: «Y derramaré», o «pondré mi espíritu sobre tu simiente, y mi bendición sobre tu estirpe», la cual renacerá del agua y del Espíritu Santo en el bautismo. La cual también en el Evangelio el Salvador prometió, diciendo: «El que tenga sed, venga a mí y beba». E inmediatamente se añade: «Esto empero decía del Espíritu Santo, que los creyentes habrían de recibir» (Juan 7).

Compara también a los que renacen en el bautismo con las hierbas verdes, y con el sauce que brota junto a las aguas que fluyen: y contra la naturaleza de las cosas ofrece frutos, la que

antes era estéril, o cuya semilla tomada en el alimento, hace estériles. Lo cual ciertamente se lee en el primer salmo: «Y será como el leño que está plantado junto a los decursos de las aguas, que dará sus frutos en su tiempo, y su hoja no caerá». Otros entienden entre las hierbas y los sauces que renacen una doble vocación: que en las hierbas esté el pueblo de las naciones; en los sauces, estos que creyeron de entre Israel.

Y a la vez describe la variedad de los creyentes: Uno dirá: «Yo soy del Señor», el que confía que las obras de justicia están en él: otro llamará —se sobrentiende, a los pecadores a la penitencia— en el nombre de Jacob; para que también ellos mismos suplanten los vicios y pecados. Otro escribirá con su mano: «De Dios soy». O como tradujeron los LXX, «escribirá en su mano: De Dios soy yo»: para que en el nuevo tirocino de la servidumbre de Cristo se gloríe de ser soldado. «Y en el nombre de Israel se asimilará». Pues no todos los de Israel, sino una gran parte de la multitud de las gentes, en el nombre de Israel se asimilará: para que reciba la Ley y los Profetas, y todas las gracias del Espíritu Santo, que fueron prometidas al pueblo de Israel.

(Vers. 6 ss.) Esto dice el Señor, Rey de Israel, y su Redentor, el Señor de los ejércitos: Yo soy el primero y yo el último, y fuera de mí no hay Dios. ¿Quién es semejante a mí? llame y anuncie, y expóngame el orden, desde que constituí al pueblo antiguo: lo que viene y lo que ha de ser, anúncienles. No temáis, ni os turbéis: desde entonces te hice oír, y anuncié: vosotros sois

mis testigos. ¿Acaso hay Dios fuera de mí, y un formador a quien yo no haya conocido? Todos los plasmadores de un ídolo nada son, y sus cosas más amadas no les aprovecharán. Ellos mismos son sus testigos, de que no ven, ni entienden, para que sean confundidos. ¿Quién formó a un Dios, y fundió una escultura para nada útil? He aquí que todos sus partícipes se confundirán: pues los artífices son de entre los hombres: se reunirán todos, estarán de pie, y temerán, y se confundirán a la vez. El herrero trabajó con la lima: en brasas y con martillos lo formó, y trabajó con el brazo de su fortaleza. Tendrá hambre, y desfallecerá, no beberá agua, y se cansará. El artesano de la madera extendió la norma, lo formó con la garlopa: lo hizo en las esquinas, y con el compás lo torneó: e hizo una imagen de varón, como un hombre hermoso que habita en una casa. Cortó cedros, tomó la encina y el roble, que había estado entre los árboles del bosque. Plantó un pino, que la lluvia nutrió: y se convirtió para los hombres en hoguera: tomó de ellos, y se calentó: encendió, y coció panes. Del resto, en cambio, trabajó un Dios, y lo adoró: hizo una escultura, y se postró ante ella. La mitad de ella quemó al fuego, y de su mitad comió carnes. Coció un potaje, y se sació, y se calentó, y dijo: ¡Ea! me he calentado, he visto el fuego. Pero de lo restante de ella hizo un Dios, y una escultura para sí: se postra ante ella, y la adora, y le suplica, diciendo: Líbrame, porque tú eres mi Dios. No supieron, ni entendieron: pues se olvidaron, para que no vean sus ojos, para que no entiendan con su corazón. No recapacitan en

su mente, ni conocen, ni sienten como para decir: He quemado la mitad de ella al fuego, y he cocido sobre sus brasas panes...

'En otro tiempo fui un tronco de higuera, madera inútil: cuando el artesano incierto si haría un banco o un Priapo. Prefirió que fuera un dios: de ahí que yo sea un dios, de los ladrones y las aves, el máximo terror...'

Por lo demás, todo lo que se ha dicho sobre los ídolos puede referirse también a los príncipes de las herejías, que con corazón artificioso componen los simulacros de sus dogmas y de la mentira, y veneran aquellas cosas que saben que han sido simuladas por ellos mismos. Y no les basta su propio error, si no engañan a todos los sencillos con la adoración de ellos. Los cuales piensan que la ganancia es piedad, y devoran las casas de las viudas (1 Tim. 6), y abusando de la impericia del vulgo, así con el arte dialéctica, como con la azuela y el taladro, la lima y la garlopa, forman a su Dios, y lo forjan con el martillo, y lo doran con la belleza del discurso retórico: 'cuyo Dios es el vientre, y la gloria en su confusión' (Fil. 3, 19).

(Vers. 21 ss.) Acuérdate de estas cosas, Jacob e Israel, porque tú eres mi siervo: yo te formé, tú eres mi siervo, Israel, no te olvides de mí. He borrado como una nube tus iniquidades, y como una niebla tus pecados. Vuelve a mí, porque te he redimido. Alabad, cielos, porque el Señor hizo [Vulg. añade misericordia]: jubilad, extremos de la tierra; resonad, montes, alabanza; bosque, y todo árbol de él: porque el Señor redimió a Jacob, e Israel será glorificado.

LXX: Acuérdate de estas cosas, Jacob e Israel; porque tú eres mi niño: yo te formé mi niño: y tú, Israel, no te olvides de mí. Pues he aquí que he borrado como una nube tus iniquidades: y como la oscuridad (caliginem) tus pecados. Vuelve a mí, y te redimiré. Alegraos, cielos, porque Dios se compadeció de Israel. Cantad con trompeta, fundamentos de la tierra; clamad, montes, alegría: colinas y todos los árboles que hay en ellos, porque Dios redimió a Jacob: e Israel será ínclito.

Siendo estas cosas así, y sabiendo que los ídolos de los hombres son ficciones, oh Jacob, y niño mío Israel, no te olvides de tu Creador, ni te hagas injuria a ti mismo, postrándote ante la obra de tus manos. Las cuales cosas, porque han de ser totalmente destruidas en la venida de mi niño, al que elegí; por eso, con toda avidez de la mente conoce que, así como la nube y la oscuridad, y la niebla, o por el calor del sol se disuelve, o por el viento que la arrebata se atenúa, así haré que se disuelvan tus iniquidades y todos los pecados con los que antes me habías ofendido. Tú solo vuelve a mí y haz penitencia, porque has de ser redimido con sangre preciosa. Si hicieres esto, sabe que en tu salvación se alegran los cielos y la tierra, y todos los elementos cantan a la vez.

O los ángeles que moran en los cielos, y otras potestades por las que los fundamentos de la tierra son sostenidos. O ciertamente los Apóstoles y Profetas, de los cuales hablaba también el Apóstol: «Edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas» (Ef. 2, 20). También los montes y las selvas, o las colinas, que por la

variedad de las virtudes poseyeron los primeros, medios y últimos lugares, se les ordena jubilar y cantar con trompeta, sabiendo que el Señor ha redimido a Jacob, y se alegra en la conversión de Israel, o el mismo Israel, convertido del error, se haga ínclito.

(Vers. 24 ss.) Esto dice el Señor tu redentor, y tu formador desde el útero: Yo soy el Señor que hago todas las cosas, que extiendo los cielos yo solo, que estabilizo la tierra, y nadie conmigo. Que hago irritos los signos de los adivinos, y vuelvo locos a los agoreros; que convierto a los sabios hacia atrás, y hago estulta su ciencia. Que suscito la palabra de su siervo, y cumplo el consejo de sus mensajeros. Que digo a Jerusalén: Serás habitada [o edificada], y a las ciudades de Judá: Seréis edificadas, y sus desiertos suscitaré. Que digo al profundo: Desólate, y tus ríos secaré. Que digo a Ciro: Mi pastor eres, y toda mi voluntad cumplirás. Que digo a Jerusalén: Serás edificada; y al templo: Serás fundado.

LXX: Así dice el Señor que te redimió, y el que te forma desde el útero. Yo el Señor, que cumplo todas las cosas: extendí el cielo yo solo, y afirmé la tierra. ¿Quién otro disipó los signos de los pitones, y las adivinaciones del corazón? que aparto a los prudentes hacia atrás, y hago estulto su consejo. Y establezco la palabra de mi niño, y el consejo de sus ángeles pruebo como verdadero. Que digo a Jerusalén: Serás habitada; y a las ciudades de Judá: Seréis edificadas, y sus desiertos brotarán. Que digo al abismo: Serás desolado, y tus ríos secaré. Que digo a Ciro: Que sea sabio, y

todas mis voluntades haga; que digo a Jerusalén: Serás edificada; y mi casa santa fundaré.

Destruidos los ídolos y las iniquidades de Israel, y borrados los pecados, cuando toda la criatura a la vez se alegre; y según la fe del Evangelio (Luc. 15), sobre la penitencia de los pecadores se alegren los ángeles en los cielos, se describe la potencia de Dios, porque de ningún modo sea grande para Él redimir a Jacob, e instaurar en Israel un corazón recto, al que formó desde el útero. Y si esto a alguno le pareciera no pequeño, no le sea difícil a aquel que extendió los cielos solo. Según lo que en otro lugar se lee: «Que extiende el cielo como una piel» (Sal. 103, 2). No porque el Hijo sea excluido de la extensión de los cielos: «Pues todas las cosas por Él fueron hechas: y sin Él nada fue hecho de lo que fue hecho» (Juan 1, 3), sino porque, como a menudo hemos dicho, por esta sentencia se excluyen los ídolos. Pues también en los Proverbios de Salomón, de la persona de Cristo potencia de Dios y sabiduría de Dios se dice: «Cuando preparaba el cielo, yo estaba con Él» (Prov. 8, 27). Pues «Él dijo, y fueron hechos; Él mandó, y fueron creados» (Sal. 148, 5; Sal. 32, 9); y: «Por la palabra del Señor los cielos fueron afirmados, y por el espíritu de su boca toda la potencia de ellos» (Sal. 32, 6). Estas cosas frecuentemente las recalcamos, para que no se deje a los herejes ninguna ocasión de blasfemar contra Cristo. En la estabilidad también de la tierra, cuando consolidaba sus fundamentos, nadie estaba con Dios, fuera de aquel que estaba en Él.

Este, pues, tan grande y tal cual es, cuando llegue el tiempo del misterio predefinido, para que todos los ídolos sean destruidos, y la noticia del solo Dios sea predicada en el mundo, todos los vaticinios de los adivinos, y los signos y portentos de los pitones y agoreros, con los que engañaron al género humano, destruirá y subvertirá; y mostrará que la sabiduría de los filósofos, que es ella misma la mayor parte del error, es estulta: mientras de ningún modo por pensamientos humanos se prueba que hayan comprendido la sabiduría de Dios. El cual también cumplirá con realidades la palabra de su niño, o de su siervo, del que arriba dijimos, y el consejo de sus mensajeros: a saber, de los Apóstoles y de todos los doctores, que anunciarán la voluntad de su maestro a las gentes.

Él mismo, pues, que va a hacer tales cosas, cuya potencia describí en un breve discurso, incluso a Jerusalén, que habría de ser destruida por los babilonios, dice ahora antes de que sea destruida, que de nuevo sea habitada por los pueblos: y a las ciudades de Judea, que sean instauradas, el cual también suscitará sus soledades, para que todo se llene de cultivadores. Por tanto, el que dice a Jerusalén y a Judea y a sus desiertos, que sea habitada y edificada y suscitada, este dice al profundo o al abismo, esto es, a Babilonia: «desólate y tus ríos secaré», toda la potencia de los reyes. O porque había dicho el profundo y el abismo, rectamente por una figura (translationem) puso también los ríos, de los cuales también el Salmista canta: «Sobre los ríos de Babilonia allí nos sentamos y

lloramos» (Sal. 136, 1). Y el que restaura Jerusalén, también destruye Babilonia.

Dice también a Ciro, rey de los persas, que primero destruyó Babilonia y a los caldeos: «mi pastor eres», o como tradujeron los Setenta, «que sea sabio». Causa de cuya diferencia es manifiesta. Pues la palabra hebrea ROI, si la leemos por la letra RES, se entiende «mi pastor»; si por la DALETH, «mi conocedor» o «inteligente», cuya semejanza se distingue por un pequeño ápice, y por esto a menudo se confunde. Está escrito al principio de Esdras, que por el edicto de Ciro, rey de los persas y medos, fue relajada la cautividad del pueblo de Israel, y remitidos a Jerusalén los que quisieron volver bajo Zorobabel hijo de Salatiel, y Josué hijo de Josedec, sumo sacerdote. Pues a este el Señor le inspiró para que hiciera su voluntad y cumpliera sus preceptos. Y significativamente añadió: «que digo a Jerusalén: Serás edificada, y al Templo: Serás fundado». Pues bajo Ciro se mandó que se edificara Jerusalén y el Templo, cuyos fundamentos solo fueron echados viviendo aquel. Por lo demás, bajo Darío, en su segundo año, profetizando Ageo y Zacarías, comenzó a edificarse el Templo.

(Cap. XLV.---Vers. 1 ss.) Esto dice el Señor a mi ungido Ciro, cuya diestra aprehendí, para sujetar ante su faz a las gentes, y volver las espaldas de los reyes, y abrir ante él las puertas; y las puertas no se cerrarán. Yo iré ante ti, y humillaré a los gloriosos de la tierra: quebrantaré las puertas de bronce, y romperé los cerrojos de hierro. Y te daré los tesoros escondidos, y los arcanos de los

secretos: para que sepas que yo soy el Señor, que llamo tu nombre, el Dios de Israel. Por causa de mi siervo Jacob, e Israel mi elegido, te llamé por tu nombre: te asimilé, y no me conociste. Yo soy el Señor, y no hay más: fuera de mí no hay Dios: te ceñí, y no me conociste. Para que sepan estos, que son del orto del sol, y los que son del occidente, que fuera de mí no hay [Antes se añadía: Dios]. Yo el Señor, y no hay otro. Que formo la luz, y creo las tinieblas; que hago la paz, y creo el mal. Yo el Señor que hago todas estas cosas.

Sé que en este capítulo muchísimos, no solo de los latinos, sino de los griegos, yerran vehementemente, pensando que está escrito: «Así dice el Señor a mi Cristo, el Señor» (Christo meo Domino); para que se entienda, según aquello que en otro lugar leemos: «Llovió el Señor desde el Señor» (Gén. 19). Y: «Dijo el Señor a mi Señor» (Sal. 109). Pues no se dice Kyriō, que suena a «al Señor», sino a «Ciro», que en hebreo se llama CHORES, rey de los persas, que superó a Babilonia y a los caldeos. Y unidos los medos, es el conductor del carro, esto es, del camello y del asno, como arriba leemos.

Este fue llamado «Cristo», esto es, ungido del Señor, lo cual era la insignia entre los hebreos de la potestad regia, de modo que como entre nosotros el diadema y la púrpura se da solo a los Emperadores, así entre los hebreos los que iban a reinar eran perfundidos con ungüento. De donde también Saúl es llamado Cristo del Señor (1 Rey. 24). Y en los Salmos leemos: «No toquéis a mis cristos (ungidos): y no maltratéis a mis profetas»

(Sal. 104). Su diestra aprehendió y sostuvo, para que nadie pudiera resistir a su fortaleza. Leamos la historia de ocho libros de Jenofonte sobre Ciro el Grande, y veremos cumplida la profecía de Isaías. ¿Qué ciudad no se le abrió? ¿qué espaldas de reyes no sujetó? ¿Qué muros antes inexpugnables no fueron subvertidos por su asedio?

De donde Dios hace una apóstrofe al mismo Ciro: «Te di los tesoros, y las riquezas escondidas de todas las ciudades»; para que tú, que antes dabas culto a los ídolos, por los beneficios sintieras al único Dios, sobre todo cuando sepas que mucho antes de que nacieras tu nombre fue predicho. Lo cual ciertamente también Josefo refiere en el undécimo volumen de las Antigüedades Judías, que Ciro había leído que por Isaías se había vaticinado de él ciertamente por su nombre, y por ello amó muchísimo a los judíos como familiares de Dios.

Estas cosas, dice, te concedí «por causa de Jacob mi siervo, e Israel mi elegido, y te llamé por tu nombre», como llamé a Abraham, Isaac y Jacob; y mucho antes predije, como a Isaac y a Josías: no fuera que se pensara que tú eras aquel Cristo al cual te asimilas, y en cuyo tipo e imagen precediste. Tú empero no me conociste, esto es, diste culto a los simulacros, no a Dios. Te ceñí con fortaleza; te hice ser vencedor de muchas gentes, y no conociste a tu auxiliador.

En cuyo lugar no puedo maravillarme bastante de qué estulticia sea la de los lectores, que refieren esto a Cristo, por quien el mundo ha sido reconciliado con Dios. «Yo soy», dice, «el Señor, y

no hay más fuera de mí». Pues fuera de mi Palabra y razón y potencia y sabiduría, que está en mí, no hay ningún otro Dios. And queste cose hice, para que desde el Oriente y el Occidente todo el orbe reconozca que no hay ningún otro Dios fuera de mí. «Yo soy el Señor, y no hay otro». Pues el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre. Quien habla en el Evangelio: «Yo y el Padre somos uno» (Juan 10).

Y en el volumen de Esdras se ha puesto que Ciro escribió a todas las gentes que no hay Dios sino el solo Dios de Israel. O así ha de entenderse: que la relajación de los cautivos, y la clemencia de Dios para con su pueblo, hizo a Dios más notorio a todas las gentes.

Yo pues, que te di la fortaleza, y soy el solo Dios, yo mismo hago las cosas contrarias entre sí, la luz y las tinieblas, esto es, el día y la noche; la paz y el mal, esto es, el ocio y la guerra, por las cuales significa que también estuvo airado con su pueblo, cuando sostuvo las tinieblas de la cautividad y los males de la servidumbre. Y de nuevo que se compadeció, cuando remitidos a la patria, recibieron la paz y el gozo. Pues como a la luz son contrarias las tinieblas, así a la paz es contraria la guerra. De donde sea confundida la herejía que piensa que Dios es el creador de los males. Cuando aquí el mal no se pone como contrario al bien, sino por la aflicción y la guerra, según aquello que está escrito en el Evangelio: «Basta al día su propia malicia» (Mat. 6).

Podemos según la tropología decir esto también del varón eclesiástico, a quien Dios dio el

discurso y la sabiduría, para que subvierta todas las sectas contrarias a la verdad con su disputa. Como también de Esteban conmemora la sagrada Escritura (Hech. 6), que nadie pudo resistir a su sabiduría, y para que sujete a los reyes, esto es, a los patriarcas de cada una de las herejías, a su potestad; y abra y rompa lo que antes parecía cerrado por el arte dialéctico; y saque al medio los arcanos de los herejes, superándolos y convenciéndolos, para que conozcan los secretos de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col. 2). A tal varón llama Dios por su nombre, porque es defensor de su niño Jacob y de su elegido Israel. A este lo acoge y lo asimila a su Palabra, el cual debe guardarse de pensar que es suyo lo que habla, sino referir todo a la gloria del dador; no sea que él mismo merezca oír: «Te ceñí, y no me conociste». Pues cuando instruido con la armadura del Apóstol, haya enseñado a todos que no hay otro Dios sino uno, que es el Dios de Jacob y de Israel, será confundido Marción, que entiende dos dioses, uno bueno y otro justo; uno creador de los invisibles, otro de los visibles. De los cuales el primero haga la luz, el segundo las tinieblas; aquel la paz, este el mal: cuando uno y el mismo Dios creó ambos según la diversidad de los méritos.

Libro D

ECIMOTERCERO.

Muchos percances oprimen a los navegantes. Si el viento sopla con más vehemencia, la tempestad es motivo de temor. Si una brisa más moderada riza la superficie del elemento yacente, temen las emboscadas de los piratas. Y así sucede que las almas frágiles confiadas a la madera, o temen el peligro, o lo sostienen: cada una de las cuales es más grave que la otra, o temer la muerte perpetuamente, o sostener lo que habías temido. Veo que esto me sucede a mí mientras navego en el mar de Isaías; pues mientras las velas se extienden en un curso sin tropiezos, y la quilla se desliza surcando los campos del mar con las manos seguras de las naturalezas, surgiendo un súbito torbellino de languidez, con tales masas de olas y resonando el fragor de las fluctuaciones que chocan entre sí, aterró los pávidos corazones de los amigos, de modo que se vieran obligados a decir: 'Maestro, sálvanos, perecemos' (Mt. 8, 25). Por lo cual, Eustoquio, único ejemplo de nobleza y virginidad en todo el orbe de la tierra, no calle la pupila de tu ojo; y clama en el corazón: 'Abba Padre' (Rom. 8, 15). Y habla con el Salmista: 'Levántate, ¿por qué duermes, Señor?' (Sal. 43, 23); para que cumpla la obra mandada sobre Isaías,

orando tú y compadeciéndose Cristo. Pues ya se forja el decimotercer libro de las Explanaciones, que aún no ha llegado al final. Y mientras tanto, hasta que el Señor misericordioso y compasivo, paciente y de muchas misericordias (Sal. 85 y 144), me devuelva la salud antigua, dicté este pequeño Prefacio en un discurso apresurado; para que lo que se tiene, se describa en las cédulas; y la plena enmienda se reserve al juicio del lector.

(Cap. XLV.---Vers. 8.) 'Rociad, cielos, desde arriba, y las nubes lluevan al justo: ábrase la tierra y germine al Salvador, y la justicia brote a la vez: yo el Señor lo creé.' LXX: 'Alégrese el cielo desde arriba, y las nubes esparzan la justicia: germine la tierra, y brote la misericordia, y germine la justicia a la vez: yo soy el Señor que te creé.' Doble es la interpretación de este lugar. Pues algunos piensan que lo que se dice se une a lo anterior, y que al liberar el rey Ciro a los cautivos, el cielo y la tierra se alegran: metonímicamente, por aquellos que habitan en el cielo y en la tierra. Otros lo separan de lo anterior y quieren que sea el principio propio de este capítulo, y que se profetiza sobre el advenimiento del Señor, que se manda a las nubes, de las cuales se escribió arriba (Al cap. 5, 6): 'Mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella lluvia', esto es, sobre la viña de Israel: y a las cuales llegó la verdad de Dios, para que lluevan al justo o la justicia al mundo; y la tierra se abra y germine al Salvador. De la cual se canta en los Salmos: 'La verdad brotó de la tierra, y la justicia miró desde el cielo' (Sal. 84, 12): o según los LXX: 'La tierra germinó a la vez la misericordia y la

justicia', para que tanto los pecadores consigan misericordia, como los justos sus premios. Y lo que sigue: 'Yo el Señor lo creé', o, 'yo el Señor que te creé', no se escandalizará ante el nombre de criatura el que haya leído que aquel gusano y siervo fue germinado de la tierra.

(Vers. 9 sigs.) ¡Ay de aquel que contradice a su hacedor: un tiesto de las tierras de Samos! ¿Acaso dice el barro a su alfarero: «¿Qué estás haciendo?»; y: «¿Tu obra carece de manos?» ¡Ay de aquel que dice al padre: «¿Por qué engendras?»; y a la mujer: «¿Por qué das a luz?» Así dice el Señor, el Santo de Israel, su plasmador: Preguntadme sobre las cosas venideras acerca de mis hijos, y sobre la obra de mis manos dadme órdenes. Yo hice la tierra y creé al hombre sobre ella; yo, mis manos desplegaron los cielos, y a toda su milicia di órdenes. Yo lo he suscitado para la justicia, y dirigiré todos sus caminos. Él edificará mi ciudad y dejará ir a mi cautividad, no por precio ni por regalos, dice el Señor de los ejércitos.

LXX: ¿Qué cosa mejor hice que el barro del alfarero? ¿Acaso el que ara arará la tierra? ¿Acaso dirá el barro al alfarero: «¿Qué estás haciendo?», puesto que no trabajas ni tienes manos? ¡Ay de aquel que dice al padre: «¿Por qué engendras?»; y a la madre: «¿Por qué das a luz?» Porque así dice el Señor Dios, el Santo de Israel, que hizo las cosas venideras. Preguntadme sobre mis hijos, y sobre las obras de mis manos dadme órdenes. Yo hice la tierra y al hombre sobre ella. Yo con mi mano afirmé el cielo: yo a todas las estrellas di órdenes. Yo lo he suscitado con justicia como rey: todos sus

caminos son rectos. Él edificará mi ciudad y convertirá la cautividad de mi pueblo: no con precio ni con regalos, dijo el Señor Dios de los ejércitos.

Quienes quieren referir a la persona de Ciro lo que se ha dicho, interpretan este lugar de este modo: Puesto que yo prometo cosas ingentes —que por causa del regreso de mi pueblo a Judea, someteré todos los reinos a Ciro—: ¡Ay de aquel que es incrédulo y no piensa que vendrán las cosas que digo!, como si el barro y el tiesto quebrado calumniaran a su alfarero por qué fue hecho, o por qué fue hecho así; y la obra hablara contra las manos del artífice; y el hijo calumniara al padre y a la madre por qué fue derramado en la tierra por ley de la naturaleza. Puesto que, por tanto, yo el Señor, el Santo de Israel, he plasmado a Ciro y por mi mandato fue engendrado, hacéis superfluo el dudar sobre lo futuro; sino que más bien debéis saber que yo dispongo a mis hijos, el pueblo de Israel, y la obra de mis manos, no por vuestro libre albedrío, sino por mi voluntad: para que a quienes antes les creé tinieblas y mal, ahora les otorgue luz y paz. Pues yo soy Dios, que no creé la tierra en vano, para que fuera desierta y escuálida, sino para que los hombres habitaran en ella. Yo desplegué o afirmé los cielos para que fueran habitáculo de los ángeles. Y los distinguí con la variedad de las estrellas; y mandé a cada una en qué orden corrieran y completaran los diversos espacios de los días, los meses y los años. Por tanto, si yo hice el cielo y la tierra, ¿qué tiene de grande si he creado a un rey que conserve mis mandatos y yo dirija todos sus caminos? Pues él

mismo va a mandar que se edifique mi ciudad Jerusalén y los cautivos regresen a Judea. No por precio ni por regalos, sino por mi voluntad, dice el Señor Dios de los ejércitos.

Pero quien refiere a Cristo la inteligencia comenzada, así modera las palabras de su explicación: ¡Ay de aquellos que contradicen a Dios y no piensan que Cristo ha de venir!, como si el barro y el tiesto de tiestos contradijera a su alfarero. ¡Ay de quien dice al Padre Omnipotente: «¿Por qué engendras un hijo?», y a la mujer Santa María: «¿Qué das a luz?». De la cual escribe también el Apóstol (Gál. 4): Que Cristo fue hecho de mujer, y hecho bajo la ley. Estas cosas, pues, dice el Señor Santo de Israel, que plasmó en el útero virginal al Salvador, diciendo por medio de Gabriel: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra (Lc 1, 35): lo que nacerá en ti santo, será llamado Hijo de Dios. Pregúnteme el tiesto y escudriñe los secretos de lo futuro. Y prescríbame cómo debo regenerar a los hijos adoptivos que han de creer en mi Hijo. Dice también el evangelista Juan: A todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Jn 1, 12). Pero si yo hice la tierra para que fuera habitada por los hombres, y desplegué los cielos desde arriba y los decoré con la variedad de los astros para que moraran en la tierra los cultores de Dios: ¿qué tiene de extraño si he enviado a mi Hijo, rey justo, al mundo, o lo he suscitado de entre los muertos, cuyos caminos son todos rectos? Pues pecado no cometió, ni se halló engaño en su boca (1 Pe 2). Para que edifique

mi ciudad sobre la piedra, contra la cual las puertas del infierno no prevalezcan (Mt 16); y la cual, puesta en un monte, no pueda ocultarse (Ibíd. 5): y a los que antes estaban atados con vínculos demoníacos, los deje a todos libres, no por precio ni por regalos: pues gratis hemos sido hechos salvos, oyendo a los Apóstoles y haciendo: Gratis recibisteis, gratis dad (Mt 10, 8).

Algunos refieren estas cosas a Zorobabel, que sacó a los cautivos de Babilonia y edificó la ciudad y construyó el templo, profetizando Ageo y Zacarías y diciendo: Las manos de Zorobabel fundaron esta casa, y sus manos la completarán (Zac 4, 9). Pero nosotros decimos con más rectitud y más verdad que ni Ciro edificó la ciudad que después fue construida bajo Nehemías, ni todos sus caminos fueron dirigidos. A quien se dijo arriba: Te tomé y te ceñí, y no me conociste. Y que el estado de Zorobabel, que estuvo bajo el arbitrio y la potestad de los medos y los persas, excede todo lo que se dice. Pues ni Zorobabel construyó la ciudad, ni dejó ir a la cautividad, ni puede ser llamado rey quien, viviendo bajo otros reyes, careció de este nombre.

Pero qué quieran para sí los Setenta, que al principio de este capítulo tradujeron: ¿Qué cosa mejor hice que el barro del alfarero? ¿Acaso el que ara arará la tierra?, no puedo saberlo: a no ser que siga la edición de Teodoción, que en lugar de esto puso: ¡Ay de aquel que contiende contra su hacedor, arando a los que aran la tierra!: que es decir, que hiera en la penitencia los corazones de los mortales y a la manera de los surcos los socave

y los subvierta. Pero también esta es una interpretación frívola. Además, que Dios sea llamado alfarero, esto es, nuestro Creador y hacedor, también lo habla el apóstol Pablo en la Epístola a los Romanos: ¿Acaso dice lo formado a quien lo formó: «¿Por qué me hiciste así?» ¿Acaso no tiene potestad el alfarero del barro para hacer de la misma masa un vaso ciertamente para honor, y otro en cambio para deshonor? (Rom 9, 20). Y en Jeremías se escribe más prolijamente, quien narra después de lo demás: Descendí a la casa del alfarero, y he aquí que él mismo estaba haciendo una obra en la rueda, y se deshizo el vaso que estaba haciendo en sus manos. Y de nuevo hizo del mismo barro otro vaso, como plugo ante sus ojos. Y fue hecha palabra del Señor a mí diciendo: «¿Acaso no puedo hacer como este alfarero con vosotros, casa de Israel?», dice el Señor. «He aquí que como el barro en la mano del alfarero: así sois vosotros en mis manos, casa de Israel» (Jer 18, 3, 4).

Y aquello que está escrito: «yo a todas las estrellas mandé», dio ocasión a algunos para pensar que los astros son racionales y tienen alma y sentido. Pues no mandaría, dicen, sino a quienes entienden: sin recordar que en Jonás está escrito: Mandó el Señor a un viento abrasador (Jon 4, 8). Y de nuevo: Mandó a un gusano matutino (Ibíd. 7). Y que en el Evangelio el Salvador increpó a los vientos y al mar (Lc 8), en los cuales es manifiesto que no hay sentido ni razón.

(Vers. 14, sigs.) Así dice el Señor: El trabajo de Egipto, y la negociación de Etiopía, y los de

Sabaim, hombres de alta estatura pasarán a ti y serán tuyos: caminarán tras de ti, irán atados con esposas: y te adorarán y te suplicarán: solo en ti está Dios, y no hay Dios fuera de ti. Verdaderamente tú eres Dios escondido, Dios de Israel, Salvador. Confundidos están y se avergonzaron todos: a la vez se fueron en confusión los fabricantes de errores. Israel ha sido salvado en el Señor con una salvación eterna: no seréis confundidos y no os avergonzaréis hasta el siglo del siglo.

LXX: Así dice el Señor de los ejércitos: Egipto ha trabajado, y la negociación de los etíopes y de Sabaim: hombres excelsos pasarán a ti y serán tus siervos, y te seguirán atados con esposas, y pasarán a ti, y te adorarán, y en ti orarán: porque en ti está Dios, y no hay Dios fuera de ti. Pues tú eres Dios, y no lo sabíamos: Dios de Israel Salvador: sean confundidos y se avergüencen todos sus adversarios, y caminen en confusión. Renovaos para mí, islas. Israel es salvado por el Señor con salvación eterna: no serán confundidos ni se avergonzarán hasta la eternidad.

Y en este lugar, los que siguen la historia dicen que Egipto y los etíopes y las gentes de Sabaim, que están más allá de Etiopía, sirvieron a Ciro, y que a él le estuvieron sujetas las naciones más lejanas: y que por la admirable victoria comprendieron que en él estaba el Señor, y que no había otro Dios fuera de aquel que en él habitaba. Pero esto que sigue: Verdaderamente tú eres Dios escondido, Dios de Israel Salvador, cómo pueda convenir a la persona de Ciro, no lo entiendo. A no

ser que usen la edición de Teodoción, que tradujo: En ti está el fuerte, y no hay otro Dios fuera de él: por eso tú eres el fuerte escondido Dios de Israel Salvador. Hacia dondequiera que se vuelvan, no podrán escapar de los lazos de la verdad. Pues supón que en Ciro está Dios, y no hay otro fuera de aquel que está en Ciro, ¿cómo convendrá decirse a la persona de Ciro: Verdaderamente tú eres Dios escondido, Dios de Israel Salvador? Por tanto, el Dios en quien está Dios, nuestro Señor Jesucristo, se entiende con más rectitud y más verdad, quien en el Evangelio habla: Yo y el Padre somos uno (Jn 10, 30). El cual es llamado Dios escondido por el sacramento del cuerpo asumido, y Dios de Israel Salvador, que se interpreta como Jesús. Pues este, según el ángel Gabriel, salvará a su pueblo (Lc 1). Confundidos están y se avergonzaron todos a la vez. A saber, los escribas y fariseos. Y se fueron en confusión los fabricantes del error, que en todo el mundo diseminaron la mentira de decir que él había sido sustraído por un robo de los Apóstoles (Mt 28). Mas el Israel salvado en el Señor con salvación eterna se entiende como el coro de los Apóstoles y estos que por los Apóstoles creyeron. Por lo cual se les dice: No seréis confundidos ni os avergonzaréis, no solo en el presente siglo, sino también en el futuro. Que le sirvieron Egipto y los etíopes y Sabaim, hombres excelsos y sublimes, nadie lo duda cuando ve que el mundo le está sujeto, y por el nombre de unas pocas naciones que habitan en los confines extremos de la tierra, percibe que todos los puntos cardinales de los cielos y todas las riberas de la tierra han de creer

en él. Por lo cual bellamente, como para los que trabajan en el error de la idolatría, se nombra que cesa el trabajo de Egipto. Pues ninguna nación estuvo tan entregada a la idolatría y veneró tan innumerables portentos como Egipto, de la cual leímos arriba (19, 1): He aquí que el Señor subirá sobre una nube ligera y entrará en Egipto, y se conmoverán los simulacros de Egipto ante su rostro, y el corazón de Egipto desfallecerá en medio de él.

Además, lo que se ha añadido en los Setenta: Renovaos para mí, islas, podemos exponerlo así para decir que las Iglesias congregadas de entre las gentes son renovadas en Cristo, y son llamadas islas porque sostienen la rabia y las tempestades de los perseguidores y, fundadas sobre la piedra, no se conmueven por ninguna mole de torbellinos. Los hebreos se esfuerzan con necia contienda en afirmar que hasta aquel lugar donde se lee: Solo en ti está Dios, y no hay Dios fuera de ti, se dice o a Jerusalén o a Ciro. Pero que esto que sigue: Verdaderamente tú eres Dios escondido, Dios de Israel Salvador, de pronto se hace una apóstrofe al Dios omnipotente, cuando incluso para los necios es manifiesto que es un solo contexto de discurso y no puede dividirse el sentido que está unido en el mismo orden y razón de la narración.

(Vers. 18 sigs.) Porque así dice el Señor, el que crea los cielos, el mismo Dios que forma la tierra y la hace, su mismo plasmador: no en vano la creó, para que sea habitada la formó: Yo soy el Señor, y no hay otro. No en lo escondido he hablado, en un

lugar tenebroso de la tierra. No dije a la simiente de Jacob: «Buscadme en vano». Yo soy el Señor que hablo justicia, que anuncio cosas rectas. Congregaos y venid, y acercaos a la vez, vosotros que habéis sido salvados de entre las gentes: no supieron los que levantan el madero de su escultura y ruegan a un dios que no salva. Anunciad y venid, y consultad a la vez: ¿quién hizo oír esto desde el principio, desde entonces lo predijo? ¿Acaso no yo, el Señor, y no hay más Dios fuera de mí? Dios justo y salvador no hay fuera de mí. Convertíos a mí y seréis salvos, todos los confines de la tierra: porque yo soy Dios y no hay otro. Por mí mismo he jurado: saldrá de mi boca la palabra de justicia y no volverá: porque ante mí se doblará toda rodilla y jurará toda lengua. Por tanto, en el Señor dirá: «Mías son las justicias y el imperio»: a él vendrán, y serán confundidos todos los que se le resisten. En el Señor será justificada y alabada toda la simiente de Israel.

LXX: Así dice el Señor que hizo el cielo: este Dios que mostró la tierra y la hizo, él la preparó: no en vano la hizo, sino para que fuera habitada la plasmó. Yo soy el Señor y no hay más. No en lo escondido he hablado, ni en un lugar tenebroso de la tierra. No dije a la simiente de Jacob: «Buscad lo vano»: yo soy el Señor que hablo justicia, anuncio la verdad. Congregaos y venid, y consultad a la vez los que os salváis de entre las naciones; no conocieron los que llevan el madero de su escultura: oran a dioses que no salvan. Si anuncian, acérquense para que sepan a la vez, quién hizo oídas estas cosas desde el principio, entonces os

fue anunciado. ¿No soy yo el Señor Dios, y no hay otro fuera de mí? Justo y salvador no hay fuera de mí. Convertíos a mí y seréis salvos desde los extremos de la tierra. Yo soy Dios y no hay otro. Por mí mismo juro: si no saliera de mi boca la justicia: mis palabras no se apartarán, porque ante mí se encorvará toda rodilla, y jurará y confesará toda lengua a Dios diciendo: La justicia y la gloria a él vendrá, y serán confundidos todos los que se separan del Señor: será justificada y en Dios será glorificada toda la simiente de los hijos de Israel.

Habiendo sido llamados Egipto y Etiopía y los hombres excelsos de Sabaim, por lo cual se muestra la salvación de todas las naciones bárbaras y la conversión de todo el mundo a Dios, Dios muestra su justicia: que no solo de los judíos es el Señor, sino también de las naciones. Pues él mismo, hacedor del cielo y de la tierra, es por igual Dios de todos, y no por otra causa creó la tierra sino para que fuera habitáculo de los hombres, que adoraran y comprendieran a su Creador y despreciaran todos los ídolos. Pues también en el monte Sinaí, desde su excelsa cumbre, habló estas cosas a los pueblos que oían: No tendrás dioses ajenos fuera de mí, ni te harás ídolo (Éx 20, 3. 4). Pero es mejor que creamos que esto fue dicho sobre la predicación evangélica: pues Moisés en la escondida soledad habló a un solo pueblo. Mas el sonido de los Apóstoles salió a todo el orbe y sus palabras llegaron hasta los términos de la tierra (Sal 18). No dije, dice, a la simiente de Jacob: «Buscadme en vano». Pues les prometí los reinos de los cielos y primero a ellos hablé: No he venido

sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt 15, 24). Y por eso hablé justicia y anuncié cosas rectas, o la verdad, para que, dejadas atrás las imágenes de la Ley y las ceremonias, siguieran la verdad del Evangelio. Pero porque ellos no quisieron creer y se juzgaron indignos de la salvación, por eso digo a las naciones: Congregaos de todo el orbe, y venid y acercaos a mí a la vez los que habéis sido salvados de entre las gentes. Por lo cual muestra que no todas las naciones han de creer inmediatamente, sino poco a poco y por partes. Finalmente, reprende a los que permanecieron en su error antiguo, diciendo: No supieron los que levantan el madero [Al. el signo] de su escultura y ruegan a un dios que no salva. Y es el sentido: No entendieron mis palabras, agravados por la carga de sus simulacros y esperando en ellos, en los cuales no hay ninguna salvación. Por lo cual se prescribe a los Apóstoles que a tiempo y a destiempo anuncien la verdad (2 Tim 4) e inicien el consejo de la salvación de las naciones. Mas esto, es decir, que se congregaran y vinieran de entre las gentes muchísimos que se salvaran, desde el principio lo habló Dios y las bocas de todos los profetas lo cantaron, los cuales hablaban por la palabra del Señor, fuera del cual no hay ningún otro. Pues el Hijo no sin él, sino en él es Dios. Y bellamente une: Dios justo, de ningún modo de una sola nación, sino del orbe entero, al cual habla: Convertíos a mí y seréis salvos, todos los confines de la tierra; cumpliéndose aquello que el Padre prometió al Hijo: Pídeme y te daré las naciones por tu herencia, y por tu posesión los

términos de la tierra (Sal 2, 8). Y jura por sí mismo, porque la sentencia de su boca y la palabra que profirió una vez sobre la salvación de las naciones de ningún modo se haga irrita, sino que su promesa se complete en la obra, diciendo arriba: Convertíos a mí y seréis salvos, todos los confines de la tierra. Jura además según el Apóstol (Heb 6), para que por dos cosas inmóviles en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un firme consuelo; pero también jura esto: que, dejados los ídolos, toda rodilla se doble ante él, de los celestiales, terrestres e infernales, y toda lengua de los mortales jure por él (Flp 2). En lo cual se significa claramente el pueblo cristiano. Pues es de costumbre eclesiástica doblar la rodilla ante Cristo, lo cual los judíos, demostrando la soberbia de su mente, no hacen en absoluto. Pero también toda lengua de todas las naciones bárbaras, no en las sinagogas sino en las Iglesias de Cristo, confiesa a Dios. Mas toda lengua que confiesa a Cristo hablará en el Señor y dirá: «Mías son las justicias y mío es el imperio», no del pueblo de los judíos. A él vendrán todas las naciones y serán confundidos los que antes se resistían a su Evangelio; y será justificada y alabada toda la simiente de Israel, cuya predicación y siembra fertilísima en todo el orbe trajo ubérrimos frutos. O según los Setenta, toda lengua que jura y confiesa a Dios dirá que la justicia y la gloria de todo el orbe venga a él, y sean confundidos los judíos que se se separan de él. Mas estos que han nacido de la estirpe de los hijos de Israel y que han brotado

de la simiente de los Apóstoles y han creído en Cristo, tengan la justicia y la gloria sempiterna.

(Cap. 46.—Vers. 1, 2.) Se ha roto Bel, se ha triturado Nabo: sus simulacros han sido hechos para las bestias y los jumentos, vuestras cargas con un peso grave hasta el cansancio. Desfallecieron y fueron triturados a la vez: no pudieron salvar al que los llevaba, y su alma irá a la cautividad.

LXX: Cayó Bel, se ha triturado Dagón: sus esculturas han sido hechas para las bestias y los jumentos, las lleváis atadas como una carga para el que trabaja y desfallece y tiene hambre, y que no prevalecen a la vez, los cuales no podrán salvar de la guerra: mas ellos mismos han sido llevados cautivos.

Después de la vocación de las gentes y la elección de los creyentes de Israel, testifica que los ídolos han caído. Cayó, cayó, o se ha roto Bel: a quien los griegos llaman Belo, los latinos Saturno. Cuya religión fue tanta entre los antiguos que le inmolaban no solo hostias humanas de cautivos y mortales innobles, sino incluso a sus propios hijos. Nabo, además, es él mismo un ídolo, que se interpreta como profecía y adivinación, la cual significa que ha callado en todo el orbe después de la verdad del Evangelio. O, según los Setenta, Dagón, quien sin embargo no se encuentra en el hebreo. Y es el ídolo de Ascalón, Gaza y las demás ciudades de los filisteos. Y pasa de lo especial a lo general: Sus simulacros han sido hechos para las bestias y los jumentos. No porque los simulacros de los gentiles hayan sido expuestos como

presa de las bestias y los jumentos, sino porque la religión de las naciones consiste en simulacros de bestias y de animales brutos, que especialmente en Egipto han sido consagrados al culto divino. Sobre los cuales dice Virgilio (Eneida 8, 698): Monstruos de dioses de toda clase, y el ladrador Anubis. Pues también muchísimas de sus ciudades tienen nombres tomados de las bestias y los jumentos: kynon por el perro, leon por el león; Thmouis en lengua egipcia por el macho cabrío, lykon por el lobo; por no hablar de la pavorosa y horrible cebolla, y del ruido del vientre inflado, que es la religión pelusíaca. Estos simulacros, dice, que no pueden salvar a los que los llevan, no son otra cosa sino cargas de los sacerdotes, que los oprimen hasta el cansancio. Los cuales, cuando llegue la cautividad, por el precio de los metales de que han sido hechos, son llevados como primeros cautivos y no pueden librar su propia alma o la de los que los llevan. No porque los mudos simulacros tengan alma y algún sentido de dolor, siendo insensibles, sino porque se llama alma por catacresis a los miembros de aquellas cosas que carecen de sentido y miembros. De otro modo, también en los Proverbios se lee: En mano de la lengua, la muerte y la vida. O bien ha de decirse esto: que la carga más pesada en las naciones fue el error de la idolatría, que oprimía a sus cultores hasta la tierra y no podía salvarlos, y hacía que sus almas fueran cautivas del diablo y de los demonios.

(Vers. 1, 3 sigs.) Escuchadme, casa de Jacob y todo el residuo de la casa de Israel, que sois lleva-

dos por mi útero, que sois gestados por mi vulva. Hasta la vejez yo soy el mismo, y hasta las canas yo os llevaré: yo hice y yo cargaré: yo llevaré y salvaré. ¿A quién me habéis asimilado y me habéis igualado y comparado, y me habéis hecho semejante? Los que aportáis oro del saquito y pesáis plata en la balanza, contratando a un orfebre para que haga un dios: y se postran y adoran. Lo llevan sobre los hombros, portándolo y poniéndolo en su lugar, y estará allí y de su lugar no se moverá. Pero cuando clamen a él, no oirá: de la tribulación no los salvará.

LXX: Escuchadme, casa de Jacob y todas las reliquias de Israel que sois llevados desde el útero y sois instruidos desde pequeñitos hasta la vejez. Yo soy, y hasta que envejezcáis yo soy: yo os sostengo: yo hice y yo llevaré: yo acogeré y os haré salvos. ¿A quién me habéis asimilado? Ved, reflexionad los que erráis y aportáis oro del saquito y pesáis plata en la balanza, y contratáis a un orfebre: hicieron obras de manos e incurvados adoraron: lo llevan sobre los hombros y andan. Mas si lo pusieran en su lugar, permanece y no se moverá: y el que clamara a él, no oirá, y de los males no lo librará.

De ningún modo lo llama Jacob ni Israel, lo cual ya expusimos arriba que se dice sin la conjunción de siervo y joven y elegido para escarnio del pueblo: sino mucho más vilmente, «casa de Jacob» y «reliquias de Israel», por la proximidad de la carne y la sangre, y como las heces de las reliquias de Israel. Y les enseña que, a semejanza de los niños y de los lactantes, fueron llevados

así por Dios como por el útero de la madre y la vulva de la que está encinta, fuera de Egipto. No porque la inefable e incomprensible majestad de Dios tenga útero, o vulva, o pies y manos y los demás miembros del cuerpo, sino para que nosotros aprendamos el afecto de Dios por medio de nuestras palabras. Por lo demás, también en el salmo ciento nueve se canta esto mismo de la persona de Dios. Pues en aquel lugar donde los Setenta tradujeron «del útero antes del lucero te engendré», en el hebreo tiene escrito MEREHEM, que se interpreta «de la vulva». Pero en el presente no solo se ha escrito del útero y de la vulva, esto es, MEBETEN y MEREHEM, sino MENNI, cuya preposición significa «de mi útero» o «de mi vulva». Y es el sentido: Yo que os engendré desde la infancia y os gesté en mi útero y mi vulva, yo mismo os protegeré hasta la vejez, no la mía sino la vuestra, para que la misericordia divina les enseñe que han de ser salvados. Pues el Creador de todos perdona a su criatura, y el buen pastor pone su alma por sus ovejas (Jn 10). Mas el que es mercenario, de quien no son las ovejas, cuando ve al lobo, huye. Porque, por tanto, hice y engendré hijos, yo cargaré y yo mismo llevaré. Según los Setenta, que dijeron: «que sois llevados desde el útero y sois instruidos desde la infancia hasta la vejez», esto significa que en vano meditan la ley de Dios día y noche, no teniendo noticia de Dios, sino venerando simulacros de hombres y de bestias: hasta el punto de que necesitan la reprensión profética por la cual Dios les habla: «¿A quién me habéis asimilado e igualado?», y

lo demás: que aportaron oro y plata y con un estatuario contratado hicieron ídolos, y adoraron las obras de sus manos, las cuales son portadas sobre los hombros y, fijas y estabilizadas, no valen para conmoverse ni para aprovechar a aquellos por quienes son cultivadas. Pasamos de largo las cosas manifiestas, para que por la misericordia de Cristo descerrojemos las cerradas.

(Vers. 8 sigs.) Recordad esto y fundaos, y volved, prevaricadores, al corazón. Acordaos del siglo anterior, porque yo soy Dios y no hay más Dios, ni hay semejante a mí. El que anuncia desde el exordio las cosas novísimas, y desde el principio las que aún no se han hecho, diciendo: «Mi consejo se mantendrá y toda mi voluntad se hará». El que llama desde el Oriente a un ave, y de tierra lejana al varón de mi voluntad; y he hablado y lo traeré, lo creé y lo haré.

LXX: Acordaos de estas cosas y gemid: haced penitencia los que erráis. Volved de corazón y acordaos de las cosas anteriores desde el siglo: porque yo soy Dios y no hay más fuera de mí. El que anuncio antes las cosas novísimas antes de que se hagan y se completen, y dije: «Toda mi voluntad se mantendrá y haré todo lo que he pensado». El que llamo desde el Oriente a un ave y de tierra lejana, sobre los cuales he pensado: hablé y traje, creé e hice.

Porque yo mismo os engendré, yo mismo os cargué, y desde la infancia hasta la vejez sois salvados no por vuestro mérito sino por mi piedad: abandonad los ídolos que hicisteis y volved al culto del único Dios. Haced penitencia, gemid por

el error que os retuvo; más aún, fundaos, no sea que de nuevo un súbito torbellino de idolatría os subvierta: y volved al corazón, esto es, a vuestra mente, vosotros que venerando simulacros como furiosos tropezabais en maderos y piedras. Considerad desde el principio del mundo que fuera de mí no hay ningún Dios, ni otro pudo saber las cosas venideras sino yo, que por los profetas anuncio lo que voy a hacer: para que cuando haya completado lo predicho, pruebe mi divinidad por la adivinación. Pues yo digo ahora el misterio que en el pasado había sido ignorado por todas las generaciones, más aún, que mi consejo se ha de mantener; para que cuando lo veáis efectuado, no conozcáis a ningún Dios sino a aquel que conoció estas cosas futuras, más aún, mandó que se hicieran. Yo soy el que desde el Oriente llamo a un ave, como piensan los hebreos, a Ciro rey de los persas o a Darío príncipe de los medos; y de tierra lejana al varón de mi voluntad, que cumpla toda mi voluntad contra Babilonia y los caldeos. O bien, como nosotros convencemos de que es verdad, al Señor Salvador, de quien también Balaam vaticina: Nacerá una estrella de Jacob y un hombre de Israel (Núm 24, 17), cuyo nombre es Oriente (Zac 6), a quien adoraron los Magos que venían del Oriente. Pues este habla en los Salmos: Dios mío, quise hacer tu voluntad (Sal 39, 9), sobre el cual habló el Padre: y comprobó su promesa con la obra. Los Setenta, en lugar de lo que nosotros expresamos del hebreo, «al varón de mi voluntad», pusieron «sobre los cuales he pensado». Por tanto, según ellos podemos entender por las aves

llamadas del Oriente los ministerios de los ángeles, que discurren por todo el orbe al mandato del Señor; los cuales son espíritus administradores y son enviados para la salvación de los creyentes. Sobre los cuales también se canta en el salmo: El que haces a tus ángeles espíritus, y a tus ministros fuego ardiente (Sal 103, 4).

(Vers. 12, 13.) Escuchadme, duros de corazón, que estáis lejos de la justicia. He acercado mi justicia: no se alejará, y mi salvación no tardará: daré en Sión la salvación, y en Israel mi gloria.

LXX: Escuchadme los que habéis perdido el corazón, que estáis lejos de la justicia. He traído mi justicia, y la salvación que viene de mí no la haré tardar. He dado en Sión la salvación y a Israel la gloria.

A aquellos a quienes arriba había dicho: «Escuchadme, casa de Jacob y todo el residuo de la casa de Israel», y de nuevo: «Volved, prevaricadores, al corazón», también ahora según el hebreo, por su incredulidad, los llama duros de corazón, y según los Setenta, los que perdieron el corazón y la mente. Lo cual siguiendo el varón eruditísimo y digno de su nombre, Esteban el mártir, habla en la asamblea de los judíos: «Duros de cerviz e incircuncisos de corazones y oídos, vosotros siempre resististeis al Espíritu Santo, como vuestros padres» (Hch 7, 51). Estos, pues, están lejos de la justicia de Dios porque no creyeron en ella, la cual por su clemencia Dios hizo que estuviera cercana y viniera a las tierras, y de ningún modo quiere que tarde ni se aleje. Pues dio a Sión su salvación y a Israel su gloria. Esto se diga sobre el

vaticinio de lo futuro y sobre el advenimiento del Señor Salvador. Por lo demás, según la historia, se da a Sión la salvación y a Israel la gloria; porque Dios hizo que su justicia estuviera cerca para llamar desde el Oriente a un ave, y de tierra lejana al varón de su voluntad, que vengara las injurias de Israel y de la subvertida Jerusalén y, venciendo los medos y persas, destruyera a Babilonia y a los caldeos, como atestiguan las siguientes palabras del profeta.

(Cap. 47.---Vers. 1 y ss.) «Desciende, siéntate en el polvo, virgen hija de Babilonia; siéntate en la tierra, no hay trono para la hija de los caldeos, porque ya no serás llamada blanda y tierna. Toma la muela y muele harina; desnuda tu torpeza, descubre tu hombro, revela tus piernas, cruza los ríos. Se revelará tu ignominia y se verá tu oprobio; tomaré venganza y no me resistirá hombre alguno». Los LXX: «Desciende, siéntate sobre la tierra, virgen hija de Babilonia, siéntate en la tierra. No hay trono para la hija de los caldeos, porque de ningún modo serás llamada ya blanda y tierna. Toma la muela, muele harina. Revela tu cubierta, desnuda tus canas, descubre tus tibias, cruza los ríos: se revelará tu ignominia, aparecerán tus oprobios. Lo que es justo de ti quitaré, de ningún modo te entregaré ya a los hombres».

Así como en Ezequiel, bajo la figura de una nave y de todo su aparejo, se expone el ornato de Tiro, que estaba entregada a los negocios (Ez 26). Y por la abundancia de las aguas el rey de Egipto es llamado dragón y se describen sus escamas, el junco, el papiro y los pececillos. Y Jerusalén con

los ídolos es atestiguada por la semejanza de la fornicación de las meretrices y del lupanar: así en el presente lugar, bajo la persona de una mujer cautiva que antaño fue reina, se indica la servidumbre de Babilonia; y se le dice que descienda de la soberbia del reino y se siente en el polvo. Además, es llamada virgen e hija: o bien porque todos los hombres somos criatura de Dios, y la naturaleza de Babilonia no es condenable según los heréticos; o bien por el lujo y el ornato de la ciudad antaño poderosísima que, habiendo envejecido y estando cercana a su ocaso, jactaba de ser una jovencita y una muchacha.

Aunque por aquello que está escrito según los LXX, «hija de Babilonia», algunos no interpretan a la misma Babilonia, sino a la ciudad de Roma, que en el Apocalipsis de Juan (Apoc 14) y en la Epístola de Pedro (1 Pe 5) es llamada especialmente Babilonia. Y todo lo que ahora se dice a Babilonia se atestigua que conviene a la ruina de aquella, contra la cual ha de ser llamada el ave y la justicia de Dios; para que, después de que Sión, esto es, la Iglesia, haya sido salvada, aquella perezca eternamente.

Se dice, pues, a Babilonia reina e hija de los caldeos (pues fue fundada por los caldeos) que ya no será llamada blanda y tierna y fluyente en delicias, ella que era llevada por las manos de todas las naciones, de modo que apenas imprimía las plantas en la tierra. Y se le ordena que tome la muela y muela harina, lo cual es indicio de dura cautividad y de extrema servidumbre; para que la que antaño fue reina, después sirva en la obra

de moler harina. Pero porque sigue: «Desnuda tu torpeza», también la muela es entendida figuradamente por los hebreos, a saber, que a la manera de una meretriz, esté patente a la libido de los vencedores. Y aquello que se escribe en el libro de los Jueces sobre Sansón (Jue 16), que fue condenado a la muela por los filisteos, quieren que signifique esto: que por causa de la prole, el más robusto de los varones fue obligado a hacer esto con mujeres extranjeras.

En aquello donde nosotros hemos interpretado «desnuda tu torpeza», por lo cual los LXX tradujeron «revela tu cubierta», Teodoción puso la misma palabra hebrea, SAMTHECH; Aquila SEMMATHECH; Símaco τὸ σιωπηϑόν σου, lo cual nosotros podemos expresar como «tu taciturnidad», lo cual debe callarse por vergüenza. Lo cual ciertamente leemos también en el Cantar de los Cantares, donde se describe la belleza de la esposa; al final añade: «Sin tu taciturnidad» (Cant 4), no queriendo los que tradujeron verter el nombre que en la sagrada Escritura sonaría a torpeza. Y rectamente contra Babilonia usa nombres inverecundos (aunque no hay ninguna torpeza en llamar al miembro del cuerpo humano por su nombre), a la cual se le ordena que desnude los pechos y abra las piernas y los muslos, y vaya a la cautividad, y se vea su ignominia y esté patente al oprobio sempiterno. Y esto dice el Señor que lo ha hecho para tomar venganza de ella, que oprimió a su pueblo, y no oiga a ningún suplicante por ella que intente mitigar la ira del Señor con su encuentro.

Significa, además, al ángel presidente de la nación babilonia, que habla con los otros ángeles: «Curamos a Babilonia y no ha sido curada». Pero aquello que los Septuaginta tradujeron «lo que es justo de ti quitaré, de ningún modo te entregaré ya a los hombres», se sobrentiende «a Babilonia»; o ciertamente esto que es justo y quitado de Babilonia. Disputan los estoicos que muchas cosas son torpes en realidad, pero por la mala costumbre de los hombres son honestas en las palabras, como el parricidio, el adulterio, el homicidio, el incesto y otras semejantes a estas. Y de nuevo, cosas honestas en realidad parecen torpes en los nombres; como procrear hijos, digerir la inflación del vientre con un ruido, aliviar el vientre con el estiércol, relajar la vejiga con la efusión de la orina; finalmente, que no podemos, como decimos, hacer de ruta rutulam, así un hipocorístico de menta. Por tanto SEMMATHEC, que puso Aquila, como dijimos, se llaman las partes verendas de la mujer. Cuya etimología entre ellos suena como «tu sediento»; para que indique la inagotable voluptuosidad de Babilonia.

(Vers. 4 y ss.) Redentor nuestro, el Señor de los ejércitos es su nombre, el Santo de Israel. Siéntate callada y entra en las tinieblas, hija de los caldeos; porque ya no serás llamada señora de los reinos. Me airé contra mi pueblo, contaminé mi heredad y los entregué en tu mano: no les mostraste misericordia. Sobre el anciano agravaste mucho tu yugo, y dijiste: Para siempre seré señora; no pusiste estas cosas sobre tu corazón, ni te acordaste de tu fin. Los LXX: Dijo el que te libró, el

Señor de sabaoth es su nombre, el Santo de Israel. Siéntate compungida, entra en las tinieblas, hija de los caldeos: de ningún modo serás llamada ya fortaleza del reino; me airé contra mi pueblo, contaminé mi heredad. Yo los entregué en tu mano, pero tú no les diste misericordia; sobre el anciano agravaste mucho el yugo, y dijiste: Por la eternidad seré señora; no entendiste estas cosas en tu corazón, ni te acordaste de las últimas.

El primer verso según los Septuaginta se une con los superiores, para que el sentido sea: Y estas cosas hará el que te libró, el Señor de sabaoth, cuyo nombre es el Santo de Israel. Por lo demás, según el hebreo, el profeta habla desde la persona del pueblo, que el Señor de los ejércitos, cuyo nombre es el Santo de Israel, ha hecho estas cosas contra Babilonia. Y de nuevo el discurso se dirige a la misma Babilonia. «Siéntate callada», o bien «compungida», y acuérdate de tus crímenes. «Entra en las tinieblas»: porque por la confusión y la ignominia no soportas llevar la luz; de ningún modo serás llamada señora ya no de un reino, sino ni siquiera de todos los reinos. Y al mismo tiempo, porque nacía una cuestión oculta: ¿por qué se airaría Dios contra los caldeos, a quienes él mismo envió para capturar a Israel? Respondió que, airado contra su pueblo, había querido corregirlos, no destruirlos; azotarlos, no matarlos. Pero ellos abusaron de su crueldad e impusieron más llagas de las que la venganza de Dios exigía; y es un gran indicio de la crueldad de Babilonia el no haber perdonado ni siquiera a los ancianos, cuya edad es venerable incluso entre los enemi-

gos. Pero también esto es signo de soberbia: que, engañada por la presente felicidad, no pensó en lo incierto de lo futuro. Por lo tanto, siempre en la prosperidad debemos precavernos de lo que ha de venir, ni oprimir a los que nos han sido entregados, que para esto son instruidos: para que se hagan mejores.

(Vers. 8 y ss.) «Y ahora oye estas cosas, delicada y que habitas confiadamente, que dices en tu corazón: Yo soy, y no hay otra fuera de mí; no me sentaré viuda ni conoceré la esterilidad. Y vendrán sobre ti estas dos cosas de repente en un solo día: la esterilidad y la viudez; todas han venido sobre ti por la multitud de tus maleficios y por la dureza de tus encantamientos en gran manera. Y tuviste confianza en tu malicia y dijiste: No hay quien me vea; tu sabiduría y tu ciencia, estas te engañaron, y dijiste en tu corazón: Yo soy, y fuera de mí no hay otra. Vendrá sobre ti el mal y no sabrás su origen, y caerá sobre ti la calamidad que no podrás expiar; vendrá sobre ti de repente la miseria que no conocerás».

Dos cosas vendrán a la vez sobre Babilonia: la esterilidad y la viudez, para que no tenga hijos, esto es, pueblos sujetos a ella; ni marido, al cual podemos entender como el rey; cosas que, mientras ella no las espera, las soportó de repente. Pues ni siquiera podía imaginar que los persas, antes de ninguna fortaleza, la vencerían reinando Ciro y la sujetarían a su potestad. «Lo que has padecido —dice—, no solo por la soberbia y la abundancia de todas las riquezas y delicias, sino también por la multitud de tus maleficios y de

tus encantadores, en los cuales tuviste confianza. Y vendrá sobre ti el mal que antes no conocías, y cuyo origen ignorabas». O como tradujeron los Septuaginta: «Vendrá sobre ti la perdición y no lo sabrás; una fosa, y caerás en ella»; para que tú, que preparabas para todas las naciones el mal de la cautividad, caigas tú misma en la fosa que preparaste. Como estas cosas son claras, recorremos el discurso con sermón rápido.

(Vers. 12 y ss.) «Mantente con tus encantadores y con la multitud de tus maleficios, en los cuales trabajaste desde tu adolescencia, si por si acaso algo te aprovecha o si puedes hacerte más fuerte. Desfalleciste en la multitud de tus consejos; que se mantengan y te salven los augures del cielo, que contemplaban los astros y computaban los meses, para que por ellos te anunciaran lo que te ha de venir. He aquí que se han vuelto como paja, el fuego los quemó; no librarán sus almas de la mano de la llama; no son brasas con que se calienten, ni fogón para que se sienten ante él; así se te han vuelto aquellas cosas en que habías trabajado; tus negociantes desde tu adolescencia, cada uno erró en su camino; no hay quien te salve». Los LXX: «Mantente ahora en tus encantamientos y en tus muchos maleficios que aprendías desde tu adolescencia, si pueden aprovecharte; y trabajaste en tus consejos; que se mantengan y te salven los astrólogos del cielo que contemplan las estrellas; que te anuncien qué ha de venir sobre ti. He aquí que todos serán quemados como leña menuda en el fuego, y no librarán su alma de la llama; porque tienes carbones de fuego, te

sentarás sobre ellos. Estos te servirán de ayuda. Trabajaste en tu cambio desde la adolescencia; el hombre erró en sí mismo; para ti, sin embargo, no habrá salvación».

Que Babilonia y toda Caldea tuvieron el estudio de los encantadores, augures, adivinos y gazarenos —a quienes nosotros llamamos arúspices— lo prueba la lectura del profeta Daniel, quien recuerda que los reyes babilonios hacían todas las cosas según el consejo de aquellos. Por aquello que nosotros hemos interpretado según Símaco y Teodoción: «Que se mantengan y te salven los augures del cielo», los Septuaginta tradujeron más manifiestamente: «Que se mantengan y te salven los astrólogos del cielo»; que vulgarmente son llamados matemáticos y juzgan que las cosas humanas se rigen por el curso de los astros y la caída de las estrellas. De donde también los magos vinieron de Oriente, diciendo que habían visto la estrella del Señor, o bien por la ciencia de su arte, o bien por el vaticinio de Balaam su profeta, que en los Números había dicho: «Nacerá una estrella de Jacob y un hombre de Israel» (Núm 24, 17). Estos, pues, que computan los meses y enumeran los años, y librando los momentos de las horas prometen la ciencia de lo futuro, te digan qué ha pensado el Señor sobre ti; y callando ellos qué ha de venir, respondió el profeta: «He aquí que se han vuelto como paja, el fuego los devoró»; para que los que prometían la salud a otros, ignoraran sus propios suplicios; ni es dudoso que, ardiendo la ciudad, la voraz llama consumió a sus habitantes.

Y lo que sigue: «No son brasas con que se calienten, ni fogón para que se sienten ante él», así lo explican los hebreos. No tienen ninguna ciencia del calor, ni sentido iluminador que pueda discutir sus tinieblas y expeler el frío del error. Por lo cual, queriendo no sé qué, los Septuaginta tradujeron: «Tienes carbones de fuego, te sentarás sobre ellos; estos te servirán de ayuda»; a no ser que por si acaso podamos decir esto: que mucho más útil es el fuego y el incendio para Babilonia que lo que fueron los magos, gazarenos, astrólogos y encantadores. Pues este los provoca a la penitencia por las penas y los suplicios; aquellos los llevan a la soberbia por el error. Todo su trabajo y sus negociantes, a los cuales entendemos como los magos, en esto aprovechó: en que cada uno errara por su camino, y él mismo, perdido, no prestara la salud al otro.

Interroguemos a los que asientan que existen diversas naturalezas: ¿es Babilonia de mala naturaleza o de buena? Si dijeran que de mala —lo cual no es dudoso que han de responder—, ¿cómo es provocada a la penitencia y se le dice: «Siéntate compungida, entra en las tinieblas, hija de los caldeos»? ¿Y luego, tras la enumeración de los pecados y crímenes: «Tienes carbones de fuego, te sentarás sobre ellos; estos te servirán de ayuda»? ¿Y qué quiere decir lo que se infiere según los mismos Septuaginta: «Trabajaste en tu cambio desde la adolescencia»? ¿Cuál es ese cambio? Ciertamente de lo bueno a lo malo. De lo cual es manifiesto que los buenos por naturaleza se hacen malos por la voluntad. Finalmente

se infiere: «El hombre erró en sí mismo», no por naturaleza, sino por el arbitrio de la mente.

(Cap. 48.---Vers. 1 y ss.) «Oíd estas cosas, casa de Jacob, que sois llamados con el nombre de Israel y habéis salido de las aguas de Judá; que habéis jurado en el nombre del Señor y hacéis memoria del Dios de Israel, no en verdad ni en justicia. Pues de la ciudad santa han sido llamados, y sobre el Señor [Vulg. Dios] de Israel están establecidos; el Señor de los ejércitos es su nombre».

Estas cosas predije que habían de venir sobre los caldeos y babilonios, y es necesario que lo que hablé por mis profetas se cumpla en la realidad. Tú, pues, casa de Jacob, y los que sois llamados con el nombre de Israel, y los que habéis salido de la agua de Judá, y lo demás que sigue, oíd más atentamente lo que voy a decir. Y debe notarse que de ningún modo los llama Jacob, sino casa de Jacob; ni Israel a aquellos que falsamente son llamados con este nombre, puesto que no tienen la obra del nombre. «Y de las aguas —dice— de Judá habéis salido», llamando más solemnemente «aguas» en lugar de «semilla», para mostrar que de ningún modo son hijos de las virtudes de los patriarcas, sino de las carnes. Y rectamente llamó aguas de Judá, porque sola aquella tribu permanecía entonces todavía en la tierra; y la semilla regia de David se conservaba en aquel tiempo. «Vosotros —dice—, que habéis jurado en el nombre del Señor», no para que honréis al Señor; sino para que, asumido el nombre, hagáis injuria, mientras queréis que él sea testigo de vuestra

mentira, y descansáis en la ciudad santa y os apoyáis sobre el Señor de Israel; para que os jactéis de ser habitantes de la ciudad de Jerusalén y de tener el privilegio del Señor de sabaoth, cuando asumís los vocablos vanos de Jacob, Israel, de la ciudad santa y del Dios omnipotente.

(Vers. 3, 4 y ss.) «Las cosas anteriores desde entonces las anuncié, y de mi boca salieron y las hice oír; de repente obré y sucedieron. Pues supe que eres duro, y nervio de hierro tu cerviz, y tu frente de bronce. Te predije desde entonces; antes de que vinieran, te las indiqué, no fuera que por si acaso dijeras: Mis ídolos hicieron estas cosas, y mis esculturas y fundiciones mandaron estas. Las cosas que oíste, velo todo; pero vosotros ciertamente no las anunciasteis. Cosas nuevas te hice oír desde entonces, y cosas conservadas que no sabes; ahora han sido creadas, y no desde entonces; y antes del día, y no las oíste, no sea que por si acaso digas: He aquí que las conocía. Ni las oíste, ni las conociste, ni desde entonces se abrió tu oído; pues sé que prevaricando prevaricarás, y transgresor desde el vientre te llamé. Por mi nombre alejaré mi furor, y con mi alabanza te enfrenaré para que no perezcas. He aquí que te he acrisolado, pero no como a la plata; te elegí en el camino de la pobreza. Por mí, por mí lo haré, para no ser blasfemado; y mi gloria no la daré a otro». Los LXX: «Las cosas anteriores todavía las anuncié; y de mi boca salieron y se hizo el oído; de repente las hice y vinieron, sé que eres duro; y nervio de hierro tu cuello, y tu frente de bronce; y te anuncié antaño antes de que vinieran sobre ti.

Te lo hice oír; no fuera que por si acaso dijeras que mis ídolos me las hicieron, las esculturas y fundiciones me mandaron. Oísteis todo, y vosotros no conocisteis; pero cosas nuevas te hice oír ahora, las que han de ser. Y no dijiste: Ahora se hacen, y no antaño; y no en los días anteriores. No digas también que las conozco; ni conociste, ni supiste, ni desde el principio abrí tus oídos. Pues sé que prevaricando prevaricarás; e inicuo todavía desde el útero serás llamado. Por mi nombre te mostraré mi furor; y mis cosas gloriosas induciré sobre ti, para no matarte. He aquí que te vendí no por plata; pero te arranqué del horno de la pobreza; por mí mismo lo haré, porque mi nombre es mancillado; y mi gloria no la daré a otro».

Te predigo que los babilonios han de ser vencidos por los medos y persas, y de repente haré lo que amenacé, no sea que cuando vengan las cosas que han sido predichas, pienses que han sucedido o por el arbitrio de los dioses que cultivas, o por azar. Ni jacto la ciencia de lo futuro, sino que hablo por tu incredulidad, cuyo corazón incrédulo, cerviz de hierro y frente de bronce conocí que eran desde el principio. He aquí que oíste todo lo que ha de venir, y sin embargo ocultas la verdad con el silencio. Ni narro lo pasado, por lo cual a menudo mi potencia fue comprobada: cómo saqué al pueblo de Egipto, sumergí a los egipcios en el Mar Rojo, entregué la tierra de la promesa, os subyugué diversas gentes. Pero cosas nuevas, que voy a hacer contra Babilonia, anuncio, para que la impudente mentira de tu boca sea refutada, tú que afirmas saber lo que no sabes.

Pues desde el principio eres prevaricador de mis mandatos; y transgresor desde el vientre te llamó Dios, cuando, librado de Egipto, como en mi vientre fuiste concebido, educado e instruido. La cabeza del buey de Egipto deseaste, diciendo: «Estos son tus dioses, Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto». No, pues, por tu mérito, sino por mi misericordia diferí mi furor, para que no perecieras del todo, y por la alabanza de mi nombre te enfrenaré, para que como jumento y caballo en frenos me sigas a tu pesar. «He aquí que te acrisolado», esto es, te probé, como se funde la plata. O bien, no en las riquezas, sino en el horno de la pobreza quise probarte. De lo cual se muestra que muchos son tentados tanto por las riquezas como por la pobreza, si o bien abusan mal de aquellas, o de ningún modo soportan la penuria con virtud. Por mí, pues, lo haré, para que no sea blasfemado mi nombre entre las gentes y piensen que vosotros habéis sido vencidos no por mi ira, sino por el auxilio de sus ídolos. Y lo que infiere: «mi gloria no la daré a otro», esto significa: para que no se piense que los ídolos oprimieron al pueblo de Dios. O ciertamente, cuando dice: «no daré a otro», muestra que ya la ha dado a otro, pues «a otro» se dice por la distinción de lo anterior.

Muchos de los nuestros, para tocar brevemente unas pocas cosas según los intérpretes Septuaginta, opinan que se profetiza sobre el advenimiento de Cristo: que de repente viene inesperado y demuestra su presencia al pueblo durísimo, al cual nunca Dios abrió los oídos por-

que su corazón estaba engrosado y con sus oídos oyeron pesadamente. Y tan pronto como el Señor fue vertido del útero virginal, fue llamado transgresor e inicuo, buscando matarle. Y lo que une: «Por mi nombre te mostraré mi furor y mis cosas gloriosas induciré sobre ti», abusa del sentido del Apóstol, o el apóstol Pablo (Rom 1) toma testimonio de este lugar, para que se revele la ira de Dios para aterrar a los que pecan y después se ofrezca gloria a los convertidos. «He aquí —dice—, te vendí no en dinero, sino te vendí en tus pecados, y te arranqué del horno de la pobreza». Por lo cual también Salomón (Prov 3) no quiere tener riquezas ni pobreza, sino que pide solo lo necesario, no sea que o por aquellas se eleve su corazón en soberbia, o en esta se vea compelido a hacer lo que no quiere y, presionado por la inopia, blasfeme contra Dios. De donde también el Apóstol: «Teniendo sustento y con qué cubrirnos, estemos contentos con esto» (1 Tim 6, 8).

(Vers. 12, 13 y ss.) «Escúchame, Jacob, y tú, Israel, a quien yo llamo. Yo mismo, yo soy el primero y yo soy el último. También mi mano fundó la tierra, y mi diestra midió los cielos: yo los llamé [Vulg. los llamaré], y se mantendrán juntos. Congregaos todos vosotros y escuchad: ¿quién de entre ellos anunció estas cosas? El Señor lo amó: hará su voluntad en Babilonia y su brazo estará en los caldeos. Yo, yo mismo hablé y lo llamé: lo conduje, y fue enderezado su camino. Acercaos a mí y escuchad estas cosas [Vulg. esto]: no hablé en secreto desde el principio; desde el tiempo antes de que se hiciera, allí estaba yo. Y ahora el Señor

Dios me ha enviado, y su espíritu». Los LXX: «Escúchame, Jacob, y tú, Israel, a quien yo llamo. Yo soy el primero, y yo soy para la eternidad; y mi mano fundó la tierra, y mi diestra afirmó el cielo. Los llamaré, y se mantendrán juntos; y se congregarán todos, y escucharán: ¿Quién les anunció estas cosas? Amándote, hice tu voluntad sobre Babilonia, para quitar la simiente de los caldeos. Yo hablé y yo llamé. Lo conduje e hice próspero su camino. Traedme y escuchad estas cosas: No hablé en secreto desde el principio; cuando se hacía, allí estaba yo. Y ahora el Señor Dios me ha enviado, y su espíritu».

A aquellos a quienes antes ya había dicho: «Escuchad estas cosas, casa de Jacob, que sois llamados con el nombre de Israel, y procedéis de las aguas de Judá», ahora habla a los mismos: «Escúchame, Jacob, e Israel, a quien yo llamo». Pues «muchos son los llamados, y pocos los elegidos» (Mt 22). Por lo cual los denomina «llamados», porque aún no habían recibido al Salvador, y no «elegidos». «Yo soy —dice— el Alfa y la Omega, el primero y el último, el que vive y estuvo muerto» (Ap 22); para que refieras la «vida» al principio, y «el último» a aquel que murió. El cual se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo, y se hizo obediente al Padre; se humilló a sí mismo hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil 2). «Mi mano fundó la tierra». De donde también en los Proverbios habla: «Dios con su sabiduría fundó la tierra, y su diestra la midió» (Prov 3, 19), o «afirmó los cielos» o «el cielo», como tradujeron los LXX. Llama, pues, a los cielos

para que obedezcan a su mandato y narren su gloria. Pero si los cielos obedecen a la voluntad del Señor y corren en su propio orden: ¿de qué se glorían «la tierra y la ceniza» (Eclo 10), e ignoran su fragilidad?

«Congregaos todos vosotros y escuchad», o bien los cielos, o bien toda la criatura, o bien toda la multitud de Israel. ¿Qué cosas son las que se manda escuchar? Que el Señor lo amó; sin duda alguna significa a Ciro y Darío, quienes hicieron la voluntad del Señor contra Babilonia, y ejercieron su brazo en los caldeos. Y él mismo habló y lo llamó por su nombre, y lo condujo, y fue enderezado su camino, de modo que nadie osara resistir a sus fuerzas. Por lo cual los provoca a que se acerquen y escuchen, y que por la predicción del Señor conozcan que ha de venir el rey de los persas y los medos, para que subvierta a Babilonia y elimine a los caldeos. Y para que anuncie estas cosas, dice el Profeta que fue enviado por el Señor y su espíritu. Esto es según los hebreos y su opinión.

Por lo demás, según Símaco, que interpretó: «¿Quién le anunció estas cosas? a quien el Señor amó, quien hace su voluntad en Babilonia»; y según los Septuaginta, «para que quite la simiente de los caldeos», se refiere a la persona del Señor: que es verdaderamente amado por el Padre, y que hizo toda la voluntad del Padre, y que subvierte en Babilonia, esto es, en la confusión de este mundo, a toda la simiente de los caldeos, que se interpretan como demonios. Él mismo habló, y escuchó al Hijo, y lo condujo, el cual habla a los creentes: «Venid a mí todos los que trabajáis

y estáis cargados» (Mt 11, 28). Y escuchad estas cosas que desde el principio hablé en secreto, esto es, por los enigmas y misterios de los Profetas, lo cual había sido ignorado por todas las generaciones pasadas. Cuando el Padre hacía todas las cosas, él mismo estaba con él, el cual se regocijaba con él, el cual incluso ahora dice: «Yo que siempre estaba con el Padre, y en el Padre, y sin el Padre nunca estaba, incluso ahora hablo» (Jn 14); y según la fragilidad de la carne asumida digo que el Señor Dios me envió, y su espíritu: y en un breve versículo se nos muestra el sacramento de la Trinidad.

(Vers. 17, 18 y ss.) «Esto dice el Señor, tu redentor, el Santo de Israel: Yo soy el Señor tu Dios que te enseña lo útil, que te gobierna en el camino por el que andas. ¡Ojalá hubieras atendido a mis mandatos! Habría sido como un río tu paz, y tu justicia como los torbellinos del mar. Y habría sido como la arena tu simiente, y el fruto de tu vientre como sus piedrecitas: no habrían perecido, y no habría sido raído su nombre de mi presencia». Porque prometió cosas futuras a Israel, expone las causas por las que antes los afligió; las cuales, si las evita, de ningún modo padecerá cosas semejantes. «Si —dice— hubieras atendido a mis mandatos», según tradujeron los Septuaginta; o ciertamente con el afecto de quien desea: «¡Ojalá hubieras atendido a mis mandatos!»; lo cual, si lo hubieras hecho, habría sido como ríos tu paz, y tu justicia como los torbellinos del mar, significando abundancia y copia de todas las cosas. Y lo que sigue: «Y habría sido

como la arena tu simiente, y el fruto de tu vientre como sus piedrecitas», parece ciertamente permanecer en el pueblo de los judíos, quienes hasta el día de hoy, a modo de gusanillos, bullen de hijos y nietos; pero ¿cómo ha de entenderse esto en la promesa, cuando no tienen paz ni justicia? Pues o bien está airado con ellos, o bien aplacado. Si airado, ¿cómo se multiplica diariamente su simiente? Si aplacado, ¿cómo sirven, y no poseen paz ni justicia? De lo cual es evidente que ahora se dice de la simiente apostólica, de la cual también leímos arriba (Sobre el cap. 1): «Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado una simiente, habríamos sido como Sodoma». Lo cual, porque en aquel tiempo no parece en absoluto cumplido, se completa en el advenimiento de Cristo; y ante su presencia permanece la simiente de Israel.

(Vers. 20, 21, 22.) «Salid de Babilonia, huid de los caldeos: anunciadlo con voz de alegría, haced que se oiga esto, llevadlo hasta el extremo de la tierra y decid: Redimió el Señor a su siervo Jacob. No tuvieron sed en el desierto cuando los sacaba; les sacó agua de la piedra, y hendió la piedra y fluyeron las aguas. No hay paz para los impíos, dice el Señor». Los que arriba, en aquel lugar donde está escrito: «Yo, yo mismo hablé y la llamé: lo conduje y fue enderezado su camino», lo entienden sobre Ciro y Darío, también refieren estas cosas a aquel tiempo, cuando el pueblo salió de Babilonia y huyó de los caldeos, y fue redimido por el Señor su Dios. Esto también que se dice: «No tuvieron sed en el desierto cuando los sacaba, les sacó agua de la piedra; y hendió la piedra

y fluyeron las aguas», aunque según la historia no pueden demostrarlo cumplido; pues ni bajo Zorobabel ni Esdras vinieron por el desierto, ni la piedra hendida les proporcionó aguas, lo cual se narra que sucedió a los que salían de Egipto; sin embargo, testifican que se cumplió hiperbólicamente a semejanza de la felicidad anterior, cuando por el desierto de las naciones vinieron a Judea y fueron liberados de la cautividad. Y para que sepamos —dicen— que no fue profetizado de Cristo, sino de Ciro, se añade: «No hay paz para los impíos, dice el Señor»; y que el sentido es: la felicidad perfecta no será sino bajo Cristo, lo cual se reserva para el tiempo final. Por lo demás, los que con mayor verdad y rectitud refieren esto al advenimiento del Salvador (Abajo, sobre el cap. 61, 1), de quien se dice: «Me envió a anunciar a los pobres, a predicar la remisión a los cautivos» (Lc 4, 18-19), entienden que es una exhortación de los que anuncian el Evangelio del mismo Señor Salvador, para que salgamos de Babilonia, esto es, de la confusión de este mundo, y huyamos de los caldeos, de quienes se ha hablado frecuentemente. Pues el Señor redimió a su siervo Jacob con su sangre preciosísima, y lo condujo por el desierto del siglo, y hendió el agua de la piedra. Sobre la cual también habla el Apóstol: «Y la piedra era Cristo» (1 Cor 10, 4). Se hiende, pues, la palabra divina y se divide en muchas partes, para que lo que no podemos recibir íntegro, lo tomemos por partes. Y para que no se pensara que aquella predicación se decía a toda la simiente de Jacob, y no solo a estos que habrían de creer por los

Apóstoles, se introduce y se añade: «No hay paz para los impíos, dice el Señor»; a saber, a aquellos que permanecieron en el error antiguo, que no merecieron beber de la piedra. Cuyo costado, para hablar de manera nueva, herido por la lanza, fluyó con agua y sangre (Jn 1), dedicándonos el bautismo y el martirio.

(Cap. XLIX.---Vers. 1 ss.) Oíd, islas, y atended, pueblos de lejos: El Señor me llamó desde el útero, desde el vientre de mi madre se acordó de mi nombre. Y puso mi boca como espada aguda: en la sombra de su mano me protegió. Y me puso como saeta elegida: en su aljaba me escondió; y me dijo: Mi siervo eres tú, Israel, porque en ti me gloriaré [Al. seré glorificado]. Y yo dije: En vano he trabajado, sin causa y vanamente mi fortaleza he consumido: por tanto mi juicio está con el Señor, y mi obra con mi Dios.

LXX: Oídme, islas, y atended naciones. Después de mucho tiempo estará [se cumplirá], dice el Señor. Desde el vientre me llamó, y desde el útero de mi madre llamó mi nombre. Y puso mi boca como espada aguda, y bajo la protección de su mano me escondió. Me puso como saeta elegida, y en su aljaba me escondió. Y me dijo: Mi siervo eres tú, Israel: y en ti seré glorificado. Y yo dije: sin causa he trabajado, en vano, y en la nada di mi fortaleza. Por eso mi juicio está ante el Señor, y mi trabajo delante de mi Dios.

Sé que tanto estas como las cosas inferiores que hemos de decir, pertenecen a la ciencia o inteligencia de un solo capítulo, y que todo debe aceptarse de la persona de Cristo. Pero no quise,

proponiendo todo a la vez, cargar el sentido del lector; y [no quise] que aquello que por partes puede decirse más fácilmente, confundiera por su magnitud. De donde también puse ambas ediciones: para que lo que en una parece oscuro, por la lectura de la otra sea abierto. Tras la vocación, pues, de las reliquias de Israel, y el rechazo del pueblo que permanece en la incredulidad, de quienes había dicho: «No hay paz para los impíos, dice el Señor» (Isa. XLVIII, 22), pasa a las Iglesias congregadas de las naciones, y a ellas les habla bajo el nombre de islas. Las cuales están tan expuestas a las insidias de los perseguidores, como a las olas del mar, y arreciando por todas partes el naufragio, son golpeadas más bien que movidas. Y para que nadie piense que nuestra exposición es violenta, y que no pertenece a las naciones lo que se dice, sino a las Sinagogas del pueblo de los judíos, sigue: «Y atended pueblos», o «naciones de lejos», esto es, desde los extremos confines de la tierra. O como los Setenta tradujeron, «después de mucho tiempo estará [se cumplirá]», esto es, no en este tiempo en que se dicen, sino que después de muchos tiempos sucederán. «El Señor», dice, «me llamó desde el útero, y desde el vientre de mi madre se acordó de mi nombre». Lo cual ahora entre tanto les parece oscuro a los que oyen, pero después se hará conocido a todas las naciones, cuando Gabriel haya dicho a José sobre el parto virginal: «Y llamarás su nombre Jesús: pues él salvará a su pueblo» (Mat. I, 21): puso también su boca como espada aguda, para que con el espíritu de su boca asesine al impío. Sobre

cuya espada él mismo habla también en el Evangelio: «No vine a traer paz sobre la tierra, sino espada», separando a los malos de los buenos: «Pues vine a dividir al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra» (Mat. X, 34, 35). «Y en la sombra», dice, «de su mano me protegió», para que la bajeza de la carne fuera cubierta por la potencia de la divinidad, anunciando el Ángel a la Virgen: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Luc. I, 35). «Me puso», dice, «como saeta elegida, en su aljaba me escondió». Cuando dice 'saeta elegida', muestra que Dios tiene muchísimas saetas, pero no elegidas: cuyas saetas son los Profetas y Apóstoles, que discurren por todo el orbe. Sobre las cuales también se canta en otro lugar: «Tus saetas agudas, poderosísimo; los pueblos caerán bajo ti» (Salm. XLIV, 6); y de nuevo: «Saetas de poderoso agudas con carbones desoladores» (Salm. CXIX, 41). Cristo empero, de entre muchas saetas y muchísimos hijos, es la única saeta elegida, y el Hijo Unigénito: a la cual en su aljaba escondió, esto es, en el cuerpo humano, para que habitara en él la plenitud de la divinidad corporalmente. Y rara es la fe de los creyentes: a la cual también arriba (Cap. XLV, 15) se dice: «Tú eres Dios escondido, y no lo sabíamos». Por cuya saeta también la esposa, recibiendo una herida, habla en el Cantar de los Cantares: «Herida de caridad estoy yo». Y me dijo: «Mi siervo eres tú, Israel: porque en ti seré glorificado» (Cant. IV, 9). Siervo, porque estando en la forma de Dios, se dignó asumir la forma de

siervo (Filip. II), e Israel, porque nació de la semilla de los judíos. Y lo que de ningún otro de los siervos puede entenderse, se añade: «Porque en ti me gloriaré» [Al. seré glorificado]. Pues él mismo dice también en el Evangelio: «Padre, glorifica tu nombre» (Juan XII, 28). Quien en el salmo habla al Hijo: «Despierta, gloria mía, y despierta, salterio y cítara» (Salm. LVI, 9), esto es, el coro de todas las virtudes. Diciéndome empero el Padre estas cosas que he referido, yo le respondí: ¿Cómo has sido glorificado en mí, Padre, siendo que en vano he trabajado, y no he podido revocar a ti a una gran parte del pueblo de los judíos? Todo esto empero se dice, para que mostrara el libre albedrío del hombre. Pues de Dios es llamar, y nuestro creer: ni si nosotros no creemos, Dios es inmediatamente imposible; sino que deja su potencia a nuestro albedrío para que la voluntad del justo consiga premio. Porque, pues, no quisieron por mí creer en ti, mi juicio está ante ti, que yo haya hecho todo lo que debía hacerles, diciendo en el Evangelio: «Yo te glorifiqué sobre la tierra, habiendo completado la obra que me diste para que hiciera» (Juan XVII, 4); y de nuevo: «Manifesté tu nombre a los hombres». Y mi obra o mi trabajo y dolor (pues esto significa *ponos*) está ante tu vista. Pues lloró también en el Evangelio por Jerusalén (Luc. XIX), y en el salmo por la multitud de los incrédulos, dice que en cierto modo en vano ha padecido: «¿Qué utilidad hay en mi sangre, mientras desciendo a la corrupción?» (Salm. XXIX, 10). Y según el hebreo pendiente en

la cruz habla: «Lejos de mi salud, las palabras de mis lamentaciones» (Salm. XXI, 1).

(Vers. 5, 6 ss.) Y ahora dice el Señor, formándome desde el útero como siervo para sí, para que reduzca a Jacob hacia él, e Israel no será congregado: y he sido glorificado a los ojos del Señor, y mi Dios se ha hecho mi fortaleza. Y dijo: poco es que seas mi siervo para suscitar las tribus de Jacob, y para convertir las heces [reliquias] de Israel. Te di [Vulg. He aquí que te di] por luz de las naciones, para que seas mi salud hasta el extremo de la tierra. LXX: Y ahora así dice el Señor que me formó desde el útero como siervo para sí, para que congregara a Jacob hacia él e Israel: seré congregado y seré glorificado ante el Señor y mi Dios será mi fortaleza. Y me dijo: Grande es para ti que seas llamado mi niño, y suscites las tribus de Jacob, y conviertas la dispersión de Israel. He aquí que te puse por testamento del género, por luz de las naciones, para que seas salud hasta el extremo de la tierra. Diciendo yo: «En vano he trabajado, sin causa y vanamente mi fortaleza he consumido», porque los judíos no quisieron creer, y «mi juicio está con el Señor», y «mi obra», que, ayudándome él, completé, «está con el Señor»: me respondió el Señor, que me formó desde el útero como siervo para sí. Por lo cual muestra que se llama siervo el que ha sido formado desde el útero. Quien también dice en el salmo: «Desde el vientre de mi madre Dios mío eres tú» (Salm. XI, 10). ¿Qué pues le dice el Señor? Que redujera a Jacob hacia aquel de quien se había extraviado, el cual, desertado el Creador, servía a los ídolos. De

donde también él mismo habla a los discípulos: «En camino de naciones no vayáis, y en ciudades de samaritanos no entréis; sino id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mat. X, 5); y en otro lugar: «No vine sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mat. XV, 24). Esta fue pues la voluntad del Padre, que los pésimos viñadores recibieran al Hijo enviado, y devolvieran los frutos de la viña, quienes le mataron diciendo: «Venid, matémosle, y nuestra será la herencia» (Mat. XXI, 38); y esto es lo que ahora dice: «E Israel no será congregado», esto es, no volverá al Señor. Y bastante me maravillo de cómo la edición común [LXX] subvirtió un fuertísimo testimonio contra la perfidia de los judíos con otra interpretación, diciendo: «Seré congregado y seré glorificado ante el Señor»: cuando Teodoción y Símaco congruyen con nuestra interpretación. Sobre Aquila empero no me maravillo, que hombre eruditísimo de la lengua hebrea, y expresando palabra por palabra, en este lugar o simuló impericia, o por la perversa exposición de los fariseos fue engañado, el cual quiso interpretar: «e Israel a él será congregado», esto es, a Dios. Siendo que la palabra hebrea *LO* en este lugar no se escribe por *LAMED* y *VAV*: lo cual, si fuera así, significaría «a él» o «para él»; sino por *LAMED* y *ALEF*, que propiamente suena «no». Porque, pues, no fue reducido Jacob hacia Dios, ni Israel congregado: por eso el Hijo habla a ellos que no creen: «he sido glorificado a los ojos del Señor». En mí pues todo el mundo creyó: «y mi Dios se ha hecho mi fortaleza», el cual también me consoló

estando yo triste por el rechazo de mi pueblo; y me dijo: «Poco es si me sirves para suscitar las tribus de Jacob», que por su propio vicio cayeron; «y para convertir las heces, o reliquias de Israel». Esto pues suena la palabra hebrea *NESURE*. Por ellos pues te di por luz de todas las naciones, para que ilumines el universo mundo, y mi salud, por la cual todos se salvan, la hagas llegar hasta los extremos de la tierra. Aquello empero que se lee en los Setenta, «seré congregado, y seré glorificado ante el Señor», así puede entenderse: que el Señor sea congregado con los creyentes. Y lo que sigue: «Me dijo: Grande es para ti que seas llamado mi niño», lo de grande refirámoslo al hombre y al niño, que en comparación con Dios es pequeño.

«Esto dice el Señor, redentor de Israel, su Santo, a la alma despreciable, a la nación abominada, al siervo de los señores». «Los reyes verán, y se levantarán los príncipes, y adorarán por causa del Señor, porque es fiel: y al Santo de Israel que te eligió».

LXX: «Así dice el Señor que te rescató, el Dios de Israel». «Santificad al que desprecia su alma, al que es abominación para las naciones, al que es siervo de los príncipes». «Los reyes lo verán, y se levantarán los príncipes, y lo adorarán por causa del Señor: porque fiel es el Santo de Israel, y te eligió».

En lugar de lo que nosotros dijimos: «a la alma despreciable, a la nación abominada, al siervo de los señores», Teodoción tradujo: «al que desprecia el alma, al que es abominación para la

nación, al que es siervo de los príncipes»: lo cual manifiestamente conviene a la persona de Cristo. Pues él mismo, el buen pastor, puso su vida por sus ovejas (Jn 10), y la despreció, él que es abominación para la nación de los judíos, a quien tres veces cada día bajo el nombre de nazarenos maldicen en sus sinagogas. El cual fue siervo de los príncipes, y tan humilde que estuvo ante Anás y Caifás; y fue enviado a Pilato y Herodes para ser crucificado. Aquila consintió con esta interpretación, y en parte los Setenta, aunque en esto cambiaron y debilitaron el sentido, en que por «nación» interpretaron «naciones», y por «siervo», «siervos». Otros, en verdad, piensan que esto se dice a la nación de los judíos, que despreció su alma y es abominación para el mundo entero; y sirve a los príncipes, de quienes está escrito: «Los que devoran a mi pueblo como comida de pan» (Sal 13, 4). Pero es mejor la interpretación sobre Cristo. ¿Qué dice, pues, el Padre, redentor en otro tiempo y Santo de Israel, al Hijo? «Los reyes verán y se levantarán los príncipes, y adorarán», cuando venga en la gloria de su Padre con sus Ángeles, y se siente en el trono de su gloria, juzgando a vivos y muertos: entonces todos lo adorarán por causa del Señor su Padre, que lo eligió. O bien debe entenderse así: Los reyes cuyo corazón está en la mano de Dios, y los príncipes de la Iglesia de Dios, te adorarán: porque fiel es el Señor, el Santo de Israel que te eligió.

(Vers. 8 ss.) Esto dice el Señor: En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he ayudado. Y te he guardado, y te he dado por

alianza del pueblo, para que levantaras la tierra y poseyeras las heredades disipadas: para que dijeras a los que están atados: Salid; y a los que están en tinieblas: Revelaos. En los caminos pacerán, y en todos los llanos estarán sus pastos. No tendrán hambre, ni tendrán sed, ni los herirá el calor ni el sol: porque el que tiene misericordia de ellos los regirá, y a las fuentes de las aguas los dará de beber. Y pondré todos mis montes por camino, y mis sendas serán exaltadas. He aquí que estos vendrán de lejos, y he aquí aquellos del Norte y del mar, y estos de la tierra del Sur. Alabad, cielos, y exulta, tierra: jubilad, montes, con alabanza, porque el Señor ha consolado a su pueblo, y de sus pobres se compadecerá.

LXX: Así dice el Señor: En tiempo oportuno te he oído, y en día de salvación te he ayudado. Y te he plasmado, y te he dado por pacto de las gentes, para que establecieras la tierra y poseyeras las heredades desiertas. Y dijeras a los que están en vínculos: Salid; y a los que están en tinieblas: Revelaos; en todos los caminos pacerán, y en todas las sendas estarán sus pastos. No tendrán hambre, ni tendrán sed, ni los herirá el calor ni el sol; sino que el que se compadece de ellos los consolará, y por fuentes de aguas los conducirá. Y pondré todo monte por camino, y toda senda por pastos para ellos. He aquí que estos vendrán de lejos, estos del Norte y del mar; otros, en cambio, de la tierra de los persas. Alegraos, cielos, y exulte la tierra, prorrumpan los montes en alegría: porque Dios se ha compadecido de su pueblo, y a los humildes de su pueblo ha consolado.

Este testimonio usó el Apóstol Pablo en la segunda Epístola a los Corintios, diciendo: «En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he ayudado. He aquí ahora el tiempo aceptable», etc. (2 Cor. 6, 2). Si, pues, el vaso de elección refiere lo que se dice a la inteligencia del primer advenimiento, sigamos también nosotros las huellas de su exposición e, imitando a los niños, imprimamos las letras sobre las líneas trazadas por el maestro. El tiempo placentero y oportuno, y el día de la salvación, es la pasión y resurrección del Salvador, cuando oraba en la cruz: «Dios, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt. 27, 46). Y lo guardó, o lo plasmó, vencida la muerte, y lo dio como alianza para el pueblo de los judíos, a saber, para aquellos de entre ellos que quisieron creer: para que levantara la tierra, que yacía en los errores de la idolatría, y poseyera las heredades disipadas o desiertas, que no tenían a Dios como habitador, y dijera a los que estaban en cadenas: «salid», los que estaban atados por las cadenas de los pecados, porque «cada uno es atado por las cuerdas de sus pecados» (Prov. 5); y a los que estaban en tinieblas: «revelaos». Los que se sentaban en tinieblas y en sombra de muerte, y no podían ver la luz. Quienes, después de haberse convertido y de haber contemplado la clara luz de Cristo, pacerán en las vías y en las sendas de las sagradas Escrituras, y dirán: «El Señor me pastorea y nada me faltará, en lugar de pastos allí me colocó: sobre aguas de refrigerio me educó» (Sal. 22, 2). Pero quien haya sido apacentado y nutrido en tales vías y sendas, ni tendrá hambre,

ni tendrá sed, ni sentirá el calor del sol; y se cumplirá en él lo que está escrito: «De día el sol no te quemará, ni la luna de noche» (Sal. 120, 6). Para que no sienta ni las adversidades ni las prosperidades de este siglo. Puesto que el Señor misericordioso y compasivo, él mismo los consolará y los regirá, y los conducirá a las fuentes de las aguas. O bien les dará de beber en las fuentes de las que está escrito: «Bendecid al Señor de las fuentes de Israel» (Sal. 67, 27). Y en otro lugar: «Sacad aguas de las fuentes del Salvador» (Is. 12, 3). Estas fuentes están en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Y todos los tropiezos que pudieran impedir los pasos de los creyentes, el Señor se los convertirá en llanura, y humillará lo excelso y sublimará lo humilde, para que tengan un camino llano y campestre. Quiénes sean estos para quienes se prepara el camino, lo pone más manifiestamente: «He aquí que estos vendrán de lejos: y he aquí aquellos del Norte y del mar, y estos de la tierra del Sur». Mostrando las cuatro regiones del mundo, el Oriente y el Septentrión, el Occidente y el Mediodía, por el Oriente puso «de lejos»; por la región del Sur, en el hebreo se lee *Sinim*, que los LXX interpretaron como los «persas». Los demás expresaron *sinim* tal como se lee en el hebreo, lo cual nosotros hemos interpretado como «del Sur»; sospechando esto porque el monte Sinaí está situado en la parte austral, según el profeta Habacuc: «Dios vendrá del Austro: y el santo del monte Farán sombrío y espeso» (Hab. 3, 3). Pero si entendemos *sinim*, como tradujeron los LXX, por los persas, que están situados al Oriente, lo

que se dice arriba, «He aquí que estos vendrán de lejos», lo podremos referir al Austro. Y se manda a los cielos y a la tierra, o bien a las virtudes que moran en el cielo y en la tierra, o a los ángeles y a los hombres, que canten las alabanzas de Dios. Y los que están puestos en lo alto de las virtudes, atestigüen la alegría de la mente con júbilo y exultación. «Porque el Señor ha consolado a su pueblo», a los de los judíos que quisieron creer. Y se compadeció de sus pobres y humildes: o bien de todo su pueblo, que del Oriente y del Occidente, del Septentrión y del Mediodía fue llamado a él, no teniendo la Ley ni los profetas, ni riquezas espirituales; sino que desierto, pobre y humilde, estaba sujeto a todos los demonios.

(Vers. 14 ss.) Y dijo Sion: Me abandonó el Señor, y el Señor se olvidó de mí. ¿Acaso puede una mujer olvidarse de su infante, para no compadecerse del hijo de su vientre? Y aunque ella se olvidara, yo no me olvidaré de ti. He aquí que en mis manos te he grabado: tus muros están siempre ante mis ojos. Han venido tus edificadores: y los que te habían destruido y disipado, saldrán de ti. Eleva tus ojos en derredor y mira: todos estos se han congregado, han venido a ti. Vivo yo, dice el Señor: porque de todos estos te vestirás como de un ornamento, y te los ceñirás como una novia, porque tus lugares desiertos y tus soledades, y la tierra de tu ruina ahora serán angostos por causa de los habitadores, y serán ahuyentados lejos los que te devoraban. Todavía dirán a tus oídos los hijos de tu esterilidad: Angosto es para mí el lugar, hazme sitio para que habite. Y dirás en

tu corazón: ¿Quién me engendró a estos? Yo era estéril y no paría, desterrada y cautiva: ¿y a estos quién los crió? Yo estaba destituida y sola: ¿y estos dónde estaban?

LXX: Pero dijo Sion: Me abandonó el Señor, y Dios se olvidó de mí. ¿Acaso se olvidará una mujer de su párvulo, para no compadecerse del fruto de su vientre? Y si ella se olvidara de estos: pero yo no me olvidaré de ti, dice el Señor. He aquí que sobre mis manos he dibujado tus muros: y ante mí estás siempre. Y pronto serás edificada por quienes habías sido destruida: y los que te habían disipado saldrán de ti. Eleva tus ojos en derredor y mira: todos estos se han congregado, han venido a ti. Vivo yo, dice el Señor: porque de todos estos como de un ornamento te vestirás, y te los ceñirás como el collar de una novia: porque tus lugares desiertos, y los que estaban disipados, y los que se derrumbaron. Ahora serás angosta por causa de los habitadores: y lejos estarán de ti los que te habían humillado. Pues dirán a tus oídos tus hijos, los que perdiste: Angosto es para mí el lugar: hazme sitio para que habite. Y dirás en tu corazón: ¿Quién me engendró a estos? Yo, en cambio, estaba sin hijos y viuda, ¿y a estos quién me los crió? Yo había sido dejada sola, ¿y estos dónde estaban?

Que Jerusalén y Sion deben entenderse de cuatro modos en las sagradas Escrituras, lo hemos recordado a menudo. Uno, según los judíos, la cual llora el Señor en el Evangelio: «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados» (Mt. 23, 37). Y en otro

lugar: «Cuando veáis a Jerusalén rodeada por un ejército, entonces sabed que se ha acercado su desolación» (Lc. 21, 20). Segundo, es la congregación de los santos, quienes, constituidos en la paz del Señor y en la atalaya de las virtudes, rectamente son llamados Sion, de la cual se dice: «Sus fundamentos están en los montes santos: ama el Señor las puertas de Sion más que todos los tabernáculos de Jacob» (Sal. 85, 1). Pues ni los fundamentos de la Sion judaica, que vemos que está destruida, son amados por el Señor, ni lo que ha sido amado por el Señor pudo ser destruido. Tercero, se llama Jerusalén a la multitud de los ángeles, dominaciones y potestades, y a todo lo que está constituido en el ministerio de Dios. De la cual Jerusalén también hablaba el Apóstol: «Pero la Jerusalén de arriba es libre, la cual es nuestra madre» (Gál. 4, 26). Y en otro lugar: «Sino que os habéis acercado al monte Sion y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial» (Heb. 12, 22). Cuarto, se llama Jerusalén a la que los judíos y nuestros judaizantes, según el Apocalipsis de Juan, que no entienden, piensan que ha de ser puesta de oro y gemas desde los cielos (Apoc. 21), cuyos términos e infinita latitud se describen también en la última parte de Ezequiel. Siendo esto así, ahora hay que considerar más diligentemente cuál de las cuatro dijo Sion: «Me abandonó el Señor, y el Señor se olvidó de mí». Y no hay duda de que la congregación de los santos, que primero había estado en los judíos y fue abandonada por el Señor, conmemora esto y se queja con voz lacrimosa de estar desierta y destituida

del auxilio del Señor. A la cual respondió Dios, usando una semejanza natural: Si puede suceder que una madre se olvide de su infante y su misericordia no se incline hacia el fruto de sus entrañas, también yo me olvidaré de ti. Diré algo más: aunque ella se olvidara, venciendo la dureza de la mente las leyes de la naturaleza, yo, sin embargo, no olvidaré a mi criatura, y siempre retendré las almas de los santos en mi corazón. Sabe, pues, tú, que te juzgas totalmente abandonada, que estás descrita y dibujada en mis manos; y que tus muros permanecen continuamente ante mis ojos. De lo cual aprendemos que de ninguna manera ha de buscarse Jerusalén en la región de Palestina, que es la peor de toda la provincia, y se hace áspera con montes pedregosos, y padece penuria de sed, de modo que usa las lluvias celestiales y consuela la rareza de las fuentes con la construcción de cisternas; sino en las manos de Dios, a la cual se dice: «Se apresuraron tus edificadores». O según los LXX: «Pronto serás edificada por quienes habías sido destruida». Pues destruida por los judíos, fue edificada por los judíos. La cual, desierta por culpa de los escribas y fariseos, fue congregada por la predicación de los apóstoles de Cristo tanto de entre los judíos como de entre las gentes. Sigue: «Y los que te habían destruido y disipado, saldrán de ti»: los peores doctores; para que de ninguna manera sigas los mandatos y tradiciones de los hombres (Mt. 15), sino la ley de Dios. Y se le dice que eleve sus ojos en derredor y vea a los hijos que le habían sido congregados. De los cuales también hablaba el Señor: «Alzad vuestros

ojos y ved que las mieses ya están blancas para la siega» (Jn. 4, 35). Y para hacernos seguros: «Vivo yo», dice el Señor (lo cual, según el Antiguo Testamento, se dice por costumbre de jurar), «porque de todos estos te vestirás como de un ornamento, y te los ceñirás como una novia se ciñe su collar». Feliz el que es de tanto mérito y de tanta virtud que es llamado ornamento de la Iglesia. Pienso, además, que con esto se significan diversas gracias espirituales, por las cuales se adorna la ambición de la esposa. De la cual también se canta en el salmo cuarenta y cuatro: «Estuvo la reina a tu derecha con vestido de oro, rodeada de variedad» (Sal. 43, 10). Pues lo que antes había estado desierto y desmoronado en soledades y ruinas, al llegar el Evangelio de Cristo, se instaurará y tendrá tanta multitud de habitadores que no podrán contenerlos. De modo que al menos los perseguidores sean ahuyentados lejos, o bien aquellos de quienes dijimos arriba: «Los que te destruían y disipaban, saldrán de ti». Y los hijos de tu esterilidad, que pensabas haber perdido totalmente y que de ellos estabas viuda, «dirán a tus oídos: Angosto es para mí el lugar» en las sinagogas, «hazme sitio» en las iglesias, «para que habite» más ampliamente, para que no sea comprimido por las blasfemias de los judíos, para que tu latitud contenga conmigo a todo el orbe. Tú, en cambio, no pudiendo expresar con la boca la magnitud de la alegría, pensarás tácitamente en tu corazón y dirás: «¿Quién me engendró a estos?». Yo era estéril y viuda, desierta y cautiva en el pueblo de los judíos, había dejado de tener hi-

jos, por mucho tiempo no había parido. Después de Ageo y Zacarías y Malaquías, no había visto a otros profetas hasta Juan el Bautista; ¿y cómo yo, que había estado sola y privada del auxilio de un varón, he comenzado ahora a tener tantos hijos? Pero para que sepamos que sobre la roca y el fundamento de Cristo se edifica Sion de ambos pueblos, Pablo habla a los creyentes: «Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra angular el mismo Jesucristo» (Ef. 2, 20). De lo cual es manifiesto que uno solo es el fundamento de los apóstoles y profetas, nuestro Señor Jesucristo.

(Vers. 22, 23.) Esto dice el Señor Dios: He aquí que alzo a las gentes mi mano, y a los pueblos exaltaré mi signo: y traerán a tus hijos en brazos, y a tus hijas sobre los hombros llevarán. Y serán los reyes tus nutricios, y las reinas tus nodrizas. Con el rostro inclinado a tierra te adorarán, y el polvo de tus pies lamerán: y sabrás que yo soy el Señor, sobre el cual no serán confundidos los que lo esperan.

LXX: Así dijo el Señor Dios: He aquí que elevo sobre las gentes mi mano, y sobre las islas alzaré mi signo, y traerán a tus hijos en el seno, y a tus hijas en los hombros llevarán. Y serán los reyes tus nutricios: y las princesas tus nodrizas: sobre la faz de la tierra te adorarán, y el polvo de tus pies lamerán; y sabrás que yo soy el Señor, y no serán confundidos los que me esperan.

A lo que la Iglesia había dicho: «Yo era estéril y cautiva, ¿quién me engendró a estos? Yo estaba destituida y sola, ¿y estos dónde estaban?», res-

pondió el Señor: ¿Te maravillas de por qué se ha hecho esto? De ninguna manera te maravillarás cuando oigas que yo he alzado mi mano hacia las gentes. De la cual también habla el Santo: «Tú me formaste y pusiste sobre mí tu mano» (Sal. 138, 5). Y el mismo Salvador: «Nadie puede arrebatar de la mano de mi Padre» (Jn. 10, 29). Y el Apóstol Pedro: «Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que os exalte en el tiempo de la visitación» (1 Pe. 5, 6). Esta mano alzada hacia las gentes es la misma de la que habla aquí este mismo Profeta: «Habrá una raíz de Jesé, que se levantará para ser príncipe de las gentes: en él esperarán las gentes» (Is. 11, 10). Y no solo alzará su mano hacia las gentes, sino que también exaltará su signo en los pueblos. Sin duda el estandarte de la cruz, para que se cumpla lo que está escrito: «De sus alabanzas está llena la tierra». Y de nuevo: «En toda la tierra es admirable tu nombre» (Sal. 8, 1). Entonces traerán en brazos, o en el seno, a los hijos de Sion, y a sus hijas llevarán sobre los hombros. Tal como fue Lázaro y todos los santos que descansan en el seno de Abraham (Lc. 16), y las almas de los creyentes a las que el Apóstol Pablo hablaba: «Con leche os alimenté» (1 Cor. 3, 2). Y en otra parte: «Hijitos míos, a quienes de nuevo vuelvo a parir, hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gál. 4, 19). Y en otro lugar: «Como una nodriza fomenta a sus hijos: así, deseándoos, queremos impartiros no solo el Evangelio de Cristo, sino también nuestras almas» (1 Tes. 2, 7-8). De otro modo es ridículo, al modo judaico, que hijos e hijas ya mayores sean llevados

en brazos y hombros. Pero los reyes nutricios y las reinas y princesas nodrizas muestran manifiestamente a los Apóstoles y a los varones apostólicos: tal como fue Abraham, a quien se le dice: «Rey de parte de Dios eres tú entre nosotros» (Gén. 23, 6); y aquellos cuyo corazón está en la mano de Dios (Prov. 21), que dicen a los creyentes: «Como niños recién nacidos, razonables y sin engaño, desead la leche» (1 Pe. 2, 2). Príncipe también, esto es, *archousa*, que es lo que suena el nombre de Sara: y reinas, o reina, de la cual en el salmo cuarenta y cuatro se canta: «Estuvo la reina a tu derecha con vestido de oro», diariamente nutre a los párvulos de Cristo y los conduce a la edad perfecta: y toda edad, sexo y dignidad adorarán a Sion por causa de aquel que habita en ella. Pues si la cabeza de la Iglesia es Cristo, la cabeza es adorada en el cuerpo. Y si a algunos se les dice: «Exaltad al Señor Dios nuestro y adorad el escabel de sus pies» (no porque el escabel deba ser adorado, sino porque se indica la majestad de sus pies), ¿por qué no ha de ser adorada la Iglesia que abraza a todo el cuerpo de Cristo, para que se cumpla lo que está escrito en Sofonías: «Lo adorarán cada uno desde su lugar: todas las islas de las gentes» (Sof. 2, 11), para que de ninguna manera al modo judaico vengan tres veces al año a Jerusalén, sino que adorando al Señor en su propio lugar, posean Jerusalén? Y lo que sigue: «y lamerán el polvo de tus pies», esto significa que los reyes y príncipes, todo lo que en los pies de la Iglesia haya quedado adherido de obra terrenal, lo limpien y lo laman con su discurso. De donde también se les manda

a los Apóstoles que sacudan el polvo de sus pies. Y a Pedro se le dice que el que una vez ha sido lavado no tiene necesidad sino de lavarse los pies (Mt. 10; Jn. 13). Por todo lo cual aprende la Iglesia que no hay otro Señor fuera de él, a quien los que hayan esperado poseerán la gloria eterna.

(Vers. 24 ss.) ¿Acaso se le quitará la presa al fuerte? ¿o podrá estar a salvo lo que fue capturado por el robusto? Porque así dice el Señor: Ciertamente también la cautividad le será quitada al fuerte: y lo que fue arrebatado por el robusto será salvado. A los que te juzgaron, yo los juzgaré: y a tus hijos yo los salvaré. Y alimentaré a tus enemigos con sus propias carnes, y con su propia sangre se embriagarán como con mosto: y sabrá toda carne que yo soy el Señor que te salva, y tu redentor el fuerte de Jacob.

LXX: ¿Acaso tomará alguien despojos de un gigante? Y si alguien llevara cautivo injustamente, ¿será salvado? Así dice el Señor: Si alguien tomara a un gigante, recibirá despojos, y tomando del fuerte será salvado. Yo, en cambio, juzgaré mi juicio. Y yo libraré a mis hijos, y comerán los que te atribularon sus propias carnes, y beberán como vino nuevo su propia sangre, y se embriagarán: y sabrá toda carne que yo soy el Señor que te libró, y el auxilio de la fortaleza de Jacob.

Nuestro Señor y Salvador, que antes había hablado por medio de Isaías, repite en el Evangelio el mismo sentido: «¿Cómo puede alguien entrar en la casa de un fuerte y saquear sus vasos, si primero no ata al fuerte, y entonces saqueará su casa?» (Mc. 3, 27). El fuerte y el gigante es el

diablo, que había subyugado a todas las gentes a su imperio, atreviéndose a decir al Salvador: «Todas estas cosas me han sido entregadas, y te las daré si, postrándote, me adorares» (Mt. 4, 9). Pues el mundo está puesto en el maligno (1 Jn. 5), al cual ninguno de los justos pudo vencer; ni, según Amós, arrebatar la presa de la boca del león (Am. 3). Propuesta, pues, la cuestión de que nadie puede vencer al fuerte y al gigante, ni salvar lo que de él había sido arrebatado, respondió el Señor que todo se llevaría a cabo por su advenimiento: a saber, que las gentes antes capturadas por el gigante le serían quitadas, y todo su ajuar y toda su familia sería distribuida entre los apóstoles. Cumpliéndose aquello que está escrito: «El Rey de las virtudes del amado, y de la belleza de la casa para dividir los despojos». Pues él es quien, «subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres» (Sal. 67, 13, 19; Ef. 4): a saber, a aquellos que antes habían sido capturados para la muerte, los recibió para la vida. De donde Símaco interpretó más claramente: «Pero también la cautividad del fuerte será quitada, y la rapiña del horrible será salvada». Queriendo que se entienda por el fuerte y horrible al diablo, que fue vencido por la virtud del Señor. Por tanto, el Señor, juzgando a los que habían oprimido a Sion, o juzgando su juicio, librará a los hijos de ella que habían sido capturados por el gigante, y los salvará, y alimentará a las potencias adversarias con sus propias carnes, y las embriagará como con mosto, para que de ninguna manera se sacien con la muerte de otros, sino con su propia muerte. Y

los que son carne, porque perdieron el espíritu de Dios, aliméntense de sus propias carnes. Lo cual también habla el Santo en los Salmos: «Cuando se acercaban a mí los que me afligían para comer mis carnes» (Sal. 26, 2). Pues no se come el espíritu, que es incorpóreo, sino la carne, expuesta a las mordeduras de las fieras. Y entonces dirá Sion: más aún, toda carne verá la salvación de Dios, que el Redentor y Salvador de ella es aquel que luchó con Jacob, o fue el auxiliador de la virtud de Jacob; para que, elevado en su pasión, bendijera a los que lo crucificaban: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc. 23, 34).

(Cap. L.---Vers. 1.) Esto dice el Señor: ¿Cuál es este libelo de repudio de vuestra madre, con el que la despedí? ¿O quién es mi acreedor, al que os vendí? He aquí que en vuestras iniquidades habéis sido vendidos, y en vuestras maldades despedí a vuestra madre. Porque vine, y no había varón: llamé, y no había quien oyera.

LXX: Así dice el Señor: ¿Cuál es el libelo de repudio de vuestra madre, con el que la despedí? ¿O a qué acreedor y exactor mío os vendí? He aquí que por vuestros pecados habéis sido vendidos, y en vuestras iniquidades despedí a vuestra madre, porque vine, y no había hombre: llamé, y no había quien obedeciera.

Después de la vocación de las gentes, y de los reyes y príncipes nutricios y nodrizas, y de la cautividad del antes fuerte y robusto, cuya presa fue distribuida a los apóstoles, y después de la locura de los demonios, que se saciaron de sus propias carnes y se embriagaron de su

propia sangre: cuando toda carne conoció que el Redentor y el fuerte era él mismo el Dios de Jacob, habla al pueblo de los judíos sobre Sion, que antes había dicho: «Me abandonó el Señor, y el Señor se olvidó de mí». ¿Pensáis que por mi dureza vuestra madre, la Jerusalén terrenal, ha sido arrojada, y que yo, de mente rígida, le di un libelo de repudio, y no más bien entendéis, lo cual es verdad, que ella se apartó de mí por su propio vicio? Pues diciéndole yo a ella: «Cesad de obrar inicuamente, aprended a hacer el bien», no me quiso oír; sino que volvió contra mí la espalda esquiva: por lo cual hablé a sus hijos: «¡Ay de ellos, porque se apartaron de mí!». Manifiestos son los que actuaron impíamente contra mí. Y a ella misma: «Te enseñará tu propio apartamiento, y tu malicia te corregirá; y sabrás que es cosa mala para ti el que me hayas dejado». Pero quizá no podéis mostrar el libelo de repudio, ¿y algún acreedor mío, exigiendo dinero, no teniendo yo qué pagar, os recibió en compensación de la deuda? No es así: sino que yo os mostraré por qué abandoné a la madre con los hijos. Vuestros crímenes y pecados os vendieron a los demonios, para que, enredados en los placeres del presente siglo, vosotros abandonarais a la madre y ella a su esposo. Por lo cual no pude retener más a vuestra madre adúltera, sino que le permití marcharse, pues quería irse. Pero que cada uno es vendido por sus propios pecados, mientras que dejados a nuestro propio arbitrio somos llevados por nuestra voluntad, sea al bien o sea al mal, también lo enseña el apóstol Pablo: «Yo, en cambio, soy

carnal, vendido bajo el pecado» (Rom. 7, 14). Pues «el que hace el pecado, siervo es del pecado» (Jn. 8, 34). Y como los avaros y los rapaces son siervos de Mammón, así todo pecado domina a los pecadores. A los que se les dice: «No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal» (Rom. 6, 12). Pero para que sepáis que vuestra madre no fue repudiada por mí, sino que se apartó por propia voluntad, después de muchos beneficios asumí un cuerpo humano, y hablé no ya por los profetas, sino estando yo presente. «Vine, y no había varón», o «humano». Pues todos, dejando la imagen de varón y de hombre, tomaron las imágenes de las bestias y de las serpientes. Por lo cual también se dice a Herodes por su malicia: «Id y decid a esa zorra» (Lc. 13, 32). Y a los fariseos: «Generaciones de víboras» (Mt. 23, 33). Y a los libidinosos: «Caballos enloquecidos por las hembras se han vuelto» (Jer. 5, 8). Y sobre los voluptuosos: «No echéis vuestras margaritas ante los puercos». Y a los impudentes: «Ni deis lo santo a los perros» (Mt. 7, 6). Y en común de todos: «Visión de los cuadrúpedos que estaban en el desierto» (Is. 30). Vino, pues, el Señor y no encontró a un hombre. Pues el hombre, cuando estaba en honor, no entendió: fue comparado a los jumentos insipientes y se hizo semejante a ellos (Sal. 48, 13). «Llamé», dice, a ellos como a un animal racional, y dije: «Inclinad vuestro oído a las palabras de mi boca» (Sal. 77), y mi pueblo no oyó mi voz. Clamé y dije: «El que tenga sed, venga a mí y beba» (Jn. 7, 37). Y en otro lugar: «Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados» (Mt. 11, 28). Y «no había quien

oyera»; por lo cual les hablé en el Evangelio: «Ni habéis visto la forma de Dios, ni habéis oído su voz, porque no tenéis su palabra permaneciendo en vosotros» (Jn. 5, 37-38).

(Vers. 2.) ¿Acaso se ha abreviado y se ha hecho pequeña mi mano, que no pueda [Vulg. que yo no pueda] redimir? ¿O no hay en mí virtud para librar? He aquí que en mi reprensión haré del mar un desierto, pondré los ríos en seco: se pudrirán los peces sin agua, morirán de sed. Vestiré los cielos de tinieblas, y pondré saco por cobertura de ellos.

LXX: ¿Acaso no puede mi mano librar, o no prevalece para rescatar? He aquí que por mi conminación haré del mar un desierto, y pondré los ríos desiertos, y se secarán sus peces: por cuanto no habrá agua, y morirán de sed. Y vestiré el cielo de tinieblas, y como un cilicio pondré su cobertura.

Contra aquellos que pensaban que el Señor no habría podido librar a su pueblo de la cautividad, expone la razón y ejemplos plenísimos. Pues quien hizo el mar Rojo transitable para su pueblo (Éxod. 14), secó las corrientes del Jordán, y al secarse los ríos en Egipto, convirtió los peces en putrefacción (Éxod. 7). Y quien por tres días en Egipto hizo que las tinieblas fueran palpables, de modo que el cielo parecía como cubierto de saco y de tinieblas: ciertamente habría podido también librar a su pueblo del peligro. O porque arriba había dicho: «Vine, y no había hombre: llamé, y no había quien oyera», podemos decir esto, que quien es el autor de tan grandes señales, y hace

que el cielo y las tierras y los mares sirvan a su voluntad, también él mismo habría podido evitar la cruz, diciendo en el Evangelio: «¿Pensáis que no puedo rogar a mi Padre, para que me dé ahora mismo más de doce legiones de ángeles?» (Mt. 26, 53).

Según la anagogía, ante la reprensión del Señor el mar se hace desierto, cuando toda la amargura de este siglo se seca, y los ríos son desolados, de los cuales el dragón espiritual decía en Egipto: «Míos son los ríos, y yo los hice» (Ez. 29, 9). Y de los cuales leemos en otro lugar: «¿Qué tienes tú que ver con el camino de los asirios, para que bebas las aguas de los ríos?» (Jer. 2, 18). También los peces, echada la red en el mar, se pudrirán, aquellos que hayan sido separados de los peces buenos. Y lo que sigue: «Vestiré el cielo de tinieblas, y como un cilicio será su cobertura», entendamos por cielo o bien todo lo que está sobre nosotros, así como las volátiles que están en el aire son llamadas celestiales; y se dice que las potestades adversas son celestiales, las cuales discurren entre el cielo y la tierra. O ciertamente se viste el cielo de tinieblas cuando se cubre de nubes. Según aquello que está escrito: «El que cubre el cielo con nubes, y da la lluvia a la tierra» (Sal. 146, 8). Y en la conminación de la sequía habla Dios: «Pondré el cielo de bronce, y la tierra de hierro» (Deut. 28, 23). No porque la naturaleza de los elementos cambie, sino porque a través del bronce y el hierro se muestra la magnitud de las penas. Dicen los filósofos que las nubes no se elevan en lo alto más de diez estadios desde la

tierra, y ocultan el esplendor del sol. Por tanto, no es el cielo el que se envuelve en saco, sino que, interceptada la luz del cielo, el aire que está debajo se oscurece por las tinieblas de la nube. Podemos interpretar los cielos envueltos en tinieblas, y cubiertos de saco, de tal modo que decimos que todos están bajo el pecado, y que también los santos necesitan la misericordia de Dios.

Libro D

ECIMOCUARTO.

El Señor, que mira la tierra y la hace temblar; que toca los montes, y humearán (Sal. 103, 32); que habla en el cántico del Deuteronomio: «Yo mataré y yo haré vivir: heriré y yo sanaré» (Deut. 32, 39); con frecuentes enfermedades hizo estremecer también a mi tierra, a la cual se dijo: «Tierra eres y a la tierra irás» (Gén. 3, 19). And olvidada la condición humana, me advierte frecuentemente para que me reconozca como hombre y anciano, y que ya mismo voy a morir. De quien está escrito: «¿De qué se gloría la tierra y la ceniza?» (Ecli. 10, 9). Por lo cual, aquel que me había herido con súbito desfallecimiento, me sanó con increíble velocidad: para que más bien me aterrara que me afligiera, y me enmendara más que me azotara. Así pues, sabiendo de quién es todo lo que vivo, y que por eso quizá se difiere mi sueño, para que complete la obra comenzada en los profetas, me entrego totalmente a este estudio, y constituido como en una especie de atalaya, contemplo los torbellinos y naufragios de este mundo, no sin gemido y dolor; no pensando en absoluto en las cosas presentes, sino en las futuras: ni temblando por la fama y los rumores de los hombres, sino por el juicio de Dios. Y tú,

Eustoquio, virgen de Cristo, que ayudaste al enfermo con tus oraciones, implora también para el sanado la gracia de Cristo, para que por el mismo espíritu con que los profetas cantaron las cosas futuras, pueda yo entrar en su nube y calígine, y conocer la palabra de Dios, que no se oye en absoluto con los oídos de la carne, sino con los del corazón; y decir con el profeta: «El Señor me da lengua de disciplina, para que sepa cuándo me conviene hablar». Testimonio que es el principio del decimocuarto libro sobre Isaías, que ahora deseo disertar.

(Cap. L.---Vers. 4 ss.) El Señor me dio lengua erudita, para que sepa sustentar con la palabra al que está cansado. Despierta de mañana, de mañana despierta mi oído, para que oiga como un maestro. El Señor Dios abrió mi oído: y yo no contradigo: no me volví atrás. Di mi cuerpo a los que me herían, y mis mejillas a los que me arrancaban la barba. No aparté mi rostro de los que me reprendían y me escupían. El Señor Dios [Vulg. añade mío] es mi ayudador, por tanto no fui confundido: por eso puse mi rostro como una piedra durísima, y sé que no seré confundido.

LXX: El Señor me da lengua de disciplina, para que sepa cuándo me conviene hablar una palabra. Me puso de mañana, me añadió un oído para oír; y la disciplina del Señor abre mis oídos. Y yo no rehúso, ni contradigo. Di mi espalda a los azotes, y mis mejillas a las bofetadas. And no aparté mi rostro de la confusión de los salivazos. Y el Señor es mi ayudador, por eso no fui confun-

dido: sino que puse mi rostro como una piedra fortísima, y sabré que no seré confundido.

Los judíos, separando este capítulo de los anteriores, quieren referirlo a la persona de Isaías, diciendo que él recibió la palabra del Señor sobre cómo sustentar al pueblo cansado y errante, y revocarlo a la salud; y que a la manera de los párvulos, que son instruidos en las horas matutinas, oiga del Espíritu Santo lo que deba hablar: y que él no contradijo a su mandato, sino que, preguntando el Señor: «¿A quién enviaré, y quién irá a este pueblo?», le respondió: «Heme aquí, envíame a mí» (Is. 6, 8). Y porque dijo: «Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma; escuchad la Ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra» (Is. 1, 10), padeció cosas tan duras que fue expuesto no solo a las contumelias de las palabras, sino también a los dolores de los azotes. Sin embargo, por la conciencia de Dios que mandaba, de ningún modo se aterrorizó; sino que, según lo que se dice a Ezequiel: «He aquí que he dado tu rostro más valiente que los rostros de ellos, y tu frente más dura que las frentes de ellos, como diamante y pedernal he dado tu rostro» (Ez. 3, 8-9), embotó todos los ímpetus de ellos. Esto digan ellos, que por toda razón intentan destruir las profecías sobre Cristo, y torcerlas con una interpretación depravada hacia un entendimiento perverso: como si, aunque estas cosas estuvieran escritas sobre Isaías, pudieran quitar otros testimonios sobre Cristo, que son tan perspicuos que infunden una luz clara de sí mismos ante los ojos de todos.

A la persona del Señor, por tanto, en la cual también terminó el libro anterior, deben referirse también estas cosas: que según la dispensación del cuerpo asumido fue instruido, y recibió la lengua de la disciplina, para que supiera cuándo debía hablar y cuándo callar. En fin, aquel que calló en la pasión, habla ahora en todo el orbe a través de los apóstoles y varones apostólicos. Y es de gran ciencia dar a su tiempo el alimento a los consiervos, y considerar las personas de los oyentes. Por lo cual también el apóstol Pablo, a aquellos que no recibían la fe de los profetas, les habla con los testimonios de sus propios autores: «como dijeron algunos de vuestros poetas: De su linaje somos» (Hech. 17, 28): refiriéndose a Arato. Y de nuevo de un cómico: «Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres» (1 Cor. 15, 33); y el verso hexámetro de Epiménides: «Cretenses siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos» (Tit. 1, 12). Los cuales, si no conservan el orden y la medida de los metros en la traducción, debe saberse que en griego corren con pies métricos. Y esto lo hacía porque había recibido la lengua de la disciplina, para que supiera cuándo convenía hablar la palabra. A quien le fue añadido el oído por la gracia, que no tenía por naturaleza: para que entendamos que de ningún modo deben tomarse los oídos del cuerpo, sino los de la mente: de los cuales también hablaba el Señor en el Evangelio: «El que tiene oídos para oír, que oiga» (Lc. 8, 8). Disciplina y erudición que abrieron sus oídos para que transmitiera hasta nosotros la ciencia del Padre; el cual no le

contradijo, sino que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. 2). De modo que entregó su cuerpo o su espalda a los azotes; y los azotes golpearon el pecho capaz de Dios, y no apartó sus mejillas de las bofetadas. Que él sufrió esto del ministro del príncipe de los sacerdotes no hay duda: de modo que a porfía también los pueblos de los judíos se burlaban. El cual, herido y escupido, no se avergonzó, sino que fue llevado como cordero a la víctima; y como oveja ante el trasquilador no abrió su boca. Y que el Hijo, según el sacramento del cuerpo asumido, oyera del Padre lo que debía hablar, lo aprendemos más plenamente en el Evangelio, en el cual él mismo dice: «Y el Padre que me envió, él me dio mandato de qué decir y qué hablar». Y otra vez: «Según oigo, así juzgo» (Jn. 12, 49; 5, 30).

(Vers. 8, 9.) Cerca está el que me justifica: ¿quién me contradice [Vulg. contradiceerá]? estemos juntos. ¿Quién es mi adversario? acérquese a mí. He aquí que el Señor Dios es mi ayudador: ¿quién es el que me condene? He aquí que todos como un vestido serán consumidos, la tiña los comerá.

LXX: El que está cerca me justifica: ¿quién es el que sea juzgado conmigo?, ¡resístame a la vez! ¿And quién es el que entre en juicio contra mí? acérquese a mí. He aquí que el Señor es mi ayudador, ¿quién me afligirá? He aquí que todos vosotros envejeceréis como un vestido, y como la tiña os comerá.

Si alguno, dice, piensa que yo he sido justamente entregado a la cruz y que he cometido

algún pecado, resístame. «¿Quién es el que sea juzgado conmigo?», para que sea superado no por la potencia de mi majestad, sino por la razón. Pues alguien es juzgado con el Señor no por la autoridad del que reina, sino por la comparación de las virtudes: como también los apóstoles juzgan a las doce tribus de Israel, y los ninivitas y la reina de Saba al pueblo de los judíos. Según este sentido se le dice a Jerusalén: «Sodoma ha sido justificada por ti» (Ez. 16, 52). Puesto que, por tanto, nadie puede ser justificado ante la presencia del Señor, todos envejecerán como un vestido (Sal. 101, 27). Pero lo que envejece está próximo a la perdición. Y como «tiña», dice, «los comerá». A saber, la conciencia de los pecados; y el celo de las naciones salvadas. De lo cual se dice al final de este volumen: «El gusano de ellos no morirá» (Is. 66, 24). Y en Miqueas contra los príncipes perversos: «Quitaré sus bienes como tiña que devora, y que camina sobre la regla en el día de la observación» (Miq. 7, 4, según los LXX). Y en los Proverbios: «Tiña de los huesos es el corazón inteligente» (Prov. 14, 30, según los LXX). En lugar de «tiña», en el presente lugar Símaco interpretó «herrumbre», y Aquila «gusano».

(Vers. 10, 11.) ¿Quién de vosotros teme al Señor, oyendo la voz de su siervo? El que caminó en tinieblas, y no tiene luz para él: espere en el nombre del Señor, y apóyese sobre su Dios.

LXX: ¿Quién hay entre vosotros que tema al Señor, escuche la voz de su niño: los que caminan en tinieblas no tienen luz. Confiad en el nombre del Señor, y apoyaos sobre Dios.

Vosotros me azotasteis, vosotros escupisteis mi rostro: yo, sin embargo, provoco a la penitencia a mis perseguidores. Pues no quiero la muerte del pueblo pecador, sino solo que se convierta y viva (Ez. 33, 11). Y digo: ¿quién hay entre vosotros que tema al Señor, y oiga la voz de su siervo o niño, esto es, de su Hijo? De los cuales una cosa es de la carne asumida, otra de la naturaleza. Y no pensemos en verdad que sea poca cosa temer al Señor, según aquello que se dice en los Proverbios: «Principio de la sabiduría es el temor del Señor» (Prov. 9, 10). Pues la perfecta caridad echa fuera el temor: porque el temor tiene pena. Pero el que teme no es perfecto en la caridad (1 Jn. 4, 18). Pero aquí el temor se pone por timidez y eulabeia (piedad/reverencia); de lo cual también leemos en otra parte: «Bienaventurado el que todo lo teme» (Prov. 28, 14), por la eulabeia, esto es, por la timidez: a los cuales vulgarmente llaman timoratos en la religión de Dios. Pues el Señor protege el camino de ellos; y custodia la vía de los timoratos. De este temor está escrito: «El temor del Señor todo lo supera». Y en otra parte: «No hay penuria para los que le temen» (Ecli. 25, 11; Sal. 33, 10). En fin, después de muchos grados de virtudes se llega a esta clase de temor del Señor. Pues habla el sermón divino bajo la persona del maestro y del padre, que instruye al discípulo y al hijo: «Si invocares a la sabiduría, y dieres tu voz a la inteligencia, y si la buscares como al dinero, y como a tesoros la investigares: entonces entenderás el temor del Señor, y hallarás la ciencia de Dios» (Prov. 2, 3-5). Este es el temor que conser-

va las almas de los santos íntegras, pudorosas y puras, del cual se dice: «El santo temor del Señor permanece por los siglos de los siglos» (Sal. 18, 10). Al cual nos exhortan las divinas palabras: «Temed al Señor, y dadle gloria» (Apoc. 14, 7). El que, por tanto, así teme al Señor, oiga la voz de su siervo o niño, que caminó en tinieblas, y no tenía luz; que no tuvo belleza ni gloria, sino que en semejanza de carne de pecado tomó la forma de siervo, para que venciera al pecado en la carne. De este se dice que «espere en el nombre del Señor, y se apoye sobre su Dios»: para que todo lo que es de la fragilidad humana, lo corrobore y sustente con la majestad divina. Esto según el hebreo. Por lo demás, según los Setenta se dice de los pecadores, que no quisieron obedecer a la voz de su Hijo, y caminan en las tinieblas del error, y por eso no tienen luz. Pues no podía ser que la sabiduría entrara en un alma perversa. Los que no conocieron ni entendieron; y por eso caminan en tinieblas. Pues no hicieron las obras y mandatos del Señor, ni sembraron para sí la justicia, ni vendimiaron la vid, para que encendieran para sí la luz de la ciencia. Pues el que desea la sabiduría, guarde los mandatos, y el Señor se la otorgará. Por lo cual también se le dice a Dios: «Luz son tus preceptos». Y en otra parte: «El mandato del Señor es lúcido, iluminando los ojos» (Sal. 18, 9). Y se prescribe a los impíos que confíen en el Señor, y cayendo por sus pecados, se apoyen y sean sustentados por su auxilio.

(Vers. 11.) He aquí que todos vosotros los que encendéis fuego, ceñidos de llamas, caminad en

la luz de vuestro fuego, y en las llamas que encendisteis: de mi mano os ha sido hecho esto, en dolores dormiréis.

LXX: He aquí que todos vosotros encendéis fuego, y fortalecéis la llama; caminad en la luz de vuestro fuego, y en la llama que encendisteis; por causa de mí os han sido hechas estas cosas. En la tristeza dormiréis.

Nada aprovecha la exhortación; ni hay esperanza de salud tras los crímenes. Todos se extraviaron, a una se hicieron inútiles (Sal. 13, 3); todos encienden para sí un fuego, y fortalecen la llama. Pues tienen en sí heno, leña, paja, espinas y abrojos, y cizaña, que han de ser entregados al incendio eterno. Por lo cual también en los Proverbios está escrito: «En mucha leña medra el fuego» (Prov. 26, 21). Pues si un fuego pequeño prende en gran materia, ¿cuánto devastará una gran llama? Se dice también en la epístola que se dirige a los Hebreos, sobre la tierra que, produciendo espinas y abrojos, es reprobada y está próxima a la maldición, y cuyo fin es ser quemada (Heb. 6, 8). Por tanto, los que están ceñidos y rodeados de llamas, y han fortalecido para sí el incendio, son provocados a la salud, y se les dice: «Caminad en la luz de vuestro fuego: y en las llamas que encendisteis», para que en las penas y suplicios aprendan la potencia de Dios, y vuelvan a la salud. Significa, por otro lado, la devastación del pueblo judaico, por la cual fueron entregados a los romanos, y sostienen hasta ahora el yugo de la cautividad. Pues de mano de Cristo se han hecho todas estas cosas, y en la tristeza y en los dolores

dormirán; porque ni por los beneficios, ni por los tormentos, quisieron recibir al Hijo de Dios. Por lo cual les habla: «Id al fuego eterno, que Dios preparó para el diablo y sus ángeles» (Mt. 25, 41). Esto es lo que también dice el apóstol: «Pues llegó sobre vosotros la ira hasta el fin» (1 Tes. 2, 16). En este capítulo aprendemos que, según la calidad del pecado, cada uno enciende para sí un fuego. Y como permaneciendo en el mismo lugar, y si se puede decir, en el mismo lecho, unos están sanos, otros se encienden con los ardores de las fiebres, sintiendo diversos suplicios por la diversidad de los humores y de la pituita: así el fuego que es encendido por los pecadores tiene su materia en los pecados y en la iniquidad, de la cual está escrito: «Arderá como fuego la iniquidad, y como hierba seca será devorada por el incendio» (Is. 9, 18).

(Cap. LI.---Vers. 1 ss.) Oídme, los que seguís lo que es justo y buscáis al Señor. Mirad a la piedra de donde fuisteis cortados, y a la caverna del lago de donde fuisteis arrancados. Mirad a Abraham vuestro padre, y a Sara que os dio a luz: porque lo llamé a él solo, y lo bendije, y lo multipliqué. Consolará, pues, el Señor a Sion, y consolará todas sus ruinas, y pondrá su desierto como delicias, y su soledad como huerto del Señor. Gozo y alegría se hallará en ella, acción de gracias y voz de alabanza.

LXX: Oíd los que seguís lo que es justo y buscáis al Señor. Mirad a la piedra robusta que cortasteis, y a la fosa del lago que cavasteis. Mirad a Abraham vuestro padre, y a Sara que os dio a luz, porque era uno y lo llamé, y lo bendije, y lo amé,

y lo multipliqué: y a ti ahora te consolaré, Sion. Y consolé todos sus desiertos como un paraíso, y las cosas que están al occidente, como el paraíso del Señor: exultación y alegría hallarán en ella, confesión y voz de alabanza.

Para los que duermen en la tristeza y el dolor perpetuo, que encendieron para sí un fuego y han hecho que las llamas sean robustísimas, vosotros los que seguís la justicia y buscáis al Señor (que significa el coro de los apóstoles y de los creyentes a través de los apóstoles), mirad a la piedra, esto es, a Abraham vuestro padre, de quien fuisteis cortados, y a la caverna del lago, de donde fuisteis arrancados, esto es, a Sara que os dio a luz. Y considerad esto, que cuando él era de ciento un años, y tenía una esposa estéril, multipliqué sus hijos como las estrellas del cielo, de modo que la multitud superaba el número. Si, pues, de un solo hombre han nacido tantos miles de pueblos, ¿qué cosa es grande para mí restaurar las ruinas de Sion, y cambiar sus desiertos en un paraíso de placer, y en el huerto del Señor que Dios plantó en el Edén hacia el Oriente: y que se halle en ella, en lugar de diversos árboles, el gozo y la alegría, la confesión y la voz de alabanza? Los judíos refieren esto a los tiempos de Zorobabel, porque tras la devastación de Babilonia fue instaurada Sion, edificado el Templo y devuelta la antigua religión. Pero como arriba (en el cap. 49, 22-23) se dice a Sion: «Traerán a tus hijos en los brazos, y a tus hijas sobre los hombros llevarán». Y serán reyes tus nutricios, y reinas tus nodrizas. Y: «He aquí que estos vendrán de lejos, y aquellos del

Aquilón y del mar, y estos de la tierra austral»; cuando dirá Sion: «Angosto es para mí el lugar: hazme espacio para que habite», cosas que excluyen la mediocridad de aquellos tiempos, ni se sabe que se hayan cumplido sobre la Jerusalén terrenal: así también aquí habla el Señor a los que siguen lo que es justo, según aquello que en otra parte se dice: «Busca la paz y síguela» (Sal. 33, 15); y de nuevo: «Siguiendo la hospitalidad» (Rom. 12, 13). Y buscan al Señor, para que de las cosas anteriores conjeture las presentes: puesto que ya se han hecho cosas mucho más difíciles, no duden que estas cosas que se prometen han de ser futuras. Por lo demás, según los LXX se dice a los perseguidores de la justicia que miren a la piedra robustísima que cortaron, y a la fosa del lago que cavaron, esto es, al Señor Salvador, de quien habla el apóstol: «Y la piedra era Cristo» (1 Cor. 10, 4). Y en otra parte está escrito: «Puso sobre piedra mis pies» (Sal. 39, 3). Y otra vez: «En la piedra me exaltó». Pues traspasaron su costado con la lanza, de donde salió sangre y agua, y cavaron sus manos y pies, diciendo el mismo Señor Salvador: «Cavaron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos» (Sal. 21, 17-18). Podemos decir que la piedra cortada es el sepulcro del Salvador, en el cual fue depositado, y resurgiendo de entre los muertos, engendró innumerables hijos. Y fue llamado Abraham, esto es, padre de muchas naciones. Así como Sara, antes estéril, se interpreta como la Iglesia, que por otro nombre es llamada Sion, a la cual el Señor consoló y puso sus desiertos como un paraíso. Pues muchos son

los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido. Y lo que se dice: «Y las cosas que están al occidente, las pondré en el paraíso del Señor», o «en el huerto de Dios», significa aquello de que para los que se sientan en las tinieblas y en la sombra de la muerte, ha surgido una luz repentina. Por paraíso, en cuyo lugar nosotros vertimos «delicias», en hebreo se pone EDÉN, de lo cual está escrito al principio del Génesis. Y esto debe notarse, que en Sion, que se compara al paraíso de Dios, no debe haber otra cosa sino gozo y alegría, confesión y voz de alabanza, para que lo que han de hacer en los cielos los santos con los ángeles de Dios, esto mismo mediten también en la tierra por la incesante alabanza al Señor.

(Vers. 4, 5.) Atended a mí, pueblo mío, y tribu mía, oídme: porque de mí saldrá la ley, y mi juicio descansará para luz de los pueblos. Cerca está mi justo, ha salido mi salvador: y mis brazos juzgarán a los pueblos. Las islas me esperarán, y mi brazo sostendrán.

LXX: Oídme, oídme, pueblo mío, y reyes, atended a mí: porque de mí saldrá la ley, y mi juicio para luz de las naciones. Se aproxima pronto mi justicia, y saldrá como luz mi salvación: y en mi brazo esperarán las naciones. Las islas me esperarán, y en mi brazo esperarán.

Una vez se dice en hebreo: «Atended»; la segunda vez, según los Setenta: «Oídme, oídme»; para enseñarnos que debemos oír tanto con los oídos del cuerpo como con el sentido del alma. Y se provoca a la multitud de las naciones, que es el pueblo de Dios, para que oiga diligentemente

lo que se dice, de lo cual dice Zacarías: «Muchas naciones —dice— se refugiarán en el Señor, y serán para él su pueblo» (Zac. 2, 11). O como algunos quieren, se llama «pueblo» a las reliquias de los creyentes de Israel; y «tribu», o «naciones», a estos que creyeron de la multitud de las naciones, diciendo Moisés a las naciones en el Cántico del Deuteronomio: «Alegraos, naciones, con su pueblo» (Dt. 32, 43). Por «tribu», que nosotros hemos interpretado, Teodoción tradujo «género» (genus); Símaco, «nación»; los LXX, «reyes». Pues nosotros somos tanto tribu como nación y género real y sacerdotal del Señor, cual fue también Abraham, que fue llamado rey, y los demás santos, de quienes está escrito: «No toquéis a mis ungidos» (Sal. 104, 15).

¿Qué es lo que se manda oír? «Porque la ley —dice— saldrá de mí, y mi juicio para luz de los pueblos», o «naciones». Aquí se muestra la ley espiritual del Evangelio, que saldrá de Sion; no la de Moisés, que antaño fue dada en el Sinaí; y mi juicio procederá para luz de las naciones, por el cual estableció y decretó que todas las naciones han de ser salvadas. Y para que tal vez no pensáramos que lo que prometió habría de venir después de mucho tiempo, añade: «Cerca está mi justo», o «justicia». Pues Cristo fue hecho para nosotros por el Padre sabiduría y redención (1 Cor. 1), santidad y justicia, y todos los nombres por los que se llama a la virtud. Y bellamente se dice que la justicia ha de proceder, para que de ningún modo una sola nación, sino todo el orbe sea salvado. Por lo demás, que el Salvador, o sa-

lud, que en hebreo se dice «Jesús», sea el nombre del Hijo de Dios que fue enviado por el Padre, lo dice Simeón sosteniendo al niño en sus brazos: «Ahora, Señor, despides a tu siervo, porque han visto mis ojos tu salvación, que preparaste a la vista de todos los pueblos, luz para revelación de las naciones» (Lc. 2, 29 ss.).

Y lo que sigue: «Y mis brazos juzgarán a los pueblos». O según los LXX: «Y en mi brazo esperarán las naciones», o bien significa esto, que todos son juzgados por su virtud, o que en Cristo, que es el brazo y la fortaleza de Dios, han de creer todas las naciones. Se dice también en otro lugar: «Tuyo es el brazo con potencia. Fortalézcase tu mano y ensálcese tu diestra» (Sal. 88, 14). Y de nuevo: «Cantad al Señor un cántico nuevo: su diestra y su brazo santo le darán la salvación» (Sal. 97, 1-2). Pues la diestra y el brazo del Señor es él mismo, quien salvó para sí a los que antes estaban perdidos, para que ninguno pereciera de aquellos que el Padre le había dado (Jn. 17). Por lo demás, que se llame «islas» o bien a las almas de los santos, que en las persecuciones de este mundo están solidificadas en Dios por una fe firme, o bien a la multitud de las Iglesias de las naciones, lo hemos expuesto frecuentemente. Y así como el brazo del Señor es el Salvador, así sus «brazos» que juzguen a los pueblos podemos entender que son todos los santos, en los cuales Dios juzgará al mundo.

(Vers. 6.) Levantad a los cielos vuestros ojos, y ved bajo la tierra abajo: porque los cielos como el humo se licuarán, y la tierra como un vestido se

desgastará: y sus habitantes morirán como estas cosas. Pero mi salvación será para siempre, y mi justicia no faltará.

LXX: Levantad al cielo vuestros ojos, e inspeccionad la tierra abajo, porque el cielo como el humo se ha afirmado. Pero la tierra como un vestido envejecerá, y sus habitantes morirán como estas cosas. Pero mi salvación será para siempre, y mi justicia no faltará.

Esto es lo que el Señor dice en el Evangelio: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt. 24, 35). And David sings in the psalm: "In the beginning thou, O Lord, didst found the earth, and the heavens are the works of thy hands. Ellos perecerán, pero tú permaneces, y todos como un vestido envejecerán; y como un manto los envolverás, y serán cambiados» (Sal. 101, 26). Por lo cual se muestra que la perdición de los cielos no suena a destrucción, sino a cambio para mejor. De los cuales se dice: «Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, que yo haré permanecer en mi presencia» (Apoc. 21, 2). Pues si de los santos está escrito: «Todos ciertamente dormiremos, pero no todos seremos inmutados» (1 Cor. 15, 51); y en cuatro títulos de los salmos se trata: «Por los que serán inmutados»; ¿cuánto más debe creerse esto del cielo, del sol y de las estrellas, cuando la luna reciba la luz del sol y el sol brille con un fulgor septuplo? Por lo cual también toda criatura gime y está de parto, esperando la revelation de los hijos de Dios, para ser cambiada para mejor (Rom. 8). Y no solo las almas de los hombres, que son inmortales, sino que también los cuerpos

se cambien en una sustancia glorificada. «Pues conviene que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad» (1 Cor. 15, 53).

Además, puesto que el cielo y la tierra envejecen, consecuentemente también las cosas que se contienen en el círculo del cielo, y los hombres, que son los habitantes de la tierra, morirán como estas cosas: no para su propia destrucción, sino para la abolición de la antigua vileza y la renovación de la gloria futura; cuando «los justos brillarán como el sol» (Mt. 13, 43); y al marcharse las cosas pasadas y antiguas, se hayan hecho todas las cosas nuevas. Algunos entienden perecer y envejecer como abolición y muerte. Según aquello que leemos en la Epístola Católica: «Los cielos que ahora son y la tierra, por la misma palabra están reservados para el fuego». Y de nuevo: «Los elementos ardientes se disolverán» (2 Pe. 3, 7). Lo cual ciertamente es también opinión de los filósofos del mundo, que todas las cosas que vemos han de perecer por el fuego. Por lo cual también el Apóstol: «Pasa —dice— la figura de este mundo, no contemplando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven. Pues las que se ven son temporales, pero las que no se ven, eternas» (1 Cor. 7, 31; 2 Cor. 4, 18). Algo parecido escribe también el apóstol Juan: «El mundo pasa, y su deseo» (1 Jn. 2, 17).

Y en el hebreo se dice: «Los cielos como el humo se licuarán». O según Aquila y Símaco: «serán triturados en nada», y se desgastarán y desvanecerán al modo de la sal, de los cuales el

primero dijo elysthesan (ἠλίσθησαν), el segundo alisousin (ἁλίσουσιν); lo cual es manifiesto que toma su etimología de la trituración y el desvanecimiento de la sal. Por lo cual me maravillo de lo que quisieron decir los Setenta: «el cielo como el humo se ha afirmado»: pues si la firmeza se toma por el vigor, ¿cómo se compara con el humo lo que es firme? A no ser que tal vez podamos decir esto, que toda la firmeza, vigor y fortaleza de los cielos se iguale al viento más vano y al humo, que se disuelve en los aires, según el Eclesiastés: «Vanidad de vanidades, y todo vanidad» (Ecl. 1, 2). Y debe decirse aquello de que, si el cielo y la tierra perecerán y envejecerán, por qué consecuencia sus habitantes morirían y perecerían como ellos, cuando sabemos que las almas son perpetuas y los cuerpos han de resucitar. Por lo cual es perspicuo que el cielo y la tierra no perecen ni se reducen a nada, sino que se cambian para mejor.

(Vers. 7, 8.) Oídme los que sabéis lo que es justo, pueblo mío: mi ley está en su corazón. No temáis el oprobio de los hombres, y de sus blasfemias no tengáis miedo. Pues como un vestido, así los comerá el gusano: y como la lana, así los devorará la tiña. Pero mi salvación será para siempre, y mi justicia por generaciones de generaciones.

LXX: Oídme los que sabéis el juicio, pueblo mío: cuya ley mía está en su corazón. No temáis el oprobio de los hombres, y por el desprecio de ellos no seáis vencidos. Pues como un vestido se consumirán por el tiempo, y como lana serán comidos por la tiña. Pero mi justicia será para

la eternidad, y mi salvación por generaciones de generaciones.

El que arriba había dicho: «De mí saldrá la ley, y mi juicio para luz de las naciones», ahora habla a los mismos que conocen su juicio y tienen su ley en sus corazones, para que hagan todas las cosas con juicio, y tengan la ley que el Señor promete por medio de Jeremías, diciendo (Jer. 31, 31 ss.): «Estableceré un pacto nuevo, no según el pacto que dispuse para sus padres; sino que estableceré un pacto, dando mis leyes en sus mentes, y sobre su corazón las escribiré; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo»; para que de ningún modo vivan según la letra, sino según el espíritu, instaurando la ley natural en sus corazones, de la cual escribe también el Apóstol: «Pues cuando las naciones, que no tienen ley, hacen por naturaleza las cosas que son de la ley, estos, no teniendo ley, son ley para sí mismos, que muestran la obra de la ley escrita en sus corazones» (Rom. 2, 14). De cuya ley se significa en el salmo: «La boca del justo meditará sabiduría, y su lengua hablará juicio. La ley de su Dios está en su corazón, y no serán suplantados sus pasos» (Sal. 35, 30-31). Y porque sabía el espíritu profético que habría muchas persecuciones para los creyentes, los exhorta a la fortaleza, más aún, al desprecio de aquellos que los han de perseguir. Lo cual también el Señor decía en el Evangelio: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; sino temed más bien a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en la gehenna» (Mt. 10, 28). Y en otro lugar: «Alegraos cuando digan todo mal contra

vosotros mintiendo» (ibid., 5, 11). Pues como un vestido es consumido por el gusano, o por el tiempo, y como la lana es devorada por la tiña, así todo el oprobio de los perseguidores pasará con los perseguidores. Por lo cual también los Apóstoles se gloriaban de haber sido tenidos por dignos de sufrir contumelias por el Señor (Hch. 5). Se gloriaban, además, porque la salvación y la justicia del Señor, que les había prometido la victoria y los premios, esto es, el Señor y Salvador, permanece para siempre, o en ambas generaciones del pueblo anterior y del posterior, que recibieron su venida, de quien también arriba se dice: «Cerca está mi justo, ha salido mi salvador».

(Vers. 9 ss.) Consurge, consurge; revístete de fortaleza, brazo del Señor. Consurge como en los días antiguos en las generaciones de los siglos. ¿Acaso no eres tú el que hirió al soberbio, el que vulneró al dragón? ¿Acaso no eres tú el que secó el mar, el agua del abismo vehemente, el que pusiste lo profundo del mar como camino para que pasaran los liberados? Y ahora los que han sido redimidos por el Señor, volverán y vendrán a Sion alabando; y habrá alegría sempiterna sobre sus cabezas: poseerán gozo y alegría, huirá el dolor y el gemido.

LXX: Levántate, levántate ÷ Jerusalén ** y revístete de la fortaleza de tu brazo. Levántate como al principio del día, como generación sempiterna. ¿No eres tú la que cortaste la latitud, la que disolviste al dragón? ¿No eres tú la que hiciste del mar un desierto, las muchas aguas del abismo; la que pusiste lo profundo del mar como camino

de tránsito para los que habían sido liberados y redimidos? Pues por el Señor serán reducidos, y vendrán a Sion con alegría y exultación eterna. Pues sobre su cabeza la alabanza y la alegría los aprehenderá. Huirá el dolor, el pesar y el gemido.

El nombre de «Jerusalén», que aquí han añadido los LXX, ni se tiene en el hebreo, ni ninguno de los tres intérpretes lo puso, por lo cual debe marcarse con un óbelo, y así debe unirse el capítulo siguiente con el sentido superior. El Señor había exhortado a los que creen en él, diciendo: «No temáis el oprobio de los hombres, y de sus blasfemias no tengáis miedo». Y les había prometido para su auxilio su salvación y justicia sempiterna, que no es otra sino Cristo, el brazo del Señor, de quien arriba había dicho: «Y en mi brazo esperarán las naciones». Por lo cual el pueblo habla al brazo del Señor, y suplica su venida, e implora el auxilio prometido diciendo: «Consurge, consurge: revístete de fortaleza, brazo del Señor». Consurge como en los días antiguos, y ejerce toda tu fortaleza, para que tú, que por muchos siglos has liberado a tus santos de los peligros, también a nosotros nos protejas con tu fortaleza. Tú eres, pues, el que hirió al soberbio, el que vulneró al dragón, a saber, al Faraón rey de Egipto, que también en Ezequiel es llamado gran dragón (Ez. 29). Tú secaste el Mar Rojo, para que a través de las aguas vehementísimas y de lo profundo del mar, tu pueblo encontrara un camino y huyera de los egipcios que lo perseguían. Tú, pues, que hiciste estas cosas: ahora también a los redimidos y liberados por tu sangre, redúcelos

a Sion, y a la Jerusalén celestial, o a la Iglesia que para ti preparaste con tu sangre: en la cual, cuando estén, gozarán de alegría sempiterna y dirán: «Señor, como con un escudo de tu buena voluntad nos coronaste» (Sal. 5, 13). Pues tendrán gozo y alegría, huyendo el dolor y el gemido. Esto según el hebreo.

Pero según los LXX, Jerusalén, esto es, el alma pecadora, es provocada para que se revista de la fortaleza de su brazo, y asuma las obras anteriores, tal como era antes de caer: cuando andaba en el día y en la luz. Tú eres, dice, la que superaste el camino ancho y espacioso que conduce a la muerte: y disipaste al dragón, la culebra tortuosa: de quien también en los Salmos se lee: «Tú quebrantaste las cabezas de los dragones en las aguas» (Sal. 73, 13). Acuérdate de tu fortaleza anterior, de que pisaste el mar de este mundo, y hiciste que fuera un desierto, y encontraste camino en medio de las fluctuaciones. Por lo cual también el apóstol Pedro pasó por el mar de este mundo hacia el Señor, y el que caminaba por la fe, comenzó a sumergirse por la infidelidad, sino que fue sostenido por la diestra del Señor. Así como, pues, la victoria anterior fue concedida con el auxilio del Señor: así también para los que regresan tras la penitencia y oyen: «¿Acaso el que caiga, no se levantará?, dice el Señor» (Jer. 8, 4). Y: «Convertíos a mí, hijos que os convertís, y yo sanaré vuestras contriciones» (ibid. 3), él mismo extenderá la mano y los reducirá a Sion, atalaya y cumbre de las virtudes, con gozo y alegría sempiterna, y pondrá en su cabeza la alabanza y la

alegría. Pues los ojos del sabio están en su cabeza; y tendrán esta corona, y serán protegidos por esta diadema, para que siempre se alegren y alaben al Señor, porque al dolor, al pesar y al gemido han sucedido los gozos.

(Vers. 12, 13.) Yo, yo mismo os consolaré. ¿Quién eres tú para haber temido al hombre mortal, y al hijo del hombre, que como el heno así se secará? Y te has olvidado de Dios tu hacedor, que extendió los cielos y fundó la tierra: y has tenido miedo continuamente todo el día ante la faz del furor de aquel que te atribulaba, y se había preparado para perderte. ¿Dónde está ahora el furor del que atribulaba? Pronto vendrá el que camina para abrir, y no matará hasta el exterminio, ni faltará su pan. Pues yo soy el Señor tu Dios, que conturbo el mar y se hinchan sus olas: Señor de los ejércitos es mi nombre. He puesto mis palabras en tu boca: y en la sombra de mi mano te he protegido, para que plantes los cielos y fundes la tierra, y digas a Sion: Pueblo mío eres tú.

LXX: Yo soy, yo soy el mismo que te consuelo. Sabe quién eras y has temido al hombre mortal, y al hijo del hombre, que como el heno se han secado, y te has olvidado de Dios tu hacedor: que hizo el cielo y fundó la tierra, y temías siempre todos los días la faz del furor del que te atribulaba, según pensó quitarte; y ahora, ¿dónde está el furor del que te atribulaba? Pues cuando hayas sido salvada, no se mantendrá ni permanecerá + y no matará para corrupción, y no faltará su pan ** porque yo soy tu Dios que conturbo el mar y hago sonar sus olas. Señor de los ejércitos es mi

nombre. Pondré mis palabras en tu boca, y en la sombra de mi mano te protegeré: en la cual establecí el cielo y fundé la tierra; y dirá Sion: pueblo mío eres tú.

El pueblo de los creyentes había suplicado al brazo del Señor, que es él mismo la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, para que se levantara y les prestara auxilio, y que con él luchando por los santos, poseyeran gozo y alegría, ahuyentados el dolor y el gemido. Así pues, o bien el brazo del Señor, o bien el Señor mismo respondió: «Yo soy, yo soy»; y de ningún modo por medio de los profetas, sino que yo mismo os consolaré: Dios de las misericordias y Padre de toda consolación. Y me maravillo de cómo, habiendo yo dicho arriba: «No temáis el oprobio de los hombres y de sus blasfemias no tengáis miedo», habéis temido la rabia de los perseguidores y no habéis sabido que son mortales, que a semejanza del heno se secan de repente y perecen. Y ciertamente en aquel tiempo en que los temías, te olvidaste del Señor tu hacedor. Pues si la memoria de mí siempre hubiera estado presente en tu corazón, nunca habrías temido a los hombres, que se han de disolver en ceniza. ¿Y de quién te olvidaste? De Dios que suspendió los cielos con una virtud increíble y fundó la tierra con una mole estable. And temiste a tus adversarios, no por un momento, lo cual podría concedérsete en alguna parte, sino continuamente y todo el día, de modo que teniendo la luz de la fe, te poseyeran las tinieblas del temor y de aquel que pensaba que habías de perecer. ¿Dónde está, pues, ahora la soberbia

de los perseguidores? ¿Dónde la potencia secular con la que ensañaban contra ti con boca rabiosa? Pronto vendrá mi hijo, caminando y conculcando a tus adversarios, para abrirte el camino de la victoria: o para abrir los infiernos, el cual no matará hasta el exterminio, sino que quiere salvar a los convertidos. Finalmente, el pan de aquel, que se interpreta —probándolo el Evangelio— como la doctrina, nunca faltará, sino que siempre estará patente para los que quieran comer. Y al mismo tiempo hace una apóstrofe al Hijo, a quien promete que vendrá pronto, y cuyo pan dice que es perpetuo: porque él mismo es, según la dispensación de la carne asumida, el Señor su Dios, que hace conturbar el mar e hinchar sus olas, para que contra sus siervos se infle la soberbia de los perseguidores, la cual de nuevo, con el auxilio del Señor, descanse. Y dice que ha puesto sus palabras en su boca. Pues todo lo que el Hijo habla son palabras del Padre, y lo protegió en la sombra de su mano. Y por eso fue protegido para que plante cielos nuevos y funde una tierra nueva, y diga a Sion, esto es, a la Iglesia: «Pueblo mío eres tú». Por tanto, Sion no es otra cosa sino el pueblo de Dios. Símaco, en aquel lugar donde nosotros dijimos: «Pronto vendrá el que camina para abrir, y no matará hasta el exterminio», lo interpretó así: «Pronto se abrirá el infierno, y no morirá en la corrupción», sobrentendiéndose Cristo, que habla en el salmo decimoquinto: «No dejarás mi alma en el infierno, ni darás a tu santo ver la corrupción». En aquel lugar donde nosotros, según el hebreo y Aquila, vertimos: «He puesto mis pa-

labras en tu boca, y en la sombra de mi mano te he protegido, para que plantes los cielos y fundes la tierra, y digas a Sion: pueblo mío eres tú», él tradujo así: «Pondré mis palabras en tu boca, y en la sombra de mi mano te protegeré, en la cual planté el cielo y fundé la tierra, y para que diga a Sion: pueblo mío eres tú».

Según los LXX, se dice a toda alma de los creyentes que, creada a imagen y semejanza de Dios, ignoró su propia dignidad; sino que temió al hombre y al hijo del hombre, que solo puede matar el cuerpo, y no supo que ella era inmortal, ni dijo con el profeta: «El Señor es mi iluminación y mi salvador, ¿a quién temeré? El Señor es el protector de mi vida, ¿de quién trepidaré?» (Sal. 26, 1-2). Y de nuevo: «El Señor es mi ayudador, no temeré qué me haga el hombre. El Señor es mi auxiliador, y yo despreciaré a mis enemigos» (Sal. 117, 6-7). Qué sea el hombre se demuestra por otro versículo: «En el Señor esperaré: no temeré qué me haga la carne» (Sal. 55, 5). Por lo cual ahora se dice: Temiste al hombre mortal y al hijo del hombre, que como el heno se han secado. Pues toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del heno (Is. 40), y aterrada por la potestad del juez, te olvidaste de que él mismo era tu protector, que hizo el cielo y la tierra, y todos los elementos que vemos; o aquellos cielos que llevan la imagen del supercelestial, y aquella tierra que multiplica la simiente del Señor. Pero aquello que arriba se dice: «Y no matará para corrupción, y no faltará su pan», se añadió de la edición de Teodoción desde el hebreo. Él mismo conturba el mar y hace sonar

sus olas, a quien también se canta en los Salmos: «Tú dominas la fortaleza del mar y mitigas la conmoción de sus olas» (Sal. 88, 10). En Jeremías también está escrito: «¿A mí no me temeréis?, dice el Señor, ¿y ante mi faz no trepidaréis?, que puse las arenas como término al mar, precepto sempiterno que no pasará» (Jer. 5, 22). Se turbaron los mares cuando la red del Señor extrajo la multitud de peces (Mt. 13). Y puso el Señor sus palabras en la boca del creyente, y en la sombra de mi mano lo protegió. El cual también habla en el Evangelio: «Cuando os entreguen, no penséis cómo o qué habléis; pues se os dará en aquella hora qué habléis. Pues no sois vosotros los que habláis, sino el espíritu de vuestro padre, que habla en vosotros» (Mt. 10, 19-20). Y en otro lugar dice al justo: «Dilata tu boca y la llenaré» (Sal. 80, 12). Y de nuevo: «Abre tu boca para la palabra de Dios: pues el Señor dará la palabra a los que evangelizan con mucha virtud». Por lo cual Dios habla al hombre interior de Jeremías, después de que tocó su boca: «He aquí que yo he dado mis palabras en tu boca» (Jer. 1, 9). El cual podía cantar con el Salmista: «Puso en mi boca un cántico nuevo, un hno a nuestro Dios» (Sal. 39, 4). ¿Quién operó todas estas cosas sino el Señor y Salvador, que hizo el cielo y la tierra y dice a Sion: «Pueblo mío eres tú»? Lo cual conviene a la propia Iglesia congregada de las naciones. Y en Oseas promete a los creyentes diciendo: «Llamaré no pueblo mío a mi pueblo: y él me decir: Dios mío eres tú» (Os. 2, 24).

(Vers. 17 ss.) Elévate, elévate, consurge Jerusalén, que bebiste de la mano del Señor el cáliz de su ira: hasta el fondo del cáliz del sopor bebiste, y agotaste hasta las heces. No hay quien la sustente de todos los hijos que engendró: y no hay quien aprehenda su mano de todos los hijos que nutrió. Dos son las cosas que te han ocurrido, ¿quién se contristará sobre ti? vastedad y contrición, y hambre y espada: ¿quién te consolará?

LXX: Levántate, levántate, elévate Jerusalén, que bebiste de la mano del Señor el cáliz de su furor. Pues el cáliz de la ruina, el kondy (κόνδυ) del furor bebiste y evacuaste: y no había quien te consolara de todos tus hijos que engendraste; y no había quien aprehendiera tu mano: ni de todos tus hijos, que ensalzaste. Estas dos cosas contrarias a ti: ¿quién se contristará contigo? ruina y contrición, hambre y espada: ¿quién te consolará?

Que Jerusalén y Sion son un nombre doble (dyonymon) a menudo lo he enseñado: de las cuales Sion, que se interpreta «atalaya», por el hecho de estar situada en un monte, se llama «alcázar»; pero la parte restante de la ciudad se llama «Jerusalén», que antes se llamaba «Jebús» y «Salem»: a la cual ahora el Profeta exhorta a que surja, la cual antes por la negación había caído, diciendo en la pasión del Señor: «Crucíficale, crucíficale a tal: no tenemos más rey que al César» (Jn. 19, 15): y haga penitencia, y sienta por los males de la cautividad por qué ofendió a su Creador. Suelen los médicos dar un antídoto amarguísimo, que recibió el nombre por el gusto, al estómago que siente náuseas, para que vomite los humores

nocivos, y pueda transmitir los alimentos cocidos y digeridos al vientre, los cuales la magnitud de las flemas no permitía digerir. Así pues, también Jerusalén, que bebió del cáliz del furor del Señor, y de su kondy, que Símaco interpretó «crátera», y que según el libro del Génesis, José mandó esconder en el saco de su hermano Benjamín (Gén. 44), se le manda que surja de la embriaguez, por el hecho de que lo bebió, lo evacuó y lo agotó hasta las heces: lo cual los tres indicaron con una sola palabra, exestrangisas (Ἐξεστράγγισας). Este es el cáliz del que leemos en los Salmos: «Cáliz en la mano del Señor de vino puro lleno de mezcla. E inclinó de este en aquel, sin embargo su hez no se ha vaciado: beberán todos los pecadores de la tierra» (Sal. 74, 9-10). Del cual también Dios habla a Jeremías: «Toma el cáliz de vino puro de mi mano: y darás a beber a todas las naciones a las que yo te envíe. Y beberán y vomitarán, y enloquecerán ante la faz de la espada que yo enviaré en medio de ellos» (Jer. 25, 15-16). Y diciendo que ha dado de beber a otras naciones, y a Jerusalén y a las ciudades de Judea, añade: «Así dice el Señor Omnipotente Dios de Israel: Bebed e inebriaos, y vomitad: y caed ante la faz de la espada que yo enviaré en medio de vosotros» (Jer. 25, 27). Y debe notarse que este cáliz del furor del Señor es su espada, que se envía en medio de los pecadores.

En lo cual nace una cuestión: cómo después de la bebida, la embriaguez, el vómito y la ruina, se dice en Jeremías que Jerusalén no puede levantarse, y ahora por Isaías se le habla: «Elévate,

elévate, consurge Jerusalén». Lo cual se resuelve así: Mientras uno bebe el cáliz, y se embriaga, y enloquece, y vomita y cae, no puede levantarse, pues aún no ha agotado el cáliz del Señor, ni ha llegado a las heces, de modo que lo haya bebido hasta el fondo. Pero ahora dice a Jerusalén sobre el tiempo pasado: «que bebiste de la mano del Señor el cáliz de su furor»: y no «que bebes». Al mismo tiempo debe considerarse que ningún profeta, ningún apóstol hubo desde entonces en Judea que la consolara y aprehendiera su mano y la elevara del suelo. Por lo cual es manifiesto que estas cosas se dicen después de la última cautividad: de otro modo, en Babilonia y después de Babilonia, la historia narra que ella tuvo a Ezequiel y a los demás profetas. Por lo demás, lo que dice: «Dos son las cosas que te han ocurrido», o «estas dos cosas contrarias a ti: ¿quién se contristará sobre ti?». Y por dos añade cuatro: vastedad y contrición, hambre y espada: es semejante a aquello que se canta en el Salterio: «Una vez habló Dios, estas dos cosas oí: que la potestad es de Dios, y para ti, Señor, la misericordia: porque tú darás a cada uno según sus obras» (Sal. 61, 12-13). Pues también allí una vez habla Dios que es omnipotente, y dos cosas oye el profeta, que su omnipotencia prevalece en ambas partes, para que tanto a los penitentes otorgue misericordia, como a los que permanecen en el pecado devuelva los suplicios que merecen. Según lo cual también en otro lugar dos cosas ocurrieron a Jerusalén, las cuales individualmente tienen dos. Pues a la ruina, o vastedad, sigue la contrición:

al hambre y a la espada el exterminio. Podemos entender estas cosas según la anagogía también sobre el alma pecadora, la cual no queriendo beber el cáliz del furor del Señor, dice en el salmo: «Señor, no me arguyas en tu furor, ni me corrijas en tu ira» (Sal. 6, 1). Pero si bebiere, bueno es para ella sentir sus suplicios y oír al Señor diciendo: Cuando la ira de mi furor haya pasado, de nuevo curaré. Y en otra parte: «¿Acaso el que cae no resurgirá?, dice el Señor» (Jer. 8, 4).

(Vers. 20.) «Tus hijos han sido arrojados, durmieron en la cabecera de todos los caminos, como un órix enlazado: llenos de la indignación del Señor, de la increpación de tu Dios».

LXX: «Tus hijos necesitados y durmiendo en la cabecera de todos los caminos: como una acelga semicocida, llenos del furor del Señor, y desfalleciendo por el Señor Dios».

En lugar de acelga semicocida, los demás intérpretes tradujeron «órix capturado y enlazado», que en hebreo se llama THO (), cuyo género de bestia que nace en el desierto, se pone entre los animales limpios en el Levítico y el Deuteronomio. En lugar de lo cual los LXX, por la lengua siria, opinaron que era thoreth, que se dice acelga (beta). De este nombre pasemos al sentido. Tus hijos, como un órix enredado en los lazos de los cazadores, durmieron en las encrucijadas y plazas, y poniendo sus miembros desnudos sobre la tierra desnuda, indicaron con sus propias miserias la indignación del Señor y la increpación de su Dios.

Por lo demás, según los Setenta: los que no quisieron tener riquezas espirituales en toda palabra, y ciencia y obras buenas, sino que fueron pobres que no sostienen la conminación, de ningún modo habitarán en casas que se construyen con las virtudes, sino en los principios de los caminos, y en la salida tocando todas las cosas y dejándolas todas. Los cuales rectamente se dicen dormir con aquel sueño del que se escribe: «Durmieron su sueño, y nada hallaron» (Sal. 75, 6). Con cuyo sueño los adormeció el rey asirio. Y se comparan con las acelgas semicocidas, que es un género de hortaliza vilísimo y fragilísimo. De las cuales hortalizas pienso que se dice aquello en los Salmos: «No tengas celo de los malignos, ni envidies a los que hacen iniquidad. Porque como el heno velozmente se secarán, y como las hortalizas de las hierbas pronto caerán» (Sal. 35, 1-2). Pues es alimento de enfermos. El que es una vez incrédulo, se llama acelga cruda. El que, por el contrario, contento con la fe simple, hace obras de justicia sin la razón y la verdad de los dogmas, puede decirse acelga cocida. Por lo demás, el que fluctúa medio entre los vicios y las virtudes, y accede con corazón doble a la servidumbre de Dios, ese muy rectamente es llamado acelga semicocida, al cual también en el Apocalipsis de Juan habla Dios: «Ojalá fueras o caliente o frío: pero ahora porque eres tibio, te vomitaré» (Apoc. 3, 15-16). Los cuales tibios y durmientes están llenos del furor del Señor, y disueltos o desfallecientes por el Señor Dios: no porque el Señor sea la causa de su disolución, él que no hizo la muerte, ni

se deleita en la perdición de los vivientes: sino porque quienes pecaron en la Ley, por la Ley sean juzgados, la cual opera la ira de Dios para aquellos que son sus prevaricadores.

(Vers. 21 sigs.) Por tanto, oye estas cosas, pobrecilla y ebria no de vino. Esto dice tu dominador el Señor y tu Dios, que luchó por su pueblo: He aquí que he tomado de tu mano el cáliz del sopor, el fondo del cáliz de mi indignación: no añadirás a beberlo más. Y lo pondré en la mano de aquellos que te humillaron, y dijeron a tu alma: Incúrvate para que pasemos, y pusiste tu cuerpo como tierra, y como camino para los que pasan.

LXX: «Por eso oye, humillada y ebria no de vino. Así dice el Señor Dios que juzga a su pueblo: He aquí que he quitado de tu mano el cáliz de la ruina, el kondy (κόνδυ) de mi furor: y no añadirás a beberlo más: y lo daré en las manos de aquellos que te oprimieron inicuamente, y te humillaron: que dijeron a tu alma, inclínate para que pasemos, y pusiste tus partes medias iguales a la tierra para los que pasan por fuera».

Oh Jerusalén, a la cual dije: Elevate, elevate, surge, y haz penitencia: porque bebiste de la mano del Señor el cáliz de su furor, y lo agotaste hasta las heces: y tus hijos, que han sido dispersados por todo el orbe, y llevados cautivos yacieron en las plazas, y en las cabeceras de los caminos; sabe que eres pobrecilla y humillada, y ebria, no de vino, sino del furor del Señor. Por tanto, si hicieres penitencia, y elevada surgieres, sabrás que el cáliz del sopor y de la ruina —o según Simaco y Teodoción, «de la laceración y de la

conmoción»— ha de ser quitado de tu mano: y el kondy, por el cual también en este lugar Simaco interpretó «crátera», no lo beberás más: sino que ha de ser entregado a tus adversarios, que dijeron a tu alma: «Incúrvate, para que pasemos»: y diciéndolo ellos, por voluntad propia te incurvasta. «Y pusiste tu cuerpo, o espalda, como tierra»: o según la Septuaginta, «tus partes medias y tus cervices para los que pasan por fuera». Esto se diga según la historia, que si Jerusalén quisiere elevarse y surgir, de ningún modo beba el cáliz del furor del Señor, ni padezca más lo que antes sostuvo.

Por lo demás, para que vengamos según la Septuaginta a la inteligencia espiritual, se dice al alma humillada por los vicios, y ebria por las perturbaciones, para que sepa que tiene al Señor por juez, y que ha de rendir razón de todas las cosas. La cual, si hubiere sido convertida a cosas mejores, se ha de quitar de sus manos el cáliz de la ruina, y la crátera del furor del Señor, que contenía los suplicios, de la cual también Ezequiel dice a Jerusalén: «Beberás el cáliz de tu hermana Samaría profundo y ancho, para que te embriagues» (Ezec. 23, 32), entregándolo en las manos de aquellos que la habían humillado. No cabe duda de que significa a las potestades adversarias, que dijeron a su alma: «Incúrvate, para que pasemos». En lo cual igualmente ha de anotarse, que no la incurvaron ellos, ni hicieron fuerza para que la que antes estaba erecta se inclinara a la tierra: sino que lo dejaron a su propio arbitrio. Pero ella por su voluntad puso sus cervi-

ces o espalda, o todo su cuerpo, no dentro, sino fuera, para aquellos que la conculcaron. Algo semejante leemos también en el Evangelio (Lc. 13), que por dieciocho años Satanas había incurvado a la mujer, a la cual el Señor levantó a su estado prístino, para que pudiera decir: «Levanté mis ojos a los montes, de donde me vendrá el auxilio» (Sal. 120, 1); y: «A ti levanté mis ojos, que habitas en el cielo» (Sal. 122, 1).

(Cap. LII. --- Vers. 1.) Surge, surge, vístete de tu fortaleza, Sion: vístete con las vestiduras de tu gloria, Jerusalén ciudad del Santo: porque no añadirá más a pasar por ti el incircunciso y el inmundo.

LXX: «Levántate, levántate, Sion: vístete de tu fortaleza, Sion, y vístete de tu gloria, Jerusalén ciudad Santa. De ningún modo añadirá más a pasar por ti el incircunciso y el inmundo».

Nuevamente también en este lugar el nombre de Sion, como arriba por los LXX, ha sido añadido, y por ello marcado con el obelo (veru). A la que, por tanto, arriba (Cap. LI, 9) había dicho: «Elévate, elévate, surge, Jerusalén»: ahora le habla a la misma: «Surge, surge, vístete de tu fortaleza, Sion». Cuál sea, además, Sion, lo muestra el verso siguiente: «Vístete con las vestiduras de tu gloria, Jerusalén». Esto dijimos para probar que Jerusalén y Sion son una sola ciudad. Y se le manda que deponga las vestiduras lúgubres, y se vista con aquellas que tuvo antes de que bebiera de la mano del Señor el cáliz del furor. Y es llamada ciudad del santuario, pues esto es lo que suena CODES () por causa del templo, que en ella fue

construido. O del Santo, por causa de la noticia de Dios: o santa, porque ella sola en el orbe de la tierra había recibido la ley. De donde también tras la resurrección del Salvador aparecieron los cuerpos de los muertos en la ciudad santa. La cual ciertamente por causa de la blasfemia y de las manos puestas en el Señor, no podía ser santa (Mt. 27). Y lo que se promete, si surgiere tras la ruina y fuere vestida de su fortaleza y gloria, que de ningún modo pasará más por ella el incircunciso y el inmundo, esto significa lo que también el Apóstol Pablo dice: «¿Qué participación tiene la justicia con la iniquidad? Qué sociedad la luz con las tinieblas? Qué convención de Cristo con Belial? Qué parte el fiel con el infiel? Qué consenso el templo de Dios con los ídolos» (2 Cor. 6, 14-15)? Las cuales cosas ciertamente, como empezamos a exponer, se refieren todas al estado del alma. Porque si por la penitencia recibiere su antiguo vigor, sea llamada habitáculo del Santo, y hágase Templo de Dios, y de ningún modo pase por ella el incircunciso e inmundo logismos (pensamiento). De los cuales se dijo: «De mis faltas ocultas límpiame, Señor, y de las ajenas perdona a tu siervo. Si no se hubieren enseñoreado de mí, entonces seré inmaculado, y seré limpiado del delito máximo» (Sal. 18, 13-14). Mas todas las cosas que se prometen a Sion y a Jerusalén, no se dicen —como sueñan los judíos— a sus piedras y cenizas y ascuas, para que sea instaurada en su estado prístino: sino al pueblo de Jerusalén, que mató a los Profetas, y apedreó a los que a él habían sido enviados (Mt. 23), y al extremo también

puso las manos en el hijo de Dios. El cual, cayendo en la pasión de Cristo, fue suscitado en su resurrección: cuando muchos miles de los judíos creyeron, y las reliquias fueron hechas salvas. Lo mismo podemos decir de la Iglesia, que es visión de paz y atalaya; si cayere en la herejía, se le manda salir y recibir los ornamentos de su antigua fe. Y si fuere suscitada, se le prometen los premios de la santidad y de la continencia, para que de ningún modo pase por ella el incircunciso y el inmundo. Lo cual puede referirse no a la concisión de la carne y al prepucio, sino a la inmundicia o limpieza de las obras, de modo que llamemos incircuncisos e inmundos a los que sirven a la voluptuosidad y libido del cuerpo. Finalmente, a los circuncidados en la carne, no en el espíritu, habla Jeremías: «Todas las gentes son incircuncisas en la carne: pero los hijos de Israel son incircuncisos en sus corazones» (Jer. 9, 26). And the blessed Apostle, disputing concerning virginity and continence and marriages, cast into the midst: "Is any man called being circumcised? let him not bring on the foreskin. Is any man called in uncircumcision? let him not be circumcised" (1 Cor. 7:18). Lo cual me parece decir con otras palabras: El que fue llamado sin esposa, y hubiere creído, no tome esposa. O al contrario: teniendo esposa, creyó en Cristo, de ningún modo haga divorcio. Cuyo sentido guarda no solo en la circuncisión y en el prepucio, sino en la libertad y servidumbre, de modo que llame libres a las vírgenes y continentes, y siervos a los que rinden el débito a la esposa. Pues no es de nuestra potestad atraer el

prepucio tras la circuncisión, según aquellos que en el libro de los Macabeos se dicen haber hecho para sí prepucios: lo cual se dice de los hijos que nacen, y no de los padres. O el que fue llamado libre, es más siervo de Cristo (Ibíd., 7, 22), puesto que en el bautismo de Cristo no hay diferencia de judío, étnico, griego y bárbaro, de varón y mujer, de libre y siervo.

(Vers. 2, 3.) Sacúdete del polvo: surge, siéntate, Jerusalén: suelta los vínculos de tu cuello, cautiva hija de Sion. Porque esto dice el Señor: De gracia fuisteis vendidos, y sin plata seréis redimidos.

LXX: «Sacúdete el polvo, y surge, Jerusalén. Suelta el vínculo de tu cuello, cautiva hija de Sion. Porque esto dice el Señor: De gracia fuisteis vendidos, y sin dinero seréis redimidos».

De ningún modo el discurso del Profeta es a Jerusalén, esto es, a las ruinas de sus piedras, y a sus cenizas y ascuas, sino al pueblo que habita en ella; y que es llamada hija por causa de la afeminación de su ánimo, lo muestra el verso siguiente, en el cual dice: «Suelta los vínculos de tu cuello, cautiva hija de Sion». Pues verdaderamente cautivo es el pueblo de los judíos, que hasta hoy lleva el yugo de Nabucodonosor, y está atado con las cuerdas de sus pecados y blasfemias: el cual fue vendido de gracia, y nada hizo digno por lo cual pudiera ser redimido. Al cual también arriba se dice: «He aquí que por vuestros pecados fuisteis vendidos: y en vuestras iniquidades despedí a vuestra madre». Y da las causas de por qué fueron vendidos, por qué arrojados. Porque, dice, vine, y no había hombre: llamé, y no hubo quien oyera.

De lo cual es manifiesto que por eso fueron entregados al error y a los demonios, porque no habían oído al que clamaba: «Venid a mí, todos los que trabajáis y estáis cargados» (Mt. 11, 28). Mas serán redimidos los que quisieren creer, de ningún modo con plata y dinero, sino con la preciosa sangre de Cristo, para que oigan por los Apóstoles: «Gracia a vosotros y paz» (Rom. 1, 7). Pues no por los méritos, sino por la gracia y la fe de Cristo hemos sido reconciliados con Dios. También se dice al alma, que manchada por las suciedades de los vicios, había perdido la blancura de su antigua conversación, que sacuda el polvo con los Apóstoles, el cual se adhirió a sus pies (Mt. 10). Pues no podía ser que la que postrada había sometido sus cervices a los que pasaban por fuera: y había asociado sus partes medias a la tierra, y había dicho: «Humillada está en el polvo mi alma, se adhirió a la tierra mi vientre» (Sal. 43, 25), no recibiera la imagen de lo terreno. De la cual nos aparta el Apóstol, diciendo: «Como portamos la imagen de lo terreno, así portemos también la imagen de lo celestial» (1 Cor. 15, 49). De donde los que están en la carne, no pueden agradar a Dios (Rom. 8). No porque la naturaleza de la carne sea condenada, cuyo autor es Dios, y en la cual muchísimos agradaron a Dios y reinan con Cristo: sino porque las obras de la carne sean repudiadas, de las cuales habla el mismo Apóstol: «Yo en cambio soy carnal, vendido bajo el pecado» (Rom. 7, 14). Finalmente, a hombres de esta clase dice: «Donde hay entre vosotros celo y emulación, ¿no sois carnales, y camináis según el hombre» (1 Cor.

3, 3)? Y al contrario a los santos: «Vosotros en cambio no estáis en la carne: si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros». Se sacude, pues, el polvo del que está escrito: «¿Acaso te confesará el polvo, o anunciará tu verdad» (Sal. 29, 10), para que se suelten los vínculos de nuestro cuello; y de ningún modo oigamos: «nervio de hierro es tu cuello»; sino que con la esposa merezcamos oír: «Qué hermosas son tus mejillas, como de tórtola: tu cuello como collares» (Cant. 1, 9). Y de nuevo: «Puse armillas en tus manos, y un collar en tu cuello»; para que liberados del grave peso, y recibiendo los antiguos ornamentos, cesemos de ser cautivos: redimidos por aquel que vino a predicar a los cautivos la remisión. Y de quien está escrito (Is. 45, 13): «Él edificará mi ciudad, y la cautividad de mi pueblo reducirá, no con precio ni con dones». Con cuyo sentido también el Apóstol Pedro concuerda: «Sabiendo que no con cosas corruptibles como plata y oro fuisteis redimidos de vuestra vana conversación, entregada por los padres, sino con la sangre del cordero inmaculado» (1 Pe. 1, 18).

(Vers. 4 sigs.) Porque esto dice el Señor Dios: A Egipto descendió mi pueblo al principio, para ser colono allí: y Asur sin causa alguna lo calumnió. Y ahora, ¿qué tengo yo aquí, dice el Señor? Porque mi pueblo ha sido arrebatado de gracia: sus dominadores actúan inicuamente, dice el Señor, e ininterrumpidamente todo el día es blasfemado mi nombre. Por lo cual sabrá mi pueblo mi nombre en aquel día: porque yo mismo que hablaba, he aquí que estoy presente.

LXX: «Porque así dice el Señor: A Egipto descendió mi pueblo, primero para peregrinar allí: y a los asirios fueron violentamente llevados; y ahora, ¿qué habrá aquí, dice el Señor?» Porque mi pueblo ha sido arrebatado, asombraos de gracia, y aullad. Esto dice el Señor: Por causa de vosotros siempre mi nombre es blasfemado entre las gentes. Por tanto, sabrá mi pueblo mi nombre en aquel día: porque yo mismo que hablaba, estoy presente».

Arguye al pueblo de los judíos, y predice las cosas venideras. Que el que por su voluntad en Jacob descendió a los egipcios, y en tiempo de necesidad y hambre peregrinó en la tierra de Gessen (Gén. 47): después sostuvo la calumnia de los asirios, a los cuales en nada había dañado; y fue trasladado a Babilonia en cautividad (4 Rey. 17, 25). De donde infiere: «Y ahora, ¿qué tengo yo aquí, dice el Señor?». Y el sentido es: nada me queda por lo cual permanezca en esta región, de la cual mi pueblo ha sido arrebatado de gracia, y vendido por sus pecados, y como órix comprendido en la red, o por las fuerzas de los romanos, o por los lazos del diablo, con los cuales es retenido atado hasta ahora. Mas para que padecieran estas cosas, sus dominadores y maestros actuaron inicuamente; los cuales según Simaco y Teodoción, «aullarán»; según Aquila, «llorarán», cuando hubieren sido entregados a los tormentos. Pues ellos son los que concitaron al pueblo contra el Salvador, para que con voz consona clamaran: «Crucífícale, crucífícale a tal» (Jn. 19, 15). De los cuales y antes ya había dicho:

«El mismo Señor vendrá con los ancianos del pueblo y con sus príncipes. Vosotros, en cambio, ¿por qué encendisteis mi viña y la rapiña del pobre está en vuestras casas» (Is. 3, 14)? Por lo cual según la Septuaginta les habla: «Por vuestra causa siempre mi nombre es blasfemado entre las gentes». Y ha de saberse que «entre las gentes» no se tiene en el hebreo, sino absolutamente: «mi nombre es ininterrumpidamente blasfemado», para que se sobentienda, en vuestras sinagogas: los cuales días y noches blasfeman del Salvador, y bajo el nombre —como a menudo he dicho— de nazarenos, tres veces al día lanzan maldiciones sobre los cristianos. Blasmefando, pues, aquellos y maldiciendo al Señor, su pueblo del que ya se ha dicho frecuentemente, esto es, el pueblo cristiano, sabrá el nombre de aquel que ha de venir en nombre del Padre. Y por eso lo sabrá, porque él mismo que antes habló por los Profetas, presente instruirá a los pueblos.

Según la Septuaginta, Dios habla a Israel diciendo que descendió a Egipto por su voluntad. Diciendo Moisés en el Deuteronomio: «En setenta almas descendieron tus padres a Egipto» (Dt. 10, 22): y por los asirios cautivos fueron violentamente llevados. De donde se les dice: ¿Y ahora qué sois aquí? ¿qué hacéis en la tierra de Judea, los que tras la muerte de los Profetas, pusisteis las manos en el Hijo de Dios? O ciertamente Dios habla a las potestades angélicas, y a los Ángeles presidentes del Templo: ¿Qué hacéis aquí? ¿por qué no abandonáis al pueblo blasfemo? lo cual también Josefo refiere (Lib. 6 Antiq. Judaic. c. 12): abiertas

de repente las puertas del Templo y descerrojadas espontáneamente, las cuales muchos hombres apenas podían cerrar, salió una voz de los adytos del Templo de quienes decían: «Pasemos de estas sedes». En lo cual ha de considerarse la propiedad de las palabras, que no dijeron «retirémonos», sino «pasemos» al pueblo de las gentes. De donde también el velo del Templo se rasgó en dos partes de arriba abajo, para que todas las ceremonias de los judíos quedaran abiertas, y en aquel tiempo se cumpliera lo que en este mismo Profeta se dice: «De Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén. Y juzgará entre muchas gentes hasta lo lejano» (Is. 2, 3-4). Pues por toda la tierra salió el sonido de ellos, y hasta los confines del orbe sus palabras (Sal. 18). Y en todo lugar se ofrece a Dios incienso y hostia pura (Mal. 1, 11), cuando se completó el sermón profético: «Se acordarán y volverán al Señor todos los confines de la tierra: y adorarán en su presencia todas las familias de las gentes; porque del Señor es el reino, y él mismo dominará a las gentes» (Sal. 21, 28 sigs.). De donde se dice a los príncipes de los judíos: «Asombraos, y aullad», puesto que vosotros sois la causa de la ruina del pueblo.

Por lo demás, según la anagogía podemos decir esto, que el pueblo de Dios desciende al Egipto de este siglo por su propia voluntad, cuando es amante más de las voluptuosidades que de Dios, y no oye aquello profético: «Ay de los que descienden a Egipto por auxilio» (Is. 31, 1). El cual, cuando hubiere sido suavizado por los vicios, y habitare en el lugar de las aguas y de los ríos,

que no tiene la sequedad de la castidad: entonces violentamente será entregado a los asirios, para que lo dominen quienes después lo arguyan y convenzan en el pecado. Pues ellos mismos son y enemigos y vengadores, de los cuales habla a Israel: «Y ahora, ¿qué tienes tú y el camino de Egipto, para que bebas el agua de Geón; y qué tienes tú y el camino de los asirios, para que bebas el agua de los ríos» (Jer. 2, 18). El que, por tanto, desciende a Egipto, y de la excelsa Jerusalén ha caído a lo más bajo: e yendo a Jericó, otro Egipto, recibió de los ladrones muchas heridas, se le dice: ¿Y ahora qué os es aquí? ¿qué simuláis que sois en la tierra y en la Iglesia de Dios, los que por estudio y todo deseo descendisteis a Egipto, y sois poseídos por los asirios y habéis sido capturados: y debéis más bien aullar y lutosar; porque por causa de vuestros vicios y pecados el nombre de Dios es blasfemado entre las gentes? a los cuales se dice en Ezequiel: «Contaminasteis mi nombre entre las gentes» (Ez. 36, 20). Y como en el Evangelio el Señor habla a los discípulos: «Luzca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt. 5, 16): así al contrario, cuando hiciéramos malas obras, el nombre de Dios por nuestra causa es blasfemado entre las gentes. Por tanto, el que tiene la ciencia del nombre de Dios, y que a imagen y semejanza de aquel fue creado, no ignora que versará en la luz. Y será en el día del cual Abraham se exultó de haberlo visto (Jn. 8); del cual también el santo David habla: «Este es el día que hizo el Señor, exultemos

y alegrémonos en él» (Sal. 117, 24). Pues los que iluminaron para sí la luz de la ciencia, y tienen la lumbre sempiterna que ha sido prometida a los creyentes: «Será para ti el Señor luz eterna» (Is. 60, 20), caminan honestamente en el día, y son hijos de la luz y del día; y conocen a aquel que dice a Moisés: «Ve, di a los hijos de Israel: EL QUE ES me envió» (Éx. 3, 14): y al que antes en los santos habían conocido, también conocerán que está presente para ellos mismos.

(Vers. 7, 8.) Qué hermosos sobre los montes los pies del que anuncia y predica la paz, y del que anuncia el bien: que predica la salud, y dice a Sion: Reinará [Al. Reinó] tu Dios. La voz de tus especuladores: levantaron la voz: a una alabarán, porque ojo a ojo verán, cuando convirtiere el Señor a Sion.

LXX: «Como la hora sobre los montes: así los pies del que evangeliza el oído de la paz, del que evangeliza los bienes: porque haré oída mi salud, diciendo: Sion, reinará tu Dios». La voz de los que te custodian ha sido exaltada, y con la voz a una se alegrarán, porque los ojos verán a los ojos, cuando se haya compadecido el Señor de Sion».

Consecuentemente sobre aquel que arriba había dicho: «Yo mismo que hablaba, he aquí que estoy presente», ahora el Profeta testifica que él mismo sobre los montes predicó el Evangelio, esto es, sobre los Apóstoles, de los cuales está escrito: «Acercaos a los montes eternos» (Miq. 2, 9, sec. LXX); y cuya doctrina es la iluminación de Dios. De donde se le dice en los Salmos: «Iluminando tú admirablemente desde los montes eternos» (Sal. 75, 5). Este anunció y predicó la

paz a los que estaban lejos, esto es, a las gentes; y a los que estaban cerca, esto es, a los judíos: reconciliando el mundo con Dios, de quien bajo el nombre de Salomón se canta en el salmo: «Surgirá en sus días la justicia y la multitud de la paz, hasta que sea quitada la luna» (Sal. 71, 7). En este mismo Profeta sobre el niño que ha nacido y sobre el hijo que nos ha sido dado, cuyo principado está sobre su hombro, y será llamado Ángel del gran consejo, tras lo demás se dice (Supra, 9, 7): «Y de su paz no habrá término». Pues él mismo es nuestra paz, que pacificó todas las cosas por la sangre de su cruz en el cielo y en la tierra. El cual habló a los Apóstoles: «Mi paz os doy, mi paz os dejo» (Jn. 14, 27). Y nos anunció los bienes, no los que por los Filósofos son llamados indiferentes; sino los que verdaderamente son bienes, que el Padre da a los que se los piden, esto es, todas las gracias del Espíritu santo. Finalmente, el otro Evangelista en el mismo lugar escribe: «¿Cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará el Espíritu santo a los que se lo piden» (Lc. 11, 13)? Estos bienes que el Señor promete a los creyentes: «Oídme y comeréis bienes; y se deleitará en los bienes vuestra alma»; y no solo bienes, sino que anunció la salud a todos, la cual él mismo prestó, el cual dice a Sion, esto es, a la Iglesia: «Reinará [Al. Reinó] tu Dios». De donde también el Apóstol habla a los Santos: «No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, para que obedezcáis a sus deseos» (Rom. 6, 12). Y escribiendo sobre los pecadores: «La muerte», dice, «reinó desde Adán hasta Moisés» (Rom. 5, 14).

Y lo que sigue: «Voz de tus especuladores», o «de tus custodios», significa a los Apóstoles, de los cuales también en otro lugar (Infra, 62, 6) Dios habla a la Iglesia: «Sobre tus muros constituí custodios, que nunca callarán», recordando al Señor, los cuales exaltarán la voz disertando sobre cosas sublimes. De donde se les dice (Supra, 40, 9): «Sobre el monte excelso asciende tú que evangelizas a Sion. Exalta con fortaleza tu voz, tú que evangelizas a Jerusalén». Estos con igual voz alabarán a Dios, y verán con los ojos a los ojos. Lo cual con otras palabras dice el Apóstol: «Cara a cara» (1 Cor. 13); cuando el Santo canta: «Mis ojos siempre hacia el Señor» (Sal. 24, 15). Y: «A ti levanté mis ojos, que habitas en el cielo» (Sal. 122, 1). Y el Señor le responderá: «Pues los ojos del Señor sobre los justos, y los oídos de aquel hacia la súplica de ellos» (Sal. 33, 16). Esto que los Setenta tradujeron, como hora (ὥρα), esto es, hora [o belleza] sobre los montes: así [Al. Como] los pies del que evangeliza el oído de la paz, y lo demás, Pablo siguiendo el sentido de la Verdad Hebrea, lo pone en la Epístola a los Romanos: «Qué hermosos los pies de los que evangelizan los bienes, de los que evangelizan la paz» (Rom. 10, 15): queriendo que se entienda a los Apóstoles, cuyos pies lavó el Señor (Jn. 13), para que estuvieran limpios y hermosos para predicar, y discurrieran por todo el orbe, y en breve tiempo llenaran el mundo con la doctrina de Cristo. Mas hora (ὥra), esto es, hora, según la Septuaginta y la ambigüedad del discurso griego, o significa «tiempo», o «hermosura». Si tiempo, se adaptará a aquello:

«En tiempo oportuno te oí, y en el día de la salud fui tu ayudador» (Is. 49, 8). De donde infiere el Apóstol: «He aquí ahora el tiempo aceptable: he aquí ahora el día de la salud» (2 Cor. 6, 2). Pues en el tiempo oportuno derramó su sangre por todos: cuando todos se habían desviado, a una se habían hecho inútiles. «No había quien hiciera el bien, no había ni siquiera uno» (Sal. 13): para que por todos gustara la muerte, porque todos habían pecado y necesitaban la gloria de Dios (Rom. 3). Mas si referimos la hermosura a aquello que se dice en el salmo: «Hermoso en la forma sobre los hijos de los hombres» (Sal. 44, 3); (¿qué hay, pues, más hermoso que el que la forma de siervo se hiciera forma de Dios, y se sentara y reinara con Cristo en los cielos?) puede hora (ὥρα) según la latitud de la lengua griega decirse «cuidado» y «solicitud», según aquello que el Santo dice: «Me multiplicarás en mi alma, en tu virtud» (Sal. 137, 4). Por «me multiplicarás», en griego se dice poluoreseis me (πολυωρήσεις με), que es: «de mucho cuidado y solicitud me tendrás por digno». Y en otro lugar: «Según tu altura tuviste en mucho cuidado (epoluoresas) a los hijos de los hombres» (Sal. 11, 9): lo cual con otras palabras se dice en griego, polles horas, tout' esti, phrontidos axiosas. Pero estas cosas son superfluas; y más bien han de aceptarse los hermosos pies de Cristo o de los Apóstoles, lo cual, fuera de la Septuaginta, todos tradujeron de modo semejante, aprobando Pablo la interpretación de ellos.

(Vers. 9, 10.) Gozad y alabad a una, desiertos de Jerusalén, porque el Señor ha consolado a su

pueblo: redimió a Jerusalén. Preparó el Señor su santo brazo a los ojos de todas las gentes: y verán todos los confines de la tierra la salud de nuestro Dios.

LXX: «Prorrumpan en alegría a una los desiertos de Jerusalén, porque se compadeció el Señor de ella y libró a Jerusalén. Revelará el Señor su santo brazo en presencia de todas las gentes. Y verán todos los confines de la tierra la salud de nuestro Dios».

Llevado en cautividad el pueblo de los judíos, e incendiada la ciudad, o era raro o ningún habitador había en Jerusalén. Mas después de que aquel que antes hablaba en los Profetas, y estaba en el principio ante Dios, Dios el Verbo habitó en nosotros y se hizo carne, fueron instaurados los desiertos de Jerusalén; y vino aquel de quien está escrito: «Él edificará mi ciudad, y la cautividad de mi pueblo reducirá»: para que de ningún modo sea llorada por Jeremías: «¡Cómo se sienta sola la ciudad que estaba llena de pueblos! se hizo como viuda la que era multiplicada en las gentes» (Lam. 1, 1); sino que oiga a David cantando: «Al convertir el Señor la cautividad de Sion, fuimos hechos como consolados» (Sal. 125, 1, 4). Y tras un poco: «Fuimos hechos gozosos». Y para que sepamos que de ningún modo estas cosas se dicen del pueblo de los judíos, sino de todos los que por los apóstoles han de creer en el Señor, pone y dice: el que la consoló, o se compadeció de ella, y el que la libró o redimió, él mismo preparó o reveló su brazo santo en presencia de todas las gentes: «y verán todos los confines de la tierra la salud de

nuestro Dios». De lo cual es perspicuo que, construida por los Apóstoles la Jerusalén espiritual, esto es, la Iglesia, que por los judíos había sido abandonada, se revela el brazo del Señor a todas las gentes, y ven su salud todos los confines de la tierra. Lo cual se entiende doblemente. Pues o el Padre revela su brazo a todas las gentes, o el Hijo revela su fortaleza. De quien está escrito: «Pues la virtud de él salía y sanaba a todos» (Lc. 6, 19). Y de nuevo: «Sentí que la virtud salió de mí», la cual sanó a la hemorroísa (Mc. 5, 30). Que el Hijo de Dios, además, sea llamado diestra del Padre y brazo, hay muchos testimonios, de los cuales diremos pocos: «Salvará [Al. Salvó] para sí su diestra, y su brazo santo» (Sal. 97, 2). Y en otro lugar: «En mi brazo esperarán las gentes» (Is. 51, 5). De quien Jacob dice: «Este será la expectación de las gentes» (Gén. 49, 10). Y el salmo ochenta y ocho: «Tu brazo con potencia». Con este brazo sacó el Señor al pueblo de Israel de la tierra de Egipto. De quien hablaba al príncipe de los Apóstoles: «Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque la carne y la sangre no te lo revelaron, sino mi Padre que está en los cielos» (Mt. 16, 17). Y el Apóstol Pablo sobre sí mismo (Gál. 1, 15): «Cuando», dice, «plugo a Dios, que me separó del vientre de mi madre, para revelar a su Hijo en mí». Que haya unido, además, a todas las gentes todos los términos de la tierra, que han de ver la salud de Dios, lo muestra aquello que también en otro lugar se dice: «Convertíos a mí desde los extremos de la tierra, y seréis salvos» (Is. 45, 22); y por Jeremías: «A ti vendrán las gentes desde los

extremos de la tierra» (Jer. 16, 19); y de nuevo: «Se acordarán y se convertirán al Señor todas las familias de las gentes; porque del Señor es el reino, y él mismo dominará a las gentes» (Sal. 21, 28 sigs.); de modo que no solo la variedad de cada una de las gentes, sino también todos los goznes del mundo sean prenunciados como creyentes en Cristo. Según aquello que él mismo habla: «Mas cuando hubiere sido predicado este Evangelio en todo el mundo, entonces será el fin» (Mt. 24, 14). Otros quieren que por «cimas y extremos de la tierra» se entienda a aquellos que, no consistiendo en medio de la tierra, sino en sus términos extremos a modo de ruedas, abandonan lo humilde y se apresuran a lo excelso.

(Vers. 11-13.) Retiraos, retiraos, salid de allí, no queráis tocar lo poluto: salid de en medio de ella, limpiaos los que lleváis los vasos del Señor. Porque no saldréis en tumulto, ni os apresuraréis en la huida. Pues os precederá el Señor, y os congregará el Dios de Israel.

LXX: «Retiraos, retiraos, salid de allí, y no toquéis lo inmundo: salid de en medio de ella: separaos los que portáis los vasos del Señor, porque no saldréis con tumulto, ni iréis con huida: sino que os precederá el Señor, y el que os congrega es el Dios de Israel».

Y esto los judíos intentan disertarlo así: Salid de Babilonia, y sus ídolos abandonad. Salid de en medio de ella, y los vasos que Nabucodonosor, capturada Jerusalén, se había llevado (4 Rey. 15), soltando Ciro a los cautivos bajo Zorobabel y Esdras (Esd. 1), devolvedlos al templo; ni como

antes de Egipto con tumulto y temor huisteis, así salgáis de Babilonia; sino con paz y voluntad del rey de los persas y medos, en el cual la voluntad del Señor apareció, el cual os protegió y congregó. Otros interpretan lo que de Babilonia dijimos sobre el reino romano, que en el advenimiento de Cristo que los ha de librar, todas estas cosas se cumplan. Mas nosotros oyendo arriba: «Qué hermosos sobre los montes los pies del que anuncia y predica la paz». Y: «Revelará el Señor su brazo en presencia de todas las gentes»: Y, «verán todos los confines de la tierra la salud de nuestro Dios», de ningún modo entendemos esto de los judíos, sino del coro de los Apóstoles y de todos los Santos. A los cuales se les manda que se retiren de Jerusalén, y en todo el mundo prediquen el Evangelio, diciendo el Señor Salvador: «Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo» (Mt. 28, 19): para que de ningún modo permanezcan con los judíos blasfemos, para cuya muerte se prepara el ejército romano; sino que abandonen a los polutos: y se separen de ellos y se limpien los que portan los vasos del Señor. Pues son templo del Espíritu santo (1 Cor. 3), y en una gran casa hay vasos de oro y plata. Cual fue el Apóstol Pablo, que es llamado vaso de elección (Hech. 9), pues se había preparado para ser vaso precioso y apto para el ministerio de Dios. O ciertamente ha de decirse esto, que los «vasos del Señor» son la armadura espiritual de Dios. De la cual también el Apóstol Pablo hablaba: «Vestíos de la armadura de Dios» (Ef. 6, 11), y por cada una enumera: la loriga de la

justicia, y el escudo de la fe, y el yelmo de la salud, y la espada del espíritu, que se interpreta como palabra de Dios. A estas añade, el cíngulo de la verdad, y calzados los pies en la preparación del Evangelio de la paz. Y en otro lugar: «Deponiendo, pues, las obras de las tinieblas, vistámonos las armas de la luz» (Rom. 13, 13). Sigue: «No saldréis en tumulto, ni os apresuraréis en la huida». Pues no como vencidos se retiraron de Jerusalén, sino como vencedores: para que quienes diariamente predicando en el Templo el Evangelio de Dios, habían sometido a muchos miles de judíos a la fe de Cristo, también subyugaran al mundo a su Evangelio. Pues tenían al Señor como guía, que los congregaría, el Dios de Israel, esto es, de todo el orbe de la tierra haría un solo rebaño, para que se cumpliera aquello que el Señor habla en el Evangelio al Padre (Jn. 17, 21): «Da, que como yo y tú somos uno, así también estos sean uno en nosotros»: para que con el mismo sentido y la misma sentencia, abandonando los vicios repugnantes entre sí y contrarios, aprehendieran una sola virtud. Pues los vicios y las perturbaciones no se siguen entre sí por turno: lo cual se dice de las virtudes, en las cuales ni hay hyperbolai (excesos), ni elleipseis (deficiencias), esto es, ni «más» ni «menos», sino que todo es templado. Por lo demás, en los vicios todo es contrario, como el pavor a la audacia, la superstición a la impiedad, la lujuria a la parquedad.

He aquí que entenderá mi siervo, será exaltado, y será elevado y será muy sublime. Como se estuporecieron sobre ti muchos: así será inglorio-

so entre los varones el aspecto de él, y la forma de aquel entre los hijos de los hombres. Él aspejará muchas gentes: sobre él los reyes contendrán su boca: porque a los que no les había sido narrado de él, vieron; y los que no habían oído, contemplaron.

LXX: «He aquí que entenderá mi niño, y será exaltado, y será glorificado sobremanera. Como muchos se estuporecerán sobre ti: así en gloria estará por los hombres tu especie, y tu gloria por los hijos de los hombres: así se maravillarán muchas gentes sobre él, y contendrán los reyes su boca, porque a quienes no se ha anunciado de él, verán, y los que no han oído, entenderán».

Para que ninguna ambigüedad se deje a los lectores de quién sea aquel que había dicho: «Yo que hablaba, he aquí que estoy presente»; y que él sea el brazo santo del Señor que a todas las gentes fue revelado, Dios omnipotente Padre lo enseña perspicuamente: «He aquí que entenderá mi siervo» o «mi niño», sobre cuya diferencia arriba dijimos. Entenderá, además, no como verbo de Dios y sabiduría; sino como siervo y niño. El cual, estando en forma de Dios, se dignó recibir la forma de siervo: hecho obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. 2). Por lo cual lo exaltó, y le donó el nombre sobre todo nombre. El cual habla en el salmo: «Bendeciré al Señor, que me dio el intelecto» (Sal. 15, 7); y de quien David canta: «El que hizo los cielos en intelecto» (Sal. 135, 5). Pues él mismo es la sabiduría y la inteligencia, que progresaba como niño en edad y sabiduría: de quien habla también Pedro:

«El Dios de nuestros padres glorificó a su Hijo Jesús, al cual vosotros ciertamente entregasteis y negasteis ante la faz de Pilato que quería soltarlo. Mas vosotros negasteis al santo y al justo» (Hech. 3, 13-14), de quien también arriba mostramos escrito: «Yo soy testigo, dice el Señor, y el niño que elegí: sobre él se estuporecerán muchísimos» (Is. 43, 10), cuando hayan visto sus signos. Y de aquí será mayor el milagro, de que inglorioso sea entre los hombres su aspecto: no porque signifique fealdad de la forma, sino porque en la humildad vino y en la pobreza. El cual, siendo rico, por nosotros se hizo pobre; y dijo a los creyentes: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt. 11, 29): de quien también Clemente, varón apostólico, que después de Pedro rigió la Iglesia Romana, escribe a los Corintios: El cetro de Dios, el Señor Jesucristo, no vino en la jactancia de la soberbia, pudiendo todas las cosas, sino en la humildad. Al punto que golpeado por un ministro del sacerdote, respondió: «si mal hablé, arguye sobre el pecado; mas si bien, ¿por qué me pegas» (Jn. 18)? teniendo doce mil mil de Ángeles que obedecerían a sus gestos. «Este aspejará muchas gentes», limpiándolas con su sangre y en el bautismo de Dios consagrándolas a la servidumbre. «Sobre él contendrán los reyes su boca», y los príncipes del siglo, cuya sabiduría toda fue subvertida por la predicación de la cruz: y los que no habían tenido la Ley y los Profetas, y a los que no se les había anunciado sobre él, ellos mismos verán y entenderán. De los cuales habla también el Salvador: «Bienaventurados los que no vieron

y creyeron» (Jn. 20, 29). En cuya comparación se reprende la dureza de los judíos, quienes viendo y oyendo, cumplieron en sí el vaticinio de Isaías, que dice: «De oído oiréis y no entenderéis; y viendo veréis y no miraréis. Pues se ha engrosado el corazón de este pueblo, y con los oídos oyeron pesadamente» (Is. 6, 9-10).

(Cap. LIII.---Vers. 1 sig.) «¿Quién creyó a nuestro oído?, ¿y el brazo del Señor a quién fue revelado? Y ascenderá como un pimpollo delante de él, y como raíz de tierra sedienta: no hay especie en él, ni decoro; y lo vimos, y no era aspecto; y lo deseamos. Despreciado y el novísimo de los varones, varón de dolores y conocedor de la enfermedad; y como escondido su rostro y despreciado: por lo cual ni lo reputamos. Verdaderamente él cargó con nuestros languores, y él portó nuestros dolores: y nosotros lo reputamos como leproso, y herido por Dios y humillado».

LXX: «Señor, ¿quién creyó a nuestro oído?, ¿y el brazo del Señor a quién fue revelado? Anunciamos como a un niño en su presencia: como raíz en tierra sedienta. No hay especie en él ni gloria, y lo vimos, y no tenía especie ni decoro: sino que su especie es deshonrada y deficiente ante los hijos de los hombres. Hombre en la llaga, y conocedor de llevar la enfermedad, porque fue apartada su faz, despreciada y no reputada. Este porta nuestros pecados, y por nosotros se duele, y nosotros lo reputamos estar en el dolor, y en la llaga y en la aflicción».

Después de las palabras del Padre, con las que había anunciado que su hijo habría de venir al

mundo; y antes del escándalo de la cruz, de la cual habría de decir: «Inglorioso será su aspecto, y su forma ante los hijos de los hombres», había antepuesto la gloria de la resurrección: «Será exaltado y elevado, y será sublime sobremanera»; para que por la humildad de la cruz previniera la gloria de la resurrección, respondió el coro de los Profetas que ellos habían cumplido su oficio, y que en cuanto estaba en ellos, habían anunciado a todos su brazo y su virtud. Mas en aquello que dice: «¿Quién creyó a nuestro oído?, ¿y el brazo del Señor a quién fue revelado?», significa la escasez de los que creen de entre los judíos. Y lo que sigue: «Ascenderá como un pimpollo delante de él»; por lo cual los LXX vertieron: «Anunciamos como a un niño delante de él»; por «pimpollo», Simaco interpretó «ramo», para mostrar al hombre asumido que procedió del útero virginal. De lo cual infiere: «Como raíz de tierra sedienta». Por «sedienta», Aquila interpretó «invia» (sin camino), para demostrar el privilegio de la virginidad, porque sin ninguna semilla humana fue creado de la tierra antes invia. Este es de quien también arriba leímos: «Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una flor de su raíz ascenderá» (Is. 11, 1); para que signifique su nacimiento y ascenso en el mundo.

Pero si no tenía especie ni gloria, sino que su forma era innoble y deficiente ante los hijos de los hombres, o como se tiene en el hebreo, «despreciado y el novísimo de los varones», ¿cómo se dice en los Salmos: «Cíñete tu espada sobre tu muslo, poderosísimo, con tu hermosura y tu decoro»

(Sal. 44, 4)? Lo cual se soluciona fácilmente. Despreciado era e innoble cuando pendía en la cruz, y hecho por nosotros maldición, portaba nuestros pecados. Y hablaba al Padre: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt. 27, 46). Mas ínclito era, y decoroso en el aspecto, cuando ante su pasión la tierra contremeció, las piedras se rompieron, y huyendo el sol, los elementos temieron la noche eterna. De quien también la esposa en el Cantar de los Cantares dice: «Mi hermanastro blanco y rubicundo, elegido entre miles» (Cant. 5, 10). Blanco por la plenitud y pureza de las virtudes, rubicundo en la pasión, de la cual después hemos de leer: «¿Quién es este que asciende de Edom, leonadas sus vestiduras de Bosra?»; elegido entre miles en la resurrección; para que quien era primogénito de toda criatura, se hiciera primogénito de entre los muertos.

Pero lo que añade: «Hombre en el dolor y conocedor de llevar la enfermedad», o «varón de dolores y conocedor de la enfermedad», demuestra un verdadero cuerpo de hombre, y una verdadera alma, el cual conociendo llevar las enfermedades, todas ellas las superó por la divinidad. Y escondido su rostro y despreciado, para que por el cuerpo humano se ocultara la potencia divina. De lo cual arriba se dijo: «Tú eres Dios escondido, y no lo sabíamos». El cual verdaderamente cargó con nuestros languores y pecados, y por nosotros se duele, no putativamente, esto es, to dokein, como sospechan la antigua y la nueva herejía; sino que verdaderamente fue crucificado. Verdaderamente se dolió, diciendo en el

Evangelio: «Triste está mi alma hasta la muerte» (Mt. 26, 38). Y: «Ahora mi alma está turbada» (Jn. 12, 27). Y nosotros lo reputamos ser inmundo, o «en el dolor», como los Setenta vertieron, por lo cual Aquila y Simaco pusieron «leproso», Teodoción «azotado». Lo cual en otras palabras por el idioma hebreo se entiende «lepra», según aquello que en el salmo está escrito: «Y el azote no se aproximará a tu tabernáculo» (Sal. 90, 10). Y es el sentido: Reputamos que él por sus pecados fue herido por Dios, el cual fue humillado por nosotros, y crucificado con ladrones. Por lo que Simaco vertió En haphe onta, esto es, «estando en la lepra»; Aquila puso aphemenon, esto es, «leproso»; lo cual muchos no entendiendo, piensan «abandonado», y otros leen «sentado». En el principio del capítulo, en el cual según los Setenta se dice: «Señor, ¿quién creyó a nuestro oído?, ¿y el brazo del Señor a quién fue revelado?» (Rom. 10), de cuyo testimonio también usa el apóstol Pablo a los Romanos, exponiendo aquello sobre la pasión del Señor: «Señor», en el hebreo no se tiene, sino que por la inteligencia de la persona a la que se dice, fue añadido.

(Vers. 5-7.) «Pero él fue herido por nuestras iniquidades, fue quebrantado por nuestros pecados. La disciplina de nuestra paz sobre él, y por sus cardenales hemos sido sanados. Todos nosotros como ovejas erramos, cada cual en su vía declinó: y el Señor puso en él la iniquidad de todos nosotros. Fue ofrecido porque él mismo quiso, y no abrió su boca».

LXX: «Pero él fue herido por nuestros pecados, y fue debilitado por nuestras iniquidades. La disciplina de nuestra paz sobre él: por sus cardenales hemos sido sanados. Todos como ovejas erramos, el hombre en su vía erró. Y el Señor lo entregó por nuestras iniquidades, y él por la aflicción no abrió su boca».

Nosotros, dice, lo reputamos varón de dolores: o según los Setenta, estar en el dolor, y herido por Dios, y sostener sus propios pecados. Mas él fue herido por nuestras iniquidades, diciendo en el salmo: «Taladraron mis manos y mis pies» (Sal. 21, 18), para que con su herida curara nuestras heridas, y fue quebrantado, o debilitado por nuestros crímenes, para que hecho por nosotros maldición, nos librara de la maldición. Pues maldito es todo hombre que cuelga del madero (Dt. 21, Gálat. 3). De donde la disciplina de nuestra paz es sobre él. Pues lo que nosotros debíamos sostener por nuestros crímenes, él lo padeció por nosotros, pacificando por la sangre de su cruz, sea lo que está en la tierra, sea lo que está en los cielos. Pues él es nuestra paz, que hizo de ambos uno, y solviendo el muro medio de la maceria, deshaciendo la enemistad en su carne, «y por sus cardenales hemos sido sanados» (Ef. 2). De lo cual es perspicuo que, así como el cuerpo azotado y lacerado llevaba los signos de la injuria en las vibices y el livor (cardenales): así también que el alma verdaderamente se dolió por nosotros, para que no se crea en Cristo en parte la verdad y en parte la mentira (Rom. 3).

«Todos», dice, «como ovejas erramos», e indijimos de la misericordia de Dios, diciendo en el salmo: «Erré como oveja perdida» (Sal. 118, 176); la cual en la parábola del Evangelio del buen Pastor y solícito fue reportada sobre sus hombros (Mt. 18). Quiénes sean, pues, estas ovejas, el versículo siguiente lo muestra. «El hombre en su vía erró»; o cada cual en su vía declinó, para que siguiera su propio error, y desertando de la vía recta, sintiera diversamente sobre el Crucificado. «Mas el Señor puso en él la iniquidad de todos nosotros», o lo entregó por nuestros pecados; para que lo que por la imbecilidad de las fuerzas no podíamos llevar, por nosotros lo portara aquel que «fue ofrecido porque él mismo quiso». Pues no por necesidad sostuvo la cruz, sino por voluntad, diciendo en el Evangelio: «El cáliz que me dio el Padre, ¿no lo beberé?» (Jn. 18, 11). Y a Pedro que se escandalizaba por el nombre de la cruz, porque no conocía el misterio, y por humano pavor trepidaba: «Vete atrás de mí, Satanás, escándalo me eres, porque no sabes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres» (Mt. 16, 23). De otro modo, si no hubiera sido ofrecido por su propia voluntad, el que podía indicar y predecir al traidor, y hablaba a los Apóstoles: «Todos vosotros en esta noche en mí sostendréis escándalo», podría haber declinado a los que habían sido enviados a él, a los cuales ocurre intrépido, y de grado se ofreció diciendo: «¿A quién buscáis?» (Jn. 18, 4, 6). Quienes al punto cayeron hacia atrás; pues la voz de Dios presente no podían llevarla. And bellamente añadió: «Y no abrió

su boca». Quien al decir Pilato: «¿A mí no me hablas?», no quiso responder. O según los Setenta: «Aflicto no abrió la boca». O según Simaco y Teodoción, «oyente no abrió su boca».

(Vers. 7 sigs.) «Será llevado como oveja al matadero, y como cordero ante su trasquilador enmudecerá, y no abrirá su boca. De la angustia y del juicio fue quitado. Su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes: por la maldad de mi pueblo los herí. Y dará a los impíos por su sepultura, y al rico por su muerte: porque no hizo iniquidad, ni hubo dolo en su boca. Y el Señor quiso quebrantarlo en la enfermedad».

LXX: «Como oveja a la víctima fue conducido, y como cordero mudo ante el que lo trasquila, así no abrió su boca. En la humildad su juicio fue quitado. Su generación, ¿quién la contará?, porque se quita de la tierra su vida. Por las iniquidades de mi pueblo fue conducido a la muerte; y daré a los pésimos por su sepultura, y a los ricos por su muerte. Porque no hizo iniquidad, ni dolo en su boca: y el Señor quiere limpiarlo de la llaga».

Este testimonio, cuando en los Hechos de los Apóstoles el Eunuco de la reina Candace era llevado en su carroza (Hech. 8, 27 ss.), y leyendo no entendía, interpretando Felipe sobre la pasión y el nombre del Salvador, entendió, y al punto bautizado, en la sangre del cordero que leía, mereció ser llamado varón, y fue enviado como Apóstol a la nación de los etíopes. Quien, pues, fue ofrecido a Pilato, porque él mismo quiso; y no respondió, para que ascendiera al patíbulo condenado por

nosotros, él como oveja al matadero fue conducido, y como cordero ante su trasquilador enmudeció. Pues nuestra pascua ha sido inmolado Cristo (1 Cor. 5), a quien Juan el Bautista mostraba, diciendo: «He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo» (Jn. 1, 29). El cual también en el Apocalipsis de Juan el Evangelista, a menudo es recordado como cordero degollado (Apoc. 5). Quien habla de sí mismo en Jeremías (Jer. 11, 19): «Mas yo como cordero inocente, y conducido a la víctima, no sabía». Pues como no conociera el pecado, por nosotros se hizo pecado (2 Cor. 5). Y como el cordero cuando es conducido a la víctima, no repugna: así él padeció por voluntad, para que destruyera a aquel que tenía el imperio de la muerte (Heb. 2), humillándose hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. 2). Este es el cordero, en cuyo tipo se inmolaba el cordero, cuya sangre untada en los postes ahuyentaba al exterminador de Egipto (Exod. 12); quien no solo con su sangre nos redimió, sino que también con sus lanas nos cubrió, para que a los que estábamos ateridos de infidelidad, nos calentara con su vestidura, y oyéramos al Apóstol hablándonos: «Cuantos fuisteis bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido» (Gál. 3, 27). Y en otro lugar: «Revestíos del Señor Jesucristo» (Rom. 13, 14).

Y lo que sigue: «De la angustia y del juicio fue quitado»; o como los LXX vertieron: «En la humildad su juicio fue quitado», significa aquello, que de la tribulación y el juicio ascendió vencedor al Padre; o que el juez de todos, no halló la verdad del juicio; sino que sin culpa alguna,

por la sedición de los judíos y la voz de Pilato fue condenado. Por lo cual se admira el Profeta, de que el Dios de todos se entregara a la pasión. De lo cual Pablo habla: «Pues si hubieran creído, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria» (1 Cor. 2, 8).

Sigue: «Su generación, ¿quién la contará?». Lo cual se entiende doblemente: pues o bien ha de recibirse de su divinidad, que sea imposible conocer los misterios de la divina natividad; de la cual él mismo habla en los Proverbios: «Antes de todos los collados me engendró» (Prov. 8, 25); según aquello que en otra parte leemos: «¿Quién conoció el sentido del Señor, o quién fue su consejero?» (Rom. 11, 34); esto es, nadie; o bien del parto de la Virgen, que difícilmente pueda exponerse. Finalmente, cuando se decía a María por el Ángel: «Concebirás y parirás un hijo», ella respondió: «¿De dónde a mí esto, pues no conozco varón?». A quien de nuevo el Ángel: «El Espíritu Santo», dijo, «vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te obumbrará» (Luc. 1, 31, 34, 35), para que o por el Ángel, o por el Evangelista solamente se digan los sacramentos de esta natividad. Cuyo narrador es rarísimo, según aquello: «¿Quién es sabio, y entenderá estas cosas? ¿Entendiendo, y las conocerá?» (Os. 14, 10).

Mas si el prudente lector respondiere con tácita cogitación: ¿Y cómo está escrito: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre: y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y a quien el Hijo quisiere revelarlo»? Y quien conoce al Padre y al Hijo, ciertamente también puede contar el misterio

de la generación. Oiga que una cosa es conocer, otra elocucionar, porque frecuentemente lo que concebimos con la mente, no podemos explicarlo con el sermón. Ergo también el misterio de la divina natividad en el cuerpo, pueden los santos conocerlo por la fe más que decirlo. De otro modo también el Apóstol arrebatado al tercer cielo y al paraíso, oyó palabras que de ningún modo vale la lengua humana proferir (2 Cor. 12). Pero también el Espíritu interpela por nosotros con gemidos inefables.

De este, pues, cuya generación o nadie, o raro puede contar, fue quitada la vida de la tierra; para que de ningún modo en la tierra, sino en el cielo viviera. O fue cortado de la tierra de los vivientes, para que se cumpliera de él lo que está escrito en el Apocalipsis de Juan: «Yo soy el primero y el novísimo: que vivía, y estoy muerto: y he aquí que vivo por los siglos» (Apoc. 1, 17-18); para que después de la vida que vivió en la tierra muerto para la tierra, viviera para los cielos eternamente. Y lo que se junta: «Por la maldad de mi pueblo los herí»; o, según los LXX, «por las iniquidades de mi pueblo fue conducido a la muerte», tiene un doble sentido. Pues o bien a los perseguidores y malvados de su pueblo, con su muerte hirió: o por la magnitud de los pecados del pueblo, al que siempre tuvo por peculiar, fue conducido a la muerte, para revocarlos a ellos a la vida con su muerte.

«Él mismo dio a los impíos por su sepultura; y al rico por su muerte». O a los pésimos por su sepultura; y a los ricos por su muerte: significando a

ambos pueblos, para que en los malos y pésimos, que antes no tenían la noticia de Dios (Rom. 9), se muestre la multitud de las gentes: en los ricos, de quienes era el Testamento y la Legislación y los Profetas, se demuestre el pueblo judaico. Por tanto, por eso padeció el Señor y fue sepultado, para que de ambos pueblos se congregara para sí la Iglesia. O bien ha de decirse esto, que a los Escribas y Fariseos, y a los Saduceos, sacerdotes y pontífices, que en el pueblo antes reinaban, y afluían en nimias riquezas, después de la pasión del Señor entregó Dios a los romanos, y los sujetó a eterna servidumbre.

Este por cuya sepultura y muerte los impíos y los ricos fueron entregados, no hizo iniquidad, ni dolo fue hallado en su boca. Lo cual de nadie absolutamente de los hombres puede entenderse, de modo que ni de obra, ni de palabra haya pecado, diciendo la Escritura: «Nadie limpio de suciedades, ni aunque de un solo día fuere su vida». Y: «Todos como ovejas erramos, cada cual en su vía declinó» (Job 25, Sal. 118): sino de aquel que cargó con nuestros pecados, y por nosotros se duele, y fue herido por nuestras iniquidades, y afligido por nuestros crímenes, por cuyos cardenales hemos sido sanados. Sobre lo cual también el príncipe de los Apóstoles Pedro, explicando este testimonio, dice: «Pues para esto fuisteis llamados, porque también Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas. Quien no hizo pecado, ni fue hallado dolo en su boca. Quien cuando se le maldecía, no mal-

decía: y cuando padecía, no amenazaba» (1 Ped. 2, 21 ss.).

Mas el Señor quiso limpiarlo de la llaga que herido por la lanza del soldado había recibido. O quebrantarlo en la enfermedad y la herida: sobre lo cual también él mismo decía: «Porque a quien tú has herido, ellos han perseguido» (Sal. 68, 27). Y por Zacarías habla Dios: «Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas» (Zac. 13, 7). Por tanto, para que padeciera no fue de necesidad, sino de la voluntad del Padre y suya, a quien él mismo decía: «Dios, para que hiciese tu voluntad, quise» (Sal. 39, 9). Sobre lo cual también arriba leímos: «Fue ofrecido porque él mismo quiso».

(Vers. 10, 11.) «Si pusiere por el pecado su alma, verá semen longevo, y la voluntad del Señor en su mano será dirigida. Por lo que trabajó su alma, verá y se saciará: en su ciencia justificará él mismo justo a mis siervos muchos, y las iniquidades de ellos él mismo portará».

LXX: «Si diereis por el pecado, vuestra alma verá semen longevo: y quiere el Señor quitar del dolor su alma, mostrarle la luz, y formar la inteligencia. Justificar al justo bien sirviendo a muchos: y los pecados de ellos él mismo portará».

Según el hebreo este es el sentido: Si pusiere por el pecado su alma aquel a quien el Señor quiso quebrantar, o limpiar, verá semen longevo, el que sembró en buena tierra. De lo cual en el Evangelio está escrito: «Salió el que siembra a sembrar»; y de nuevo: «Semejante es el reino de los cielos al hombre que sembró buen semen en su campo» (Mt. 13, 3). «Y la voluntad del Señor en su mano

será dirigida», para que lo que el Padre quiso, por sus virtudes se cumpla, diciendo al Padre: «Yo los guardé en tu nombre a los que me diste. Custodié, y nadie de ellos pereció, sino el hijo de perdición» (Jn. 17, 12). Mas el semen verá eterno, y la voluntad del Padre en su mano será dirigida: porque trabajó su alma por mucho tiempo, no hallando descanso en los judíos, y diciendo en el Evangelio: «Las zorras tienen fosas, y las volátiles del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde recline su cabeza» (Mt. 8, 20). Y en este mismo Profeta: «Trabajé sosteniendo» (Is. 1, 14). Porque por tanto trabajó, verá a las Iglesias en todo el orbe consurgir, y de la fe de ellas se saciará. Finalmente, cuando hambriento y sediento se había sentado sobre el pozo de Jacob (Jn. 4), al mediodía con el sol ardiente, no quiso usar de los alimentos comprados, porque ya de la fe de la samaritana, y de la ciudad de Siquem que salía a él, estaba saciado. Según cuyo sentido decía entre las ocho bienaventuranzas: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia» (Mt. 5, 6). En su ciencia, esto es, en la doctrina, él mismo justo, que pecado no hizo, ni dolo fue hallado en su boca: y siervo del Padre, que la forma de siervo había aceptado, y a la voluntad del Señor había servido, a muchos justificará de todo el orbe creyentes. «Y las iniquidades de ellos él mismo portará», las cuales ellos no podían portar, y por cuyo peso eran oprimidos.

Según los Setenta esto se dice: Oh vosotros, por cuyos pecados el Hijo de Dios fue conducido a la muerte, que pésimos, y en el mal ricos, fuisteis

dados por su sepultura y muerte, si quisiereis hacer penitencia, y por vuestros pecados ofrecer sacrificio placiente a Dios, el espíritu contribulado, verá vuestra alma el semen de largo tiempo, al mismo Señor Salvador. De quien en el octogésimo octavo salmo se canta: «Su semen en eterno permanece, y el trono de aquel como el sol en mi presencia». Y de nuevo: «Pondré por el siglo del siglo su semen, y su trono como los días del cielo». Lo cual con otras palabras a la Virgen habla Gabriel: «He aquí concebirás en el útero y parirás: quien Hijo del Altísimo será llamado. Y le dará el Señor el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre: y de su reino no habrá fin» (Luc. 1, 31-32). Quiere pues el Señor quitar del dolor su alma, quien había dicho: «Triste está mi alma hasta la muerte» (Mt. 26, 38), para que la contumelia de la cruz con la gloria de la resurrección se tempere. «Y mostrarle la luz», para que a todos por sí vea iluminados. «Y formar la inteligencia», se sobrentiende a aquel sobre quien descendiere el espíritu de sabiduría e inteligencia. «Y justificar al justo», que bien a muchos haya servido; pues no vino para que se le ministrara, sino para ministrar (Mt. 20), en los pies de Pedro (Jn. 13), de todos los Apóstoles los pecados lavando. Quien apareció en la carne, fue justificado en el espíritu. De quien también Judas el traidor confiesa: «Pequé, entregando sangre justa» (Mt. 27, 4). Y la mujer de Pilato: «Nada sea a ti y a aquel justo: pues muchas cosas he padecido hoy en sueños por causa de él». Y ha de notarse que no fue justificado para que de inicuo

se hiciera justo. Sino que el justo es justificado, no para que empezara a ser lo que no era; sino para que lo que era a todos apareciera. Este justo por los inicuos padeció, para que a todos nosotros nos ofreciera a Dios. De quien se dice a los judíos: «Y negasteis al santo y al justo, y pedisteis que un varón homicida se os donara» (Hech. 3, 14). «Y los pecados», dice, «de ellos él mismo portó»; como médico los languores de los que enferman, de lo cual los sanos no indigen, sino los que mal se hallan (Luc. 5).

(Vers. 12.) «Por tanto le repartiré muchísimos, y de los fuertes dividirá los despojos: por lo que entregó a la muerte su alma, y con los malvados fue reputado: y él mismo los pecados de muchos llevó, y por los transgresores rogó».

LXX: «Por eso él mismo poseerá a muchos, y de los fuertes dividirá los despojos: por lo que fue contaminada en la muerte su alma, y con los inicuos fue reputado, y él mismo los pecados de muchos recibió, y por las iniquidades de ellos fue entregado».

Da las causas de por qué después de la pasión consiga Cristo muchos premios. Porque, dice, padeció, e hizo todas las cosas que el sermón pasado describió, y las iniquidades de muchos él mismo portó: por tanto le dividiré muchísimos, para que en lugar de la parte del Señor Jacob, y del cordel de su herencia Israel, crean en él de Oriente y Occidente viniendo, y recumban en el reino de Dios con Abraham, Isaac y Jacob (Mt. 8): cumpliéndose aquello que está escrito: «Pídeme, y te daré las gentes por tu heredad, y por tu pose-

sión los términos de la tierra» (Sal. 2, 8). De quien también en este mismo Profeta se lee: «Estará la raíz de Jesé: y el que resurgirá para principiar a las gentes, en él las gentes esperarán» (Is. 11, 10). Mas estos muchísimos antaño por los fuertes eran tenidos; y bajo la especie de la asna y del pollino, muchos tenían señores, a quienes dijeron los Apóstoles: «El Señor los tiene por necesarios» (Mt. 21, 3). Los cuales fuertes eran antes de que Cristo el cuerpo humano asumiera, y al fuerte superado, dirripiera su casa. La presa, pues, de los fuertes a sus Apóstoles entregó y dividió, para que Pedro, Santiago y Juan, de la circuncisión del pueblo príncipes se hicieran, y Pablo y Bernabé fueran enviados a las gentes, por los lugares, no por el ánimo separados, y bajo un solo Señor en diversa línea de batalla estuvieran, para que por la victoria de ambos escuadrones, el triunfo erigieran al Salvador. De lo cual quienes la dispensatoria entre Pedro y Pablo contención (Hech. 15) verdaderamente dicen que fue jactancia y certamen, para que al blasfemante Porfirio satisfagan: y las ceremonias de la antigua Ley en la Iglesia de Cristo, por la estirpe del creyente Israel aseren que han de ser servadas, deben también la áurea en mil años esperar Jerusalén, para que víctimas inmolen, y sean circuncidados, para que en el sábado se sienten, duerman, se sacien, se embriaguen, y surjan a jugar, cuyo juego ofende a Dios.

Esto dijimos por aquello que ahora se profetiza: «Y de los fuertes dividirá los despojos» (Is. 53, 12). Según aquello que en otro lugar está escrito:

«Cuando dividiera el celestísimo a los reyes en ella». Y de nuevo: «El Rey de las virtudes del dilecto, y de la especie de la casa dividir los despojos» (Sal. 67, 13). Finalmente sobre el apóstol Pablo, que de la tribu de Benjamín era, según el hebreo se dice: «Benjamín lobo rapaz: por la mañana comerá, y por la tarde dividirá los despojos» (Gén. 49, 27). De los cuales también antes ya dijimos: «Se alegrarán en tu presencia, como los que se alegran en la mies, y como los que dividen los despojos» (Is. 9, 3), en todo el orbe para sí las Iglesias de Cristo dividiendo. Por tanto recibirá gentes muchísimas, quien vino a predicar a los cautivos la remisión, y la cautiva antes por el diablo y los demonios llevó cautividad, y la dio de don a los hombres y creyentes, porque entregó a la muerte su alma, y con los malvados o inicuos fue reputado (1 Cor. 9). Pues si su Apóstol a los que estaban sin ley, se hizo como sin ley; no estando sin ley, sino estando en la ley de Cristo: ¿por qué no también Cristo con los inicuos fue reputado, para que a los inicuos redimiera del pecado, y a todos todas las cosas se hiciera, para que a todos salvos hiciera? Pues nuestros pecados portó en su cuerpo (1 Ped. 2), al madero de la cruz afijándolos, para que borrara el quirógrafo, que al diablo y a los ángeles de aquel habíamos hecho, escrito por las manos del alma, esto es, por las obras de ella. De las cuales el apóstol Pablo habla: «Y vosotros cuando estabais muertos en los pecados, y en los deseos de la carne, os hizo vivir con Cristo, donándonos todos los pecados. Y borrando lo que contra nosotros era el quiró-

grafo, que nos era contrario; y él mismo lo quitó de en medio, afijándolo a la cruz: despojando los principados, y a las potestades deshonró, confidentemente triunfando de ellos» (Ef. 1, 2; Col. 2, 14-15). Inicuos, pues, con los cuales fue reputado, Marcos el Evangelista a los ladrones entiende, escribiendo: «Y crucificaron con él a dos ladrones: uno a la diestra, y otro a la siniestra. Y se cumplió la Escritura que dice: Y con los inicuos fue reputado» (Mc. 15, 27). Lo cual también más alto puede entenderse, diciendo de sí mismo el Señor: «Reputado fui con los que descienden al lago: fui hecho como hombre sin ayuda entre los muertos libre» (Sal. 87, 4). Verdaderamente pues reputado fue entre los pecadores e inicuos, para que descendiera al infierno; que en muchos lugares de las Escrituras se llama lago, y a los vinctos (atados) en el cárcel liberara. Quien fue entregado por nuestros pecados, y resurgió por nuestra justificación (Rom. 4). Y de tanta clemencia fue, que por los transgresores, imno por sus perseguidores rogara en la cruz, y dijera: «Padre, perdónales: pues lo que hacen, no saben» (Lc. 23, 34).

Libro D

ECIMOQUINTO.

(625-626) Frecuentemente, Eustoquio, sé que he dicho que los Apóstoles y Evangelistas, dondequiera que ponen testimonios del antiguo Instrumento, suelen usar o sus propias palabras o las de los setenta Intérpretes si no hay diversidad entre el hebreo y la Septuaginta. Pero si el sentido es de una manera en el hebreo y de otra en la antigua edición, siguen más al hebreo que a los setenta Intérpretes. Finalmente, así como nosotros hemos mostrado que ellos han puesto muchas cosas del hebreo que no se tienen en la Septuaginta; así nuestros émulos enseñen algunos testimonios asumidos de la Septuaginta que no están en los libros de los hebreos: y terminada está la contención. Esto dijimos porque el presente capítulo, aunque en el sentido sea uno, en las palabras discrepa. De cuya explicación el libro decimoquinto sobre Isaías comienza.

(Cap. LIV.---Vers. 1.) «Alaba, estéril, que no pares: decanta la alabanza y relincha, que no parturías: porque muchos son los hijos de la desierta, más que de aquella que tenía varón, dice el Señor». LXX: «Alégrate, estéril, que no pares: irrumpe y clama, que no partures: porque muchos son los hijos de la desierta, más que

de aquella que tiene varón. Pues dijo el Señor». Simaco interpretó este lugar así: «Alégrate, estéril, que no has parido. Gózate en la exultación, y relincha, que no has parturado: Pues muchos son los hijos de la disipada, más que de aquella que estaba bajo el varón». De quien Teodoción y Aquila, excepto por pocas palabras, no discrepan.

Después del nacimiento del Salvador, y del orden de su vida y virtudes, la pasión de la cruz, y la gloria de la resurrección, cuando poniendo su alma, vio semilla longeva, y en su ciencia él mismo justo justificó a muchísimos, y de los fuertes dividió los despojos, y por los transgresores rogó, dando lugar a la penitencia, pasa a la vocación de las gentes, y a los que en él han de creer, describe con pleno sermón. El cual lugar ciertamente también el apóstol Pablo, bajo el nombre de Sara e Isaac, refiere a la Iglesia (Gál. 4, 27 ss.), porque el primer pueblo del monte Sinaí y Agar sirve con sus hijos; mas el siguiente es libre, de quien dice Isaías: «Alégrate, estéril, que no pares: irrumpe y clama, que no partures: porque muchos son los hijos de la desierta, más que de aquella que tiene varón»; y enseguida: «Nosotros, pues», dice, «hermanos, (627) según Isaac, somos hijos de la repromisión». Pero así como entonces el que nació según la carne, perseguía a aquel que según el espíritu: así también ahora. Pero ¿qué dice la Escritura? «Echa a la esclava y a su hijo. Pues no será heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre». «Nosotros, pues, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre: con cuya libertad nos donó Cristo» (Gál. 4, 27 ss.).

Si por tanto el vaso de elección, asumiendo de Isaías el testimonio que ahora tenemos en manos, lo refirió a los hijos de la repromisión, y a la Iglesia de las gentes, o congregada de ambos pueblos, que había sido desierta en los judíos y relicta, que no había tenido por varón a Dios, ni había recibido la Ley ni a los Profetas, por la misma razón somos compelidos a seguir las huellas del predecesor, y a llamarla desierta a ella, de quien arriba (Al cap. 35) leímos: «Alégrate, desierta», y lo demás similar a estas cosas. De quien también en Jeremías está escrito en persona de Dios: «Vacua ha sido hecha la que paría siete, desfalleció también su alma. Se le ocultó el sol todavía al mediodía» (Jer. 15, 9). En el volumen de Samuel: «La estéril parió siete, y la que tenía hijos muchos, se ha debilitado» (1 Sam. 2, 5). Y en los Salmos: «Quien hace habitar a la estéril en casa, madre de hijos alegrándose» (Sal. 112, 9).

Mas se dice que la sinagoga engendró siete hijos, por el misterio del hebdomadario y del sábado, al cual el primer pueblo había sido obligado. O por siete, han de entenderse «muchos», según la ambigüedad del sermón hebreo, por el cual también se significa el sábado y «muchos». De lo cual en el libro de las Cuestiones Hebreas, que escribimos sobre el Génesis, más plenamente se ha dicho.

Esta, pues, que mientras tenía por varón a Dios, al sermón divino, y estaba unida a la Ley, generaba para Dios muchísimos hijos: mas cuando recibió el libelo de repudio, y no quiso responder al varón que llamaba, y oyó: «Hija de tu madre

eres tú, que dejaste a tu varón» (Ez. 16, 15). Y de nuevo: «No como a Señor me llamaste: ni como a padre y príncipe de tu virginidad» (Jer. 3, 4): por tanto en este mismo Profeta se planide: «Cómo se ha hecho meretriz la ciudad fiel, Sión llena de juicio: en la cual la justicia durmió en ella, ahora mas los ladrones» (Is. 1, 21).

Pero también esto ha de ser notado, que cuando dice: «Muchos son los hijos de la desierta, más que de aquella que tiene varón», no penitus la sinagoga sea excluida del parto; sino que la multitud de las gentes se le prefiera. Pues ella misma también en los Apóstoles, y por los Apóstoles, engendró al primer pueblo de los judíos. De donde los dos príncipes de los Apóstoles dividieron para sí los escuadrones de los creyentes en Cristo, de la Circuncisión y de las Gentes, para que de ambos pueblos la antes desierta y pobrecilla (628) Jerusalén edificaran.

Mas lo que el hebreo por la alegría puso «relincho», significa la magnitud del gozo, a semejanza del caballo relinchante hacia la victoria. De lo cual en Job más plenamente se escribe (Job 39).

Este lugar y lo demás que sigue, los judíos y nuestros judaizantes lo refieren a Jerusalén, la cual dicen que ha de ser instaurada en el reino de mil años, y que es la misma que antes tuvo varón, y después dejó de tenerlo, y que ha de tener muchos más hijos después del repudio, que los que antes tuvo de su varón. Cuando perspicuamente se pone la comparación de dos mujeres, de aquella que tuvo varón y fue dimitida, y de aquella que siempre fue desierta y sin varón. Ni ha de

ser maravillado de los judíos, cuyos ojos y oídos están cerrados, si no ven la verdad abierta. De los cristianos qué hable, no sé, quienes diciendo el Apóstol «las cuales cosas son alegóricas» y refiriéndose a los dos Testamentos, el viejo y el nuevo, a Sara y Agar, entregan las manos a los judíos en el deseo de las voluptuosidades terrenas en mil años.

(Vers. 2, 3.) «Dilata el lugar de tu tienda, y las pieles de tus tabernáculos extiende: no perdones: haz largos tus cordeles, y tus clavos consolida. Pues a la diestra y a la siniestra penetrarás, y tu semilla las gentes heredará, y las ciudades desiertas habitará». LXX: «Dilata el lugar de tu tabernáculo, y las pieles de tus cortinas fija, no perdones. Pretende los cordeles, y tus clavos conforta todavía en las diestras, y en las siniestras dilata, y tu semilla poseerá las gentes, y las ciudades desiertas harás habitar».

A la que había dicho: «Alaba, estéril, que no pares; rompe los vínculos» con los que antes eras tenida astreñida, «y clama» en confesión del Señor, tú que no tenías hijos, ahora a la misma se le preceptúa a semejanza del tabernáculo de Moisés, que antaño tuvo (Éx. 36) en el desierto, que dilate su tienda, y las pieles distienda; y haga los cordeles más largos, y los clavos, con los que se forma toda tienda, en lo alto defija, y robore, para que no sea disipada por los soplos de los vientos. Y que a la diestra penetre y a la siniestra, y de ninguna manera imite las angustias del tabernáculo judaico, que cien codos de longitud, y cincuenta de latitud rodeaba, ni sea cerrada por

la brevedad del Templo, que sesenta codos tenía en largo, y veinte en ancho. Sino que a la diestra y a la siniestra no cese de tomar lugar (Éx. 27).

Y para que no pensemos que esto según la frívola contención de los hebreos se diga de Sión, que en el antiguo estado por el Señor ha de ser restituida, pone más manifiestamente lo que latía: «Y tu semilla las gentes heredará». (629) De lo cual también en el Evangelio leemos: «Salió el que siembra a sembrar» (Mt. 13, 3); y de nuevo: «¿Acaso no buena semilla sembraste en tu campo?» (Ibíd., 27). Cuya semilla también las ciudades desiertas hará ser habitadas, para que las Iglesias de las gentes en todo el orbe surjan. O ciertamente semilla ha de decirse de los Apóstoles, y de las reliquias del pueblo judaico. De lo cual en este mismo Profeta se dice: «Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado semilla, como Sodoma seríamos, y similares a Gomorra habríamos sido» (Is. 1, 9). Y el Apóstol: «Las reliquias», dice, «salvas han sido hechas» (Rom. 11, 5). Esto sobre la magnitud de las Iglesias, que por un solo lugar de Judea y este mismo angustiosísimo, en todo el orbe de las tierras sus términos dilatarán.

Vengamos a la inteligencia espiritual. El que está en el tabernáculo, no posee una firme y perpetua mansión; sino que siempre muda los lugares, y hacia lo ulterior festina, diciendo en el salmo: «Pertransiré al lugar del tabernáculo admirable» (Sal. 40, 5), de lo pasado olvidándose, y en lo futuro extendiéndose, hasta que llegue al premio de la suprema vocación. De este tabernáculo también en otro lugar leemos: «¡Cuán

amados tus tabernáculos, Señor de las virtudes! Codicia y desfallece mi alma por los atrios del Señor» (Sal. 82, 1). Y después infiere: «Bienaventurados los que habitan en tu casa, por los siglos de los siglos te alabarán» (Ibíd., 6). Pues el fin de los tabernáculos, es la posesión de la casa eterna, que no muda los fundamentos, ni se transfiere de uno a otro lugar. Pues los que plantados en la casa están del Señor, antes en los atrios de aquel eflorecieron, para que de las flores al fruto vengan, y puedan decir: «Mas yo como oliva fructífera en la casa de Dios» (Sal. 51, 10). Finalmente, el varón santo los tabernáculos preterir festinando, y la casa de Dios ver deseando, un solo voto tener se dice, para que nunca de la casa de Dios salga: «Una cosa pedí al Señor, esta requeriré: que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida» (Sal. 26, 1).

Ha de dilatarse, pues, el tabernáculo, y las cortinas y pieles han de ser tendidas, y los cordeles de múltiples y variados sermones más lejos han de ser producidos, y los clavos por la razón han de ser firmados en diestras y siniestras, para que la semilla del sermón, esto es, de la doctrina de Dios, a las gentes valga poseer; y las ciudades habitables hacer, las cuales recibió el que la mina había duplicado.

Mas la diestra y la siniestra en las Escrituras santas entonces en buena parte se toma, cuando las entendemos tanto según el espíritu, como según la letra por las armas de la justicia a diestras y a siniestras (2 Cor. 6), para que tanto la más humilde inteligencia de la vida tenga la institu-

ción y ejemplos de los mayores, como la espiritual y (630) sublime de lo presente nos transfiera a lo futuro. Esto es lo que también el Señor a los fariseos interrogantes hablaba: «Dad lo que es del César al César y lo que es de Dios a Dios» (Mt. 22, 21): para que también a las potestades de este siglo seamos sujetos, las cuales no injustamente tienen la espada para la venganza de los que mal hicieron, lo cual siniestra se entiende: y a Dios demos lo que es de Dios, para que a ningún otro temamos, sino a él, que tanto del alma como del cuerpo tiene la potestad, lo cual en la diestra se toma (Mt. 10). Finalmente de la sabiduría de Dios se dice, a la cual nada precioso compararse puede, que en su diestra tenga la longitud de la vida, y años muchísimos; en la siniestra mas las riquezas y la gloria, para que las riquezas aquellas se tomen, que en la presente ciencia están y en las buenas obras, y la gloria que recibe aquel, por cuyas obras Dios es glorificado en las gentes, mas la longitud de la vida y los años muchísimos, la vida eterna signifiquen, la cual lo presente negligiendo, hacia lo futuro festina.

(Vers. 4, 5.) «No quieras temer, porque no serás confundida, ni erubecerás: pues no te avergonzará, porque de la confusión de tu adolescencia te olvidarás, y del oprobio de tu viudez no te acordarás más. Porque se enseñoreará de ti el que te hizo, el Señor de los ejércitos es su nombre: y tu redentor el Santo de Israel, Dios de toda la tierra será llamado». LXX: «No quieras temer, porque confundida has sido: ni seas confundida, porque reprochado te ha sido: pues la confusión eterna

olvidarás, y del oprobio de tu viudez, memor no serás: porque el Señor que te hizo, el Señor de los ejércitos es el nombre para él: y el que te rescató, el Dios de Israel, de toda la tierra será llamado».

Surge la cuestión, cómo si a la Iglesia congregada de las gentes se le dice: «Alégrate, estéril, que no pares»; y: «Muchos son los hijos de la desierta, más que de aquella que tiene varón», porque ciertamente varón no hubiera tenido, la que después hizo muchos hijos, y aquella en esterilidad se haya vuelto, la que antes tenía varón: cómo ahora se diga a ella, que varón no tuvo: «De tu viudez no te acordarás más, y de la confusión de tu adolescencia te olvidarás».

De lo cual quieren que se entienda los judíos, que todas las cosas que se dicen, se dicen a Jerusalén, la cual desierta de Dios, de nuevo por él ha de ser instaurada. Los cuales fácilmente serán repelidos, cuando hayan sido amonestados, que se dice de la persona del Señor en Zacarías: «Y asumí para mí dos varas: a una llamé decoro, y a la otra llamé cordel: y apacenté la grey» (Zac. 11, 7). De lo cual en su lugar más plenamente dijimos, y ahora en parte se dirá. Las dos varas, ambos ser el pueblo, de las gentes y de los judíos, de los cuales la primera haya sido llamada turba de los gentiles, la cual recibió (631) la ley natural fija en sus corazones, de la cual Pablo escribiendo a los Romanos, fortísimamente disputa (Rom. 1); por cuya vara nada más bello es, para que toda criatura igualmente sea llamada al culto de su Creador. Mas la segunda, esto es, del pueblo de los judíos, apelada es cordel: la cual después de la

ofensa de las gentes es llamada parte del Señor, y cordel de su herencia Israel (Deut. 32).

Finalmente después de que en Abraham fue llamado Israel, dice el Señor: «Tomé mi vara, que se llamaba decoro: y la corté, para que hiciera irritum (nulo) mi pacto que pacté con todas las gentes» (Zac. 11, 10). Por tanto en el advenimiento de Cristo se dice a la vara que había sido cortada: No quieras temer, ni eruberas, ni el rostro con el pudor infundas. De ninguna manera pues ultra serás confundida, como antes confundida habías sido, ni de la confusión de tu adolescencia memor serás, y de tu viudez no te acordarás, por la cual dejada has sido por Dios: porque tu hacedor mismo se enseñoreará de ti, cuyo nombre es Omnipotente, que reina, no en una nación de Judea, sino en el universo orbe de las tierras. Finalmente sigue: Quien te había hecho, él mismo te redimió con su sangre: «y Dios de toda la tierra será llamado»: por aquello que es, de todos los que moran en la tierra. De lo cual perspicuamente patente es, que de ninguna manera se diga a Jerusalén, la cual nunca en todo el orbe se enseñoreó: sino a la Iglesia de Cristo, cuya heredad, es la posesión del mundo.

(Vers. 6, 7.) «Porque como a mujer dejada y gimiendo en espíritu te llamó el Señor: y esposa desde la adolescencia desechada, dijo tu Dios. Por un punto en un poco te dejé: y en miseraciones grandes te congrego. En un momento de indignación escondí mi rostro un poquito de ti: y en misericordia sempiterna me compadecí de ti, dijo tu redentor el Señor». LXX: «No como a mujer

dejada y pusilánime te llamó el Señor, ni como a mujer, que desde la adolescencia es odiosa, dijo tu Dios. Por un tiempo módico te dejé: y con misericordia grande me compadeceré de ti. En un furor pequeño aparté mi rostro de ti: y en misericordia sempiterna me compadeceré de ti: dijo el que te rescató el Señor».

Aquí los amigos de los judíos vilipendian a la mujer dejada y a la esposa desde la adolescencia desechada, diciendo que aquella a quien por un punto y por un poco dejó el Señor, es Jerusalén. Quien escondiendo por un poco su rostro la habrá recibido en misericordias sempiternas, y el dolor pasado, lo habrá conmutado en gozo. Esto según el Hebreo. Además según (632) la Septuaginta no la llama como a mujer dejada y pusilánime llamada por el Señor: ni como a esposa, que desde la adolescencia haya sido tenida en odio; sino que por eso él la dejó por un poco, y apartó su rostro, para compadecerse de aquella por la eternidad.

Si por tanto los judíos y nuestros judaizantes dicen que Israel fue dejado por un poco, para que en el advenimiento de Cristo se compadezca de él Dios; e interpretan «un poco» en comparación con toda la eternidad: ¿por qué no nos conceden también a nosotros llamar «un poco» al tiempo en que las gentes fueron dejadas: para que desechadas en medio, las que en su adolescencia habían sido de Dios, después en la senectud consigan la misericordia eterna? Máxime cuando en la vocación del tiempo de Israel, nunca haya sido excluida la turba de los gentiles; sino que siempre por los prosélitos les haya estado patente la

puerta de volver, para que así como nosotros por la vocación de ellos parecemos excluidos por un poco, así por la exclusión perpetua de ellos se nos conceda a nosotros el regreso a Dios. Mas dijimos exclusión perpetua, si no hicieren penitencia. De otro modo el Apóstol Pablo dice: «Concluyó Dios todas las cosas bajo pecado, para que de todos se compadezca» (Gál. 3, 22). Cosas que nosotros hemos interpretado acerca de la Iglesia congregada de uno y otro pueblo; y los judíos las reciben de Jerusalén: los cuales siguen sola la tropología, y en los lugares dificilísimos por el decurso de una libre disputa, huyen de las cuestiones que nacen, y las refieren al alma pecadora, que haya sido desechada por Dios, no por odio, sino por dispensación, para que oprimida por el peso de los males, vuelva a su marido primigenio: y perdida la sustancia, de la clemencia del padre no desespere (Lc. 15). ¿Acaso no es gran misericordia salir al encuentro del hijo que vuelve, ofrecer el anillo y la estola, y el ósculo, y decir al hermano envidioso, según la similitud de la otra parábola: «Amigo, si yo soy bueno, ¿por qué tu ojo es malo?» (Mt. 20, 15).

(Vers. 9, 10.) «Como en los días de Noé esto es para mí, a quien juré que no induciría las aguas de Noé más sobre la tierra: así juré que no me airaré contigo, y no te increparé. Pues los montes se moverán, y los collados temblarán: mas mi misericordia no se apartará de ti, y el pacto de mi paz no se moverá, dijo tu misericordioso el Señor». LXX: «Desde el agua que hubo bajo Noé esto es para mí: como le juré en aquel tiempo,

que de ninguna manera me airaría con la tierra más sobre ti, ni en tu conminación trasladaría los montes: ni tus collados se trasladarán. Así ni mi misericordia desfallecerá, ni el testamento de mi paz se quitará, dijo tu propicio (633) el Señor».

Para que crea la congregación de los santos que la misericordia del Señor es sempiterna, y que por eso por un punto, y por un breve tiempo hemos sido desiertos, para que a la amistad de Dios, por un pacto eterno se unieran, pone ejemplos de los mayores, diciendo: De la misma manera que pecando el universo orbe, después de que toda la tierra corrompió el camino del Señor, fue inducido el diluvio: y con todos los autores de los pecados todos los pecados fueron borrados, y en un solo hombre Noé fue preservado el género humano: a quien juré que de ninguna manera se induciría el diluvio a las tierras: y mi promesa hasta aquí ha sido guardada, ni nunca se hará írrita (nula) (Gén. 8 y 9); así juro a mi Iglesia, que para mí redimí con mi sangre, que de ninguna manera estaré airado con estos de quienes me compadecí, ni mi clemencia ha de ser conmutada por ninguna dureza de increpación. Pues más fácilmente se moverán los montes y los collados, que mi sentencia sea conmutada. Según lo cual también en el Evangelio habla: «El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán» (Mt. 22, 15). Mas esta es, dice, mi misericordia, para que el pacto de la paz, por el cual me ha sido reconciliado el mundo, no por el mérito de ellos a quienes fue dado, sino por mi clemencia se conserve.

Según la Septuaginta confuso es el sentido, y así turbadas están todas las cosas, que lo que se dice difícilmente puede ser entendido: no porque ignore lo que en este capítulo dijo un varón prudentísimo, sino porque no satisface a mi ánimo. Pues pone un diluvio tropológico, que interpreta en el bautismo del Salvador, congregando muchísimos ejemplos, como es aquel: «El Señor hace habitar el diluvio» (Sal. 28, 10). Y de nuevo: «Suave es el Señor para los que lo esperan en el día de la tribulación: y conociendo a los que lo temen, en el diluvio del camino hace la consumación» (Nahúm 1, 7, según LXX): porque ciertamente todos los pecados en el bautismo borró, diciendo en otro lugar: «Yo soy, yo soy, quien borro tus iniquidades» (Is. 43, 25). «Todos pues declinaron, a la vez inútiles se habían hecho» (Sal. 13, 3). No había quien hiciera misericordia, ni verdad: ni había ciencia de Dios sobre la tierra. La maldición, y la mentira, y el homicidio, y el adulterio, y el hurto todas las cosas habían ocupado, y sangre con sangre habían mezclado. De donde habla por el Profeta: «¡Ay de mí!, porque pereció el que vuelve de la tierra. No hay quien haga lo recto en los hombres, todos en mi sangre son juzgados. Cada uno a su prójimo tribula con tribulación, y para el mal sus manos preparan» (Miq. 7, 2, sec. LXX): y otras cosas a estas similares. De las cuales aquello es: «Nadie limpio (634) de suciedad, ni si de un solo día fuera su vida sobre la tierra» (Job 15, 14).

De donde el Señor hizo el diluvio, quien según el apóstol Pedro fue muerto en la carne, vivificado en el espíritu (1 Pe. 3); y predicó a los espíritus

constituidos en la cárcel, cuando la paciencia de Dios se esperaba en los días de Noé, induciendo el diluvio a los impíos. En cuyo ejemplo el agua nos limpia: no lavando las suciedades de la carne, sino la interrogación de una buena conciencia ante Dios. Mas los montes y los collados que no se muevan, y en tal diluvio habían sido removidos, quiere que se entiendan los santos, aceptado el pacto sempiterno: que en el anterior diluvio habían sido movidos, y habían dejado su firmeza. Dice los montes, y los demonios, y las potestades adversarias, que vieron a las hijas de los hombres, que eran buenas, y vulnerados por el dardo del amor, se tomaron para sí esposas de todas las que eligieron, y perdieron la fortaleza primigenia: y de ninguna manera en este diluvio han de estar (Gén. 6). Esto lo haya dicho aquel, cuya explicación dejo al arbitrio del lector.

(Vers. 11, 12.) «Pobrecilla, sacudida por la tempestad sin consolación alguna. He aquí que yo colocaré por orden tus piedras: y te fundaré en zafiros: y pondré el jaspe para tus baluartes, y tus puertas en piedras esculpidas, y todos tus términos en piedras deseables: todos tus hijos enseñados por el Señor, y la multitud de la paz para tus hijos, y en la justicia serás fundada». LXX: «Humilde e inestable sin consolación. He aquí que yo preparo para ti el carbunclo tu piedra, y tus cimientos el zafiro: y pondré tus baluartes de jaspe, y tus puertas piedras de cristal, y tus muros piedras elegidas: y todos tus hijos discípulos de Dios, y mucha paz habrá para tus hijos, y en la justicia serás edificada».

Donde dijimos: «Colocaré por orden tus piedras», en el hebreo está escrito BAPHPHUCH (בַּפּוּךְ), que todos excepto la Septuaginta tradujeron de modo similar: «Colocaré tus piedras en estibio (antimonio)», a semejanza de la mujer adornada, que pinta sus ojos con estibio, para significar la hermosura de la ciudad. And donde nosotros jaspe, siguiendo a los LXX, dijimos, en el hebreo tiene escrito CHODCHOD (כַּדְכֹּד), que solo Símaco tradujo como «calcedonia». Para el cristal también, en cuyo lugar entre los hebreos se lee ECDA (אֶקְדָּח), Símaco y Teodoción pusieron «grabados», esto es, *glyphēs* (γλυφῆς), Aquila puso «perforación» (*trypanismou*): cuya palabra suena (635) el sentido de las gemas horadadas y cinceladas. De la diversidad de la traducción hemos dicho: vengamos al sentido.

Todavía habla a la Iglesia, humilde antes y pobrecilla, que no tenía la Ley, ni los Profetas, ni la palabra de Dios: y sacudida por la tempestad o inestable, la cual había sostenido muchos torbellinos del siglo, y fluctuaba entre varios errores de los ídolos: la cual ningún consolador tuvo, y en vano toda su sustancia en los médicos perdió; que él mismo venga, él mismo descienda, y edifique en las tierras la Jerusalén celestial, que en el Apocalipsis de Juan es llamada esposa y mujer del Cordero, teniendo una luz similar a la piedra preciosa, como del jaspe y del cristal, y un muro grande, y doce puertas inscritas con los nombres de las tribus de Israel, de las cuales tres estaban al Oriente, y tres al Aquilón (Norte), y tres al Austro (Sur), y tres al Ocaso del sol (Apoc. 21): y el muro

apoyado en doce cimientos, cuya construcción toda era de piedra jaspe, y cada uno de los cimientos de los muros tenían cada una de las piedras, la primera jaspe, la segunda zafiro, la tercera calcedonia, la cuarta esmeralda, la quinta sardónica, la sexta sardio, la séptima crisólito, la octava berilo, la novena topacio, la décima crisoprasa, la undécima jacinto, la duodécima amatista; cosas que leyendo, exclamamos aquello, y decimos: «¡Oh profundidad de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán inescrutables sus juicios, e investigables sus caminos! Pues ¿quién conoció el sentido del Señor, o quién su consejero fue?» (Rom. 11, 33-34). Y de nuevo: «¿Quién es sabio, y entenderá estas cosas: inteligente, y las conocerá?» (Os. 14, 10).

Respondan los amantes de la sola letra que mata, y los que preparan exquisitos manjares para la gula y el lujo en los mil años, cuyo Dios es el vientre, y la gloria en su confusión (Fil. 3); los cuales tras el segundo advenimiento en gloria del Salvador, esperan nupcias, y párvulos de cien años, y la injuria de la circuncisión, y la sangre de las víctimas, y el perpetuo sábado: los cuales dicen con Israel de modo perverso: «Comamos y bebamos, pues mañana reinaremos»: cuál sea esa Jerusalén celestial, a la cual ahora se dice: «He aquí que yo colocaré por orden tus piedras»: o según los LXX: «He aquí que yo preparo para ti el carbunclo, tu piedra»: para que toda la ciudad esté llena de carbunclos, y tenga cimientos de zafiro, y baluartes de jaspe, o calcedonia, (636) y puertas cristalinas, o grabadas, y un muro en el

circuito de piedras preciosas: y todos sus hijos no tengan por maestros a hombres, sino a Dios, y sean llamados discípulos de Dios; y haya en ella paz perpetua, y edificación de la justicia.

De lo cual es perspicuo, bajo la ocasión de la justicia, que es el nombre de la virtud, que también las demás virtudes para la edificación de la Iglesia debemos nosotros buscar: y no seguir los delirios judaicos. Pues expongan qué sea aquello que en los Proverbios se dice de la sabiduría: «Más preciosa es que todas las piedras preciosísimas» (Prov. 3, 15). Pues si Cristo es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios (1 Cor. 1), necio es que Cristo sea comparado con piedras insensibles. Y de nuevo acerca de los juicios de Dios leemos: «Los juicios del Señor rectos: justificados en sí mismos, deseables sobre el oro y la piedra preciosa mucha» (Sal. 18, 10-11). De lo cual patente es, que aquella piedra con las demás piedras se compara, de la cual arriba en este mismo Profeta de la persona de Dios se dice: «He aquí que enviaré a los cimientos de Sión una piedra angular, una piedra elegida, preciosa: y quien creyere en ella, no será confundido» (Is. 28, 16). Esta piedra reprobaron los que edificaban (Sal. 117), los Escribas a saber, y los Fariseos, y los príncipes de los judíos, la cual ha sido hecha cabeza de ángulo (Mt. 21). De la cual también el Apóstol Pedro disputando dice: «Para nosotros pues el honor que creemos en la piedra angular y preciosa y elegida. Mas para los incrédulos es piedra de ofensa y roca de escándalo» (1 Pe. 2, 7-8). Quien también en los Hechos de los Apóstoles a los

príncipes de los sacerdotes habla: «Esta es la piedra elegida, preciosa, que vosotros despreciasteis reprobando» (Hech. 4, 11); la cual ha sido hecha cabeza de ángulo, y contiene a dos pueblos, de las gentes y de Israel; quien edificó la ciudad, cuyo artífice y fundador es Dios: de la cual también el Apóstol escribe a los Corintios: «Edificación de Dios sois». Y: «Como arquitecto sabio puse el cimiento, otro edifica encima. Mas cada uno vea cómo edifica. Pues otro cimiento nadie puede poner fuera de aquel que ha sido puesto, Jesucristo» (1 Cor. 3, 9-11). Mas si alguien sobre este cimiento edifica oro, y piedras preciosas, madera, heno, paja: la obra de cada uno será manifiesta. De este cimiento también en la otra Epístola habla: «Edificados sobre el cimiento de los Apóstoles y de los Profetas, siendo la misma piedra angular Jesucristo» (Ef. 2, 20); y de nuevo: «En quienes todos sois edificados piedras vivientes para un sacerdocio santo, para ofrecer víctimas espirituales» (1 Pe. 2, 5). De estas piedras místicamente se dice: «Las piedras santas se vuelven sobre la tierra» (Zac. 9, 16), (637) con las cuales edifica Cristo la Iglesia sobre la piedra, diciendo en el Evangelio: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt. 16, 18). Ciudad que quien mereciere entrar, gozoso habla al Señor: «Como oímos, así vimos en la ciudad del Señor de las virtudes, en la ciudad de nuestro Dios: Dios la fundó para siempre» (Sal. 47, 9). Sobre el fundador de esta ciudad, también en otro lugar se dice: «Este edificará mi ciudad, y reducirá la cautividad de mi pueblo» (Is. 45, 13).

Mas de la naturaleza de las doce piedras y gemas, no es de este tiempo decir, cuando tanto muchísimos de los griegos hayan escrito como de los latinos. De los cuales dos solamente nombraré, al varón de santa y venerable memoria, el obispo Epifanio, que un insigne volumen de su ingenio y erudición nos dejó, que inscribió *peri lithōn*: y a Plinio el Segundo, el mismo entre los latinos orador y filósofo, que en la obra bellísima de la Historia Natural completó el trigésimo séptimo libro, que también es el último, con la disputa de las piedras y gemas. Estas doce piedras se escriben por orden en el Éxodo y en Ezequiel, esto es en el *logion* (racional) del pontífice, y en la corona y diadema del príncipe de Tiro. Digamos primero del Éxodo: Cuatro órdenes entretejidos estaban de piedras (Éx. 28). El orden primero tuvo la piedra sardio, topacio, esmeralda. El orden segundo, carbunclo, zafiro, jaspe. El orden tercero, ligirio, ágata, amatista. El orden cuarto, crisólito, berilo, oniquio, rodeados de oro; y estaban inscritos de los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel. En lo cual se ha de notar que el segundo orden de las piedras también en la presente Escritura sea puesto, carbunclo, zafiro y jaspe. Pues todavía no retenemos las cosas perfectas, ni a las primeras llegamos, porque ahora por un espejo vemos en enigma.

Además en Ezequiel así escrito encontramos: «Tú eres el sello de la similitud y la corona del decoro, en las delicias del paraíso de Dios estuviste. De toda piedra primera fuiste revestido, de sardio, topacio y esmeralda, carbunclo y zafiro y

jaspe, de plata también, y de oro y lincurio, y de ágata, y amatista, y crisólito, y berilo, y oniquino; y de oro llenaste tus tesoros y (638) tus almacenes en ti. Desde el día en que fuiste creado, cuando con los Querubines te puse en mi monte santo; estuviste en medio de las piedras ígneas, inmaculado en tus días, desde que fuiste creado, hasta que fueron halladas en ti tus iniquidades» (Ez. 28, 12 ss.).

Pues ¿quién tan necio y de mente lerda, que en el paraíso de Dios, crea que haya sido puesto el príncipe de Tiro, quienquiera que fuera aquel, y piense que haya sido él uno creado entre los Querubines y que entre las piedras ígneas haya conversado (las cuales sin duda entendemos como Ángeles y Virtudes celestiales) piense que haya sido él uno, el cual con piedras terrenas haya sido adornado, y haya tenido similitud y sello?

De la naturaleza pues de todas las piedras, y por partes de cada una, no es de este tiempo decir; pues no siempre se han de decir todas las cosas. Ahora solamente del carbunclo, zafiro y jaspe disertemos. El carbunclo que se prepara, o por orden se coloca, me parece la palabra ígnea de la doctrina, la cual ahuyentado el error de las tinieblas, ilumina los corazones de los creyentes. Este es el que uno de los Serafines tomó con la tenaza, para purgar los labios de Isaías (Is. 6): el cual nace, según la fe del Génesis, en la tierra de Evila, donde está el oro óptimo (Gén. 2), y la piedra carbunclo, y la prasina (verde). Además el zafiro, que se pone en los cimientos, tiene la similitud del cielo, y sobre nosotros del aire: el cual

es tal, que pueda decir aquel dicho aristofánico con Sócrates: «Camino por el aire y contemplo el sol»; que nosotros en la lengua latina podemos verter: «Escalo el aire, y al sol desprecio». O con el apóstol Pablo: «Mas nuestra conversación en los cielos está» (Fil. 3, 20). La Escritura de Ezequiel también conmemora, que el lugar en que el trono de Dios está, tiene la similitud del zafiro, y la gloria del Señor en este color consiste, que porta la imagen de lo super-celestial.

Mas también los baluartes de la ciudad del Señor, esto es las murallas de los muros se robustecen con jaspe, los cuales pueden toda altura que se eleva contra la ciencia de Dios destruir y convencer, y sujetar la mentira a la verdad (Ez. 1; 1 Cor. 15). El que pues en el disputar es fortísimo, y por los testimonios de las santas Escrituras está robustecido, este es baluarte de la Iglesia. De los jaspes hay muchos géneros: pues uno es teniendo la similitud de la esmeralda, que se encuentra en las fuentes del río Termodonte, (639) y se llama *Grammatias*, con el cual afirman que todos los fantasmas son ahuyentados. Otro más verde que el mar, y teñido como de flores; este en el monte Ida de Frigia, y en sus profundísimas cuevas refieren que nace. Otro en cambio cerca de los Iberos, y los Hircanos y el mar Caspio se encuentra, y especialmente cerca del lago Neusin. Hay también otro jaspe similar a la nieve y a la espuma de las fluctuaciones marinas, y ligeramente como con sangre mezclada subrutilante. Esto dijimos, para que conozcamos todas las gracias espirituales en los baluartes de la Iglesia; las cuales quien las

tuviera, ahuyenta los vanos temores, y puede con la esposa decir: «Mi amado es cándido y rubicundo» (Cant. 5, 10).

Mas las puertas de esta ciudad son de piedra cristal, que se graba de varios modos, de cuya piedra nada hay más puro. Finalmente en los violentísimos fríos de los Alpes, y en cuevas inaccesibles al sol, se dice que las aguas se concretan en cristal: y que al tacto ciertamente es piedra, a la vista agua. Por el cual se ostenta, que los que están en las puertas de la Iglesia, por ninguna suciedad deben ser manchados, sino ser de fe purísima, y decir con el profeta: «Por tus mandatos entendí» (Sal. 118, 104). Y oír aquello: «Bienaventurados los limpios de corazón: porque ellos verán a Dios» (Mt. 5, 8). Mas los muros de la ciudad, o los términos y el *peribolos* (recinto), con piedras elegidas se construyen, las cuales podemos entender como las demás piedras, y que todos sus hijos son enseñados, o discípulos de Dios: cuyo testimonio el Señor usa en el Evangelio de Juan, diciendo: «Nadie puede venir a mí, si mi Padre que me envió, no lo atrajere, y todo el que oyere y aprendiere del Padre, viene a mí» (Jn. 6, 44-45). Y después de un poquito, está escrito en los profetas: «Serán todos enseñados por Dios». Quien también por Jeremías habla: «Dando mis leyes en las mentes de ellos, y sobre el corazón de ellos las escribiré; y de ninguna manera más enseñarán cada uno a sus prójimos y hermanos diciendo: Conoce al Señor. Sino que todos me conocerán desde el mínimo hasta el máximo. Pues propicio seré a las iniquidades de ellos, y de sus

pecados no me acordaré» (Jer. 31, 33-34). Mas la doctrina de los discípulos de Dios tiene multitud de paz, que les ha sido dejada por el Señor: y la construcción de la ciudad bellísima se completa por la justicia; para que de ninguna manera sea Dios de una sola nación, (640) sino de todo el mundo, llamando a su fe a siervos y libres, griegos y bárbaros, ricos y pobres, nobles e innobles, hombres y mujeres, párvulos y ancianos, y todas las cosas que en el mundo parecen ser contrarias (Jn. 14). Hemos excedido el modo de la brevedad, que es útil en todas las cosas que se han de decir: buscando la ciudad de Dios no según los hebreos y nuestros semijudíos en la tierra, sino en los cielos, la cual situada en el monte en Cristo no puede estar oculta.

(Vers. 14.) «Recédet lejos de la calumnia, porque no temerás; y del pavor, porque no se te acercará». LXX: «Recédet del inicuo, y no temerás, y el temblor no se te acercará». Orden bellísimo. Había consolado a la pobrecilla y humilde, prometiéndole gracias espirituales. Ahora enseña qué debe hacer, si no quiere temer los ímpetus de los adversarios. Y es el sentido: ¿No quieres temer a tus enemigos? Haz estas cosas que digo: «Recédet lejos de la calumnia», o de la iniquidad: porque toda iniquidad y rapiña de la calumnia nace; y no temerás, y el temblor y el pavor no se te acercarán, para que de ninguna manera a los hombres, sino a Dios temas, diciendo con Moisés: «Tembloroso soy yo y meticuloso» (Deut. 9, 19); y con uno de los amigos de Job: «Horror y temblor vinieron sobre mí; y mucho mis huesos sacudió»

(Job 4, 14); y con el profeta: «Por la voz de mi oración entró el temblor en mis huesos» (Is. 66, 2? o Hab. 3, 16); y: «¿Sobre quién descansa el Señor, sino sobre el humilde y quieto, y que tiembla a sus palabras?» (Prov. 10? o más bien Is. 66, 2). Además otro es el temblor de los impíos, que nace del miedo al suplicio. De lo cual está escrito: «El temblor aprehendió a los impíos» (Sal. 47, 7).

(Vers. 15.) «He aquí que vendrá el colono, que no estaba conmigo; el que fue en otro tiempo tu advena (extranjero) se te unirá». LXX: «He aquí que los prosélitos accederán a ti por mí, y colonos serán tuyos, y a ti confugirán». Y estas cosas los judíos piensan que se dicen a Jerusalén, porque muchos de las gentes han de ser prosélitos, y reciban la ley de Moisés y las ceremonias. Lo cual nosotros según la interpretación comenzada referimos a la Iglesia, la cual por los apóstoles de uno y otro pueblo fue congregada, la cual no tiene mancha, ni arruga, la cual es libre, y madre de todos los creyentes (Ef. 5; Gál. 4). Para congregar a estos (641) prosélitos y advenas, envió el Señor a sus discípulos, diciendo: «Enseñad a todas las gentes» (Mt. últ., 19), para que confugieran al Evangelio, y reciban la nueva Ley, para que los que fueron en otro tiempo habitadores de la idolatría, se hagan colonos de la Iglesia. De los cuales en los salmos se dice: «El Señor hace ciegos a los sabios». O como en los códices latinos se lee: «El Señor ilumina a los ciegos, el Señor ama a los advenas» (Sal. 145, 8, 9): para que después de que los ciegos hayan recibido la luz de la verdad, y los necios hayan aprendido la sabiduría, entonces

pasando a la Iglesia sean amados por el Señor, y oigan por el profeta: «Llamaré a lo que no era mi pueblo, pueblo mió» (Os. 2, 24); entrando el cual en el Templo de Dios, el celo aprehende al pueblo inerudito.

(Vers. 16, 17.) «He aquí que yo creé al herrero que sopla las brasas en el fuego, y que produce un vaso para su obra: y yo creé al matador para disipar. Todo vaso (arma), que ha sido formado contra ti, no será dirigido: y a toda lengua que te resista en juicio, la juzgarás. Esta es la herencia de los siervos del Señor: y la justicia de ellos ante mí, dice el Señor». LXX: «He aquí que yo te creé, no como el calderero que sopla las brasas en el fuego, y produce un vaso para la obra. Mas yo te creé no para matar en perdición: todo vaso que ha sido hecho contra ti, no prosperará: y toda voz se levantará contra ti en juicio: a todos ellos los vencerás ÷ y súbditos tuyos serán en ella ** Es la herencia para los que sirven al Señor, y vosotros seréis para mí justos, dice el Señor».

Digamos primero según el Hebreo: Si quieres no temer, y que lejos de ti esté la formación, haz lo que el discurso pasado narró; pues yo soy por quien has de tener prosélitos. Yo que creé al herrero que sopla las brasas en el fuego, esto es, al diablo artífice de todos (642) los males, no por necesidad de la naturaleza, sino por el arbitrio de la mente. Quien suscitó incendios, y producirá contra ti vasos: cuales fueron Simón y Elimas los magos, resistiendo a los apóstoles Pedro y Pablo (Hech. 13). Yo creé al matador de aquellos que han de ser incrédulos. No porque yo sea causa

de la perdición de ellos, sino porque fue creado el adversario para combatir, y para los vencidos sea perdición, y para los vencedores causa de los premios. Y todos los que contra ti por el herrero soplante han sido fabricados, no serán dirigidos, sino que sentirán las penas presentes y las futuras. Y lo que antes parecía oculto, en las cosas consecuentes se dice más manifiestamente: «Y a toda lengua que te resista en juicio la juzgarás», perdiendo (642) la sabiduría de los sabios, y reprobando la prudencia de los prudentes. Y a todos los príncipes de los heréticos, y a los maestros de los judíos, y a los filósofos del mundo, que aquel herrero había fraguado, con tu juicio los condenarás. Como también la Reina de Sabá condenó a los incrédulos, y los ninivitas: y por el contrario será justificada Sodoma en comparación con la peor Jerusalén (Mt. 12).

Tras esto se infiere cuáles sean los premios de las cosas futuras, para que no piensen que el certamen es vano, y que se termina con la muerte presente. Esta es la herencia de los siervos del Señor, esto es, los reinos de los cielos, y la vida perpetua, y la retribución de los trabajos, que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni subieron al corazón del hombre, las cuales preparó Dios para los que lo aman (2 Cor. 2? o más bien 1 Cor. 2, 9). Mas si para los que lo aman, por tanto también para los que le sirven, que ningún otro Señor tienen, sino a Dios. Y esta es la justicia de ellos que están ante Dios, dice el Señor, para que la presente tribulación con el futuro gozo se compense.

Además según la Septuaginta este sentido me parece: Yo tu Creador no te hice así como el diablo herrero pesimísimo con espíritu inmundo fragua vasos de iniquidad, y los produce para la perdición: quien debe saber que los vasos de tal tipo no tienen un camino próspero, sino que en medio del curso se rompen. Cuáles sean pues los vasos, por el siguiente discurso lo demuestra; «And toda voz que se levantará contra ti en juicio, a todos ellos los vencerás». Los vasos de la iniquidad tienen voz, cuya voz se levanta contra la Iglesia, cuando ponen los heréticos en lo alto su boca, y la lengua de ellos atraviesa hasta la tierra. Y lo que sigue: «Y súbditos tuyos serán en ella», lo hemos anotado con óbelo, porque no tanto por los LXX cuanto por los malos escritores parece haber sido añadido. Mas cuando toda voz que se levanta contra sí la Iglesia haya vencido, entonces para los que sirven al Señor y obedecen será la herencia, la posesión eterna. De la cual en Jeremías con otras palabras se dice: «Hay merced para tus obras» (Jer. 31, 36? o 31, 16). Y los habitadores de la Iglesia serán justos para el Señor. Todo pues el que hace la justicia, de Dios ha nacido. A los cuales habla el Señor: «Sed santos, porque yo santo soy» (Lev. 20, 26).

(Cap. LV.---Vers. 1, 2.) «Todos los sedientos venid a las aguas, y los que no tenéis dinero [Vulg. plata], apresuraos, comprad y comed: venid, comprad sin plata y sin ningún cambio vino y leche. ¿Por qué pesáis plata no en panes, y vuestro trabajo no en hartura?». (643) LXX: «Los que tenéis sed, id al agua, y cuantos no tenéis dinero,

yendo comprad, y comed, y caminad, y comprad sin dinero y sin precio vino y enjundia. ¿Por qué compráis con dinero, y vuestro trabajo no para hartura?».

La palabra hebrea *OI* (הוֹ), de la cual arriba en la profecía contra Ariel había dicho (Sobre el cap. 29), que era ambigua, y que significaba o bien la interjección de quien llama, o «ay», puesta aquí al principio del capítulo, de ninguna manera se lee con afecto de quien se lamenta, sino de quien llama. Porque habiendo dicho pues que todo vaso formado contra la Iglesia había de ser triturado, y que toda voz y lengua, que se había armado contra la ciencia de Dios, había de ser superada: provoca a los creyentes al río de Dios, que está lleno de aguas, y cuyo ímpetu alegra la ciudad de Dios, para que beban aguas de las fuentes del Salvador, quien habla a la samaritana: «Si conocieras la gracia de Dios, y quién es el que te dice: dame de beber; tú le habrías pedido a él, y te habría dado agua viva. El agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua que salta para la vida eterna» (Jn. 4, 10, 14). De estas aguas clamaba en el Templo: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que bebiere del agua que yo le daré, ríos de su vientre fluirán de agua viva» (Ibíd. 37, 38), significando al Espíritu Santo, que los creyentes habían de recibir, y de quien el Profeta con místico discurso resonaba: «Mi alma tuvo sed del Dios vivo» (Sal. 41, 2); y de nuevo: «En ti está la fuente de la vida» (Sal. 35, 10). Quien él mismo de sí hablaba: «Me dejaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron para sí cisternas rotas,

que no pueden contener las aguas» (Jer. 2, 13). Estas aguas esparcen las nubes, a las cuales llega la verdad de Dios. Como está escrito: «Y las nubes esparzan la justicia» (Is. 45, 8, según los LXX). Y se prescribe a los sedientos que de ninguna manera beban las aguas turbias de Sior, y los hinchados remolinos de los asirios; sino que vayan a las aguas de Siloé, que van con silencio; ni teman la pobreza de la elocución, si por acaso no tienen plata (Is. 45; Jer. 2), sino que oigan al Apóstol que dice: «Por gracia habéis sido salvados» (Ef. 2, 8); y al Señor a los discípulos: «Gratis lo recibisteis, dadlo gratis» (Mt. 10, 8). And de modo admirable compran aguas sin dinero; y no las beben, sino que las comen. Pues él mismo es tanto el agua como el pan, que bajó del cielo (Jn. 6). Por tanto, lo que en algunos ejemplares se lee: «Comprad y bebed», ha sido mudado por escritores inexpertos, (644) que pensaron que era más consecuente si se bebieran las aguas más bien que se comieran. Pero hay también una plata pésima, o dinero, que la Escritura reprueba, diciendo: «El dinero que se da con dolo, será reputado como un tiesto» (Prov. 26, 23, según los LXX); y en otro lugar: «Vuestra plata es réproba» (Jer. 6, 30). Y hay plata que se compara con los elocuentes dichos de Dios: «Las palabras del Señor son palabras castas: plata examinada por el fuego de la tierra, purificada siete veces» (Sal. 11, 7). Despreciada pues aquella plata y dineros, con los cuales no podemos comprar las aguas del Señor, vayamos a aquel que teniendo el cáliz del Sacramento, hablaba a los discípulos: «Tomad y bebed, esta es mi sangre,

que por vosotros será derramada para la remisión de los pecados» (Mt. 26, 27, 28). Vino que mezcló también la Sabiduría en su crátera, provocando a beber a todos los necios del siglo y que no tienen la sabiduría del mundo: y para que no solo compremos vino, sino también leche, que significa la inocencia de los párvulos, cuya costumbre y tipo se conserva en las Iglesias de Occidente hasta el día de hoy, para que a los renacidos en Cristo se les dé vino y leche. De la cual leche decía también Pablo: «Leche os di como bebida, no comida sólida» (1 Cor. 3, 2). Y Pedro: «Como párvulos recién nacidos, desead la leche racional» (1 Pe. 2, 2). De donde también Moisés, entendiendo el vino y la leche en la pasión de Cristo, con místico discurso atestigua: «Graciosos sus ojos por el vino, y blancos sus dientes por la leche» (Gén. 49, 12). Por la leche en el presente lugar los LXX tradujeron «enjundia» (*adipem*). De la cual el santo David dice en el salmo: «Como de enjundia y de gordura sea llena mi alma» (Sal. 62, 6); y en otro lugar: «Los alimentó con la enjundia del trigo, y de la piedra con miel los sació» (Sal. 80, 17). Cuyas enjundias no otra cosa que la carne mística suenan. A la cual el Señor exhortaba a los discípulos, diciendo: «Si no comiereis mi carne y bebiereis mi sangre, no tendréis vida en vosotros» (Jn. 6, 54). De donde también en Getsemaní fue entregado, que significa «valle graso», o «pinguísimo». Y al mismo tiempo increpa a aquellos que siguen la sabiduría secular y las perversas y simuladas doctrinas de los heréticos, y las tradiciones de los fariseos, y toda ciencia de falso nombre que se

eleva contra Dios, y con grandes precios y trabajo continuo pesan plata por aquella disciplina en la cual (645) no hay panes, y sudan por estos alimentos en los cuales ninguna hartura hay. Por lo cual se muestra que ha de ser seguida aquella sabiduría que no está en las hojas y en la flor de las palabras, sino en las médulas y en los frutos de los sentidos; la cual no vuela de paso por el oído, sino que restaura el ánimo. Para aprender la cual, no cruzamos los mares, ni necesitamos de grandes gastos, sino que está cerca la palabra en nuestra boca y en nuestro corazón.

(Vers. 2, 3.) «Oídme oyéndome, y comed lo bueno, y se deleitará en la grosura vuestra alma. Inclinad vuestra oreja y venid a mí: oíd, y vivirá vuestra alma. Y heriré con vosotros un pacto sempiterno: las misericordias de David fieles». LXX: «Oídme, y comed cosas buenas, y se deleitará en los bienes vuestra alma. Atended con vuestras orejas, y seguid mis caminos: y oídme, y vivirá en los bienes vuestra alma. Y os constituiré un testamento eterno, las cosas santas de David fieles».

Para que nadie pensara que era un oído de la carne, no de la mente, al cual exhorta a los que han de oír el discurso divino, no les promete bienes de la carne, sino del alma. «Pues si —dice — me oyereis, los bienes de la tierra comeréis» (Is. 1, 19). O «lo Bueno», quien dice: «Yo soy el buen pastor» (Jn. 10, 11). Y se deleitará en los bienes y en la grosura vuestra alma. Por tanto los bienes, que han sido prometidos al alma, no son riquezas, y sanidad del cuerpo, y dignidades del siglo, las cuales también los filósofos llaman in-

diferentes, esto es, ni buenas ni malas, y según la calidad de quienes las usan varían; sino que han de creerse aquellas hacia las cuales nos exhorta Dios: «Apártate del mal y haz el bien» (Sal. 36, 27). Mas si los bienes del alma se llaman honestidad y virtudes; por tanto también los males, no han de recibirse como pobreza, e infirmidad del cuerpo, e ignobilidad, sino todos los vicios, que verdaderamente son males. Finalmente Abraham no por eso tuvo bienes porque fue rico, sino porque usó bien las riquezas (Gén. 13). Y Lázaro que después descansó en su seno, no por ello sostuvo males porque con la escasez padeció los tormentos de las enfermedades, sino que por los males que se pensaban en el siglo, los verdaderos bienes consiguió. De donde también aquel rico purpurado recibió sus bienes en su vida, que para él eran bienes, pues él los juzgaba bienes (Lc. 16), y sobre Lázaro no por el contrario se dice: Recibió sus males en su vida; sino que recibió males en su vida, (646) los cuales males no para él, que los padecía, sino para los otros parecían serlo. De ambas cosas ejemplo nos da el bienaventurado Job, quien ni en los bienes ni en los males del siglo fue vencido, sino que todo con igual firmeza de mente lo sostuvo (Job 2). Por lo cual Salomón ruega a Dios: «Riquezas y pobreza no me des. Mas constitúyeme lo que es necesario y suficiente para mi sustento, no sea que saciado me vuelva mentiroso y diga: ¿Quién me ve? o necesitado robe y perjure el nombre del Señor» (Prov. 30, 8, 9). Mas si esto depreca, que ni riquezas tenga ni pobreza, sino solo lo necesario para el sustento,

de lo cual también el Apóstol dice: «Teniendo sustento y vestido, con esto estamos contentos» (1 Tim. 6, 8): es perspicuo que las riquezas y la escasez, la sanidad y el lánguido estado, la voluptuosidad y los suplicios, ni son bienes ni males, sino que según la diversidad de quienes los sostienen se hacen bienes y males. Por tanto no según los *chiliastas* (milenaristas), la abundancia de riquezas, y los manjares delicados, y la grosura del cuerpo, y los faisanes y las tórtolas rellenas, el mulso, el vino puro, la hermosura de las mujeres, los enjambres de hijos, promete el Señor al alma, sino aquellas delicias hacia las cuales místicamente nos provoca diciendo: «Deléitate», o «disfruta de las delicias en el Señor, y te dará las peticiones de tu corazón» (Sal. 36, 4); y en otra parte: «Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes» (Sal. 26, 13); y en otro salmo: «Bendice, alma mía, al Señor, y todas mis partes interiores a su santo nombre. Quien llena de bienes tu deseo» (Sal. 102, 1 y 5). Finalmente infiere: «Oídme, y vivirá vuestra alma» (Is. 55, 3). La promesa de todos los bienes es la vida sempiterna. Que si quisiereis oír, y vuestra alma viviere para siempre, heriré con vosotros un pacto sempiterno, las misericordias de David fieles. De las cuales el mismo Salmista cantaba: «Las misericordias del Señor para siempre cantaré. En generación y generación anunciaré tu verdad» (Sal. 88, 1, 2). And para que sepamos cuáles sean esas misericordias, por el discurso siguiente lo demuestra: «Una vez juré por mi santo: si a David le mintiere, su simiente para siempre permane-

cerá, y su trono como el sol en mi presencia, y como la luna perfecta para siempre, y testigo en el cielo fiel». Quien por eso se llama fiel, porque las promesas habrá cumplido. Por lo cual los LXX tradujeron, «las cosas santas de David fieles» (Hech. 13, 34): lo cual puede recibirse por firmes (647) y robustas. Como es aquello: «Fieles todos sus mandatos: confirmados por el siglo del siglo» (Sal. 110, 8). Y en otro lugar: «Dios fiel, y no hay iniquidad en él» (Deut. 32, 4). Y el apóstol Pablo: «Si le negáremos —dice—, él permanece fiel: negarse a sí mismo no puede» (2 Tim. 2, 13). Y en otro lugar escribiendo a Timoteo: «Fiel es la palabra, y digna de toda acepción» (1 Tim. 1, 15). Mas este pacto, que el Señor promete, no será breve y de un solo tiempo, como fue el del pueblo de los judíos, sino que permanecerá para siempre, para que venga el verdadero David, y en el Evangelio se cumplan las cosas que de parte de Dios han sido prometidas: «Hallé a David mi siervo, con mi santa misericordia lo ungí» (Sal. 88, 21). Cuya mano puso en el mar, y en los ríos su diestra. A quien según Ezequiel, durmiendo ya David por muchos siglos, llama su siervo y pastor diciendo: «Os suscitaré un solo pastor, mi siervo David» (Ez. 34, 23).

(Vers. 4, 5.) «He aquí que yo lo di por testigo a los pueblos, por jefe y por preceptor a las gentes. He aquí que a la gente que no conocías llamarás: y las gentes que no te conocieron a ti correrán, por causa del Señor tu Dios y el Santo de Israel, porque [Al. quien] te glorificó». LXX: «He aquí que lo di por testimonio entre las naciones, prín-

cipe y preceptor a las naciones: las gentes que no te conocían te invocarán: y los pueblos que te ignoraban se refugiarán en ti: por causa del Señor tu Dios el Santo de Israel, que te glorificó».

Había provocado a creer al pueblo de los judíos, para que inclinaran su oreja y recibieran el pacto sempiterno, que el Señor había prometido a David, y a Abraham, y a su simiente, diciendo: «En tu simiente serán bendecidas las naciones» (Gén. 22, 18). Lo cual exponiendo el apóstol Pablo dice: «No dijo: en las simientes; sino: en la simiente, que es Cristo» (Gál. 3, 16). Y porque sabía que, no creyendo ellos, habían de creer los pueblos de las naciones, pasa a las gentes; y dice haber enviado a su Hijo por testigo o testimonio de todas las gentes, para que anunciara sus preceptos y mandatos a los pueblos, quien de sí mismo habla: «Conviene que sea predicado este Evangelio en todo el orbe, en testimonio para todas las gentes» (Mt. 24, 14). Finalmente confuta al soberbio Pilato con este discurso: «Para esto nací, para dar testimonio a la verdad» (Jn. 18, 37). De quien el apóstol Pablo escribe a Timoteo: «Un solo mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se dio a sí mismo en redención por todos, testimonio (648) en sus propios tiempos: en el cual yo he sido puesto como heraldo y Apóstol» (1 Tim. 2, 5). Todo pues lo que se dice, ha de referirse a aquel que como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el trasquilador no abrió su boca. De quien arriba se dice: «Lo vimos, y no tenía aspecto ni decoro» (Is. 53, 2); e: «Él mismo llevó nuestros pecados,

y por nosotros se duele». A este se refugiaron, o corrieron, los que antes no lo conocían, diciendo: «Nuestro Dios es refugio y virtud» (Sal. 45, 1); y de nuevo: «Señor, te has hecho para nosotros refugio de generación en generación» (Sal. 89, 1). De cuya fe también arriba leímos: «Aquellos a quienes no se les ha predicado de él, verán: y los que no habían oído, entenderán». Este es el testigo de todo lo que el Padre prometió y prestó al mundo, cuyo misterio Pablo, comprendiendo en breve discurso a los efesios dice: «El Dios del Padre de la gloria de nuestro Señor Jesucristo» (Ef. 1, 17? Jerónimo cita antes I, 3, pero aquí menciona «Padre de la gloria» como en I, 17): de quien también ahora está escrito: «Por causa del Señor tu Dios, y el Santo de Israel, que te glorificó», y con aquella gloria que tuvo antes que el mundo fuera hecho. De la cual también el Profeta atestigua: «Aparecerá la gloria de Dios» (cf. Heb. 1, 3), quien es el esplendor de la gloria y la figura de su substancia, cuando toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria del Padre (Flp. 2). Quien respondió al Hijo que pedía la gloria que antes había tenido: «Y la glorifiqué, y la glorificaré». De quien también el apóstol Juan dice: «Vimos —dice— su gloria, gloria como del unigénito por el Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn. 12, 28; 1, 14). Por tanto, cuando habla de él: Que en el principio estaba ante Dios, el Dios Verbo, es llamado Padre de la gloria: mas cuando de aquel que dice en el Evangelio: «¿Por qué me perseguís a mí, un hombre que os hablo la verdad?» (Jn. 8, 40): es llamado Dios de nuestro Señor Jesucristo. No

porque sea uno y otro (que es el pésimo error de muchos), sino porque uno y mismo Hijo de Dios habla con los afectos ahora de la gloria de su divinidad, ahora de nuestra naturaleza, que se dignó asumir.

(Vers. 6, 7.) «Buscad al Señor mientras puede ser hallado: invocadlo mientras está cerca. Deje el impío su camino, y el varón inicuo sus pensamientos, y conviértase al Señor, y tendrá misericordia de él, y a nuestro Dios: porque es mucho para perdonar». LXX: «Buscad al Señor: y cuando lo hayáis hallado, invocadlo. Y después que se os haya acercado, deje el impío sus caminos (649) y el varón inicuo sus pensamientos y conviértase al Señor: y conseguirá misericordia: porque perdonará mucho vuestros pecados».

Porque pues, como ya antes dijimos, no quisisteis recibir el pacto sempiterno, y las misericordias de David fieles, las cuales, no queriendo vosotros recibirlas, las recibió la turba de los gentiles, os amonesto yo Profeta a vosotros mis compatriotas, y atestiguo, mientras hay tiempo, haced penitencia. Convertíos a aquel que ahora os habla por los Profetas, quien después ha de hablar estando presente. Buscadlo mientras puede ser hallado, mientras estáis en el cuerpo, mientras se da lugar a la penitencia, y buscadlo no por lugar, sino por fe. Cómo pues se busque a Dios, en otro lugar más plenamente se dice: «Sentid del Señor en bondad, y en simplicidad de corazón buscadlo: porque es hallado por los que no lo tientan: y aparece a los que no le son incrédulos» (Sab. 1, 1-2? Jerónimo lo atribuye a

Isaías por desliz de memoria o se refiere a los temas tratados antes). De donde también nosotros sabiendo aquel dicho sobre los pecadores: «Los que se alejan de ti, perecerán», hablemos al Señor: «¿A dónde iré de tu espíritu, y de tu rostro a dónde huiré? Si subiere al cielo, tú allí estás: si bajare al infierno, estás presente» (Sal. 138, 7-8). E invoquémoslo mientras está cerca, no sea que por nuestros vicios y pecados se aleje de largo. Pues se acerca a los que se le acercan, y al hijo que vuelve después de mucho tiempo, alegre sale al encuentro. Por lo cual el santo en el salmo canta: «Mas para mí adherirme a Dios, bueno es» (Sal. 72, 28). Y Moisés solo se acercaba al Señor (Éx. 20). Y por Jeremías habla Dios: «Yo Dios que se acerca, y no de lejos» (Jer. 23, 23). Acercándome a los que se me acercan por la fe, y alejándome de largo de aquellos que de mí se apartan lejos por la infidelidad. Por lo cual se dice a los creyentes: «Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros». Y para que no pensáramos que esto pudiera bastar, al punto subyuga: «Resistid al diablo, y huirá de vosotros» (Sant. 4, 7-8). De quien arriba había dicho: «Vuestro adversario el diablo como león que ronda, busca a quién devorar. Al cual resistid confortados por la fe» (1 Pe. 5, 8-9). Ni basta buscar al Señor, y mientras es tiempo de penitencia, hallarlo, e invocarlo mientras está cerca, si no hubiere dejado el impío sus caminos prístinos, y los pensamientos antiguos por los cuales se había desviado del Señor. Pues entonces volveremos al Señor, quien tendrá misericordia de nosotros; y al clementísimo (650) padre, que es mucho en las

misericordias, y fácil para perdonar, cuando hayamos dejado los pensamientos y caminos prístinos, para que después merezcamos oír: «Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido remitidas, y cuyos pecados han sido cubiertos» (Sal. 31, 1).

(Vers. 8, 9.) «Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos: ni vuestros caminos mis caminos, dice el Señor. Pues como se exaltan los cielos de la tierra, así se han exaltado mis caminos de vuestros caminos, y mis pensamientos de vuestros pensamientos». LXX: «Porque ni son mis pensamientos como vuestros pensamientos: ni como mis caminos vuestros caminos, dice el Señor. Sino cuanto dista el cielo de la tierra, tanto dista mi camino de vuestros caminos, y vuestros pensamientos de mi pensamiento».

No penséis, dice, que es difícil lo que prometo, y no os parezca increíble que el impío y el inicuo pueda salvarse, o el pueblo de los judíos, o todos los que en las gentes no conocían a Dios: considerad esto, que mucha es la diferencia entre mis consejos y los vuestros, y cuanta es la diversidad de la naturaleza, tanta la de la voluntad (Prov. 19). Pues muchos pensamientos hay en el corazón del varón, mas el consejo del Señor permanece para siempre. Vosotros, como hombres, a menudo arrepentidos de lo prometido, la vieja voluntad con una voluntad nueva subvertisteis. Pues el Señor disipa los consejos de las naciones, y reprueba los pensamientos de los pueblos, e irritas hace las voluntades de los príncipes (Sal. 32). Mas los pensamientos de su corazón son de genera-

ción en generación; y cualquier cosa que hubiere decretado, no puede ser mudada. ¿Queréis saber la diversidad de mi consejo y el vuestro? Cuanto el cielo dista en lugar de la tierra, y una es la habitación de los Ángeles, otra la de los hombres, tanto mis pensamientos de vuestros consejos se separan. Pues sobre mis pensamientos se dice: «Inescrutables sus juicios, e investigables sus caminos» (Rom. 11, 33). Además sobre los vuestros: «Pensaron un consejo, que no pudieron estabilizar» (Sal. 20, 12). Y en otro lugar: «Cualquier consejo que iniciareis, se disipará, y cualquier cosa que hubiereis hablado, no permanecerá en vosotros» (Is. 8, 10). No necesitan de perspicua interpretación, por ello se tocan más bien que se discuten.

(Vers. 10, 11.) «Y como desciende la lluvia y la nieve del cielo, y allí más no vuelve [Vulg. no volverá]; sino que embriaga la tierra, y la infunde, y germinar la hace, y da simiente al que siembra, y pan al que come: así será mi palabra, (651) que saldrá de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará cualesquiera cosas que quise, y prosperará en aquellas para las cuales la envié». LXX: «Como si descendiera la lluvia, o la nieve del cielo, y no volviera, hasta que embriague la tierra, y genere y brote, y dé simiente al que siembra, y pan para comer: así será mi palabra, que hubiere salido de mi boca: no volverá hasta que cumpla lo que quise, y prósperos haré sus caminos y mis preceptos».

Penden de las cosas superiores las que se dicen, y brevemente este es el sentido: no sea incrédulo el pueblo de las naciones, porque tras

tantos crímenes el impío de repente se salve. Pues no son mis pensamientos como los pensamientos de los hombres, y cuanto el cielo dista de la tierra, tanto mis pensamientos de los pensamientos de los hombres están separados. Pues yo soy clementísimo, y mucho para perdonar. ¿Queréis también recibir otra similitud? Como la lluvia y la nieve desciende del cielo, y allí más no vuelve, sino que embriaga la tierra, y la infunde, y brota varias simientes, para que con plenas mieses se procreen panes para los usos de los hombres: así la palabra de mi repromisión, que una vez prometí, y que ha salido de mi boca, irrita no será; sino que todas las cosas con la obra se cumplirán. Según la anagogía hay una doble inteligencia, que la palabra del Señor o sea aquel de quien está escrito: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba ante Dios, y Dios era el Verbo» (Jn. 1, 1). El cual no volverá a él vacío, si no hubiere hecho la voluntad del Padre; y hubiere cumplido todas las cosas por las cuales había sido corporado, y hubiere reconciliado al mundo con Dios. Quien de la boca se dice proceder, y del útero y de la vulva: no porque Dios tenga estos miembros, sino porque nosotros aprendemos la naturaleza del Señor por nuestras palabras. O ciertamente ha de decirse esto, que el discurso de la doctrina evangélica sea llamado lluvia, y las lluvias que funden sobre la tierra buena, las nubes espirituales, a las cuales llega la verdad de Dios. Cuya lluvia, y cuyas lluvias Moisés en el Cántico del Deuteronomio promete (Deut. 32, 1-2): «Oiga la tierra las palabras de mi boca: espérese como lluvia

mi elocución, y desciendan como rocío mis palabras»; para que quienes sembraron en lágrimas, en gozo sieguen (Sal. 125). Y quienes sembraron en justicia y espíritu, sieguen el fruto de la vida sempiterna, y reciban el pan de la doctrina evangélica, del cual en los Proverbios y en (652) el Eclesiastés está escrito: «Abre tus ojos, y llnate de panes» (Prov. 20, 13); y de nuevo: «Echa tu pan sobre el agua, porque en la multitud de tus días lo hallarás» (Ecl. 11, 1). Ni pues ha de creerse que se prescriba a los que comen, que para comer este pan, por el cual los cuerpos se nutren, deban abrir los ojos, y así saciarse de panes, los cuales en Habacuc come el pobre a escondidas (Hab. 3, 14?). Sino que al pan de la doctrina de Dios exhorta, el cual, si no hubiéremos abierto los ojos de nuestro corazón, comer no podemos. Sobre el cual a menudo escribe también Pablo a aquellos que con los sermones de la fe y de la verdad se nutren (cf. 2 Cor. 9). Y se prescribe al doctor que el pan de su doctrina envíe sobre toda agua, y a todos infunda la gracia espiritual, y sepa que si hubiere hecho lo que ha sido mandado, en el novísimo tiempo ha de recibir los premios. Y se verá bastante injusto que quien presta limosna, del inicuo mammona se haga amigos que lo reciban en los eternos tabernáculos (Lc. 16): y quien larga los alimentos espirituales, y da a sus conservos el sustento en su tiempo, no los halle tras muchos siglos, que el Eclesiastés llama multitud de días (Ecl. 11).

(Vers. 12, 13.) «Porque en alegría saldréis, y en paz seréis conducidos. Los montes y las colinas cantarán ante vosotros alabanza, y todos los

leños de la región aplaudirán con la mano. Por la saliúncula [zarza] subirá el abeto, y por la ortiga crecerá el mirto. Y será el Señor nominado en signo eterno, que no será quitado». LXX: «En alegría saldréis, y en gozo seréis conducidos. Los montes y las colinas saltarán, esperándoos en gozo, y todos los leños del campo aplaudirán con las ramas. Y por la *stoibe* (esto es, los vilísimos tallos [Al. estirpes]) subirá el ciprés: y por la coniza subirá el mirto. Y será el Señor para nombre y para signo sempiterno, y no faltará».

Mi palabra, dice, no volverá vacía, sino que después que haya cumplido todas las cosas que quise, y haya hecho mi voluntad en la tierra, entonces vendrá a mí; y se cumplirá aquello que está escrito: «Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies» (Sal. 109, 1-2). Pues en alegría saldréis de la sangre de la idolatría, y seréis conducidos en paz; para que oigáis del Apóstol: «Gracia a vosotros y paz» (Rom. 1, 7). O en gozo seréis conducidos: para que tras la sombra de la Ley aprendáis la verdad del Evangelio. Pues los montes y las colinas, que podemos entender como los Ángeles y las almas de los (653) Santos, que por la variedad de las virtudes son llamados montes y colinas, se gozarán sobre los penitentes, e indicarán la alegría de la mente con saltos. Lo cual también el Señor habla en el Evangelio: «Se alegrarán los Ángeles en el cielo sobre un solo pecador que hace penitencia» (Lc. 15, 7). Todos los leños del campo también aplaudirán con la mano, o con las ramas, los cuales han sido plan-

tados junto a los decursos de las aguas, los cuales darán su fruto en su tiempo, y su hoja no caerá (Sal. 1). Sobre los cuales un solo leño hablaba en el salmo: «Mas yo como oliva fructífera en la casa del Señor» (Sal. 51, 10). Interroguemos a aquellos que siguen solo la simple historia, y comen las carnes cocidas del cordero: si los leños aplauden con las ramas, y resuenan con la mano, y aquello que sobre los ríos se dice: «Los ríos aplaudirán con la mano» (Sal. 97, 8), en qué sentido haya de recibirse. Ni solo los montes y las colinas saltarán y cantarán; y todos los leños del campo, al cual bendijo el Señor, aplaudirán con las ramas, y con las manos resonarán: sino que también la *stoibe* y la *coniza* o la saliúncula y la ortiga, en abeto se convertirán [Al. se convierten], y en mirto y ciprés. La *stoibe* según Símaco y los LXX en el hebreo se escribe *NESUS* (נעצוץ): la cual Aquila y Teodoción interpretaron como coniza. Es pues la coniza una hierba vilísima y amarga, y de olor pesimísimo. Donce pues la Septuaginta tradujo coniza, la cual en el hebreo se dice *SARPHOD* (סרפד), Símaco vertió «ortiga» (*urticam*). Como quiera que se tenga la propiedad de los nombres, esto ha de decirse, que lo malo se convierte en bueno, y por los vicios nacen las virtudes, esto es, por la iniquidad, la justicia; por la temeridad, la fortaleza; por la lujuria, la templanza; por la necedad, la prudencia. Demos ejemplos de los mayores: Mateo y Zaqueo y los publicanos eran saliúncula, y *stoibe*, y estirpes inútiles, y coniza de amargo sabor y de olor tetérrimo, diciendo: «Se pudrieron y se corrompieron

mis cicatrices, ante la faz de mi insipiencia» (Sal. 37, 6). Estos de repente mudados en Apóstoles, se hicieron ciprés, y abeto, y mirto, de olor óptimo, y necesarios para varias obras. Pablo también perseguidor de la Iglesia, cuando oía del Señor: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro es para ti dar coces contra el aguijón» (Hech. 9, 4-5), ortiga era, teniendo los aculeos de la persecución. Mas cuando (654) en todo el orbe el Evangelio predicó, y podía decir: «De Cristo buen olor somos» (2 Cor. 2, 15), rectamente ciprés es llamado, y mirto. Las meretrices y los publicanos preceden a los fariseos en el reino de Dios, y el ladrón de la cruz pasa al paraíso (Mt. 21). Por tanto aquello que en el Evangelio se dice: «No puede el árbol bueno hacer frutos malos» (Lc. 6, 43; Mt. 7, 18), de ninguna manera se refiere a la propiedad de la naturaleza, como los heréticos quieren, sino al arbitrio de la mente. Finalmente se infiere: «O haced el árbol bueno, y sus frutos buenos». Por lo cual es perspicuo que cada uno por su propia voluntad hace a su alma un árbol bueno o malo, cuyos frutos son varios. Sigue: «Y será el Señor para nombre y para signo sempiterno, que no faltará». Para estos, que de lo malo hubieren sido conmutados a lo bueno, será el Señor para nombre y para signo eterno, para que de su mismo nombre se llamen cristianos, y con el cauterio de su cruz sean marcados. Sobre cuyo signo Simeón teniendo en sus brazos al párvulo, hablaba: «Este será para ruina y para resurrección de muchos, y para signo al cual se contradirá» (Lc. 2, 34): sobre el cual también arriba se ha dicho: «Dará para

vosotros el Señor un signo» (Is. 7, 14). Y el santo canta en el salmo: «Haz conmigo el Señor un signo para bien» (Sal. 85, 17). Y él mismo que es el signo: «Cuando viereis —dice— el signo del Hijo del hombre», el cual no faltará, ni con ningún fin se mudará, sino que de la presente conversación pasará a lo futuro.

(Cap. LVI.---Vers. 1.) «Esto dice el Señor: Guardad el juicio, y haced la justicia: porque cerca está mi salvación para que venga, y mi justicia para que se revele». Los LXX, por «justicia», tradujeron «misericordia», lo demás de modo similar.

Terminada la profecía de las gentes, las cuales en el advenimiento del discurso de Dios han de ser mudadas de la saliúncula y la ortiga en el ciprés y el mirto, habla Isaías a los auditores de aquel tiempo, para que hagan todo lo que es recto, y se preparen para el advenimiento del Salvador, porque él mismo es la justicia y la misericordia de Dios. Pues si los pensamientos de los Santos son juicios: y debemos tener los sentidos ejercitados para la discreción del bien y del mal, por qué no guardaríamos en todo tiempo el juicio, para que no despreciemos la persona del pobre en el juicio, para que no nos aterroricemos por la potencia del rico: sino que juzguemos lo grande como lo pequeño, sabiendo según Moisés, que el juicio es del Señor, quien juzga a los que juzgan (Deut. 1); (655) según lo cual también en el salmo se lee: «Dios estuvo en la congregación de los dioses: mas en medio de ellos juzga a los dioses» (Sal. 81, 1). A esto que ahora se dice: «Guardad el juicio, y haced la justicia», aquello es similar:

«Bienaventurados los que guardan el juicio, y hacen la justicia en todo tiempo» (Sal. 105, 3); para que justamente lo que es justo, persigan. Aunque en el nombre de la justicia, todo lugar me parece ser significado, porque el que hubiere hecho una justicia, se dice haber cumplido todas las virtudes que a su vez se siguen, y se adhieren a sí mismas: de modo que el que hubiere tenido una, todas las tenga, y el que de una hubiere carecido, de todas carezca. Algo tal también el salmo catorce suena: «El que camina inmaculado, y obra la justicia» (Sal. 14, 2). Y en otra parte está escrito: «Aprended la justicia los que habitáis sobre la tierra» (Is. 26, 9). Mas que el Salvador, que se hizo para nosotros justicia, y santidad, y redención, sea él mismo la misericordia de Dios (1 Cor. 1, 30), las palabras de los santos lo testifican: «Y envió Dios su misericordia, y su verdad» (Sal. 56, 4).

(Vers. 2.) «Bienaventurado el varón que hace esto, y el hijo del hombre que aprehendiere esto: guardando el sábado, para no poluirlo: guardando sus manos, para no hacer todo mal». LXX: «Bienaventurado el varón que hiciere estas cosas, y el hombre que retiene estas, y guarda los sábados, para no profanarlos, y guarda sus manos, para no hacer iniquidad».

Quien con el apóstol Pablo puede decir: «Cuando era párvulo, hablaba como párvulo: como párvulo sentía, como párvulo pensaba; después que fui hecho varón, destruí las cosas que son de párvulo» (1 Cor. 13, 11): este consigue la presente bienaventuranza, olvidando lo pasado, y hacia lo futuro extendiéndose hasta que llegue

a la unidad de la fe, y al conocimiento del Hijo de Dios, al varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo; para que aquel salmo pueda acoplársele: «Bienaventurado el varón que no fue en el consejo de los impíos» (Sal. 1, 1). Este varón pues, e hijo del hombre interior, del cual en el Levítico más frecuentemente se dice: «Hombre, hombre» (Lev. 17, 8?): en esto es bienaventurado, en que hace lo primero, y aprehenderá estas cosas: el juicio a saber y la justicia y la salvación del Señor, que está cerca, y ha de revelarse a todas las naciones: para que no solo haga lo que ha sido mandado, sino que lo tenga con mano apretada; y guarde el sábado, para no poluirlo: Mas cuál sea el sábado, que mandó observar, el verso siguiente lo muestra: «Guardando sus manos (656) para no hacer todo mal». Pues ni aprovecha sentarse en sábado, o dormir, e inhalar por los banquetes. Sino que si haciendo cosas buenas, descansara en las malas, y tuviera un yugo de iniquidad de sábado, esto es, ocio, y hiciera solo aquellas cosas que pertenecen a la salvación del alma, y a toda obra servil no se moviera. Pues quien hace el pecado, siervo es del pecado (Jn. 8, 34). Mas nosotros a la libertad hemos sido llamados, con la cual libertad nos donó Cristo (Gál. 4, 31?), para que de ninguna manera operemos el alimento que perece; sino adhiriéndonos al Señor, digamos con el Profeta: «Mas para mí adhiriéndome a Dios bueno es» (Sal. 72, 28). Hagámonos con él un solo espíritu, y cumplamos los sábados dedicados, no seamos de los seis días en los que fue hecho el mundo, de los cuales los Apóstoles no eran, a quienes el Señor

hablaba: «Si fuerais de este mundo, el mundo seguramente amaría lo que es suyo. Mas ahora no sois de este mundo, porque yo os elegí, y por ello os odia el mundo» (Jn. 15, 19).

(Vers. 3.) «Y no diga el hijo del advena, que se adhiere al Señor, diciendo: Con separación me dividirá el Señor de su pueblo: y no diga el eunuco: He aquí yo un leño árido». LXX: «No diga el alienígena, que ha sido unido al Señor: ¿Piensas que me separa el Señor de su pueblo? y no diga el eunuco: porque yo soy un leño árido».

Quienes humildemente entienden este lugar, a los prosélitos de las gentes y a los verdaderos eunucos refieren lo que se dice, que también los advenas, si la ley del Señor recibieren y fueren circuncidados, y los eunucos, cual fue aquel de la reina Candace (Hech. 8), quien también en el camino ocioso ser no podía, y mientras busca un intérprete de la lección, halló a Cristo a quien buscaba, no sean externos a la salvación de Dios. Esto pues, dicen, se dice contra los judíos, que jactan la nobleza del género, y dicen ser ellos hijos de Abraham, y juzgan bienaventurados a los que tienen simiente en Sión, y domésticos en Jerusalén (Jn. 8). Mas nosotros a quienes arriba por la saliúncula y la ortiga y la coniza y la *stoibe* interpretamos (Arriba al cap. 55), como convertidos en abeto y ciprés y mirto, entendemos que esos mismos ahora a la fe del Evangelio son provocados: que no deben desesperar [Al. ser desesperados], si se hubieren adherido al Señor: ni piensen separarse del pueblo de Dios. Pues todos los que en Cristo habéis sido (657) bautizados, a Cristo ha-

béis revestido (Gál. 3, 27). No hay judío y étnico, circuncisión y prepucio, a los cuales en el Cántico del Deuteronomio se prescribe: «Alegraos gentes con su pueblo», esto es, de Dios que tuvo el pueblo previo de los judíos (Deut. 32, 43). Quienes viniendo de Oriente y Occidente, descansarán en el seno de Abraham. Esto es lo que también Juan el Bautista decía: «Y no digáis: tenemos por padre a Abraham. Pues os digo: Potente es Dios de estas piedras para suscitar hijos de Abraham» (Mt. 3, 9). Y como en los prosélitos no hay ninguna diversidad, sino que tanto varones como mujeres a la salvación igualmente son llamados: así también en los eunucos que se castraron por los reinos de los cielos, ambos sexos se reciben; que mortificaron sus miembros sobre la tierra, la fornicación, la inmundicia, la pasión, el deseo malo: hasta que lleguen todos al varón perfecto, y digan con el Apóstol: «Nosotros a nadie conocimos según la carne. Y si conocimos según la carne a Cristo, mas ahora ya no lo conocemos» (2 Cor. 5, 16). Por lo tanto en los eunucos de ninguna manera han de entenderse aquellos a quienes el ardiente poeta describiendo dice (Lucano, lib. 10): «Y también la infeliz juventud truncada por el hierro, y exsecta del varón . . . . . .» Sino aquellos de quienes el Señor habla en el Evangelio: «Quienes se castraron a sí mismos por el reino de los cielos» (Mt. 19, 12): cuales eran también los Apóstoles, a quienes admirados y por la dificultad de la cosa diciendo: «¿Quién pues puede salvarse?», respondió el Salvador: «Quien puede captar, capte». De donde también el Apóstol sobre eunucos de esta clase,

esto es, sobre las vírgenes, atestigua no tener él precepto del Señor, mas da consejo como habiendo conseguido misericordia del Señor, queriendo que todos sean como él mismo: «Pues el tiempo —dice— es breve: resta que también los que tienen esposas, sean como si no las tuvieran» (1 Cor. 7, 29). Pues quien libre ha sido llamado de la servidumbre y oficio conyugal, este es verdaderamente siervo de Cristo.

(Vers. 4, 5.) «Porque así dice el Señor a los eunucos: Si hubieren guardado mis sábados, y hubieren elegido lo que yo quise, y hubieren mantenido mi pacto, les daré en mi casa, y en mis muros un lugar: y un nombre mejor que de hijos e hijas: un nombre sempiterno les daré, que no perecerá». LXX: «Así dice el Señor a los eunucos: Quienes hubieren guardado mis sábados, y hubieren elegido lo que yo quiero, y hubieren mantenido mi testamento, les daré en mi casa, y en mi muro un lugar nombrado, mejor que hijos e hijas: un nombre sempiterno les daré y no faltará».

Dos grupos había propuesto: prosélitos y eunucos. Primero habla de los eunucos, y les da preceptos de vida, y les promete los premios futuros. Y tras ellos viene a los prosélitos, prometiéndoles también cosas similares. Habla, pues, a los eunucos, que por desesperación dijeron: «He aquí yo un leño árido» (Ex. 23), para que no piensen estar sujetos a la maldición que fue dicha a los estériles: «Maldito el estéril que no hace simiente en Israel» (Deut. 7). Si, dice, hubieren guardado mis sábados, y de mis preceptos hubieren elegido

aquellos que yo quise, y no aquellos que por la imbecilidad de los oyentes concedí, y mi pacto o testamento con toda fe retuvieren, les daré en mi casa, y en mi Templo, y en los muros de mi firmísima ciudad un lugar, y un nombre mejor que hijos e hijas, que por ningún olvido será borrado. Quiénes sean los eunucos ya lo dijimos arriba: los que están solícitos por las cosas que son de Dios; a quienes habla también la Sabiduría, que se inscribe con el título de Salomón: «Bienaventurada la estéril inmaculada, que no conoció el lecho en delito, tendrá fruto en la visitación de las almas. Y el eunuco, que no obró con su mano iniquidad, ni pensó contra el Señor cosas malas. Pues se dará a su fe una gracia elegida, y una parte deleitable en el templo del Señor» (Sab. 3, 13, 14). Esta estéril es fecunda por la virginidad; este eunuco hace fuerza al reino de los cielos, y violentamente lo arrebata. Este es guardián de los sábados, para que nunca haga las obras de los nupcias (1 Cor. 7). Este eligió lo que el Señor quiso, para ofrecer más de lo que está prescrito: para que no considere la indulgencia de su Apóstol, sino su voluntad. Este mantiene el pacto del Señor sempiterno, para que no por un tiempo vaque a la oración, y de nuevo a lo mismo retorne, sino que sepa que ha de recibir en la casa del Señor, que es su Iglesia, un lugar óptimo. «Pues muchas mansiones hay cabe el Padre» (Jn. 14). Y quien fuere eunuco, e hiciere todo lo que está escrito, tendrá en sus muros un lugar óptimo, para que a saber sea hecho torre del Señor, y en el grado sacerdotal consista, y en lugar de hijos de la carne, tenga

muchos hijos espirituales. Que tal fue el eunuco a quien Jesús amó muchísimo, el Evangelista Juan, las historias eclesiásticas lo transmiten, quien se recostó sobre el pecho de Jesús (Jn. 13); quien, caminando Pedro más lentamente, elevado por las alas de la virginidad corrió al Señor (Jn. 20); quien, sumergiéndose en los secretos de la divina natividad, se atrevió a decir lo que todos los siglos ignoraban: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba cabe Dios, y Dios era el Verbo: este estaba en el principio cabe Dios» (Jn. 1, 1-2). Cese, pues, toda cavilación de los judíos, y deje de ofrecerse a la risa, abriendo los reinos de los cielos a los semivarones, puesto que la pudicia no está en la debilidad del cuerpo, sino en la voluntad del ánimo.

(Vers. 6, 7.) «Y a los hijos del advena, que se adhieren al Señor, para que lo cultiven, y amen su nombre, para que le sean por siervos: a todo el que guardare el sábado para no contaminarlo, y que mantiene mi pacto, los introduciré en mi monte santo, y los alegraré en mi casa de oración». LXX: «Y a los alienígenas, que han sido añadidos al Señor para servirle, y para amar su nombre, para que le sean por siervos y siervas, y a todos los que guardan mis sábados, para no violarlos, y mantienen mi testamento, los introduciré en mi monte santo, y los alegraré en mi casa de oración».

Tras los eunucos pasa a los alienígenas, a quienes antes había nombrado, y les promete también a ellos premios: que si le hubieren servido, y de la servidumbre hubieren pasado a la

caridad de aquel nombre, sean para él siervos: cual fue también el Apóstol Pablo, escribiendo en el principio de sus Epístolas: «Pablo, siervo de Jesucristo» (Rom. 1, 1). Y Moisés, familiar de Dios (Heb. 3). Pero lo que en los LXX ha sido añadido: «y siervas», lo hemos marcado con un óbelo. Pues no puede ser que en los dones espirituales haya ninguna diversidad de sexo: puesto que en Cristo Jesús no hay varón y mujer; sino que todos en él, seamos uno (Jn. 17). Sobre el sábado y el pacto sempiterno ya dijimos arriba. Quien, pues, hiciere estas cosas, lo introducirá Dios en su monte santo, y lo afectará con alegría en su casa de oración. El monte santo, o son los dogmas de la verdad y la confesión de la Trinidad: o el mismo Señor, a quien en el último tiempo (según este mismo Isaías y el profeta Miqueas) confluirán muchísimas gentes (Is. 2, Miq. 4). Y la casa de oración es la Iglesia, que en todo el orbe se divide, y no el Templo de los judíos, que por las brevísimas angosturas de la tierra de Judea se estrechaba.

(Vers. 8, 9.) «Sus holocaustos y sus víctimas me placerán sobre mi altar: porque mi casa, casa de oración será llamada para todos los pueblos, dice el Señor Dios, que congrega a los dispersos de Israel: aún congregaré para él a sus congregados: Todas las bestias del campo, venid a devorar, universas bestias del bosque». LXX: «Sus holocaustos y sus víctimas serán aceptables sobre mi altar. Pues mi casa, casa de oración será llamada para todas las gentes, dijo el Señor, que congrega a los dispersos de Israel: porque congregaré para

él una congregación. Todas las bestias feroces, venid, comed, todas las bestias del bosque».

La diferencia de las hostias y de los holocaustos en el Levítico más plenamente la aprendemos. Holocaustos son los que sobre el altar íntegros se queman. Víctimas y hostias, de las cuales una parte se ofrece al altar, otra parte se entrega a los sacerdotes. No ha de creerse, pues, que las hostias de los alienígenas y de los eunucos se requieran según el rito judaico. Mas esto debemos saber: que holocaustos ofrecen los eunucos, que todos se conagran a Dios; víctimas, en cambio, los alienígenas, que por un tiempo vacan a la oración, de quienes habla Dios: «La hostia de alabanza me ha glorificado [Al. glorificará]»; y en otro lugar: «Inmola a Dios sacrificio de alabanza» (Sal. 49, 14.23). Sobre estas víctimas y holocaustos, por Oseas habla el Señor: «Misericordia quiero y no sacrificio: la ciencia de Dios, más que holocaustos», que se ofrecen sobre el altar del Señor (Os. 6, 6). Lo cual Juan en el Apocalipsis atestigua haber él visto en el cielo, bajo el cual estaban las almas de los mártires (Ap. 6). Del cual uno de los Serafines llevó el carbón con las tenazas prendido a los labios de Isaías que debían ser purgados (Is. 6). Este es el altar, y este el tabernáculo, a cuya similitud todas las cosas en el Éxodo hechas se refieren, por las cuales ofrecidas son víctimas espirituales a Dios (Ex. 38).

De otro modo sobre las hostias corporales y holocaustos arriba lo mismo atestigua Dios: «¿Para qué a mí la multitud de vuestras víctimas? dice el Señor. Lleno estoy de holocaustos de car-

neros, y de la enjundia de corderos, y la sangre de toros y machos cabríos no la quiero». Pues mi casa, casa de oración será llamada para todos los pueblos. No para una sola gente de Judea, ni en un solo lugar de Jerusalén y de la ciudad, sino en todo el orbe de las tierras: de ninguna manera de toros y machos cabríos y carneros, sino de oración. Cuyo testimonio el Señor usó, hablando contra aquellos que bajo el nombre del Espíritu Santo, vendían las donaciones de palomas en el Templo, y se sentaban en las cátedras de la pestilencia, y tenían mesas de cambistas (Mt. 21 y Jn. 2), haciendo todo por gracia de torpe lucro, ignorando aquello que está escrito: «Gratis recibisteis, gratis dad» (Mt. 10, 8).

Esto pues futuro el Señor prometió, que congrega a los dispersos de Israel. A los cuales también el Apóstol Pedro escribe una Epístola: de los cuales el Evangelista habla: «Esto pues de sí mismo no lo dijo, sino que siendo pontífice de aquel año, profetizó, que Jesús había de morir por la gente, y no solo por la gente, sino para que a los hijos de Dios, que estaban dispersos, los congregara en uno» (Jn. 11, 51-52), y se cumpliera lo que ha sido dicho: «La congregación de los pueblos te circundará: por causa de esta vuélvete a lo alto» (Sal. 7, 8).

Congregadas pues por los Apóstoles las reliquias de Israel, y en un solo grey reducidos estos que habían sido antes dispersos, todas las bestias son provocadas para que vengan y devoren a Israel, a saber, a aquellos que no quisieron creer, de quienes el Apóstol: «Etenim llegará sobre ellos

el fin» (Fil. 3). Y el Señor en el Evangelio: «Cuando pues viereis ser circundada por el ejército a Jerusalén, entonces sabed que ha llegado su consumación» (Lc. 21, 20). O esto ha de decirse, que a las bestias para devorar han sido entregados, a las cuales detesta el Profeta, diciendo: «No entregues a las bestias las almas que te confiesan» (Sal. 73, 19): sobre estas bestias tropológicamente, que devoraron una cierta parte del Señor, también arriba leímos (Al cap. 9), a Siria desde el orto del sol, y a los griegos desde el Occidente, que devoran a Israel con toda la boca. Y en Jeremías: «Oveja errante es Israel, leones la echaron: primero la devoró el rey de Asur, y el último quebrantará los huesos de ella el rey de Babilonia» (Jer. 50, 17). Puede también esto decirse: que puesto que con el pueblo de Israel las gentes antes rabiosas son provocadas a la fe, para que, dejados los bosques que a muchísimos del ejército de Absalón mataron, vengan a la Iglesia y coman el pan celestial, y de la carne del cordero se sacien.

(Vers. 10-12.) «Sus atalayas ciegos todos, no supieron todos: perros mudos no valientes para ladrar, viendo cosas vanas, durmiendo, y amando sueños. Y perros impudentísimos no supieron la saciedad: los pastores mismos ignoraron la inteligencia: todos en su vía declinaron, cada uno a su avaricia, desde el sumo hasta el último. Venid, tomemos vino, y llenémonos de embriaguez, y será como hoy, así también mañana, y mucho más». LXX: «Ved puesto que cegados están todos: no conocieron todos, perros mudos no podrán ladrar: soñando el lecho, amando las dormitacio-

nes. Y perros impudentes de alma ignoraron la saciedad. Y son malos no sabiendo la inteligencia: todos sus vías siguieron. Cada uno a la vez desde la cumbre de ella. Venid y tomemos vino, e inebriémonos, y sea tal el día de mañana, grande mucho más en exceso».

Para que todas las bestias del bosque vengan, dice, y devoren a los congregados, o para que en el lugar de los judíos, las turbas de las gentes sucedan, sus atalayas están en la causa, a saber, los escribas y fariseos: porque todos ciegos no conocieron al Señor Salvador, ni quisieron ver la luz presente. A los cuales el Señor hablaba: «Necios y ciegos, ¿qué es más, el oro, o el altar que santifica el oro?» (Mt. 23, 17); y de nuevo: «Guías ciegos, que coláis el mosquito, y el camello os tragáis» (Ibíd. 24); y: «Ciego que a ciego guía, ambos en la hoya caen» (Mt. 15, 14).

Mas que los maestros atalayas se llamen, también arriba leímos. Pues en aquel lugar donde según los LXX se dice: «La voz de tus custodios se elevó» (Is. 52, 8), en el hebreo está escrito: «La voz de tus atalayas». De los cuales era Ezequiel, a quien habla Dios: «Hijo del hombre, atalaya te di a la casa de Israel» (Ez. 3, 17). Mas aquellos atalayas no eran ciegos. Finalmente eran llamados videntes. Estos pues de quienes el Profeta ahora habla, no solo atalayas ciegos, sino también perros mudos se llaman, no valientes para ladrar. Pues quienes el grey del Señor custodiar debían, y a los lobos ahuyentar, y ladrar por el Señor, aman los sueños, y con visiones demoníacas se

deleitan. Y es el sentido: No pueden hablar la verdad, sino universas mentiras.

Ni con este fin contentos están, que en la custodia del grey del Señor dormían, y ladrar no podían, y amaban el cubículo, por lo cual la voluptuosidad del cuerpo se indica; sino que cabe los suyos impudentes de alma no supieron la saciedad, que nunca con su error se sacian. Que devoran la plebe del Señor como comida de pan, y las casas de las viudas: y a la gula y a la libido sirven. Pues no pueden decir: «El mandato del Señor lúcido ilumina los ojos» (Sal. 18, 9), ni conocer lo que está escrito: «La sabiduría del hombre ilumina la faz de él» (Prov. 17, 24). Y perros mudos contra los enemigos, de los cuales está escrito: «No deis lo santo a los perros» (Mt. 7, 6). Y perros durmientes, que no saben ser precepto: «No des sueño a tus ojos, y a tus párpados dormitación» (Sal. 131); y de nuevo: «Vigilad, porque no sabéis a qué hora vuestro Señor haya de venir» (Mt. 24, 42). Y por tanto dando lugar al diablo, perros impudentísimos son, que nunca se sacian. Pues vomitan lo que comieron, y retornan a su vómito (Prov. 26). De los cuales también el Apóstol Pedro habla: «Les sucedió aquel verdadero proverbio: El perro vuelto a su vómito, y la cerda lavada en el revolcadero del lodo» (2 Pe. 2, 22).

Que estos atalayas y perros sean los mismos pastores, el siguiente sermón lo demuestra: «Los pastores mismos ignoraron la inteligencia». Pues la palabra hebrea ROIM [Al. ROEM] que con cuatro letras se escribe, *resh* y *ain* y *yod* y *mem*, si se lee *roim*, pastores; si *raim*, pési-

mos suena. Esto dijimos para que las causas de la varia interpretación mostráramos. Pues todos las suyas buscaron, y no las que de Dios son, ni anduvieron por la vía del Señor (Fil. 2), de la cual está escrito: «Buscad cuál sea la vía buena: y andad en ella» (Jer. 6, 16). Sino que según lo que en el volumen de los Jueces se lee: «No había rey en Israel; cada uno lo que recto le parecía, esto hacía» (Jue. 17, 6), y los propios seguía errores.

Y lo que sigue: «Cada uno a su avaricia, desde el sumo hasta el último: venid, tomemos vino, y llenémonos de embriaguez, y será como hoy, así también mañana, y mucho más», en los Intérpretes Septuaginta no se tiene, sino que del hebreo añadido, con estrellas iluminantes se marca. Finalmente estos versículos ninguno de los Intérpretes Eclesiásticos disertó, sino que como a una hoya patente en medio los saltan y transmiten. Mas lo que dice, es esto, puesto que de la vía del Señor declinando, las propias sendas han seguido, por eso arden de avaricia desde el sumo hasta el último, desde los príncipes hasta la plebe, para que después que empezaren a herir a sus consiervos, y a comer y beber con los ebrios, digan: «Venid, tomemos vino, y llenémonos de embriaguez. Comamos y bebamos: que mañana moriremos. Y será como hoy, así también mañana: y mucho más» (1 Cor. 15, 32).

Esto es lo que arriba dijo: «No supieron la saciedad»: ni por la pasada voluptuosidad se sacian, sino que futuras delicias preparan, mucho mayores que aquellas de que antes habían gozado. Si esto sobre los príncipes se dice de los judíos,

por causa de los cuales la plebe del Señor por las bestias devorada fue, vitemus los ejemplos de los peores, ni nos inebriemos de vino, en el cual está la lujuria, ni por las voluptuosidades seamos oprimidos; ni mudos para hablar, contra nuestros adversarios rabiosos perros seamos; sino de Dios más que las nuestras sigamos las vías, y oigamos la Escritura que amonesta: «Sentid del Señor en bondad» (Sab. 1, 1). La inteligencia óptima es para los que la hacen. Y si perros fuimos, no desesperemos la salvación, oyendo las palabras de la cananea diciendo al Señor: «Sí, Señor, pues también los cachorrillos comen de las migas que caen de la mesa de sus señores» (Mt. 15, 27). Por cuya causa misericordia habiendo conseguido, oye del Señor: «Oh mujer, grande es tu fe: hágase para ti como quieres». Pues podía decir con el Profeta: «La vía de tus mandamientos corrí» (Sal. 118, 32). Y de nuevo: «Dedúceme en la vía recta».

(Cap. LVII. --- Vers. 1, 2.) «El justo perece, y no hay quien recapacite en su corazón: y los varones de misericordia son congregados, porque no hay quien entienda: pues ante la faz de la malicia congregado ha sido el justo. Venga la paz: descanse en su lecho quien camina en su dirección». LXX: «Ved cómo el justo perece, y nadie lo recibe en el corazón: y los varones justos son quitados, y nadie considera. Pues ante la faz de la iniquidad quitado ha sido el justo: será en paz la sepultura de él: quitada ha sido de en medio».

Por causa de los atalayas ciegos y de los perros mudos, que son los pastores mismos, ignorantes de la inteligencia, ni se sacian con las presentes

voluptuosidades, sino que siempre se preparan para las futuras, el justo perece, de quien dice la mujer de Pilato: «Nada tengas tú que ver con aquel justo» (Mt. 27, 19). Quien, lavadas las manos: «Inocente soy yo —dice— de la sangre de este justo». En lo cual ha de considerarse que el verbo de perdición, de lo cual a menudo los herejes hacen calumnia, que signifique el exterminio y la abolición para siempre, se ponga sobre Cristo, cuya perdición ciertamente la magnitud de la persecución, y no el fin de la sustancia muestra.

«Y nadie hay —dice— que recapacite en su corazón», o «reponga». Pues no podía suceder que los ciegos y mudos, viendo cosas vanas y amando sueños, e ignorantes de la inteligencia y de la sabiduría, pensaran las cosas que de Dios son. Y lo que sigue: «Y los varones de misericordia», o «justos, son congregados y quitados», significa a los Apóstoles, que son matados por los impíos, y por el Señor son congregados. Y rinde las causas de por qué haya sido muerto el justo y quitado, diciendo: «Pues ante la faz de la malicia congregado ha sido el justo», para que los males del siglo no viera. O por causa de la malicia de los hombres, cuyos pecados él mismo portaba, al Padre vencedor ascendió.

En cuanto a lo que según el hebreo se dice: «Venga la paz, descanse en su lecho: camine en su dirección», el sentido ciertamente es perspicuo, mas la consecuencia de las palabras, que en el idioma de su lengua está, entre nosotros parece estar turbada. Mas lo que dice, es esto: Venga la paz del Justo, la cual ascendiendo al Padre a los

Apóstoles dejó, diciendo: «Mi paz os doy, mi paz os dejo» (Jn. 14, 27). Y cuando la paz de Cristo, que sobrepuja todo sentido, hubiere venido, descansarán sus Apóstoles en sus lechos, y la muerte de ellos descansará. De lo cual muestra que los mártires no perecen, sino que vencen, y en la eterna sede descansan. Él mismo ciertamente de quien es la paz, y cuyos Apóstoles descansan en sus lechos, camina en su dirección, por recto camino al Padre vencedor ascendiendo.

Por lo demás, lo que en los Setenta se lee: «Ante la faz de la malicia quitado ha sido el justo, será en paz la sepultura de él, quitada ha sido de en medio», todas las cosas se refieren a Cristo sin mezcla alguna de la persona de los Apóstoles, cuya sepultura en paz está, y quitada de en medio. Pues ni su carne vio la corrupción, ni permaneció en el sepulcro, quien está entre los muertos libre, diciendo el Ángel a las mujeres: «¿A quién buscáis? Jesús no está aquí: Venid, y ved el lugar donde puesto fue el Señor» (Mt. 28, 5-6).

Los judíos estas cosas y las demás que siguen, o bien generalmente de todos los justos juzgan que se entienden, cuya sangre Manasés vertió, y llenó Jerusalén desde puerta hasta puerta; o ciertamente que Isaías profetiza de su propia muerte, que ha de ser serrado por Manasés con sierra de madera, la cual cabe ellos es certísima tradición. De donde también muchísimos de los nuestros aquello que sobre la pasión de los Santos en la Epístola a los Hebreos se pone: «Fueron serrados» (Heb. 11, 37), a la pasión de Isaías lo refieren.

Libro D

ECIMOSEXTO

Es excelente la sentencia de un muy disertísimo orador: «Felices serían las artes si de ellas solo los artífices juzgaran». Y para que no parezca que tomo ejemplo solo de lo profano, ciertamente esto es aquello mismo que con otras palabras el Profeta demuestra: «Bienaventurado el que habla a los oídos de quienes escuchan» (Ecli 26, 12). De cuya felicidad tú, hija Eustoquio, me hiciste partícipe; pues cuando leías el breve prefacio del libro anterior, en el cual afirmé que los Apóstoles y Evangelistas ponen solo aquellos testimonios de los Setenta Intérpretes, o con sus palabras o con las de ellos, que concuerdan con el hebreo, pero descuidan totalmente si algunos han sido añadidos por otros; al punto me planteaste una no pequeña cuestioncilla: a saber, que el Apóstol, escribiendo a los romanos, usurpó ocho versículos que se leen en las Iglesias y no se hallan en el hebreo del salmo decimotercero: «Sepulcro abierto es su garganta: con sus lenguas obraban dolosamente: Veneno de áspides bajo sus labios. Cuya boca de maldición y amargura llena está: Veloces sus pies para derramar sangre: Contrición e infelicidad en sus caminos: Y el camino de la paz no conocieron: No hay temor de

Dios ante sus ojos» (Rom 3, 13 ss.). Cuando hube oído esto, como si por un fortísimo púgil hubiera sido golpeado, comencé a hervir tácitamente, y a señalar el estupor de la mente con la palidez del rostro. Un hebreo, dije, de hebreos, según la ley fariseo, e instruido a los pies de Gamaliel, o ignoró estas cosas, o abusó de la ignorancia de aquellos que iban a leerlas (Fil 3, 5; Hch 22, 3). De lo cual lo uno es propio del indocto, lo otro del astuto para la malicia, y no de aquel que dijo: «Y si imperito en el habla, no sin embargo en la ciencia» (2 Cor 11, 6); y de nuevo: «en simplicidad y sinceridad os anuncié la palabra» (2 Cor 1, 12). Finalmente, vuelto en mí mismo, pedí el espacio de un día, para que mi respuesta de ningún modo fuera argumento del ingenio humano, sino fruto de la asidua lectura.

Así pues, recorriendo con la mente toda la Escritura, advertí que, así como casi toda la Epístola a los Romanos está construida del Viejo Instrumento, así también este testimonio de los Salmos y de Isaías ha sido tejido (Is 59, 7-8). Pues los dos primeros versículos: «Sepulcro abierto es su garganta: con sus lenguas obraban dolosamente», son del quinto salmo (Sal 5, 11). Aquello mas que sigue: «Veneno de áspides bajo sus labios», es del salmo centésimo trigésimo noveno (Sal 139, 4). Y de nuevo lo que se dice: «Cuya boca de maldición y amargura llena está», del noveno salmo ha sido tomado (Sal 9, 29). Los tres versículos empero que siguen: «Veloces sus pies para derramar sangre: Contrición e infelicidad en sus caminos: Y el camino de la paz no cono-

cieron», en el profeta Isaías los hallé, los cuales en el libro decimosexto de la explicación de él, que ahora deseo dictar, he de exponer. El último versículo mas, esto es, el octavo: «No hay temor de Dios ante sus ojos», está en el principio del salmo trigésimo quinto (Sal 35, 1). Ni en esto a nadie parezca ser diverso si lo que en sus lugares se dice en número singular, por el Apóstol se diga pluralmente, quien escribía a muchísimos, y en un solo sentido congregaba muchos ejemplos. Pienso que ha sido solucionada tu cuestión, y que nuestra regla sobre la traducción del Viejo Instrumento ha sido más sacudida que movida. Y no tanto que el Apóstol tomara del salmo decimotercero lo que en el hebreo no se halla, cuanto que aquellos que la técnica de tejer entre sí las Escrituras del Apóstol ignoraban, buscaron un lugar apto donde pusieran el testimonio asumido por él, el cual sin autoridad puesto en la Escritura no pensaban. Finalmente, todos los tratadistas de Grecia, que nos dejaron sus Comentarios de su erudición sobre los Salmos, estos versículos con un óbelo anotan y pasan de largo, confesando límpidamente que en el hebreo no se halla, ni están en los Setenta Intérpretes, sino en la edición Vulgata, que en griego se llama koine, y en todo el orbe es diversa. Pero ya es tiempo de que nos apliquemos a la obra comenzada, y persigamos lo restante.

(Vers. 3, 4.) «Pero vosotros acercaos acá, hijos de la agorera: semilla del adúltero y de la fornicaria. ¿Sobre quién habéis bromeado? ¿Sobre quién habéis ensanchado la boca, y habéis sacado la

lengua?». LXX: «Pero vosotros acercaos acá, hijos del inicuo, semilla de adúlteros y de la meretriz. ¿En quién habéis bromeado? ¿Sobre quién habéis abierto vuestra boca: y sobre quién habéis sacado vuestra lengua?».

Quitado el justo, cuya sepultura está en paz, más bien quitado de en medio, vosotros que sois hijos de la iniquidad, acercaos a mí, y oíd lo que diré (Jn 8). Pues así como quien hace la iniquidad es siervo de la iniquidad, así quien según Judas el traidor es hijo de perdición, puede ser llamado hijo de la iniquidad. Finalmente, está escrito del Señor Salvador: «Y el hijo de la iniquidad no añadirá para afligirlo» (Sal 88, 23).

Por «iniquidad», o «de los inicuos», que tradujeron los LXX, Teodoción puso la palabra hebrea misma, onena, la cual nosotros según Símaco hemos vertido como «agorera» (auguratrix), porque ciertamente Jerusalén, que es madre de los oyentes, siempre estuvo entregada a la idolatría. Por lo cual los llama semilla del adúltero, o de los adúlteros (de quienes se dijo: «Y cometían adulterio con el leño y la piedra» [Jer 3, 9]) y de la meretriz: sin duda que significa a la misma de la que arriba leímos: «¿Cómo se ha convertido en meretriz la ciudad fiel de Sión?» (Is 1, 21). «¿Sobre quién —dice— habéis bromeado?», escupiendo su rostro y arrancando su barba; y sobre quién habéis ensanchado y abierto vuestra boca, y la lengua habéis sacado, diciéndole: «Samaritano eres tú, y demonio tienes» (Jn 8, 48). Y de nuevo: «Este no expulsa los demonios sino en Beelzebub, príncipe de los demonios» (Mt 12, 24).

Y después en la pasión: «Crucifícale, crucifícale a tal» (Lc 23, 21). Y de nuevo: «Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (Mt 27, 25). Y en otra parte: «¡Bah!, tú que destruyes el Templo, y en tres días lo instauras. A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse. Descienda ahora de la cruz, y le creemos» (Ibíd. 40).

(Vers. 4, 5.) «¿Acaso no sois vosotros hijos malvados, semilla mentirosa, que os consoláis en los dioses bajo todo árbol frondoso, inmolando a los párvulos en los torrentes bajo las rocas inminentes?». LXX: «¿No sois vosotros hijos de perdición: semilla inicua, que invocáis a los ídolos bajo los árboles frondosos: inmolando a vuestros hijos en los valles en medio de la roca?».

Vosotros —dice— hicisteis estas cosas que el discurso pasado narró. Que sois hijos malvados, o de perdición, cual fue también Judas el traidor, que fue llamado hijo de perdición (Jn 17): y semilla inicua o mentirosa y de la mentira, que os deleitáis en los dioses bajo todo árbol frondoso, e inmoláis a vuestros hijos en los torrentes (Hch 8). De lo cual también la historia de los Reyes y de los Paralipómenos narra que inmolaron a sus hijos a los dioses, y en el fuego los consagraron (2 Rey 16 y 17). Lo cual ciertamente no hay duda de que hicieron tanto Acab, rey de Israel, como Manasés, rey de Judá, quienes del parricidio de los hijos llegaron a la sangre de los Profetas, sobre lo cual también en Oseas: «Inmolad —dice— hombres, pues los becerros han faltado» (Os 13, 2). O como está escrito en el hebreo: «Inmolando hombres, a los becerros adoráis». Y en los salmos se escribe

más plenamente: «Se mezclaron con las gentes, y aprendieron las obras de ellos, y sirvieron a sus esculturas, y les fue en escándalo. E inmolaron a sus hijos y a sus hijas a los demonios, y derramaron sangre inocente, o inofensiva: la sangre de sus hijos e hijas, e inmolaron a las esculturas de Canaán.» Y fue infectada la tierra con las sangres, y fue polucionada en sus obras» (Sal 105, 35 ss.).

Puesto que, por tanto, es manifiesta la historia de que los hijos son los matadores de Cristo de quienes hacen estas cosas, ocurre la cuestión de cómo se digan hijos hijos de perdición, contra aquellos que quieren que existan naturalezas diversas: una que esté perdida y sea mala, y no pueda salvarse; y otra buena, que no pueda perecer. Pues si, como aquellos piensan, los hijos de perdición son de naturaleza pésima: ¿cómo se ha hallado lo que antes había estado perdido? Finalmente, en las parábolas de los penitentes, tanto la oveja perdida de las cien ovejas, como la dracma que de las diez había perecido, son halladas, y el hijo perdido es hallado, de quien al mayor en edad había dicho el padre: «Este hermano tuyo había perecido, y ha sido hallado: muerto estaba, y revivió» (Lc 15, 32). Pues nunca perece sino lo que antes estuvo a salvo; y nunca muere sino lo que antes había vivido. Por tanto, estos que ahora son llamados hijos de perdición, o de iniquidad y de maldad, por propio vicio abandonaron al Señor, y de hijos del Señor, comenzaron a ser hijos de perdición, diciendo a ellos este mismo Profeta: «Habéis abandonado al Señor, y habéis provocado a la ira al Santo de Israel» (Is 1, 4).

Podemos recibir estas cosas según la tropología también sobre los herejes, que son hijos de perdición, y semilla pésima, o de la mentira. Pues desde el principio son mentirosos, al igual que el diablo, que es su padre, que es el padre de toda mentira. Estos convocan a aquellos a quienes engañaron a los ídolos, o a los simulacros de sus dogmas, bajo los árboles frondosos y boscosos, prometiéndoles voluptuosidades y delicias, o celando sus impurezas. De donde también Adán, después de que había pecado, se escondió en el paraíso bajo el árbol, para que no estuviera patente al aspecto de Dios (Gén 3). Ni hay duda de que los hijos de tal clase de perdición, y la semilla inicua, tengan muchísimos hijos a cualesquiera que hubieren engañado, y los maten en los profundos valles, y en el baratro de la impiedad bajo las rocas inminentes, que siempre amenazan ruinas, las cuales por la diversidad de la mentira y la variedad de los dogmas perversos, se llaman varias rocas. Nosotros empero tenemos una sola roca, que siempre sigue al pueblo de Dios, de la cual bebía antaño el pueblo de Israel, cuando disfrutaba de la familiaridad del Señor.

(Vers. 6.) «En las partes del torrente está tu parte: esta es tu suerte, y a ellos derramaste libación, ofreciste sacrificio: ¿acaso sobre estas cosas no me indignaré?». LXX: «Esta es tu parte, esta es tu suerte: y a aquellos derramaste libaciones y para estos preparaste hostias. ¿Sobre estas cosas, pues, no me iré?».

Con los tiempos de Isaías concuerdan las cosas que se dicen: pues todos los montes, valles

y torrentes estaban llenos del culto de los demonios, de los cuales habla Jeremías: que los padres y los hijos acarrean leña, y encienden el fuego, para hacer chavonas (tortas) a la milicia del cielo, con las mujeres amasando y mezclando la enjundia de la flor de harina, para provocar al Señor a la ira (Jer 7). Y nadie dude que significan tortas o galletas preparadas por la mano de un artífice. Pues esto suena chavonas en nuestra lengua. Sobre estas cosas, desde la persona del Señor, con espíritu profético, cantaba Moisés de antemano en el Cántico del Deuteronomio: «Me irritaron en dioses ajenos, y en sus abominaciones me provocaron a ira: inmolaron a los demonios y no a Dios» (Dt 32, 16. 17). Y esto lo hicieron por propia voluntad, porque en nuestro arbitrio consiste elegir lo bueno o lo malo.

Finalmente, a aquellos que se ofrecieron a Dios en virtudes, se dice: «Eligió para nosotros su heredad: la hermosura de Jacob que amó» (Sal 46, 5). Y en otro lugar: «Se hizo parte del Señor su pueblo Jacob: cordel de su heredad Israel» (Dt 32, 9). Y en los Hechos de los Apóstoles se refiere que en la parte y suerte de Pablo y de Silas muchísimos se entregaron. Quien, pues, hubiere sido parte y suerte del Señor, como los levitas, tendrá la parte del Señor y podrá decir con David: «Mi parte es el Señor» (Sal 72, 26).

Las cuales cosas podemos recibir también sobre la persona de los herejes: pues ellos mismos, dejado el culto de Dios, veneran los simulacros de sus errores, y a ellos ofrecen víctimas y derraman libaciones, haciendo a escondidas aquellas

cosas que es torpe incluso decir, y llevando cautivas a mujercillas cargadas de pecados, que son llevadas por varios deseos, siempre aprendiendo, y nunca llegando al conocimiento de la verdad (2 Tim 3). Por tanto, puesto que los impíos hacen estas cosas en ambas impiedades, ¿no es justo que la indignación de Dios sea provocada contra ellos?

(Vers. 7.) «Sobre un monte excelso y sublime pusiste tu lecho, y allí ascendiste para inmolar hostias. Y tras la puerta, y detrás del poste, pusiste tu memorial». LXX de modo similar. Que en los excelsos montes y colinas Israel inmoló hostias a los dioses de las gentes, y cual procacísima meretriz a todos los demonios divaricó sus pies, lo narra la sagrada historia: y ningún lugar hubo que no fuera inquinado con las suciedades de la idolatría, hasta tal punto que tras las puertas de las casas ponían ídolos, a los cuales llaman Lares domésticos, y tanto pública como privadamente derramaban la sangre de sus almas. En este error y pésima costumbre de la antigüedad laboran las ciudades de muchas provincias: y la misma Roma, señora del orbe, en cada una de las ínsulas y casas, venerando el simulacro de la Tutela con ceras y lucernas, a la cual para la protección de los edificios llaman con ese nombre, de modo que tanto los que entran como los que salen de sus casas, siempre sean amonestados del error arraigado. Los herejes también, cuyo corazón se eleva en la soberbia, y quienes, despreciada la humildad eclesiástica, se prometen cosas excelsas, ascienden a los montes sublimísimos de sus dog-

mas, y allí su lecho a los demonios prostituyen. Y porque según el Profeta, se volvieron hacia atrás, imitando a la mujer de Lot (Gén 19), se mudan en estatua de sal, teniendo la imagen del aderezo eclesiástico, y no teniendo sabor alguno en absoluto: quienes son proyectados fuera, y para nada son útiles, sino para que por los pies de todos sean conculcados. Por lo cual amonesta el Señor en el Evangelio que quien tiene la esteva del arado, tras la espalda no mire (Lc 9).

(Vers. 9.) «Porque junto a mí te descubriste, y recibiste al adúltero: ensanchaste tu lecho: y pactaste con ellos: amaste el estrato de ellos con mano abierta; y te ornaste para el rey con ungüento regio, y multiplicaste tus pigmentos.» Enviaste tus legados lejos, y te humillaste hasta los infiernos». LXX: «Pensabas que si te hubieras apartado de mí, tendrías algo más. Amaste a los que dormían contigo, y multiplicaste tu fornicación con ellos, y a muchos hiciste estar lejos de ti, y enviaste legados más allá de tus términos, y te humillaste hasta los infiernos».

Primero discurramos el hebreo, que en este lugar dista mucho de los LXX. A la que arriba había dicho: «Sobre monte excelso y sublime pusiste tu lecho», y la había argüido cual meretriz, en la entrada de las casas y en lugares tenebrosos, tras las puertas prostituida, para que cualquiera que quisiera entrar en el edificio tuviera ante los ojos expuesta la voluptuosidad: a la misma ahora como a esposa adúltera la arguye y confuta, de que durmiendo con el marido, a escondidas haya recibido al adúltero, y haya descubierto el palio,

es más, haya ensanchado su lecho, y haya hecho pacto, cual si confeccionara instrumentos de dote con los adúlteros. Mas esto lo dice para mostrar que no solo en los campos y casas colurieron los ídolos, sino que en el Templo también pusieron el simulacro de Baal, lo cual Ezequiel también dice que vio por la pared perforada (Ez 8). «Amaste —dice— el estrato de ellos con mano abierta», para que no te avergonzaras en tu pecado, ni desearas celar la torpeza de la fornicación, sino que con toda libertad pecaras. «Y te ornaste para el rey con ungüento, y multiplicaste tus ídolos». Y es el sentido: Varias ornamentas buscaste, para que tanto por la vista como por el olor provocaras a los adúlteros.

En cuanto a lo que se dice: «te ornaste para el rey con ungüento», se entiende doblemente: o para el rey Dios, mientras te ornas con estas cosas que él había dado, y a los ídolos te prostituyes: o ciertamente para el rey ídolo de los amonitas, que se llama Moloch, y en nuestra lengua suena «rey»: a quien según los LXX en otros lugares leemos Melchom (Sof 1). «Y enviaste tus legados lejos», para que no solo en los ídolos de las gentes vecinas, sino también en las situadas lejos tuvieras estudio de fornicar. Significa empero los dioses babilonios y egipcios. «Y te humillaste —dice— hasta los infiernos». No con aquella humildad que está en la alabanza, sino con la que Amnón a su hermana Tamar había humillado (2 Sam 13). Y en verdad grande humildad, más bien precipitación hasta los infiernos, de la luz y cumbre de la castidad a las tinieblas del lupanar, más

bien al baratro de las libidines ser precipitado. A quien se dice en otro lugar: «Hasta los infiernos serás deducida». Según los LXX, en estas cosas que disuenan, este me parece el sentido: ¿Pensaste, meretriz, que si te hubieras apartado de mí y te hubieras unido a tus amantes, hallarías algo más? A quien también por Ezequiel habla Dios: «A todas las meretrices se les dan mercedes; tú empero diste mercedes, y en ti se ha hecho esto perverso» (Ez 16, 33). Pues no solo nada recibiste de tus amantes, sino que incluso aquellas cosas que del marido habías recibido, las perdiste. Y lo que sigue: «Ensanchaste tu lecho, y pactaste con ellos», en los LXX no se halla. Esta amó a los que dormían con ella, los atalayas ciegos y perros mudos, que durmiendo ven sueños de vanidad. Y multiplicó su fornicación, para que no una sola vez con uno, sino frecuentemente y con muchísimos se mezclara. Por lo cual hizo a muchos apartarse lejos de sí: a los ángeles que estaban en sus presidios, o a los varones santos que del consorcio de tal clase de meretriz se apartaron. Lo cual ciertamente también sobre los herejes podemos decir, quienes abandonado Dios, siguen sus propios errores, y piensan que tienen algo más cuando siguiendo mentiras, perdieron la verdad, y multiplicaron su fornicación, no en un solo dogma, sino en varios, e hicieron apartarse de sí a los ángeles que presiden las Iglesias: quienes no contentos con la fornicación vecina, envían legados más allá de sus términos a los dogmas de los gentiles y errores de las gentes bárbaras, para

que con la novedad de los sermones engañen a los oyentes.

(Vers. 10.) «En la multitud de tu camino te fatigaste, y no dijiste: Descansaré: la vida de tu mano hallaste, por eso no me rogaste». LXX: «En tus muchos itinerarios te fatigaste, y no dijiste: Cesararé: confortada hiciste estas cosas: por eso no me rogaste».

Quien camina por una sola vía y regia, no se fatiga, sobre la cual por Moisés mandó Dios: «Por la vía regia caminarás, y no te desviarás a la derecha ni a la izquierda» (Dt 5, 32). Una es la vía de la verdad, la cual dice en el Evangelio: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6): y muchas las vías de las mentiras, por las cuales ahora se arguye que caminó Jerusalén, de cuyas vías conociendo Dios la diferencia, arriba habla a los errantes: «No como mis vías, vuestras vías» (Is 55, 8), los cuales dicen al Señor confesando: «Hiciste desviar nuestras vías de tus vías» (Sal 43, 19). Conocida, pues, la única vía regia, veamos cuáles sean las vías de la derecha y de la izquierda, por las cuales se nos prohíbe avanzar. La vía regia es templada, no teniendo en sí ni más ni menos. Por ejemplo, la vía recta y regia es la prudencia. Nos desviamos a la derecha, si sabemos más de lo que conviene saber, y en lugar de la prudencia amamos la astucia: porque la serpiente era más prudente que todas las bestias en el paraíso (Gén 3): Y los hijos de las tinieblas son más prudentes que los hijos de la luz (Lc 16). Y a la izquierda nos divertimos, cuando somos necios, y sabemos menos de lo que es necesario. De los cuales se

dijo: «Dijo el necio en su corazón: No hay Dios» (Sal 13, 1). La piedad también y la verdadera religión es vía regia. Se desvía a la derecha quien es supersticioso, y merece oír: «No seas justo en demasía» (Ecl 7, 17). A la izquierda, quien descuida el culto de Dios, y es numerado entre los cabritos y los machos cabríos. La liberalidad también y la dispensación es virtud máxima, de la cual se desvía a la derecha quien es parco, y no solo a otros, sino ni a sí mismo siquiera tributa lo que es necesario. A la izquierda, quien come su sustancia con meretrices, y dice con Israel: «Comamos y bebamos; que mañana moriremos» (Is 22, 13). La fortaleza también y la constancia es vía regia, de la cual se desvía a la derecha quien es temerario y pertinaz: a la izquierda, quien es miedoso y pávido. De donde el varón santo, deseando caminar por la vía recta, depreca: «Dedúceme, Señor, en la vía recta» (Sal 138, 24). Y en otro lugar: «Hazme notoria, Señor, la vía en que camine; porque a ti levanté mis ojos» (Sal 142, 8). Sobre tal clase de vía también en otra parte la Escritura conmemora: «Buscad la vía buena, y caminad en ella, y hallaréis la purificación de vuestras almas» (Jer 6, 16).

Jerusalén, por tanto, por eso fue humillada hasta los infiernos, porque en muchas vías trabajó, ni dijo: Emendaré el error con la penitencia; sino por el contrario: Me confortaré en lo comenzado, ni cuidaré la sentencia del que amonesta: «Aparta tu pie de la vía áspera, y tu garganta de la sed» (Jer 2, 25). Finalmente sigue: Mas ella respondió, andrisomai, esto es, «actuaré varonil-

mente», lo cual ahora con otro verbo se dice: «Me confortaré». Y porque hizo estas cosas que el discurso pasado narró, por eso no deprecó al Señor, teniendo confianza en sus propias fuerzas más bien que en Dios.

Por lo demás, lo que según el hebreo se pone: «La vida de tu mano hallaste, por eso no rogaste», tiene este sentido y entendimiento: Porque en todas las cosas abundaste y afluiste en riquezas, por eso descuidaste al Señor: cuyas riquezas también Salomón rehúsa tener, para no olvidarse de Dios (Prov 30 y 31). Y a Sodoma por Ezequiel se dice: porque estuvo saturada de panes, por eso se ensoberbeció (Ez 16). No solo empero las riquezas, sino también la pobreza prueba al hombre. De donde arriba se escribió: «Te probé en el camino de la pobreza» (Is 48, 10), en el cual también Lázaro fue probado como pobre, quien sostuvo la penuria y la debilidad al mismo tiempo (Lc 16).

(Vers. 11.) «¿Por quién estuviste solícita y temiste: porque mentiste, y de mí no te has acordado, ni pensaste en tu corazón? porque yo callando y como no viendo, y de mí te olvidaste». LXX: «A quién temiendo te aterraste: y me mentiste, ni te acordaste de mí. Ni me pusiste en tu mente, y en tu corazón. Y yo viéndote te despreciaré, y no me temiste».

Porque teniendo los graneros llenos tienes confianza en las riquezas, no quisiste rogarme, por eso temiste a muchísimos. Pues no podías decir: «El Señor es mi ayudador, y yo despreciaré a mis enemigos» (Sal 117, 7); y de nuevo: «El Señor es mi iluminación y mi salvador, ¿a quién teme-

ré?» (Sal 26, 1). Lo cual aun si contra la conciencia de tu mente quisiste decir alguna vez, mentiste. Pues ¿cómo me podías invocar, tú que de mí no tenías memoria, ni pensaste nunca los preceptos del que dice: «Honra al Señor, y serás confortado, y sin él a nadie temas» (Eclo 38)? Pues yo soy quien, según Símaco y Aquila, siempre callé tus pecados, y cualesquiera crímenes que hacías, como si no viera, por disimulo descuidé, para que si no por temor de mí, al menos por la paciencia a mí volvieras. Quien no con los ojos, sino con los párpados interrogo a los hijos de los hombres. Mas por el contrario te olvidaste de mí, y mereciste oír: «Te olvidaste de la ley de tu Dios, y yo me olvidaré de tus hijos» (Os 4, 6). Y de nuevo: «Ellos mismos caminaron contra mí perversos, y yo caminaré contra ellos en furor perverso». La mente que en los LXX se asocia con el corazón, no está escrita en el hebreo, sino que es como una interpretación añadida de qué deba entenderse por corazón en las Escrituras.

(Vers. 12.) «Yo anunciaré tu justicia, y tus obras no te aprovecharán. Cuando clamares, líbrense tus congregados». LXX: «Yo anunciaré tu justicia y tus males, que no te aprovecharán. Cuando clamares, te eruan en tu tribulación». Yo que siempre callé, y como si no viera tus pecados, descuidé, de ningún modo callaré más, sino que diré lo que antes ya dije: «Callé, ¿acaso siempre callaré?». Y anunciaré tu justicia, y tus obras. Lo cual ha de leerse por ironía, como si alguien a uno sorprendido en crímenes dijera: ve tus buenas obras. Por lo cual si alguna vez te viniere el

tiempo de la tribulación, y comenzares a tender las manos no a los ídolos que coluste, sino al cielo, y a implorar el auxilio de Dios, óigante aquellos y te libren del peligro a quienes coluste segura. Lo cual también por Jeremías a la misma habla Dios: «¿Dónde están tus dioses que habías hecho? Resurjan, y te salven en el tiempo de tus males» (Jer 2, 28). Por aquello que los LXX tradujeron: «Te eruan en tu tribulación»; y nosotros dijimos: «Líbrense tus congregados», Símaco tradujo: «Te eruan tus sinagogas». Por tanto propiamente habla a los judíos, de que la turba de sus sinagogas en el tiempo del sitio no valga para librarlos.

(Vers. 13, 14.) «Y a todos ellos los arrebatará el viento: los llevará el aura». «Pero el que tiene confianza en mí, heredará la tierra, y poseerá mi monte santo». «Y diré: Haced camino, preparad la senda, desviaos de la vereda, quitad los tropiezos del camino de mi pueblo». LXX: «Pues a todos estos los llevará el viento, y los arrebatará la tempestad». «Pero los que esperan en mí poseerán la tierra, y por herencia alcanzarán mi monte santo; y dirán: Haced limpias las vías ante su faz y quitad los tropiezos del camino de mi pueblo».

Los judíos afirman que estas cosas se profetizan sobre los babilonios, que vencidos aquellos por la virtud de Dios, el pueblo vuelva a Judea, y posea el monte Sión, y se quiten todos los impedimentos del viaje, ni padezca las asechanzas de ninguna nación: porque el Señor haya hecho llano el camino para su pueblo. Y sostienen que estas cosas se cumplieron bajo Zorobabel y Esdras.

Nosotros, en cambio, uniendo a lo anterior lo que se dice, afirmamos esto: que a todos los ídolos que no podían librarlos, los llevará el viento y la tempestad, y serán como polvo que el viento proyecta de la faz de la tierra. Pero que aquellos que hubieren tenido confianza en el Señor poseerán la tierra de la cual hemos de leer en este mismo Profeta: «Te elevará a los bienes de la tierra». Por lo cual es perspicuo que esta tierra no está abajo, sino arriba. A la cual el santo, elevándolo el Señor, ascenderá, de la cual frecuentemente hemos dicho: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra» (Mt 5, 4); y «Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes» (Sal 26, 13). Mas el monte santo de Dios ha de entenderse aquel del cual habla a los hebreos el que escribe la Epístola: «Os habéis acercado al monte Sión, y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a muchos miles de ángeles y a la Iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos» (Heb 12, 22).

Podemos entender la tierra y el monte del Señor, que los santos han de poseer, también como las sagradas Escrituras, las cuales el Señor amenaza con que han de ser quitadas a los judíos, diciendo: «Se os quitará el reino de Dios, y se entregará a una nación que haga sus frutos» (Mt 21, 43); para que encuentren en ellas aquel monte del cual leemos en este mismo Profeta (Is 2) y en Miqueas: «En los últimos días será manifiesto el monte del Señor» (Miq 4, 5). Y el mismo Señor mandó a los apóstoles y a todos los doctores de la Iglesia que todo lo que pareciera áspero y difícil lo

disuelvan con su interpretación, y provean el camino de la inteligencia, y quiten todos los escándalos de en medio para que el pueblo del Señor entienda sin ningún impedimento lo que lee, y aproveche en el temor de Dios. De estos caminos también decía Juan el Bautista: «Preparad los caminos del Señor», etc. (Mt 3, 3). Donde nosotros pusimos de la persona de Dios: «y diré», los LXX pusieron: «y dirán»; a saber, estos que poseerán la tierra y por herencia alcanzarán el monte santo de Dios. Ni estarán contentos con la propia salvación, sino que también provocarán a los demás pueblos a la enseñanza. Símaco interpretó este lugar así: «Pero el que confía en mí, poseerá la tierra, y por herencia alcanzará mi monte santo, y dirá: Haced recta la vía», y lo demás. Por el hecho de que él mismo que poseyere la tierra y el monte, instruya a los demás para que preparen el camino al Señor.

(Vers. 15.) «Porque esto dice el excelso y sublime habitador de la eternidad, y su nombre es santo: habitando en lo excelso y en lo santo, y con el espíritu contrito y humilde: para que vivifique el espíritu de los humildes y vivifique el corazón de los contritos». LXX: «Esto dice el excelso, y habitando en lo excelso por la eternidad: santo en los santos su nombre». «El excelso descansando en los santos, y dando paciencia a los pusilánimes y vida a estos que están contritos de corazón».

Había comenzado el sermón profético contra el pueblo de los judíos, a cuyos maestros llamó atalayas ciegos, y perros mudos, y pastores que ignoran la inteligencia, e hijos inicuos, y simiente

de adúlteros y de meretriz: después de lo cual vino a Jerusalén, a la cual le echa en cara su fornicación, por el hecho de que haya dilatado su lecho para sus amantes, y los haya recibido con la mano abierta, y se haya adornado con todos los ídolos, y haya enviado legados lejos; para que también disfrutara de amantes extranjeros. Terminada la cual increpación, viene a aquellos que confían en el Señor, y a quienes había prometido que poseerían la tierra y el monte, y para cuya vuelta había mandado que se preparara el camino: sin duda a los Apóstoles, por cuya predicación creyeron de ambos pueblos. Por lo cual comienza por las alabanzas de Dios y lo que haya prometido sobre el regreso de su pueblo, lo atestigua en el sermón siguiente.

Pues esto dice el Señor excelso y sublime, que habita en lo excelso, y el Santo en los Santos, no por lugar, sino por el mérito de aquellos en quienes habita, de los cuales uno dice en el salmo: «Te exaltaré, Señor, porque me has acogido» (Sal 29, 1). Y de nuevo: «Exáltate, Señor, tú que juzgas la tierra» (Sal 93, 2); no porque Dios sea elevado por sermones humanos, sino según aquello que se dice en otro lugar: «El Señor se me ha hecho para salvación» (Sal 117, 21), también se haga excelso para los humildes. Quien resiste a los soberbios, y da la gracia a los humildes (Sant 4, 6): para que los eleve y habite en lo excelso. Pues excelso el Señor, y a las cosas humildes mira (Sal 137, 6). Y en el Evangelio los ángeles claman: «Gloria en lo excelso a Dios, y sobre la tierra paz» (Lc 2, 14). Y

de nuevo en los Salmos: «Alabad al Señor desde los cielos: alabadlo en lo excelso» (Sal 148, 1).

Y no solo excelso habita en lo excelso, sino también santo en los santos. Quien dice en otro lugar: «Sed santos, porque yo soy santo» (Lev 11, 44). Y como en un alma perversa no entra la sabiduría, ni habita en un cuerpo sometido a los pecados (Sab 1, 4): así el santo habita en los santos; y dondequiera que hubiere suciedad, no puede habitar la limpieza, diciendo el santo al Señor: «Mas tú habitas en lo santo, alabanza de Israel» (Sal 21, 4). Por lo cual también nosotros en la oración nos atrevemos a decir: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre». Y en el segundo salmo leemos: «El que habita en los cielos se reirá de ellos, y el Señor se burlará de ellos» (Sal 2, 4). Pues Cristo no habita en estos que son terrenales, sino en estos que son supercelestiales, que narran la gloria del Señor, de los cuales se dice: «Escúchelo desde su cielo santo» (Sal 19, 7). Y de nuevo: «El cielo del cielo para el Señor» (Sal 113, 16): en cuyo sentido también Moisés, el siervo de Dios, consiente con igual voz: «He aquí del Señor tu Dios el cielo, y el cielo del cielo» (Dt 10, 14); lo cual ciertamente no debemos aceptar al modo judaico, de que Dios sea encerrado en ningún lugar y habite solo en el cielo, quien está difundido por todas partes, y por quien todas las cosas son contenidas: sino que entendamos lo excelso y los cielos como los Santos y las Virtudes por el mérito. Este es en efecto quien habita en el cielo, de quien en el Evangelio está escrito: «Nadie subió al cielo sino el que bajó

del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo» (Jn 3, 13). Este descansa en los santos y habita en los humildes y en estos que están contritos de espíritu. De los cuales se dice: «Sacrificio a Dios, el espíritu atribulado; el corazón contrito y humillado Dios no lo desprecia» (Sal 50, 19). Él mismo da paciencia a los pusilánimes para que, constituidos en las angustias, por la esperanza de las cosas futuras, sostengan la tribulación. Él mismo da la vida, ciertamente a estos que estaban muertos por el pecado. De quien se dice: «Cerca de ti está la fuente de la vida» (Sal 35, 10). Quien habla en el Evangelio: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6).

(Vers. 16.) «No litigaré para siempre, ni me airaré hasta el fin: porque el espíritu saldrá de ante mi faz y yo haré el soplo». LXX: «No me vengaré eternamente de vosotros: ni siempre estaré airado con vosotros. Pues el espíritu saldrá de mí, y todo soplo yo lo hice».

El Señor que habita en lo excelso, y mira a las cosas humildes, cuyo nombre es santo, y descansa en los santos: quien sostiene a los afligidos, y da vida a los oprimidos (Sal 112), ha hablado estas cosas: No siempre estaré airado, ni me indignaré perpetuamente. Yo que para esto hiero, para que enmiende, por eso mato, para que vivifique. Pues me compadezco de mi criatura; y a los que yo mismo fundé, no permitiré que perezcan para siempre. Mi espíritu también, que de mí saldrá, o el que según el hebreo, Aquila, Símaco y Teodoción, rodea todas las cosas (pues esto significan *perieilethēsetai* y *periballei*), es el animador

de todas. Y el soplo, o en plural los soplos (pues esto suena *NASAMOTH*), yo los hice, de lo cual en otro lugar está escrito: «Todo soplo», o «todo lo que respira alabe al Señor» (Sal 150, 6). De cuyo espíritu y soplo en el principio del Génesis está escrito: «Sopló Dios el soplo de vida, y fue hecho el hombre en alma viviente» (Gén 2, 7). Tal cosa también habla Job: «El espíritu del Señor que está en mis narices, y el soplo del Omnipotente que me enseña» (Job 27, 3). Como por tanto de mí salga el espíritu, y por mi soplo e inspiración todas las cosas se animen y vivan, no es justo que perezcan para siempre los que por mi soplo e espíritu son sostenidos.

Algunos de los nuestros dicen que este es el espíritu por el cual todo el mundo es inspirado y regido; y todas las cosas tienen noticia de Dios, de quien escribiendo según los estoicos, el insigne poeta dice (Virgilio, 6 Eneida): «En el principio el espíritu nutre por dentro el cielo y las tierras y las líquidas llanuras, y el luciente globo de la luna, y los astros titanios: y la mente infundida por los miembros, agita toda la mole, y se mezcla con el gran cuerpo», y lo demás.

Otros en cambio entienden al Espíritu Santo, que en el principio era llevado sobre las aguas, y vivificaba todas las cosas: que del Padre sale, y por la sociedad de la naturaleza, es enviado por el Hijo diciendo: «Os conviene que yo me vaya». «Pues si yo no fuere, el Paráclito no vendrá a vosotros; mas si yo fuere, lo enviaré a vosotros» (Jn 16, 7). De quien de nuevo dice: «Cuando viniere el Paráclito que yo os enviaré del Padre, el Espíritu

de verdad que del Padre sale» (Jn 15, 26). No escandalice a nadie si se dice que el Espíritu sale del Padre, cuando también el Hijo dijo de sí: «Yo del Padre salí, y vine; pues ni de mí mismo salí, sino que él me envió» (Jn 16, 28). De este Espíritu hablaba: «Rogaré al Padre, y otro Paráclito os dará, para que esté con vosotros siempre, el Espíritu de verdad» (Jn 14, 16). Este es el Espíritu de quien escribe también Moisés: «Quién diera que todo el pueblo del Señor fuera profeta, y diera el Señor su Espíritu sobre ellos» (Núm 11, 29)? Y Joel de la persona de Dios: «Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas» (Joel 2, 28). And Zechariah: «Sin embargo recibid mis palabras y mis decretos, que yo mando en mi Espíritu, a mis siervos los Profetas» (Zac 1, 6). Y de nuevo: «Derramaré sobre Jerusalén el Espíritu de gracia y de misericordia» (Zac 12, 10). Y muchas otras cosas de ambos Testamentos que ahora es largo repetir. Solo esto decimos, que el mismo Profeta de este espíritu y soplo parmente ha hablado: «Esto dice el Señor Dios que hizo el cielo». Y después de un poco: «Quien da soplo al pueblo suyo, que está sobre ella, y espíritu a los que la pisan» (Is 42, 5).

(Vers. 17 ss.) «Por la iniquidad de su avaricia me airé, y lo herí: escondí mi faz, y me indigné; y se fue gimiendo [Vulg. se fue vagando] en el camino de su corazón». «Vi sus caminos, y lo sané: y lo hice volver, y le devolví consuelos a él y a los que lo lloran». «Creé el fruto de los labios, paz, paz para el que está lejos y para el que está cerca, dijo el Señor, y lo sané». «Mas los impíos

como mar hirviente que no puede descansar, y redundan sus olas en conculcación y lodo». «No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos». LXX: «Por el pecado por un breve tiempo lo contristé, y lo herí: y aparté mi rostro de él, y se contristó y caminó triste en sus caminos». «Vi sus caminos, y lo sané: y lo consolé, y le di consuelo verdadero, paz a los que están lejos, y a los que están cerca, dice el Señor, y los sanaré». «Mas los que son inicuos fluctuarán, y no podrán descansar». «No hay gozo para los impíos, dice el Señor Dios».

Después de la reprobación del pueblo de los judíos y de aquellos que no quisieron creer en el Salvador, había prometido a los que tenían confianza en sí la tierra de los mansos y el monte de los santos, y había mandado a los Apóstoles: Preparad el camino al pueblo que regresa, y quitad todos los escándalos de en medio. Y para que no pareciera increíble, expone su potencia, de que el excelso y grande puede fácilmente conceder el perdón a los penitentes, y es justo que el Creador se compadezca de su criatura. Por lo cual añade que se airó y contristó a su pueblo: que lo hizo por el hecho de que pecara, y tuviera la iniquidad de la avaricia, ni estuviera contento con una sola iniquidad, sino que siempre añadiera pecados a los pecados. «Y lo herí», dice, «a él» por breve tiempo, para sanarlo, «y escondí», se subentiende, «mi rostro», para que más me deseara, y dijera: «Muestra tu rostro y seremos salvos» (Sal 79, 4). Y me indigné; lo cual sintiendo él, caminó triste, diciendo: «Todo el día triste caminaba» (Sal 37, 7). Y caminó gimiendo, o convertido en

el camino de su corazón, para que no ante la faz de los hombres, sino en el corazón hiciera penitencia.

Por eso viendo los caminos de su conversión, sané las heridas con las que antes lo había herido. Y lo hice volver a mí, a quien antes había echado, y le devolví el consuelo verdadero. Pues muchos son los falsos consuelos con los que el género humano es engañado. O bien consolé a los que lo lloran, diciendo en el Evangelio: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (Mt 5, 5). Y lo que sigue: «Creé el fruto de los labios», tiene este sentido: cumplí lo que había prometido, diciendo: «Vivo yo, dice el Señor, quiero la penitencia del pecador más que la muerte» (Ez 33, 11). O bien otorgué todas las cosas que antes había prometido. ¿Cuál es la promesa del Señor? «Mi paz os doy: mi paz os dejo» (Jn 14, 27). Y esto es lo que ahora dice: «Paz sobre paz»; no a una sola nación, sino a todo el mundo: a saber, a estos que estaban lejos y a estos que estaban cerca, esto es, primero a las naciones, y después a estos que de Israel quisieron creer. De los cuales dice también el Apóstol: «A vosotros ciertamente convenía que se predicara la palabra de Dios; mas porque os juzgasteis indignos de la salvación, he aquí que nos convertimos a las naciones» (Hech 13, 46). Quien escribiendo a los efesios, y disputando plenísimamente sobre el pueblo de la circuncisión y de las naciones, introdujo: «Mas ahora en Cristo Jesús, vosotros que en algún tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos en la sangre de Cristo. Pues él es nuestra

paz: quien hizo de ambos uno, y soltando la pared media del cercado, la enemistad en su carne», y lo demás (Ef 2, 13. 14); y de nuevo: «Y viniendo, anunció la paz a vosotros que estabais lejos, y la paz a los que estaban cerca» (ibíd. 17). Puesto que por él tenemos acceso ambos en un mismo espíritu al Padre: dando paz sobre paz a los que habían estado lejos, y a los que estaban cerca y a los que no habían tenido la Ley y los Profetas; y a los que antes los habían recibido, los recibió y los sanó.

Mas los impíos o inicuos fluctuarán, como mar hirviente, y nunca podrán descansar. Lo cual aunque puede entenderse de todo impío, sin embargo propiamente se refiere al pueblo de los judíos, que con voz unánime clamó, y perseveró en su impiedad, diciendo: «Crucifícale, crucifícale a tal hombre. No tenemos rey sino al César» (Jn 19, 15). Como por tanto el mar hirviente no puede descansar, sino que redundan sus olas, y se vuelven a las playas, y de nuevo son reabsorbidas, y rotas en sí mismas, producen lodo que es conculcado por los pies: así los impíos yacerán bajo la conculcación eterna, cuyo gozo es nulo, y quienes no descansan en ninguna paz en aquello de que perseveran impíos.

Algunos entienden este lugar especialmente sobre el Salvador: de que por los pecados del mundo por un poco se haya contristado, diciendo: «Triste está mi alma hasta la muerte» (Mt 26, 38). Y lo haya herido el Padre que habla por Zacarías: «Heriré al pastor, y las ovejas se dispersarán» (Zac 13, 7); quien también él mismo de sí

dijo en el salmo sesenta y ocho: «Puesto que a quien tú heriste, ellos persiguieron» (Sal 68, 27). Y haya apartado Dios su rostro de él, para que tomara la forma de siervo por un breve tiempo, caminara triste y gimiendo por los pecados del pueblo, deplorando y llorando por Jerusalén. Y que el Padre viera sus caminos, por eso lo sanara, quien estuvo libre entre los muertos; y su carne no vio la corrupción, para que quien fue herido en la cruz fuera sanado en la resurrección. «Y consolé», dice, «a él», dándole por una sola nación de los judíos, el mundo entero. «Y a los que lo lloran», se subentiende, «consolé». Ni es dudoso que signifique a los Apóstoles. Y cumplió el fruto de sus labios, quien le había dicho: «Pídeme, y te daré las naciones por herencia tuya, y por posesión tuya los confines de la tierra» (Sal 2, 8): paz sobre paz, reconciliando el mundo a Dios, para que llamara a ambos pueblos a sí, y fuera sanado por el Padre. Mas a los impíos, de los cuales arriba dijimos, los compara con el mar, que nunca puede descansar, sino que aun en la suma tranquilidad, se vuelve con olas rotas hacia las playas, y su fin es el lodo y la conculcación.

(Cap. LVIII.---Vers. 1.) «Clama, no ceses: como trompeta exalta tu voz, y anuncia a mi pueblo sus maldades, y a la casa de Jacob sus pecados». LXX: «Clama con fortaleza, y no perdones: como trompeta exalta tu voz, y anuncia al pueblo sus pecados, y a la casa de Jacob sus iniquidades».

Terminado el capítulo anterior, en el cual se anuncia la paz para los justos y ningún descanso para los impíos, manda Dios al profeta Isaías que

clame con fortaleza, y a semejanza de la trompeta exalte su voz, y no tema decir los pecados y crímenes del pueblo de Israel, de ningún modo temiendo la muerte, ni los terrores y vituperios de los impíos; sino que más bien considere al Señor que manda. Y porque tienen oídos sordos, y apenas pueden oír, según Símaco y Aquila, convierta su garganta en bocina, que en hebreo se dice *SOPHAR*, la cual interpretaron como *keratinēn*, esto es, *córnea*. Y arriba ciertamente donde se decía a los Apóstoles: «Sube al monte excelso, tú que evangelizas a Sión: exalta con fortaleza tu voz, tú que evangelizas a Jerusalén: exáltala, no temas» (Is 40, 9); ni se toma la bocina, ni la trompeta, sino que se les manda subir al monte. Aquí en cambio, porque eran pecadores a quienes se ha de anunciar, y moraban abajo, no se manda al Profeta que suba al monte, sino solo que exalte como trompeta su voz y les anuncie las guerras venideras. Por lo demás, en el día del juicio, cuando se dice en la resurrección de los muertos y en la última trompeta, está escrito: «Pues sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptos»; para que como aquellos han de ser juzgados a la voz de la trompeta: así Israel muerto en el pecado oiga sus maldades; y al mismo tiempo es llamado pueblo de Dios para que aprenda qué padre ha perdido, quien aun al pecador llama pueblo suyo.

(Vers. 2.) «Pues de día en día me buscan, y quieren conocer mis caminos: como gente que hubiere hecho justicia, y que no hubiere abandonado el juicio de su Dios». LXX de modo similar.

Esto conviene propiamente a los judíos, que cada día corren a las sinagogas y meditan la ley de Dios, deseando saber qué hicieron Abraham, Isaac y Jacob, y qué los demás santos, y revolviendo de memoria los libros de los Profetas y de Moisés, cantan los mandatos divinos, a los cuales rectísimamente se aplicará aquello: Me buscarán los malos, y no me encontrarán. Pues así está escrito: «Todo el que busca encuentra» (Mt 7, 8): cualquiera que no encuentra, se convence de haber buscado mal; pues el Señor es encontrado por estos que lo buscan en la bondad, y se muestra a los que no le son incrédulos. Habiendo por tanto abandonado la justicia y el juicio de Dios, con cuyos nombres se muestra a Cristo, diciendo el salmista: «Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey» (Sal 71, 2): pues Cristo se ha hecho para nosotros redención, santidad y justicia (1 Cor 1, 30): en vano blasonan de la ciencia de la ley, cuando el santo se gloría no en la noticia de las Escrituras, sino en las obras, diciendo: «El camino de tus mandatos corrí, cuando dilataste mi corazón» (Sal 118, 32).

(Vers. 3.) Â«Me piden juicios de justicia y quieren acercarse a Dios. Â¿Por quÃ© hemos ayunado y no has mirado? Â¿Humillamos nuestras almas y no lo supiste?Â» He aquÃ que en el dÃa de vuestro ayuno se encontrarÃ¡ [Al. se encuentra] vuestra voluntad, y a todos vuestros deudores reclamasteis [Al. reclamÃ¡is]. He aquÃ que ayunÃ¡is para pleitos y contiendas, e herÃs con el puÃ±o impÃamente. LXX: Â«Me piden ahora un juicio justo y desean acercarse a Dios, diciendo: Â¿Por quÃ©

hemos ayunado y no has visto? Â¿Humillamos nuestras almas y no lo conociste?Â» Pues en los dÃas de vuestros ayunos se encuentran vuestras voluntades, y afligÃs a todos los que os estÃ¡n sujetos, ayunando para juicios y riÃ±as, e herÃs con los puÃ±os al humilde. Es otra temeridad de los judÃos, como con confianza de buena conciencia, piden un juicio justo e imitan las palabras de los santos que dicen: Â«JÃºzgame, SeÃ±or, porque yo en mi inocencia he entradoÂ» (Sal 25, 1). Y de nuevo: Â«PruÃ©bame, SeÃ±or, y tiÃ©ntame: examina mis riÃ±ones y mi corazÃ³nÂ» (Sal 25, 2). Y en otro lugar: Â«Juzga mi causa y redÃmemeÂ» (Sal 118, 154). Y desean acercarse a Dios: cuando esto no estÃ© en un lugar, sino en el afecto, ni de una mente ociosa, sino de una obra laboriosa. Finalmente, quÃ© sea acercarse a Dios lo instruye la Escritura, diciendo: Â«Buscad al SeÃ±or. Y cuando se haya acercado a vosotros, abandone el impÃo sus caminos, y el varÃ³n inicuo sus pensamientosÂ». Pues el SeÃ±or se acerca a los que se le acercan, y a estos que justamente persiguen lo que es justo, y pueden decir: Â«Pero para mÃ adherirme a Dios es buenoÂ» (Sal 72, 28). Pues si el Dios Omnipotente es el Padre de la verdad y de la justicia, cualquiera que sea mentiroso e injusto no puede acercarse a Dios, de quien estÃ¡ escrito: Â«No habitarÃ¡ junto a ti el maligno, ni permanecerÃ¡n los injustos ante tus ojosÂ» (Sal 5, 5-6). Â«Â¿Por quÃ© hemos ayunadoÂ», dicen, Â«y no has mirado? Â¿Humillamos nuestras almas y no lo supiste?Â» Acusan al SeÃ±or de injusticia, porque no respeta las

buenas obras, y presentan a Dios solo el hambre del vientre, sin la obra de las virtudes: no comiendo estos alimentos que Dios creÃ³ para los fieles y para estos que conocen la verdad, para que los tomen con acciÃ³n de gracias: sino aquellos de los que estÃ¡ escrito en los Proverbios: Â«Pues estos se alimentan con panes de impiedad y se embriagan con vino de iniquidadÂ» (Prov 4, 17). Saciado con tales banquetes el fariseo, entre otras palabras de soberbia, se jactaba de que ayunaba en el sÃ¡bado (Lc 18): aquel que no habÃa bebido vino de la viÃ±a de Sorec, sino de la viÃ±a de los sodomitas, cuyo vino es furor de dragones y furor de Ã¡spides incurable, y su uva, uva de hiel: a los cuales Dios reprende por el Profeta: Â«Comen los pecados de mi puebloÂ» (Os 4, 8). And again: "Why have you kept silence at their impiety, and have gathered the vintage of iniquities and eaten the corn of a lie" (Hosea 10:13)? Porque, por tanto, habÃan propuesto una cuestiÃ³n a Dios, deseando saber por quÃ© habÃan ayunado y humillado sus almas, y Dios no habÃa mirado: olvidados de la antigua historia, de por quÃ© no mirÃ³ los dones de CaÃn, que ciertamente ofrecÃa rectamente, pero no dividÃa rectamente con su hermano (GÃ©n 4), no viendo la caridad de Dios, diciendo la Escritura: Â«AmarÃ¡s al SeÃ±or tu Dios con todo tu corazÃ³n, y a tu prÃ³jimo como a ti mismoÂ» (Mt 22, 37. 39): por eso respondiÃ³ Dios que no reprueba los ayunos, sino las obras que se hacen en los ayunos, diciendo: Â«En los dÃas de vuestros ayunos se encuentran vuestras voluntadesÂ», para que no hagÃ¡is las

voluntades de Dios, sino las vuestras, las cuales Pablo, escribiendo a los efesios, reprueba: Â«SegÃºn el prÃncipe de la potestad del aire, el espÃritu que ahora obra en los hijos de la incredulidad, en los cuales tambiÃ©n todos nosotros conversamos alguna vez, en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos. Y Ã©ramos por naturaleza hijos de ira, como los demÃ¡sÂ» (Ef 2, 2-3). Y lo que sigue segÃºn los LXX: Â«Y a todos los que os estÃ¡n sujetos herÃsÂ», o Â«afligÃsÂ», mejor lo tradujeron TeodociÃ³n y SÃmaco, a los cuales hemos seguido nosotros en este lugar: Â«Y a todos vuestros deudores reclamÃ¡isÂ». Por lo cual muestra que no es sin peligro reclamar al pobre que no sea capaz de pagar, y no devolver al deudor que tiene frÃo el manto que te llevaste en lugar de prenda, para que su clamor no llegue a Dios. Pues Â«el que se compadece del pobre, presta al SeÃ±orÂ» (Prov 19, 17). Y al contrario, el que reclama al que no tiene, hace violencia a Dios. Y para que sepamos que este sentido estÃ¡ en el presente lugar, tambiÃ©n en lo que sigue en este mismo capÃtulo hemos de leer: Â«Desata las ligaduras de la impiedad, suelta los fardos que oprimenÂ». Sin duda que significa los quirÃ³grafos: Â¿pues de quÃ© aprovecha palidecer los rostros con ayunos, y ayunar para pleitos y para riÃ±as, diciendo la Escritura: Â«El que ama los pecados, se goza en las riÃ±asÂ» (Prov 17, 19)? Pero al siervo del SeÃ±or no le conviene litigar, sino ser manso (2 Tim 2, 24), e imitar a aquel que dice: Â«Aprended de mÃ, que soy manso y humilde de corazÃ³nÂ»

(Mt 11, 29): para que la humildad no sea afectada, sino del corazÃ³n, ni buscando la gloria de los hombres, sino la conciencia del alma. Â«AyunÃ¡isÂ», dice, Â«e herÃs con los puÃ±os al humilde y golpeÃ¡is con bofetadasÂ» (1 Tim 3). Por lo cual el obispo no debe ser heridor. Â¿Pues cÃ³mo puede refrenar la libido quien no es capaz de contener ni la mano ni la lengua? Tales ayunos tambiÃ©n en el comienzo de este profeta el SeÃ±or los reprende, diciendo: Â«El ayuno y el ocio, las neomenias y los sÃ¡bados, y vuestras otras solemnidades las odia mi almaÂ» (Is 1, 13). Por lo cual se preceptÃºa por Joel: Â«Santificad el ayuno: predicad la curaciÃ³nÂ» (Joel 2, 15); para que ayunemos de los vicios, y con buenas obras y curados los pecados, se hagan santos los ayunos. Finalmente sigue: Â«Salga el esposo de su lecho, y la esposa de su tÃ¡lamoÂ»; para que en el tiempo del ayuno vaquemos a la oraciÃ³n: no sea que nuestro hombre interior se alimente con las carnes del dragÃ³n, que fue dado por comida a los pueblos de los etÃopes. Y decimos estas cosas, no para que reprobemos los ayunos, por los cuales tambiÃ©n Daniel, varÃ³n de deseos, conociÃ³ las cosas futuras (Dan 9), y los ninivitas aplacaron la ira de Dios (Jon 3), y ElÃas (3 Rey 19) y MoisÃ©s (Ã‰x 34), con un hambre de cuarenta dÃas, se saciaron con la familiaridad de Dios, y el mismo SeÃ±or (Mt 4) ayunÃ³ otros tantos dÃas en la soledad, para dejarnos a nosotros los dÃas solemnes de los ayunos: sino para que no aproveche llevar el vientre vacÃo y hacer otras cosas que desagradan a Dios. Y para omitir lo demÃ¡s,

Â«demudar sus rostros para que parezcan a los hombres que ayunanÂ», los cuales recibiendo gloria en el presente, serÃ¡n excluidos del reino de Dios, porque Â«recibieron su recompensaÂ» (Mt 6, 16). Por lo cual tambiÃ©n el ApÃ³stol, si incluso entrega su cuerpo al martirio, para que arda, o se glorÃe (pues ambas cosas se dicen en los ejemplares) sin la caridad de Dios (1 Cor 13), que estÃ¡ en la conciencia del corazÃ³n, en vano dice que derrama su sangre.

(Vers. 4, 5.) Â«No ayunÃ©is como hasta este dÃa, para que se oiga en lo alto vuestro clamor. Â¿Acaso es tal el ayuno que yo elegÃ, afligir el hombre su alma por un dÃa? Â¿Acaso es esto, enroscar como un cÃrculo su cabeza, y tender saco y ceniza? Â¿A esto llamarÃ¡s ayuno y dÃa aceptable al SeÃ±or?Â» LXX: Â«Â¿Por quÃ© me ayunÃ¡is, como hoy para que se oiga en el clamor vuestra voz? No elegÃ tal ayuno, y un dÃa para humillar el hombre su alma. Ni si encorvaras como un cÃrculo tu cuello, y extendieras cilicio y ceniza: ni asÃ llamarÃ©is ayuno aceptable.Â» Para que no parezca que reprueba el ayuno, que Ã©l mismo habÃa mandado, enseÃ±a cÃ³mo se debe ayunar: o mÃ¡s bien antes de que enseÃ±e quÃ© deban seguir, instruye quÃ© deban declinar: Â«Para que se oigaÂ», dice, Â«en lo alto vuestro clamor.Â» Para que no llevÃ©is el clamor a la oraciÃ³n, orando en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que seÃ¡is vistos por los hombres (Mt 6), y elevÃ©is la voz a lo alto, y con el fariseo, que es condenado por el juicio del SeÃ±or, prediquÃ©is vuestros ayunos y obras (Lc

18). Por lo cual el SeÃ±or, reprobando la oraciÃ³n de los fariseos, enseÃ±a a los discÃpulos cÃ³mo deben orar (Mt 6), cerrado el cubÃculo de su pecho, para que hablen solo a Dios, que puede oÃr el silencio del corazÃ³n; para que clamen en sus corazones: Â«Abba, PadreÂ» (Rom 8, 15); y no demuden sus rostros, sino que se laven con agua y unjan la cabeza con aceite. De lo cual tambiÃ©n Juan el Evangelista escribe: Â«Y vosotros tenÃ©is la unciÃ³n del SantoÂ» (1 Jn 2, 20): con la cual, cuando hayan sido ungidos, tambiÃ©n ellos mismos se hagan santos. Pues no busca Dios solo la aflicciÃ³n y la humillaciÃ³n del alma por el daÃ±o del cuerpo: para que tuerza el cuerpo como un cÃrculo, y someta el cuello, y camine triste. SegÃºn aquello que se dice en los Salmos: Â«Fui afligido y encorvado hasta el fin: todo el dÃa caminaba contristadoÂ» (Sal 37, 9). Ni para que alguien se vista de saco y duerma en ceniza, lo que leemos de David y de Acab (2 Rey 3; 3 Rey 21): sino para que con estas cosas haga estas que siguen. Por lo demÃ¡s, tambiÃ©n el ApÃ³stol dice que ayunaba frecuentemente (2 Cor 6 y 11), y el SeÃ±or, cuando el esposo fuera arrebatado de sus discÃpulos, enseÃ±a que ayunarÃ¡n (Mt 6): y en los Salmos el penitente habla: Â«ComÃ como ceniza mi pan, y mi bebida mezclaba con llantoÂ» (Sal 101, 10). Â«Y cuando me eran molestos, me vestÃa de cilicioÂ» (Sal 34, 13). Por lo cual aprendemos que estas cosas que el SeÃ±or quiere son las que deben hacerse primero, y las otras no deben omitirse.

(Vers. 6, 7.) Â«Â¿Acaso no es este mÃ¡s bien el ayuno que yo elegÃ? Desata las ligaduras de la impiedad, suelta los fardos que oprimen: deja libres a los que estÃ¡n quebrantados, y rompe toda carga. Parte tu pan con el hambriento, e introduce en casa a los necesitados y vagabundos. Cuando veas al desnudo, cÃºbrelo, y no desprecies tu propia carne.Â» LXX: Â«Â¿Acaso tal ayuno elegÃ, dice el SeÃ±or: sino desata toda ligadura de iniquidad. Desata las obligaciones de los contratos violentos. Deja ir a los quebrantados en remisiÃ³n, e rasga toda escritura inicua. Parte tu pan con el hambriento, e introduce en tu casa a los pobres sin techo. Si vieras al desnudo, cÃºbrelo, y no desprecies a los domÃ©sticos de tu semilla.Â» DespuÃ©s de que enseÃ±Ã³ quÃ© clase de ayuno reprueba, muestra cuÃ¡l acepta de buena gana. Â«DesataÂ», dice, Â«las ligaduras de la impiedad: suelta los fardos que oprimenÂ»: o como los LXX tradujeron mÃ¡s claramente: Â«las obligaciones de los contratos violentosÂ», que los nuestros, engaÃ±ados por la ambigÃ¼edad de la palabra, esto es, Â«synallagmatonÂ», interpretaron como conmutaciones en lugar de quirÃ³grafos. Pero significa fardos de papeles, en los que se contienen las calumnias de los usureros, y los pobres son oprimidos por la deuda ajena, que en todas las ciudades es la causa mÃ¡s grande de sediciÃ³n. Por lo cual tambiÃ©n el pueblo romano ocupa los montes vecinos, y las Â«Tablas NuevasÂ», que los griegos llaman Â«chreón apokopásÂ» (cancelación de deudas). Por tanto, no preceptúa el Profeta que cada uno

no exija lo que es debido, especialmente lo que dio justamente y justamente reclama: de lo contrario sería un asertor de la sediciÃ³n tribuniciat. Pero donde la cauciÃ³n es inicua, donde los pobres son oprimidos por la calumnia: allí los fardos de las cauciones y todos los vínculos de la iniquidad deben ser rotos. O ciertamente debe decirse esto, porque el discurso es sobre los ayunos, y el ayuno tiene la afliccIÃ³n y humillaciÃ³n del alma: pero la afliccIÃ³n del cuerpo depreca la indulgencia de los pecados. La Escritura divina enseña que perdonemos a nuestros deudores, para que tambiÃ©n el Padre celestial nos perdone nuestras deudas (Mc 11). La antigua historia cuenta que en el séptimo año de remisiÃ³n, o en el quincuagésimo, que es el verdadero Jubileo, todas las posesiones vuelven a sus dueños, y se devuelve a los siervos la antigua libertad, y todos los nombres, que vulgarmente llaman cauciones, quedan anulados (Lev 25 y 27). Pero si esto se preceptúa en la antigua Ley (Éx 21): ¡cuánto más en el Evangelio, donde (Mt 5) todas las cosas que son buenas se duplican: y de ninguna manera se nos manda sacar ojo por ojo, diente por diente: sino ofrecer la mejilla al que nos hiere! Y para que sepamos que aquello que dijimos arriba: «A todos vuestros deudores reclamáis», se escribe de los acreedores, de los deudores se une más claramente: «Deja libres a los que están quebrantados», esto es, los que por la pobreza están quebrantados, a quienes afligió la penuria, para que no permitas que los libres mendiguen. «Y toda carga con la que son oprimidos, rómpela.» Por lo cual más claramente

los Setenta tradujeron: «e rasga toda escritura inicua»: lo cual Símaco tradujo: «Y rompe toda cauciÃ³n falsa.» Pero podía suceder que alguno dijera: No tengo deudores, ¿qué debo hacer para que sea aceptado mi ayuno? Sigue: «Parte tu pan con el hambriento.» No muchos panes, para que no te excites por la pobreza, sino un solo pan. Ni este entero, sino parte del pan: la que si no ayunaras habrías de comer; para que tu ayuno no sea lucro de la bolsa, sino saciedad del alma. Y bellamente añadiÃ³ «tu», para que no hagas limosna de la rapiña: «Pues la redenciÃ³n del alma del varón son sus propias riquezas» (Prov 13, 8). Y en otro lugar: «Honra al Señor de tus justos trabajos» (Prov 3, 9). Ciertamente si no tienes pan, y hay una gran multitud de hambrientos, ofrece aquello de lo que no padezcas ningún daño. En lo cual no hay ningún gasto, «introduce en tu casa a los pobres sin techo.» O como se tiene en el hebreo, «en la casa», para que si no tienes la tuya, los introduzcas en un pequeño hospedaje, que poseas o alquilado por renta o por beneficio. «Si vieras al desnudo, cúbrelo.» Lo cual tambiÃ©n el Señor hablaba en el Evangelio: «El que tiene dos túnicas, dé la otra al que no tiene» (Lc 3, 11). Pues no mandÃ³ que una fuera rasgada y dividida, lo que muchos hacen por causa del aura popular: sino que la otra no sea guardada, aumentando los preceptos de la justicia, hasta decir que haber ofrecido un cáliz de agua frÃa tiene premios. «Y a tu carne», dice, «no desprecies.» Pues todo hombre es nuestra carne. Y según la parábola evangélica, de aquel que bajaba de JerusalÃ©n

a Jericó y fue herido por los ladrones, aquel es llamado prójimo que haya hecho el bien (Lc 10). O ciertamente según los Setenta que dijeron: «Y a los domésticos de tu semilla no desprecies», entendamos por domésticos de la semilla a aquellos de quienes tambiÃ©n el ApÃ³stol enseña que debe hacerse limosna a todos, pero mÃ¡ximamente a los domésticos de la fe (Gál 6). Pues ellos son nuestra carne y nuestra semilla, los que son engendrados de un solo padre con nosotros. A los cuales tambiÃ©n el Salvador extendÃa la mano, diciendo: «Mi madre y mis hermanos son estos que hacen la voluntad de mi Padre» (Mc 3, 34-35). Y para que sepamos que hay un solo Señor, y, del nuevo y del antiguo Testamento, lo mismo habla el Señor en el Evangelio de los que han de estar a la derecha en el día del juicio: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la constituciÃ³n del mundo. Pues tuve hambre y me disteis de comer. Tuve sed y me disteis de beber. Estaba enfermo y en la cÃ¡rcel, y vinisteis a mÃ. Peregrino, y me llevasteis a vuestra casa. Y desnudo, y me vestisteis» (Mt 25, 34 ss.). Y diciendo ellos con humildad que nada habían hecho por el Señor Salvador, respondiÃ³: «Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos mínimos, a mÃ me lo hicisteis.» SegÃºn la tropologÃa podemos decir estas cosas: El que ayuna de todos los males, y quiere que su ayuno sea mirado, no solo declÃnese del mal, sino tambiÃ©n haga el bien, para que desate todo vínculo de iniquidad, por el cual cualesquiera de los simples entre los creyentes han sido ligados por los fraudes de

los herÃ©ticos. Y «strangalias», obligaciones de tratados violentos, que tambiÃ©n en el salmo el Profeta muestra, diciendo: «Pero a los que se desvían hacia las obligaciones, los llevará el Señor con los que obran la iniquidad» (Sal 124, 5). Pues todos los que son ligados por las ligaduras de los herÃ©ticos se desvían del Señor; y como buey llevado a la víctima; y eligen e intercambian la mentira por la verdad. Tales hombres, pues, que están quebrantados en el juicio, despídalo y disuélvalos el varÃ³n eclesiÃ¡stico; y toda escritura de los herÃ©ticos, de los cuales este mismo Profeta dice: «Ay de los que escriben iniquidad: pues escribiendo escriben malicia, arrebatando el juicio de los pobres de mi pueblo» (Is 10, 1-2), desátela y rómpala, para que de ninguna manera tengan enredados en sus lazos a cualesquiera de los simples. Y cuando haya hecho esto, parta el pan de la doctrina eclesiástica a los hambrientos, lo cual hizo tambiÃ©n el Señor, dando los panes partidos a los Apóstoles, los cuales les dejó en siete espuertas y doce cestos, de ninguna manera enteros como se tenÃan en la Ley, sino desmenuzados y partidos en el Evangelio, para que tuvieran qué repartir a los pobres (Mt 15). A los que vieras que no tienen el calor de la fe, sino que fuera de la Iglesia están tiritando por los fríos de la infidelidad, necesitados y peregrinos, «introdúcelos», dice, «en la casa de la Iglesia», y cúbrelos con el manto de la incorrupción; para que vestidos con la túnica de Cristo, de ninguna manera permanezcan en los sepulcros, lo que leemos de aquel que, poseÃdo por una legiÃ³n de

demonios, habitaba desnudo en las memorias de los muertos. Y cuando, dice, hayas hecho estas cosas y tu liberalidad haya sido expuesta a todos, especialmente no desprecies a los domÃ©sticos de la fe.

(Vers. 8, 9.) Â«Entonces irrumpirÃ¡ como la maÃ±ana tu luz, y tu salud brotarÃ¡ pronto, e irÃ¡ delante de tu faz tu justicia: y la gloria del SeÃ±or te recogerÃ¡. Entonces invocarÃ¡s, y el SeÃ±or exaudirÃ¡: clamarÃ¡s, y dirÃ¡: He aquÃ que estoy presente.Â» LXX: Â«Entonces irrumpirÃ¡ tu luz matutina, y tus saludes brotarÃ¡n pronto, e irÃ¡ delante en tu presencia tu justicia, y la gloria de Dios te rodearÃ¡. Entonces clamarÃ¡s, y Dios te exaudirÃ¡. Mientras tÃº todavÃa hablas, dirÃ¡: He aquÃ que estoy presente.Â» Cuando no hayas hecho aquellas cosas que el discurso anterior narrÃ³, y hayas hecho estas de las que ahora dijimos: entonces serÃ¡ aceptable tu ayuno, e irrumpirÃ¡ tu luz matutina; a saber, el sol de justicia, de quien el profeta MalaquÃas habla en la persona de Dios Padre: Â«NacerÃ¡ para vosotros que temÃ©is mi nombre el sol de justicia, y la salud en sus alasÂ» (Mal 4, 2). Lo que allÃ se llama sol, aquÃ se dice luz. Pues asÃ como la luz matutina disuelve las tinieblas, asÃ la luz de la ciencia y de la verdad ahuyenta todos los errores. Â«Y tus saludesÂ», dice, Â«brotarÃ¡n pronto.Â» Por lo cual Aquila, expresando palabra por palabra, puso: Â«Y la cicatriz de tu herida serÃ¡ pronto recubiertaÂ»; para que, a saber, las heridas de nuestros pecados, al orto del sol de justicia, pronto recubiertas por la cicatriz, se cierren. Por

aquello que los Setenta tradujeron Â«ta iÃ¡mata souÂ», esto es, Â«tus saludesÂ», los intÃ©rpretes latinos, llevados por la semejanza del nombre Â«himatiaÂ», esto es, Â«vestidurasÂ», pusieron Â«vestidurasÂ». Por lo cual muchos, engaÃ±ados por la falsedad de la traducciÃ³n, usan este testimonio para comprobar la resurrecciÃ³n del cuerpo, en cuanto que quieran que el cuerpo sea tomado como vestidura del alma, que nace en el dÃa de la resurrecciÃ³n. Â«E irÃ¡ delanteÂ», dice, Â«en tu presencia tu justiciaÂ» (GÃ©n 30, 33, segÃºn LXX). SegÃºn aquello que habla Jacob: Â«MaÃ±ana mi justicia me exaudirÃ¡Â»; y se cumplirÃ¡ lo que estÃ¡ escrito: Â«He aquÃ el hombre, y sus obrasÂ». Â«Y la gloria del SeÃ±or te rodearÃ¡Â», como con una vestidura hermosÃ-sima, para que seas glorificado ante Dios y ante los hombres. Â«Entonces invocarÃ¡s, y el SeÃ±or exaudirÃ¡: clamarÃ¡s, y dirÃ¡: He aquÃ que estoy presenteÂ», no con la voz, sino con la obra; no con la respuesta, sino con los beneficios. Lo cual segÃºn la letra tambiÃ©n se comprueba en el Evangelio, cuando diciendo al SeÃ±or el leproso: Â«Si quieres, puedes limpiarmeÂ», respondiÃ³ el SeÃ±or diciendo: Â«Quiero, sÃ© limpioÂ» (Mt 8, 2-3).

(Vers. 10.) Â«Si quitaras de en medio de ti la cadena y dejaras de extender el dedo, y de hablar lo que no aprovecha. Cuando derramaras al hambriento tu alma, y saciaras el alma afligida: entonces [Vulg. falta entonces] nacerÃ¡ en las tinieblas tu luz, y tus tinieblas serÃ¡n como el mediodÃa.Â» LXX: Â«Si quitaras de ti la ligadura,

y la ordenaciÃ³n y la palabra de murmuraciÃ³n, y dieras al hambriento tu pan de tu alma, y saciaras el alma humillada: entonces nacerÃ¡ en las tinieblas tu luz, y tus tinieblas serÃ¡n como el mediodÃa.Â» La palabra hebrea MOTA, que en JeremÃas se interpreta como Â«collar de hierroÂ» (Jer 18), se lee dos veces en el presente capÃtulo. Pues en aquel lugar donde arriba dijimos segÃºn los Setenta: Â«Desata las obligaciones de las conmutaciones violentasÂ», sepamos que por la sola palabra MOTA ellos pusieron Â«cauciones violentasÂ», por las cuales Aquila tradujo Â«errorÂ», SÃmaco Â«desviaciÃ³nÂ», TeodociÃ³n Â«kloionÂ», esto es, Â«collarÂ». De nuevo en the present place donde nosotros vertimos: Â«Si quitaras de en medio de ti la cadenaÂ», y por Â«cadenaÂ» los Setenta tradujeron Â«syndesmonÂ», esto es, Â«ligaduraÂ» o Â«vÃnculoÂ»; Aquila, como arriba, lo interpretÃ³ como Â«errorÂ»; SÃmaco, cediendo a los decretos de TeodociÃ³n, puso Â«collarÂ». Esto sea dicho sobre la variedad de la interpretaciÃ³n. Por lo demÃ¡s, el sentido se une asÃ con lo anterior: NacerÃ¡ para ti la luz matutina, y tus saludes brotarÃ¡n pronto: e irÃ¡ delante de ti tu justicia, y la gloria del SeÃ±or te coronarÃ¡. Y exaudirÃ¡ inmediatamente al que suplica, y se mostrarÃ¡ estar presente. Al menos asÃ, si a las obras superiores aÃ±adieras tambiÃ©n estas, que quites de ti la obligaciÃ³n y la cadena por la que tu alma ha sido ligada. De la cual tambiÃ©n Pedro hablaba a SimÃ³n: Â«Pues en hiel de amargura y obligaciÃ³n de iniquidad veo que estÃ¡sÂ» (Hech 8, 23). Y

Pablo se dolÃa, viendo ligada a la idolatrÃa la ciudad de los atenienses. Pues por las cuerdas de sus propios pecados cada uno es constreÃ±ido (Prov 5). Sobre cuyos vÃnculos del alma tambiÃ©n David suplicaba en el salmo: Â«De mis pecados ocultos lÃmpiame, SeÃ±or, y de los ajenos perdona a tu siervoÂ» (Sal 18, 13-14). DifÃcilmente se encuentra quien no sea atado por estas cadenas. Rara vez se encuentra un alma que no tenga este pesadÃsimo collar rodeado a su cuello, deprimiÃ©ndola hacia las obras terrenas, para que de ninguna manera mire al cielo, sino a la tierra. Lo cual tambiÃ©n se refiere de la mujer evangÃ©lica, a quien SatanÃ¡s habÃa atado por dieciocho aÃ±os, para que encorvada, no viera las cosas celestiales (Lc 13). Si por tanto, dice, quitaras de en medio de tu corazÃ³n esta cadena, y disiparas los vÃnculos de esta clase, y Â«cheirotonianÂ», por la cual otros tres intÃ©rpretes con voz consonante tradujeron Â«dedo extendidoÂ»: para que no solo no pienses tÃº mismo el mal, y no lo hagas, sino que ni siquiera detractes de tu prÃ³jimo, y notes a cada uno como con el dedo, y hables lo que no aprovecha a tu alma, considerando no tus males, sino los errores de los otros: recibirÃ¡s lo que el discurso siguiente subnecta. Muchos de los nuestros entienden Â«cheirotonianÂ», esto es, la Â«ordenaciÃ³n de los clÃ©rigosÂ», la cual no solo se cumple para la imprecaciÃ³n de la voz, sino para la imposiciÃ³n de la mano (no sea que, como nos reÃmos en algunos, una imprecaciÃ³n clandestina de la voz ordene clÃ©rigos sin saberlo), de tal modo que asun el testimonio de

Paul escribiendo a Timoteo: Â«A nadie impongas las manos pronto, ni comuniques con los pecados ajenosÂ» (1 Tim 5, 22). Pues no es pecado leve enviar perlas ante los puercos, y dar lo santo a los perros (Mt 7, 6): y tributar la ordenaciÃ³n del clericato de ninguna manera a los santos y a los muy doctos en la ley de Dios, sino a sus secuaces, y a los ministros de oficios viles: y lo que es mÃ¡s decoroso que esto, a los ruegos de mujercillas. En lo cual debe considerarse la sabidurÃa del ApÃ³stol que habla en sÃ a Cristo, quien para demostrar el peligro de la ordenaciÃ³n, uniÃ³ los tormentos de los pecadores: Â«Ni comuniques con los pecados ajenosÂ». AsÃ como por tanto en las ordenaciones de los malos, es partÃcipe de los pecados quien a tales constituye: asÃ en la ordenaciÃ³n de los santos, es partÃcipe de su justicia quien elige a los buenos. Sigue: Â«Y la palabra de murmuraciÃ³nÂ», se sobrentiende, Â«de lo comÃºnÂ», si la quitaras de ti. Pero la palabra de murmuraciÃ³n es cuando contra nosotros habla Dios: Â«Cese de mÃ la murmuraciÃ³n de este pueblo, y no morirÃ¡Â»; y referimos nuestros pecados a Dios, para excusar las excusas en los pecados, y decimos: Me superÃ³ el ardor del cuerpo, vencieron los incentivos de la adolescencia, por Dios fui creado tal: la pobreza me obligÃ³ al hurto. Por tanto si no haciÃ©ramos estas cosas que se han dicho, e haciÃ©ramos aquellas que han de decirse, para que al hambriento, no como arriba, demos nuestro pan, sino nuestra alma, para que le ayudemos en cualesquiera cosas que podamos, y no demos como por tristeza y necesidad, sino de alma, reci-

biendo mÃ¡s que dando el beneficio: Â«Pues Dios ama al dador alegreÂ» (2 Cor 9, 7), para que al alma hambrienta o afligida no la reconfortemos en parte, sino que la saciemos: y dolamos con los que duelen, y lutos con los que lutan (Rom 12), entonces nacerÃ¡ en las tinieblas nuestra luz, aquel que dice: Â«Yo luz vine al mundo: para que todo el que cree en mÃ, no permanezca en tinieblas: sino que tenga la luz de la vidaÂ» (Jn 12, 46). Pues la lÃ¡mpara de nuestro cuerpo es el ojo: si fuera simple, todo tu cuerpo serÃ¡ lÃºcido. Si por el contrario el que deberÃa ser luz se hubiera vuelto en tinieblas; entonces todo el cuerpo serÃ¡ tenebroso, y se nos dirÃ¡: Â«Si la luz que hay en ti son tinieblas, Â¡cuÃ¡ntas son las mismas tinieblas!Â» (Mt 6, 23). Consideremos con cuÃ¡ntas virtudes llegamos a la luz de Dios, para que las tinieblas se vuelvan en mediodÃa, y digamos con la esposa: Â«Â¿DÃ³nde pastoreas, dÃ³nde te recuestas, en el mediodÃa?Â» (Cant 1, 6).

(Vers. 11.) «Y el Señor te dará descanso siempre, y llenará de esplendores tu alma, y tus huesos librará. Y serás como huerto regado, y como fuente de aguas, cuyas aguas no faltarán». LXX: «Y tu Dios estará contigo siempre: y serás llenado según desea tu alma, y tus huesos engordarán. Y serán como huerto ebrio: y como fuente, a la cual no le faltará el agua». Lo que en los ejemplares alejandrinos se ha añadido al principio de este capítulo: «Y todavía estará en ti mi alabanza siempre»; y al final «y tus huesos como hierba brotarán, y engordarán, y por herencia poseerán por generación y generaciones», no se

encuentra en el hebreo, ni tampoco en los ejemplares corregidos y verdaderos de la Septuaginta: por lo cual debe marcarse con un óbelo. Cuando las tinieblas de tu pecho, dice, por la luz surgida, hubieran sido disueltas, y en lugar de la noche palpable hubiera surgido el mediodía, entonces siempre tendrás como habitante a Dios, que llene de esplendores tu alma. De los cuales se lee en el salmo: «Contigo está el principio en el día de tu virtud, en los esplendores de los santos, desde el útero antes del lucero te engendré» (Sal 109, 3). O serás saciado con todo lo que desea tu alma, porque tú mismo has saciado al alma hambrienta, y podrás decir: «Bendice, alma mía, al Señor, que llena de bienes tu deseo» (Sal 102, 1. 5); y tus huesos serán librados de la destrucción y del fuego perpetuo. O engordarán, para que recuperen la antigua gordura, que por el hambre de la palabra del Señor habían enflaquecido. Lo cual ciertamente podemos entender tanto según la letra sobre la resurrección de aquellos cuerpos que han de caer, como sobre las virtudes del alma, significando las cuales el santo habla en el salmo: «Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién semejante a ti?» (Sal 34, 10). Sobre los cuales también en los Proverbios está escrito: «La buena fama engorda los huesos» (Prov 15, 30). Y a quienes se prometen premios: «Sanidad será para tu cuerpo, y curación para tus huesos» (Prov 16, 24). Sobre los cuales de nuevo está escrito: «El Señor custodia todos sus huesos, ni uno de ellos se quebrará» (Sal 33, 21). Por el contrario, el que es pecador, y ha perdido la fuerza y la virtud del alma, gime

y habla: «Disipados están nuestros huesos junto al infierno» (Sal 140, 7). Pues tampoco podemos creer que los huesos de los pecadores no estén en el infierno, sino junto al infierno. Y «la buena fama engorda los huesos» (Prov 15, 30), lo cual no pertenece a la gordura del cuerpo. Sigue: «Y serás», o «será», es decir, o tú, o tu alma, «como huerto regado»: sobre el cual está escrito: «Una fuente salía, y regaba toda la faz del paraíso» (Gén 2, 6), por lo cual en el hebreo se lee «huerto». Fuente que no podemos decir que sea otra sino aquel a quien se dice: «En ti está la fuente de la vida» (Sal 35, 10): que incesantemente riega su Iglesia, y los corazones de todos los creyentes.

(Vers. 12.) «Y se edificarán en ti los desiertos de los siglos: los cimientos de generación y generación suscitarás: y se llamará [Vulg. y serás llamado] en ti edificador de setos, convirtiendo [Vulg. apartando] las sendas al descanso». LXX: «Y se edificarán para ti los desiertos desde el siglo y serán tus cimientos sempiternos por generaciones y generaciones: y serás llamado edificador de muros, y harás que las sendas en medio descansen». No solo, dice, surgirá en las tinieblas tu luz, y tus tinieblas serán como el mediodía, y te dará el Señor descanso siempre, y serás como huerto regado, etc.; sino que se edificarán en ti las cosas que por largo tiempo habían estado desiertas; y se echarán los cimientos de tus edificios que han de permanecer por muchas generaciones: de modo que o tú mismo seas llamado edificador de setos y de muros, o surja en ti quien sea edificador de setos, y aparte las sendas al descanso, o

según la Septuaginta, haga descansar las sendas en medio. Estas cosas los judíos y los amigos solo de la letra que mata, las refieren a la restauración de las ciudades de Palestina. Y sostienen que o bien se hizo bajo Zorobabel y Esdras, y Nehemías, o bien ha de ser en el último tiempo: y que han de echarse cimientos altísimos para la restauración de Jerusalén y en el circuito de las ciudades, y han de edificarse muros tan excelsos que ningún enemigo pueda entrar, y se prohíba el ingreso de todos los enemigos en ellas. Nosotros, sin embargo, siguiendo el orden de la explicación comenzada, decimos que lo que había estado desierto en los judíos, se edifica en la Iglesia, no por breve tiempo, sino para siempre, y sus cimientos han de ser suscitados de ambos pueblos, es decir, en dos generaciones. Por lo cual decía el Apóstol: «Como sabio arquitecto puse el cimiento: otro sobreedifica: pero cada uno vea qué sobreedifica» (1 Cor 3, 10); y en otro lugar: «Agricultura de Dios, edificación de Dios somos»; y de nuevo: «Edificados sobre el cimiento de los Apóstoles y de los Profetas» (Ef 2, 20); y que ha de ser llamada ella, o aquel que nació en ella, edificador de setos. De quien leemos en el salmo: «Un hombre nació en ella: y el mismo Altísimo la fundó» (Sal 85, 5). Setos y muros, pues esto significa en lengua griega phragmous, que la Escritura conmemora que rodean el campo y las viñas: «Una viña de Egipto trasladaste: expulsaste a las gentes, y la plantaste»; y poco después: «¿Por qué destruiste su muro: y la vendimian todos los que pasan por el camino?» (Sal 79, 9. 13). Y en este mismo

Profeta: «Una viña se hizo para mi amado»; describiéndola con tan bello lenguaje, añadió: «Edifiqué una torre, y la rodeé con un muro» (Ecl 2, 4). Al cual, el que lo destruyó, según el Eclesiastés, lo morderá la serpiente. La cual por eso fue rodeada, para que se prohíba el acceso de todas las bestias a la viña de Dios. Esta es, además, la serpiente tortuosa, que engañó a Eva en el paraíso, la cual, porque había destruido los preceptos de Dios, por eso estuvo expuesta a sus mordeduras, y oyó del Señor: «Tú observarás su cabeza; y ella observará tu calcañar» (Gén 3, 15). En aquel lugar, donde nosotros hemos interpretado según la Septuaginta, para no parecer que innovamos nada, porque el testimonio es vulgarizado, «y serás llamado edificador de setos», en el hebreo se lee, «y se llamará en ti», GODER PHERES, que Aquila interpretó periphraktes diakopes, lo cual nosotros podemos decir según el sentido, «el que se opone a la ira de Dios que ensaña». Finalmente, Símaco tradujo, «oponiendo un muro al que hiere» (1 Sam 7), cual fue Moisés y Aarón, y Samuel, que resistieron a la ira del Señor, y como si se hubiera edificado un muro, pusieron término a su indignación. Lo cual también se dice a Jeremías: que no salga al encuentro del Señor, para que no quiera resistir a su ira, e intercluir así la indignación con ruegos como con un cierto muro (Jer 7): y a mi Moisés, como si el Señor fuera retenido por él: «Déjame», dijo, «y heriré a este pueblo» (Éx 32, 10). Tal edificador de muros y de setos, por tanto, convertirá las sendas al descanso, para que de ningún modo la ira de Dios se

ensañe, sino que el Señor les sea aplacado, y todas las sendas de la indignación descansen.

(Vers. 13.) «Si apartares del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo: y llamares al sábado delicado, y al santo del Señor glorioso, y lo glorificares mientras no hace tus caminos, y no se hallare [Vulg. se halla] tu voluntad, para que hables una palabra». LXX: «Si apartares en los sábados tu pie: para que no hagas tus voluntades en el día santo. Y llamarás a los sábados delicados santos al Señor: no levantarás tu pie para la obra, ni hablarás una palabra en ira de tu boca». A quien arriba había dicho: «¿No es este más bien el ayuno que elegí: disuelve la coligación de la impiedad, suelta los fardos que oprimen», etc.; también ahora le repromete premios, si quisiere hacer lo que sigue (Éx 20); a saber, que aquí cohíba su pie en los sábados, y no haga sus voluntades, y manche el día santo del Señor con sus voluntades [Al. placeres]. En la Ley se preceptúa que en los sábados no hagamos obra servil, que no encendamos fuego, que nos sentemos en un solo lugar, que hagamos solo aquellas obras que pertenecen a la salvación del alma. Lo cual si lo recibimos según la letra, no puede ser cumplido íntegramente. Pues ¿quién puede hacer esto, de modo que sentado todo el día y la noche en el sábado no se retire de un solo lugar, es más, ni siquiera se mueva ligeramente; que si lo hiciere, sea trasgresor de la ley? Por un solo mandato, pues, que es imposible según la letra, nos vemos obligados a entender los demás espiritualmente, para que no hagamos obra servil, y perdamos la

libertad del alma; pues el que hace el pecado, siervo es del pecado (Jn 8): para que no llevemos carga en el sábado, cual la llevaba aquel que dice: «Mis iniquidades se han elevado sobre mi cabeza: como carga pesada se han agravado sobre mí» (Sal 37, 5). Para que la iniquidad que se sienta sobre el talento de plomo, no tenga potestad en nosotros: para que el placer del cuerpo y la libido no nos enciendan (Zac 5): «Pues todos los adúlteros como un horno son sus corazones» (Os 7, 6); y los dardos del diablo son íguenos, para asaetear en lo oscuro a los rectos de corazón (Sal 10, 2). Se nos preceptúa también que, tomado por nosotros el arado, no miremos atrás: que subiendo a la altura de los techos, de ningún modo queramos descender para tomar las vestiduras del siglo (Lc 9, 17); sino que oigamos con Moisés: «Tú en verdad quédate aquí conmigo» (Éx 34, 2); y nos sentemos con el Señor, cansados en el camino de este siglo, sobre el pozo de la Samaritana y sedientos de la conversión y la salvación de los errantes (Jn 4), para que oigamos al Apóstol amonestando: «Estad firmes e inmóviles» (1 Cor 15, 58), para que no padezcamos aquello que Judas el traidor padeció, que perdió el lugar de su ministerio, y fue hecho trasgresor, y nos acordemos siempre de aquella sentencia: «Si el espíritu del que tiene potestad subiere sobre ti, tu lugar no lo abandones» (Ecl 10, 4). El que así descansa en el sábado, lava entre los inocentes sus manos, ni mueve los pies para hacer sus voluntades: este celebra los sábados delicados del Señor. Sabbatismo que, según la Epístola que se escribe a

los Hebreos, se nos repromete en los cielos, y se prepara la gloria (Heb 4): para que mientras no hagamos nuestros caminos en el sábado, ni se halle nuestra voluntad, para que hablemos una palabra, a saber, que ni de obra ni de palabra pequemos. De otro modo, si estas cosas solo se prohíben en el sábado, por tanto en los otros seis días se nos atribuye libertad para delinquir. Lo cual si es estúpido creerlo, resta que el sábado, que se interpreta «descanso», deba ser santificado en todo tiempo por los fieles, mientras no hagan las voluntades de la carne, sino del alma. Y lo que se añade, según la Septuaginta, «en ira de tu boca», en el hebreo no se tiene. A este sábado, que debe celebrarse con toda festividad, el Salvador nos provoca en el Evangelio, diciendo: «Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os daré descanso» (Mt 11, 28); pues esto significa anapausō hymas, para que a saber, deponiendo las cargas de los pecados, sabbaticemos en Cristo, y tengamos aquello que el santo casi dice haber sostenido él mismo: «Pero casi se movieron mis pies» (Sal 72, 2).

(Vers. 14.) «Entonces te deleitarás sobre el Señor [Vulg. en el Señor]; y te levantaré sobre las alturas de la tierra, y te alimentaré con la herencia de Jacob tu padre. Pues la boca del Señor ha hablado». LXX: «Y serás confiado sobre el Señor: y te elevará sobre los bienes de la tierra, y te alimentará con la herencia de Jacob tu padre. Pues la boca del Señor ha hablado». Después de que llamares a los sábados delicados, y no se moviere en el sábado tu pie para hacer obra servil, ni hubie-

res hablado palabra, es decir, siempre hubieres callado, y hubieres cumplido lo que se preceptúa: «Cohíbe tu lengua del mal, y tus labios no hablen dolo» (Sal 33, 14): entonces te deleitarás en el Señor, y verás que se ha cumplido en ti: «Deléitate en el Señor, y te dará las peticiones de tu corazón» (Sal 36, 4). O tendrás confianza en el Señor, según aquello que está escrito: «El que confía en el Señor, es bienaventurado». Y en Jeremías: «Bendito el hombre que confía en el Señor, y será el Señor su esperanza» (Jer 17, 7). Y en otro lugar: «Mejor es confiar en el Señor, que confiar en el hombre» (Sal 117, 8). And te elevará el Señor y te levantará sobre las alturas y bienes de la tierra. Pues la tierra de los mansos, y la tierra de los vivientes no está abajo, sino que está arriba. Finalmente, a Lot que huye del valle de Sodoma y Gomorra se le dice: «Sálvate en el monte» (Gén 19, 17). Al cual después que llegó, le nació el sol en Segor. De esta tierra decía el Señor: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra» (Mt 5, 4): y muchas otras cosas que frecuentemente hemos usado, de las cuales es aquello: «Honra a tu padre y a tu madre, y serás longevo sobre la tierra que el Señor tu Dios te diere» (Éx 20, 12). Lo cual según la letra no puede sostenerse de ningún modo. Pues muchos honran a sus padres, y mueren pronto; y otros parricidas viven largo tiempo. Para que sepamos con más certeza que esta tierra está en lo sublime, acordémonos brevemente del salmo treinta y seis, en el cual está escrito: «Los mansos poseerán la tierra, y se deleitarán en la multitud de la paz». Después de lo cual se añade:

«Espera al Señor, y custodia sus caminos: y te elevará para que poseas la tierra» (Sal 36, 11. 34): de la cual en otro lugar se canta: «Los justos poseerán la tierra, y habitarán por el siglo del siglo sobre ella» (Ibíd. 29). Lo cual también es imposible. Pues si la tierra pasará, esta por cierto que habitamos, ¿cómo por el siglo del siglo habitarán los justos sobre ella? De lo cual aprendemos que hay una tierra que está situada en lo sublime. Después de lo cual se añade: «Y alimentaré», o «te alimentará el Señor con la herencia de Jacob tu padre». Pues así como el que tuviere la fe de Abraham, es llamado hijo de Abraham: así el que suplanta los vicios y los pecados, es llamado hijo de Jacob. Y de la virtud de quien uno es imitador, de aquel es llamado también hijo. Los bienes de la tierra, empero, que está situada en lo excelso, con los que se sacia el hijo de Jacob, deben aceptarse como aquellos que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni subieron al corazón del hombre» (1 Cor 2, 9). Sobre los cuales en la Epístola a los Hebreos está escrito: «Pues los que dicen estas cosas, muestran que buscan patria: y si por cierto buscaran aquella de la que habían salido, tenían tiempo para volver a ella. Ahora, sin embargo, desean una patria mejor, esto es, la Jerusalén celestial» (Heb 11, 14-16). De lo cual aprendemos que la fábula de los mil años, en la cual de nuevo se prometen nupcias, y alimentos, y el trato de la vida terrena, debe ser desechada. Pues si en la resurrección ni se casarán, ni se darán en casamiento, sino que serán semejantes a los ángeles; porque son hijos de la resurrección (Mt 22, 30); y del vientre y

los alimentos el Apóstol habla: «El alimento para el vientre, y el vientre para los alimentos: Dios empero a este y a aquellos destruirá» (1 Cor 6, 13), ¿cómo de nuevo con el cuerpo incorrupto y espiritual e inmortal buscaremos los vicios de la antigua carne mortal y corrupta? Y estas cosas decimos, no para que neguemos la sustancia del cuerpo glorificado, sino para que los actos antiguos en los que son semejantes a los ángeles, los quitemos totalmente. De otro modo, también en este cuerpo todavía por los ayunos y la continencia, y la perpetua castidad y caridad, imitamos las virtudes angélicas, y sin embargo no perdemos la sustancia de los cuerpos. Para que creamos que todo esto será futuro, sepamos que ha sido prometido por Dios, cuya boca ha hablado: para que así como entendemos la obra en las manos, y el andar en los pies, y la generación en el vientre, y el oído y la visión en los oídos y los ojos: así en la boca entendamos la palabra de Dios.

(Cap. 59.---Vers. 1, 2.) He aquí que no se ha acortado la mano del Señor, para no poder salvar; ni se ha agravado su oído, para no oír; sino que vuestras iniquidades han dividido entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han escondido su rostro de vosotros, para que no oyese. LXX: ¿Acaso no puede la mano del Señor salvar, o se ha agravado su oído, para no oír? Sino que vuestros pecados separan entre vosotros y Dios: y por vuestros pecados apartó su rostro de vosotros, para no tener misericordia.

Podía haber cumplido antes lo que dije que ahora haría: «Estarás confiado en el Señor, y te

elevará a los bienes de la tierra, y te alimentará con la herencia de Jacob tu padre». Pues ni se ha acortado mi mano, ni se ha contraído, para que no pueda extenderla para librar a mi pueblo: ni tengo oídos sordos, para no poder oír.

De lo cual se muestra que los oídos del Señor, que oyen a los justos y no oyen a los pecadores, de ningún modo son semejantes a nuestros oídos, que oyen igualmente la voz emitida, ya sea de justicia, ya de injusticia; sino que vuestros pecados, dice, como un cierto muro opuesto en medio, os dividen a vosotros y a Dios.

De donde también el Salvador en su pasión hizo de ambos uno (Ef 2), y desatando el muro intermedio de la cerca, destruyó la enemistad en su carne, para que a quienes el muro de los pecados había dividido, la sangre de Cristo los uniera.

Quien abrió la puerta del paraíso, que por mucho tiempo había estado cerrada (Gén 3), y extinguió la espada de fuego con su propia sangre, para que el ladrón oyera: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23, 43).

Y lo que sigue: «Y por vuestros pecados apartó su rostro de vosotros: para no oír», o «para no tener misericordia», esto muestra que no pudo soportar el hedor de sus pecados e iniquidades, sino que apartó su rostro, para no ver su torpeza y verse obligado a golpear al punto.

De donde el pecador, deseando ver el rostro del Señor, dice en el salmo: «¿Hasta cuándo, Señor, me olvidarás para siempre? ¿hasta cuándo apartas tu rostro de mí?» (Sal 12, 1). Y en otro

lugar: «Muestra tu rostro, y seremos salvos» (Sal 79, 4).

(Vers. 3, 4.) Pues vuestras manos están contaminadas con sangre, y vuestros dedos con iniquidad: vuestros labios han hablado mentira, y vuestra lengua profiere iniquidad. No hay quien invoque la justicia, ni hay quien juzgue verdaderamente: sino que confían en la nada [Vulg. en nada], y hablan vanidades. LXX: Pues vuestras manos están contaminadas con sangre, y vuestros dedos con pecados. Vuestros labios están contaminados con iniquidad, y vuestra lengua medita la injusticia. Nadie habla cosas justas: ni hay juicio justo. Confían en cosas vanas, y hablan cosas vacías, iniquidades y pecados.

Lo que arriba nombró en general, ahora lo expone por partes. Y debe considerarse que de ningún modo les objeta la idolatría por la que estaban retenidos en tiempos de Isaías, sino la efusión de sangre, de la cual ya había dicho antes: «El justo perece, y no hay quien reflexione. Y los hombres justos son arrebatados, y nadie entiende en su corazón. Pues de la faz de la iniquidad ha sido quitado el justo: será en paz su sepultura, y será quitado de en medio» (Is 57, 1-2).

Y aunque ellos mismos no pusieron sus manos sobre el Señor Salvador, sin embargo, clamando con voz acorde de impiedad: «Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (Mt 27, 25), son reos de su muerte, y tienen las manos contaminadas.

De los cuales el mismo Profeta testifica, diciendo: «Si levantareis vuestras manos hacia mí,

no os oiré. Vuestras manos están llenas de sangre» (Is 1, 15).

Sus labios también y su lengua hablan iniquidad y mentira, de modo que en lugar de Cristo se prometen para sí al Anticristo, ni hay nadie en el pueblo que invoque la justicia y juzgue la verdad, o como se tiene en el hebreo, la fe, a saber, que crea en Cristo; sino que confían en la nada, y hablan vanidades.

De donde el Apóstol preceptúa que no atendamos a las fábulas judaicas y a los mandatos de hombres que se apartan de la verdad (Tit 1). Pues verdaderamente confían en la nada y siguen vanidades, en lo cual se cumple el vaticinio del Señor: «Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me habéis recibido; si otro viniere en su propio nombre, a ese recibiréis» (Jn 5, 43).

(Vers. 5, 6.) Concibieron trabajo, y parieron iniquidad: y rompieron huevos de áspides, y tejieron telas de araña. El que comiere de sus huevos, morirá: y lo que ha sido incubado, estallará en un basilisco. Sus telas no servirán para vestido, ni se cubrirán con sus obras. LXX: Porque están de parto de dolor, y engendran iniquidad. Rompieron huevos de áspides, y tejieron tela de araña. Y el que quisiere comer de sus huevos, al romperlo hallará podredumbre, y en él un basilisco: su tela no servirá para vestido, ni se cubrirán con sus obras.

Quienes esperan el advenimiento del Anticristo, y no pueden decir: «Por tu temor, Señor, concebimos, y estuvimos de parto y parimos, el espíritu de tu salvación pusimos sobre la tierra»

(Is 26, 18), rectamente conciben dolor y paren iniquidad: para que a aquel a quien buscan con mucho trabajo, lo reciban en la iniquidad; de cuyo padre está escrito: «Concibió dolor, y parió iniquidad» (Sal 7, 15).

Estos rompen y desgarran los huevos de los áspides, para recibir sus venenos en su mente, a los cuales se dice en el Evangelio: «Serpientes, generación de víboras» (Mt 3, 7). Y bellamente puso los huevos de áspides y de serpientes, de los cuales se dice que primero engendran huevos. Y porque no solo retienen los venenos de la malicia en sus corazones, sino que meditan en la ley del Señor día y noche, musitando fábulas de viejas, por eso se dice: «Y tejen telas de araña»: con las cuales capturan moscas y mosquitos y pequeños seres vivos; a las cuales, cuando por azar llega algo, pasa volando como a través de aire vacío.

«El que comiere», dice, «de sus huevos, morirá», esto es, el que hubiere consentido en sus consejos, como Abel consintió a Caín que decía: «Pasemos al campo» (Gén 4, 8), al punto será muerto: o como tradujeron los Setenta: «El que quisiere comer de sus huevos, al triturarlos hallará podredumbre, y en ellos un basilisco».

Pues el que, engañado a primera vista, hubiere pensado que son huevos de gallinas y de otras aves, cuyo comer es inofensivo: si los rompiere antes de comer, al punto conocerá el hedor y el olor más fétido, y hallará que lo que ha sido incubado es un basilisco. O según Símaco y Teodoción, un áspide. Pero Aquila puso víbora; por lo cual en hebreo se lee EPHEE. El que, por tanto,

oyendo las tradiciones judaicas, quisiere prepararse para los manjares de mil años, y enredado por las delicias de las promesas, extendiere la mano al huevo: si antes de comer, esto es, de consentir en las palabras mortíferas, hubiere querido considerar primero lo que se dice, y discutir cada uno de los discursos, y tratar su razón, al punto hallará en ellos que se está preparando al Anticristo.

Por tanto, según el hebreo, el que comiere de sus huevos, morirá. Pero el que, según los Setenta, quisiere romperlos antes, e intuir y ver más diligentemente qué se oculta, hallará el hedor más fétido, y que el príncipe de todas las serpientes, el diablo, se oculta en sus tradiciones. Y porque arriba había dicho: «Tejen telas de araña», expone que el tejido de esas telas no es de provecho.

Su trabajo, dice, y toda su doctrina no efectúa el vestido de Cristo, ni el palio con el que se proteja la desnudez del alma, sino que sudan en un trabajo vano, diciendo este mismo Profeta: «Este pueblo me honra con sus labios; pero su corazón está lejos de mí. En vano, empero, me rinden culto, enseñando doctrinas y preceptos de hombres» (Is 29, 13): siguiendo las cuales, descuidan la ley de Dios. Y para que sepamos que en la tela se demuestran las obras, añadió: «Ni se cubrirán con sus obras».

Algunos explican este pasaje así: «Rasgaron huevos de áspides», o «rompieron», esto es, mordiendo abandonaron todos los discursos de los profetas, y tejieron para sí las blandas elocuencias de los pseudoprofetas: de las cuales quien comie-

re, será herido por la serpiente; y entenderá que de nada le aprovecharon las palabras de la mentira.

(Vers. 7, 8.) Sus obras son obras inútiles: y obra de iniquidad hay en sus manos. Sus pies corren al mal: y se apresuran para derramar sangre inocente. Sus pensamientos son pensamientos inútiles: desolación y quebranto hay en sus caminos. No conocieron el camino de la paz: y no hay juicio en sus pasos. Sus sendas se les han vuelto torcidas: todo el que pisa en ellas, ignora la paz. LXX: Pues sus obras son obras de iniquidad: y sus pies corren a la malicia. Veloces para derramar sangre inocente: y sus pensamientos, pensamientos de necios. Quebranto y miseria hay en sus caminos: y el camino de la paz no conocieron: y no hay juicio en sus caminos. Pues sus sendas son perversas, las cuales atraviesan, y no conocen la paz.

Por eso no se cubren con sus obras, porque sus obras son obras de iniquidad, a las que el Apóstol sobrenombra infructuosas, es decir, que no tienen fruto (Ef 5). Y sus pies corren al mal, y se apresuran a derramar sangre inocente (Prov 1). Pues tuvieron esta costumbre también en la matanza de los Profetas.

A los cuales Esteban hablaba: «¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres?» (Hech 7, 52). Y el Señor en el Evangelio: «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados» (Mt 23, 37); y de nuevo: «Venga sobre vosotros toda la sangre justa que ha sido derramada sobre la tierra: desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de

Baraquías, al cual matasteis entre el Templo y el altar» (ibíd., 35).

De donde también arriba se les dice: «Pues vuestras manos están contaminadas con sangre: y vuestra lengua habla iniquidad» (cf. Is 1, 15). Y por esta meditación de crueldad y blasfemia, llegaron a la muerte del Señor. Como también Judas por el camino de la avaricia llegó al homicidio, más aún, al sacrilegio unido a la avaricia.

Y lo que sigue: «Sus pensamientos son pensamientos de necios: quebranto e infelicidad hay en sus caminos, y el camino de la paz no conocieron». Y arriba: «Veloces sus pies para derramar sangre», el Apóstol lo puso a los Romanos (Cap. 3): lo cual muchos ignorantes piensan que fue tomado del salmo decimotercero, cuyos versículos fueron añadidos en la edición Vulgata, y no se tienen en el hebreo. De lo cual hablamos más plenamente al comienzo de este volumen.

Rectamente ignoraron el camino de la paz quienes no quisieron recibir a su autor. Él mismo es, en efecto, nuestra paz, el cual habla a los Apóstoles: «Mi paz os doy, mi paz os dejo» (Jn 14, 27). Y a Jerusalén: «Si conocieras lo que es para tu paz; porque vendrán días sobre ti, y tus enemigos te rodearán con un vallado, y te sitiarán, y a tus hijos los estrellarán contra el suelo» (Lc 19, 42-44).

Pero quienes no hubieren recibido la paz, consecuentemente tampoco tienen juicio en sus caminos. Aquel de quien arriba se ha dicho: «He aquí mi siervo a quien elegí, mi amado en quien mi alma se complació, él dará juicio a las naciones» (Is 42, 1).

Sigue: «Sus caminos son perversos», no por naturaleza, sino por la propia voluntad. Pues todo lo que se pervierte y se tuerce, se retuerce de lo recto hacia lo malo. Toda la doctrina de los fariseos es la subversión de la verdad, por la cual quien caminare, no solo no halla la paz; sino que ni siquiera la conoce, para que sepa qué debe buscar.

(Vers. 9 y sigs.) Por esto se alejó de nosotros el juicio: y no nos alcanzará la justicia. Esperamos la luz, y he aquí tinieblas: el esplendor, y caminamos en la oscuridad. Palpamos como ciegos la pared: y como si no tuviéramos ojos anduvimos a tientas: tropezamos al mediodía, como en tinieblas: en lugares caliginosos como muertos. Rugiremos todos como osos: y gemiremos meditando como palomas. Esperamos el juicio, y no será [Vulg. no hay]: la salud, y se alejó de nosotros. LXX: Por eso se retiró de ellos el juicio: y no los alcanzó la justicia. Cuando esperaban la luz, se les hicieron tinieblas. Aguardándola caminarán en tinieblas: palparán como ciegos la pared: y como si no tuvieran ojos andarán a tientas. Caerán al mediodía, como en plena noche: gemirán como moribundos: como oso y como paloma caminarán igualmente. Esperamos el juicio, y no hay: la salud se retiró lejos de nosotros.

Tras la acusación del pueblo de los judíos, el Profeta respondió en persona de ellos lo que deben decir los penitentes, si es que quieren recibir la sanidad después de las heridas. Y me maravillo de por qué los Setenta, como si el Profeta hablara de ellos y no ellos mismos respondieran a las pa-

labras del Profeta, tejieron la oración, cuando en lo que sigue, vencidos por la verdad, hicieron esto mismo, diciendo: «Esperamos el juicio, y no hay; la salud se retiró lejos de nosotros.» Pues mucha es nuestra iniquidad en tu presencia; y nuestros pecados resistieron contra nosotros, etc.

En el tiempo presente, por tanto, se cumplen todas las cosas. El juicio se ha alejado de los judíos, lo cual ha sido anunciado a las gentes. Y no los alcanzará la justicia, la cual ha sido comprendida por las naciones. Esperaron la luz, diciendo: «Envía tu luz y tu verdad» (Sal 42, 3), la cual les había sido prometida por los Profetas, y fueron ocupados por las tinieblas del error.

Aguardaban el esplendor, y caminaron en tinieblas. Así las Sagradas Escrituras, como ciegos que palpan la pared, buscando en ellas solo las palabras y las hojas, no el sentido y el fruto, que se contiene en las letras. Finalmente une y dice: «Tropezamos», o «caeremos al mediodía, como en tinieblas: en lugares caliginosos, como muertos». Pues en todo el orbe, brillando el esplendor del sol de justicia, ellos permanecen en tinieblas, a saber, como muertos por el pecado.

«Rugiremos», dice, «todos como osos, y gemiremos meditando como palomas»; para que sean a la vez crueles y miserables: fieros e inhumanos con los humildes y sometidos: pávidos y temblorosos ante los que son más fuertes, a los cuales horrorizan como halcones. Leemos también en otro lugar: «Como osa a la que han quitado los cachorros». Y en Daniel, el reino sangriento en el

que hay tres órdenes de dientes, es comparado a una osa ferocísima (2 Sam 17, 8; Dan 7).

«Y gemiremos meditando como palomas», sin sentido ni inteligencia de las Escrituras, meditando solo las palabras, las cuales canturrean de memoria. Pero como las palomas, de las cuales está escrito: «Efraín es como paloma que no tiene sentido» (Os 7, 11); y como en el Evangelio contra la malicia de las serpientes se pone la simplicidad de las palomas (Mt 10): así en el presente lugar, la simplicidad sin prudencia, que es vecina de la necedad, se muestra en la sola meditación de las palabras.

«Esperarán el juicio, y no habrá: la salud», se sobrentiende, «esperarán y no habrá», porque se trasladó lejos, a las gentes. En lo cual debe notarse que todas las cosas se dicen en tiempo futuro, para que se indique lo que ahora padecen los judíos.

(Vers. 12 y sigs.) Se multiplicaron nuestras iniquidades ante ti, y nuestros pecados nos respondieron: porque nuestras maldades están con nosotros, y conocimos nuestras iniquidades. Pecar y mentir contra el Señor: y nos apartamos para no ir tras las espaldas de nuestro Señor, para hablar calumnia, y concebimos la transgresión, y hablamos desde el corazón palabras de mentira. Y el juicio se volvió atrás, y la justicia se mantuvo lejos, porque la verdad cayó en la plaza, y la equidad no pudo entrar. Y la verdad fue entregada al olvido, y el que se apartó del mal, quedó expuesto a la rapiña. LXX: Pues mucha es nuestra iniquidad ante tu vista, y nuestros pecados nos resistieron.

Pues nuestras iniquidades están en nosotros, y conocimos nuestras injusticias. Actuamos impíamente, y mentimos, y nos apartamos de nuestro Dios. Hablamos cosas inicuas, y fuimos desobedientes. Estuvimos de parto y meditamos desde nuestros corazones palabras inicuas. Y nos apartamos del juicio, y la justicia se mantuvo lejos, porque la verdad fue consumida en sus caminos, y no podían pasar por la senda recta. Y la verdad fue quitada: y trasladaron su mente para no entender.

Menciona las causas de por qué rugieron como osos, y meditaron como palomas; de por qué esperaron el juicio que no había, y la salvación que pasó a las gentes: porque, dicen, «se multiplicaron nuestras iniquidades ante tu vista»: de las cuales por mucho tiempo habías apartado tu rostro, para no verlas, para no herir. «Y nuestros pecados nos respondieron», para que recibiéramos lo que merecimos. Y nuestras maldades están con nosotros: y conocimos las iniquidades, las cuales por mucho tiempo, mientras las perpetrábamos, pensábamos que eran justicia.

¿Cuáles son, empero, las iniquidades? «Pecar y mentir contra Dios»: o como, según el hebreo, tradujo Aquila, «negar a Dios»: lo cual se refiere al Salvador. Y abandonamos, dicen, a nuestro Dios, diciendo: «Sabemos que a Moisés le habló Dios; pero a este no sabemos de dónde es» (Jn 9, 29), para hablar calumnia: «Este, si fuera de Dios, no quebrantaría el sábado» (ibíd., 16). Y: «Por Beelzebub, príncipe de los demonios, echa fuera los demonios» (Lc 11, 15).

Y la transgresión, que más significativamente se dice en griego *apostasia*, cuando alguien niega a Dios y es argüido de prevaricación. Concebimos y hablamos desde el corazón palabras de mentira, despreciando la ley de Dios y siguiendo las tradiciones de hombres: a las cuales ellos llaman *deuteroseis*, y las cuales simulamos en nuestro corazón: «Y el juicio se volvió atrás, y la justicia se mantuvo lejos».

¿Qué parte tiene, en efecto, la justicia con la iniquidad? ¿qué consenso hay entre Cristo y Belial? (cf. 2 Cor 6, 14-15). Se mantuvo la justicia en las gentes, y se retiró de nosotros, porque la verdad cayó en la plaza. Ancha, en efecto, y espaciosa es la vía que conduce a la muerte (Mt 7, 13): porque no querían entrar por la vía estrecha, en la cual habita la verdad.

Y la verdad fue entregada al olvido, de la cual está escrito: «La verdad nació de la tierra, y la justicia miró desde el cielo» (Sal 84, 12). En lo cual debe advertirse que frecuentemente se nombra la verdad, para que se mostrase la persona de Cristo, a quien ellos, abandonándolo, siguieron la mentira.

«Y el que se apartó del mal, quedó expuesto a la rapiña». Lo cual, aunque parezca oscuro, puede explicarse así: fingiendo nosotros la mentira desde nuestro corazón y abandonando la ley de Dios, la justicia se mantuvo lejos, y la verdad cayó en las plazas, y la equidad no pudo entrar a nosotros, y el Hijo de Dios, que es la verdad, fue entregado al olvido: a tal punto que cualquiera que deseara apartarse de las tradiciones de los judíos, al punto

quedaba expuesto a insidias y persecuciones: de modo que expulsaron de las sinagogas al ciego de nacimiento, que había recibido los ojos (Jn 9).

Y después de la resurrección del Señor Salvador, persiguieron y despojaron a todos los que en él creían: a los cuales, desde todo el orbe de las gentes, se dirigían los ministerios de la Iglesia, que distribuirían por manos de los Apóstoles.

(Vers. 16, 17.) Y vio el Señor, y apareció mal ante sus ojos: porque no hay juicio. Y vio que no hay varón: y se asombró, porque no hay quien se le oponga [o: le salga al encuentro]. Y su propio brazo le salvó: y su misma justicia lo sostuvo. Se vistió de justicia como de coraza, y puso el yelmo de salud en su cabeza. Se vistió con vestiduras de venganza, y se cubrió como con un palio de celo. Como para la venganza, como para la retribución de la indignación a sus enemigos, y el pago a sus adversarios, dará su merecido a las islas. LXX: Vio el Señor, y no le plugo: porque no había juicio. Y vio, y no había varón. Y consideró, y no había quien defendiera. Y los vengó con su brazo, y con misericordia los sostuvo. Y se vistió de justicia como de coraza, y puso yelmo de salud en la cabeza. Y fue rodeado con vestidura de venganza, y con un palio, como retribuyendo venganza y oprobio a los adversarios.

Hasta aquí el discurso profético se ha tejido desde la persona del pueblo: ahora el profeta habla desde su propia persona. Diciendo ellos aquellas cosas, vio el Señor que alardeaban de penitencia con la boca, y no la practicaban en el corazón, y no le plugo. Pues buscó en ellos la

verdad del juicio, la cual había sido trasladada a las gentes, y no la halló. Deseó a algún varón justo, que pudiera salirle al encuentro en su ira, y no lo encontró; quien también arriba había dicho: «Vine, y no había varón: llamé, y no hubo quien oyera» (Is 50, 2).

Y porque, permaneciendo ellos en la maldad, ni siquiera uno solo justo fue hallado: sino que «todos se desviaron, a una se hicieron inútiles: y no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno» (Sal 13, 3), con su brazo y justicia, o misericordia, lo sostuvo, para que quienes quisieran convertirse del error, sean conservados no por su propio mérito, sino por la clemencia de Dios.

Finalmente se vistió con la coraza de la justicia, y el yelmo de la salud, y con las vestiduras de la venganza, y fue rodeado con el palio del celo: y así armado procedió a la guerra, para dar la venganza a sus enemigos: no hay duda de que significa a los judíos, que perseveran en las blasfemias: y la retribución a sus adversarios, cuando el ejército romano los cercó. Venciendo estos, se muestra que el Señor ha luchado.

De este testimonio usó Pablo escribiendo a los Efesios: y queriendo que nos vistamos con la armadura de Cristo, con la cual podamos resistir los dardos encendidos del diablo (Ef 6). Y aquello que no se tiene en los Setenta: «Dará su merecido a las islas», significa las ciudades de Judea, las cuales asoló el ejército romano. Pues también arriba (Cap. 20) el Señor habla por el Profeta a los moradores de la isla, esto es, Jerusalén.

(Vers. 19, 20.) Y temerán los del Occidente el nombre del Señor, y los del nacimiento del sol, su gloria: cuando viniere como río violento, al cual el espíritu del Señor impele: y vendrá a Sión el redentor, y a los que se vuelven de la iniquidad en Jacob, dice el Señor. Este es mi pacto con ellos, dice el Señor: Mi espíritu que está en ti, y mis palabras que puse en tu boca, no faltarán de tu boca, ni de la boca de tu simiente, ni de la boca de la simiente de tu simiente, dice el Señor, desde ahora y para siempre. LXX: Y temerán los del Occidente el nombre del Señor, y los del nacimiento del sol, su nombre glorioso. Pues vendrá como río violento la ira del Señor, vendrá con furor: y vendrá de Sión el que libre, y apartará las impiedades de Jacob. Y este será para ellos mi pacto, dice el Señor: Mi espíritu que está en ti, y las palabras que di en tu boca, no faltarán de tu boca, ni de la boca de tu simiente, dice el Señor, desde ahora y para siempre.

Después de que el Señor se hubiere vestido con la coraza de la justicia, y el yelmo de la salud, y con las vestiduras de la venganza, y el palio del celo para la batalla, y hubiere venido al certamen y a la 712 venganza, para retribuir a los adversarios, y dar el pago a sus enemigos, y subvertir sus islas, esto es, ciudades y aldeas, entonces los extranjeros que han de venir del Occidente y del Oriente, para descansar en el seno de Abraham (Mt 8), de los cuales también arriba (Sobre el cap. 49, 12) se dijo: «He aquí que estos vendrán de lejos, unos del Occidente, y otros del Aquilón, y otros de la tierra de los persas», temerán al Señor con aquel

temor que es el principio de la sabiduría (Eclo 1, 16).

De lo cual leemos en muchos lugares, de los cuales pongamos unos pocos: «Bienaventurado el varón que teme al Señor» (Sal 111, 1). Y: «Nada falta a los que le temen» (Sal 33, 10). Y: «El temor del Señor es disciplina y sabiduría» (Prov 15, 33). Y: «Venid, hijos, oídme: el temor del Señor os enseñaré» (Sal 33, 12). Y: «Bienaventurado el hombre que teme al Señor» (Sal 127, 4). Y: «El temor del Señor añade días» (Prov 10, 27). Pero que, rechazado Israel, suceda la turba de las gentes, el profeta Malaquías lo enseña más plenamente, en el cual se dice a los judíos: «No es mi voluntad en vosotros, dice el Señor Omnipotente. Y no recibiré hostia de vuestras manos» (Mal 1, 10). Y de nuevo sobre la multitud de las naciones: «Pues desde el nacimiento del sol hasta el ocaso, es glorificado mi nombre en las gentes» (ibíd., 11).

De esta bienaventuranza es autor aquel que vendrá «como río violento, al cual el espíritu del Señor impele». O como tradujo Aquila: «como río estrecho, el espíritu del Señor es su sello». O Teodoción: «como río que ataca, el espíritu del Señor ha sido marcado». En aquello, por tanto, de este testimonio que los Setenta tradujeron: «como río violento, vendrá la ira del Señor con furor», la última parte no se tiene en el hebreo. Pues ni en las promesas de Dios debe ponerse la ira y el furor: siendo que en lo demás que sigue, hay bienaventuranza de cosas futuras, y conminación y pena de los pecadores.

Según Aquila, empero, y Teodoción, el espíritu del Señor que está sellado en Cristo, confirma aquel ejemplo que se lee en Juan el Evangelista: «A este, en efecto, Dios el Padre lo selló» (Jn 6, 27); de quien ya antes se ha dicho: «Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una flor de su raíz ascenderá, y reposará sobre él el Espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y lo llenó el espíritu del temor del Señor» (Is 11, 1-3). De donde también nosotros decimos: «Sellada ha sido sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor» (Sal 4, 7). Y en Ezequiel, las frentes de los varones que gimen son marcadas con la impresión de *Tau*, letra hebrea que es la última entre ellos (Ez 9, 4).

Si por el contrario queremos saber cómo el Espíritu Santo es un río violento, releamos los hechos de los Apóstoles, en los cuales está escrito: «Cuando empero estaban congregados a una, se produjo de repente del cielo un sonido como de un espíritu violento, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas como de fuego, y se asentó sobre cada uno de ellos. Y fueron llenos todos del Espíritu Santo» (Hech 2, 1-4).

Sigue: «Y vendrá a Sión el redentor, y a los que se vuelven de la iniquidad en Jacob, dice el Señor». Por lo cual los Setenta tradujeron: «Vendrá de Sión el que libre, y aparte las impiedades de Jacob». Si por tanto vendrá de Sión quien aparte las impiedades de Jacob, entendemos esto: que como hombre nació en Sión, y el Altísimo mismo

la fundó, el cual aparta las maldades de Jacob. Si por el contrario «vendrá a Sión el redentor, y a los que se vuelven de la iniquidad en Jacob, dice el Señor», este es el sentido: vendrá Cristo, el cual redimirá a Sión con su sangre. O según la propiedad hebrea, el que es pariente de Sión, y haya sido engendrado de la estirpe de Israel, pues esto es lo que suena *Goel*, esto es, *anchisteus*.

Y para que no pensemos que toda Sión es redimida y ella librada de sus maldades, la cual fue ensangrentada con la sangre del Señor, significativamente añadió: «a los que se vuelven de la iniquidad», si quisieren hacer penitencia, en los cuales se cumpla la oración del Señor: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). De ellos, por tanto, es la redención en Sión: y es pariente para quienes lo recibieren de Jacob, y a ellos les promete diciendo: «Este es mi pacto con ellos», o «concierto», como todos los demás tradujeron, o «testamento», como pusieron los Setenta.

Cuál sea, empero, el pacto, concierto y testamento, lo muestra el verso siguiente: «Mi espíritu», dice, «que está en ti, y mis palabras que puse en tu boca, no se apartarán de tu boca, ni de la boca de tu simiente, desde ahora y para siempre». Lo cual o se dice a Isaías, como me parece a mí, o al Señor, como la mayoría estima. Así pues, a Isaías el orden se conecta así: Este es el pacto eterno del Evangelio, que mi espíritu que está en ti, y mis palabras que puse en tu boca, por las cuales predices lo por venir, no se aparten de tu boca, ni de la de tus hijos y nietos, y de tu simiente, para

que toda generación por su serie sea demostrada: a saber, que la gracia de los Profetas venga en los Apóstoles, y por medio de aquellos de Israel que han de creer por los Apóstoles.

Y aquello que añade: «Desde ahora y para siempre», concuerda con aquel testimonio: «El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán» (Mt 24, 35). Explicando diligentemente este pasaje, Pablo escribe a los Romanos que no hay distinción de judío y griego, sino que el mismo Señor de todos es rico para con todos los que lo invocan (Rom 10, 12); y que no de tal modo creyeron las gentes que Israel fuera totalmente repelido. «Pues también yo», dice, «soy israelita, de la simiente de Abraham, de la tribu de Benjamín. No rechazó Dios a su pueblo, al cual conoció de antemano» (Rom 11, 1-2).

Y después de un poco, habiendo puesto el ejemplo de Elías, que se quejaba ante el Señor de que se había quedado solo, y oía de él que se había reservado el Señor siete mil varones que no habían doblado sus rodillas ante Baal (1 Rey 19), añadió: «Así pues, también en este tiempo las reliquias han sido salvas según la elección de la gracia. Y si por gracia, ya no por las obras; de lo contrario la gracia ya no es gracia. ¿Qué pues? Lo que buscaba Israel, no lo consiguió; mas la elección sí lo consiguió; los demás, empero, fueron cegados» (Rom 11, 5-7).

«Los cuales, si no permanecieren en la incredulidad, serán injertados. Poderoso es, en efecto, Dios para injertarlos de nuevo» (Rom 11, 23), no contra la naturaleza desde el acebuche, como fue

injertada la multitud de las gentes; sino según la naturaleza en el buen olivo, esto es, en su propio olivo. Y al final puso, para llegar al presente capítulo: «No quiero, en efecto, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis sabios en vosotros mismos: que la ceguera en parte le ha sucedido a Israel, hasta que la plenitud de las gentes haya entrado; y así todo Israel sea salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el que libre, y aparte las impiedades de Jacob; y este es para ellos mi pacto, cuando yo hubiere quitado sus pecados» (Rom 11, 25-27).

Estas cosas por tanto las hemos proseguido más largamente, para que cualquier cosa de las promesas que leemos, y que hemos de decir, sobre Sión y sobre Jerusalén, entendamos que se dicen no generalmente a todos los judíos, sino especialmente a aquellos que en los Apóstoles y por los Apóstoles fueron elegidos de Israel.

Libro D

ECIMOSÉPTIMO.

Cuántos misterios contenga en las Sagradas Escrituras el número decimoséptimo, al cual ha llegado ahora este libro de las Explanaciones sobre Isaías, querría yo, virgen de Cristo Eustoquio, recorrer en un breve discurso. Pero como no puedo decir todas las cosas en todos los lugares, advierto esto sumariamente: que el salmo que se anota con el título de este número es de David, el siervo del Señor, y cantó las palabras del Cántico el día en que el Señor lo libró de mano de todos sus enemigos y de la mano de Saúl, y dijo: «Te amaré, Señor, fortaleza mía», y lo demás. Mas aquel siervo del Señor es aquel a quien el Padre habla en Isaías: «Gran cosa es para ti ser llamado mi siervo» (Is 49, 6). Y en otro lugar: «He aquí mi siervo a quien elegí, y mi amado en quien mi alma se complació» (Is 42, 1).

Este siervo, que se interpreta como «fuerte de mano», en el día en que el Señor lo libró de la mano de Saúl (que en nuestra lengua suena como «buscado» o «infierno») y de todos sus enemigos que clamaron contra él: «Crucifícalo, crucifícalo» (Lc 23, 21), cuando ascendió victorioso al Padre con vestiduras rojizas desde Bosra, entre otras palabras de triunfo habló: «Líbrame

de las contradicciones del pueblo: me constituirás cabeza de las naciones.» El pueblo que no conocí me sirvió: al oír con el oído me obedeció» (Sal 17, 44-45). Y de nuevo sobre el pueblo de los judíos: «Hijos extraños me mintieron: los hijos extraños envejecieron, y cojearon en sus sendas» (ibíd., 46); a los cuales también Elías había dicho: «¿Hasta cuándo cojeáis de ambos pies?» (1 Rey 18, 21).

Finalmente, lo que difícilmente se halla en otros, este salmo se contiene tanto en la historia de Samuel como en la de los Días [Crónicas] (2 Sam 22). El cual, progresando por incrementos desde un número hasta la semana [siete], llega al salmo vigésimo octavo, que también se inscribe a David, en la consumación del tabernáculo, cuando se manda a los Ángeles: «Traed al Señor, hijos de Dios: traed al Señor hijos de carneros». Y todos los misterios del bautismo salvador y de la Iglesia son cantados a coro: «Voz del Señor sobre las aguas: el Dios de la majestad tronó: el Señor sobre las muchas aguas, voz del Señor en la virtud» (Sal 28, 1-4). Y poco después: «Voz del Señor que prepara los ciervos [siervos], y revelará lo espeso, y en su Templo todos dirán gloria» (ibíd., 9).

Y para demostrar la multitud de los creyentes, añadió: «El Señor hizo habitar el diluvio: y se sentará el Señor como rey para siempre» (ibíd., 10). Y de nuevo, añadido el octavo sacramento, hace al salmo trigésimo sexto alfabético [litteratum], cuyo principio es: «No envidies a los malignos, ni tengas celo de los que hacen iniquidad» (Sal 36,

1). Cuya exposición no es de prefacio, sino de un volumen propio.

Y para no repetir ahora muchas cosas, creciendo por aumentos hasta el decimoquinto número, en el cual están los salmos de las gradas, y el vaso de elección [Pablo] permanece junto a Pedro en Jerusalén [quince días], hace el número ciento veinte, que fueron los primeros creyentes en Cristo y con los Apóstoles subieron al cenáculo de la fe (Hech 1): y descendió sobre ellos el Espíritu Santo (Gál 1).

Y después caminando por orden hasta el número decimoséptimo, y poseyendo la dignidad evangélica, mandándolo el Señor por la parte derecha, captura ciento cincuenta y tres peces grandes, y los coloca en la Iglesia (Jn 21). A la cual también ahora habla el profeta Isaías.

(Cap. 60.---Vers. 1 y sigs.) Levántate, ilumínate: porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti. Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra, y la oscuridad a los pueblos: mas sobre ti nacerá el Señor, y su gloria se verá en ti. Y caminarán las gentes en tu luz, y los reyes en el esplendor de tu nacimiento. LXX: Ilumínate, ilumínate, Jerusalén: porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti. He aquí que las tinieblas cubrirán la tierra, y la oscuridad sobre las naciones. Mas sobre ti aparecerá el Señor, y su gloria se verá en ti. Y caminarán las gentes en tu luz, y los reyes en tu esplendor.

Qué nos parecía sobre la restauración de Sión y de Jerusalén, y sobre todas las cosas que le son prometidas por vaticinio profético, lo dijimos

más plenamente al final del libro anterior, donde interpretamos qué significaba aquel versículo: «Vendrá a Sión el redentor, y a los que se vuelven de la iniquidad en Jacob». Ahora debe tocarse brevemente qué sienten muchísimos sobre este pasaje, para que, una vez visto el error, podamos recibir más fácilmente la verdad.

Los judíos y nuestros semijudíos, que esperan de los cielos una Jerusalén de oro y de pedrería, sostienen que estas cosas habrán de ser en el reino de mil años, cuando todas las naciones han de servir a Israel, y los camellos de Madián y de Efa viniendo de Sabá, traerán oro e incienso, y todas las ovejas de Cedar se congregarán, y los carneros de Nabayot vendrán para ser inmolados sobre el altar del Templo que hubiere sido construido.

También que de las islas, y máxime en las naves de Tarsis, vuelan sus hijas como palomas, aportando riquezas de oro y plata: y que se edifican los muros de Jerusalén por extranjeros, a los cuales presidan reyes de las gentes, y que siempre habrán de estar abiertas las puertas de la ciudad, para que de día y de noche se aporten las riquezas de Jerusalén y las víctimas.

Y que todas las cosas que están desiertas han de ser construidas con ciprés, pino y cedro cortados en el Líbano: especialmente el Templo del Señor, en el cual haya alegría sempiterna: de modo que chupe la leche de las naciones, y coma las riquezas de los reyes, y habrá tanta abundancia de todas las cosas que, en lugar de bronce, tengan oro; en lugar de hierro, plata; en lugar de madera, bronce; en lugar de piedras, hierro.

También que sus príncipes disfrutarán de paz eterna, y los obispos presidirán a los pueblos en justicia, y aun que las puertas serán grabadas en relieve [anaglifas]. Y lo que es mayor que esto, en lugar de sol y luna, el mismo Señor brillará con luz eterna: y por un solo hombre tendrá ella mil hombres fortísimos, y por los pequeñuelos, poseerá gentes robustísimas. Esto dicen aquellos que desean placeres terrenos, y buscan la hermosura de las esposas y el número de los hijos, cuyo dios es el vientre, y su gloria en su confusión (Flp 3, 19), de los cuales quien sigue el error, bajo nombre cristiano se confiesa semejante a los judíos.

Otros empero asientan que todas estas cosas fueron prometidas carnalmente a los judíos, si hubieran recibido a aquel que dice en el Evangelio: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8, 12), la cual ilumina a todo hombre que viene al mundo, para que así como las víctimas fueron concedidas al pueblo de Israel, no porque fueran buenas por sí mismas, sino para que no fueran ofrecidas a los demonios: así también a los glotones judíos, y que no buscan otra cosa sino los placeres de los cuerpos, les promete el Señor estas cosas, para que al menos por los deseos carnales y la abundancia de riquezas recibieran al Hijo de Dios, al cual, porque no lo recibieron, las promesas también se hacen nulas.

La luz, en efecto, vino al mundo: y más amaron los judíos las tinieblas. De donde también el Señor, habiendo llorado sobre Jerusalén, añadió: «Si conocieras también tú lo que es para tu paz»

(Lc 19, 42). La cual, porque no la recibió, añadió: «Pero ahora vendrán días sobre ti: y tus enemigos te rodearán con un vallado: y te estrecharán, y te derribarán por tierra con tus hijos» (ibíd., 43-44).

Nosotros empero, según el sentido anterior, creamos que todo se dice a la Iglesia: la cual primero fue congregada del pueblo judío, y la luz que sobre ella había nacido, la transmitió por los Apóstoles a las gentes. A la cual se dice: «Levántate, ilumínate»; para que la que cayó en los incrédulos, se levante en los Fieles: la que cayó en las sinagogas, se levante en las Iglesias: y después de que haya surgido, sea iluminada, para que de ningún modo tengan las tinieblas del error.

«Porque ha venido», dice, «tu luz», la que todos los Profetas prometían, la que continuamente esperabas, «y la gloria del Señor», que antaño estuvo sobre el tabernáculo y su Templo, «ha nacido sobre ti»: de la cual se dijo: «Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios» (Sal 86, 3). «Pues he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra», a los que gustan las cosas terrenas; «y la oscuridad a los pueblos», o como se lee en el hebreo: «a las tribus»: lo cual propiamente se refiere a los judíos, de los cuales en otro salmo está escrito: «Porque allá subieron las tribus, las tribus del Señor, el testimonio de Israel» (Sal 121, 4).

«Mas sobre ti nacerá el Señor», el sol de justicia, «y su gloria se verá en ti»: de la cual está escrito: «Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1, 14). «Y caminarán las gentes en tu luz». Todos

nosotros caminaremos en la luz de los Apóstoles, la cual brilla en el mundo, y las tinieblas no la comprendieron.

«Y los reyes», dice, «en el esplendor de tu nacimiento»: cuando primero naciste en Cristo. Lo cual se cumple tanto espiritual como carnalmente, para que los reyes cuyo corazón está en la mano del Señor, y en quienes no reina el pecado en su cuerpo mortal (Prov 21, 1; Rom 6, 12), caminen en el esplendor de la naciente Iglesia, o en aquel que ha nacido en la Iglesia, y sometan sus cuellos a la fe del verdadero rey Cristo. Lo cual diariamente vemos cumplirse cuando, quitado el error de la idolatría y la rabia de la persecución, los príncipes romanos pasan a la fe y tranquilidad de Cristo.

Hay quienes esperan para un tiempo futuro todas estas cosas que nosotros recordamos como en parte completadas y que han de completarse plenamente desde el primer advenimiento del Salvador hasta la consumación del mundo, cuando, entrando la plenitud de las gentes, todo Israel haya de ser salvo (Rom 11). Cuya sentencia de ningún modo debe reprobarse, con tal que sepamos que estas cosas han de cumplirse espiritualmente, y no carnalmente. Por lo demás, el nombre de Jerusalén y de las gentes, que aquí ponen los Setenta, no se tiene en el hebreo, y debe marcarse con óbelo contra aquellos que asientan que todo lo que se dice, se dice a Jerusalén.

(Vers. 4.) Alza tus ojos en torno y mira: todos estos congregados han venido a ti. Tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas mamarán a tu costado [o:

surgirán a tu costado]. LXX: Alza tus ojos en torno y mira a todos tus hijos congregados. Vinieron todos tus hijos de lejos, y tus hijas serán llevadas sobre los hombros.

Se dice a la Iglesia, la cual primero fue congregada en Sión por los Apóstoles, de los cuales también leemos en los Hechos de los Apóstoles que hubo varones religiosos de todo el orbe de la tierra en Jerusalén, los cuales recibieron la palabra de Dios y oían a otros hablar en las lenguas de sus propias naciones y de las ajenas, o ellos mismos hablaban a los demás (Hech 2).

Y se manda que alcen sus ojos en torno: lo cual también mandó el Señor a los Apóstoles, diciendo: «Alzad vuestros ojos y ved las regiones, porque ya están blancas para la siega» (Jn 4, 35). Pues de Sión, y de ningún modo del monte Sinaí, saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén. Y se manda que con los ojos elevados vea a sus hijos congregados, que vienen de lejos.

A la cual también en otro lugar se dice: «Alégrate mucho, hija de Sión, predica, hija de Jerusalén: he aquí que yo vengo, y habitaré en medio de ti, dice el Señor» (cf. Sof 3, 14-17); y: «Vendrán muchas gentes al Señor, y serán para mí un pueblo, y yo seré para ellos Dios» (Zac 2, 11). Nosotros empero somos los hijos que de lejos venimos al Señor, peregrinos antaño del Testamento de Dios y de sus promesas, no teniendo esperanza y sin Dios en el mundo. ¿Pero qué dice el Apóstol? «Vosotros, que en otro tiempo estabais lejos, ahora habéis sido hechos cercanos» (Ef 2, 13).

Y lo que sigue: «Y tus hijas mamarán a tu costado», significa esto: que las almas lactantes en Cristo, y en el bautismo de los párvulos, de las cuales también habla el apóstol Pedro: «Como niños recién nacidos, desead la leche racional y sin engaño» (1 Pe 2, 2), maman la leche de los apóstoles. A los cuales párvulos y lactantes hablaba también Pablo: «Hijitos míos, por quienes vuelvo a estar de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gál 4, 19). Y en otro lugar: «Como nodriza que fomenta a sus hijos, así deseándoos queríamos comunicaros no solo el Evangelio de Cristo, sino también nuestras almas» (1 Tes 2, 7-8).

Aquillo empero que en lugar de esto se dice en los Setenta: «tus hijas serán llevadas sobre los hombros», debe atenderse más diligentemente. Pues los hijos que son robustos, vienen ellos por sí mismos de lejos, y son congregados a la fe del Señor. Las hijas empero, que son más débiles y por la fragilidad de su sexo aún no han llegado al varón perfecto, son llevadas en hombros de los Apóstoles, para ser conducidas a los senos de Abraham, Isaac y Jacob.

(Vers. 5.) Entonces verás, y afluirás, y se maravillará y se dilatara tu corazón: cuando se convierta a ti la multitud del mar, la fortaleza de las gentes venga a ti. LXX: Entonces verás, y temerás, y te asombrarás de corazón: porque se trasladarán a ti las riquezas del mar, y de las gentes, y de los pueblos.

Cuando hubieres alzado tus ojos, y columbrado a tus hijos e hijas, o venir velozmente por sí

mismos, o ser transportados en hombros de los santos, entonces te gozarás, y a modo de los ríos, serás inundada por aguas súbitas, y se maravillará y asombrará, más aún, se dilatara tu corazón, oyendo al Apóstol: «Nuestra boca está abierta para vosotros, oh Corintios, nuestro corazón está dilatado». Y de nuevo: «Dilataos también vosotros» (2 Cor 6, 11-13); no sea que por la estrechez del pecho no podáis tener como huésped a Cristo, el cual dice en el Evangelio: «Yo y el Padre vendremos, y haremos mansión en él» (Jn 14, 23).

Aquillo empero que se añade en los Setenta, «y temerás», no se tiene en el hebreo. A no ser que tal vez tras la magnitud del gozo sobreviniera el temor, no sea que carezca de tan gran bien. ¿O acaso no es gozo columbrar las riquezas y la multitud del mar trasladarse y convertirse a sí, y la fortaleza de las gentes venir a sí, para que cualquier cosa que hay en el siglo y en el orbe de la tierra sea suya; y robustecida la fe de las gentes diga: «Todo lo puedo en aquel que me conforta, Jesucristo» (Flp 4, 13)?

(Vers. 6, 7.) «Una inundación de camellos te cubrirá, los dromedarios de Madián y de Efa. Todos vendrán de Sabá, trayendo oro e incienso, y anunciando la alabanza al Señor. Todo el ganado de Cedar se congregará para ti: los carneros de Nabayot te ministrarán: serán ofrecidos sobre mi altar aceptable, y glorificaré la casa de mi majestad». LXX: «Y vendrán a ti rebaños de camellos, y te cubrirán los camellos de Madián y de Gephar [Al. Efa]: todos vendrán de Sabá, trayendo oro e incienso, y anunciarán la salvación del Señor.

Todas las ovejas de Cedar se congregarán para ti, vendrán los carneros de Nabayot, y serán ofrecidos aceptablemente sobre mi altar: y la casa de mi oración será glorificada».

Tras las riquezas del mar y la fortaleza de las gentes, también se prometen a Jerusalén rebaños de camellos y dromedarios de Madián y de Efa, los cuales vendrán todos de Sabá, portando oro e incienso: y lo que es mayor que esto, anunciando la salvación del Señor. También todas las ovejas de Cedar se congregarán para la Iglesia, y vendrán los carneros de Nabayot, o como está escrito en el hebreo, «te ministrarán», y serán ofrecidos, o «bien ofrecerán víctimas» sobre el altar del Señor, para que su casa se haga ínclita. Madián y Efa son regiones al otro lado de Arabia, fértiles en camellos, y toda la provincia se llama Sabá, de donde fue también la reina de Sabá, que vino a oír la sabiduría de Salomón: y ella misma trayendo oro e incienso, transportando muchas cosas para el rey pacífico, y recibiendo de él cosas mayores (1 Re 10). Cedar empero es región de los sarracenos, que en la Escritura son llamados ismaelitas. Y Nabayot es uno de los hijos de Ismael, de cuyos nombres se denomina la soledad que, escasa de frutos, está llena de ganados. Por tanto, a través de los nombres familiares de las gentes bárbaras que son vecinas a Israel, se predica la conversión de todo el mundo.

Pues «Madián» en este lugar se interpreta como «iniquidad». «Efa», «disuelto» o «efundiendo». «Sabá», «conversión» o «cautividad». «Cedar», «tinieblas». «Nabayot», «profecías». Por

tanto, los rebaños de camellos, disueltos de los vínculos de la iniquidad y efundiendo sus almas a Dios, cubrirán a Jerusalén con dones, y todos vendrán de la cautividad, y en su conversión, trayendo el oro de la fe y el incienso del sacrificio. Y por estos dones, de ningún modo contentos con su propia salvación, progresarán de tal modo que también prediquen a los demás la salvación de Dios. Aquel rico que en el Evangelio llevaba los pesos de las riquezas a modo de camello, y era un camello, no quiso oír los consejos del Señor, ni aliviarse de la carga para que, arrojado el fardo, volara al cielo con las alas de la paloma; por eso se fue triste. Y sobre un camello de esta clase habla el Salvador: «Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en los reinos de los cielos» (Mt 19, 24). Propuso la dificultad de la cosa, no la imposibilidad. Finalmente, tu madre Paula de santa memoria, y tu hermano Pamaquio, pasaron por el ojo de la aguja, esto es, por la vía estrecha y angosta que conduce a la vida, hacia los reinos de los cielos, dejando la vía ancha con sus fardos, que conduce al tártaro. Más aún, cuanto tenían lo llevaron a los dones del Señor, cumpliendo aquello que está escrito: «La redención del alma del varón son sus propias riquezas» (Prov 13, 8). Pues «lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios» (Mt 19). Teniendo en sus dones las cosas principales, el oro en el sentido e incienso de óptimo olor, y diciendo: «Diríjase mi oración como incienso en tu presencia» (Sal 140, 2). Y: «Buen olor de Cristo somos en todo lugar» (2 Cor 2, 15); por el ejemplo

de su virtud, diariamente anuncian la salvación del Señor, para que todas las ovejas de Cedar se congreguen en la Iglesia, y pasen de las tinieblas del error a la luz. Y los carneros de los Profetas, de los cuales se canta en el salmo veintiocho: «Traed al Señor, hijos de Dios, traed al Señor hijos de carneros», vengan y sean ofrecidos, o según Teodoción, «ofrézcanse a sí mismos» como sacrificio al Señor, y se conviertan en hostias aplacables, para que sea glorificada la Iglesia de Cristo. De esta clase de ovejas hablaba el Salvador a sus discípulos: «Id a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt 10, 6). Y de nuevo: «Mis ovejas oyen mi voz» (Jn 10, 27). Y en Ezequiel más plenamente: «He aquí que yo mismo buscaré a mis ovejas y las visitaré, como el pastor busca a su rebaño. Esto dice el Señor: buscaré a la perdida, y haré volver a la errante, y vendaré a la fracturada, y confortaré a la enferma, y custodiaré a la fuerte, y las apacentaré con juicio» (Ez 34, 11.12.16). Y para que supiéramos cuáles eran las ovejas, pone más manifiestamente: «Y sabrán que yo soy el Señor Dios de ellos, y ellos el pueblo mío, la casa de Israel, dice el Señor Dios: y vosotras ovejas mías, ovejas de mi rebaño sois todas, y yo el Señor vuestro Dios» (ibíd. 34, 30.31).

Si alguien, pues, en las gentes es rico, sálvese como camello, no sin dones y presentes, por los cuales pueda predicar la palabra del Señor. Si alguien es de la simplicidad de las ovejas y de la autoridad de los carneros, ascienda o sea ofrecido en el altar del Señor por aquellos que prevalecen, para que su casa sea glorificada. Lo que empero

notamos como escrito en el hebreo: «Los carneros de Nabayot te ministrarán, y ofrecerán sobre mi altar aceptable», se entiende propiamente sobre aquellos que, elegidos de entre las gentes para el sacerdocio, son ministros del Salvador. Mas si alguien es contencioso, y contiende carnalmente por estas promesas, respondámosle: «Nosotros no tenemos tal costumbre, ni la Iglesia de Dios» (1 Cor 11, 16). Y digamos aquello de que, aun si fueron prometidas carnalmente a los judíos, sin embargo fueron prometidas bajo condición, para que si hubieran recibido su luz, que les había sido enviada, entonces también seguirían estas cosas; a saber, que por el deseo del oro y la abundancia de riquezas y de las cosas carnales, por cuyos atractivos siempre era captada esta nación, recibieran para sí al Hijo de Dios enviado, al cual, porque no lo recibieron, todas las cosas les fueron quitadas, y la heredad fue devuelta a quienes la reciben espiritualmente.

(Vers. 8, 9.) «¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas? Porque las islas me esperan, y las naves del mar en el principio, para que traiga a tus hijos de lejos: su plata y su oro con ellos, al nombre del Señor tu Dios, y al Santo de Israel, porque él te ha glorificado». LXX: «¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas con sus polluelos hacia mí? Las islas me han esperado, y las naves de Tarsis entre las primeras, para que traigan a tus hijos de lejos, y su plata y su oro con ellos, por el santo nombre del Señor: y porque el Santo de Israel ha sido glorificado».

Puesto que el Señor entró en Egipto sobre una nube ligera, y mandó a las nubes de los Profetas que no llovieran lluvia sobre Israel, a quien ha llegado la verdad de Dios, la Iglesia congregada primero del pueblo de la Circuncisión se maravilla de que una multitud de gentes de todo el orbe de la tierra vuele hacia ella. Y habiendo tomado las alas del Espíritu Santo, se apresuran, según Símaco y Teodoción, a sus «ventanas»; según Aquila a sus «cataratas», para entrar en la Iglesia. O bien que los doctores con sus discípulos, esto es, las palomas con sus polluelos, vuelan a la Iglesia desde las islas de las gentes, las cuales según los vaticinios de los Profetas esperarán al Señor. También las naves de TARSIS, esto es, del mar, de las cuales hemos hablado más plenamente en la visión de Tiro, traerán a los hijos de la Iglesia en el principio de la fe, portando oro y plata. Pues «con el corazón se cree para la justicia; pero con la boca se hace confesión para la salvación» (Rom 10, 10). Sobre ese oro y plata está escrito en el salmo sesenta y siete: «Las alas de la paloma plateadas, y sus partes posteriores en el fulgor del oro» (Sal 67, 14). Y en el salmo setenta y uno: «Los reyes de Tarsis y las islas ofrecerán presentes, y los reyes de los árabes y de Sabá traerán dones» (Sal 71, 10). Todas estas cosas se llevan al nombre del Señor Dios y al Santo de Israel, que lo ha glorificado.

(Vers. 10 ss.) «Y los hijos de los extranjeros edificarán tus muros, y sus reyes te ministrarán. Pues en mi indignación te herí, y en mi reconciliación he tenido misericordia de ti: y tus puertas se abrirán continuamente, no se cerrarán de día

ni de noche, para que se traiga a ti la fortaleza de las gentes, y sus reyes sean traídos. Pues la gente y el reino que no te sirvieren, perecerán: y las gentes serán vastadas por la soledad». LXX: «Y los alienígenas edificarán tus muros, y sus reyes te asistirán. Pues por mi ira te herí, y por misericordia te amé. Y tus puertas se abrirán siempre: de día y de noche no se cerrarán, para que introduzcan a ti la fortaleza de las gentes, y a sus reyes que han de ser traídos. Pues las gentes y los reyes que no te sirvieren, perecerán: las gentes serán desoladas por la soledad».

Entre otras cosas con las cuales la Iglesia es enriquecida y la ciudad del Salvador es construida, también los alienígenas y los hijos de los extranjeros edifican sus muros, para que no pueda entrar el enemigo, ni la perfidia encuentre lugar. Los alienígenas empero y extranjeros significan propiamente el pueblo de las naciones, que verdaderamente edificaron la Iglesia de Cristo: hasta tal punto que sus reyes y príncipes le ministran, o le asisten. Lo cual se entiende o carnalmente, o espiritualmente. Si carnalmente, vemos a los Césares romanos someter sus cuellos al yugo de Cristo, y edificar iglesias a expensas públicas, y promulgar los edictos de las leyes contra las persecuciones de las gentes y las insidias de los heréticos. Si espiritualmente, cualesquiera que en ellos son príncipes en continencia, elocuencia y santidad, y subyugan la servidumbre de la carne al imperio del alma, ellos mismos la administran y la asisten, o le auxilian, a la cual a menudo desampara por negligencia, o la hiere con la vara de

los perseguidores, para que de nuevo la ame por su misericordia. O ciertamente debe decirse esto: que a la que una vez fue afligida y entregada a la cautividad en el pueblo de los judíos, en la vocación de las gentes la reconcilie consigo, de modo que sus puertas estén siempre abiertas, y ni de día ni de noche se cierren, y estén continuamente patentes para quienes desean ser salvos—esto es, para que a quienes quieren creer en el gozo y en la tribulación, no se les niegue la entrada. Y se traiga a ella la fortaleza, o las riquezas de las gentes; y sus reyes le ministren, o sean traídos a ella como cautivos. Lo cual entenderás entonces, cuando vieres a los más elocuentes ser traídos a la fe de Cristo; y que se haga necia la sabiduría de los sabios, y la prudencia de los prudentes sea reprobada (1 Cor 1), para que lo necio de Dios sea más sabio que los hombres. La gente empero y los reyes de ellas, que no quisieren servir a la Iglesia con servidumbre buena y útil, para que se trasladen a la dignidad Apostólica, perecerán con aquella perdición que está preparada para los impíos, y todo lo que hubiere en ellos será reducido a soledad, los cuales no quisieron tener a Dios como huésped.

(Vers. 13, 14.) «La gloria del Líbano vendrá a ti, el abeto y el boj y el pino juntamente para adornar el lugar de mi santificación; y glorificaré el lugar de mis pies. Y vendrán a ti encorvados los hijos de los que te humillaron, y adorarán las huellas de tus pies todos los que te vituperaban, y te llamarán ciudad del Señor, Sión del Santo de Israel». LXX: «La gloria del Líbano vendrá a ti en

el ciprés y el pino y el cedro juntamente para que se glorifique mi lugar santo, + y glorificaré el lugar de mis pies. * E irán a ti temerosos los hijos de los que te humillaron, ÷ y te irritaron * y adorarán las huellas de tus pies todos los que te irritaron; y serás llamada ciudad del Señor, Sión del Santo de Israel».

Muchas cosas faltan en los Setenta, las cuales puse del hebreo bajo asteriscos, y lo que añadieron lo marqué con óbelo. El Líbano es un monte de Fenicia, sembrado de excelsos árboles, a los cuales el Salmista describiendo dice: «Vi al impío superexaltado y elevado como los cedros del Líbano» (Sal 36, 35). Y en otro lugar: «Quebrantará el Señor los cedros del Líbano» (Sal 28, 5). Y muchas otras cosas que paso por alto en favor de la brevedad. De este una vez Hiram, rey de Tiro, enviaba maderas a Salomón en Jope para la edificación del Templo de Dios (1 Re 5). De lo cual también ahora la Escritura promete que el abeto y el boj y el pino, o según los Setenta, el ciprés y el pino y el cedro, o según Aquila, el abeto, thaadaor y thaassur; o según Teodoción, Brais, Thadaar y Theassur, han de ser talados juntamente para que se edifique el templo de Sión (2 Crón 2). Pues si es así, ¿dónde estará la Jerusalén de oro y de gemas? ¿dónde la esposa del Cordero? ¿dónde las doce puertas distinguidas por la variedad de las gemas? A no ser que tal vez tenga muros y fundamentos de gemas, y el Templo, que debería ser más ornado, se edifique con maderas. Por cuya razón nos vemos compelidos a tomar todo espiritualmente: que el abeto, el ciprés, el pino y

el cedro, excelsos árboles un tiempo del Líbano, hayan glorificado el Templo de Dios y el lugar de sus pies, y lo hayan hecho ínclito. Y para no alargar el sentido con un largo discurso, ¿no te parece que el varón santo y eloquentísimo mártir Cipriano, y el confesor de nuestro tiempo Hilario, árboles excelsos antaño en el siglo, edificaron la Iglesia de Dios? Y lo que sigue: «Y vendrán a ti encorvados», o «volviendo», «los hijos de los que te humillaron: y adorarán las huellas de tus pies todos los que te habían vituperado», debemos entenderlo sobre aquellos que no por voluntad, sino por necesidad son cristianos: y por el temor de la ofensa de los gobernantes, se inclinan con ánimos temerosos. O ciertamente que los que antes fueron perseguidores, después creyeron. Tal cual fue también el apóstol Pablo, que perseguía a la Iglesia de Dios y después fue llamado vaso de elección (Hech 9). Cuando estas cosas se hayan cumplido así, para que entre la plenitud de las naciones, entonces todo Israel será salvo. Y se llamará verdaderamente ciudad del Señor Sión del Santo de Israel, la cual consiste en una atalaya y está congregada de ambos pueblos.

(Vers. 15, 16.) «Por cuanto fuiste abandonada y odiada, y no había quien pasara por ti, te pondré en soberbia de los siglos, gozo en generación y generación: y mamarás la leche de las gentes, y serás lactada por el pecho de los reyes. Y sabrás que yo soy el Señor que te salva, y tu redentor el fuerte de Jacob». LXX: «Por cuanto fuiste abandonada y odiada, y no había quien ayudara: te pondré en exultación eterna, gozo de generaciones en

generaciones. Y mamarás la leche de las gentes, y comerás las riquezas de los reyes. Y sabrás que yo soy el Señor que te ha salvado, y el que te ha librado, Dios de Jacob».

La que primero había sido abandonada y odiada, rotas en ti las ramas porque no habían dado fruto: las cuales fueron rotas por esto, porque no había nadie que pasara y prestara allí auxilio: de los cuales se dice en los salmos: «Y no dijeron los que pasaban: La bendición del Señor sea sobre vosotros» (Sal 128, 8); por eso te pondré en soberbia sempiterna, o en exultación y gozo de dos generaciones: en lugar de las ramas antiguas, habiéndose injertado otras del acebuche de las naciones, las cuales contra naturaleza darán frutos del ejemplo, no de la amargura anterior, sino de la dulzura que tomaron de la raíz. Mamarás también la leche de las gentes, y serás lactada por el pecho de los reyes. Qué sentido tenga este lugar, lo hemos expuesto arriba más plenamente, tratando aquel versículo: «Tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas mamarán a tu costado». O según los Setenta: «Comerás las riquezas de los reyes». Las cuales riquezas, según la verdad hebraica, son los pechos de los reyes y de los doctores, con los cuales se instruye y nutre la infancia de los que nacen en Cristo. Cuando hubieres mamado estas cosas y llegado al alimento sólido, para que también comas riquezas de esta clase de los reyes, entonces sabrás que yo soy tu Salvador, que te redimí con mi sangre, o el Dios fuerte de Jacob.

(Vers. 17 y ss.) «En vez de bronce traeré oro, y en vez de hierro traeré plata, y por madera bron-

ce, y por piedras hierro: y pondré tu visitación en paz, y tus prefectos en justicia». No se oirá más la iniquidad en tu tierra, ni la vastación y el quebranto en tus términos, y la salud ocupará tus muros, y la alabanza tus puertas». LXX: «En vez de bronce te traeré oro, y en vez de hierro te daré plata, y por madera te otorgaré bronce, y por piedras hierro. Y daré tus príncipes en paz, y tus obispos en justicia, y no se oirá más la iniquidad en tu tierra, ni el quebranto y la miseria en tus confines: sino que tus muros se llamarán salvación, y tus puertas escultura». Una misma cosa, según la calidad de los lugares, es género para uno y especie para otro. Y para no parecer que digo algo sobre las artes, la retórica y la dialéctica, pondré ejemplos comunes que puedan instruir al lector sencillo. Mi hijo, que para mí es especie y me tiene a mí por género, es género para su propio hijo. Diré otra cosa, que para uno es mayor y para otro es menor. Un centurión es mayor que un soldado raso, pero menor que un tribuno. Cinco son pocos respecto a diez; son más respecto a uno. Por tanto, en la instauración de la Jerusalén espiritual, las maderas se convertirán en bronce y las piedras se cambiarán en hierro; es decir, los hombres que antes eran brutos e insensibles se transformarán en aquellas materias que presten alguna utilidad a la ciudad. Y el bronce y el hierro mismos, por el aumento de las virtudes, se convertirán en oro y plata: para que de ningún modo tengan solo apariencia de utilidad, sino también valor y decoro. Sobre el oro y la plata, qué signifiquen en las Sagradas Escrituras, lo hemos dicho

con frecuencia. «Pondré —dice— a tus príncipes en paz, y a tus obispos en justicia». En lugar de lo cual en el hebreo está escrito: «Pondré tu visitación en paz, y a tus prefectos en justicia». En lo cual resplandece la admirable majestad de la Sagrada Escritura, que a los futuros príncipes de la Iglesia los llamó «obispos», cuya visitación toda es en paz, y el nombre de su dignidad en justicia: para que de ningún modo acepten personas en el juicio, ni se oiga nada inicuo en la tierra de la Iglesia, ni quebranto e infelicidad en sus confines. Pues dondequiera que hay iniquidad, y no se guarda la justicia, y se pierde la paz, todas estas cosas se seguirán. Pero en lugar de todas estas —dice—, «la salud ocupará tus muros», o el salvador, que en hebreo se lee JESÚS, que propiamente suena como el nombre del Señor. Pues Él mismo es la fortaleza de los muros de la Iglesia, que tiene puertas en la alabanza del Señor: para que los que entren en ella aprendan primero a alabar al Señor y a confesar su nombre. En cuanto a lo que los Setenta interpretaron por alabanza como *glumma*, es decir, «escultura», podemos decir esto: que las puertas de la Iglesia deben estar grabadas con todas las virtudes, por las cuales entramos en ella.

(Vers. 19, 20.) «No tendrás más al sol para alumbrarte de día, ni el resplandor de la luna te iluminará; sino que será para ti el Señor luz sempiterna, y tu Dios será tu gloria». «No se pondrá más tu sol, y tu luna no menguará, porque el Señor será para ti luz sempiterna, y se cumplirán los días de tu luto». LXX: «Y no tendrás al sol más

para luz del día, ni el orto de la luna te prestará lumbre de noche; sino que será para ti el Señor luz eterna, y Dios tu gloria». «Pues no se pondrá el sol para ti, y la luna no te faltará». «Y será el Señor luz sempiterna, y se cumplirán los días de tu luto». Por este capítulo nos vemos obligados a referir todas las cosas que se han dicho y se han de decir al tiempo último: cuando, al pasar el cielo y la tierra, cesará el oficio del sol y de la luna. Y el Señor mismo será la luz perpetua, de modo que aquello que los milenaristas (*chiliastai*) afirman que ha de cumplirse carnalmente, nosotros creamos que ha de ser espiritual en el futuro, discrepando en la calidad de las promesas, no en el tiempo. A los cuales debe responderse brevemente que, si para los pseudoprofetas y pecadores el sol se pone al mediodía, y por el contrario para los que temen al Señor nace el sol de justicia: ¿por qué no ha de estar siempre para los santos Aquel que dice: «Yo soy la luz del mundo» (Juan 8, 12), que luce en las tinieblas y las tinieblas no lo comprendieron (Juan 1)? Pues de día el sol no nos quemará, ni la luna de noche (Salm. 120, 6). Porque tenemos al Señor como luz perpetua, y se cumplirán los días de nuestro luto, de ningún modo para los que gimen en la subversión de Jerusalén, sino para los que se alegran por la instrucción de la Iglesia. Pues bienaventurados los que lugen, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mat. 5). Para que, después de haber sido saciados con la carne del Señor,

broten la palabra del Señor y digan sus obras al Rey (Salm. 44).

(Vers. 21, 22.) «Pero tu pueblo, todos justos, heredarán la tierra para siempre, renuevo de mi plantación, obra de mi mano para glorificar». «El mínimo será entre mil, y el pequeño entre una nación fortísima». «Yo, el Señor, haré esto súbitamente a su tiempo». LXX: «Tu pueblo, todos justos, poseerán la tierra para siempre: guardando la plantación, las obras de sus manos para gloria». «El que es pequeño será entre miles, y el que es mínimo, entre una nación grande». «Yo, el Señor, los congregaré a su tiempo». Terminados y cumplidos los días del luto, cuando la tristeza se convierta en gozo, el pueblo de Sión será todo justo, no por breve tiempo, sino para siempre; y porque es justo, poseerá la tierra de los mansos. Y no hay que maravillarse si, para recibir los bienes de la promesa, posee la tierra de los mansos y de los vivientes, por la cual suspira el Profeta diciendo: «Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes» (Salm. 26, 13), siendo renuevo de la plantación del Señor y obra de sus manos para glorificar a Dios. Pues toda plantación —dice— que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada (Mat. 15). O según los Setenta, el pueblo que guarda la plantación de Dios y las obras de las manos del Señor, será conservado en la gloria del Creador. Sobre la buena plantación habla Dios por medio de Jeremías: «Yo te planté como viña buena, toda verdadera», la cual en Isaías se llama «viña de Sorec» (Is. 5). Y porque Pablo, por la conciencia de las virtudes de Cristo que hablaba

en él, podía decir: «Sed imitadores míos, como también yo lo soy de Cristo» (1 Cor. 11, 1), por eso decía a los corintios: «Yo planté, Apolo regó, pero el Señor dio el crecimiento» (1 Cor. 3, 6). Pues los plantados en la casa del Señor florecerán en sus atrios (Salm. 91). Entonces el que fue pequeño será entre miles, oyendo del Señor: «Ten potestad sobre cinco» o «diez ciudades» (Luc. 19, 17. 19); de modo que sea llamado *chiliarches* (jefe de mil). Y el que con el Apóstol había dicho: «A mí, el mínimo de todos los santos, me ha sido dada esta gracia» (Ef. 3, 8), será príncipe de una gran nación en los cielos, cuando al tiempo señalado envíe el Señor a sus ángeles y congreguen para Él a todos los santos, desde lo más alto del cielo hasta su cumbre (Mat. 24): no solo de Israel, sino también del pueblo de las naciones, al cual significaba cuando decía: «Y tengo otras ovejas que no son de este redil, y a aquellas me conviene congregarlas, para que se haga un solo rebaño y un solo pastor» (Juan 10, 16). Esto lo hará súbitamente, para que cuando todo se haya dado por desesperado, entonces sean congregados en una nación fortísima. Estas cosas, aunque vemos que se cumplen diariamente en parte en la Iglesia, sin embargo se completarán más plenamente en la consumación del mundo y en el segundo advenimiento del Salvador.

(Cap. LXI.---Vers. 1 y ss.) «El Espíritu del Señor Dios [la Vulgata omite 'Dios'] sobre mí, por cuanto me ungió el Señor: me envió a anunciar a los mansos, a sanar a los contritos de corazón, y a predicar a los cautivos la indulgencia, y a los

encerrados la apertura: y a anunciar el año aplacable al Señor, y el día de la venganza a nuestro Dios: para consolar a todos los que lugen». «Para disponer a los que lugen en Sión: y darles corona por ceniza: óleo de gozo por luto, manto de alabanza por espíritu de tristeza». LXX: «El Espíritu del Señor sobre mí, por lo cual me ungió: me envió a evangelizar a los pobres, a sanar a los contritos de corazón: a predicar a los cautivos la remisión y a los ciegos que vean: a llamar el año aceptable al Señor, y el día de la retribución: a consolar a todos los que lugen: a dar a los que lugen en Sión: darles gloria por ceniza, unción de alegría a los que lugen, hábito de gloria por espíritu de tristeza». Aquel que arriba había dicho: «Yo el Señor los congregaré a su tiempo», o según el hebreo: «Yo el Señor a su tiempo, súbitamente haré esto», habla consecuentemente: «El Espíritu del Señor Dios sobre mí»: no porque el Señor Dios tenga un Señor Dios, sino porque según la economía (*dispensatio*) de la carne asumida dice aquellas cosas que son humildes. Al cual el Salmista ya había dicho: «Amaste la justicia y odiaste la iniquidad; por eso te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de exultación sobre tus compañeros» (Salm. 44, 8). Pues cuando se mencionan compañeros, entiende la naturaleza de la carne: porque Dios no tiene compañeros de su sustancia. Y porque era una unción espiritual, y de ningún modo de un cuerpo humano, como fue en los sacerdotes de los judíos; por eso se recuerda que fue ungido sobre sus compañeros, es decir, los demás santos. Cuya unción se cumplió en aquel tiempo cuando

fue bautizado en el Jordán, y el Espíritu Santo descendió en especie de paloma sobre Él, y permaneció en Él (Juan 1). De lo cual también aquí el mismo Profeta decía: «Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una flor de su raíz subirá, y reposará sobre él el espíritu de Dios, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad» (Isa. 11, 1. 2). De donde también el Salvador, cuando hubo venido a Nazaret, en la cual se había criado después de ser bautizado en el Jordán, entró según la costumbre en la sinagoga de ellos el día de sábado. Y cuando se hubo levantado para leer, le fue dado el libro del profeta Isaías, el cual abierto, encontró escrito: «El Espíritu del Señor sobre mí, por lo cual me ungió: me envió a evangelizar a los pobres: a predicar a los cautivos la remisión, y a los ciegos la vista: a dejar a los quebrantados en libertad, a predicar el año del Señor acepto». Cuando devolvió el libro enrollado al ministro y se sentó; y los ojos de todos los que estaban en la sinagoga lo miraban, comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos, y todos daban testimonio de Él, y se maravillaban sobre las palabras de gracia que salían de su boca». Si pues en aquel tiempo se cumplió la profecía, ¿cómo algunos refieren a los tiempos de la consumación lo que se dice: a no ser que tal vez podamos decir esto, que entonces se cumplió en parte, para ser cumplido más plenamente cuando todo el pueblo de Dios sea justo? Pues ahora conocemos en parte y en parte profetizamos: pero cuando venga lo que es perfecto, se destruirán

las cosas que son en parte (1 Cor. 13). Fue pues ungido con el Espíritu Santo para que anunciara a los pobres o a los mansos, diciéndoles en el Evangelio: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mat. 5, 3). Y: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra» (Ibíd. 4). Y fue enviado a sanar a aquellos que están contritos de corazón (Luc. 4), y dicen: «El corazón contrito y humillado Dios no lo desprecia» (Salm. 50, 19). O según Símaco y Teodoción, para vendar las heridas de los pecadores, predicar a los cautivos la remisión, a los ciegos que vean, o a los encerrados la apertura, lo que más manifiestamente interpretó Símaco: «la soltura a los atados». De lo cual, o más bien a quien arriba se dice: «He aquí que te he puesto como luz de las naciones, para abrir los ojos de los ciegos, para sacar de los vínculos a los atados, y de la casa de la cárcel a los que se sientan en tinieblas» (Isa. 42, 6. 7). Pero entiende por año aceptable y día de retribución todo el tiempo de su predicación en el cual estuvo en la carne. Lo cual también el apóstol Pablo interpreta como en el primer advenimiento del Salvador, diciendo: «He aquí ahora el tiempo aceptable: he aquí ahora el día de la salud» (2 Cor. 6, 2). Sobre lo cual hemos dicho más plenamente arriba (Ad cap. 60). Pero si la retribución se acepta no en los méritos de los buenos, sino en las penas de los pecadores, según lo cual se llama día de la venganza, debe entenderse del pueblo judaico, sobre el cual, después de su pasión, llegó inmediatamente la ira de Dios. Y consoló a todos los que lugen, diciendo: «Bien-

aventurados los que lugen, porque ellos serán consolados» (Mat. 5, 5); para que dispusiera a los que lugen en Sión y les diera gloria y corona por ceniza. De entre los cuales fue también el apóstol Pablo, que lugía por Sión y decía: «Pues tengo gran tristeza y dolor continuo» (Rom. 9, 2): Y de nuevo: «Deseaba yo ser anatema de Cristo por mis hermanos y mis parientes según la carne que son israelitas» (Ibíd., 3). Y por eso, lugiendo y plangiendo, recibieron el óleo de gozo por ceniza, viendo que muchísimos de los judíos habían creído y recibían una estola limpísima por la vestidura lúgubre.

(Vers. 3-5.) «Y serán llamados en ella fuertes de la justicia, plantación del Señor para glorificar». «Y edificarán los desiertos desde el siglo, y erigirán las ruinas antiguas, e instaurarán las ciudades desiertas y disipadas por generación y generación». «Y estarán los extraños y apacentarán vuestras ovejas: y los hijos de los extranjeros serán vuestros agricultores y viñadores». LXX: «Y serán llamados generaciones de la justicia: plantación del Señor para gloria». «Y edificarán los desiertos sempiternos, que habían sido desolados antes, serán suscitados, e innovarán las ciudades desiertas, desoladas por generaciones, y vendrán los ajenos y apacentarán tus ovejas, y los aradores y viñadores de otras naciones». Después de que tanto los Apóstoles como los varones apostólicos hayan recibido, por la ceniza y el espíritu de tristeza, el óleo de gozo y el manto, o según los Setenta, la estola de gloria y de alabanza: entonces serán llamados generaciones

de justicia, plantación gloriosa del Señor: o según el hebreo *ELE* (), con ambas sílabas alargadas, los «fuertes» y «dioses de la justicia», o «como plantación del Señor para glorificar»: para que cuando hayan sido glorificados, o ellos mismos hayan glorificado al Señor, edifiquen las ciudades desiertas desde el siglo y susciten las ruinas antiguas, tanto del pueblo de los judíos como de todas las naciones, los cuales no solo tendrán la ciencia de edificar e instaurar ciudades, sino que también serán óptimos pastores, para que, rechazados los antiguos pastores a quienes por Ezequiel había dicho Dios: «¡Oh pastores de Israel!, ¿acaso los pastores se apacientan a sí mismos y no más bien a las ovejas?» (Ezeq. 34, 2), oigan con el apóstol Pedro: «Apacienta mis ovejas» (Juan 21, 17). Y de modo admirable, de canteros y pastores pasarán a ser agricultores, es decir, aradores y viñadores, para que puedan decir con el Apóstol: «Edificación de Dios, agricultura de Dios somos» (1 Cor. 3, 9). Finalmente, el Salvador pregunta a los escribas y fariseos, viñadores y agricultores de los judíos, ¿qué hará con los malos viñadores y agricultores? Y respondiendo ellos: «A los malos malamente los perderá, y dará la viña a otros agricultores» (Mat. 21, 41); añadió: «Se os quitará a vosotros el reino de Dios, y se dará a una nación que haga sus frutos» (Ibíd., 43). Lo cual no necesita interpretación. ¿Pues cuántos príncipes de las Iglesias hay que sean de los judíos y no de los extranjeros y de los hombres de naciones externas? Quienes, antes sirviendo a los ídolos, y ajenos al testamento de Dios, y extranjeros a sus

promesas, no teniendo esperanza y sin Dios en el mundo, ahora presiden las Iglesias y doman los corazones duros de los gentiles, antes indómitos, para que den frutos mediante el arado de la fe; de modo que multipliquen la simiente de la doctrina del Señor con la abundancia de buenas obras.

(Vers. 6, 7.) «Pero vosotros seréis llamados sacerdotes del Señor, ministros de nuestro Dios, se os dirá: Comeréis la fortaleza de las naciones, en su gloria os enorgulleceréis». «Por vuestra doble confusión y vergüenza alabarán su parte: por esto en su tierra poseerán doble, tendrán alegría sempiterna, porque yo soy el Señor que amo el juicio y odio la rapiña en el holocausto». LXX: «Pero vosotros seréis llamados sacerdotes del Señor, ministros de nuestro Dios». «Comeréis la fortaleza de las naciones, y en sus riquezas seréis admirables». «Así poseerán la tierra por segunda vez, y el gozo sempiterno estará sobre su cabeza». «Pues yo soy el Señor, que amo la justicia: y odio las rapiñas de la iniquidad». Los edificadores de las ciudades desiertas y los pastores de los rebaños, que son ellos mismos los aradores y viñadores, esto es, los hijos de los extranjeros, ellos mismos son también los sacerdotes de Dios, a quienes el Profeta ahora dice: «Pero vosotros seréis llamados sacerdotes del Señor, y ministros de nuestro Dios, se os dirá»: no hay duda de que significa a los príncipes de las Iglesias. O ciertamente debe entenderse de los Apóstoles, para que el orden sea: cuando los canteros, pastores, aradores y viñadores de las naciones hayan sido puestos al frente de las Iglesias, vosotros de

quienes se ha dicho: «Las reliquias se salvarán» (Rom. 9, 27). Y: «Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado semilla, habríamos sido como Sodoma y semejantes a Gomorra» (Is. 4, 9), seréis llamados sacerdotes y ministros de Dios cuales eran también los hijos de David. De los cuales dice la Escritura: «Pero los hijos de David eran sacerdotes de Dios» (2 Sam. 8, 18). Estos comerán la fortaleza de las naciones y en sus riquezas serán admirables. Pues la corona de los padres es la gloria de los hijos, y el provecho del pueblo es el banquete de los sacerdotes (Prov. 17). Sobre riquezas de esta clase escribía Pablo a los corintios: «Doy gracias a mi Dios por Jesucristo, porque en todas las cosas habéis sido enriquecidos en Él, en toda palabra y en toda ciencia, así como el testimonio de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de modo que en nada os falte ninguna gracia» (1 Cor. 1, 4 y ss.). Pero la fortaleza de las naciones es el triunfo de los mártires: y nosotros en su gloria somos orgullosos, no con aquella soberbia que es vicio, a la cual Dios resiste para dar gracia a los humildes, sino con aquella que se acepta por potencia y gloria (Sant. 4). De donde también Moisés tenía el rostro cornuto (Éx. 34), el cual podía decir: «En ti aventaremos a nuestros enemigos con el cuerno» (Salm. 43, 6). Y en lugar de la soberbia de la gloria, Aquila interpretó: «y en su gloria os vestiréis de púrpura», esto es, de púrpura seréis vestidos, para mostrar la insignia del decoro regio. Y lo que sigue: «Por la doble confusión y por la vergüenza alabarán su parte», que no se encuentra en los Setenta, me parece que

debe explicarse así. Por el hecho de que teníais doble confusión, tanto sobre el pueblo de los judíos, que se había apartado de Dios, como sobre las naciones, que servían a los ídolos, los veréis convertidos al temor de Dios, alabando su parte. Sin duda el Señor, de quien hablaba también el santo: «Mi parte es el Señor» (Salm. 72, 26). Pero esto nadie lo puede decir, sino quien no tiene otra parte. Porque, por tanto, tuvisteis sobre ellos doble confusión y la vergüenza de su pecado, por la cual ellos mismos no se avergonzaban, por eso en su tierra, esto es, en la tierra de los mansos y de los vivientes, poseerán doble: habiendo creído tanto en las cosas presentes como en las futuras. Y tendrán alegría sempiterna. En lugar de lo cual en los Setenta se lee: «Así poseerán la tierra por segunda vez». Y el gozo sempiterno estará sobre su cabeza, para que los que habían poseído la tierra en los estrechísimos confines de Judea, después posean el orbe entero. Sobre la cual tierra habla el Padre al Salvador: «Pídeme, y te daré las gentes por tu heredad, y por tu posesión los términos de la tierra» (Salm. 2, 3). Pero esto lo otorgó el Señor, que ama la verdad del juicio y tiene odio a la rapiña en el holocausto. En lugar de lo cual los Setenta tradujeron: «rapiña de la iniquidad», como si hubiera alguna rapiña que no consistiera en la iniquidad. Por tanto, lo que dice es esto: más ama Dios la pobreza de los justos que los dones de los ricos, que provienen de rapiñas e iniquidad.

(Vers. 8, 9.) «Y daré su obra en verdad, y un pacto perpetuo heriré con ellos». «Y se conocerá [la Vulgata: conocerán] en las gentes su semilla,

y su renuevo en medio de los pueblos». «Todos los que los vieren los conocerán, porque estos son la semilla a la que bendijo el Señor». LXX: «Y daré su trabajo a los justos, y un testamento eterno pondré con ellos». «Y se conocerá en las gentes su semilla, y sus nietos en medio de los pueblos». «Todo el que los viere los conocerá, porque estos son la semilla bendecida por Dios». Dios, que ama la justicia y el juicio, y detesta los holocaustos violentos (pues todo lo que procede de rapiñas lo reputa como paga de meretriz y precio de perro), Él mismo dará el trabajo a los justos de aquellos que poseyeron la tierra por segunda vez, y a quienes coronó con doble alegría, o como mejor se tiene en el hebreo, «en verdad»: para que de ningún modo sea como la sombra de la verdad en la Ley, sino que sea la verdad misma. Y herirá un pacto sempiterno, no como el que había dado a Moisés, que pasó; sino el pacto del Evangelio, del cual habla Cristo: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mat. 24, 35). Y entonces se conocerá en las naciones la semilla apostólica, y todas las futuras generaciones recibirán la simiente de la doctrina de Dios: de ningún modo diciendo aquello en lo cual el pueblo de la circuncisión antes erraba diciendo: «¿Pues qué otra cosa busca Dios sino una semilla?». Todo el que los viere, a primera vista conocerá que es la semilla a la que ha bendecido el Señor. Pues ¿quién, por el orden de la vida, la mansedumbre, la continencia, la hospitalidad y todas las virtudes, no entendería al pueblo de Dios? ¿Y quién, por el contrario, no detestaría

las manos cruentas de Israel, contra quienes imprecaba el Profeta diciendo: «Llena, Señor, sus rostros de ignominia» (Salm. 82, 17)?

(Vers. 10, 11.) «Gozando me gozaré en el Señor, y se exultará mi alma en mi Dios: porque me vistió con vestiduras de salud y me rodeó con indumentos de justicia, como a esposo condecorado con corona, y como a esposa adornada con sus joyas». «Pues como la tierra brota su renuevo, y como el huerto germina su semilla, así el Señor Dios germinará la justicia y la alabanza ante todas las naciones». LXX: «Con gozo se alegrarán en el Señor, exulte mi alma en el Señor». «Pues me vistió con vestidura de salud, y me rodeó con túnica de alegría». «Como a esposo con mitra, y como a esposa me adornó con mundo mujeril, y como la tierra que brota su flor, y como el huerto germina sus semillas: así el Señor Dios brota la justicia y la alabanza en presencia de todas las naciones». El principio del capítulo según los Setenta, que dijeron: «Con gozo se alegrarán en el Señor», se une al fin del capítulo superior. Según los hebreos, en cambio, es el exordio de otro capítulo, en el cual se introduce a la Iglesia respondiendo a las palabras de Cristo: «Gozando me gozaré en el Señor, y se exultará mi alma en mi Dios». De ningún modo en los padres, como los judíos se gloriaban diciendo: «Semilla de Abraham somos, y a nadie servimos jamás» (Juan 8, 33); sino en Dios, diciendo la Escritura: «De la multitud de los creyentes había un solo corazón y una sola alma» (Hech. 4, 32). Y rinde las causas de la alegría: «Porque me vistió con vestido de salud, y con el

indumento», o «túnica de justicia y de alegría», que en hebreo se dice *MAIL* (), «me adornó y me rodeó». Pues cuantos en Cristo hemos sido bautizados, de Cristo nos revestimos, y tenemos la túnica de justicia: el cual ha sido hecho para nosotros santidad, justicia y redención (Gál. 1). Y pone la semejanza de dos grupos en la Iglesia, de los perfectos y de los incipientes (1 Cor. 1). A los perfectos los compara con la belleza del esposo; a los incipientes los asimila al adorno de la esposa. Perfecto era Pablo, que como esposo condecorado con corona y que ha de ser coronado, o como tradujo Aquila, *hierateumenos stephano*, que en nuestra lengua se dice «llevando corona para el sacerdote», decía por la autoridad de Cristo que hablaba en él: «He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe: por lo demás, me está reservada la corona de la justicia» (2 Tim. 4, 7). Y en otro lugar: «Cuantos pues somos perfectos, sintamos esto» (Fil. 3, 15). Pero era incipiente por comparación con la plenitud, cuando hablaba en persona de los incipientes: «Cuando era niño, como niño hablaba, como niño sentía, como niño pensaba» (1 Cor. 13, 11). Y de nuevo: «En parte vemos, y en parte conocemos, hasta que venga lo que es perfecto» (Ibíd., 9). Y por eso se asimila al adorno de la esposa, que se adorna con mundo mujeril, o como otros tradujeron, con «vasos» o «sus joyas». Y pone los ejemplos de otra comparación, de los cuales el primero se refiere al esposo, el siguiente a la esposa. Como la tierra brota su renuevo y es irrigada por las lluvias celestiales; y como el

huerto germina su semilla, que desea las aguas de las fuentes y de los ríos: así —dice— el Señor germinará la justicia y la alegría ante todas las naciones: de ningún modo ante Israel, para que sacuda la ceja de los judíos; sino ante todas las naciones que se congregan en la Iglesia.

(Cap. LXII.---Vers. 1 y ss.) «Por Sión no callaré, y por Jerusalén no descansaré, hasta que salga como esplendor su justo, y su salvador se encienda como lámpara». «Y verán las naciones a tu justo, y todos los reyes a tu ínclito, y se te llamará por un nombre nuevo, que la boca del Señor ha nombrado». «Y serás [la Vulgata: Será] corona de gloria en la mano del Señor, y diadema real en la mano de tu Dios». LXX: «Por Sión no callaré, y por Jerusalén no dejaré: hasta que salga como luz su justicia, y lo que es saludable en ella arda como lámpara». «Y verán las naciones tu justicia, y todos los reyes tu gloria, y te llamará un nombre nuevo, que la boca del Señor nombrará». «Y serás corona de decoro en la mano del Señor, y diadema real en la mano de tu Dios». Había dicho el Señor y Salvador: «El Espíritu del Señor sobre mí, por lo cual me ungió» (Luc. 4, 18), hasta aquel lugar donde está escrito: «Todos los que los vieren los conocerán, porque estos son la semilla a la que bendijo el Señor» (Is. 61, 1). Después de cuya repromisión, respondió la Iglesia: «Gozando me gozaré en el Señor», la cual en el tercer salmo de los grados, en persona del pueblo penitente, cantó alegre: «Me alegré en las cosas que me fueron dichas, iremos a la casa del Señor» (Salm. 121, 1); ahora se introduce la persona del profeta

diciendo: «Por Sión no callaré, y por Jerusalén no descansaré». De día —dice— y de noche no cerraré la boca, ni callará jamás mi oración; sino que clamaré tanto tiempo, y uniré oraciones a oraciones, hasta que venga el que fue prometido y con su esplendor ilumine todo el orbe. Quién sea este a quien busca, a quien desea que venga, lo expone más manifiestamente: «Hasta que salga como esplendor su justo, y su salvador se encienda como lámpara». O según los Setenta: «Hasta que salga como luz su justicia, y su salud arda como lámpara». El cual decía en el Evangelio: «Yo soy la luz del mundo» (Juan 8, 12): la cual, cuando haya sido encendida en Sión y en Jerusalén, de ningún modo brillará solo en Judea, sino que se dirá a ella: la luz que está en ti se ha encendido; la cual salió del Padre, comenzó a arder en tus confines e iluminará a todas las naciones (Mat. 6). «Y todos los reyes verán a tu ínclito», oh Jerusalén y Sión: el cual fue engendrado de tu estirpe, el cual exaltado en ti en el patíbulo, atrajo a todos hacia sí: de modo que las naciones vean su justicia, por la cual el Creador de todos se compadeció de las naciones; y los reyes su gloria, por la cual fue glorificado en la cruz y sujetó a su imperio todos los reinos. Finalmente, de ningún modo se llamará Jerusalén y Sión, sino que recibirá un nombre nuevo, que el Señor le habrá impuesto, diciendo al apóstol Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mat. 16, 18). Cuyo nombre derivó del nombre del Señor, para que se llame «Dominical» (*Dominicum*).

Y su pueblo de ningún modo sea llamado con el antiguo nombre Israel, sino con el nuevo, esto es, «cristiano». Y será como corona de decoro en la mano del Señor, y como diadema real en la mano de su Dios, cuando la haya coronado la turba de los creyentes, y la diadema del imperio, que los mártires hayan distinguido con la variedad de sus gemas, esté en la mano de Dios para que corone a su Hijo con las victorias de ellos. De donde también el apóstol Pablo hablaba a los santos: «Mi gozo y mi corona».

(Vers. 4.) «No se te llamará más la desamparada, y tu tierra no se llamará más desolada; sino que te llamarás Voluntad mía en ella, y tu tierra Habitada, porque el Señor se ha complacido en ti, y tu tierra será habitada». LXX: «Y de ningún modo se te llamará ya desamparada, y tu tierra no se llamará aún desierta». «Pues te llamarás Voluntad mía, y tu tierra habitada». Por Sión y Jerusalén serás llamada Iglesia y el Dominical (*Dominicum*): por los judíos serán llamados cristianos. Ni estarás contenta con este fin de nombres; sino que tú, que antes eras llamada «relicta», lo que en hebreo se dice *AZUBA* (), serás llamada *EPESIBA* (), que se interpreta «voluntad mía en ella»; y tu tierra, que antes era llamada *SEMEMA* (), «desolada» o «desierta», después será llamada *BULA* (), que Aquila interpretó *eschemenē*; Símaco y Teodoción *synōkismenē*; los Setenta *oikoumenē*, todos los cuales significan «habitada» y «poseída». Pues esto es de la costumbre hebrea, que siempre imponen nombres a las cosas por el suceso: como Abram, que antes se decía

«padre excelso», cuando oyó la repromisión: «Y en tu semilla serán benditas todas las naciones» (Gén. 12, 3), fue llamado «padre de muchas naciones», esto es, Abraham. Y al Señor Salvador arriba se le impone el nombre: «Rápido quita los despojos, velozmente depreda» (Is. 8, 1). También los hijos de Zebedeo, uno de los cuales podía emitir voz de trueno (Mar. 3): «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1, 1), fueron llamados *BANEREEM* (), que se interpreta «hijos del trueno». Pero lo que sigue: «Porque se complació el Señor en ti, y tu tierra será habitada», fue omitido por los Setenta, y rindió las causas por las que se llama *EPHSI* () y por qué se llama *BULA* (), porque se complacería el Señor en Sión y haría habitable su tierra, que antes había estado desierta por el error judaico. O refiramos esto mismo a la Iglesia, que poseída antes por los ídolos, había sido desamparada por Dios.

(Vers. 5.) «Habitará el joven con la virgen, y habitarán en ti tus hijos». «Y se alegrará el esposo sobre la esposa, se alegrará sobre ti tu Dios». LXX: «Y como habitando el joven con la virgen, así habitarán tus hijos». «Y será como se alegra el esposo sobre la esposa, así se alegrará sobre ti el Señor». Dice también el Apóstol: «Varones, amad a vuestras mujeres, como también Cristo a la Iglesia» (Ef. 5, 25). Y habiendo puesto en otro lugar el ejemplo: «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se adherirá a su mujer, y serán dos en una carne», añadió: «Sacramento grande es este; mas yo digo en Cristo y en la Igle-

sia» (Ef. 5, 31. 32). Si por tanto, por la brevedad del tiempo, que está en angostura, así deben los varones tener a sus mujeres como si no las tuvieran: ¿cuánto más entre el esposo y la esposa habrá santa conjunción? Este es el esposo de quien se canta en el salmo dieciocho: «Y él como esposo que sale de su tálamo» (Salm. 18, 6). Y esta la esposa de quien con más frecuencia se escribe en el Cantar de los Cantares, la cual no tiene arruga ni mancha (Cant. 4). A la cual Pablo desea ofrecer como virgen casta a un solo varón, para que sea santa en el cuerpo y en el espíritu (1 Cor. 2). De la cual también bajo el nombre del amadísimo canta el salmo cuadragésimo cuarto: «Estuvo la reina a tu derecha con vestido dorado, rodeada de variedad» (Vers. 10). Como por tanto el esposo se alegra en la esposa, y el joven con la virgen, en cuyos ejemplos hay santa conjunción: así el Señor se alegrará en ella, cuyos nombres habrán sido cambiados.

(Vers. 6, 7.) Sobre tus muros, Jerusalén, he puesto vigilantes: todo el día y toda la noche perpetuamente no callarán: los que os acordáis del Señor, no calléis, y no le deis silencio a él, hasta que establezca y hasta que ponga a Jerusalén por alabanza en la tierra. LXX: Y sobre tus muros, Jerusalén, he puesto vigilantes, todo el día y toda la noche los cuales nunca callarán, acordándose del Señor: pues no hay nadie semejante a vosotros si corrigiere, y hará a Jerusalén gozo sobre la tierra.

El Profeta había dicho: «Por amor de Sión no callaré, y por amor de Jerusalén no descansaré», y lo demás hasta aquel lugar donde ahora se

ha terminado el capítulo: «Se alegrará el esposo sobre la esposa: se alegrará sobre ti tu Dios». Y había prometido que rogaría día y noche para que el Salvador y Justo que había sido prometido viniera, y a semejanza de una lámpara ilustrara todo el orbe. Tras lo cual se introduce la persona de Dios hablando a Jerusalén, esto es, a la Iglesia de los primogénitos, y a aquella que ha sido edificada en los Apóstoles y por los Apóstoles: «Sobre tus muros he puesto vigilantes», a los cuales podemos entender o como Ángeles, o como Apóstoles, y a todos sus príncipes y doctores. Los cuales custodian los muros de la Iglesia, para que nuestro adversario el diablo, que como león rugiente ronda y busca cómo pueda entrar (1 Ped. 5), no tome ocasión para devastar el rebaño del Señor. Estos vigilantes no deben callar ni de día ni de noche, ni en las cosas alegres ni en las tristes; sino siempre deprecar la clemencia del Señor, para que su rebaño y los muros de Jerusalén sean custodiados y vallados por su auxilio.

Por lo cual también se dirige el discurso a los mismos vigilantes y doctores: Oh vosotros que os acordáis del Señor, y fatigáis su clemencia día y noche con preces, cuidad de que nunca calle la oración en vuestra boca. «No le deis silencio a él», se sobreentiende, al Señor; sino siempre sed molestos, a tiempo y a destiempo, e imitad a la interpeladora del juez duro. Pues si aquel depuso la ferocidad de su mente por la asidua imprecación, ¿cuánto más el Padre celestial dará bienes a los que se los piden? Pero debéis rogar tanto tiempo hasta que Jerusalén, que cayó entre los

judíos y sirve de ejemplo y maldición, se convierta en alabanza de todo el orbe de las tierras. Y me maravillo de qué habrán querido decir los Setenta, en lugar de lo que se tiene en el hebreo, «no le deis silencio a él, hasta que establezca y ponga a Jerusalén por alabanza en la tierra», al decir, cuyo sentido no es coherente con lo anterior: «Pues no hay nadie semejante a vosotros, si corrigiera, y hiciera a Jerusalén gozo sobre la tierra». A no ser que tal vez adaptemos esto con artificio elocuente, para que se diga a los vigilantes de la Iglesia que ninguno de ellos será semejante a los que con su predicación habrán hecho que Jerusalén sea corregida y se convierta en el gozo de toda la tierra.

(Vers. 8, 9.) Juró el Señor por su derecha y por el brazo de su fortaleza: Si diere tu trigo más por comida a tus enemigos: y si bebieren los hijos ajenos tu vino, en el cual trabajaste: porque los que lo congregan, lo comerán, y alabarán al Señor: y los que lo comportan, lo beberán en mis atrios santos. LXX: Juró el Señor por su derecha, y por la fortaleza de su brazo, si más diere mi trigo para que sea por comida a tus enemigos, y si más bebieren los hijos ajenos tu vino en el cual trabajaste: sino que los que los congregaren, los comerán, y alabarán al Señor; y los que los congregaren, los beberán en mis atrios santos.

Dios Omnipotente, que había dicho a la Iglesia: «Sobre tus muros he puesto vigilantes, que perpetuamente no callarán», y a los cuales mandaré que nunca desistan de orar, a no ser que alcancen lo que piden, ahora jura por su derecha y

el brazo de su fortaleza. De lo cual frecuentemente hemos dicho que es nuestro Señor y Salvador, el cual según el Apóstol, es virtud de Dios y sabiduría de Dios (1 Cor. 1). Jura, pues, que el trigo y el vino de Jerusalén de ningún modo cedan para comida de los enemigos, ni los extranjeros disfruten de su trabajo; sino que quienes sembraron con lágrimas, cosechen con gozo, y los que segaron, y desechada la paja, congregaron el grano puro en los graneros, ellos mismos coman los trabajos de sus manos, y ensalcen al Señor con eterna alabanza, y beban el vino en sus atrios santos. Lo cual entendemos o como las muchas moradas en casa del Padre, si lo aceptamos acerca de la futura beatitud en el reino de los cielos, o ciertamente como las Iglesias divididas en todo el orbe, en las cuales plantados, después floreceremos en la casa del Señor.

Mas cuando dice: «De ningún modo más daré tu trigo a tus enemigos: y tu vino no lo beberá el extranjero, en el cual trabajaste», muestra el trabajo anterior de los judíos, y que todas las obras de ellos habían sido poseídas por los demonios, cuando fluctuaban entre Dios y los ídolos, cuando les decía Elías: «¿Hasta cuándo cojeáis de ambos pies? si el Señor es Dios, seguidle a él» (3 Rey. 18, 21). Y según la historia típica, que se narra en el libro de los Jueces, venían los madianitas, y hasta Gaza devastaban sus frutos, de modo que la comida de los hombres se convertía en alimento de los brutos animales (Juec. 6). Este es, pues, el trigo, y este el vino, que no comerán sino los que alaban al Señor, y no beberán sino en sus atrios

santos, de lo cual el Señor decía en su pasión: «Amén, amén os digo, no beberé del fruto de esta vid hasta que lo beba nuevo en el reino de mi Padre» (Mar. 14, 25). Cosas que en parte se cumplen en la Iglesia, cuando dice el Señor a sus discípulos: Bebed, amigos míos, y embriagaos, hermanos, vino que alegra el corazón del hombre (Salm. 103). Y en plena luz y al mediodía es bebido por José con sus hermanos (Gén. 4). Y se cumplirá más plenamente cuando la tierra sea embriagada con las bendiciones del Señor. También el trigo de que se hace el pan celestial es aquel de que habla el Señor: «Mi carne verdaderamente es comida». Y de nuevo acerca del vino: «Y mi sangre verdaderamente es bebida» (Juan 6).

(Vers. 10-12.) Pasad, pasad por las puertas, preparad el camino al pueblo, haced llano el itinerario, y elegid las piedras, elevad la señal a los pueblos. He aquí que el Señor hizo oír en los extremos de la tierra: decid a la hija de Sión: He aquí que viene tu Salvador: he aquí su merced con él, y su obra delante de él. Y los llamarán pueblo santo, redimido por el Señor. Tú, empero, serás llamada ciudad buscada, y no desamparada.

LXX: Id por mis puertas, y haced camino a mi pueblo: y arrojad las piedras del camino. Levantad señal a las naciones: pues he aquí que el Señor hizo oír hasta el extremo de la tierra. Decid a la hija de Sión: He aquí que viene tu Savior, teniendo su merced consigo, y su obra ante su faz: y lo llamará pueblo santo, redimido por el Señor. Tú, empero, serás llamada ciudad requerida, y no desamparada.

Mandó a los vigilantes de los muros de Jerusalén, a quienes antes había mandado que no callaran, que nunca desistieran de orar, que pasaran por las puertas de Jerusalén y hicieran camino al pueblo. Cosa que los semijudíos sostienen que ha de ser en el último tiempo, cuando tras la plenitud de las naciones haya de ser salvado Israel y haya de volver al Señor. Otros, empero, piensan que ha de cumplirse en el reino de los cielos, cuando habrá verdadera alegría, y cada uno recibirá según su mérito, y de ningún modo vean al Señor en la humildad, sino que lo sientan en el hábito de quien juzga, cuando venga sobre las nubes con la multitud de los Ángeles, para dar a cada uno según su obra. Nosotros, empero, según la explicación comenzada, podemos entender esto también en el primer advenimiento, para decir que se manda a los Apóstoles y varones apostólicos que entren y pasen por las puertas contra las cuales el infierno no prevalece, y quiten todos los impedimentos del camino, para que sin ningún escándalo el pueblo entre en la Iglesia del Salvador. Por lo cual también Juan clamaba en el ermo: «Yo soy la voz del que clama en el desierto, como dijo Isaías: Preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas: todo valle se henchirá, y todo monte y colina se humillará» (Juan 1, 23; ad Isai. 40, 3. 4). Y con otras palabras se dice ahora el mismo sentido: Elige las piedras el varón eclesiástico, el cual ablanda toda dureza del corazón de los creyentes. De los cuales el mismo Bautista decía: «Poderoso es Dios para de estas piedras suscitar hijos de Abraham» (Mat. 3, 9). O según

los Setenta, arroja del camino las piedras que separan a los infieles de los creyentes.

Para que no pensaran los judíos que se decía de ellos, se añade: «Levantad señal a las naciones», y a los pueblos de las naciones, para que de ningún modo se provoquen a la salvación las angosturas de una sola tierra de Judea, sino que se haga oír en los extremos de la tierra, para que todo el mundo escuche la pasión del Creador de todos. «Decid», dice, «a la hija de Sión». La cual o bien por eso es llamada hija de Sión, porque primero nació de los judíos, de la cual dice en el Cantar de los Cantares: «Los hijos de mi madre lucharon contra mí» (Cant. 1, 5); o ciertamente por eso hija, porque recibió de Dios el nombre de adopción. Pues a cuantos le recibieron, les dio potestad de que fueran hechos hijos de Dios (Juan 1). ¿Qué es, pues, lo que se manda a los maestros y doctores anunciar a la hija de Sión? «He aquí que viene tu Salvador», que en hebreo se dice Jesús. Por lo cual también Gabriel a José: «Y llamarás», dice, «su nombre Jesús, pues él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mat. 1, 21). Este Salvador es el juez de todos los creyentes, para dar a cada uno según sus obras: premios a los justos; suplicios eternos a los pecadores (Mat. 16). «Y los llamará», dice, «él» mismo, el Señor y Salvador. O según el hebreo, «los llamarán» los Apóstoles y varones apostólicos, pueblo santo y redimido por el Señor, los cuales han sido redimidos por la sangre de Cristo. La misma ciudad tampoco será llamada «desamparada», como antes había sido llamada, o bien en los judíos, ¿por la nego-

ciación? o bien en las naciones, por la idolatría, sino «requerida», como se dice en hebreo DRUSA; para que por los aumentos y variedad de virtudes, reciban siempre nuevos nombres.

(Cap. LXIII.---Vers. 1.) ¿Quién es este que viene de Edom, con las vestiduras teñidas de Bosra? Este hermoso en su estola, caminando en la multitud de su fortaleza. LXX: ¿Quién es este que viene de Edom, con las vestiduras bermejas de Bosor? Así de hermoso en su estola, con violencia y fortaleza.

Todo este lugar, desde aquel donde según los LXX se dice: «Ilumínate, ilumínate, Jerusalén, porque viene tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti» (Cap. 60, 1), hasta el presente capítulo, donde se dice: «¿Quién es este que viene de Edom, con las vestiduras teñidas de Bosra?», muchos de los nuestros lo refieren al fin del mundo, en el cual sostienen que ha de cumplirse ya sea carnal o espiritualmente (pues diversa es la sentencia de muchísimos). Nosotros, empero, porque también arriba en este mismo capítulo leemos: «El Espíritu del Señor sobre mí, por lo cual me ungió, a anunciar a los pobres me envió»: cosa que el Señor y Salvador, leído el volumen de Isaías, mostró en la Sinagoga de los judíos que se había cumplido en él, diciendo: «Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos» (Luc. 4, 21); y ahora se dice de lo mismo, que tras la pasión subió cruento al Padre, nos vemos compelidos a aceptar en el primer advenimiento del Salvador todo lo que se dice. Pues no puede ser, como muchos de los nuestros intentan hacer, que

se varíen en el tiempo cosas que están acopladas en las obras; ni negamos que es de máximo sudor conjuntar todas estas cosas entre sí, y mostrarlas así como cumpliéndose espiritualmente en la consumación, de modo que enseñemos que en Cristo, tanto según la carne como según el espíritu, ya están completas. Puesto que, por tanto, vino a la hija de Sión el Salvador, cuya merced está con él y su obra delante de él; y salió el justo como esplendor, y el Salvador se encendió como lámpara, y se alegró el esposo sobre su esposa la Iglesia, más aún, se regocijó sobre ella su Dios, el cual es él mismo esposo y Señor: por eso, según la asunción de la carne y la pasión de la cruz, se le dice: «Para que se tiña tu pie en sangre» (Salm. 67, 24). Y bajo el nombre de Judá se profetiza en el Génesis: «Judá, a ti te alabarán tus hermanos: tus manos en las cervices de tus enemigos» (Gén. 49, 8 y ss.), «te adorarán los hijos de tu padre.» «Cachorro de león Judá, a la presa, hijo mío, subiste, descansando te echaste como león, y como leona: ¿quién lo despertará?» (Gén. 49, 8. 9). Y de nuevo: «Ligando a la viña su pollino, y a la vid, oh hijo mío, su asna; lavará en vino su estola, y en la sangre de la uva su palio» (Ibíd., 11). Este es aquel a quien las potestades angélicas, viéndole subir cruento al Padre, mandan a los demás Ángeles, y oyen de ellos: «Levantad vuestras puertas, príncipes, y elevaos, puertas eternales, y entrará el rey de la gloria.» ¿Quién es este rey de la gloria? El Señor fuerte y potente, el Señor fuerte en la batalla» (Salm. 23, 7. 8). Y de nuevo: «El Señor de las virtudes, él es el rey de la gloria» (Ibíd., 10).

Estas cosas hemos antepuesto para enseñar que también el presente capítulo concuerda con otros testimonios. Por lo cual también en el Cantar se dice de los Cantares: «Mi hermanastro es rubicundo y cándido» (Cant. 5, 10); rubicundo en la pasión; cándido en la resurrección. Interrogan, pues, los Ángeles, aterrados por la novedad de la cosa (pues el Misterio de la pasión y resurrección de Cristo, según el apóstol Pablo (1 Cor. 2), había sido ignorado por todas las generaciones pasadas). ¿Quién es este que de la tierra de Edom viene cruento? EDOM, en efecto, se expresa en nuestra lengua tanto como terreno como cruento. «¿Con las vestiduras teñidas de Bosra?» Cosa que muchos, caídos en un piadoso error, piensan que se entiende de la carne del Señor: esto es, BASAR, palabra que si significara carne, se escribiría por la letra media SIN, pero ahora se escribe por SADE, y se interpreta firme y munida: lo cual o bien lo aceptamos de Jerusalén (Salm. 59, 11). que antes estuvo rodeada de firmísimos muros, en la cual padeció el Señor; o bien del infierno, del cual en el salmo cincuenta y nueve y en el ciento siete está escrito: «¿Quién me conducirá a la ciudad munida?» (Salm. 107, 11)? en la cual están encerradas las almas de los muertos, y está rodeada de firmísimos custodios. Debe saberse también que según la historia BOSRA no está en Edom, sino en Moab. Sigue: «Así de hermoso en su estola, caminando en la multitud de su fortaleza». De quien también el salmo cuadragésimo cuarto canta: «Hermoso en decoro sobre los hijos de los hombres. Cíñete tu espada sobre tu muslo,

oh potentísimo. Con tu especie y tu hermosura, atiende, procede prósperamente y reina» (Salm. 44, 3-5). Por lo cual los Setenta vertieron: «con violencia y fortaleza». Qué sentido tenga esto, investíguelo el prudente lector.

Yo que hablo justicia, y soy propugnador para salvar. LXX: Yo que hablo justicia, y el juicio de la salud. Respondió el Señor a los Ángeles que interrogaban: ¿Preguntáis quién soy yo, que subo cruento a los cielos, y la sangre con que estoy salpicado no me ha dado deformidad, sino hermosura? Yo soy aquel a quien el Padre entregó todo el juicio (Juan 5). De quien también decía el Salmista: «Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey» (Salm. 71, 1). Yo que hablo justicia: para que a los malos retribuya males, y a los buenos bienes; que vine a luchar contra las potestades adversarias, y a predicar a los cautivos la remisión, y a liberar a los encadenados de la cárcel, para que tanto los adversarios sientan las penas como los cautivos la libertad.

(Vers. 2.) ¿Por qué, pues, es rojo tu indumento, y tus vestiduras como de los que pisan el lagar? LXX: ¿Por qué son rojas tus vestiduras, y tus indumentos como de los que pisan el lagar, lleno y conculcado? Donde ahora se dice «rojo», en el hebreo se lee EDOM. Por tanto, también arriba donde se escribe «Edom», no es nombre de lugar, sino nombre de la sangre. De nuevo, empero, los Ángeles inquieren y dicen: Hemos aprendido que eres tú el que hablas justicia, y que la salvación de todos está constituida en tu juicio. Ahora queremos saber por qué tus vestiduras están como

teñidas de mosto, o qué causa existió para que con sangre mancharas la túnica que ha sido tejida desde arriba y no puede rasgarse, y tuvo del seno virginal tanto candor cuanto ningún batanero sobre la tierra pueda hacer? Pues más te conviene la clemencia que la crueldad: más el candor que el cruor. A los cuales respondió el Señor, no con un solo versículo, como antes, sino con muchas palabras: para enseñar a los ignorantes todas las cosas, para que no se vean compelidos a preguntar de nuevo.

(Vers. 3 ss.) El lagar pisé yo solo, y de las naciones no hay varón conmigo. Los pisé en mi furor, y los conculqué en mi ira: y se salpicó la sangre de ellos sobre mis vestiduras, y todos mis indumentos polucioné. Pues el día de la venganza está en mi corazón, el año de mi redención vino. Miré a mi alrededor, y no había auxiliador: busqué, y no había quien ayudara. Y me salvó mi brazo, e indignación mía misma me auxilió. Y conculqué a los pueblos en mi furor, y los embriagué en mi indignación, y derribé a tierra la fortaleza de ellos.

Los Setenta, por lo que nosotros dijimos, «el lagar pisé yo solo», interpretaron «lleno conculcado», lo cual más bien debe leerse con el capítulo anterior, que no que sea principio del siguiente. Lo demás así lo vertieron. «Y de las naciones varón no hay conmigo, y los conculqué en mi furor, y los quebranté como tierra, y deduje la sangre de ellos a la tierra, y todas mis vestiduras manché. Pues el día de la retribución les vino, y el año de la redención está presente. Miré, y no había auxilia-

dor: consideré, y ninguno que prestara auxilio; y los libró mi brazo, y mi furor vino, y los conculqué en mi ira, y deduje a la tierra la sangre de ellos».

Por el lagar que en hebreo se dice GETH, Teodoción puso la misma palabra hebrea PHURA. Pero mejor en este lugar Símaco, a quien también nosotros hemos seguido. Pues la palabra PHURA es ambigua, y tanto lagar como laguncula (frasquito) significa frecuentemente.

Se debe decir, pues, del lagar que según la costumbre de la santa Escritura, a veces se pone por la venganza y suplicios de los pecadores, a veces en la congregación de los nuevos frutos. Por las penas y tormentos se pone cuando Jeremías en las Lamentaciones, plañendo la eversión de Jerusalén, habla: «Lagar pisó el Señor a la virgen hija de Judá, por eso lloro yo» (Tren. 1, 15. 16). En buena parte se inscriben los salmos por los lagares, el octavo y el octogésimo tercero. De los cuales en sus lugares, si la vida fuere compañera, suministrándolo el Señor, se dirá. Este lagar, en el cual tanto los suplicios para los malos como los premios para los buenos son pisados por el Salvador, solo él mismo lo pisó, y no tuvo ningún ayudador. Pues ni Ángel, ni Arcángel, Tronos, Dominaciones, o alguna de las celestiales potestades, asumió el cuerpo humano, y padeció por nosotros, y conculcó las adversarias fortalezas, y las trituró; sino aquel que habla en el salmo: «Sálvame, Señor, porque desfalleció el santo» (Salm. 11, 1); hasta tal punto que incluso el más confiado, y en la verdad de la fe firmísimo apóstol

Pedro, aterrado por el miedo huyó, más aún negó al Señor (Mat. 26).

Y lo que sigue: «Y se salpicó la sangre de ellos sobre mis vestiduras, y todos mis indumentos polucioné», de ningún modo debe entenderse así como que creamos que los demonios y las adversarias potestades tienen sangre: sino que tropológicamente deben aceptarse todas las cosas, cuando el clementísimo Dios, para instruir a su pueblo y liberarlo de los vínculos de la cautividad, se ve compelido a herir a los enemigos. «Pues el día», dice, «de la venganza en mi corazón: el año de mi redención vino». De lo cual también arriba (Ad cap. 61) leímos, en buena parte predicar el año del Señor acepto, y el día de la retribución a nuestro Dios; y ahora tanto en mala como en buena. En la mala: «Pues el día de la venganza en mi corazón». En la buena: «El año de mi redención vino»; para que en aquel tiempo en que son castigados los adversarios, el pueblo de Dios fuera liberado, más aún redimido por la preciosa sangre del cordero que en el Apocalipsis de Juan se dice degollado. De este día de retribución también Moisés profetizaba por el santo Espíritu: «Y retribuirá venganza a los enemigos, y a los que le odian restituirá.» Miré a mi alrededor, y no había auxiliador: busqué, y no había quien ayudara (Deut. 32, 41). Quien también en el salmo había dicho: «Y esperé quien se contristara conmigo, y no hubo, y quien me consolara, y no encontré» (Salm. 68, 21). Pues él, siendo en forma de Dios, no consideró rapiña ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo (Filip. 2), tomando forma

de siervo, y hecho obediente al Padre hasta la muerte, muerte empero de cruz, y por eso le donó el nombre sobre todo nombre, para que salvara a los que creen en él con su derecha; e indignación suya que estaba contra los adversarios, liberara al pueblo de Dios. O libró a los creyentes en su brazo, y su furor más no dilató: y dedujo la sangre de ellos a la tierra, o de los demonios trópicamente, o ciertamente la sangre de los judíos: por lo cual los demás intérpretes vertieron «contención»; los cuales con todo estudio se esforzaban para que despidieran al pueblo encadenado.

(Vers. 7.) De las misericordias del Señor me acordaré; la alabanza del Señor sobre todas las cosas que nos retribuyó el Señor, y sobre la multitud de los bienes a la casa de Israel, que les largó según su indulgencia, y según la multitud de sus misericordias. LXX: De la misericordia del Señor me acordé, las virtudes del Señor recordaré en todas las cosas que nos retribuyó: el Señor juez bueno a la casa de Israel, nos retribuirá según su misericordia, y según la multitud de su justicia.

Terminado, según nosotros pensamos, el primer advenimiento del Salvador (como muchísimos estiman, el segundo), en el cual se sobreentiende la voz de quien juzga, más aún de quien lucha y degüella a sus adversarios y a los de su pueblo, es descrito cruento y vencedor: comienza otra sección en la cual el Profeta habla desde la persona del pueblo, enarrando los beneficios de Dios hacia sí, y la dureza de su propio corazón, por la cual tanto Jerusalén fue entregada al incendio como Israel a la cautividad. Cosa que los

judíos refieren a los tiempos babilónicos. Nosotros, empero, por orden y razón hemos mostrado que se dice del tiempo presente, en que sirven a los romanos, y excluido Israel, sucedió la turba de las naciones. Corramos, pues, por los miembros individuales de la oración, y estas cosas, para que no sea farragosa la exposición, brevemente las discutamos. Oprimido por el peso de los males, en ningún otro sino en la misericordia de Dios tengo esperanza; el cual hace misericordia en millares a los que le aman, y extiende su misericordia a los que le conocen. De lo cual se muestra que a los que aman y conocen a Dios, la misericordia del Señor los auxilia. Pues no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. 9). Y a no ser que el Señor edifique la casa y custodie la ciudad, en vano vigila quien la edifica y custodia (Salm. 126). Pues él mismo suministrará la virtud para que realicemos la fortaleza, y podamos decir: Fortaleza mía y auxilio, y refugio mío en el día de mis males (Jerem. 16). Cosas que en el presente lugar no debemos aceptar por los vicios y pecados, sino por las angosturas.

Lo que empero sigue según los Setenta: «Las virtudes del Señor recordaré en todas las cosas que me retribuyó», por lo cual en el hebreo se contienen «las alabanzas del Señor», entendamos los signos y milagros, por los cuales a menudo se ponen las virtudes, como allí: «Mi gloria a otro no daré, ni mis virtudes a los grabados» (Isai. 42, 8). Y en otra parte: «Sus virtudes en las islas anunciarán», o a las naciones de todo el mundo, o a las Iglesias que están fundadas sobre

una mole firme, y son golpeadas más bien que subvertidas. A veces la virtud de ningún modo se acepta por la fortaleza y los milagros: sino por la buena conversación, como es aquello de los Apóstoles, de Pedro: «Suministrad en vuestra ciencia la virtud» (1 Ped. 1, 5); y de Pablo: «Si alguna virtud, y si alguna alabanza» (Filip. 4, 8). Según lo cual también en otro lugar se dice: «Mejor es la esterilidad con virtud». La primera inteligencia de la virtud conviene a Dios: la segunda conviene a los hombres. Por lo que empero nosotros hemos interpretado: «Sobre todas las cosas que nos retribuyó el Señor», que puede aceptarse tanto en buena como en mala parte, Símaco más manifiestamente lo puso en la retribución de los bienes, diciendo: «Por todas las cosas en que nos benefició, y por la multitud de la bondad que sobre la casa de Israel ejerció». Por lo cual los Setenta vertieron: «El Señor juez bueno a la casa de Israel, nos retribuyó según su misericordia, y según la multitud de su justicia». Esto empero no puede decirlo sino aquel que entiende que sostiene justamente lo que padece. Finalmente en el salmo septuagésimo segundo, cuyo exordio es: «Cuán bueno es el Dios de Israel para los que son de recto corazón», habla el profeta desde la persona de aquellos que por los juicios de Dios son perturbados: «Mis pies empero casi se movieron: casi se derramaron mis pasos, viendo la paz de los pecadores», y lo demás, hasta el fin del salmo. Por lo cual el apóstol Pablo, que había conocido al Señor como juez bueno y justo, habla confidentemente: «Reposada está para mí la corona de la

justicia, que me retribuirá el justo juez. No solo empero a mí, sino también a todos los que aman el advenimiento de nuestro Señor y Salvador» (2 Tim. 4, 8). Ni hay entre bueno y justo, como los herejes quieren, ninguna distancia, escribiendo el mismo: «Por tanto la ley es santa, y el mandamiento santo, y justo, y bueno» (Rom. 7, 12), para que a saber la bondad en el género y la justicia se entienda en la especie. Por lo cual escribe a los romanos: «Apenas pues por un justo muere alguien: pues por uno bueno tal vez alguien se atreva a morir» (Rom. 5, 7).

(Vers. 8 sigs.) Y dijo: «Ciertamente son mi pueblo; hijos que no negarán»: y se convirtió en su Salvador. En toda la tribulación de ellos no estuvo atribulado, y el Ángel de su faz los salvó: en su amor y en su indulgencia él mismo los redimió, y los llevó y los levantó todos los días del siglo. Ellos, empero, lo provocaron a ira y afligieron su espíritu santo; y se les convirtió en enemigo, y él mismo luchó contra ellos. LXX: Y dijo: «No mi pueblo, hijos de ningún modo reprobarán». Y se convirtió para ellos en salud de toda su tribulación: no un legado, ni un Ángel, sino que él mismo los salvó, porque los amaba y les perdonaba, él mismo los redimió, y los acogió y los exaltó todos los días del siglo. Ellos, empero, no creyeron y exacerbaron su Espíritu Santo: se les convirtió en enemigo, él mismo luchó contra ellos.

Donde nosotros hemos interpretado: «En toda la tribulación de ellos no estuvo atribulado», lo que en hebreo se dice LO, y es un adverbio de negación, por «no», puede leerse también como

«él mismo» (ipsum), de modo que el sentido sea: «En toda la tribulación de ellos él mismo estuvo atribulado», esto es, Dios: para que no solo cargara con nuestros pecados, sino también con nuestras tribulaciones. Pues él mismo carga con nuestras enfermedades y se duele por nosotros. Por lo demás, los Setenta pusieron otra cosa que no se tiene en el hebreo: «no un legado, ni un Ángel, sino que él mismo los salvó»: de lo cual hablaremos en su lugar. Dijo, pues, Dios, que es juez justo para la casa de Israel, y mitiga con la clemencia de quien juzga la austeridad de la justicia: «Ciertamente engendré hijos y los exalté, y ellos mismos me despreciaron». No obstante, porque son mi pueblo, y una vez llamados hijos, no perecerán perpetuamente; si dejan de despreciarme y negarme, sentirán al Salvador: porque en toda la tribulación de ellos él mismo estuvo atribulado. O bien no estuvo atribulado, para abandonarlos por un poco de tiempo y obligarlos, despojados de su auxilio, a rogar. O ciertamente de ningún modo los atribuló, sino que, por el contrario, mientras los demás los perseguían, fue su ayudador, y envió a su Ángel para que los librara del peligro. O según los Setenta, no quiso salvar a su pueblo por medio de ángeles y profetas y otros varones santos; sino que él mismo descendió a las ovejas perdidas de la casa de Israel, para cargar sobre sus hombros a la oveja enferma, y encontrar la dracma que se había perdido, y salir alegre al encuentro del hijo lujurioso que regresaba. Por lo cual la esposa dice en el Cantar de los Cantares: «Béseme con los besos de su boca». De ningún

modo por los patriarcas, Moisés y los profetas, sino que asuma mi cuerpo, se mueva en mi carne, el Verbo se haga carne, y así me bese habitando en mí, para que sea Emmanuel. De ningún modo, pues, como un legado, ni como un ángel, sino que él mismo salvará a los que recibieron la salud: no por el mérito de las obras, sino por la caridad de Dios. Pues de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

Si empero el prudente lector respondiera con pensamiento tácito: ¿por qué muchos no fueron salvados, si él mismo los salvó, y los amó, y perdonó a sus hijos, y los redimió con su sangre, y acogió y exaltó a los asumidos?, se introduce una causa perspicua. Ellos, empero, no creyeron y exacerbaron su Espíritu Santo, o «de aquel santo», lo que en hebreo se dice CADESO (*qodesho*). Quiso, pues, Dios salvar a los que lo deseaban: y provocó a la salvación para que la voluntad tuviera premio; pero ellos no quisieron creer. Por lo demás, también de Juan está escrito: «Hubo un hombre enviado de Dios, cuyo nombre era Juan: este vino para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él» (Juan 1, 6). Ni está inmediatamente en culpa si muchísimos no quisieron creer, sino que la voluntad del que venía fue esta, que todos creyeran y se salvaran. Si empero quien exacerba y aflige al Espíritu Santo, o al de su Santo, esto es, de Cristo, exacerba a Dios: el Espíritu Santo es de la misma naturaleza con el Padre y el Hijo. Por lo cual el Apóstol preceptúa: «No queráis contristar al Espíritu Santo,

en el cual habéis sido sellados» (Ef. 4, 30). El cual Espíritu Santo se retira del cuerpo sometido a los pecados: y en el alma perversa no entra la sabiduría (Sab. 1). De donde también David, por la conciencia de los pecados, para no perder el Espíritu Santo, suplicaba diciendo: «Y tu espíritu santo no lo quites de mí» (Sal. 50, 13). Para que empero sepamos que todo el que exacerba al Espíritu Santo ofende a Dios, y de amigo se convierte en enemigo y hostil, el apóstol Pedro habla más significativamente en los Hechos de los Apóstoles: «¿Por qué os habéis convenido para mentir al Espíritu Santo? No habéis mentido a los hombres, sino a Dios» (Hech. 5, 9). Este es el Espíritu Santo de quien en el Evangelio el Señor decía: «Si me amáis, guardad mis mandamientos: y yo rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros por siempre, el Espíritu de verdad» (Juan 14, 15.16). Del cual también encontramos en la Sabiduría, que se escribe con el nombre de Salomón: «Pues el espíritu santo de la disciplina huirá del engaño, y se retirará de los pensamientos necios» (Sab. 1, 5).

(Vers. 11 sigs.) Y se acordó de los días del siglo, de Moisés, de su pueblo. ¿Dónde está el que los sacó del mar con los pastores de su grey? ¿Dónde está el que puso en medio de ella el Espíritu de su Santo? El que sacó a la derecha a Moisés por el brazo de su majestad: el que dividió las aguas ante ellos, para hacerse un nombre sempiterno. El que los guio por los abismos como a un caballo en el desierto sin tropezar. Como un animal que desciende al campo, el Espíritu del Señor fue su

conductor: así condujiste a tu pueblo, para hacerte un nombre de gloria. LXX: Y se acordó de los días antiguos el que sacó de la tierra al pastor de las ovejas. ¿Dónde está el que puso en ellos el Espíritu Santo? el que sacó por la derecha a Moisés, el brazo de su gloria. Así sacó a su pueblo por el agua poderosa en su presencia, para hacerse un nombre sempiterno. Los condujo por el abismo como a un caballo por la soledad, y no trabajaron. Y como jumentos por el campo descendió el Espíritu desde el Señor, y fue su guía: así condujiste a tu pueblo, para hacerte un nombre de gloria.

El Señor, que de protector se convirtió en adversario del pueblo de los judíos, los cuales provocaron a ira a su Espíritu Santo, y luchó contra ellos: él mismo se acordó de los antiguos días, cuando por ellos Moisés suplicó en el desierto, diciendo: «O perdónales esta falta, o si no lo haces, bórrame del libro que has escrito» (Éxod. 32, 31.32). Acordándose, pues, Isaías de la antigua historia, dice: ¿Dónde está aquel Moisés que los sacó del Mar Rojo? ¿Dónde está el pastor de las ovejas? ¿Dónde aquel que con los demás pastores de la grey del Señor trabajó? ¿Quién impetró y puso el Espíritu de Dios por su oración y sus preces en la grey del Señor? O ciertamente así ha de entenderse: ¿đónde está aquella clemencia del Señor, por la que en otro tiempo se compadeció de su pueblo, de modo que también les concediera la gracia del Espíritu Santo? El cual sacó a la parte derecha, no a la siniestra, a Moisés su siervo por el brazo de su majestad: el que dividió las aguas ante ellos para hacerse un nombre

sempiterno, de modo que hasta el día presente se narrara su potencia. Pues condujo a su pueblo por los inmensos abismos de las aguas, como a un caballo por la soledad y a jumentos por el llano, y el Espíritu del Señor fue su guía, esto es, de la grey del Señor (Éxod. 14). Debemos, empero, entender aquí por Espíritu al Ángel que fue el guía del pueblo de Israel, según aquello que está escrito: «El cual hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros fuego ardiente» (Sal. 103, 4). Y en la Epístola a los Hebreos: «Estos son espíritus administradores, que son enviados para el ministerio por causa de los que han de poseer la salud» (Hebr. 1, 14). Consideremos aquello que se escribe en los Hechos de los Apóstoles: «El Espíritu del Señor arrebató a Felipe, y no lo vio más el eunuco» (Hech. 8, 39): si acaso debamos aceptarlo respecto al Ángel. Hay quienes testifican que el Ángel hizo estas cosas en el Espíritu Santo. Recorremos las cosas manifiestas para demorarnos en las más oscuras.

(Vers. 15 sigs.) Mira desde el cielo y contempla desde tu santa habitación y la de tu gloria. ¿Dónde está tu celo y tu fortaleza? La multitud de tus entrañas y de tus misericordias hacia mí se han contenido. Pues tú eres nuestro padre: y Abrahán no nos conoció, e Israel nos ignoró. Tú, Señor, eres nuestro padre; nuestro redentor desde la eternidad es tu nombre. LXX: Vuélvete desde el cielo y contempla desde tu santa casa y la de tu gloria: ¿dónde está tu celo y tu fortaleza? ¿Dónde está la multitud de tus misericordias y de tu piedad con que nos sustentaste? Pues tú eres nuestro padre, porque Abrahán no nos conoció e Israel no nos

conoció. Pero tú, Señor nuestro padre, líbranos: desde el principio tu nombre está sobre nosotros.

Tú que tantas cosas prestaste al pueblo, las cuales narró el discurso superior, de modo que hasta nos consideraras dignos del consorcio de tu espíritu, ahora también mira desde el cielo y contempla nuestras obras, si es que son dignas de ti. ¿Por qué apartas tu rostro de nosotros? El cielo, empero, se llama su santa habitación y la casa de su gloria (Sal. 43), según aquello: «El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies» (Isai. 66, 1); y en otro lugar: «El que habita en los cielos se reirá de ellos»; y: «A ti levanté mis ojos, que habitas en el cielo» (Sal. 112, 1). No porque el Dios omnipotente, que tiene el cielo en su palma y la tierra en su puño, sea cerrado en lugar alguno; sino porque aquellas cosas que son más santas se dicen ser su lugar y habitación. Finalmente Salomón, que edificó la casa de Dios, suplicándole habla: «Los cielos de los cielos y la tierra no te bastan» (1 Rey. 8, 27 / 2 Crón. 6, 18). Y en la Oración Dominical se dice: «Hágase tu voluntad como en el cielo, así también en la tierra» (Mat. 6, 10). Dondequiera que, pues, se hace la voluntad de Dios, aquello es su habitación y la casa de Dios. Lo que empero sigue: «¿Dónde está tu celo y tu fortaleza?», discutámoslo por aquel testimonio que por Ezequiel dice Dios a Jerusalén, la cual había seguido a sus amantes: «Ya no me airaré contra ti, y mi celo se retiró de ti» (Ezeq. 16, 42). Y es el sentido: Porque pecamos y comenzaste a odiarnos, se retiró de nosotros tu celo, el cual no se retira cuando habla por Zacarías: «Celé a Sion

y a Jerusalén con gran celo» (Zac. 1, 14). De donde también en lo subsiguiente dice: «Y me airaré sobre las naciones que están congregadas contra ella en circuito». Al retirarse empero el celo, se retira también la fortaleza de Dios, y es superado el afecto de las entrañas paternas, mientras por la magnitud de los pecados es vencida la increíble clemencia de Dios, de modo que se contenga sobre mi auxilio aquel que no podía ver de verme oprimido.

«Tú empero —dice— eres nuestro padre», que eres creador de todos. «Nos ignora Abrahán, y nos desconoce Israel», porque te ofendimos, ni conocen como hijos a aquellos que entienden que no son amados por su Dios. Surge una súbita cuestión: por qué puso a Abrahán e Israel, esto es, a Jacob, y el nombre de Isaac está silenciado (Gén. 32). A lo cual responderemos que, puestos el principio y el fin, también se nombran los medios. O bien así: Abrahán fue llamado de las naciones a la fe, y por la calidad de la anterior y la siguiente condición, obtuvo el cambio de nombre. Jacob también, para que fuera llamado Israel, llegó a ello con mucho trabajo. De donde también Abrahán tuvo tres esposas y Jacob cuatro: Isaac empero desde el principio hasta el fin poseyó su antiguo nombre, e indicando la castidad de la Iglesia, estuvo contento con una sola esposa. Estos, pues, que suplican por el cambio a un mejor estado para los pecadores, asumen la semejanza de aquellos a quienes les sucedieron cosas alegres tras las tristes. Esto empero es todo lo que piden, que porque él es su padre y los dignó con este

nombre, no se olvide de sus hijos; para que por ellos el nombre de Dios no sea blasfemado entre las naciones.

(Vers. 18. 19.) ¿Por qué nos hiciste errar, Señor, de tus caminos? ¿Endureciste nuestro corazón para que no te temiéramos? Vuélvete por tus siervos, las tribus de tu herencia. Como nada poseyeron a tu pueblo santo: nuestros enemigos conculcaron tu santificación. Hemos sido hechos como al principio: cuando no dominabas sobre nosotros, ni se invocaba tu nombre sobre nosotros. LXX: ¿Por qué nos sedujiste, Señor, de tu camino santo? ¿Endureciste nuestros corazones para que no te temiéramos? Vuélvete por tus siervos, por las tribus de tu herencia, para que poseamos un poco de tu monte santo: nuestros adversarios conculcaron tu santuario: hemos sido hechos como desde el principio cuando no dominabas sobre nosotros: ni invocado fue tu nombre sobre nosotros.

La Epístola que Pablo escribe a los corintios, aunque se escribe al pueblo de una sola ciudad, por la variedad de los habitantes, esto es, de los santos y de los pecadores, ahora los alaba, ahora los corrige, ahora los enseña, ahora los reprende, los provoca a la continencia; no rechaza las nupcias; los retrae de la idolatría; instruye sobre la resurrección; alarga la mano a la digamia para no dar lugar a la fornicación. Esto dijimos para que el presente capítulo también, que todo se entreteje desde la oración del pueblo que suplica a Dios, entendamos que es o de los justos o de los pecadores: y ahora alabar al Señor, ahora

proponer una cuestión al Señor y referir su propia culpa a Dios. De donde también tras lo demás hablan también esto: «¿Por qué nos hiciste errar, Señor, de tus caminos?», o «nos sedujiste de tu camino: ¿endureciste nuestro corazón para que no te temiéramos?». No porque Dios sea causa del error y de la dureza, sino porque su paciencia, que espera nuestra salud, mientras no corrige a los que delinquen, se ve como causa del error y de la dureza. De donde, airado vehementemente con algunos, suspende su mano de golpear y habla: «No visitaré sobre vuestras hijas cuando hubieren fornicado, ni sobre vuestras nueras cuando hubieren adulterado» (Os. 4, 14). Pues azota a todo hijo al que recibe, y para esto golpea, para que enmiende (Hebr. 12). Finalmente, los que de ningún modo perdieron el nombre de hijos, sino que por las penas son retraídos a la penitencia, dice de ellos: «Visitaré con vara sus iniquidades, y con flagelos sus pecados; pero mi misericordia no la quitaré de ellos» (Sal. 88, 33). Pues hay una tristeza que conduce a la vida, y hay una tristeza que conduce a la muerte. De donde también el pecador habla en el salmo: «Hiciste declinar nuestras sendas de tu camino, y nos humillaste en el lugar de la aflicción» (Sal. 43, 19). Y por cuarenta años yerra el pueblo en el desierto, para no encontrar el camino anterior ni regresar a los egipcios (Núm. 32). En Oseas también se cercan las sendas de Jerusalén y se cierran con espinas, para que no siga a sus amantes y, compelida por la necesidad, regrese a su marido prístino (Os. 2). Y de Faraón se dice que Dios endureció su corazón

para que no dejara ir a su pueblo y para que fuera afligido con diez plagas (Éxod. 4). Cuestión que Pablo discutió diligentísimamente a los romanos (Rom. 9). Y nosotros la tocamos en cierta obra.

«Vuélvete —dice—, Señor», o «conviértenos por tus siervos», Abrahán e Israel, que no nos conocieron, o a quienes creemos estar en el pueblo. Pues como hacia la nada y sin ningún trabajo poseyeron nuestros adversarios a tu pueblo santo. O bien «conviértenos» para que, según los Setenta, poseamos un poquito de tu monte santo, porque no podemos poseer todo tu monte, para que cuando hayamos tenido una parte, vengamos a la plenitud de él y contemplemos la gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Juan 1). De quien en este mismo profeta se dice: «En los novísimos días manifiesto será el monte del Señor» (Isai. 2, 2). Sobre aquello empero que se puso arriba: «¿Por qué nos hiciste errar?» (Isa. 63, 17), en qué sentido deba aceptarse, lo enseña plenísimamente Jeremías: «Me sedujiste, Señor, y seducido fui; me sostuviste y pudiste» (Jerem. 20, 7). Mientras pues me prometes clemencia y, como padre misericordioso, disimulas la dureza, y como médico artífice escondes el hierro agudísimo para no aterrar al enfermo antes de curarlo, me hiciste negligente; por lo cual también sobre Jerusalén dice Dios: «He aquí que yo la seduciré y la pondré como un desierto, y la estableceré como tierra sin aguas, y hablaré a su corazón; y le daré sus posesiones de allí, y el valle de Acor para abrir la inteligencia» (Os. 2, 14.15). Consideremos el orden de cada cosa: la seduce, y la hace

estar desierta y sin agua, para que padezca sed de virtudes. La cual, después que dijere: «Mi alma tuvo sed de ti, de cuántas maneras mi carne para ti» (Sal. 62, 2), entonces hablará a su corazón y consolará a la que luto hace. Y le dará su posesión de allí, esto es, de la penitencia y el dolor que obra la salud. Y la humildad de su corazón conturbado (esto empero se interpreta el valle de Acor) abre la inteligencia para que no ignore a su Creador. «Nuestros enemigos —dice— conculcaron tu santuario». Sin duda que significa el Templo, que los vencedores romanos pisaron. Y hemos sido hechos como al principio, antes de que fuéramos llamados en Abrahán, y mientras estábamos en Egipto, no teniendo a Dios, ni reyes, ni príncipes, ni profetas, ni la Ley de los mandatos de Dios (Os. 3), todas las cuales cosas se cumplieron tras la pasión del Señor y hoy se cumplen. Diciendo empero ellos: «Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (Mat. 27, 25), permanece la maldición sempiterna, y no domina sobre ellos Dios, ni se invoca su nombre sobre ellos, mientras de ningún modo son llamados pueblo de Dios.

(Cap. LXIV.---Vers. 1 sigs.) ¡Ojalá rasgaras los cielos y descendieras!: ante tu faz los montes se derretirían. Como por el ardor del fuego se consumirían, las aguas arderían por el fuego, para que fuera conocido tu nombre a tus enemigos: ante tu faz las naciones se turbarían. Cuando hicieres maravillas, no las sostendremos: descendiste, y ante tu faz los montes se derritieron. LXX: Si abrieras el cielo, el temblor se apoderaría por ti de los montes: y se licuarán como la cera se licua

ante la faz del fuego, y el fuego quemará a los adversarios: y manifiesto será tu nombre en los adversarios: ante tu faz las naciones se turbarán. Cuando hicieres cosas gloriosas, el temblor se apoderaría por ti de los montes.

Puesto que nuestros enemigos conculcaron tu santuario, y hemos sido hechos como al principio, cuando no se invocaba tu nombre sobre nosotros: por eso suplicamos y decimos: «¡Ojalá rasgaras los cielos y descendieras!»; y tú que siempre eres prometido, cumplieras alguna vez las promesas. Esto empero se decía en aquel tiempo cuando aún no había llegado el Salvador, ni del útero virginal había asumido de nuestra naturaleza y sustancia al hombre al que salvara: para que así como portamos la imagen del terreno, portemos la imagen del supercelestial (1 Cor. 15, 49). Cosa que si hicieras —dicen— y se abrieran los cielos, o el cielo, ante el advenimiento de tu majestad los montes se derretirían, o el temblor se apoderaría de los montes y se consumirían, como la cera se consume ante la faz del fuego. También a Ezequiel se le abrieron los cielos y vio una gran visión (Ezeq. 1). Pero también Moisés en las bendiciones del Deuteronomio implora: «Ábrate el Señor su buen tesoro, el cielo, para darte la bendición» (Deut. 28, 12). Y en el Evangelio (Mat. 3) se narra que Juan el Bautista vio los cielos abiertos, y al Espíritu Santo descendiendo sobre el Señor en especie de paloma. Los montes empero que ante el advenimiento del Señor —de quien está escrito: «Dios es fuego consumidor» (Deut. 4, 24)— se consumirán e

licuarán a instar de la cera, son las potestades adversarias y todos los que se erigen contra la ciencia de Dios. Sobre los cuales también se canta en el salmo nonagésimo sexto: «Vio, y se conmovió la tierra. Los montes se licuaron como cera ante la faz del Señor, ante la faz del Dios de toda la tierra» (Sal. 96, 4.5). Pues si tú descendieras y cumplieras tus promesas, se consumirían (según Símaco) las aguas del mar y toda la salinidad de ellas aquel fuego la consumiría. De lo cual también en otro salmo está escrito: «Como desfallece el humo, desfallezcan; como se consume la cera ante la faz del fuego, así perezcan los pecadores ante la faz de Dios» (Sal. 67, 3). Y esto hay que notar: que cuando las aguas del mar hubieren sido consumidas por el fuego divino, entonces se haga conocido el nombre del Señor Salvador a sus enemigos. De los cuales en el salmo sexagésimo séptimo se dice: «La lengua de tus perros de entre los enemigos por él mismo»; para que a quien por los beneficios no habían sentido, lo conozcan por la subversión de su ciudad y su propia cautividad. Y ante su faz las naciones se turbarán, o como más significativamente se dice en el hebreo, «se moverán»: para que las que antes estaban inmóviles vengan a la salud. Y cuando hiciere maravillas y mostrare signos en el Evangelio, los cuales en otro tiempo mostró en Egipto y en la soledad, confesarán que no pueden soportar la gloria de su advenimiento, o que el temblor se apoderó de los montes. Y bellamente según el hebreo, como si hubieran sido escuchados los que arriba habían suplicado: «¡Ojalá rasgaras los cielos y descen-

dieras, ante tu faz los montes se derretirían!», después introducen: «Descendiste», el Verbo se hizo carne y habitó en nosotros, verdaderamente Emmanuel, que se interpreta «con nosotros Dios». Y por eso ante tu faz todos los montes se derritieron, de los cuales arriba dijimos. Los hebreos explican este lugar así: «Así quemará el fuego a los impíos, como las aguas hierven por el ardor del fuego»; pues quieren que por AMASIM (*hamasim*) se entiendan no la «consumación» y el «desfallecimiento», como los demás han interpretado, sino los «impíos».

(Vers. 4. 5.) Desde el siglo no oyeron, ni con los oídos percibieron: el ojo no vio, Dios, fuera de ti, las cosas que preparaste para los que te esperan. Saliste al encuentro del que se alegra y hace justicia: en tus caminos se acordarán de ti. LXX: Desde el siglo no oímos, ni nuestros ojos vieron a un Dios fuera de ti, y tus obras, las cuales harás para los que esperan misericordia: pues sale al encuentro de los que hacen justicia, y de tus caminos se acordarán.

Una paráfrasis de este testimonio, como hebreo de hebreos, asume el apóstol Pablo de los libros auténticos en la Epístola que escribe a los corintios, no vertiendo palabra por palabra, cosa que desprecia totalmente hacer; sino expresando la verdad de los sentidos, de los cuales se sirve para robustecer aquello que quiso (1 Cor. 2, 9). De donde callen los delirios de los apócrifos, que por ocasión de este testimonio se introducen en las Iglesias de Cristo. De los cuales verdaderamente puede decirse que el diablo se sienta en asechan-

zas con los ricos en los apócrifos para matar al inocente. Y de nuevo: «Asecha en lo apócrifo como león en su cueva: asecha para arrebatar al pobre» (Sal. 9, 8.9). Pues la Ascensión de Isaías y el Apocalipsis de Elías tienen este testimonio. Y por esta ocasión, y muchas de este tipo, fueron engañadas las mujercillas de las Hispanias y máxime de la Lusitania, cargadas de pecados, las cuales son llevadas por varios deseos, siempre aprendiendo y nunca llegando al conocimiento de la verdad (2 Tim. 3, 6.7), para que recibieran los portentos de Basílides, de Bálsamo y del Tesoro, de Barbelo también y de Leusibora, y de los demás nombres. Sobre los cuales diligentísimamente escribe el varón apostólico Ireneo, obispo de Lyon y mártir, explicando los orígenes de muchas herejías, y máxime de los gnósticos, que por Marcos el Egipcio engañaron primero a las nobles mujeres de las Galias cerca del Ródano, después a las de las Hispanias, mezclando el placer con las fábulas y reivindicando para su ignorancia el nombre de ciencia (Ireneo, lib. 1 Contra las Herejías).

Lo que empero dice el pueblo en el presente es esto: que nunca conocieron ni por oídos ni por ojos las cosas que Dios prepara para sus santos en el futuro: porque sale al encuentro de los que hacen justicia y se acuerdan de sus caminos. Por lo demás, según los Setenta dicen que nunca conocieron a otro Dios fuera de aquel que verdaderamente es Dios, ni de otro vieron tales obras y tan grandes, que haya de hacer para los que esperan su misericordia y hacen justicia y se acuerdan de

sus caminos. ¿Y cómo está escrito: «A Dios nadie lo vio jamás» (Juan 1, 18)? Y de nuevo: «Nadie verá mi rostro y vivirá» (Éxod. 33, 20). Por tanto Dios de ningún modo se explica con palabras, ni es contemplable por los ojos, sino que es visto por aquellos de quienes está escrito: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mat. 5, 8).

(Vers. 6.) «He aquí que tú estás airado, y hemos pecado; en ellos estuvimos siempre, y seremos salvos». Y: «Y todos nosotros hemos sido hechos como un inmundo, y como trapos de mujer menstruante todas nuestras justicias». Y todos nosotros caímos como una hoja, y nuestras iniquidades como el viento nos arrebataron». LXX: «He aquí que tú estás airado, y todos hemos pecado: por tanto erramos, y todos nosotros hemos sido hechos como inmundos, como trapo de la que está sentada toda nuestra justicia: y fluimos como hojas por nuestras iniquidades: como el viento nos arrebatará».

El orden es inverso. No porque tú estés airado hemos pecado nosotros; sino porque nosotros hemos pecado, tú estás airado. Y porque hemos pecado, estás airado con nosotros, Señor: por eso erramos y dejamos el camino recto. O según el hebreo: los que siempre estuvimos en pecados, solo seremos salvos por tu misericordia, los que por nosotros mismos somos inmundos; y cualquier cosa que parezcamos tener de justicia, se compara al trapo de la que está sentada, o de la mujer menstruante. En lugar de lo cual Teodoción puso la misma palabra hebrea EDDIM, que

Simaco interpretó como kyousōn, esto es, de las que paren; Aquila martyriōn, esto es, de los testimonios: cuando la sangre en la primera unión marital es aprobada para la virgen. Y dice: «Fluimos como hojas de los árboles», que por nuestras iniquidades son dispersadas por los soplos de los vientos.

En esto hay que considerar que la justicia que está en la Ley, en comparación con la pureza evangélica, es llamada inmundicia. Pues no ha sido glorificado lo que antes fue glorificado, a causa de la gloria excelente. Por lo cual también el apóstol Pablo, que según la justicia que está en la Ley había cumplido todas las cosas, dice que consideró todas las cosas como pérdida para ganar a Cristo (Filip. 3), y por el eminente conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, por amor del cual considera todas las cosas como estiércol, para ganar a Cristo y ser hallado en él, no teniendo su propia justicia, que es de la Ley, sino por la fe de Cristo, que es la justicia de Dios. Pues es justo el que perece en su justicia (Ecl. 7), si después de la verdad del Evangelio quiere ejercitar las sombras legales y no seguir justamente lo que es justo. Por lo cual, según el sapientísimo Salomón, todo hombre se parece justo a sí mismo cuando se ocupa en la ley: a quienes el Señor habla en el Evangelio: «Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos ante los hombres» (Luc. 16, 15). Lo cual Pablo, huyendo, dice: «De nada me siento culpable, pero no por esto estoy justificado» (2 Cor. 4, 4).

Además, del pecado viene la justicia de Dios, de la cual habla el mismo Salomón: «Entended la justicia verdadera». Por tanto, hay otra justicia que no tiene verdad, y esta es la justicia verdadera, de la cual se dice de nuevo en el Evangelio: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia» (Mat. 5, 6). La cual muchos profetas y justos desearon ver y no la vieron (Juan 8). Pero Abraham vio esa justicia y se alegró, de ningún modo siguiendo la letra que mata, sino el espíritu que vivifica. Ni es de admirar decir estas cosas de los hombres, cuando también las estrellas, comparadas con la justicia de Dios, no están limpias, y contra sus Ángeles pensó algo perverso (Job 4, 15). Si alguno, pues, después del Evangelio de Cristo y la venida del Hijo de Dios, observa las ceremonias de la Ley como pedagoga, oiga al pueblo confesando que toda aquella justicia se compara a un trapo sucisimo, al cual también Ester compara su diadema, que era la insignia de la potestad regia, la cual llevaba de ningún modo por voluntad, sino por necesidad: «Tú conoces mi necesidad: que detesto el signo de mi soberbia, que está sobre mi cabeza en los días de mi manifestación: lo abomino como trapo menstruo, ni lo llevo en los días de mi descanso» (Ester 14, 16).

(Vers. 7.) «Y no hay quien invoque tu nombre, que se levante y te retenga». Escondiste tu rostro de nosotros, y nos estrellaste en la mano de nuestra iniquidad». LXX: «Y no hay quien invoque tu nombre, y quien recordado te aprehenda. Porque apartaste tu rostro de nosotros, y nos entregaste por nuestras iniquidades».

Porque fluimos a semejanza de las hojas de los árboles, que el viento dispersa cuando están secas, por eso no se halló nadie que invocara tu nombre, y levantándose de la ruina de sus iniquidades, te aprehendiera o te retuviera, y dijera con la esposa: «Encontré al que buscó mi alma: lo retendré y no lo soltaré» (Cant. 3, 4).

El viento en las Escrituras se pone de tres maneras: o en la magnitud de las tentaciones, o en la perversidad de la doctrina, o simplemente viento, por el cual se congregan los nubarrones y el aire se condensa en nubes. De las tentaciones, es aquello del Evangelio: «Vinieron los ríos, sopларon los vientos, y dieron contra aquella casa, y no pudieron subvertirla: porque estaba fundada sobre piedra con masa estable» (Mat. 7, 27). De la perversidad de la doctrina: «Para que no seamos llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina en la malicia de los hombres» (Ef. 4, 14). Del viento simplemente: «Y no podían navegar, pues el viento era contrario» (Mar. 6, 48): no porque esto no pueda también sentirse tropológicamente, sino porque ofrece solo una similitud al sentido presente.

Pues al apartar el Señor su rostro de nosotros, somos estrellados en la mano de nuestra iniquidad, o somos entregados a las tentaciones por nuestros pecados. De lo cual aprendemos que también la iniquidad tiene manos, y todos los pecados, que desean tenernos fuertemente apretados. Por lo cual también en la mano de la lengua está la muerte y la vida (Prov. 18); y el santo suplica: «No vendrá a mí el pie de la soberbia»

(Sal. 35, 12). Nosotros, pues, puesto que el Señor apartó su rostro de nosotros, sabiendo aquello que está escrito: «Todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo» (Joel 2, 32), invoquemos su nombre y digamos: «Te hice conocer mi pecado, y mi iniquidad no encubrí. Dije: pronunciaré contra mí mi iniquidad al Señor, y tú perdonaste la impiedad de mi corazón» (Sal. 31, 5). Y al instante tendremos al Señor respondiendo: «He borrado como niebla tus iniquidades, y como nube tus pecados» (Is. 44, 22), y diremos: «Muestra tu rostro, y seremos salvos» (Sal. 79, 4): para que de ningún modo seamos siervos del pecado, sino siervos tuyos. Pues «todo el que hace pecado, siervo es de él» (Juan 8).

(Vers. 8 sigs.) «Y ahora, Señor, tú eres nuestro padre, nosotros en cambio lodo: y nuestro formador tú, y obras de tus manos todos nosotros. No te aires, Señor, demasiado, y no te acuerdes más de la iniquidad. He aquí, mira, pueblo tuyo todos nosotros. La ciudad de tu santo ha sido hecha desierta, Sion ha sido hecha desierta, Jerusalén desolada: la casa de nuestra sanctificación y de nuestra gloria, donde te alabaron nuestros padres, ha sido hecha para quema de fuego, y todas nuestras cosas deseables se han vuelto en ruina. ¿Acaso sobre esto te contengas, Señor, callarás; y nos afligirás vehementemente?». LXX: «Y ahora, Señor, padre nuestro tú: nosotros en cambio lodo, obra de tus manos todos nosotros; no te aires con nosotros, Señor, en exceso, y no te acuerdes en el tiempo de nuestros pecados. Y ahora mira puesto que pueblo tuyo todos nosotros, la ciudad

de tu santo ha sido hecha desierta Sion: como una soledad Jerusalén, para maldición la casa de nuestro santuario y de gloria, a la cual bendijeron nuestros padres, ha sido hecha quemada por el fuego, y todas nuestras cosas gloriosas cayeron. Y sobre todas estas cosas te contuviste, Señor: y callaste, y nos humillaste mucho».

Si consideramos nuestros méritos, hay que desesperar. Pero si tu clemencia, que azota a todo hijo que recibe, nos atrevemos a derramar súplicas (Hebr. 12). Pues tú eres nuestro padre, que te dignaste decir: «Hijo primogénito mío Israel» (Éxod. 4, 22). Y aunque seamos lodo, y obras de tus manos, y tú seas nuestro formador; y el vaso no pueda responder al alfarero por qué fue hecho así o de tal modo: sin embargo, sabiendo que somos hijos, nos atrevemos a decir: «No te aires, Señor, demasiado». No prohibimos la ira, ni buscamos más allá de tu paciencia, por la cual atesoramos para nosotros ira en el día de la ira. Pero esto pedimos: que no te aires con nosotros demasiado, que en el tiempo de la venganza y del castigo no te acuerdes de nuestra iniquidad: sino que más bien mires a tu pueblo, que en otro tiempo fue llamado pueblo tuyo. Y que te compadezcas de la ciudad de tu santuario, en la cual fue invocado tu nombre. Ciudad que se llama Sion y Jerusalén, a la cual alegra el ímpetu del río; y en la cual en otro tiempo hubo una atalaya de virtudes y contemplación de la paz (Sal. 43). También tu casa, esto es, el Templo de nuestra sanctificación y gloria, en la cual te alabaron nuestros padres, cayó en ruinas y cenizas, y con un incendio

devastador fue borrada; de modo que de ningún modo se ofrecen en ella víctimas; no se celebra la Pascua; no se hace nada de las ceremonias que tú mandaste hacer; sino que todas nuestras cosas deseables se han vuelto en ruinas.

Siendo pues esto así, ¿acaso, Señor, sobre esto contendrás tu misericordia y callarás ante los adversarios blasfemos, y nos afligirás y humillarás, no de la manera acostumbrada, sino demasiado? Todas estas cosas los judíos piensan que se completaron en tiempos de los asirios y de los babilonios. Nosotros en cambio, según aquellas cosas que siguen de la persona del Salvador: «Me manifesté a los que no me preguntaban. Fui hallado por los que no me buscaban» (Is. 65, 1); referimos todo al tiempo de la victoria romana, la cual Josefo, escritor de la historia judaica, explica en siete volúmenes, a los cuales puso el título de La cautividad judaica, esto es, peri halōseōs: y es superfluo tratar con el discurso aquello que está patente a los ojos, puesto que todas las cosas deseables de ellos se han vuelto en ruinas, y el Templo, celebrado en todo el orbe, ha pasado a ser el estercolero de la nueva ciudad, que por su fundador era llamada Aelia; y ha pasado a ser habitáculo de búhos: y en vano dicen cada día en sus sinagogas: «Sobre todas estas cosas, Señor, te contendrás y nos afligirás y nos humillarás vehementemente».

Podemos referir esto a la Iglesia, o al alma del hombre santo, que rectamente puede llamarse atalaya y visión de la paz, cuando el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo habiten en ella. Pero si

por vicio, o nuestro o del pueblo, una Sion de esta clase fuere abandonada por el Señor, al instante quedará patente al incendio de las saetas encendidas del diablo: pues «todos los que adulteran, son como un horno sus corazones» (Os. 7, 4). Y expulsado el frío del pudor, la llama de la libido se propagará en el templo de Dios, para que todo lo que en nosotros fue antes glorioso e ínclito, caiga, sea borrado y perezca. Y se cumpla aquello que se dice en los Salmos: «Quemaron con fuego tu santuario, profanaron en la tierra el tabernáculo de tu nombre» (Sal. 73, 7). Lo cual solo puede extinguir aquel de cuyo vientre fluyen ríos de agua viva.

Libro D

ECIMOCTAVO.

El libro decimoctavo sobre Isaías, o mejor dicho el último libro, se dedica a tu nombre, oh hija Eustoquio, y al de tu santa madre Paula, para que a quienes consideré con igual honor, las recuerde ahora con igual conmemoración: sobre todo porque ella, mientras vivió, pidió este trabajo contigo más frecuentemente, y tu muy erudito hermano Pammachio no dejó de apremiarme tanto entonces como después con frecuentes escritos: y para mí es la misma religión, esto es, la caridad de las almas, no de los cuerpos, tanto de los amigos presentes como de los ausentes, y de los hombres y mujeres que duermen en Cristo.

Ni ignoro cuán grande es la diversidad de pareceres entre los hombres. No hablo del misterio de la Trinidad, cuya recta confesión es la ignorancia de la ciencia: sino de otros dogmas eclesiásticos, a saber, de la Resurrección, y del estado de las almas y de la carne humana, de las Promesas de lo futuro, cómo deben ser recibidas, y por qué razón ha de entenderse el Apocalipsis de Juan, el cual si lo recibimos según la letra, hay que judaizar; si lo tratamos espiritualmente, como fue escrito, parecerá que contradecimos las opiniones de muchos antiguos: de los latinos, Tertuliano, Vic-

torino, Lactancio: de los griegos, por omitir a los demás, haré mención solo de Ireneo obispo de Lyon, contra quien el elocuentísimo varón Dionisio, pontífice de la Iglesia alejandrina, escribe un elegante libro, burlándose de la fábula de los mil años, y de la Jerusalén de oro y gemas en la tierra, la restauración del Templo, la sangre de las víctimas, el descanso del sábado, la injuria de la circuncisión, las nupcias, los partos, la educación de los hijos, las delicias de los banquetes y la servidumbre de todas las naciones: y de nuevo las guerras, los ejércitos y los triunfos y las matanzas de los vencidos, y la muerte del pecador centenario. Al cual respondió en dos volúmenes Apolinar, a quien siguen no solo hombres de su propia secta, sino también una gran multitud de los nuestros en esta parte al menos, de modo que ya percibo con mente presaga cuánta rabia ha de concitarse contra mí.

No les tengo envidia, si tanto aman la tierra que en el reino de Cristo desean cosas terrenas: y tras la abundancia de manjares, y la glotonería de la garganta y del vientre, buscan aquellas cosas que están bajo el vientre. De los cuales el apóstol Pablo dice: «La comida para el vientre, y el vientre para las comidas: pero Dios destruirá tanto a este como a aquellas» (1 Cor. 6, 13). Y: «No es el reino de Dios comida y bebida» (Rom. 14, 17). Y el Señor y Salvador: «Erráis», dijo, «no conociendo las Escrituras ni el poder de Dios. Pues en la resurrección ni se casarán, ni se darán en casamiento: sino que serán como los Ángeles» (Mat. 22, 29-30).

Ni diciendo estas cosas quito la verdad de los cuerpos, los cuales confieso que resucitarán incorruptos e inmortales: para que cambien de gloria, no de sustancia. Y así hay que caminar por la senda recta, para que no nos desviemos ni a la izquierda ni a la derecha, esto es, para que no sigamos ni el error judaico ni el herético. De los cuales unos, que son de la carne, solo aman las carnes: otros, ingratos por los beneficios de Dios, rehúsan tener lo que Cristo tuvo tanto al nacer como al resucitar. Pues cuando los Apóstoles pensaban que era un espíritu, o según el Evangelio que los nazarenos suelen leer entre los hebreos, un «demonio incorpóreo», les dijo: «¿Por qué estáis turbados, y suben pensamientos a vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies, que yo mismo soy: Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo. Y habiendo dicho esto, les mostró las manos y los pies» (Luc. 24, 38-39). Y de nuevo habló a Tomás que dudaba: «Pon tu dedo aquí, y ve mis manos: y extiende tu mano, y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel» (Juan 20, 27).

Finalmente, para probar la verdad del cuerpo, se escribe que tomó alimentos, los cuales también había mandado que se dieran a la hija del jefe de la sinagoga, a quien resucitó de entre los muertos. Y de Lázaro, para que su resurrección no se pensara que era un fantasma, se narra que entró en un banquete con el Salvador (Mar. 5; y Luc. 13; Juan 12). No porque después de la resurrección comamos y bebamos, como quieren nuestros Milenarios, y que los cuerpos inmorta-

les e incorruptibles hayan de ser sustentados por alimentos terrenos: de lo contrario, donde hay comida, siguen las enfermedades: donde hay enfermedades, hay que emplear al médico: donde hay médicos, frecuentemente la muerte: y de nuevo resurrección, y una vida nueva íntegramente desde el principio; sino para que la toma de alimentos comprobara la fe de la resurrección. Estas cosas precavemos grandemente y hablamos con más precisión, sabiendo que hemos de caminar entre serpientes y escorpiones, que muerden y heren en lo escondido (Ezeq. 2). De los cuales también el Eclesiastés: «Si mordiere», dice, «la serpiente en silencio, nada menos tiene el que detrae ocultamente» (Ecl. 10, 11); y el padre de este, David: «Sentado contra tu hermano hablabas, y contra el hijo de tu madre ponías escándalo. Estas cosas hiciste, y callé: pensaste, inicuo, que yo sería semejante a ti. Te reprenderé y lo pondré ante tu cara» (Sal. 49, 20-21); para que lo que en otros criminas, tú mismo se te enseñe que lo tienes. Si a alguno pues le disgusta la longitud de las explicaciones sobre los Profetas: oiga libremente que he dicho muchas menos cosas de las que la oscuridad de las materias exige, y que puede cada uno de nuestra latitud hacerse para sí breves Comentariolos, que sin embargo no serán suficientes para un pleno entendimiento. Pues no se narra por los Profetas una simple historia y orden de los hechos: sino que todas las cosas están llenas de enigmas; y una cosa suenan en las palabras, otra se tiene en los sentidos: de modo que lo que hubieres estimado como llano y que

corre en una lectura sin tropiezos, se vea de nuevo envuelto en las oscuridades de lo que sigue. Pero es tiempo de que ponga fin al volumen profético, en cuya exposición si hubiere sido más prolijo de lo acostumbrado, hay que concederlo a las últimas partes, las cuales no quise dividir para que no aumentara el número de los libros.

(Cap. LXV.---Vers. 1.) «Me buscaron los que antes no me preguntaban: me hallaron los que no me buscaban. Dije: he aquí yo, he aquí yo a la gente que no invocaba mi nombre». LXX: «Me manifesté a los que no me buscaban: fui hallado por los que no me preguntaban. Dije: he aquí yo soy en la gente que no invocó mi nombre».

A la oración del pueblo mezclada con quejas, en la cual había dicho: «¿Por qué nos hiciste errar, Señor, de tu camino: endureciste nuestros corazones, para que no te temiéramos?» (Is. 63, 17); responde, como quieren los judíos, Dios Padre; como nosotros probamos, el Señor y Salvador: hasta tal punto no soy rígido y cruel, yo que prefiero la penitencia del pecador que la muerte: ni repelo a los hijos penitentes, que sin embargo hayan conservado la dignidad de su nombre, de modo que incluso a los extraños quiera salvar (Ezeq. 33). Pues a los que no me buscaban, ni podían decir: «A aquel de quien escribió Moisés en la Ley, y los profetas, hemos hallado, a Jesús» (Juan 1, 45); a ellos mismos me manifesté, de quienes también en otro lugar el Profeta dio testimonio: «A quienes no se anunció sobre él, oirán: y los que no oyeron, entenderán» (Is. 52, 15). Pero vosotros, que meditáis la ley de Dios día y noche,

en vano jactáis la penitencia, cuyas obras no hacéis. Por lo cual los Evangelistas y los apóstoles, queriendo siempre robustecer el advenimiento del Señor con los testimonios del antiguo Testamento, decían: «Para que se cumpliera lo que fue dicho por el Profeta» (Mat. 1, 22).

El centurión no buscaba al Señor, y oyó del Señor: «Ni en Israel hallé tanta fe» (Luc. 7, 9; Mat. 8, 10). La mujer sirofenicia no conocía las elocuencias de los Profetas, y es alabada por la voz del Señor: «Oh mujer, grande es tu fe». El funcionario real (Juan 4), que en griego se dice basilikos, al cual nosotros podemos interpretar más rectamente de la corte regia como palatino, halló la salud no solo de su hijo, sino de toda su casa. Pero lo que se dice según el hebreo: «Me buscaron los que antes no preguntaban», se refiere al mismo sentido: que no teniendo antes noticia de Dios, después busquen al Señor y lo conozcan por revelación: quien también fue revelado a Pablo mientras perseguía a la Iglesia de los creyentes (Hech. 9). Y al apóstol Pedro dice: «Bienaventurado eres, Simón Barjona: porque la carne y la sangre no te lo revelaron; sino mi Padre que está en los cielos» (Mat. 16, 17). A este buscaba también Moisés hablando a Dios: «Si hallé gracia ante ti, muéstrate a mí manifiestamente, para que te vea» (Éxod. 33, 13). Aguardando mayores riquezas que los tesoros de Egipto, el oprobio de Cristo, mientras desea la retribución de lo futuro, y como si viera al Dios invisible, lo contemplaba en el ánimo. De quien también en los Salmos se lee: «Esperanza de todos los confines de la tierra, y en el mar

lejos» (Sal. 64, 6). Y en el Génesis: «Él mismo será la expectación de las naciones» (Gén. 49, 10). Y lo que sigue: «Dije: he aquí que yo soy: a la gente que no invocaba mi nombre» (Éxod. 3, 14), conviene a aquel sentido: «EL QUE ES, me envió a vosotros». Quien estando en forma de Dios, no consideró como rapiña el ser igual a Dios, etc. (Filip. 2); sino que provocando a las naciones de todo el mundo, hizo una sola nación de su nombre, la de los cristianos.

(Vers. 2.) «Expandí mis manos todo el día al pueblo incrédulo, que camina por una vía no buena tras sus pensamientos». LXX: «Expandí mis manos todo el día al pueblo incrédulo y contradicente, que no caminaron por la vía buena: sino tras sus pecados».

Esto que arriba se dijo: «Me manifesté a los que no me preguntaban: fui hallado por los que no me buscaban», el apóstol Pablo escribiendo a los Romanos, como lo hubiera expuesto sobre la persona de las gentes, añadió: «Pero a Israel dice: Expandí mis manos al pueblo incrédulo y contradicente» (Rom. 10, 21), el cual siendo vencido por los beneficios del Señor, y viendo señales más allá del hombre, decía: «Este no echa los demonios sino por Beelzebub príncipe de los demonios» (Luc. 11, 15). Y de nuevo: «Samaritano eres tú, y tienes demonio» (Juan 8, 48). Y de nuevo: «siendo tú hombre, te haces a ti mismo Dios» (Juan 10, 33). Y en otro lugar: «Este hombre no es de Dios, que no guarda el sábado» (Juan 9, 16). Y muchas otras cosas, que es largo de tejer. Finalmente, cuando aquel en la cruz extendía las

manos al pueblo que no creía, y decía: «Padre, perdónalos: porque no saben lo que hacen» (Luc. 23, 34): ellos por el contrario decían: «¡Bah!, tú que destruyes el Templo y en tres días lo edificas: baja ahora de la cruz y le creemos. A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse» (Mat. 27, 40. 42). De esto también Simeón teniendo en los brazos al párvulo profetizaba: «He aquí que este ha sido puesto para la ruina y para la resurrección de muchos, y para signo al que se contradirá» (Luc. 2, 34). En Roma los judíos hablan a Pablo: «De esta secta nos es conocido que en todas partes se le contradice» (Hech. 28, 22).

Podemos recibir las manos expandidas también en la largueza del donante, porque nada denegó a los que pedían: sino que al instante al leproso que rogaba le devolvió la salud (Mat. 8): y el ciego de nacimiento recibió los ojos (Juan 9): y los que tenían hambre en el desierto, exceptuando niños y mujeres, miles de personas fueron saturadas (Mat. 14). Significan las manos expandidas también la clemencia del padre que desea recibir a sus hijos en el seno. Los cuales por el contrario caminaron por vía no buena, y siguieron sus pensamientos. A quienes el Señor habla por el Profeta: «Aparta tu pie de la vía áspera» (Prov. 4, 27). Pues habían amado a los extraños, y a semejanza de la meretriz habían dicho: «Iré tras mis amantes» (Os. 2, 5). Y dejando la vía buena, que dice en el Evangelio: «Yo soy la vía» (Juan 14, 6), caminaron por la vía ancha y espaciosa que conduce a la muerte, y siguieron sus pensamientos, los cuales el Profeta evitando, suplica al Señor:

«De mis faltas ocultas 773 límpiame, Señor, y de las ajenas perdona a tu siervo. Si no se hubieren enseñoreado de mí, entonces seré inmaculado» (Sal. 18, 13-14). Y el Apóstol enseña que los que no tuvieron noticia de Dios, son entregados al sentido réprobo y a las obras malas, para que hagan aquellas cosas que no convienen (Rom. 1). Nosotros, pues, digamos con la voz del Salmista: «Condúceme por la vía recta» (Sal. 138, 24).

(Vers. 3.) «Pueblo que me provoca a ira ante mi faz siempre: que inmolan en huertos, y sacrifican sobre ladrillos» (cf. Éxod. 20, 4). LXX: «Este pueblo que me exacerba en mi presencia: ellos siempre inmolan en huertos, y queman incienso sobre el ladrillo a los demonios que no son».

Diciendo el Señor: «No te harás ídolo, ni semejanza de todo lo que está en el cielo, y de lo que está sobre la tierra». Y por medio de Moisés increpando a los que lo hacían: «Me irritaron con dioses ajenos, y en sus abominaciones me provocaron a amargura.» Inmolaron a los demonios, y no a Dios» (Deut. 32, 16. 17), aquellos, por el afán de delinquir, como si irritaran y provocaran a Dios, no solo hicieron lo que no era lícito, sino que lo hicieron constante y siempre, pecando en la presencia del Señor, a cuyos ojos todo está patente, o en su Templo, inmolando víctimas a los ídolos. Y para que nada faltara al sacrilegio, inmolaban en huertos, y quemaban inciensos sobre ladrillos, uniendo el lujo a la idolatría, y el placer a los sacrificios, y en lugar del único altar que por ley de Dios había sido construido con piedras sin

pulir, manchaban con la sangre de las víctimas ladrillos cocidos y céspedes de los campos.

Esto se diga según la letra; por lo demás, según la inteligencia espiritual, todo herético provoca al Señor a ira, y en la falsedad de sus dogmas ofrece sacrificios inmundos, de ningún modo firmes y permanentes perpetuamente, sino a semejanza de los huertos que verdecen por breve tiempo, proveyendo a las delicias de la carne. A quien se dice: «Toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del heno.» Se secó el heno, y la flor cayó: pero la palabra del Señor, que se predica en las iglesias, permanece para siempre» (Is. 40, 6. 7). No queriendo Nabot que de su viña se hicieran estos huertos, derrama su sangre ante el impiísimo rey Acab (1 Rey. 22). Pues no era congruente que pereciera la herencia paterna, y que cortadas las viñas, que ofrecen fruto 774 que alegra el corazón del hombre, en el lugar de las virtudes, nacieran las hortalizas de las delicias y de los vicios. Se cuenta una sentencia de los más sabios entre los griegos, merecidamente celebrada y alabada, que llama a todos los placeres del siglo, y a la pompa del mundo y al lujo que pasa rápidamente, «huertos de Adonis».

Sacrifican también los heréticos sobre piedras, cuando se esfuerzan por confirmar sus errores y exquisitas mentiras con el arte dialéctica, y por construirlos en cuadro, y por fortalecerlos con «necesidades lineales» (grammikais anagkais), como dicen, esto es, cortados en el lado del polvo y descritos con líneas. En cuanto a lo que se lee en los Setenta: «a los demonios que no son», y

en el hebreo no se tiene, ha de recibirse en aquel sentido de que, según la letra y según el espíritu, ni subsisten los demonios, porque ya cayeron de Dios, que verdaderamente es; ni las sectas de los heréticos que no retienen ninguna verdad, sino que pasan a la semejanza de las sombras y perecen. De donde también Ester habla al Señor: «No entregues tu herencia a los que no son» (Ester 14, 11). Y el santo suplica en el salmo: «Perdóname, para que me refresque antes de que me vaya, y ya no subsista» (Sal. 38, 14). Pues el que, mientras vive en este cuerpo, no hubiere conseguido el perdón de los pecados, y así hubiere salido de la vida, perece para Dios, y deja de ser, aunque subsista para sí en las penas.

(Vers. 4, 5.) «Que habitan en sepulcros, y en los santuarios de los ídolos duermen: que comen carne de suino, y caldo profano en sus vasos: que dicen: retírate de mí, no te me acerques, porque eres inmundo». LXX: «En sepulcros y en cuevas duermen por causa de los sueños: que comen carne de suino y caldo de las víctimas, profanos todos sus vasos: que dicen: vete lejos de mí, no te me acerques, puesto que soy limpio».

No hubo sacrilegio que el pueblo de Israel omitiera, no solo inmolando en huertos y encendiendo inciensos sobre ladrillos, sino también sentándose o habitando en sepulcros y durmiendo en los santuarios de los ídolos, donde solían acostarse sobre pieles extendidas de las víctimas para conocer las cosas futuras por los sueños. Error que en el templo de Esculapio celebran hasta hoy los paganos y de muchos otros, que no

son 775 otra cosa sino túmulos de muertos. Ni estaban contentos con este fin de impiedad, sino que también se alimentaban de carnes de cerdos, lo que por ley había sido prohibido, y devoraban con fauces ávidas el «caldo de ayer», que los griegos llaman heolon (Levit. 11). De donde tanto ellos mismos como sus vasos eran inmundos, y en tanto aumentaban cada día la procacidad y la soberbia, que a cualquiera que no fuera llevado por error semejante, lo juzgaban inmundo y huían de su contacto, del mismo modo que los samaritanos y los judíos nos hacen a nosotros, y todos los heréticos, tales como recientemente brotaron en la Galia bajo un maestro cerebral, los cuales, declinando las basílicas de los Mártires, huyen de nosotros que allí celebramos las oraciones según la costumbre, como de inmundos. Pero esto no tanto lo hacen ellos, como los demonios que habitan en ellos, no soportando la fortaleza y los flagelos de la santa ceniza.

¿Quién de los heréticos no descansa en las memorias, no duerme en las cuevas de los maestros? Cual fue Marción y Valentino, y recientemente Eunomio, atestiguando la inmundicia de su mente con carne leprosa, los cuales, dejando la luz del Espíritu Santo y el cenáculo en el que los Apóstoles moraban, permanecen en las tinieblas del diablo y aman las cuevas, que Jeremías condena con sermón místico: «Se ha vuelto mi herencia para mí como cueva de hiena» (Jer. 12, 8), a la cual los nuestros llaman «bestia»: porque este animal siempre persigue cadáveres, y vive del jugo y de la sanie de los cuerpos muertos. Contra estos que

habitan en cuevas, también Habacuc decía con voz lamentable: «Ay del que da de beber a su prójimo de una poción turbia: y lo embriaga para que mire hacia sus cuevas» (Hab. 2, 15). De estas cuevas también hablaba el Señor: «Escrito está, la casa de mi padre casa de oración será llamada: pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» (Mat. 21, 13), en las cuales matáis las almas de los engañados, para que no veáis en ellas las visiones de las que el mismo Salvador dice: «Yo multipliqué las visiones, y en las manos de los Profetas fui asemejado» (Os. 12, 10). Y otro a él: «Hablaste», dice, «en visión a tus hijos» (Sal. 88, 20), pero 776 creéis en sueños y fantasmas, en los cuales el Señor mandó que no se debe creer. Estos comen carne de cerdos, de los cuales se dice: «No echéis vuestras margaritas ante los cerdos» (Mat. 7, 6). Y comen caldo profano, que en sus libros ha sido condimentado con arte herética. Cuyo vasos son todos inmundos, a saber, tanto sus cuerpos como sus doctrinas, y llegan a tanta demencia que a cualquiera que no fuere semejante a ellos, lo detestan como a perdido.

(Vers. 6, 7.) «Estos serán humo en mi furor, fuego ardiente todo el día. He aquí que está escrito ante mí: No callaré, sino que devolveré y retribuiré en el seno de ellos vuestras iniquidades, y las iniquidades de vuestros padres juntamente, dice el Señor, que sacrificaron sobre los montes y sobre los collados me exprobraron: y remensuraré su obra primera en su seno». LXX: «Este es el humo de mi furor: el fuego arde en él todos los días. He aquí escrito en mi presencia: No callaré,

hasta que devuelva y retribuya en el seno de ellos sus pecados, y los de sus padres, dice el Señor: que quemaban incienso sobre los montes y sobre los collados, me exprobraron; devolveré sus obras en su seno» [Al. suum].

Por vuestras obras, e increíble arrogancia de la mente, para que, siendo inmundos, juzgarais inmundos a los limpios, seréis humo, fuego ardiente [Al. ardentis], que se ha encendido de mi furor. Mas el furor, el olvido, la ira, el arrepentimiento, así debemos recibirlos en Dios, como los pies, las manos, los ojos, las orejas y los demás miembros que se dice que tiene el Dios incorpóreo e invisible. No porque esté expuesto a estas perturbaciones el que las extingue en nosotros por el don de su gracia, sino para que por nuestras palabras entendamos el afecto de Dios hacia nosotros. Pues ni la ira, que es apetito de venganza, se define en Dios como en los hombres, la cual tiene su materia en nuestros vicios, no en la voluntad del Señor: nosotros que atesoramos para nosotros ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, para que a nuestros abrojos y espinas, y a la cizaña que trajimos en lugar de la semilla de Dios, también la madera, el heno y la paja, que sobre el fundamento 777 de Pablo edificamos (1 Cor. 3), la llama sabia los consuma. De este fuego perpetuo leemos también en el cántico de Moisés: «Fuego se ha encendido de mi furor, y arderá hasta el infierno inferior. Devorará la tierra y sus gérmenes: quemará los fundamentos de los montes, y mis saetas los consumirán» (Deut. 32, 22). El sentido de este testimonio es que el

fuego de Dios y la venganza siempre arde para los pecadores, y los persigue hasta los infiernos. Tal era también aquel rico en el Evangelio (Luc. 16) vestido de púrpura, que, descansando Lázaro en el seno de Abraham, era atormentado por eternos ardores. La tierra también, esto es, nuestra carne, y sus gérmenes, esto es, los deseos de la carne, la misma llama los quemará, y los fundamentos de los montes que se elevan contra la ciencia de Dios. También a los mismos montes los dardos de Dios los dispersarán, para que humillados en las penas, dejen de ser montes. «He aquí», dice, «que está escrito ante mí». Pues todos nuestros pecados están patentes a los ojos de Dios, y en estos libros están escritos, de los cuales leemos en Daniel: «Los tronos fueron puestos, y los libros fueron abiertos» (Dan. 7, 10). De los cuales en otro lugar se dice: «Sobre la tierra sean escritos» (Jer. 17, 13). Y de ningún modo callará más el que antes había dicho: «Callé: ¿acaso siempre callaré? dice el Señor» (Is. 42, 14). Sino que devolverá a cada uno lo que obró en su seno, esto es, en lo arcano del corazón, para que a ellos los atormente su propia conciencia. De la cual también el profeta Oseas vaticina: «Caerán por la espada sus príncipes por la indisciplina de su lengua» (Os. 7, 16). Esta es la detracción de ellos mismos en su seno, la cual procede del corazón de cada uno. Algo semejante se escribe también en los Proverbios: «En su seno se devuelven a los inicuos todas las cosas» (cf. Prov. 5, 22). Cuyo seno, por causa de lo principal del alma (hegemonikon), con otro nombre se llama cabeza. «Sus caminos di sobre

sus cabezas» (Ezeq. 9, 10). Y en otro lugar: «Se convertirá su dolor en su cabeza, y sobre su coronilla su iniquidad descenderá» (Sal. 7, 17).

Pero hay también un seno bueno, que disfrutará de la santidad de la conciencia, del cual el Salmista decía: «Y mi oración en mi seno se convertirá» (Sal. 34, 13). Se entiende por seno el afecto y la dilección hacia cualquiera, como cuando el discurso se dirige al marido: «La esposa que está en tu seno»; y al padre: «Traerán a tus hijos en el seno» (cf. Luc. 16). De donde también todos los que tienen por padre a Abraham, y merecieron ser semejantes a sus virtudes, descansan en su seno.

Pues ni a los padres, cuyas iniquidades y pecados ahora se nos devuelven, debemos recibirlos como aquellos de cuya semilla nacieron nuestros cuerpos. 778 Por lo demás, el mismo Moisés, que había dicho que los pecados de los padres han de devolverse a los hijos hasta la tercera y cuarta generación a los que odian a Dios (Éxod. 20), interpreta su sentencia diciendo: «No morirán los hijos por los pecados de los padres: sino que cada uno en su pecado morirá» (Deut. 24, 16). Aprobando Ezequiel la misma sentencia, de que de ningún modo se diga aquella parábola: «Los padres comieron la uva acerba, y los dientes de los hijos se dentera» (Ezeq. 18, 2), sino que solo tengan dentera sus dientes, del que hubiere comido: y que perezca el alma pecadora, ni purgue pecados ajenos. Por lo cual entendemos que, o en buena parte, o en la contraria, han de recibirse

aquellos por padres a los cuales cada uno es agregado cuando hubiere salido de esta vida.

Sacrificó pues Israel sobre los montes y collados cuando en Betel y Dan puso los becerros de oro. Y exprobró a Dios sobre sus preceptos, mientras descuidó sus ceremonias y atribuyó el culto de Dios a los demonios: cuyas obras han de devolverse en su seno (Os. 4). Y todo herético, despreciando la sencillez eclesiástica, sacrifica en los montes y exprobra a Dios mientras desprecia sus preceptos.

(Vers. 8.) «Así dice el Señor: Como si se hallara un grano en el racimo, y se dijera: no lo disipes, puesto que es bendición; así haré por causa de mis siervos, para no dispersar el todo». LXX: «Así dice el Señor: Como si se hallara un grano de uva en el racimo, y se dijera: no lo toques, porque la bendición está en él: así haré por causa de mi siervo, para no dispersarlos a todos».

Había dicho el Señor que Israel habría de perecer, y que todos sus pecados estaban patentes a su presencia, y que devolvería las obras de cada uno en su seno. Después de estas cosas introduce una similitud, y un ejemplo de comparación, por el cual enseñe que cada uno perece por su propio pecado, y aunque sea muchísima la multitud de los que pecan, un solo justo no perece por el vicio de todos. Si alguien, dice, en el racimo y en la uva, que no pudo llegar a la madurez, y trajo frutos acedos, o por algún vicio del aire y de la tierra se corrompió, encuentra un solo grano ileso, que tenga esperanza de hacerse todavía mayor y llegar a la madurez acostumbrada, diga al otro: «no

lo toques, sino deja que crezca, porque es bendición del Señor», para que en tanta multitud de granos solo aquel escapara a la sequedad. Así, dice, de la innumerable multitud de los judíos, que ofendió a Dios, si hallare unos pocos justos, los libraré del perecimiento 779 de los muchísimos. Y esto haré por causa de mis siervos Abraham, Isaac y Jacob, a quienes se hizo la promesa, o por causa de aquellos que entre muchísimos pecadores me sirven. Algo semejante leemos también en el Génesis, cuando desde cincuenta hasta diez se buscan paulatinamente los justos que libren de pecado a la ciudad (Gén. 18), y Lot es arrebatado de Sodoma con sus hijas como el único justo (Gén. 19). De quien en la Epístola Católica se escribe (2 Ped. 2) que se atormentaba su alma viendo cometer cosas nefandas, y demostraba el juicio de su alma [Al. tu ánimo] con el hábito del cuerpo. También Henoc entre muchísima multitud de pecadores fue arrebatado él solo hacia Dios (Gén. 5). Y Noé con sus hijos, por causa de que toda carne declinaba de la servidumbre del Señor, el Diluvio no pudo destruirlo (Gén. 7). Pero también Abraham del fuego de los caldeos fue conservado por la integridad de la fe (Gén. 11).

Con el cual sentido consienten también las palabras de Jeremías diciendo desde la persona del Señor: «Como algo cálido en el desierto, hallé a Israel con los muertos por la espada» (Jer. 31, 2 según LXX; en Vulg. 31, 2). Pues cuando, dice, todo el mundo yacía exánime herido por las espadas de la idolatría, hallé que Israel tenía en Abraham el calor de la fe, como un médico que

tras la batalla entre los cadáveres de los muertos, donde sintiere que alguien tiene algo vital por las venas que laten, aplica cuidado a las heridas para restituir la salud. En lugar de lo que está escrito, hos thermon, esto es, «como algo cálido», el intérprete latino, engañado por la ambigüedad de la palabra, interpretó «lupino» (lupinum), en lo cual también la mayoría de los griegos yerran. Y sin embargo ha de saberse que en el hebreo por «calor» está escrito THODA (), que se interpreta «gracia»: a saber, que por la gracia de Dios y no por el mérito de sus obras fue salvado Israel.

(Vers. 9.) «Y sacaré de Jacob semilla, y de Judá al poseedor de mis montes: y heredarán ella mis elegidos, y mis siervos habitarán allí, y serán los campos para apriscos de los greyes, y el valle de Acor para cubil de los armentos para mi pueblo que me buscaron». LXX: 780 «Y sacaré de Jacob semilla, y de Judá, y heredará mi monte santo, y heredarán mis elegidos, y mis siervos habitarán allí, y habrá en la selva apriscos de greyes, y el valle de Acor para descanso de armentos para mi pueblo que me buscaron».

Al que arriba llamó grano del racimo, o grano de uva, o (como muchos quieren) pequeño racimo, a este ahora llama semilla de Jacob y de Judá, que posea los montes, o su monte. La semilla de Jacob y de Judá la mayoría entiende que es Cristo, de quien se dice en el Génesis: «Judá, a ti te alabarán tus hermanos» (Gén. 49, 8), y lo demás. Pues para nadie es duda que el Salvador fue generado de la estirpe de Judá. Mas otros quieren que se entiendan los Apóstoles, de quienes a me-

nudo hemos dicho: «Las reliquias serán salvas» (Is. 1, 9). Y: «Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado semilla, como Sodoma seríamos, y semejantes a Gomorra habríamos sido» (Rom. 9, 29). Estos poseyeron el monte del Señor por la conciencia de Cristo que habita en ellos, diciendo: «Accedimos al monte Sion, y a la ciudad del Dios vivo Jerusalén celestial» (Heb. 12, 22). O sus montes, de los cuales se canta en los salmos: «Los montes en su circuito, y el Señor en el circuito de su pueblo» (Sal. 124, 2). Y: «Sus fundamentos en los montes santos» (Sal. 86, 1).

Poseerán pues Sion los elegidos del Señor, y habitarán en ella sus siervos. De los cuales en el mismo volumen se escribe: «Semilla de Abraham sus siervos, hijos de Jacob sus elegidos» (Sal. 104, 6). Cualquiera pues que todavía es semilla, y no ha sido formado en hijo, este es siervo del Señor, a quien dice en el Evangelio: «Sé que sois semilla de Abraham», pero aún no hijos (Juan 8, 37). Pues si fueran hijos de Abraham, las obras de Abraham ciertamente harían. Mas el que es hijo, este también es elegido del Señor. Por lo cual el elegido posee Jerusalén, y los siervos habitan en ella; y de la diferencia de los hijos y de los siervos se dice: «No recibisteis espíritu de servidumbre de nuevo en el temor, sino espíritu de adopción» (Rom. 8, 15).

«Y serán», dice, «los campos», o «las selvas», «para apriscos de greyes». Por campos en el hebreo se pone SARÓN (). Toda la región alrededor de Lida, Jope y 781 Jamnia es apta para apacentar greyes. De lo cual también en los Hechos de los

Apóstoles está escrito: «Mas las selvas se convertirán en apriscos» (cf. Hech. 9), según aquello que en el salmo se canta: «Voz del Señor que perfecciona a los ciervos, y revelará las selvas» (Sal. 28, 9), o «lo espeso de los bosques», para que los ladrones dejen de latitar allí, y las bestias y los animales venenosos; y los lugares en otro tiempo de acechanzas y de sangre, pasen a las iglesias del Señor, y se apacienten allí los greyes por aquel que puso su alma por sus ovejas. De quien está escrito: «Él mismo nos apacentará por los siglos» (Sal. 47, 15 según LXX; Vulg. 48, 14). Esta voz del Señor que perfecciona a los ciervos, y revela lo espeso de los bosques, por medio de Juan clama en el eremo: «Ya el hacha en la raíz de los árboles ha sido puesta. Todo árbol que no hace fruto bueno, será cortado y al fuego será enviado» (Mat. 3, 10). Y de nuevo: «Todo valle será llenado» (Luc. 3, 5); del cual también ahora se dice: «y el valle de Acor para cubil de los armentos, y para descanso para mi pueblo que me buscaron».

De la cual también en el libro de Josué hijo de Nun leemos que allí fue muerto Acán, que robó de lo anatema y de los despojos de Jericó, y con toda su casa fue muerto; y de que turbó al pueblo, el lugar mismo en que sucedió recibió el nombre de ACOR (), esto es, de «turbación» y de «tumulto» (Jos. 7). El valle pues de Acor, en el que en otro tiempo hubo maldición y suplicio, será para descanso de los armentos. Lo cual Pablo explicando dice: «¿Acaso de los bueyes hay cuidado para Dios?» (1 Cor. 9, 9); o ciertamente lo dice por nosotros, porque debe en esperanza el que

ara, arar, y el que trilla el área, trillarla en esperanza, para que participe. De este valle también en Oseas místicamente está escrito: «Hablaré a su corazón», sin duda Jerusalén; «y daré poseedores de ella desde allí, y el valle de Acor, para que abra su inteligencia» (Os. 2, 14-15). Pues por eso el valle de Acor se entrega en posesión de los armentos del pueblo de Dios, y las selvas se convierten en apriscos de greyes, para que se abra la inteligencia, y la verdad del Señor sea conocida.

(Vers. 11, 12.) «Y vosotros que habéis desamparado al Señor, y os habéis olvidado de mi monte santo. Que ponéis mesa a la fortuna, y libáis sobre ella. Yo os numeraré en la espada, y todos en la matanza caeréis». LXX: «Pero vosotros que me habéis desamparado, y os habéis olvidado de mi monte santo, y preparáis mesa a la fortuna, y llenáis la poción al demonio: yo os entregaré a la espada: todos muertos caeréis».

En los lugares en otro tiempo selváticos y de las turbas, 782 en los lugares de los gentiles habrá apriscos de ovejas, esto es, Iglesias de los creyentes de todo el orbe. Pero vosotros, oh pueblos de Israel, que habéis desamparado al Señor, y habéis provocado a ira al Santo de Israel, que os habéis olvidado de su monte santo, del cual frecuentemente hemos hablado, o bien el Señor Salvador, que es el monte de los montes, y el santo de todos los santos, o el monte Sion, y la ciudad del Dios vivo Jerusalén celestial, que hacéis esto y esto, os entregaré a la espada, para que todos muertos juntamente caigáis. Qué sea la espada, diremos después. «Ponéis», dice, «mesa a la fortuna, y

libáis sobre ella»: o según los Setenta: «Preparáis mesa a la fortuna, y llenáis el cáliz al demonio», o kerasma, lo que todos similarmente tradujeron, esto es, «poción mixta». Pues hay en todas las ciudades, y sobre todo en Egipto y en Alejandría, una antigua costumbre de idolatría, que el último día del año y del mes que es el extremo, pongan una mesa rellena de manjares de diverso género, y un cáliz mezclado con mulso, augurando la fertilidad o del año pasado o del futuro. Pero esto hacían los israelitas, venerando los portentos de todos los simulacros, y de ningún modo vertían libaciones de víctimas al altar, sino de una mesa de este tipo. Y lo que los Setenta tradujeron «al demonio», en el hebreo tiene MENNI (), lo que Símaco interpretó «sin mí» (absque me): para que el sentido sea: Los que preparáis mesa a la fortuna, y llenáis la poción sin mí; para que enseñe que no se hace para él, sino para el demonio. Mas la espada por la que son matados, se recibe por el suplicio. Pues ni todo el pueblo de Israel fue entregado a la espada, de los cuales vemos cuántos miles están dispersos en todo el orbe; sino a las penas y tormentos, a la cautividad y a la última servidumbre, según aquello que en otro lugar se dice: «En la espada morirán todos los pecadores de mi pueblo»: y en el Cántico del Deuteronomio: «Embriagaré mis saetas en sangre, y mi espada comerá las carnes de los vulnerados» (Deut. 32, 42). Apenas puede ser creíble que las saetas del Señor se embriaguen de sangre, y su espada se sacie de las carnes de los vulnerados. De estas saetas que punzaban a Job por cada uno

de los momentos de las horas, habla: «Las saetas del Señor están en mi cuerpo: cuyo furor se bebe mi espíritu; pues cuando he comenzado a hablar, me estimulan» (Job 6, 4).

Mas según la tropología 783 ha de decirse esto, que todos los que desiertan la Iglesia y olvidan el monte santo de Dios, y se entregan a los espíritus de error y a las doctrinas de los demonios, estos preparan mesa a la fortuna, creyendo que nada pertenece a Dios, sino que o por el curso de las estrellas o por la variedad de la fortuna todo se gobierna: a quienes Pablo increpa diciendo: «No podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios. No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios» (1 Cor. 10, 21): porque serán entregados a eternos suplicios, de tal modo que ninguno de ellos pueda evitar la matanza y la ruina.

(Vers. 12 cont.) «Por cuanto llamé, y no respondisteis; hablé, y no oísteis: sino que hicisteis [Vulg. y hacíais] lo malo ante mis ojos, y lo que yo no quería, elegisteis». LXX: «Porque os llamé, y no oísteis: hablé, y despreciasteis, e hicisteis lo malo en mi presencia, y lo que yo no quería elegisteis».

A la espada, dice, habéis sido entregados, porque no solo me desamparasteis, y os olvidasteis de mí, y mezclasteis el cáliz de la fortuna, sino que cuando yo era Emmanuel, esto es, Dios con nosotros, de quien también Juan escribe: «El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Juan 1, 14), presente os llamé: «volved a mí, hijos que volvéis» (Jer. 3, 14). Y: «Venid a mí todos los que

trabajáis y estáis cargados» (Mat. 11, 28), y no quisisteis responder. Hablé en parábolas, e hice todas las cosas que debí hacer, y no me oísteis, antes bien me despreciasteis. Pues yo soy el que también arriba dije: «Vine y no había hombre: llamé, y no había quien obedeciera» (Is. 50, 2). Ni os bastaba esta impiedad, para que me despreciarais presente, y matarais al heredero enviado a vosotros; sino que hicisteis lo malo en mi presencia, y lo que yo no quería elegisteis, y blasfemasteis del Hijo de Dios, de modo que pidiérais para vosotros a Barrabás el ladrón, autor de homicidio y de sedición; ¿y todavía osáis decir: «Por qué nos hiciste errar de tu camino» (Is. 63, 17)? Pues si los que no me conocían me hallaron, y los que no me invocaban me recibieron, ¿de qué suplicios sois vosotros dignos, que al enviado a vosotros y que decía: «No he venido sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mat. 15, 24), no quisisteis recibirlo, sino que además lo fijasteis en la cruz?

Ha de considerarse qué signifique lo que dice: «Y lo que yo no quería elegisteis»; o cuál sea la voluntad del Hijo de Dios, que habla en el Evangelio: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mat. 7, 21). 784 De la cual también el mismo Dios dice: «Hacer tu voluntad quise» (Sal. 39, 9). Esta es la voluntad de la que también el mismo Señor hablaba: «Hallé a David hijo de Jesé, varón según mi corazón, que hará todas mis voluntades» (Hech. 13, 22). De donde también el santo suplica y dice: «Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres

mi Dios» (Sal. 142, 10). Pues todas las cosas son lícitas, pero no todas convienen. Y de las vírgenes relata el Apóstol que no tiene precepto del Señor, mas quiere que seamos como él mismo (1 Cor. 6, 7). Por lo cual muestra que de ningún modo ha de seguirse la indulgencia del maestro, sino la voluntad; y que nosotros debemos elegir aquellas cosas que convienen, no las que son lícitas, como es aquello sobre la digamia: «Quiero que las adolescentes se casen, procreen hijos, sean madres de familia» (1 Tim. 5, 14). Y pone las causas por las que concede estas cosas: «Pues ya algunas se han ido atrás tras Satanás». Por tanto, no es voluntad pura la del segundo matrimonio, la cual se envilece por la comparación con la fornicación.

(Vers. 13, 14.) «Por esto así dice el Señor Dios: He aquí que mis siervos comerán, y vosotros tendréis hambre. He aquí que mis siervos beberán, y vosotros tendréis sed. He aquí que mis siervos se alegrarán, y vosotros seréis confundidos. He aquí que mis siervos alabarán por la exultación del corazón, y vosotros clamaréis por el dolor del corazón, y por la contrición del espíritu aullaréis». LXX: «Por eso así dice el Señor: He aquí que mis siervos comerán, mas vosotros tendréis hambre. He aquí que mis siervos beberán, mas vosotros tendréis sed. He aquí que mis siervos se gozarán, mas vosotros seréis confundidos. He aquí que mis siervos exultarán en gozo, mas vosotros clamaréis por el dolor de vuestro corazón, y por la contrición de vuestro espíritu aullaréis».

No solo caeréis por la espada vosotros que desamparasteis al Señor, e hicisteis lo malo en

su presencia, y no quisisteis oírlo presente, sino que veréis mucha diferencia entre vosotros y la multitud de las gentes. Pues aquellos que me serán siervos, comerán y beberán, se alegrarán y alabarán por la exultación del corazón. Mas vosotros, por el contrario, tendréis hambre y sed, seréis confundidos y por el dolor del corazón y la contrición del espíritu aullaréis. Cosas todas que los milenarios (chiliastai) piensan que han de cumplirse en los mil años, creyendo que el reino de Dios es comida y bebida, y no entiendo aquello que está escrito: «Obrad no por la comida que perece, sino por el pan de vida y de verdad» (Juan 6, 27), y deseando comer la carne de Cristo y el fruto del árbol de la vida. De lo cual el Salvador habla: «Yo 785 soy el pan que bajé del cielo» (Juan 6, 33). Y el Eclesiastés: «Abre tus ojos, y sáciate de panes» (Prov. 20, 13). Y el Salmista: «Joven fui», dice, «y ya envejecí, y no vi al justo desamparado, ni a su semilla buscando pan.» Todo el día se compadece y presta, y su semilla será en bendición» (Sal. 36, 25-26). Sobre este pan y convite espiritual, instruía a los discípulos: «Vosotros que perseverasteis conmigo en mis tentaciones, comeréis en la mesa de mi Padre en el reino de los cielos» (Luc. 22, 28. 30). Que si lo recibimos sobre el simple pan, ¿cómo podremos explicar aquello: «No matará de hambre el Señor al alma justa» (Prov. 10, 3)? Y de nuevo: «Conoce el Señor los caminos de los inmaculados, y la herencia de ellos será para siempre. No serán confundidos en el tiempo pésimo, y en los días de hambre serán saciados» (Sal. 36, 18. 19). ¡Pues

cuántos santos en la persecución mueren consumidos por el hambre y la escasez; cuántos justos tienen hambre, y los impíos se distienden por las crudezas! Mas aquel beber ha de recibirse el que se extrae de las fuentes de Israel; el cual quien beba, tendrá en sí una fuente de agua que salta para la vida eterna (Juan 4; Luc. 22). Lo cual también el Salvador promete que beberá con los Apóstoles en el reino de su Padre: el cual alegra el corazón del hombre (Sal. 103, 15), de modo que los que beben puedan decir: «Diste alegría en mi corazón» (Sal. 4, 7). Sobre esta comida y bebida se dice entre las ocho bienaventuranzas: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia» (Mat. 5, 6). Y la madre del Señor llena del Espíritu Santo profetizaba: «A los hambrientos colmó de bienes» (Luc. 1, 53), los que antes no tenían la comida del Señor: «y a los ricos despidió vacíos», los que fueron dados para su sepultura; y a quien los Profetas habían prometido, rechazaron. Sobre los cuales también en otro lugar el Salmista canta: «Los ricos carecieron, y tuvieron hambre» (Sal. 33, 11), esto es, el pueblo de los judíos. Mas los que buscan al Señor, esto es, la turba de las gentes, «no carecerán de todo bien». Y cuando los que sirven a Cristo, y creen en él se hubieren alegrado, y hubieren alabado a Dios por la exultación del corazón y el gozo: entonces aquellos otros serán confundidos, viendo que otros han sucedido en su lugar; y clamarán por el dolor del corazón, cumpliendo aquello que está escrito: «Allí será el llanto y el crujir de dientes» (Mat. 13, 50): cuando estuvieren los corderos de

las gentes y de los justos a la derecha, y los cabritos de los judíos y de los impíos a la izquierda: recibiendo unos premios eternos, otros eternos suplicios.

Mas la contrición del espíritu por el dolor del corazón ha de entenderse en la conciencia 786 de los pecados, según aquello que está escrito: «Conocerán los que yerran en espíritu la inteligencia» (Is. 29, 24). Y: «Al corazón contrito y humillado, oh Dios, no despreciarás» (Sal. 50, 19). Se contrista el espíritu cuando hubiere sido elevado; lo que se escribe del rey enemigo de Israel: «Endureció el Señor su espíritu» (4 Rey. 17, 14). Y del príncipe de los babilonios, cuando fue elevado su corazón y endurecido su espíritu, para que soberbio dijera: «¿Acaso no es esta Babilonia, y yo la hice?» (cf. Dan. 4, 27).

(Vers. 15, 16.) «Y dejaréis vuestro nombre para juramento [Vulg. juramento] a mis elegidos, y te matará el Señor Dios, y a sus siervos llamará por otro nombre, en el cual el que es bendito sobre la tierra, será bendito en el Dios amén: y el que jura en la tierra, jurará [Al. jura] en el Dios amén». LXX: «Pues dejaréis vuestro nombre para saciedad a mis elegidos. Mas a vosotros os matará el Señor: mas a los que me sirven se les llamará nombre nuevo, el cual será bendito sobre la tierra: pues bendecirán al Dios verdadero, y los que juran sobre la tierra: jurarán por el Dios verdadero».

Por «saciedad», que en hebreo se dice SABAA (), los demás interpretaron «juramento»; la cual palabra tiene muchas inteligencias, y por la diversidad de los acentos se varía. Pues se entiende

tanto «juramento», como «plenitud», como «saciedad», como «más», como «siete». De lo cual hemos hablado en el libro del Génesis, y en este volumen (Al Cap. 4), donde siete mujeres asieron a un solo varón. De nuevo, por lo que los Setenta tradujeron «verdadero», y en hebreo se dice AMEN (), Áquila vertió pepistomenos, esto es, «fielmente». Mas lo que dice es esto: sucediendo otros en vuestro lugar, vuestro nombre será juramento para mis elegidos, de modo que por ejemplo de males os tengan y detesten sostener tales cosas, y juren así: «No padezca yo estas cosas que padeció el pueblo de los judíos». O bien vuestro nombre será para saciedad: lo cual suele decirse de aquellos cuyo recuerdo y memoria es odiosa, y los que llegaron hasta la saciedad y la náusea. O ciertamente ha de decirse esto, que dejan su nombre a los elegidos del Señor, para que por ellos suceda la turba de las gentes; y ellos mismos sean llamados hijos de Abraham y de Israel. De los cuales Pablo habla: «Paz sobre ellos, y sobre el Israel de Dios» (Gál. 6, 16). Pues ni los que son de los israelitas son todos Israel; ni los que son semilla de Abraham son todos hijos (Rom. 9, 6. 7), a los cuales se dice: «Si fuerais hijos de Abraham, 787 las obras de Abraham haríais» (Juan 8, 39). Y porque son semilla de Abraham, y no hijos, de cuya diferencia arriba hablamos: por eso los increpa Juan el Bautista diciendo: «Y no queráis decir: tenemos por padre a Abraham: pues poderoso es Dios de estas piedras para suscitar hijos a Abraham» (Mat. 3, 9). Pues ¿cómo pueden ser hijos de este los que dijeron al leño y a la piedra:

«tú me engendraste»; cuando por el contrario, los que son de la fe, estos son llamados hijos de Abraham? Mas a vosotros, dice, os matará el Señor, para que de ningún modo seáis llamados circuncisión, sino concisión (Gál. 5, 12; cf. Fil. 3, 2): para que carezcáis de la vida eterna, para que no tengáis a aquel que dice: «Yo soy la vida» (Juan 14, 6).

Mas a sus siervos, dice, los llamará por otro nombre, o nuevo, el cual será celebrado en todo el orbe. Y será bendito: en tanto que el que por aquel nombre fuere llamado, sea bendecido en el Señor, y reciba el signo de la verdadera Circuncisión, «amén»: el cual a menudo para aprobación de aquellas cosas que se han dicho, usa el Señor en el Evangelio: «Amén, amén os digo» (Juan 5, 19). Mas el nombre nuevo u otro no es ninguno sino el que del nombre de Cristo se deriva, para que de ningún modo se llame el pueblo de Dios Jacob, y Judá, e Israel, y Efraín, y José, sino Cristiano. Pues cualquiera que jurare en la tierra, de ningún modo jurará por los ídolos y los falsos dioses, sino en Dios: cuya sentencia de nuevo se comprueba con el sello del amén. Por lo demás, según los Setenta que por amén interpretaron «Dios verdadero», para que sea bendecido el Dios verdadero, y los que juran sobre la tierra juren por el Dios verdadero, no según el error de los arrianos lo referimos a la persona solamente de Dios Padre, de quien está escrito: «Para que te conozcan a ti solo Dios verdadero, y a quien enviaste, Jesucristo» (Juan 17, 3): sino al Hijo, que también él mismo es Dios verdadero, diciendo el evange-

lista Juan: «Vino el Hijo de Dios, y nos dio mente para que conozcamos al verdadero, y estemos en su verdadero Hijo Jesucristo» (1 Juan 5, 20). Este es el Dios verdadero y la vida eterna. Pues si el Salvador habla de sí mismo: «Yo soy la verdad» (Juan 14, 6), consecuentemente el Dios verdadero tomó el nombre de la verdad, para que de ningún modo según los falsos dioses sea llamado Dios, sino según el Dios verdadero Padre, y él mismo sea Dios verdadero. De otro modo, si no es verdadero, será semejante al ídolo, lo cual redunda sobre las cabezas 788 de aquellos que niegan que Cristo sea Dios verdadero. Mas este es el nombre nuevo, que en el Apocalipsis se le escribe sobre el cálculo (Cap. 2), el cual es bendecido en todo el orbe.

(Vers. 17, 18.) «Porque a la olivisión han sido entregadas las angustias anteriores, y porque han sido escondidas de mis ojos. Pues he aquí que yo creo cielos nuevos, y tierra nueva, y no estarán en memoria las cosas anteriores: y no ascenderán sobre el corazón: sino que os alegraréis y exultaréis hasta la eternidad en estas cosas que yo creo». LXX: «Pues se olvidarán de la tribulación anterior, y no ascenderá sobre el corazón de ellos. Pues habrá cielo nuevo, y tierra nueva: y no se acordarán de las cosas anteriores, y no vendrá sobre el corazón de ellos; sino que alegría y exultación hallarán en ella».

Causa de la alegría y de la confesión del Dios verdadero es que sucederá el olvido eterno de las angustias anteriores, para que de ningún modo se acuerden de los ídolos y del error antiguo,

sino que de las tinieblas pasen a la luz para que disfruten de la eterna bienaventuranza. Pues olvidarán los males antiguos, no por olvido de la memoria, sino por la sucesión de los bienes, según aquello que está escrito: «En el día bueno hay olvido de los males» (Ecl. 11, 27). Y en otro lugar: «La aflicción de una hora hace el olvido de las delicias» (ibíd. 29): por cuanto constituidos en angustias, de ningún modo disfrutan de los placeres antiguos con ánimo epicúreo, según el error. Aunque puede también decirse esto, que en el cielo nuevo y en la tierra nueva se borre toda memoria de la conversación antigua: para que no sea esto mismo parte de los males, el acordarse de la angustia anterior.

Mas el cielo nuevo y la tierra nueva, los que piensan que perecen todas las cosas que vemos, lo interpretan por el testimonio del Evangelio: «El cielo y la tierra pasarán» (Mat. 24, 35). Y del apóstol Pablo: «Pues las cosas que se ven son temporales: mas las que no se ven, eternas» (2 Cor. 4, 18). Por lo demás, los que juzgan que es novedad, conmutación para mejor, y no perecimiento de los elementos, usan aquel ejemplo: «Desde el principio tú fundaste la tierra, Señor, y obras de tus manos son los cielos. Ellos perecerán, mas tú permaneces, y todos como vestido envejecerán, y como un manto los envolverás, y serán mudados» (Sal. 101, 26. 27). En lo cual perspicuamente se demuestra que la perdición y el perecimiento no suenan a abolición en la nada, sino a conmutación para mejor. Pues ni aquello que en otro lugar está escrito: «La luna brillará

como el sol, y el sol recibirá séptuplo 789 de luz» (Is. 30, 26), significa el perecimiento de las cosas antiguas, sino la conmutación para mejor. Lo cual para que pueda entenderse, pongamos ejemplos de nuestra condición: El infante cuando hubiere crecido en niño, y el niño en joven, y el joven en varón, y el varón en anciano, de ningún modo perece por cada una de las edades. Pues el mismo es el que antes fue; mas paulatinamente se inmuta, y se dice que ha perecido para la edad antigua. Lo cual entendiendo también el apóstol Pablo hablaba: «Pues pasa la figura de este mundo» (1 Cor. 7, 31). Consideremos qué dijo: Pasa la figura, no la sustancia. Esto mismo significa también Pedro: «Se les oculta esto a los que lo quieren: que los cielos eran desde el principio; y la tierra de agua, y por el agua, subsiste por el sermón de Dios: por las cuales el mundo anterior inundado por el diluvio pereció. Mas los cielos que ahora son y la tierra, por la misma razón se reservan para el fuego» (2 Ped. 3, 5 ss.): con qué sentido ha de recibirse, después enseña: «Mas nuevos cielos, y nueva tierra vemos, y su promesa» (ibíd. 13): no dijo, otros cielos y otra tierra veremos, sino los viejos y antiguos mudados para mejor.

Podemos también decir esto, que los convertidos de la idolatría, y desierto el error antiguo, ven cielos nuevos y tierra nueva: de ningún modo juzgando dioses a los elementos, y a las cosas que nacen de la tierra. Ahora confesamos que el cielo y la tierra son obras de las manos de Dios: mas en aquel tiempo venerábamos a los siervos y a la criatura con el obsequio de Dios, lo cual

también David sintiendo canta en el salmo: «Veré los cielos obras de tus dedos» (Sal. 8, 4): no porque en aquel tiempo no viera los cielos cuando decía estas cosas; sino porque por cada uno de los aumentos de las virtudes, y por la ciencia de las cosas futuras, vea nuevos los que ya veía como viejos. Mas lo que al final de este testimonio se dice: «Que yo creo», por los Setenta ha sido omitido.

(Vers. 19.) «Porque he aquí que yo creo a Jerusalén como exultación, y a su pueblo como gozo: y exultaré en Jerusalén, y me gozaré en mi pueblo». LXX: «Porque he aquí que yo hago a Jerusalén exultación, y a mi pueblo alegría, y exultaré sobre Jerusalén, y me alegraré sobre mi pueblo». Debéis gozar, dice, y exultar con alegría sempiterna en la creación de los nuevos cielos y de la nueva tierra, y no acordaros en absoluto de las cosas anteriores: para que no os surja alguna tristeza del recuerdo antiguo: porque no solo crearé cielos nuevos y tierra nueva, 790 sino también a Jerusalén en exultación, y a su pueblo en gozo. No hay duda de que lo que era un gozo antiguo para una sola nación en toda la tierra, sea una nueva alegría para todas las naciones. Mas en tanto será la exultación de todos, y la alegría sobre la ciudad y el pueblo de Dios, que yo también su fundador exulte y me goce sobre Jerusalén, y sobre mi pueblo que comerá y beberá y se alegrará, y exultará en ella, y el que hubiere sido llamado con el nombre nuevo.

(Vers. 20.) «Y no se oirá en ella [Vulg. en él] más voz de llanto, ni voz de clamor: no habrá allí

más infante de días, ni anciano que no cumpla sus días». Porque el niño de cien años morirá, y el pecador de cien años será maldito. LXX: «Y no se oirá más en ella voz de llanto, ni voz de clamor: ni se hará allí más inmaduro y anciano, que no cumpla su tiempo». Pues será infante de cien años, y el que muere pecador centenario, será maldito.

Pues no será congruo que en la ciudad de Jerusalén y el pueblo de Dios, que recibirá la eterna creación de exultación y de gozo, se oiga más voz de llanto y de clamor; cuando se hayan ido el dolor, el duelo y el gemido. Porque ciertamente las cosas contrarias no pueden ser al mismo tiempo. Y donde hay exultación y gozo, que es fruto del Espíritu Santo, allí el llanto y el lamento no pueden morar, lo cual es apto para los que se lamentan y lloran, y especialmente el clamor, al cual Pablo expulsa de la Iglesia de los creyentes, para que a semejanza de los judíos no hagamos clamor por el juicio (Ef. 4).

En tal ciudad no habrá diversas edades: infante y anciano, pequeño y grande, que no cumpla sus días; sino que como hijos de la resurrección, todos llegarán al varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo, para que ni le falten a alguno los espacios de los años, ni le sobren, y mientras uno todavía no tiene fuerzas sólidas, otro deje de ser lo que fue y se marchite con edad decrépita; y llegarán todos al número centenario, tal cual fue Abraham, que recibió la promesa del hijo Isaac en esta edad (Gén. 21). Sobre las alabanzas de este número, no es necesario mencionar muchísimas cosas, para que no sea superflua la

discusión. Esto solo decimos, que diez décadas tienen lados iguales, y poseen la firmeza de la forma cuadrada. 791 En las promesas también, por aquellas cosas que consumimos [Al. menospreciamos], el Señor nos promete el céntuplo multiplicado, y la semilla que cae en tierra buena tiene el primer número de fruto ubérrimo como centenario. Finalmente, también Isaac lanzando una sola semilla de fe, recibió las obras de su trabajo multiplicadas por este número. En aquel tiempo, pues, cuando la edad sea una sola para todos, tanto el santo como el pecador serán perfeccionados con similar resurrección, ni variarán entre sí en el tiempo; sino que uno será arrastrado a los premios, otro a los suplicios: y en ello el pecador será maldito, porque en cuerpo incorrupto padecerá penas eternas. Aquello también que leemos en el Apocalipsis de Juan (Cap. 20), que después de la resurrección se exhiben a la presencia del juez pequeños y grandes, significa diferencias no de edades, sino de méritos. Pues el que es pequeño según la sentencia de Salomón, es digno de misericordia: «Mas los potentes potentemente padecerán tormentos» (Sab. 6, 7). En cuyo sentido también las palabras del Señor consienten: «El siervo que sabe la voluntad de su Señor, y no la hace, será azotado con muchos azotes» (Luc. 12, 47). Mas el que no sabe, y hiciere cosas dignas de azotes, será azotado con pocos. El bienaventurado apóstol Pablo, hablando Cristo en él, explicando la Escritura antigua, afirma que el patriarca Abraham es padre no solo de la circuncisión, sino del prepucio (Rom. 4), esto es, que

de él fueron generados dos pueblos, y que aquel que había nacido según la carne, centenario por causa de Cristo, que fue generado de la estirpe de Abraham, contra el cual aquel [el pueblo carnal] envió sus manos, esté sujeto a perpetua maldición. Esta figura la enseñan los Evangelios (Mc. 5), por los cuales se dice que entonces la hemorroísa comenzó a enfermar cuando nació la hija del archisinagogo, y cuando aquella fue sanada, inmediatamente esta murió, para que en uno y el mismo espacio de años el nuevo pueblo persista en la juventud y el viejo muera en la infidelidad y sea maldito. Esto lo hemos dicho según los Setenta intérpretes, cuya edición está divulgada en todo el mundo: para que en lugar famosísimo no pareciéramos refugiarnos en la fortaleza de la lengua 792 hebrea. Lo cual, ya lo entiendas después de la resurrección en el segundo advenimiento del Salvador, o ya deba creerse después del bautismo en la primera resurrección, no aborrece de la fe de la Iglesia.

Los hebreos contienden que estas cosas han de ser antes de la resurrección en el reino de mil años sobre la tierra, y que se prometen tan largos espacios de vida futura que cien años se reputen como infancia; mas que el pecador ha de morir en el centésimo año de su edad: para que evidentemente no disfrute de las riquezas preparadas; sino que por el pecado, sepa que él es maldito. Mas si es así, ¿dónde estará la bienaventuranza perfecta, que por el pecado es violada y corrompida, y el pecado es castigado con muerte inmadura?

(Vers. 21. 22.) «Y edificarán casas, y habitarán; y plantarán viñas, y comerán los frutos de ellas». No edificarán, y otro habitará: no plantarán, y otro comerá. LXX de modo similar. De estas casas, también en el salmo sesenta y ocho el sermón profético promete, diciendo: «Porque Dios salvará a Sion: y se edificarán las ciudades de Judá, y habitarán allí, y por herencia la adquirirán, y la semilla de sus siervos la poseerá: y los que aman su nombre habitarán en ella». Todo lo cual los judíos reciben carnalmente, para que Jerusalén y las ciudades de Judea sean restituidas a su estado antiguo. Mas si se lo concedemos, oigan que esto se promete no solo a Jerusalén, sino también a Sodoma, diciendo Ezequiel: «Sodoma será restituida a lo antiguo» (Ez. 16, 55).

Por tanto, las casas en las cuales han de habitar los que las edifican, o han de entenderse las Virtudes, o las diversas mansiones ante el Padre; las cuales poseerá continuamente el que las hubiere edificado. Tales cuales se dice que se edificaron para sí las parteras en el Éxodo, que temían a Dios: aunque está escrito en el hebreo que por Dios les fueron edificadas casas, porque lo temieron (Éx. 1). Y Jacob porque era sencillo, o como se dice en griego aplastos, esto es, de ningún modo fingido; ni tal cuales en la Epístola de Pedro son condenados, de los cuales dice: «En la avaricia con sermones fingidos de 793 vosotros negocian» (2 Ped. 2, 3); por eso habitaban en la casa que Esaú, que se deleitaba con las fieras y las selvas, no pudo poseer. Tal casa también las palabras del Salvador en el Evangelio describen:

«Todo el que viene a mí, y oye mis sermones, y los hace, será semejante al varón prudente, que edificó su casa sobre piedra» (Mat. 7, 24), y lo demás. De otro modo, según la letra, muchos santos edifican casas y no habitan en ellas, o sustraídos por la peregrinación, o por la rapiña de otro, o por la muerte. Tal fue Job, quien rico en carne y espíritu, fue conducido a tan gran pobreza que se sentaba en un estercolero fuera de la puerta de la ciudad (Job 2). Al contrario, aquel rico purpurado en el Evangelio edificó una casa y habitó en ella, a quien rectísimamente podía decírsele: «Necio, esta noche te quitarán tu alma; mas las cosas que preparaste, ¿de quién serán?» (Luc. 12, 20).

Mas no solo dice, edificarán casas y habitarán en ellas: sino que también plantarán viñas, y ellos mismos comerán el fruto de ellas. Según aquello que se dice en Miqueas: «Descansará cada uno bajo su viña y bajo su higuera; y no habrá quien aterrorice» (Miq. 4, 4). Esta es la viña que hablaba en el Evangelio: «Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos, y mi Padre el agricultor» (Juan 15, 5). Todo el que no hace fruto será cortado, y será echado al fuego (Mat. 3, 10). Sus frutos se comen y se beben, y alegran el corazón del hombre, e inebrian a los amigos del esposo, y se beben cotidianamente en el reino de Dios. Mas bajo la higuera descansa, y no teme las insidias de nadie, el que disfruta de la dulzura del Espíritu Santo, y de sus frutos se sacia: caridad, gozo, paz, fe, continencia, paciencia. De tal género de plantador se dice: «El que hubiere plantado una higuera, comerá los frutos de ella» (Amós 9, 14). El que tales

casas hubiere edificado, y plantado tales viñas, de las cuales también el Apóstol habla: «Yo planté, Apolo regó, Dios dio el incremento» (1 Cor. 3, 6), comerá los trabajos de sus manos (Sal. 127); y sembrando en el espíritu, del espíritu cosechará vida eterna (Juan 4): ni será suplantado por los fraudes del diablo y de sus satélites.

(Vers. 23 ss.) «Porque según los días de un árbol serán los días de mi pueblo, y las obras de sus manos envejecerán para mis electos». No trabajarán en vano, ni generarán en conturbación: porque son semilla de los benditos del Señor, y sus nietos con ellos. Y será que antes de que clamen, yo exultaré [Vulg. oiré]: todavía hablando ellos, 794 yo oiré». El lobo y el cordero pacerán juntos, y el león y el buey comerán paja, y para la serpiente el polvo será su pan. No dañarán, ni matarán en todo mi monte santo, dice el Señor. LXX: «Etenim según los días del árbol de la vida, los días de mi pueblo: las obras de sus trabajos harán envejecer mis electos: no trabajarán en vacío, ni generarán hijos para la maldición: porque semilla bendita por el Señor es, y sus nietos con ellos». Y será antes de que clamen, yo los exultaré [oexaudiré]: todavía hablando ellos diré, ¿qué es? Entonces los lobos y los corderos pacerán juntos: mas el león como buey comerá paja, y la serpiente tierra como pan. No dañarán, ni corromperán, en mi monte santo, dice el Señor.

Eterna será la habitación y la plantación de los justos, para que los días de la vida de mi pueblo sean comparados con los días de la vida de un árbol, de lo cual en los Salmos se dice: «El justo

como la palma florecerá» (Sal. 91, 13), cotidianamente triunfando de los adversarios, y prefiriendo la insignia de la victoria. Mas si leemos según los Setenta, «los días del árbol de la vida», quienes más vertieron el sentido del hebreo que las palabras, entendemos el árbol de la vida, que fue situado en el paraíso. Al cual para que no extendiera Adán su mano para que viviera, fue echado del paraíso (Gén. 3). En cuya custodia los Querubines, esto es, multitud de ciencia, y la espada de fuego fue puesta, para que guardaran el camino del árbol de la vida, para que no comiera de él Adán puesto en pecado y no conociendo todavía sus delitos, y muriera con la muerte de la impenitencia y de la desesperación y de la soberbia. Qué sea este árbol de la vida, Salomón lo expone más manifiestamente, quien disputando sobre la sabiduría de Dios dice: «Árbol de vida es para todos los que acceden a ella, y los que se apoyan sobre ella, como sobre el Señor, tienen firmeza» (Prov. 3, 18); ni hay duda de que signifique al Verbo de Dios, quien él mismo es el camino y la sabiduría, y habla de sí mismo: «Yo soy la vida» (Juan 11, 25). Y sobre la cual el Profeta canta: «Todas las cosas hiciste en la sabiduría: llena está la tierra de tu creación» (Sal. 103, 24); y el apóstol Pablo: «Cristo virtud de Dios, y sabiduría de Dios» (1 Cor. 1, 24). Las obras también del pueblo de Dios no envejecerán, sino que se renovarán cotidianamente, para que no caminen en la vetustez de la letra, sino en la novedad del espíritu (Rom. 7). Para que como por la desobediencia de un solo hombre, muchos fueron constituidos pecadores:

así por la obediencia de un solo hombre, muchos sean constituidos justos.

O ciertamente debe decirse esto, 795 que envejecen las obras de aquellos cuya casa fundada sobre piedra permanece para siempre, y los que edificaron sobre el fundamento de Cristo, oro, plata, piedras preciosas (1 Cor. 3): y al contrario las obras de aquellos perezcan cuya casa fundada sobre la arena es subvertida por súbita tempestad; y los que edificaron sobre el fundamento de Cristo madera, heno, paja. ¿O no te parece envejecer cotidianamente sus obras el que, olvidado de las cosas pasadas, se extiende hacia lo futuro? De donde tanto viejo como nuevo se dice el Testamento: no porque el viejo perezca, sino porque al nuevo otro no sucede. Esto también puede decirse según el hebreo, que las obras del pueblo y de los que creen en Cristo son frutos de los Apóstoles, esto es, de los electos de Dios, y en sus tesoros son reconditados. «Pues muchos son los llamados, y pocos los electos» (Mat. 20). Estos no trabajarán en vano, como en otro tiempo trabajaron los judíos; sino que comerán los trabajos de sus manos. Ni generarán en conturbación, o en maldición, y como en el hebreo se pone más expresamente, eis anyparxian, lo cual en la lengua de ellos se dice LABALA [Al. LABAALA], esto es, para que dejen de ser, y tengan el fin de su sustancia: por lo cual Aquila, Símaco y Teodoción interpretaron «festinación»: para que de ningún modo se apresuren a creer sin razón: sino que imiten a Natanael, quien por la voz del Señor fue alabado: «He aquí verdaderamente un israelita,

en el cual no hay dolo» (Juan 1, 47), quien buscaba a Cristo por la autoridad de las Escrituras, y deseaba reconocerlo por los Profetas, diciendo: «¿De Nazaret puede ser algo bueno?». Y es el sentido: ¿Cómo me traéis al Mesías de Galilea y de Nazaret, a quien yo sé que fue prometido de Belén de Judá? Los Apóstoles pues y los varones apostólicos de tal modo generarán hijos que los instruyan por las Escrituras santas, para que no imiten la maldición de los judíos, sino que con el Profeta digan: «Por tu temor, Señor, en el útero concebimos, y estuvimos de parto y parimos» (Is. 26, 18). Pues de estos se había dicho: «Bendita la progenie de tu útero» (Deut. 28, 4). Tales son los hijos de Abraham, que hacen sus obras: y en la historia antigua son llamados hijos de los Profetas (Juan 8): cuales también en el nuevo Instrumento los Apóstoles generaron (Hech. 16), Pablo a Timoteo, Lucas y Tito, y a muchos otros; Pedro al evangelista Marcos, y los demás a los demás, cuya semilla es bendita, y hasta ahora es bendecida, y permanecen los hijos de los 796 hijos. Sobre los cuales el Profeta dice: «Bienaventurado el varón que teme al Señor, en sus mandatos querrá sobremanera. Potente en la tierra será su semilla, la generación de los rectos será bendecida» (Sal. 111, 1. 2). Y en otro lugar: «Tus hijos como renuevos de olivo en el circuito de tu mesa. He aquí que así será bendecido el hombre que teme al Señor» (Sal. 127, 4. 5). Al contrario se dice de Judas el traidor, y de todos los que son semejantes a él: «Sean sus hijos pupilos, y su mujer viuda. Sean movidos y trasladados sus hijos, y mendiguen, sean echa-

dos de sus casas» (Sal. 108, 9. 10). Pues el fin de la generación mala es pésimo. Los que conciben dolor, y paren iniquidad. Sobre cuyo príncipe está escrito: «He aquí que estuvo de parto de injusticia, concibió dolor, y parió iniquidad» (Sal. 7, 15). Mas si esto se dice de los impíos, ¿cómo Samuel, varón bienaventurado y justo, generó hijos pésimos, que no caminaron por la vía del padre (1 Sam. 8); y David, de cuya semilla Cristo nació, generó dos hijos, Amón y Absalón, de los cuales uno resultó parricida de su hermano, el otro de su padre (2 Sam. 13, 15 y 16)? De todas estas cosas aprendemos que los hijos y nietos deben entenderse según lo que dijimos. Según lo cual también Pablo pare hijos, hasta que Cristo sea formado en ellos, y genera a Onésimo en los vínculos (Gál. 4). Los cuales cuando hubieren clamado, inmediatamente serán oídos, y hablando ellos, dirá el Señor: Aquí estoy. Todas las cuales cosas también según la letra en los Hechos de los Apóstoles vemos que fueron completadas. Pues ni habrían podido todas las gentes creer en tan breve tiempo, si por los milagros de los signos su fe de algún modo no hubiera sido extorsionada. Pues hablando y clamando los Apóstoles y los varones apostólicos, el Señor respondía con la magnitud de los signos, para que Dorcas surgiera a las preces de Pedro (Hech. 9), para que el padre de Publio en la isla de Malta de las fiebres y la disentería —cuyas enfermedades son contrarias entre sí— por las preces de Pablo fuera sanado, y para que todo el orbe dijera que ellos eran dioses caminando entre los hombres (Hech. 28). Entonces el lobo y el cordero

pacían juntos, el perseguidor Pablo, y Ananías el discípulo (Hech. 9). Aquel lobo, de quien está escrito: «Benjamín lobo rapaz, por la mañana comerá la presa, y hacia la tarde dará los alimentos» (Gén. 49, 27); o como se dice en el hebreo, «dividirá los despojos». Cuya doctrina fue alimento de los creyentes, y el que en todo el orbe triunfó de los adversarios superados. Mas corderos han de creerse todos los que en vestidos cándidos siguen al Cordero por dondequiera que va (Apoc. 14), a los cuales el 797 Señor entregó a Pedro para pacer diciendo: «Pace mis corderos» (Juan 21, 16). El león también como el buey comerá paja, cuando los varones disertísimos, y en otro tiempo potentes ante el siglo, se entregan a la rusticidad de las Escrituras, para que de ningún modo sean apacentados por la elocuencia secular, que a instar de la miel destila de los labios de la meretriz, sino que sigan la vileza y la paja de la historia, hasta que con mucho trabajo e industria merezcan llegar al trigo de los sentidos. Sobre cuya paja y trigo Jeremías habla: «¿Qué la paja para el trigo, dice el Señor» (Jer. 23, 28)? Y ha de considerarse que no el buey se vuelve en rabia, sino que el león se muda en mansedumbre. La serpiente también que observaba el calcañar del hombre, y cuya cabeza era observada por el hombre, de ningún modo se nutrirá con el perecimiento de otros, sino que comerá tierra, o polvo, como pan (Gén. 3). O ciertamente así ha de entenderse, que el diablo que antes se apacentaba con las muertes de los hombres, coma solo a aquellos que son polvo y tierra: por todas las cuales cosas se demuestra

la conmutación de los malos en bien, los cuales serán inofensivos, depuesta la ferocidad antigua: no fuera, sino en el monte santo del Señor, esto es, en la Iglesia, y en la confesión de aquel monte, por el cual fue vulnerado el príncipe de Tiro, y el que cortado del monte sin manos, creció en monte grande, y llenó el orbe (Dan. 2). Interroguemos en este lugar a los judíos, y a todos los que bajo nombre cristiano todavía comen las pajas de las Escrituras, las cuales apartadas del trigo por el bieldo del Señor, serán entregadas al viento y a las llamas: ¿qué bienaventuranza ha de estimarse, para que en el reino de mil años, en el monte Sion, ciudad del Cristo presente Jerusalén; y en el Templo augustísimo, los lobos y los corderos, los leones y los bueyes, las serpientes y los hombres coman juntos, e igualmente moren? ¿y que estos solo sean inofensivos, los que en el monte santo del Señor hubieren habitado? De lo cual entendemos que todos los que hubieren estado fuera del monte han de ser matados. Se desnudará pues para los lobos, leones, osos, pardos y serpientes, y las demás bestias el universo orbe; e inmensos bosques, y la vastedad de la soledad egipcia, que es fértil en animales venenosos, y por suma felicidad la ciudad santa no solo de hombres, sino también de bestias y serpientes será el habitáculo, para que según la profecía superior, habite el lobo con el cordero, y el pardo con el cabrito, el becerro y el león, y las ovejas con los osos igualmente moren (Is. 11); y un niño pequeño los rija, y el infante desde el pecho envíe su mano al agujero del áspid, y en su caverna mate al basilisco. Y sea

causa de tanta felicidad el que llena está toda la tierra de la ciencia del Señor.

(Cap. 66—Vers. 1.) «Esto dice el Señor: El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies». ¿Qué casa es esa que me edificaréis, y cuál es ese lugar de mi descanso? Todas estas cosas mi mano las hizo, y fueron hechas todas estas cosas, dice el Señor. LXX de modo similar.

Para que no entendiéramos que el monte santo es Sion, y quedáramos cubiertos por el error judaico, quienes piensan que Jerusalén ha de ser construida, y que todo lo que el Señor promete ha de cumplirse allí carnalmente, nos quita esta sospecha; y pone el testimonio que usó Esteban, el primer mártir en Cristo, contra la contienda judaica (Hech. 7). Salomón le edificó una casa, sin duda para Dios; mas el Altísimo no habita en cosas hechas por mano, como dice el Profeta: «El cielo es mi trono: mas la tierra el escabel de mis pies». Y Pablo en el mismo volumen: «Dios, que hizo el mundo y las cosas que hay en él, de ningún modo habita en templos hechos por mano» (Hech. 17, 24). Pues si a semejanza de uno que se sienta en un trono y reina, el cielo es su trono y la tierra el escabel de sus pies, ¿cómo será encerrado en un lugar pequeño el que lo llena todo, y en el cual están todas las cosas? De donde también Moisés: «No digas», dice, «en tu corazón: Está lejos: pues Dios está en el cielo arriba, y sobre la tierra abajo: y no hay otro Dios fuera de él» (Deut. 4, 39). Y el Salmista: «¿A dónde iré de tu espíritu, y a dónde huiré de tu rostro? Si subiere al cielo, allí estás: si bajare a los infiernos, estás

presente» (Sal. 138, 7). Con el cual también Jeremías de parte de la persona de Dios concuerda, diciendo: «Dios que se acerca soy yo: y no Dios de lejos. ¿Acaso podrá alguno ocultarse en escondrijos, y yo no lo veré? ¿No lleno yo el cielo y la tierra?» (Jer. 23, 23. 24). «Pues en él todos somos y nos movemos» (Hech. 17). Mas esto lo dice para convencer el error judaico, quienes piensan que el Dios invisible, e incorpóreo, e incomprensible, puede ser encerrado en el templo de Jerusalén. Lo cual ciertamente también el mismo Salomón, constructor del Templo, confiesa más extensamente en su oración al Señor (3 Rey. 8). Y para que no juzguemos que la magnitud de Dios ha de medirse también por el cielo y la tierra, en otro lugar leemos de él: «Quien sostiene el cielo con la palma, y la tierra con el puño» (Is. 40, 12). Por las cuales cosas se muestra a Dios 799 tanto por fuera como por dentro, e infuso y circunfuso, mientras ni es encerrado por el trono que lo rodea, y encierra con su puño y con su palma. Quien no solo es creador del cielo y de la tierra, sino también de las cosas invisibles, de los Ángeles y de los Arcángeles, de las Dominaciones, de las Potestades, y de todos los hombres, de los cuales habla el Apóstol (Col. 1): todas las cuales cosas la mano de Dios ha obrado. De la cual también Job y el Salmista conmemoran: «Tu mano me hizo, y me plasmó» (Job 10, 18; Sal. 118, 73). Pues todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho. De lo cual de nuevo Juan: «En el mundo», dice, «estaba; y el mundo por él fue hecho» (Juan 1). Pues él dijo, y fueron hechas; él mandó, y fueron creadas (Sal.

32). Y esto que la Escritura del Génesis demuestra con habla mística: «dijo Dios», e «hizo Dios» (Gén. 1). Pues por la palabra del Señor los cielos fueron afirmados, y por el espíritu de su boca toda la virtud de ellos. Y ningún lugar hay del descanso del Señor, sino este que el Profeta subañade.

(Vers. 2, 3.) «¿A quién, pues, miraré, sino al pobrecillo y al contrito de espíritu, y al que tiembla ante mis palabras?» «El que inmola un buey, es como el que mata a un hombre». «El que sacrifica una res, es como el que descerebra a un perro». «El que ofrece una oblación, es como el que ofrece sangre de cerdo». «El que recuerda el incienso, es como el que bendice a un ídolo [Vulg. al ídolo]». LXX: «¿Y sobre quién miraré, sino sobre el humilde y el quieto, y el que tiembla ante mis palabras?» «÷ Mas el inicuo ** el que inmola un becerro es como el que hiere a un varón». «El que sacrifica del rebaño, es como el que mata a un perro». «El que ofrece harina, es como el que ofrece sangre de cerdo». «El que da incienso para memoria, es como un blasfemo».

Quitado el altar y el Templo terreno, que la mano humana había construido, rectamente se quitan también las víctimas de los judíos, para que no dijeran por casualidad: No somos tan necios como para pensar que Dios pueda ser encerrado en un lugar; sino que en un lugar separado para sacrificar, inmolamos a Dios las víctimas que están prescritas por la ley. Por lo tanto, el Habitante del cielo, más aún, el Creador de todas las cosas que niega tener para sí un templo en la tierra, asume de buen grado en su templo al

hombre humilde y quieto, y que tiembla ante sus palabras, según aquello del Apóstol: «Vosotros, pues, sois templo de Dios, y el Espíritu Santo habita en vosotros». «Si alguno viola el templo de Dios, Dios lo violará a él». «Pues el templo de Dios santo es, el cual sois vosotros» (1 Cor. 3, 16. 17).

Cualquiera, pues, que es humilde y quieto, y que tiembla ante las palabras de Dios, a ese lo mira el Señor; y de él puede entenderse lo que se profetiza bajo el nombre de la tierra: «La tierra tembló y calló, cuando Dios se levantó para el juicio» (Sal. 75, 9. 10). Pues sus habitantes, por los cuales metonímicamente (*μετωνυμικῶς*) se dice la tierra, considerando el juicio de Dios, guardan quietud de las malas obras; y sentados en la casa, descansan en el sábado eterno, para no moverse a la obra servil del pecado, así como los edificadores de la torre movieron en otro tiempo sus pies desde el Oriente, y abandonaron el orto de la luz verdadera. Ni oyeron aquello que se dice a Caín: «Pecaste, descansa» (Gén. 4). Sino que según los Proverbios de Salomón: «El que escucha a Dios, habitará confiado, y descansará sin temor de todo mal» (Prov. 1, 33).

Este es el humilde y pobrecillo, y contrito de espíritu, y el que tiembla ante las palabras del Señor, de quien está escrito en el Evangelio: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mat. 5, 3). Y en otro lugar: «Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre» (Sal. 40, 1). Y de nuevo: «El Espíritu del Señor sobre mí, por lo cual

me ungió, a evangelizar a los pobres me envió» (Is. 61, 1).

Y lo que sigue en la edición Vulgata: «Mas el inicuo», en el hebreo no se tiene, sino que simplemente une y dice: «El que inmola un buey, es como el que mata a un hombre». Lo cual también está escrito en otro lugar: «Misericordia quiero, y no sacrificio: más el conocimiento de Dios que el holocausto» (Os. 6, 6). Y por Malaquías: «Todas las cosas que yo odiaba, hacíais: cubriendo con lágrimas mi altar: ¿acaso es digno que yo mire vuestro sacrificio, y reciba algo aplacable de vuestras manos?» (Mal. 2, 13). Oigan los judíos que Dios no busca sacrificios, sino el ánimo de los que los ofrecen.

«Y el que sacrifica», dice, «una res, es como el que descerebra a un perro». De donde también por Moisés está escrito: «No ofrecerás el salario de la ramera, ni el precio del perro en la casa de tu Dios» (Deut. 23, 18). Y bellamente se acoplan el perro y la ramera, porque ambos animales son propensos a la libido. Y consideremos al mismo tiempo que no dijo: El que inmola un carnero, es como el que inmola un perro; sino «mate», dice, «a un perro». Cuya palabra no se pone en los sacrificios, sino en aquellas cosas que se degüellan ilícitamente.

«El que ofrece una oblación y sacrificio, es como el que ofrece sangre de cerdo». Lo cual también por la misma Ley es prohibido; tales son las ceremonias de los judíos (Levit. 11, y Deut. 14). El que tributa incienso es como un blasfemo, más aún, como quien bendice a un ídolo. Pero también

puede ser este el sentido: Después de mi Hijo que vino manso y pobre, sentado sobre el pollino de una asna, no quiero carnes, detesto las víctimas, repruebo los sacrificios de los judíos, las sombras de la Ley, porque me es deleitable la verdad del Evangelio (Zac. 9, y Mat. 21, y Luc. 19, y Juan 12). Pero si esto se dice, que después del rayo del Evangelio, la antigua religión cesa en la nube: ¿qué responderán los que creyendo de entre los judíos juzgan que sin daño propio pueden ofrecer carnes carnalmente sacrificios?

(Vers. 4.) «Todas estas cosas eligieron en sus caminos, y en sus abominaciones su alma se deleitó». «Por lo cual también yo elegiré sus ilusiones, y lo que temían les traeré». «Porque llamé, y no hubo quien respondiera: hablé, y no oyeron: e hicieron el mal ante mis ojos: y lo que yo no quise, eligieron [Vulg. hicieron]». LXX: «Y ellos mismos eligieron sus caminos, y sus abominaciones su alma quiso: y yo elegiré sus ilusiones, y sus pecados les retribuiré». «Porque los llamé, y no obedecieron: hablé, y no oyeron». «E hicieron el mal en mi presencia, y lo que yo no quería eligieron».

Inmolar un buey, sacrificar un carnero, ofrecer un sacrificio, encender inciensos, las cuales cosas así tiene Dios, como un homicidio y una oblación de un perro: y sangre suilla y blasfemia ellos mismos eligieron; y para que tales cosas cultivaran, fue de su propio arbitrio; según lo que dice por Ezequiel: «Les di justificaciones no buenas, y preceptos no buenos» (Ezeq. 20, 11). «Y en sus

caminos», dice, «anduvieron, no en el camino del Señor».

«Y sus abominaciones su alma quiso», para que fueran amadores más de sí mismos que amadores de Dios. Por cuya causa, eligiendo ellos sus caminos, y no a aquel que dice: «Yo soy el camino» (Juan 14, 6), también el Señor eligió las ilusiones, o los burladores de ellos, que en hebreo se llaman THALULE (*תעלולים*), esto es, *ἐμπαῖκται*, para que constituya príncipes pésimos, y todos sus males, o las cosas que temían, pariter les traiga.

Y da las causas por las que fueron entregados a los escribas y fariseos sus burladores, de los cuales el primer salmo según los hebreos canta: «Y en la cátedra de los burladores no se sentó»: a quienes los Setenta llaman «pestilentes»: cuales fueron los hijos de Helí, hijos de pestilencia, por lo cual en hebreo está escrito BELIAL [Al. BLIAL] (*עלוב*), esto es, del diablo.

«Porque», dice, «llamé, y no hubo quien respondiera: hablé, y no oyeron: e hicieron el mal ante mis ojos: y lo que yo no quise, eligieron». Cuyos versos pone por segunda vez en el presente lugar, y arriba, donde se dice: «Os contaré en la espada, y todos en la matanza caeréis: porque llamé, y no respondisteis» (Is. 65, 12), y lo demás de modo similar. Qué testimonio, en qué sentido deba ser recibido, allí se dijo.

(Vers. 5.) «Oíd la palabra del Señor, vosotros que tembláis ante su palabra [Vulg. palabra]». «Dijeron vuestros hermanos que os odian, y os desecharon por causa de mi nombre: Sea glorifi-

cado el Señor, y veremos en vuestra alegría: mas ellos mismos serán confundidos». LXX: «Oíd la palabra del Señor, vosotros que tembláis ante su palabra». «Decid a vuestros hermanos, que os odian y os abominan para que el nombre del Señor sea glorificado: y aparezca en la alegría de ellos: e ellos mismos sean confundidos [Al. sean confundidos]».

De los cuales ya antes había dicho: «¿Sobre quién miraré, sino sobre el humilde y el quieto, y el que tiembla ante mis palabras?». A ellos mismos les manda que, despreciadas las víctimas de los judíos, y despecto todo el tumor de los escribas y fariseos, pasen a su culto, al cual llamándolos ellos no quisieron oír, y despreciaron, e hicieron el mal en su presencia.

Ni está contento con este fin de los preceptos, sino que les impera el mandato del Evangelio (Luc. 6), para que amen a sus enemigos, hagan bien a los que los odian, y oren por sus perseguidores, e imiten la clemencia del Padre, que hace salir su sol sobre justos e injustos: «Para que viendo», dice, «vuestras obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mat. 5, 16). Lo cual después de la inteligencia general, se prescribe especialmente a los Apóstoles y a los varones apostólicos, para que amen a los judíos sus perseguidores, y a los que los abominan los tengan en lugar de hermanos, diciendo con Pedro: «Varones hermanos y padres, oíd»; y con el apóstol Pablo: «Tristeza tengo grande, y continuo dolor en mi corazón por mis hermanos que son israelitas» (Rom. 9, 2).

Se glorifica, pues, el nombre del Señor, cuando vieren los hombres que la ferocidad de los perseguidores se rompe por nuestra paciencia, y que la mano que golpea se confunde por la presentación de la otra mejilla. A los cuales en el Evangelio se les prescribe: «Luzca vuestra luz ante los hombres, para que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mat. 5, 16); y en el Apocalipsis de Juan: «Temed a Dios, y dadle gloria» (Apoc. 14, 7). Pablo también escribe a los Corintios, provocándolos a la continencia: «Para que glorifiquéis a Dios en vuestro cuerpo» (1 Cor. 6, 20). Y de nuevo: «Ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1 Cor. 10, 31). De donde también el Señor a los que lo maldecían no los maldecía de nuevo (1 Ped. 2): y por sus perseguidores oraba.

Mas lo que prescribe: «Decid a vuestros hermanos» (Mat. 28, 10), no ha de recibirse simplemente; de otro modo muchos llaman hermanos, y en el corazón no retienen la caridad, de los cuales escribe el Apóstol: «Confiesan que conocen a Dios, mas con las obras lo niegan» (Tit. 1, 16). De los cuales también el Señor hablaba: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mat. 7, 21). Y así puede estar en pie aquella sentencia: «Nadie dice: Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo» (1 Cor. 12, 3). Pues como los herejes digan Señor Jesús, y muchos en la resurrección han de decir: «Señor, ¿acaso no en tu nombre profetizamos, y virtudes muchas hicimos?» (Mat. 7, 22). Les responderá el Señor:

«Apartaos de mí, no os conozco, operarios de la iniquidad».

Por lo tanto el decir, no con el habla, que es fácil, sino con el afecto y con las obras se comprueba. De las cuales cosas aprendemos que es el mismo el Señor de ambos Instrumentos (Testamentos) que prescribe que si viéremos el jumento de nuestro enemigo caer bajo su carga, no pasemos de largo, sino que lo levantemos con él, y si halláremos el buey o el asno errante, se lo devolvamos (Luc. 15, Mat. 18).

Esto según los LXX. Por lo demás según el hebreo, este me parece el sentido: Oíd, Apóstoles, oíd, discípulos míos, que tembláis ante la palabra del Señor, contaré qué han dicho vuestros hermanos que os odian y os separan, y os juzgan ajenos, no por vuestros males; sino por causa de mi nombre, quienes estiman inmundos a todos los de su nación que creen en mí, y dicen: «Apártate de mí, porque inmundo eres». ¿Qué es, pues, lo que conmemora que ellos han dicho: «Sea glorificado el Señor, y veremos en vuestra alegría»? De cuyo versículo este es el sentido: ¿Por qué nos introducís a un Dios humilde? ¿por qué a un crucificado y varón de dolores, y que sabe llevar las enfermedades? queremos verlo en su majestad (como decís) reinando: lo miraremos triunfante en su gloria, al humilde y abatido no podemos verlo. Y al instante añade: «Mas ellos mismos serán confundidos», se sobrentiende, los que hablan tales cosas, que no entienden los misterios de las Escrituras, y en sus males sentirán la potencia de aquel a quien por su humildad habían despreciado.

(Vers. 6.) «Voz [Vulg. del pueblo] de estrépito de la ciudad, voz del Templo, voz del Señor que devuelve la retribución a sus enemigos». Los LXX en lugar de estrépito, pusieron clamor, y lo demás de modo similar.

Queremos saber cuál sea la confusión de los judíos, que dijeron: Sea glorificado el Señor, para que veamos vuestra alegría, y contemplemos los triunfos de vuestro rey, de ningún modo con vanas promesas, sino con los ojos. «Voz», dice, «de clamor de la ciudad»: sin duda que significa a Jerusalén rodeada por el ejército romano, y dividida dentro en tres partes por la sedición, cuando uno obtuvo el Templo, y poseyó todas las cosas antes santas, luchando por fuera contra los enemigos, y por dentro contra los ciudadanos.

En aquel tiempo tanto en la urbe como en el Templo, se oyó el ululato tanto de los sacerdotes y levitas, como del vulgo innoble, y de las mujeres y de los niños, cuando devolvió el Señor la retribución a sus enemigos, cumpliendo la conminación con que había dicho: «Se os dejará vuestra casa desierta» (Luc. 13, 35); y aquella profecía: «He desamparado mi casa». Cuando los presidentes del templo con consonante voz de ángel dijeron: «Pasemos de estas sedes».

De las cuales cosas no solo Josefo, escritor de la historia judaica, sino muchos siglos antes el Salmista testifica, diciendo: «Vi la iniquidad y la contradicción en la ciudad» (Sal. 54, 10), la cual rodeó sus muros todo el día y toda la noche, de modo que fuera subvertida la ciudad (Miq. 3), y se cumpliera otro vaticinio: «Sion como un campo

será arada: y Jerusalén como una choza en un peponal será dejada» (Is. 1, 8).

(Vers. 7.) «Antes de que estuviera de parto, parió: antes de que viniera su parto, parió un varón». «¿Quién oyó jamás tal cosa? ¿quién vio algo semejante a esto [Vulg. semejante]?» «¿Acaso estará de parto la tierra en un solo día: o nacerá una nación de una vez? porque Sion estuvo de parto y parió a sus hijos». «¿Acaso yo que hago parir a los otros, yo mismo no pariré, dice el Señor?» «Si yo que a los demás doy la generación, ¿seré estéril?, dice el Señor tu Dios». LXX: «Antes de que la que está de parto para: antes de que venga el dolor de las que paren, escape, y parió un varón». «¿Quién oyó tal cosa, y quién vio algo semejante? Si la tierra estuvo de parto en un día; o si nació una nación de una vez, porque Sion estuvo de parto y parió a sus pequeñuelos». «Mas yo di esta esperanza, y no te acordaste de mí, dice el Señor. ¿Acaso yo no hice a la que pare y a la estéril, dice tu Dios?»

Resonando el clamor desde Jerusalén y su Templo, cuando fue sitiada y subvertida, y recibiendo los enemigos de Cristo, que no quisieron recibir a Dios como rey, suplicios eternos por su impiedad y blasfemias, la Iglesia congregada en el nombre del Señor, de la cual en el salmo se dice: «Un hombre nació en ella: y el mismo Altísimo la fundó» (Sal. 85, 5), antes de que estuviera de parto, parió; antes de que viniera su parto, engendró un varón.

Pues no en mucho tiempo, como el pueblo de los judíos creció en mayor número por Abraham,

e Isaac, y Jacob, y los doce Patriarcas, y de nuevo por sus hijos y nietos, sino que ante la predicación evangélica al instante todo el mundo concibió, y estuvo de parto, y parió un varón, al cual Faraón y Herodes intentaban matar, el cual tanto en Moisés como en Cristo fue salvado en Egipto. Finalmente Abraham e Isaac tuvieron hijos varones, y Jacob, padre de muchos hijos, engendró una sola hija, por la cual padeció duras cosas (Gén. 34). Pues si las hijas de Salfahat reciben por sentencia de Dios la herencia del padre (Núm. 27), ha de considerarse esto, que su padre murió en su pecado, el cual no engendró ningún hijo, y Moisés no se atrevió a juzgar nada sobre ellas, sino que lo remitió al Señor, quien mandó que ellas, para que no permanecieran pobres, se casaran con sus hermanos. También el libro del Génesis narra (Cap. 6) que después de que los hombres empezaron a ser muchos, cuyo número siempre está en el vicio, y les nacieron hijas, las aceptaron, no los Ángeles, sino los hijos de Dios, de los cuales nacieron los gigantes: o como está escrito en hebreo *ἐπιπίπτοντες*, esto es, irruyentes. Por el contrario se dice al santo: «Tu esposa como vid abundante en los lados de tu casa. Tus hijos como renuevos de olivos, en torno a tu mesa» (Sal. 126, 3). Y de nuevo: «Veas a los hijos de tus hijos» (Ibíd., 6). Parió, pues, Sion, esto es, las reliquias de Israel y la fe de los Apóstoles creyentes, al varón, el Señor Salvador, que fue generado en todo el mundo a la vez, lo cual nadie oyó, lo cual ninguna historia narra, ni doctrina de alguno, para que todas las naciones creyeran en breve tiempo. And

de todas las naciones, se hiciera una sola nación de cristianos, de la cual también habla Pablo: «Si hay alguna nueva criatura en Cristo, las cosas viejas pasaron; he aquí que todas han sido hechas nuevas» (2 Cor. 5, 17): según aquello que en otro lugar está escrito: «Y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones: porque del Señor es el reino, y él dominará a las naciones». «Pues todas las naciones que hiciste, vendrán, y adorarán ante ti, y glorificarán tu nombre» (Sal. 21, 28 y sigs.). De lo cual dice Jacob: «Él es la esperanza de las naciones» (Gén. 49, 10). Y el Salmista: «Esperanza de todos los confines de la tierra» (Sal. 63, 6). Y el mismo Isaías que ahora comentamos: «Habrá una raíz de Jesé, y el que se levantará para ser príncipe de las naciones, en él esperarán las naciones» (Is. 11, 10); cumpliendo los Apóstoles lo que se les mandó: «Enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mat. 28, 19), para que nazca un nuevo pueblo, de quien también el salmo veintiuno canta: «Anunciarán los cielos su justicia, al pueblo que nacerá, al cual hizo el Señor» (Sal. 21, 32). Y de nuevo: «El pueblo que será creado, alabará al Señor» (Sal. 100, 19). Mas este pueblo fue creado en un solo día, al cual ilustra el sol de justicia, diciendo la Escritura: «Será para ti el Señor luz sempiterna» (Is. 60, 19). Podemos esto que se dice: «Nacerá una nación de una vez, porque Sion estuvo de parto y parió a sus hijos», referirlo también a aquel tiempo cuando en un día tres mil y cinco mil de entre el pueblo judaico creyeron (Hech. 2). Se dice también en

el mismo libro de los Hechos de los Apóstoles que de todas las naciones que hay bajo el cielo, estuvieron en Jerusalén, los cuales oían en diversas lenguas hablar las grandezas de Dios (Ibíd.). Y lo que sigue según los LXX, «Mas yo di esta esperanza, y no te acordaste de mí, dice el Señor. ¿Acaso yo no hice a la que pare y a la estéril, dijo tu Dios?», se pone más manifiestamente en el hebreo, con el cual también los demás intérpretes concuerdan: «¿Acaso yo que hago parir a otros, yo mismo no pariré, dice el Señor? Si yo que a los demás doy la generación, seré estéril, dice el Señor tu Dios», según aquello que en otro lugar se dice: «Quien plantó el oído, ¿no oirá?, y quien formó el ojo, ¿no considera?» (Sal. 93, 9); que ciertamente quien creó a todos los hombres de la nada, puede de todas las naciones hacer una sola parte de creyentes en sí, la Iglesia. Finalmente en el salmo veintiocho, donde nosotros leemos: «Voz del Señor que sacude el desierto» (Sal. 28, 8), en el hebreo está escrito: «Voz del Señor que hace parir al desierto» (Según el hebreo), para que la Iglesia antes desierta engendre, y se perfeccionen los ciervos por los matorrales abiertos y triturados. Por lo demás según los LXX este es el sentido, que en un solo tiempo ante la predicación de los Evangelios, nazca una sola nación de todo el orbe. Por muchos profetas a menudo prometí, y no te acordaste de mi promesa, oh ciudad que estás llena de clamores: oh Templo que ha sido desamparado por el Señor: oh pueblo, a quien he devuelto su vicisitud. ¿Acaso no hice yo, dice, a la que está de parto y a la estéril; la que

antes había sido estéril, después estuvo de parto y parió? De la cual en el salmo se escribe: «Quien hace habitar a la estéril en casa, madre de hijos alegre» (Sal. 112, 9). O ciertamente el orden de las cosas se ha invertido: la que paría se ha hecho estéril, y la otrora estéril parió a muchísimos, porque del Señor es esta sentencia.

(Vers. 10.) «Alegraos con Jerusalén, y exultad en ella todos los que la amáis. Gozad con ella con gozo, todos los que lloráis sobre ella, para que maméis, y os hartéis del pecho de su consolación, para que ordeñéis, y disfrutéis de delicias, por la gloria de toda clase de ella». LXX: «Alégrate, Jerusalén, y haced asamblea todos los que la amáis. Gozad con gozo todos los que lloráis sobre ella, para que maméis y os llenéis del pecho de su consolación, para que después de que hayáis mamado, os deleitéis por la entrada de su gloria».

Se manda a los Apóstoles y a los varones apostólicos, que aman a ambas Jerusalenes: a aquella que cayó, llorando y lamentándose, y a aquella que ha de resurgir, aguardándola con todo deseo; para que se alegren con ella y en ella, la cual está edificada con piedras vivas que ruedan sobre la tierra, y a semejanza de las ruedas de los Querubines, siguen al espíritu que precede; no en aquellas que han sido disueltas en cenizas eternas. Sobre las cuales el Señor hablaba: «Amén, amén os digo, no permanecerá piedra sobre piedra, hasta que se cumplan todas estas cosas» (Mat. 24, 2). «Gozad —dice— con ella con gozo, todos los que la lloráis». Tales como enseñamos sobre Pedro y Pablo los apóstoles, y todos los que esperaban la

redención de Israel, para que mamen y se harten con los pechos de su consolación. Pues no podía suceder que la que parió un varón, y estaba de parto, careciera de abundancia de leche para la educación de aquella nación y de los pequeñuelos que a la vez habían nacido, para ofrecerles dos pechos —de ningún modo como antes en Egipto, rotos y caídos, sino íntegros y erguidos con decoro virginal—, del Antiguo y del Nuevo Instrumento, para ofrecer leche espiritual. Sobre los cuales el esposo le habla: «Buenos son tus pechos más que el vino» (Cant. 1, 1). Estos eran de quienes especialmente decían: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (Mat. 5, 5).

Y ha de notarse esto, que los que son pequeñuelos, necesitan la leche de la consolación, y todavía viven en lugar mortal. Mas quienes después de la leche de la consolación hayan progresado hacia el alimento sólido, abundarán en las delicias de la verdad, y en la ciencia de la gloria de toda clase, que en hebreo se llama ZIZ. Por lo cual los LXX interpretaron «entrada»; Símaco «grosura»; Teodoción «multitud». Esto dijimos para manifestar la palabra ambigua del salmo setenta y nueve, en el cual está escrito: «La exterminó el jabalí de la selva, y la fiera singular la devoró» (Sal. 79, 14). Pues por aquello donde en nuestros códices y en los griegos se lee μόνιος ἄγριος, esto es: «fiera singular», en el hebreo está escrito ZIZ SADAI: lo cual Aquila vertió παντόδαπον χώρας, esto es, «todo tipo de la región», para significar que Israel fue exterminado no solo por los roma-

nos, sino por todas las naciones. Mas aquella entrada gloriosa de la Iglesia ha de entenderse como aquella de la que escribe el apóstol Juan: «Y en las doce puertas había doce perlas, y las plazas de la ciudad eran de oro puro como vidrio transparente» (Apoc. 21, 21). El Señor prohíbe que estas perlas se echen ante los puercos (Mat. 7), las cuales el buen negociante, cuando las encuentra en los Profetas y en los Apóstoles, va hacia una perla preciosísima, no desechando las anteriores, sino buscando por medio de ellas la más preciosa (Mat. 13).

(Vers. 12.) «Porque esto dice el Señor: He aquí que yo inclino sobre ella como un río de paz, y como un torrente que inunda la gloria de las naciones, la cual mamaréis: a los pechos seréis llevados, y sobre las rodillas os acariciarán». LXX: «Porque esto dice el Señor: He aquí que yo inclinaré hacia ellos como un río de paz, y como un torrente que inunda la gloria de las naciones. Los pequeñuelos de ellos serán llevados en hombros, y sobre las rodillas serán consolados».

Edificada por los Apóstoles Jerusalén, e instaurada en su estado anterior, después de que sus hijos y habitantes hayan sido consolados por los pechos, y por la abundancia de la leche hayan llegado a las delicias de la verdad, por las cuales se llega a la gloria de Dios: entonces el Señor inclinará sobre ella un río de paz, del cual frecuentemente dijimos: «El río de Dios está lleno de aguas» (Sal. 64, 10). Y: «El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios» (Sal. 45, 5); para que, poseyendo la paz todas las cosas, y cesando las guerras de las

naciones, de las cuales dice la Escritura: «Disipa a las naciones que quieren guerras» (Sal. 67, 32), el torrente de las doctrinas de Dios riegue los campos de los creyentes. Entonces sus hijos, o «pequeñuelos» (como tradujeron los LXX), serán llevados en hombros, y sobre las rodillas recibirán consolación. En hombros, sobre los cuales también en la profecía anterior se dijo, y los cuales Jacob desea para su hijo Isacar: «Porque sometió su hombro para trabajar» (Gén. 49, 15), y fue llamado varón agricultor. Pues con sudor y trabajo excesivo llegamos a la abundancia de los frutos. Por lo cual también se dice a Sion por medio de Jeremías: «Pon tu corazón en tus hombros» (Jer. 24, 7), para que por los mandatos entienda al Señor, imitándolo a él, de quien está escrito: «Jesús empezó a hacer y a enseñar» (Hech. 1, 1), para que no esté ociosa la fe, sino que por las obras corra hacia el premio. Mas qué signifiquen las rodillas y el seno, también arriba brevemente lo expuse, y ahora el ejemplo de Abraham podrá enseñarnos, en cuyo seno Lázaro descansa, y todos los que vienen del Oriente y del Occidente, que se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob.

(Vers. 13, 14.) «Como si a alguno su madre lo acariciara, así yo os consolaré, y en Jerusalén seréis consolados. Veréis, y se alegrará vuestro corazón, y vuestros huesos como hierba germinarán. Y se conocerá la mano del Señor para sus siervos, y se indignará contra sus enemigos». LXX en lugar de «siervos», pusieron «los que temen»; en lugar de «enemigos», «los incrédulos»: lo demás similar.

Aprendemos la misericordia del Creador hacia sus criaturas por el ejemplo de las madres, las cuales, nutriendo a sus hijos con amor en su seno, superan toda caridad. Finalmente, queriendo Dios mostrar cómo ama a quienes creó: «¿Acaso se olvidará —dice— la mujer, para no compadecerse de la prole de su vientre? mas aun si ella se olvidara, yo sin embargo no me olvidaré de ti» (Is. 49, 15). Cuyo sentido tiene también aquel pasaje evangélico, en el cual el Señor habla a Jerusalén: «¿Cuántas veces quise congregar a tus hijos, como la gallina congrega a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste» (Mat. 23, 37)? Y el Deuteronomio, en el cual algo tal resuena: «Como el águila protege su nido, y deseó a sus polluelos: extendiendo las alas, los tomó, y los llevó en sus hombros» (Deut. 32, 11). Dicen quienes escribieron sobre las naturalezas de los animales, que en todas las bestias, y jumentos, y ganados y aves es innato el afecto hacia sus hijos y polluelos, pero que el máximo es el amor de las águilas, las cuales colocan los nidos en lugares excelsos e inaccesibles, para que la culebra no viole a los fetos. También que se encuentra entre sus polluelos la piedra amatista, por la cual todos los venenos son superados. Si esto es verdadero, rectamente el afecto de Dios hacia sus criaturas ha sido comparado con las águilas, el cual con toda custodia protege a sus hijos, para que el dragón y la culebra antigua, el diablo y Satanás, no se acerque a los nuevos fetos, para que ante el nombre de la piedra, que se pone en los fundamentos de Sion, se rompan todas las insidias de los adversarios.

Mas esta Jerusalén, en la cual los hijos serán consolados por la madre, y serán acariciados en las rodillas, es aquella de la que escribe el Apóstol: «Mas la que está arriba es la Jerusalén libre, la cual es madre de todos nosotros» (Gál. 4, 26). Saciado con la leche de cuya consolación, consolaba a los demás, que necesitaban sus sermones, diciendo: «Bendito sea Dios, Padre de misericordias, y Dios de toda consolación, quien nos consuela en toda tribulación, para que también nosotros podamos consolar a los que están en toda tribulación, por la consolación con la que nosotros mismos somos consolados por Dios» (1 Cor. 1, 3). Quienes después de que hayan sido consolados, se les dirá: «Y veréis, y se alegrará vuestro corazón, y vuestros huesos como hierba germinarán», o «surgirán», o según Símaco, «florecerán» (Juan 16, 22). Verán, pues, sin duda a Dios, lo cual es la verdadera alegría. De los cuales el Señor hablaba: «Bienaventurados los limpios de corazón; porque ellos verán a Dios» (Mat. 5, 8). Cuya visión es el perfecto gozo, que habita en el corazón de la plena fe: y la germinación de los huesos sigue, de la cual ya antes dijimos. Si el lector se olvidó de esto, recurra a la explicación anterior. Pues es mejor que él relea lo escrito, que nosotros repitamos lo dicho. «Y conocida —dice — será la mano del Señor para sus siervos», o «para los que le temen, y amenazará a los enemigos», o «a sus incrédulos». La mano pues o se toma por la potencia, de que pueda Dios hacer todas las cosas que promete, según aquello que por persona de Dios Moisés habla a Faraón: «Ahora

enviaré la mano, y te heriré, e interceptaré a tu pueblo, y serás borrado de la tierra» (Éx. 3, 20). Y de nuevo él mismo al mismo tirano: «He aquí que la mano del Señor estará sobre tus jumentos» (Éx. 9, 4); de la cual al Señor el Salmista decía: «Tu mano a las naciones mató, y los plantaste» (Sal. 43). O ciertamente por mano del Señor ha de entenderse Cristo, de quien también arriba leímos: «Mi mano hizo todas estas cosas». La cual el Señor hará conocida para sus siervos y para los que le temen, y amenazará a los incrédulos y a sus enemigos, para que a unos prometa premios, a otros amenace con suplicios. En lo cual ha de considerarse la propiedad de las palabras, que no dijo: «Inferirá a sus enemigos»; sino «amenazará», para que aterrados por la amenaza, también ellos mismos pasen a la servidumbre del Señor.

(Vers. 15, 16.) «Porque he aquí que el Señor vendrá en fuego: y como torbellino sus cuadrigas, para devolver en indignación su furor, e increpación suya en llama de fuego. Porque en el fuego el Señor es juzgado [Vulg. juzgará], y en su espada para con toda carne: y se multiplicarán los muertos por el Señor». LXX: «He aquí que el Señor vendrá como fuego, y como tempestad su carro, para devolver en furor su venganza: e increpación en llama de fuego. Pues en el fuego del Señor será juzgada toda la tierra: y en su espada caerá toda carne: muchos heridos serán por el Señor».

La mano del Señor, la cual será conocida para sus siervos, y para los que le temen, ella misma amenaza a los incrédulos, o a sus enemigos, para que si no hicieren penitencia, sufran lo que

sigue: «Pues he aquí —dice—, el Señor vendrá en fuego, y como torbellino o tempestad su carro». Los cuales debemos entender como las potestades angélicas, cuando ha de venir el Señor en la gloria del Padre con sus Ángeles, a juzgar a vivos y muertos: no porque el Señor sea fuego, sino porque para los que sufren penas, parezca ser fuego. Y aunque Moisés haya dicho (Deut. 4, 24), confirmándolo el mismo Apóstol (Heb. 12, 29): «Dios es fuego consumidor». Sin embargo el Salvador, expresando la sustancia de la divinidad, dice: «Espíritu es Dios» (Juan 4, 24). Mas entre el espíritu y el fuego, según la inteligencia corporal, hay mucha diversidad. ¿Cómo se dice que tiene ojos, y oídos, y manos, y pies, y vientre, y los demás miembros del cuerpo, no teniendo estos el espíritu y el fuego? Fuego pues consumidor es llamado Dios, para que todo lo que de vicios hay en nosotros, consuma el heno, las maderas, y la paja, y las espinas, esto es, las preocupaciones de este siglo, las cuales la tierra infecunda trajo en lugar de buena semilla, de la cual se dice a los hebreos: «Mas la que trae espinas y abrojos, réproba es, y próxima a la maldición: cuyo fin es la consunción» (Heb. 6, 8). De este fuego también hablaba el Señor en el Evangelio: «Fuego vine a enviar sobre la tierra» (Luc. 12, 49). Y arriba leímos: «Arderá como fuego la iniquidad, y como grama árida será consumida por el fuego» (Is. 9, 18), y toda la cizaña, que el hombre enemigo sobresembró, durmiendo el padre de familia (Mat. 13). De lo cual también se escribe en la Epístola de Santiago: «¡Qué pequeño fuego cuánta mate-

ria enciende!» (Sant. 3, 5). Y en los Proverbios: «En muchas maderas tiene vigor el fuego» (Prov. 26, 20). Aunque en aquello que es Proverbio, otra cosa pueda entenderse (Ecli. 28). Este fuego pienso que se sentó sobre las lenguas de todos los Apóstoles y de los creyentes, cuando hablaban en diversas lenguas, y ahuyentaba todas las tinieblas del error, e iluminaba los corazones de quienes recibían la palabra del Señor (Hech. 2).

Mas lo que sigue: «Como tempestad su carro», o «sus cuadrigas», lo manifestaremos con ejemplos de los Salmos, en los cuales está escrito: «Dios vendrá manifiestamente, Dios nuestro, y no callará. El fuego arderá ante él: y en su circuito tempestad válida» (Sal. 49, 3). Y en otro lugar: «El carro de Dios múltiple por diez miles; miles de los que se alegran» (Sal. 67, 18). Eliseo estaba rodeado por estos carros y caballos, los cuales su criado no podía ver. Por lo cual dice: «Señor, abre los ojos de este niño para que vea. Y abiertos —dice— los ojos, vio carros, y cuadrigas, y caballos por el circuito» (4 Rey. 6, 17). En este carro ígneo también Elías fue arrebatado al cielo, cuando clamaba Eliseo: «Padre mío, Padre mío, el carro de Israel y su auriga» (4 Rey. 2, 12). Todas estas cosas sin embargo se narran, no porque Dios o tenga carros, o cuadrigas, o sea llevado por la velocidad de los caballos; de quien en otro lugar está escrito: «Quien camina sobre las plumas de los vientos» (Sal. 103, 3); sino que como se dice que se sienta en el solio, cuando asume el hábito del que juzga; así cuando viene para la venganza, para que debelíe a sus adversarios, se muestra en hábito de

vencedor y triunfante. Sobre el furor del Señor a menudo dijimos, que así debe ser aceptado como su olvido, y penitencia, y contristación, y demás afectos, que no convienen a la majestad de Dios. Y en este fuego y furor, por tanto, en estos carros y en la llama de fuego será juzgada toda carne, o el mismo Señor con sus criaturas, para que no por la potencia, sino por la verdad del juicio se vea llevar la sentencia según aquello que en Miqueas más prolijamente, y en el salmo cincuenta más brevemente se dice: «Para que seas justificado en tus palabras: y venzas cuando fueras juzgado» (Sal. 50, 5). Mas la espada por la cual toda carne ha de ser juzgada, ha de aceptarse aquella de la que también antes dijimos, y ahora diremos en parte: «Si no os convirtiereis, vibrará su espada» (Sal. 7, 13). De esta espada castigadora de la carne pecadora y de todos los vicios, se quejan los israelitas de que fue dada en manos de Faraón; y dicen a Moisés y Aarón: «Vea Dios y juzgue: porque hicisteis abominable nuestro olor ante Faraón: para que se diera la espada en su mano, y nos matara» (Éx. 5, 21). De esta espada también en Amós está escrito: «Por la espada morirán todos los pecadores del pueblo» (Amós 9, 10): cuando ciertamente también hay otros géneros de penas. Todo lo que pues punza, y hiere, y tuerce, y crucifica, en las Escrituras santas es llamado espada, por la cual espada serán heridos o muertos, quienes no hicieren la voluntad de Dios; y omitida la luz de la verdad, se involucren en las tinieblas del error. De los cuales está escrito en Jeremías: «Si mudará el etíope su piel» (Jer. 13, 23). Y en Sofonías: «Y

vosotros etíopes heridos, o muertos seréis por mi espada» (Sof. 2, 12). Toda la continencia de este lugar, en qué sentido ha de aceptarse, el Apóstol más prolijamente lo manifiesta, escribiendo a los romanos: «Mas según tu dureza y corazón impenitente, atesoras para ti ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien devolverá a cada uno según sus obras. A estos ciertamente que según la paciencia de la obra buena, buscan la gloria y el honor y la incorrupción, la vida eterna. Mas quienes por contención y son incrédulos a la verdad, consienten pues a la iniquidad, ira y furor, tribulación y angustia sobre todos los hombres que obran el mal, del judío primero y del étnico» (Rom. 2, 5 sigs.).

(Vers. 17.) «Los que se santificaban, y se pensaban limpios en los huertos tras una [puerta] por dentro: los que comían carne de puerco, y la abominación y el ratón, a la vez serán consumidos, dice el Señor». LXX: «Los que se santifican y se purifican en los huertos y en los umbrales, comiendo carne porcina, y las abominaciones, y el ratón: a la vez serán consumidos, dice el Señor».

Símaco y Teodoción interpretaron este lugar así: «Los que os santificáis y os purificáis en los huertos uno tras otro, entre los que comen carne suilla, y la abominación, y el ratón, a la vez desfallecerán, dice el Señor», queriendo mostrar que no comen ellos mismos la carne suilla, y la abominación, y el ratón, los que se santifican en los huertos uno tras otro; sino que los que se purifican conviven con aquellos que comen lo que está prohibido. Mas el sermón divino reprende a

los pueblos de los judíos, más bien a los Escribas y Fariseos, a quienes también el Señor reprendía, diciendo: «Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos ante los hombres: mas Dios conoce vuestros corazones, porque lo que en los hombres es excelso, abominación es ante Dios» (Luc. 16, 15). Por lo cual los increpaba y decía: «¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas, que limpiáis lo que está fuera del cáliz y del plato, y por dentro estáis llenos de inmundicia!» (Mat. 23, 25). Y de nuevo: «Que sois sepulcros blanqueados: mas por dentro estáis llenos de huesos de muertos, y de toda suciedad» (Ibíd., 27): que con su boca bendecían, y con su corazón maldecían (Sal. 61): que al Señor hablaban cosas pacíficas, y suavizaban sus palabras sobre el aceite, mas ellos mismos eran dardos, de los cuales rectísimamente se decía: «Este pueblo con los labios me honra: mas su corazón lejos está de mí» (Is. 29, 13).

Había mandado pues por Moisés Dios (Núm. 19), que si alguno hubiera sido sorprendido en pecado; rociado con la ceniza de la vaca roja, y por otros modos de expiación, por los sacrificios y las víctimas volviera al Templo, lo cual ellos descuidando, en los lugares de las delicias y de las voluptuosidades, esto es, en huertos amenísimos, o construían bautisterios, o piscinas para regar los planteles: pensando que con simples aguas lavaban los adulterios y toda la torpeza de las libidines, a los cuales rectísimamente se adaptará aquello: «Y purifican la noche con el río» (Horat.). Y no le parezca a alguno incongruente, si lo que se

gesta torpemente, más manifiestamente se explica para corrección de quienes no se avergüenzan de cometer tales cosas que torpe es incluso decir, mientras se adhieren a las meretrices al modo de los perros, y los varones en los varones ejercen la torpeza, recibiendo la retribución del pecado en sí mismos. Quienes estas obras hacen, por voluntad y crímenes están con estos que comen carne suilla, y todas las cosas que por la Ley se prohíben, y el «ratón», al que nosotros llamamos «lirón» (glirem), o según las provincias de Oriente myoxous. Y ellos por tanto que comen estas cosas, y estos que ejercen toda torpeza, tales cosas hacen que tal vez ni los étnicos hacen, paritariamente serán consumidos (Lev. 11). Según la tropología podemos decir: Todos los amadores de la voluptuosidad más que amadores de Dios, se santifican en los huertos y en los umbrales, porque los misterios de la verdad no valen entrar, y comen los manjares de la impiedad, mientras no son santos en cuerpo y espíritu: ni comen la carne de Jesús, ni beben su sangre. De lo cual él mismo habla: «Quien come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna» (Juan 6, 55). Pues nuestra pascua, Cristo, ha sido inmolado (1 Cor. 5). Quien no fuera, sino en una sola casa y por dentro es comido.

(Vers. 18, 19.) «Yo, sin embargo, [conozco] sus obras y sus pensamientos; vengo para congregarlos con todas las naciones y lenguas: y vendrán y verán mi gloria. Y pondré en ellos una señal, y enviaré de ellos a los que hayan sido salvados a las naciones en el mar [Al. el mar], a África, a Lidia, los que tensan la saeta, a Italia y Grecia, a

las islas lejanas: a aquellos que no han oído de mí, y no han visto mi gloria». LXX: «Y yo conozco sus obras y sus pensamientos, y vengo a congregar todas las naciones y todas las lenguas: y vendrán y verán mi gloria, y enviaré sobre ellos una señal: y enviaré de ellos a los que hayan sido salvados a las naciones, a Tarsis y Fud, y Lud y Mesec y Tubal, y a Grecia, y a las islas lejanas, que no han oído mi nombre, ni han visto mi gloria».

Antes de que exponga qué significa la enumeración de tantísimas naciones, se debe hablar brevemente sobre la variedad de la interpretación. Tarsis, en lengua hebrea, se llama mar; y (según dicen) una región de la India: aunque Josefo, con una letra cambiada, piensa que se denomina Tarso en lugar de Tarsis, ciudad de Cilicia, a la cual Jonás, huyendo de Jope, deseaba ir (Jonás 1). Fud, sin embargo, o *Ful*, son los libios, y toda el África hasta el mar de Mauritania, en la cual hoy hay un río que se llama Fud, y toda la región alrededor de él se llama Futense. A Lud, sin embargo, llaman los lidios, cuyos colonos son los etruscos, que ahora se llaman tuscos, en otro tiempo peritísimos en lanzar saetas, y ahora se dicen «tensando la saeta». Por lo cual en el hebreo se lee MOSHE CESETH, que, exceptuando a los Setenta, todos tradujeron de igual modo: «tensando el arco». Y los Setenta pusieron Mosoch, interpretando un nombre por un verbo. Lo cual, si se acepta, significa a los capadocios: cuya metrópoli es Mazaca, que después recibió el nombre de Cesarea por el César Augusto. Quienes, queriendo no sé qué, también en el Génesis

(Cap. 10) interpretaron al último hijo de Aram, esto es, de los sirios de Damasco, que se llama Mes, como Mosoch: por lo cual nosotros más rectamente traducimos meonios. Tubal, sin embargo, o Thobel, se interpreta o como Italia, o como Iberia, esto es, España, por el río Ebro, de donde incluso hoy la región de las Españas se llama Celtiberia. De los cuales bellamente dice Lucano (Lucano, lib. 4): «Los celtas de los galos mezclando su nombre con los iberos»: a quienes nosotros podemos llamar galohispanos. Los griegos, sin embargo, que en el habla hebrea se llaman Javan, significan jonios: de donde también los griegos son jonios, y el mar Jónico. Y esto debe considerarse, que puso especialmente las naciones de Jafet, uno de los hijos de Noé: aunque en Tarsis y Fud, también recordó los nombres de Sem y Cam, esto es, de la India y África, para mostrar todo el orbe.

Viene, pues, el Señor para congregar las obras y los pensamientos de cada uno. De lo cual aprendemos que no solo las obras, sino también los pensamientos han de ser juzgados en el día del juicio. «Pues quien viere a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón» (Mat. 5). De los cuales se dice: «Ahora les han rodeado sus pensamientos»: cuando el Señor juzgará lo oculto de los hombres según el Evangelio de Jesucristo; para que aquello que el Apóstol escribe, sea comprobado por la verdad del juicio: «acusándose y defendiéndose mutuamente los pensamientos, en el día en que Dios juzgará lo oculto de los hombres» (Rom. 2, 15): para que

todos nuestros pensamientos congregados en un solo tiempo sean probados por el justo juez, mientras o bien nos acusa nuestra conciencia, o bien satisface por el delito, si son más los pecados o las buenas obras: y si son antiguas o nuevas: si han sido borradas por la penitencia, o instauradas por nuevos crímenes, cuando dice el Señor: «Sus caminos di sobre sus cabezas: y les devolveré sus pensamientos» (Oseas 4, 9). «Quien formó singularmente sus corazones, y entiende todas sus obras» (Sal. 32, 15). De los cuales también en otro lugar leemos: «Tú solo conoces los corazones de los hombres» (2 Par. 6, 30). Pues nadie sabe qué cosas hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él (1 Cor. 2). De donde también por Jeremías habla Dios: «¿Acaso soy yo Dios de cerca, y no de lejos, dice el Señor? ¿Acaso se esconderá un hombre en escondrijos, y yo no lo sabré?» (Jer. 23, 23). Finalmente se dice a los escribas y a los fariseos: «Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos ante los hombres: pero Dios conoce vuestros corazones» (Luc. 16, 15). En lo cual debe considerarse que no dijo, el Padre, según las blasfemias de los herejes, para no parecer que excluía al Hijo, sino «Dios»: lo cual es común al Padre y al Hijo. Pues «en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y Dios era el Verbo: esto era en el principio junto a Dios» (Juan 1, 1, 2). De lo cual el mismo Juan escribe: «Jesús mismo, sin embargo, no se fiaba de ellos, porque él los conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie diera testimonio del hombre: pues él mismo sabía qué había en el hombre»

(Juan 2, 24, 25). Con lo cual también concuerda aquello: «Sabiendo Jesús, sin embargo, sus pensamientos» (Luc. 6, 8). Y en otro lugar: «Sabiendo Jesús, sin embargo, su malicia» (Mat. 22, 18). Y para que no haya duda alguna, haciendo los herejes calumnia del Verbo de Dios, de que conociera todas las cosas, en la Epístola que se escribe a los Hebreos, se dice más prolijamente: «Pues viva es la palabra de Dios, y evidente y aguda sobre toda espada de dos filos, y que llega hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones también y de las médulas, y es juez de los pensamientos y de los sentidos del corazón. Y no hay criatura invisible en su presencia. Todas las cosas, sin embargo, están desnudas y abiertas a sus ojos, de quien es para nosotros el discurso» (Heb. 4, 12).

Después, sin embargo, de que todos los pensamientos hayan sido congregados en uno, acusándonos o defendiéndonos: entonces todas las naciones y lenguas con sus pensamientos serán igualmente conducidas al medio. Las lenguas, sin embargo, según el apóstol Pablo, no solo las leemos de los hombres, sino también de los ángeles (1 Cor. 13). De lo cual se da a entender que todas las criaturas han de ser juzgadas por el Señor, no solo sobre la tierra, sino en el aire y en los cielos, según lo que él mismo había dicho en lo anterior: «Embriagada está mi espada en el cielo, y descenderá a la tierra» (Is. 34, 5). Vendrán, sin embargo, todos para ver la gloria de Dios: y pondrá en ellos una señal, que en el principio de Ezequiel se muestra bajo la interpretación de la letra hebrea

TAU (Ez. 9). Con cuya señal quien haya sido impreso, escapará de la mano del que hiere. Con esto también se marcaban los postes de las casas en Egipto, cuando, pereciendo Egipto, solo Israel permaneció ileso (Éx. 12). De esta señal que el rey Acaz de Judá no quería recibir, el profeta Isaías testifica: «Por eso el Señor mismo os dará una señal: He aquí que una virgen concebirá en el seno y parirá» (Is. 7, 14). De donde también el Profeta pide lo que había sido prometido: «Haz conmigo una señal para bien» (Sal. 85, 17). Y en otro lugar: «Diste a los que te temen una señal, para que huyeran de la presencia del arco» (Sal. 59, 4). Esto nos dejó el Señor al ascender al Padre, o lo puso en nuestras frentes, para que dijéramos libremente: «Signada está sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor» (Sal. 4, 7).

Lo que sigue, sin embargo: «Y enviaré de ellos a los que hayan sido salvados a las naciones»: y enumera a cada una, parece ser contrario a nuestra exposición. Pues si se dice del día del juicio: ¿cómo vuelve de nuevo al primer advenimiento del Salvador, cuando los Apóstoles son dirigidos a las naciones, y oyen del Señor: «Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mat. 28, 19). Lo cual se soluciona así: Se predica el día del juicio, más aún, se amenaza, para que por el miedo de la pena futura, reciban el advenimiento del Salvador y el Evangelio de los Apóstoles, que han de ser enviados antes. Bellamente, sin embargo, dijo: «Y enviaré de ellos a los que hayan sido salvados» (Is. 66, 18). Pues si el Señor no nos

hubiera dejado una simiente, seríamos como Sodoma, y habríamos sido semejantes a Gomorra. Y el Apóstol: «Las reliquias —dice— han sido salvadas» (Rom. 9, 27). Estos son enviados a las naciones en Tarsis, y Fud, y Lud, y Mesec, y Tubal, y Grecia, y muchísimas islas que están lejos, y que no han oído el nombre del Señor, ni han visto su gloria. De los cuales, según la historia, dijimos arriba (Al cap. 12).

Ahora se debe tocar la anagogía. Tarsis se interpreta exploración del gozo: para que consideremos no aquellas cosas que están en el presente, sino las que están en el futuro; y merezcamos oír: «Porque en lo poco fuisteis fieles, entrad en el gozo de vuestro Señor» (Mat. 25, 21). De lo cual también escribe el apóstol Pedro: «Exultad con gozo inefable y glorioso» (1 Ped. 1, 8); para que alabemos a Dios diciendo: «Se llenó de gozo nuestra boca, y nuestra lengua de exultación» (Sal. 125, 2). Y lo que sigue, Fud se interpreta exclusión de la boca: para que excluyendo toda blasfemia, hablemos aquellas cosas que son buenas, y digamos: «Mi boca anunciará tu justicia, Señor: todo el día tu salvación» (Sal. 70, 15). Y de nuevo: «No escondí en mi corazón tu verdad, y dije tu salvación» (Sal. 39, 11). Lud también en nuestra lengua se traduce utilidad, y Mesec, extensión, y Tubal, o Thobel, conducido al luto, o convertido, o universal: todas las cuales cosas congregan con la vocación de las naciones, para que sigan la utilidad por la confesión de su alma, y olvidados de las cosas pasadas, se extiendan a las futuras. Y lloren sus antiguos pecados, y sean

arrastrados al luto y a la tristeza, que conduce a la vida. Bienaventurados, en efecto, los que lloran, porque ellos reirán (Mat. 5). Y conviértanse todos al Señor, para que después pasen a la gracia, y sepan lo dicho por el Apóstol: «Gloria, y honor, y paz a todo el que obra el bien, al judío primero y al griego» (Rom. 2, 10): puesto que no solo es Dios de los judíos, sino también de las naciones. Por lo demás, aquello que se dice: «Y a las islas de lejos, que no oyeron mi nombre, ni vieron mi gloria», conviene a aquellos de quienes leímos arriba: «A los que no se les ha anunciado sobre él, verán: y los que no oyeron, entenderán» (Is. 55, 5). Y otra vez: «Aparecí a estos que no me preguntaban: fui hallado por estos que no me buscaban» (Is. 65, 1). Dije: He aquí que estoy presente, a estos que no invocaban mi nombre. Las islas, sin embargo, que son significadas, o bien son las naciones de todo el orbe, o bien las Iglesias dispersas en todo el orbe, frecuentemente lo hemos dicho.

(Vers. 20.) «Y anunciarán mi gloria entre las naciones, y traerán a todos vuestros hermanos de todas las naciones como un don al Señor, en caballos, y en cuadrigas, y en literas, y en mulos, y en carrozas, a mi monte santo Jerusalén, dice el Señor». LXX: «Y anunciarán mi gloria entre las naciones: y traerán a vuestros hermanos de todas las naciones como un don al Señor, con caballos y rhedas, en carruajes cubiertos de mulos, con sombrillas a la ciudad santa Jerusalén, dice el Señor».

Estos que hayan sido salvados, y enviados a las diversas naciones, y a aquellos que no habían

oído primero, ni habían visto la gloria del Señor, la anunciarán a todas las naciones, y traerán a los hermanos del pueblo judío, de quienes las reliquias han sido salvadas, como un regalo al Señor de entre todas las naciones: o bien a aquellos mismos que, despreciado el error de la idolatría, han seguido el conocimiento del verdadero Dios, o a los que de todo el orbe han creído del pueblo de Israel. A los cuales escribe también el apóstol Pedro (1 Ped. 1). Los traerán, además, en caballos, y en cuadrigas, y en literas, y en mulos, y en carrozas. Por las carrozas (carrucis), que solo Símaco interpretó, a quien nosotros hemos seguido en este lugar, Aquila, los Setenta y Teodoción tradujeron mulos. Y donde los Setenta pusieron con sombrillas (cum umbraculis), que nosotros podemos interpretar como dormitorios, o basternas (literas cerradas), otros con voz acorde tradujeron phoreia, que nosotros interpretamos como vehículos de diverso género: donde, sin embargo, los Setenta y Teodoción dijeron lampenas (carruajes cubiertos), por lo cual Símaco interpretó literas, Aquila puso skepasta, lo cual también significa literas cubiertas de pieles. Esto sea dicho sobre la variedad de las traducciones.

Los caballos, además, y las cuadrigas, y las literas, y los mulos y las carrozas, y los vehículos de diverso género, los podemos entender como ministerios angélicos, de los cuales en otro lugar se dice a Dios: «Sube sobre tus caballos, y tu cabalgata es la salvación» (Hab. 3, 8). En estos caballos, carros y cuadrigas fue arrebatado Elías al cielo, y Eliseo demostró al joven que no lo sabía

que estaba rodeado y guardado por ellos (4 Rey. 2). And Zechariah saw in the night: «He aquí un varón que subía sobre un caballo alazán: y este estaba en medio de dos montes sombríos: y tras él caballos alazanes, y estorninos, y variados, y blancos: y dije —dice—: ¿Qué son estos, Señor? Y me dijo el ángel que hablaba en mí: Yo te mostraré qué son estos. Y respondió el varón que estaba en medio de los montes, y me dijo: Estos son los que el Señor ha enviado para que recorran la tierra» (Zac. 1, 8-10). Juan también en el Apocalipsis testifica que vio estas cosas: «Vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco: y el que estaba sentado sobre él se llamaba fiel y verdadero, y que juzga con justicia, y guerrero. Sus ojos, sin embargo, como llama de fuego: y sobre su cabeza muchas diademas: teniendo un nombre escrito, que nadie conoce sino él mismo; y estaba revestido con una vestidura rociada con sangre: y su nombre se llamaba el Verbo de Dios: y el ejército en el cielo lo seguía en caballos blancos, vestido de lino fino blanco y purísimo, y de su boca salía una espada aguda, para herir con ella a las naciones» (Apoc. 19, 11 ss.). En un caballo alazán estaba sentado el Señor y Salvador, asumiendo el cuerpo humano, a quien se dice: «¿Por qué están rojas tus vestiduras?». Y: «¿Quién es este que sube de Edom, leonadas sus vestiduras de Bosra?» (Is. 63, 2). Y lo guuían caballos de varios colores, o bien rojos en el martirio, o estorninos en el vuelo, o variados en las virtudes, o blancos en la virginidad. Estaba sentado, además, en un caballo blanco cuando, después de la resurrección, asumió un

cuerpo inmortal e incorruptible. Y quienesquiera que lo seguían, usaban caballos blancos, a saber, cuerpos incorruptibles e inmortales. Largo es, si quisiéramos, explicar ambos testimonios: solo diré esto, que los diversos vehículos con los que los hombres son conducidos a la fe son ángeles, o varones santos que de hombres han progresado a ángeles.

Que cada uno de nosotros tenga ángeles, además, lo enseñan muchas Escrituras, de las cuales es aquella: «No despreciéis a uno de estos pequeñuelos: porque sus ángeles ven cada día el rostro del Padre, que está en los cielos» (Mat. 18, 10). Y al anunciar la muchacha Rode al apóstol Pedro, otros creían que era su ángel (Hech. 12). Si esto se dice, sin embargo, de los pequeñuelos, y de un solo hombre, ¿cuánto más debe sentirse sobre todos los santos, y especialmente sobre los Apóstoles? ¿Cuyos ángeles ven cada día el rostro del Padre, según aquello que está escrito: «El ángel del Señor acampa en derredor de los que le temen»? (Sal. 33, 8). Y Jacob habla de sí mismo: «El ángel que me libró». Estos son los que suben y bajan sobre el hijo del hombre. Los que son veloces en la fe, son llevados en caballos: los que son múltiples en la gracia, en cuadrigas: los que necesitan consolación, en literas cubiertas y sombrillas, para que merezcan oír: «Por el día el sol no te quemará, ni la luna por la noche» (Sal. 120, 6). Los mulos, además, en las sagradas Escrituras los recibimos de dos maneras: o bien en la esterilidad y la continencia, tales como en los que se sentaron David y Salomón, de los cuales uno se

interpreta fuerte de mano, el otro pacífico; o bien en la mala parte, de los cuales se dice: «No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento» (Sal. 31, 9); sobre los cuales estaba puesto Doeg (1 Rey. 21). Las carrozas, además, por las cuales (como dijimos arriba) los Setenta tradujeron vehículos cubiertos, los demás simplemente vehículos, deben entenderse aquellos de quienes habla el Apóstol: «Llevad unos las cargas de los otros» (Gál. 6, 2). Por lo demás, las lampenas (carruajes resplandecientes), deben entenderse los cuerpos resplandecientes de los santos, y las almas iluminadas por la fe del Señor, a las cuales se puede decir: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mat. 5, 14).

Todo este aparato, sin embargo, aprovecha para aquello, para que entremos en la santa ciudad de Dios, o al monte santo del Señor, Jerusalén: no aquella que mató a los Profetas, y que apedrea a los enviados a ella; sino la Jerusalén celestial, de la cual frecuentemente hemos dicho: «La Jerusalén de arriba, sin embargo, es libre, la cual es nuestra madre» (Gál. 4, 26). Y de nuevo: «Pero os habéis acercado al monte Sion y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial» (Heb. 12, 22). Lo cual podemos entender o bien de la presente Iglesia, que ha sido congregada en todo el orbe por los Apóstoles, o de la futura: para que se cumpla aquello que el Apóstol profetizó por el Espíritu Santo: «Seremos arrebatados en las nubes al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor» (1 Tes. 4, 16). Los judíos y los ebionitas herederos del error ju-

daico, que por la humildad del sentido tomaron el nombre de pobres, y todos los que esperan las delicias de mil años, entienden los caballos y las cuadrigas, y las rhedas, y las literas, o basternas, y los dormitorios, y los mulos y las mulas, y las carrozas, y los vehículos de diverso género tal como están escritos. A saber, que en la consumación del mundo, cuando Cristo haya venido para reinar en Jerusalén, y el Templo haya sido instaurado, y las víctimas judías inmoladas, los hijos de Israel sean reducidos de todo el orbe, de ningún modo sobre caballos, sino sobre mulos de Numidia. Quienes fueren de dignidad senatorial, sin embargo, y hubieren obtenido el lugar de los príncipes, vengan de los britanos, españoles y galos, los morinos, los extremos de los hombres (Virgilio, Aeneid. 8 así llama a los morinos), y donde el Rin bicorne se hiende, en carrozas, saliendo a su encuentro todas las naciones, que hubieren sido preparadas para su servidumbre.

(Vers. 21.) «Como si los hijos de Israel trajeran una ofrenda en un vaso limpio a la casa del Señor. Y tomaré de ellos para sacerdotes y levitas, dice el Señor». LXX: «Como si los hijos de Israel me ofrecieran sus víctimas con salmos en la casa del Señor: y de ellos tomaré sacerdotes y levitas, dice el Señor».

Aquellos que hayan sido dirigidos a las naciones, dice, y les hayan anunciado mi gloria, así traerán a vuestros hermanos de todas las naciones como un don al Señor, con caballos, y cuadrigas, y literas, y mulos, y carrozas, y diversos vehículos al monte santo Jerusalén, como solían

hacer los hijos de Israel, mientras permanecía su religión y se guardaban las ceremonias del Templo, ofrecer víctimas con salmos en la casa del Señor. O como se tiene en el hebreo, y todos tradujeron con voz acorde, «en un vaso limpio»: lo cual incluso hasta el día de hoy ofrecen en la Casa de Dios, que es la Iglesia, los hijos de Israel que ven a Dios con la mente, hostias espirituales con los frutos y virtudes de su alma en vasos limpios, esto es, en cuerpos santos. De los cuales el Apóstol escribe: «¿Acaso ignoráis que sois templo de Dios, y que el Espíritu Santo habita en vosotros?» (1 Cor. 3, 16).

«Y tomaré —dice— de ellos para sacerdotes y levitas, dice el Señor»: para que los que hayan sido salvados predicaran a las naciones. De los cuales uno hablaba: «Así nos repute el hombre como ministros de Cristo, y dispensadores de los misterios de Dios» (1 Cor. 4, 1). Y Lucas el evangelista: «Tal como nos lo transmitieron —dice— los que desde el principio vieron y fueron ministros de la palabra». De los cuales también leímos arriba: «Vosotros seréis para mí sacerdotes del Señor» (Is. 61, 6). Pues como en lo oculto es judío el que es circuncidado en el espíritu (Rom. 2), de quien está escrito: «Nosotros somos la Circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios» (Fil. 3, 3), y ofrecemos víctimas espirituales agradables a Dios, y salmodiamos con el espíritu y con el sentido: así también hay sacerdotes y levitas en lo oculto, que no siguen la serie del linaje, sino el orden de la fe. O ciertamente no habla de los Apóstoles y varones apostólicos, que fueron los

jefes de la Iglesia del pueblo de los judíos, sino de las naciones enumeradas arriba, del mar, de África, de Libia, de Capadocia, de Italia, de Grecia, de todas las islas, cuyos habitantes primero no habían oído al Señor, ni habían visto su gloria, y después se convertirán en sacerdotes, para que los que habían sido cola, sean cabeza, y los que eran cabeza, se conviertan en cola.

(Vers. 22, 23.) «Porque como los cielos nuevos y la tierra nueva, que yo hago estar ante mí, dice el Señor: así estará vuestra simiente, y vuestro nombre. Y habrá mes de mes, y sábado de sábado: vendrá toda carne, para adorar ante mi rostro, dice el Señor». LXX: «Como el cielo nuevo, en efecto, y la tierra nueva, que yo hago permanecer en mi presencia, dice el Señor: así estará vuestra simiente y vuestro nombre. Y habrá mes de mes, y sábado de sábado: vendrá toda carne para adorar en mi presencia en Jerusalén al Señor».

Cuando dice: «Tomaré de ellos para sacerdotes y levitas», muestra que el antiguo sacerdocio ha sido pasado por alto, el cual se debía a la tribu levítica, donde no hay elección, sino orden de la naturaleza, y la serie es de la familia descendiendo por los pósteros. Pues trasladado el sacerdocio es necesario que también se haga el traslado de la Ley, y la elección pertenezca a aquellos a quienes de ningún modo según la sangre, sino según los méritos y las virtudes se les defiere el sacerdocio, los cuales vendrán de las islas de las naciones, y anunciarán la gloria del Señor. «Y serán traídos en caballos, y en cuadrigas, y en literas, y en mulos, y en carrozas». De qué modo habrá, además,

cielo nuevo, y tierra nueva, y nueva Jerusalén, para que de ningún modo se diga: «El cielo y la tierra pasarán» (Mat. 24, 35). Y de nuevo: «Se envolverá el cielo como un libro: y por la corrupción se disipará la tierra» (Apoc. 6, 14): así en todas las cosas nuevas, se hará también nuevo el pueblo de Dios, diciendo la Escritura: «Las cosas viejas pasaron: he aquí que se han hecho nuevas todas las cosas» (Is. 43, 19). Y en otro lugar: «Si hay alguna nueva criatura en Cristo» (2 Cor. 5, 17). Y habrá también un pueblo nuevo; pues las primicias son Cristo, después los que son de Cristo, en su advenimiento: y cielo y tierra nuevos, de los cuales entre las ocho bienaventuranzas se dice: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra» (Mat. 5, 3. 4). Puesto que, en efecto, toda criatura ahora está sujeta a la vanidad en esperanza, por causa de aquel que la sujetó (Rom. 8). Serán liberados, sin embargo, de la servidumbre de la corrupción en la gloria de los hijos de Dios, que de hombres se convertirán en sus hijos, y estarán en su presencia siempre, y el nombre de ellos permanecerá perpetuamente, para que de ningún modo les suceda otra nación, lo cual se hizo en los judíos; sino que permanezcan para la eternidad.

«Y habrá —dice— mes de mes, y sábado de sábado»: para que de los sábados y meses carnales se hagan espirituales sábados delicados, el cual sabatismo se reserva para el pueblo de Dios. Y mes espiritual, cuando de punto hasta punto la luna se completará, y correrá en su orden, para

que efectúe el mes, esto es, las calendas, que en griego se llaman neomeniai, esto es, el exordio del mes nuevo. Entre los cuales el inicio de las calendas, no según el curso del sol, y los diversos espacios de los meses, sino según el circuito de la luna comienza y termina. Esta es la luna, de la cual en la alabanza del verdadero Salomón se dice: «Y permanecerá con el sol y ante la luna por generaciones de generaciones» (Sal. 71, 5). La cual en el Cantar de los Cantares se llama elegida: «¿Quién es esta que salió como la aurora, hermosa como la luna, y elegida como el sol admirable?» (Cant. 6, 9). Dicen los físicos, y aquellos cuya preocupación es disputar sobre las cosas celestiales, que la luna no tiene luz propia, sino que es iluminada por los rayos del sol. Pues siempre por aquella parte del orbe se completa y brilla, por la cual está más cercana al sol, ni es oscurecida por la sombra de la tierra: lo cual también el poeta demostró en un versículo (Virgilio, Georg. 1): «Ni que la luna salga deudora de los rayos de su hermano».

Si esto es verdad, también nosotros podemos decir tropológicamente que la Iglesia, que por la paz y las persecuciones crece y decrece, y oprimida por las tinieblas de las tentaciones de nuevo asume su luz prístina, tiene el esplendor del sol de justicia, y esto es lo que se dice: «Resplandecerá la luna como el sol» (Is. 30, 26); y sus habitantes justos brillarán como el sol en el reino de su padre. Y por estos meses la simiente del Señor, que ha sido instaurada para la eternidad, viene a sus solemnidades, las cuales el santo con boca mística resonaba, diciendo: «Tuve en mente

los años eternos, y medité» (Sal. 76, 6). Sobre el sábado, además, que significa el descanso, tratamos en un discurso pleno (Al cap. 56), en la profecía de los eunucos extranjeros. Y ahora se debe decir brevemente, que vienen en las neomenias y en los sábados aquellos que, habiendo trascendido y pasado los seis días en los que fue hecho el mundo, se apresuran al séptimo día, esto es, al sábado, en el cual está el verdadero descanso. Sobre estas solemnidades el apóstol Pablo instruía a los creyentes, diciendo: «Teniendo, en efecto, la ley una sombra de los bienes futuros» (Heb. 10, 1). Y de nuevo: «Nadie, pues, os juzgue en la comida, o en la bebida, o en parte de día festivo, o de neomenia, o de sábados, los cuales son sombras de lo futuro» (Col. 2, 16). Si esto precedió en sombra de los bienes futuros, sin embargo, y en imagen, toda la ley debe entenderse espiritualmente, de la cual decía el mismo Apóstol: «Sabemos que la ley es espiritual» (Rom. 7, 14), cuyos misterios también David deseaba conocer: «Revela mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley» (Sal. 118, 18). Pues las cosas que se ven son temporales; las que no se ven, sin embargo, eternas (2 Cor. 4). Recorrer todas estas cosas con una disputa rápida no es de este tiempo. Pues si ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni subieron al corazón del hombre las cosas que Dios preparó para los que le aman (1 Cor. 2), ¿cómo nosotros intentamos mostrar la descripción de toda la Ley como de todo el orbe en una breve tabla?

Y aquello que sigue: «Vendrá toda carne, para adorar en mi presencia en Jerusalén», se debe

saber que en el hebreo no está escrito «Jerusalén»: para que derribemos la ceja de los judíos; sino solo «en mi presencia», para que se cumpla la palabra del Señor, que dice en el Evangelio: «Amén amén os digo: que vendrá la hora, cuando ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre» (Juan 4, 21). Y de nuevo: «Dios es espíritu. Y a los que lo adoran, en espíritu y en verdad conviene adorar» (Ibíd., 24). Y aquello del Apóstol: «Levantando manos santas en todo lugar» (1 Tim. 2, 8). Toda la carne, además, no significa el pueblo de los judíos, sino todo el género de los hombres, según aquello que se dijo arriba: «Verá toda carne tu salvación» (Is. 40, 5). Y en Joel: «Derramaré de mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas» (Joel 2, 28). Y en Zacarías: «Tema toda carne ante la faz del Señor» (Zac. 2, 13). Y en los Salmos: «A ti vendrá toda carne» (Sal. 64, 2). Lo cual se dice con otras palabras en otro salmo: «Todas las naciones que hiciste vendrán y adorarán en tu presencia, y glorificarán tu nombre, Señor» (Sal. 85, 9).

El «mes de mes, y sábado de sábado», en los cuales vendrá toda carne para adorar a Dios, ridículamente lo interpretan los chiliastai, a quienes nosotros podemos llamar milenarios: que los que están en la vecindad vengan a Jerusalén cada sábado; los que más lejos, por meses, esto es, completado el orbe de las calendas; los que muy lejos, por cada uno de los años, esto es, en los días de la Pascua o de los Tabernáculos, según aquello que se dice en Zacarías: «Subiendo de año en año, para adorar al Señor rey de los ejércitos, y celebrar

la festividad de los Tabernáculos» (Zac. 14, 16). Y para que ofrezcan mayor risa a los oyentes, aquello que se escribe en el último volumen del mismo profeta: «Y no habrá mercader más en la casa del Señor de los ejércitos en aquel día», así lo interpretan, que los negociantes dejen de existir en los mil años, porque todas las cosas nazcan en todos los lugares, por lo cual a saber ni nosotros necesitemos la hoja de amomo y pimienta, ni los indios deseen de nosotros el poleo.

(Vers. 24.) «Y saldrán, y verán los cadáveres de los hombres que prevaricaron contra mí. Su gusano no morirá, y su fuego no se extinguirá. Y serán hasta la saciedad de la visión para toda carne». LXX de igual modo. Toda carne que ha de adorar en presencia del Señor, o bien en la Jerusalén celestial, o bien en todo lugar en el que se levantan manos limpias, saldrá, para que vea los cadáveres de los hombres muertos, que hubieren prevaricado contra Dios. Lo cual o bien puede entenderse de los judíos, de quienes se dijo: «Hijos engendré y exalté: ellos, sin embargo, me despreciaron»; o bien de todos los que teniendo el conocimiento de Dios en sus corazones, se desviaron a la vanidad, para que adoren a la criatura más que al Creador. Saldrán, sin embargo, no de lugar, sino de entendimiento. Pues ni los cadáveres de los muertos pueden estar dentro con el Señor. Que si toda carne ha de adorar al Señor, y por el contrario los cadáveres de los varones, que prevaricaron contra el Señor, serán entregados a ardores eternos, en ambas partes habrá resurrección de la verdadera carne.

El gusano que no morirá, además, y el fuego que no se extinguirá, es aceptado por la mayoría como la conciencia de los pecados, la cual atormente a los constituidos en suplicios: por qué por su vicio y pecado carecieron del bien de los elegidos, según aquello que se dice: «Fui vuelto en mi miseria, mientras se me clava la espina» (Sal. 31, 4). Y en los Proverbios: «Polilla de los huesos el corazón que entiende» (Prov. 25, 20). Y de nuevo bajo el óbelo: «Como la polilla al vestido, y el gusano a la madera: así la tristeza atormenta el corazón del varón» (Ibíd.). Así al menos, que no nieguen los suplicios eternos de los prevaricadores, y de los que niegan al Señor, diciendo el Señor en el Evangelio: «Id al fuego eterno, que fue preparado para el diablo y sus ángeles» (Mat. 25, 41). Y en otro lugar: «Atadlo de manos y pies, y echadlo a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes» (Mat. 22, 13). Si oímos «manos» y «pies», y «tinieblas exteriores», la cual es la pena de los ojos de los que no ven la luz de Dios; y «llanto», el cual ciertamente también él mismo pertenece a los ojos; y «crujir de dientes»: me asombro de que algunos introduzcan un cuerpo aéreo, y que poco a poco se ha de disolver en aires tenues después de la resurrección: porque el Señor por la potencia de su majestad, entró a los Apóstoles cerradas las puertas (Juan 20). Quien ciertamente también antes de la resurrección caminó con paso suspendido sobre el mar; y esto mismo ofreció al apóstol Pedro: para que el que por la fe caminaba, por la infidelidad después se hundiera; a quien se le dijo: «¿Por qué dudaste,

hombre de poca fe?» (Mat. 14, 31). El fuego también debe aceptarse según aquello que también el gusano, el cual tanto tiempo se enciende, cuanto tiempo tiene materia con la que la voraz llama se alimente. Si alguno, pues, tiene en su conciencia cizaña, la cual el hombre enemigo, mientras dormía el padre de familia, sobresembró, también el fuego quemará estas, este incendio las devorará (Mat. 13). And to the eyes of all the Saints, the punishments of those shall be shown, who instead of gold, and silver, and precious stone, built upon the foundation of the Lord, hay, wood, stubble, the fodder of eternal fire. Por lo demás, los que quieren que los suplicios alguna vez se acaben, y aunque después de muchos tiempos, sin embargo que los tormentos tengan un término, usan estos testimonios: «Cuando hubiere entrado la plenitud de las naciones, entonces todo Israel será salvo» (Rom. 11, 25). Y de nuevo: «Concluyó Dios todas las cosas bajo el pecado, para que de todos se compadezca» (Gál. 3, 22). Y en otro lugar habla el santo: «La ira del Señor sostendré, porque pequé contra él; hasta que justifique mi causa, y quite mi juicio, y me saque a la luz» (Miq. 7, 9). Y de nuevo: «Te bendeciré, Señor: porque te airaste contra mí. Apartaste tu rostro de mí, y te compadeciste de mí» (Is. 12, 1). El Señor también habla al pecador: «Cuando la ira de mi furor hubiere pasado, de nuevo sanaré» (Sal. 30, 20). Y esto es lo que en otro lugar se dice: «Cuán grande es la multitud de tu bondad, Señor, la que escondiste para los que te temen». Todas las cuales cosas replican, deseando aseverar, después de

los crujicios y tormentos, futuros refrigerios, los cuales ahora deben ser escondidos de aquellos para quienes el temor es útil: para que mientras reformidan los suplicios, dejen de pecar. Lo cual nosotros debemos dejar a la ciencia de solo Dios, de quien no solo las misericordias, sino también los tormentos están en peso; y conoce a quién, de qué modo, o por cuánto tiempo debe juzgar. Y digamos solo lo que conviene a la fragilidad humana: «Señor, no en tu furor me arguyas: ni en tu ira me corrijas» (Sal. 6, 1; 37, 1). Y así como del diablo y de todos los negadores e impíos, que dijeron en su corazón: «No hay Dios» (Sal. 13, 1), creemos los tormentos eternos: así de los pecadores e impíos y sin embargo cristianos, cuyas obras en el fuego han de ser probadas y purgadas, juzgamos moderada y mixta de clemencia la sentencia del juez (1 Cor. 3, 13).